MAX HASTINGS

LA GUERRA DE VIETNAM

UNA TRAGEDIA ÉPICA, 1945-1975

CRÍTICA

Índice

SINOPSIS

Vietnam fue el conflicto moderno más divisivo del mundo occidental. Max Hastings ha pasado los últimos tres años entrevistando a decenas de participantes de todos los bandos, investigando documentos y memorias estadounidenses y vietnamitas para crear una narrativa épica de una lucha épica. Retrata las escenas de Dien Bien Phu, el ataque aéreo de Vietnam del Norte y batallas menos conocidas, como el baño de sangre en Daido. Aquí están las realidades vividas de la lucha en medio de la selva y los arrozales que mataron a dos millones de personas. Muchos han tratado esta guerra como una tragedia para los Estados Unidos, sin embargo, Hastings no olvida a los vietnamitas: en esta obra hay testimonios de guerrilleros Vietcong, paracaidistas del sur, chicas de alterne de Saigón y estudiantes de Hanói, junto con soldados de infantería de Dakota del Sur, infantes de marina de Carolina del Norte y pilotos de Arkansas. No hay otra obra sobre la guerra de Vietnam que haya mezclado una narrativa política y militar del conflicto con experiencias personales conmovedoras: el sello de Max Hastings que los lectores conocen tan bien.

MAX HASTINGS

LA GUERRA DE VIETNAM
Una tragedia épica, 1945-1975

Traducción castellana de Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Para mi querido amigo Rick Atkinson, cuya crónica de los triunfos y tragedias de los ejércitos estadounidenses posee una elegancia, agudeza y empatía que a los demás historiadores nos gustaría igualar

Listado de ilustraciones

Duong Van Mai. (Por cortesía de Mai Elliott)
Nguyen Thi Chinh. (Por cortesía de Kieu Chinh)
La doctora del Vietcong Dang Thuy Tram. (Por cortesía de Dang Thuy Tram)
Recuento de cadáveres. (Rolls Press/Popperfoto/Getty Images)
Dan Hickman. (Por cortesía de Dan Hickman)
Jeff Anthony. (Por cortesía de Jeff Anthony)
Bob Nelson. (Por cortesía de Bob Nelson)
David Rogers. (Por cortesía de David Rogers)
Un marine estadounidense lleva a una mujer herida a lugar seguro. (Fotografía de © Hulton Deutsch Collection/CORBIS/Corbis por vía de Getty Images)
Hue 1968: el oficial del Cuerpo de Marines Myron Harrington con el fotógrafo Don McCullin. (Nik Wheeler/Corbis/Getty Images)
El general Creighton Abrams. (Bettmann/Corbis/Getty Images)
Un bonzo se inmola en una calle de Saigón, en 1965. (Malcolm Brown/ AP/REX/Shutterstock)
El jefe de la policía survietnamita, Nguyen Ngoc Loan, ejecuta a un prisionero del Vietcong durante el Tet de 1968. (Eddie Adams/AP/Shutterstock)
Varios niños huyen de un ataque con napalm, en 1972. (Nick Ut/AP/Shutterstock)
Harrison Salisbury, corresponsal del *New York Times*, con Pham Van Dong, 1966. (Black and White Photograph of Harrison Salisbury and Pham Van Dong, Hanói, 1966-67. MS#1509, caja 210, carpeta 23, documentos de Harrison E. Salisbury Papers, Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos, Universidad de Columbia en la Ciudad de Nueva York)
Varios norvietnamitas aprovechan los restos útiles de un avión estadounidense derribado. (© Doan Cong Tinh/Another Vietnam)
Dean Rusk, John F. Kennedy y Robert McNamara. (Bill Allen/AP/REX/ Shutterstock)
Lyndon Johnson arenga a periodistas (incluido el autor)
en la sala de reuniones del gabinete de la Casa Blanca, en enero de 1968. (AP)
Henry Kissinger, Nguyen Cao Ky, Ellsworth Bunker, Nguyen Van Thieu y Richard Nixon, 1969. (VA004679, Colección fotográfica de Douglas Pike, Centro y Archivo de Vietnam de la universidad Texas Tech)
Bill Weise tras resultar herido en Daido, mayo de 1968. (Por cortesía de William Weise)
Ataque de marines en Daido. (Por cortesía de William Weise)
Jim Livingston. (Por cortesía de James E. Livingston)
Imagen escenificada de tropas norvietnamitas. (© Hoang Mai/Another Vietnam)
Ho Chi Minh y Le Duan. (© Marc Riboud/Magnum Photos)
Frank Snepp. (Por cortesía de Frank Snepp)
Catherine Anne Warnes. (© Archivo del Museo Australiano de la Guerra)
General Van Tien Dung. (AP Photo/Vietnam News Agency/REX)
Doug Ramsey, liberado en 1973 después de siete años en manos del Vietcong. (Por cortesía de Doug Ramsey)
Fugitivos durante el hundimiento del ejército survietnamita, en abril de 1975. (Anonymous/AP/REX/Shutterstock)
Soldados del ERVn, defensores de Saigón, en 1975. (Bettmann/Corbis)
Soldados norvietnamitas se acercan a Saigón. (Hervé Gloaguen)
Cautivos del ERVn asisten a una sesión de readoctrinamiento. (© Marc Riboud/Magnum Photos)
«Lancheros.» (Por cortesía de los Archivos Nacionales)

Hemos puesto todo nuestro empeño en localizar a los titulares de los derechos de autor y obtener su permiso para utilizar el material protegido. El editor ofrece sus disculpas ante cualquier error u omisión de la lista precedente y agradecería que se le notificara cualquier corrección que deba incorporarse a futuras ediciones de este libro.

Listado de mapas

Por orden de aparición:

«Asia, que lo ha diferido por mucho tiempo, se vengará de su arrogante hermana menor.»

DEAN INGE, 1928

«Todo hecho militar es también un hecho político y social.»

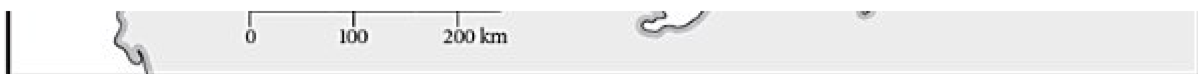
ANTONIO GRAMSCI

«Contiene actos de intensa violencia visual y verbal que pueden herir la sensibilidad de los espectadores.»

Advertencia previa a la visualización de la serie
The Vietnam War, de Burns y Novick,
para PBS (2017)



Indochina francesa
CHINA
N
Cao Bang
Dong Khe
Lao Cai
Río Rojo
Tonkín
Lang Son
Lai Chau
Río Negro
Yen Bai
Dienbienphu
Bac Ninh
BIRMANIA
Muong Khoua
Hanói
Haiphong
Golfo de Tonkín
Río Mekong
Delta del río Rojo
Luang Prabang
Thanh Hoa
Hainán
Llanura de las Jarras
Laos
Vinh
Vientián
Cordillera Annamita
Río Mekong
Dong Hoi
Thakhek
Quang Tri
Hue
Tourane
TAILANDIA
Río Mun
Pakse
Annam
Kontum
An Khe
Pleiku
Qui Nhon
Bangkok
Camboya
Meseta Central
Siem Reap
Tonlé Sap
Ban Me Thuot
Nha Trang
Dalat
Río Mekong
Cochinchina
Nom Pen
Tay Ninh
Bien Hoa
Saigón
Golfo de Tailandia
Llanura de los Juncos
My Tho
Ha Tieu
Can Tho
Delta del río Mekong
Mar de la China Meridional
0
50
100
150 millas


0
100
200 km

Introducción

La batalla por Vietnam —un país pobre del sudeste asiático, de la extensión aproximada del estado de California, que contiene montes, junglas y arrozales que encantan a los turistas del siglo XXI pero causaban muchos problemas a los combatientes occidentales del siglo XX— duró tres décadas y provocó la muerte de entre dos y tres millones de personas. Durante los primeros veinte años, desde una perspectiva mundial, e incluso desde el punto de vista de los chinos y soviéticos que proporcionaron las armas a los comunistas, fue un asunto marginal. En cambio, durante la última fase, la guerra atrapó la imaginación y despertó el horror y, más aún, la repulsión de cientos de millones de habitantes de Occidente, a la vez que destruyó a un presidente de Estados Unidos y contribuyó a la caída de otro. En la oleada de protestas juveniles contra la autoridad que barrió muchos países en la década de 1960, el rechazo a la antigua moral sexual y el entusiasmo por los placeres de la marihuana y el LSD se combinó con la arremetida contra el capitalismo y el imperialismo, fenómenos de los que el Vietminh parecía ser una manifestación especialmente fea. Además, muchos estadounidenses de más edad, que no simpatizaban con ninguna de las causas precedentes, se opusieron a la guerra cuando se descubrió que era una fuente de engaños sistemáticos por parte de su propio gobierno y que, por otro lado, parecía imposible que acabara bien.

La caída de Saigón, en 1975, representó una humillación para la potencia más poderosa del planeta: unos revolucionarios campesinos se habían impuesto a la voluntad, la riqueza y el material de los estadounidenses. Entre las imágenes simbólicas de toda una era es imposible olvidar la silueta de aquella escalera por la que, en la tarde del 29 de abril de aquel año, los fugitivos subían hacia un helicóptero como si remontaran el Calvario. Vietnam ejerció una influencia cultural sobre su tiempo mayor que la ejercida por ningún otro conflicto desde 1945.

Los méritos de las causas enfrentadas nunca son absolutos. Incluso en la segunda guerra mundial, la batalla de los aliados occidentales contra el fascismo adolece de la sombra de haber confiado en que la tiranía de Stalin pagara el grueso de la factura de sangre necesaria para destruir la tiranía de Hitler. Solo los necios de la derecha y la izquierda política se atreven a sugerir que, en Vietnam, uno de los bandos poseía un monopolio de la virtud. Todas las obras autorizadas sobre el conflicto han sido obra de manos estadounidenses o francesas. Entre las primeras, muchos autores escriben como si hablaran de la historia de su propia nación. Pero se trató antes que nada de una tragedia asiática a la que se sobrepuso una pesadilla norteamericana: por cada estadounidense muerto fallecieron cerca de cuarenta vietnamitas. Aunque mi narración es cronológica, no aspiro a hacer una crónica de todas las acciones, ni siquiera a mencionarlas en su totalidad, sino más bien a captar el espíritu de la experiencia de Vietnam a lo largo de tres décadas. Como en todos mis libros, mientras refiero el relato político y estratégico también intento dar respuesta a la pregunta: «¿*Cómo fue la guerra?*». ¿Cómo la vivieron los zapadores del norte de Vietnam, los campesinos del delta del Mekong, los pilotos de helicópteros Huey de Peoria (Illinois), los soldados rasos de Sioux Falls, los asesores de defensa aérea de Leningrado, los trabajadores del ferrocarril chinos, las chicas de los bares de Saigón...?

Yo nací en 1945. Como corresponsal, en mi juventud, viví casi dos años en Estados Unidos, y más adelante visité varias veces Indochina. Mi comprensión era tan escasa, y mis percepciones, tan inmaduras, que en el texto que sigue no aludiré a mi experiencia personal; solo la resumiré aquí. En 1967-1968 recorrí buena parte de Estados Unidos, primero como investigador universitario, en materia de Periodismo, luego como reportero durante la campaña de las elecciones a la presidencia. Mantuve varios encuentros breves con muchos de los agentes principales del momento, como por ejemplo Robert Kennedy, Richard Nixon, Eugene McCarthy, Barry Goldwater, Hubert Humphrey, Ronald Reagan... y también Harrison Salisbury, Norman Mailer, Allen Ginsberg o Joan Baez.

En enero de 1968 estuve entre un grupo de periodistas extranjeros que visitaron la Casa Blanca. Sentados en la sala del Gabinete, el presidente Lyndon Johnson nos arengó durante cuarenta minutos sobre su compromiso con Vietnam, algunas semanas antes de asombrar al pueblo estadounidense con el anuncio de que no se presentaría a la reelección. Aquella mañana, su personalidad no parecía menos formidable por el hecho de hallarse próxima a la caricatura. «A algunos de entre ustedes les gustan las rubias, a algunos les gustan las pelirrojas, y a algunos quizá no les gusten las mujeres», afirmó, arrastrando cansinamente las palabras, como solía, gesticulando sin descanso para hacer hincapié en las ideas y bosquejando con un lápiz en un cuaderno que tenía ante sí. «Les diré ahora qué me parece. Estoy dispuesto a reunirme con Ho Chi Minh en cualquier momento, en un hotel agradable, ante una comida agradable, para sentarnos y hablar para resolver esta cuestión.»

Después de soltarnos el rollo, aquel gran hombre salió de la sala bruscamente, sin aceptar preguntas; solo se volvió para lanzar una acertada pulla contra Walter Lippmann, el columnista contrario a la guerra. Nos habíamos puesto en pie y poníamos nuestras notas en orden cuando el presidente mostró de nuevo la cabeza por la puerta. «Bueno, antes de que se vayan —dijo, casi con timidez—, quiero preguntarles: ¿observan alguna diferencia con lo que hubieran leído u oído sobre mí antes de venir?» Ante esta muestra de la asombrosa vulnerabilidad del presidente, nos quedamos sin palabras.

En 1970 presenté una serie de reportajes para el programa televisivo *24 Hours*, de la BBC, desde Camboya y Vietnam; volví al año siguiente para hacer lo mismo, y tuve ocasión de entrevistar al presidente Nguyen Van Thieu, así como de visitar Laos. Entre otras vivencias, en esas películas acompañé a soldados de la 23.ª división de Estados Unidos en una misión de limpieza por el valle de Hiep Duc; volé en un Skyraider vietnamita, en una operación de castigo; e informé sobre la batalla del ERVn por la Base de Artillería 6, en la Meseta Central. Aquel mismo año, en el Gran Salón del Pueblo, en Pekín, di la mano a Zhou Enlai. En 1973 y 1974 viajé de

nuevo a Vietnam, y en 1975 informé sobre las campañas finales, incluido el caos de Danang, justo antes de su caída, y luego desde los alrededores de Saigón.

Pretendía quedarme entre el puñado de corresponsales que cubrirían el ascenso al poder de los norvietnamitas. En la tarde del último día, sin embargo, perdí los nervios, me abrí paso a través de la multitud de vietnamitas aterrorizados que rodeaban la embajada de Estados Unidos y, con cierta ayuda de los marines que la defendían, logré saltar el muro. A las pocas horas fui evacuado en helicóptero, en un Jolly Green Giant, con destino al USS *Midway*.

Los episodios arriba indicados* produjeron un periodismo inmaduro, pero hoy me ayudan a dar un color personal a las descripciones de aquellas «Quimbambas» perdidas y empapadas en sudor, cubiertas de polvo, con abundancia de bombas. En años posteriores conocí a Robert McNamara, Henry Kissinger y otros gigantes de la era de Vietnam, y entablé amistad con Arthur Schlesinger.

Toda guerra es distinta y, sin embargo, la misma. Se ha instalado el mito, al menos en Estados Unidos, de que Vietnam infligió un espanto sin igual en sus participantes, según se manifiesta en los incontables intentos poéticos de veteranos angustiados. Pero si quienes vivieron las batallas de Roma con Cartago, la guerra de los Treinta Años, la campaña de Napoleón en Rusia o las batallas del Somme, en 1916, tuvieran noticia de este mito, sin duda se burlarían de la idea de que Indochina representaba una experiencia cualitativamente peor. La violencia que los hombres infligían con lanzas y espadas, y que el paso de los ejércitos desataba sobre los inocentes, fue tan espantosa en el siglo II d. C. como en el XX. El sufrimiento de un atacante cuyo cuerpo se incendiaba por el aceite hirviendo derramado desde las murallas de una ciudad medieval no era menos terrible que el de quien era víctima del napalm. Los saqueos, las violaciones, el mercado negro, la violencia arbitraria contra los civiles y los presos son fenómenos inseparables de todo conflicto. En las ciudades de Europa, de 1939 a 1945, hubo tantas chicas en venta como más adelante en Saigón; a un británico le basta con recordar los «comandos de Piccadilly», en Londres. En tiempos pretéritos, sin embargo, estos fenómenos sórdidos

de tierras lejanas apenas llegaban a oídos de los compatriotas que seguían en el país. Las grabaciones autorizadas para la proyección pública excluían las imágenes que se juzgaban demasiado explícitas y, en consecuencia, desmoralizadoras.

En la década de 1960, sin embargo, el estado de ánimo era más favorable a revelar lo que sucedía, y de pronto el mundo fue testigo, noche tras noche, en las horas de máxima audiencia de la televisión, de los excesos y espantos perpetrados por las fuerzas de Estados Unidos y Vietnam del Sur. Entre las imágenes que más dañaron los fines estadounidenses destacaron las del jefe de la policía de Saigón mientras ejecutaba a un preso del Vietcong durante la ofensiva del Tet, en 1968; y la de una niña que, desnuda, corría y chillaba tras ser alcanzada por un ataque con napalm, en 1972. Hanói no liberó instantáneas comparables, que mostraran a sus cuadros ejecutando a los opositores del país, a los que enterraban vivos, ni de los hombres del Vietcong abatidos por miles en asaltos fracasados. Solo dio a conocer relatos heroicos, acompañados de secuencias desoladoras de la devastación causada por las fuerzas aéreas del capitalismo. El contraste visual entre la guerra librada por una superpotencia que desplegaba una tecnología diabólica —cuyo símbolo más claro era el bombardero B-52— frente a campesinos con sombrero de culi o salacot, cuyos medios de transporte eran la sandalia o la bicicleta, representó una ventaja inmensa, en lo que a la propaganda atañía, para los comunistas. Para muchos jóvenes occidentales, los que «combatían por la libertad» a las órdenes de Ho Chi Minh estaban imbuidos de un halo romántico. Me parece un error sugerir, como apuntaron algunos halcones hace cincuenta años, que Estados Unidos perdió la guerra por culpa de los medios de comunicación. No obstante, la cobertura de prensa y televisión imposibilitó que los occidentales pudieran hacer caso omiso del coste humano del conflicto o de las pifias de los militares.

Horas antes de tomar mi primer vuelo a Saigón —contaba yo solo veinticuatro años—, busqué el consejo de Nicholas Tomalin, reportero del *British Sunday Times*. Me dio la dirección de la librería india de la calle Tudo, que ofrecía la mejor tasa de cambio del mercado negro de los dólares. Luego añadió: «Y no te olvides: mienten, mienten, mienten». Se refería al

alto mando de Estados Unidos, por descontado, y tenía toda la razón. Como otros muchos autores occidentales de aquella época y las posteriores, no obstante, Nick pasaba por alto el hecho no menos importante de que Hanói hacía lo mismo. Esto no convierte en aceptables los engaños cometidos por el MACV (cuartel general de las fuerzas armadas estadounidenses en Vietnam) y la JUSPAO (Oficina Conjunta de Relaciones Públicas de Estados Unidos en este país asiático),* pero nos recuerda un contexto que a menudo suele faltar cuando se hacen consideraciones sobre la que se ha dado en llamar «brecha de la credibilidad».

Además, aunque los portavoces de Estados Unidos y Vietnam del Sur repitieran ideas fantásticas, sin embargo el MACV no solía impedir que los periodistas investigaran la guerra sobre el terreno, con sus propios ojos. Antes bien, de un modo inédito en ningún conflicto previo ni posterior, se permitió subir libremente a los aviones y helicópteros a los reporteros y fotógrafos, muchos de ellos netamente hostiles a la causa de quienes los transportaban. La relativa apertura de los estadounidenses, en comparación con el secretismo a ultranza de los comunistas, constituye a mi modo de ver un argumento en defensa de cierta superioridad moral de los primeros. El error inapelable de los comandantes y estadistas de Estados Unidos no fue que mintieran al mundo, sino que se mintieron a sí mismos.

En el Vietnam moderno, la política económica colectivizadora se ha dejado atrás, en buena medida, pero la legitimidad de su gobierno autocrático procede únicamente de la victoria de 1975. Así pues, no se permite nada que manche aquel relato: pocos supervivientes se sienten capaces de expresarse con libertad sobre lo sucedido. Esta opacidad ha resultado decisiva, hasta un extremo asombroso, a la hora de definir la forma en que los autores tanto occidentales como asiáticos abordan la guerra. Mientras que es improbable que los archivos de Estados Unidos sigan ocultando secretos de importancia, en cambio los de Hanói sin duda albergan muchos. Los liberales estadounidenses han adoptado una actitud masoquista que sin lugar a dudas ha distorsionado la historiografía tanto como las obras jingoístas del revisionismo conservador. En fecha reciente pregunté a uno de los corresponsales más celebrados de los años de guerra:

«Si en Hanói se hubiera permitido celebrar manifestaciones, ¿cuántas personas se habrían presentado?». Me replicó sin vacilar: «Ni una. El norte estaba por la guerra, al cien por cien».

Estas palabras me parecen de una ingenuidad heroica: en su mayoría, la gente de la calle ansía escapar de una experiencia que está sembrando de dolor y penalidades su vida y la de sus seres queridos. En Occidente, muchos de los que se oponían a la guerra consideraban, con acierto, que Estados Unidos había emprendido una misión que difícilmente tendría éxito y empleaba para ello una violencia de efectos caóticos y terribles. Luego dieron un paso más y concluyeron que si su propia nación había abrazado una causa injustificada, el otro bando debía responder a una buena causa. Sin embargo, el politburó de Hanói y el Frente de Liberación Nacional hicieron que los survietnamitas pasaran de la opresión de los terratenientes y caudillos militares a una sumisión más rigurosa aún a los discípulos de Stalin. La democracia permite que los votantes expulsen a los gobiernos que les provocan insatisfacción. Pero desde el momento en que se establece un poder comunista, no se permiten nuevas elecciones libres; Hanói no lo ha autorizado desde 1954.

Para su empeño bélico, el politburó del Norte gozó de ventajas importantes. Sus jefes no tenían inconveniente en pagar una factura espeluznante en vidas humanas, a falta de medios de comunicación y elecciones que los pudieran avergonzar. Podían fracasar de forma repetida en el campo de batalla sin arriesgarse a la derrota total, porque Estados Unidos no tenía intención de invadir Vietnam del Norte. En cambio, bastó que el Sur cayera derrotado una sola vez para que su destino fuera irreversible. Hay paralelos claros entre la batalla de los comunistas de Vietnam y el esfuerzo bélico de la Unión Soviética entre 1941 y 1945: la forma en que Stalin combinó el patriotismo, la ideología y la coacción fue emulada por Ho Chi Minh y Le Duan una generación después. No cabe duda de que los comunistas batallaron con más efectividad que los soldados de Saigón, pero se antoja prudente vacilar antes de ensalzarlos como «los buenos» de esta saga.

En el relato que sigue se mostrarán copiosas crueldades y locuras, pero aun así, dentro del panorama general, muchas personas, vietnamitas y estadounidenses, de todas las edades y ambos sexos, de las fuerzas armadas y la sociedad civil, se comportaron con decencia. He intentado contar también historias de esta clase de personas, porque es un error permitir que la conducta virtuosa desaparezca en el caldero del estallido de las bombas, el salvajismo y las traiciones en el que abundan la mayoría de los estudios sobre la guerra. Por otro lado, he decidido no emprender una investigación política en fuentes primarias: hace varias décadas que los expertos analizan con minuciosidad los archivos de Estados Unidos; contamos con descripciones exhaustivas del proceso de toma de decisiones de los agentes occidentales, en especial los estudios de Fredrik Logevall. Ken Hugues, con su presentación y examen de las Cintas de la Casa Blanca, en 2015, ha establecido una narración casi incontestable del modo de pensar y decidir de Nixon y Kissinger, al que pusieron fin, en enero de 1973, los Acuerdos de París; una narración que corrige en buena medida el relato interesado que nos habían ofrecido las memorias de los participantes. En cambio, he pasado muchas horas estudiando los testimonios custodiados por el Centro de Educación y Patrimonio del Ejército de Estados Unidos (Carlisle Barracks, Pensilvania) y el Archivo del Cuerpo de Marines (Quantico, Virginia). También he accedido al material en línea del Centro de Estudio de la Guerra de Vietnam, de la Universidad Texas Tech, con sede en Lubbock, y he realizado casi un centenar de entrevistas con supervivientes de todas las edades y ambos sexos, tanto estadounidenses como vietnamitas. Gracias a la indispensable ayuda de Merle Pribbenow, he podido leer miles de páginas con las traducciones de memorias, documentos y obras históricas vietnamitas.

Todo historiador que, como yo ahora, publique en 2018 un estudio sobre Vietnam debe reconocer su gratitud a la reciente serie de documentales televisivos de Burns y Novick, que ha despertado de nuevo en todo el mundo la conciencia sobre esta guerra que marcó una época. Confío en que mi propio trabajo sepa presentar al menos en parte la enormidad de la experiencia que el pueblo vietnamita soportó durante tres generaciones, de cuyas consecuencias aún no se han podido liberar en nuestros días.

MAX HASTINGS
Chilton Foliat (Berkshire, Inglaterra)
y Datai (Langkawi, Malasia), mayo de 2018

Nota sobre los estilos del texto

Los vietnamitas escriben Viet Nam; sin embargo, me parece más oportuno atenerme a la costumbre occidental de utilizar Vietnam, igual que reduzco a una sola palabra Ha Noi, Sai Gon, Dien Bien Phu, Da Nang y Viet Cong.

La lengua vietnamita usa una multitud de indicadores de tono. En el texto los omito, pero en la bibliografía y el índice todos los nombres propios llevan los acentos pertinentes.

Los nombres vietnamitas, por lo general, son triples y se indica primero el apellido. Me he adherido a esta convención. A muchos occidentales les extraña la gran cantidad de vietnamitas que se llaman Nguyen, pero se trata de un accidente que no está en mis manos resolver.

Cuando no se compromete la coherencia, prescindo de los nombres de las provincias, para evitar que los detalles geográficos desborden el relato.

Las traducciones tienden a generar una prosa rebuscada. Cuando cito memorias o documentos extranjeros, en todos mis libros, respeto aquel consejo de Dryden según el cual el traductor no debe «ir detrás del autor, como un lacayo, sino montar a su lado». Así pues, cuando se mencionan conversaciones en francés y vietnamita procuro reproducirlas en estilo coloquial.

«Afroamericano» es una palabra moderna; en los años de Vietnam se hablaba de «negros», y por lo tanto conservo esa voz. Solo preciso la raza de una persona estadounidense cuando me parece relevante en el contexto.

La graduación militar es la vigente en el momento en que sucedió cada episodio.

Hablo de Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, en mayúsculas, cuando me refiero a los dos Estados; pero del norte y el sur, en minúsculas, cuando el país ha estado unificado, antes de 1954 y después de 1975.

Todos los combatientes indicaban las distancias con el sistema métrico. En el original de este libro he empleado la equivalencia en pies, yardas y millas.*

Los que se unían a las guerrillas comunistas de Vietnam del Sur hablaban de *ra bung*, que significa «salir a los pantanos», igual que algunos miembros de la Resistencia francesa, en la segunda guerra mundial, se denominaban a sí mismos *maquisards*, porque buscaban refugio en los montes de bosque bajo (*maquis*). Vietcong, y la abreviatura VC para sus soldados, son palabras de la jerga survietnamita, pero tan conocidas hoy que no renuncio a ellas.

En las secciones temáticas —en particular, sobre la experiencia de combate— a veces fundo vivencias de períodos distintos de la guerra, siempre que esto no distorsiona su significado ni su validez.

Las horas de las operaciones militares se indican según el sistema de veinticuatro horas; el resto, según la práctica civil, de doce horas.

No ha sido viable ofrecer ningún valor comparativo de la piastra survietnamita con respecto al dólar estadounidense, porque la inflación crónica, y los tipos de cambio oficiales, que no eran realistas, hacen que la comparación solo resulte válida para períodos breves de los años de guerra.

Glosario

AcL Siglas de «anticarro ligero», arma con proyectiles de 66 milímetros, que se disparaba apoyada en el hombro y empleaban las fuerzas estadounidenses y survietnamitas.

AFN Emisoras de radio de las fuerzas armadas de Estados Unidos.

AIEU Agencia de Información de Estados Unidos (USIA, en sus siglas inglesas).

AK-47 Fusil de asalto Kaláshnikov, de diseño soviético; en 1965 las fuerzas comunistas de Vietnam empezaron a recibir, en grandes cantidades, una variante china.

ANZAC Siglas del cuerpo conjunto de las fuerzas australianas y neozelandesas, que tuvo formaciones diversas en las dos guerras mundiales y la de Vietnam. En minúsculas, designa a sus integrantes: los anzacs.

APC, véase TBP.

apoco Adaptación española del término inglés *short* (*I'm short*), que usaban los soldados estadounidenses cuando *estaban a poco* de concluir su período de despliegue en el extranjero. Los *apocos*, como es lógico, eran especialmente reticentes a exponerse a morir en combate.

ARVN (pronunciado en inglés como *Arvin*), véase ERVn.

ASEAN Siglas inglesas de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático.

ASN Agencia de Seguridad Nacional (Estados Unidos).

BAA Siglas de una «base auxiliar de artillería».

batallón Unidad militar integrada por entre cuatrocientos y mil hombres, por lo general organizada en tres o cuatro compañías con un cuartel general común.

BOA Siglas de una «base de operaciones avanzada».

bogey (pl. *bogies*) Avión no identificado, en particular avión que se supone hostil.

boonie-rat «Rata de las Quimbambas», en la jerga: soldado de infantería de Estados Unidos.

brigada Cuartel general militar que controlaba hasta cinco mil hombres.

CAA Siglas de «controlador aéreo avanzado».

CAP, véase PCA.

caseto (*hooch*) En la jerga, alojamiento de los soldados, que podía ser un búnker o una cabaña.

«Centro, el» En la jerga de los pilotos estadounidenses: Hanói.

Charlie, véase ***Victor Charlie***.

cherry Novato de la infantería.

chicom Granada o en general arma fabricada en la China comunista.

cañón sin retroceso Pieza de artillería relativamente portátil, de diseño soviético y corto alcance, con proyectiles de calibres comprendidos entre los 57 y los 106 milímetros. Estos cañones podían penetrar el blindaje enemigo en un radio de unos 450 metros, o impulsar una bomba explosiva hasta unos 3.700 metros, e iban montados en un trípode o un carro de dos ruedas; el Vietcong y el ENv dispusieron de ellos en abundancia.

chieu hoi Programa de «bienvenida» de Saigón para quienes volvían tras desertar del Vietcong o el ENU, usado a menudo como referencia directa a los miles de personas que se acogieron al proceso de rehabilitación: «es un *chieu hoi*».

CIA Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos.

CIC Comisión Internacional de Control, fundada en 1954 para que sus miembros (indios, polacos y canadienses) supervisaran el cumplimiento de los Acuerdos de Ginebra. Pervivió, aunque con escaso efecto, hasta los Acuerdos de París, de 1973, cuando fue sustituida por una nueva CICS (Comisión Internacional de Control y Supervisión), integrada por un número de miembros mayor; debía abordar unas dieciocho mil supuestas violaciones del alto el fuego, pero no demostró más eficacia que su antecesora.

Claymore Mina M-18, contrapersonal y direccional, que dispersaba un centenar de bolas de acero en un arco de cuarenta grados y se podía activar de forma manual o remota.

CmE Siglas de las «contramedidas electrónicas» que los aviones estadounidenses desplegaban contra las defensas terrestres norvietnamitas.

compañía Unidad militar, al mando de un capitán, integrada por entre cien y 180 hombres organizados en tres o cuatro secciones.

CORDS [Siglas inglesas de un programa estadounidense y survietnamita de] «apoyo al desarrollo revolucionario y las operaciones civiles»; más adelante, la R pasó a desglosarse como «rural».

COSVN, véase OCVnS.

CP, véase PM.

CSN Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos.

cuadro Funcionario comunista.

cuerpo Cuartel general militar que dirige a dos o tres divisiones, al mando de un teniente general.

DEROS Siglas inglesas de la fecha en la que se calculaba que un soldado había cumplido con su período de servicio en el extranjero y, por lo tanto, podía regresar a su país. Los soldados que ya estaban cerca de esa fecha eran los *apocos*.

división Formación militar que comprende entre ocho mil y quince mil hombres, organizada en dos o tres brigadas y situada al mando de un general de división estadounidense o, a veces, de un coronel vietnamita.

DMZ, véase ZDm.

DRV, véase RDV.

dust-off En la jerga: helicóptero de evacuación médica.

DZ, véase ZL.

ECM, véase CmE.

EMC Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos, designado también como «Junta de jefes [del EMC]».

ENv Ejército Norvietnamita, término habitual en la bibliografía contemporánea, que se prefiere aquí a la referencia más moderna al EPVn (Ejército Popular de Vietnam).

EPVn, véase ENv.

ERVn Ejército de la República de Vietnam (del Sur).

escoltas «Kit Carson» Desertores del ENV o Vietcong que prestaban servicio con unidades de Estados Unidos. [Kit Carson fue un trampero legendario del siglo XIX.] ***eva-medi*** Adaptación española del inglés *medevac*: helicóptero de evacuación médica.

FAC, véase CAA.

FE Fuerzas Especiales.

FLN Frente de Liberación Nacional: el supuesto movimiento de coalición política (que, de hecho, dirigían exclusivamente los comunistas) fundado en 1960 para promover y dirigir la resistencia meridional contra el gobierno de Saigón.

FO, véase OA.

FOB, véase BOA.

FR, FP Fuerzas Regionales, Fuerzas Populares: milicias reclutadas por Saigón para la defensa local, con armamento ligero y al mando de jefes provinciales, integradas en total por 525.000 hombres. Por el sonido de las siglas inglesas, los estadounidenses las denominaban a veces *Ruff-Puffs*.

fraguear Adaptación del inglés *fragging*: eliminar a un oficial impopular del propio cuerpo mediante una granada de fragmentación.

FSB, véase BAA.

GCMA Fuerzas especiales de Francia (*Groupement de Commandos Mixtes Aéroportés*).

gook Referencia despectiva de los estadounidenses a los soldados del Vietcong o los (nor)vietnamitas; más en general, persona de apariencia asiática.

GRP Gobierno Revolucionario Provisional, creado por los comunistas en junio de 1969 en sustitución del FLN. Al principio se ubicó en la OCVnS, luego, desde febrero de 1973, en la «capital provisional» de Vietnam del Sur: Loc Ninh, al norte de Saigón.

grunt En la jerga, soldado de infantería de Estados Unidos.

ICC, véase CIC.

JCS, véase EMC.

Junta de jefes, véase EMC.

JUSPAO Siglas inglesas de la Oficina Conjunta de Relaciones Públicas de Estados Unidos en Vietnam.

lanzagranadas RPG [Arma portátil cuyas siglas responden, en origen, a un diseño ruso.] Este lanzagranadas, de enorme eficacia en manos de los comunistas, se sostenía en el hombro y, con un alcance de unos 140-150 metros, disparaba un cohete capaz de perforar blindajes de 175 milímetros. [RPG puede designar también al proyectil.]

LAW, véase AcL.

loach Grafía inglesa que recoge la pronunciación habitual de las siglas LOH, aplicadas a los «helicópteros ligeros de observación», como el OH-6.

LOH, véase ***loach***.

LRRP, véase PRLA.

LZ, véase ZA.

M-14 Fusil de infantería semiautomático del ejército de Estados Unidos, de 7,62 milímetros, estándar hasta 1966-1968, cuando fue retirado progresivamente.

M-16 Fusil de 5,56 milímetros, arma automática mucho más ligera que el M-14 al que sustituía, cuyas versiones de 1966-1968 tendían a encasquillarse en combate.

MACV Siglas inglesas (pronunciadas en inglés como *mac-v*) del cuartel general de Estados Unidos en Saigón.

MAE Mando Aéreo Estratégico de las fuerzas aéreas estadounidenses, cuyo elemento principal eran las escuadrillas de bombarderos B-52 (en inglés, SAC).

MEDCAP, véase PAMedCi.

montagnards «Montañeses», término francés para las tribus vietnamitas de las montañas, que los estadounidenses abreviaron habitualmente como ***yards***; sin apenas excepciones, eran anticomunistas, y las fuerzas especiales los reclutaron a menudo como irregulares.

narilargo En Asia, denominación popular de los occidentales.

MTA Misil tierra-aire de construcción soviética, sobre todo el MTA-2 (SAM-2, en las referencias inglesas), desplegado en Vietnam del Norte desde 1965.

NdC Siglas de las «normas de combate» que determinaban en qué casos y cómo las fuerzas estadounidenses podían atacar a las unidades comunistas y sus instalaciones; eran normas del todo distintas en Vietnam del Sur y del Norte, Laos y Camboya, y también se modificaron en los diversos períodos de la guerra.

NLF, véase FLN.
NSA, véase ASN.
NSC, véase CSN.
NVA, véase ENv.
OA Siglas del «observador avanzado» de artillería o morteros, que acompañaba a la infantería.
OCVnS Cuartel general de los comunistas en el sur: Oficina Central para Vietnam del Sur (Trung Uong Cuc Mien Nam), ubicada por lo general cerca de la frontera con Camboya.
PAMedCi «Programa de Acción Médica para los Civiles»: despliegue de equipos médicos militares para atender a la población civil.
PAVN, véase ENv .
PCA Siglas de «patrulla de combate aéreo».
pelotón Unidad de infantería, formada por ocho o diez hombres al mando de un suboficial, y subdividida en escuadras; cuatro pelotones suelen formar una sección.
PM Siglas de «puesto de mando».
POE Siglas de los «procedimientos operativos estandarizados».
PRC-10 («*Prick-Ten*») Equipo de radio de la infantería estadounidense (sustituido más adelante por el PRC-25), que pesaba 10,65 kilos, contando con la batería. El comandante de una compañía podía disponer de hasta tres radiotelefonistas, provistos de equipos sintonizados cada uno para una red específica.
PRG, véase GRP.
PRLA Siglas de «patrulla de reconocimiento de largo alcance».
PX Siglas de un *Post Exchange* o economato militar.
RAAF Siglas inglesas de la Real Fuerza Aérea Australiana.
RAF Siglas inglesas de la Real Fuerza Aérea británica.
RAR Siglas inglesas de cualquier «Real Regimiento Australiano».
RDV República Democrática de Vietnam (Vietnam del Norte).
R&R Siglas de «reposo y recuperación», un período de permiso de una semana, fuera del país, que se concedía a todo el personal estadounidense al menos una vez durante cada período de servicio en Vietnam; los destinos más habituales eran Hawái, Hong Kong o Australia.
regimiento Unidad militar compuesta normalmente por tres batallones y dirigida por un coronel (en el sentido estricto de esta graduación).
RF, PF (*Ruff-Puffs*), véase FR, FP.
RoE, véase NdC.
RPG, véase
lanzagranadas RPG.
SAC, véase MAE.
SAM, véase MTA.
SAS Siglas del «Servicio Aéreo Especial», fuerzas especiales australianas (comparten la denominación con el conocido SAS británico).
sección Elemento de unos treinta o cuarenta hombres, por lo general dirigidos por un teniente, en segundo lugar por un sargento. Comúnmente, tres o cuatro secciones constituyen una compañía.
SF, véase FE.
short, véase *apoco*.
SIS Servicio de Inteligencia Secreto del Reino Unido.
slick Helicóptero de transporte de tropas, muy a menudo un Huey.
SOP, véase POE**. TBP** Siglas de «transporte blindado de personal»; en Vietnam, el más habitual fue un oruga, el M-113.

Thumper Apodo del lanzagranadas M-79, semejante por aspecto a una escopeta recortada, que disparaba proyectiles de 40 milímetros.

torpedos de Bangalore Cargas explosivas encajadas en tubos de metal o bambú, usadas para reventar las alambradas múltiples.

URP «Unidad de Reconocimiento Provincial» del programa Phoenix, grupo de acción vietnamita, financiado por la CIA, para atentar de forma selecta contra el ENv y el Vietcong.

USAAF Siglas inglesas de la fuerza aérea del ejército de Tierra estadounidense.

USAF Siglas inglesas de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, como rama específica.

USIA *véase* AIEU.

USO Siglas de la United Service Organization, que desde la segunda guerra mundial se encarga de ofrecer espectáculos de música y entretenimiento a las fuerzas armadas estadounidenses.

Victor Charlie (o *Charlie* a secas) En la jerga estadounidense, a partir del alfabeto de radio, un VC o soldado del Vietcong.

Vietcong (**VC**) Referencia a los comunistas vietnamitas, a partir del término Cong San Viet Nam, de uso cada vez más habitual desde finales de la década de 1950. [El nombre y la abreviatura pueden designar al grupo o a uno o varios miembros: «dos VC».]

Vietminh Referencia habitual al Viet Nam Doc Lap Dong Minh Hoi, organización del frente comunista vietnamita, fundada en 1941.

yards, véase *montagnards*.

ZA Siglas de «zona de aterrizaje» de un asalto en helicóptero; era una ZA «caliente» si estaba defendida por el enemigo.

zapadores Unidades de élite y vanguardia del Vietcong y el ENv, entrenadas en particular en el uso de explosivos.

ZDm Zona Desmilitarizada, creada cerca del paralelo 17 por los Acuerdos de Ginebra, de 1954, que establecieron la partición en Vietnam del Norte y del Sur.

ZL Siglas de «zona de lanzamiento» de paracaidistas.

1

La bella y las bestias

1. Aferrarse a un imperio

Comencemos este largo relato, trágico incluso entre las incontables tragedias de las guerras, no con un francés ni un estadounidense, sino con un vietnamita. Doan Phuong Hai nació en 1944, en un poblado de la carretera Nacional 6, situado a tan solo unos treinta kilómetros de Hanói, pero plenamente rural. Entre los primeros recuerdos de Hai se encuentra un alambre, más en concreto una alambrada: el oxidado hilo de púas que rodeaba el puesto del ejército francés erigido en una colina próxima al mercado, y cómo ese alambre parecía cantar con el soplo del viento.[1] Por detrás de la cerca, y bajo la bandera tricolor de Francia, vivía un corneta vietnamita llamado Vien, muy apreciado por el pequeño Hai. Vien le daba latas de mantequilla vacías y chapas de botellas con las que el niño se construyó un coche de juguete que era como un tesoro para él. Hai no solía faltar entre el grupito de niños que escuchaban con admiración los relatos de Vien sobre sus múltiples batallas. El corneta lucía una cicatriz en la pierna, recibida en la Montaña Caliza, donde hizo sonar el toque de una carga en la que la Legión Extranjera afirmó haber matado a un centenar de comunistas. Los niños tocaban los galones del sargento y coleccionaban los cartuchos usados que de vez en cuando este les daba.

En ocasiones, Vien cantaba con voz triste y profunda, quizá sobre su madre, que había fallecido el año anterior. En días especiales guiaba a sus pequeños seguidores hasta la orilla del río, donde hacía sonar, en sucesión, los toques de corneta del ejército, «cuyas notas a veces nos hacían estremecer de la emoción, a veces eran tan tristes que nos daban ganas de llorar».[2] Con el tiempo, en 1951, la familia subió todas sus posesiones al tronado autobús del distrito y se trasladó a Hanói. Vien encabezaba un

destacamento de guardia, junto a la carretera, y como regalo de despedida dio a Hai dos chicles y un amable tirón de oreja. Mientras el autobús se alejaba, a través de una nube de polvo rojizo, el niño lo veía agitar la mano y contemplaba por última vez en su vida las casas, los arrozales, los bosques de bambú y los banianos de las lindes de su pueblo. Hai se embarcó en una sucesión de viajes y exilios, con algunas alegrías y muchos infortunios, como le ocurrió en general al pueblo vietnamita durante medio siglo. Aunque se convirtió en soldado, en sus ojos los combatientes nunca volvieron a brillar con el romanticismo que había caracterizado al sargento Vien y su corneta.

Vietnam vivió sometida a los chinos durante un millar de años, hasta que estos fueron expulsados en 938; regresaron varias veces y no se los desterró definitivamente hasta 1426. En adelante el país gozó de independencia, aunque no así de estabilidad o buen gobierno. El norte y el sur estuvieron controlados por dinastías rivales hasta 1802, cuando el emperador Gia Long impuso la unidad y rigió el país desde la ciudad de Hue. A finales del siglo XIX, en la pugna por la expansión imperial, Francia centró la atención en Indochina y, por la fuerza de las armas, fue estableciendo un dominio progresivo de la zona, empezando por el sur, la Cochinchina. En mayo de 1883, cuando la Asamblea Nacional de París aprobó financiar con cinco millones de francos una expedición destinada a consolidar la región como un «protectorado», el político conservador Jules Delafosse proclamó: «Señores, llamemos a las cosas por su nombre. Lo que quieren no es un protectorado, sino una posesión».[3] Delafosse tenía toda la razón, claro está. Los franceses enviaron a veinte mil soldados a tomar Tonkín, el norte de Vietnam. Tras un año de duros combates, lo consiguieron e impusieron un control implacable. Aunque abolieron la antigua costumbre de condenar a muerte a las adúlteras —pisoteadas por elefantes—, la pena de la decapitación, reservada hasta entonces a los ladrones, se hizo extensiva a todo aquel que desafiara la hegemonía de Francia. Después de que los franceses abrieran una refinería en Saigón, el consumo de opio se multiplicó.

Vietnam se extiende por una superficie de unos 331.000 kilómetros cuadrados, algo más que Italia o la Francia metropolitana, en su mayoría formados por terrenos montañosos de una densa vegetación exótica o llanuras de extraordinaria humedad y fertilidad de carácter estacional. El visitante que lograba sobrellevar la agotadora exigencia del calor solía quedar impresionado por la belleza del paisaje y componer descripciones líricas sobre el panorama de «arrozales en los que pastan búfalos de agua, casi siempre con una garceta blanca sobre el lomo, picoteando insectos; una vegetación tan brillante y tan verde que los ojos te dolían; la espera de los transbordadores en la ribera de ríos caudalosos del color de un *café crème*; pagodas ostentosas y casas de madera elevadas con pilares y rodeadas de patos y perros; una atmósfera vaporosa, con un omnipresente olor a madurez y agua que te hace pensar en fecundidad, en una naturaleza fértil y madura, y en calor».[4]

Los occidentales disfrutaban de la sublime habilidad de los tejedores vietnamitas, que se manifestaba en objetos de paja, cestos y los sombreros cónicos de los culis. Contemplaban con curiosidad las exóticas criaturas muertas que se vendían en los puestos callejeros y la profusión de especias, partidas de dados y adivinos. Las mariposas selváticas podían alcanzar el tamaño de murciélagos. La cultura acuática era espectacular: los sampanes remontaban los ríos y canales, vedados a los carros; la pesca resultaba divertida y producía alimentos en abundancia. Los visitantes describían peleas de gallos e infiernos de juegos de azar; ceremonias rutilantes en el palacio imperial de Hue, donde los franceses permitían residir a un emperador títere que celebraba banquetes coronados con el asado de pavos reales, de cuya carne se decía que, aunque más dura, recordaba a la de ternera. Los habitantes del delta del Mekong recelaban mucho de la región costera que rodeaba la antigua capital, de la que afirmaban: «Las montañas no son altas, ni los ríos, muy profundos, pero los hombres son engañosos, y las mujeres, lascivas». Cierto occidental que amaba a los vietnamitas escribió que hablaban con una cadencia que «me hace pensar en un pato encantador, como si su lengua monosílaba fuera parpando con dulzura».[5]

Con una cincuentena de grupos étnicos, las tribus más salvajes compartían las regiones más agrestes del Annam con tigres, panteras, elefantes, osos, jabalíes y unos pocos rinocerontes asiáticos. Dos grandes deltas —los del río Rojo, en el norte, y el Mekong, en el sur— engendraban cosechas asombrosas. Un auge en la exportación de arroz hizo que los franceses requisaran grandes extensiones a los nativos, de un modo similar a lo que hizo Estados Unidos en el Oeste y los colonos británicos en numerosos puntos de África. Los pueblos de Indochina quedaron sometidos a tributos que financiaban su propia sumisión, y en la década de 1930 el 70 % de los campesinos debía arrendar las parcelas que trabajaba, o a lo sumo poseían minifundios. Los plantadores franceses —unos pocos cientos de familias que acapararon las grandes fortunas de la Indochina colonial— adoptaron, en el siglo XX, una actitud tan inflexible con los vietnamitas que un visitante británico la calificó de «idéntica a la de cualquier aristocracia esclavista del pasado. Los tratan con el absoluto desprecio que, por otra parte, probablemente es necesario para una explotación efectiva».[6]

A los plantócratas franceses, como a los magnates del caucho y los propietarios de minas de carbón, la administración colonial les permitió institucionalizar la crueldad; además instauró una tasa de cambio artificialmente elevada, del franco frente a la piastra vietnamita, que contribuyó a enriquecer al Tesoro parisino. Los invasores lograron que muchos vietnamitas se impregnaran de su lengua, educación y cultura. Cierto exalumno recordaba incluso que en su escuela le enseñaban que eran herederos directos de los galos; solo se corrigió cuando su padre, suboficial del ejército francés, le dijo en tono de orgullosa severidad: «Tus antepasados fueron vietnamitas».[7] Un cirujano australiano dejó escrito que, incluso entre personas relativamente humildes, se tenía conciencia «de ser una civilización antigua con una larga historia ininterrumpida».[8]

Sus circunstancias eran ligeramente mejores que las de los congoleños gobernados por Bélgica; algo peores que las de los indios sometidos a los británicos. Había una contradicción en las vidas de los vietnamitas de clase media y alta. Sometidos a una inmersión obligatoria en una lengua y una cultura europeas, sin embargo apenas veían a los franceses fuera de las horas de trabajo. Nguyen Duong, nacido en 1943, creció apasionado por los

relatos de espías franceses y las historias de Tintín. Sin embargo, como a todos los asiáticos —para quienes un golpe físico representa el peor de los insultos—, le disgustaba mucho el hábito de los maestros franceses de asestar palmetazos a los más torpes. Nunca le constó que su familia recibiera en su casa a familia de colonos o saliera a cenar con esa clase de personas.[9] Norman Lewis describió Saigón como «una pequeña ciudad francesa en un país tórrido. Tiene tanto sentido llamarla “el París del Extremo Oriente” como lo tendría afirmar que Kingston, en Jamaica, es el Oxford de las Indias Occidentales. Su inspiración ha sido meramente comercial y, por lo tanto, no hay *folie*, fervor ni una gran ostentación ... Veinte mil europeos salen lo menos posible de sus pocas calles sombreadas por los tamarindos».[10]

A la mayoría de los que se beneficiaban de la vida colonial, esta les parecía sumamente cómoda y agradable; al menos durante un tiempo. Los que se demoraban demasiado en el lugar, sin embargo, se arriesgaban a contraer enfermedades más graves que la malaria o la disentería: la lasitud paralizante del Oriente, agravada por el opio y el acceso a una multitud de sirvientes. Los franceses con más años de experiencia en la zona —*les anciens d’Indo*— hablaban de *le mal jaune* («el mal amarillo»). El dominio colonial no evitaba que la clase alta indochina los contemplara con desdén. En Vietnam era tradicional ennegrecerse los dientes con esmalte, y las piezas blancas se contemplaban con desprecio: se cuenta que un emperador preguntó, tras recibir a un embajador europeo: «¿Quién es este hombre con dientes de perro?».[11] Norman Lewis escribió: «Son demasiado civilizados para escupir cuando ven a un hombre blanco, pero les despierta una total indiferencia ... Hasta el culi del *rickshaw*, al que uno, para mayor tranquilidad, le paga el doble de la tarifa, acepta el dinero con un silencio sombrío y gira la cara de inmediato. Es tremendamente incómodo sentirse objeto de un aborrecimiento universal, como un mero “diablo extranjero”».[12]

Pocos vietnamitas contemplaban el dominio francés con ecuanimidad, y era habitual que estallaran revueltas locales. En 1927, en Vinh Kim, un pueblo del delta del Mekong, se creó un grupo notable de actrices adolescentes, conocido como «*Troupe* de las Mujeres Unidas», que ponía en

escena espectáculos y obras de teatro anticolonialistas. En la década de 1930 se produjeron incidentes rurales tales como manifestaciones, quema de cosechas o actos de insurgencia. El dinero siempre escaseaba: algunos campesinos fueron encarcelados por no satisfacer los impuestos, y otros cayeron en manos de tiburones del crédito, con lo cual en 1943 casi la mitad de las tierras cultivables de Vietnam estaban en manos de menos del 3 % del sector agrícola. La autoridad colonial tenía claro que el mejor remedio era la represión. Un oficial de la Sûreté vietnamita se burlaba de un revolucionario al que había detenido: «¿Acaso un saltamontes puede patear a un automóvil?».[13]

Sin embargo, en los numerosos espacios deshabitados del país —*les grands vides*— pervivieron grupos de bandidos y guerrilleros. En la terrible cárcel de la isla de Poulo Condore casi nunca había celdas vacías. Para los vietnamitas allí destinados apenas se fingía siquiera un juicio justo. El lugar se acabó conociendo como «la universidad de los revolucionarios», porque muchos de los que más adelante interpretaron papeles destacados en la lucha por la independencia estuvieron encarcelados en Poulo Condore. Curiosamente, el hombre que se convirtió en su líder —y en uno de los revolucionarios más famosos del siglo XX— figuraba entre los pocos que no corrieron esa suerte.

Ho Chi Minh —seudónimo de Nguyen Sinh Cung— había nacido en un pueblo de la zona central de Vietnam en 1890. Su padre había ascendido a la condición de mandarín, pese a que era tan solo el hijo de una concubina; pero con el tiempo abandonó la corte para convertirse en maestro itinerante. Ho —como hicieron también más adelante Vo Nguyen Giap, Pham Van Dong y Ngo Dinh Diem— asistió a un influyente colegio de enseñanza secundaria de Hue, el Quoc Hoc, fundado en 1896, del que fue expulsado en 1908 por actividad revolucionaria. Rompió con los lazos familiares y, tras un breve período como maestro de una escuela rural, en 1911 subió a una fragata francesa como fogonero y pinche de cocina. Durante tres años vagó por el mundo, pasó un año en Estados Unidos —que le fascinó— y luego trabajó como auxiliar de repostería en el hotel Carlton, en Londres. Su activismo político se fue intensificando y trató con muchos nacionalistas

de distintos lugares: irlandeses, chinos e indios, por ejemplo. Ho hablaba inglés y francés con fluidez, además de varios dialectos chinos y, más tarde, ruso.

En 1919 esbozó un llamamiento que se entregó al presidente estadounidense Woodrow Wilson durante la conferencia de paz de Versalles, solicitando que diera apoyo a la independencia vietnamita: «Todos los pueblos sometidos están henchidos de esperanza ante la posibilidad de que se abra ante ellos una era de justicia y derecho ... en la batalla de la civilización contra la barbarie». En 1920 asistió al congreso de los socialistas franceses, donde pronunció un discurso que más adelante cobró fama: «Me resulta imposible, en tan solo unos minutos, referirles todas las atrocidades que los bandidos del capitalismo perpetran en Indochina. Hay más prisiones que escuelas ... Para nosotros no existen las libertades de prensa y opinión ... No tenemos derecho a emigrar ni viajar al extranjero ... Hacen cuanto pueden para intoxicarnos con opio y embrutecernos con alcohol ... Masacran por miles ... para defender intereses que no son [vietnamitas]».[14] Ho se convirtió en un autor prolífico de panfletos y artículos para las revistas de izquierdas, en los que citaba a menudo a Lenin.

En 1924 viajó a Moscú, donde se encontró con los nuevos líderes de Rusia y pasó varios meses estudiando en la que se había bautizado como «Universidad de los Trabajadores Orientales», antes de trasladarse a Cantón, donde trabajó como intérprete del asesor soviético de Chiang Kai-shek. Tres años después, cuando Chiang se volvió en contra de los comunistas, Ho huyó de nuevo a Europa. Un francés, conocido del vietnamita, describió una conversación sobre un puente del Sena, en la que Ho reflexionaba así: «Siempre pensé que acabaría siendo un erudito, o un escritor, pero he terminado por ser un profesional de la revolución. Recorro muchos países pero sin ver nada. Cumplo órdenes estrictas, sigo un itinerario cuidadosamente prescrito y no puedo desviarme de la ruta, ¿verdad?».[15] «Órdenes», ¿de quién? Muchos misterios rodean la vida de Ho. Nunca se casó; al parecer cubrió las necesidades emocionales mediante el compromiso con la lucha política. ¿Quién financiaba sus viajes por el mundo? ¿Era un criado al servicio de Moscú o solo recibía una ayuda

económica *ad hoc* por parte de sus compañeros de viaje político? No es de extrañar que se pasara al comunismo, porque en todas partes los capitalistas mostraron una hostilidad implacable a sus designios. No llamaba la atención por sus propios escritos y pensamientos, que carecían de originalidad, sino por su extraordinaria capacidad de inspirar en otros fe, lealtad e incluso amor. Un estudiante vietnamita escribió, tras encontrarse con Ho en París, algunos años después: «Exudaba un aire de fragilidad, de palidez enfermiza. Pero esto solo destacaba más la imperturbable dignidad de la que estaba investido, casi como un ropaje. Transmitía una impresión de fortaleza interior y generosidad de espíritu que tuvo sobre mí un impacto poderoso».[16]

En 1928 Ho apareció en Bangkok, punto de encuentro de los nacionalistas indochinos exiliados. Al cabo de un año se mudó a Hong Kong, donde presidió un encuentro de los líderes de diversos grupos vietnamitas enfrentados entre sí, celebrado en un estadio de fútbol, al mismo tiempo que el partido, para eludir la atención de la policía. Convenció a sus compatriotas de que debían unirse bajo la enseña del Partido Comunista de Indochina, que el Comintern moscovita reconoció oficialmente en 1931. Durante los años posteriores se produjeron en Vietnam diversas revueltas. Los franceses respondieron bombardeando los poblados donde sospechaban que había insurgentes y guillotinando a cuantos jefes podían identificar. Aunque Ho no intervino directamente en los alzamientos, ahora era un hombre buscado, perseguido en todas las colonias de las potencias europeas. Después de una serie de aventuras Ho logró escapar a China, tras convencer a un empleado de un hospital de Hong Kong de que declarase que había muerto. En adelante estuvo moviéndose entre China y Rusia, un período en el que adoleció de privaciones crónicas y enfermedades recurrentes. Un agente comunista francés que lo trató durante esta odisea describió a Ho como un carácter «firme y tembloroso con un único pensamiento en la cabeza: su país».

A principios de 1941, tras una ausencia de tres décadas, volvió en secreto a Vietnam, donde viajó a pie y en sampán, y adoptó el seudónimo con el que pasaría a la historia: Ho Chi Minh, «el que trae la luz». Tomó por base una cueva de las colinas del norte, donde, a sus cincuenta años,

congregó a jóvenes que se sumaron a la causa del «Tío Ho», entre ellos algunos futuros héroes de la revolución como Pham Van Dong y Nguyen Vo Giap. Giap, al principio, presentó a Ho a su pequeño grupo de guerrilleros diciendo: «Camaradas, este viejo es nativo de la zona, un campesino que ama la revolución». Pero pronto se dieron cuenta de que ni era un lugareño ni, desde luego, un campesino. Dibujó mapas de Hanói para los que nunca habían visto la ciudad y les aconsejó cavar letrinas. Un veterano recordaba: «Nos preguntábamos: "¿Quién es este anciano? Con todo lo que podría contarnos, ¿¡y nos da consejos de cómo cagar!?"».[17] Sin embargo, Ho no tardó en ser aceptado como líder del grupo y, de hecho, de todo un nuevo movimiento que bautizaron como Liga por la Independencia de Vietnam, más conocido por su nombre abreviado: Vietminh. Sus dirigentes no ocultaban el compromiso ideológico pero solo mucho más tarde indicaron expresamente que el único credo permitido era el comunismo.

La conquista nazi de la Europa occidental erosionó bruscamente la autoridad de Francia en sus colonias y, al mismo tiempo, intensificó los padecimientos de los campesinos. En Indochina los franceses satisficieron sus propias necesidades requisando productos básicos tales como cerillas, telas o aceites para lámparas. En 1940 se produjo un alzamiento comunista, de corta vida, en el delta del Mekong, que costó la vida a varios oficiales franceses y acarreó la toma de varios puestos del ejército. Los rebeldes ocuparon almacenes de arroz y distribuyeron sus contenidos; insurgentes que enarbolaban banderas con la hoz y el martillo derribaron puentes. La que se conoce como Insurrección de Nam Ky duró tan solo diez días y contó con la participación de una minoría de los lugareños; pero puso de manifiesto la furia latente en las zonas rurales. Desde el verano de 1940, Tokio aprovechó la hegemonía regional para desplegar tropas en Indochina, primero para cortar la ruta de abastecimiento entre Occidente y China, luego para establecer una ocupación progresiva que llevó al presidente Franklin Roosevelt a imponer el trascendental embargo petrolífero de julio de 1941. Aunque en teoría los franceses seguían conservando la autoridad, en adelante el poder real lo ejercieron los japoneses. Buscaban productos básicos para sus industrias nacionales e insistieron en que los vietnamitas

redujeran el cultivo de arroz y aumentaran el de algodón y yute. Esto, sumado a la exportación forzosa de alimentos, fue agravando el hambre entre los habitantes del mayor productor de arroz del sudeste asiático.

En 1944, una sequía, con posteriores inundaciones, desató una tragedia humana de enormes proporciones. Al menos un millón de vietnamitas —uno de cada diez habitantes de Tonkín— perecieron en una hambruna tan terrible como el desastre contemporáneo del este de Bengala, en la India británica. Hubo noticias creíbles sobre canibalismo, pero no se sabe que ningún francés muriera de inanición. La hambruna quedó grabada en la memoria de muchos vietnamitas del norte como la experiencia más espantosa de sus vidas, peor incluso que las guerras posteriores. Uno de los recuerdos más antiguos de un campesino de un pueblo próximo a Hanói era el de su madre riñendo a los niños si desperdiciaban comida: «¡No harías eso si te acordaras de 1945!».[18]

Otro campesino describió las aldeas abandonadas y la desesperación popular: «Cuerpos esqueléticos y harapientos vagaban por las calles de todas las ciudades y los caminos de todo el país. Luego empezaron a aparecer cadáveres en las cunetas y en los terrenos de las pagodas y las iglesias, en los parques urbanos, en las estaciones de trenes y autobuses. Grupos hambrientos, de hombres, mujeres que portaban bebés en los brazos y otros niños alrededor invadían todos los campos y jardines a su alcance, buscando cualquier cosa que les pareciera que podían comer: bananas verdes, bulbos de bananero o el interior de los tallos, brotes de bambú... En mi propio pueblo, la gente tuvo que defender sus tierras por la fuerza».[19] Pasaban carros de bueyes para llevarse los cadáveres y enterrarlos en fosas colectivas. Cierto día, la hija de este campesino, de tres años, estaba comiéndose un pastel de arroz frente a su casa cuando un joven demacrado, «que parecía un fantasma con harapos», se abalanzó sobre la pequeña, le arrebató el bocado y salió a la carrera.

En algunas zonas se crearon comedores de caridad que repartían gachas a largas colas de personas famélicas. Van Ky, un adolescente de Tonkín que luego cobró fama por sus canciones para el Vietminh, contó más adelante: «Al abrir la puerta de casa, por la mañana, te podías encontrar a un cadáver allí tirado. Donde veías una bandada de cuervos, ya sabías que debajo había

un muerto».[20] Como era de esperar, esta experiencia fue un caldo de cultivo de revolucionarios, incluido el propio Ky. Había nacido en 1928, en el seno de una familia campesina, pero creció en el hogar de su tío, excepcionalmente alfabetizado, de quien pudo aprender las fábulas de La Fontaine, que le inspiraron obritas de teatro. Allí también leyó libros tales como *Los miserables*, de Víctor Hugo. A los quince años, Ky estaba repartiendo panfletos comunistas. Lo nombraron jefe de la milicia secreta local, en la que prestó servicio hasta que decidió que su talento artístico podía resultar más útil para la revolución que sus conocimientos militares. Los propagandistas del comunismo utilizaron la música con gran eficacia, adaptando a los nuevos mensajes canciones populares que eran interpretadas por bandas itinerantes. Más adelante Ky escribió una balada titulada «Hy Vong» («Esperanza») que se convirtió en una de las melodías favoritas de la Resistencia. Su experiencia personal puso de manifiesto un aspecto llamativo de la lucha por la independencia: el respeto por la cultura francesa no era incompatible con la firme voluntad de lograr que Francia se marchara de Vietnam.

2. La marcha del Vietminh

La última fase de la guerra mundial tuvo consecuencias de gran alcance. En marzo de 1945, los japoneses dieron un golpe de Estado, depusieron al régimen profrancés y asumieron el pleno dominio de Vietnam. El colonialismo solo era sostenible en tanto en cuanto los pueblos sometidos lo considerasen un orden inevitable, pero esta percepción cambió para siempre en el sudeste asiático. Los vietnamitas retrocedían ante la brutalidad de los nuevos gobernantes, pero admiraban el espectáculo de la autoridad en manos de otros asiáticos: hubo quien calificó a los japoneses de *oai*, «imponentes».[21] En julio, la Oficina de Servicios Estratégicos —una agencia de Estados Unidos que patrocinaba la guerra de guerrillas; OSS, en sus siglas inglesas— envió a Indochina a un grupo de agentes paramilitares encabezados por el comandante Archimedes Patti, que se estableció en la base de Ho Chi Minh. Aquellos jóvenes duros, como tantos otros estadounidenses y británicos destacados en países ocupados por todo el

mundo, se alegraban de encontrar amigos en un entorno hostil, de modo que se enamoraron del romanticismo de las circunstancias, así como de sus huéspedes. Un guerrillero de veintidós años le contó a uno de los hombres de las SS, en tono jocoso, que no debía dejarse ver fuera del campamento, situado en Tan Trao, «porque si los japoneses te atrapan, ¡te comerán como a un cerdo!». Sin embargo, cuando se jactó de la broma delante de Giap, este le reprendió: «Somos revolucionarios y los miembros de este equipo son nuestros aliados, así que tenemos que hablarles de una forma culta y civilizada».[22]

La política de Washington, en relación con Indochina, fue torpe y errática. Los capitostes militares Aliados estaban centrados en culminar la derrota de Alemania y Japón. De Yugoslavia a Birmania, sin embargo, y de Grecia a Vietnam, los nacionalistas locales focalizaron su atención casi exclusivamente en hacerse con el control político cuando se completara la expulsión de las fuerzas del Eje. A los súbditos coloniales no les interesaba liberarse del protectorado del fascismo para quedar subyugados de nuevo por sus antiguos señores, ya fueran estos franceses, británicos o neerlandeses. El equipo de la OSS destinado con Ho quedó fascinado por la personalidad de este y se permitió suponer que las armas que le proporcionaban se utilizaban para hostigar a los japoneses. En realidad, el Vietminh escenificó unas pocas acciones de exhibición contra los ocupantes, pero se centró en construir una organización propia y acumular armas para luchar contra los franceses. Ho nombró como jefe militar a Giap. Este antiguo maestro y ávido estudiante de historia carecía por completo de formación militar cuando, el 22 de diciembre de 1944, formó la conocida como Unidad de Propaganda del Ejército de Liberación Vietnamita, integrada tan solo por treinta y cuatro personas (tres de ellas, mujeres). El 15 de mayo de 1945 la estructura se integró en el embrión de un «Ejército de Liberación».

En las modernas historias de Hanói se constata con satisfacción la manera en que los cuadros comunistas aprovecharon las armas y el entrenamiento occidentales para perseguir sus propias metas. En 1943, después de que los Aliados ocuparan el Madagascar francés, la organización bélica secreta británica —el Ejecutivo de Operaciones

Especiales; SOE, en sus siglas inglesas— reclutó a siete prisioneros vietnamitas que sus oficiales habían hallado languideciendo en una prisión de Vichy. Estos hombres aseguraron a sus libertadores que estaban ansiosos por regresar a su país a combatir, sin precisar que incluían a los franceses entre sus enemigos fascistas. Una versión posterior del Vietminh afirmaba: «Aquellos siete hombres de la inteligencia aparentaban ser agentes de los Aliados, pero su mente y su corazón estaban con el comunismo».[23] Tras el entrenamiento habitual en las técnicas del espionaje, se lanzaron en paracaídas sobre Vietnam. Temían que el Partido los rechazara por haber aceptado ponerse a las órdenes del SOE, pero fueron recibidos con los brazos abiertos y enseguida se les ordenó comunicarse con Calcuta para obtener más armas, equipos de radio y material médico.

El carácter repentino del final de la guerra, en agosto de 1945, permitió a Ho tomar la iniciativa y ocupar un vacío de poder especialmente claro en la zona septentrional. Sus emisarios convencieron a Bao Dai —el joven, indolente y errático emperador títere de Vietnam— de que escribiera al gobierno de París aseverando que la posición de Francia solo se podría proteger «con el reconocimiento explícito y expreso de la independencia de Vietnam».[24] El general Charles de Gaulle, como jefe provisional del gabinete parisino, declinó dar respuesta a la carta, pero se vio obligado a reconocer, aun con reticencia, que antes de abdicar el 25 de agosto Bao Dai había invitado a Ho a formar gobierno. El líder del Vietminh hizo que sus seguidores marcharan hacia Hanói, la capital de Tonkín, y el 2 de septiembre de 1945 —en la plaza de Ba Dinh, ante una multitud extasiada — proclamó la vigencia del nuevo Estado de Vietnam. Declaró: «Los franceses han huido, los japoneses se han rendido, el emperador Bao Dai ha abdicado, nuestro pueblo ha roto las cadenas que durante más de un siglo nos han oprimido».[25]

La noticia se transmitió por radio en todo el país, y un niño en edad escolar, que vivía al sur de Hue, rememoraba más adelante: «Nuestros maestros estaban muy felices. Nos decían que debíamos salir a celebrar la independencia. Decían que cuando fuéramos viejos ... debíamos recordar aquel día como un día de celebración».[26] En su discurso, Ho citó la Declaración de Independencia de Estados Unidos, y obtuvo una victoria

propagandística cuando el grupo de la OSS aceptó fotografiarse saludando la ceremonia de izado de la bandera del Vietminh. Por casualidad, en aquel momento un escuadrón de cazas P-38 del ejército de Tierra estadounidense pasó ruidosamente sobre la ciudad; a ojos de miles de espectadores, Estados Unidos estaba dando su bendición al nuevo gobierno.

De hecho, por descontado, un grupito de jóvenes idealistas del Departamento de Estado y la OSS se limitaron a explotar la ausencia de directrices claras de Washington para actuar a su antojo. Patti —un hombre muy vanidoso al que Ho manipulaba con soltura— describió al líder del Vietminh como «un alma amable», y otro estadounidense dijo: «Creíamos que era antes que nada nacionalista, y solo en segundo lugar, comunista». El comandante admitió, mucho después: «Quizá fui un tanto ingenuo, en lo que a la intención y el propósito respecta, al usar las palabras [de la Declaración de 1776] ... Pero tenía la convicción de que los vietnamitas se quejaban con razón y tenían todo el derecho a gobernarse ellos mismos. A fin de cuentas, ¿no era de eso de lo que trataba [la segunda guerra mundial]?».[27]

El liderazgo carismático resulta determinante en la mayoría de las luchas revolucionarias; recordemos a Gandhi y Nehru, en la India, a Kenyatta, en Kenia, a Castro, en Cuba. Ho Chi Minh asentó una legitimidad que se demostró inexpugnable incluso cuando se pusieron de manifiesto las deficiencias —y las barbaridades— de su régimen, porque en 1945 se apoderó en solitario del movimiento independentista de Vietnam. Nguyen Cao Ky, que por entonces contaba dieciséis años, escribió más adelante que en aquellos días, en Hanói, «solo salía un nombre de mi boca, y de las bocas de casi todos los de mi generación: el de Ho Chi Minh».[28] Muchos hogares colgaron su retrato; en palabras de otro joven vietnamita, «ansiábamos tener un héroe al que adorar».[29] Los franceses no intentaron favorecer el desarrollo de una clase política nativa, con simpatías por las aspiraciones de su propio pueblo: los vietnamitas ricos y de buena formación vivían en un mundo completamente ajeno al de los campesinos. Ho y sus íntimos, que sabían que pocos aprobarían un proyecto netamente

comunista, lograron unir a una gran parte de su pueblo bajo la bandera de expulsar a los franceses. En los años siguientes alcanzó una estatura mítica, muy por encima de la de cualquier compatriota.

Durante los primeros años de la lucha por la independencia, en las «zonas liberadas» se forzó el traspaso de la propiedad de las tierras a manos campesinas. Ho y sus socios no desvelaron que concebían la redistribución como una simple parada de tránsito, previa a la verdadera estación de término: la colectivización. Los cuadros políticos transmitían una imagen brillante de Rusia como un paraíso en la Tierra que Vietnam debía aspirar a emular. El propio Ho irradiaba un aura de dignidad y sabiduría que impresionaba a cuantos lo trataban, y demostró ser un maestro en la manipulación política. Bajo la apariencia de benignidad poseía la cualidad indispensable en todos los revolucionarios: ser absolutamente implacable con el coste humano de los caminos que estimaba que su pueblo debía recorrer. A la hora de juzgar un movimiento político, parece razonable preguntarse no tanto si es capitalista, comunista o fascista como si resulta esencialmente humano. Un comentario atribuido a Giap da respuesta a esta pregunta, en lo que respectaba al Vietminh: «Cada minuto, cientos de miles de personas mueren en este planeta. La vida o la muerte de un centenar, de un millar, de decenas de miles de seres humanos, incluso de nuestros compatriotas, tiene poca importancia».

La conducta de Ho Chi Minh reflejaba esa misma convicción, pero como político Ho tuvo la astucia suficiente para que ningún occidental lo oyera afirmando tal cosa. Ha habido mucho debate al respecto de si era un «auténtico» comunista o tan solo un nacionalista que abrazó el credo de Lenin llevado por la necesidad política. Los datos disponibles se inclinan con claridad hacia lo primero. Nunca se asemejó a Tito, en contra de lo que sugerían quienes lo defendían en Occidente: condenó repetidamente que, en 1948, Yugoslavia cortara los lazos con el bloque soviético. Expresó una admiración constante por Stalin, pese a que el líder ruso nunca favoreció al jefe del Vietminh ni con la confianza personal ni con una ayuda importante.

Cabe conjeturar que, tal vez, Vietnam no se habría sometido al comunismo si, en 1945, Francia hubiera anunciado su intención de abandonar el país y hubiera emprendido un proceso de transición acelerada

para identificar a líderes nativos creíbles y prepararlos para el gobierno, como hicieron los británicos antes de salir de la península de Malaca. Los franceses optaron por lo contrario: redactar una larga nota de suicido que afirmaba su férrea oposición a toda forma de independencia. La intransigencia de los colonialistas concedió a Ho Chi Minh la superioridad moral en la guerra que se estaba empezando a desarrollar.

El gran responsable de esta pifia fue De Gaulle. En marzo de 1945 descartó las ideas de Pierre Messmer, su oficial de enlace con el Extremo Oriente, que consideraba necesario parlamentar con el Vietminh. Muy al contrario, el altivo general confió la restauración de la autoridad francesa a un colonialista intratable, el almirante Thierry d'Argenlieu, nombrado alto comisario para Saigón. En algunas partes del mundo —en particular en África—, la escasez de movimientos nacionalistas creíbles permitió a los imperios europeos aferrarse a su poder y sus privilegios durante una generación más. En Vietnam, por el contrario, como en Asia en general, la hegemonía extranjera resultó insostenible cuando los líderes locales encontraron voces a las que no se pudo silenciar, acompañadas de un público que les prestaba oídos. Tal era la realidad que Francia se pasó una década intentando negar.

El 12 de septiembre de 1945 —menos de un mes después de que el Vietminh se hiciera con la autoridad en Hanói—, tropas británicas e indias tomaron tierra en Saigón. Liberaron de la prisión a los enfurecidos colonialistas franceses y, tras varias escaramuzas sangrientas y confusas (en las que algunos japoneses se sumaron al bando de los aliados), expulsaron a los aspirantes vietnamitas al poder. El comandante británico, el general de división Douglas Gracey, afirmó: «La cuestión del gobierno de Indochina es exclusivamente francesa». Uno de sus oficiales describió así un primer encuentro con el Vietminh: «Vinieron a verme con un "Bienvenido" y esa clase de cosas. Fue una situación desagradable y yo me apresuré a despacharlos. Era evidente que eran comunistas».[30] En ocasiones se ha criticado a Gracey por apoyar con sus tropas la opresión del pueblo de Ho. Pero era un militar relativamente menor —no un César, ni siquiera un

Mountbatten— y se le había encargado hacer lo mismo que muchos de sus iguales en aquellos días: usar las bayonetas para restaurar el orden que imperaba antes de la guerra.

Por petición de Washington, 150.000 soldados chinos —los hombres de Chiang Kai-shek— bajaron al norte de Vietnam para interpretar una parte del papel de ocupación de los aliados. Los vietnamitas los apodaron *tau phu* («chinos hinchados») porque todos parecían tener los pies deformados, quizá a consecuencia del beriberi. Los recién llegados se comportaron más como langostas que como soldados, pues acabaron con todos los recursos comestibles o móviles de las zonas por las que pasaban. No solo apenas interfirieron en la acción de Ho, que seguía ampliando su autoridad política con decisión, sino que tuvieron la deferencia de vender armas al Vietminh. A principios de octubre de 1945 llegaron las primeras tropas francesas a Saigón, pero todavía tardaron más de un año —un retraso muy valioso para los comunistas, letal para los imperialistas— en restaurar el control en el norte.

A sus dieciséis años, el estudiante Pham Phu Bang era un revolucionario apasionado que veía el Vietminh como un movimiento dedicado exclusivamente a la independencia: «Yo no sabía nada sobre el comunismo».[31] Cuando los japoneses barrieron el país, primero se emocionó al contemplar cómo otros asiáticos humillaban al poder colonial francés, «como dos grandes búfalos de agua que toparan por ver quién era más fuerte». Tras el hundimiento de Japón, Bang inició su propia carrera revolucionaria: robaba armas a los soldados chinos descuidados, escribía carteles y dibujaba banderolas proclamando «¡Arriba Ho Chi Minh!» o «¡Viva el Vietnam libre!». Un día subió a un tren que llevaba arroz al norte, a las zonas castigadas por la hambruna. El transporte quedó parado frente a un puente destruido por los bombardeos aliados. La escolta del Vietminh reclutó a campesinos locales para que cargaran los sacos de arroz hasta la otra orilla del río, pero el tren no tardó en quedar rodeado por una muchedumbre famélica. Al joven Bang se le acercó una figura esquelética que había recibido una lata de arroz, pero rogaba desesperadamente que le dieran otra para su hijo. «Entre nosotros hubo discusiones encendidas sobre de quién era la culpa de aquellas cosas tan terribles: de los japoneses, que

gobernaban; de los franceses, que requisaban toda la comida que querían para sí mismos; o de los estadounidenses, que habían bombardeado las vías de tren. Decidimos que eran los tres. Nos preguntábamos: ¿por qué un país tan pequeño y frágil como el nuestro tiene tantos enemigos?»

En el transcurso de 1945-1946, el Vietminh se hizo con el control de un movimiento no comunista, la Juventud de Vanguardia, y eliminó a los otros grupos de oposición de la zona norte del país. Muchos de los líderes alternativos fueron encarcelados y en el campo se liquidó a varios miles de supuestos «enemigos del pueblo». El Vietminh se apresuró a anunciar su propio triunfo en las elecciones nacionales del 4 de enero de 1946, tan amañadas como todas las demás votaciones que se celebraron en Indochina durante las décadas siguientes. Durante una breve temporada, mientras el ejército chino y los representantes aliados tuvieron una presencia conspicua en el norte, hubo cierta ficción de libertad de expresión. A mediados de junio, sin embargo, los hombres de Chiang se habían marchado, en su mayoría, y las purgas se reanudaron.

La gente de Ho se movió con rapidez y eficacia para tomar el control de las zonas rurales, en particular en las áreas más remotas y próximas a la frontera china. En el delta del Mekong, por el contrario, los franceses recuperaron el dominio a principios de 1946, con lo cual las estructuras insurgentes tuvieron que evolucionar en secreto, conviviendo con la administración colonial. Entre los hombres del Vietminh que regresaron de la cárcel estaba Le Duan, que dos décadas más tarde asumiría el poder en el país. Cuando los franceses expulsaron al Vietminh de las zonas urbanas, Le Duan estuvo entre los que se establecieron en el área rural del delta, donde las guerrillas tomaron las armas. El poder colonial les respondió.

Que Francia adoptara este camino fatal se debía, en buena medida, a la humillación sufrida en la segunda guerra mundial. Si en la India se pudo evitar un desastre militar, probablemente fue solo porque los votantes británicos, en las elecciones de 1945, tuvieron el acierto de respaldar un gobierno socialista que tomó la decisión histórica de abandonar el subcontinente y Birmania. Por el contrario, en París, en el verano de 1945, un delegado negro de la Guyana, Gaston Monnerville, afirmó: «Sin el imperio, hoy Francia no sería más que un país liberado ... Gracias a su

imperio, Francia es un país victorioso».[32] Los sucesivos gobiernos de la Cuarta República, con sus puertas giratorias, se mostraron débiles en todos los campos, salvo en la insistencia en desplegar la fuerza en las posesiones de ultramar, con una determinación implacable rara vez igualada por los soviéticos. En 1945 se produjo en Argelia una revuelta musulmana que costó la vida a un centenar de europeos; se calcula que, en respuesta, las tropas francesas mataron a unas ochenta mil personas. Tras otra rebelión, de marzo de 1947, en Madagascar —donde treinta y siete mil colonos dominaban a más de 4,2 millones de súbditos negros—, el ejército mató a noventa mil personas. Que una potencia europea dejara tales montañas de cadáveres y la cuestión pasara sin apenas noticia solo se puede explicar en el clima de desánimo de un mundo que había agotado sus reservas de escándalo moral. En todo caso, Argelia y Madagascar son contextos importantes para el derramamiento de sangre que pronto sufriría también Indochina.

La brutalidad e inhumanidad de los franceses es asombrosa, pero más incomprensible aún es que Estados Unidos los apoyara. Sin ayuda militar, la política colonial de París se habría derrumbado de la noche a la mañana. Fredrik Logevall ha observado que no habría existido contradicción entre la decisión estadounidense de ayudar a la recuperación nacional de Francia y una negativa a respaldarla en sus locuras imperiales.[33] Si Washington optó por el camino contrario se debió en parte a que, antes incluso de que la Guerra Fría alcanzara una temperatura gélida, los gestores políticos eran reticentes a reconocer las nuevas conquistas territoriales de los comunistas. Aunque los intelectuales liberales de Estados Unidos odiaban el colonialismo, en una era en la que su propio país aún vivía en buena medida con las razas segregadas, el espectáculo del dominio de los hombres blancos frente a las «razas inferiores» todavía no resultaba tan odioso como lo empezaría a ser pronto. A finales de la década de 1940, los franceses no se habían asociado tanto al anticomunismo estadounidense como lo harían más adelante; pero en la escala de prioridades del presidente Harry Truman, los intereses del pueblo vietnamita —o, a tales efectos, del malgache, argelino y otros que se hallaban en circunstancias similares— ocupaban un lugar muy secundario.

Al principio, algunos vietnamitas consideraron que la vuelta de los franceses era un expediente aceptable, de forma temporal, para librarse de los chinos, que estaban saqueando el norte. Ho Chi Minh recibió un reconocimiento simbólico como señor de Tonkín, y Bao Dai, el reconocimiento como soberano nominal del país. En julio de 1946, cuando Ho visitó París para hablar sobre el futuro constitucional del país, fue recibido con los honores de un jefe de Estado. Pero era pura apariencia: en las conversaciones subsiguientes, en Fontainebleau, el gobierno parisino dejó claro que había llamado a Ho para transmitirle las instrucciones de sus superiores, no para negociar una nueva asignación del poder. De Gaulle afirmó: «Francia, unida a los territorios de ultramar que abrió a la civilización, es una gran nación. Sin esos territorios, correría el peligro de dejar de ser una nación».

El jefe de la delegación francesa le dijo a un representante del Vietminh, con desdén: «Nos bastaría con una intervención policial corriente, de ocho días, para expulsaros a todos». Durante varias semanas, Ho quedó sumido en la frustración. Truong Nhu Tang —que tres décadas después sería ministro revolucionario en el sur— formaba parte de un grupo de estudiantes vietnamitas que se encontraron con su héroe en París. Se emocionaron cuando el aspirante a liderar la nación les indicó que se dirigieran a él como «Tío Ho», en vez de con un «Señor Presidente». Les preguntó qué pensaban sobre el futuro de Vietnam y dedicó una tarde a charlar con ellos. «Es difícil pensar en otro líder mundial que, en circunstancias parecidas, hubiera hecho lo mismo.» Cuando Ho supo que en aquel grupo de estudiantes los había originarios tanto del norte como del centro y el sur de su país, exclamó: «*Voilà*! La juventud de nuestra gran familia ... Debéis recordar que, aunque los ríos se sequen y las montañas se desmoronen, la nación siempre será una».[34] Los comentarios de Ho causaron una profunda impresión en sus jóvenes compatriotas, porque evocaban «el lenguaje de lemas y poesía que los líderes vietnamitas siempre habían usado para arengar al pueblo ... Desde aquella tarde, fui un partidario ardoroso de Ho Chi Minh. Su sencillez, encanto, familiaridad me habían conquistado. Su ... ferviente patriotismo me sirvió de modelo para mi propia vida».

Ho volvió a Tonkín sabiendo que no se podría alcanzar ningún acuerdo pacífico. Los franceses actuaban con una duplicidad extrema: en cuanto pudieron disponer de más tropas, aviones y buques de guerra, no solo reforzaron el dominio en el sur sino que salieron a por el norte. Aquel verano de 1946 las operaciones militares se confiaron a la dirección de la figura más destacada del ejército francés: Philippe Leclerc. Este calificó a Ho de enemigo de Francia y tuvo la imprudencia de considerar que el conflicto ya estaba ganado. El general trataba con desdén a Giap, el antiguo jefe de inteligencia de Ho, que a la sazón era el supuesto «ministro de Defensa» del Vietminh. Giap, que sabía sonreír de una forma generosa y contagiosa, engañó a algunos occidentales, que lo tomaron por un personaje más amable y manejable que su líder. En realidad, Giap era tan vanidoso como implacable, y el desprecio indolente de los franceses solo incrementó la intensidad de su odio hacia los colonialistas.

Leclerc terminó cambiando de opinión sobre Indochina, y se convenció de que no la podrían conservar enfrentados a una hostilidad nacionalista instalada por igual entre los comunistas que entre los contrarios al comunismo. Pero poco después perdió la vida en un accidente aéreo, en África, y desde entonces Thierry d'Argenlieu dominó la política exterior de su país. El alto comisario era una figura inflexible, como un jesuita, y el gobierno de París dio crédito a la seguridad con la que afirmaba que podrían aplastar al Vietminh. «Desde este punto, nos resulta imposible tratar con Ho Chi Minh ... Encontraremos a otras personas con las que podamos negociar.» Los franceses coquetearon con la posibilidad de promover al exemperador, aún joven, Bao Dai. Pero en Vietnam, como en tantas otras naciones oprimidas de todo el mundo, la corriente favorecía decididamente a la izquierda política. En la imaginación popular, ningún otro vietnamita poseía un atractivo ni remotamente comparable al de Ho.

En noviembre de 1946, tras la ruptura de las negociaciones, los franceses lanzaron un brutal bombardeo naval y aéreo contra los supuestos fortines del Vietminh en el puerto de Haiphong y sus alrededores. Varios miles de personas perdieron la vida y solo el barrio europeo de la ciudad se libró de la devastación. El 19 de diciembre, D'Argenlieu promulgó un ultimátum que exigía la rendición del Vietminh, a lo que este respondió con

una insurrección armada en Hanói, que se mantuvo durante sesenta días. Cuando los franceses lograron expulsarlos por fin, entre una destrucción generalizada, se engañaron creyendo que con ello habían recobrado el control de Tonkín.

Los observadores extranjeros eran escépticos, sin embargo. Un corresponsal del londinense *The Times* escribió en diciembre: «Todo poder colonial, si se sitúa en la posición de responder al terrorismo con terrorismo, valdría más que se lavara las manos en todo este asunto. Estamos a punto de ver cómo el ejército francés reconquista la mayor parte de Indochina con la única función de que ningún comerciante o plantador francés pueda vivir allí fuera de un perímetro alambrado». Ho y Giap, que se preparaban para una campaña prolongada, necesitaban disponer de bases situadas fuera del alcance de los cañones pesados y los aeródromos franceses. Así, el grueso de su ejército, integrado por unos treinta mil hombres, se marchó de los pueblos y ciudades hacia el Viet Bac, una región remota del noroeste del país.

Los líderes del Vietminh, que pasaron a vivir en cuevas o cabañas, no se engañaban: sabían que no estaba en sus manos obtener una victoria militar absoluta. Lo que buscaron, pues, fue hacer que el dominio francés resultara insoportablemente oneroso. Para este fin, grupos locales clandestinos emprendieron una guerra de guerrillas mientras las fuerzas regulares centraban sus operaciones en los puntos donde las condiciones parecían favorables. Contaban sobre todo con armamento confiscado, pero también empezaron a producir sus propias armas, con la ayuda de unos tres mil desertores japoneses. Con un ingenio ilimitado, recogían los cartuchos franceses, que recargaban, y creaban minas a partir de cuantos proyectiles de cañón o mortero caían en sus manos. Al principio, controlaban (abiertamente o en secreto) a cerca de diez millones de personas, que en su mayoría les pagaban impuestos y debían prestar servicio militar o laboral. Aunque el Vietminh denunciaba el tráfico de opio como una manifestación de la explotación colonial, Ho utilizó los mismos medios para multiplicar los ingresos de su movimiento.

Las familias son núcleos casi sagrados de la sociedad vietnamita, pero en aquellos días muchas se hicieron pedazos. El padre de Tran Hoi, un niño de diez años, era un pequeño comerciante de Hanói que aceptaba la continuidad del poder francés. Decía: «Si tenemos que elegir entre el dominio colonial y el comunismo, elegiré el colonialismo, porque eso nos abre las puertas de la civilización occidental».[35] Hubo una agria pelea cuando el tío de Hoi, un médico, anunció su resolución de unirse a Ho Chi Minh. Las divisiones de este clan familiar, como la de muchos otros, no sanaron durante las décadas de lucha que por entonces se iniciaban.

2

La «guerra sucia»

1. «Como apisonadoras»

En los primeros meses de 1947, Charles Trenet cantaba irresistiblemente, recordando al mundo las glorias de la lengua francesa: *La mer, qu'on voit danser la long des golfes claires*, que traducidas suenan banales: «El mar, que vemos bailar a lo largo de las bahías brillantes». Christian Dior entusiasmó la imaginación de las mujeres modernas con su *new look*, desplegando hileras de tela bajo una cintura estrecha y un corsé, y despachando con ello los años de austeridad. La cultura de Francia, su estilo, su belleza tanto natural como creada por el hombre volvían a estar en auge. Desde París, la escritora Nancy Mitford se burlaba sin descanso de sus compatriotas ingleses, incapaces de igualar la cocina, el ingenio y la sofisticación de su país de acogida.

Y sin embargo, este mismo pueblo inteligente, orgulloso y enfermizamente inseguro eligió entregarse a una guerra colonial brutal a trece mil kilómetros de distancia, que terminó con la vida de más de noventa mil soldados de su ejército, y de muchas más personas entre el pueblo de Vietnam. En su mayoría, los habitantes de la Francia metropolitana contemplaban con indiferencia —si no con pleno cinismo— la batalla por conservar el imperio de ultramar: *la sale guerre*, «la guerra sucia». De Gaulle, alejado en ese momento de la política, ahora sí expresó sus recelos —pronto confirmados— de que Francia no tenía ningún interés vital en Indochina ni, de hecho, podía triunfar allí. Pero una minoría vocinglera deseaba lo contrario enardecidamente y puso en marcha una empresa militar de un coste extraordinario.

Si George Orwell comentó que la forma más rápida de concluir una guerra es perderla, Francia tuvo la mala suerte de que tardó casi una década en conseguirlo. La batalla por Indochina adoptó varias formas, según las distintas regiones del país. En el norte, fuerzas numerosas maniobraban y combatían contra formaciones comunistas que, en ocasiones, llegaban a reunir a sesenta mil hombres, con el apoyo de un enjambre de campesinos porteadores. Un documento del Vietminh afirmaba que la estación seca, entre octubre y abril, era «la más propia para la lucha»,[1] mientras que en los meses más lluviosos, de mayo a octubre, era difícil moverse y convenía dedicarlos a descansar, entrenar, ajustar el despliegue y planificar.

Entre tanto, en las ciudades grandes y pequeñas, los franceses se esforzaban por frenar los ataques terroristas: bombas contra cafés abarrotados, asesinatos de oficiales. Tales incidentes quedaron integrados en una nueva normalidad: en una recepción en la alcaldía de Haiphong, los invitados se alarmaron por el ruido próximo de una explosión y un tiroteo, pero el cóctel y las conversaciones se reanudaron cuando se supo que, simplemente, se había abatido a un partisano del Vietminh que había lanzado una granada contra una comisaría.[2] En un ataque inusualmente exitoso y cruel, las guerras asaltaron una fiesta celebrada en un hogar francés del cabo St. Jacques, cerca de la desembocadura del río Saigón. Con granadas y viejos subfusiles británicos mataron a ocho oficiales, dos mujeres, seis niños y cuatro sirvientes vietnamitas.

Por todo el campo, se creó una red de casi un millar de fortines y *miradors* (atalayas protegidas por minas, concertinas, troncos, sacos de arena, hierro corrugado y trincheras armadas con estacas afiladas de bambú) para proteger los pueblos y carreteras. Sin embargo, esto no bastó para contener al Vietminh, que retiraba las minas para su propio uso y, por lo general, podía asolar un puesto local si se lo proponía. Las barcas francesas libraron batallas feroces en el río Negro, contra guerrilleros que disparaban desde las orillas. Entre tanto, en las zonas altas de las montañas y el interior de las selvas, las fuerzas especiales francesas del GCMA (Groupement de Commandos Mixtes Aéroportés) dirigían a aquellos miembros de las tribus que odiaban a los comunistas por sus propias razones. Como la inserción y extracción de estas unidades aerotransportadas dependía de la existencia de

pistas de aterrizaje, algunos hombres del GCMA se unieron a los nativos porque no tenían otra alternativa; no fueron pocos los que nunca volvieron a la civilización. Este fue el último conflicto en que los paracaidistas hicieron saltos operativos repetidamente, algunos hasta una vez por semana. Para la mayoría de las unidades francesas, sin embargo, la guerra estuvo dominada por las carreteras y los helicópteros desempeñaron un papel meramente marginal; incluso en los últimos días de la batalla, el poder colonial tan solo poseía veintitrés aparatos. La infantería emprendió una sucesión interminable de barridos por las zonas rurales, en operaciones conocidas con nombres en clave tan líricos como Citron, Mandarine, Mercure, Artois, Mouette y Nice I y II. Con ello mataron a algunos hombres del Vietminh, pero solo a expensas de un empeño descomunal y de agravar los padecimientos de los campesinos.

Giap no había asistido a ninguna academia militar, pero era un lector voraz. Como tal, se obsesionó con Napoleón, Clausewitz y las tácticas guerrilleras de Mao. Sus fuerzas lograron uno de sus primeros éxitos importantes el 27 de enero de 1947, al tender una emboscada a una caravana que conducía a políticos vietnamitas al servicio de Francia en una ruta de inspección por el norte. Destruyeron catorce vehículos y mataron al ministro de Educación y a un ingeniero francés. El ataque impresionó a las autoridades por su atrevimiento y eficiencia, pero no fue una excepción. La Nacional 5, de Hanói a Haiphong, se acabó conociendo como «la carretera sangrienta». Determinado pueblo de la Nacional 1, que iba de norte a sur, destacó tanto como punto de emboscada que los franceses optaron por arrasarlo con excavadoras.[3]

Los dos bandos competían en crueldad. El Vietminh ejecutaba a los jefes de los pueblos, si se negaban a obedecer; a menudo enterrándolos vivos, delante de los campesinos, tras haberlos sometido a torturas de ingenio medieval. Cuando el Vietminh mataba a un soldado vietnamita capturado al servicio de Francia, la guerrilla buscaba unos alicates en el pueblo para extirpar los empastes de oro. Un testigo infantil escribió más adelante: «Había visto muchos cadáveres decapitados, desmembrados, a los que les arrancaban las vísceras e incluso la cabellera; pero nada me ha producido nunca tanto disgusto como la vista de aquel guerrillero sonriendo

con los dos dientes de oro en la mano».[4] Los vietnamitas se adaptaron fácilmente a combinar vidas clandestinas con las vidas públicas, porque su sociedad tenía una larga tradición de asociaciones secretas.

En el campo de batalla, los franceses recurrían sin mesura a la artillería, dando licencia absoluta a sus soldados. El escritor Norman Lewis describió su primer vuelo a Saigón. Su compañero de asiento en el vuelo de Air France era un coronel de la Legión Extranjera que contemplaba el delta del Mekong, desde la altura, con el ojo pesimista de la familiaridad. Al pasar sobre un grupo de cabañas, a dos mil pies de altura, la mirada inocente de Lewis se fijó en lo que podría haber sido una voluta de incienso. Pronto comprendió que lo que ascendía era una columna de humo. Cuando pudo divisar también varios puntos en movimiento, su vecino legionario observó con acierto: «*Une opération*». Lewis escribió: «De algún modo, mientras hablaba, parecía haber conectado psíquicamente con lo que sucedía más abajo. Aquella figura cansada del viaje recuperó una poderosa autoridad. Al recobrar su esencia sacerdotal, dominaba al resto de los pasajeros. Ante nuestros ojos se desarrollaba un acto de violencia, pero estábamos distanciados de él, casi como de la historia ... En ese momento se entendía hasta qué punto el avión bombardero puede ayudar a matar sin inquietud».[5]

La brutalidad francesa obedecía en parte a la costumbre del dominio racial, en parte a la conciencia de que aunque muchos campesinos no eran enemigos en activo, sabían dónde se encontraba el enemigo, en qué cañería de drenaje o en qué camino aguardaban las trampas para el incauto. Se ha calculado que los colonialistas y sus aliados de los *cao dai* y *hoa hao* —sectas religiosas del sur, con ejércitos privados formidables— mataban a cinco civiles por cada muerto que sufrían en sus propias filas. La masacre de My Trach (en la provincia más meridional de lo que se convertiría en Vietnam del Norte), de noviembre de 1948 —en la que perdieron la vida más de doscientas mujeres y niños vietnamitas—,[6] apenas se reconoce en la Francia moderna, pese a que disponemos de pruebas que se antojan indudables. Por su parte, «a los *hoa hao* les gustaba atar juntos a varios simpatizantes del Vietminh para luego arrojarlos al río, a que se ahogaran —cuenta Bernard— y bajaran el río a merced de las corrientes y mareas, como los troncos de las típicas almadías».[7]

Un estadounidense, Bob Miller, de United Press, patrullaba por un canal a bordo de una barcaza acorazada francesa cuyo foco descubrió tres sampanes que quebrantaban el toque de queda. A dos que hicieron caso omiso de la orden de detención, se los ametralló. El tercero transportaba a dos campesinos ya ancianos, su hijo y un cargamento de arroz. Como era de esperar, tiraron los sacos por la borda y el chico también intentó escapar lanzándose al agua; un soldado le arrojó una granada que lo mató. Un amable y joven oficial francés le explicó a Miller que los franceses «pueden confiar en retener el mando solo si la gente comprende que cualquier violación de las regulaciones será castigada con suma severidad».[8] Pero ¿qué «mando»? Incluso en años relativamente tranquilos como 1947-1948, un solo batallón de la Legión Extranjera sufrió doscientas bajas por efecto de las minas, escaramuzas y emboscadas.

La Legión es inseparable de la leyenda heroica de Indochina. Pero otros soldados franceses despreciaban a los legionarios por ser *genre rouleau compresseur*, «como apisonadoras». Entre los civiles vietnamitas, las unidades de la Legión —que incluían a exmiembros de la Wehrmacht y las SS hitlerianas— adquirieron una reputación espantosa como violadores y saqueadores. Duong Van Mai, una mujer de una familia tradicional de mandarines, describió cómo los legionarios entraron en su casa, rajaron las maletas con sus bayonetas y se apoderaron de todo lo que les vino en gana.[9] Mientras su familia recorría a pie la zona de guerra del norte, los soldados franceses les quitaron el dinero en metálico y el oro, que se consideraban botín legítimo de los combatientes.[10] Las tropas coloniales negras eran menos exquisitas: al pasar por una aldea, se apoderaban incluso de las escasas reservas de sal y *nuoc mam* (salsa de pescado). Como en la Europa de la segunda guerra mundial, los visitantes más indeseados en cualquier distrito eran los marroquíes. Por su parte, el Vietminh podía ser conocido por su crueldad, pero también, en positivo, por su honradez.

A menudo se consideran clásicos los libros de Bernard Fall, aventurero y escritor francés (aunque nacido en Austria), sobre la guerra de su nación en Indochina. Ofrecen anécdotas vívidas, algunas de ellas creíbles, y un análisis perspicaz de las dificultades de lidiar contra la insurgencia. Pero se acomodan a una visión esencialmente heroica del ejército francés y guardan

silencio sobre las muchas atrocidades que sus soldados perpetraron, a pesar de que Fall, como testigo contemporáneo, sin duda tuvo noticia de ellas. Los vietnamitas que se pusieron al servicio de Francia no mostraron más delicadeza: el estadounidense Howard Simpson vio a unos paracaidistas desatados asolando una calle de Saigón en un *jeep* que machacó y desparramó una hilera de cestos de bambú cubiertos de pimientos puestos a secar al sol. Tras el paso del vehículo, dos ancianas emprendieron la penosa tarea de recoger los restos y salvar cuanto pudieran de las mercancías destrozadas. Se trataba de un acontecimiento minúsculo en una tragedia muy vasta, pero Simpson veía casi inevitable que tal actitud transformara para siempre el ánimo y las ideas de sus víctimas, aquellas dos ancianas vendedoras callejeras.[11]

A principios de 1948 hubo un intento desganado de establecer un frente político anticomunista encabezado por Bao Dai, que regresó del exilio poco después, a la edad de treinta y cuatro años. Pero el emperador, indolente y malcriado, no tardó en entregarse al expolio de las divisas, en asociación con políticos franceses. Aquel hombre carecía de autoridad tanto moral como política y solo le interesaban las chicas, la caza y los yates. Así pues, Francia decidió resolver sus dificultades con medios casi exclusivamente militares, y a la postre desplegó en Indochina sesenta y dos batallones de infantería, incluidos trece norteafricanos, tres de paracaidistas y seis de la Legión Extranjera. Además había varios cientos de miles de milicianos que (con escasa eficacia) vigilaban pueblos y carreteras.

Hasta la última fase de la guerra, los franceses siempre pudieron contar con voluntarios locales, que necesitaban el dinero. Algunos soldados vietnamitas se distinguieron en su servicio a Francia como hombres valientes, capaces y agradecidos. Pero fueron mucho más numerosos los que lucharon sin la mínima determinación. Por otro lado, los comandantes franceses nunca resolvieron un dilema crónico: cómo concentrar una fuerza superior contra las formaciones regulares de Giap, en el norte, sin desproteger con ello al millar de posibles objetivos del resto del país. Los franceses y sus aliados carecían del poder necesario para dominar todo el país; pero los comunistas se hallaban en la misma situación. En palabras de Christopher Goscha: «En su lugar, todos ellos administraron Estados en

competencia, similares a archipiélagos, cuya soberanía y control de la población y el territorio podía expandirse y reducirse a medida que los ejércitos entraban y salían y el equilibrio de poder iba variando».[12] A algunos historiadores les parece extraño que los franceses, que hacía muy poco que habían sufrido una ocupación cruel de su propia patria, no tuvieran en cuenta que las atrocidades distancian a la población. Sin embargo, algunos franceses habían extraído una conclusión distinta de la experiencia pasada: que la dureza de los nazis había funcionado y, hasta mediados de 1944, había acobardado a la inmensa mayoría de sus compatriotas.

En octubre de 1949, la batalla experimentó una intensificación dramática. En China, el gigantesco vecino del norte, llegó al poder un gobierno comunista presidido por Mao Zedong (o Tse-Tung), que dejó de lado la hostilidad histórica de su nación y se puso de parte del Vietminh. De repente, Ho y Giap pudieron acceder a refugios seguros y a las armas estadounidenses tomadas a los derrotados, los nacionalistas de Chiang Kaishek. Se crearon academias de instrucción para el Vietminh en territorio de Mao. Las tropas de Giap pudieron contar con cientos de asesores militares chinos. En el noroeste de Vietnam, los franceses empezaron a sufrir un desgaste catastrófico. Se esforzaban por dominar un país con fuerzas limitadas en gran parte a las carreteras, frente a un enemigo alojado en la selva y los montes. Una emboscada en la Nacional 4, que serpenteaba entre desfiladeros muy cerca de la frontera china, le costó a una columna de un centenar de vehículos no solo la mitad de esta cifra, sino también la masacre de la mayoría de los ocupantes. Los franceses se vieron obligados a ceder franjas enteras del territorio.

Una de las historias humanas más extraordinarias de este período se refiere a un sucesor de Ho Chi Minh: Le Duan. Nacido en 1907 en la zona central de Vietnam, ya era un revolucionario comprometido con el comunismo un decenio antes de que Ho volviera del exilio, y pasó dos períodos largos en la cárcel. En este momento era secretario de la Oficina Central para Vietnam del Sur (OCVnS), el cuartel general del sur del país. Mientras que otros líderes disponían de cabañas propias, con guardaespaldas y cocinero, Le Duan, de extrema austeridad, eligió dormir

en un sampán anclado en el interior del delta del Mekong, desde donde trabajaba con dos ayudantes. Entre sus correos había una chica hermosa, de educación francesa, llamada Nguyen Thuy Nga.[13] Estaba enamorada de otro revolucionario, pero el comité provincial del Partido había puesto fin a la relación porque este hombre tenía esposa y familia en otro lugar. Cierto día de 1950, Le Duan pidió a Nga que lo acompañara en el desayuno. La chica sentía cierto temor ante la feroz energía y dedicación de Le Duan, que le había valido el sobrenombre de «doscientas bujías» (en referencia a la unidad de intensidad lumínica). Era un hombre alto, flaco y adusto, vestido con ropa harapienta, que fumaba sin descanso y no parecía tener en mente nada que no fuera la revolución. Duplicaba en edad a Nga, pero no tardó en anunciarle que la había elegido por mujer. Ella replicó que, como su anterior amante, él ya tenía una esposa e hijos en el norte. Le Duan, sin inmutarse, alegó que había sido víctima de un matrimonio arreglado y, en realidad, hacía veinte años que no sabía nada de su «señora». La boda se celebró en el cuartel de la OCVnS, en la selva, con Le Duc Tho (un camarada próximo a Le Duan) como oficiante. La nueva vida de la pareja no era nada hogareña: no había ajuar, pues todo cuanto la novia poseía era unos pantalones. Cuando trasladaban la base, llevándose sus escasas posesiones en sampanes, no era infrecuente que Nga tuviera que saltar al agua con los demás hombres para empujar la barca en los puntos menos profundos. Siempre iban con hambre y por lo general la magra ración de arroz se acompañaba tan solo de algunas verduras y raíces.

En todo 1951 y 1952, Nga trabajó como la devota secretaria política de Le Duan, además de dar a luz a una hija, llamada Vu Anh. Su esposo parecía amarla, y en cierta ocasión la sorprendió con un gesto de frivolidad desacomplejada, mientras ella atravesaba una zona de miscantos en dirección a la OCVnS. Cuando Le Duan la vio, corrió hacia ella, la tomó de las dos manos y la hizo girar a su alrededor. Quizá sea una de las escasísimas notas de fragilidad humana en la vida de un hombre gélidamente comprometido con una sola causa, cuyo papel en las guerras de Vietnam no tuvo parangón, fuera del de Ho.

Desde 1951, el Vietminh hizo cada vez más hincapié en la importancia de la ideología, a la que Ho le había restado importancia en los años pasados. Los chinos no solo les proporcionaban una tutela militar, sino también asesoría política al respecto de cómo fundar una sociedad comunista, un proceso en el que resultaba ineludible suprimir la disensión: se calcula que, en los dos primeros años de gobierno de Mao Zedong, este ordenó matar a dos millones de compatriotas. Así pues, en muchas zonas controladas por el Vietminh pasaron a prohibirse las radios, para que los campesinos no dispusieran de más información que la difundida por el Partido. Además, el movimiento hizo una selección entre sus propios adeptos y marginó a la mayoría de los intelectuales y los miembros surgidos de la clase media.

Como los campos de batalla más disputados se hallaban en el norte, la población de esa zona sufrió terriblemente a manos de los dos bandos. Nguyen Cong Luan creció en un pueblo pequeño de los alrededores de Hanói que, no sin reticencia, aceptaba el protectorado francés. En consecuencia, su padre fue apresado por el Vietminh y, tras ser sometido a torturas, acabó muriendo en uno de sus campos de castigo. Pero las tropas coloniales detuvieron a menudo a su hijo y, en varias ocasiones, el chico temió por su vida. Francia definía su intervención en Indochina como una *mission civilisatrice*, pero la idea no se correspondía en nada con la realidad. Luan escribió: «Estar sometidos a la autoridad militar francesa no nos protegía de los saqueos, las violaciones, las torturas ni la muerte. Todos los soldados, ya fueran franceses, africanos o vietnamitas, podían hacerle prácticamente lo que se les antojara a un civil vietnamita, sin temor a que llevaran a nadie a juicio o a que sus superiores los castigaran ... Un sargento ... tenía tanto poder como un virrey en la Edad Media ... La gente se dirigía a ellos como *Ngai*, un título equivalente a “Su Excelencia” antes reservado para los dioses y los mandarines».[14]

La existencia claramente privilegiada de los colonos permitió al Vietminh aprovechar su propia autoridad para fines de propaganda. El teniente general sir Gerald Templer, jefe supremo de la seguridad británica durante la insurgencia de Malasia, comentó la situación con seco ingenio: «Hoy se puede ver bien cómo viven los comunistas. Es raro que vayan a las

carreras. Es raro que vayan a fiestas, a cenas y cócteles. Y no juegan al golf».[15] Como los jóvenes franceses no estaban obligados a prestar servicio militar en Vietnam, la tropa, en su mayoría, estaba integrada por mercenarios: africanos del norte y el oeste, o vietnamitas. La mitad de los legionarios eran alemanes. Cuando no estaban de servicio, en las tropas la indisciplina predominaba y el alcoholismo era habitual, sin que los oficiales se opusieran. El olor a caramelo quemado revelaba la costumbre de los veteranos de fumar opio, al igual que, a todas luces, la tez amarilla y la mancha aceitosa del dedo índice izquierdo. Cuando el general Jean de Lattre de Tassigny ocupó el cargo de procónsul en diciembre de 1950, empezó a reclutar un ejército expresamente vietnamita. En 1971, la «vietnamización» se convertiría en una palabrota;[*] pero los franceses ya lo habían hecho veinte años antes con el término aplicado a las medidas de De Lattre: el *jaunissment* o «amarillecimiento» de la guerra, o al menos de sus cadáveres. Nadie tenía en mucha estima a los soldados vietnamitas, en parte porque con un soborno de cincuenta mil piastras se podía eludir la obligación de prestar servicio.

Giap desplegó entonces, en el norte de Vietnam, seis divisiones de diez mil hombres, bien pertrechadas con armas ligeras, aunque con escasez de comida, ropa y equipamiento. En los primeros años, el Vietminh no tenía impermeables ni otra protección contra el mal tiempo. Solo en 1952 se empezaron a distribuir algunas capelinas endebles que, para unos campesinos tan humildes, se antojaban un milagro. En palabras de un soldado campesino: «Nos maravillaba que la humanidad hubiera producido un trozo de papel que paraba la lluvia».[16]

Los franceses siguieron obteniendo algunos éxitos: en el río Rojo, sus cañoneras cerraban el paso a los barcos que llevaban arroz a las fuerzas comunistas situadas más al norte. El 25 de mayo de 1950, después de que el enemigo bombardeara un campamento francés en Dong Khe (a pocos kilómetros de la frontera de Vietnam con China), llegaron refuerzos aerotransportados que obligaron a los atacantes a regresar a toda prisa al interior de la selva. No obstante, los destacamentos coloniales del norte remoto, cuyas posiciones estaban conectadas por tramos de carretera que atravesaban valles estrechos, seguían siendo vulnerables, en particular

desde que las unidades regulares de Giap se hicieron con morteros y artillería. Los franceses se habían precipitado al extender unos zarcillos delicados —fuerzas relativamente menores— por hormigueros repletos de soldados del Vietminh. Aunque el poder colonial contaba con una cantidad muy superior de soldados en el total del país, en el noroeste no era infrecuente que Giap superase en número a sus rivales.

En las primeras horas del 16 de septiembre, cinco batallones del Vietminh, con apoyo de la artillería, atacaron una vez más la base francesa de Dong Khe. Los comunistas habían dedicado varias semanas a la preparación y planificación, como hicieron en todas sus operaciones de importancia. En los momentos iniciales, el cuartel de Giap recibió alarmado las noticias de que un regimiento se había perdido y no había llegado a tiempo al punto de partida, y de que la misión había empezado con muchas bajas. Pero Ho Chi Minh, que había caminado muchos kilómetros para ser testigo del asalto, instó a sus hombres a conservar la calma y perseverar. Después de cincuenta y dos horas de feroces combates, los atacantes vencieron: Dong Khe cayó a las 10.00 de la mañana del 18. Un oficial y treinta y dos legionarios extranjeros huyeron justo antes del final y, tras una semana de marcha terrible a través de la selva, lograron reunirse con las fuerzas francesas.

Giap empezó entonces a darse un festín, a expensas de su enemigo, en la región montañosa fronteriza con China. Los franceses se resignaron a abandonar otro campamento en Cao Bang, unos treinta kilómetros al norte de Dong Khe. El 3 de octubre, su comandante, el teniente coronel Pierre Charton —tan popular como malhablado—, encabezó una columna de camiones que cargaban a 2.600 soldados, en su mayoría marroquíes; quinientos civiles, incluidos los trabajadores del burdel de la ciudad; y un tren de artillería y equipos pesados. Charton hizo caso omiso de las órdenes de abandonar tal bagaje; estaba resuelto a retirarse con honor y dignidad, en un acto de terquedad que costó cientos de vidas. Unos quince kilómetros al sur de Cao Bang, en unos desfiladeros, la caravana rezagada se encontró con una serie de puentes destruidos y emboscadas. A las veinticuatro horas, la retirada quedó paralizada mientras el enemigo, muy numeroso, disparaba desde los terrenos más altos, de vegetación espesa.

Ahora bien, los problemas de Charton tan solo representaban la mitad de este cuento de horror. Una segunda unidad —el «Groupement Bayard», formado por 3.500 soldados (en su mayoría marroquíes)—, reforzada por un batallón de paracaidistas de élite, fue enviada al norte para que se reuniera con la columna de Cao Bang y ayudara a ponerla a salvo. El grupo de Bayard partió de That Khe el 30 de septiembre, al mando del coronel Marcel Le Page; pero cuando se acercaba a Dong Khe fue detenido igualmente por el Vietminh, que bombardeó la columna con fuego de mortero y ametralladoras. Los superiores de Le Page le ordenaron adoptar medidas desesperadas: prender fuego a los vehículos, abandonar las armas pesadas, meterse en la selva y rodear a los hombres del Vietminh hasta encontrarse con Charton. La experiencia subsiguiente fue ciertamente espeluznante. De acuerdo con las instrucciones casi demenciales que había recibido, Le Page alejó a sus hombres de las líneas francesas y fue adentrándose en la espesura con la intención de enlazar con otra unidad condenada.

Los integrantes de la marcha empezaron pronto a quedar atrás y desvanecerse para siempre: un hombre herido, en tales condiciones, era imposible que sobreviviera. Cada ascenso y cada descenso eran una agonía para unos infantes sobrecargados y empapados por una lluvia que por lo demás también les impedía recibir apoyo aéreo. Los hombres del Vietminh no estaban menos cansados, después de varios días de combates y persecución, pero disfrutaban de la insuperable inyección moral de estar ganando: sabían que los franceses estaban en las últimas. El 6 de octubre, Giap dio a conocer las órdenes del día con tono exultante: «¡El enemigo padece más hambre y más frío que vosotros!». Charton y Le Page se encontraron al día siguiente: dos columnas muy castigadas por las bajas y con escasez de agua, comida y munición. En ese punto, el Vietminh atacó de nuevo: quince batallones abrieron fuego contra sus enemigos exhaustos. Los marroquíes cayeron presa del pánico. Su comandante les ordenó que se dispersaran en grupos pequeños, en lo que equivalía, casi literalmente, a un *Sauve qui peut*! Charton resultó herido y lo capturaron; los demás fugitivos, en su mayoría, fueron muriendo uno tras otro. Solo seiscientos hombres acabaron alcanzando las posiciones francesas, más al sur; la lista de

muertos o desaparecidos ascendió hasta cerca de 4.800 personas, mientras que las pérdidas materiales fueron inmensas: 450 camiones, ochocientos fusiles, 950 armas automáticas y un centenar de morteros. Giap lo celebró emborrachándose en compañía de sus asesores chinos, en la que más adelante aseguró que era la primera cogorza de su vida.

El 18 de octubre, los franceses abandonaron otro campamento septentrional, en Lang Son, donde los comunistas se apoderaron de todo un arsenal de municiones. El Vietminh también pagó un coste elevado por estas batallas, pues se calcula que sufrió unas nueve mil bajas. Pero si el mundo no tardó en descubrir la escala del desastre francés, en cambio en ese momento, como en el futuro, los comunistas suprimieron toda noticia que pudiera empañar sus triunfos o desmoralizar a sus partidarios. No todos los combates les favorecieron: durante los primeros meses de 1951, Giap fracasó en una serie de asaltos a gran escala. En enero, cuando el Vietminh atacó una base situada unos cincuenta kilómetros al noroeste de Hanói, la fuerza aérea francesa, y en particular el napalm, asestaron un golpe terrible: seis mil muertos y ocho mil heridos. El comandante comunista llegó a la conclusión de que si enviaba una fuerza numerosa al alcance de la artillería y la aviación francesa, aún debía contar con una derrota.

Un general occidental que hubiera sufrido una sucesión de fracasos similar a la que cosechó Giap en la primavera de 1951 —con auténticas hecatombes en sus filas— se habría enfrentado a una tormenta política y comunicativa que, casi con toda certeza, habría acarreado también que perdiera su puesto. Pero el politburó del Vietminh no estaba sometido al escrutinio público. Solo importaba la opinión de un único árbitro, Ho Chi Minh, y este mantuvo la confianza en el general. Giap —como el mariscal Zhúkov en la segunda guerra mundial— nunca tuvo que pagar la factura «de matadero» que sus victorias comportaron. Esto le situó con clara ventaja frente a un enemigo cuyo pueblo se enteraba diariamente, a través de los periódicos nacionales, de las dificultades que su ejército estaba encontrando en la remota Indochina.

2. Washington invita

Quizá las líneas más famosas de la novela que Graham Greene ambientó en la Saigón del final de la etapa francesa sean aquellas en las que su protagonista, el cínico periodista británico Thomas Fowler, afirma al respecto de «el americano tranquilo» Alden Pyle: «Nunca conocí a nadie que tuviera mejores motivos para todos los problemas que causaba ... Poseía una armadura impenetrable de buenas intenciones e ignorancia».[17] En la guerra de Vietnam, la tendencia de mayor importancia histórica fue que a medida que los franceses se tambaleaban por el aumento de los costes, pidieron a los estadounidenses que pagaran ellos la factura. Y, a partir de 1950, en efecto, Washington invitaba. En la capital estadounidense, los gestores políticos estaban cada vez más alarmados por la idea de que el sudeste asiático seguiría a China como la siguiente víctima de una inundación comunista.

Además, Estados Unidos quería compensar un hecho que Francia contemplaba con suma inquietud: el rearme de Alemania. Así pues, casi todas las bombas y balas que se usaban en los campos de batalla de Vietnam empezaron a pagarse con dólares, no francos. La generosidad estadounidense obedecía asimismo a la amenaza que el comunismo representaba para la estabilidad y las instituciones democráticas de muchas naciones, en particular, pero no solo, de Grecia, Italia, Francia y Turquía. George Kennan, jefe de la planificación política del Departamento de Estado —y autor del famoso «Telegrama Largo» enviado desde Moscú en 1946— caracterizó la firmeza soviética como una «corriente fluida» que intentaba llenar «cada grieta y cada hueco a su alcance en la cuenca del poder mundial». Stalin, y más adelante Mao, dieron respaldo a los movimientos revolucionarios allí donde estos parecían sostenibles. El 12 de marzo de 1947, el presidente estadounidense expuso ante el Congreso la que ha pasado a la historia como «Doctrina Truman»: «En el momento actual de la historia del mundo, casi todas las naciones deben elegir entre formas de vida alternativas. Demasiado a menudo, la elección no es libre ... Creo que Estados Unidos debe actuar en apoyo de los pueblos libres que se resisten a las minorías armadas o las presiones externas que intentan subyugarlos».

Pero aunque la amenaza comunista internacional era real, y el empeño occidental de ofrecerle resistencia merece admiración histórica, la coyuntura también conllevó que Estados Unidos y sus aliados cometieran algunas injusticias graves. Durante casi dos generaciones, Washington consintió la existencia de la tiranía fascista del general Francisco Franco, en España, así como de largas dictaduras en la América Central y del Sur, cuyo único mérito eran sus declaraciones de anticomunismo. En el sur de África, británicos y estadounidenses toleraron que la minoría blanca siguiera gobernando durante varias décadas cuando ya era obvio que era una situación indefendible. Y en Indochina, los franceses convencieron al Creso de Occidente de que la causa del colonialismo era también la del anticomunismo. Después de que las fuerzas de Mao Zedong arrasaran China, los estadounidenses conservadores horrorizados por la «pérdida» de su nación asiática preferida exigieron medidas rigurosas para asegurar de que tal resultado no se repetiría en ninguna parte. Henry Luce, propietario de *Time-Life*, y apasionado partidario de los nacionalistas chinos, orientó todo el peso de su imperio en defensa de la causa anticomunista en Vietnam, por la que estuvo abogando durante dos décadas.

El tratado sino-soviético de febrero de 1950 pareció dar crédito a la amenaza del surgimiento de un Asia Roja. El conservador estadounidense Michael Lind ha escrito, en su estudio revisionista sobre Vietnam: «En la tarde del 14 de febrero de 1950, en un salón de banquetes del Kremlin, se reunieron tres hombres cuyos planes someterían a Indochina a medio siglo de guerra, tiranía y estancamiento económico, e inspirarían agitación política en Estados Unidos y Europa: Stalin, Mao Zedong y Ho Chi Minh ... Había una conspiración comunista internacional de la que Ho Chi Minh era socio fundador».[18] La invasión de Corea del Sur en junio, por parte de Kim Il-sung, sirvió de acicate a un Occidente asustado. Estados Unidos y las fuerzas aliadas corrieron a la península de Corea, donde libraron una guerra de tres años, a la postre contra los chinos. La experiencia coreana contribuye mucho a explicar por qué los estadounidenses apoyaron a los colonialistas franceses en Indochina, sin disminuir la temeridad de la táctica.

En el Departamento de Estado, Dean Acheson y su asistente ministerial Dean Rusk tenían muy presentes los desastres que habían perseguido a las democracias de la década de 1930 después de los intentos de apaciguar a los dictadores fascistas. La administración demócrata se enfrentaba a una presión creciente del Congreso, que exigía mostrarse inflexibles ante el «eje Moscú-Pekín». El senador William Fulbright comentó más adelante que, a la hora de juzgar la política contemporánea de Estados Unidos, era indispensable situarla en el contexto de un innegable expansionismo soviético: «Ahí estábamos, en un enfrentamiento letal con los rusos, y creíamos que era nuestro deber frustrarlos en todas partes».[19] La caza de brujas de McCarthy, que expulsó del gobierno estadounidense a los simpatizantes de la izquierda, privó al Departamento de Estado de los funcionarios de Exteriores que más sabían sobre Asia, y el ministerio quedó sumido en una ignorancia extraordinaria, en especial sobre Vietnam.

Ahora bien, en Foggy Bottom no todo el mundo deseaba que Estados Unidos abrazara la causa colonial de Francia. A principios de 1950, Raymond Fosdick, desde el Departamento de Estado, tuvo la clarividencia de instar a su país a no repetir la pifia cometida con China, esto es: «aliarse con la reacción». Por mucho que París siguiera intentando engañarse a sí misma —escribió Fosdick—, Indochina no tardaría en ser independiente. «¿Por qué, entonces, nos atamos a la cola de una cometa que está a punto de caer?»[20] Los franceses no estaban perdiendo la guerra, como factor principal, porque les faltaran armas y munición, sino porque no ofrecían nada que ningún vietnamita razonable pudiera querer.

Al año siguiente, un joven congresista de Massachussets visitó Saigón y escribió en su diario de viaje: «La gente nos considera, cada vez más, como unos colonialistas. Como todo el mundo cree que nosotros controlamos la ONU, y como se supone que nuestra riqueza es inagotable, acabaremos mal si no hacemos lo que las nuevas naciones quieren». John F. Kennedy lo había expresado con lucidez en esas líneas, pero los estadounidenses no estaban preparados para prestarle oídos. George Kennan, cuando llegó a la vejez, se lamentó de que Washington hubiera malinterpretado su exhortación a contener a los soviéticos (y luego a los niños), y que la

hubiera usado para justificar dedicar a ese fin medios casi exclusivamente militares, cuando con frecuencia habrían resultado más apropiados los instrumentos políticos, culturales, económicos y diplomáticos.

En el invierno de 1950, durante el pánico de Corea —cuando parecía posible que las fuerzas de la ONU sufrieran una derrota sin paliativos—, Washington suscribió un enorme incremento de la ayuda para la guerra de Indochina. En adelante, a medida que la voluntad de luchar de los franceses se debilitaba, la estadounidense se reforzaba: el ejército colonial se fue convirtiendo en una especie de apoderado de Estados Unidos. Truman y Acheson, lejos de animar a París a negociar con el Vietminh, instaron a no hacerlo. Esta fue la primera gran metedura de pata de Washington en Indochina, de la que la gestión exterior de Estados Unidos nunca se recuperó. La ayuda militar ascendió hasta los 150 millones de dólares, entregados sin apenas condiciones: por orgullo, los franceses se negaban a confiar sus planes operativos ni siquiera a quienes pagaban la factura correspondiente. A principios de 1951, Francia estaba recibiendo más de 7.200 toneladas mensuales de equipamiento militar. El poder imperial galo libró su guerra protegido por cascos estadounidenses, pertrechado de muchas armas estadounidenses, montado en camiones y todoterrenos estadounidenses, a bordo de aviones en su mayoría estadounidenses. En tales circunstancias, no resulta de extrañar que, una década después, cuando los soldados estadounidenses llegaron a Vietnam, su pueblo los considerase como los hijos de sus antiguos opresores.

En septiembre de 1951, a los observadores objetivos ya no les cabía duda de que era inviable que los franceses conservaran Indochina. Sin embargo, después de que su caudillo, el general De Lattre de Tassigny, pusiera en escena una misión personal en Estados Unidos, de teatralidad brillante, a los cuatro meses Washington enviaba 130.000 toneladas de equipamiento para las tropas francesas, incluidos cincuenta y tres millones de balas, ocho mil camiones y *jeeps*, 650 vehículos de combate, doscientos aviones, catorce mil armas automáticas y 3.500 radios. Esta fue la última aportación importante de De Lattre, antes de abandonar bruscamente Indochina y fallecer por un cáncer.

A finales de 1953, la nueva administración republicana de Eisenhower estaba pagando el 80 % del coste de la guerra: mil millones de dólares al año. Los británicos, que seguían siendo aliados destacados e iban incrementando la experiencia en las retiradas del imperio, deploraban que fuera así: creían que nada —por incontables armas y balas que se les proporcionaran— podía evitar que los franceses fueran expulsados de Indochina. El gobierno de Winston Churchill contemplaba con alarma lo que consideraba una obsesión mal dirigida de Estados Unidos. Selwyn Lloyd, viceministro del Foreign Office, escribió en agosto de 1953: «En Estados Unidos impera hoy un sentimiento emocionado sobre la China comunista y, con menor intensidad, Rusia, que bordea la histeria».[21] Al Vietminh, por supuesto, se lo calificaba como un instrumento de las fuerzas satánicas en acción.

3. Campesinos

Una pequeña minoría de vietnamitas, que había recibido una formación cultural suficiente para pensar más allá de sus propios poblados y fue testigo de las brutalidades del Vietminh, recibió con los brazos abiertos la promesa de socorro extranjero. Un escolar del norte escribió: «Por los libros que había leído, creía que los estadounidenses, por lo menos, serían mejores que los franceses ... Estaba seguro de que, como cualquier otro país, cuando Estados Unidos ayudaba a sus aliados era porque le interesaba, pero ... los estadounidenses parecían ser generosos en la asistencia a los países pobres».[22] Sin embargo, es fácil comprender por qué muchos vietnamitas adoptaron el punto de vista contrario y apoyaron un movimiento revolucionario que prometía acabar con el régimen colonial opresivo y, al mismo tiempo, asaltar una clase terrateniente (francesa y nativa) que llevaba generaciones explotando a los campesinos.

Tal era la pobreza del Vietnam rural que a un hombre que hubiera acabado la escuela primaria se lo respetaba como a un «intelectual». Algunos matrimonios tenían únicamente *unos* pantalones que marido y esposa se turnaban para ponerse. Buena parte de la faena diaria de los campesinos consistía en azacanearse transportando el agua hasta los

arrozales, a menudo a la luz de la luna, para evitar el calor del día, a poder ser salomando para acompañar el esfuerzo. El arroz se fertilizaba una vez; había que arrancar las malas hierbas en tres o cuatro ocasiones; se recogía dos veces. La cosecha de primavera representaba tres cuartas partes de la total porque la lluvia previa había sido más favorable. Los aldeanos pobres quizá suplementaban los ingresos adentrándose en la selva para buscar leña. Algunos emigraban a las ciudades, para trabajar allí. Los que estaban más agobiados por las deudas se ofrecían como jornaleros.

Las instituciones sociales predominantes eran la familia y el poblado. Casi todas las cabañas tenían a su lado un altar de madera con ofrendas de frutas y dulces: la riqueza del altar era indicio de la de la familia. Por lo general, los padres establecían una jerarquía de afecto entre sus numerosos hijos, prefiriendo a los más capaces y esforzados. La palabra de un padre era ley, aunque el poder real de un hogar probablemente residía en las madres. Según un dicho popular: «Sin padre todavía podrás disfrutar de arroz y pescado, pero sin madre cuenta que solo comerás hojas secas».[23] Más allá de la familia, los campesinos decían: «Gobierna el rey, sometido a las normas del poblado». Las comunidades católicas, en su mayoría, tenían un campanario; las budistas, un templo y magnolios. Los pueblos podían disponer de sala de reuniones, llamada *dinh*, y quizá de los talleres de un carpintero y un sastre.

Los pueblos se subdividían en aldeas, en las que se compartía gran parte de la vida y las faenas: en Año Nuevo, la gente se juntaba para elaborar pasteles de arroz que se cocinaban durante la noche y luego se ensartaban en finas broquetas de bambú. Se reunían para desear a los padres una larga vida, salud y riqueza: los vietnamitas, como es frecuente en Asia, creían que ir cumpliendo años era ir adquiriendo sabiduría. Cuando se mataba un cerdo, los niños podían pedir su vejiga, que daba mucho juego. También se entretenían con el escondite, disparando cerbatanas caseras de bambú, o compitiendo a juegos de habilidades con palos. En los festejos se celebraba por ejemplo con mermelada, dulces, cacahuetes, huevos de aves silvestres y calabaza azucarada. Pero fuera de las ocasiones especiales solo conocían el arroz y las verduras, y quizá no todos los días.

Años más tarde, algún vietnamita idealizó la sencillez de la vida campesina antes de que llegara la guerra. Uno decía: «Todos nos conocíamos y nunca cerrábamos la puerta», y se extasiaba con «la belleza del estar juntos» y las tareas y los placeres compartidos.[24] Pero esta nostalgia fue rara, pues la inmensa mayoría solo recordaba penalidades, persecución y un hambre cercana a la inanición. Nguyen Thi Thanh Binh nació al este de Hanói en 1947, como la hija de un campesino pobre que cultivaba una parcela de arroz de menos de cuatrocientos metros cuadrados. Sus padres y los seis hijos ocupaban una cabaña con techado de paja, en un poblado de unas treinta familias, ninguna de las cuales poseía radio o bicicleta. Pocos habitantes sabían leer: si en alguna ocasión llegaba un periódico, la gente se reunía debajo de un árbol para que un aldeano alfabetizado de buena voz, subido a una rama, leyera en voz alta los temas de interés.

Estas personas crecían sin fotografías de padres o hijos, porque nadie tenía cámara. El *ba ba* —el traje típico similar a un pijama, marrón en el norte y negro en el sur— era tradicional entre los campesinos y solo casualmente llegó a ser el uniforme de las guerrillas. La tasa de mortalidad infantil era espantosa, en parte porque era habitual cortar los cordones umbilicales con fragmentos de vidrio. No era infrecuente tener que abandonar una aldea por efecto de una inundación o una hambruna. Binh no tenía recuerdos felices de la infancia: la vida era tan solo una batalla incesante por la supervivencia, en la que los niños, para complementar la dieta familiar, se encargaban de recoger caracoles. A los veinte años ingresó en el Partido Comunista, en el que militó toda su vida.[25] Consideraba a Ho Chi Minh con un fervor casi religioso, como «el líder indispensable, incomparable».

Aunque los partidarios armados de Ho en el suroeste nunca obtuvieron éxitos militares espectaculares, equiparables a los de las formaciones de Giap en el norte, su movimiento contó con el apoyo general gracias a un tema único: la redistribución de la tierra. Incluso los agricultores más prósperos ansiaban ser propietarios: muchos habían contraído deudas impagables con acreedores que se apropiaban hasta de la mitad de su producción. El impago podía acarrear la servidumbre forzosa, de modo que

acababas meciendo la hamaca de tu señor.[26] Así pues, dieron un respaldo entusiasta al proyecto secreto de redistribución de la tierra por parte del Vietminh, uno de cuyos cuadros le dijo a Norman Lewis en 1950: «Poco a poco, nuestros enemigos nos están convirtiendo al comunismo. Si la única forma de lograr la libertad es el comunismo, entonces todos nos haremos comunistas».[27]

Un historiador ha descrito a los soldados de Giap como «hombres sencillos cuya visión del mundo se limitaba por completo a la experiencia inmediata, propia y de sus familias ... agravada por generaciones de opresión y penalidades».[28] Entre los combatientes del Vietminh, los puntos fuertes solían ser la disciplina, la paciencia y el ingenio; la habilidad para actuar en el medio natural, en particular para camuflarse; la resistencia y la capacidad de sacrificio. Por encima de todo había una motivación: ansiaban compartir los frutos de una revolución social, económica y política. Cuadros comunistas itinerantes pusieron en marcha programas de educación política y compusieron canciones populares que ayudaban a los aldeanos a aprenderse el alfabeto. Para los niños se desarrolló un programa de «aprende mientras juegas». Puede parecer muy positivo, pero la obligatoriedad era menos amable. Los campesinos debían exhibir pancartas decoradas con flores en las que se proclamaba: «¡Larga vida a quienes luchan contra el analfabetismo!». En algunos lugares los que no sabían leer eran sometidos a humillaciones gratuitas; por ejemplo, si querían ir al mercado, se les hacía ir a rastras por el barro. Como siempre que se impuso la doctrina comunista, a las víctimas se les recordaba que no era una crueldad gratuita, sino dirigida al fin del bienestar último de «el Pueblo». Hubo castigos mucho más draconianos; más adelante, incluso una historia oficial del Partido admitió que «no murieron pocos inocentes».[29] Los campesinos humildes que servían al Vietminh suponían de entrada que cualquier hombre que gustara de vestir pantalones azules y camisa blanca de sastrería tenía que ser un espía de Francia. Si la mafia empleaba el eufemismo de enviar a un enemigo a «dormir con los peces», en el mundo asimismo acuático de los comunistas del Vietminh se lo mandaba «a buscar gambas». Los asesinatos se cometían con suma brutalidad y publicidad: los escuadrones de la muerte se complacían en enterrar vivas a las víctimas o

eviscerarlas delante de la asamblea de vecinos. «Es preferible que muera un posible inocente a que escape un culpable», según un eslogan del Partido. En las «zonas liberadas», el Vietminh creó campos de castigo de triste fama. Cuando el padre de Nguyen Cong Luan falleció en uno de ellos, todo lo que los carceleros devolvieron a la viuda, y aun a regañadientes, fue un encendedor.[30]

En 1947 el Vietminh emprendió una campaña de «limpieza» ideológica que costó la vida a un número elevado (pero que no se ha llegado a especificar) de «enemigos de clase». Todos los terratenientes y funcionarios gubernamentales vivían bajo la amenaza de una sentencia de muerte, que se hacía extensiva a las familias. La religión católica exhibía la mácula de la extranjería y, por lo tanto, sus adeptos eran vulnerables. En los patios de las pagodas o de las casas de los terratenientes se realizaban sesiones locales de denuncia (*dau to*) que inspiraban un gran temor, tanto como sus organizadores pretendían. Los agricultores y campesinos, inspirados a menudo por agravios, exponían supuestos delitos de los señores ante tribunales populares presididos por cuadros del Vietminh. Cuando se dictaba sentencia de muerte, la víctima podía morir en el acto: fusilada, lapidada, colgada o con una suerte aún más cruel. En My Thanh, en el delta del Mekong, un funcionario *cao dai* que estaba a punto de ser enterrado vivo rogó que, por compasión, lo mataran de un tiro. Los asesinos respondieron desdeñosamente que la munición estaba reservada para «los piratas» (los franceses).[31]

Como niña campesina, Nguyen Thi Thanh Binh recordaba a terratenientes que se ocultaban de sus incriminadores sumergiéndose en un estanque cercano y tapándose la cabeza con juncos, mientras otros optaban por disfraces poco elaborados. Algunos no lograban su fin y la niña, con los demás aldeanos, pudo contemplar varios juicios. Aunque luego fue un cuadro del Partido —y leal a este—, más adelante la mujer admitió que «entre estas personas, muchas habían sido acusadas injustamente».[32] En el norte era habitual que los «tribunales populares» se escenificaran como acontecimientos teatrales, celebrados de noche en una superficie extensa como un campo de fútbol, rodeada de antorchas de bambú. Un presídium de siete jueces —campesinos pobres— contaba con la asistencia de un cuadro

de la Reforma Agraria y, a veces, de asesores chinos. Tras el escenario colgaban retratos de Ho, Mao y Stalin, junto con pancartas con eslóganes como «¡Abajo los terratenientes traidores y reaccionarios!».

En cuanto a las ejecuciones sumarias, un campesino conservó como recuerdo imborrable de su infancia una visita del Vietminh a su poblado, en el norte de Vietnam, en 1952. Allí apresaron a dos soldados desarmados, del ejército francés, que habían acudido a desear un feliz año nuevo a sus amigos, y los decapitaron ante la casa de su familia. El hombre, que a la sazón contaba doce años, dijo más adelante: «Todavía puedo oír el ruido de cuando les cortaron el cuello». Las guerrillas se marcharon y llegaron soldados franceses, que atribuyeron a los vecinos la responsabilidad de esas muertes y prendieron fuego a todas las casas del poblado. En 1953, el Vietminh condenó al niño a dos semanas de internamiento en un campo de reeducación, donde debía hacer autocrítica: «Había que anotar todo lo que yo había hecho mal, o mis padres, o mis abuelos. Todo el mundo tenía que sentarse a sopesar qué escribía». Tras la muerte de Stalin, ocurrida aquel año, todos los prisioneros tuvieron que ponerse cintas negras de condolencia. Poco después, una ofensiva francesa obligó a las guerrillas a huir y liberó al niño. Este y su familia regresaron a su casa, por poco tiempo, y luego huyeron a Hanói.

Las oscilaciones propias de la lucha, con victorias de unos y otros, suponían un estrés constante. Un campesino pobre del delta del Mekong expresó su felicidad durante cierto período de cambio en el que se levantó el bloqueo económico y, durante un tiempo, tuvo libertad para vender sus productos: «La gente estaba muy contenta ... Yo me decía a mí mismo, muchas veces: “Ojalá un solo bando nos controle. Me da igual cuál sea. Vivir bajo el control de los dos es demasiado”».[33] Anh, cuyos padres poseían tierras, se alistó en el Vietminh porque pretendía expulsar a los franceses, se casó con otro combatiente, dio a luz a un niño y experimentó la dureza de la vida de los guerrilleros en el delta del Mekong. En 1952, sin embargo, abandonó: «Vi demasiadas cosas espantosas. Los comunistas se estaban quedando con todo el poder y aniquilaban a los nacionalistas». Si pudo sobrevivir, considera Anh, fue solo porque era tan joven que no suponía ninguna amenaza.[34]

En las «zonas liberadas» del norte —al igual que algunos británicos, pasado el tiempo, expresaron nostalgia por el legendario «espíritu del Blitz», de 1940—, hubo miembros del Vietminh que volvieron la mirada hacia los años de guerra como tiempos de felicidad. El guitarrista Van Ky, que había acompañado a las guerrillas itinerantes con sus canciones, se mostraba extasiado: «¡El espíritu era una maravilla! Imaginábamos que todos formábamos parte de una gran familia».[35] Surgieron comedores de voluntarios, conocidos como los «restaurantes de las madres de los soldados», en los que las mujeres locales daban comida gratis a los combatientes. Ky y su trío recorrieron cientos de kilómetros con sus actuaciones. «Había algo muy interesante y maravilloso en todo esto. Aunque estábamos en una zona de guerra donde los combates eran muy feroces, cada noche organizábamos un espectáculo que atraía a multitudes. Las canciones que yo cantaba no eran muy buenas, y nuestra armonía era defectuosa, pero contábamos cuentos y recitábamos poesía».[36] A menudo, había que actuar con luces tenues, para no atraer la atención de los franceses. Ky llegó a actuar muy al sur, en Hue, donde durmió en la orilla del río del Perfume, comió alimentos traídos de la ciudad, fumó cigarrillos Philip Morris y vivió un enamoramiento efímero con una chica del público.

Ky convenció a uno de los artistas que lo acompañaban, Hai Chau, que hablaba inglés, de que les leyera en voz alta pasajes del *Reader's Digest*, con la idea de aprender frases que fueran de utilidad para la vida en la posguerra. Algunas fueron tan inesperadas como *I have a surprise for you in my pocket* («Tengo una sorpresa para ti en el bolsillo»). Periódicamente, en sus viajes, se despertaban de pronto con la alarma de ¡*Tay can!* («¡Batida francesa!»). Cuando el enemigo se acercaba, los combatientes del Vietminh solían comentar, en tono de cansancio: «Los búfalos están sueltos». Hai Chau escribió una canción muy popular con ese título, una sátira de los ocupantes. Ky estuvo entre los muchos revolucionarios que veían romanticismo en la experiencia compartida. A los vietnamitas les ofrecía lo que los franceses les habían denegado durante un siglo: respeto por sí mismos. Además, con el paso de los meses, y poco a poco de los años, millones de vietnamitas se iban convenciendo cada vez más de que los comunistas estaban destinados a ganar y, por lo tanto, era mejor apoyarlos.

Una niñita de familia campesina solía estarse hasta entrada la noche con su madre y sus hermanas, en una cabaña próxima a Hue, haciendo banderas del Vietminh, «rojas con la estrella amarilla, porque sabíamos que la gente las querría para celebrar ... la victoria».[37]

No obstante, se antoja un error aceptar acríticamente la forma en que Van Ky describe la guerra como un idilio romántico: las privaciones y los sacrificios fueron terribles. Hubo tensiones crecientes entre las bases campesina y burguesa del movimiento revolucionario. Nguyen Duc Huy, hijo de un campesino pobre, nacido en 1931, fue enviado a estudiar en la nueva academia militar del Vietminh en China, donde encontró una atmósfera emponzoñada por las luchas de clase y las interminables sesiones de autocrítica. Un cadete condecorado por la valentía exhibida en combate se quitó la vida durante un interrogatorio ideológico. A Huy lo acusaron de hechos muy distintos —de dirigir tanto una red de espionaje francesa como un equipo de ejecución nacionalista— y fue encarcelado varios meses en una celda subterránea. En sus memorias escribió: «Me resulta imposible describir la injusticia de todo aquello».[38] Lo que parece extraordinario es que, tras vivir esa clase de experiencias, no solo no perdiera la fe en el Partido sino que fuera comandante de una compañía contra los franceses y luego encabezara un batallón contra los estadounidenses.

Durante los primeros años de Nguyen Thi Ngoc Toan con el Vietminh, se hostigó a esta mujer porque procedía de una dinastía acomodada. Su padre era miembro de la familia real y había formado parte del gabinete del emperador. En el ejército de Giap, primero la describieron despectivamente como *bo doi nhoc*, «una niña soldado». Más adelante, aun a pesar de su entusiasmo por la causa, los camaradas la desdeñaban: «Esta niña ha ido a una escuela francesa, ¿por qué la han enviado aquí? La hija de un mandarín, ¿cómo va a vivir con la Resistencia?». Con el tiempo, Toan se lamentaba: «Me lo pusieron muy difícil, fui muy infeliz».[39] Pese a todo, conservó la lealtad al Vietminh, a diferencia de lo que le sucedió a otro guerrillero de origen burgués, Nguyen Cao Ky, de dieciséis años: «Para ellos, el movimiento de la Resistencia no se limitaba a expulsar a los extranjeros. Se trataba de darle la vuelta a la tortilla, hacerse con el poder, vengarse».[40] Ky acabó sumándose a los oficiales del ejército francés, como piloto.

Pese a las pérdidas graves que sufrió en los enfrentamientos de los alrededores de Hanói, el Vietminh siguió ampliando las «zonas liberadas» del norte. En 1952 se calculaba que controlaba a un cuarto de la población del sur del país, tres cuartos en la zona central y más de la mitad en el norte. Los franceses malgastaron recursos inmensos en fortificaciones. La que se dio en llamar «Línea de De Lattre», creada para proteger el delta del río Rojo, vertió casi cuarenta millones de metros cúbicos de hormigón en 2.200 fortines, marcado cada uno con un número precedido de las siglas PK, *poste kilométrique*. Esto encajaba con la estrategia del Vietminh, que iba «royendo», paso a paso, las posiciones francesas (*grignotage*): al amparo de la noche, iba eliminando estas posiciones aisladas, una por una. La primera noticia del ataque, para los defensores, era el estallido de un explosivo en la alambrada, manejado desde cierta distancia; luego los gritos de ¡*Tien-len*! («¡Adelante!»), de la infantería al asalto. Al amanecer, el Vietminh había desaparecido, dejando tras de sí únicamente los cadáveres (a menudo mutilados) y las zonas ennegrecidas donde los morteros o cohetes habían impactado contra la tierra o el hormigón. En Hanói o Haiphong, un oficial del Estado Mayor francés le musitaría a otro: «¿Te has enterado de lo que le ha pasado al PK141 esta noche?».

La guerra hizo destacar a muchos líderes franceses poco corrientes, como el coronel Paul Vanuxem, un hombre descomunal, de barba pelirroja, que a sus cincuenta años combatía con una preparación intelectual inusitada: estaba cualificado para ejercer como catedrático de Filosofía. El comandante Marcel Bigeard había sido sargento durante la segunda guerra mundial, y en 1944 se había lanzado en paracaídas sobre su país. El coronel Christian de Castries, de la caballería, era un dandi que nunca olvidaba el pañuelo de seda y se enorgullecía de su reputación de mujeriego. También hubo mujeres famosas. Por ejemplo Valérie André, una médica que era a su vez piloto de helicóptero, o la enfermera de las fuerzas aerotransportadas Paule Dupont d’Isigny, que fue condecorada repetidamente.

En el otoño de 1952, Giap concentró tres divisiones al este del río Rojo, a las que encomendó tomar Nghia Lo, una cadena montañosa de importancia estratégica. Gracias a las marchas nocturnas, y a una ocultación diurna brillante (con los hombres dispuestos en hilera y aprovechando las

mochilas de camuflaje), se desplegaron sin que los franceses se dieran cuenta. Luego, en una serie de asaltos que se iniciaron el 17 de octubre, destruyeron una serie de puestos. El batallón de *para* («paracaidistas») de Marcel Bigeard cubrió la retirada de las guarniciones supervivientes hacia el río Negro, en una sucesión de acciones que pasaron a la leyenda como una pesadilla. Así, se vieron obligados a abandonar a los heridos, y más tarde los lugareños afirmaron haber encontrado el rastro de Bigeard adornado con las cabezas cortadas de los que habían quedado atrás, clavadas en estacas por el Vietminh. Cuando por fin alcanzaron las líneas francesas, el comandante y los demás supervivientes fueron acogidos como héroes, pero las batallas de Nghia Lo habían supuesto un desastre considerable.

En abril de 1953, los comunistas abrieron un nuevo frente en Laos, con el fin de dispersar a las fuerzas francesas. En junio, el suministro chino de alimentos, pertrechos y municiones había pasado de las 250 toneladas del mismo período del año anterior a dos mil toneladas mensuales, a las que se sumaron excavadoras y camiones Mólotova. Por entonces, las tropas francesas empezaban a sufrir escasez de oficiales y suboficiales; muchas de las unidades norteafricanas estaban muy mal preparadas; y casi nadie confiaba en el ánimo de los 110.000 soldados reclutados nacionalmente. El general O’Daniel, un destacado oficial del ejército de Estados Unidos en el Pacífico apodado *Iron Mike*,[*] visitó Saigón en el verano de 1953, poco después de que se nombrara comandante en jefe al general Henri Navarre. Con su típica altisonancia, el estadounidense instó al francés a «ponerse en marcha» y adoptar una postura militar más agresiva. La experiencia coreana había demostrado que cuando las tropas chinas, con un armamento ligero, encontraban a los estadounidenses a campo abierto, a veces se imponían. Pero en circunstancias artificiales, cuando las fuerzas norteamericanas defendían posiciones preparadas y protegidas por la artillería y la aviación, resultaban casi invencibles. ¿Acaso los franceses no podían aprovechar esas mismas realidades? Navarre se mostró de acuerdo. Buscó un campo de batalla que pudiera poner de manifiesto ante todo el mundo el poderío de Francia y la debilidad del Vietminh. Eligió Dienbienphu.

3

La fortaleza que nunca fue tal

1. A LA ESPERA DE GIAP

En Indochina se tomaron tantas «decisiones fatales» que sería imposible destacar solo una entre las demás, pero la que se adoptó en noviembre de 1953 eliminó cualquier duda que pudiera quedar al respecto de quién vencería y quién caería derrotado. Dienbienphu fue una batalla relativamente menor, a la que el bando colonialista dedicó tan solo una división. Pero alcanzó una importancia moral determinante porque se libró por iniciativa francesa, con el propósito expreso de entablar combate con el Vietminh, y acto seguido se perdió por torpezas que solo cabe calificar de épicas. En aquellos días, los jefes de Navarre en París estaban casi tan confundidos como el propio general, incapaces de decantarse por continuar la guerra o por abandonarla. El Comité de Defensa Nacional francés, en una reunión de noviembre, llegó a la conclusión de que el objetivo estratégico era «obligar al enemigo a reconocer que era imposible alcanzar un resultado militar decisivo».[1] Para este fin había que asestar golpes poderosos a por lo menos algunas de las seis formaciones regulares que Giap había desplegado en el norte. Sin embargo, se envió a Saigón al almirante Georges Cabanier para comunicar a Navarre que no debía intentar nada ambicioso; en adelante, cualquier decisión de calado debía confiarse a los políticos.

No obstante, el 2 de noviembre el general había resuelto ocupar de nuevo, con una exhibición de fuerza, el viejo campamento de Dienbienphu, unos 280 kilómetros al oeste de Hanói, cerca de la frontera con Laos. La decisión se adoptó sin contar apenas con datos secretos sobre el paradero o las intenciones del enemigo: Giap siempre estuvo mejor informado que su contrincante, en parte gracias a comunistas bien situados en París, más leales al Partido que a la tricolor.[2] Aun así, Navarre afirmó, *a posteriori*:

«Estábamos plenamente convencidos de que las posiciones defensivas fortificadas nos daban la superioridad». Su segundo, el general de división René Cogny, responsable de Tonkín, era un hombre corpulento y prepotente. A sus cuarenta y nueve años, Cogny, que había sido prisionero de la Gestapo durante la segunda guerra mundial, era partidario de concentrar la defensa en el delta del río Rojo, pero accedió al nuevo plan de Navarre.

Si se apoderaban de una base aeroterrestre en un punto tan occidental —pensaban—, sus hombres podrían utilizar el lugar para obstaculizar desde allí los movimientos del Vietminh; y si el enemigo se atrevía a atacar el campamento, saldría malparado. Ocupar el grupo de aldeas conocido como Dienbienphu, además, cortaría el acceso de Giap a una zona de importantes cultivos de opio y arroz. Aunque la pista quedaba lejos de Hanói, Cogny podía contar con abastecer al destacamento con lo necesario (ochenta toneladas diarias) por medio de sesenta y nueve C-47 *Dakota*. Se creía que la dificultad principal sería el desembarco inicial de los paracaidistas en una zona «caliente» en la que se sabía que había acampado un batallón del Vietminh. Navarre —un veterano de la primera guerra mundial, de cincuenta y cinco años— consideraba que los riesgos eran asumibles. Era un oficial frío, caracterizado por la audacia personal y un notable atractivo físico; su presencia era formidable —como su engreimiento—, pero tenía poca experiencia en posiciones de mando importantes. Había llegado a Indochina el mes de mayo precedente, con la clase de instrucciones que serían tristemente habituales entre sus sucesores estadounidenses: crear las condiciones para poder negociar la salida desde una posición de fuerza. En Washington, John Foster Dulles —el arisco, inflexible y mesiánico abogado que, a sus sesenta y cinco años, actuaba como secretario de Estado* de Eisenhower— citó el precedente de Corea, donde las fuerzas de Naciones Unidas habían combatido con ferocidad con el fin de empoderar (hacía tan solo seis meses) a la delegación de la ONU que parlamentaba en Panmunjom. Dijeran lo que dijesen luego los subordinados de Navarre, no disponemos de datos convincentes de que nadie creyera que las dificultades

de tomar Dienbienphu pasarían de un mero dolor de cabeza táctico; en ningún caso, desde luego, nadie pensaba que pudieran precipitar un desastre.

Los dos primeros batallones de paracaidistas franceses y vietnamitas saltaron a las 10.35 del viernes 20 de noviembre, inmediatamente antes de que Navarre se reuniera con Cabanier, que venía desde París. Apenas cabe duda de que el general estaba al corriente de la clase de instrucciones que el almirante traía —no correr riesgos— y que, por lo tanto, se adelantó de forma deliberada. Por desgracia, la iniciativa francesa convenía a lo que deseaban Ho Chi Minh, Giap y el principal ideólogo del movimiento, Truong Chinh. En un encuentro celebrado en octubre en una sencilla casa de bambú del interior de las montañas, se habían puesto de acuerdo en que atacar el delta del río Rojo era ventajoso para los franceses, que podían desplegar a sus unidades y su artillería cerca de sus propias bases. El Vietminh, en consecuencia, debía intentar que los franceses se dispersaran para luego acometerlos donde se hubieran aventurado más lejos. Con un gesto y un símil característicos, Ho levantó el puño cerrado y lo comparó con la potencia de los franceses en el este, y añadió: «Pero si abres la mano, entonces es fácil romper los dedos, uno por uno». Navarre, que con la acción de Dienbienphu extendió un dedo hacia el oeste, se estaba situando donde Ho quería tenerlo.

La primera jugada de la partida fue el lanzamiento de los paracaidistas franceses y vietnamitas. Estos empezaron a saltar sobre el objetivo designado desde los C-47 al ritmo repetido del «¡Vamos!, ¡Vamos!, ¡Vamos!» con que los asistentes los instaban a abandonar el fuselaje apenas iluminado, entre el estruendo de los motores, para atravesar con rapidez el aire frío e iluminado por el sol, a seiscientos pies de altura sobre una zona de aterrizaje húmeda y calurosa. Entre los oficiales franceses más duros y resueltos de aquel día destacaba el coronel Pierre Langlais, un bretón de cuarenta y cuatro años, de un coraje ilimitado, pero con una capacidad intelectual restringida y un temperamento insufrible. Cayeron entre enemigos, como se esperaba: un oficial médico que se estaba lanzando en combate por primera vez recibió un balazo en la cabeza antes siquiera de tocar el suelo. Al caer la noche, los asaltantes habían obligado al Vietminh a

retirarse, a costa de pérdidas cuantiosas: los hombres de Langlais aseguraron un perímetro a expensas de quince muertos y treinta y cuatro heridos. El propio Langlais maldecía todavía más de lo acostumbrado, porque, como les ocurre con cierta frecuencia a los paracaidistas, se rompió el tobillo en la caída y tuvo que ser evacuado y pasar todo un mes con escayola.

Al día siguiente, varios «Vagones Volantes» (C-119 de construcción estadounidense) se acercaron al lugar para lanzar vehículos y equipamiento pesado; todavía no se podía aterrizar en la pista aérea, que el Vietminh había dejado llena de boquetes. Cuando la batalla inicial por Dienbienphu concluyó, los franceses habían usado casi sesenta mil paracaídas, con lo que en las fotografías aéreas predominaban las manchas blancas y de colores, como marcas de viruela. Cuando las apisonadoras arreglaron la pista de aterrizaje llegó una nueva serie de refuerzos que amplió el destacamento hasta su dotación máxima: doce mil hombres.

Para la comandancia del campo se eligió al coronel Christian de Castries, un aristócrata de cincuenta y un años que presumía de un árbol genealógico con un almirante y nueve generales. Era un hombre famoso por sus paseos ecuestres, que en el cumplimiento del deber había ganado muchas medallas y en Indochina había resultado gravemente herido por una mina; tras la batalla de Dienbienphu, los críticos lo acusaron de cobardía: de haber aguardado el desenlace oculto en su búnker. El historial de De Castries lleva a pensar que este reproche era infundado. En la faceta moral, sin embargo, el veredicto es menos claro, porque este militar carecía de una capacidad de liderazgo inspirador. Cuando la situación se tornó difícil, se entregó a un fatalismo sombrío. No es justo culparle del resultado: los arquitectos de la batalla fueron Navarre y Cogny. Pero sí cabe atribuirle muchos errores tácticos, tanto por comisión como por omisión.

Dienbienphu se describió a menudo como una «fortaleza», pero siempre distó de ser tal. Se trataba más bien de una cadena de colinas bajas, situada en una llanura rodeada de montañas muy boscosas, donde el atrincheramiento se había realizado sin el más mínimo rigor. Prácticamente ninguna de las posiciones defensivas creadas en los meses anteriores al asalto del Vietminh se fortificó adecuadamente: entre los hombres del

destacamento no faltaba el coraje, pero la zapa se consideraba con desdén. Los comandantes, por su parte, daban por sentado que nada interrumpiría la conexión aérea de Hanói.

Entre tanto, desde su posición en unas montañas lejanas, Giap tuvo noticia del despliegue: la prensa francesa —que leían asiduamente tanto él como su Estado Mayor— reveló que Navarre pensaba plantarse y combatir. La decisión del general del Vietminh de desafiar directamente al comandante en jefe enemigo —atacando su campamento con tropas muy numerosas— se fundamentaba en un cambio del equilibrio militar del que, en primera instancia, el cuartel general de los franceses en Hanói no tenía constancia. Sucedía en efecto que los chinos habían entregado al Vietminh obuses de construcción estadounidense, los M2A1 de 105 milímetros, requisados a los nacionalistas derrotados, además de morteros de 120 milímetros y cañones antiaéreos de 37 milímetros. Esto multiplicaba mucho el impacto potencial de la artillería de Giap, y sobre todo su alcance: un proyectil de 105 milímetros podía alcanzar su blanco desde posiciones de tiro situadas a once mil metros de distancia.

El desafío más importante, histórico incluso (en el que es probable que influyeran los asesores chinos, aunque no se ha podido demostrar), fue de carácter logístico. Giap tuvo que convencerse a sí mismo, y al politburó, de que sus hombres podrían arrastrar esas armas (cada una de las cuales pesaba más de dos toneladas), a lo largo de ochocientos kilómetros, por terrenos que estaban entre los más agrestes de Asia; y que serían asimismo capaces de mantener durante varios meses una vía de abastecimiento para una fuerza de asalto formada por cuatro divisiones. Con este objetivo en mente, el 6 de diciembre se decretó la movilización general en toda la «zona liberada», para disponer de una hueste rotatoria de campesinos porteadores, cada uno de los cuales debía prestar servicio durante al menos un mes, antes de tambalearse de regreso a su casa, exhausto, demacrado y enfermo. Para motivar a estos hombres y mujeres se volvió a hacer especial hincapié en la inminencia de la reforma agraria, que sería la recompensa por la victoria. Así, junto al lema ya conocido del ejército («¡Todo por el frente, todo por la victoria!») apareció uno nuevo: «¡La tierra para los que la cultivan!».

Giap trasladó el cuartel general adelantado unos quinientos kilómetros hasta un grupo de cuevas naturales y túneles artificiales, a prueba de bombardeos, situados a tan solo quince kilómetros del campamento francés. El 5 de enero de 1954, Giap tendió allí la mesa de mapas por primera vez. Su Estado Mayor empezó a publicar un boletín para las tropas que contenía, además de noticias y arengas, viñetas estridentes. En una de ellas se representaba a Francia como una mujer horrenda que, tras dar a luz a Dienbienphu, se hallaba rodeada por una multitud de figuras diminutas que cortaban el cordón umbilical de la conexión aérea. A las pocas semanas, exactamente eso es lo que el Vietminh haría.

Los ingenieros y expertos logísticos comunistas trabajaron en la ruta de abastecimiento. En algunos tramos podían circular camiones soviéticos, los Mólotova, que funcionaban por turnos, mientras los equipos de porteadores se encargaban de descargarlos y cargarlos otra vez. Una parte del arroz descendía desde China por vía fluvial, a través del río Negro. Para la batalla, Giap solicitó un arsenal de mil toneladas de munición; cada proyectil de 105 milímetros pesaba veinte kilos. La infantería del Vietminh empezó a avanzar hacia Dienbienphu, donde, al llegar, les dieron palas para cavar y cuerdas de las que tirar. A lo largo de todo el camino se hizo mucho hincapié en el camuflaje. En la selva se juntaban copas de los árboles para formar túneles; los ríos se atravesaban por puentes ocultos bajo la superficie del agua. A campo abierto, los camiones eran seguidos por cuadrillas que borraban las huellas de los neumáticos. Cuando pese a todo un avión francés los descubría, los heridos solo contaban con la asistencia de estudiantes de medicina, vestidos con harapos y provistos de los remedios paliativos del campesinado. En cuanto a los cañones, un oficial del Vietminh, Tran Do, describió un proceso que se repitió durante semanas: «Cada noche, cuando una niebla gélida cubría los valles, se reunía a los grupos de hombres ... La pista era pantanosa, enseguida te encontrabas hundido hasta las rodillas, [y] tan estrecha que la más mínima desviación de las ruedas habría bastado para que un cañón cayera por un precipicio. A base de sudor y de lágrimas tirábamos hasta colocarlos en su lugar, uno por uno, los hombres tenían que hacer la función de los camiones ... Para mantenernos solo teníamos arroz, o casi crudo o pasado, porque las cocinas

no debían hacer humo de día ni ser un fuego visible de noche. En los ascensos, cientos de hombres tiraban de los cañones con cuerdas largas, con un cabrestante en la cumbre, para evitar caídas. Los descensos eran mucho peores; los cañones, mucho más pesados; las pistas, de vueltas y revueltas. Los equipos de artilleros dirigían y calzaban las piezas, la infantería se encargaba de las cuerdas y los cabrestantes. Para que un cañón avanzara un millar de metros, o la mitad, había que trabajar toda una noche a la luz de las antorchas».[3] La propaganda del Vietminh convirtió en héroe, póstumamente, a un hombre que se lanzó bajo una rueda para frenar con su cuerpo la caída de un cañón hacia un abismo.

La inteligencia francesa, en su intento de seguir esta actividad febril en el noroeste, calculó que Giap solo podría reunir a unos veinte mil porteadores, con cuyo trabajo, a su vez, podría dar de comer a lo sumo a un número similar de soldados. En realidad, sin embargo, los comunistas movilizaron a sesenta mil. En la cadena de abastecimiento, las bicicletas reforzadas interpretaron un papel crucial; cada una cargaba unos cincuenta y cinco kilos y, en caso de emergencia, hasta noventa. Los líderes comunistas no animaban solo a los combatientes, sino también a los porteadores, a realizar esfuerzos y sacrificios físicos que pocos franceses o mercenarios estaban dispuestos a igualar. Un prisionero quedó profundamente impresionado cuando un cuadro del Vietminh pidió voluntarios para manejar bombas francesas de acción retardada y diez hombres dieron un paso adelante.

La campaña se desarrolló con lentitud. Entre el lanzamiento inicial de los paracaidistas, el 20 de noviembre, y el primer asalto de Giap, en marzo, pasaron más de cien días. Desde el principio se contuvo todo intento de los franceses de extender su perímetro: en diciembre, dos batallones de paracaidistas que avanzaron hacia un poblado situado a unos quince kilómetros fueron vapuleados por los sitiadores y tuvieron que retirarse. Navarre dio nuevas órdenes a De Castries: debía conformarse con mantener el campamento, eso sí, al coste que fuera. Los franceses, después de recibir cuatro cañones de 155 milímetros, además de obuses de 105 y morteros de 120 milímetros, confiaban en que la superioridad de su artillería bastaría para doblegar al Vietminh. Pero la determinación precisa de los objetivos

resultó muy dificultosa y frustrante: los mapas locales eran de tan mala calidad que impedían el reconocimiento aéreo y de la artillería; las armas pesadas del enemigo casi nunca resultaban visibles.

Durante el mes de diciembre, el alto mando francés dispuso de un goteo constante de datos de espionaje que inquietaron a Navarre y Cogny, aunque no se alarmaron tanto como deberían haber hecho. Quedaron al corriente de que en las montañas del norte se movían cuatro divisiones del Vietminh, pero no tenían la certeza de hacia dónde se dirigían; como el enemigo había emprendido acciones de distracción en la Meseta Central y el delta del río Rojo, en Hanói se vacilaba. Durante toda la guerra, hasta ese momento, el Vietminh había abortado todos los asaltos en los que los franceses habían ofrecido una resistencia intensa; en consecuencia, los generales franceses creían que, si el ejército de Giap se topaba con una respuesta poderosa desde Dienbienphu, se plegaría. Un corresponsal de *Le Monde* visitó el campamento y transmitió a sus lectores que imperaba un espíritu de *On va leur montrer*!, «¡Verán lo que es bueno!».[4]

Cerca del fin de año, Navarre tuvo noticia de que el Vietminh estaba desplegando obuses; el 31 de diciembre informó a París de que quizá no podrían defender el campamento. Sin embargo, durante las primeras semanas de 1954 el gran enemigo de los soldados franceses fue el aburrimiento. El coronel Langlais volvió del hospital con un aparatoso vendaje en el tobillo y solo podía montar en poni. Las patrullas iban sufriendo bajas, una tras otra. Muchos hombres ansiaban que el Vietminh atacara de una vez, para contraatacar, obligarles a huir de nuevo a sus refugios de montaña y quedar libres para volver a los prostíbulos de Hanói. Algunos, en cambio, contemplaban el panorama con aprensión. El teniente coronel Jules Gaucher escribió a su esposa, el 11 de enero: «El tiempo pasa despacio, sin que ocurra nada de interés. Nos dicen que vienen tiempos difíciles, que acabarán con lo que ahora acostumbramos a hacer. Corren rumores de que estamos destinados a un sacrificio».[5]

Durante las semanas posteriores, el destacamento salió varias veces para destruir artillería enemiga, pero siempre sin éxito. Los intentos de cortar las vías de abastecimiento de Giap desde el aire también fracasaron, en parte por los límites de las tripulaciones francesas de los *Marauder*

(«Merodeadores»), los B-26: en cierta ocasión en que las posiciones de Langlais estaban siendo atacadas, al parecer, por los chinos, se descubrió que en realidad los había acometido un francés despistado.[6] Esto tampoco era de extrañar, dado que a menudo las bombas se lanzaban desde una altura de doce mil pies. Lejos de Dienbienphu, el Vietminh organizó comandos de ataque nocturno concebidos tanto para debilitar el poder aéreo de Francia como para distraer la atención de Navarre. Veinte aviones —en su mayoría, C-47 de enorme valor— fueron destruidos en incursiones contra aeródromos de las proximidades de Hanói y Haiphong.

A partir de diciembre, Navarre y sus colegas recibieron muchos datos de espionaje que fueron compartidos también con sus superiores en París y demostraban que de seguir así les aguardaba un auténtico desastre. Aun así perseveraron, porque una combinación letal de orgullo, fatalismo, estupidez y debilidad moral les impidió reconocer que se habían equivocado. Si el destacamento de Dienbienphu hubiera sido evacuado, nadie, fuera de Vietnam, habría llegado a saber nada del lugar. Se habría tratado tan solo de una retirada local, de un tipo ya conocido por entonces. La responsabilidad principal recae sobre Navarre, sin que esto exculpe al conjunto del liderazgo político y militar de Francia. Por desgracia, el país estaba gobernado y dirigido por hombres muy dolidos aún por las humillaciones de la década anterior, que en consecuencia decidían con la limitación del deseo ferviente de restaurar el honor nacional, recuperar la gloria de *la patrie*. Con este ánimo desafiante perpetraron uno de los fiascos militares menos inevitables de todo el siglo XX.

Durante la última semana de enero, los defensores estuvieron en estado de alerta por alto riesgo: la inteligencia indicaba que el Vietminh lanzaría un gran asalto en el plazo de unas pocas horas. El servicio de espionaje estaba en lo cierto, pues el plan era ese; pero Giap lo modificó. Los éxitos recientes del comandante del Vietminh se habían basado en unos preparativos meticulosos. Para la frustración de sus subordinados, Giap decidió que las condiciones de Dienbienphu todavía no eran suficientemente propicias. Sus hombres estaban allí, desde luego, pero aún no disponía del enorme arsenal de artillería y munición para morteros que consideraba necesario. Por lo tanto, pospuso el asalto.

El calendario revisado comportaba que la batalla inminente debía continuar en la estación húmeda, que en esa región sería ciertamente muy húmeda. Giap contaba con que sus hombres, al estar desplegados en los montes, sufrirían menos que los franceses, situados en la llanura. En París, un oficial destacado pensaba lo mismo, al comentar con pesimismo que en abril, el puesto de mando de De Castries, en el campamento, estaría anegado por palmo y medio de agua: «Creíamos que podríamos destruir tres de las mejores divisiones del Vietminh. Por el contrario, el enemigo ha conseguido encerrar a una parte importante de nuestras fuerzas y es él quien maniobra a nuestro alrededor».[7] Hubo más debate sobre una evacuación, pero, en aquel momento, esta decisión habría supuesto abandonar una colosal reserva de material y, casi con toda certeza, la extinción de la retaguardia. Navarre optó por reforzarse.

Durante siete semanas más —que se hicieron interminables tanto para los sitiadores como para los asediados—, las fuerzas rivales se observaron mutuamente a través del monte bajo y las colinas. Los aviones iban y venían. Hubo escaramuzas fuera del perímetro, pero también la visita de muchas figuras distinguidas que pudieron partir ilesas: grandes de la política y las fuerzas armadas, el novelista Graham Greene, Mike O'Daniel, del ejército de Estados Unidos. Hubo ataques aéreos contra la línea de suministro del Vietminh, que tuvieron pocas consecuencias. Las tripulaciones, que eran inexpertas, motejaron los aviones, viejos y con deficiencias, con el sobrenombre de *les pièges*, «las trampas». De hecho, de los 650 aviadores franceses que hallaron la muerte en Indochina, muchos fallecieron de resultas de errores humanos o fallos mecánicos, no por acciones del enemigo. El Vietminh aprendió que las incursiones eran ruidosas pero, sorprendentemente, provocaban pocas bajas. Un joven que sobrevivió a un asalto contra su aldea escribió: «Las bombas y los proyectiles asustaron a la población, pero esta sufrió más miedo que verdadero daño ... El bombardeo repetido puede hacer que la gente sienta menos miedo».[8] Además, en los alrededores de Dienbienphu, los aparatos franceses eran blanco de ataques crecientes con antiaéreos de 37 milímetros, de fabricación soviética. En diciembre, cincuenta y tres aviones padecieron daños más o menos graves. Más adelante, cuando las

condiciones meteorológicas experimentaron el deterioro típico de la estación, los pilotos, cuya tecnología de navegación era la propia de la segunda guerra mundial, se enfrentaron a peligros aún mayores, que derivaron en un goteo constante de bajas.

Desde el punto de vista de Navarre, más alarmante aún que el relato del campo de batalla fue una noticia venida de Europa que, de la noche a la mañana, multiplicó lo que estaba en juego: habría una cumbre de grandes potencias, una negociación. Los soldados creyeron notar un olor desagradable en el aire, que por desgracia les era conocido: el de la traición inminente. Aunque no querían reconocer que el empeño militar de abrirse camino hacia la victoria estaba fracasando, tendían a verse como las víctimas probables de las maquinaciones de unos políticos a los que despreciaban.

En Estados Unidos y Europa, la guerra de Indochina provocaba cada vez más consternación. Durante los años iniciales del Proyecto Manhattan, que, durante la guerra, había creado las primeras bombas atómicas, el primer ministro británico Winston Churchill había exhibido ingenuidad, e incluso despreocupación, sobre las consecuencias de este armamento. Una década después, no obstante, aun a pesar de su progresiva senilidad, el viejo estadista era mucho más sensible a los riesgos de emplear las armas nucleares que buena parte de los estadounidenses, incluido el presidente Dwight Eisenhower. Churchill, como su secretario de Exteriores, Anthony Eden, había comprendido que la reciente bomba H no era otro simple juguete bélico más; que incluso la simple amenaza de usarla, en la persecución de objetivos de política exterior, era una proposición de suma gravedad.

Mientras la administración estadounidense sopesaba las distintas posibilidades, una de ellas se destacaba sobre las demás: bombardear China para castigar a Mao Zedong por apoyar al Vietminh. Gran Bretaña contemplaba la idea con horror. Aunque en Estados Unidos solo unos pocos —pero algunos de ellos, uniformados y con estrellas— hablaban explícitamente de «darles a los chinos con las nucleares», una vez que el conflicto empezara era muy difícil saber dónde podía acabar. Los británicos tenían fe en la diplomacia, a diferencia de la administración de Eisenhower,

cada vez más despectiva con lo que, a su juicio, era una timidez excesiva de su aliado. Los conservadores estadounidenses tildaron de «apaciguamiento» la voluntad británica de negociar diplomáticamente con China y la URSS.

El proceso por el que Francia salió de Indochina se precipitó por un tenso y difícil encuentro de los ministros de Exteriores en Berlín, en enero de 1954. Viacheslav Mólotov, por la parte rusa, instó a organizar una conferencia en la que también estuviera representada la China comunista, excluida hasta entonces de las reuniones internacionales por exigencia de Estados Unidos. Esta cumbre se ocuparía de varios problemas graves de Asia, en particular de Corea e Indochina. El secretario de Estado estadounidense, John Foster Dulles, se negó rotundamente: la idea de asistir a una conferencia con los comunistas que habían usurpado el poder en China era inaceptable. En cambio, Eden la defendió, con el apoyo de Churchill. El representante francés, Georges Bidault, se mostró de acuerdo: el gobierno tambaleante que le había confiado la cartera de Exteriores necesitaba con urgencia dialogar con Pekín sobre el respaldo de China al Vietminh. Así pues, a regañadientes, Dulles cedió. El 18 de febrero, los ministros de Exteriores anunciaron que el 26 de abril, en Ginebra, se iniciaría una cumbre a la que se invitaría a todas las partes interesadas, bajo la presidencia conjunta de Gran Bretaña y Rusia.

Así, los dos ejércitos enfrentados en Indochina se vieron acuciados por una nueva necesidad: establecer una posición de batalla lo más poderosa posible para encarar las negociaciones con ventaja. Navarre y sus subordinados dejaron de lado el subibaja de predicciones en el que andaban montados desde diciembre y se mostraron confiados de obtener la victoria. El gobierno de París, envalentonado por esta esperanza vacua de sus militares, descartó de entrada empezar por cesar las hostilidades en Indochina, según había propuesto el líder indio Jawaharlal Nehru. Es improbable que el Vietminh hubiera aceptado este alto el fuego, pero en todo caso el hecho es que los franceses rechazaron la posibilidad —la última posibilidad imaginable— de retirar sus cartas de la partida de Dienbienphu.

2. Se avecina un desastre

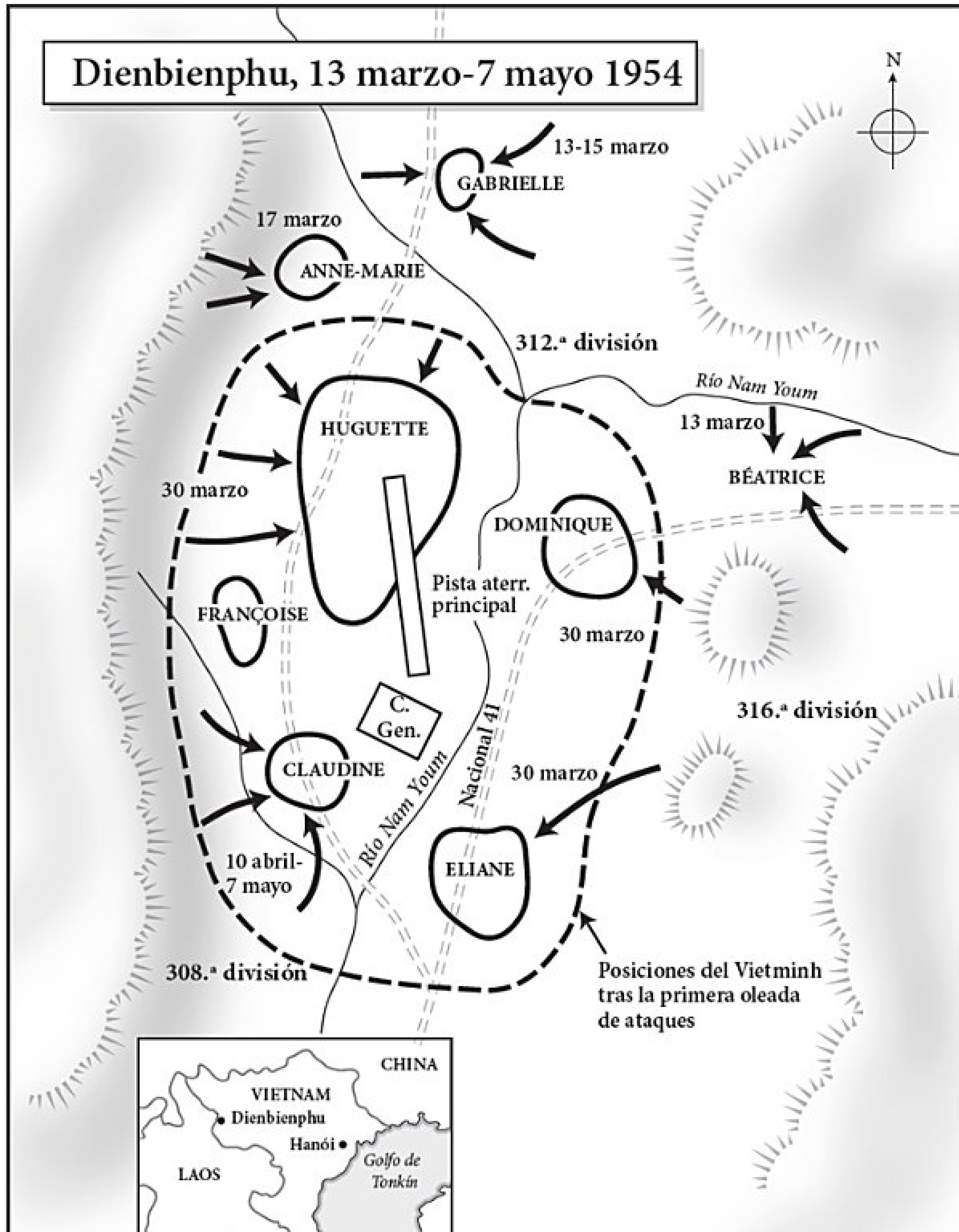
Lejos de París, entre los terraplenes rojizos, la premura de los todoterrenos y el lanzamiento esporádico de proyectiles en aquel puesto avanzado de los montes del Tonkín occidental, los franceses atisbaron otro movimiento inesperado en el campo enemigo. Según la teoría militar tradicional, la artillería debía desplegarse en las laderas ocultas a la vista, para quedar fuera del alcance inmediato del enemigo. Sin embargo, Giap modificó las reglas y situó los obuses en la cara delantera de los montes, de forma que sus cañones dominaban las posiciones de De Castries y mejoraban su alcance para multiplicar el daño. En realidad, su artillería era casi invulnerable al contrabombardeo francés, porque los cañones se guardaban en túneles y solo se los arrastraba al descubierto en el momento de disparar. La llanura de Dienbienphu está a unos trescientos metros sobre el nivel del mar; las posiciones francesas más elevadas se alzaban unos doscientos metros más arriba. A poco más de cuatro kilómetros de allí, no obstante, los comunistas controlaban una sierra con una elevación media de unos 1.100 metros. Desde allí, la artillería de Giap estaría pronto en condiciones de hacer estragos en las líneas francesas.

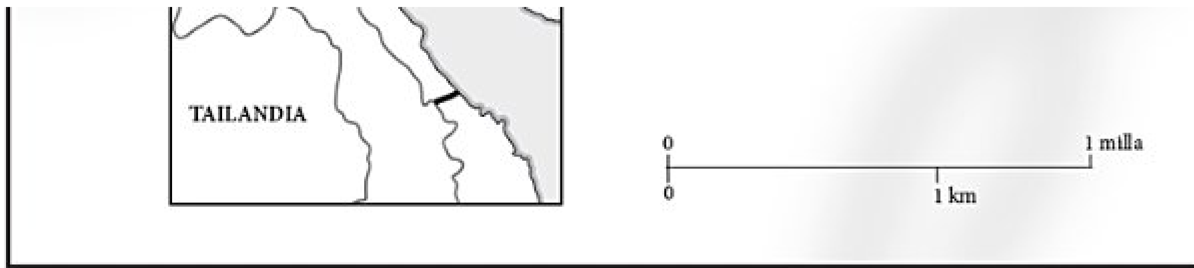
Los cañones y morteros de De Castries estaban en fosos descubiertos, sin ninguna protección. Los aviones trajeron por piezas algunos tanques Chafee, de dieciocho toneladas, que se volvieron a armar en el campamento para contar con fuego móvil. Pero los oficiales franceses empezaron a entender que se enfrentaban a una ordalía: un bombardeo mucho más intenso de lo que la gran mayoría de sus soldados habían experimentado jamás. Como los comunistas empezaron a avivar el ritmo de lanzamiento de proyectiles, pocos hombres de las posiciones más exteriores podían permitirse disfrutar de los dos burdeles de campaña a su disposición. A mediados de febrero, aunque el Vietminh todavía no había emprendido ningún ataque de consideración, las bajas ascendían ya al 10 % del destacamento. La menor disponibilidad de los C-47, a su vez, comportó una escasez cada vez mayor en el reparto de suministros y municiones.

El 11 de marzo, la artillería del Vietminh empezó a bombardear los aviones parados junto a la pista de Dienbienphu. Desde el 13, todos los despegues y aterrizajes transcurrieron bajo el fuego enemigo: por debajo de siete mil pies, el espacio aéreo era inseguro. El día 12, René Cogny realizó la que acabaría siendo su última visita: su avión despegó bajo tal lluvia de proyectiles que el locuaz general tuvo suerte de sobrevivir. Durante varias semanas, las tropas de Giap habían estado cavando, cavando, cavando en una escala que solo tenía parangón en el Frente Occidental de la Gran Guerra. Uno de los hombres de Giap escribió: «La pala se convirtió en la más importante de nuestras armas». Con ello, crearon en torno del perímetro una red de túneles y trincheras que les permitía tanto refugiarse como acceder a la zona inadvertidamente. Las posiciones francesas se concentraban en nueve montes que se bautizaron con bellos nombres de mujer. Las que se consideraban más fuertes eran las posiciones de Isabelle y Béatrice, aunque un oficial de *para*, recién llegado, se desanimó al comprobar que sus trincheras y ubicaciones eran muy vulnerables. Al destacamento quizá le habría ido mejor si sus hombres hubieran dedicado las semanas precedentes a cavar con la misma intensidad que los asaltantes.[9]

En la mañana del 13 de marzo, la 312.ª división de Giap escuchó un mensaje enviado por Ho Chi Minh y luego entonaron juntos el himno del Vietminh. Aquella tarde, sus soldados se reunieron para atacar Béatrice, la posición nororiental de los franceses, a tres kilómetros de la pista de aterrizaje. A las 17.05, cuando los defensores vieron que el Vietminh empezaba a moverse, pensaron en ordenar la intervención defensiva de la artillería y los morteros; pero Giap se les adelantó. Una tormenta de proyectiles y obuses pesados cayó no solo sobre Béatrice, sino sobre objetivos dispersos por todo el campamento, en particular el cuartel general y las posiciones de cañoneo. El bombardeo fue de una precisión extraordinaria, quizá con la ayuda de asesores chinos entre los artilleros del Vietminh, que habían tenido varias semanas libres en las que calibrar los alcances y analizar los puntos fuertes de De Castries. Las patrullas del

Vietminh habían reconocido la zona con un valor y una paciencia infinitos, arrastrándose durante horas entre las alambradas y trincheras francesas. En especial, localizaron las antenas de radio propias de los centros de mando.





El grupo de Pierre Langlais sobrevivió de milagro. El propio coronel estaba desnudo bajo la ducha (un bidón de combustible agujereado) cuando empezó la descarga, y corrió a toda prisa al búnker, sin pararse a vestirse, segundos antes de que un proyectil impactara contra la estructura. Él y sus oficiales quedaron aturdidos en un caos de vigas caídas, escombros, tierra y equipamientos destrozados; un segundo proyectil, por suerte para ellos, no llegó a explotar. En el exterior, una bola de fuego rojo y amarillo, como un volcán en erupción, indicaba que el depósito de napalm y combustible del campo también había sido alcanzado. Todos los aviones de reconocimiento de De Castries, salvo uno, resultaron destruidos.

Al caer la noche de aquel 13 de marzo, los comandantes de la defensa constataron que tenían las manos muy atadas. Muchas líneas telefónicas habían sido cortadas, y las radios, entre el puré de guisantes típico del atardecer local, funcionaban deficientemente. El batallón de la Legión Extranjera que defendía Béatrice estaba en inferioridad: solo contaban con 450 hombres y un número insuficiente de oficiales. La comandancia esperaba un ataque, pero no antes de que cayera la noche. El Vietminh había excavado trincheras a menos de cincuenta metros del perímetro de Béatrice, y desde allí, la infantería se lanzó al ataque entre una cacofonía de gritos y toques de corneta a la que siguieron las detonaciones de los torpedos de Bangalore, que reventaban la alambrada de los defensores. La artillería recibió los golpes más letales: a las 18.30, un proyectil destruyó el puesto de mando de Béatrice. Con la oscuridad, los ocupantes de los búnkeres de la colina se vieron obligados a batallar en solitario sin más iluminación que las bengalas. Algunos legionarios, antes de sucumbir, causaron bajas de importancia a los asaltantes. Sin embargo, antes de una hora, sin que sus propios jefes tomaran en consideración la gravedad de las bajas, el Vietminh ocupó posiciones en pleno interior de las defensas.

El comandante de una compañía francesa no dejó de pedir apoyo de la artillería, ni siquiera cuando estaba a punto de caer: «Son cien ... cien más cerca ... cincuenta más cerca ... ¡Me disparan! ¡Tenemos a *les Viets* encima!». Acto seguido, la voz calló y dejó paso al silbido de la estática. El teniente coronel Gaucher, que había escrito a su esposa con la sombría predicción de que él y sus compañeros estaban «destinados a un sacrificio», resultó mortalmente herido. Se ordenó a Langlais que asumiera el mando, pero carecía de conexión por radio ni teléfono. Poco después de la medianoche, el Vietminh se hizo con el control de Béatrice, tras matar a más de cien defensores y apresar al doble, en su mayoría heridos. Solo un centenar de hombres, encabezados por un suboficial mayor, consiguieron escapar. Cuando salió el sol, a las 6.18 del 14 de marzo, el campo de batalla estaba dominado por un silencio extraño, con una llovizna que se transformó en un aguacero. El personal médico del campamento emergió exhausto y soñoliento de su búnker agobiante, después de haber atendido diez casos graves de heridas abdominales y otros diez de pecho, dos emergencias craneales, quince fracturas y catorce amputaciones. Había escombros por todas partes: vehículos quemados, restos ennegrecidos, aviones y pertrechos destrozados. En aquel momento, sin que pudiera resultar ya de utilidad, se lanzó un ataque aéreo contra las posiciones de artillería del Vietminh.

Entonces uno de los presos capturados por el Vietminh, un oficial herido, el teniente Frédéric Turpin, avanzó tambaleante desde Béatrice hasta Dominique, con una oferta de los vietnamitas: una tregua para evacuar a las bajas. El cuartel de Cogny la autorizó. Se trataba de una astuta jugada psicológica de Giap, que trasladó al destacamento la responsabilidad sobre ocho hombres gravemente heridos y señalaba a su ejército como el vencedor local. Turpin tuvo la suerte de ser transportado por vía aérea hasta Hanói. Entre los hombres que se quedaron en Dienbienphu, Pierre Rocolle escribió: «Todos los que no debíamos cumplir una tarea urgente quedamos estupefactos. Los oficiales y la tropa nos preguntábamos sin parar: “¿Cómo han podido barrer con tal rapidez a una unidad de la Legión?”».[10] Cogny respondió reforzando el destacamento con otro batallón más de paracaidistas.

Giap se dispuso a repetir el éxito contra Gabrielle, más al norte, defendido por el 7.º Regimiento de *tirailleurs* argelinos, que cenaron pronto en previsión de una noche agitada. Y, en efecto, a las 18.00 del día 14, justo antes de la puesta de sol, los hombres de la 308.ª división del Vietminh se lanzaron adelante. Siguieron combates feroces, en la oscuridad, iluminados por bengalas de un Dakota en órbita. Durante varias horas, la artillería francesa hostigó a la infantería del Vietminh y los defensores aguantaron. Hacia las 3.30 del día 15, no obstante, los artilleros comunistas reavivaron el bombardeo de la colina y alcanzaron de pleno un puesto de mando, matando o hiriendo a la mayoría de sus ocupantes. Los franceses confiaban en contraatacar al amanecer, y sus oficiales se animaron al tener noticia de que una agrupación de tanques y paracaidistas se preparaba para acudir en su apoyo. Sin embargo, los argelinos habían tenido suficiente. A las 7.00 del 15 se vio a los primeros soldados del Vietminh en la cima del Gabrielle. Los *tirailleurs*, incluida una compañía que no había llegado a entrar en combate, abandonaron las trincheras y salieron corriendo montaña abajo. Los comunistas se apoderaron de la posición, encontraron a ochenta muertos e hicieron 350 prisioneros (entre ellos, al coronel del batallón, que estaba conmocionado). Se encargó a un batallón vietnamita que acababa de llegar que contraatacara a campo abierto, pero ante la artillería del Vietminh, sus hombres vacilaron y, cuando los *tirailleurs* fugitivos empezaron a entrar en el perímetro reducido del campamento, el asalto se abandonó.

Los líderes franceses acusaron el golpe —el segundo en un plazo de veinte horas— y optaron por culpar de la pérdida de Gabrielle a sus oficiales. En una carta enviada al mariscal Juin, en París, Navarre comentó que el hundimiento de la moral había sido «especialmente conspicuo en los mandos, que previamente habían exhibido una gran confianza (excesiva, de hecho) y tendían a oscilar de un extremo al contrario».[11] El general envió a dos coroneles voluntarios a Dienbienphu, para ocupar el lugar de los que habían caído. Como la fuerza aérea había demostrado que no era capaz de interrumpir las rutas de abastecimiento de Giap, Navarre tuvo la ridícula ocurrencia de sembrar la jungla de nubes de lluvia, con el fin de inundar a los comunistas.[12]

En el campamento, varios oficiales del cuartel general de De Castries sufrieron colapsos nerviosos; el jefe del Estado Mayor se quedó sentado en su búnker, inmóvil, sin acertar siquiera a quitarse el casco. El propio De Castries ejercía el mando, pero sin carisma de líder: no supo arengar a sus hombres con energía, ni insuflarles ánimos, y al parecer se resignó a administrar el descenso a los infiernos. Los obuses comunistas pasaron a centrar la atención en la artillería francesa, causando una gran cantidad de bajas entre los cañoneros: entre los hombres que manejaban los cañones de 155 milímetros cayeron un tercio; en los morteros de 120 milímetros, más de la mitad. En el tercer día de la batalla, el destacamento había gastado la mitad de su arsenal, de un total de veintisiete mil proyectiles. Los franceses habían perdido las posiciones de observación avanzadas, con lo que los artilleros de las piezas supervivientes disparaban casi a ciegas: ajustaban los blancos a partir de fotografías aéreas de las líneas de Giap, que se revelaban en Hanói y luego se lanzaban sobre Dienbienphu mediante paracaídas.

El comandante de artillería de De Castries, el coronel Charles Piroth —un hombre regordete y divertido— se había apresurado en su momento a prometer que podría destruir cualquier cañón desplegado por los comunistas. Tuvo que aguantar una diatriba lacerante de Langlais, que le reprochaba el fracaso de sus baterías durante las dos primeras noches de combate. El coronel se retiró a su búnker entre gemidos desesperados: «¡Estoy deshonrado sin remedio!». En realidad, quienes merecían tal desgracia eran sus superiores, que habían elegido librar una batalla en tales condiciones, enfrentando a doce mil tropas francesas y coloniales contra un Vietminh que multiplicaba por cinco ese número y estaba dirigido por un comandante brillante. Pese a todo, Piroth agarró una granada, se la pegó al cuerpo y estiró de la anilla. De Castries intentó ocultar el suicidio del coronel, pero la noticia no tardó en filtrarse y *Le Monde* la publicó. Durante la noche del 14 de marzo, varios proyectiles cayeron sobre el puesto de socorro principal, mataron a catorce hombres que esperaban en la sala de triaje y a nueve casos ya operados, y destruyeron la instalación de rayos X. En adelante, los heridos sufrieron terriblemente: antes del final, los médicos y cirujanos trataron a 2.665 hombres, realizaron 934 operaciones y tuvieron

que contemplar la muerte de 319 de sus pacientes.[13] La pista de aterrizaje del campamento seguía asediada por la artillería, que de paso destruyó diez aviones que no podían despegar por el mal tiempo.

Los dos días siguientes, 15 y 16 de marzo, pasaron sin apenas incidentes. El Vietminh emitió propaganda por medio de altavoces que instaba a los defensores a rendirse con mensajes en francés, vietnamita, árabe y alemán. La iniciativa tuvo sus efectos: Cogny había incluido en el destacamento de Dienbienphu —contra el deseo expreso de De Castries— a dos batallones tailandeses y uno vietnamita de los que se sabía que no eran de fiar. Los oficiales franceses siempre habían temido que las negociaciones de paz tendrían repercusiones catastróficas sobre las fuerzas locales,[14] como de hecho ocurrió. Desde que se anunció la inminente conferencia de Ginebra, muchos vietnamitas al servicio de Francia se dieron cuenta de quién estaba ganando la batalla por Indochina, que no era el poder colonial. La noche del 15 de marzo se inició un goteo de deserciones que adquiriría proporciones torrenciales: el batallón tailandés que defendía la posición de Anne-Marie, unos 2,5 kilómetros al sudeste de Gabrielle, abandonó por completo el fortín. Poco después, un bombardeo del Vietminh precipitó una huida desordenada. Un observador avanzado de los franceses envió por radio un mensaje lacónico: «Los *tais* se largan». Anne-Marie 1 y 2 cayeron en manos de Giap sin apenas derramamiento de sangre, y el comandante aprovechó para resituar allí sus propios morteros y cañones sin retroceso.

La moral del destacamento francés se estaba derrumbando de tal modo que, probablemente, las formaciones de Giap podrían haber barrido el campamento entero; y sus oficiales ardían en deseos de hacerlo. De Castries describió más adelante la diferencia que separaba el estado de ánimo de los defensores del de los asaltantes como el que distingue «a los hombres de un ejército nacional que lucha por la independencia ... de una fuerza mercenaria que cumple con un contrato».[15] Giap, pese a todo, renunció a las prisas. Hasta entonces le había ido muy bien con una preparación férrea y metódica. Además, los éxitos iniciales habían pasado factura a sus formaciones: se cree que una cuarta parte de los infantes que atacaron Béatrice perdieron la vida en el intento, y uno de los batallones que asaltó

Gabrielle sufrió la muerte de 240 hombres. Setecientos soldados estaban heridos pero, para atenderlos, el Vietminh tan solo disponía de seis auxiliares médicos que ni siquiera habían completado su formación.

Entre los aluviones de fragmentos de proyectiles y morteros, los asaltantes pagaron cara tanto la ausencia de cascos de acero como los primeros ataques, del tipo «oleada humana». Trabajaron durante todas las horas de oscuridad, noche tras noche, para hacer más profundas las trincheras y ampliar las zanjas; trajeron puntales de madera al campo de batalla, pero el bosque más cercano estaba a varios kilómetros de distancia. Por toda la zona norte del país que los comunistas controlaban se inició un reclutamiento urgente, pero en gran medida los refuerzos eran adolescentes sin instrucción. El martirio que se vivió en Dienbienphu no fue, en ningún caso, una exclusiva francesa.

Cada día, Giap analizaba gráficos sobre la llegada de provisiones, «la línea roja en movimiento». Una mañana preguntó a su jefe de logística por qué la noche antes no se había entregado ni una sola tonelada de arroz, y le respondieron excusándose en la torrencialidad de la lluvia. El general replicó: «Llueva o granice, ¡no podemos permitir que nuestros soldados luchen con el estómago vacío!».[16] Fue un comentario cínico: sabía perfectamente que muchos de sus hombres se estaban muriendo de inanición. Apenas recibían carne ni verduras, y a mediados de marzo se alimentaban de un «arroz tan podrido que no sabíamos ni cómo cocinarlo», en palabras de un hombre de la 312.ª división.[17] Se vieron obligados a recolectar plantas y raíces comestibles y tampoco tenían cigarrillos.

Aun así, Giap decidió persistir con el asalto al modo en que lo había iniciado: tomando todas las medidas necesarias para asegurar el éxito de cada nuevo avance e impedir que los franceses pudieran recuperar la esperanza. Sus antiaéreos de 37 milímetros acometían sin tregua a los aviones, de forma que casi ninguno regresaba al campamento sin daños. En los días y las semanas posteriores a la caída de tres de las nueve colinas de De Castries, la artillería vietnamita no dejó de hostigar la pista. El aterrizaje de los vuelos de evacuación médica —una procesión cada vez más reducida— precipitaba la aparición angustiada de quienes ansiaban subir a bordo, heridos o no. El fotoperiodista Jean Péraud describió la escena en un

reportaje que comparaba la situación con la de Alemania en 1945: «Gritos. Lágrimas. Estampida de heridos hacia la puerta. Nunca he visto nada similar desde los campos de concentración».[18] El día 17, el Vietminh realizó otro «gesto humanitario» que en realidad escondía una jugada hábil: devolvió al destacamento a ochenta y seis presos heridos. Esto, por descontado, solo sirvió para aumentar la presión sobre las instalaciones médicas del campamento, ya sobrecargadas; entre los problemas de los médicos estaba cómo deshacerse de una montaña de miembros amputados.

Las tripulaciones de los aparatos de evacuación de Francia no se ganaron aplausos. El 23 de marzo, un helicóptero H-19 aterrizó (incumpliendo las órdenes recibidas) en un punto particularmente expuesto. Mientras iban subiendo los heridos, los tripulantes huyeron; entre tanto, la artillería destruyó la aeronave, matando a sus ocupantes indefensos, incluido Alain Gambiez, hijo de un general. Un autor francés escribió enojado: «*Certainement*, a los tripulantes de los helicópteros no los han elegido entre lo mejor de la Fuerza Aérea»,[19] y De Castries lamentó su nulo coraje.

Pronto se empezó a criticar también a los tripulantes de los aviones, que estaban tan exhaustos como desmoralizados. Los pilotos estadounidenses que eran mercenarios de la aerolínea CAT, de la CIA, se ocuparon de un número creciente de misiones de reabastecimiento, y mostraron más pericia y un mayor control de los nervios que sus homólogos franceses. Las salidas con napalm eran las más peliagudas: mientras un C-119 cogía velocidad antes de despegar, el piloto retiró prematuramente el tren de aterrizaje, con lo que el avión se deslizó sobre la panza, levantando una cascada de chispas entre cuatro toneladas de «gelatina infernal» y siete mil litros de combustible de aviación. Por algún extraño azar, la tripulación sobrevivió.

En cuanto al destacamento de Dienbienphu, la mayoría de las unidades francesas mantuvieron el tipo, pero sus hermanos coloniales fueron objeto de un desprecio cada día mayor. Los paracaidistas vietnamitas no solo no habían logrado recuperar Gabrielle el día 15, sino que sus oficiales franceses «habían dado un ejemplo deplorable», en palabras de Pierre Rocolle.[20] Un batallón argelino abandonó sus posiciones y fue desperdigándose por los poblados y los montes bajos del exterior del

perímetro, donde varios cientos de las «ratas de Nam Youm», como se las dio en llamar, se quedaron durante el resto de la batalla, viviendo del saqueo de alimentos. Los artilleros e ingenieros del norte de África impresionaron por su firmeza, pero sufrían cincuenta bajas al día, incluso cuando no había ningún ataque de importancia en marcha.

No fue De Castries quien se erigió en alma de la defensa, sino Langlais, quien, a juicio de otro legionario que lo admiraba por ello, «cantó la Marsellesa durante cincuenta y seis días. Nunca flaqueó».[21] El coronel, sin embargo, no era un teórico ni un táctico, no más que la mayoría de los héroes de carrera. De Castries le confió a Navarre: «Sus virtudes son sus debilidades».[22] El 16 se unió a Langlais el comandante Marcel Bigeard, recién llegado a la zona, pero viejo conocido, que también se convirtió en una leyenda del asedio. Era hijo de un trabajador del ferrocarril, perteneciente a una familia pobre de Toul; tras una acción sangrienta, Bigeard recomendó para una Croix de Guerre a todos y cada uno de los paracaidistas de su unidad. Este hombre de acero fue siempre conocido por el distintivo que usaba en la radio: «Bruno». Pero tanto Langlais como Bruno eran más adecuados para soportar una crucifixión que para inspirar una resurrección.

Unas pocas salidas exitosas insuflaron algo de moral en el destacamento, pero De Castries estaba obligado a sopesar si tales acciones —o incluso la simple patrulla de rutina— valían la pena para las vidas que costaban. El padecimiento de los heridos se agravó: cierto sargento Leroy sufrió heridas de metralla en Isabelle, el 16 de marzo, y cuando se estaba recuperando el hospital fue bombardeado y resultó herido otra vez; lo llevaron de vuelta a Isabelle en un camión que, por desgracia, topó con otro bombardeo donde el conductor perdió la vida. Tras ser rescatado de entre los restos del vehículo, de algún modo, sobrevivió a una operación de estómago y tuvo que pasar tres noches en una zanja de drenaje antes de que un avión lo llevara a Hanói, el 25 de marzo.

Entre el 13 y el 27, se evacuó a 324 bajas, pero el 28 la artillería del Vietminh destruyó un Dakota que estaba en la misma pista. Los cañones de Giap actuaban con toda libertad y el comandante Bigeard dirigió a 1.200 paracaidistas en una salida desesperada. En la batalla subsiguiente, se

calculó que murieron 350 hombres del Vietminh, que perdió asimismo muchas cureñas de antiaéreos. Pero los franceses sufrieron 110 bajas —toda una compañía destruida, sin obtener a cambio ningún resultado decisivo— y De Castries tenía menos margen para jugar con las vidas. La pista de aterrizaje, en consecuencia, quedó inutilizada: el «puente aéreo» sobre el que se había cimentado todo el plan de Dienbienphu quedó hecho pedazos. Los soldados empezaron a llevarse planchas de acero perforado de la pista, con las que techarían trincheras y búnkeres; los aviones no las necesitarían más.

Desde aquel momento, el sufrimiento de los heridos se hizo realmente terrible. Se empezaron a acabar las reservas de vinogel, el concentrado de vino que había sido el estímulo y sustento de varias generaciones de soldados franceses. El 29 de marzo las penalidades de ambos bandos se vieron agravadas por una lluvia torrencial que persistió durante el resto de las semanas de batalla: los hombres luchaban y morían en un mar de barro. En aquella fase, cuando el destacamento dependía del abastecimiento con paracaídas, quedó manifiesta la inadecuación del apoyo aéreo. Los antiaéreos comunistas obligaron a los transportes a renunciar a las operaciones diurnas a baja altura y optar por acciones nocturnas y a gran altura, más imprecisas, con lo que un volumen creciente de material fue cayendo en las manos de Giap. El comandante del Vietminh comentó secamente que «los *parachutages* del enemigo suponían una fuente nada desdeñable de recursos que, literalmente, ¡caían del cielo!».[23]

En el siglo XX, los franceses habían sobresalido en la defensa de Verdún, en 1916, cuando las fuerzas del general Philippe Pétain aguantaron gracias a una única —y frágil— ruta de abastecimiento que ha pasado a la historia como la *voie sacrée*. El 22 de marzo, el coronel De Castries escribió, en una carta personal para el general Cogny, que Dienbienphu se estaba convirtiendo en el Verdún de Indochina, con una deficiencia crítica: no había «vía sagrada».

4

Huellas sangrientas

1. ¿MARCHARSE O BOMBARDEAR?

Giap utilizó en Dienbienphu a tres cuartas partes de sus tropas regulares. Sin embargo, durante esta batalla, las guerrillas regionales del Vietminh siguieron presionando en otros puntos para que las fuerzas francesas se mantuvieran diseminadas. Así, hubo tiroteos en el delta del río Rojo y más al sur, en Annam: entre febrero y mediados de mayo, tomaron cincuenta y nueve puestos fortificados. Buena parte del delta del Mekong cayó en manos de los comunistas porque los franceses abandonaron la región para desplegarse más al norte. A Navarre y Cogny no les resultó nada fácil defender sus posiciones dispersas por Vietnam y el interior de Laos. A punto de culminarse el desastre de Dienbienphu, la autoridad francesa amenazaba con desplomarse por toda Indochina. Solo una potencia parecía disponer de los medios necesarios para evitar el hundimiento: Estados Unidos.

Durante casi dos meses de la primavera de 1954, el presidente Eisenhower y los jerifaltes de su política exterior promovieron una intervención militar que no solo estaban dispuestos a emprender; en algunos casos, había auténtica ansia de hacerlo. Como sucedería a menudo en las deliberaciones de Washington durante los veinte años siguientes, no les preocupaban ni los intereses ni los deseos del pueblo vietnamita. Solo se fijaban en que, si se completaba un nuevo triunfo comunista en Asia, aumentaría el prestigio de China tanto como menguaría el de Occidente. Este resultado nunca gustaría al electorado nacional republicano, dividido y envalentonado por la fiebre del macartismo.

El debate sobre las opciones se tornó más urgente cuando llegó a Washington el jefe del Estado Mayor de Francia, el general Paul Ely, el 20 de marzo, una semana después de que Giap lanzara el primer asalto en Dienbienphu. Ely fue al grano: sin el apoyo de Estados Unidos, Dienbienphu caería. Los estadounidenses accedieron a mandar unas minucias sin demora: otro puñado de bombarderos *Marauder* y ochocientos

paracaídas. Ely aspiraba a mucho más y no tardó en hallar un interlocutor entusiasta. El almirante Arthur Radford, que presidía el comité del Estado Mayor Conjunto, era un halcón destacado entre los halcones. De inmediato propuso que sesenta *Superfortalezas* B-29 con base en Filipinas bombardearan el ejército de asedio de Giap. Un grupo de estudio del Pentágono fue más allá y apuntó que tres armas nucleares tácticas, si se «empleaban adecuadamente», podían eliminar la amenaza comunista de un golpe. Radford se sumó a la idea, que le parecía viable. El Departamento de Estado, sin embargo, instó a guardar secretismo absoluto; si revelaban la propuesta a los franceses, sin duda se filtraría, y ello tendría consecuencias muy graves.

El general Matthew Ridgway, jefe del Estado Mayor del ejército de Tierra de Estados Unidos y héroe eminente de la guerra de Corea, tuvo la tenacidad, la constancia y el acierto de oponerse a toda intervención militar en la zona, que a su entender era una guerra equivocada en un lugar equivocado. El presidente Eisenhower veía las cosas de otro modo. Era partidario de implicar el poder de Estados Unidos, con dos salvedades que resultaron no ya importantes, sino decisivas: había que movilizar el apoyo tanto del Congreso como de los aliados. Estados Unidos debía convocar a los amigos, en particular a los británicos. El secretario de Estado Dulles compartía con Radford y el vicepresidente Richard Nixon el entusiasmo por la operación Buitre: la propuesta de los B-29. A lo largo de las semanas posteriores, al tiempo que los hombres de De Castries combatían, en Washington, Londres y París se entablaban negociaciones —o, más bien, discusiones feroces— mientras los estadounidenses intentaban reunir el quórum preciso para un nuevo gran compromiso estratégico.

El 30 de marzo, en Dienbienphu, varios asaltos sucesivos de cinco regimientos del Vietminh conquistaron los objetivos de Eliane 1 y los alrededores, defendidos por argelinos que apenas conocían a los oficiales que los dirigían. Entre las tropas coloniales, el liderazgo lo era todo. Si los hombres conocían a sus oficiales y confiaban en ellos, era probable que plantearan batalla. Pero cuando los líderes fallaban o caían, los soldados se marchaban. El Vietminh inició un bombardeo a las 17.00, como solía, y lanzó la infantería una hora después. La lluvia intensa inundaba las trincheras e imposibilitaba contar con apoyo de la aviación. Entre tanto,

más al norte, también se atacaba Dominique: Langlais tuvo que observar sombríamente con sus prismáticos cómo la posición 1 caía hecha pedazos. Pronto se entablaron cuatro batallas de infantería en las que los franceses se vieron en apuros. Los defensores argelinos de Eliane 1 empezaron a darse a la huida, a lo que un oficial de paracaidistas respondió abatiendo a varios fugitivos, con la intención de contener el pánico. Fue en vano: en el perímetro se había abierto un boquete considerable. Después de casi cuatro horas de acción constante, la posición se vino abajo. En Dominique 2 se produjeron escenas parecidas: algunos argelinos corrieron hacia los atacantes con las manos en alto. A las 22.00, esta posición también había caído.

Unos pocos hombres valerosos lucharon hasta el final. Entre ellos, un joven sargento euroasiático de dieciocho años, apellidado Chalamont, que manejó una ametralladora hasta que lo rodearon y mataron. Dominique 3 aguantó gracias al empeño de un oficial de veintisiete años, Paul Brunbrouck, curtido en la épica defensa de Na San, otra base francesa que había sido asediada en diciembre de 1952. En esta ocasión arengó repetidamente a los soldados y mantuvo en acción los cañones de 105 milímetros, hasta que al fin tuvo que dar la orden dramática de pasar del fuego indirecto al directo: «*Débouchez à zéro*!». Langlais comunicó por radio a Brunbrouck que debía abandonar las piezas, pero el joven artillero contestó: «¡Jamás!». A primera hora del día 31, él y sus indomables artilleros senegaleses se retiraron con los tres obuses que aún funcionaban, tras haber disparado ochocientos proyectiles. Brunbrouck fue condecorado con la Cruz de Caballero de la Legión de Honor; falleció dos semanas después, por las heridas que sufrió en otra acción igualmente heroica.

Eliane 1 cayó rápidamente, junto con una posición que lucía el orgulloso nombre de Champs Elysées. Por la mañana, los dos bandos estaban exhaustos. Un regimiento del Vietminh había quedado tan mermado que Giap tuvo que retirarlo del frente. Los franceses perdieron gran parte de su artillería y gastaron la mitad de las últimas reservas de munición: quinientas toneladas. Navarre llegó a Hanói desde Saigón y tuvo noticia de estos nuevos infortunios; también descubrió que Cogny se había ausentado del cuartel general durante toda la noche, probablemente en compañía de una mujer. Esto precipitó una disputa a voces entre los dos generales, cuya

situación distaba de ser envidiable. Mike O'Daniel, del ejército estadounidense, lanzó la absurda propuesta de que los franceses socorrieran Dienbienphu enviando desde Hanói una fuerza blindada hacia el oeste. No tenía en cuenta ni lo agreste del terreno intermedio ni el historial del Vietminh, experto en destruir columnas terrestres. Aun así, el presidente Eisenhower expresó luego su sorpresa ante el hecho de que esa solución ni siquiera se hubiera intentado.

Navarre y Cogny insistieron en los gestos fútiles: en la mañana de aquel mismo día 31, otro batallón de *paras* se lanzó sobre el campamento. Pese a que era evidente que el destacamento estaba perdido, toda una serie de voluntarios se sumó a una esperanza tan remota: el capitán Alain Bizard, por ejemplo, renunció a una cómoda existencia como auxiliar del jefe del Estado Mayor del ejército de Tierra en París para incorporarse a las fuerzas de De Castries. Parece razonable conjeturar que los jóvenes militares de carrera pretendían compensar la vergüenza del hundimiento de su nación en 1940, y mostrar que una nueva generación de franceses estaba dispuesta a sacrificarse, a diferencia de algunos de sus predecesores.

Avanzado el 31, el contraataque francés recuperó por breve tiempo Dominique 2 y Eliane 1, que sin embargo no tardaron en sucumbir al asalto renovado del Vietminh. El 1 y 2 de abril, los franceses pudieron repeler las acometidas nocturnas del enemigo, pero en la mañana del 2 renunciaron a Huguette 2 e intentaron —con el tiempo en contra— reforzar las defensas de las colinas restantes. La fe de los defensores en la Legión Extranjera acusó un golpe el 3 de abril, cuando doce de sus hombres, supervivientes de Béatrice, se rindieron y entregaron los fortines que les correspondían. Como todos los desertores que caían en manos de Giap, se los envió a trabajar de inmediato, cavando y porteando para su ejército. El 7 de abril los cirujanos del destacamento lidiaban muy a duras penas con 590 bajas. Los batallones de paracaidistas y la Legión sumaban menos de trescientos hombres por unidad. Los franceses solicitaron una tregua para permitir una evacuación aérea de los heridos, pero Giap se negó; ¿por qué iba a actuar de otro modo, dadas las circunstancias?

El debate mantenido en Washington sobre una posible intervención de Estados Unidos —no para rescatar a los franceses, sino para humillar a los

comunistas— fue mucho más importante, por sus consecuencias históricas, que la suerte de Dienbienphu. Desde finales de marzo, Dulles dirigió una campaña acelerada en los medios de comunicación para lograr el apoyo popular. El secretario de Estado caracterizó al enemigo como un instrumento de los chinos. El gobierno de Estados Unidos —afirmó— no se quedaría de brazos cruzados mientras «los rojos» triunfaban, aunque tuvo cuidado de no precisar qué clase de acciones emprendería. Las portadas de la prensa prepararon a los lectores para la intervención. En *U. S. News & World Report* se afirmó: «Se comunica sin ambages a los comunistas que Estados Unidos no piensa permitir que se traguen Indochina».[1] Por lo general, el mundo seguía suponiendo que la superioridad de la artillería francesa terminaría por decantar hacia este lado la batalla de Dienbienphu; así, el 19 de marzo, el *Spectator* británico consideraba que «los franceses deberían ser capaces de imponerse en esta batalla y, si en efecto lo hacen, quizá sea posible, por primera vez, ver la luz al final del túnel de Indochina». En el editorial de esta misma revista, el 9 de abril, se afirmaba: «Pese a que la guerra es terriblemente impopular, el asedio que sufren el coronel De Castries y sus once mil hombres ha recordado a Francia que todavía está en condiciones de luchar y despertar la admiración del mundo». Esta clase de comentarios reflejaban tanto una forma de pensar carente de realismo como una francofilia extravagante, pero sirve para destacar que, hasta que la batalla llegó a su fin, el resultado no se consideraba inevitable.

El 3 de abril, el secretario de Estado estadounidense presidió una reunión de los líderes del Congreso, entre los que figuraban demócratas como Lyndon Johnson, de Texas, Richard Russell, de Georgia, y Earle Clements, de Kentucky; y republicanos como Eugene Millikin, de Colorado, y William Knowland, de California. Radford les informó sobre la gravedad de la situación de Dienbienphu. Dulles afirmó que el presidente quería contar con una resolución conjunta del Congreso que aprobara el despliegue del poderío aéreo y naval de Estados Unidos. Radford insistió en que, si Indochina se perdía, «solo era cuestión de tiempo que todo el sudeste asiático cayera, e igualmente Indonesia». Ante las inquisiciones escépticas de los políticos, el almirante se vio obligado a reconocer que era el único de los jefes partidario de la acción militar. Uno de los visitantes le

preguntó por qué, y Radford (que no destacaba por su inteligencia, pero sí por la autoestima) replicó que él conocía Asia mejor que sus colegas.

Entonces abordaron una cuestión clave: si la acción sería unilateral o multilateral. Lyndon Johnson aseveró: «No queremos más Coreas y que Estados Unidos vuelva a aportar el 90 % del personal». Tras la guerra de 1950-1953, que había reventado la presidencia de Harry Truman, se había llegado a una conclusión importante en materia de política interior: los estadounidenses pagarían con gusto a otros pueblos para que murieran luchando contra «los rojos» en países del Asia remota, pero se resistían a contemplar el sacrificio de sus propios chicos. Así pues, le preguntaron explícitamente a Dulles: ¿los británicos se asociarían para emprender una operación conjunta en Vietnam? El secretario de Estado admitió que no parecía probable. La reunión concluyó con un resultado que no agradó ni a Dulles ni al presidente: solo habría resolución del Congreso si se contaba con otras naciones. En la Casa Blanca, durante la tarde del día siguiente, el 4 de abril, Eisenhower afirmó que no cabía duda de que la actitud de los británicos sería decisiva. Aquella misma noche, los franceses solicitaron oficialmente el apoyo de la aviación estadounidense para Dienbienphu. Navarre, cuyo sentido de la realidad seguía menguando con el paso de los días, sugirió que los aviones que se utilizaran para esa misión podían ir sin identificar o incluso lucir la escarapela francesa.

Durante la tarde del 5 de abril, Winston Churchill recibió una carta personal de Eisenhower, de tono apasionado, que evocaba los fantasmas conocidos de Hitler, Hirohito y Mussolini —«¿No cabe acaso la posibilidad de que nuestras naciones hayan aprendido algo con aquella lección?»— para instar a los británicos a participar en una intervención en Indochina.[2] Al día siguiente, Eisenhower dijo al CSN (Consejo de Seguridad Nacional) que «en lo esencial, todavía podemos ganar» esa lucha. En una conferencia de prensa del 7 de abril, el presidente expresó por vez primera en público la que pasó a la historia, tristemente, como «teoría del dominó». Si perdían Indochina —dijo—, el resto del sudeste asiático «no tardaría en cambiar de bando».[3] Los franceses habían expuesto una variación propia, con la imagen de «los diez bolos».

Se envió a los portaaviones *Boxer* y *Essex* al golfo de Tonkín, para que estuvieran a mano si Eisenhower accedía al ruego de Francia. Sin embargo, todavía abundaban los que no veían clara la intervención. En el Capitolio, el joven senador demócrata de Massachusetts instó a revelar la verdad al pueblo estadounidense: daba igual lo que Estados Unidos hiciera —afirmó John F. Kennedy—, nada resultaría de utilidad si Francia no concedía la plena independencia a sus colonias. «Lanzar dinero, material y a nuestros hombres a las selvas de Indochina» difícilmente bastaría para obtener la victoria contra un enemigo organizado en guerrillas, que estaba en todas partes y en ninguna, y que «goza de la simpatía y el apoyo encubierto de su pueblo». Eisenhower, en todo caso, seguía dispuesto a combatir, siempre que no fuera en solitario. Así pues, aguardó con impaciencia e irritación el resultado de las deliberaciones de Londres.

En Dienbienphu seguía optándose por los refuerzos. Se tomó la decisión radical de desplegar como paracaidistas a voluntarios sin instrucción. Resulta difícil imaginar una introducción más terrible a la guerra aerotransportada que lanzarse de noche a un perímetro reducido y rodeado por el enemigo. Cuando los aviones se acercaron a la zona de lanzamiento, se dijo a los hombres que solo había tiempo para que saltaran seis en cada paso. Los antiaéreos comunistas enviaban trazadoras contra los aparatos franceses y uno de cada diez soldados se negó a lanzarse; entre el estruendo de los motores, los gritos de los auxiliares, la ciega incertidumbre de lo que aguarda abajo, las negativas resultan contagiosas. Pese a todo, la mayoría del batallón tuvo la valentía de saltar a la oscuridad y tomó tierra entre las líneas francesas, con un número de bajas asombrosamente escaso. En un acto monumental de mezquindad burocrática, a los supervivientes se les negó luego la insignia de reconocimiento como paracaidistas, alegando que no habían completado el curso obligatorio.

Corría el 1 de abril, un momento adecuado para otro gesto de humor negro de Navarre: una orgía de promociones para los oficiales del destacamento, incluido el ascenso de De Castries a general de brigada. Mientras las tropas de asedio de Giap continuaban cavando sin descanso, mejorando las trincheras y avanzando túneles hacia los siguientes objetivos, en la mañana del 10 de abril el recién ascendido coronel Marcel Bigeard dirigió un contraataque que pretendía recuperar Eliane 1. Los hombres avanzaban

cantando, encabezados por una cureña de lanzallamas escoltada por artilleros con ametralladoras, bajo una tormenta de fuego de los comunistas. A las 11.30, después de combates muy duros, llegaron a lo alto de la colina, donde no pudieron avanzar más, pues habían sufrido sesenta bajas. Al amanecer del 18 de abril, el centenar de hombres que guarnecían Huguette 6, que se juzgaba ya indefendible, abandonaron las trincheras y huyeron, intentando atravesar los hoyos donde se ocultaba el Vietminh y llegar a las líneas francesas. Lo consiguieron sesenta.

Durante las reuniones de urgencia que ingleses y estadounidenses realizaron en abril de 1954, Dulles tuvo que disimular su desprecio por Gran Bretaña como nación y, en particular, por sus líderes. El sentimiento era mutuo: Churchill caracterizó al secretario de Estado como un «hombre insulso, incomprensivo y nada imaginativo». En Londres, el 11 y 12 de abril, el representante estadounidense repitió los argumentos habituales sobre la necesidad de luchar unidos contra la amenaza totalitaria. Eden no perdió nunca la cortesía ni abandonó nunca el escepticismo. Fue, por descontado, una ironía colosal que en 1954 rechazara la comparación con la década de 1930 como justificación de una acción militar occidental y, dos años más tarde, como primer ministro, empleara esa misma analogía para justificar su propia acción: la desastrosa invasión británica de Egipto. A la postre, los dos hombres se separaron con fría cordialidad. El visitante estadounidense no tuvo mejor suerte en París, donde el ministro de Exteriores Georges Bidault se negó a acordar que Francia otorgaría la independencia plena a Indochina, condición previa para la intervención de Estados Unidos. Sin embargo, los halcones de Washington no cesaban en su empeño. El 16 de abril, el vicepresidente Richard Nixon, en un encuentro con directores de periódicos, dijo: «Estados Unidos tiene que ir a Ginebra y posicionarse a favor de la acción conjunta del mundo libre». En la remota Indochina, los franceses acogieron sus palabras con un tenue renacer de la esperanza.

2. «UN TRIUNFO DE LA VOLUNTAD»

Entre el 14 y el 22 de abril, el destacamento de Dienbienphu perdió a 270 hombres. Las acciones de *fragueo* por parte de los descontentos, habituales más adelante entre los estadounidenses, no fueron exclusivas de ellos: una

noche, un soldado lanzó una granada a un búnker lleno de suboficiales, tras lo cual fue ejecutado sumariamente. El 14 de abril, De Castries reunió a sus infantes, y comprobó que de hecho podía disponer de 3.500; en los alrededores del campo se ocultaban unos dos mil desertores que, cada noche, salían de sus escondites para competir por las raciones lanzadas en paracaídas. Al iniciarse el asalto, el perímetro francés se extendía por una superficie de unos cincuenta kilómetros cuadrados, que en ese momento se había reducido a la mitad. El campo de batalla recordaba al estado del Frente Occidental en 1917: una tierra baldía, estéril y fangosa, repleta de escombros, armas rotas y municiones gastadas, ennegrecida y abierta por los bombardeos. Pocos hombres, de un bando u otro, se aventuraban a exponerse a la luz del día. La aviación francesa seguía actuando con suma torpeza. El 13 de abril, De Castries informó a Cogny de que sus tropas habían sido bombardeadas en tres ocasiones y el enemigo había recibido en su terreno el lanzamiento en paracaídas de ochocientos proyectiles. El mensaje concluía con un lacónico y ligeramente ácido: «Sin comentarios».

El Vietminh desplegó una energía y un ingenio admirables en la excavación de trincheras y túneles que se adentraban en las posiciones francesas, además de mucho valor en los ataques de la infantería. Pero a la postre, los defensores infligieron un daño muy superior al que recibieron. En 2018 Hanói todavía no ha enumerado de forma creíble las bajas sufridas en Dienbienphu, lo que sin duda es reflejo de la inmensidad de las cifras. Los presos que cayeron en manos francesas dieron fe del abatimiento que imperaba en muchos batallones del Vietminh, que sufrían una malaria endémica. Las dificultades del comandante comunista eran tan graves que optó por abandonar los ataques de tipo oleada humana y recurrir a tácticas más moderadas, así como por celebrar una sucesión de encuentros de propaganda y autocrítica. Los oficiales políticos intentaban animar a sus soldados y porteadores —de origen campesino, en su abrumadora mayoría — prometiéndoles que, a las pocas semanas de que se obtuviera la victoria, en la «zona liberada» se instauraría la reforma agraria, es decir, se confiscarían las tierras de los terratenientes. Aun así, es de suponer que el estímulo principal para estos hombres sencillos era saber que su sacrificio, a diferencia del que realizaba el destacamento francés, no sería en vano: estaban ganando.

En la noche del 22 al 23 de abril, los hombres de Giap tomaron Huguette 1 después de emerger de túneles excavados hasta el interior del perímetro. Al oficial al mando se lo vio por última vez luchando a muerte contra una tromba de hombres del Vietminh. De Castries exigió un contraataque, porque sin Huguette 1 apenas les quedaba espacio para recibir los lanzamientos de suministro. Los paracaidistas debían iniciar la operación a las 14.00 del 23 de abril, pero una hora antes se evidenció que no estarían listos a tiempo. A continuación se produjo una situación de caos: era imposible cancelar un ataque aéreo ya previsto, con cuatro *Marauder* y una docena de cazas, que empezó según lo acordado, a las 13.45, hora a la que se disparó también la artillería disponible. Los hombres del Vietminh establecidos en Huguette padecieron mucho, pero luego disfrutaron de cuarenta y cinco minutos de tregua durante los que pudieron recibir refuerzos.

Cuando dos compañías francesas saltaron de sus posiciones, la artillería enemiga los hostigó con intensidad; el impulso inicial se agotó en terreno descubierto, a medio camino de su objetivo, y a las 15.30 los franceses quedaron inmovilizados y sin poder contener las bajas. Una hora más tarde, los supervivientes se retiraron; habían perdido a setenta y seis hombres, muertos o gravemente heridos. Entre los heridos, cierto teniente Garin, con las piernas destrozadas, prefirió volarse los sesos para que no se enviara una misión de rescate. Los comunistas se habían apoderado de la mitad de la pista de aterrizaje y el hospital de campaña de De Castries lidiaba por atender a 401 casos graves y 676 de menor gravedad. Un oficial dijo a los heridos que se habían quedado sin amparo: «Los que no puedan sentarse o estar de pie, mejor que se estiren en sus trincheras».[4]

Con la conferencia de Ginebra cada vez más cerca, Dulles voló de nuevo a Europa, en esta ocasión acompañado por el almirante Radford, para insistir de nuevo en lo solicitado al gobierno de Winston Churchill y consultar con los franceses. El mundo empezaba a comprender que, si los estadounidenses no intervenían, la suerte de Dienbienphu estaba echada; *The Spectator* reflejó el entusiasmo de algunos conservadores por tal curso de acción: «si hay que recurrir a los medios militares para convencer a Ho Chi Minh y los chinos de que la paz es deseable».[5] El 22 de abril, Dulles y el ministro de Exteriores Bidault se reunieron otra vez en París para

establecer un frente común de cara a Ginebra; por su parte, Ely y Navarre hicieron hincapié en que necesitaban más aviones estadounidenses. Cuando los británicos se sumaron a las conversaciones, Bidault se puso emotivo, quizá por efecto del alcohol que había ingerido sin mesura; más adelante afirmó que Dulles le había preguntado en privado si consideraba que las armas nucleares podían ser efectivas en Dienbienphu; resulta cuando menos posible que la cuestión se planteara, en efecto, de forma informal.

Tanto Eisenhower como su secretario de Estado estaban cansados de los europeos: de los franceses porque querían ayuda, pero sin ataduras; de los británicos porque se negaban a reconocer las ventajas de incorporarse a la guerra de Indochina antes de que los franceses hicieran las maletas. En cuanto a los británicos, los estadounidenses también consideraban lamentable cuán nerviosos estaban porque China había amenazado su colonia de Hong Kong. Pese a todo, el anciano primer ministro de las islas y su secretario de Exteriores, Anthony Eden, se atuvieron a lo que habían decidido. Descartaron la teoría eisenhoweriana del «dominó» y se negaron a dar su respaldo a ninguna nueva acción militar antes de la conferencia de Ginebra, que Eden presidiría junto con el ministro de Exteriores soviético Mólotov. En cuanto a Churchill, cuando Radford desplegó su capacidad de persuasión personal ante el líder británico, en la cena que se organizó en Chequers el 26 de abril,[*] el primer ministro dijo al estadounidense que «había que afrontar que la fortaleza se había perdido».[6] A fin de cuentas, si Gran Bretaña había sido incapaz de conservar India para sí misma —añadió—, difícilmente cabía pensar que podría conservar Indochina para Francia.

Dulles envió un cable a Washington el 29 de abril: «La actitud del R. U. es de una debilidad creciente. Parece que Gran Bretaña se está dando cuenta de que estamos dispuestos a correr el riesgo de una guerra con China y esto, unido al temor a que empecemos a usar armas nucleares, los tiene muy asustados».[7] La aportación británica fue la más influyente y benigna de todas las que realizaron en el transcurso de las guerras de Vietnam. Aunque se antoja inverosímil que Eisenhower hubiese desplegado las armas nucleares, si Churchill hubiera respondido de otro modo era sin embargo probable que los aliados occidentales hubieran enviado fuerzas para apuntalar una posición francesa que, en lo esencial, era ya insalvable. Los cables de Eisenhower a Dulles evidencian que, aunque se negaba a

desplegar unilateralmente el poder militar de Estados Unidos, no solo estaba dispuesto a hacerlo, sino que lo habría hecho con gusto de haber contado con la cobertura política de Gran Bretaña y la implicación testimonial de los bombarderos de la RAF.

Desde 1940, Gran Bretaña había realizado toda serie de contorsiones diplomáticas para evitar desencuentros con Estados Unidos. Les incomodaba sobremanera estar en desacuerdo con Washington en un tema al que la administración estadounidense le concedía tanta importancia. Pero la cautela de Londres no parece infundada, desde luego. Se ha dicho a menudo, y con razón, que el Churchill que fue primer ministro de 1952 a 1955 era tan solo una sombra de lo que había sido. En esta cuestión, no obstante, mostró una firmeza y claridad admirables. Los británicos temían que el auténtico objetivo de cualquier acción de Estados Unidos sería castigar a China. Que el gobierno estadounidense se indignara por la ayuda militar de China al Vietminh parecía ciertamente extraño cuando los norteamericanos estaban proporcionando muchísimas más armas y equipos a su propio cliente francés. Desde el punto de vista británico, el conflicto de Corea había supuesto luchar en el barro contra los comunistas durante un tiempo inaceptablemente prolongado. Entrar en Indochina podía precipitar algo peor, como una gran guerra. Así, Churchill dijo a los estadounidenses que declinaba colaborar en el engaño al Congreso y no daría su apoyo a una acción militar occidental que no podía salvar Dienbienphu pero sí tener consecuencias incalculables para la paz.

Radford se enfureció, al igual que Eisenhower, que ansiaba ver cómo los comunistas «se llevaban una buena paliza en Indochina».[8] Parece plausible que el resentimiento por lo que Washington calificó de «actitud pusilánime» de Gran Bretaña contribuyera, dos años después, a que el presidente estadounidense repudiara a Eden en la debacle de Suez. Sin embargo, en la primavera de 1954, ninguna acción occidental habría podido salvar Dienbienphu, salvo que se hubiera recurrido a una potencia de fuego convencional demencialmente desproporcionada, o incluso a la nuclear. Cuando más adelante Estados Unidos intervino en Vietnam, buena parte del mundo lo consideró un acto de colonialismo implícito; en 1954, esa misma acción habría resultado explícitamente colonialista. En los debates de Washington casi nunca se tuvo en cuenta la idea de que el futuro de

Indochina lo determinarían ante todo las fuerzas culturales, sociales y políticas. La discusión se centró tan solo en cuánta potencia de fuego sería necesario desplegar. En 1954 se daba por descontado —como ocurriría también una década más tarde— que si Estados Unidos decidía utilizar su fuerza contra unos campesinos calzados con sandalias, el ejército de Giap sufriría una derrota, incluso la aniquilación.

Si los franceses estaban perdiendo la batalla en Indochina —pensaban en Estados Unidos— era porque eran... bueno, franceses. Bernard Fall recuerda el disgusto por las palabras de un funcionario estadounidense que mostró su desprecio por la presencia de Francia en Indochina: «Todo ese país de mierda está degenerado, admítalo. Y los franceses tienen miedo de los alemanes, y todo el maldito ejército francés está en Indochina solo por el dinero, no les queda ni la más mínima voluntad de combate».[9] Como en la primavera de 1954 no hubo intervención militar de Estados Unidos, en el remoto noroeste de Vietnam los acontecimientos siguieron su curso. Una viñeta de *Le Figaro* se titulaba «El último reducto», y mostraba a los ministros del gobierno, en París, que usaban las últimas balas para quitarse la vida. Si entre el común del pueblo francés había resignación por la caída de Dienbienphu, entre la élite se entendía que esto suponía el fin de Francia como gran potencia.

Navarre y Cogny se aferraron a esperanzas como que el tiempo empeorase, por los monzones, y a Giap le resultara imposible sostener logísticamente los asaltos; o que las potencias reunidas en Ginebra instaurasen un alto el fuego inmediato. Los dos generales instaron a París a enviar más refuerzos, para mejorar las posibilidades del destacamento: «Además del honor militar, hay cierta esperanza de obtener un resultado favorable, lo cual justifica sacrificios adicionales».[10] Esto era absurdo, por supuesto. Las tripulaciones de los aviones, que ya prácticamente ni fingían esforzarse, estaban lanzando los suministros desde diez mil pies de altura, con lo que casi la mitad caían en manos de Giap. El bombardeo se realizaba en buena medida a ciegas, a través de las nubes. El 28 de abril un ala de la fuerza aérea, el Groupe Franche Comté, informó de que el oficial al mando, su auxiliar y ocho pilotos no estaban en condiciones médicas de volar. Su coronel añadió, en tono de desafío: «Que me niegue a enviarlos [a Dienbienphu] de día y a baja altura, a una muerte segura, es un asunto que

me compete a mí y a mi conciencia. El sacrificio sería en vano».[11] De Castries protestó con enojo ante Hanói, por los tripulantes que esquivaban su obligación cuando sus propios soldados estaban pasando todas las estaciones de la Cruz: «¡No puede haber un doble rasero!».

Entre los mercenarios estadounidenses que actuaron más meritoriamente que los franceses en el cielo de Dienbienphu estuvo la enorme figura barbada de James McGovern, un piloto de la CAT, apodado «Terremoto McGoon». En la última de sus incontables misiones al lugar, su C-119 fue alcanzado mientras se acercaba a la zona de lanzamiento con un cargamento de munición. Se dio la vuelta y, pese a que había perdido uno de los motores, se negó a abandonar la nave: en cierta ocasión ya había sido derribado en China, y había emprendido una caminata fenomenal; ahora se negaba «a ponerse a andar todo eso otra vez». Sin embargo, esta vez no logró llevar al avión a lugar seguro; McGovern se estrelló y precipitó una explosión espectacular.

Sin tener en cuenta que comprometía la seguridad, el 24 de abril *Le Monde* reveló el inicio de la operación Cóndor, una «esperanza remota»: tres mil hombres se ponían en camino desde Laos para atravesar la jungla y socorrer Dienbienphu. Pronto quedó claro que Cóndor no tenía ninguna posibilidad de éxito, en un terreno imposible y con la oposición del Vietminh, aunque los rumores de su proximidad mantuvieron un vestigio de esperanza entre los más optimistas. La mayoría del destacamento, por el contrario, se había resignado a la muerte o la prisión. La diferencia principal era entre la minoría, que se enfrentaba a su destino con un coraje estoico, y quienes sucumbían a la rabia o la desesperación. Los hombres que ocupaban posiciones cerca del centro del perímetro, muy reducido, seguían recibiendo raciones de alimentos y vino con el que ahogar la pena. Los que estaban en los búnkeres exteriores, en cambio, podían pasar días sin abastecimiento, y luego contaron que habían sobrevivido a base de pan seco y salsa de tomate. En el hospital, el doctor Grauwin tranquilizaba a los heridos disgustados con los gusanos de sus heridas, afirmando que esas criaturas solo se alimentaban de tejido muerto. El 26 de abril, tras un combate en Isabelle, los argelinos de la colina entraron en pánico y se amotinaron. El coronel mostró su deseo de fusilar a los cabecillas, pero De Castries anuló la orden. El 30 de abril, la Legión celebró con solemnidad el

aniversario de la famosa batalla a muerte de Camerone (Camarón, en México), de 1863, pero la lluvia torrencial no hizo sino agravar las penalidades de un destacamento mugriento, agotado y medio muerto de hambre.

Durante la noche siguiente, del 1 de mayo, la infantería de Giap asaltó Eliane 1 y, tras noventa minutos de combates cuerpo a cuerpo, el Vietminh tomó la posición. Entre tanto, en Dominique 3, los defensores tailandeses y argelinos sucumbieron, pero después de luchar con dureza. En la batalla por Eliane 2, De Castries perdió a 331 hombres, muertos o desaparecidos, más 168 heridos; ya solo podía oponer poco más de dos mil infantes a los catorce mil de Giap. El Vietminh exhibió armas nuevas: los Katiusha, lanzacohetes múltiples de fabricación soviética, cuyo ruido clamoroso provocaba un impacto moral formidable. La relación entre Navarre y Cogny se complicó todavía más, y el comandante en jefe amenazó a su subordinado con hacerlo comparecer en un consejo de guerra por no contener la cháchara derrotista.

Se avecinaba el fin de Dienbienphu, donde el hedor de los excrementos, los cuerpos insepultos y la humanidad en descomposición empezaba a ser inaguantable. Un goteo de refuerzos siguió lanzándose en paracaídas al campamento, voluntarios para la catástrofe cuya única utilidad sería permitir a la delegación francesa de Ginebra poner en duda que la derrota era inevitable. A los heridos que podían caminar se los invitaba a reincorporarse a sus unidades: en las trincheras abundaban los defensores con vendas embarradas. Langlais y Bigeard analizaron un plan en el que las columnas dispersas intentarían abrirse paso a través de la selva; pero concluyeron, como no podía ser de otro modo, que todo intento de salida estaba condenado al fracaso.

Entonces se produjo otro ataque del Vietminh. En la mañana del 4 de mayo, los operadores de radio del destacamento oyeron una inquietante sucesión de mensajes de un teniente que había asumido el liderazgo de la unidad marroquí de Huguette 4 después de que el comandante de la compañía hubiera resultado herido. «Solo quedamos diez en el PM ... Esperamos refuerzos ... ¿Dónde están los refuerzos? ... *Les Viets attaquent* ... Los oigo ... Bajan hacia mí por la trinchera ... Aquí están ... ¡Aaah!»[12] Durante la

tarde del 5, Cogny envió al desafortunado De Castries la orden imperiosa de «resistir al máximo en el lugar, esta es ahora su misión gloriosa».

Durante las veinticuatro horas siguientes, el destacamento recibió otro refuerzo de tropas aerotransportadas: 383 hombres, de los que 155 eran vietnamitas. En la mañana del 6, De Castries recibió la advertencia de que aquella noche el Vietminh atacaría con fuerza. El capitán Yves Hervouet pidió a su médico, el doctor Grauwin, que le quitara la escayola de los brazos rotos para situarse de nuevo a los mandos de su tanque. A las 21.30, una mina del Vietminh explotó por debajo de Eliane 2, que fue conquistada en una acción rápida, librada bajo una lluvia torrencial; el capitán Jean Pouget dirigió un contraataque infructuoso. También se produjeron refriegas salvajes en Eliane 4 y Eliane 10, con lo que Langlais y Bigeard dieron instrucciones a los aviones de que cancelaran el lanzamiento de refuerzos: el perímetro había menguado tanto que era probable que los paracaidistas fueran a parar directamente a manos del Vietminh. El último mensaje del oficial al mando de Eliane 4, que cayó poco después de las 21.00, instaba a no bombardear la posición perdida, porque todas las trincheras estaban repletas de heridos. Entre tanto, en el puesto de socorro, había grupos de hombres que, a falta de nada mejor —carecían de armas o de función militar—, intentaban dormir.[13]

A las 17.00 del 7 de mayo, De Castries se comunicó por radio con el cuartel de Cogny: «Hemos hecho todo lo que está en nuestras manos. A las 17.30 enviaré emisarios». Cogny respondió en persona, con la intención de impedir una capitulación formal: «No debe izar la bandera blanca. Debe dejar que los combates mueran por sí solos». De Castries asintió: «*Bien, mon général*», a lo que el comandante contestó: «*Allez, au revoir mon Vieux*». Acto seguido, desde su búnker húmedo y sofocante, De Castries ordenó a los supervivientes destruir todas las armas que pudieran. El capitán Pouget escribió: «Bajo aquella luz eléctrica fría y desnuda, parecía haber envejecido diez años desde marzo».[14] El comandante de Dienbienphu, al que sus hombres vieron muy poco, no había manifestado ninguna cualidad que hiciera de él un héroe. Pero sería un error considerarlo responsable de la caída del campamento, previsible desde el momento en que se les había enviado tan lejos y sin un apoyo sostenible. El

Vietminh puso sobre la mesa muchas más fichas que los franceses, que no podían igualar la apuesta, y al final arrasó.

La batalla se fue apagando con lentitud. Un operador terrestre, con el identificador *César 5*, abortó por radio el ataque programado de unos cazabombarderos: «Lo vamos a volar todo. Adiós a nuestras familias ... *Adieu César*». Una posición, Isabelle, aguantó algunas horas más. Sus 1.200 hombres intentaron una salida que terminó con dos compañías hechas pedazos en una caótica lucha nocturna. Se cree que un artillero marroquí, Mohammed ben Salah, fue el último hombre en morir; varias horas después del abandono de De Castries, seguía manejando un obús de 105 milímetros. El Vietminh se encontró con 5.500 prisioneros, de los que solo un millar no estaban heridos. La cifra oficial de desertores, que desde ese momento se unieron a los prisioneros de guerra, fue de 1.161. En total, el orden de batalla de Navarre perdió dieciséis batallones de tropas francesas y coloniales. Van Ky, el cuadro del Vietminh y bardo comunista, dijo con admiración: «Fue una victoria increíble, algo que ni siquiera podíamos imaginar. Nadie podía explicarse que hubiéramos derrotado a una fuerza tan poderosa».[15] El coronel Tran Trong Trung acertó al afirmar que la victoria había sido, antes que nada, «un triunfo de la voluntad».[16]

Murieron más hombres de De Castries en cautividad que los que habían perecido en combate. Cuando llegaban a un campamento comunista para prisioneros de guerra —algunos ni siquiera llegaron allí—, un comisario solía dirigirse así a los oficiales franceses: «Estarán aquí durante un período indeterminado, para reeducarse por medio del trabajo. Vivirán la misma vida que aquellos a los que han oprimido, sufrirán como ellos, acabarán por entenderlos. Nosotros les guiaremos en la búsqueda de la verdad».[17] Con el tiempo, unos 3.900 miembros del destacamento francés pudieron regresar con los suyos: el 43 % de los apresados. Sesenta tailandeses y noventa europeos huyeron del campo de batalla y, a golpe de machete, recorrieron más de 150 kilómetros de selva hasta ponerse a salvo. La primera pregunta que De Castries formuló al oficial naval que le recibió cuando lo pusieron en libertad, a finales de 1954, fue: «¿Es cierto que quieren fusilarme?».

Solo uno de cada diez del total de 14.324 soldados vietnamitas apresados con el uniforme francés durante el transcurso de la guerra regresaron con

vida. Para ser justos con el Vietminh, su propio pueblo carecía de servicios médicos y existía al borde de la inanición. Aun así, es evidente que a Giap y sus camaradas les resultaba indiferente qué suerte corrieran los compatriotas que habían elegido el bando perdedor. ¿Podía ser acaso de otro modo cuando se calcula que, para obtener la victoria en Dienbienphu, habían sacrificado a veinticinco mil de los suyos? Nguyen Thi Ngoc Toan, la hija del mandarín que se había convertido en revolucionaria ferviente, sirvió en el ejército de Giap como auxiliar médico, con veintiún años. Tras la victoria contrajo matrimonio con Cao Van Khanh, subcomandante de la 308.ª división, en una ceremonia celebrada en el búnker de mando de De Castries.

Sobre el papel, la batalla no necesariamente tendría que haber decidido la guerra, porque los franceses todavía contaban con fuerzas poderosas. El ejército de Giap había quedado agotado y era incapaz de traducir el triunfo local en una ofensiva general de éxito. Sin embargo, ni el gobierno ni el pueblo de Francia estaban dispuestos a continuar. Pierre Rocolle ha escrito: «Dienbienphu funcionó como una invitación imperiosa a deponer las armas, porque ya no había voluntad de continuar con el combate».[18] Estados Unidos, el armador de Francia, se encontraba en el peor de los mundos posibles: había proporcionado una ayuda militar suficiente para librar una guerra, pero insuficiente para ganarla.

Por lo general, es un error suponer que el resultado de un drama histórico estaba escrito de antemano; pero la experiencia de Francia en Indochina, entre 1945 y 1954, es un relato sin el más mínimo suspense: el gobierno colonial se había vuelto insostenible por la combinación de una potente resistencia nacionalista con la debilidad de la mítica «Tercera Fuerza» que muchos estadounidenses ansiaban identificar, esto es: los elementos políticos no comunistas. Doug Ramsey, funcionario del servicio exterior de Estados Unidos, que una década después interpretaría un papel destacado en Vietnam, afirmó: «Me extraña que siguiéramos allí tantos años, uno tras otro. Aquello se remontaba a Roosevelt y sus acuerdos con las potencias coloniales. Pensemos en las sandeces de John Foster Dulles».[19]

Ha habido varias conjeturas sobre cuánto debió el éxito de Giap a sus asesores chinos. Los hombres de Mao, sin lugar a dudas, proporcionaron

una formación técnica. En buena medida, no obstante, la historia posterior demuestra que los norvietnamitas —como quizá podemos empezar a llamarlos, aunque muchos líderes comunistas procedieran del sur y el centro del país— ni necesitaban ni aceptaban en general la guía de otros. Después de diez años de experiencia bélica, Giap y sus camaradas eran soldados competentes, incluso inspirados; además contaban con la ventaja de la indiferencia a las bajas, común a todos los ejércitos comunistas: desde el extranjero, años más tarde, se calificó a los norvietnamitas como «los prusianos de Oriente». Las obras históricas publicadas en Hanói rinden tributo con efusividad a la aportación personal de Ho Chi Minh. Son afirmaciones arraigadas en las exigencias de la leyenda oficial de un Estado autoritario. Ahora bien, hasta la batalla de Dienbienphu, por lo menos, debemos darles validez: Giap no podría haber llevado a término su misión, ni haber sobrevivido a tantos reveses sangrientos en la jefatura militar, sin el apoyo de Ho en los buenos y los malos momentos. Al general, por su parte, se lo respetaba extraordinariamente, pero se lo amaba poco, por su egoísmo. En sus escritos posteriores sobre esta batalla y sobre las guerras de Vietnam, su narración nos habla de Giap, Giap, Giap, sin reconocer apenas ningún mérito a sus subordinados. Pese a todo, su victoria en Dienbienphu destaca como una de las grandes epopeyas militares del siglo XX.

3. GINEBRA

La noticia de la rendición se dio a conocer públicamente en París a las 4.45 de la tarde del 7 de mayo, y se comunicó en Ginebra algo después, cuando faltaban pocas horas para que los ministros de Exteriores empezaran a debatir sobre el futuro político de Vietnam. Georges Bidault, que se encargó del anuncio, quiso rendir un tributo inverosímil al papel «civilizador» de Francia en Vietnam y alegó que «se les había obligado a participar en el conflicto». Lo asombroso del desarrollo posterior de la conferencia, dividida en mesas —Dulles se negó a compartir las negociaciones con los chinos— fue que la humillación de Francia no supuso ningún rédito para el Vietminh. Después de haber derramado ríos de sangre para reforzar su posición en las conversaciones, a la postre tuvieron que contentarse con pan duro. ¿Por qué?

El relato de Ginebra comienza con la llegada de las primeras delegaciones, el 24 de abril de 1954. Una multitud de representantes de los medios de comunicación de todo el mundo se apiñaban alrededor del grupo chino, de unas doscientas personas, encabezado por Zhou Enlai, un hombre urbano, atractivo y sumamente refinado, a la sazón de cincuenta y seis años, hijo de una familia de eruditos. Zhou falleció gozando del respeto de la comunidad internacional, pese a haber servido como instrumento de Mao Zedong durante varias décadas de asesinatos colectivos. Los rusos se acompañaban de una importante reserva de caviar, con la que pensaban enriquecer su hospitalidad en las fiestas multilaterales que tenían intención de celebrar (aunque no llegaron a producirse). John Foster Dulles aportó su dosis habitual de cortesía diplomática: cuando Zhou le tendió la mano, el secretario de Estado norteamericano le volvió la espalda. Los británicos temían más a Dulles que a los comunistas, por si este, movido por el rencor, optaba por sabotear la conferencia. El dominio evidente de China y Rusia reforzó la convicción estadounidense de que Ho Chi Minh era un simple peón: en Ginebra podía verse por todas partes a las delegaciones de Zhou y Mólotov, pero a la del Vietminh, solo durante las conversaciones. Mientras los distintos grupos nacionales se dispersaban por sus diversos hoteles y mansiones, Dulles encabezaba el único bando que ansiaba continuar como fuera con la guerra de Indochina. Expresó su disgusto porque le hubieran invitado a asistir a una claudicación diplomática ante los comunistas, comparable a la de Yalta en 1945. El veterano columnista liberal Walter Lippmann comentó: «La posición de Estados Unidos en Ginebra es imposible, porque los senadores republicanos que la dirigen no conciben más condiciones de paz que la rendición incondicional del enemigo ni más condiciones para entrar en guerra que una acción colectiva a la que nadie desea sumarse».[20]

Sin embargo, la inflexibilidad del secretario de Estado norteamericano contribuyó de forma decisiva a que el acuerdo final fuera mucho menos favorable para los comunistas de lo que cabía esperar tras su victoria en Dienbienphu. En 1972, el presidente Richard Nixon no logró convencer a los norvietnamitas de que recurriría a cualquier exceso militar, sin pararse en barras: la «teoría del loco». En 1954, por el contrario, todas las delegaciones comunistas de Ginebra compartían un temor enfermizo a que Estados Unidos desplegara sus tropas en Asia. Para los chinos y los rusos,

la guerra de Corea había sido una experiencia todavía más gravosa que para las potencias occidentales. La lectura de la prensa les había dejado claro que en Estados Unidos había fuerzas conservadoras muy poderosas. Eran conscientes de que la administración de Eisenhower necesitaría pocas provocaciones para emplear su arsenal bélico y, quizá, sus armas nucleares. Más aún, aunque siempre se decía que el Vietminh poseía una capacidad de sacrificio infinita, en marzo de 1954 sus jefes tenían claro que sus seguidores estaban cansados. Las «zonas liberadas» de Vietnam padecían la tensión de estar librando una guerra al mismo tiempo que se implantaba una revolución social.

Al parecer, los primeros que pronunciaron la palabra «partición» fueron los rusos. El Vietminh dominaba el norte pero en el sur seguía siendo débil. Estaba el precedente de la división de Corea por el paralelo 38, impuesta con despreocupación por Dean Rusk en 1945. El 3 de mayo, antes de que se iniciaran en Ginebra las conversaciones formales sobre Vietnam, la pantomima de gobierno de Bao Dai amenazó con boicotear la conferencia si Francia no garantizaba que no se abordaría la partición. Aquel mismo día, Dulles regresó a Washington, enojado como de costumbre, y dejó el equipo estadounidense al mando del subsecretario Walter Bedell Smith, quien fuera jefe del Estado Mayor de Eisenhower durante la guerra. Todo el mundo recibió la noticia con alivio, porque «Beadle», a diferencia de Dulles, era racional. A ello siguió un frenesí de conversaciones privadas, bilaterales, en las que participaron todas las delegaciones, antes de que se iniciara el proceso formal, el 8 de mayo, bajo la sombra de la caída de Dienbienphu. Durante la primera semana, los chinos guardaron un silencio casi total; los dos únicos ministros de Exteriores que se mostraron impacientes fueron Eden y Mólotov. El 10 de mayo, Pham Van Dong hizo una declaración inicial en la que afirmaba el compromiso del Vietminh con la plena independencia de los tres Estados de Indochina. Prometió que los vietnamitas que habían luchado contra Ho Chi Minh quedarían «libres de toda represión». Y acto seguido, para sorpresa de los occidentales, expresó su disposición a sopesar la partición del país. Apenas caben dudas de que chinos y rusos habían ejercido una presión intensa para que el Vietminh adelantara esa propuesta.

Una vez que el bando comunista había puesto la cuestión sobre la mesa, quedó claro que este resultado era a todas luces el más probable, aunque faltaba completar mucho toma y daca al respecto de en qué punto se establecería la línea de separación entre Vietnam del Norte y del Sur. Al principio, los franceses se decantaban por una distribución irregular del territorio, de tipo «piel de leopardo», para identificar regiones que debían concederse a los comunistas pero, sobre todo, con el objetivo de excluir Hanói y Haiphong. El 12 de mayo, la delegación de Bao Dai expresó de nuevo su rechazo a cualquier partición. Sin embargo, el personal de Francia y el Vietminh, a instancias de los británicos, empezaron a entablar conversaciones bilaterales sobre las distintas posibilidades.

En Estados Unidos Dulles puso de manifiesto su distancia total y los medios de comunicación conservadores lo denunciaron como un escándalo. Para *Time*, era «alarmante» que los líderes británicos «no parezcan ver problema en el apaciguamiento». Bedell Smith dijo, en una conferencia de prensa, que Estados Unidos no aceptaría la división, y, en privado, se mostró cada vez más irritado por la aparente predisposición de Eden a ceder a las aspiraciones comunistas. En conversaciones bilaterales secretas, Washington intentó reforzar la resistencia de París, pero los franceses replicaron que solo una intervención militar inmediata de Estados Unidos les disuadiría de pactar. Una vez más, Eisenhower y Dulles exploraron las posibilidades de forjar una alianza favorable a una acción militar, aunque fuese sin los británicos. Sin embargo, cuando Australia y Nueva Zelanda también declinaron participar, las últimas llamas de la beligerancia estadounidense se apagaron. *The Spectator* describió las primeras conversaciones de Ginebra como «una confusión terrible» y, en este aspecto, todos los participantes le habrían dado la razón.

Para entender los acontecimientos de las semanas posteriores, debemos recordar que la capitulación de Dienbienphu no puso fin a los combates ni las muertes en otros puntos de Vietnam: los franceses siguieron sufriendo un castigo, y el torrente de deserciones de las fuerzas reclutadas localmente adquirió proporciones de inundación. El 4 de junio, Navarre fue relevado del mando y Paul Ely accedió a la posición de procónsul. Se produjeron dos nuevos desastres militares. En el primero, el Groupe Mobile 100, que se retiraba de An Khe, en la Meseta Central, fue víctima de una devastadora

serie de emboscadas que se iniciaron el 24 de junio. Casi la mitad del personal del GM100 murió y se destruyeron cuatro quintas partes de sus vehículos; el 1.º Regimiento «Corea», uno de los mejores de Francia, quedó aniquilado. El 12 de julio, el Groupe Mobile 42, que se retiraba de Pleiku, sufrió un destino similar. Para entonces se sabía que Giap preparaba una nueva gran ofensiva en el delta del río Rojo; una conexión ferroviaria de China a la frontera septentrional de la «zona liberada» estaba abasteciendo al Vietminh con cuatro toneladas mensuales de equipamiento y munición.

Que las negociaciones de las grandes potencias se prolongaran mientras la matanza no se interrumpía provocó tanto la consternación como la impaciencia de la opinión pública global. En el Café de Paris londinense, Noël Coward presentó a Marlene Dietrich declamando unos versos de ingenio soberbio en alabanza del atractivo de la mujer a través de los tiempos. Las risas se convirtieron en carcajadas cuando ensalzó así a Cleopatra: «Tan solo con sonreír, / nuestra Serpiente del Nilo / acertaba a conseguir / más que toda una Cumbre de Ginebra». Sin embargo, de pronto, había esperanza: en mitad de los reveses que los franceses sufrían continuamente en combate, Washington cayó en la cuenta de que podía darse un resultado peor que la partición. En ausencia de una intervención estadounidense, los comunistas podían hacerse con el poder en todo Vietnam. En consecuencia, Bedell Smith aceptó la necesidad de llegar a un acuerdo. Entre tanto, en Ginebra, el 15 de junio, el bando comunista celebró en secreto una sesión de estrategia: Zhou hizo hincapié en que el Vietminh fuera más realista y, en particular, abandonara la gran mentira: no tenían fuerzas en Laos y Camboya. Mólotov secundó a su homólogo chino.

Tres días después hubo otra novedad importante: Joseph Laniel renunció a la jefatura del gobierno, que pasó a Pierre Mendès France. Acto seguido, el nuevo primer ministro anunció que él también cesaría en su puesto si no conseguía, en el plazo de treinta días, un alto el fuego en Indochina, con lo que puso plazo a las conversaciones de Ginebra. Por su parte Zhou dijo a Eden y los demás que él también deseaba cumplir con esa fecha; el 23 de junio, en Berna, mantuvo una reunión privada con Mendès France en la que los dos estadistas encontraron terreno en común. Zhou estableció su prioridad sin ambages: que los norteamericanos no desplegaran sus fuerzas

en Indochina. Para tal fin, estaban de acuerdo en que debía producirse una partición.

Los representantes vietnamitas anticomunistas, encabezados por su propio nuevo primer ministro —Ngo Dinh Diem, un capricho de Bao Dai—, siguieron negándose en redondo. Pero solo importaba una posible disensión: ¿Estados Unidos vetaría la resolución? Churchill escribió a Eisenhower: «Creo que Mendès France está decidido a salir del país en las mejores condiciones posibles. Si en efecto es así, creo que hace bien». El 24 de junio, Dulles comunicó a los líderes del Congreso que Estados Unidos adoptaría una nueva orientación: defender el sur de Vietnam, Laos y Camboya frente a posibles invasiones comunistas: «Conservaremos la zona y lucharemos contra la subversión con todas las fuerzas disponibles». De este modo reconocía, tácitamente, la pérdida del norte.

Por su parte, los líderes de China y el Vietminh revisaron su posición, en previsión de la siguiente ronda ginebrina, que sería crucial. En una reunión mantenida del 3 al 5 de julio en Liuzhou, una ciudad del sur de China, el primer ministro Zhou Enlai recordó cómo se había frustrado la invasión comunista de Corea del Sur, en el verano de 1950. Zhou le dijo a Ho Chi Minh y su delegación: «La clave del asunto de Corea estuvo en la intervención de Estados Unidos ... No habíamos contado, para nada, con que los refuerzos [de MacArthur] llegarían tan rápido ... Si no se hubiera dado la intervención estadounidense, el Ejército Popular de Corea habría podido lanzar al océano a [las fuerzas] de Syngman Rhee».[21] Aquí hallamos la expresión de unos temores que eran la imagen especular de los miedos estadounidenses: a los chinos les preocupaba la posibilidad de que, si el Vietminh se excedía en su apuesta, como había hecho Kim Il-sung en Corea del Norte, podría producirse un desastre geoestratégico.

En 1954, el triunfo de Mao Zedong en la guerra civil, que desde el punto de vista de Estados Unidos y sus clientes nacionalistas se entendió como una humillación, era aún reciente: solo hacía cinco años. Algunos conservadores estadounidenses aún albergaban la esperanza (por ilusoria que fuera) de corregir la «pérdida de China». Cuatro años antes, los chinos habían entrado en la guerra de Corea porque eran incapaces de tolerar la presencia, en la frontera del río Yalu, del ejército victorioso de MacArthur.

Cuando se celebraron las cumbres de Ginebra, Mao se sentía mucho menos seguro de lo que la posterior longevidad de su régimen podría llevarnos a pensar. Así pues, la prioridad de Zhou Enlai era la seguridad de China. Para ello, apaciguar la sensibilidad de los estadounidenses parecía lo más aconsejable: Zhou podía vivir con un Vietnam del Sur que no fuera comunista, si con ello calmaba a Dulles y Eisenhower.

Así, la conferencia de Liuzhou siguió su curso. Si la guerra de Indochina continuaba sin definirse —y bien podía seguir así, dado que los franceses aún contaban con el despliegue de unos 470.000 soldados, frente a los 310.000 del Vietminh— y la tensión entre Occidente y Oriente continuaba en aumento, cabía la posibilidad de que Washington atacara. Se podía perder todo lo ganado en una década de lucha. Giap reconoció que, sin un pacto político, todavía necesitarían entre dos y cinco años para lograr la victoria militar absoluta, una perspectiva compartida por los asesores chinos. Los franceses estaban proponiendo una línea de partición muy septentrional, en el paralelo 18, inmediatamente al sur de Vinh; la oferta inicial del Vietminh se situaba en el paralelo 13, en mitad de la Meseta Central de Annam; por su parte los chinos sugirieron quedarse en el 16, una idea que, al parecer, Ho Chi Minh no objetó. Cuando Zhou informó a Mao el 7 de julio, el presidente convino en que lo mejor era hacer concesiones y llegar a un concierto rápido. Los rusos también se mostraron de acuerdo, por la misma clase de razones geopolíticas.

Dulles tuvo la petulancia de no asistir a las primeras reuniones de la sesión final de la conferencia de Ginebra, el 10 de julio. El pacto que se estaba negociando le parecía una capitulación, tan odiosa y cobarde como la de 1930 ante los fascistas. A su entender, aquello no sería más que el paso previo a la conquista comunista de todo Vietnam. Y ello, después de que Estados Unidos hubiera gastado 2.500 millones de dólares en financiar la guerra —más de lo que la propia Francia había recibido, como ayuda económica, desde 1945—. Entre tanto Mendès France no se había molestado en informar a Bao Dai sobre el avance de las negociaciones. En Saigón, el recién nombrado primer ministro, Ngo Dinh Diem, seguía mostrándose contrario a la partición pese a que el embajador estadounidense intentaba hacerle comprender que era mejor medio país que ninguno. Diem dio instrucciones a su ministro de Exteriores de que, en

Ginebra, continuara defendiendo la fantasía de mantener Hanói y Haiphong bajo el dominio de Saigón; al igual que hizo también más adelante, se negaba a ver las realidades que le disgustaban. Insistió en que se hiciera constar el punto de vista de su gobierno: que con la partición se hacía caso omiso del «deseo unánime del pueblo vietnamita: la unidad nacional».

El 16 de julio, el subsecretario de Estado Bedell Smith llegó a Ginebra para que Estados Unidos, aun a regañadientes, hiciera acto de presencia. Sin embargo, le dieron instrucciones de que no participara en el regateo que se realizó mediante una tensa ronda de encuentros bilaterales y *ad hoc*. Dos días después, los ministros de Exteriores acordaron que el cese de las hostilidades contaría con la supervisión de una Comisión Internacional de Control (CIC) formada por indios, canadienses y polacos. El 20 de julio, los franceses y el Vietminh se pusieron de acuerdo en dividir el país cerca del paralelo 17, lo que dotaba al nuevo Vietnam del Sur de una frontera con el norte de poca extensión y defendible. Esta partición «sería provisional y en ningún caso se interpretaría que constituye una frontera política o territorial». Se concedió a todos los vietnamitas un período de gracia de trescientos días, en el que podían decidir bajo qué régimen deseaban vivir, con garantía de libertad de movimiento hacia el norte o el sur. Al cabo de dos años se celebrarían elecciones generales. Los dos Vietnam se unirían a Laos y Camboya en el reconocimiento expreso de su condición de Estados neutrales. Los franceses regresarían a su país.

Los Acuerdos de Ginebra estaban constituidos por dos documentos principales. El «Acuerdo sobre el cese de hostilidades» fue suscrito el 21 de julio de 1954 por los franceses y norvietnamitas; la «Declaración final de la conferencia de Ginebra», por su parte, contó con el apoyo verbal de franceses, británicos, chinos y rusos. Dulles dio a conocer una declaración particular que hacía hincapié en que su país prestaría mucha atención a la suerte de los gemelos recién nacidos, y advertía que cualquier violación de las condiciones acordadas se consideraría «un motivo de seria inquietud como grave amenaza a la paz y la seguridad internacionales». Todos los implicados —salvo los estadounidenses— agradecieron a Eden su labor en la copresidencia, aunque durante muchas semanas las conversaciones parecían destinadas a fracasar. Un testigo destacó «su paciencia y buen

humor, casi inhumano». Fue el momento de excelencia en la carrera como estadista de este secretario de Exteriores británico, un hombre brillante, inestable y absurdamente bien parecido.

Los que pasaron a la historia con el nombre de Acuerdos de Ginebra se limitaban a establecer las condiciones de una tregua entre los colonialistas franceses, que se marchaban del país, y los comunistas, que asumirían el gobierno del nuevo Vietnam del Norte. Esto explica que, más adelante, tanto Washington como Saigón insistieran en que negarse a realizar unas elecciones nacionales, dentro del marco temporal especificado, de dos años, no suponía quebrantar nada a lo que ellos hubieran asentido. En todo el mundo, la mayoría no tardó en comprender que, aunque el resultado de Ginebra era poco agradable, no cabía esperar nada mejor. En el editorial de *The Spectator* del 23 de julio se afirmaba: «Es una mala paz. Apenas cabe duda de que es la mejor paz que, dadas las circunstancias, se podía obtener». La revista continuaba con la conjetura de que el bloque comunista había reducido sus exigencias por el temor a que Washington empuñara las armas. «De ello podríamos concluir que Estados Unidos, con sus muecas feroces, feas e indisciplinadas, ha contribuido a pesar de todo, de forma indirecta, a la conclusión de la paz».

En adelante, Eisenhower y Dulles dotaron a la nueva media nación de una legitimidad e importancia que se explicaban por la necesidad de calmar al electorado republicano y, a la vez, restaurar la autoestima de una administración que no había logrado salvar el norte de Vietnam. A partir de entonces —dijo el secretario de Estado—, Vietnam del Sur quizá podría prosperar, «libre de la mancha del colonialismo francés», por el carácter instrumental de Ngo Dinh Diem, una figura que Washington acogió con un entusiasmo poco comprensible, dado que los estadounidenses sabían muy poco sobre él. Los británicos tenían un punto de vista distinto: se habían negado repetidamente a sumarse a una intervención en Indochina porque la zona carecía de intereses vitales para ellos. Creían que Occidente ya tenía más que de sobra con enfrentarse a los soviéticos en Europa. Por su parte, rusos y chinos se mostraban dispuestos a ofrecer cierta ayuda a Vietnam del Norte, como nuevo Estado incorporado al socialismo. Preferían que Estados Unidos fracasara en el intento de convertir Vietnam del Sur en un

ejemplo de capitalismo, pero no tenían ganas de que Indochina acogiera un gran conflicto entre Oriente y Occidente.

El Vietminh regresó de Ginebra convencido de que Zhou Enlai los había traicionado, pero Ho Chi Minh aceptó que en aquel momento había que posponer la conquista de la hegemonía sobre todo Vietnam. Cuando se celebraran las elecciones en las dos zonas, tenía la seguridad de que culminarían con la unificación. De momento, él y sus camaradas se centrarían —sin dejar espacio a nada más— en construir el Estado socialista con el que habían soñado durante tanto tiempo, y que no tardaría en integrar al sur. Aunque el Vietminh se había mostrado tenazmente dispuesto a combatir, en 1954 sus líderes debieron acoger con alivio la posibilidad de, por lo menos, dormir bajo techo con sus familias; tomar comidas medio decentes; vivir y trabajar sin el temor a las interrupciones de las bombas y los proyectiles.

En Occidente, nadie consideró Ginebra como una historia de éxito, sino como un simple ejercicio de contención de daños, como suele ocurrir con la diplomacia de las grandes potencias: al menos lograron que un poder colonial exhausto pudiera salir de una guerra que no podía ganar. Sin embargo, en los Acuerdos había un elemento extraordinario: el nuevo gobierno de Saigón salió muy favorecido, y el Vietminh, pese a su triunfo militar, obtuvo una renta muy escasa. Fue así porque rusos y chinos estaban mucho menos interesados por el destino de Indochina, y en particular de Vietnam, de lo que imaginaban los partidarios de la Guerra Fría en Washington. Mao Zedong no deseaba contar con un Vietnam comunista superpoderoso en su propia frontera, y al parecer consideró necesario atraer hacia la esfera de influencia china a Laos y Camboya, antes de que lo hiciera Ho Chi Minh hacia la suya.

El cese general de las hostilidades entró en vigor el 27 de julio, pendiente de la partición temporal de Vietnam. Después de varios años de vivir en el cuartel general secreto de la OCVnS, en el delta del Mekong, Le Duan, el secretario de esta organización, salió de su escondite y empezó a recorrer el sur sobre una vagoneta de tracción manual. En el norte, los comunistas tomaron el control. El 9 de octubre, el ejército francés abandonó Hanói y acompañó la ocasión con una serie de ceremonias militares tan desafiantes

como vanagloriosas que llevaron a un espectador estadounidense a pensar en don Quijote. Entre el tronar de los tambores, el estruendo de los bronces y el entrechocar de los címbalos, el general René Cogny, maestro de ceremonias de Dienbienphu, saludó las banderas de los regimientos que habían combatido: *paras*, *legionnaires*, infantes de Marina, senegaleses, norteafricanos, más las columnas blindadas, que destrozaron a su paso el frágil asfalto de las calles de Hanói. Francia no solamente no salió de Vietnam con nobleza y generosidad, sino que optó por la venganza y la tierra quemada: los coloniales se llevaron o destruyeron todo lo que pudiera resultar de valor para los vencedores.

A Doan Phuong Hai, que a la sazón contaba diez años, le pareció que las trompetas de los franceses que abandonaban Hanói eran «tan tristes que parecían gemir».[22] La bandera se arrió por última vez sobre la ciudadela en una tarde fría, húmeda y amenazadora. Dos suboficiales plegaron la tricolor empapada y se la entregaron al general que presidía la ceremonia, que a su vez se la pasó al comandante del destacamento. Mientras la banda tocaba «La Marsellesa», la lluvia disimuló las lágrimas de muchos oficiales y soldados. Los militares subieron finalmente a los camiones y se dirigieron hacia la costa. Se cumplían setenta y cinco años desde que el poder colonial había asumido el gobierno de la ciudad.

Al principio, el lugar de los franceses lo ocuparon representantes de la Comisión Internacional de Control: «Por la parte del ejército indio, oficiales con bastones de mando y guardias con bigotes tiesos; polacos de cara pálida, con sus extrañas gorras triangulares; y canadienses aficionados a la cerveza, que hablaban su extraña variedad de francés».[23] Luego vinieron los vencedores, los primeros elementos del ejército de Giap. En palabras de Howard Simpson: «Avanzaban en dos hileras, una por cada lado de la calle, hombres bajos, con uniformes gastados, que llevaban cascos de hojas entretejidas, cubiertos de tela y redes de camuflaje. Cargados de armas y pertrechos, los *bo doi* de la 308.ª división estaban adentrándose en un medio que les resultaba desconocido. Su llegada la anunció el paso suave de cientos de pies calzados con deportivas baratas: la entrada del Vietminh resultó ser una de las marchas triunfales más silenciosas en la historia del mundo».[24] Los soldados campesinos se quedaban con la boca abierta, admirando los edificios magníficos y las

anchas avenidas que habían conquistado. Los contemplaban multitudes que exhibieron un entusiasmo no del todo espontáneo: los cuadros llevaban días paseando por la ciudad e insistiendo a sus ciudadanos vacilantes en que lo mejor para sus intereses era vitorear a los vencedores.

Entre el puñado de estadounidenses que estuvieron presentes aquel día figuraba el comandante Lucien Conein —apodado variamente como «Luigi *el Negro*», «Lou-Lou» y «Lou *el Tresdedos*»—, un hombre alto y torpón, que había nacido en Francia y regresó a su país de nacimiento en 1939 para participar de la derrota francesa, y luego prestó servicio con la Oficina de Servicios Estratégicos en Europa y el sur de China. Como líder del grupo de asesores militares estadounidenses del coronel Edward Lansdale, se le había encargado que organizara los equipos que permanecerían en la zona. Conein, como empleado semisecreto, era una caricatura: bebía demasiado, era tan duro como franco, y a menudo inmoderado: en cierta ocasión expresó su exasperación por el fallo de un coche vaciando contra el motor una pistola de calibre .45. En ese momento, en mitad del desfile multitudinario del Vietminh, levantó el puño y gritó en vietnamita: «¡Larga vida a Ho Chi Minh!». Los comunistas de alrededor recibieron el gesto con vítores, sin percibir que se estaba burlando de ellos, igual que seguiría haciendo durante varios años.[25]

Antes de que llegara el final para los franceses, Norman Lewis se había preguntado «si todo había valido la pena: aquel breve matrimonio forzado con Occidente, que ahora se va a romper de tan mala manera. ¿Acaso, de una manera u otra, había habido alguna misteriosa necesidad histórica para todo aquel derramamiento de sangre, los años de burlas, servidumbre y desprecio? Las naciones libres de Indochina, en su renacimiento próximo, ¿habrán salido ganando, a largo plazo, con la imposición de una ruptura con su vieja forma de vida, inalterable, que ahora cambiarían, es de creer, por una filosofía materialista y el ideal único y omnicomprensivo de una mejora en las condiciones de vida?».[26]

Un campesino ya entrado en años, que vivía cerca de la carretera Nacional 1, dijo: «El día más feliz de mi vida fue cuando vi dos camiones cargados de soldados franceses que se marchaban de Hue para no volver. Pasaron junto a mi casa, con aspecto de estar muy tristes».[27] Francia dejaba tras de

sí las tumbas de noventa y tres mil de sus soldados, que habían fallecido desde 1945 en el fútil intento de conservar Indochina. Aquellos hombres no tuvieron a un Kipling que los abrigara con baladas románticas. Diez años después, sin embargo, en Saigón, se inventó la leyenda de que los caídos del Groupe Mobile 100 habían sido enterrados donde habían perdido la vida: junto a la Nacional 19, en la Meseta Central, tiesos por la rigidez de la muerte, con la cara vuelta hacia Francia.

5

Las tiranías gemelas

1. «Un régimen de terror»

Las zonas septentrional y meridional de Vietnam siempre han sido tan distintas como ocurre con las diferencias análogas de Gran Bretaña, Estados Unidos, Italia y tantas otras naciones, aunque en el norte y en el sur se usen obscenidades ligeramente distintas: el típico expletivo traducible como «hijo de puta» suena *du me* en Saigón, pero es *dit me* en Hanói. Tras los Acuerdos de Ginebra, las dos regiones cayeron en manos de regímenes autoritarios y opresores. El de Ho Chi Minh, no obstante, gozó de algunas ventajas políticas claras. Aunque el norte quedó destrozado por la guerra y la política económica del comunismo contribuyó a empeorar las cosas con rapidez, la imposición de la disciplina fue mucho más eficaz. Ho había pasado pocos años en Vietnam, en comparación con Ngo Dinh Diem. Sin embargo, en tanto que vencedor en la batalla por la independencia, disfrutó de un prestigio inmenso y desplegó su carisma y encanto, con efectos formidables, en la escena internacional. Además, al ejercer un control férreo sobre el acceso al país y la información nacional, Vietnam del Norte ocultó a la vista de los extranjeros sus levantamientos, purgas y masacres. En Vietnam del Sur, por el contrario, los disparates y las crueldades del régimen de Diem se desarrollaron a la vista de todos: muchos campesinos sintieron que solo les habían cambiado a los terratenientes franceses por otros terratenientes vietnamitas, y no tuvieron noticia de que la suerte de sus hermanos del norte era peor. Solo mucho después los meridionales pasaron a concebir con nostalgia el «sexenio» —el período comprendido entre 1954 y 1960— como unos años idílicos en los que, por lo menos, sus compatriotas no solían matarse entre sí.

A partir del cese de las hostilidades, el 25 de julio de 1954, se produjo un éxodo colosal desde el norte: un millón de personas que temían a sus nuevos señores —hombres de negocios, servidores de los franceses, terratenientes, anticomunistas y, en particular, los católicos— huyeron del país por tierra, mar y aire. Fue una época de agitación, separaciones forzosas, temores y despedidas. Los cuadros del Vietminh hacían parar a los autobuses que bajaban por la Nacional 1 trasladando a los fugitivos al puerto de Haiphong, y los invitaban (a veces, obligaban) a quedarse. La familia de Nguyen Duong, cuyos negocios les habían dado una modesta prosperidad, sufrió un desastre: en un aeródromo de las afueras de Hanói, donde una multitud se apiñaba intentando huir, la madre depositó en el suelo el bolso en el que guardaba toda la riqueza transportable en joyas y dinero; al cabo de unos segundos, había desaparecido y no lo pudieron encontrar, con lo que iniciaron una nueva vida en Saigón sin apenas recursos.[1]

Aunque el futuro gobierno del norte distribuyó una taza que conmemoraba los hechos de Dienbienphu, en Hanói se produjeron escenas patéticas, en las que sus ciudadanos más acomodados amontonaban sus posesiones en la calle, frente a sus casas, para venderlas a precio de saldo. Algunas familias se partieron. El padre de Nguyen Thi Chinh, Cuu, que era el cabeza de una familia con tierras y riqueza, le dijo a su hija, que entonces contaba dieciséis años, y a su hermano Langlais, de diecinueve, que se marcharían al sur; una de sus hijas ya se había ido, después de casarse con un médico francés. La noche antes de huir le dio a cada adolescente un poco de dinero, algo de comida y otras cosas esenciales. No obstante, a la mañana siguiente, muy temprano, Lan despertó a Chinh y le susurró que le acompañara fuera. En la carretera se encontraron con un amigo de su hermano, que sostenía dos bicicletas. Lan le explicó: «Vamos a sumarnos a la revolución. Nuestro padre lo entendería, pero nunca me daría permiso». Chinh quedó horrorizada. Le rogó, le suplicó, le gritó, estiró de los manillares, pero todo fue en vano: Lan y su amigo desaparecieron.[2]

Afligida, despertó a su padre, quien decidió que la hija se marcharía según lo previsto, pero él se quedaría a buscar a Lan. A las pocas horas, Chinh estaba en el aeropuerto, entre una muchedumbre desesperada, que

intentaba subir a un avión de carga entre gritos y empujones. Al despedirse, el padre le dio un brazalete de oro, pero al llegar a Saigón la chica fue internada en un campo de refugiados en el que, durante varias semanas, no pudo dejar de llorar. Al final encontró a un amigo de la familia que, amablemente, la invitó a alojarse en su casa; dos años más tarde, Chinh se casó con su hijo. No tuvo más noticias de su hermano durante casi cuarenta años.

Tran Hoi, que era aprendiz en la fuerza aérea francesa, no tuvo ninguna duda: se iría a la capital meridional con su escuadrón. Su madre decidió quedarse hasta que pudiera vender la casa y la compañía de autobuses de la familia. Hou partió hacia el sur a bordo de un C-47: «Me pasé todo el viaje llorando; los vietnamitas nunca abandonan a sus familiares». Habría gemido con mucho más pesar de haber sabido que no podría retomar el contacto hasta 1998. En Saigón se embarcó en una vida que siempre estuvo teñida de tristeza porque en las fiestas y celebraciones ya nunca pudo volver al hogar familiar.

En autobús, en tren, en coche o a pie, las familias se desplazaban a Haiphong para subir a barcos proporcionados en su mayoría por Estados Unidos. Más adelante se afirmó que los agentes norteamericanos habían organizado una campaña de propaganda con el fin de asustar a los septentrionales para que se dieran a la huida. Hubo propaganda estadounidense, no cabe duda, incluidas las atrocidades inventadas por un «héroe» conservador, el doctor Tom Dooley, autor de unas memorias tan populares como mendaces, tituladas *Deliver Us From Evil* («Líbranos del mal»). Pero no están peor atestiguadas las tragedias que vivieron muchos de los que se quedaron en el país, tras aceptar las falsas garantías de Ho Chi Minh de que no tenían nada que temer.

Nguyen Hai Dinh, hijo de un terrateniente, contaba dieciocho años cuando su única hermana se sumó a los que huían hacia el sur. Él se quedó. «¿Por qué? Porque fui un imbécil ... Pensábamos que los franceses eran opresores coloniales, hasta que los comunistas tomaron el poder y empezamos a pensar en los franceses como amigos».[3] Todos los que poseían propiedades o una buena educación quedaron señalados, bajo el nuevo orden, para la exclusión o incluso la muerte. Dinh se topó con que,

por sus orígenes de clase, le impedían hacer estudios universitarios u ocupar ningún puesto de responsabilidad. Su nuevo profesor de Ideología les decía: «En el pasado, este país era feudal; ahora pertenece a los campesinos y los obreros. Ustedes no tienen país». Su padre perdió los derechos civiles, durante cinco años, tras ser calificado de «antisocial», y malvivía a duras penas como cocinero para cuadros del Partido. Dinh llegó a odiar todos y cada uno de los rasgos de su sociedad, en particular la imposibilidad de expresar lo que pensaba. Estuvo saliendo con una estudiante llamada Phuong, pero durante los cinco años de noviazgo nunca se atrevió a charlar sobre ningún tema político: «Todo el mundo vigilaba a todo el mundo; cualquiera podía ser un delator». Dinh solo podía aspirar a trabajos no cualificados.

En algunas zonas tribales la resistencia persistió, con las armas que les habían dado las fuerzas especiales francesas antes del alto el fuego. Bernard Fall afirmó que a varios oficiales franceses que trabajaban con estas tribus no se los pudo rescatar de sus áreas remotas; quedaron abandonados a su suerte hasta que los apresaban o morían. Fall cuenta que un técnico de radio estaba emitiendo desesperadamente, todavía en verano de 1956: «¡Hijos de puta, ayudadnos! ¡Ayudadnos! ¡Al menos lanzadnos munición con los paracaidistas, para que podamos morir luchando, y no como animales en el matadero!».[4] El autor asevera que no se hizo nada. «Aquí no hubo ningún “Caso U-2”,[*] nadie protestó: Francia no reclamó a los hombres y a los comunistas ya les iba bien resolver el asunto por sus propios medios.» El semanario de Hanói *Ejército Popular* publicó, en septiembre de 1957, que en los dos años posteriores al cese de las hostilidades, las fuerzas desplegadas en las montañas del oeste del río Rojo habían matado a 183 y apresado a unos trescientos «soldados enemigos», además de forzar la rendición de 4.336 miembros de las tribus de la zona. Es probable que solo un puñado fueran franceses, pero la noticia confirma que la resistencia no se había extinguido.

Entre tanto, el nuevo gobierno se dispuso a implantar la reforma de la propiedad agraria. El periódico del Partido, el *Nhan Dan*, pidió a los cuadros que «prescindan de la doctrina pacifista y egoísta» y «lideren con decisión al campesinado, para que aplaste a la clase entera de los terratenientes».[5] El representante indio en la CIC informó de que los que suponían que el régimen era simplemente nacionalista y socialista pecaban de ingenuidad; los líderes de Hanói eran «netamente comunistas». Los medios de comunicación del norte publicaban una estridente propaganda contra Estados Unidos. Pierre Asselin, tras comentar que todos los regímenes totalitarios necesitan enemigos, ha escrito: «demonizar Estados Unidos ... creó un "adversario útil" que facilitaba adquirir y mantener el apoyo popular ... para avanzar en la revolución vietnamita».[6]

El draconiano programa de reforma agraria que se introdujo entre 1954 y 1956 complació a algunos campesinos, que vieron cómo los antiguos terratenientes perdían sus posesiones, pero impuso tantas privaciones que —a pesar de los beneficios derivados del cese de los enfrentamientos armados— muchos vietnamitas siguieron padeciendo hambre de forma crónica y, más adelante, quedaron incluso al borde de la inanición. Duong Van Mai, que era hija de un exfuncionario colonial, comentó: «Al pagar a los labradores por sus necesidades, no por su esfuerzo, el Estado había eliminado los incentivos de trabajar duro»; más adelante, cuando se le añadió la colectivización, «la carestía se acabó convirtiendo en una forma de vida».[7] A los adultos se les otorgaron raciones de 12,7 kilos de arroz al mes, trescientos gramos de carne y medio litro de salsa de pescado. Les daban cuatro metros de tela al año, más dos conjuntos de ropa interior. Sin embargo, incluso en los días más difíciles, a los líderes del Partido y sus familias les fue mucho mejor. La élite del norte no disfrutó ni de lejos de la riqueza de la que gozó pronto la del sur, pero nunca pasó hambre. En 1955 solo se pudo evitar una hambruna tan grave como la de la década anterior gracias a la distribución de arroz birmano. Como fuentes principales de dinero en metálico, Hanói dispuso de doscientos millones de dólares que le proporcionó China, más otros cien de Rusia. Sin embargo, estas cantidades no eran regalos, sino el pago de mercancías exportadas que hacían mucha falta en el país. No se han dado a conocer estadísticas creíbles sobre las

crueldades y ejecuciones perpetradas por los gobernantes de Vietnam del Norte en los primeros años de la revolución. El 29 de octubre de 1956, Giap, que a la sazón era vice primer ministro, admitió que habían actuado con especial dureza: «Veíamos a todos los propietarios como enemigos, de forma indiscriminada, lo que nos hizo pensar que había enemigos en todas partes ... Para eliminar a los enemigos adoptamos medidas severas ... y usamos métodos no autorizados [eufemismo comunista para la tortura] para forzar confesiones ... De resultas, se denunció, detuvo, castigó y encarceló como reaccionarios a muchos inocentes».[8] Se ha calculado que las ejecuciones podrían haber ascendido hasta las quince mil. Aunque se dice que Ho Chi Minh estaba incómodo con los excesos, nunca utilizó su enorme prestigio para impedirlos.

No solo se confiscaron, en buena medida, las posesiones de los terratenientes, sino que en muchos casos el nuevo régimen exigió que devolvieran a sus arrendatarios el dinero acumulado durante muchos años de alquileres «excesivos». Los bienes personales y los animales de tiro se requisaron a voluntad, de forma que el tío ya anciano de Duong Van Mai tuvo que cultivar el resto del arrozal que le dejaron tirando él mismo del arado.[9] El espacio de la amplia casa de otro de sus tíos se «redistribuyó» de forma que, cuando Mai visitó el lugar, cuarenta años después, lo encontró ocupado por cuarenta personas. A Doan Phuong Hai le pareció que su abuela norteña envejecía a ojos vistas después de que la acusaran, por ser propietaria, la interrogaran y denunciaran y le confiscaran las posesiones. El hijo le ofreció llevarla a Hanói para que la viera un médico, pero la anciana se negó y, entre toses y resuellos asmáticos, falleció de forma prematura.[10]

Toda la clase terrateniente sufrió una humillación institucionalizada, destinada tanto a elevar la autoestima del campesinado como a mortificar a los propietarios. Incluso una comunista tan ferviente como la doctora Nguyen Thi Ngoc Toan reconoció, más adelante: «Pasaron muchas cosas que, para mí, no tenían sentido».[11] Durante años, pese a su devoción por el Partido, a ella misma le negaron cualquier posibilidad de promoción: «Para todo hacía falta venir de la familia adecuada». Las personas de origen campesino tenían preferencia frente a otras como ella misma, que procedía de un entorno familiar culto y supuestamente «privilegiado». Se abolieron

por igual la disensión, la diversidad y la libertad de información. En Vietnam del Norte se adoptó el criterio estalinista de *verdad*, que pasó a ser aquello que el politburó dictaminaba que lo era.

Truong Nhu Tang, que posteriormente fue un cuadro secreto, admitió que entre los ejecutados por ser «enemigos del pueblo ... los que llamábamos "terratenientes" ... [muchos] habían sido tan solo campesinos pobres que por lo que fuera poseían parcelas ligeramente mayores que las de sus vecinos, aunque para empezar todas las parcelas eran minúsculas».[12] También reconoce que el Partido nunca ha expresado su remordimiento por la campaña de 1956 contra los «intelectuales»: incluso los que evitaron la cárcel fueron castigados a arrestos domiciliarios incomunicados. En noviembre de 1956 se produjeron rebeliones violentas, que se sofocaron mediante dos divisiones del ejército. Uno de estos episodios se produjo en la provincia de Nghe An. Algunos años más tarde, un volumen de historia comunista lo atribuyó a tres «sacerdotes católicos reaccionarios», identificados como los padres Can, Don y Cat, que se hicieron fuertes en sus pueblos, se apoderaron de armas, apresaron a cuadros y organizaron manifestaciones contra la reforma agraria.[13]

Según admite una versión comunista de lo ocurrido: «Nos vimos obligados a recurrir a los medios militares ... Se detuvo a todos los jefes y sus lacayos principales». Además de los varios cientos de personas que murieron en caliente, luego hubo hasta dos mil ejecuciones y muchas más penas de cárcel. Entre 1956 y 1959 hubo más disturbios en la provincia de Lai Chau. Hanói intentó culpar de lo ocurrido a agentes del nacionalismo chino, pero las revueltas crearon «muchas situaciones políticas difíciles ... sembraron entre la población el miedo y el temor al socialismo e hicieron menguar la confianza de la gente en el Partido y el gobierno».[14]

Lan, el hermano de Nguyen Thi Chinh, que había huido al sur en 1954, no solo no logró unirse al Vietminh, sino que fue encarcelado durante seis años. En adelante, como le negaron la cartilla de racionamiento, malvivió de vender su sangre a los hospitales y hacer de porteador callejero. Su padre tuvo menos suerte aún: después de salir de la cárcel, no pudo acceder ni al racionamiento ni a ninguna clase de empleo, con lo que se vio reducido a la miseria. Cierta noche, muerto de hambre y de frío, llamó a la puerta de un

antiguo amigo, el novelista Ngoc Giao. La esposa de Giao abrió la puerta, echó una mirada al visitante y le imploró que se marchara: el régimen ya estaba bastante descontento con su esposo. Pero Giao, que se había ocultado en el tejado por el temor a que el visitante nocturno fuera un policía, bajó e insistió en dar cobijo a Cuu, para que pudiera comer algo y ducharse. Hablaron toda la noche, hasta que el escritor dijo, a su pesar: «Me temo que no te puedes quedar aquí». Antes de marcharse, Cuu le dijo a Giao: «Si alguna vez tienes noticias de mi hija, dile por favor que la quiero mucho». Cuu desapareció por la calle y, en adelante, Giao y su esposa le dieron la única ayuda que se atrevían a darle: dejar una bolsa de arroz en el callejón trasero, a primera hora de la mañana. La bolsa fue desapareciendo durante cerca de quince días, hasta que, una noche, la vieron allí, intacta. Cuu se desvaneció de sus vidas y de la de Vietnam, y murió en circunstancias que desconocemos. Chinh no pudo enterarse de esta escena de los últimos días de su padre hasta muchos años después de la guerra.[15]

En la jerga de los servicios secretos occidentales, Vietnam del Norte era una «zona vedada». Sin embargo, gracias al prestigio de su líder —cuyas credenciales en la lucha contra el imperialismo eran indiscutibles—, el país gozaba de buena fama en el mundo. Su condición de sociedad cerrada hacía que muchos occidentales se encogieran de hombros, pensando que esto era, sencillamente, lo habitual en las naciones comunistas. Un intelectual del norte sugirió más adelante que en la carrera de Ho pueden distinguirse tres fases: la primera, como simple patriota; la segunda, como comunista; la tercera, como un supuesto nacionalista que, en realidad, respondía a los intereses de la Internacional Comunista. Desde el punto de vista de un compatriota, se benefició mucho de su experiencia cosmopolita y los lazos ideológicos con China y la URSS, mientras que sus rivales nacionalistas apenas conocían más mundo que la propia Indochina.[16] Fue extraordinariamente habilidoso a la hora de equilibrar su posición entre las dos grandes potencias comunistas, en particular cuando la relación entre estas dos se tornó glacial, desde finales de la década de 1950.

El politburó de Hanói quedó sorprendido por el discurso de Nikita Jrushchov en el 20.º Congreso del PCUS, en febrero de 1956, que denunció el culto a la personalidad por el que en Vietnam prácticamente se estaba

divinizando a su líder. Los principales camaradas de Ho eran, en su mayoría, estalinistas, y en 1953 habían lamentado la muerte de su héroe «llorando a lágrima viva» (en palabras de un funcionario del Partido).[17] Recibieron con disgusto que Moscú renunciara a un enfrentamiento militar con Occidente y se limitara al conflicto económico e ideológico. El levantamiento de Hungría, en 1956, confirmó a los líderes de Vietnam del Norte que si toleraban cualquier muestra de disensión, corrían el peligro de que luego se desafiara su autoridad.

Un diplomático canadiense informó desde Hanói: «Tiene poco sentido hablar de las posibilidades de que la economía de Vietnam del Norte se venga abajo; en realidad no hay ninguna estructura económica».[18] En el momento de la independencia, con una población de tres millones de personas, tan solo había treinta ingenieros cualificados y un puñado de fábricas. Los gobernantes del país estaban demasiado preocupados por las dificultades internas como para pensar en atacar Vietnam del Sur. Así, se desmovilizó a ochenta mil soldados, enviados a engrosar la fuerza de trabajo rural. Tanto China como la Unión Soviética, por otro lado, habían dejado claro que se oponían a toda provocación armada que pudiera alarmar a los estadounidenses.

Contamos con muy pocos datos sobre la lucha que se vivió en Hanói, de 1954 a 1957, por el poder del Partido. Sin embargo, parece claro que Ho Chi Minh y Giap no querían otra guerra: creían que podrían reunificar Vietnam bajo un régimen comunista sin necesidad de entablar nuevos combates. En esta fase, eran sinceros cuando —como hicieron a menudo— se comprometían con perseguir este fin pacíficamente. Ahora bien, otras figuras en ascenso veían las cosas de otro modo. Según estaba evolucionado el gobierno de Diem en Saigón, no les parecía que pudieran llegar a heredar un Vietnam unificado sin pasar por la lucha armada.

2. «El único chico que tenemos»

El éxodo de Vietnam del Norte en 1954 tuvo un paralelo, de menor intensidad, en el sur. Las tropas comunistas abandonaron el país, a menudo después de despedirse con tristeza de las comunidades en las que se habían

asentado. En 1954-1955, un total de 173.900 combatientes del Vietminh, junto con 86.000 personas que dependían de ellos, se «reagruparon» de regreso al norte. Una veterana de la revolución visitó el delta del Mekong para despedirse, antes de resignarse a obedecer la orden de sumarse a la emigración. «Nos veremos dentro de dos años», le dijo a los camaradas que se podían quedar, en referencia a la reunificación del país, que daba por segura una vez que los comunistas vencieran en las elecciones.[19] Entre los veteranos del Vietminh se hizo popular el gesto de levantar dos dedos, en referencia al período que debían esperar antes de que su sueño se cumpliera, algo que consideraban inevitable. Nga, la esposa de Le Duan, el secretario de la OCVnS, estaba embarazada del segundo hijo cuando su marido la envió hacia el norte a bordo de un barco polaco, junto con la familia de un buen amigo y camarada, Le Duc Tho. Le Duan se quedó. Hasta el final de sus días, denunció que Ho Chi Minh había cometido dos errores históricos; el primero, en 1945, al aceptar el retorno de los franceses; el segundo, en 1954, con la partición. Él y otros adeptos de la línea dura creían que solo se podría conseguir un Vietnam unificado y comunista mediante una guerra. Cuando se separó de Nga, le dijo: «Dile a Ho que tardaremos veinte años en volvernos a ver».[20]

En lo que representaba una violación de los Acuerdos de Ginebra, Hanói ordenó a diez mil hombres del Vietminh que se quedaran en el sur, clandestinamente, por si se retomaba la lucha armada. En su mayoría, los guerrilleros que se fueron al norte estaban disgustados con la partición, más aún, enfurecidos; y el sentimiento no se evaporó al cruzar la nueva «Zona Desmilitarizada» (ZDm). Por un lado, experimentaron penurias más graves que las que habían conocido en el sur, donde la alimentación era relativamente buena; por otro, a muchos les dolían las separaciones familiares. La esposa de Le Duan se encontró que tenía que vivir con sus dos hijos pequeños en una habitación, encima de un garaje de Hanói, desde donde escribía una columna para un periódico del partido, el *Mujeres vietnamitas*, sin saber nada de la suerte de su marido en la OCVnS. Algunos sureños se mostraron desafiantes con la autoridad del norte, y casi todos

albergaban una única ambición: regresar al lugar de donde habían venido. Entre tanto, a los hijos de algunos cuadros los enviaron a Rusia o China, para que recibieran una educación más completa.

El nuevo Vietnam del Sur, y su gobierno, disfrutaron de ventajas importantes: el delta del Mekong era la superficie más productiva de cultivo de arroz del sudeste asiático; las zonas rurales habían sufrido poco durante la guerra; el Vietminh había contado con un apoyo importante para el objetivo de la independencia, pero el comunismo despertaba mucho menos entusiasmo; y los estadounidenses ansiaban que el país se convirtiera en punto de exhibición de lo que denominaban «el mundo libre». Más adelante, un oficial del ejército de Vietnam del Sur reflexionaba así sobre aquellos días: «No supimos valorar lo que teníamos. No éramos ricos, pero había comodidades y alguna libertad. Éramos blandos, como han sido siempre los survietnamitas, porque viven en una tierra fértil. Los norteños son duros porque vienen de un lugar pobre y duro».[21] Un exiliado septentrional que ascendió a una buena posición en el servicio civil de Saigón escribió: «Para muchos de nosotros ... los años de 1956 a 1960 estuvieron entre los mejores de nuestras vidas; todo eran expectativas y promesas».[22] Una muchacha campesina, Phung Thi Ly, nacida en 1949, recordaba la infancia rural como «un paraíso, lleno de aves tropicales y búfalos; perros y gallinas y cerdos, que teníamos por mascotas; ríos de aguas rápidas en los que nadar; y campos extensos en los que podíamos correr y reír».[23]

Ho Chi Minh, para hacerse con el norte, había tenido que pasar por una ordalía militar. Ngo Dinh Diem, en cambio, había sido elegido arbitrariamente por el jefe del Estado, el libertino Bao Dai, y luego aceptado a regañadientes primero por los franceses y luego por los norteamericanos. Poseía algunas cualidades de liderazgo: valentía, honradez, fluidez y una entrega apasionada a su país. Por desgracia, también era un fanático del catolicismo; adoraba ciegamente a una familia que era ambiciosa y carecía de escrúpulos; estaba seguro de estar siempre en lo cierto, como si fuera un mesías; sentía nostalgia por un pasado inexistente; y era insensible a las necesidades y deseos de su pueblo.

Para la mayoría de los vietnamitas, la vida con Diem parecía una simple continuación del colonialismo. Las figuras estadounidenses que fueron tan importantes en su vida (y su muerte) hicieron hincapié en su insignificancia física. Diem, que había nacido en 1901, se decantó al principio por una carrera sacerdotal, como la de su hermano Ngo Dinh Thuc, a quien el Vaticano nombró arzobispo de Hue a instancias del propio Diem. Sin embargo, al final ingresó en el servicio civil y, a los veinticinco años, era gobernador de una provincia. En 1933 los franceses hicieron que Bao Dai lo nombrara ministro de Interior, un papel que solo pudo desarrollar durante tres meses porque los franceses no estaba dispuestos a otorgar a ningún vietnamita una autoridad real como la que este solicitaba. En ese momento formuló un comentario que luego se consideró profético: «Los comunistas nos derrotarán, no por la virtud de su fortaleza, sino por nuestras propias debilidades». Durante la segunda guerra mundial pasó algún tiempo preso del Vietminh, que además asesinó a uno de sus hermanos y a un sobrino. Diem se reunió con Ho Chi Minh, que intentó convencerlo de que colaboraran, pero Diem lo rechazó. «Eres un criminal que ha incendiado y destruido el país —le dijo a Ho, según afirmación del propio Diem—; mi hermano y su hijo son solo dos de los muchos cientos a los que habéis matado.» Más adelante, los comunistas lamentaron que Ho hubiera cometido la imprudencia de ponerlo en libertad.

En 1950, después de que el Vietminh intentara asesinarlo, Diem se marchó del país. Pasó los dos primeros años de exilio en el seminario Maryknoll de Lakewood (Nueva Jersey), a menudo realizando tareas domésticas, de las más humildes, pero también buscando que le presentaran a católicos tan influyentes como el cardenal Spellman, o a William Douglas, juez del Tribunal Supremo, y senadores como Mike Mansfield y John F. Kennedy, al que causó una poderosa impresión por el fervor con el que odiaba por igual el colonialismo y el comunismo. En 1953 se trasladó a un monasterio benedictino, en Bélgica, donde estableció contactos importantes con Francia y, de alguna manera, se ganó también la confianza de Bao Dai, exiliado a las afueras de Cannes. Un hermano menor de Diem, Nhu, reputado por su astucia y considerado la eminencia gris del futuro mandatario, contribuyó bastante a ponerlo en la senda del poder.

Cuando Diem fue nombrado primer ministro, volvió a Saigón discretamente, el 26 de junio de 1954. El poder no corrompió su ascetismo ni hizo menguar su confianza en sí mismo, a todas luces desmedida. La fe religiosa y el orgullo moral le convencieron de que gobernaba por un derecho tan divino y con la misma tranquilidad con la que el rey Carlos I pudo subir al trono de Inglaterra tres siglos antes. Para Diem, la seguridad de Vietnam del Sur era un problema exclusivamente militar, que abordó en 1955 introduciendo el servicio militar obligatorio. No mostró interés ni por hacer nuevos amigos ni por reconciliarse con los viejos enemigos. Proclamaba decisiones y exigía que se cumplieran; él mismo trabajaba dieciséis horas al día. Estaba obsesionado por los detalles; podía charlar con un embajador o un periodista extranjero durante cuatro horas sin pararse a descansar; a veces firmaba los visados de salida en persona. Mientras que Ho Chi Minh era conocido por conversar con ingenio, Diem carecía de humor, en particular en lo que respectaba a sí mismo. En cuanto al dinero —los ingresos nacionales del nuevo país—, el 12 de agosto de 1954 el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos decidió que la teoría del dominó era cierta y, por lo tanto, era esencial restaurar el prestigio de Occidente en Indochina, gravemente dañado por la derrota francesa. Una semana después, Eisenhower aprobó la resolución NSC5429/2, por la que Estados Unidos asumía las facturas de Vietnam del Sur.

Para el régimen de Saigón, el inconveniente principal era que casi ninguno de sus adalides y funcionarios había participado en la batalla por la independencia; muchos de ellos, de hecho, habían estado al servicio de los franceses. En una primera fase, Diem había prometido otorgar la amnistía a los activistas del Vietminh, pero quebrantó la promesa y empezó a encarcelarlos. En París, el primer ministro Edgar Faure afirmó que aquel pequeño fanático «no solo era incapaz, sino que estaba loco», y el gobierno de Estados Unidos era cada vez más de este mismo parecer. Pero ¿qué alternativa había? Aunque el vicepresidente Lyndon Johnson no formuló hasta 1961 su memorable apología de Diem —«Mierda, tío, si es que ahí no tenemos a nadie más»—, desde 1954, los estadounidenses, que no veían

claro que el primer ministro pudiera sobrevivir, estuvieron atentos a la diminuta élite culta no comunista de Saigón. Sin embargo, no identificaron ningún candidato mejor para el gobierno.

Entre los primeros agentes de Estados Unidos en Vietnam del Sur figuraba un coronel de la fuerza aérea, Edward Lansdale, de cuarenta y ocho años. Encabezaba la Misión Militar, un grupo de operaciones encubiertas que emprendió acciones de sabotaje en territorio del norte; no solo no lograron su efecto, sino que costaron la vida o la libertad a prácticamente todos los lugareños que tuvieron la mala suerte de ser reclutados para ese fin. Durante las dos décadas posteriores, los emprendedores de Washington hicieron salir al escenario vietnamita a toda una serie de actores candidatos al papel de «Lawrence de Indochina», y cabría decir que Lansdale fue el primero. Este antiguo ejecutivo de la publicidad, caracterizado por una notable capacidad de persuasión, estableció una relación con Diem que parecía asegurar la influencia de Washington. El coronel había cobrado fama por asesorar al presidente de Filipinas, Ramón Magsaysay, sobre cómo eliminar a las guerrillas huk; Dulles le encomendó repetir el éxito. Entre los compatriotas destinados en Saigón gozaba de una reputación desigual. Para algunos, era un misil sin dirección; pero un colega afirmó, más adelante: «Desde mi punto de vista se hacía respetar porque, tanto con los estadounidenses como con los vietnamitas, sabía escuchar y era astuto en el cálculo. Era capaz de comprender a la perfección qué se podía hacer y qué resultaba imposible».[24] Lansdale aconsejó a Diem, repetidamente, que debía conquistar a los suyos tanto racional como emocionalmente, «ganar sus corazones y sus mentes».

Las intrigas del coronel resultaron más controvertidas. Se le achaca la responsabilidad de haber frustrado un golpe de Estado de los generales, en octubre de 1954. Pagó varios millones de dólares (de los fondos de la CIA) a los líderes de las sectas *cao dai* y *hoa hao* para que se mantuvieran del lado de Diem. También intentó llegar a un acuerdo con Bay Vien, jefe de una poderosa mafia armada de Saigón, la Binh Xuyen, cuyo imperio de burdeles y fumaderos de opio tenía como centro el Dai The Gioi («Gran Casino Mundial»). Esta casa de juego, situada en Cholon, estaba protegida

por murallas altas y constaba de cincuenta estructuras de madera, con techo de lata, que alojaban doscientas mesas. Vien gozaba de la protección de un ejército privado, de cuarenta mil hombres, provistos de boinas verdes, así como de los franceses.

En aquellos días, los gobernantes coloniales desposeídos competían por los lugares de influencia con los estadounidenses, «los nuevos», lo que engendró algunos enfrentamientos con tintes de humor negro. Lansdale se complacía relatando la historia de cómo los secretarios de la embajada estadounidense se alarmaron al descubrir unas granadas en el vestíbulo de su sede, que la CIA interpretó como un gesto de amenaza de los rivales galos. Aquella tarde, el especialista más duro de la Misión Militar, Lou Conein, entró en L'Amiral (el lugar de reunión más popular entre los franceses de Saigón), sacó una granada, retiró la anilla de seguridad y se dirigió a la clientela en su propia lengua: «Sé que les preocupa que la comunidad estadounidense, y en particular nuestros secretarios, hayan sido amenazados. Si ocurriera algo desagradable o indigno, tendríamos una causa común para lamentarnos». Luego introdujo de nuevo la anilla y se marchó, con la confianza de que los franceses no volverían a asustar al personal diplomático.[25]

Cuando Lansdale fracasó en el intento de sobornar a Bay Vien, sin embargo, los estadounidenses se alarmaron: ¿y si el apoyo de los franceses conseguía que el gánster se impusiera al primer ministro? Los observadores británicos también eran pesimistas. El autor de un informe del Foreign Office concluyó: «El señor Diem posee muchas de las cualidades que cabe exigir al líder de una revolución nacional resuelto a salvar su país: valor, integridad, persistencia, fe y una hostilidad implacable al comunismo»; por desgracia, añadió el diplomático, también era «incapaz de llegar a acuerdos» y su «capacidad administrativa» era «escasa».[26] Cuando el general Joseph Collins —«Relámpago Joe», un hombre de pronto colérico y carácter activo, que en 1944-1945 había dirigido un cuerpo a las órdenes de Eisenhower— visitó Vietnam como enviado personal del presidente, regresó a Estados Unidos con la convicción de que su país estaba respaldando a un perdedor. Más adelante, Collins afirmó: «Diem me gustaba, pero llegué a la conclusión de que carecía de la fortaleza de

carácter necesaria para dominar aquella extraña colección de personajes». A las 6.10 de la tarde del 27 de abril de 1955, Dulles envió un cable de Washington a Saigón, en el que autorizaba a apartar de su puesto al primer ministro, con el tono del señor que ordena despedir a una camarera que no ha cumplido las expectativas.

Pero Diem confundió a los escépticos. Aquella misma tarde —probablemente por un azar, aunque cabe la posibilidad de que Lansdale tuviera algo que ver— se desató una batalla callejera entre el ejército de Vietnam del Sur y la Binh Xuyen. Seis horas después de que Dulles hubiera pedido la cabeza de Diem, corrió a cancelar lo dicho: la cuestión quedó en el aire por una guerra civil en miniatura, que costó la vida a unos quinientos vietnamitas. A finales de mayo, las fuerzas gubernamentales se hicieron con la victoria: Bay Vien tuvo que huir y exiliarse en Francia de forma permanente. Los estadounidenses resolvieron que Diem era más capaz de lo que pensaban y pasaron a ensalzarlo de una forma empalagosa. El senador Hubert Humphrey, una de las voces principales del influyente *lobby* de los «Estadounidenses amigos de Vietnam» aseveró que el líder del sur era un hombre «honrado, prudente y honorable». Henry Luce escribió en *Life*: «Todo hijo, hija o siquiera admirador distante de la Revolución Americana debería estar exultante [por la derrota de la Binh Xuyen] y aprender a dar hurras por Ngo Dinh Diem».[27]

En octubre de 1956, Diem, con el fin de evitar la celebración de unas elecciones que parecía evidente que darían el triunfo a los comunistas, organizó en su lugar un referéndum para deponer a Bao Dai y situarse él mismo como presidente y jefe de Estado de Vietnam del Sur. Lansdale se arrogó el mérito de una jugada característica: imprimió las papeletas de Diem en rojo —color de la suerte, en la tradición vietnamita— y las de Bao Dai en verde, un color que, por el contrario, simbolizaba el infortunio. Diem obtuvo la victoria con un infame 98,2 % de los votos, una mayoría que incluso un candidato soviético podría haber tenido por exagerada. En Washington, Dulles dijo: «Ahora Vietnam [del Sur] es una nación libre, no una marioneta». Pero Diem solo podría mantenerse en su posición si recibía dólares a carretadas. Si en Vietnam del Norte no había una economía viable, en el sur tampoco era boyante, que digamos: el déficit comercial era

inmenso y el alud de importaciones se financiaba con dinero de Estados Unidos. Los vietnamitas empezaron a citar el cínico dicho de la época de dominio francesa: «Hazte católico y tendrás arroz para comer».[28] Nguyen Van Thieu, futuro presidente, estuvo entre los que se atuvieron al consejo y se convirtió al catolicismo, desde el budismo, en 1958. La ayuda se disparó: del millón de dólares de 1954 se pasó, tan solo un año después, a 322 millones, y la cifra siguió en aumento; Washington no proporcionaba más fondos per cápita a ninguna otra nación del mundo, salvo Corea y Laos. Paul Kattenberg, del Departamento de Estado, hizo una propuesta imaginativa: Estados Unidos debía sobornar a Vietnam del Norte con quinientos millones de dólares en concepto de «reparaciones por daños de guerra»; en realidad, para que dejara al Sur en paz. Tal pago, a juicio de Kattenberg, sería más económico que financiar a Diem.[29]

Sin embargo, en Washington nadie se interesó por la idea. El dinero fluía al tesoro de Saigón, donde se gastaba según determinaban, con un poder casi absoluto, los generales y funcionarios de Diem; una fórmula, claro está, que favorecía el derroche y la corrupción. Quien se hacía con una importación gubernamental podía ganar una fortuna. Entre la clase media de las ciudades, algunos se beneficiaron muy directamente del flujo de entrada de dinero y mercancías. Entre los nuevos ricos abundaban los antiguos exiliados del norte, que medraron —a costa de otros— en la capital del sur. En el marco de aquel sistema capitalista, se diría que solo a los campesinos se les exigía honradez: Saigón experimentó una burbuja de prosperidad.

3. Una fase de explosión

A finales de la década de 1950, la capital meridional todavía poseía una elegancia colonial que, combinada con la decadencia oriental, entusiasmaba a muchos occidentales. Los recién llegados se extasiaban al contemplar a las jóvenes vietnamitas con sus vestidos *ao dai* (o, mejor aún: sin ellos). Los más leídos recordaban una frase de Graham Greene: «Llevar a una annamita a la cama es como llevarse a un pájaro: cantan y pían en tu almohada».[30] Los encuentros sexuales de los occidentales, en su mayoría,

se realizaban con profesionales; los vietnamitas de clase media, por su parte, mantenían una vida social por lo común más que inocente, pues pocos iban más allá de darse la mano antes de que se celebrara su matrimonio concertado. Nguyen Cao Ky —con el tiempo, muy conocido por su serie de esposas y amantes— afirmó que cuando viajó a Francia para formarse como piloto de la fuerza aérea, a los veintiún años, era virgen, como casi todos sus contemporáneos.

Los vietnamitas respetables llamaban a las chicas que se relacionaban con los estadounidenses «*Me My*», un término despectivo, solo ligeramente menos desdeñoso que el de «puta». Las familias ejercían una disciplina social rigurosa sobre sus descendientes, de ambos sexos. El padre de Truong Nhu Tang dirigió las carreras de sus hijos hacia seis formaciones que él determinó: medicina, farmacia, banca y tres ingenierías. Tang emprendió en efecto los estudios de farmacia, hasta que decidió que prefería la revolución: «Cada domingo nos reuníamos en la casa de mi abuelo para escuchar sus enseñanzas sobre los preceptos de Confucio. Nos recordaba que era nuestra obligación vivir la vida con virtud, rectitud personal y piedad filial. Y hablaba de los principios éticos cardinales: *nhon, nghia le, tri* y *tin* (benevolencia, deber, decoro, conciencia y fidelidad) ... Para los chicos, en especial —seguía diciendo Tang— dos cosas eran precisas por encima de todo: proteger el honor de la familia y ser leal al país. Cantábamos juntos versos morales que nos sabíamos de memoria: "*Cong cha nhu nui Thai Son...*" ("El sacrificio de tu padre, al criarte, no asciende menos que el monte Thai Son, el amor y el cuidado de tu madre son ríos de flujo constante")».[31]

La vida de la joven exiliada de Hanói Nguyen Thi Chinh dio un giro inesperado en 1956, cuando esta hermosa mujer conoció a Joseph Mankiewicz, que estaba en Saigón para rodar la película *El americano impasible*. Este le pidió que se presentara para el papel de Phuong, la chica vietnamita que es primero amante de Fowler, un periodista británico, y luego de Alden Pyle, de la CIA. Chinh acogió la propuesta con entusiasmo: su esposo, con el que se había casado poco antes, era un oficial del ejército que estaba recibiendo formación en Estados Unidos. En ausencia del marido, el decoro la obligaba a solicitar el consentimiento de su suegra, que

rechazó horrorizada la idea de tener una actriz en la familia. La carrera cinematográfica de Chinh, pues, no se inició hasta el año siguiente, cuando obtuvo un papel en una película vietnamita que sí gozó de la aprobación de la familia del marido: como monja budista.

Desde entonces, fue la estrella de una serie de películas —veintidós, en total— con títulos como *Un yanqui en Vietnam* u *Operación CIA*. Rodó en todo el sudeste asiático y se convirtió en una persona famosa, venerada incluso, en su propio país. A pesar del éxito, sin embargo, nunca olvidó la tragedia de la división de su familia y nunca pudo saber qué suerte habían corrido los parientes del norte: «La guerra es mi enemiga. Sin ella, ¡habría podido tener una vida tan maravillosa!».[32] En cuanto a la película de Mankiewicz, el coronel Lansdale —de quien se supuso, erróneamente, que había sido el original del antihéroe de Greene— asistió a una proyección de gala y elogió la película sin medida. Nadie más lo hizo: Audie Murphy interpretó al americano tranquilo como un personaje plenamente positivo y el autor lamentó que su novela, que era cínica, se hubiera expurgado así.

Aunque el grueso del dinero estadounidense se robó o malgastó, alguna parte de la enorme inversión en ayudas, añadida al descanso de la guerra, contribuyó a que el final de la década de 1950, en el delta del Mekong, fuera de tiempos felices. En palabras de un campesino: «Este período me parecía como salido de un cuento de hadas; yo no tenía preocupaciones, disfrutaba de mi juventud».[33] El Partido Comunista perdió a la mayoría de sus afiliados. Había arroz en los campos, fruta en los huertos, cerdos husmeando por los campos, peces en los estanques de las aldeas. Las cabañas fueron dejando paso a las casas de madera. Algunos campesinos pudieron comprarse cierto número de muebles; muchos se hicieron con bicicletas y radios; los niños asistían a las escuelas. La agricultura empezó a modernizarse con las primeras bombas de agua y sampanes motorizados.

Sin embargo, los menos favorecidos no se beneficiaron de este clima. En el sistema político del sur faltaba la generosidad, al igual que en el norte, aunque al principio sin tanto baño de sangre. Los terratenientes volvieron a reclamar sus derechos en las poblaciones de las que habían sido expulsados por el Vietminh, e incluso intentaron volver a cobrar las rentas. Diem se fue tornando cada vez más autoritario: Tran Kim Tuyen, jefe del SEPES, su

servicio de inteligencia, era un hombre muy menudo (de poco más de metro y medio de altura y unos cuarenta y cinco kilos de peso) que no obstante se hizo tristemente famoso por ser uno de los asesinos más implacables de Asia. El presidente nunca vaciló a la hora de rechazar toda ocasión de convocar elecciones. Tenía sus razones: su gobierno no había suscrito nunca los Acuerdos de Ginebra y si en el norte se celebraban elecciones, sin duda no serían ni libres ni justas. Además, los estadounidenses (y algunos europeos) concebían Vietnam del Sur en el contexto de las otras naciones de la red clientelar de Estados Unidos. Algunos regímenes sobrevivieron —incluso prosperaron— pese a que eran ciertamente más sombríos que el de Diem. La brutalidad y corrupción de Syngman Rhee, el dictador de Corea del Sur, no habían supuesto impedimento para su continuidad en el poder. En Filipinas, el presidente Ramón Magsaysay no ahorró crueldades para derrotar a los huks. En Grecia se había aplastado por fin la amenaza comunista, y los dos bandos habían destacado por igual por su salvajismo. Pocos dictadores de Latinoamérica dirigían sus países con apariencia siquiera de honradez, justicia o humanidad; no por ello perdían el favor de Washington.

Así pues, a finales de la década de 1950, los estadounidenses no tenían motivos para suponer que la incompetencia, la corrupción y las medidas represivas del régimen de Diem debieran provocar su caída, al menos mientras ellos continuaran pagando la factura. En febrero de 1957 los comunistas intentaron asesinarlo, pero Diem salió ileso del atentado. El coronel Lansdale elogiaba al pequeño presidente ante sus jefes, y en algunos causó impresión: entre los corresponsales occidentales en Saigón, pocos contradecían el progreso que Washington detectaba en el país. Cuando Diem visitó Estados Unidos, en mayo de 1957, el presidente Eisenhower le dio la bienvenida en persona y un cuarto de millón de personas celebraron su presencia en un desfile callejero. El *New York Times* lo describió, eufóricamente, como «un libertador asiático, un hombre tenaz y decidido», el *Boston Globe* lo consideraba «el Hombre de Acero de Vietnam».[34] La revista *Life* publicó un artículo titulado «El duro Hombre

Milagro de Vietnam: Diem, recién llegado a Estados Unidos, ha insuflado vida a su país y muerte a los rojos»:[35] difícilmente cabría haber acumulado más fantasías en una sola frase.

De vuelta en Saigón, los asesores estadounidenses convencieron a Diem de que debía mostrarse más a menudo ante su pueblo. Cuando lo hizo, se organizó la asistencia de multitudes entusiastas. Estas giras reforzaron la monomanía de Diem, que creía que se trataba de una adoración genuina. Intentó presentar su terquedad como una virtud, como en la ocasión en que musitó a la periodista Marguerite Higgins que, si Estados Unidos controlaba el gobierno de Saigón «como quien maneja los hilos de una marioneta ... ¿qué diferencia podría haber con los franceses?».[36] Ev Bumgardner, de la Agencia de Información de Estados Unidos (AIEU), afirmó que Diem consideraba a los estadounidenses como «unos niños grandes: bien intencionados, poderosos, con un enorme conocimiento técnico, pero poco refinados en el trato con él mismo o su raza».[37]

Diem era un carácter independiente, a diferencia de los líderes survietnamitas que le sucedieron. Por desgracia, sin embargo, no hizo caso de los consejos que podrían haberle permitido sobrevivir, incluso tener éxito: limitar los excesos de su propia familia; renunciar a favorecer a los católicos; seleccionar a los subordinados por su competencia, no por su lealtad; contener la corrupción; dejar de perseguir a los críticos; imponer una reforma agraria radical.

El pueblo de Saigón se complacía en considerarse como los *nguoi viet*, «auténticos vietnamitas», a diferencia de los septentrionales, *bac ky*, a los que miraban con desdén. Pero los católicos que se habían exiliado del norte destacaban por la forma en que dominaban el círculo cortesano de Diem, así como el partido político de este, el Can Lao. Duong Van Mai, que estaba entre las vietnamitas que habían huido de Hanói, escribió más adelante: «el régimen de Diem se parecía, cada vez más, a un gobierno de oportunistas».[38] Quien ejerció una influencia más desastrosa sobre el presidente fue su hermano, Ngo Dinh Nhu, el jefe supremo de la seguridad, un hombre tan astuto y complicado como brutal, cuya esposa, la «dama dragón» *madame* Nhu, habría interpretado a la perfección el papel de la Bruja Mala del Este en el mundo de Oz. El politburó norvietnamita empleó

a una multitud de verdugos y torturadores, pero los nombres y rostros de estas personas no se divulgaron fuera de las prisiones en las que trabajaban. Los Nhu, por el contrario, adquirieron una reputación negativa que se conoció en todo el mundo y causó un daño inenarrable a la imagen del gobierno de Saigón.

Al mismo tiempo, los generales de Diem se engalanaban con las pesadas gorras militares con adornos de latón y las gafas de sol que, por todo el mundo, parecían ser el símbolo evidente de los servidores de un tirano. Hubo quien fue más allá y se presentó en los banquetes con un vestuario tan occidental y formal como el esmoquin. Para cualquier campesino vietnamita que viera fotografías de sus líderes así ataviados, era inevitable que se abriera un abismo entre «ellos» y «nosotros». Un periodista vietnamita de United Press International (UPI), al ver llegar a Diem a la Asamblea Nacional, en Saigón, le comentó a un colega: «En Hanói quizá sean todos unos auténticos cabrones, pero nunca cometerían la estupidez de presentarse ante el pueblo en un Mercedes-Benz». Las costumbres saigonesas contrastaban del todo con Ho Chi Minh, que se negó a ocupar el palacio del antiguo gobernador general de Hanói y optó por residir en el mismo terreno, pero en una casita de jardinero. Según un reportero estadounidense: «La gente en la que confiábamos para reconstruir una nación carecía de contacto con su propia gente».[39]

En 1960, el 75 % de toda la superficie cultivable todavía estaba en manos de tan solo el 15 % de la población; además estos terratenientes eran absentistas, en su inmensa mayoría, por efecto del terror. Los comunistas instaban a los campesinos a no pagar el arrendamiento, porque el desafío los hacía partidarios de la revolución: si los propietarios y sus protectores gubernamentales recuperaban el control de un poblado, habría que satisfacer las deudas. También se acogió con especial resentimiento que Saigón recuperase el viejo sistema colonial del trabajo forzoso, por el que la gente debía trabajar cinco días al año, gratuitamente, en proyectos del gobierno. Cuando William Colby, de la CIA, invitó a Diem a emprender una reforma agraria radical, el presidente replicó: «Usted no lo entiende: no puedo eliminar a mi clase media». Los funcionarios nombrados por el gobierno en cada pueblo se convirtieron en tiranos en miniatura, con un

poder absoluto para decretar la culpa o inocencia de aquellos a los que gobernaban; podían incluso aprobar penas de muerte. La enfermera del dispensario local admitía sobornos; también el policía que contaba a las familias por razones fiscales, y los miembros de los consejos municipales que arbitraban en las disputas.[40] En aquel ambiente de temor, los aldeanos se sentían obligados a invitar a sus opresores incluso a sus propias bodas y funerales, o a ofrecerles las partes selectas de los gatos y perros que mataban para comer. No todos los funcionarios eran malas personas, pero en general imperaban la incompetencia, la brutalidad o la corrupción, cuando no las tres a la vez.

Así pues, cuando empezaron a generalizarse los asesinatos, en 1960-1961, muchos aldeanos acogieron con alegría a los terroristas, porque estos elegían a sus víctimas con habilidad, entre los funcionarios más impopulares. Diem también creó «agrovillas», poblados fortificados en los que se reubicaba forzosamente a los campesinos. El objetivo era aislarlos de los comunistas, pero tuvo como consecuencia aumentar la distancia de los que se oponían a que los trasladaran. ¿Cuán brutal fue Diem? Los comunistas afirmaron —y siguen afirmando hoy— que entre 1954 y 1959 fue el responsable de matar a sesenta y ocho mil enemigos (reales o supuestos) y practicar 466.000 detenciones. Las cifras parecen una exageración fantástica; los meridionales también inflan los números de los fallecidos durante la redistribución de las tierras norteñas. Lo que cabe aseverar con seguridad es que el gobierno de Saigón se apresuró a defender los intereses de los católicos y perseguir a los antiguos miembros del Vietminh. Mientras que, en el Norte, los comunistas crearon un estado policial sumamente eficaz, y supieron ocultar al mundo sus manejos, en cambio Diem y su familia levantaron uno ineficiente, y sus crueldades fueron públicas. Con ello lograron despertar cierto miedo en la población, pero ningún respeto.

El hundimiento del régimen no era inevitable. Si el presidente hubiera gobernado con un mínimo progresismo habría podido evitar el renacer de los comunistas. Fredrik Logevall ha escrito que, dado que tanto China como la Unión Soviética se mostraron indiferentes con el incumplimiento de los Acuerdos de Ginebra, «no es imposible imaginar un escenario en el que el

Vietnam del Sur de Diem sobrevive, al estilo de Corea del Sur ... Diem fue la única gran figura política del sector no comunista que emergió en Vietnam entre 1945 y 1975».[41] Pero también fue el arquitecto de incontables locuras: desde 1957, en tres años, el régimen de Saigón presidió la construcción de medio millón de metros cuadrados de lujosas residencias y apartamentos de alquiler, y cincuenta y seis mil metros cuadrados de salones de baile; pero solo cien mil metros cuadrados de aulas escolares y 5.300 de hospitales.[42]

Así pues, los excesos del régimen en su propio territorio, antes que el hecho de no celebrar unas elecciones que favorecieran la reunificación, proporcionaron a los comunistas el pedernal con el que volver a prender el fuego de la guerra en el sur. Tanto entre su propio pueblo como en el escenario mundial, Ho Chi Minh venció claramente en la batalla por la legitimidad como representación del pueblo vietnamita. A Truong Mealy, de diez años, que vivía en el delta del Mekong, su maestro comunista le dijo: «¿Sabes por qué Ngo Dinh Diem vino a Vietnam? Lo envió Estados Unidos. Ahora toda su familia tiene el poder y todos los pobres tienen que trabajar para alimentarlos. ¿Quién debería gobernar Vietnam: Diem o Ho Chi Minh?».[43] Cinco años después, Truong Mealy actuaba como mensajero del Vietcong, como se denominará en adelante el renacer del movimiento guerrillero comunista en el sur.

4. Una nueva llamada a las armas

Los últimos soldados franceses se marcharon de Saigón el 28 de abril de 1956. Para desconsuelo de Hanói, el principal firmante occidental de los Acuerdos de Ginebra se lavaba las manos en la cuestión de Indochina y, en consecuencia, también de toda responsabilidad en la organización de elecciones. Así pues, la guerra no renació en el sur, al principio, como fruto de una decisión política de Hanói, sino por la cólera espontánea de los opositores locales al régimen de Diem. Un campesino contó al investigador estadounidense James Trullinger que tanto él como su poblado atribuían la pausa temporal de los comunistas a la astucia; al cálculo de que, si Hanói esperaba a que los meridionales vivieran unos pocos años bajo el dominio

de Diem, la revolución maduraría por sí sola.[44] Los combatientes del sur empezaron a dirigir ataques contra las instalaciones y tropas gubernamentales sin haber recibido la orden de ninguna autoridad superior.

La primera llamada a las armas de los comunistas se produjo en diciembre de 1956. Fue una misiva apasionada de Le Duan —que aún presidía la OCVnS en el delta del Mekong— al politburó del Norte. En ella describía la persecución de camaradas, la aniquilación de células del Partido, y el control militar cada vez más estricto de Saigón, en particular en la Meseta Central. Hanói respondió, no sin reticencia, autorizando a los combatientes del Sur a disparar en acciones de autodefensa. Además dio su aprobación a algunos asesinatos de «traidores reaccionarios», así como a atentar con bombas contra las «instituciones de Diem». Se envió al sur a un pequeño contingente de oficiales de inteligencia y zapadores de élite (lo que en Occidente denominaríamos «comandos»). Desde aquel punto, los comunistas del sur afirmaron que, en el transcurso de 1957, habían matado, secuestrado o sobornado a 452 delegados del gobierno survietnamita (en su mayoría, jefes de las aldeas). Se retomó el terrorismo: diecisiete personas murieron en un ataque contra un bar, en Chau Doc, el 17 de julio; otras trece resultaron heridas en un café de Saigón, el 10 de octubre; trece militares estadounidenses quedaron asimismo heridos en el estallido de otras tres bombas en la capital.

El siguiente paso importante fue que se hizo volver a Le Duan al norte. Llegó a Hanói, con un camarada, en el verano de 1957, y durante un tiempo los dos fueron custodiados en una casa de invitados. Tal precaución se debía, probablemente, a la lucha de poder que estaba en marcha a la sazón, precipitada por la crisis económica de aquellos años. Pese a todo, los recién llegados lograban escaparse por la noche, para buscar diversión, y gozaron de asiento estable en el teatro Hong Ha y lugares similares, hasta que los guardias desinflaron las ruedas de sus bicicletas, para que no se marcharan más.[45] Se cuenta que Le Duan se lamentó, a grandes voces, de que el politburó solo se interesaba por la tranquilidad: «¡Nos han abandonado!».[46]

A medida que se prolongaba su estancia en Hanói, calaba en él la convicción de que ni Moscú ni Pekín los apoyarían en una nueva guerra. Pero durante los meses posteriores, su feroz energía le permitió apartar a los

rivales locales y adquirir una notable influencia en el politburó, acompañado por su gran aliado Le Duc Tho, al que un cuadro destacado tildó de «taciturno y gélido»,[47] y que más adelante fue el interlocutor de Henry Kissinger en las conversaciones de paz de París de 1972-1973. La carrera de Le Duan —que había sufrido por la revolución más que casi ningún otro camarada— le confirió un prestigio inmenso. Es famosa su afirmación: «Razonando con la banda de los imperialistas no se llega a ningún sitio; hay que agarrar un martillo y aplastarles la cabeza». El secretario del Partido en el norte había sido despedido por el caos de la colectivización agraria. Giap parecía el candidato natural a sucederle. No obstante, en diciembre de 1957 se eligió para el puesto a Le Duan.

Había nacido cincuenta años antes, con el nombre de Le Van Nhuan, en la zona septentrional del sur del país; su padre era carpintero. Le Duan se había comprometido con la revolución mucho antes de que Ho volviera del exilio. Poseía una personalidad de una fuerza indiscutible, pero la dureza de su tono y lenguaje disgustaba a los camaradas más finos. Carecía de habilidades sociales y despreciaba la debilidad, tanto ideológica como humana, un rasgo que identificó muy pronto en Giap y, probablemente (aunque nunca se habría atrevido a afirmarlo), también en un Ho Chi Minh envejecido. Su vida personal fue un enigma hasta mucho después de su muerte. Solo en el siglo XXI hemos conocido su historia trágica, revelada por su segunda esposa, la exmensajera del Vietminh Nguyen Thuy Nga.[48]

En el Tet de 1956 —la fiesta del Año Nuevo vietnamita—, mientras Le Duan estaba aún en el sur, Nga salió de Hanói para visitar a su padre. Le llevaba algunos regalos: miel, raíces de ginseng y unos pocos metros de seda de Ha Dong. En la casa del padre encontró a la primera esposa de este, que rompió a sollozar al saber de la existencia de Nga. A los pocos meses, los funcionarios del Partido fueron a por Nga: un cuadro importante —dijeron— solo podía tener una mujer, y en el caso de Le Duan no podía ser ella. Al ser la madre de sus dos hijos, Nga quedó asombrada; respondió que no podía acceder a nada hasta que su marido llegara a Hanói, lo que ocurrió poco después. Este no mostró empatía; la dejó embarazada por tercera vez y la entregó a la Asociación Central de Mujeres del Partido, bajo cuyos auspicios fue enviada a China a «estudiar». Mientras estuvo en el exilio, Le

Duan empezó a escribir cartas a Nga, algunas apasionadas, incluida una en la que aseveraba: «Te quiero, te quiero mucho. No permitas que unas pocas acciones ajenas o algún suceso desafortunado se transforme en ningún malentendido. Querida, el amor vence sobre todos los obstáculos. Si me quieres, podrás resolver todos tus problemas y dificultades». La pareja se vio en alguna que otra ocasión, cuando Le Duan visitó Pekín por cuestiones de Estado, y una vez Nga se reunió con Ho Chi Minh. Le Duan asumió la custodia de los tres hijos, y Nga recibió con pesar la noticia de que desde entonces los crió la segunda esposa. Al cabo de unos años se la autorizó a visitar brevemente Vietnam y ver a sus hijos. Pasó tres días con Le Duan, que se mostró «incómodo e infeliz», como ciertamente era de esperar. En 1964 Nga fue enviada al delta del Mekong, para trabajar como cuadro de la propaganda, y no volvió a ver a sus hijos hasta 1975. Hasta aquí alcanza el breve vistazo al interior de la oscura vida de aquel hombre y el Partido al que dedicó su vida.

En Hanói, el radicalismo se intensificó por la convicción cada vez más habitual de que no se produciría una reunificación pacífica. Esto precipitó la Resolución 14 del Partido, en noviembre de 1958, que añadió acentos dramáticos a la revolución del Norte al sumar la colectivización agraria. Un mes más tarde, en un campo de detención de Diem, se produjo la muerte de muchos internos —entre los que había comunistas— a consecuencia de una intoxicación alimentaria. A principios del año siguiente el politburó recibió muchas quejas y lamentos emotivos de los poblados del sur, como el que se cita a continuación, redactado a todas luces por cuadros locales: «¡Tío Ho! Los estadounidenses y Diem se han excedido en su maldad. Os pedimos permiso para cortarles la cabeza».[49] A ello siguieron varias semanas de debates, tras lo cual el comité central del Partido promulgó la Resolución 15, que supuso un paso notable en la escalada. Autorizó acciones más agresivas, con la retórica habitual de las exhortaciones del Partido: «Solo la victoria de la revolución puede aliviar los padecimientos de los pobres e infortunados habitantes del sur, frustrar la política malvada de los imperialistas estadounidenses y sus marionetas, que siembra la división en el país, y provocar la guerra».

La Resolución 15 abrió la puerta a que los «voluntarios» —según habían denominado los chinos a las tropas que habían tenido destinadas en Corea— emprendieran camino hacia la zona de guerra. Durante los meses posteriores, unos 4.600 cuadros políticos, técnicos e ingenieros se dirigieron al territorio de Diem; en su mayoría eran originarios del sur, que en su momento habían sido «reagrupados». También se autorizó la apertura de la «Ruta Estratégica 559», un itinerario secreto hacia el campo de batalla, que pasaba por un país neutral (Laos) y dio origen a la Ruta de Ho Chi Minh. A su vez, se había reinstaurado el servicio militar de tres años. Uno de los firmantes de la Resolución 15 afirmó más tarde: «[Hasta 1959] no reconocimos por fin que no habría elecciones generales, y que Diem estaba masacrando a nuestro pueblo. Teníamos indicios de que Estados Unidos pretendía seguir consolidando su presencia [y que, por lo tanto] para unificar el país no había más camino que la violencia».[50]

Tuvo su relevancia que Hanói se demorara en informar a los rusos sobre la Resolución 15, porque Le Duan y sus camaradas sabían que la iniciativa no se acogería nada bien. Por otro lado, hasta el 7 de mayo de 1959 no se comunicaron las nuevas órdenes a la OCVnS, el cuartel general de los comunistas en el sur. Los líderes de Vietnam del Sur sentían un miedo enfermizo ante la posibilidad de enojar a los estadounidenses, a los que consideraban capaces de atacar en aquel territorio. La brecha ideológica entre Rusia y China no dejaba de agrandarse, y en Hanói surgió una división paralela entre facciones. Ho Chi Minh y Giap se hallaban próximos a Moscú; Le Duan, en cambio, estaba entre los que se inclinaban hacia Pekín.

En la misma fase en la que Mao Zedong impuso su catastrófico programa de industrialización —el Gran Salto Adelante, que costó la vida a por lo menos cincuenta y cinco millones de chinos—, Le Duan quizá fuera el responsable de una inoportuna expresión de ambición nacional en Hanói: «La China de hoy es el Vietnam del mañana». Entre tanto, él y sus camaradas seguían batallando por eliminar la disensión nacional. Los católicos celebraron manifestaciones en las que reclamaban el derecho a emigrar al sur; a los cánticos de «¡Abajo el comunismo!», los soldados respondieron abriendo fuego contra los concentrados. Las dificultades

económicas obligaron a Hanói a recortar el gasto en materia de defensa, que pasó del 27 % del presupuesto nacional, en 1955, al 19,2 % de 1958 y el 16 % de 1960. Las fábricas languidecían; la producción agrícola menguaba y hubo que rebajar las raciones de arroz. El embajador checoslovaco informó a su país de que la ayuda del bloque soviético, en buena medida, se desperdiciaba.[51] En junio de 1959, el cónsul británico en Hanói escribió: «Las condiciones de vida están empeorando y cada vez son más uniformemente grises y míseras: incluso los pobres son más pobres ... Ni un solo miembro de la comunidad occidental ha encontrado a un vietnamita que sea favorable al régimen, salvo los propios miembros del régimen».[52]

Con un gesto paralelo a los de Diem, que favorecía antes a quienes le eran leales que a los honrados, Hanói promovió a los veteranos de guerra y los puristas ideológicos, antes que a sus hombres mejores y más brillantes. A juicio de un diplomático francés, nueve décimas partes de la población del norte estaban «dispuesta[s] a levantarse en armas, si encontraba los medios».[53] Pero Le Duc Tho, como jefe de la organización del Partido, eligió este momento para exigir nuevas purgas de los «indeseables», en referencia a los antiguos terratenientes y agricultores «ricos». Este fervor ideológico del politburó norvietnamita recordaba más a los bolcheviques de cuarenta años atrás que a los socialistas de bien entrado el siglo XX. El Ministerio de Seguridad Pública impuso un nuevo estatuto del Partido que denunciaba a los disidentes; los críticos con el ministro del ramo, Tran Quoc Hoan, lo apodaban «el Beria de Vietnam», en alusión al verdugo más tristemente famoso de los años de Stalin.

Mientras tanto, en el Sur, durante los meses posteriores a la entrada en vigor de la Resolución 15, los revolucionarios continuaron asesinando a funcionarios del gobierno y lanzaron una nueva ronda de ataques contra el ejército survietnamita, más conocido desde entonces por el acrónimo con que lo designaban los instructores estadounidenses: el ERVn (Ejército de la República de Vietnam). Un joven vietnamita le dijo a un entrevistador norteamericano: «Yo odiaba a los soldados ... porque eran muy soberbios. Los aldeanos ya vivían en la pobreza, pero los soldados les ordenaban levantar puentes y carreteras ... Los soldados llevaban armas para proteger [a Diem] y su régimen».[54] Entre los blancos preferidos para los atentados

estaban los símbolos estadounidenses de construcción nacional: en la primavera de 1959, por ejemplo, cerca de la frontera con Camboya, unos atacantes vestidos de negro hicieron saltar por los aires dos tractores John Deere.

Muchos jóvenes de las zonas rurales, atrapados en el círculo agotador de las faenas agrícolas y sometidos a la tiranía mezquina de los funcionarios locales, se enamoraron de la idea de la revolución. Un chico de dieciocho años contó que una anciana que había luchado contra los franceses animaba al adolescente a tomar igualmente las armas: «Me emocionaba oírla hablar de los héroes vietnamitas. Me dijo que Diem había pedido a los estadounidenses ... que lo ayudaran en su conjura para someter Vietnam del Sur. Me invitó a ... cumplir con el deber de un joven patriota: combatir por la independencia del país para restaurar la felicidad y la prosperidad».[55] Durante las semanas de instrucción militar que siguieron, quince campesinos de su grupo desertaron porque echaban de menos su casa y carecían de ánimos para continuar. Él, en cambio, se mantuvo en sus trece: «Yo solo veía la gloria y no pensaba en las penalidades».

A lo largo de 1959, los ataques del Vietcong fueron cada vez más intensos. En la tarde del 8 de julio, los asesores estadounidenses que acompañaban a la 7.ª división de infantería del Sur estaban cerca de Bien Hoa, contemplando los créditos de apertura de una proyección de *The Tattered Dress* (con Jeanne Crain como estrella), cuando seis hombres del Vietcong atacaron con fusiles y granadas y causaron la muerte del comandante Dail Ruis, de treinta y ocho años, y el brigada Chester Overnand, de cuarenta y cuatro. Fueron los primeros estadounidenses que murieron a manos de los comunistas en lo que se dio en llamar «segunda guerra de Indochina». Los guerrilleros incrementaron el ritmo de sus asaltos en toda la nación: en la madrugada de un día de diciembre, una sección del Vietcong detuvo a un autobús en la Nacional 4, en el delta. Hicieron salir a los pasajeros, subieron a bordo con las armas y obligaron al conductor a llevarlos hasta un puesto fortificado del gobierno. Llegaron al amanecer y encontraron las puertas abiertas para que los soldados pudieran acudir al mercado. Los atacantes entraron a toda velocidad y abatieron en pocos minutos a un policía y varios defensores; el resto del destacamento se

rindió. Los guerrilleros reunieron las armas de la defensa y destruyeron el puesto antes de desaparecer en la selva con el jefe del poblado, al que mataron.

El Vietcong pretendía demostrar que era capaz de atacar donde y cuando quisiera. Un cuadro proclamó, exultante: «¡El Tigre ha despertado!».[56] En las aldeas, los habitantes tuvieron que hacer cálculos todavía más peligrosos sobre el equilibrio del poder local; si erraban en la decisión podían perder todo lo que tenían y, en el peor de los casos, la vida. Casi todos pagaban tributos en secreto a los comunistas, cuya propaganda imaginativa exageraba sobremanera su poderío y su alcance. Los cuadros citaban proverbios bien conocidos entre los vietnamitas: «Mejor ser cabeza de rata que cola de elefante»; «Aunque el búfalo de agua intente desprenderse de los cuernos, búfalo es».[57] Organizaban concentraciones que a veces reunían a un millar de campesinos, cuya asistencia no siempre era voluntaria, y las acompañaban con una cacofonía de gongs, megáfonos y «peces de madera» (los badajos de las campanas de los templos). Arrancaban las banderas gubernamentales y pegaban pósteres y eslóganes en los troncos. Se difundieron historias sobre los poderes supuestamente mágicos del Vietcong: asombrosos cocedores de arroz, botes hinchables que cabían en una mochila, «caballos celestiales», fusiles que podían abatir a cincuenta hombres con una descarga...;[58] los campesinos más crédulos aceptaban tales cuentos de hadas. A veces, las guerrillas desfilaban por los pueblos a plena luz del día, con el simple fin de exhibir que *podían* hacerlo.

Entre las numerosas víctimas de los asesinatos de 1960, muchas fueron juzgadas y ejecutadas a machetazos frente a multitudes congregadas en los poblados, igual que se hacía en los tiempos del Vietminh. A una de las mujeres la pasaron por el machete porque tenía dos hijos en el ERVn. Un hombre que fue enterrado vivo iba gritando: «¡Voy a morir! ¡Voy a morir!», hasta que la voz quedó apagada por las paladas de tierra. Otro fue condenado a muerte por la sencilla razón de que había estado bebiendo con el policía del lugar. Por cada campesino que respaldaba a los comunistas por convicción, dos lo hacían por temor. Esto no quita que cierto respaldo, en efecto, fuera real, en parte porque la revolución permitía a los pobres creer que estaban integrados en algo grande; para una gente tan humilde,

esto era un motivo de orgullo. Otro factor favorable al acercamiento fue la prudencia: iba extendiéndose la convicción de que los comunistas representaban el futuro, y Diem, el pasado.

A principios de 1960, las unidades de la propaganda armada del Vietcong afirmaron que habían matado a 1.700 personas —funcionarios gubernamentales, jefes de los poblados, maestros, trabajadores de hospitales...— y apresado a otras dos mil. Hubo levantamientos en la Meseta Central. Las tropas de Diem contraatacaron y recuperaron el terreno perdido. Se instauró una nueva Ley sobre la traición, de carácter draconiano, que supuso detener a miles de disidentes y miembros de las minorías religiosas, además de a los sospechosos de comunismo. Los verdugos del gobierno recuperaron la guillotina como instrumento preferido.

Muchos hombres del Vietcong quedaron frustrados porque la OCVnS —y, en última instancia, Hanói— se negó a autorizar el paso a una guerra declarada. Los cuadros locales renovaron la petición de armas con las que resistir el «cruel terrorismo» de Saigón.[59] Sin el estímulo de la acción, a muchos hombres la existencia clandestina, con sus privaciones y aburrimiento, les resultó insoportable. Un combatiente de una unidad establecida en el delta del Mekong describió, años más tarde, el impresionante y siniestro silencio de la selva, que solo rompían las criaturas salvajes: «Entre la inmensidad de la selva, las aguas contaminadas y la malaria, siempre había tristeza». El comandante de una compañía estalló ante sus superiores, golpeándose el pecho y diciendo: «¡Prefiero morir a vivir así! ¡Empecemos la lucha armada!».[60]

La orden que los partidarios de la OCVnS habían ansiado tanto les llegó por fin en septiembre de 1960: habría levantamientos coordinados contra las fuerzas gubernamentales. Desde entonces, los territorios de la revolución se ampliaron con gran velocidad. Un tercio de la población de Vietnam del Sur —se calcula que unos seis millones de personas— vivía bajo el control, franco o encubierto, de los comunistas. Los cuadros emprendieron con energía la redistribución de las tierras de cultivo. La actividad de la guerrilla se multiplicó, en particular en el delta, donde los insurgentes se aprovechaban de que los lugareños conocían a la perfección

los entresijos del río y las mareas. Se tendían emboscadas en los meandros de los arroyos y canales; había minas sujetas a maderos flotantes y conectadas a detonadores eléctricos ocultos en la orilla. Si en aquel momento la sociedad de Vietnam del Norte se caracterizaba por su feroz regulación y disciplina, en el Sur, como respuesta al terrorismo, la sociedad experimentó una militarización opresiva. Nueve décimas partes de la ayuda estadounidense se invertían no en el desarrollo agrícola o económico, sino en armas con las que sostener al régimen. El grupo de asesores norteamericanos se centró en crear un ejército convencional, capaz de resistir una invasión que bajara del norte, como había ocurrido en Corea del Sur. Entre tanto, en una provincia de seiscientos mil habitantes había seiscientas compañías de policía, nueve de Guardia Civil y veinticuatro secciones de milicianos, que defendían 115 poblados y treinta puestos fortificados. Aun así no bastaba para contener la marea comunista.

En 1960, las tensiones de la Guerra Fría se agravaron por todo el mundo. En abril, la dictadura surcoreana de Syngman Rhee se vino abajo, lo que provocó exultación en Hanói, con la esperanza de que Diem no tardara en sufrir la misma suerte. Una semana después, los rusos derribaron un U-2 estadounidense, en vuelo de reconocimiento, lo que dinamitó la distensión Este-Oeste. La brecha abierta entre chinos y soviéticos tenía un reflejo cada vez más evidente en la política de Vietnam del Norte, con Ho Chi Minh esforzándose en vano por mediar. Le Duan, Le Duc Tho y la facción prochina se hicieron con el dominio del politburó. Hanói no pudo resistirse por más tiempo al imperativo político de apoyar la lucha armada del Vietcong. La única duda era cuánta ayuda debían proporcionar, y con qué rapidez; Le Duan se enfrentaba a la perspectiva de respaldar la guerra que deseaba sin contar prácticamente con más recursos que los de su propio país.

Entre tanto en Saigón, el 26 de abril de 1960, dieciocho destacados anticomunistas de Vietnam del Sur se reunieron en un hotel famoso, donde dieron a conocer el «Manifiesto del Caravelle», firmado por un «grupo de patriotas» que exigía al gobierno un cambio de rumbo. Aquel mismo año, algo más tarde, el embajador estadounidense Elbridge Durbrow envió a Diem una nota que resumía las reformas que Washington consideraba

esenciales: hacer públicos los presupuestos y las decisiones del gobierno; permitir que representantes electos sometieran todos los ministerios a examen; liberalizar las leyes de prensa y mejorar las relaciones con los medios de comunicación extranjeros; crear programas «familiares» en la radio, dirigidos a los campesinos; conceder créditos más generosos a los agricultores.[61] Eran medidas razonables —quizá indispensables— para una democracia funcional, pero Diem las consideró inaceptables. Así pues, igual que hizo caso omiso del «Manifiesto del Caravelle», interpretó que esta lista de los deseos era una manifestación de la condescendencia norteamericana. Tal vez podría haberle respondido también a Dubrow preguntándole hasta qué punto el politburó del norte daba cumplimiento a todas esas ilusiones liberales.

Estados Unidos siguió preocupado, antes que nada, por la lucha armada. Washington respondió al levantamiento del Vietcong duplicando el número de asesores militares, con lo que el total pasó de 342 a 692; con ello superaba el límite que los Acuerdos de Ginebra imponían sobre tal clase de personal. Sus comandantes —entre los que destacaba el general Sam Williams, del Grupo de Asistencia y Ayuda Militar (MAAG, en sus siglas inglesas)— contemplaban a las guerrillas como un simple problema de seguridad que debía abordarse a punta de pistola.

A finales de 1960, los comunistas cambiaron oficialmente el nombre del movimiento de resistencia del sur a Frente de Liberación Nacional (FLN). Es importante señalar que, aunque todos sus líderes eran comunistas, el FLN intentaba proyectar una imagen de coalición nacionalista. Al presidente estadounidense John F. Kennedy, que accedió al poder en enero de 1961, se le dijo que este movimiento constituía una amenaza intolerable para la libertad y la democracia en el sudeste asiático. Como objetivos expresos, el FLN aspiraba a llevar la unidad social al sur, derrocar a Diem, expulsar a los estadounidenses, imponer una redistribución de las tierras y emprender una negociación para unificar el país.[62] No se decía nada sobre la inamovible intención de Le Duan de crear una sociedad estalinista.

En los años posteriores a los Acuerdos de Ginebra, los dos Vietnam tuvieron la mala suerte de caer en manos de gobiernos crueles e incompetentes. Si los campesinos del sur hubieran tenido noticia de las penalidades de sus hermanos septentrionales, quizá habrían tenido una opinión menos negativa sobre sus propias circunstancias: al menos, entre el pueblo de Diem, pocos pasaban hambre. Sus patrocinadores estadounidenses se equivocaron de medio a medio al valorar las actitudes de Moscú y Pekín, y culparon a sus líderes de fomentar la insurgencia creciente. En realidad, hasta 1959 la resistencia al régimen de Saigón fue espontánea y de origen local; y más adelante, durante cierto tiempo, no recibió apoyo extranjero, sino tan solo norvietnamita.

Entre las personalidades que impulsaron el renacer de la lucha por la unificación, el más destacado fue, sin lugar a dudas, Le Duan, hasta el punto de que es difícil exagerar el papel que interpretó, personalmente, en los acontecimientos posteriores. En cuanto a sus camaradas del politburó, parece razonable conjeturar que algunos optaron por iniciar una guerra en el sur para no tener que reconocer el fracaso de la política nacional, así como para dar una nueva meta al pueblo de Ho Chi Minh, muy agotado. La fortuna les acompañó por el hecho de que el enemigo «imperialista» —indispensable para un régimen como el suyo— había vinculado su destino a Ngo Dinh Diem, cuya incapacidad no tenía parangón. Ninguno de los bandos merecía salir vencedor de la guerra que estaba cobrando impulso.

6

Una parte del camino, en compañía de Kennedy

1. «PERDERÁN SU PAÍS A NO SER QUE...»

Cuando Dwight D. Eisenhower informó a su sucesor, John F. Kennedy, sobre las cuestiones que debería abordar durante la presidencia, los viejos clarines de la caballería sonaban no con relación a Vietnam —del que Eisenhower no dijo nada—, sino a Laos. El presidente saliente afirmó que el Departamento de Estado le había advertido de que Laos era «una nación de homosexuales», comentario que divirtió a Kennedy;[1] e instó a su sucesor a vigilar este primer dominó, clave en el sudeste asiático: si perdían el país, corrían el peligro de perder la vecina Tailandia. Sería toda una prueba para la resolución del nuevo comandante en jefe: un rito de paso. La perspectiva nos puede parecer fantasiosa, vista desde nuestros días, pero en aquellos momentos se antojaba verosímil. Laos, Laos, Laos, antaño conocido como «el país del millón de elefantes», copaba los titulares en todo el mundo como lugar de colisión de las fuerzas comunistas y no comunistas. En 1960, el *New York Times* dedicó el triple de espacio a este diminuto país selvático —de pocos habitantes y muy pobres— que a Vietnam.

El pueblo laosiano —la multiplicidad de grupos étnicos que lo integran— ha dejado perplejo al mundo. Se diría que ha sobrevivido con una sonrisa a un siglo de disturbios políticos, hambrunas, guerras civiles y tragedias provocadas desde el exterior. Sus habitantes aman las fiestas y los chistes priápicos, sobre todo el festival pirotécnico de verano, cuando todo el mundo crea sus propios fuegos artificiales y cohetes (algunos, colosales) y los lanza al aire sin preocuparse por el peligro mortal que representan para su vida y sus posesiones. A finales de la década de 1950, los estadounidenses empezaron a llenar de dinero un país que, desde que Francia le había otorgado la independencia, en octubre de 1953, se decía que se había convertido en un foco de interferencia de los chinos y norvietnamitas. Un periodista del *Wall Street Journal*, tras visitar la zona, describió a sus líderes como «ahogados en el éxtasis de la ayuda

estadounidense», con neveras y coches grandes, mientras el resto del país subsistía con unos ingresos medios de 150 dólares al año. La CIA empezó a interesarse por el lugar, en buena medida porque sus oficiales —como el tejano Bill Lair, que se hizo famoso allí— se enamoraron de esta nueva frontera. Robert Amory, colega de Lair, afirmó más adelante que muchos de los hombres de la Agencia elogiaban Laos como «un lugar excelente donde guerrear».[2] Fuera de Vientián (la capital del país, fronteriza con Tailandia), cada cual podía hacer lo que se le antojara —llegado el caso, combatir contra quien quisiera o cultivar los narcóticos que le pareciera— sin molestar a nadie cuya respuesta fuera de temer.

El gobierno laosiano —si cabe denominar así a una frágil agrupación de potentados locales y generales— mantuvo el poder precariamente hasta 1960, cuando estalló una guerra civil que se libró en las calles de la propia Vientián. Los estadounidenses concluyeron que los comunistas iban a tomar el poder, pero sin bases firmes para tal razonamiento. Ciertamente, los rojos vagaban por el país, tanto los nativos del movimiento Pathet Lao (que, de forma intermitente, reclamaban integrarse en coaliciones) como algunos soldados norvietnamitas. Bill Lair logró asestar un golpe —que recibió elogios— tras establecer un acuerdo con un caudillo local, el *hmong* Vang Pao. A cambio de dinero y armas, este caudillo emprendió una campaña guerrillera contra los comunistas. La inversión inicial de los estadounidenses, en él mismo y los de su calaña, pasó de cinco millones de dólares a once, en 1962, y ascendió hasta los quinientos millones a finales de la década, cuando Vang Pao se proclamaba el líder de veinte mil combatientes —con un éxito notable en el campo de batalla— y había amasado una fortuna gracias al tráfico de drogas. Se desplegó a unos setecientos miembros de la CIA, en su mayor parte dedicados a actividades paramilitares secretas, a desviar comida y armas a los hombres de las tribus y sus familias, a saltar por aquí y por allá entre las montañas con sus tejanos y aviones Pilatus Porter (que no requerían pistas de aterrizaje largas), de vez en cuando uniéndose también en persona a una batalla.

Aquel país ínfimo llegó a ocupar un lugar incomprensible en las agendas tanto de los países del Este como de los occidentales. Mao Zedong le preguntó a Le Duan por el tamaño del país, a lo que este respondió: unos doscientos mil kilómetros cuadrados, con una población de dos millones de

personas. «¡Por Dios! —dijo Mao—, tanta tierra y tan poca gente... Yunán tendrá una extensión similar, pero cuarenta millones de habitantes. ¿No sería una buena idea que pudiéramos enviar allí a vivir a quince o veinte millones de personas?».[3] Los polacos e indios del CIC consideraron mejor, por razones políticas, cerrar los ojos ante el aterrizaje de transportes soviéticos en la base aérea de Gia Lam, en Hanói, donde desembarcaban material bélico destinado a Laos. Washington presionó al gobierno conservador británico para que apoyara una acción contraria de Estados Unidos y, en la cumbre de marzo de 1961 con Kennedy, el primer ministro Harold Macmillan prometió (no sin reticencia) hacer alguna clase de gesto militar si el gobierno de Vientián se hundía. Cuando las tropas del Pathet Lao se desplazaron hasta las inmediaciones de la frontera occidental de Laos, el año siguiente, se respondió desplegando un escuadrón de cazas de la RAF en la vecina Tailandia. Era la historia habitual: los británicos deseaban evitar como fuera un nuevo enfrentamiento militar, pero eran del todo incapaces de decir que no a Estados Unidos.[4]

Como cadete de West Point, Mike Eiland participó en ejercicios situados en el ficticio país de Soal —Laos, leído del revés—,[5] al tiempo que, en Washington, la Junta de jefes del Estado Mayor Conjunto (EMC) se inclinaba por enviar tropas de tierra. En mayo de 1961, sin embargo, el presidente Kennedy declaró que prefería reforzar las operaciones encubiertas, por las que sentía un entusiasmo idealizado. Lo mejor sería, en cualquier caso, que todas las potencias extranjeras dejaran de intervenir en la llanura laosiana de las Jarras. El errático príncipe Norodom Sihanouk, soberano de la vecina Camboya, propuso una conferencia internacional —hija bastarda de la de 1954— para convertir Laos en un espacio neutral. Con diversos grados de renuencia, todas las partes interesadas se acabaron apuntando. Tras más de un año de negociaciones, en las que se distinguió Averell Harriman, en julio de 1962 Estados Unidos, Rusia, China y los dos Vietnam suscribieron unos nuevos Acuerdos de Ginebra para la «neutralización» de Laos.

Los líderes de Hanói trataron el convenio con desdén: Saigón entendió que era tan solo un apaño de Moscú para disimular las operaciones militares y que no debía respetar lo convenido, como por otro lado ya había hecho antes con el acuerdo de 1954. Así, las tropas norvietnamitas siguieron

moviéndose libremente por Laos, aunque siempre se negó que estuvieran allí. En la CIA hubo cínicos que calificaron la Ruta de Ho Chi Minh como «Autopista de homenaje a Averell Harriman», porque el veterano diplomático no había instaurado ningún sistema para corregir la violación sistemática de los Acuerdos por parte de los comunistas. Para los fines de la presente historia —que es la de Vietnam— bastará con recordar que desde entonces gobernó en Vientián el príncipe Souvanna Phouma, que destacó aún más como esclavo de Estados Unidos. En el resto de su selvático y lanudo país se prolongó una guerra que, de forma intermitente y sin reconocimiento público, costó la vida a varios cientos de miles de personas, víctimas de la insistencia de Hanói en utilizar Laos como una red de rutas por las que abastecer sin riesgos Camboya y Vietnam del Sur; así como del afán estadounidense por impedirles ese uso, sin incumplir demasiado claramente con el pacto neutralizador.

Casi desde el primer día de la presidencia de Kennedy, el economista Walt Rostow —un catedrático del MIT que durante la segunda guerra mundial había sido experto en el análisis de los objetivos de bombardeos, pasó a ocupar una asesoría específica en materia de seguridad nacional y, a los pocos meses, dirigía la planificación general del Departamento de Estado— instó a la administración a dirigir la mirada a Vietnam, no a Laos. El propio presidente admitió pronto que Vietnam parecía un lugar más adecuado para amilanar a los comunistas: frente a la intensificación de las actividades guerrilleras, había que apuntalar mejor a Diem. En el delta del Mekong, la seguridad se había vuelto tan precaria que los hospitales civiles solo podían recibir los suministros médicos con la intervención de los aviones y helicópteros de la CIA, entre aldeas abandonadas y arrozales sin cultivar. En mayo de 1961, el vicepresidente Lyndon Johnson visitó Vietnam, abogó porque Estados Unidos mantuviera su respaldo y calificó a Diem como «el Winston Churchill de Asia». Según la posterior valoración que David Halberstam hizo de este viaje: «Había empeñado nuestra palabra. No solo reforzó el compromiso de la administración de Kennedy ... hundió más a Washington en las arenas movedizas de Saigón e intensificó la retórica, sino que además implicó al propio Lyndon Johnson en persona. Para él, la palabra dada no era algo baladí».[6]

En octubre, Ed Lansdale escribió al general Maxwell Taylor, comandante de las fuerzas aerotransportadas durante la segunda guerra mundial y asesor militar personal de Kennedy hasta que fue elegido presidente de la Junta de jefes al año siguiente: «Los vietnamitas son un pueblo enérgico y capaz. Hoy no parecen ser ellos mismos. Perderán el país a no ser que alguna chispa prenda el fuego que los active para ganar esta guerra. Tal chispa podría ser, desde luego, situar a los estadounidenses correctos en las áreas correctas del gobierno vietnamita, para que proporcionen una guía operativa ... Esta clase de trabajo requerirá a estadounidenses con talento y empatía».[7]

Así pues, Lansdale recomendó solucionar los problemas de los vietnamitas enviando a más estadounidenses y, durante los treinta y cuatro meses de presidencia de Kennedy, eso fue lo que se hizo. En mayo de 1961 se mandó a cuatrocientos boinas verdes, a los que siguieron, a los pocos meses, cuarenta helicópteros del ejército de Tierra, con un personal total de cuatrocientos responsables de mantenimiento y vuelo. También fue creciendo el cuerpo de asesores, que no tardó en prestar servicio junto al ERVn, desde la cúpula hasta el nivel de los batallones; a mediados de 1962 eran ocho mil personas. El 8 de febrero de 1962 se creó el MACV (cuartel general de las fuerzas armadas estadounidenses en Vietnam) y a Hanói no le pasó por alto que Kennedy pretendía subir las apuestas. En noviembre de 1963 había dieciséis mil estadounidenses sobre el terreno: soldados de Tierra, Mar y Aire; técnicos y pilotos; expertos en escuchas telefónicas y en agricultura; analistas sociales con formación académica y extravagantes vaqueros de las fuerzas especiales; agentes y peritos de toda clase.

La ayuda estadounidense ascendía ya a los cuatrocientos millones de dólares al año; no había precedentes en el total de vehículos y pertrechos militares enviados. En abril de 1962, el gobierno de Diem se embarcó en un programa de «poblados estratégicos» que pretendía perfeccionar las anteriores «agrovillas»: separaba a los campesinos de las guerrillas reubicándolos en territorios alambrados, pero a costa de alejarlos de las parcelas funerarias, de gran importancia para todas las familias vietnamitas. Un informe de la Corporación RAND puso en duda que estas medidas fueran aceptables, pero en el Pentágono el general de división de la Marina Victor Krulak (apodado «el Bruto») dio un puñetazo en la mesa y aseveró

que su país «obligar[ía] a los campesinos a hacer lo que fuera necesario para el éxito del programa».[8] Estos poblados tuvieron una notable importancia táctica, pues complicaron la vida al Vietcong; pero la factura social y política fue elevada. Howard Simpson, veterano de los días de Indochina, contempló cómo se llevaba al lugar de reasentamiento a un «grupo de campesinos hoscos y desanimados». Un anciano con llagas en el cuero cabelludo protestó con vehemencia, en un francés fluido, ante un equipo de televisión que filmaba la escena: «¡No es justo! Nos obligan a mudarnos. No queremos mudarnos. ¡Díganselo! ¡No es justo!». Cuando el servicio de seguridad se alejó, el viejo campesino estaba sollozando sin consuelo: «Los americanos no lo entienden. ¡Díganles a los americanos que no queremos irnos!».[9]

En una conferencia estratégica celebrada el 23 de julio de 1962 en Honolulu, el general Paul Harkins dijo ante una audiencia de políticos y jefes militares, encabezada por el secretario de Defensa[*] Robert McNamara: «Durante el mes de abril se han organizado 434 operaciones terrestres ... en mayo han ascendido a 441. En junio los aviones han emprendido más de mil vuelos ... El presidente Diem ha indicado que planea que sus tropas salgan con más frecuencia y se queden por más tiempo ... No cabe duda de que estamos en el bando ganador». Cuando se le preguntó por fechas, Harkins calculó que a finales de 1963 se habría obtenido la victoria frente al FLN. McNamara introdujo un matiz de prudencia: «Debemos contar con lo peor y ajustar nuestros planes en consecuencia», lo que, a juicio del secretario de Defensa, podría retrasar la derrota del Vietcong hasta finales de 1965.

En aquellos años de Kennedy, muchos de los personajes que interpretarían un papel durante la guerra estadounidense (algunos, destacado, otros, no tanto) se fueron reuniendo en torno de la escena para aprenderse qué debían decir. En 1961, Duong Van Mai viajó de Saigón a Washington, para estudiar. Quedó fascinada con Estados Unidos, pero se sentía incómoda con la segregación de los estados sureños y no tenía claro si esperaban de ella que usara los aseos para blancos o para personas «de color».[10] Poco después conoció a David Elliott, quien sería no solo su marido, sino también la otra mitad de una asociación destacada que dedicó buena parte de ambas vidas a estudiar al pueblo vietnamita. Elliott, que era de Boston,

estudió en Yale antes de prestar servicio en una unidad de intercepción de radio del ejército estadounidense en la base aérea de Tan Son Nhut. Luego pasó un año con el espionaje del MACV, antes de incorporarse a la RAND, para la que emprendió un duradero programa de investigación en el delta. ¿Por qué Vietnam? Para Elliott, «era donde estaban pasando cosas, el frente más intenso de la Guerra Fría. Me habían ofrecido un asiento en primera fila para ver la historia en proceso».[11]

Tanto los idealistas como los sensacionalistas se lanzaron con igual entusiasmo a la embriagadora espesura que creaban en las calles de Saigón el humo de los diésel, las especias, el sonido incontinente de las bocinas, el calor irrespirable. Algunos de los que subían paseando por Tu Do para contemplar el paisaje desde lo alto —o, más probablemente, a las chicas del lugar— eran jóvenes brillantes ansiosos por arreglar el mundo, que llegaron a preocuparse apasionadamente por los vietnamitas. Frank Scotton, nacido en 1939, había crecido en Massachusetts, «donde la guerra revolucionaria contra los ocupantes y opresores extranjeros forma parte de la cultura»; su padre había encontrado la muerte en la batalla de las Ardenas, en 1944. «Pensé que podría ser de alguna utilidad. En el pasado habíamos sido buenos caldereros, íbamos por ahí arreglando cosas. Teníamos la confianza popular en que siempre venceríamos, incluso después de que Corea hubiera quitado algo de brillo al ideal». Durante el largo período de Scotton en Vietnam, nunca perdió de vista el legado de su familia, que se había caracterizado por la bravura frente al sufrimiento físico: «No quería que sintieran que yo no estaba a la altura».[12]

Prefirió unirse a la Agencia de Información de Estados Unidos, no al Servicio Exterior, «porque de natural soy un hombre de campo». En Washington, antes de emprender el vuelo, se encontró con tres jóvenes tenientes vietnamitas que le preguntaron si hablaba su lengua. Respondió que no, pero que le habían dicho que el francés le serviría. Los vietnamitas pusieron cara de incomodidad: «Esa es la lengua colonial», dijo uno de ellos.[13] Cuando el estadounidense llegó a Vietnam, en 1962, no tardó en comprender de qué desventaja adolecían casi todos sus coetáneos, que no estaban en condiciones de conversar. «Ni siquiera sabían pronunciar los nombres de los sitios. También me quedó muy claro que estábamos lidiando con una trayectoria histórica muy larga. A las pocas semanas sabía

lo suficiente para darme cuenta de que Diem no era “el Winston Churchill de Asia”.»

Scotton se puso a estudiar el país con entusiasmo, y viajó sin miedo —más bien, con imprudencia— por arrozales y selvas, supervisando una encuesta para el embajador estadounidense sobre los sentimientos de los habitantes de los poblados remotos. Entre el reducido número de estadounidenses que se comprometieron con la causa, Scotton afirmó: «Siempre andaba buscando otras personas que pensaran como yo. Había una diferencia entre los que nos preocupábamos de verdad y los que no». Los jóvenes saigoneses que lo conocieron no tardaron en calificarlo de *ky qua* («raro, excéntrico») y buena parte de los estadounidenses se habrían mostrado de acuerdo: en la embajada lo llamaban «el chucho asilvestrado». Vietnam le costó un matrimonio: su esposa Katherine se esforzó por adaptarse a la vida en Qui Nhon, donde daba clases de inglés; pero a los pocos meses, regresó a Estados Unidos y se divorciaron. Desde entonces, Scotton encadenó relaciones apasionadas con mujeres vietnamitas.

Doug Ramsey también llegó en 1962, recién salido de la escuela de idiomas. Los primeros meses lo destinaron a distribuir material de la AIEU desde una oficina situada en Dalat. «Me parecía irónico repartir un documento titulado “Mundo libre” que respondía a los intereses de la dictadura de Diem.» Los lugareños tenían la cautela de no expresar sus opiniones ante un extranjero, al menos hasta que no lo conocían bien; pero Ramsey no tardó en decidir que Diem no le parecía un líder creíble ni sostenible y, en cambio, se entusiasmó con una imprecisa «Tercera Fuerza» política. «Lo que Frank Scotton estaba haciendo me interesaba; era intentar construir desde la base.» Se fue convenciendo de que una década o dos de dominio comunista eran preferibles a «la imbecilidad de nuestras medidas», que se traducían en una guerra interminable.[14] Cuando uno de los bandos dominaba una zona determinada, «en muchos lugares, esto no iba más allá del alcance mortal de un AK-47 o un M-14». Ramsey afirmó sentirse menos inquieto por el terrorismo comunista que por «los ataques indiscriminados de la fuerza aérea o la artillería según los emprenden Estados Unidos y el régimen de Saigón». En la zona inferior del país, en el delta del Mekong, no tardó en tener una primera impresión de las limitaciones de las fuerzas gubernamentales cuando el mero rumor de un

ataque inminente del Vietcong hizo que la unidad local del ERVn se diera a la fuga.

Bob Destatte era uno de los dieciséis hijos de una familia católica de obreros de Ohio, pobres pero muy trabajadores. Dejó de lado un curso universitario para ingresar en el ejército: «Quería ver mundo, más allá de mi pequeña ciudad de nacimiento».[15] Se presentó voluntario para la Agencia de Seguridad del ejército de Tierra porque un amigo militar le aseguró que esto le garantizaría un destino en ultramar, y se especializó en la intercepción de morse. En 1961 lo enviaron a Saigón. Mientras estaba en el avión que lo llevaba al país, esperaba que ocurriera algo, dijo, como encontrarse con «esos personajes de [las historietas de] *Terry y los piratas*, que acechaban por las esquinas». Pero desde el momento en que, desde la trasera de un camión, vio a las dos primeras chicas vestidas con *ao-dais*, cambió de opinión; tanto cambió que, a los pocos meses, con veintidós años cumplidos, se había casado con Anh-Nguyet Thi. La había conocido cuando un chico vietnamita que trabajaba con su unidad (que, por entonces, tenía la oficina en dos furgonetas de la base aérea de Tan Son Nhut) lo invitó a una cena familiar. La madre le cayó bien desde el primer momento, y la hermana del chico le enseñó a usar los palillos. «Creo que fue amor a primera vista.» Se unieron en una ceremonia civil, pero acordó con los oficiales que el matrimonio no se hiciera oficial hasta poco antes de su fecha de regreso, prevista en 1963, porque las bodas locales suponían una repatriación automática. A diferencia de muchos emparejamientos similares, el matrimonio Destatte fue duradero.

Bob Kelly, asesor en materia de guerra psicológica, que colaboraba con el ERVn en el delta del Mekong, organizó manifestaciones progubernamentales, la primera de las cuales fue un éxito con algún que otro pero. A los lugareños se los concentró como ganado y se los dejó esperando al sol y sin agua. La culminación del festejo iba a ser el vuelo bajo de un C-47 que emitiría propaganda gubernamental. El avión llegó temprano y, desde su altura de un millar de pies, el estruendo de los motores ahogó el discurso que el jefe provincial quería dar sobre el terreno. Desde el altavoz del avión se preguntó entonces, en vietnamita: «Señor presidente provincial, ¿ha terminado ya?». Esto humilló y enfureció a los funcionarios locales, cuyo humor no mejoró cuando el avión empezó a

lanzar octavillas en atados que no se abrieron en el aire y, por lo tanto, aterrizaron como bombas. A los estadounidenses implicados —algunos, muertos de la risa, y otros, avergonzados y a punto de llorar— no se les ocurrió siquiera que era del todo inapropiado que los vieran organizando una concentración política en Vietnam.[16] William Colby, nacido en 1920, pasó parte de su infancia en China y luego estudió en Princeton. En 1944-1945, pasó algunos meses prestando servicio con la OSS, en la Francia y la Noruega ocupadas; le pareció una experiencia sumamente romántica, en comparación con el aburrimiento que le supuso trabajar varios años para el bufete de abogados de William J. Donovan (conocido como *Wild Bill*, «Bill el Salvaje»).[*] En 1950 empezaron tiempos mejores, pues se incorporó a la CIA, «una banda de hermanos». Hizo tareas de aprendizaje en Suecia e Italia y, en 1959, lo destinaron a Saigón. Tras recorrer buena parte del país, determinó que a lo sumo cabía aspirar, como objetivo realista, a contener a los comunistas. Disintió de Max Taylor y Walt Rostow cuando estos recomendaron incrementar mucho la potencia de los asesores de Estados Unidos; Vietnam «no era, en realidad, un problema militar».[17] En julio de 1960 Colby fue nombrado jefe de la base de la CIA y presidió una serie de intentos frustrados tanto de infiltrar grupos paramilitares en el Norte como de acometer al Vietcong con operaciones contraterroristas. Al igual que muchos estadounidenses, comprendió algunos factores del embrollo vietnamita, pero nunca lo suficiente para desarrollar políticas coherentes.

Al Gray nació en 1928, en Nueva Jersey; su padre era maquinista de tren. Gray, que hizo carrera como infante de Marina, no tuvo problema en adaptarse a la instrucción: «Éramos tipos duros». Como suboficial, y oficial desde 1952, estuvo brevemente de servicio en la retaguardia de la guerra de Corea, en calidad de observador avanzado. Desde entonces se dedicó a las comunicaciones de inteligencia y las operaciones especiales, y se encargó de monitorizar Corea del Norte, Rusia y la frontera birmano-tailandesa. En 1960 destinaron al capitán Gray a Saigón; desarrolló afecto por los survietnamitas, y admiración por Diem: «Me pareció que estaba en el camino correcto». Por su proximidad al espionaje, se movía con ropa de civil, a menudo como pasajero de Air America. Pasó diez años más trabajando en un área intermedia entre los marines y la comunidad de la inteligencia: «Estaba convencido de que lo que estábamos haciendo, algún día, iba a salvar vidas».[18]

Todos ellos vivieron aventuras, que era, por descontado, lo que en su mayoría habían ido a buscar. Aunque Frank Scotton era civil, le apasionaba vagar por las zonas rurales, a menudo solo (pero siempre armado), en búsqueda tanto de acción como de conocimiento. Esta práctica le metió en situaciones inesperadas para un miembro de la Agencia de Información. Cierta mañana, mientras paseaba a primera hora por la Meseta Central, vio acercarse a un hombre con un arma colgada. «Me habría sentido aliviado si no me hubiese visto y, sencillamente, hubiera pasado de largo. Pero sacó el fusil y lo levantó mientras me miraba, tan sorprendido como yo mismo. Yo fui el más rápido, porque tenía la carabina cargada y sin seguro. Estábamos tan cerca que no podía fallar. Apuntar es tan fácil como señalar con el dedo, es extender la intención. Si hay que hacer algo, asegúrate de que se hace: disparé varias veces. Luego no me sentí culpable, solo alguna clase de remordimiento profundo porque dos extraños se encuentren en una colina y uno pierda la vida.»[19]

En otra ocasión, Scotton se movía por el campo guiado por el joven miembro de una tribu. Cuando ya caía la noche, vieron a dos hombres armados que paseaban con aire descuidado en dirección a ellos. El compañero del estadounidense saltó adelante y liquidó al VC de atrás clavándole un puñal en la espalda. Cuando el otro se volvió para utilizar el fusil, Scotton lo abatió con varios disparos. El *montagnard* («montañés») arrastró el cuerpo de la víctima que él había matado hasta un cruce de caminos y lo sentó, con la espalda recta, como si mirara al lugar del que había venido. Scotton le preguntó a su guía, que hablaba un poco de francés, por qué lo hacía. El hombre se encogió de hombros y alegó: «*C'est la guerre psychologique*!».[20]

A lo largo de los años de Kennedy, en Washington hubo un debate sostenido sobre si Estados Unidos debía limitarse a la participación de apoyo y asesoría o bien ir mucho más allá y empezar a desplegar grandes unidades de combate. El general Maxwell Taylor estaba entre los que —antes de retirar lo dicho, cuando profundizó en el conocimiento de la zona— era partidario de incrementar la presencia de las tropas. «En Vietnam del Sur, la acción no va a resultar excesivamente difícil ni desagradable ... Vietnam del Sur es sumamente vulnerable al bombardeo convencional ... No hay razón para temer que los comunistas asalten con todas sus fuerzas

Vietnam del Sur y los Estados vecinos, en especial si se permite que nuestra fuerza aérea actúe con libertad.» Como militar, Taylor contemplaba el conflicto como un problema militar. En consecuencia, recomendó enviar a un mínimo de ocho mil agentes logísticos.

El secretario de Estado, Dean Rusk, y el de Defensa, Robert McNamara, tenían una opinión distinta; ninguno creía que una participación reducida lograra resultados suficientes para justificar su coste político. El Pentágono calculaba que, para expulsar a los comunistas de Vietnam del Sur, tendría que desplegar a 205.000 soldados estadounidenses. Algunos de los jóvenes diplomáticos que habían acompañado al general durante la visita a Vietnam no solo se oponían a la propuesta tayloriana de enviar tropas, sino que consideraban que el régimen de Diem era insostenible. En las decisiones estratégicas pesaba sobremanera el recuerdo de la segunda guerra mundial. La lección principal de aquella contienda parecía haber sido que un poder abrumador resulta irresistible. Greg Daddis ha escrito: «El error común a la mayoría de los oficiales de las fuerzas armadas y grandes funcionarios del Estado ... fue la confianza en que el poder militar (definido a grandes rasgos) podía hacer realidad objetivos políticos en Estados poscoloniales».[21] Disponer de fuerzas colosales puede tener un efecto corruptor: hace que los que ejercen la autoridad política sientan el deseo creciente de emplearlas. Las administraciones de Estados Unidos se han visto seducidas repetidamente por la prontitud con la que pueden ordenar un despliegue y comprobar que se ejecuta de inmediato. Cuando se procura un objetivo, resulta mucho más fácil destinar fuerzas armadas (en particular, las aéreas) que sentarse a comprender las complejidades de un choque social y cultural con un pueblo extraño.

En 1961 —pero también desde entonces— los gestores políticos no eran sensibles al impacto que una presencia militar occidental ocasiona. Se puede hablar con dureza y justicia sobre lo que los combatientes comunistas hicieron en Vietnam; pero su huella sobre el terreno, en comparación con la que dejaban las botas de los militares estadounidenses, era ligera como una pluma. La mera presencia de occidentales acomodados —ya fuera con armas o sin ellas, con uniforme o sin él— por fuerza tenía que surtir un efecto de contaminación sobre una sociedad asiática en su mayoría rural y empobrecida. Como otros norteamericanos señeros, cuando

Bill Colby, de la CIA, fue enviado a Saigón adoptó un estilo doméstico que no habría desentonado con el de un procónsul imperial: ocupó una residencia de lujo con una servidumbre integrada por cinco o seis personas. Los soldados rasos estadounidenses también daban por sentado que los vietnamitas les limpiarían las botas y patrullarían alrededor de sus cabañas.

En cambio, el enemigo, en cuestión de imagen, contaba con una ventaja: apenas poseía nada más que las armas. Una y otra vez se podía escuchar a los campesinos decir que, por muchos errores que los comunistas pudieran cometer, no se estaban enriqueciendo. La riqueza y la tecnología occidentales no generaban envidia entre los vietnamitas pobres, sino que ahondaban en la distancia que los separaba. Ante un visitante tan colosal, nada podía reducir este distanciamiento: ni las visitas del PAMedCi (Programa de Acción Médica para los Civiles; MEDCAP, en sus siglas inglesas), ni las vacunas, la ayuda alimentaria, los tractores, los motores fueraborda, el arroz «milagroso». La asistencia material nunca sirvió para asegurar la gratitud que los donantes confiaban en obtener. Era tópico que los niños que visitaban el zoo de Saigón comparasen a los simios con los estadounidenses, porque unos y otros tenían brazos muy largos y peludos. Algunos ancianos vietnamitas se sentían incómodos con los soldados negros, porque les despertaban el recuerdo de las unidades coloniales del ejército francés, que mostraron una brutalidad excepcional. Tanto los cínicos del lugar como la propaganda comunista afirmaban que Estados Unidos solo enviaba a Indochina las mercancías que su pueblo descartaba, como la odiada harina de bulgur.

Un joven asesor de West Point no lograba resistirse a desdeñar a la persona asignada para servir a su lado: un comandante de batallón de cuarenta y siete años de edad, de dientes ennegrecidos, sin una lengua en común entre los dos. Un oficial del ERVn escribió: «Ningún superior previó o anticipó al joven capitán que debía adaptarse a nuestra situación y nuestro medio cultural. Emprendía conjuras ridículas para controlar a sus homólogos vietnamitas y hacerse con el dominio del batallón como si fuera su juguete».[22] Transcurrido un año, antes de volver a su país, el estadounidense reconoció ante su homólogo que estaba empezando a comprender la guerra y lamentaba su necedad anterior. Pero cuando subió al avión, otro asesor lo sustituyó y el ciclo volvió a comenzar. «Es el cuento

de los asesores: los estadounidenses tienen buena voluntad, pero muy poca paciencia.» Un vietnamita que era candidato a oficial describió la clase de choque de culturas que un estadounidense podía precipitar: en la academia militar de Dalat, un capitán del ejército de Tierra de Estados Unidos golpeó a un cadete en el casco, con el bastón de instrucción, para despertarlo de una siesta; el gesto estuvo a punto de provocar un motín, porque para los vietnamitas incluso el golpe más suave era un símbolo del desprecio colonial. Quien contuvo la rebelión fue el comandante de la academia, el coronel Nguyen Van Thieu, futuro presidente de Vietnam.[23]

El Equipo A de Chuck Allen, de las fuerzas especiales, que estaba en Khe Sanh en el invierno de 1962, se refería a los homólogos vietnamitas como «los CESP»: «capullos enanos, sucios y piojosos», porque «podía ser muy difícil poner[los] en marcha para una misión. No querían salir del campamento. A veces teníamos que sobornarlos con ropa o comida».[24] Los estadounidenses que salían a patrullar se exasperaban por las descargas «accidentales» de las armas, que alertaban al Vietcong, o las columnas de humo de la cocina, deliberadamente altas. «Se tarda un tiempo en aprender que nuestra forma de actuar no siempre era la más idónea ... En Vietnam, los pobres cabrones llevaban quince años en guerra. Y ahí llegamos nosotros, dando lecciones de lo cojonudos que somos, que solo tardaremos seis meses en ganar.» Aquel Equipo A, sin embargo, estaba satisfecho con su rinconcito de actuación, y cantaba una canción que numerosos estadounidenses retomarían antes de que todo acabara: *We were winning where we were* («Donde nosotros estábamos, íbamos ganando»).

La inmensa mayoría de los tres millones de estadounidenses que a la postre prestaron servicio en Vietnam, por el contrario, abandonaron el país sin haber tenido conversaciones significativas con los lugareños, más allá de regatear por el precio del sexo. Era inevitable que las fuerzas estadounidenses requiriesen acceso a instalaciones que reproducían la cultura propia cuando actuaban en un país remoto; así lo hacen todos los ejércitos extranjeros en circunstancias similares. Hasta los propios corresponsales de las numerosas naciones que informaban sobre la guerra daban por sentado el privilegio de refugiarse en las cantinas del ejército para redactar las notas que criticaban ferozmente los errores de los estadounidenses. Pero la forma en la que el grueso de los soldados

estadounidenses vivía aparte de los vietnamitas, salvo cuando se organizaba la violencia, solo podía desembocar en un distanciamiento.

Robert Kennedy, como fiscal general[*] que asistió a la determinación de buena parte de las políticas relativas a Vietnam, afirmó que «una respuesta militar es el fracaso de la contrainsurgencia ... Cualquier intento que pase por alto la base de la reforma social y se centre en la fuerza, las técnicas y los artilugios, está condenado a salir mal y no se le debe dar apoyo».[25] Después de visitar Vietnam en 1961, Lyndon Johnson hizo hincapié en la importancia de contar con «instituciones políticas responsables ... Debe haber un ataque simultáneo, vigoroso e integrado contra las dolencias económicas, sociales y de cualquier otro tipo del pueblo vietnamita. En este ataque, el liderazgo y la iniciativa deben confiarse a los líderes vietnamitas». Roger Hilsman, del Departamento de Estado, opinó que la insurgencia «no es una guerra, sino una lucha política con aspectos militares».[26] Todas estas muestras de sentido común deberían haber llevado a los gestores políticos a una conclusión clara: a falta de cimientos políticos, la intervención militar era vana. Los vietnamitas no se sentían impresionados por los programas y sistemas: lo juzgaban todo a partir de la personalidad, y la mayoría tenía poco aprecio al núcleo familiar de los Ngo, por su crueldad, incompetencia y catolicismo. Incluso algunos estadounidenses se avergonzaron por el hecho de que, según se decía una y otra vez, aunque la base moral para que su país apoyara la resistencia era la democracia, sin embargo Washington se oponía a determinar nada por medio de las urnas.

Ahora bien, también hubo personajes influyentes que siguieron planteando que las deficiencias del régimen carecían de importancia. A Colby, de la CIA, no le inquietaba lo más mínimo que Diem encabezara una dictadura; solo que esta, más o menos, funcionara. Más adelante escribió: «La tarea de Vietnam del Sur requería un liderazgo potente, y la entrega mesiánica de Diem parecía más apropiada que la confusión e indecisión que habrían derivado de aplicar con exactitud la doctrina estadounidense de la separación de poderes».[27] Colby estableció una relación de trabajo amistosa con Ngo Dinh Nhu. Entre los colegas de la Agencia, de hecho, el entusiasmo de Colby por esta figura siniestra no se comprendía; cuando la

organización habló de si convenía reemplazar a Diem, Colby no vaciló en sugerir que su hermano Nhu interpretaría bien ese papel.

El 17 de abril de 1961, cuando los exiliados cubanos, con apoyo de la CIA, invadieron la bahía de Cochinos, Kennedy llevaba menos de cuatro meses en la presidencia. Este suceso eclipsó sus posteriores decisiones políticas. Lo mismo ocurrió con la construcción del muro de Berlín por parte de los comunistas, en agosto; y con Jrushschov, cuando se jactó de que Vietnam era un laboratorio soviético para las guerras de liberación nacional. Por entonces nadie sabía que Occidente acabaría ganando la Guerra Fría. Ningún estadounidense tuvo noticia de que Jrushschov había pedido a Anatoli Dobrynin —que en 1962 fue nombrado nuevo embajador de la Unión Soviética en Estados Unidos— que no olvidara nunca que debía evitarse toda posibilidad de enfrentamiento armado con los norteamericanos y su labor tenía que regirse por esta gran prioridad: «No busque problemas».[28] El mundo vivía en un clima de miedo nuclear y los comunistas representaban un desafío histórico. En tales circunstancias era difícil, para los líderes nacionales y sus asesores, pensar y actuar de forma prudente y proporcionada. Desde nuestro presente a veces resulta fácil olvidar que el otro bando metía la pata con la misma frecuencia y a veces mayor brutalidad que las potencias occidentales; por ejemplo en Hungría, Cuba, Berlín o Polonia.

Kennedy y sus compañeros de cruzada creían hallarse en una competencia global, de vida o muerte, con los comunistas. El presidente afirmó, sobre insurgencias como la del FLN: «Nadie puede decir que esto sean guerras de liberación ... Se trata de naciones libres». Esto era verdad a medias —más verdad de lo que algunos liberales estadounidenses reconocieron en su momento o han admitido desde entonces—, pero también una media mentira, porque por feo que fuese el régimen que gobernaba en Vietnam del Norte, el del sur era poco menos opresivo y solo contaba con el alivio de que el pueblo de Diem no pasaba hambre.

2. LA MONARQUÍA DE MCNAMARA

Un aspecto extraordinario de la toma de decisiones en Washington, entre 1961 y 1975, fue que a los vietnamitas apenas se les dejó participar en

nada. La sucesión de los gobiernos estadounidenses hizo caso omiso de toda petición del pueblo, que de hecho vivía en el campo de batalla y exigía disponer de voz en la determinación de su destino; todo se decidió sin salir de la «americanidad». Frederick (*Fritz*) Nolting, embajador de Estados Unidos en Saigón de 1961 a 1963, advirtió en cierta ocasión al secretario de Defensa Robert McNamara que era «difícil, si no imposible, ponerle un motor Ford a un carro de bueyes vietnamita».[29] El secretario replicó que eso era muy razonable, pero en realidad siguió intentándolo. En *The Best and the Brightest*, de David Halberstam, hay una cita genial sobre el asombro de Lyndon Johnson al ver reunirse por vez primera a McNamara, Rusk, Bundy, Schlesinger, Rostow y el resto de la «Mesa Redonda» de Kennedy. Admirado por la brillantez del grupo, corrió a contárselo a su amigo y mentor Sam Rayburn, presidente de la Cámara de Representantes, que le pinchó el globo con una guasa: «Vale, Lyndon, quizá tengas razón y sean tan inteligentísimos como me dices..., pero me sentiría mucho más tranquilo si alguno de ellos, aunque fuera uno solo, hubiera aspirado a un puesto de *sheriff*».[30] O si conocieran a algunos vietnamitas en persona, cabría añadir. Cuando McNamara visitó Vietnam com Max Taylor, un testigo del ERVn escribió que el secretario dirigió la mayoría de sus preguntas a los asesores estadounidenses que lo acompañaban, y no a quienes combatían de hecho. «Algunos [oficiales] norteamericanos parecían estudiantes revoltosos ... frente a un director de escuela severo ... En un momento que avergonzó seriamente a un oficial de inteligencia vietnamita y su homólogo norteamericano, McNamara quiso saber cuántos de nuestros agentes secretos estaban trabajando en las filas del enemigo.» La respuesta fue que ninguno,[31] como siguió siendo el caso hasta bien avanzada la guerra. La CIA no dispuso de un diagrama que explicara la red directiva de los comunistas hasta 1969.

Además de contar con asesores militares en el campo, la administración recibió toda clase de consejos de los gurús del propio Estados Unidos. La Guerra Fría dio origen a una proliferación de laboratorios de ideas, resueltos a proporcionar tanto estudios tecnológicos como reflexiones intelectuales para la estrategia, en particular para la disuasión nuclear. La Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada (conocida con las siglas inglesas DARPA), que se creó en 1958 tras la conmoción que supuso el lanzamiento ruso del *Sputnik*, concibió toda una serie de técnicas de

contrainsurgencia (más fantasiosas que realistas, en casi todos los casos) y parió asimismo el programa de defoliación química que desplegó el Agente Naranja. La Corporación RAND, con sede en Santa Mónica (California), era un organismo sin ánimo de lucro que recibió gran cantidad de fondos de la fuerza aérea. Dio empleo a personas inteligentes pero mostró predisposición a alinearse con las medidas que ya defendían quienes le pagaban las facturas.

McNamara, como era de prever, fue un entusiasta de su trabajo, que en buena parte reflejaba los sistemas analíticos que él mismo favorecía. Cuando el catedrático británico Michael Howard visitó Santa Mónica, quedó impresionado por la capacidad intelectual que se concentraba allí pero, según escribió más adelante, le inquietó que la RAND «parecía como un monasterio habitado por teólogos astutos pero muy distantes de los asuntos reales del mundo ... Los hombres de la RAND parecían estar cayendo en el error de dar por sentado que todo lo relacionado con la guerra se podía cuantificar».[32] A Howard le resultó especialmente desolador comprobar cómo debatían, con toda seriedad, sobre la rapidez con la que la ciudad de Los Ángeles podría ponerse en marcha otra vez tras una guerra nuclear.

Cuando entró en escena Jack Kennedy, los jefes de la RAND se percataron de que la contrainsurgencia se estaba convirtiendo en un gran negocio y en 1961 enviaron su primer emisario a Saigón. Durante los años siguientes, la asesoría de la RAND cobró mucha importancia. Entre sus lumbreras, casi nadie ponía en duda las razones de la intervención estadounidense: espoleados por la idea de misión, simplemente intentaron descubrir cuál era la mejor manera de que su país hiciera realidad los objetivos. El analista Alex George afirmó: «No había pacifistas en la RAND».[33] En los primeros años de la década de 1960, la mayor parte de la investigación se realizaba en Santa Mónica, porque pocos empleados querían trasladar el trabajo a Saigón.

Para ser justos con la administración de Kennedy, en aquellos días una cantidad no menor de líderes del sudeste asiático —de forma destacada, el singapurense Lee Kuan Yew— compartían, o afirmaban compartir, la convicción de que derrotar a los comunistas de Vietnam era clave para la

estabilidad regional. Lo mismo creían algunos aliados cruciales de la OTAN. Para el gobierno británico, la posición de Estados Unidos en Indochina era precaria, pero el secretario de Exteriores lord Home hizo constar su «esperanza de que los estadounidenses puedan resistir».[34] Aunque Gran Bretaña había mostrado sus reservas al respecto de la intervención militar, ahora que el prestigio occidental estaba en juego, era importante ganar. El primer ministro malasio Tunku Abdul Rahman solicitó a sir Robert Thompson, que había contribuido de forma notable a organizar la derrota de la insurgencia comunista en su país: «Tienen que ir a Vietnam y ayudarme a mantener el frente».[35]

Algunos estadounidenses querían emular los éxitos de Gran Bretaña en la eliminación de insurgencias, pero los funcionarios británicos eran reticentes a admitir que para esos fines se habían empleado medios implacables. En las guerras coloniales fueron menos brutales que los franceses, pero aun así los medios utilizados en la península de Malaca, Kenia, Chipre o Adén no eran aptos para estómagos sensibles. Los aviones de la RAF lanzaron herbicidas químicos, y más adelante, defoliantes, sobre las cosechas de las zonas dominadas por la guerrilla. En 1952, el periódico comunista británico *Daily Worker* reprodujo la fotografía de un infante de Marina que exhibía satisfecho las cabezas de dos terroristas malasios; la explicación oficial —tales «recuerdos» se habían recuperado solo con fines de identificación— no bastó para apagar el debate público subsiguiente. Abundó el bombardeo de poblados. Y, de un modo u otro, los británicos lograron imponerse.

El gobierno de Londres era consciente —con sentimiento de inquietud y, a veces, de culpa— de su condición de copresidente de los Acuerdos de Ginebra originales, y por lo tanto estaba consternado por el creciente número de asesores que Estados Unidos enviaba a Vietnam, incumpliendo lo pactado. En 1961 el embajador británico sugirió que tal vez podría tolerarse que los norteamericanos incrementaran la cantidad en un centenar, y acto seguido se le informó de la llegada de ochocientos. El primer ministro Harold Macmillan, con la lealtad acostumbrada, se conformó sin protestar y aun se sintió aliviado porque no hubiera planes de enviar además tropas de combate. Su gente, sin embargo, instó al Departamento de Estado norteamericano a manejar el incremento con discreción, hasta que en diciembre tuvo que tragarse un nuevo desaire cuando Washington

comunicó la decisión de no atenerse en adelante a diversas cláusulas de Ginebra.

Los británicos siguieron vacilando sobre la magnitud de su propia intervención, paralela a la estadounidense. Seguían concibiendo el sudeste asiático como una región de su propiedad; creían entender la contrainsurgencia; ansiaban como el que más la derrota de los comunistas. En 1962 rechazaron la propuesta de organizar una conferencia similar a la que había concluido neutralizando Laos, pero específica de Vietnam, porque la posición de Diem se antojaba muy débil. Henry Hohler, legado británico en Saigón, escribió en enero, con tono de halcón: «[T]oda solución del problema de Vietnam que no aplaste y erradique al Vietcong supondrá, sencillamente, entregar Vietnam del Sur a los comunistas», un resultado que consideraba que sería «desastroso para la inversión y los intereses británicos en el sudeste asiático, y un perjuicio grave para las perspectivas de que el Mundo Libre pueda contener la amenaza comunista».[36]

Sin embargo, los británicos se vieron del todo superados por la forma en que los estadounidenses gestionaban los asuntos de Vietnam del Sur, y desconcertados por las peleas entre la CIA, el Departamento de Estado, el ejército norteamericano y los sucesivos embajadores. Los estadounidenses, por su parte, estaban descontentos por la interferencia en lo que consideraban su terreno; Ed Lansdale, en particular, no estaba dispuesto a recibir consejos de una panda de perdedores nostálgicos del colonialismo. Lansdale, al igual que el Pentágono, desdeñaba una idea lanzada por el Departamento de Estado: invitar al ejército británico a aportar personal instructor. En línea con ello, el embajador Nolting comunicó a su homólogo británico que el presidente Diem tenía interés, tan solo, en que Robert Thompson lo asesorara en materia de policía y organización. En aquel momento, con un gobierno *tory* en Westminster y Kennedy en la Casa Blanca, es probable que si los estadounidenses hubieran solicitado instructores militares se les hubieran concedido, en lo que quizá habría representado la primera y discreta siembra de una cosecha temible. Al final, el proyecto bélico se limitó a incorporar a Thompson. Su experiencia, unida a las sugerencias de una reducida misión británica, tuvo un efecto relevante: la CIA reconoció que, para que el espionaje fuera más eficaz,

necesitaban una Unidad Especial de la policía, y convencieron a los vietnamitas de la importancia de crearla. Por lo demás, aunque Washington y Saigón recibieron a Thompson en algunas ocasiones, en las grandes cuestiones apenas se tuvo en cuenta su criterio.

En aquel invierno de 1962, los estadounidenses recibieron con alivio una aparente consolidación del régimen. Los australianos accedieron a abrir una academia bélica en la selva. Denis Warner, un experto reputado, defendió la idea ante sus compatriotas: «¿Por qué Australia se implica en la guerra de Vietnam? En parte porque pensamos que una victoria comunista amenazaría el resto del sudeste asiático y pondría en peligro nuestra seguridad, y en parte porque debemos convencer a los estadounidenses de que no somos unos simples tigres de papel ... Viene a ser como la cobertura de un seguro de vida».[37] Pero las cuotas fueron subiendo: en 1969, la cifra de australianos que prestaban servicio en Vietnam llegó a un máximo de 7.672, de los que quinientos perdieron la vida.

Aunque los asesores estratégicos de Washington iban y venían, uno de los consultores fue una constante durante siete años. Este hombre —cuyo papel en la forja de la tragedia de Estados Unidos en Vietnam solo se vio superado por el de Lyndon Johnson— era uno de los caballeros más inverosímiles de aquella corte de Camelot. Robert McNamara contaba cuarenta y cuatro años en 1961 cuando entró por vez primera en su descomunal oficina del Pentágono, la 3E 880. Aparentaba no haber sido nunca joven e irresponsable: entre la administración corría la burla de que McNamara practicaba el *twist* en casa, delante de un espejo, para que el baile inicial en la Casa Blanca no le cogiera con el pie cambiado. Esta antigua estrella de la Escuela de Negocios de Harvard, niño prodigio en la presidencia de la Ford Motors, procedía de una humilde familia de California, y había medrado gracias a su inteligencia y a un esfuerzo ajeno a todo descanso y todo humor.

El carácter de McNamara recuerda una frase asociada a un estadista británico que no destacaba en aritmética: «Usa las cifras como si fueran adjetivos». Cuando este escolta con la mayor distinción de los Boy Scouts estadounidenses salía a pasear con su familia los fines de semana, se cuenta que dictaminaba qué peso correspondía a cada mochila, desde los niños a

su diminuta esposa Margy, con ayuda de una regla de cálculo. Aceptó el trabajo de Defensa porque la oportunidad de ejercer poder le resultó irresistible. Fuera de la familia, era un hombre frío, al que difícilmente cabía catalogar de moral: en 1961 dio su respaldo al invento de la supuesta «brecha de los misiles» estratégicos y atacó sin vergüenza ni medida a su predecesor Thomas Gates.

La oficina de McNamara era como una sala de dínamos: para programar el aumento de los misiles; ampliar el ejército en respuesta a la crisis de Berlín; desarrollar nuevos sistemas de armamento. Durante el drama cubano de octubre de 1962, fue McNamara quien concibió el bloqueo de la Armada estadounidense. Parecía incapaz de dudar de sí mismo y creía que una buena decisión debía ser asimismo rápida. Su obsesión con el control le llevaba a deplorar toda palabrería: amenazaba con la guerra a quien filtrase datos militares y se esforzó por presidir en persona, como la única voz pública, las fuerzas armadas de Estados Unidos.

McNamara dijo ante el Senado, en septiembre de 1961: «El impulso del comunismo soviético, en su afán imperialista por colonizar el mundo, carece de cualquier paralelismo en la historia ... [Ningún dictador] ha estado nunca tan bien organizado ni ha poseído tantos instrumentos de destrucción». En la causa de contrarrestrar la amenaza soviética, no vacilaba en contar mentiras puras y duras; este hábito acabó destruyendo su reputación. Cuando declaraba ante el Congreso, recitaba datos con plena soltura, lo que se interpretaba como un signo de su retentiva extraordinaria; pero el general Fred Weyand comentó que muchos de los «hechos» referidos por el secretario eran, lisa y llanamente, incorrectos. Aunque puso todo su empeño en la Guerra Fría, en el primer año de gobierno se opuso a una intervención en Vietnam de baja escala: «Apenas cabe duda de que iríamos quedando empantanados en una batalla inconcluyente». Por otro lado, si Estados Unidos enviaba a muchos soldados, «la batalla puede ser prolongada y Hanói y [Pekín] quizá intervengan abiertamente ... El éxito dependerá de factores que, en buena medida, escapan a nuestro control; antes que nada, de la conducta del propio Diem».[38]

Pero McNamara no tardó en cambiar de opinión. En mayo de 1962 realizó su primera visita a Vietnam. Paul Harkins, el fantasioso jefe del MACV, fue

el anfitrión del viaje. El general recibió por adelantado una lista de las preguntas del secretario de Defensa, con lo que tuvo tiempo para pergeñar respuestas verosímiles, basadas en estadísticas como las que enamoraban a McNamara, pero totalmente inventadas. Harkins aseveró que la ayuda estadounidense había dado al régimen de Diem la capacidad de derrotar a la insurgencia comunista, aunque al mismo tiempo que informaban al secretario en Binh Duong, en las inmediaciones se atacó a un convoy del ERVn, cinco de cuyos hombres perdieron la vida. Mientras visitaban la base septentrional de Danang, el Vietcong hizo saltar un tren por los aires, a unos quince kilómetros de distancia, y dejó veintisiete muertos y treinta heridos. McNamara le dijo a Neil Sheehan, joven reportero de la UPI: «Según todas nuestras mediciones cuantitativas, estamos ganando».[39] No se dio cuenta de que esas «mediciones cuantitativas» salían del magín de Harkins, de quien Sheehan escribió, un tiempo más tarde: «Se esforzaba por creer lo que deseaba creer y rechazar lo que deseaba rechazar».[40]

Los admiradores de McNamara respetaban su altanería, que interpretaban como signo de imparcialidad e incorruptibilidad; en 1964 se planteó incluso la posibilidad de que fuera candidato a la vicepresidencia como segundo de Kennedy. Hanson Baldwin, el respetado comentarista militar, escribió un artículo en el *Saturday Evening Post* titulado «La monarquía de McNamara», donde describía la nueva burocracia de la defensa.[41] Pero los enemigos del secretario —muchos de ellos, uniformados— entendían su orgullo como una deficiencia. McNamara está convencido —solo que sin razón— de que comprendía a los militares. Un par de años más tarde, James Reston dejó estas líneas sagaces en el *New York Times*: «Posee la sinceridad de un profeta del Antiguo Testamento, pero le falta algo: cierta capacidad de dudar de sí mismo, cierto respeto por la debilidad humana, cierto conocimiento de la historia».[42] Entre 1961 y 1967, pese a todo, McNamara fue la persona que más influyó en la política de Estados Unidos sobre Vietnam, con la sola salvedad de los sucesivos presidentes.

Si algo sabían los estadounidenses que sabían algo de Vietnam era, antes que nada, que en realidad lo ignoraban casi todo al respecto. El asesor militar Gordon Sullivan se había ofrecido voluntario, aterrorizado por la idea de que la guerra se terminara antes de que lo destinaran allí. Este teniente de veinticinco años, originario de Massachussets, aterrizó en el

país habiendo cursado seis semanas de estudios de vietnamita, lo que le permitía decir unas pocas frases de primera necesidad. Saigón le pareció «idílico, una ciudad soñolienta en el río, sin protectores contra la metralla, con bandas de música filipina que tocaban a todo volumen por la calle de Tu Do. No era fácil asesorar en aquellos días: yo tenía una radio, pero al otro extremo no había nada».[43] Desde el principio hasta el fin de la guerra, los vietnamitas apreciaron a los asesores de Estados Unidos, antes que nada, por la capacidad mágica de obtener apoyo del aire y la artillería por medio de un aparato. Al grupo que venía con Sullivan se le advirtió: «Recuerden, chicos, que para empezar se supone que no están aquí». Aterrizó cerca de la frontera con Camboya, en una pista aérea de pacotilla, con un helicóptero H-21 derribado a uno de los lados y un cartel en la torre de control que anunciaba que en la estación seca estaba sesenta centímetros por encima del nivel del agua, y en la húmeda, sesenta por debajo. El oficial que se acercó en *jeep* a recogerlo le saludó con un: «¡Hola, Sullivan! ¿Le gustan las salchichitas y las cebolletas en vinagre? El jefe de nuestro equipo recibe un cargamento nuevo cada dos semanas».

Durante los meses siguientes, el teniente y suboficial fueron recorriendo todo el delta con una enorme caja de medicamentos que dispensaban por las aldeas al tiempo que inspeccionaban los «poblados estratégicos». Al volver la mirada atrás sobre lo demencial que resultaba pasearse por una región que ya estaba repleta de hombres del Vietcong, Sullivan reflexionaba: «Fue una aventura ... Si sobrevivimos, no fue por ninguna razón lógica». Sullivan «intent[ó] conectar con los vietnamitas», pero era como si funcionaran con un voltaje distinto. Otro asesor, el teniente coronel John Paul Vann, le dijo a Frank Scotton, poco después de que este llegara al país: «Joder, por no saber, no sé siquiera qué está pasando al otro lado del río cuando es de noche».[44] Un capitán de las fuerzas especiales, Phan Tan Nguu, afirmó, sobre su relación con los homólogos de la CIA: «A los estadounidenses solo les contaba lo que tienen que saber».[45]

Un importante simulacro bélico del Pentágono —SIGMA I, en 1962— permitió llegar a la conclusión de que, para derrotar a los comunistas, se necesitaría por lo menos a medio millón de soldados estadounidenses. El posterior SIGMA II estudió las posibilidades de la guerra aérea, y resolvió que Hanói no se arredraría, por mucho que se bombardeara. El contraste de

datos y proyecciones expuestos ante quienes tomaban las decisiones comportó que las diversas facciones de Washington oscilaran sin cesar entre las distintas ideas. A lo largo del mandato de Kennedy, la cúpula militar del Pentágono se mostró favorable a bombardear el norte, no así a destinar tropas de tierra.

3. LE DUAN SUBE LA APUESTA

En el transcurso de 1961-1962, el gobierno de Vietnam del Norte se fue alejando de Rusia y estrechando los lazos con China, sin que ninguna de las dos potencias animara por ello a Hanói a continuar la escalada bélica. Los comunistas consideraban que ya había bastantes problemas por todo el mundo: Cuba, Berlín, Albania, el Congo. En el Norte siguió habiendo dificultades: el país perdía medio millón de habitantes al año y, aun así, la producción de cereales per cápita también caía. China solo aportaba dinero con cuentagotas, pero se llevaba un porcentaje sustancial de la producción arrocera del país y tres cuartas partes de la extracción de carbón. Los campesinos pasaban hambre y migraron masivamente a las ciudades, pero allí tampoco encontraban una vida mejor: con la escasez de materias primas, las fábricas languidecían.

A partir de mayo de 1961, la ración de carne de Vietnam del Norte —que incluía gatos y perros— cayó a poco más de cien gramos por persona y semana. Aquel verano, el hambre generó protestas en las que se prendió fuego a almacenes de arroz y que fueron reprimidas por las fuerzas armadas; en agosto, una fábrica de bicicletas quedó reducida a cenizas. En la ciudad de Dong Anh estalló una bomba. El ejército sufrió un motín local y, en dos ocasiones, sus convoyes armados recibieron ataques de tribus *hmong*. Vietnam del Sur y sus asesores estadounidenses promovían tal clase de actos, pero el programa de operaciones que ellos mismos organizaron en el norte tuvo resultados ridículos. En realidad, los disturbios que se vivieron entre el pueblo de Ho Chi Minh fueron abrumadoramente espontáneos, el fruto del hambre; y toparon con una represión eficaz. En octubre de 1961, un diplomático francés informaba de que el pueblo había quedado reducido a una «resignación pasiva». Duong Van Mai dijo, sobre los habitantes septentrionales: «La desinformación era increíble. Era como si la gente estuviera sentada en el fondo de un pozo y no viera más que un

pedazo de cielo. Los comunistas tenían muchos, muchos mecanismos de control».[46]

En este punto, Le Duan dominaba las decisiones políticas de Hanói, como continuaría haciendo durante un cuarto de siglo, aunque el mundo no lo llegó a saber. En la versión hollywoodiana de *El Cid*, quiere la leyenda que los cristianos aseguren a la silla de su caballo el cadáver de aquel héroe medieval para que lidere a su ejército hasta la victoria final. Algo similar cabría aseverar de Ho Chi Minh. Le aterrorizaba la posibilidad de que Vietnam se convirtiera en otra Corea, un campo de batalla devastado por la contienda entre chinos y estadounidenses. Cuando su salud declinó y la iniciativa pasó a manos de los jóvenes, dejó de encabezar las decisiones bélicas, incluso de influir en ellas. Pero siguió siendo un mascarón de proa indispensable, saludado con respeto en buena parte del mundo. Ho y el primer ministro Pham Van Dong quedaron como rostros públicos de la jefatura de Vietnam del Norte, a diferencia de Le Duan, que resultaba casi invisible. Giap, partidario de aliarse con Moscú, recibió la animosidad de camaradas que lamentaban sus excesos, tanto el ansia de celebridad como el cortejo del que se acompañaba; uno de ellos lo tildó de «fanfarrón y presumido». El exjefe de logística de las fuerzas armadas en Dienbienphu odiaba a su antiguo comandante y a menudo se quejó de él ante Ho. Otro destacado general y ministro del gobierno, que era asimismo hermano de Le Duc Tho, comparó al veterano con un viejo barril: «Cuanto más vacío está el barril, más fuerte resuena».[47]

Le Duan exhibió destreza y paciencia en las relaciones con soviéticos y chinos. Se complacía en citar una versión vietnamita del antiguo proverbio del «donde fueres...»: «Cuando vayas a una pagoda, viste la ropa de un monje budista; cuando camines con un fantasma, lleva ropa de papel». Él y su entorno consideraban que los rusos no eran de fiar y que, como habían demostrado en la crisis de los misiles de Cuba, les faltaba valentía. Entre aquellos hombres duros, la ética suprema era la espartana: estaban dispuestos a sufrir por un objetivo mayor. Le Duan lamentó que lo enviaran repetidamente a suplicar a Pekín, donde a menudo recibía desaires. Uno de sus acólitos afirmó que, en 1961, en una visita a Zhou Enlai, este le avisó: «¿Se puede saber por qué estáis luchando en Vietnam del Sur? ... Si la guerra se extiende al norte, os lo advierto: China no enviará tropas para

ayudaros a combatir con los estadounidenses ... Estaréis solos y tendréis que asumir las consecuencias».[48]

A veces, Le Duan se refería a Mao como «ese hijo de puta»; cuando en cierta ocasión el presidente chino fantaseó en voz alta ante una delegación de Hanói sobre la idea de enviar a su Ejército Popular de Liberación (EPL) para emancipar Vietnam del Sur, despertó los típicos miedos viscerales de los vietnamitas contra la tendencia imperialista de su vecino. Aunque Le Duan se inclinaba hacia China, evitó criticar directamente a la Unión Soviética, porque Hanói necesitaba su maquinaria y sus armas, más sofisticadas que las chinas. Por otro lado expresó a menudo comentarios cínicos sobre la parquedad de la ayuda china, con la convicción de que, para Pekín, la revolución vietnamita era «una simple moneda de cambio en las negociaciones entre China y Estados Unidos».

En 1961-1962, los norvietnamitas no quisieron arriesgarse a presionar en exceso a un nuevo presidente de Estados Unidos: aunque incrementaron la intervención en el sur, siguieron esforzándose por medir las provocaciones de modo que no se enviaran tropas de combate. La posibilidad de iniciar negociaciones les atraía y repelía por igual, e instaron a los camaradas del sur, a través de la OCVnS, a centrarse en la lucha política. En una de las «cartas para [Vietnam d]el Sur» de Le Duan, con fecha del 7 de febrero de 1961, este admitió: «Somos más débiles que el enemigo».[49] Añadió que era importante hacer hincapié en la autonomía del Frente de Liberación Nacional, para que no se lo etiquetara de mero instrumento de Hanói. En este período se produjo una contradicción: mientras que Vietnam del Norte proporcionaba a los camaradas meridionales un apoyo muy inferior al que estos deseaban, en la escena internacional la retórica de sus líderes era cada vez más belicosa, pues Le Duan estaba resuelto a crearse una reputación de paladín de una revolución mundial. Su estridencia le distanció de la India —por mencionar tan solo un caso—, que pasó de considerar a Vietnam del Norte como un compañero en la cruzada contra la opresión imperialista a tenerlo por una amenaza para la estabilidad regional.

En 1962, Hanói, por lo menos, autorizó que una gran cantidad de los «retornados» (miembros del Vietminh que en 1954 habían pasado al norte) volviera al sur, donde la gente volvía a afiliarse al Partido Comunista. Allí

donde el FLN se imponía, sus cuadros se afanaban en modificar los hábitos de siglos. Los programas educativos iban en contra tanto del fatalismo de los vietnamitas como de la subordinación de las mujeres. Cuando una pareja contraía matrimonio, era habitual que el secretario del Partido ocupara el lugar del antiguo casamentero. En las escuelas primarias, se abordaba a los niños a resolver problemas aritméticos del estilo de: «Había cincuenta soldados en un puesto del gobierno. Hemos atacado y hemos matado a veinte. ¿Cuántos soldados quedan?».[50] Alguna voz nerviosa se atrevía, de vez en cuando, a preguntar cuándo el FLN o el Partido Comunista les proporcionarían insecticidas, préstamos, bombas, tractores y asesoría para la alimentación de los animales, tal como hacía el régimen de Saigón. Los cuadros tranquilizaban a los campesinos prometiéndoles que todas esas cosas buenas bajarían del norte en cuanto la revolución triunfara.

Hasta 1963, las armas del Vietcong procedían, sobre todo, de las que capturaban a las fuerzas gubernamentales: a finales de 1961 se contaba que la guerrilla solo disponía de veintitrés mil armas utilizables. Para asesinar no hacía falta una gran potencia de fuego, sin embargo. Entre 1957 y 1960, un cálculo verosímil sugiere que se ajustició a unos 1.700 funcionarios de Saigón, ya fueran provinciales o de los poblados.[51] En 1961 la cifra ascendió a los 1.300: además de liquidar a los jefes de los pueblos y otros cargos similares, hubo víctimas de un perfil más elevado, como por ejemplo un coronel del Sur —el principal oficial de enlace de Saigón con la CIC—, al que secuestraron y torturaron hasta la muerte. Tales asesinatos alcanzaron un pico en 1963, con dos mil, y luego cayeron a quinientos porque los comunistas ya habían eliminado a la mayoría de los enemigos locales accesibles. Los terratenientes y funcionarios que sobrevivieron adoptaron más precauciones, lo que significó —en detrimento claro de la autoridad de Saigón— que se distanciaron físicamente del campesinado y buscaron refugio en ciudades medianas y mayores. El FLN confiscó las tierras de los que huyeron y las regalaron a amigos de la revolución que, por lo tanto, recibieron una participación tangible del éxito.

Durante toda la guerra, los soldados estadounidenses oscilaron entre el desprecio por los que llamaban, despectivamente, *dinks* o *gooks*, a los que calificaban de primitivos, y una admiración desmesurada por su resistencia y otras capacidades sobrehumanas. La tropa solía recordar un viejo cuento

del Salvaje Oeste en el que un jinete de la caballería perseguía a un apache durante un centenar de millas y, cuando el animal caía, pasaba la silla a otro y continuaba con la persecución; el apache, en cambio, volvía por el mismo camino, exigía a su montura otro centenar de millas, y por último se la comía. En realidad, el rendimiento del Vietcong fue desigual y, en ocasiones, de gran torpeza, porque sus unidades eran tan vulnerables a las debilidades humanas como las de cualquier otro ejército del mundo. Nam Kinh, un comandante local de la zona del delta, respetado por su pericia táctica pero temido por su dureza, cayó abatido por la espalda por uno de sus propios hombres, al que había prohibido casarse con una atractiva viuda del lugar.[52] A sus treinta años, Thanh Hai («Océano Azul»), que era hijo de un terrateniente, se contaba entre los comandantes más populares del Vietcong, famoso tanto por su conocimiento militar como por sus debilidades humanas. Hai fue degradado repetidamente por beber y tratar con mujeres, en el sentido, por ejemplo, de colarse bajo la mosquitera de la joven esposa de un recluta.

Un combatiente habló por boca de muchos cuando se quejó de las interminables sesiones de adoctrinamiento. «Venirme a mí con temas de política es como tocarle la guitarra a un búfalo de agua.»[53] Los cuentos de hadas de la propaganda también tenían su público, no obstante: una unidad de la provincia de Long An estaba encabezada por una mujer llamada Kim Loan, cuyo marido había muerto a manos de tropas gubernamentales. Se convirtió en una heroína local, supuestamente dotada de poderes misteriosos. En cierta ocasión mató a un policía que intentaba detenerla mientras compraba; otro día huyó por la puerta trasera de un salón de belleza y, cuando los soldados peinaron la aldea próxima en la que se ocultaba, trepó a un árbol, se transformó en pájaro y se marchó volando. Frank Scotton discutió con el anciano que le refería la historia: «¿Realmente se cree usted lo que me está contando?». El vietnamita sonrió y respondió que él no podía tener la certeza, pero «bien que se escapó, ¿no?».[54]

El arma principal de los comunistas siguió siendo el salvajismo. Una vez, el Vietcong entró en un poblado de Lai Cay, acusó de espionaje a veinte habitantes de ambos sexos, los decapitó y lanzó los cadáveres a la calle, cada uno con un papel atado que enumeraba sus supuestos delitos.[55] En

otro lugar, reunieron a los aldeanos, ataron a un poste al jefe del lugar y lo destriparon frente a la asamblea; a su mujer, embarazada, le arrancaron las vísceras; a los hijos los decapitaron. Tales atrocidades se escenificaban además con teatralidad, para que a los campesinos les quedara claro que quien se resistiera a la revolución sufriría mucho más que la muerte.

La brutalidad no fue exclusiva de un bando, por descontado. Doug Ramsey emprendió una encuesta entre estudiantes de la provincia de Long An y concluyó que entre la cuarta parte y la mitad habían perdido algún pariente a manos de las fuerzas de seguridad de Saigón.[56] En el transcurso de 1962-1963, las tropas gubernamentales mataron a 150 habitantes de un solo poblado del delta del Mekong; se calcula que, de ellos, unos sesenta participaban de un modo u otro en el FLN, pero el resto no. Entre los miles de presos políticos encerrados, en condiciones espantosas, en las cárceles y campos de Vietnam del Sur —algunos, en un ala del zoo de Saigón—, abundaban los inocentes. Ninguno había pasado por un proceso legal.

Aunque las zonas urbanas siguieron bajo el control firme del gobierno, en el campo la lucha de la guerrilla tuvo vaivenes: los pueblos, incluso provincias enteras, cambiaban a menudo de manos. Saigón adquirió un arsenal de nuevas armas y equipos, que a veces usó con eficacia. A finales de agosto de 1962, con la guía de un desertor, tropas del sur arrasaron un centro de instrucción del FLN en My Phuoc Tay, y mataron a 150 cuadros y cadetes; los reclutas que sobrevivieron huyeron de regreso a sus poblados. Los helicópteros de Estados Unidos aumentaron extraordinariamente la movilidad táctica del ERVn y le permitieron adentrarse en áreas rurales en las que los comunistas dominaban sin problemas desde hacía años. Pero la *capacidad* y la *voluntad* no iban a la par: muchas unidades survietnamitas se negaron a patrullar donde podían sufrir una emboscada, y rehuían los tiroteos complicados. En 1963 el Vietcong empezó a recibir armas enviadas en cantidad desde Vietnam del Norte, a menudo por vía marítima, en especial en el delta del Mekong; entre el armamento había algunos morteros y cañones sin retroceso.

En las ciudades, los cuadros se esforzaban en preparar a las masas para un levantamiento popular. Era habitual que usaran a niños para arrojar granadas en cafés o mercados. La inteligencia gubernamental seguía siendo

insuficiente y los agentes comunistas eran hábiles a la hora de ocultar su identidad. Como correo del Vietcong, Truong Mealy, de diez años, debía presentarse a veces en alguna ciudad pequeña, para reunirse en un restaurante con una figura de nombre en clave; el chico se identificaba con medio billete de banco, cuya otra mitad estaba en manos de su contacto. Si lo atrapaban, a él o a otros niños en su mismo caso, todo lo que sabían era el nombre de pila del maestro del Partido. Solo los cuadros destacados del FLN conocían los nombres de los jefes provinciales.

El ritmo de la guerra se aceleraba. Pasados dos años en los que el impulso de la lucha armada había procedido ante todo de la hostilidad al gobierno de Saigón existente en el propio sur, la influencia y los recursos de Hanói empezaban a notarse cada vez más. Los líderes del norte no solo habían detectado el hedor a putrefacción, a decadencia terminal, que emanaba desde el palacio presidencial de Saigón, sino que estaban impacientes por culminar las disposiciones funerarias del régimen de Diem. En Washington había figuras importantes que ya deseaban lo mismo.

7

1963: ataúdes para dos presidentes

1. BATALLA PEQUEÑA, GRAN HISTORIA: AP BAC

Junto a la multitud de estadounidenses que se fueron estableciendo en Vietnam (asesores, diplomáticos, pilotos, miembros de las fuerzas especiales, expertos en escucha electrónica o espías) llegaron cada vez más periodistas, hombres —y unas pocas mujeres— que ejercerían tanta influencia en el relato, por lo menos, como los combatientes y los políticos. Que el cuerpo de la prensa fuera cada vez más amplio se debía a que sus jefes eran conscientes de que la inversión realizada por Estados Unidos merecía más atención, *in situ*, de la que había recibido hasta el momento. Los escritorios de Saigón no fueron ocupados por un equipo de plumas de primera fila, como el que a la sazón iba a Washington, París, Moscú o Londres, sino por aspirantes. En su mayoría eran jóvenes, novatos, bastante brillantes y sumamente ambiciosos, y se enamoraron del romanticismo de Saigón: hombres como David Halberstam, del *New York Times*; Malcolm Browne y Peter Arnett, de Associated Press (AP); François Sully, de *Newsweek*; Neil Sheehan, de la UPI, que compartía mesa con Halberstam y trabó estrecha amistad con él.

Sheehan estaba en Japón, terminando su período de servicio con el ejército de Estados Unidos, cuando convenció a la oficina de UPI en Tokio de que le dejaran hacer turnos de noche, con los que ganaba diez dólares por turno. El corresponsal de la agencia en Saigón dejó su puesto y Sheehan ocupó la vacante. Había nacido en 1936, en una granja de Massachussets; el joven llamaba la atención por su atractivo físico, y obtuvo una beca de Harvard antes de convertirse en un alcohólico precoz, aunque desde 1961 no volvió a beber. Un año más tarde, cuando llegó a Vietnam, seguía teniendo mucha fe en Estados Unidos, en parte por haber sido elevado a la liga selecta de las universidades privadas del país; pero los años siguientes sometieron esa fe a una prueba muy dura. «Saigón era un lugar muy hermoso, que los estadounidenses no habían echado a perder —dijo—. Durante los primeros seis meses no sentí ningún miedo. Me parecía emocionante esquiar sobre los arrozales en un helicóptero. Yo fui un niño de la Guerra Fría, y todos

nos sentíamos así: los estadounidenses no se pueden equivocar. Fuimos allí para impedir que los malvados comunistas se apoderaran del mundo. De la realidad sabíamos muy poco. Creíamos que el país merecía nuestra ayuda.»[1]

Un grupo de los jóvenes corresponsales, que no tardaron en contar con hermosas novias vietnamitas, vivía en manada. Solían cenar juntos en L'Amiral, Souri-Blanche o el Bistro Brodard, donde disponían de una mesa especial, con el cartel de «Réservé pour la presse»; compartían las bicicletas, iban a las ruedas de prensa en los mismos taxis (unos Renault diminutos, de color azul y crema), acudían a las batallas en los mismos *helos*. La información a micrófono cerrado era abundante, ya procediera de los asesores, los diplomáticos o el omnipresente Lou Conein; según una lacónica expresión de Sheehan, «a Lou le gustaba hablar». De vez en cuando, Ivan Slavitch, que dirigió la primera unidad de helicópteros Huey, llamaba por teléfono y los invitaba a desayunar, en lo que era un aviso en clave de que había una operación en marcha. En cambio «los vietnamitas, en su mayoría, no querían hablar contigo; no querían meterse en problemas».

El ejército estadounidense engullía buena parte del suministro de electricidad, de por sí precario, de forma que cuando el aire acondicionado fallaba, los periodistas sudaban la gota gorda en sus camisetas, las teclas de sus máquinas de escribir y lo que redactaban. Ganaron pequeñas fortunas al enviar los gastos ajustados a la tasa de cambio oficial y cambiar los dólares en el mercado negro, aunque Sheehan en concreto no se atrevió a probar tal sistema por temor a perder el trabajo. Cuando Sheehan terminó su libro, Halberstam lo invitó a titularlo *The Last Frontier* («La última frontera») «porque era el último sitio en el que uno se podía divertir y juguetear con el país de otros». Aunque los corresponsales estaban enamorados del lugar, en su mayoría fueron adoptando un punto de vista cada vez más grave con respecto a su misión, porque habían identificado una gran brecha entre el optimismo perenne de los militares de Estados Unidos (en particular de quien fue su comandante de 1962 a 1964, el general Paul Harkins) y la realidad según ellos la observaban.

Casi desde el principio, el MACV optó por propagar falsedades y ocultar verdades inconvenientes, como el hecho de que en las misiones de combate de la fuerza aérea de Vietnam (FAVn) hubo vuelos pilotados por aviadores estadounidenses. Esto se acabó demostrando más adelante, cuando el *Indianapolis News* publicó las cartas que había enviado a su familia el capitán de aviación «Jerry» Shank, que desmentían a las claras la postura oficial. Shank escribió: «Lo que me pone de peor humor es que la gente no te dice qué estamos haciendo aquí ... Nosotros —yo y mis colegas— hacemos de todo. A bordo tenemos unos "estudiantes" vietnamitas que no pasan de aprendices ... Son carne de cañón, estúpidos e ignorantes, y no me sirven de nada. De hecho he tenido la tentación de reventarlos a palos».[2] Se negó que se estuviera usando napalm, hasta que la prensa publicó fotos de las cortinas de fuego.[3] Peter Arnett también reveló el uso de gas lacrimógeno CS, y los propagandistas hostiles utilizaron la noticia como si de gas venenoso se tratara, mientras el MACV y el Pentágono se daban un punto en la boca.

Halberstam, que a la sazón contaba veintiocho años, empezó teniendo una fe ciega en las fuerzas armadas estadounidenses, pero en otoño de 1962 se había vuelto más escéptico y escribió en el *New York Times*: «Esta guerra se libra en presencia de un campesinado que la mira con distancia, cuando no animadversión, por parte de un gobierno que no ha sabido atraerse siquiera a la mayoría de su pueblo. El enemigo es flaco y está hambriento, tiene experiencia en este tipo de guerra, es paciente en su campaña, aprende sin cesar de sus errores; un enemigo que ha demostrado que está dispuesto a pagar lo que la guerra le cueste».[4] En diciembre, cuando Halberstam informó a su oficina sobre las restricciones que Nhu y sus criaturas les imponían, el *Times* transmitió la propuesta al Departamento de Estado, que se encogió de hombros: en Vietnam, los estadounidenses eran los huéspedes de un Estado soberano. Hasta aquí era cierto: si el régimen desdeñó una y otra vez los consejos o las imprecaciones de la embajada de Estados Unidos, el MACV y la CIA, difícilmente se podía asombrar uno si se negaba a consentir a periodistas liberales y hostiles (y, desde el punto de vista de Diem, muy depravados). De hecho, Jack Kennedy llamó por teléfono al editor del *Times* para presionarlo y que cambiara al corresponsal. En cuanto a los pronunciamientos de la cúpula militar estadounidense, Lee Griggs, de *Time*, compuso un canción sobre su jefe, el

general Harkins, contrahaciendo el himno de «Jesus Loves Me» («Jesús me ama, yo lo sé, que así lo dice la Biblia»):

Estamos ganando, es verdad,

que así lo dice el General.

En las montañas hay problemas

y en el delta, el tema quema.

Pero el Vietcong se marchará,

que así lo dice el General.

En junio de 1962, Homer Bigart envió una nota fúnebre al *New York Times*: si Diem no corregía sus maneras, o bien habría que enviar tropas de combate estadounidenses, o bien sustituir el gobierno de Saigón por una junta militar.[5] François Sully, de *Newsweek*, era como el padre de todos ellos. Este francés había nacido en 1927 y rondaba por Saigón desde 1945. Entre sus colegas no gozaba del aprecio de todos, desde luego, y algunos sospechaban que era comunista; pero tenía contactos impresionantes en uno y otro bando. En uno de sus últimos reportajes —antes de que Diem lo expulsara—, Sully citó una idea de Bernard Fall: si la política era mucho más importante que la táctica, ¿por qué el ejército estadounidense entrenaba a los meridionales para resistir una invasión al estilo de Corea? Los helicópteros de la Marina, dijo Sully, no proporcionaban a los vietnamitas una ideología por la que valiera la pena morir. El texto se acompañaba con una foto de la milicia femenina de Diem, con el pie: «El enemigo muestra más impulso y entusiasmo».[6]

Sobre los corresponsales destinados en Saigón en 1962-1963, Neil Sheehan ha dicho: «Éramos un grupo de tíos bastante serio: nos encontramos enfrentados —un choque muy intenso— con el mando [de Estados Unidos]. Las mentiras de los generales nos cabreaban mucho». Sheehan se admiraba tanto por la valentía de algunos periodistas como por la cobardía de otros: «Joe Friend, del *New York Daily News*, nunca salía de Saigón; sobornaba a los telegrafistas para obtener copias de los informes de otros

corresponsales». Luego estaban los aventureros, que en su mayoría llegaron algo después: «Simon Dring llevaba un M-16 y mataba con él. Sean Flynn estaba exultante porque las peleas callejeras eran una maravilla». Durante las primeras semanas en el país, Sheehan cargaba con una pistola, pero «luego comprendí que era una locura». También dejó de llevar cámara, por el razonamiento de que si andabas contemplando el mundo por una mirilla, no verías lo que te rodeaba... ni lo que te podía matar.

La generación de periodistas de Sheehan disfrutó de una ventaja muy clara frente a la mayoría de sus sucesores en las corresponsalías de guerra del siglo XXI: como ellos mismos se habían vestido el uniforme, estaban familiarizados con las armas y los modos de los militares. Sin embargo, les disgustaba el racismo que observaban en buena parte de los hombres de las fuerzas armadas, como el de aquel coronel de las fuerzas especiales que decía: «No os hace falta hablar la lengua de los *gooks* porque los encontraréis muertos. Vamos a matar a esos hijos de puta». En el grupo de los corresponsales, varios de ellos —sobre todo, Halberstam y Sheehan— se forjaron una reputación nacional en Vietnam, aunque algunos estadounidenses, y no todos ellos militares de profesión, se fueron a la tumba con la convicción de que aquellos jóvenes héroes habían traicionado a su país mientras gozaban del aplauso de sus homólogos de los medios de comunicación de todo el mundo.

La noticia que se desarrolló el 2 de enero de 1963 empezó como un tiroteo entre los soldados de Diem y el Vietcong, pero se transformó en una batalla de mucho más calado entre el alto mando estadounidense y el cuerpo de corresponsales de Saigón, entre creyentes y no creyentes. La parte letal la desató el teniente coronel John Paul Vann, que desde mediados de 1962 era asesor principal de la 7.ª división del ERVn. Vann —un hombre esquelético de puro delgado, pero tremendamente enérgico y agresivo— estaba cansado de librar batallas anodinas con el enemigo. Cuando los interceptores electrónicos de la aviación estadounidense captaron transmisiones de un batallón regional del Vietcong —el 514.º, que estaba en Ap Bac («Poblado Septentrional»), unos veintidós kilómetros al noroeste de My Tho—, el coronel recibió con alegría la siguiente orden del cuartel general de Harkins: organizar una concentración de fuerzas masiva para atrapar y destruir al batallón. Reunió dos batallones de la Guardia

Civil local; una unidad de infantería, helitransportada por diez H-21 estadounidenses (los «plátanos volantes», o «lombrices», como los llamaban los Vietcong); varios Skyraider de ataque a tierra, de la FAVn; cinco helicópteros artillados «Huey» (Bell UH-1 Iroquois); una compañía de orugas TBP (siglas de «transportes blindados de personal») y un batallón de paracaidistas.

La inteligencia estadounidense estaba claramente confundida en relación con las fuerzas que el enemigo tenía en Ap Bac. Habían calculado 120 guerrilleros, pero además de una compañía reforzada del 514.º Batallón del Vietcong, había también una compañía del batallón 261.º de la fuerza principal, más numerosa de lo acostumbrado, que estaba de camino hacia otra misión. El 261.º Batallón era reputado como una unidad de élite: entre las mujeres se decía que, si tenías que casarte con un soldado, mejor elegirlo del 261.º.[7] Sus hombres, en efecto, contaban con mucha experiencia: más de dos años de servicio, de promedio, y entre los cuadros principales, incluso cinco. El total de los guerrilleros del Vietcong que combatían en el sur a tiempo completo se había multiplicado por más de dos desde el año anterior, y eran ya unos cincuenta mil, en su abrumadora mayoría en el delta del Mekong. Aunque manejaban en buena medida armas capturadas, una parte cada vez mayor las habían recibido por vía marítima. En 1962, los pesqueros septentrionales lograron escabullirse y desembarcar 112 toneladas de armas y municiones, un total que aumentó radicalmente, hasta las 4.289 toneladas, en 1963-1964; bastante más de lo que bajaba por la Ruta de Ho Chi Minh. El 261.º Batallón estaba formado sobre todo por «retornados» que habían vuelto del exilio en el norte. Lo dirigía Hai Hoang, cuyo nombre real era Nguyen Van Dieu, que era un comandante popular, considerado para con sus hombres. Su segundo era Tu Khue, un oficial alto, enjuto, calvo y riguroso. La familia de Bay Den, comandante de una compañía, no era anodina. En cierta ocasión, su hermana acudió de visita, remando hasta el campamento del 261.º en un sampán alquilado; tras constatar que su hermano estaba cavando una trinchera, le rogó que dejara aquel lugar horrible y volviera a casa. Den se negó: había tomado una decisión y pensaba atenerse a ella, como en efecto hizo, hasta que murió en combate.[8]

Los VC de la zona de Ap Bac, el 2 de enero, sumaban unos 320 combatientes, que además habían recibido un aviso de que fuerzas de Saigón se disponían a atacarlos. Lo que John Vann no sabía —aunque la idea le habría encantado— era que la jefatura comunista provincial había ordenado a Dieu y sus camaradas que no se retirasen (como solían hacer ante un asalto del ERVn), sino que defendieran la plaza. Por lo tanto, cavaron búnkeres y trincheras en el límite del bosque con el poblado. Los defensores contaban con muchas armas y municiones, ante todo armas tomadas a los estadounidenses: ametralladoras de calibre .30, fusiles automáticos Browning, carabinas M-1, subfusiles Thompson del .45. Al saber que la batalla era inminente, la mayoría de los doce mil campesinos de los poblados vecinos de Ap Bac y Thoi habían huido a las zonas pantanosas de los alrededores; pero una treintena se quedó para ayudar a acarrear municiones y heridos. El tablero estaba listo para que Vann pudiera jugar su partida.

Las piezas humanas de Vann, ¿dónde estaban, aquella mañana? Del principio al fin de la guerra, la dureza, las penalidades y las bajas recayeron en su mayoría en los soldados de Vietnam del Sur. Lo que más contribuía a distanciar del gobierno de Saigón a los campesinos era precisamente el reclutamiento obligatorio, que no solo apartaba a los trabajadores de sus arrozales, sino que convertía a muchos de los recién elegidos como soldados en opresores de los habitantes rurales de una región que no era la suya propia y a la que, por lo tanto, no le debían nada. Corrieron historias terribles sobre la crueldad del ERVn, y es posible que algunas fueran ciertas: por ejemplo, de dos soldados que apostaban un paquete de cigarrillos a ver quién derribaba primero a un niño montado en un búfalo de agua. En los primeros años de la guerra, de 1955 a 1959, solo se reclutaba a jóvenes de entre veinte y veintidós años, para un período de servicio de doce meses, que luego se incrementó a dos años, y en 1964, a tres. Una vez quintados, muchos soldados del ERVn no lograron huir de los uniformes bélicos salvo en una silla de ruedas, si no una bolsa de cadáveres. Entre Estados Unidos y los dos Vietnam había un factor en común: en las tres sociedades, los hijos de los privilegiados podían evitar el servicio militar. En el sur, las familias pagaban un soborno; en el norte, los hijos de los cuadros principales eran enviados a las universidades de China o Rusia. Por otro lado, aunque el ejército meridional gastaba el 15 % del PIB de la

nación, sus soldados recibían una paga exigua. La mayoría eran destinados a unidades de combate después de tan solo cinco o seis semanas de instrucción superficial, con la idea de que aprenderían *in situ*. Un oficial dio en el clavo cuando afirmó: «Los comunistas parecían saber por qué luchaban, y nosotros, no. Nuestra formación política lo centraba casi todo en la personalidad de Diem».[9]

El plan de John Vann, para la mañana del 2 de enero de 1963, podría haberse enseñado como modélico en una academia militar, a condición de que todos sus elementos humanos hubieran actuado según lo programado. Ahora bien, en vez de ejecutar un movimiento de pinza con la gentileza de una bailarina, se lanzaron sobre el campo de batalla tan azarosamente como los juguetes de una caja que un niño tira de una patada. La niebla de primera hora retrasó el transporte de la infantería, de modo que los hombres de la Guardia Civil, que avanzaban a pie, fueron los primeros en toparse con el Vietcong, poco después de las siete de la mañana. Sus líderes cayeron abatidos y los guardias se lanzaron a tierra para mantener un tiroteo tan prolongado como desganado. El jefe del gobierno en la provincia, que los dirigía en persona, se negó a ordenar que el segundo batallón avanzara. Pasados unos minutos de las 10.00, los H-21 que transportaban a una compañía de infantería descendieron estruendosamente sobre un arrozal, contra las órdenes de Vann, porque así quedaban a tiro de los *Victor Charlies*, como se denominaba en el alfabeto de radio a los VC. A los reclutas del Vietcong les habían contado que no debían temer a los helicópteros porque eran objetivos fáciles, hechos de simple cartón pegado a unas estructuras de metal.[10] Aquella mañana, en Ap Bac, tal historia debió de parecer cierta, porque el fuego derribó con rapidez a dos de los viejos H-21 e hirió de muerte a un tercero. Un Huey que intentó rescatar a los tripulantes estadounidenses recibió también tal descarga que no tardó en caer junto a los demás aparatos. La desventurada infantería no tenía adónde ir, atrapada a campo abierto, blanco fácil del fuego enemigo. Entre los helicópteros que sobrevolaban el campo de batalla, casi todos recibieron algún impacto; ni los ataques aéreos ni el fuego de la artillería (que fue poco preciso) hicieron especial mella en los defensores de Ap Bac. Desde un L-19 —un avión de observación que trazaba círculos sobre la zona—, Vann pudo contemplar, con frustración creciente, cómo la operación se atascaba en el barro, la sangre y el caos. Ly Tong Ba, capitán al mando de

una compañía de transportes blindados de personal, se negó a adelantarse para rescatar a los aviadores e infantes en dificultades; Vann se mostró tan histérico por radio que el capitán reaccionó a la intimidación con orgullo. «Tengo un problema, Topper Six —le comunicó a Vann, también por la radio, el capitán Jim Scanlon, acongojado asesor de Ba—. Mi homólogo se niega a moverse.»[11] «¡Por Dios bendito! ¿¡Es que no entiende que esto es una emergencia?!» «Me dice: “No acepto órdenes de los estadounidenses”.» Vann vociferó por la radio: «¡Ba! ¡Si no pasa usted el canal con sus vehículos le diré al general Le Van Ty que le deje pudrir en una cárcel!».[12]

Los vietnamitas, finalmente, ordenaron avanzar a su compañía, que pasó las dos horas siguientes esforzándose por atravesar los diques y canales. Después de la batalla, el pequeño capitán alegó siempre que ni Vann ni Scanlon eran conscientes de qué dificultad representaban los obstáculos acuáticos. Cuando los artilleros de los transportes M-113, que llevaban ametralladoras de calibre .50, entraron por fin en combate, varios fueron derribados de su posición blindada por VC cuyas posiciones estaban tan bien camufladas entre los huertos de bananos y cocoteros que pocos atacantes llegaron a ver a un solo enemigo en todo el día. Cuando un TBP intentó usar el lanzallamas, resultó que la tripulación había mezclado mal el combustible, con lo que no hubo chorro, sino goteo. Hacia las 14.30 los cangrejos blindados empezaron a retirarse; entre tanto el fuego enemigo había obligado a aterrizar a otros dos helicópteros.

El L-19 de Vann pasó repetidamente, a muy baja altura, en el vano intento de identificar las posiciones del Vietcong y renovar la energía de los movimientos terrestres, que estaban estancados. A las 18.05, un lanzamiento masivo de paracaidistas, desde siete C-123 de la fuerza aérea estadounidense (USAF), acabó con un desastre supremo; las tropas tomaron tierra a unos ochocientos metros de la zona elegida, blanco fácil para los VC de Tan Thoi, que no desperdiciaron la ocasión: mataron a diecinueve paracaidistas e hirieron a treinta y tres (dos de ellos, estadounidenses). Al caer la noche, los comunistas todavía controlaban casi todo el terreno que habían ocupado al amanecer, y no hallaron dificultades para escabullirse hacia el refugio de la vecina Llanura de los Juncos.

Los guerrilleros no salieron ilesos de la batalla: sumaron dieciocho muertos, más otros treinta y cinco heridos, en su mayoría por los ataques aéreos y de la artillería. En el bando de Saigón, sin embargo, tres estadounidenses perdieron la vida, y cinco cayeron heridos; sesenta y tres vietnamitas murieron y otros 109 acabaron en el hospital. En el pueblo de May's Landing, en Nueva Jersey, un chico de siete años gritaba emocionado al ver por televisión las imágenes de un artillero que abría fuego desde la puerta de su helicóptero: «¡Mira, es mi papá!».[13] Seis horas después, un telegrama notificó a la familia que el padre, William Deal, jefe de la tripulación de un Huey, había caído a las afueras de Bac.

Sin embargo, la experiencia de los medios de comunicación al día siguiente, el 3 de enero, influyó sobre la historia de la guerra más que la propia batalla. Paul Harkins, el jefe supremo del MACV, cayó sobre el cuartel general del IV Cuerpo para animarlo a renovar el asalto contra Ap Bac. A David Halberstam y Peter Arnett les dijo: «Tenemos [al Vietcong] en una trampa y va a caer dentro de media hora». Por desgracia, los periodistas estaban al corriente de que el enemigo se había marchado hacía mucho y que, en consecuencia, el «asalto» survietnamita no era más que una pantomima. El comentario del general apunta hacia dos posibilidades: o Harkins era tonto, o engañaba a propósito. Probablemente lo más cierto es lo primero, porque el general era adicto al «ojos que no ven».

A pocos kilómetros de distancia, la situación empeoró. Cuando Neil Sheehan y Nick Turner, de Reuters, llegaron al campo de batalla, el día antes, se encontraron con que los soldados del sur se negaban a recoger tanto a sus muertos como a los estadounidenses; los reporteros, enojados, tuvieron que cargar ellos mismos los cadáveres en los helicópteros. Luego, mientras estaban hablando con el general de brigada Robert Cork (un veterano de la segunda guerra mundial, originario de Alabama), se encontraron en mitad de una lluvia de proyectiles que levantaban géiseres de fango, porque la artillería acudía «en apoyo» del nuevo «asalto». York le dijo a Sheehan: «¡Por Dios Santo, corre, chico! ¡Ponte a salvo!». Atravesaron un arrozal a toda prisa y se lanzaron al suelo, con Sheehan convencido de que estaban a punto de morir. Cuando el bombardeo se detuvo por fin, todos se levantaron cubiertos de suciedad, salvo York, que seguía casi inmaculado, porque había adoptado la posición de hacer

flexiones. Se encogió de hombros, alegando: «No quería que se me mojaran los cigarrillos». A Sheehan el incidente le sentó mal: «¡No trates nunca con hombres que pueden conservar así la calma durante un bombardeo!». En las inmediaciones habían caído cincuenta proyectiles, que mataron a cuatro soldados del ERVn e hirieron a otros doce. El comandante del batallón de infantería, enfurecido, sacó la pistola y ejecutó de un tiro en la cabeza al joven teniente que ejercía de observador avanzado de la artillería.

La derrota de Bac tuvo menos importancia, desde el punto de vista militar, que por ejemplo una acción de 1960 en Tua Hai, en la provincia de Tay Ninh, en la que los comunistas también derrotaron a una fuerza gubernamental mucho mayor. La diferencia fue que en Tua Hai no hubo testigos extranjeros, en un momento en que los corresponsales más ácidos de Vietnam estaban en las gradas. Más adelante, Sheehan escribió: «Sabíamos que aquella era la historia más gorda con la que nos habíamos topado nunca».[14] En su reportaje, como en el de Halberstam, se citaba anónimamente a un asesor estadounidense que tildaba el espectáculo del ejército del sur, el 2 de enero, de «actuación deplorable», en un momento en que Harkins aún insistía en que Bac había representado una victoria. A juicio de casi todos los militares, incluido el general, la crítica tenía que proceder de John Vann, por lo que Harkins pidió la cabeza del coronel.

A la postre, el MACV determinó que sería más prudente permitir que este oficial —tan galvanizador como notorio por sus indiscreciones— concluyera la estancia de servicio en marzo, según estaba previsto. Desde entonces, la influencia de Vann sobre la guerra se iría acrecentando y menguando hasta su final dramático, casi una década después; pero en 1963 interpretó un papel crítico al proporcionar informaciones autorizadas a Sheehan, Halberstam y otros sobre las chapuzas y la pusilanimidad que caracterizaron las operaciones del ejército meridional, más las mentiras con las que el MACV intentaba ocultarlo. El coronel advirtió al general de división Bruce Palmer que Harkins toleraba que los oficiales de Saigón le tomaran el pelo, al asaltar regularmente «objetivos» de los que se tenía constancia que estaban desocupados. Pese a todo, Maxwell Taylor y Robert McNamara decidieron dar crédito a la versión de Harkins.

En su influyente estudio histórico *Fire in the Lake*, Frances Fitzgerald escribió: «Estados Unidos había ... convertido al gobierno de Saigón en una máquina militar sin más razón de ser que luchar con los comunistas. El único problema era que esa máquina no funcionaba».[15] El ejército survietnamita no era un ejército, sino «una serie de personas que casualmente iban armadas».[16] Por debajo de la exageración hay una verdad.

Los medios de comunicación prestaron mucha atención al asunto de Ap Bac. Arthur Krock escribió, en la columna de opinión del 9 de enero: «Por mucho que Estados Unidos invierta en ayuda militar, no se puede preservar la independencia de un pueblo que no está dispuesto a morir por ella». Richard Hughes, un veterano originario de Australia y asentado en Hong Kong, que escribía para el londinense *Sunday Times*, afirmó que veía paralelos claros con las locuras que Estados Unidos cometió en China tras la segunda guerra mundial. A su entender los estadounidenses prometían, con suerte, una guerra de diez años para preservar a un «régimen reaccionario, aislado e impopular». La única salida —añadió— era que el gobierno de Saigón suscribiera una coalición con los comunistas.

En el interior de Vietnam, el fiasco de Ap Bac no tardó en difundirse. Un oficial vietnamita escribió que lo sucedido había «dañado gravemente la moral del ERVn».[17] Ly Tong Ba, que con el tiempo ascendió a general, denunció más adelante a Neil Sheehan, «que solo escribía artículos repletos de inexactitudes y argumentos maliciosos».[18] También alegó que su propio asesor en Bac, Jim Scanlon, estaba tan «aterrorizado» por Vann como por el Vietcong, lo que lo llevó a transmitir una imagen falsa de los acontecimientos. Los oficiales del MACV, entre otros, deploraron la cobertura periodística, que calificaron de «negativa», poniendo con ello de relieve las dificultades de librar una guerra analizada por medios de comunicación que no se consideraban obligados a favorecer a «los nuestros» (en referencia a Estados Unidos y su aliado survietnamita), según había sido el deber patriótico de todos los corresponsales durante la segunda guerra mundial, cuando la prensa, por otro lado, estaba limitada además por la censura.

Entonces, al igual que hoy, resultaba difícil ver ninguna ventaja en el hecho de que el general Harkins se esforzara por negar la realidad. Para todos los que ocupan posiciones de autoridad rige la siguiente máxima, tanto en la guerra como en la paz: miéntele a otros si es necesario, pero nunca te mientas a ti mismo. El jefe del MACV podía intentar colarles una falsedad a Halberstam y Arnett, pero en los mensajes secretos que enviaba a Washington soltaba los mismos cuentos de hadas. Pese a todo, cabe hacer un reproche a la forma en que los medios de comunicación cubrieron la guerra: los críticos denunciaron con rigor las deficiencias del régimen de Diem y sus sucesores, pero no prestaron una atención similar a las pifias y los horrores cometidos por los comunistas. Halberstam, Sheehan y el resto cumplieron con su deber —contar lo que veían y oían— de una forma concienzuda y a veces brillante. Los apologetas de Saigón —en particular, la revista *Time*— destruyeron su propia credibilidad negando realidades difíciles. Ahora bien, Vietnam del Sur debería haber sido tan solo la mitad de la historia. En gran parte, los medios de comunicación hicieron caso omiso, o incluso cerraron los ojos, ante la tiranía imperante en el norte, que estaba causando penalidades aún mayores a su propio pueblo.

Un cirujano australiano que actuó como voluntario civil en Vung Tau escribió: «Parece justo afirmar lo que se suele callar: que si la ayuda económica prestada a Vietnam del Sur no hubiera contado con el impedimento de las actividades del Vietcong, la población de un país que hoy está infeliz y asolado por la guerra habría comido bien y gozado de más salud y una mejor educación».[19]

Frances Fitzgerald concluyó su poderoso relato sobre América en Indochina, de 1971, con una expresión de anhelo por la victoria de los norvietnamitas y una hora en la que el «“individualismo” y la corrupción que lo acompaña cedan el paso a la disciplina de la comunidad revolucionaria».[20] La autora escribió que los funcionarios estadounidenses quizá lo atribuyeran al éxito de un lavado de cerebro por parte de los «acérrimos del comunismo». Pero no era así, afirmó: «Simplemente significará que ha llegado el momento de que la frágil llama de la revolución limpie el lago de la sociedad vietnamita». Aquí nos hallamos con una visión de la guerra que parece tan ilusoria, en su extremo del

espectro político, como lo era la del general Harkins y similares, en el otro extremo.

2. LA REVUELTA DE LOS BUDISTAS

A lo largo de la primavera de 1963, la credibilidad del gobierno de Diem se hundió al mismo ritmo al que se consolidaban las fuerzas y la moral del Vietcong, impulsadas por la emoción de la victoria de Ap Bac. En el 261.º Batallón, según su historia oficial, «abundaban los cánticos». La OCVnS dio a conocer un nuevo eslogan: «¡Que Bac se repita!». Esta batalla espoleó al bando más activo de Hanói, que insistió con más fuerza que nunca en que ya podían dejar atrás las cautelas porque la cosecha del Sur estaba madura por fin. Michael Burleigh ha escrito, sobre las medidas adoptadas por Estados Unidos: «No abundan los casos en los que una potencia imperial habrá usado su prestigio en defensa de un grupo de títeres más suicida que el clan de Ngo Dinh».[21] Mientras el estado de la seguridad se deterioraba, en mayo, el régimen de Saigón adoptó una iniciativa que lanzó la vagoneta a toda velocidad hacia el choque final. Los sacerdotes budistas de Vietnam siempre habían lamentado que los Ngo favorecieran a los que eran católicos como ellos. El 8 de mayo de 1963, cuando los devotos se congregaron en Hue para celebrar el 2.527.º aniversario de Buda, un oficial del ejército, católico, intentó imponer un viejo decreto que les impedía exhibir su bandera. Varios miles de budistas se reunieron ante la emisora de radio local para oír el mensaje de un bonzo destacado, Thich Tri Quang. El director de la emisora canceló de pronto la transmisión, alegando que los censores no la habían aprobado. También llamó por teléfono al ejército, que envió al lugar a una unidad de automóviles blindados. Cuando los budistas hicieron caso omiso de una orden de dispersión, los soldados abrieron fuego. En la confusión posterior perdieron la vida una mujer y ocho niños. Este acto letal, absurdo y gratuito, provocó semanas de manifestaciones antigubernamentales en muchas ciudades. A los budistas se les unieron miles de estudiantes. Luego se afirmó que las protestas habían sido orquestadas por los comunistas. Ciertamente convenían al FLN y Hanói, y es posible que los cuadros instaran a los bonzos a rebelarse. Sin embargo, no cabe duda de que lo que se desarrolló a la sazón fue un estallido de cólera espontánea contra el régimen, que se negó a ofrecer sus disculpas por las muertes de Hue o castigar a los responsables. Diem estaba cruzado

de brazos, sin atender las advertencias de Washington, mientras su hermano Nhu se embarcaba en un programa de represión.

Según Frank Scotton: «En su mayoría, los bonzos fueron víctimas de las ilusiones que se habían hecho al respecto de la posibilidad de un gobierno representativo, pero la crisis budista no fue una cuestión meramente política. Para que Diem hubiera emprendido un gesto magno de reconciliación habría tenido que actuar contra su propio hermano menor, y era incapaz de hacer algo así».[22] La periodista Marguerite Higgins describió a Quang, el más destacado de los monjes rebeldes. Distaba de ser una figura pasiva y meditativa, dijo; «era un hombre de mirada ardiente y profunda, bajo una frente gigantesca. Transmitía una imagen de enorme inteligencia, total autocontrol y suspicacia».[23] Un oficial del sur escribió: «La crisis [budista] fue como un gran incendio, incontrolable y de rápida expansión. Tuvo un efecto muy negativo sobre la moral de los oficiales y la tropa ... Yo sabía que era imposible sostener el gobierno de Diem. Mi única esperanza era que el poder cayera en manos de líderes nuevos, leales y competentes».[24] Cuando Duong Van Mai volvió a Saigón desde Washington, aquel otoño, encontró que su familia, y en especial su madre, había desarrollado una gran hostilidad hacia el gobierno, por haber atacado este la fe que profesaba la abrumadora mayoría de los vietnamitas. El 10 de junio, David Halberstam escribió: «El conflicto entre el gobierno survietnamita y los sacerdotes budistas preocupa seriamente a los funcionarios estadounidenses destinados aquí ... [que] están muy avergonzados ... y frustrados por las preguntas repetidas de los ciudadanos vietnamitas, que quieren saber: “¿Por qué vuestro gobierno permite que todo siga así?”». Se entendía que la responsabilidad de lo que pasaba era, literalmente, de Estados Unidos.[25]

Al día siguiente, los medios de comunicación occidentales recibieron un aviso que les instaba a acudir a una protesta en Saigón. Sin embargo, solo unos pocos hicieron caso de la advertencia, porque su naturaleza no estaba especificada. En la mañana del 11, en una intersección muy concurrida, un anciano monje budista, llamado Thich Quang Duc, bajó de un coche, vestido con su ropaje naranja, adoptó la posición del loto en la calle, y se quedó sentado e inmóvil, rodeado por una gran multitud, mientras otro bonzo lo cubría de gasolina. El propio Duc encendió una cerilla y la arrojó

a la pira, y permitió que las llamas lo consumieran y arrugaran. Durante el proceso, otro bonzo proclamaba por megáfono: «¡Un sacerdote budista se inmola! ¡Un sacerdote budista se convierte en mártir!». Tanto en ese sacrificio humano como en otros igual de espantosos destacaba el hecho de que los carteles, los mensajes y las denuncias se realizaban en inglés; no se dirigían a un público vietnamita.

El único periodista occidental que se había tomado la molestia de asistir, Malcolm Browne, de AP, escribió más adelante: «Yo podría haber impedido la inmolación, si hubiera corrido y apartado la gasolina de una patada ... Como ser humano, quería hacerlo. En tanto que periodista, no podía. Eso me habría lanzado en mitad de la política vietnamita. Habría destruido mi función de reportero, junto con mi credibilidad».[26] Sin embargo, por el hecho de fotografiar la escena, no cabe duda de que Browne alteró el panorama de la política survietnamita; y esto era lo que pretendían los budistas con su aviso. Las imágenes, devastadoras, se enviaron por paloma mensajera a Manila, y desde allí se transmitieron a todo el mundo. La señora Nhu provocó un escándalo cuando, en televisión, describió el hecho como una «barbacoa» y, encogiéndose de hombros, dijo: «Allá se quemen, que nosotros aplaudiremos». Browne afirmó que nunca logró olvidar el penetrante olor combinado de las varillas de incienso y la carne en llamas. Los perpetradores, más que satisfechos con la atención que despertó su acción espantosa, exhibieron el corazón de Duc en una urna de cristal.

Los estadounidenses respondieron con asombro e incomprensión. El teniente Gordon Sullivan, que era asesor de un grupo de la infantería ligera y coincidía que estaba en Saigón, dijo: «Todo cambió. Aquello era algo nuevo. No sabíamos que la gente hacía esa clase de cosas». En un editorial del 20 de junio de 1963, el *Washington Post* valoraba la situación así: «Es evidente que los comunistas se aprovecharán del agravio a los budistas. Y ¿por qué no? El propio régimen del señor Diem está sirviendo a los intereses de los comunistas, de forma gratuita, con medidas que desde el punto de vista moral son repugnantes, y desde el político, suicidas». *Fritz* Nolting, el embajador de Estados Unidos, seguía sosteniendo que su país no podría disponer en Saigón de ningún gobierno mejor, y Colby, de la CIA, se mostró de acuerdo. En Washington, por el contrario, tanto

McGeorge Bundy, en su función de asesor de seguridad nacional, como Roger Hilsman, desde el Departamento de Estado, eran menos optimistas. Henry Cabot Lodge, que llegó a Saigón a mediados de agosto para sustituir a Nolting —se entendía que el «apaciguamiento» de Diem había quedado desacreditado—, compartía esa perspectiva más sombría.

El nuevo delegado diplomático, de sesenta y un años, era un grande del Partido Republicano, de Massachussets; contaba con mucha experiencia en las relaciones internacionales y el Senado y había sido candidato a vicepresidente con Nixon, en las elecciones de 1960. Según escribió Arthur Schlesinger: «El presidente tiene cierta costumbre de designar a "liberales" para que hagan tareas de "conservadores", y viceversa».[27] El nombramiento de Lodge fue un ejemplo clásico de ello: era una figura notable, que sin duda se esforzaría por interpretar un papel destacado, más propio de un procónsul que de un embajador. Si luego erraba o exageraba la actuación, sería razonable culpar de ello a quienes lo habían elegido.

El 21 de agosto, después de que Diem impusiera la ley marcial en respuesta al aluvión incesante de protestas, las fuerzas de Nhu asaltaron el principal santuario budista de Saigón: el templo de Xa Loi. Detuvieron a cuatrocientos monjes y monjas, entre ellos el patriarca de Vietnam, de ochenta y nueve años de edad. La revista *Time*, de Henry Luce, omitió las notas de condena de sus propios corresponsales; Bill Colby compartía el desdén de su amigo Nhu por los budistas, al igual que Harkins, desde el MACV. El gobierno survietnamita impuso una censura férrea sobre la prensa y publicó un torrente de declaraciones mendaces; pero la mayoría de los estadounidenses —incluido el embajador Lodge— eran conscientes de que el hermano del presidente campaba sin control.

La situación de seguridad, a nivel nacional, siguió deteriorándose. El FLN, impaciente por despedirse del régimen, intensificó la campaña de terror, mientras que el ejército del sur estaba cada día más desanimado. Como los informes pesimistas de David Halberstam eran muy populares, el MACV y Washington se esforzaron más que nunca por desmentirlos. El secretario de Estado Dean Rusk corrigió personalmente un informe de agosto de 1963, que describía el avance de los comunistas en el delta del Mekong. Harkins hizo una lista de aspectos que aseguró que eran inciertos. En septiembre, el

general envió un cable a Maxwell Taylor, en la Casa Blanca: «A juzgar por la mayoría de las noticias y artículos que leo, se diría que Vietnam y nuestros programas en el país se están haciendo trizas. Pues bien, no puedo estar menos de acuerdo».[28]

La experiencia, en cambio, nos dice que los «jóvenes turcos» —de forma prominente, Halberstam y Sheehan— acertaban en sus valoraciones, tanto militares como políticas, mucho más que el MACV. Hubo cada vez más episodios similares, como uno de septiembre, cuando a plena luz del día el Vietcong asoló un puesto gubernamental en el delta sin sufrir apenas bajas, porque la guerrilla provincial había infiltrado a dos de sus hombres en el destacamento. Mataron a seis defensores, capturaron a seis prisioneros, se apoderaron de treinta y cinco rifles y, antes de retirarse, dinamitaron los búnkeres y las torres de vigilancia.[29] Aquel otoño, según Frank Scotton, «se evidenció que muchos urbanitas cultos preveían un cambio de gobierno», en referencia a un sector que permanecía a la espera de que los acontecimientos se desarrollaran, en vez de precipitarlos.[30] El tiempo de Diem casi había llegado a su fin. Solo faltaba ver quién terminaba de arrancar el enchufe: los comunistas, los budistas o sus propios generales. Y qué pensaba hacer Washington con todo ello.

3. MATAR EL TIEMPO

La cuenta atrás para el asesinato del presidente Ngo Dinh Diem se inició el 23 de agosto de 1963, cuando un cable secreto enviado al Departamento de Estado por Lodge exigió saber si Estados Unidos daría apoyo a un golpe. Se redactó una respuesta positiva que se envió a Saigón durante un fin de semana en el que se habían ausentado Kennedy, Rusk y McNamara; la concibieron Averell Harriman, Roger Hilsman y Michael Forrestal. Si Diem se negaba a ejecutar reformas y despedir a su hermano Nhu —escribieron, en nombre del gobierno de Estados Unidos—, «estamos dispuestos a aceptar la consecuencia obvia de que no podemos seguir apoyando a Diem por más tiempo. Pueden comunicar a los comandantes militares adecuados que los respaldaremos directamente durante cualquier período de colapso provisional ... El embajador ... debería analizar con urgencia todos los posibles líderes alternativos y hacer planes detallados

sobre cómo podríamos hacer realidad la sustitución de Diem, si resultara necesaria».

El lunes por la mañana, cuando Kennedy regresó a la Casa Blanca, quedó inquieto por la despreocupación con la que unos funcionarios de nivel intermedio habían enviado lo que solo podía calificarse de directriz imperiosa. Consultó con McNamara y Taylor, que respondieron con evasivas: preferían que Diem siguiera en el poder, pero sin Nhu; no obstante, si los generales decidían otra cosa, Estados Unidos debía apoyar un gobierno militar provisional. A la postre, Kennedy se resolvió a no cancelar el telegrama del fin de semana; Lodge sería el responsable de determinar el rumbo. Más adelante, el embajador afirmó que se había quedado estupefacto. Su interpretación del cable de Washington —del todo razonable— era que le mandaban precipitar la caída de Diem.

El 2 de septiembre, el presidente estadounidense, entrevistado por Walter Cronkite en la CBS, respondió a una pregunta sobre Vietnam afirmando que el régimen de Saigón debía aumentar su respaldo; «con cambios políticos, y quizá de personal, creo que [el gobierno] puede prosperar. Si no hace esos cambios, me parece que las posibilidades de prosperar son más bien escasas». Kennedy solicitó más ayuda —ayuda práctica— de los aliados de Estados Unidos: «No hay ningún beneficio en decir: “Bueno, ¿por qué no nos vamos todos a casa y les dejamos el mundo a nuestros enemigos?”». Añadió que «solo un pueblo puede hacerse con la victoria: el pueblo de Vietnam». A juicio de algunos historiadores, con ello Kennedy estaba reconociendo que los estadounidenses no podrían lograr lo que los vietnamitas no iban a hacer por sí mismos y, en consecuencia, apuntaba a que Estados Unidos saldría de Vietnam. No parece realista: aspiraba a la reelección presidencial y, por lo tanto, era consciente de que el sudeste asiático podía acarrear consecuencias muy negativas para un candidato, como le había sucedido a Harry Truman con Corea, en 1952.

El curso de los acontecimientos se aceleró. Los norvietnamitas se esforzaban por abrir la cuña que separaba a Diem de los estadounidenses. A tal fin, Hanói intentó aproximarse a Saigón mostrando buena cara a través de intermediarios polacos y franceses, en un empeño que la administración de Kennedy no tardó en conocer. El aspecto más innoble del interés

creciente de Washington por un golpe de Estado fue el impulso que le proporcionó el temor a que Diem o su hermano Nhu pudieran estar contemplando un pacto. Bernard Fall, al que los mandamases políticos escuchaban con atención porque se sabía que tenía buenos contactos en ambos bandos, informó de que, si el diálogo entre norte y sur iba por buen camino, Ho Chi Minh aceptaría una demora en la reunificación; un «intervalo decente», por usar un sintagma al que Fall no recurrió, pero que centraría, en el futuro, muchos de los intentos de pacificación de Indochina. En realidad, era muy improbable que las negociaciones llegaran a nada, porque a Le Duan solo le interesaba conseguir un Vietnam comunista, mientras que los Ngo vivían engañados: estaban convencidos de que su victoria militar era inminente y que además resultaban indispensables para Estados Unidos. El mero hecho de que hubiera contactos entre los dos bandos, sin embargo, hizo sonar las alarmas en Washington. Que el régimen de Saigón estuviera dispuesto a parlamentar era un indicio de la distancia creciente con quienes les pagaban las facturas. Charles Bartlett, amigo de Kennedy, aseveró más adelante que la razón principal de prescindir de Diem fue el flirteo del régimen de Saigón con el gobierno norteño. Atribuyó estas palabras al presidente: «Charlie, no puedo dejar que Vietnam se pase al comunismo y luego pedir [a los votantes] que me vuelvan a elegir. De una forma u otra, debemos conservar ese territorio». Ahora bien, se supone que Kennedy habría añadido: «Pero no tenemos futuro allí. [Los survietnamitas] nos odian. No nos quieren allí. En algún momento nos echarán de allí de una patada en el culo».[31] La conversación, conocida solo por esta fuente, parece verosímil. En privado, en la actitud de Kennedy influía también la mala fe exhibida por los comunistas a la hora de hacer realidad el pacto de su administración por la neutralidad de Laos. ¿Cómo pensar que Hanói sería un socio honrado en cualquier acuerdo de coalición por Vietnam?

La alarma de los estadounidenses se incrementó con la intervención del presidente francés Charles de Gaulle. Este nacionalista altivo y profundamente antisajón insistió de forma repetida en que Estados Unidos debía retirar las tropas y permitir que Vietnam pasara a ser neutral. A juicio de Washington, los comentarios de De Gaulle obedecían a los celos por el hecho de que Francia había quedado desplazada de una región que había sido de su propiedad. Fredrik Logevall ha escrito: «Los planificadores

estadounidenses pasaron mucho tiempo analizando las ideas y acciones del líder francés, pero solo en el aspecto de cuál sería la mejor manera de contrarrestarlas. No examinaron a fondo la sustancia de su argumento, ni entonces ni posteriormente, en parte porque los funcionarios estadounidenses lo tenían por una abominación inconcebible, en parte porque estaban seguros de que tenía otros motivos».[32]

Walter Lippmann advirtió, en su columna del 3 de septiembre: «Si no hay un acuerdo como el que propone el general De Gaulle, solo queda la posibilidad de una guerra de desgaste que no será decisiva y sí muy prolongada».[33] El veterano comentarista, que en aquellos años dedicó más atención al tema de Indochina que a ningún otro, creía que Estados Unidos podía aspirar, a lo sumo, a un resultado similar al de Tito: un Vietnam unificado y comunista que, no obstante, no sería instrumento de China ni los soviéticos. Lippmann estaba dando a entender que a Ho Chi Minh no se lo podría derrotar en el campo de batalla y que la mejor alternativa pasaba por cortejarlo dólar en mano. Resulta poco plausible: ¿por qué razón creería uno que si a Le Duan —un robesperriano de fanatismo extremo— se le hubiera confiado un Vietnam unificado, se habría dejado sobornar para dirigir un gobierno moderado y humano?; si en 1975 hizo todo lo contrario, ¿por qué pensar que en 1963 habría actuado de otro modo? Esto no reduce la validez de la tesis expresa de Lippmann: que Estados Unidos no podría imponerse por las armas.

El 13 de septiembre, Chester Cooper, del CSN, escribió desde Saigón a John McCone, antiguo compañero de la CIA, afirmando que era probable que el régimen de Diem y el de Hanói llegaran a un acuerdo que implicaría expulsar a los estadounidenses.[34] Aquí había un resentimiento que no contribuyó precisamente a que la administración estadounidense frenara a Lodge en su voluntad de provocar una intervención de los generales de Saigón. El embajador no vaciló a la hora de aprovechar la autoridad que la Casa Blanca había delegado en él, pero instigar un cambio de gobierno resultó ser un proceso tortuoso. Le resultó difícil animar a actuar a militares influyentes como los generales Duong Van Minh, Tran Van Don, Le Van Kim o Tran Thien Khiem. Colby, de la CIA, que odiaba a Lodge y se oponía decididamente a derribar a un líder nacional vietnamita que era un católico tan devoto como él mismo, escribió más tarde: «No se analizó ni

evaluó en nada, o prácticamente nada, a las personalidades que podrían suceder a Diem, más allá de referencias muy generales a "los militares"».[35] Los oficiales survietnamitas, no sin razón, tenían muchas dudas. No querían deponer a Diem sin saber (o hasta saber) que contaban con la fuerza suficiente, lo que requería el respaldo inequívoco de los estadounidenses. Sabían que no podrían contar con una declaración escrita de la embajada, pero no querían arriesgar el cuello por la simple palabra de Lou Conein, que en adelante actuó como oficial de enlace oculto entre Lodge y los jefes del ejército.

Pocos años más tarde, los agentes secretos de Estados Unidos estaban espiando un bar de Marsella implicado en la enorme operación transatlática de tráfico de drogas que cobró fama con el nombre de «la Conexión Francesa». El equipo de vigilancia quedó atónito al identificar a Conein entre los presentes, estrechando la mano de los gánsteres corsos con los que había trabado amistad en los días de la OSS. Frank Scotton, no obstante, alegó que entre las poses de Conein como bucanero o bufón, aquel gran canalla podía ser eficaz en la realización de las tareas asignadas, lo que en octubre de 1963 significaba proporcionar un enlace entre el gobierno de Estados Unidos (que estaba de acuerdo con derrocar a Diem) y los generales vietnamitas que debían llevarlo a cabo.[36]

Lodge se impacientaba con la lentitud de los conspiradores, que, según escribió con enojo, carecían «de la voluntad y la organización [necesarias] para lograr algo». Harkins, que no tenía tiempo para el embajador, se encogió de hombros ante Max Taylor: «En Oriente no puedes ir con prisas». George Ball indicó más adelante que el infame telegrama de agosto, de Harriman y Hilsman, no sirvió de acicate a los generales tanto como la aparición de Kennedy en televisión, dos semanas después, advirtiendo que Estados Unidos retiraría la ayuda salvo que Saigón cambiara de actitud.[37] Muchos survietnamitas, tanto de las fuerzas armadas como de otros sectores, comprendieron que Diem se estaba quedando sin base. El teniente del ejército Nguyen Cong Luan era un anticomunista apasionado que también odiaba al gobierno: «Mis camaradas y yo creíamos que era necesario que hubiera nuevos líderes en el poder, de forma que Vietnam del Sur pudiera lidiar efectivamente con los comunistas y convertirse en un lugar de libertad y democracia plenas, como Estados

Unidos».[38] Se habían emocionado mucho en 1960, cuando el dictador de Corea del Sur, Syngman Rhee, fue expulsado del poder. «Creíamos que si [en Vietnam] los nuestros mostraban la fuerza y la determinación precisas para dar un golpe, los estadounidenses nos tendrían que apoyar.»

El presidente Kennedy creó cierta confusión al enviar a Vietnam a McNamara y Taylor en una «misión de reconocimiento», de diez días, que se inició el 25 de septiembre. Al regresar fantaseaban sobre los «grandes avances» del campo de batalla, a la vez que deploraban la intransigencia de Diem. Habían buscado en vano noticias sobre el golpe que se suponía inminente. Cuando el general Duong Van Minh («el Gran Minh»), líder de los militares conjurados, no le dijo nada relevante a Taylor durante un intenso partido de tenis en el Cercle Sportif de Saigón, el estadounidense concluyó que el plan se tenía que haber abortado. Él y McNamara, a pesar de todo, resolvieron que la victoria militar quedaría a su alcance a condición de arreglar el gobierno de Saigón. Esto exigía expulsar a los Ngo.

El 2 de octubre, la Casa Blanca envió a Lodge un cable en el que hacía hincapié en la necesidad de poder negarlo todo: «Ahora no se debe adoptar ninguna medida de apoyo encubierto a un golpe. No obstante, es urgente trabajar en ... identificar y crear contactos con posibles líderes alternativos, cuando y según emerjan». Tres días después, Lodge transmitió al presidente que, a la postre, el golpe parecía probable. Conein y Minh se reunieron para una conversación franca, realizada en francés, en un viejo bungaló colonial del complejo defensivo de Saigón. El vietnamita expuso que la única exigencia no negociable por su parte era la seguridad de que Estados Unidos seguiría prestándoles ayuda. Advirtió a Conein de que el tiempo era esencial: la suya era solo una entre varias conspiraciones enfrentadas. Aquel mismo día, otro monje budista se inmoló.

El informe de Conein hizo que Lodge recomendara a Washington que bastaba con tranquilizar a Minh garantizándole que Estados Unidos «no intentaría frustrar» el cambio de régimen. Kennedy asintió, aunque advirtió que su país no debía participar activamente en el proceso de un golpe. En Saigón imperaba un ánimo febril, con rumores incesantes de que Diem corría peligro. Estos surtieron el efecto de alarmar a los generales

vietnamitas que, una vez más, se replegaron. Lodge creyó necesario despedir a John Richardson, el jefe de la base local de la CIA, que compartía el escepticismo de Paul Harkins sobre el derrocamiento de Diem.

En aquel punto, Nhu intensificó la campaña de represión política y, en público, llenó de injurias a los estadounidenses, acusándolos de interferir. Acabada la guerra, algunos jefes comunistas comentaron que este habría sido un momento ideal para provocar un alzamiento: Vietnam del Sur se había vuelto inestable y vulnerable; casi todo el mundo odiaba a los Ngo.[39] La OCVnS, sin embargo, se limitó a mantener la campaña guerrillera, mientras en Saigón los generales negociaban el apoyo de las principales unidades del ejército. Lou Conein intentó dirigir el complot calmando al general Don en las conversaciones que ambos mantenían en una clínica dental que compartían y les ofrecía un refugio seguro.

El 26 de octubre —el día de la fiesta nacional de Vietnam— Diem visitó un centro turístico situado en las colinas de Dalat. Ante el clima de inquietud, su vuelo fue precedido por el de un señuelo —un C-47 idéntico, pero vacío— y se pasó revista a los rifles de la guardia de honor que lo recibiría, para comprobar que estaban descargados. El presidente había acordado reunirse con el embajador estadounidense; a Frank Scotton se le encomendó averiguar, a través de un contacto vietnamita que estaba al tanto de los planes del golpe, si Lodge podría entrar en la residencia de invitados presidencial sin quedar atrapado en una lluvia de balas. El hombre de la Agencia de Información recibió el asentimiento que buscaba: en efecto, los generales aún no estaban preparados. Así, la visita y la reunión de Diem con el embajador se desarrollaron sin incidentes.

En Washington persistía la división. El vicepresidente Lyndon Johnson no intervino de forma resuelta, pero se opuso consistentemente a derrocar a los Diem. Como comunista antivisceral, creía que el desafío se limitaba a conseguir la derrota militar del Vietcong. Johnson, que nunca fue un hombre de matices, se divertía con la broma fingida de que «los extranjeros no son como la gente con la que acostumbro a tratar», con lo que en realidad ponía de relieve una verdad importante sobre sí mismo. El 29 de octubre, Kennedy convocó al CSN para analizar un cable de Harkins, donde el general expresaba su deseo de seguir respaldando a los Ngo: «Con

acierto o sin él, llevamos ocho años, largos y duros, apoyando a Diem. Me parece incoherente echarlo del poder de una patada y librarnos de él». Este mensaje conmocionó a Robert Kennedy, que llegó a la conclusión de que el golpe supondría un riesgo excesivo.

McGeorge Bundy, como asesor de seguridad nacional, le envió a Lodge otro cable que transmitía las nuevas dudas del presidente. Pero el embajador ya había determinado que el complot debía llegar a término, y nunca comunicó las vacilaciones de Washington ni a los generales vietnamitas ni a Lou Conein. El 1 de noviembre, el exmiembro de la OSS se presentó en el cuartel general del ERVn, según se le había indicado, vestido con uniforme y portando un revólver del calibre .357 y cuarenta mil dólares en metálico: lo que a su juicio eran los accesorios idóneos para una noche de trabajo destronando a un gobierno. Dejó a su esposa y sus hijos en su residencia, custodiados por boinas verdes, y desde su *jeep* envió el mensaje de radio acordado con sus superiores, para avisar del inicio de las operaciones: «Nueve, nueve, nueve, nueve, nueve». Las tropas rebeldes asaltaron el palacio de Diem; el presidente y su hermano se refugiaron en el sótano. En Saigón, los confabulados apresaron y ejecutaron a varios oficiales leales a los Ngo. A las 4.30 de la tarde, Diem llamó por teléfono a Lodge para recabar su apoyo, pero solo le ofrecieron un salvoconducto para salir del país.

Los conspiradores llamaron también por teléfono al presidente, al que invitaron a cesar en su cargo a cambio de la vida. Pero este contactó con su círculo de confianza para implorar un apoyo que, sin embargo, brilló por su ausencia. A las ocho de la noche, Diem y Nhu intentaron una salida desesperada: se escabulleron fuera del palacio y tomaron un coche hacia Cholon, atravesando las calles desiertas, porque los responsables del complot habían instaurado el toque de queda. Los dos se refugiaron en una casa que Nhu había preparado precisamente para esa clase de emergencia, con su propio sistema de comunicaciones. Así, estaban en Cholon cuando las tropas rebeldes bombardearon y por último tomaron por asalto el palacio, derrotando a unos guardias que murieron en defensa de un Diem ausente. El edificio quedó asolado, pero no cayó sin que hubiera varias horas de combates; luego fue saqueado al completo, desde los saltos de cama de la señora Nhu hasta la extraordinaria colección de cómics

estadounidenses del presidente. A las 6 de la mañana del 3 de noviembre, un Diem claramente agotado llamó al general Minh para negociar las condiciones de su rendición. Los jefes militares rechazaron la propuesta, así como la sugerencia de que le permitieran abandonar el país con los honores públicos debidos a un jefe de Estado. A los pocos minutos, Diem llamó otra vez: él y su hermano habían decidido rendirse sin condiciones, y los encontrarían en una iglesia católica de Cholon, la de San Francisco Javier. Los generales, inseguros al respecto de qué hacer con un presidente sobrante, consultaron con Lou Conein. Este afirmó que en veinticuatro horas tendrían un avión estadounidense que podría sacar a Diem de Vietnam, aunque haría falta encontrar un país dispuesto a concederle asilo. Los generales delegaron en un veterano de la policía secreta para que trajera a Diem y Nhu desde Cholon en un TBP M-113. También se sumó a la partida el capitán Nhung, guardaespaldas personal de Minh, a quien se cuenta que el general dirigió una señal discreta —dos dedos levantados— para indicarle que había que matar a los prisioneros; la noche antes, Nhung ya había ejecutado a dos leales a Diem. En la iglesia, los Ngo estrecharon la mano de su escolta, que los guio hasta el transporte con la afirmación tranquilizadora de que su blindaje los protegería frente a los «extremistas». De regreso a Saigón, la caravana se detuvo en un cruce de carreteras y un oficial vació un subfusil sobre los pasajeros. El transporte ensangrentado siguió camino hacia las dependencias de Minh en el cuartel general del destacamento, donde el verdugo anunció sencillamente: «*Mission accomplie*». El general comunicó a Conein que Diem se había suicidado y le preguntó si deseaba verlo. El estadounidense se negó en redondo; apenas había «una probabilidad entre un millón» de que el mundo diera crédito a la historia de los conjurados, y prefirió no sufrir la vergüenza de enfrentarse a la verdad.

Un profesor invitado por el British Council fue quien tuvo que identificar los cadáveres de Diem y Nhu en el hospital de San Pablo, porque estaba casado con la sobrina del difunto presidente. Al parecer, a Diem lo habían herido solo una vez, en el cuello; a Nhu muchas, por la espalda. Lodge reunió a los generales en la embajada estadounidense, donde calificó el golpe de «actuación destacable en todos los sentidos», y luego envió un cable satisfecho a Washington: «Se prevé que ahora habrá una guerra breve». En Saigón y otras ciudades hubo festejos públicos en los que, con

alegría, se arrancó de las paredes de los edificios públicos la imagen del dictador depuesto. Se liberó a cientos de presos políticos, algunos de los cuales exhibían marcas de tortura. En el recuerdo de muchos saigoneses había quedado muy marcado un detalle surrealista: la señora Nhu había prohibido bailar, supuestamente en defensa de la moral pública. El veto se derogó y miles de saigoneses bailaron, figuradamente, sobre las tumbas de los Ngo.

Neil Sheehan y parte de sus colegas de corresponsalía detectaron un destello de esperanza, a la postre ilusorio: «Si se continuaba con Diem, la guerra se iba a perder. Creíamos que, si entraba un régimen militar decente, tenían una oportunidad».[40] El general Duong Van Minh se situó en cabeza de la junta que asumió el gobierno de Vietnam del Sur. En Londres, *The Times* informó, el 5 de noviembre: «Saigón actuaba como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Las calles estaban concurridas como nunca ... Miles de budistas se arracimaban en la pagoda de Xa Loi para unas oraciones que eran casi de júbilo». Un corresponsal especial añadió: «Como varios miembros de la junta se sienten próximos a Estados Unidos ... ello debería inclinarlos hacia la democracia».

John F. Kennedy estaba reunido con Max Taylor cuando recibió la noticia de la muerte de Diem. El militar recordaba que el presidente «salió a toda prisa de la sala, con aspecto consternado». Se antoja inútil andar con polémicas sobre la responsabilidad. La administración había autorizado a Lodge a abrir las válvulas de achique y la nave del régimen se había ido a fondo. También carece de lógica recriminar a Washington que debería haber garantizado la presencia de botes salvavidas. Los generales survietnamitas no se habrían atrevido a deponer a Diem sin la seguridad de que esto se correspondía con la voluntad de Washington. Nadie insistió lo suficiente en que no debían matarlo.

A veces se defiende que el régimen podría haber sobrevivido, previa reforma; se hace hincapié en que Diem fue el último jefe de Estado nacionalista e independiente de Vietnam del Sur. Tran Hoi, piloto de cazas en la fuerza aérea de Vietnam, lo valoraba así: «Me pareció que los estadounidenses cometieron un gran error al destituirlo. Era un auténtico patriota». Algunos survietnamitas reflexivos mostraron su respeto ante el

empeño de Diem (por imprudente que fuera) de seguir su propio rumbo, sin limitarse a cumplir órdenes de Estados Unidos. Otro oficial del Aire, Nguyen Van Uc, afirmó: «Diem sabía que si [las tropas de combate de Estados Unidos] entraban en el país, los comunistas podrían presentarse como si libraran una campaña contra el dominio imperial».[41] Un oficial de Marina abundó en una línea similar: «Tras la muerte de Diem, en Vietnam del Sur no volvió a haber política real».[42]

Los datos conocidos indican que el régimen estaba podrido hasta la médula y que el pueblo había dejado de apoyarlo. Sin embargo, la forma en la que el presidente falleció —que recuerda a un emperador romano asesinado por su guardia pretoriana— asestó un golpe muy duro, quizá irreparable, a la posición moral de Estados Unidos en el sudeste asiático. En el país norteamericano, la Junta de jefes quedó horrorizada; se habló de «la bahía de Cochinos de Asia». Para Frank Scotton, «matar a Diem fue un error catastrófico».[43] A aquellos de entre sus jefes que estaban esperanzados con el nuevo comienzo, les dijo: «Algunos de estos generales son gente bastante agradable, pero ¿acaso saben algo de administración o son buenos líderes políticos? Ahora que se ha aceptado un primer golpe sangriento, quienquiera que disponga de más de dos tanques pensará que tiene licencia para cambiar el gobierno».[44]

David Elliott había llegado a Vietnam «con la confianza de que estábamos haciendo lo correcto. Pero pronto me pareció que en vez de apoyar un golpe deberíamos haber abordado el hecho de que no había propósito común entre nosotros y nuestro aliado. La solución pasaba por marcharnos».[45] Un australiano que trabajó más adelante en Vietnam escribió: «Los estadounidenses no han aprendido aún que no le pueden imponer la “democracia” al Sur. Cuando [Estados Unidos] apoya a un gobierno, lo condena a caer».[46] Rufus Phillips, un oficial de la CIA y protegido de Ed Lansdale aseveró, sobre el asesinato de Diem: «Me dieron ganas de sentarme a llorar ... Fue una decisión estúpida, y por Dios que lo pagamos, lo pagaron, todo el mundo lo pagó».[47] Como protesta, *Fritz* Nolting, exembajador en Saigón, presentó la dimisión de su puesto en el Departamento de Estado.

El 22 de noviembre de 1963, el presidente estadounidense John F. Kennedy fue asesinado cuando contaba cuarenta y seis años. Mientras el mundo se condolía, el reducido grupo de estadounidenses al corriente de los secretos que se habían desarrollado en Saigón hacía menos de tres semanas reflexionaba sobre la cruda simetría de los acontecimientos. A Kennedy lo sucedió su vicepresidente, un hombre de notable capacidad política, que en buena medida cayó en el olvido cuando Lyndon Johnson se llevó a la tumba al íncubo terrible de Vietnam. En aquellos primeros días, fuera de Estados Unidos, casi nadie sabía gran cosa sobre su nuevo líder nacional. Desde Londres, *The Times* se mostraba claramente escéptico: «En la escena mundial es prácticamente un desconocido».[48] Arthur Schlesinger escribió, en tono de desdén: «Es ignorante y aun así no se molesta en aumentar lo que sabe, por ejemplo hablando con visitantes de otros países».[49]

Se han gastado ríos de tinta conjeturando sobre el curso que John F. Kennedy habría adoptado en Vietnam en ausencia de las balas de Texas. William Colby, de la CIA, entendía que habría reconocido que, antes de enviar tropas, era imprescindible disponer de una estrategia política creíble. Kenny O'Donnell, asistente de la Casa Blanca, afirmó más adelante haber oído decir al presidente que el resultado ideal habría sido que el régimen de Saigón solicitara a Estados Unidos que abandonara su país. El rey de Camelot quizá habría seguido manteniendo una intervención limitada, pero sin desplazar a medio millón de militares. Robert McNamara afirmó que Kennedy habría salido del país una vez que hubiera vencido en las presidenciales de 1964. Sin embargo, el biógrafo del secretario de Defensa ha precisado que esta aseveración es muy posterior a los posibles hechos.[50]

Todo parece indicar que el presidente supeditaba las estrategias a los requisitos de la siguiente campaña electoral. Durante la primavera anterior le había dicho al senador Mike Mansfield que era partidario de abandonar Vietnam, pero no podía manifestarlo de hecho antes de la reelección. El 22 de noviembre, en el Trade Mart de Dallas, Kennedy habría leído estas palabras: «En este país, en esta generación, somos los vigilantes de los muros de la libertad ... Ayudar ... a otras naciones puede suponernos dolor, peligros y costes, como se puede afirmar hoy del sudeste asiático. Pero no nos cansamos de tal labor». J. K. Galbraith rememoraba: «Muchas veces oí

decir [a Kennedy ...]: “Las concesiones que uno puede hacer a los comunistas sin perecer políticamente son contadas”».[51]

La admiración moderna por Kennedy, casi extática, suele oscurecer el hecho de que, a mediados de noviembre de 1963, el presidente no gozaba de especial prestigio en la opinión pública mundial. El editorial del *Times* londinense del día 12 —diez días antes de Dallas— hablaba de una «impresión de parálisis» extendida en el gobierno estadounidense y de la «decepción general» por su rendimiento, reflejada en fracasos de sus políticas en distintos continentes. «Por alguna razón, la administración estadounidense tiene cada vez menos capacidad de influir en los acontecimientos tanto nacionales como extranjeros.» No parece verosímil que, antes de noviembre de 1964, Kennedy se hubiera atrevido a actuar de un modo que lo presentara como débil. Tras una reelección, tal vez habría exhibido el coraje moral del que Lyndon Johnson carecía, para reducir las pérdidas estadounidenses; pero no parecía lo más probable.

La política de Kennedy en Vietnam adoleció del mismo defecto fundamental que se constató en la de todos los demás presidentes estadounidenses entre 1945 y 1975: obedecía a la lógica de la política interior de Estados Unidos, no a una valoración realista de los deseos e intereses del pueblo vietnamita. Kennedy era un hombre suficientemente inteligente y razonable —sabemos de su anterior escepticismo sobre Indochina— para reconocer la escasa probabilidad de un éxito de las fuerzas armadas en aquel país. Sin embargo, en el clima de la Guerra Fría —muy fría, a la sazón—, a la Casa Blanca de Kennedy el coste político de seguir en Vietnam del Sur se le antojaba más asequible que el de mostrarse abandonándolo, fracasando, perdiendo, cediendo ante los comunistas. Ni el presidente ni Robert McNamara comprendieron cuánto daño podía Vietnam llegar a causarle a su propio país.

A finales de 1963, el gobierno de Saigón carecía de presencia material en algunos sectores del delta del Mekong, designado por los comunistas como «Zona 20-VII» (en referencia a la fecha de los Acuerdos de Ginebra), y estas «áreas liberadas» se fueron expandiendo con rapidez en la confusión posterior a la muerte de Diem. La moral de las tropas del sur se vino abajo, hasta el punto de que incluso las supuestas formaciones de élite exhibían

desgana en los enfrentamientos. El programa de los poblados estratégicos se derrumbó. Con una celeridad asombrosa, el FLN se encontró al mando de amplias zonas del país. Los estadounidenses se reían con un chiste negro sobre una supuesta conversación entre Lodge y «el Gran Minh», en el que el embajador instaba al militar a tranquilizar a los vietnamitas como había hecho Lyndon Johnson en el mensaje televisivo posterior al asesinato de Kennedy, a lo que Minh replicaba: «¡Perfecto! Dennos la televisión».[52]

La caída de Diem precipitó una reunión de urgencia del comité central de Hanói, que se inició el 22 de noviembre. Ho Chi Minh se ofreció a moderar el encuentro, pero el sector duro rechazó la sugerencia; se ha dicho (pero no confirmado) que reaccionó marchándose, disgustado o angustiado. Tal gesto no habría sido típico de él, aunque se dice también que un mes más tarde comunicó al embajador soviético que se retiraba de la política. Es indudable, en cualquier caso, que la reunión puso fin al liderazgo práctico de Ho —sin que por ello dejara de personificar a su país a ojos de la comunidad mundial— y confirmó a Le Duan como figura principal, con Le Duc Tho como segundo. Le Duan gozaba de una ventaja inmensa sobre sus enemigos, tanto en su propio país como en Estados Unidos, pues era el único actor importante cuyo objetivo estaba definido con una claridad meridiana: crear un Vietnam unificado y estalinista. Vale la pena destacar que, cuando faltaban menos de treinta años para el hundimiento del imperio soviético, Le Duan no mostró signos de haber captado que aquel modelo económico representaba un fracaso histórico.

Las relaciones con Pekín —que en aquel punto era más estalinista que los sucesores soviéticos de Stalin— se consolidaron. El 2 de agosto, en la capital china, se firmó un acuerdo que comprometía a China a ayudar militarmente a Vietnam del Norte, de forma directa, en el caso de una invasión estadounidense. No está muy claro que Mao hubiera cumplido lo suscrito, llegado el momento; pero en otoño de 1963 este pacto sirvió para reforzar mucho la posición de Le Duan y sus compañeros de activismo en el politburó. El presidente Liu Shaoqi, de visita en Hanói, se mostró partidario —más que ningún otro líder chino reciente— de apoyar la lucha de liberación del Sur. Así, Vietnam empezó a recibir un flujo cuantioso de armas, que emprendieron camino junto con 7.850 soldados norteños —en una marcha épica— hacia el territorio meridional, que Hanói designaba

como «Campo de Batalla B». La reunión del comité central del Partido, en noviembre, terminó con un compromiso inequívoco a favor de una nueva campaña explícitamente militar, activa y agresiva.

Le Duan y sus colegas pensaron que el nuevo régimen de Saigón se hundiría con rapidez y que, por lo tanto, los estadounidenses renunciarían a enviar tropas de tierra en apoyo de una causa perdida. Las prisas por llenar el vacío de poder en el Sur les hicieron optar por una escalada urgente, que se expresó en la Resolución 9, formulada en diciembre de 1963 y consagrada en dos documentos, uno publicado el 20 de enero de 1964 y el otro, secreto: «Esfuerzo de combate y avance para obtener nuevas victorias en el Sur». Entre tanto, en el propio Norte, los partidarios de la línea dura iniciaron una nueva purga de la «derecha desviacionista», integrada en parte por héroes de la era del Vietminh. Miles de funcionarios, periodistas e intelectuales tuvieron que pasar por un proceso de reeducación.

La Resolución 9 fue histórica porque implicaba comprometerse con una lucha armada en la que se perseveraría hasta el final. Aunque Moscú y Pekín temían las posibles consecuencias —y durante algunos meses la ayuda soviética fue casi nula y los rusos no tuvieron embajador en Hanói —, al final, aunque no sin reticencia, los dos países se sintieron obligados a mostrarse a favor de la causa de la revolución y la liberación, con entregas de armas cada vez más generosas. Hanói enardeció a sus adeptos: «Ha llegado el momento de que Vietnam del Norte incremente la ayuda al Sur ... El enemigo ... está usando sus fuerzas armadas para matar y saquear al pueblo ... La única forma de aplastarlos es la lucha armada, que en adelante se torna decisiva». Aunque la actividad guerrillera se incrementó, en una primera fase más inmediata, sobre todo en el delta del Mekong, el epicentro de la batalla fue desplazándose poco a poco hacia la Meseta Central y la zona situada al noroeste de Saigón. El nuevo objetivo de los comunistas no era poco ambicioso: enfrentarse al ejército survietnamita y asestarle una paliza que le doblegara el ánimo.

Algunos historiadores creen que, en 1962-1963, se perdieron algunas oportunidades de alcanzar un acuerdo de paz. Esto podría ser cierto, en la medida en que los norvietnamitas, incluido el propio Le Duan, sopesaron durante un tiempo negociar que los estadounidenses salieran del país y este

deviniera neutral. Es sumamente improbable, no obstante, que el presidente Diem hubiera aceptado un pacto que pasaba por compartir el poder con el FLN. Además, si se hubiera llegado a un acuerdo, este tan solo habría supuesto una pausa muy breve antes de que Vietnam se convirtiera en un Estado comunista unificado: ni Hanói ni la OCVnS habrían renunciado a la violencia a cambio de menos que eso.

Desde el presente podríamos pensar que tal resultado —tal rendición— habría sido preferible a la década de combates letales que le siguió en realidad. La mayoría de los survietnamitas, y en especial los líderes budistas, habrían optado por la paz, fueran cuales fuesen las condiciones; quien rechazó esta posibilidad fue el mecenas estadounidense, alegando que condenar al pueblo de Vietnam del Sur a compartir el desolador destino económico, político y social de sus hermanos septentrionales supondría una traición histórica. Es justo atribuir conjuntamente a los comunistas y Estados Unidos la responsabilidad por los horrores que sufrió Vietnam tras la muerte de John F. Kennedy, porque los dos prefirieron desatar una violencia cada vez más generalizada antes que someterse a la voluntad de sus enemigos. Doug Johnson, oficial de la artillería de campaña estadounidense, dijo: «El primer punto de inflexión de la guerra fue el asesinato de Diem. Desde entonces, perdimos la superioridad moral. Todo el mundo sabía de nuestra complicidad. ¿Quién iba a confiar en nosotros? Al prestar servicio en Vietnam, yo pensaba: “Lo haré lo mejor que pueda y espero que esta gente... en fin, sin mucha esperanza, confío que todo acabe bien”».[53]

8

El laberinto

1. «Suficiente guerra para todo el mundo»

Un general calmaba la impaciencia del teniente Don Snider, durante el trayecto a Vietnam, con la frase: «Hijo, habrá suficiente guerra para todo el mundo». Snider había nacido en 1940, en el seno de una familia de criadores de ganado, de Ohio. West Point le había entusiasmado «porque representaba la clase de valores con los que me habían criado»[1] y en 1964 se encontraba instruyendo y asesorando a fuerzas especiales vietnamitas. Todos los estadounidenses que prestaron servicio en los primeros años acudieron voluntarios y la experiencia resultó a la par emocionante y frustrante. Snider hizo saltos operativos en paracaídas cerca de la intersección de las fronteras vietnamitas, laosiana y camboyana: «Al saltar del avión por la noche no te podría haber dicho en qué país estábamos». Aterrizaban en las copas de una selva muy densa, con tres alturas de dosel forestal, y luego se deslizaban hasta el suelo mediante cuerdas. Algunos camaradas estadounidenses eran excelentes, en particular un suboficial formidable, el sargento Zahky. «¡Ir a la guerra con alguien como él era toda una oportunidad!», dijo con admiración. Tras varios días y noches de reconocer el territorio enemigo, lo más difícil era llegar al punto de encuentro para la extracción mediante helicópteros. Snider no estableció lazos verdaderos con sus hombres, que en su mayoría eran *nungs*, de etnia china. «En mis tres períodos de servicio, no llegué a conocerlos bien, a saber en quién podía confiar. Eran mercenarios. Decían: “Si me pagas, combatiré”. Pero al final, la paga no lo era todo.» Snider completó siete misiones de reconocimiento en la selva profunda antes de ser transferido al delta, con la función de instruir y dirigir a fuerzas de defensa locales en la frontera con Camboya. Cuando salieron en busca del teniente Nick Rowe,

un tejano de las fuerzas especiales que el Vietcong retuvo durante cinco años, sufrieron varias emboscadas duras. Snider salió de un choque cargando a lomos a un intérprete herido y con varios agujeros de bala en la radio. «Entre los vietnamitas con los que yo estaba, no había voluntad. Yo pensaba: si es así como vamos a librar esta guerra, la cosa no va a salir bien.» Al concluir su estancia, «ya no quería tener nada más que ver ni con las fuerzas especiales ni con los vietnamitas. No era que la guerra me hubiera desilusionado; la experiencia me había demostrado que lo que yo hacía no valía la pena».

Snider acabó pensando que los únicos asesores que realizaban una labor valiosa eran los que (a diferencia de él mismo) establecían relaciones con la población local. Frank Scotton, al poco de llegar al país, montó en un *jeep* con un sargento que saludaba y sonreía de forma extravagante a cada civil con el que se cruzaba. Cuando Scotton se interesó por la causa de aquella exhibición, el conductor replicó: «Si me capturan, quiero que los vietnamitas me recuerden como un estadounidense grande, tonto y amistoso».[2] Erik Dietrich, artillero de puerta de un helicóptero, apreciaba mucho a sus camaradas del ERVn, de los que rescató a muchos heridos en el campo de batalla, no siempre con éxito: «Morían en silencio, a veces incluso con lo que yo interpretaba como un disculparse por las molestias y problemas que estaban causando». Dietrich, sin embargo, admitió haber sentido vergüenza cuando un pequeño paracaidista con el que trabó amistad intentó cogerlo de la mano. «Su última carta estuvo dando vueltas por el país hasta que por fin me llegó: “Un mes echándote de menos. No he podido evitar acordarme de nuestros días de colaboración. Nunca me olvido ... Te deseo buena suerte en el cumplimiento del deber. Cuando nos veamos, tendré un buen cuento que contarte”».[3] Dietrich reflexionaba luego, con aire de tristeza: «Ese “cuento” ya no se pudo contar. Nguyen Chanh Su, Vo Van Co, Bong Ng-Huu, ¿qué ha sido de todos vosotros? Y tú, mi querido y valiente Pham Gia Cau, que luchaste en Dienbienphu y con la partición del país bajaste al Sur: podía confiarte mi vida sin dudarlo y te llevo siempre en mis oraciones».

Algunos estadounidenses, por el contrario, se desesperaban. El 1 de marzo de 1964, Doug Ramsey, del Ministerio de Exteriores, escribió a sus padres: «La estructura de este gobierno está podrida hasta la médula y de la cabeza a los pies. Si accionas un mecanismo, no estará conectado a ningún cable; y si logras acceder al cable, tampoco habrá nada en la otra punta ... Salvo que estemos dispuestos a favorecer un cambio auténticamente revolucionario, me temo que debo darles la razón a los que dicen que aquí no hacemos nada. Si al pueblo de Vietnam no podemos ofrecerle nada mejor que una guerra de años ... si no hacemos más que ... proteger a un régimen feudal que está condenado sin remedio ... no podemos esperar que la gente nos apoye de verdad».[4]

Con el tiempo, Ramsey fue ayudante de John Vann, que había dejado el ejército y actuaba como jefe de la pacificación regional en el delta. Describió al coronel empezando por «los ojos menudos, resueltos, achinados al revés, de color gris azulado que recordaban un tanto a la mirada de Lloyd Bridges, la estrella del cine, porque te paralizaban como rayos láser. La voz sonaba ligeramente dura, con acento del sur de Virginia. Era bastante bajo, y el pelo rubio le raleaba en la frente; a sus cuarenta y un años también empezaba a criar algo de tripa».[5] Ramsey respetaba la «vitalidad física» de Vann, que calificaba de «animal» porque le permitía estar en acción dieciséis horas al día; también su competitividad: «Quería saberlo todo sobre todo el mundo y todos los temas. Con su memoria prodigiosa y su gran retentiva para los detalles, habría sido idóneo para el gobierno ... solo que no podía prescindir de la acción. Se presentaba a sí mismo como un puro *redneck* de Virginia, y quizá lo era. Su lealtad con los amigos, y su hostilidad con los enemigos, eran absolutas. Además era excelente trabajando en equipo, nunca cejaba en el empeño —y no solía fallar— de trabar relación con quien pudiera convenir a sus fines». Su excelencia atlética le permitía hacer una voltereta sin carrerilla y le gustaba exhibirse jugando al voleibol. El general Fred Weyand dijo: «Era un tipo al que le habría confiado mi vida». Ramsey describió a Vann como un fanático de la disciplina, en todos los campos, salvo en el sexual. «La idea del descanso, para John, pasaba por tener a dos hermanas en la misma noche, pero yo no me podía quejar, porque me ofrecía un sitio.»[6] Estaba

convencido de que, por muchas mujeres con las que Vann se relacionara, aquel hombre desordenado seguía amando con todo su corazón a Mary-Jane, la exesposa a la que había traicionado tan a menudo. Gordon Sullivan, capitán del ejército y asesor del ERVn, admiraba a Vann porque comprendía a fondo la realidad vietnamita, más allá de los juegos que se interpretaban para complacer a los estadounidenses. «Solía decir: «“El espectáculo de cara a la galería no me interesa”. Si contaba con mucha oposición, en buena parte era por envidia».

Los hombres reflexivos del estilo de Doug Ramsey, por un lado, se exasperaban con los errores de la política estadounidense, y por el otro, se rebelaban contra las atrocidades que los comunistas perpetraban diariamente: «Disparaban contra patios de colegio por si por casualidad herían a los tres soldados del ERVn que había entre unos cincuenta niños o, para liquidar a dos estadounidenses, mataban a docenas de civiles en restaurantes o en la calle; dirigían los morteros contra las ciudades pequeñas, solo para sembrar el terror; asesinaban a maestros desarmados, a prisioneros de guerra con las manos vacías; mataban a las novias de los funcionarios del gobierno, además de a los propios funcionarios».[7] Para Ramsey, un programa de pacificación debía pasar necesariamente por grupos reducidos de asesoría local, copiando sin vergüenza el modelo de las células comunistas.

Él y Frank Scotton llegaron a un poblado sin anunciarse y, cuando entraron en el patio del jefe, se toparon con un grupo de hombres que —vestidos con los pijamas negros: miembros del FLN, a todas luces— conferenciaban en el interior. Recibieron a los dos estadounidenses con el ceño fruncido, pero sin atacarlos, al ver que iban armados. El jefe del poblado tranquilizó a los dos grupos: si cada uno se ocupaba de sus asuntos, no tenía por qué ocurrir nada desagradable. Los comunistas acabaron reconociendo la faceta cómica de la situación e incluso posaron para unas fotos; aun así, cuando los estadounidenses se marcharon del lugar lo hicieron con alivio porque la tensión no había pasado a mayores. No obstante, las implicaciones eran graves: el enemigo actuaba a plena luz del día, al suroeste de Saigón, a menos de una hora en coche de la capital del sur.

Pese a la suma de dificultades y frustraciones, Ramsey, como Scotton y Vann, amaba aquella vida. Aunque rechazaba las comparaciones con «Lawrence de Indochina», sí le gustaba imaginarse a sí mismo como Espartaco, «sin olvidar cómo acabó». Escribió: «En el peor de los casos, estar en [Viet]Nam te daba la posibilidad de abundar y magnificar las propias imágenes viriles de la infancia: un aventurero heroico, con el rifle en una mano y caramelos para los niños en la otra, que de día combatía por Dios, el país, la democracia y la libre empresa, en un medio lo bastante peligroso para que la adrenalina nunca baje; y que de noche podía aprovechar todo lo que Saigón tenía que ofrecer. Como cantaba Tom Lehrer en 1953, en su "Old Dope Peddler" ["El viejo camello"]: en Vietnam, además de hacer el bien te puede ir más que bien».[8] Más que con la canción satírica de Lehrer, sin embargo, Ramsey se obsesionó cada vez más con la música del «Réquiem de guerra» de Benjamin Britten.

Frank Snepp, de la CIA, llegó a Vietnam más tarde, pero había salido del mismo molde. Era hijo de un excoronel de la Marina, y posteriormente juez, un defensor acérrimo de la clase dirigente con el que Frank tuvo una relación problemática. En su infancia, que transcurrió en Carolina del Norte, se sintió especialmente unido a su niñera negra. Cuando abandonó la Escuela de Asuntos Internacionales de Columbia y pidió empleo en la CIA, su propia solicitud destacaba, como ventajas principales, la «sangre aria, mentalidad de club de campo y una inmensa capacidad de desmontaje».[9] Podría haber añadido un atractivo físico que le permitió acostarse con una asombrosa serie de chicas, algunas de ellas empleadas de la Agencia. Los críticos lo tildaban de insaciable, pero él se consideraba «romántico». A las dos semanas de su primer período de servicio como oficial de inteligencia, el Pilatus Porter a bordo del cual atravesaba el delta del Mekong recibió varios impactos en las alas, por el fuego de armas menores de los comunistas, y el joven, a la sazón de veintiséis años, murmuró exultante: «¡Me encanta! Dios mío, ¡me encanta!». Más adelante abundó en el sentimiento: «Fue simplemente genial. Me enamoré de Vietnam y los vietnamitas». Tenía un concepto idealista del papel que le correspondía

interpretar: «Creía que si la CIA obtenía los datos de inteligencia adecuados y los hacía llegar a la gente idónea, realmente podríamos marcar una diferencia en positivo».[10]

Harry Williams empezó a trabajar como espía de la radiofonía enemiga en abril de 1964 y recibió la misión con entusiasmo: «Era una buena guerra, una guerra maravillosa. Éramos *cowboys*. Me encantaba el trabajo, creía estar aportando algo bueno de verdad. Tenía la tranquilidad de que nuestra causa era justa y la convicción de que ganaríamos». Dejó en Estados Unidos a Peggy, su mujer, que estaba embarazada, y alquiló un apartamento en Saigón. Los vecinos vietnamitas lo apodaron «el francés» porque sabía hablar esta lengua. Recorrió amplias zonas del país charlando con los lugareños, hasta que la actividad se volvió demasiado peligrosa. Un día, cerca de Danang, un anciano de un poblado le preguntó con tono de incomprensión: «¿Por qué han matado a Kennedy?». A juicio de Williams, muchos vietnamitas habían intuido que el presidente buscaba la forma de ayudarlos y sospechaban que, de un modo u otro, su muerte quizá guardaba relación con este tema. En su gran mayoría, sin embargo, Williams entendía que la población local era indiferente a uno y otro bando: «A la gente de la calle la política no le interesaba lo más mínimo, solo permanecer con vida».

Cuanto más tiempo estuvieron en Saigón los estadounidenses más sensibles, más se lamentaron del cambio que experimentaba la capital. Los altos plátanos de sombra de Tu Do se talaron y el tráfico se duplicó. El veterano Howard Simpson valoraba: «La soñolienta capital colonial había dado paso a una metrópolis en guerra, sucia y abarrotada».[11] El coronel Sid Berry, que trabajaba como asesor, escribió: «Saigón ha cambiado mucho ... Hay mucha más población y es más vulgar, estridente, comercial, mezquina, codiciosa, sucia, metálica. Hay demasiados estadounidenses. Demasiados, sin lugar a dudas. Hacen subir los precios y atraen lo barato, lo chillón, el mal gusto».[12]

La guerra no paraba de acelerarse. Williams cenaba a menudo en La Brasserie, un pequeño restaurante situado tras el cine Rex y administrado por una mujer franco-vietnamita llamada Hélène. Cierta noche de agosto, esta lo recibió avisándole con seriedad: «Debería cenar en otro sitio»; una hora después, en efecto, el lugar fue atacado con bombas. Aquel verano,

Williams fue asignado a un equipo que examinaba la entrada de norvietnamitas por la Ruta de Ho Chi Minh. Establecieron una base en Khe Sanh, cerca del extremo occidental de la ZDm, a menos de cinco kilómetros de la frontera con Laos, donde ya se había instalado un Equipo A de las fuerzas especiales. Sus miembros principales eran civiles de la Corporación Investigadora de la Universidad de Siracusa, un organismo creado por la Oficina de Inteligencia Naval. Usaban una tecnología designada con las siglas POSSUM, correspondientes a un «sistema portátil de supervisión y descodificación de transmisiones».

Planeaban instalar sensores en un cerro próximo, la Colina 1701. El 28 de mayo, un helicóptero H-34 transportó al capitán de Marina Al Gray y tres vietnamitas, encargados de limpiar la cumbre con defoliantes. Gray era un combatiente austero y entregado, que se reía con el chiste que su sargento del ERVn había dedicado en cierta ocasión a una compañía de ametralladoras del Vietminh: «Era un gran guerrero». En la colina, las cosas no tardaron en complicarse. A las pocas horas empezó a llover y bajó una niebla que se mantuvo allí durante treinta días, impidiendo extraer de nuevo al equipo. Primero sobrevivieron racionándose al máximo los alimentos, hasta que al fin decidieron que tenían que ponerse en marcha. El descenso transcurrió sin incidentes, más allá de las típicas sanguijuelas y los grandes animales, pero al salir de la selva se toparon con un hombre que se bañaba: un VC. Lo abatieron y corrieron a toda prisa hacia Khe Sanh. Durante los últimos diez kilómetros Gray cargó a hombros a un herido, acción que se le recompensó con una Estrella de Bronce. La supervisión electrónica podía empezar.

En aquella primera cosecha de estadounidenses abundaban los hombres formales, que además de honrar la bandera temían a Dios. Sid Berry escribió a su esposa Anne: «Buen descanso este fin de semana. Lo necesitaba. Ahora a la brega otra vez. 101 abdominales, 40 flexiones, 30 ejercicios de cintura, dos capítulos de *Romanos*, afeitado, ducha y ahora escribirte a ti».[13] Incluso algunos de los que no pasaban tanto tiempo con la Biblia como este buen coronel mostraban menos interés por las camareras de lo que la leyenda indica. El sargento de las fuerzas especiales Lonnie Johnson, que acababa de llegar al país, miraba con asombro la suciedad

acumulada por Frank Scotton y su equipo después de varios días en el monte, y dijo: «Jobar, después de experiencias como esa apuesto a que en cuanto vais a la ciudad perdéis la cabeza con las señoras...».[14] Scotton le corrigió: las prioridades eran siempre las mismas, y lo primero era darse un baño y dormir un buen rato en una cama limpia.

Unos pocos vietnamitas lograron disfrutar con la guerra, incluido Nguyen Van Uc, que cumplió seis mil horas de vuelo como piloto de helicóptero. «Me encantaba volar y, cuando el trabajo salía bien, me daba una satisfacción enorme.»[15] Para la mayoría de sus compatriotas, no obstante, la experiencia fue más amarga. Cierta mañana de agosto de 1964, el teniente Phan Nhat Nam, del 7.º Regimiento aerotransportado de Saigón, se aproximó a la entrada de un búnker, en un poblado aparentemente abandonado. «¿Hay alguien ahí abajo?», gritó uno de sus hombres, antes de volverse hacia Nam y añadir: «Teniente, déjeme lanzar una granada». Nam, de veintiún años, vivía su primera operación, y dijo al soldado que mejor disparase una ráfaga de la Thompson.

Esto hizo que un anciano saliera del búnker lentamente, sollozando y cargando a una mujer vieja como él, con una herida muy fea en la cabeza. La dejó en el suelo antes de inclinarse con solemnidad hacia los cuatro puntos cardinales. Nam quedó conmocionado por el espectáculo, junto con la visión de dos adolescentes muertos en una zanja cercana, dos chicos del Vietcong, los primeros cadáveres del enemigo que tenía ocasión de contemplar. Se trataba de una comunidad católica, y en la iglesia encontró otros cinco cuerpos: los de dos esposos que aferraban a tres criaturas, fallecidos todos por una explosión, al igual que una chica que halló en las inmediaciones, con la blusa púrpura ondeando por la brisa. «Me quedé paralizado, me costaba respirar, presa de la cólera y un sentimiento de pesar infinito», escribió Nam.[16]

Al día siguiente, mientras su batallón despejaba un poblado casi desierto, entre explosiones aisladas de proyectiles enemigos, encontró a una joven sentada en silencio sobre el suelo de ladrillo de una casa asolada, que sostenía una canasta de mimbre, «con los ojos fijos en ninguna parte y la mirada perdida». Cuando los soldados entraron y Hieu, el operador de radio, se deslizó a la cocina para buscar comida, la chica se puso en pie.

Nam le preguntó por qué se había quedado en mitad de un campo de batalla. Cuando hizo un gesto hacia ella con la pistola, «siguió callada, pero en sus ojos pasmados vi un destello de terror. De golpe, como si hiciera un ejercicio de gimnasia, me lanzó la canasta. Tenía dos juegos de ropa, con blusa y pantalones; un pañuelo para la cabeza, y un pequeño paquete de papel, atado con un goma. Al abrirlo vi unos pendientes y dos collares de oro. Hieu musitó, a mi espalda: "Esta puta está loca. Del susto ha perdido la cabeza". Entonces captó el brillo de los collares. "¡Oro! ¡Y pesará más de un tael! Guárdatelo, teniente." Indicó a la muchacha que se alejara y esta se dio la vuelta y empezó a caminar como un cadáver andante».

Nam contaba que la hizo volver y le devolvió la canasta. A la chica, aterrorizada, las manos le temblaban tanto que no la pudo coger; en su lugar empezó a desabrocharse la blusa, entre sollozos. El soldado se sintió muy avergonzado; la chica había interpretado que el rechazo a su propiedad más valiosa era un signo de que, en realidad, codiciaba su cuerpo. «¿Qué clase de vida había experimentado que, horrorizada, se abría la blusa y se ofrecía a un soldado que podía ser su hermano menor, llorando y con cara de espanto?»[17] Nam convenció a la joven de que siguiera a la sección hasta el río cercano, donde encontraría muchos sampanes cargados de fugitivos. La gente llamaba a gritos, con la esperanza de saber qué suerte habían corrido sus casas y familias. Una voz exclamó de pronto: «¡Lai! ¡Eres tú, Lai!». Una anciana había reconocido a la chica traumatizada. La joven se detuvo «como si intentara traer a la memoria el recuerdo de una vida pasada», y al fin gritó: «¡Madre! ¡Madre! ¡La casa ha ardido! ¡Ya no tenemos casa!». Luego se alejó hacia el río, en palabras del teniente Nam, «como si estuviera en trance».

Este relato merece nuestra atención, por varios motivos. En primer lugar, aunque algunas unidades survietnamitas se labraron una fama terrible —por las violaciones y saqueos que perpetraban— también hubo hombres como Nam, capaces de establecer una conexión profunda tanto con su país como con sus habitantes más humildes. En su mayoría, los estadounidenses llegaron a la conclusión de que «los asiáticos no sienten la muerte como nosotros». Pero esto no era cierto. Sid Berry se sintió conmovido por la fortaleza de sus compañeros de batalla: «Los vietnamitas heridos no lloran,

ni gimen ni se quejan. Sufren en silencio y con paciencia. Nunca he visto nada igual. Se te parte el corazón al verlos, al contemplar cómo mueren en silencio».[18]

Un periodista británico caminaba por el margen de un dique, cerca de Can Tho, entre una hilera de soldados; uno de ellos iba charlando sobre su casa, situada en Nha Trang. El vietnamita instó al reportero a que se acercara a visitarlo, y también comentó que las botas del extranjero, de ante, parecían de primera calidad: «Tú zapatos número uno». El propietario le aseguró que se los daría cuando acabaran la operación. «Oh, no. Usted muy grande, mí pequeño.» Bajo un aguacero repentino, un proyectil hizo explosión entre el grupo y arrojó al inglés al suelo. Para su sorpresa, el mortero no atacó de nuevo. «Me temblaban las manos y el corazón latía con violencia. Cerca de mí oí un sonido humano extraño, entre el sollozo y el jadeo. En el suelo vi un casco, como una concha solitaria, y cerca de allí, a mi nuevo amigo de Nha Trang. Se agarraba el estómago con una mano, y con la otra, golpeaba el suelo ... Apretaba los ojos mientras la lluvia le caía sobre la cara. De pronto percibí un olor terrible. Le abrí la camisa empapada y vi que, por debajo del esternón, había tan solo un caos oscuro y refulgente: trozos de la ropa sucios de lluvia, sangre, bilis y lo que sea que sale de unas tripas reventadas por la metralla. Abrió los ojos un segundo y frunció el ceño. “Mí herido”, dijo con un hilo de voz.»[19] Poco después, murió.

Muchos comandantes destacados se convirtieron en caudillos regionales. Un informe estadounidense de 1966 afirmaba que, desde 1954, solo un oficial de graduación había sido herido en combate. Frank Scotton escribió que a los vietnamitas les encanta jugar al *co tuong*, el juego chino de «Apresar al general», que recuerda al juego europeo de «L’Attaque». Se usan piezas realistas, con limitaciones realistas; la infantería, por ejemplo, no puede atravesar un río. Por su parte, los generales en los que el juego se centra no pueden salir de sus tiendas; así era, de hecho, para la mayoría de sus homólogos de Saigón.

A los jefes de un distrito se les distribuía arroz para sus soldados, un cargamento del que los primeros se apropiaban una parte generosa antes de repartirlo entre sus destinatarios. Los jefes de la policía hicieron fortuna

vendiendo licencias para toda clase de actividades comerciales: administrar restaurantes, pescar, cortar leña... «En una cultura de familias extensas es probable que desaprovechar la ocasión de ayudar a la familia se hubiera tenido por inmoral», dijo Edward Brady, asesor en la zona durante varios años.[20] Un general podía jurar con solemnidad que él nunca había vendido tal clase de licencias, y en efecto él no lo hacía; de los negocios se encargaban su esposa y amantes. «[Los oficiales] se habían divorciado de aquella realidad. Lo saben hacer muy bien. Dominan la capacidad mental de disociarse y defender su inocencia.» Nguyen Cao Ky escribió enojado: «Entre los principales oficiales vietnamitas, la mayoría aspiraba tan solo a complacer a su asesor [estadounidense]».[21]

Luego estaba el otro bando. Dada la brecha, cada vez más amplia, que separaba a los chinos de los soviéticos, Mao Zedong cambió de parecer y, de pronto, le pareció ventajoso que la guerra vietnamita se intensificara. Ofreció a Le Duan una nueva inyección de ayuda y una conferencia de los comunistas asiáticos —en ausencia de los soviéticos—. Los miembros del politburó empezaron a designar a los chinos como «camaradas» y los rusos pasaron a ser simples «amigos». La pelea ideológica se intensificó tanto que cuarenta vietnamitas que trabajaban o estudiaban en Rusia —muchos, próximos a Giap— solicitaron asilo en el país.[22] Los extranjeros percibieron que la única librería de Hanói con volúmenes internacionales retiraba de la venta las obras rusas. Aun así, Le Duan rechazó la conferencia que Mao había propuesto: no quería precipitar un distanciamiento total frente al Oso porque, a fin de cuentas, este le podía ofrecer armas más avanzadas que el Dragón. Le Duan y Le Duc Tho encabezaron una delegación que viajó a Moscú para asegurar a los rusos que no romperían la política global de los soviéticos de coexistencia pacífica.

En una conferencia de marzo de 1964, celebrada en Hanói, Ho Chi Minh hizo un inesperado llamamiento personal a la moderación, haciendo hincapié en que los líderes habían decidido no enviar al Sur formaciones regulares del ejército norvietnamita (ENv). Pese a todo, un número creciente de cuadros, asesores y especialistas emprendió el camino que descendía por la Ruta, un camino plagado de penalidades, aunque no porque Estados Unidos obstaculizara su utilización, sino por las dificultades

del terreno, la escasez de alimentos y productos médicos, el tiempo, los insectos y la malaria. La campaña del Vietcong recibía del Norte quince toneladas de municiones al día, por tierra y por mar, para pertrechar a una fuerza estimada en unas 170.000 personas, incluidos treinta mil soldados desplegados en las unidades principales. Tanto entre los partidarios de la línea dura en el Norte como en el Sur, en la OCVnS, se siguió deplorando que el bando de Ho fuera tan pusilánime en un momento en que los Vietcong luchaban por su vida.

Sin embargo, el empeño bélico de los norvietnamitas, impulsado por Le Duan y Le Duc Tho, se caracterizó por una nueva urgencia, una decisión firme de no esperar veinte años a que se produjera la unificación. A las pocas semanas de que Hanói aprobara la Resolución 9, en el sur los incidentes locales promovidos por el Vietcong habían aumentado un 40 %; los ataques mayores, un 75 %. Las guerrillas instauraron un sistema de reclutamiento propio que contribuyó a agravar los padecimientos del campesinado en las zonas que controlaban. En una población del delta, trescientos jóvenes se vieron obligados a tomar las armas en nombre de la revolución, frente a los meros ochenta que sirvieron con las fuerzas de Saigón. El padre de un recluta del Vietcong, ya entrado en años, se enfadó con los cuadros reprochándoles que «siempre andáis criticando a los imperialistas, pero vosotros sois aún peores. Devolvedme a mi hijo».[23]

David Elliott ha escrito: «A la hora de reclutar a los reticentes para un servicio que los jóvenes de las zonas rurales temían como una condena a muerte casi segura, los medios principales eran la fuerza bruta y las mentiras».[24] Por otro lado, los impuestos del FLN eran más elevados incluso que los de Saigón; de promedio, un campesino debía entregar por lo menos un 20 % de sus ingresos. Cierto agricultor, que vivía en un pueblo controlado en teoría por el gobierno, afirmó que en 1964 pagó 125 piastras vietnamitas al gobierno y novecientas al FLN, del total de diecisiete mil que había ingresado vendiendo mangos. El año siguiente fue desastroso: su renta se redujo a tres mil piastras, pero los comunistas se mostraron implacables y se lo reclamaron todo, menos doscientas.

Las mejores tropas de la fuerza principal del Vietcong se habían desplegado, para entonces, en la Meseta Central y el que se conocía como «Triángulo de Hierro», una extensión agreste de unos 325 kilómetros cuadrados de superficie, a veinticinco kilómetros al norte de Saigón. Actuaba sobre todo en grueso de compañía, porque era difícil concentrar unidades mayores. El *esprit de corps* era especialmente elevado entre los zapadores —las secciones de demolición— que, a cambio de llevar a cabo las tareas más dificultosas y arriesgadas del campo de batalla, cuando no había combates estaban sometidos a una disciplina más laxa que los demás. Cuando los guerrilleros buscaban blancos fáciles atacaban vehículos civiles, en particular autobuses, con consecuencias a menudo fatales para los pasajeros. En el ámbito local y de los poblados, se pedía a los miembros del Vietcong que mantuvieran «perímetros de aniquilación contra los estadounidenses», para proteger las zonas controladas por la revolución.

Desde las milicias populares organizadas por el gobierno —las FR y FP, «Fuerzas Regionales» y «Fuerzas Populares»—, a veces se vendían las armas recibidas, y el Vietcong estableció una lista de precios: pagaba dos mil piastras por una carabina M-1; ocho mil por un fusil automático Browning; ocho por una bala; veinte mil por la entrega de un puesto al completo. Al comandante de uno de estos puestos le fue mejor aún: apareció en la oscuridad con una linterna sobre la cabeza y recogió las treinta mil piastras de manos de los Vietcong locales, que se apresuraron a entrar por la puerta que les habían abierto. El destacamento se dio a la fuga, pero aun así dos hombres cayeron heridos y cinco murieron.[25]

Salvo cuando las unidades del Vietcong ocupaban refugios remotos y seguros, tales como la Llanura de los Juncos, solían desmontar el campamento cada setenta y dos horas, para recorrer unos treinta kilómetros al día en la estación seca, veinticinco en la de lluvias. En movimiento eran más vulnerables, sobre todo cuando atravesaban grandes carreteras; una de las viejas canciones de guerra de Van Ky para el Vietminh se titulaba «El paso de la Nacional». Los pies mojados dejaban huellas fáciles de seguir, por lo que los guerrilleros llevaban una tela impermeable que desenrollaban antes de pasar por zonas delicadas. A los jefes de los poblados se les pedía que mantuvieran reservas ocultas de arroz para aquellas unidades que

vivaqueaban en su zona, y que dieran de comer a los porteadores. En su mayoría, esta última tarea la desempeñaban mujeres que se iban relevando; cada una llevaba tres rifles, un proyectil o 250 balas para armas menores. Entre las muchachas el porteo era a veces popular, porque les permitía conocer a jóvenes varones. En cambio cavar trincheras y búnkeres era una tarea odiosa para todos, ya fueran trabajadores forzosos o guerrilleros. Esto, desde luego, lo tenían en común con sus enemigos del ERVn y Estados Unidos. En el Vietcong había un goteo constante de desertores, pero el trato que el gobierno meridional daba a estos *chieu hois* no solía destacar por lo imaginativo: cuando un jefe guerrillero que había dirigido con éxito el asalto de un puesto gubernamental se pasaba al otro bando, lo convertían en soldado raso del ejército survietnamita.

El programa de defoliación aérea, que se reforzó en 1964, causó grandes dificultades al Vietcong, al destruir la protección natural de la que gozaban; por otro lado, aunque las fuerzas gubernamentales experimentaron muchas derrotas, también conocieron algunos éxitos. Así, en cierta ocasión, el reputado 514.º Batallón del Vietcong sufrió un revés importante en un enfrentamiento contra el ERVn, en el mismo poblado de Bac donde el ambicioso plan de John Vann había tenido un resultado tan desastroso. Los comunistas, tras la derrota de 1964, cometieron el mismo error en el que había incurrido el general Harkins un año antes: mentir sobre lo ocurrido. Así, los cuadros transmitieron que habían matado a un centenar de soldados del gobierno, a costa de tan solo doce hombres. La población local, sin embargo, no solo había visto la carretera sembrada de cadáveres del Vietcong, sino que entre ellos se contaban varios hijos de familias del lugar. Los padres, acongojados, hacían todo cuanto estaba en su mano para localizar los cuerpos, desenterrarlos y darles sepultura de nuevo en el solar familiar. Un cuadro escribió en el diario de su unidad: «De resultas de esta batalla, el 514.º Batallón entró en una grave decadencia».[26] En otra ocasión, tres batallones del Vietcong se concentraron para asaltar un aeródromo, sufrieron asimismo una derrota sin paliativos, y también intentaron mentir sobre lo ocurrido.

Estos problemas de credibilidad conllevaron que, temporalmente, el FLN perdió parte del apoyo del campesinado. No obstante, el rechazo duró poco, por las razones de costumbre: los proyectiles del gobierno destruían todo atisbo de buena voluntad. Los ataques aéreos y de la artillería, a menudo temerarios, castigaban mucho más a los civiles que a los combatientes del Vietcong, que descubrieron con asombro que, si se atrincheraban, podían sobrellevarlos con muy pocas bajas. Un campesino dijo a un entrevistador de la Corporación RAND: «Los estadounidenses ametrallan y destruyen demasiado. Solo matan a la población, pero del Vietcong, a muy pocos». Los cuadros comunistas solían decir a los campesinos: «[El gobierno] os matará aunque no luchéis contra ellos, así que quizá preferiréis dar batalla antes de morir...».[27] Entre los vietnamitas, los que pensaban lo mismo abundaban demasiado. A la postre, aunque los comunistas sufrieron varias derrotas en 1964, la conclusión general fue que ganaron terreno y respaldo popular, a la inversa que las fuerzas del gobierno de Saigón.

2. ELUDIR LAS DECISIONES

El presidente Lyndon Johnson afirmó, mucho después, sobre Vietnam: «Desde el principio supe que me crucificarían, hiciera lo que hiciese. Si dejaba a la mujer que amaba de verdad —la Gran Sociedad— para relacionarme con aquella puta guerra del otro extremo del mundo, en casa lo perdería todo ... Pero si dejaba la guerra y permitía que los comunistas se apoderaran de Vietnam del Sur, entonces me verían como un cobarde, dirían de mi nación que apaciguábamos y nos resultaría imposible hacer nada por nadie en ningún lugar del mundo entero».[28]

Cada presidente hereda un establo de su predecesor: empieza montando los caballos de otro hombre. La guerra fue la menos sumisa de las monturas de Johnson. La leyenda de Camelot nació un microsegundo después de que las balas alcanzaran a John F. Kennedy. Lo primero que hizo su sucesor, ante el Congreso y el pueblo de Estados Unidos, fue garantizar que mantendría su legado; y difícilmente podría haber prometido otra cosa, en aquellas circunstancias. Aunque Johnson se enorgullecía de ser un simple

propietario de un rancho de Texas, sin gran cultura, aquel hombre —del que se burlaban por la sencillez de sus imágenes: «no escupan en la sopa, que todos tenemos que comer»; porque supuestamente le gustaban los frijoles con ocra; y porque se había dejado fotografiar sujetando a su perro *beagle* por las orejas— se sentía mal por su propia falta de refinamiento, en comparación con Kennedy y su corte. Mucho más tarde, en un ataque de autocompasión por la sensación de que los hombres del presidente asesinado lo habían abandonado, afirmó que en 1964 había seguido «dando empleo a los once vaqueros»: el gabinete de Kennedy.[29]

Si apartamos la mirada del elefante de Vietnam, el exvicepresidente fue un político mucho más eficaz que su predecesor, que durante la segunda guerra mundial había estado al mando de una torpedera PT-109. Aun así, todo ser humano necesita sentirse cómodo consigo mismo. Si Jack Kennedy logró esa completitud, a Lyndon Johnson se le escapó, y esto no contribuye poco a explicar su tragedia. La cúpula militar de Estados Unidos lo contemplaba con recelo, entre otras razones por la pomposidad con que exageraba su papel durante aquella contienda; una vez le dijo a un periodista que se había ganado el sobrenombre de *Raider*, aunque no es de creer que destacara por la valentía de sus asaltos cuando su experiencia de combate se redujo a volar como pasajero en una única misión de B-26 en Nueva Guinea. Que el general Douglas MacArthur recompensara con una Estrella de Plata la visita de aquel congresista de Texas solo sirvió para deslucir la condecoración. No hubo ninguna herencia que, imperativamente, obligara al nuevo presidente a bombardear Vietnam del Norte o enviar a Vietnam del Sur a medio millón de soldados. Era inimaginable, no obstante, que en su primer año de mandato —con unas elecciones a la vista— dijera a los estadounidenses de Indochina que podían hacer las maletas y volver a casa. Nada de lo que sucedió después era inevitable, pero todo partió del hecho de que había dieciséis mil hombres en el país porque John F. Kennedy lo había decidido así. Justo antes de que David Nes partiera para asumir la vicejefatura de la misión de Estados Unidos en Saigón, su comandante en jefe le dijo: «Lyndon Johnson no pasará a la historia como el presidente que perdió Vietnam. No se olvide de lo que le digo».[30]

A finales de noviembre de 1963, el MACV lanzó una nueva iniciativa para reforzar el control del gobierno en el delta del Mekong. Esto implicaba un bombardeo intenso de áreas rurales y la declaración de «zonas de disparo libre», en las que se presuponía de entrada que todo lo que se moviera era hostil. Se abandonaron poblados y sus habitantes se mudaron a barrios de chabolas levantados a lo largo de la Nacional 4. Algunos campesinos cambiaron el color negro, tradicional de sus ropas, y optaron por el blanco, porque los pilotos de Estados Unidos daban por sentado que el negro era el uniforme de las guerrillas. Estas medidas más agresivas lograron reducir la moral del Vietcong y erosionar su apoyo popular. Sin embargo, no contribuyeron en nada a aumentar la lealtad al gobierno de Saigón; tan solo supusieron superar la oferta de los comunistas en la subasta del terror de los campesinos.

En ese momento, los generales pusieron en marcha algo nuevo. El general Minh («el Gran Minh») llevaba menos de tres meses en el gobierno, pero algunos colegas de las fuerzas armadas habían perdido la confianza depositada en él; los estadounidenses, también. McNamara visitó Saigón en diciembre y quedó horrorizado por el caos. La misión de Estados Unidos creía que Minh, como Nhu antes que él, era peligroso por su interés por negociar con Hanói. Además, el general contemplaba con escepticismo tanto el programa de los «poblados estratégicos» como las ventajas de los bombardeos. El 28 de enero de 1964, el general Nguyen Khanh, de treinta y siete años, bajó a Saigón desde su base de Hue, en un vuelo regular de Air Vietnam, con traje de civil, supuestamente para acudir al dentista. En las primeras horas del día 30 se vistió el uniforme y se presentó en el cuartel general del ERVn con un edecán. Khanh esperaba reunirse allí con los paracaidistas y un colega cercano, el general Tran Thien Khiem, para organizar un golpe que derrocara a la junta de Minh. El edificio estaba a oscuras y llamó por teléfono a Khiem para averiguar qué pasaba. «Vaya, será que me he olvidado de poner el despertador —dijo aquel conspirador indolente—. Pero tú no te preocupes, lo tenemos todo controlado.»[31]

El golpe transcurrió, en efecto, sin sobresaltos. Al amanecer, el nuevo líder de Vietnam del Sur comunicó por radio a la nación que ocupaba el poder porque el rendimiento bélico del general Minh y sus compañeros

dejaba mucho que desear. No hizo falta disparar. El omnipresente Lou Conein había comunicado la trama a sus superiores, que decidieron consentir porque compartían la acusación de Khanh: Minh pretendía convertir Indochina en un país neutral, un concepto del todo inaceptable en Washington. McNamara y Lodge consideraban a Khanh «el más capaz de los generales». Su principal logro, en los primeros días de mando, fue liquidar al comandante Nguyen Van Nhung, el verdugo de Diem y Nhu. Este ejecutor profesional fue ajusticiado a su vez profesionalmente: se le ordenó arrodillarse en el jardín de una mansión de Saigón y lo mataron de un único balazo en la nuca.

Vietnam del Sur y su ejército cayeron en la confusión y el desencanto bajo un supuesto coloso militar que no tardó en demostrar su debilidad. El embajador británico Gordon Etherington-Smith consideró que Estados Unidos debería haber impedido el golpe: la prontitud con la que Washington descartó al «Gran Minh» hacía temer que el gobierno de Vietnam del Sur quedaba a disposición de todo oficial destacado que mandara sobre unos cuantos regimientos. Etherington-Smith escribió a Londres: «Parece cada vez más probable que las mismas cualidades que han llevado a los militares estadounidenses a fijarse en Khanh» —en concreto, su «dinamismo y soltura»— «lo hagan impopular ante una gran parte de los vietnamitas».[32]

Khanh no tardó en defender que se invadiera Vietnam del Norte, con el argumento de que era inaceptable que las muertes y la destrucción de la guerra se restringieran al Sur. No estaba solo en tal fantasía: algunos militares y políticos de Saigón, incluso *a posteriori*, sostuvieron que, si los estadounidenses hubieran permitido ese ataque, habrían podido ganar la guerra. Bui Diem, exembajador de Saigón en Washington, afirma que la causa del Sur quedó condenada desde el momento en que Estados Unidos excluyó esta posibilidad: los comunistas podían estar tranquilos, pues mientras no se rindieran, tarde o temprano la victoria acabaría cayendo de su lado.[33] Tales entusiastas tenían razón en el extremo de que Hanói gozaba de una ventaja importante: apenas debía invertir en protegerse de los asaltos terrestres y sus soldados podían moverse libremente por Laos, Camboya y, pronto, Vietnam del Sur. Pero el gobierno estadounidense acertó al

renunciar a incurrir en el mismo error que MacArthur, cuando este, en noviembre de 1950, sobrevaloró su capacidad real y se apresuró a avanzar hasta la frontera de Corea del Norte con China. Por otro lado, los generales saigoneses se engañaban al suponer que el ERVn podía organizar una invasión exitosa sin contar con ayuda externa; en tal eventualidad no cabe duda de que los habrían derrotado.

La temeridad política de Khanh, en todo caso, agravó la incomodidad que ya imperaba en Washington. Las altas esferas empezaron a ver que las virtudes principales del general eran la soltura y la afabilidad. Era un hombre menos inteligente que su predecesor, Minh, y que apenas comprendía a su propio pueblo. Incluso los estadounidenses que daban por sentado que Vietnam del Sur debía gobernarse por medio de una junta militar tenían dificultades para hallar a candidatos que fueran despiertos, efectivos, honrados... y viables. Este último requisito era el más dificultoso, porque para que un líder vietnamita gozara del respeto popular su primer paso debía ser distanciarse de Estados Unidos. Doan Phuong Hai, que a sus veinte años iniciaba sus estudios en la academia militar de Dalat, quedó confuso y desconcertado —y se mostró cada vez más cínico— con los cuatro cambios que vivió la comandancia del centro tras sucesivos golpes de Estado en Saigón: «Los jóvenes cadetes empezábamos a ver que nuestros mayores, lejos del espíritu de la hermandad militar, se volvían unos contra otros a la caza del medro personal, el poder y la fama».[34]

En aquellos primeros meses tras el nombramiento de un nuevo presidente de Estados Unidos, casi todas las opciones militares estuvieron sobre las mesas de Washington, de la embajada de Lodge y del MACV. Una pregunta crucial era: ¿quién es nuestro enemigo? El poder estadounidense ¿debía centrarse en los guerrilleros comunistas que batallaban en Vietnam del Sur? ¿O era quizá más adecuado dirigir la mira contra Vietnam del Norte, el país que se consideraba (en parte con razón, en parte sin ella) como el origen de la batalla? La Junta del Estado Mayor estadounidense, presidida por Maxwell Taylor, tendía a preferir este segundo objetivo. En la Junta convivían dos hombres débiles, quizá cautos —el general de Tierra Earle Wheeler y el almirante David McDonald— y dos hombres fuertes y de ideas claras. Se trataba del general del Aire Curtis LeMay, arquitecto de

la campaña de bombardeo incendiario de 1945, cuyos B-29 mataron a muchos más japoneses que las bombas atómicas, y el general Wallace Greene, del Cuerpo de la Infantería de Marina.

Los dos eran partidarios de desplegar una fuerza abrumadora o, en caso contrario, abstenerse. LeMay era un defensor obsesivo e inmoderado del potencial estratégico de la fuerza aérea y, en palabras de un compañero, defendía sus puntos de vista «con una aspereza vocal que a veces recordaba al motor de una turbina».[35] El aviador, por ejemplo, se negaba con rotundidad a que se permitiera a los soldados (según estos solicitaban a menudo) operar sus propios helicópteros artillados; en cierta ocasión escupió el cigarro que no solía faltar en sus labios para retar a un duelo al jefe del Estado Mayor del ejército de Tierra: «Tú pilota esa mierda de Huey y yo manejaré un F-105, ¡y veremos quién sobrevive! ¡Te derribaré y desparramaré por todo el puto suelo los pedazos de tu juguetito!».[36] McNamara zanjó esta disputa en particular a favor del ejército de Tierra, lo que no contribuyó mucho a corregir el desprecio que LeMay sentía por el secretario de Defensa.

A Greene, en cambio, lo apodaban «el colegial» porque tenía maneras de profesor, muy tranquilas. Sin embargo, no toleraba la cautela instintiva en los políticos, ni, menos aún, las supuestas ventajas de una guerra limitada; era partidario de una «acción rápida, positiva, radical y coherente ... que emplee el poder conjunto y concertado de los recursos de Estados Unidos».[37] Al igual que LeMay, creía que Vietnam del Norte se sometería con rapidez si las fuerzas armadas estadounidenses devastaban sus instalaciones e infraestructuras. Greene le dijo a Lyndon Johnson, el 4 de marzo de 1964, que un ataque aéreo quizá precipitaría un conflicto similar al de Corea, con el riesgo adicional de una escalada que concluyera en una guerra global; «pero que, gustara o no, tendríamos que plantarnos y resistir, en un lugar u otro, y la decisión que él tendría que tomar, como presidente, era si sería [en Vietnam] donde habría que plantarse y resistir».[38] Maxwell Taylor, que mantuvo la presidencia hasta julio, cuando lo sustituyó Wheeler, cambió de opinión tan a menudo que más adelante podía afirmar que había abogado al menos por cinco líneas de actuación distintas, según los gustos y las fechas. El general, pese a todo, tendió con el tiempo a

preferir la idea de que, como derrotar al Vietcong en el Sur estaba resultando una labor imposible, Estados Unidos debía concentrarse más en castigar el Norte; por lo tanto, se mostró favorable al bombardeo.

La Junta de jefes del Estado Mayor tuvo una influencia limitada sobre las medidas del gobierno, en parte porque los sucesivos presidentes transmitieron a la Casa Blanca versiones anodinas de los puntos de vista de la Junta, en parte porque el presidente pasaba mucho más tiempo con los asesores civiles, en particular con McNamara. Una figura que resultó influyente sin que su importancia se hubiera previsto fue Abe Fortas, un jurista que poco después accedería al Tribunal Supremo; no sabía nada sobre Vietnam, pero era el consejero favorito del presidente, que charlaba con él casi cada día. Así, quienes han culpado a los jefes del Estado Mayor por la orientación que adoptó la administración estadounidense en 1964-1965 parecen estar en un error, porque todas las decisiones, de guerra o paz, son a la postre políticas. Incluso después de la experiencia de Corea, entre los grandes oficiales de Estados Unidos abundaban los que no habían comprendido las ventajas de limitar los conflictos. Si la cúpula militar hubiera podido dictar el curso de los acontecimientos, es de creer que se habría producido una escalada todavía más desastrosa que la que en realidad se produjo.

Aun así, el aspecto más llamativo del debate de Washington fue que se centró, casi en exclusiva, en identificar qué nivel de fuerza convenía aplicar, sin sopesar apenas la idea de emprender una extracción por medios políticos. Obedeció a una debilidad de Dean Rusk, quien, aunque era el responsable de los diplomáticos estadounidenses, nunca tuvo mucha fe en la diplomacia. El propio Lyndon Johnson se interesó poco por las opiniones de los líderes extranjeros, y se dejó influir aun menos por ellas. Durante su primer año de gobierno, entre sus capitanes abundó un temor enfermizo a la influencia de Francia; se creía que la pasión con la que el presidente De Gaulle defendía una futura neutralidad de Vietnam era el fruto de un rencoroso deseo de humillar a Estados Unidos.

Los grandes Estados —como no es de extrañar— muestran predilección por librar la clase de conflicto que mejor se ajusta a sus medios, antes que el conflicto real que tienen ante sí. Durante la segunda guerra mundial, los

Aliados occidentales se ahorraron la mayor parte de los problemas de ser dos potencias navales enfrentadas a una potencia terrestre porque el Ejército Rojo asumió el grueso del desgaste de destruir la Wehrmacht de Hitler. En Vietnam, los gestores políticos dieron por sentado que la tecnología y la potencia del armamento estadounidense bastaría para compensar la ausencia —reconocida— de una estructura social y política viable. El teniente general Andrew Goodpaster advirtió en cierta ocasión a Robert McNamara: «Señor, está intentando usted programar al enemigo, y eso es algo que nunca deberíamos intentar». Un preso estadounidense, por su parte, afirmó ante sus interrogadores comunistas que a su juicio la presencia de sus compatriotas en el país obedecía, en un 10%, a una inquietud por la suerte de los vietnamitas, y en el resto, a la voluntad de contener a Mao Zedong. En ese caso —quisieron saber sus captores, desconcertados—, «¿por qué no vais a luchar contra él en China? A nosotros tampoco nos gustan los chinos...».[39]

En la primavera de 1964, Walt Rostow, director de planificación del Departamento de Estado, retomó el entusiasmo de LeMay por el uso de un poder aéreo abrumador. No se realizaron estudios serios sobre los costes y consecuencias de tal acción; simplemente se dio por sentado que para los norvietnamitas la experiencia del bombardeo sería tan dañina y desmoralizadora que enmendarían el rumbo. Algunos oficiales destacados fueron aún más allá y plantearon enviar fuerzas terrestres al interior de Laos —para cortar la Ruta de Ho Chi Minh— o de Vietnam del Norte. En las reuniones y las actas de los debates de 1964 se repitió una y otra vez la idea de *going North*, «pasar al Norte», que incluía por igual posibilidades como el bombardeo, las operaciones encubiertas y una invasión a gran escala. En abril Curtis LeMay preguntó al comandante en jefe del Pacífico qué se necesitaría para ganar la guerra. El almirante Harry Felt respondió que Estados Unidos «tendría que pasar al Norte por algún tiempo».[40] Desde aquella primavera, McNamara se mostró muy sombrío al respecto de Vietnam. Este pesimismo, sin embargo, no le llevó a abogar por la retirada, sino que, poco a poco y no sin reticencia, se decantó por la escalada; a la postre, con un fervor exagerado. En abril un periodista reveló que el senador Wayne Morse llamaba «la guerra de McNamara» a la guerra de

Vietnam. El secretario de Defensa replicó sin arrugarse: «No me importa que la llamen “la guerra de McNamara”. De hecho estoy orgulloso de que me asocien con ella».[41] Para Bobby Kennedy, este comentario revelaba poca inteligencia política.

Periodistas conservadores como William F. Buckley, Marguerite Higgins, Rowland Evans y Robert Novak instaron repetidamente a combatir hasta la victoria final. Joseph Alsop tildó a Johnson de cobarde y le dirigió la temida acusación de estar apaciguando. Pero aunque el presidente, indudablemente, habría sido hostigado por tal clase de personas en el caso de optar por la retirada, en los medios de comunicación habían surgido también muchas otras voces que eran conscientes de en qué jaleo se había metido Estados Unidos. Johnson gozaba de suficiente prestigio personal como para que, si afirmaba que en Vietnam estaban apoyando a los que no podían ganar, le hubieran creído. Tal reconocimiento habría recibido el respaldo de por ejemplo Walter Lippmann, *New Republic* y el *New York Times*, que habían predicho un desastre si Estados Unidos enviaba tropas de combate. En el seno del gobierno, desde mayo de 1964, el subsecretario de Estado George Ball se mostró muy pesimista, no sin razón. Rechazaba la idea de que Estados Unidos debía defender intereses vitales en la zona y declaró que no veía por qué atacar Vietnam del Norte iba a consolidar el gobierno en el Sur.[42] Aseveró que la guerra no se podría ganar, por mucho empeño que Estados Unidos pusiera. La comunidad de los servicios de inteligencia era de la misma opinión y tampoco creía que el gobierno de Saigón fuera sostenible. En la embajada estadounidense, el 17 de febrero —a los dos meses de hallarse en Vietnam— David Nes escribió a Lodge para decirle que a su entender De Gaulle estaba en lo cierto: Estados Unidos debía salir del país o prepararse para una gran escalada. Willard Matthias, analista del Consejo de Cálculos Nacionales de la CIA, concluyó que el Vietcong estaba «dirigido por el gobierno de Hanói pero depende en gran medida de sus propios recursos»;[43] él también instó a buscar un acuerdo.

John McNaughton, asistente del Pentágono, admiraba con pasión a McNamara y fue ascendiendo con él. Aun así, en la primavera de 1964 se sintió dubitativo y, como admitió ante su amigo Michael Forrestal: «Te crees que siempre puedes desconectar lo que está en marcha. Pero no sé.

Creo que cada día es más difícil, cada día perdemos un poco de control; cada decisión equivocada, o que no tomamos, dificulta más la decisión siguiente, porque si no lo hemos parado hoy, las razones para no pararlo seguirán existiendo mañana y estaremos todavía más enredados en el asunto».[44] Para McNaughton el carácter interesado de los fines de Estados Unidos en Indochina, según los enumeró unos pocos meses más tarde, era innegable: «70 %, evitar la humillación de la derrota (para nuestra reputación como garantes); 20 %, que China no se haga con Vietnam del Sur (y el territorio adyacente); 10 %, permitir que el pueblo de Vietnam del Sur viva mejor y con más libertad».[45]

En Washington, en privado, casi nadie ponía en duda que el gobierno de Saigón era corrupto y que la guerra languidecía. Hasta el 3 de noviembre, no obstante, cuando los estadounidenses confirmaron a Lyndon Johnson como presidente electo, nadie pensaba en admitir la mala noticia; no había más remedio que seguir allí. En marzo, McNamara visitó Vietnam con Max Taylor y ensalzó públicamente al nuevo mandamás, el general Khanh. El general de división William DePuy escribió a su país, desde el MACV: «Muy pronto, todo Washington estará en Vietnam y no quedará sitio para los vietnamitas. Esa quizá sea una forma de ganar la guerra...».[46]

En el edificio del Estado Mayor del ERVn, Rufus Phillips, de la USAID (Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional), pasó junto a un comandante vietnamita cuya mesa estaba repleta de libros. «Ayudo a redactar la Constitución», respondió cuando Phillips le preguntó qué estaba haciendo. Tenía a su lado libros sobre las Constituciones de Estados Unidos y Francia, así como todas las anteriores Constituciones vietnamitas. Lo hacía por encargo del general Khanh, añadió.[47] El borrador se envió a la embajada estadounidense, que le imprimió su sello de aprobación. Khanh comunicó a los otros generales —no todos eran de la misma opinión— que ese era el texto que los norteamericanos querían y, por lo tanto, así entraría en vigor. Cuando la nueva Constitución provocó protestas entre los budistas y los estudiantes, Max Taylor reprochó a Khanh que lo estaba haciendo todo mal. Los vietnamitas, como es lógico, se indignaron: ¿acaso no había hecho exactamente lo que sus mentores le pedían?».

Rufus Phillips echaba pestes por la mentalidad que se reflejaba en este episodio. «Llevábamos casi diez años con el penoso y minucioso afán de levantar esta nación nueva y muy frágil. Pero luego destruíamos toda clase de estabilidad. Y cada vez que un general daba un golpe, durante los años de las "puertas giratorias", se expulsaba a todos los que había antes. Hacíamos subir al poder a gente que no estaba al tanto de nada. Y cuanto más interveníamos para compensar el caos, más desplazábamos a los líderes vietnamitas. Luego decidimos que ganaríamos la guerra y entonces devolveríamos el país a los vietnamitas. Este fue el golpe de gracia para el nacionalismo vietnamita ... Y se lo pusimos fácil a los comunistas, que le sacaron todo el partido posible.»[48]

El secretario de Defensa envió al presidente un informe que, como acostumbraba, McNamara había esbozado ya antes de visitar Saigón. Allí describió cómo veía él los fines de Estados Unidos: «Buscamos un Vietnam del Sur independiente y no comunista. Salvo que podamos lograr este objetivo ... casi todo el sudeste asiático, probablemente, caerá en manos de los comunistas». Esta fue la base del documento NSAAM288 del Consejo de Seguridad Nacional, que hacía hincapié en el compromiso de Estados Unidos. Desde entonces, el gobierno actuó convencido de que podría hacer realidad sus metas gracias al poder militar, fuera cual fuese la actitud del pueblo vietnamita. Si un gobernante local quería contar con el apoyo de Estados Unidos, solo había un principio inquebrantable: que renunciara a cualquier negociación con Hanói.

Entre bambalinas, McNamara ya admitía sin problemas que la situación de Vietnam era «un follón del demonio»,[49] y que en Saigón podía producirse otro golpe de Estado en cualquier momento. Pero él y el presidente descartaron por igual las soluciones extremas, tanto de los partidarios de abandonar Vietnam del Sur como de los que querían subir radicalmente la apuesta. Johnson contemplaba con escepticismo las promesas sobre el efecto de bombardear el Norte. En los primeros meses de campaña electoral de 1964, los dos hombres hicieron hincapié en su solidaridad con el régimen, pero no querían ir más allá de pequeños aumentos en la gestión de la guerra, tales que no atrajeran la atención

indeseada de los votantes. Cuando el embajador soviético Anatoli Dobrynin se reunió por primera vez con el presidente, el 17 de abril, se sorprendió al comprobar que apenas se hizo mención a Vietnam.[50]

El mes siguiente, un recrudecimiento de los combates en Laos hizo que Francia, la India, Camboya y la URSS pidieran una nueva convocatoria de la conferencia de Ginebra (de 1962). Los estadounidenses rechazaron la propuesta, temerosos de que se quisiera abordar asimismo la neutralidad de Vietnam. Sin embargo, si buscaban una salida, aquella clase de foro podría haber abierto una puerta. Un hombre de McNamara, Daniel Ellsberg —que luego saltó a la fama por filtrar los Documentos del Pentágono—, señaló 1964 como «la última ocasión en la que un funcionario leal a su gobierno podía llegar a considerar adecuado que Estados Unidos se contentara con limitar las pérdidas».[51] Iniciado 1965, los norteamericanos habían sufrido tal número de fracasos y humillaciones, tanto militares como políticas, que era inevitable que el mundo viera una retirada como una grave derrota, inaceptable en principio para cualquier gobierno. En los primeros días del verano de 1964, en cambio, todavía no se había llegado a ese punto.

La prevaricación del secretario de Defensa —desde la perspectiva del Estado Mayor, no merecía otro nombre— exasperaba en especial a LeMay y Greene, convencidos de que continuar con las medidas en vigor no bastaría para corregir una situación que —y en esto coincidían todas las partes— se inclinaba con claridad del lado de los comunistas. También se impacientaron con su presidente, Taylor, que a su juicio no se atrevía a manifestar al presidente y McNamara verdades crudas que estos no deseaban oír. Durante la primavera, el descontento de parte de la cúpula militar se intensificó. El general de división Chester Clift, edecán de Johnson, escribió el 27 de marzo: «Creo que la situación es potencialmente difícil, quizá incluso peligrosa ... Entre la Junta de jefes se ha abierto una brecha muy profunda».[52] Greene escribió con desdén, en 18 de mayo: «McNamara y Taylor andan a la desesperada, sin saber qué rumbo tomar». Las elecciones parecían estar demasiado lejos para seguir perdiendo la guerra entre tanto, una perspectiva compartida por comentaristas como Hanson Baldwin, el influyente editor militar del *New York Times*, que había pasado a defender el bombardeo del Norte. Greene no solo despreciaba al

secretario de Defensa, sino que además creía que se estaba impidiendo que los jefes del Estado Mayor cumplieran su verdadera función en tanto que asesores militares del sumo comandante de la nación. Sin embargo, tanto él como LeMay —y algunos historiadores, después de ellos— tuvieron la ingenuidad de no comprender que en todos los países y todas las épocas, la frustración con los líderes políticos es la respuesta típica de los militares profesionales, que a su vez, y casi invariablemente, resultan ser menos sabios de lo que creían.

El 17 de mayo, el general de división William DePuy —aquel hombre bajo y delgado, veterano de la segunda guerra mundial y con aspiraciones como teórico militar— escribió desde Saigón a su esposa Marj: «Aún no tengo claro si estamos ganando o perdiendo terreno. La situación no es poco grave. Me pregunto si hay "voluntad" de más».[53] Una semana después añadió: «Me resulta terriblemente difícil prever cómo acabará toda esta agitación. Sin un milagro nos seguirá arrastrando hacia el fondo». A finales de aquel mes, las cosas habían cambiado en Washington hasta el punto de que McNamara analizaba con los jefes del Estado Mayor la posibilidad de enviar tropas terrestres y encargó un estudio sobre los blancos que convendría bombardear en Vietnam del Norte, que se concluyó enumerando noventa y cuatro objetivos. Se reconocía que habría que adoptar uno de estos rumbos, o quizá los dos, si Hanói no se retiraba: los vuelos de reconocimiento constataban un uso creciente de la Ruta de Ho Chi Minh. También se admitía que habría que procurar algún respaldo legal para esas dos posibilidades, el bombardeo y la misión de combate; lo que el fiscal general en funciones Nicholas Katzenbach denominó «equivalente funcional a una declaración de guerra». Avanzado el mismo mes de mayo, William Bundy, del Departamento de Estado, redactó una resolución que autorizaba al presidente a destinar tropas a Vietnam, pero el borrador no pasó de la carpeta de pendientes porque aún no había necesidad de enfrentarse a la obstrucción del Senado, encabezada por Mike Mansfield y Wayne Morse.

En la campaña por las presidenciales, que absorbió al país desde entonces, se dedicó mucha menos retórica a Vietnam que a la promesa de Johnson sobre la «Gran Sociedad». «Kennedy había pedido sacrificio;

Johnson ha prometido felicidad —escribió Theodore White, cronista de las carreras electorales, en 1965—. Incluso el mundo pareció calmar sus estremecimientos durante la primavera y el verano, para permitir que Johnson desarrollara su política exterior desde lo que podríamos calificar de posición cómoda. Vietnam era la única crisis, y aunque se agravaba poco a poco, semana tras semana, el presidente logró esterilizar políticamente aquel asunto, de forma temporal.»[54]

La Casa Blanca, en todo caso, decidió que en Saigón hacía falta sangre nueva, y sustituyó tanto al embajador como al comandante en jefe del MACV. Lodge se había quedado sin ideas y apenas se hablaba con Harkins. Como posibles sucesores sonaron los nombres de Robert Kennedy, McGeorge Bundy y Robert McNamara, pero al final se eligió a Max Taylor, el militar en quien el presidente tenía una confianza más directa. Taylor fue enviado a Vietnam en julio, con la función no de ejercer la diplomacia, sino de dirigir la guerra con más inteligencia. Si el general no hubiera sido un adicto a los cargos, la posición y el poder, lo más probable habría sido que, a sus sesenta y dos años, hubiera rechazado aquella cama de clavos. Resulta difícil imaginar siquiera cómo pudo haber supuesto que aceptar la responsabilidad proconsular en tal momento y tal lugar le serviría para mejorar la reputación.

Pese a todo, Taylor aceptó en efecto la embajada, confirmando el reproche de sus camaradas más escépticos de la segunda guerra mundial, que consideraban que el general se caracterizaba menos por el talento y el buen juicio que por la vanidad y el politiqueo subrepticio. En la presidencia de la jefatura del Estado Mayor lo sucedió el general Earle Wheeler, un burócrata influyente como poder en la sombra, con poca experiencia de campo; a su vez, la jefatura de Tierra de este pasó al general Harold Johnson. Con Taylor en Saigón, era de entrada improbable que Wheeler tuviera mucho que decidir al respecto de la estrategia de Vietnam, pero además la debilidad de carácter del nuevo presidente se hizo patente muy pronto.

El general William Westmoreland, que el 20 de junio de 1964 asumió el mando del MACV, afirmó: «Heredé un caos político ... Lo que fuera que hicieras era casi tan inútil como empujar espaguetis».[55] A Harkins se le

permitió retirarse con honor, aunque el fracaso había sido sonado y sus errores de apreciación, evidentes. Su sucesor estaba subordinado a Taylor, a la vez que respondía directamente al comandante en jefe de la Marina en el Pacífico. Antes de que se nombrara a Westmoreland, se plantearon dudas sobre su grandeza, brillantez y dureza. Se ha afirmado que la Junta de jefes del Estado Mayor prefería tener en el MACV a Harold Johnson, Creighton Abrams o Bruce Palmer; y que Taylor engañó al presidente y a McNamara al decirles que los jefes habían elegido a «Westy».[56]

Desde entonces, Westmoreland ha gozado de mala prensa, y se le ha desdeñado tildándolo de ser el «comandante de regimiento más fabuloso que nunca haya dado el ejército de Estados Unidos». No abundan las razones, desde luego, para aseverar que en Vietnam demostró ser uno de sus grandes capitanes. Un hombre de su Estado Mayor, de la infantería de Marina, escribió: «Es capaz de comprender bien la situación en su conjunto y detecta con facilidad los puntos problemáticos, pero se deja arrastrar por la imaginación. Algunos de sus proyectos son demenciales».[57] Aun así, parece improbable que Sherman, Patton o incluso Ridgway pudieran haberlo hecho mejor. Entre los militares se repite con sarcasmo que el único argumento de venta de su profesión es que matan a gente. A la mayoría, pedirles que resuelvan unos desafíos políticos y sociales que superan su capacidad intelectual, experiencia, condicionantes y recursos es pedirles demasiado.

Más adelante, Westmoreland dijo: «En aquella época, resonaba poderosamente en mis oídos y los oídos de todos los oficiales el discurso inaugural del Sr. Kennedy, que fue muy emotivo y conmovedor: “Sobrellevaremos todas las cargas y afrontaremos todos los problemas, apoyaremos a todos los amigos y combatiremos con todos los enemigos para garantizar la supervivencia y el éxito de la libertad”. ... Nos sentíamos muy bien al ir a Vietnam a luchar por un principio tan idealista».[58] Aunque desde el cinismo del siglo XX la afirmación puede sonar baladí, se antoja un error poner en duda la sinceridad del fervor con el que el general asumió su puesto en 1964. Como en casi todos los profesionales de las fuerzas armadas, el problema no era precisamente la falta de atrevimiento.

Esta actitud tan voluntariosa, sin embargo, afectó a la mirada de Westmoreland, traducida en la proscripción del realismo, como le había ocurrido antes a Harkins. En esta misma época, se destinó de nuevo a la embajada de Estados Unidos en Saigón al veterano de Indochina Howard Simpson. De camino a la capital survietnamita asistió a una cumbre sobre estrategia, organizada en Honolulu, entre cuyos asistentes destacaban en particular McNamara, Rusk, Taylor, Westmoreland y el director de la CIA, John McCone. Simpson comentó con suma inquietud que entre los presentes nadie conocía bien Vietnam, y seguir las evoluciones de la conversación lo desanimó todavía más: «Pronto me di cuenta de que no se pensaba aplicar lo que la historia reciente nos había enseñado. Los franceses habían perdido, nosotros íbamos a ganar ... Si hubiera cerrado los ojos, habría podido imaginarme que asistía a una reunión del alto mando de Francia, en 1953».[59]

El propio Simpson no se atrevió a intervenir, pero no podía dar crédito a la serie de planes y proyectos que se expusieron como si los vietnamitas fueran a llevarlos a la práctica, cuando él sabía que no. Peor aún: los funcionarios y militares de Saigón adoptarían el sistema habitual de acceder a todo con la intención de no hacer nada. «Trataban a los vietnamitas como unos hombrecillos que no estaban allí. A todos los efectos parecían haberse convertido en seres ajenos a la batalla por su país.» La afirmación es sumamente acertada y de una importancia suma. Los estadounidenses, tan orgullosos de su mentalidad y origen anticolonial, optaban por librar una guerra con un estilo que no se distinguía en nada del empleado por los gobiernos colonialistas a lo largo de los siglos. Frank Scotton definió la actitud típica de los estadounidenses hacia los vietnamitas como «una indiferencia despiadada. Los estadounidenses, de la graduación que fueran, se reían de la tecnología vietnamita, que a su juicio consistía en llevar una cosa con dos palos o bien dos cosas con un palo ... Éramos aliados que apenas nos comprendíamos el uno al otro».[60]

En Vietnam del Sur, muy a menudo, la fuerza bastaba para infligir derrotas tácticas a los comunistas. Pero los norteamericanos sensibles como Scotton, Simpson, Vann o Ramsey comprendían que el éxito en el campo de batalla permitía avanzar asombrosamente poco. La principal ironía de la

guerra —en particular, para los que perdieron la vida en ella— fue que los combates fueron un elemento secundario en comparación con la competencia social y cultural entre Hanói y Saigón. Cuando la administración estadounidense delegó el papel central de su misión en Max Taylor, estaba enviando a un electricista para corregir una letal fuga de gas, aunque el propio Taylor usaba otra imagen: «Mi tarea era como la de aquel niño holandés* que se encontró un dique agujereado y tuvo que meter el dedo para taponarlo».[61] Cuando Westmoreland asumió el cargo, William DePuy escribió a su familia: «No podemos ganar, pero *quizá* logremos no perder».[62]

Aquel verano, como durante toda la guerra, algunos días de relativa tranquilidad en Saigón despertaron oleadas de optimismo en Washington:

ya no era tan urgente tomar decisiones de calado. En la conferencia estratégica de Honolulu, Westmoreland, con el apoyo de Lodge, aseveró que «la situación había tocado fondo, se estaba equilibrando y poco a poco empezaría a remontar ... No habría hundimiento en Vietnam del Sur, al menos mientras no se produjeran actos de violencia inusuales, como un golpe de Estado o un asesinato».[63] Tanto McNamara como McCone, de la CIA, describieron una perspectiva más sombría, pero Westmoreland y el embajador saliente se mantuvieron en sus trece.

El general sobresalió en la parte de su papel que requería de habilidad como gestor. Un oficial describió su Estado Mayor como la «*crème de la crème*».[64] Dick Stilwell, el jefe de ese cuerpo, y el menudo pero contundente DePuy, que era el oficial de operaciones, eran adictos al trabajo, como su superior. La rápida expansión de la presencia estadounidense se gestionó con una eficiencia notable, aunque con costes brutales para el medio social y natural. La faceta del combate, en cambio, no fue tan bien. El 28 de julio, DePuy escribió a su casa: «En esta zona hay una enorme colección de mandos militares. Para ser sinceros, los pobrecitos vietnamitas están confusos, abrumados y me temo que también un poco asustados ... Se los ve muy cansados de la guerra y sin ganas de contemplar otros diez años de desgaste, de pacificación tediosa pero sangrienta. Estoy

seguro de que les gustaría que atacáramos Vietnam del Norte por ellos».[65] En agosto añadió: «Es difícil ver cómo podremos vencer cuando los líderes del país no creen que podamos vencer».

En Washington, los halcones fueron ganando terreno, paso a paso y en silencio, pero a la vez sin descanso. McGeorge Bundy, Dean Rusk y John McCone eran partidarios de enviar tropas terrestres estadounidenses después de las elecciones, aunque Rusk, en Honolulu, hizo hincapié en que «la opinión pública estadounidense no está preparada para absorber un aumento de la acción militar». McNamara todavía era reticente a mandar un ejército, pero sí estaba de acuerdo con bombardear el Norte. Los servicios de inteligencia plantearon una nueva tesis: precisamente porque Hanói poseía una industria e infraestructura muy escasa, su destrucción sería especialmente dañina. John McNaughton, asistente del secretario —un jurista joven, alto y desgarbado, que se expresaba con fluidez— propuso una estrategia de bombardeo sutilmente oriental, que consistiría en elevar el dolor infligido punto por punto: «Atacaríamos para herir, no para destrozar». Cuando la Junta del Estado Mayor se reunió en la Casa Blanca, el 31 de julio, Wallace Greene volvió a defender que, si Estados Unidos aún aspiraba a lograr un resultado razonable en Vietnam del Sur, debía llevar la guerra al Norte. La forma en que se estaba actuado en aquel momento, dijo el rígido marine, suponía «violar un principio militar fundamental, al dejar que el enemigo dicte en qué terreno se va a librar la batalla».[66] El presidente, extrañamente, comentó que el problema de Vietnam del Sur, en muchos aspectos, se asemejaba al de Estados Unidos: «recuperarse de un asesinato», del de Diem, como del de Kennedy. Aunque le dijo a la cúpula de las fuerzas armadas allí presente que los políticos no vacilarían a la hora de emprender las acciones militares que fueran de urgencia, entre los presentes nadie le creyó: todo, absolutamente todo, quedaría subordinado a obtener la victoria en las elecciones generales, que ya no distaban siquiera un centenar de días.

9

Entrar en el golfo

1. Mentiras

Nunca se podrá determinar con toda certeza si Lyndon Johnson buscó una oportunidad para exhibir su virilidad antes de que el pueblo estadounidense acudiera a votar en noviembre de 1964, o si bien la crisis se le echó encima. En agosto, dos semanas antes de la Convención del Partido Demócrata, el enfrentamiento por el sudeste asiático dio un nuevo giro. Desde enero, los estadounidenses habían estado enviando misiones encubiertas a Vietnam del Norte que, con la referencia común de OPLAN34-A, se habían concebido para desestabilizar Hanói por medio de agentes infiltrados e incursiones de comandos. Independientemente de las apreciaciones que uno pueda formular con respecto a la guerra en su conjunto, del OPLAN34-A hay que decir que sacrificó las vidas o las libertades de varios cientos de vietnamitas sin el más mínimo sentido. Desde 1961, los servicios secretos comunistas habían estado practicando «juegos de radio» con los jefes de las operaciones paramilitares estadounidenses, para lo que usaban a operadores «convertidos» de los grupos de agentes que apresaban. Esto, unido a la infiltración de agentes dobles en el Sur, garantizaba que cada captura abría el camino a una siguiente. En 1963 ochenta grupos entraron en el Norte con botes o paracaídas. Gilbert Layton, de la CIA, dijo: «En mi despacho ... dábamos por sentado que había infiltrados [entre los survietnamitas] ... Cuando empecé a reclutar a aquella gente, alguien me dijo: “¿No te preocupa que haya algún Vietcong entre los que seleccionas?”. Le respondí: “Contamos que como un 10%, pero eso significa que los superamos por nueve contra uno”».[1]

Bill Colby era de los que no tenía problema en reconocer un fracaso cuando lo veía: «Me llegó el mensaje de que aquella historia no iba a funcionar, así que había que ponerle punto final».[2] En el invierno de 1963 se lo dijo así mismo a Robert McNamara, que no le hizo caso. El secretario de Defensa tenía la convicción de que las operaciones encubiertas ayudarían a mantener la presión sobre Hanói si el MACV las controlaba y se apoyaban con el poderío militar. Así se lo dijo a Lyndon Johnson en diciembre; poco después arrancó la serie de misiones OPLAN34-A. Se instruyó a casi doscientos survietnamitas para que se adentraran en el Norte con paracaídas, en botes de remo o a nado. Pero recibieron instrucciones deficientes: a los agentes encargados de dirigirse a las ciudades se los instaba a contactar con sacerdotes católicos, que por fuerza serían anticomunistas; como en efecto lo eran, por esa misma razón, las iglesias estaban muy vigiladas. A algunos paracaidistas se los descubrió porque usaban zapatos, en vez de las sandalias universales. Uno fue apresado con pantalones vaqueros azules, de fabricación estadounidense; el soldado que lo capturó no desperdició la ocasión de quedárselos. Muchos se rindieron nada más tocar tierra.

Los norvietnamitas organizaron algunos juicios amañados de agentes de Saigón y hubo pelotones de fusilamiento para los intrusos que se resistían a ser apresados. En su mayoría, el personal del OPLAN34-A pasó toda la vida en la cárcel; los últimos supervivientes no fueron liberados hasta 1995. El coronel Clyde Russell, que dirigía el Grupo de Estudios y Observación (SOG, en sus siglas inglesas), que supervisaba las misiones, dijo ante una posterior investigación de la Junta de jefes: «A la mayoría los enviamos allí sin grandes expectativas ... Ni una sola operación tuvo éxito».[3] Aun así las incursiones prosiguieron porque algunos militares y empleados públicos —en particular McNamara— se imaginaban que se trataba de un medio discreto y barato de hostigar al enemigo.

Los tripulantes survietnamitas que manejaban las patrulleras rápidas con las que se realizaban las incursiones anfibias gozaban de la idea de ser una élite y, por otro lado, los estadounidenses les pagaban con botines en metálico. En su mayoría, las misiones, que salían de Danang, duraban tan solo unas horas de oscuridad. Las patrulleras actuaban de dos en dos y, de

promedio, salían una vez por semana; los estadounidenses daban instrucciones refiriéndose a fotos aéreas.[4] Las lanchas de clase Swift y Nasty dejaban en tierra a equipos SEAL y vietnamitas de etnia *nung* que abrían fuego contra las instalaciones de la costa. Hubo algún que otro enfrentamiento con botes norvietnamitas, algunos cargados con sus propias armas de 40 milímetros. No hay constancia fidedigna de ninguna de estas incursiones, que en los cuadernos de bitácora se mencionaban con la referencia críptica a «enlace Estados Unidos». Para los vietnamitas era emocionante pilotar lanchas de 55 nudos, más rápidas que ninguna patrullera comunista, y (en palabras de un oficial) «era genial llevar la guerra al Norte en vez de limitarnos a defender pasivamente nuestro propio territorio».[5]

Los comunistas se acostumbraron a repeler a los asaltantes, de forma que las defensas costeras mantenían un grado de alerta notable. El 28 de julio, después de un ataque contra la isla de Hon Gio, las patrulleras Swatow, de construcción china, persiguieron a los agresores durante cuarenta y cinco minutos. Dos días más tarde, se contuvo a los comandos que pretendían destruir una base de radares en la isla de Hon Me, pero que no hicieron más que dirigir las automáticas contra la instalación. En consecuencia, los defensores estaban más que atentos cuando, tres días después, el destructor *Maddox*, que realizaba una misión de espionaje electrónico «Desoto» a escasas millas de esas mismas aguas, entró en aguas que Vietnam del Norte reclamaba (pero estaban más allá de la línea que Estados Unidos reconocía). Entre las tareas asignadas al *Maddox* figuraba recopilar datos de inteligencia para el MACV, entre ellos «determinar la actividad de las patrullas costeras de la R[epública] D[emocrática] de V[ietnam] ... [y] estimular y dejar constancia de las reacciones norvietnamitas, en apoyo de la actividad de int[eligencia de] señ[ales] de Estados Unidos».[6]

El 1 de agosto, unos interceptores avisaron al capitán de la Armada estadounidense John Herrick —comandante de la misión en el mar— de unas transmisiones norvietnamitas que indicaban que sus comandantes navales habían «decidido luchar contra el enemigo esta noche», lo que convenció al *Maddox* de retirarse a aguas menos disputadas. Los

comunistas ordenaron que, al día siguiente, el 2, unas torpederas P-4 y Swatow de sesenta y siete toneladas se concentraran frente a la isla de Hon Me; los estadounidenses interpretaron este movimiento como signo de un ataque inminente contra su destructor. A primera hora del 2 de agosto, la Agencia de Seguridad Nacional (ASN) envió avisos urgentes a este efecto, al MACV y una selección de mandos navales, aunque no al buque en sí: «con sensibilidad mencionada por parte de RDV, así como preparativos mencionados que contrarrestar, posible que reacción de RDV a patrulla Desoto sea más grave que anteriormente previsto». A ello seguía un mensaje «crítico» de la unidad de captación de transmisiones de Phu Bai a las 11.44-G,* que comunicaba que una Swatow había reconocido la recepción de órdenes de ataque. Aun así, se permitió que el destructor reanudara la misión costera Desoto. Hacia el mediodía del mismo día 2, el *Maddox* avistó nueve barcos comunistas en las aguas de Hon Me, pero no varió el curso.

El oficial al mando en Hanói, aquella tarde, era el coronel en jefe Tran Quy Hai, subjefe del Estado Mayor general. Unos colegas afirmaron más adelante que, cuando el cuartel general de Marina llamó para informar de la presencia del *Maddox* y solicitar instrucciones, respondió: «¿Qué? ¿Me preguntan cómo deberían responder? ¡Cuando un barco enemigo viola nuestras aguas territoriales tenemos que atacar! ¿¡A qué diablos esperan!?».[7] El vicedirector de operaciones de combate llamó al oficial naval al mando, que ordenó que tres lanchas del Grupo de Torpederas 135, con el apoyo de dos patrulleras, se enfrentaran al *Maddox*.

En la base aérea de Tan Son Nhut, en Saigón, Harry Williams, oficial al mando de la intercepción espía de la ASN, recibió un aviso de inteligencia de la Armada estadounidense, desde San Miguel (Filipinas), conforme el cual era inminente un ataque contra buques de guerra norteamericanos.[8] También se constató cierta confusión en la cadena de mando norvietnamita: las descodificaciones incluían la orden de retirada de las torpederas P-4, que, sin embargo, no impidió el breve enfrentamiento que se produjo a continuación. A las 14.00-G el *Maddox* avistó las barcas norvietnamitas, viró al este e incrementó la velocidad a veinticinco nudos. Cuarenta minutos después, Herrick comunicó al mando costero que usaría los

cañones si parecía necesario defenderse. Se redirigió a cuatro aviones F-8 *Crusader* que realizaban una patrulla de combate aéreo (PCA) sobre el portaaviones *Ticonderoga* en apoyo del destructor.

A las 15.05-G, totalmente en contra de lo que luego aseveró el gobierno de Estados Unidos —afirmó que los comunistas habían abierto fuego primero—, los cañones de cinco pulgadas del *Maddox* lanzaron tres disparos de advertencia, y luego atacaron de verdad a los barcos, que se movían a cuarenta nudos, balanceándose por el oleaje, en dirección al destructor. Los proyectiles estadounidenses erraron el blanco, al igual que los torpedos de los atacantes, pero a las 15.20-G los Crusader llegaron, se lanzaron en picado sobre las P-4 y las cañonearon con dureza, dejándolas muy dañadas a las tres, además de matar a cuatro tripulantes y herir a otros seis. El *Maddox* terminó la acción con un solo agujero de bala en la superestructura; un Crusader fue alcanzado pero pudo regresar sin mayor problema a Danang.

El 3 de agosto, el jefe del Estado Mayor general de Vietnam del Norte, Van Tien Dung, voló a la costa. Los barcos aún no habían vuelto; se habían refugiado junto a una isla próxima al litoral, para reparar los daños. El general felicitó a los marinos, pero en el helicóptero que lo devolvió a la capital, Dung le dijo a un oficial que lo acompañaba que el ataque le había parecido un error «en un momento en el que estamos intentando limitar el conflicto»;[9] a su juicio, los oficiales de guardia se habían excedido en su autoridad.

La primera reacción de Washington fue discreta, aunque por orden del presidente se envió a Hanói una advertencia rigurosa: cualquier otro ataque «no provocado» contra buques de guerra estadounidenses tendría «graves consecuencias». El 2 de agosto, McNamara escoltaba a Jackie Kennedy a misa cuando lo convocaron al Pentágono. Al día siguiente encabezó una reunión con los jefes del Estado Mayor, en la que se analizó un nuevo informe sobre la situación de Saigón, más pesimista que los anteriores. El secretario de Defensa dijo: «Estamos perdiendo ... No nos lo podemos permitir, y no lo haremos». Hubo noticias de que una división aérea china pasaba a Vietnam del Norte. McCone, de la CIA, se mostró preocupado por la posibilidad de que esos aparatos chinos atacaran Saigón; quizá los rusos

también intervendrían, con cazas cuya misión se negarían a reconocer, como habían hecho en Corea. Un segundo portaaviones, el *Constellation*, se sumó al *Ticonderoga* para reforzar la costa norte, así como otro destructor, el *Turner Joy*, en apoyo del *Maddox*. Desde el mar, el capitán Herrick no albergaba dudas sobre la gravedad de la situación, y transmitió: «La RDV ha lanzado el guante y se considera en guerra con nosotros». Solicitó buques de guerra más potentes, como respaldo de la misión Desoto, a la que el 3 de agosto se ordenó acercarse de nuevo a la costa.

En la noche del 3 al 4 de agosto, un comando survietnamita escenificó otra incursión del OPLAN34-A, en la que cuatro lanchas dispararon contra instalaciones costeras de Vinh Son, una de las cuales fue perseguida por los comunistas. Esta acción se desarrolló a muchos kilómetros de los puntos donde los norvietnamitas, aquella tarde, todavía tenían problemas para rescatar las tres embarcaciones dañadas. Sin embargo, los interceptores de Phu Bai malinterpretaron los mensajes de la radio enemiga y, creyendo que presagiaban otro ataque contra los barcos de guerra estadounidenses, a las 16.56-G, Phu Bai emitió otra nueva advertencia de peligro «crítico». Aquel mismo día, una patrullera Swatow siguió de hecho por radar a los buques estadounidenses, pero desde una distancia segura. Aunque en el mar hubo horas de tensión, no se abrió fuego cerca del *Maddox* ni del *Turner Joy*.

En Washington nadie sugirió la posibilidad de hacer volver a la misión Desoto. A la mañana siguiente, el día 4, los dos destructores reanudaron la misión de espionaje costero. A las 18.40-G, Phu Bai dio a conocer otro aviso: «Posbl. operaciones navales RDV planeadas contra patrulla Desoto esta noche». Cuando no habían transcurrido aún dos horas, las condiciones meteorológicas empeoraban y el *Maddox* informó de dos *skunks* (contactos con radar de superficie) y tres *bogies* (contactos aéreos) en sus radares, con alcance de cien millas. Posteriormente, Herrick conjeturó que los últimos podrían haber sido errores de detección, provocados por la orografía de la isla china de Hainán. A las 20.45-G, Herrick notificó que había perdido los *skunks* de superficie, pero a las 21.08-G detectó otro. Desde el aire, los Skyhawk de la Marina indicaron que podían ver las estelas blancas de los destructores, entre la oscuridad, pero ningún signo de embarcaciones hostiles. A las 21.34-G, sonaron todas las alarmas en el *Maddox*, tras un

nuevo contacto de radar a 9.000 metros, que en apariencia se acercaba a cuarenta nudos; el operador del *Turner Joy* también informó de actividad. El equipo del sónar detectó algo bajo el agua, que el Centro de Información de Combate del *Maddox* —pero no los responsables del sónar— identificaron como un torpedo que se acercaba. A las 21.40-G, Herrick comunicó que sus barcos habían abierto fuego contra los «atacantes», pero admitió que a los destructores les resultaba difícil mantenerlos en el radar. No era de extrañar, porque eran fruto de la imaginación de los estadounidenses.

Aquella noche, los informes de los barcos de guerra que llegaron al Pentágono cuando en Washington todavía era muy temprano —«recibo ataque constante de torpedos»— reflejaron tanto los errores del personal técnico de a bordo como la reacción emocional de sus superiores. En Hawái, el almirante Sharp confirmó los informes falsos, aunque brevemente, hablando de una «acción hostil renovada». Según el cuaderno de operaciones de combate de los norvietnamitas —que se publicó años más tarde y apenas cabe duda de que es auténtico—, no había barcos desplegados cerca de los estadounidenses. Aun así, los destructores respondieron a los nuevos signos de sus radares con una acción evasiva desbocada. El *Maddox* no pudo identificar un blanco para sus cañones, pero el *Turner Joy* gastó más de tres mil balas de 5 pulgadas y dejó constancia de dos docenas de torpedos enemigos; todo ello, aunque los aviones iluminaron la zona con bengalas y no pudieron detectar signos de ningún enemigo. A las 23.35-G se interrumpió finalmente la «acción», que concluyó, según el informe de Herrick, con dos barcos enemigos hundidos y otro dañado. Algunos de sus subordinados mantuvieron el escepticismo sobre la autenticidad del enfrentamiento. Pronto se evidenció que el efecto de «torpedo entrante» detectado por los operadores del sónar estaba causado por los golpes de timón de las maniobras de los propios destructores. Así, al cabo de una hora Herrick comunicaba «acción entera arroja muchas dudas» y, poco después, «embarcaciones nunca identificadas positivamente como tales».

Sin embargo, en Washington, fiándose del aviso «crítico» de Phu Bai, McNamara había advertido al presidente de la inminencia de un ataque de Vietnam del Norte. Tres horas después de que finalizara la «batalla», Johnson autorizó una acción de represalia contra bases norvietnamitas. Cinco horas antes de que los aviones despegaran, el almirante Sharp aclaró al Pentágono que «al revisarse la acción, muchos de los supuestos contactos y torpedos parecen dudosos». Pero la captación de transmisiones puso sobre la mesa una intercepción de la ASN, en la que los norvietnamitas afirmaban haber «derribado dos aviones en la zona de combate ... sacrificamos dos barcos, todos los demás están bien ... el barco enemigo quizá resultara igualmente dañado». En realidad, este mensaje se refería a los acontecimientos del día 2, que aún generaban confusión entre los propios comunistas. McNamara, no obstante, lo interpretó como la confirmación del nuevo ataque del 4 de agosto. Unido a los «informes presenciales» de los destructores, supuestamente verosímiles, el secretario de Defensa tenía la tranquilidad de que sabía lo suficiente para permitir que el presidente lanzara el ataque aéreo.

A las seis de la tarde del día 4, un portavoz del Pentágono anunció al mundo «un segundo ataque deliberado». Rusk pidió a los asesores del Departamento de Estado que desempolvaran el borrador de resolución que Bundy, en mayo, había preparado para el Congreso. Johnson exigió a McNamara: «Quiero que destruyan no solo esas torpederas que han atacado el *Maddox*, sino todo lo que hay en la bahía ... Quiero que sepan lo que les espera». El secretario de Defensa no hizo nada para moderar la furia del presidente ni corregir sus interpretaciones erróneas, pese a que disponía de datos para hacerlo así. McNamara hacía un uso muy selectivo de la intercepción de radiotransmisiones. Tanto entonces como en la posterior declaración ante el Congreso, el secretario de Defensa decidió, de entrada, hacer caso omiso de la gran cantidad de datos que mostraban a los norvietnamitas ocupados con el rescate de las patrulleras dañadas y ordenaban expresamente que no hubiera más choques con los estadounidenses; y luego, ocultar estas pruebas. La base de lo que ha pasado a la historia como el Incidente del Golfo de Tonkín es clara: el *Maddox* estaba «provocando», en una misión asociada explícitamente con

el OPLAN34-A. Como se producían incursiones costeras repetidamente, no era de extrañar que los norvietnamitas replicaran con prontitud a cualquier posible amenaza. La decisión de enviar las patrulleras contra un buque de guerra estadounidense fue tomada por un oficial comunista con exceso de celo, cuya decisión lamentaron muchos líderes, aunque no así Le Duan y Le Duc Tho; y el gobierno estadounidense tuvo noticia, muy pronto, de que lo lamentaban. En cuanto al «segundo ataque», no existió.

McNamara, no obstante, estaba impaciente por actuar. El presidente, en un momento crucial de la campaña, estaba ansioso por no dar ningún margen a que los republicanos lo acusaran de debilidad; y, en efecto, su respuesta rápida y dura a un ataque contra la bandera estadounidense fue recibida con elogios. Desde entonces, se hizo casi inevitable que la administración mintiera una y otra vez para ocultar las múltiples pifias y engaños cometidos para justificar los asaltos aéreos contra Vietnam del Norte. El presidente demoró el discurso televisivo del 4 de agosto hasta las 11.36 de la noche (hora de la costa este), cuando el almirante Sharp le dijo que los aviones habían despegado del *Ticonderoga* y el *Constellation*. «A las agresiones terroristas contra poblados pacíficos de Vietnam del Sur —dijo Johnson a la nación—, se han sumado ahora agresiones directas en alta mar ... A los repetidos actos de violencia contra las fuerzas armadas de Estados Unidos se debe replicar no solo con la alerta defensiva, sino también con una respuesta directa ... Sabemos, aunque algunos parezca que lo olviden, los riesgos de extender el conflicto. No buscamos ampliar la guerra.»

La orden de la Junta del Estado Mayor a la Marina empezaba: «A las 7.00, hora local, emprendan una acción única con todos los medios ... con la meta de asegurar al máximo un grado sumo de destrucción de los objetivos».[10] Se realizaron sesenta y cuatro salidas, que destruyeron algunas embarcaciones norvietnamitas a expensas de dos aviones estadounidenses. Uno de los pilotos, el teniente Everett Alvarez, dijo que, después de años de ficciones, «era casi como un sueño» encontrarse de pronto en una misión de combate. El contacto con la falta de realidad, sin embargo, se convirtió en una pesadilla: pasó los ocho años siguientes en una cárcel norvietnamita.

La respuesta del presidente al Incidente del Golfo de Tonkín puso de manifiesto una cólera de Estado: la frustración porque una ínfima república comunista asiática se atreviera a desafiar a Estados Unidos. Los detalles no le importaban mucho: ya en la mañana del 4 de agosto, Johnson reveló que pretendía aprovechar el «segundo ataque» del que hablaban los interceptores de transmisiones para forzar una resolución del Congreso en apoyo de una escalada. Habría quedado consternado si, aquel mismo día, nuevas constataciones anticlimáticas hubieran pinchado el globo de su indignación cuidadosamente formulada. Sin embargo, habla mal de sus asesores —y en particular, de McNamara— que no acertaran a enmendar la información errónea inicial o a calmar al comandante en jefe. Le permitieron agravar y convertir en drama un enfrentamiento en el mar que, fácilmente y con toda razón, debería haber quedado como un toque trivial.

La única explicación plausible es que el propio secretario de Defensa había perdido la paciencia y deseaba pasar a la ofensiva. Los líderes estadounidenses eligieron aprovechar una escaramuza provocada por sus propios jugueteos en la zona costera para justificar una exhibición de voluntad y capacidad. Algo antes, aquel mismo verano, Washington había enviado un mensaje a Hanói por medio del delegado de Canadá en la CIC, advirtiendo a Pham Van Dong de una «devastación máxima» si los norvietnamitas seguían interfiriendo en el Sur. Tras el Incidente del Golfo de Tonkín, por solicitud de Estados Unidos, el canadiense repitió lo dicho: en el arsenal de donde habían salido las bombas del 5 de agosto había muchas, muchas más. Dong replicó «con gran enojo» que «cuanto más extienda Estados Unidos la guerra, mayor será su derrota final».[11]

Tras el Incidente del Golfo de Tonkín, McNamara contó una mentira destacada ante el Senado: «En cuanto a las acciones survietnamitas [en la misma zona operativa del *Maddox*], si es que las hubo, nuestra Armada no tuvo absolutamente ningún papel en ninguna, no se asoció con ninguna ni tuvo constancia de ninguna». Se planteó al Congreso la Resolución del Golfo de Tonkín, que seguía de cerca el borrador de Bill Bundy. Autorizaba al gobierno «a adoptar todas las medidas necesarias para repeler cualquier ataque armado contra las fuerzas de Estados Unidos e impedir nuevas agresiones». El senador Richard Russell habló en nombre de la mayoría de

sus colegas cuando afirmó: «Está en juego el honor de nuestra nación. No podemos vacilar, a la hora de defenderlo, y no lo vamos a hacer». El senador Eugene McCarthy —que luego interpretó el papel de Bruto en la presidencia de Johnson— dijo: «Se nos propuso: "¿Está de acuerdo en que los barcos estadounidenses se defiendan cuando les ataquen?". Es muy difícil votar en contra de eso».[12] Los demócratas Ernest Gruening y Wayne Morse fueron los únicos que disintieron de la resolución, que se aprobó el 7 de agosto y, en adelante, autorizó la intervención bélica de Estados Unidos en el sudeste asiático.

2. El ascenso de los halcones

A las 13.30-G del 5 de agosto, el comité militar del Partido en Vietnam del Norte se reunió en el cuartel del Estado Mayor general, conocido como la «Corte del Dragón» porque los nueve escalones que llevaban a la entrada estaban flanqueados por dragones de piedra. Se había empezado a analizar los hechos del 2 de agosto cuando se tuvo noticia de los ataques aéreos de Estados Unidos contra la costa. Poco después se supo que se habían derribado dos aviones norteamericanos, luego, que se había apresado a un piloto; hubo tales demostraciones de júbilo que la reunión quedó en suspenso, al igual que las recriminaciones inmediatas por el enfrentamiento del Golfo de Tonkín. Tras aquellos primeros ataques hubo manifestaciones en las calles de Hanói, que fueron (en palabras de un diplomático británico que las presenció) «tan espontáneas como tal acto pueda serlo en un país comunista».[13] El bombardeo estadounidense contribuyó a la unidad de los norvietnamitas más que cualquier propaganda. Un adolescente que contempló desde su poblado cómo los aviones destruían unos tanques de petróleo cercanos experimentó, al principio, simple confusión y terror. Luego «empecé a ver que las vidas de los jóvenes como yo pronto llegarían a un punto de inflexión en el que tendríamos que combatir por la independencia y la libertad de nuestro pueblo».[14] Lejos de sentirse acobardado por las bombas, estas convencieron al chico de que eran víctimas de un terror no provocado; con el tiempo el joven fue oficial de la defensa aérea.

Max Taylor comentó en cierta ocasión que los estadounidenses sabían poco sobre los líderes comunistas y menos aún sobre sus intenciones. El consulado británico en Hanói, que era ante todo la base del Servicio de Inteligencia Secreto (SIS), envió un informe que se reveló muy acertado, afirmando que, tras la primera ronda de bombardeos, los líderes de Vietnam del Norte «no se sentirán intimidados. Tampoco se apartarán de sus objetivos. Reconstruirán las carreteras, sustituirán los puentes por estructuras más simples de bambú y reabastecerán los almacenes ... [Un ataque aéreo] tan solo servirá para reforzar su determinación». El politburó, en efecto, quedó mucho menos preocupado por las bombas que por las expresiones de cólera, en privado, de Moscú o Pekín al respecto del ataque contra el *Maddox*. Ho Chi Minh abandonó el semirretiro para presidir una sesión en la que exigió saber, en tono severo: «¿Quién dio la orden?». Giap instó a abrir un expediente a los responsables, en especial al coronel en jefe Tran Quy Hai. Por su parte, Hai aseveró que antes de autorizar la acción había consultado a un miembro del politburó, que se negó a identificar, aunque todos supusieron que se refería a Le Duan. Aunque Hai recibió una reprimenda oficial, el jefe del Estado Mayor Dung dio poca importancia a los lamentos y recriminaciones: «Incluso si nosotros no les atacamos, ellos nos atacarán. Es su naturaleza, como imperialistas».[15] Un destacado oficial del ENv, que desertó en 1990, confirmó que el asalto del 2 de agosto fue autorizado por Le Duan, que se había mofado de la angustia de Giap, al que calificaba de «tímido como un conejo» por temer un enfrentamiento con los estadounidenses.[16]

Como Estados Unidos había fabricado el choque del 4 de agosto para justificar el bombardeo del Norte, Hanói renunció igualmente a contener a sus fuerzas armadas. Este fue el precio más elevado de los ataques aéreos posteriores al Incidente del Golfo de Tonkín: cuando Washington tradujo a hechos la amenaza de los bombardeos, puso una carta sobre la mesa que perdía buena parte de su valor desde el momento en que abandonaba la mano. Tras una asamblea del comité central del Partido, del 25 al 29 de septiembre, se eligió a Nguyen Chi Thanh como jefe de la OCVnS y se emitió una orden inicial para que la primera formación regular del ejército norvietnamita se preparase para dirigirse hacia el sur. En noviembre se

pusieron en marcha las primeras unidades de la 325.ª división, tras un retraso impuesto en parte por la necesidad de cuadrarlo con Moscú y Pekín, en parte por una escasez de pertrechos.

China, que el 16 de octubre agravó la tensión entre Oriente y Occidente al poner a prueba un arma nuclear, aumentó espectacularmente la entrega de armas. El ENv empezó a recibir fusiles de asalto AK-47, ametralladoras de 7,62 milímetros, morteros de 82 milímetros, lanzagranadas y cañones sin retroceso. Para la defensa nacional del Norte, Pekín suministró treinta y cuatro cazas MiG-17, cuyos pilotos vietnamitas llevaban dos años de instrucción en China; el asesor chino acompañó a la unidad durante las primeras salidas de combate. En Hanói se instalaron antiaéreos en los tejados y se mandó a cavar trincheras a la mitad de la población civil.

Durante la tarde del 5 de octubre, en Pekín, Mao Zedong y Zhou Enlai hablaron de la guerra con una delegación de Hanói. Mao se mostró confiado en que Johnson no tenía deseos de invadir Vietnam del Norte, aunque se oponía a provocar porque sí a Estados Unidos. Pham Van Dong expresó su consentimiento y les dijo a los líderes chinos: «Deberíamos intentar limitar el conflicto a la esfera de una “guerra especial” y derrotar al enemigo dentro de [este] contexto». Sin embargo, también añadió: «Si Estados Unidos se atreve a [enviar tropas], lucharemos y venceremos». Sopesaron posibles negociaciones con la mediación de Naciones Unidas, según había propuesto el secretario general U Thant. Aunque Mao cambió de opinión a los pocos meses, aquella tarde dijo: «Negociar no es una mala idea. Ya habéis establecido una posición de partida [buena]. Otra cosa es que las negociaciones tengan éxito».[17] Le Duan había viajado a Pekín nada más producirse el Incidente del Golfo de Tonkín, para informar a Mao de que pretendía enviar al sur una división regular: ahora el líder chino instó a los norvietnamitas a estudiar con el máximo cuidado el calendario del despliegue, antes de que la formación se pusiera en marcha.

En cuanto a Lyndon Johnson, en los meses posteriores al drama de agosto, su preferencia siguió decantándose por moderar la temperatura en el sudeste asiático hasta el día de las elecciones. Así, no hubo más bombardeos del Norte y el presidente recurrió a la línea directa para aplacar a Moscú. El enfrentamiento del golfo de Tonkín, y la resolución posterior

del Congreso, solo adquirieron especial importancia histórica mucho después, cuando se desvelaron los engaños de la administración. Poco después de los hechos, el historiador y periodista Theodore White podía escribir con respeto en su *The Making of the President 1964*: «La competente respuesta de los aviones estadounidenses a la acometida de las torpederas de Vietnam del Norte ... se realizó con un perfecto equilibrio de coraje y precisión».[18] Las leyes que verdaderamente atrajeron e impresionaron al país fueron otras: el 2 de julio, la promulgación de la Ley de derechos civiles; cuatro días después, la Ley de transporte de masas; por último, las leyes de Pago civil y contra la pobreza; la primera oleada, en suma, del cuerpo legal de la Gran Sociedad. Johnson se enorgullecía, no sin razón, de que durante el segundo tramo del 88.º período legislativo del Congreso se aprobaron cuarenta y cinco grandes propuestas suyas, un resultado muy superior al conseguido por Kennedy.

Vietnam resultó marginal, de cara a las elecciones. Se había pasado a considerar que la agitación era la situación por defecto de la capital survietnamita. Sin embargo, cuando el general Nguyen Khanh se arrogó poderes aún más autoritarios, los estudiantes y los budistas lo desafiaron con manifestaciones callejeras. Khanh empeoró las cosas al prometer que debatiría sus peticiones con Max Taylor, en lo que suponía reconocer su condición de vasallo. El 25 de agosto, se afirma que el general aceptó compartir el poder con otras dos figuras militares conocidas, Khiem y Minh. Pero entonces las tropas abrieron fuego contra una protesta y mataron a seis personas. Saigón cayó de nuevo en el caos, al tiempo que el Vietcong seguía creando dificultades en las zonas rurales. Durante todo el otoño hubo un flujo constante de malas noticias sobre manifestaciones contra el gobierno y actos terroristas del Vietcong.

Los estadounidenses llegaron a la conclusión de que los manifestantes budistas eran instrumentos de los comunistas. El veterano corresponsal británico Gavin Young adoptó un punto de vista más matizado. A su entender, los budistas estaban «convencidos de que el comunismo era bárbaro y maligno, igual que creían que la “americanización” del país era degradante. Aunque fuera extraño ... simplemente deseaban poder librar una guerra más eficaz contra los comunistas, pues creían que los generales que

gobernaban el país con la protección de Estados Unidos eran irremediablemente corruptos e incompetentes ... [Se tenían a sí mismos por] puros nacionalistas vietnamitas, orgullosos de su historia y su cultura. Temían y desconfiaban de las influencias extranjeras, de cualquier clase».[19] No cabe duda de que los budistas eran ingenuos, pero no más que los generales que presidían el país desde Saigón.

Un oficial del ERVn, el teniente Nam, describió la experiencia de su unidad durante una manifestación callejera en la capital: «Un monje de hábito amarillo sostenía en alto una banderita, con los brazos abiertos en V, como un boxeador que sube al ring y saluda al público. Entre los manifestantes varones, la mayoría llevaban sandalias japonesas, pantalones estrechos y los faldones colgando. También había unas pocas niñas que abrazaban una cartera con libros, como si fueran a la escuela. Las más activas y animadas, sin embargo, eran mujeres mayores que vestían pantalones negros y blusas floreadas. Llevaban bastones, y una estuvo un rato lanzando maldiciones; corría hasta una fuente y daba un largo sorbo de agua, y luego volvía y se ponía a gritar otra vez».[20]

Los soldados se mantuvieron a distancia, a diferencia de los antidisturbios, que cargaron contra los manifestantes y dispararon gas lacrimógeno hasta que la calle quedó desierta, llena de zuecos, carteras, sombreros de culi y sandalias. Bajo el sol ardiente, los soldados desplegaron una alambrada como barricada, a lo largo de la calle. En ese momento, escribió el teniente Nam, «un tipo, con la cara afilada como una rata, me señaló con el dedo y me gritó: "¡Eh, hijo de puta! ¿Cuánto te están pagando los estadounidenses? Cuando te mueras no habrá infierno lo bastante caliente para que pagues por tus crímenes" ... Una roca salió volando de entre la multitud y golpeó al cabo Long en el pecho. Gritó dolorido y golpeó con la culata de su fusil en la cara de un niño que brincaba delante de él. Yo lancé una granada de gas CS [lacrimógeno] y la rabia que se me estaba acumulando explotó. Hice girar mi propia culata en el aire, provocando un grito de dolor. Oí cómo la madera rompía huesos. Mi sección se lanzó hacia adelante y se abrió paso entre la multitud en un arranque salvaje de cólera y odio».[21] Cuando sus hombres se retiraron —agradecidos por haber contado con las máscaras antigás—, Nam se sintió

frustrado: él no había respondido a la soberbia llamada de las fuerzas armadas para andar en sórdidas peleas callejeras.[22] Así era como se sentían muchos survietnamitas: confusos y atrapados entre fuerzas rivales malignas. Un asesor estadounidense preguntó a un jefe provincial: «Si contara usted veinte años, no tuviera responsabilidades familiares y no le constara apoyo para el gobierno de Saigón, ¿de qué parte estaría?».[23] El hombre se quedó sentado sin decir palabra, pero al visitante no le quedaron dudas sobre la respuesta.

El 9 de septiembre, en la Casa Blanca, Max Taylor dijo: «Al final tendremos que pasar al Norte, porque no podemos permitirnos perder esta guerra». Johnson replicó que primero, antes de intentar nada en otra parte, el gobierno de Saigón debía ser estable. Los jefes del Estado Mayor deploraron la idea: esto significaba retrasar por más tiempo las decisiones estratégicas. El general Greene, de los marines, denunció que la negativa del presidente a emprender ninguna gran acción antes de las elecciones era una «apuesta muy elevada».[24] En su lugar instó a la administración a dar apoyo a Khanh al cien por cien,[25] declarar la ley marcial, sofocar todas las manifestaciones y disturbios, autorizar al ERVn a atacar la Ruta de Ho Chi Minh en Laos y Camboya con el apoyo aéreo de Estados Unidos, e igualmente atacar Vietnam del Norte «con el objetivo de o bien obligar a [los nor]vietnam[itas] a cesar en su respaldo al Vietcong, o bien establecer una base para negociar y retirar las fuerzas estadounidenses».[26] En septiembre el MACV calculó que durante los tres años anteriores habían muerto sesenta y seis mil VC, pero admitió —incluso ante los que se tragaron la estadística— que media población de Vietnam del Sur estaba pagando impuestos a los comunistas. Ev Bumgardner, jefe de la Agencia de Información de Estados Unidos, le dijo a Frank Scotton que el breve período de Nguyen Khanh como líder del régimen estaba llegando a su fin: «Los estadounidenses están encima de él, como moscas, y su sol se está poniendo». Bumgardner aconsejó a Scotton reunirse con el comandante de la 5.ª división, el general Nguyen Van Thieu, que era el hombre del futuro. Scotton se mostró sorprendido, porque Thieu, sin lugar a dudas, era solo un peso ligero. Bumgardner se rio: «Quizá lo sea, pero eso tal vez le permita flotar hasta lo alto. Ninguno de los otros se siente amenazado por él y,

cuando lo hagan, quizá sea demasiado tarde».[27] Ciertamente, cuando los gobernantes militares volvieron a barajar las cartas, por primera vez el vicemariscal del Aire Nguyen Cao Ky, de treinta y cuatro años, al igual que Thieu, emergieron como agentes de importancia en lo que se dio en llamar «Consejo de las Fuerzas Armadas». El 20 de octubre se anunció un gobierno civil, encabezado por Tran Van Huong; nadie esperaba que sobreviviera mucho, no obstante, y no lo hizo.

Entre tanto, el Vietcong castigaba sin descanso cualquier cosa que perteneciera a los estadounidenses y el gobierno. Comparadas con lo que vino después, las pérdidas sufridas por el ERVn fueron relativamente bajas: en 1963 murieron menos de seis mil hombres, y al año siguiente, no muchos más. Pero los halcones estadounidenses quedaron horrorizados por un ataque espectacular del 31 de octubre contra la zona de servicio de los B-57 en Bien Hoa, en el que perdieron la vida ocho estadounidenses; y la posterior negativa de Washington a responder con otro asalto aéreo contra el Norte. El 1 de noviembre, Earle Wheeler informó oficialmente a McNamara del punto de vista de la Junta de jefes: Estados Unidos debía emprender una ofensiva militar a gran escala o, de lo contrario, retirarse.

Al día siguiente, el secretario de Defensa describió la situación como «de una gravedad tremenda ... crítica». Sin embargo era de la opinión de que atacar el Norte, como recomendaba hacer el Estado Mayor Conjunto, «no aportará ningún cambio de calado en la actitud del Vietcong en Vietnam del Sur». Reafirmó su inquietud ante la posibilidad que los chinos entraran en la guerra, y dijo que el presidente quería actuar, «pero antes de hacerlo quiere estar la hostia de seguro». En su mayoría, los estadounidenses que acudieron a votar al día siguiente creían que al optar por Lyndon Johnson, y no por Barry Goldwater, votaban por alejarse de una escalada bélica: el candidato demócrata recibió vítores entusiastas cuando dijo ante las masas que «no enviaría a los jóvenes de Estados Unidos a librar una guerra que correspondía a los jóvenes asiáticos librarla por sí mismos».

El 3 de noviembre, las elecciones quedaron atrás. Johnson obtuvo una victoria aplastante, con la mayoría más clara en la historia de Estados Unidos. Este mandato colosal ofrecía la que probablemente fue la última —

y mejor— posibilidad de ordenar la retirada de Vietnam. No obstante, durante varias semanas, en el seno de la administración se había dado por sentado que al triunfo político nacional seguiría una escalada. Solo una rendición efectiva de Vietnam del Norte podría haber impedido el envío de tropas estadounidenses. McGeorge Bundy, Robert McNamara y los demás contaban con que si el enemigo seguía sin ceder, era imperativo replicar con un incremento apropiado de la fuerza.

La determinación de Johnson de ayudar al pueblo de Vietnam del Sur a pesar de ellos mismos se vio consolidada por el ascenso en la intención de voto que, según las encuestas de Louis Harris, provocaron los ataques aéreos de agosto. Los estadounidenses respondieron positivamente a lo que entendían era una exhibición de resolución, atrevimiento y fortaleza. El presidente manejó el Congreso con la pericia acostumbrada. Aunque los árbitros principales de la política exterior —los senadores William Fulbright, Mike Mansfield y Richard Russell— se mostraban escépticos, en privado, con la política del gobierno para Vietnam, Johnson les convenció de que no expusieran las dudas hasta que las grandes decisiones fueran historia. No deja de ser un aspecto extraordinario de la guerra que el pueblo estadounidense y su asamblea legislativa accedieran, sin apenas disensiones, a una vasta operación militar en un país remoto sin tener en cuenta que el resto del mundo, incluidas Gran Bretaña, Francia, Japón y Canadá —casi todas las democracias desarrolladas, salvo Australia—, consideraba que el rumbo estadounidense era de una temeridad extrema.

Desde el interior, quien se opuso con más claridad a la escalada, en 1964-1965, fue George Ball, subsecretario de Rusk. Expresó su punto de vista en un memorándum de sesenta y siete páginas, del 5 de octubre de 1964, que el presidente no leyó hasta pasados cinco meses. Ello se debía a que el documento provocó la repugnancia de McNamara, su destinatario inicial (en palabras de Ball, «como una serpiente venenosa ... casi un acto de traición»).[28] El subsecretario planteaba que la retirada no solo no debilitaría el prestigio de Estados Unidos, sino que lo reforzaría, dado que todos sus aliados se oponían a la guerra. En vez de discutir sin descanso sobre las alternativas de intervención militar, Ball instaba a destinar la misma energía a encontrar una salida política. Le parecía grotesco que «lo

que caritativamente hemos denominado “gobierno de Saigón” se estaba derrumbando, pero como forma de terapia política había que bombardear el Norte». Citó un simulacro bélico del Pentágono, el Sigma II, de 1962, que concluyó considerando improbable que el Norte cediera ante un ataque aéreo, y más adelante desdeñó los bombardeos como «un ejercicio analgésico con el que mis colegas evitaban enfrentarse a la difícil decisión de retirarse». Desde este momento, Ball se convirtió en la voz autorizada de la disensión gubernamental, y fue objeto de audiencias respetuosas, incluso por parte del propio presidente... sin que nada cambiara.

¿Por qué hubo tan poco debate? A los estadounidenses nunca les han impresionado las perspectivas de los intelectuales de la costa este, o de los extranjeros. En 1964-1965, el conservadurismo del sector medio del país todavía se manifestaba en una disposición a confiar en los líderes nacionales, a creer en la palabra de los presidentes, incluso si eran de un color político distinto al propio. El patriotismo ayudó a reavivar la polémica cuando los jóvenes estadounidenses ya estaban muriendo. Aunque el *New York Times* y el *Washington Post* habían criticado la intervención, relativamente pocos estadounidenses se informaban a través de la prensa liberal. La razón principal de la pasividad pública, en cualquier caso, era sin duda que no se oían los cañones; en el propio continente no caían los proyectiles ni las bombas. Muchos vietnamitas consideraban sus aprietos con tono de urgencia, incluso de desesperación, porque cada día pagaban un precio sangriento. Los estadounidenses, no. Nada concentra la mente —no siempre racionalmente, pero sí poderosamente— tanto como el espectáculo de la muerte y la destrucción en las propias calles y campos. El gobierno de Johnson, en cambio, podía tomar sus decisiones con la confianza de que, fueran cuales fuesen las consecuencias para el sudeste asiático, la zona continental de Estados Unidos no sufriría ningún daño material. En 1964-1965 solo parecían estar en juego sumas de dinero relativamente menores, junto con los egos del presidente y quienes lo rodeaban, que se envolvieron tan habilidosamente en la bandera que, en aquella temporada, la reputación personal parecía inseparable del prestigio global de la nación. Si los escombros de las calles de Saigón, las lágrimas de los campesinos en los arrozales del delta del Mekong, hubieran entorpecido la Pennsylvania

Avenue o caído sobre los campos de tabaco de Carolina del Norte, quizá los estadounidenses se habrían manifestado con el mismo vigor que los budistas de Vietnam. Tras la gran victoria electoral de Lyndon Johnson, los acontecimientos podrían haber adoptado un curso muy distinto.

El presidente eligió cerrarse posibilidades, al decidir que el único resultado aceptable era una victoria militar que los propios survietnamitas, llamativamente, no contaban entre sus prioridades. El 21 de noviembre, William Bundy entregó un documento donde proponía distintos grados de escalada militar. Diez días después, Johnson autorizó la operación secreta *Barrel Roll*: el bombardeo de la Ruta de Ho Chi Minh en el interior de Laos, un Estado neutral. Se consideraba que la apuesta, desde el punto de vista político, era segura por estar a salvo de miradas curiosas; en efecto, no se filtró hasta Navidad. El presidente preguntó expresamente a Taylor, en Saigón, si deseaba contar con tropas terrestres estadounidenses, y probablemente se habría sentido decepcionado si el embajador hubiese seguido oponiéndose a un despliegue.

El 1 de diciembre de 1964, aunque el mundo suponía que las decisiones de calado sobre Vietnam se tomarían en el futuro, en la administración estadounidense solo se debatía sobre si se lanzaría una gran campaña aérea contra el Norte, se enviarían tropas de tierra, o ambas cosas. El presidente estaba convencido de que el único rumbo valeroso, el único rumbo honorable, el único rumbo que le valdría la distinción de «Hombre del Año» en la revista *Time* era luchar hasta el final, sin tomar apenas en consideración los costes. David Halberstam describió a Johnson como «el hombre elemental, un hombre de ambición sin tregua ni límites, un político de un carácter que no volveremos a encontrar en este país ... son asombrosas su fuerza, su dinamismo y su inteligencia, y no menos asombrosa es su inseguridad».[29]

A partir de diciembre, el Vietcong lanzó una serie de ataques devastadores en las inmediaciones de Saigón, y en un plazo de quince días cometió asimismo casi un millar de actos terroristas de menor intensidad. En una reunión del Estado Mayor estadounidense, a la que asistió Westmoreland, un general preguntó, exasperado: «¿Por qué los norvietnamitas parecen ser tan disciplinados, y los survietnamitas, en

cambio, parecen una chusma incapaz de toda disciplina?».[30] El jefe del MACV dijo que el FLN contaba con un liderazgo muy potente. ¿Qué hacer con las trifulcas constantes de los generales? A juicio de Westmoreland, «los vietnamitas —al menos en Saigón— están cada vez más convencidos de que pueden contar con que el [ejército de Estados Unidos] se ocupará de los rojos, mientras ellos se concentran en la competencia por el poder político».[31] El subjefe del Estado Mayor del ejército de Tierra dijo con desdén, una vez concluida la reunión: «Si sumamos todo lo que *Westy* ha dicho hasta la fecha, se resume en: *uno*, el MACV lo está haciendo genial; *dos*, él no es optimista, pero tampoco pesimista; *tres*, no se atrevería a dar recomendaciones; *cuatro*, es un político joven y pagado de sí mismo, pero no tan listo como se cree».[32]

A principios de diciembre, el presidente dio instrucciones al Departamento de Estado para que empezara a exigir a los aliados de Estados Unidos que participaran en la guerra, y con ello no se refería tan solo a «un capellán y una enfermera». Cuando William Bundy se entrevistó con los embajadores de Australia y Nueva Zelanda, este último expresó la cautela de su gobierno. El día 7, en un encuentro con el nuevo primer ministro británico, del partido laborista, Johnson solicitó el respaldo de Harold Wilson, con la idea de que «unos pocos soldados con uniformes británicos ... tendrían un gran efecto psicológico y una gran relevancia política».[33] Nos encontramos aquí con un tema recurrente de las relaciones anglo-estadounidenses: las fuerzas armadas norteamericanas eran perfectamente capaces de llevar a cabo los fines que se les encargara, sin ayuda de los abanderados de la Unión; pero Londres podía proporcionar una valiosa cobertura política. En cierta ocasión, McNamara —que no era un hombre aficionado a bromear— afirmó que estaba dispuesto a pagar mil millones de dólares por una brigada británica.[34] En Washington, Wilson eludió temporalmente a Johnson, alegando que en Asia los soldados de la reina ya estaban muy ocupados respondiendo a la agresión indonesia contra Borneo y Malasia. No se le comunicó que Estados Unidos planeaba incrementar la presencia militar, porque era evidente que el gobierno

británico no quería participar. En declaraciones a un periodista británico, Dean Rusk se mostró enojado: «Cuando los rusos invadan Sussex, no esperen que vengamos a ayudarles».[35]

El 20 de diciembre, mientras los budistas proseguían con las manifestaciones, se produjo un nuevo golpe de Estado en Saigón: una reorganización del Consejo de las Fuerzas Armadas, dirigido ahora por Khanh, Thieu y Ky. Esto derivó en un enfrentamiento a gritos entre Maxwell Taylor y los generales, que fueron convocados a la embajada, donde se los arengó: su politiqueo imprudente estaba causando mucho daño al esfuerzo militar. Taylor empezó diciendo: «A ver, ¿entienden todos el inglés?», y añadió: «Porque ahora han armado una buena. No les podremos sostener para siempre, si hacen cosas así». Los insultos de Taylor asquearon a los vietnamitas. Ky escribió, más adelante: «Los Jóvenes Turcos éramos muy conscientes de que el ejército era la única institución capaz de liderar el país. La dificultad radicaba en hacerlo frente a una presión constante de Estados Unidos por instalar en el poder a gobernantes civiles».[36]

Tras la sucesión de golpes de Estado, las conversaciones de Saigón se llenaron de rumores sobre conspiraciones de la CIA; algunos de ellos, fundamentados. Un joven oficial escribió: «Con todos mis años de servicio en el ERVn, los hechos de finales de 1964 me hicieron perder la esperanza por completo».[37] Las sintonías marciales que sonaban en la radio de Saigón durante los intentos golpistas dieron origen a chistes. Cuando un soldado solicitó unas horas de permiso para visitar a su familia, el comandante de la sección le preguntó cómo sabría si lo necesitaban otra vez; y el joven replicó divertido: «Sin problema, teniente»; cuando en la radio sonara «música golpista», sabría que era el momento de acudir al cuartel.[38] Incluso algunos survietnamitas anticomunistas habían llegado a contemplar Saigón como el núcleo de todo lo que odiaban sobre el cinismo y la vileza de su propia sociedad. Un mes en la capital —escribió un oficial de las fuerzas aerotransportadas— «bastaba para destruir la propia alma, para ver cómo nos traicionaba una engañosa retaguardia levantada sobre la sangre y el llanto de los soldados ... Sueño con una gran inundación que barrerá ... la suciedad con la que nuestra capital ha untado el rostro trágico de nuestra tierra natal».[39]

Durante diciembre hubo asaltos coordinados del Vietcong, que culminaron en un ataque contra el hotel Brink, en Saigón, el día de Nochebuena, que costó la vida a dos estadounidenses y causó heridas a otros cincuenta y ocho. La explosión del Brink se produjo cuando el embajador Taylor dejaba a Bob Hope en otro hotel, a pocas manzanas de distancia; la estrella había llegado poco antes, para realizar su espectáculo navideño anual. «Es la recepción más fogosa que me hayan ofrecido nunca», bromeó Hope, pero las figuras estadounidenses se encolerizaron. Taylor, al igual que McGeorge Bundy, abogó por tomar represalias con otro ataque aéreo contra el Norte. El presidente puso reparos, pero pocos días después hubo otra conmoción, cuando los comunistas asaltaron una aldea situada al sudeste de Saigón, donde, una década antes, un millar de católicos norvietnamitas habían buscado refugio. El 28 de diciembre, dos regimientos del Vietcong vapulearon a unidades del ERVn y luego abatieron cuatro helicópteros estadounidenses. El 31, en una emboscada, causaron un 60 % de bajas a un batallón de la infantería de Marina vietnamita y mataron a la mayoría de sus oficiales. En el transcurso de unos pocos días, trescientos survietnamitas habían perdido la vida.

En Año Nuevo de 1965, Lyndon Johnson todavía afirmaba no tener claro qué camino seguir. En Saigón, el caos político se había convertido en la norma. En Vietnam había unos veintiséis mil estadounidenses, en su mayoría asesores. Si debían incorporarse más hombres, Johnson era partidario de enviar fuerzas especiales al estilo de los *rangers*. Los halcones comprendieron con claridad una conclusión que escapaba a algunas palomas: optar por soluciones políticas —convertir al país en neutral, una nueva conferencia de Ginebra, negociaciones bilaterales con Hanói— significaba consentir con un rumbo que solo podía culminar con un Vietnam unificado comunista. En el Sur ninguna fuerza política ni militar poseía la voluntad —los medios eran lo de menos— necesaria para resistir por mucho tiempo a los hombres de hierro que gobernaban el Norte. Como tal resultado era inaceptable para Robert McNamara, McGeorge Bundy y, antes que nada, el presidente, no había vuelta atrás: la guerra de Estados Unidos en Vietnam se intensificaría radicalmente.

10

«Estamos confusos sobre cómo proceder»

1. Bajar por la ruta

Los líderes comunistas de Vietnam, que calculaban tener la victoria en la mano, entraron en 1965 extraordinariamente emocionados. Le Duan escribió al jefe de la OCVnS, Nguyen Chi Thanh: «Es el momento de aprovechar la oportunidad». El secretario del Partido en Hanói contemplaba levantamientos populares en las ciudades y poblaciones medianas del Sur. Nguyen An, oficial del ENv, recurrió a una retórica exuberante: «Una marea alta de insurrección inunda las montañas y los campos de las tierras bajas».[1] An había dirigido el regimiento del Vietminh que asaltó Eliane 2 en Dienbienphu, en 1954.[2] Diez años después, este veterano ya canoso asumió el mando de la 325.ª división, seleccionada como primera formación del ENv que marcharía hacia el sur. Estaba aquejado de hemorroides sangrantes —esa penosa y humillante dolencia que aflige a menudo a los militares— y solicitó a la Corte del Dragón que le dieran una semana para tratarlas. Al final le concedieron una prórroga mayor: el despliegue se pospuso hasta noviembre «por los requisitos de nuestra lucha en el frente diplomático».[3]

Se informó a An de que el arroz para sus hombres estaba almacenado en depósitos a lo largo de la Ruta de Ho Chi Minh. Un oficial de logística del ejército de Tierra añadió, para animarlo: «Lleva mucho tiempo allí y tiene gusanos, pero aún se puede comer». El general pasó los dos meses siguientes en el cuartel general de su división (un edificio de bambú con techo de paja, en Dong Hoi) esforzándose, pese al intenso calor, por reunir el equipo suficiente para pertrechar a sus tropas. A cada hombre se le entregaba una mochila «de rana», una hamaca, dos uniformes caquis y algo de moneda saigonesa. Pero no había jerséis, y con el helor nocturno «la escasez de [ropa de abrigo] afectó negativamente la salud y la moral de las

tropas durante nuestra larga marcha»; el eufemismo se tradujo en que el camino hacia el campo de batalla fue una tortura, los hombres temblaban de frío y casi se murieron de hambre.

A principios de noviembre, An capitaneó el avance hacia el sur de un grupo de un centenar de soldados. Al principio les pareció que el arroz putrefacto depositado en los almacenes de paso apestaba, «pero no sabía demasiado mal». El trayecto fue una epopeya, no obstante, y no dejó de serlo hasta muchos años después, cuando los camiones norvietnamitas aligeraron parte de la carga. Un día vadeaban un río, luego seguían una senda por la orilla hacia el pie de las «Mil y Una Montañas», la primera cordillera elevada que atravesaban de este a oeste. Los zapadores habían tallado escalones y colgado apoyos, pero An se quejaba de que «las cuerdas y ramas que teníamos que agarrar se habían desgastado y resbalaban, por el paso anterior de muchas manos ... Yo podía sentir el peso de cada mosca que se posaba sobre mi mochila». En algunos lugares, la vereda era tan estrecha que los escaladores debían ascender en fila india. Años más tarde, cuando Bao Ninh, hijo de un lector universitario, soportó su propia agonía en la Ruta, contemplaba con envidia la fortaleza de sus camaradas campesinos, claramente mayor que la propia, y se sintió agradecido cuando, a veces, le descargaban un poco la mochila.[4]

A medida que An y su grupo avanzaban, las raciones se iban reduciendo. Cada hombre empezó con dos lecheras diarias de arroz estropeado, que luego se redujeron a una, mezclada con mandioca enmohecida y apestosa y acompañada con una pizca de sal. En sus sueños comenzaron a ver carne, espinacas hervidas con salsa de pescado, limonada. Los cocineros agitaban la cabeza, desesperados, cuando intentaban lavar el arroz viejo en los arroyos y contemplaban cómo se convertía en polvo y se quedaban tan solo con gusanos. Al final los hombres recibían unas gachas espesadas con los vegetales silvestres que recogían en la selva. An estaba enojado con Hanói, que a su entender podía haber evitado que su formación sufriera tales privaciones antes incluso de haber empezado a combatir: «Al mirar las caras pálidas y macilentas de mis hombres y oficiales, me preocupé tanto que me senté a escribir una carta ... para que el alto mando pudiera tener noticia de nuestras vivencias». Tras muchas penalidades,

llegaron a una base intermedia situada poco antes de la Meseta Central survietnamita, dirigida por un coronel que había asistido al mismo curso de ruso que él. Su anfitrión sacó para cenar una sopa agria de pescado, que hizo a An exclamar entusiasmado: «He asistido a muchos banquetes desde entonces, ¡pero ninguno tan bueno!».

Llegaron a la provincia de Kontum en diciembre. An y su Estado Mayor se dirigieron a un local que había frente al cuartel general, donde hallaron comida abundante y tuvieron tiempo para descansar mientras esperaban al grueso de la división. Había tres recipientes de arroz al día; brotes de bambú y patatas, cogidas en la selva; de vez en cuando, los soldados traían pescado. Llegaron órdenes de Hanói: dos de los regimientos de la 325.ª división debían continuar más al sur, mientras An se quedaría en las Tierras Altas con el tercero, como subcomandante del frente. Allí dirigió una serie de ataques para que sus hombres «olieran la presa» antes de iniciar su primera gran operación, contra una capital de distrito. El plan aprovechaba tácticas habituales entre los comunistas: rodearon y bombardearon el objetivo, tras haber tendido una emboscada a una fuerza de socorro del ERVn que se aproximaba desde Tan Canh. Tras un brutal tiroteo nocturno, de varias horas de duración, aún no había signos de movimiento desde Tan Canh; aun así, An ordenó que sus zapadores se adelantaran. «[Su comandante] respondió al teléfono de campaña con voz nerviosa y tono de urgencia: “¡Señor! ¡Luang, el comandante de la compañía; Mo, el oficial ejecutivo y todos los demás oficiales de la 9.ª compañía han muerto!”.» An contestó: «¡Cállese y ataque!». Era esencial que los zapadores avanzaran, para aliviar la presión sobre otros elementos del regimiento, que estaban sufriendo un bombardeo potente. Al amanecer, los atacantes estaban exultantes porque habían tomado el primer cuartel general de un distrito del sur que caía en manos comunistas.

Durante los tres días y noches siguientes, con hambre e impaciencia, esperaron emboscados a la fuerza de socorro del ERVn. Al final los survietnamitas complacieron al coronel de Hanói al tomar la carretera por la ruta más directa hacia sus posiciones, donde fueron apaleados. Luego, la

325.ª tomó una serie de poblados estratégicos sin disparar una sola bala, y también ocupó por breve tiempo Dak To. An celebró el éxito con una fiesta cuya pieza central era un tigre abatido por dos jóvenes soldados a los que el animal había dado el susto de sus vidas: «Era delicioso», escribió el coronel, cuyas memorias contienen muchas notas gastronómicas. Cuando Saigón empezó a responder a la presencia del ENv, se replegaron en la selva. En aquellas primeras batallas el botín principal fueron dos obuses de 105 milímetros que desmontaron y trasladaron selva a través hasta refugios camboyanos.

Durante las primeras semanas de 1965, el Vietcong intensificó los ataques por todo Vietnam del Sur. Por un tiempo, Le Duan depositó sus esperanzas en la posibilidad de un golpe de Estado político planeado por un agente comunista «durmiente», el coronel del ejército survietnamita Pham Ngoc Thao. Cuando un importante cuadro del Norte que había bajado por la Ruta llegó al cuartel general de la OCVnS, el personal, con entusiasmo, le dijo que mejor que se apresurara, «porque si nuestros hombres no bajaban con especial rapidez llegaríamos demasiado tarde», ya que el régimen de Saigón se habría derrumbado. Se acuñaron nuevas monedas comunistas, que se enviaron a Vietnam del Sur en cajas etiquetadas como «65 bienes».

Aunque el golpe de Pham Ngoc Thao fracasó —el coronel se dio a la fuga y murió asesinado en circunstancias misteriosas—, el terrorismo se agravó mucho. En la Meseta Central, por ejemplo, dos trabajadores que rociaban DDT contra la malaria fueron apresados y juzgados ante un «tribunal popular». Condenados por «espiar para los estadounidenses y un gobierno de marionetas», fueron ejecutados a machetazos. Dos enfermeros que formaban parte de un programa de vacunación contra el cólera —uno de ellos, una mujer embarazada— fueron capturados y condenados por «actuar en nombre de los imperialistas estadounidenses y como instrumento de propaganda».[5] A la mujer se le perdonó la vida, al hombre lo mataron a hachazos ante los ojos de ella. Las familias de los miembros de las fuerzas armadas y los ejércitos populares también sufrieron: el Vietcong secuestró a la esposa y el hijo de un sargento especialmente enérgico de las Fuerzas

Regionales; cuando este se negó a desertar, al niño le cortaron la garganta. En esta guerra sin compasión, la tortura y los asesinatos arbitrarios se convirtieron en actos habituales. Un oficial del Sur escribió: «La situación era demasiado complicada. Los vietnamitas no la podían entender, los extranjeros, menos aún».[6] La joven campesina Phung Thi Le Ly fue violada, apaleada y explotada por los dos bandos, y cayó en la marginación; para mantener a su bebé, reunía una miseria vendiendo a los estadounidenses lo que podía reunir —y a sí misma—. Mucho después escribió, en una obra dirigida a lectores extranjeros: «No se hacen una idea de lo difícil que es sobrevivir».[7]

La disciplina tradicional de las familias padeció hasta el extremo. Una mujer del FLN era la hija única de un padre achacoso y viudo. Le resultaba muy dificultoso cumplir con su deber filial a la que vez que trabajaba como cuadro comunista. «Era muy peligroso para mi vida y mi virginidad.»[8] Por la noche, cuando por fin estaban solos en la cabaña, el anciano le suplicaba: «Eres mi hija. Como has dejado la casa y abandonado las tareas domésticas, [el grueso] de nuestra tierra está sin cultivar y las malas hierbas crecen por todas partes. ¿De dónde podemos sacar algo que llevarnos a la boca? Muchas personas pueden trabajar para la revolución sin salario, pero yo no puedo encontrar sustituto para ti ... Al menos deberías apiadarte y cocinar para mí ... Si una bomba o un proyectil te matan, tendré que sepultarte. [Pero] según la ley divina de nuestros ancestros, es a los hijos a quienes les corresponde enterrar a sus padres».

A medida que la guerra se tornaba más sangrienta, el FLN encontraba que la promesa de la redistribución de tierras era menos eficaz, como arma de propaganda; los campesinos tenían bastante con la batalla diaria por la supervivencia. En la mayor parte de las zonas rurales de Vietnam, el 95% del tiempo, no se veían tropas, ni del gobierno ni de las guerrillas. Pese a todo, en palabras de David Elliott, «el problema era ese otro 5 %».[9] La vida campesina —por mucho hincapié que se haga en ello, no será exagerado— resultaba embrutecedora y extenuante, y esto contribuye en buena medida a explicar por qué numerosos jóvenes optaron por la guerrilla o la emigración urbana. Cuando una amiga de Phung Thi Le Ly volvió al poblado después de trabajar durante un tiempo como camarera —y contaba toda clase de

historias sobre maquillaje, peinados de colmena y váteres con cisterna—, Le Ly pensó que «Saigón ... sonaba como el cielo».[10] Una campesina pobre de My Tho, de dieciséis años, que visitó la capital para alojarse con su hermano, que era policía, se emocionó al descubrir que podía ganar veinticinco mil piastras al mes lavando platos. Ciertamente, bregaba hasta las nueve de la noche, sin fines de semana, pero «me parecía divertido».[11] Todo el mundo usaba zapatos o sandalias, en lugar de caminar descalzo. Una prostituta corriente ganaba mucho más de veinticinco mil piastras, según descubrieron muchas chicas, a expensas del ostracismo con que las recibían en sus poblados de origen, si en algún momento regresaban a ellos.

En 1964, la Corporación RAND había lanzado lo que se convirtió en uno de sus proyectos más importantes, el estudio sobre *Moral y motivación en el Vietcong*. El MACV no tenía mucho interés en tal investigación, y delegó la representación en un simple teniente del ejército de Tierra, David Morrell, que sin embargo se entregó a fondo en la cuestión. Más adelante afirmó: «Estudiábamos un fenómeno sorprendente: ¿por qué [el enemigo] seguía batallando tan increíblemente? ... ¿A qué se debía esto, y por qué renunciaban a las cosas buenas que les ofrecíamos ... y en cambio se iban a respirar bajo los juncos, a vivir en los túneles de Cu Chi?».[12]

Morrell se asombró de que Estados Unidos emprendiera aquel estudio importante sin informar o consultar al Estado Mayor general de Vietnam del Sur. Después de que los investigadores vietnamitas del joven de la RAND interrogaran a lugareños, en diciembre de 1964, el equipo de campo presentó sus primeras conclusiones a Westmoreland, alegando que debían considerar al Vietcong como un enemigo mucho más comprometido de lo que se pensaba. El general quiso saber: «¿Creen en Dios?».[13] Los entrevistadores lo desconocían. En cambio no tenían dudas sobre las torturas, un tema que sacó los colores al embajador Taylor cuando se lo comentaron durante una sesión informativa a la que este también asistió.

Las fuerzas armadas no se mostraron impresionadas por el informe de la RAND, que daba a entender que el enemigo estaba en una posición estratégica considerablemente mejor que los gobernantes de Vietnam del Sur; siguieron confundidos por el hecho de que los campesinos vietnamitas no comprendieran que sus intereses materiales exigían, sin lugar a dudas,

asociarse con Estados Unidos. En enero de 1965, *Moral y motivación* se presentó en Washington. Harry Rowen, de la RAND, le dijo a John McNaughton, asistente del secretario de Defensa: «John, creo que nos hemos alineado con el bando erróneo: el bando que va a perder la guerra».[14] Daniel Ellsberg, auxiliar de McNaughton, quedó sobrecogido porque la RAND describía al enemigo que a la sazón controlaba la mitad de la zona rural de Vietnam y una cuarta parte de su población como «soldados entregados, cohesionados y dedicados, que se veían a sí mismos como patriotas, en particular en el contexto de un Vietnam del Sur corrupto y un ejército en descomposición». McNaughton respondió a este retrato de los comunistas afirmando: «Parecen monjes». Pero no transmitió la conversación a su jefe, McNamara, porque sabía que el tema estaba más que zanjado. La administración ya había resuelto obtener una victoria en Vietnam por medios militares.

Truong Nhu Tang, cuadro destacado del FLN, puso voz a la confusión que sentían él mismo y otros como él: «La irresponsabilidad e incompetencia ilimitadas de los generales de [Saigón] habían provocado apatía y disgusto entre la gente, a todos los niveles. Vietnam del Sur era una sociedad sin líderes ni dirección, elementos esenciales que los estadounidenses no podían ofrecer. No podían imponer el orden sobre el caos. Y sin un gobierno que gozara al menos de un mínimo de legitimidad y efectividad, ¿cómo se iba a atrever Estados Unidos a poner en juego a sus soldados y su importantísimo prestigio?».[15]

2. Envío al entierro

En enero de 1965, el general de división William DePuy escribió a su hijo, en Estados Unidos, desde el MACV: «Me preguntas quién tiene el poder en Saigón. El hecho es que no hay nadie en el poder y esto explica buena parte de los problemas que tenemos».[16] El embajador Taylor también envió una valoración pesimista, afirmando que Estados Unidos debía o bombardear el Norte o enviar a sus propias tropas; él prefería la primera posibilidad, sin lugar a dudas, y seguía mirando la segunda con reticencia. El día 21, en Washington, el presidente invitó a figuras clave del Congreso a escuchar, de

boca del secretario de Defensa, un análisis sobre la guerra caracterizado por un optimismo eufórico y un grado casi nulo de realismo. McNamara aseguró que las operaciones encubiertas contra Vietnam del Norte estaban funcionando bien, al igual que el bombardeo de las rutas de infiltración de los comunistas a través de Laos. El ERVn era cada vez más efectivo. Cuando McNamara declaró que hasta la fecha solo habían perdido la vida 254 estadounidenses, calló el hecho de que la mitad de ese total había fallecido durante el último año. Johnson no dijo nada sobre la firme decisión personal de retomar el bombardeo y afirmó que no veía necesario enviar tropas estadounidenses. Una vez más, jugó la carta del patriotismo y solicitó el apoyo de los dos partidos: «En Vietnam no hay demócratas ni republicanos».

Menos de una semana después, sin embargo, el 27 de enero, tras otra oleada de manifestaciones budistas en Saigón y el saqueo de la biblioteca del Servicio de Información de Estados Unidos en Hue,* el Consejo de las Fuerzas Armadas destituyó al gobierno de Huong y devolvió el poder a Khanh. Taylor consideró, en un cable, que el general parecía haberse aliado con el instituto budista, que ostentaba «una posición dominante de influencia y poder ... El aspecto más siniestro es ... que la victoria budista quizá sea un paso importante hacia la formación de un gobierno que, con el tiempo, llevará al país a negociaciones con Hanói y el Frente de Liberación Nacional». En otras palabras: los survietnamitas quizá se estaban preparando para abandonar una guerra que los estadounidenses querían obligarles a continuar.

Aquel día, McGeorge Bundy envió al presidente un memorándum que proclamaba que los comunistas «perciben que el enorme poder de Estados Unidos está retenido y apenas les parece que la política estadounidense sea firme o activa. Creen que no estamos dispuestos a asumir riesgos de verdad». Robert McNamara decidió encomendarse al documento de Bundy, con lo que el secretario de Defensa confirmó que había pasado a ser un defensor expreso de la escalada bélica. Aquellos dos hombres poderosos estaban cansados de estrategias prudentes, cutres incluso. El presidente también lo estaba. Respondió: «Actuaremos con firmeza. Khanh es nuestro chico» y ordenó que Bundy se trasladara a Saigón para formular

recomendaciones. Como el asesor de seguridad nacional era uno de los halcones más notables, estaba claro de qué carácter serían esas recomendaciones.

Bundy encontró un Saigón enfebrecido, lleno de manifestaciones y rumores, estos ante todo sobre un próximo golpe nacionalista que expulsaría a los estadounidenses. Al principio, el general Khanh se negó a reunirse con el emisario presidencial, al parecer porque temía molestar a los budistas. La noticia de este desdén causó en Johnson un arranque de cólera contra el líder vietnamita al que acababa de respaldar hacía tan solo unos días. Los estadounidenses empezaron una búsqueda tan frenética como grotesca de un sustituto que llegaría al poder mediante otro golpe de Estado.

La inquietud de los estadounidenses no menguó con la presencia en Hanói del primer ministro soviético Alekséi Kosyguin. Washington no tenía ni idea de que, en privado, este distinguido huésped se esforzaba por frenar la escalada de Le Duan. Moscú se sentía obligado a proporcionarle sistemas antiaéreos, tanto armas como misiles tierra-aire, si quería seguir ostentando la condición de guía reconocido del bando socialista mundial. No obstante, igual que los chinos no tenían intención de enviar tropas terrestres que lucharan en Vietnam del Sur, los rusos también estaban desesperados por no implicarse más. La Casa Blanca, el Departamento de Estado y la CIA no lograron entender que, pese a la estentórea retórica liberacionista de Moscú y Pekín, Vietnam del Norte no era un arma guiada por ninguno de los dos.

Entre tanto, la visita de Bundy al Sur culminó con una letal exhibición de fuegos artificiales que, sin apenas lugar a dudas, no contaron con la autorización ni el estímulo de Hanói. En la noche del 7 de febrero, el Vietcong escenificó un ataque excepcional contra Campo Holloway, una base de las fuerzas especiales estadounidenses en Pleiku, en la Meseta Central. Ocho norteamericanos perdieron la vida y 108 cayeron heridos; cinco helicópteros quedaron destruidos y una docena, dañados. A esta hazaña, obra de una única compañía de zapadores, le siguió otro ataque destructivo, tres días después. Desde Saigón Bundy interpretó la incursión de Pleiku casi como una afrenta personal. Envió a Washington un cable que exigía una respuesta radical: «La mejor forma disponible de incrementar nuestras posibilidades de éxito es elaborar y ejecutar una política de

represalia sostenida contra Vietnam del Norte». En Washington, el Consejo de Seguridad Nacional aprobó retomar el bombardeo, con el apoyo no poco inesperado de George Ball; solo se oyó la disensión del senador Mike Mansfield. A las pocas horas, 132 aparatos estadounidenses, más veintidós survietnamitas, atacaron Vietnam del Norte.

En el Pentágono, McNamara solicitó un estudio sobre nuevas contingencias, incluida la posible petición de bombardear sistemas del interior de China: «De lo que se trata es de cómo responderemos a un ataque terrestre a gran escalada de los chinos y norvietnamitas». Propuso usar napalm para destruir los antiaéreos, una idea que Dean Rusk rechazó por motivos políticos. Earle Wheeler bromeó: «El secretario de Defensa suena como el general LeMay. ¡Ya solo le falta el puro!».[17] Al gobierno survietnamita no se le consultó. Hanói recibió con pánico —algo que no era habitual— la eventualidad de que Estados Unidos invadiera el Norte.

Columnistas como Arthur Krock y James Reston se mostraron escépticos por igual ante la afirmación gubernamental de que los nuevos ataques aéreos representaban una represalia espontánea por los hechos de Pleiku; comentaron que en el golfo de Tonkín se había estacionado a tres portaaviones estadounidenses, en lugar del único habitual, con el fin evidente de acometer en cuanto se presentara un pretexto plausible. Reston escribió en el *New York Times*: «Ha llegado el momento de llamar pan al puto pan. Este país está en guerra, una guerra no declarada ni explicada ... Nuestros señores le han puesto muchos nombres largos y fantasiosos como *escalation* y *retaliation* [«escalada», «represalia»], pero la llamen como la llamen es una guerra».[18]

En Saigón, Bundy veía un gobierno local débil que batallaba sin éxito contra una ola de sentimiento antiestadounidense. Le dijo a la Casa Blanca: «La situación en Vietnam se está deteriorando y, si no hacemos algo distinto, la derrota parece inevitable ... La energía y persistencia del Vietcong es inaudita ... Todavía hay tiempo para invertir la situación, pero no mucho ... Lo que está en juego ... es extraordinario ... Hoy, toda retirada negociada de Estados Unidos equivaldría a una rendición a plazos». En los primeros seis meses de 1965, el ERVn perdió (por fallecimiento, heridas o deserción) el equivalente de quince batallones.

McNamara pasó a ejercer una presión incesante sobre el presidente, manifestando sin ambages el deseo de enviar una gran cantidad de tropas estadounidenses; se mencionó la cifra de 175.000 soldados. El biógrafo del secretario ha escrito que poseía un «instinto activista personal y profundo».[19] Pocos meses más tarde, reconoció ante el ministro de Exteriores británico Patrick Gordon Walker que no veía alternativa a la escalada porque era imposible admitir ante el pueblo estadounidense que la guerra no se podía ganar.[20] Aun así, las consideraciones nacionales recomendaban mandar tropas en dosis más prudentes y modestas, tales que los votantes pudieran tragárselas sin asustarse. Más adelante, los jefes del Estado Mayor Conjunto aseguraron que nunca se les dio ocasión de convencer al presidente de que ir aportando tropas tan pausadamente estaba condenado a fracasar, que era necesario que Estados Unidos lo apostara todo en el intento. Aun así parece poco claro que incluso un compromiso pleno desde el principio, incluida la convocatoria de los reservistas, hubiera bastado para garantizar la victoria.

McGeorge Bundy merece cierto crédito porque, por lo menos, instó al presidente a advertir al pueblo estadounidense de que la guerra sería larga. Johnson, no obstante, se negó a hacerlo y delegó en Dean Rusk para que convenciera a William Fulbright de impedir un debate en el Senado. H. R. McMaster ha escrito: «Para Estados Unidos, Vietnam no fue una imposición, el fruto de una marea ideológica de la Guerra Fría. Se fue colando de forma subrepticia ... Johnson y McNamara lograron crear la ilusión de que las decisiones de atacar Vietnam del Norte eran alternativas a la guerra, y no la guerra en sí».[21] Fue irónico —además de moral y políticamente deplorable— que la administración pudiera realizar una escalada a hurtadillas, porque la mejor opción de escapar del cenagal al que el presidente se dirigía habría pasado por inclinarse ante las voces poderosas del Capitolio que, si se les hubiera contado la verdad, no habrían tenido problema en decirle al pueblo estadounidense que Vietnam no merecía una gran guerra.

William Bundy entendió que Johnson había cometido un error fundamental al no defender la guerra ante el Congreso, y escribió: «Por descontado, el debate habría generado división, pero si las palomas se

hubieran impuesto, la puerta de la solución política se habría abierto mucho antes».[22] Bundy comentó que las acciones de Johnson en 1964-1965 no eran menos sinceras que las de Franklin Roosevelt en 1941, en el período en que Estados Unidos estuvo sopesando si entraba o no en la segunda guerra mundial; y en este punto, tenía razón. Sin embargo, al mismo tiempo añadió, pesaroso: «El problema es que esto salió mal y, por lo tanto, ha pasado mucho peor a la historia».[23]

El 11 de febrero de 1965, el primer ministro británico Harold Wilson llamó por teléfono al presidente para protestar contra la escalada, con la esperanza de que Washington lo invitara a abordar el tema. Johnson lo desairó: «Yo no le diré cómo gobernar Malasia y usted no nos diga cómo gobernar Vietnam». Wilson explicó que estaba sometido a una inmensa presión nacional para distanciarse de la acción estadounidense. Johnson no solo no se movió un ápice, sino que puso al *premier* como un trapo: estaba molesto por la actitud negativa con la que tanto británicos como franceses habían abordado esta guerra.[24] Su decisión se consolidó más aún tras conversar con el expresidente Eisenhower, que lo animó a adoptar todas las medidas militares que parecieran necesarias para evitar una derrota.

Aun así, en Washington, los más prudentes (y no eran pocos) seguían anunciando calamidades. James Thomson, del CSN, escribió: «Hemos acabado comprometiendo en clara demasía nuestro prestigio nacional y nuestros recursos, en un terreno político, militar y geográfico que hace tiempo que debería habernos convencido de evitar esa intervención». La CIA, con sus previsiones casi infaliblemente pesimistas —tanto sobre Vietnam del Sur como sobre la improbabilidad de que una campaña aérea fuera exitosa—, exasperaba a Johnson, que en abril de 1965 forzó la dimisión de su director, John McCone. El historial de análisis de la CIA distaba de ser perfecto, pero fue mejor, de forma sistemática, que el de la mayoría de las demás organizaciones, en particular el MACV. El 17 de febrero el vicepresidente Hubert Humphrey envió a Johnson un documento brillante, donde razonaba en contra de una escalada que en su mayoría el pueblo estadounidense no iba a entender. Alegó que, tras la victoria electoral, 1965 era el año ideal para que la administración aprovechara el

inmenso respeto del que gozaba para reducir las pérdidas de Estados Unidos en el sudeste asiático. El presidente contestó excluyendo a Humphrey del núcleo que conocía la cuestión de Vietnam de primera mano.

El 18 de febrero hubo un nuevo golpe de Estado en Saigón, tras el cual el general Nguyen Khanh fue depuesto y se marchó al exilio. El doctor Phan Huy Quat se convirtió en el líder nominal, pero en realidad el poder seguía en manos de los militares, con Ky y Thieu como nuevas figuras principales; en junio, su dominio se hizo explícito. Cuatro días después, Westmoreland pidió que la infantería de Marina protegiera las instalaciones de la base —en constante expansión— de Estados Unidos en Danang. El llamamiento no sorprendió a Washington, que estaba preparado para acceder. Más adelante, Max Taylor escribió: «Fue curioso, lo complicado que había sido obtener la autorización para empezar la campaña aérea contra el Norte y lo relativamente fácil que había resultado hacer desembarcar a los marines».[25]

Para la misión de Danang se seleccionó a un equipo de desembarco formado por 1.200 hombres, aunque el presidente jugueteó con la posibilidad de enviar a la 173.ª brigada aerotransportada, con el curioso argumento de que el pueblo estadounidense vería menos trascedencia en el uso de paracaidistas que en un desembarco anfibio. En febrero ya había expectativas de ir más allá y enviar a un número muy superior de soldados para proteger todas las bases estadounidenses; se habló de unos cuarenta y cuatro batallones o unos cien mil hombres. El general Wallace Greene creía que esa era la fuerza necesaria «para garantizar una protección al cien por cien».[26]

Durante todo febrero de 1965, la fuerza de asalto designada para Danang estuvo trazando rutas circulares en el mar de la China Meridional, mientras en Washington el presidente deliberaba. El alférez Jim Koltes, que viajaba en el *USS Henrico* con el 3.º Batallón del 9.º Regimiento de marines, quedó profundamente impresionado por la calidad de aquellos hombres, los mejores combatientes de Estados Unidos: «Aquello no eran simples reclutas o chicos que se habían alistado porque no encontraban trabajo: había oficiales que habían estado conmigo en Notre Dame. Su disciplina era impresionante, la camaradería, maravillosa. Todos creían en

la causa».[27] La espera, en estado de alerta, se alargó durante un período en apariencia interminable de treinta y dos días y noches. En la oscuridad, desde la barandilla del barco, contemplaban los destellos de las armas y bengalas, claramente visibles en los montes que se alzaban sobre Danang. «Cuando desembarcaron, nadie sabía qué esperar, porque casi ninguno había hecho nunca nada parecido. Nos preguntábamos: ¿sería como el Día D en Normandía?». No lo fue, por supuesto. El 8 de marzo de 1965, cuando el alférez Koltes capitaneó una flotilla de lanchas de desembarco que recorrió las escasas millas náuticas que los separaban de la playa, no se disparó ni una sola bala.

Phil Caputo, comandante de una compañía de la infantería de Marina, se dirigió a un grupo de mandos antes de que su unidad abandonara los barcos de asalto, diciendo: «A ver, escuchadme. Cuando informéis a vuestra gente dejad claro que nuestra misión es solo defensiva. No quiero que nadie se meta ahí pensando que va a interpretar a John Wayne. Vamos a ofrecer seguridad, eso es todo. No vamos a luchar, sino a liberar a los [soldados del] ERVn para que luchen. Es su guerra».[28] El teniente Caputo, como el general Westmoreland, entendía que estaban haciendo realidad la visión de Kennedy: «Si él era el rey de Camelot, entonces nosotros éramos sus caballeros y Vietnam, nuestra cruzada. No había nada que no pudiéramos hacer, porque éramos estadounidenses y, por esa misma razón, todo lo que hacíamos estaba bien».[29] Los enemigos comunistas eran «los nuevos bárbaros, que amenazaban los intereses de los confines de la nueva Roma». Un aspecto significativo del desembarco de los marines —que se realizó ante una multitud de fotógrafos, niños emocionados y chicas hermosas que repartían guirnaldas de flores— fue que nadie, ni en Washington, ni en la embajada estadounidense ni en el MACV, creyó necesario informar al gobierno survietnamita de su llegada. Además, según la expresión de Max Taylor, una vez que el camello había metido el morro en la tienda —es decir, que las primeras tropas habían desembarcado—, nadie lo sacaría de allí, aunque el presidente todavía tenía que articular una estrategia creíble. Walter Lippmann escribió: «Antes se trataba de una guerra de los

survietnamitas con ayuda de los estadounidenses. Está pasando a ser una guerra estadounidense con la ayuda —más que ineficaz— de los survietnamitas».

El coronel Sid Berry evaluó una operación del ERVn de la que fue testigo en el delta: «Buenos ataques aéreos. Buen apoyo de la artillería. Buenos desembarcos de los helicópteros y acciones de los transportes de personal blindados. Buenos movimientos de tropas sobre el terreno».[30] Solo que la historia acabó sin alegrías, como acostumbraba: «No nos enfrentamos a unidades grandes del Vietcong. Matamos a seis hombres, hicimos cuatro prisioneros y les cogimos algunos documentos. Pero la gran cantidad de soldados que esperábamos encontrar, simplemente, no estaban allí. Quizá otra vez». Otro asesor no tardó en advertir que al salir con las tropas del Sur «nunca parecíamos topar con nadie ... En la práctica había un acuerdo entre caballeros: si ellos dejaban al Vietcong en paz, el Vietcong haría lo mismo con ellos».

Paul Warnke, que con el tiempo sería auxiliar del secretario de Defensa, creía que toda la historia quizá habría resultado mejor si Washington hubiera optado por la ocupación directa, en vez de limitarse a intentar sostener a un gobierno local de una incompetencia ofensiva: «Estábamos intentando imponer una forma de gobierno particular a un país que se resistía. Eso requería la ocupación, igual que habíamos ocupado Japón [en 1945]».[31] Warnke pasó por alto lo más obvio: que tal política habría requerido tratar a los survietnamitas como un pueblo conquistado, no como ciudadanos de un Estado supuestamente soberano. Pero puso sobre la mesa un dilema que se repetiría en el siglo XXI, en Irak y Afganistán.

Muchas familias de clase media de Saigón, como la de Duong Van Mai, habían perdido la esperanza sobre el futuro de su sociedad hasta el punto de que solo la falta de medios les impedía dirigirse al exilio. En este sector, una parte recibió con alborozo la noticia del envío de tropas estadounidenses. El padre de Mai, exalcalde de Haiphong, dijo: «Hemos tenido una suerte increíble. Somos un país muy pequeño y débil y aun así los estadounidenses han decidido salvarnos con su dinero y las vidas de los

suyos».[32] Aunque este punto de vista estaba restringido a personas relativamente privilegiadas, vale la pena tener en cuenta que, al menos durante cierto tiempo, sintieron un renacer de la esperanza.

El proceso que se inició el 8 de marzo de 1965, sin embargo, tuvo menos de envío que de entierro, de funcional que de fúnebre: sepultó la estrategia de Estados Unidos, a cientos de miles de cadáveres y, al final, la presidencia de Johnson. Casi todos los líderes anglosajones modernos que han puesto rumbo a una catástrofe en materia de política exterior se han comparado a sí mismos con Winston Churchill, o al enemigo elegido con Adolf Hitler. El 13 de abril Lyndon Johnson dijo a unos diplomáticos de paso que Vietnam representaba un desafío comparable al que Churchill tuvo que encarar en 1940. El presidente De Gaulle lo refutó con desdén, y predijo que la guerra duraría diez años y «deshonraría por completo» a Estados Unidos. En Washington, los que acusaban al líder francés de despreciar la cultura estadounidense y estar resentido por el poder de los norteamericanos estaban en lo cierto; pero esto no anulaba la validez de sus advertencias. Frank Scotton escribió que cuando Estados Unidos empezó a intentar desarrollar dos campañas paralelas, pero separadas, la vietnamita y la estadounidense, «el único participante que parecía comprender el concepto de la guerra unitaria —que todo lo que hacía tenía finalidad e impacto políticos— era el Partido Comunista de Vietnam».[33]

Desde marzo de 1965, el proceso por el que las tropas estadounidenses suplantaban al ERVn al frente de la lucha evolucionó con una celeridad pasmosa. La sucesión de golpes de Estado había descorazonado a los soldados survietnamitas más aún que a la embajada estadounidense. Las deserciones se multiplicaron, y tan solo en abril llegaron a ser once mil; las unidades cada vez eran más reticentes a entrar en combate. Un oficial joven dijo: «Cuando me uní al ejército, en 1962, lo hice por patriotismo. Amaba a mi nuevo país y odiaba a los comunistas. Con el paso del tiempo, sin embargo ... hubo tantos cambios de liderazgo en Saigón, y tanta dependencia de los estadounidenses, que me resultaba imposible hablar de “la nación”».[34] Max Taylor siempre había creído que sería desastroso si los estadounidenses asumían la responsabilidad de los combates, pero en aquel momento se plegó a la decisión de sus gobernantes y se retiró sin objetar; al

menos, durante un tiempo. El presidente envió a Saigón al jefe del ejército de Tierra, Harold Johnson —superviviente de la «marcha de la muerte» de Bataán, en 1942— para que evaluara las futuras necesidades de tropas. El general no debía de sentirse nada cómodo en presencia de Lyndon Johnson, porque no soportaba las blasfemias; en cierta ocasión reprendió con severidad a un subordinado: «Le agradeceré que, cuando esté ante mí, no vuelva a tomar el nombre de Dios en vano».[35] El sumo comandante ordenó salir al jefe del ejército. Mientras descendían juntos en un ascensor de la Casa Blanca, golpeó con un dedo en el pecho del visitante y dijo: «Esto tiene que hacerlo arrancar de una vez, general». Dentro del Pentágono, constaba que Harold Johnson había expresado la opinión de que un buen resultado exigiría cinco años y medio millón de soldados. Volvió de Saigón con la propuesta de enviar una división, y la Junta de jefes elevó la recomendación a tres. El presidente dijo, en una reunión del 10 de marzo, en Camp David: «Le pese a quien le pese, nos vamos a quedar ahí». En su cuaderno había anotado: «Ceder = otro Múnich».

Temporalmente, demoró la respuesta a estas proposiciones del Pentágono, pero el 1 de abril aprobó enviar otros dos batallones de la infantería de Marina y a veinte mil miembros del personal de apoyo. Tres semanas después autorizó despliegues que, en junio, habrían llevado al escenario vietnamita a cuarenta mil estadounidenses. Taylor defendió que esos hombres se limitaran a defender los enclaves costeros. Sin embargo, Westmoreland protestó —tan poca gloria sería inaceptable— y el presidente se mostró de acuerdo. Una vez que las tropas empezaron a desplazarse a Asia desde la costa estadounidense del Pacífico, la Casa Blanca recibió un aluvión de sugerencias de escalada. Westmoreland quería disponer de más hombres, más hombres aún. El almirante Sharp, como comandante en jefe del Pacífico, planteó que los marines eran idóneos para luchar contra la insurgencia. El 6 de abril, el presidente aprobó la operación Rolling Thunder II, un programa de la fuerza aérea para un bombardeo de Vietnam del Norte sostenido, pero con objetivos limitados. En los días posteriores empezaron a aparecer frente a la Casa Blanca los primeros manifestantes contrarios a la guerra.

La situación militar siguió deteriorándose. El 9 de mayo, Doug Ramsey escribió en su diario, desde la provincia de Hau Nghia: «Informan que al menos una sección del 33.º Batallón de *rangers* fue destruida casi del todo en posiciones de vivac hacia las 2.45. El Vietcong también dinamitó un puente ... MC [muertos en combate] amigos, en total [entre los militares], 41, con 36 HC [heridos en combate] y 50 desaparecidos. Se dice que VC atacó acompañado por procesión de aldeanos con cuchillos, lanzas y antorchas. Número de civiles y combatientes VC, unos quinientos cada grupo. Según jefe provincial, a los hombres del 33.º los cogieron durmiendo otra vez».[36]

El ejército de Saigón se estaba desmoronando ante la vista de los estadounidenses. El 18 de mayo, Ramsey describió cómo las Fuerzas Regionales y la infantería ligera habían combatido unos contra otros durante media hora, al parecer por una riña de cartas; la batalla concluyó con la muerte de un infante, abatido por un subfusil. Escribió a sus padres: «La disciplina militar —nunca excelente— ha sido atroz estos dos últimos meses. Cada pocos días, alguien abre fuego en la ciudad y nadie sabe nada al respecto. [El ERVn] despierta un odio casi universal por su mala conducta y agresividad hacia los civiles no armados ... El trabajo de pacificación queda en nada porque las fuerzas de [Saigón] son incapaces de proporcionar seguridad ... El gobierno estadounidense, por otro lado, es casi tan terrible como el vietnamita en cómo oculta la situación o miente directamente sobre ella».[37] Hanói también engañaba a su propio pueblo, pero lo hacía con más éxito porque controlaba con mano de hierro los flujos de información de su sociedad.

Los comunistas apenas necesitaban espías, porque los periódicos de Saigón anunciaban, con imprudencia, los movimientos de las tropas. El 9 de junio, mientras unos soldados de fuerzas aerotransportadas iban en camión hacia el aeródromo, leyeron en las páginas iniciales del diario matinal que su unidad emprendería un asalto con helicópteros contra un objetivo identificado. Un oficial escribió: «Nos insultábamos unos a otros, diciendo: “¡Esos hijos de...! ¡Todavía no hemos recibido las órdenes o el plan de

batalla, pero la prensa está publicando esbozos de la Zona de Aterrizaje!”. Está claro que a algunos de los jefazos almidonados les gusta hacerse los importantes delante de los periodistas».[38]

El teniente Doan Phuong Hai dirigió a la sección de vanguardia en la batalla, unos sesenta y cinco kilómetros al norte de Saigón. Encontraron los cadáveres y edificios en ruinas habituales; un buey muerto en los ejes de un carro cargado de muertos del Vietcong; perros sin dueño que ladraban; bicicletas tiradas y un camión abandonado. Como signos más sombríos, pasaron asimismo junto a un grupo de helicópteros que habían sido abatidos tras tomar tierra en mitad de una concentración de fuerzas comunistas. La primera tarea de los aerotransportados fue recoger los cadáveres, tanto de amigos como de enemigos, que ya se estaban descomponiendo y hedían. El teniente Hai aspiraba repetidamente una botella de Nhi Thien Duong, un aceite fuertemente perfumado, pero esto no bastaba para eliminar el horror que experimentaba al contemplar cómo las hormigas entraban y salían afanosamente de las orejas, narices y ojos de los muertos. Por la noche, cuando abrió una lata de su ración, «el cerdo del interior, cubierto por una capa de grasa, se parecía tanto a la carne putrefacta que había visto por la tarde que vomité».[39]

Al día siguiente, 12 de junio, cuando su sección se acercaba a una plantación de caucho, se desató un tiroteo feroz. Bajo un aluvión de morteros, Hai solicitó el apoyo aéreo y de la artillería, pero sin éxito: se lo negaron alegando que aquel complejo de plantaciones estaba abarrotado de civiles. «“Pero ¿¡qué coño civiles!? ¡Si son Vietcong!”, grité por radio. Todo lo que yo podía ver era hombres vestidos con uniforme caqui y cascos de fibra, que corrían por todos los edificios de viviendas y de procesamiento del caucho.» Se ordenó a su sección que emprendiera un ataque frontal a través del terreno despejado de una pista de aterrizaje que los separaba de las viviendas. Para su asombro, la mayoría llegaron con vida hasta los edificios. Pero en ese momento empezó a llover torrencialmente y quedaron a la espera del inevitable contraataque.

Las tropas enemigas se lanzaron en tropel. Una vez más, los aerotransportados solicitaron el apoyo del aire y la artillería; una vez más se les negó. Mucho después, cuando el tiroteo por fin se fue apagando, Hai

tuvo noticia de que el comandante de su compañía había muerto, junto con un subteniente ya entrado en años, que de algún modo había logrado sobrevivir a veinte años de guerra, hasta que aquel día se le acabó la suerte: «Rogué porque su otra vida fuera menos agotadora». También cayó aquel día un capitán que había estado en el destacamento que defendió la colina de Béatrice en Dienbienphu. ¿Quién podía aspirar a sobrevivir para siempre, si seguía luchando en los interminables conflictos del país?

Hai escribió, en tono de desánimo: «Nuestro batallón había quedado prácticamente desintegrado. Los comandantes de las cuatro compañías habían muerto. De pronto vi estrellas delante de los ojos. Mi brazo salió despedido hacia arriba y el [fusil] AR-15 se me cayó de las manos. Caí desmayado junto a una ametralladora que seguía lanzando descargas al enemigo».[40] Cuando recobró la consciencia, se estaba haciendo oscuro, la lluvia goteaba desde los árboles del caucho y un soldado enemigo yacía muerto, cruzado sobre su estómago. En la cara y el brazo derecho sintió un dolor muy intenso. Una bala de un AK-47 le había atravesado la mejilla y la nariz, y otras dos, el brazo derecho. Estaba empapado en la sangre del cadáver del Vietcong, que, no sin esfuerzo, logró apartar a un lado. Se arrastró hasta la base de un árbol del caucho y se quedó escuchando. Las tropas enemigas inspeccionaban el campo de batalla y maldecían sonoramente por sus propias bajas. Uno de aquellos hombres pateó a Hai y luego le quitó el reloj, el correaje y el transistor. El torso estaba tan ensangrentado que el saqueador no dudó de que estaba ante un difunto. El comunista se alejó, entre disputas con sus compañeros por el destino de las propiedades de Hai. Cuando se hizo el silencio y la lluvia arreció, Hai solo pudo arrastrarse hasta el cadáver de su operador de radio, el cabo Tam, y le quitó un poncho que a este ya no le servía de nada.

«Estábamos los dos allí tirados, uno muerto y el otro aún vivo, con los cuerpos hechos una pelota, uno cerca del otro. Miré a Tam con tristeza, pensando en los buenos y malos tiempos que habíamos compartido. Pensé en mis padres, que a aquella hora estarían cenando y preguntándose cómo me iba. Mi madre habría corrido al altar de la familia y encendido para mí una varilla de incienso.» Mientras Hai alimentaba su dolor entre tantos difuntos, empezaron a caer sobre la zona, bajo la luz de bengalas, las

bombas y cañones que unas pocas horas antes tal vez les habrían salvado la vida. Al final, tambaleándose, logró sumarse a un pequeño grupo de rezagados, en su mayoría heridos como él. Durante dos días se arrastraron por el paisaje devastado hasta que alcanzaron una base amiga cuyos doctores, como era de esperar, hallaron sus heridas infectadas. Acabó siendo casi el único oficial superviviente de su batallón, que sufrió la pérdida de más de doscientos fallecidos y un número proporcional de heridos.[41]

La División Aerotransportada se hallaba entre las formaciones de combate más efectivas de Saigón, pero aquí vemos cómo una de sus unidades fue destrozada por el Vietcong. La historia se repitió varias veces en 1965, de modo que Westmoreland informó a la Casa Blanca: «Las fuerzas armadas survietnamitas no podrán resistir esta presión si Estados Unidos no aporta mucha ayuda directa en los combates». El MACV había desarrollado un plan estratégico magnífico: utilizar a las tropas estadounidenses primero para defender las instalaciones propias; luego reforzar la Meseta Central; por último perseguir al enemigo —«buscar y destruir»— al mismo tiempo que realizaba actividades de pacificación y mantenía el bombardeo de Vietnam del Norte. DePuy, oficial de operaciones de Westmoreland, estaba convencido de que el Vietcong no podría resistir a una potencia de fuego abrumadora. David Halberstam lo caracterizó como un hombre «diminuto, pero arrogante e imperioso»; Neil Sheehan escribió, con repugnancia, que su proyecto consistía en «más bombas, más proyectiles, más napalm ... hasta que el otro bando reviente y se rinda».

Westmoreland hizo hincapié en que las fuerzas estadounidenses debían relegar a los survietnamitas a tareas de seguridad local, como formar el destacamento protector de las ciudades y pueblos. El comandante del MACV propuso que la 1.ª división de caballería de Estados Unidos se desplegara en Tailandia para atacar desde el oeste la Ruta de Ho Chi Minh en Laos. DePuy consideró una locura que se pidiera a Estados Unidos que respetara las neutralidades cuando el enemigo no lo hacía. El presidente preguntó a Westmoreland qué necesitaba, y este respondió: 180.000 hombres, de inmediato —treinta y cuatro batallones de Estados Unidos y

diez de Corea del Sur, con el apoyo adecuado—, más otros cien mil en 1966. Mientras la propuesta se estaba sopesando, la Marina estadounidense lanzó la operación Market Time, una misión prolongada en el tiempo, de bloqueo costero, para impedir que Vietnam del Norte introdujera armas en el sur por vía marítima.

En paralelo a las incursiones aéreas y los despliegues de tropas, el presidente también mostró alguna que otra vez una rama de olivo. En un discurso de abril, en la Universidad Johns Hopkins, sugirió que si los norvietnamitas abandonaban la guerra, Estados Unidos les entregaría un cheque de mil millones de dólares para un dique en el Mekong; un soborno muy cuantioso, para que dejaran al Sur en paz. Después del discurso, se inclinó hacia su asistente Bill Moyers y dio unos toquecitos de complacencia en la rodilla del joven: «El viejo Ho no puede rechazar eso —dijo, y repitió—: El viejo Ho no puede rechazar eso». Hanói, como era de esperar, lo rechazó, por mucho que la negativa desconcertara a Johnson.

El 13 de mayo, el presidente ordenó interrumpir el bombardeo durante cinco días para que Moscú transmitiera una nueva oferta de paz. Pham Van Dong se negó a leer el mensaje siquiera. Es interesante hacer conjeturas sobre si aquel cheque extraordinario, si se hubiera planteado con más sutileza diplomática, podría tal vez haber cambiado algo. Si se hubiera consultado al pueblo de Ho Chi Minh —medio muerto de hambre—, tras informarlo de que aquella fortuna podía ser suya a cambio de posponer la reunificación, ¿quién podría saber cómo habrían respondido? El orgullo nacional no saciaba el estómago. Pero ese era dinero capitalista, dinero imperialista, dinero manchado, ofrecido como comida para los cerdos, ante una sociedad a cuyos habitantes no se les dejaba elegir. Era inimaginable que Hanói lo aceptara.

En Washington, aún se daba por sentado que los rusos podían detener la guerra en el momento mismo en que sus nuevos líderes, Leonid Brézhnev y Alekséi Kosyguin, decidieran coger el teléfono y llamar a Hanói. Dean Rusk le dijo al embajador Anatoli Dobrynin: «No tenemos claro cómo proceder, aun partiendo de la idea de que en realidad los dos queremos la paz».[42] Los soviéticos contemplaban la escalada con inquietud, ante la posibilidad de que Estados Unidos llegara a desplegar armas nucleares

tácticas en Vietnam. Pero Dobrynin no podía tranquilizar al secretario de Estado: Moscú se negaba a asumir el desagradecido papel de intermediario cuando los dos combatientes estaban resueltos a hacerse con el dominio militar antes de negociar.

Lyndon Johnson, tremendamente indignado, le dijo al senador Fulbright que Hanói, al rechazar su propuesta de paz —la retirada norvietnamita del Sur, a cambio del cese de los bombardeos—, obligaba a Estados Unidos a intensificar la guerra. Pero el mundo se daba cuenta de que la administración vacilaba. El 17 de mayo de 1965, el *Times* londinense informó: «El bombardeo ha fracasado como instrumento diplomático ... Con Estados Unidos en el aprieto actual —en los peldaños inferiores de una espiral de escalada que no desea continuar— se diría que hay pocas razones para que Hanói los ayude a poner pie en tierra». Si ciertamente no se trató de un análisis preciso de adónde había llegado la Casa Blanca, sin embargo el periódico acertaba al evaluar que estaba metido en un buen lío. El 7 de junio, Westmoreland informó directamente a Washington de que Vietnam del Sur se enfrentaba a una derrota militar, salvo que Estados Unidos enviara otros cuarenta y cuatro batallones de maniobras: «Veo que solo podemos proceder de una manera: reforzarnos».[43]

Desde el Departamento de Estado, George Ball compuso un nuevo memorándum contrario a proporcionar más hombres a Westmoreland: «Antes de mandar un flujo de fuerzas interminable a Vietnam del Sur debemos contar con más pruebas ... de que nuestras tropas no se quedarán empantanadas en las selvas y arrozales mientras, poco a poco, vamos haciendo trizas el país». Pero la Junta de jefes otorgó su respaldo a la valoración del general, e igualmente a su petición. El presidente dijo ante un comité del Congreso: «Westy necesita ayuda... y yo se la voy a dar». El fiscal general Nicholas Katzenbach informó a la Casa Blanca de que «jurídicamente hablando, en este momento no se requiere más aprobación del Congreso» para incrementar el envío de tropas.[44] El 16 de junio McNamara anunció refuerzos que aumentarían la presencia de soldados estadounidenses hasta los setenta mil.

Dos días después, los gigantescos B-52 de la fuerza aérea estadounidense empezaron a atacar lo que se suponía eran concentraciones de tropas comunistas en Vietnam del Sur. En los ocho años posteriores, los bombarderos realizaron 126.615 salidas, en el marco de la operación Arc Light, y lanzaron cuatro millones de toneladas de bombas. Para los tripulantes eran vuelos rutinarios, que en la jerga se comparaban a la ronda de un lechero. Para el piloto Doug Cooper: «Aquel trabajo era tan emocionante como conducir un tráiler de largo recorrido sin poder pararse a tomar un café».[45] A juicio de un navegador, él y los demás tripulantes tenían la sensación de estar bombardeando una sucesión inacabable de coordenadas geográficas «que no parecían hacer más que abrir boquetes en el suelo de la selva».[46] A partir de mediados de 1968, la artillería no actuaba a petición de los bombarderos, sino de operadores de los radares Skyspot, situados en tierra. Los B-52 que sobrevolaban Vietnam del Sur, y luego Camboya y Laos, no se enfrentaban a amenazas por la acción del enemigo, tan solo al riesgo de los accidentes, más que relativo. El problema principal de aquellos monstruos antiguos era la corrosión provocada por la lluvia y la sal marina: por esta causa, durante el despegue, un B-52 perdió las bombas de los bastidores de ala, que cayeron sobre la pista de aterrizaje. Aun así, en un período de ocho años, tales contratiempos causaron la pérdida de tan solo doce aviones de la Arc Light; las tripulaciones de estos bombarderos destruyeron mucho y sufrieron muy poco.

11

Por la escalera mecánica

1. «Lo peor de lo peor»

En Saigón había subido al poder una nueva junta militar. La encabezaba Nguyen Cao Ky, como primer ministro, con Nguyen Van Thieu como jefe de Estado. William Bundy valoró a la pareja como «lo peor de lo peor». Ky, en un relato posterior sobre la reunión de los generales que precedió a su nombramiento, se describe a sí mismo desafiando a los demás: «¿Alguien quiere ser primer ministro?». Solo tras un silencio afirmó que lo intentaría él. «No soy un buen político, ni un buen diplomático. Lo único que sé hacer bien es pilotar aviones», afirmó, encogiéndose de hombros. Sin embargo, este arranque de modestia no se confesó hasta haber pasado varios años en el exilio, después de la derrota.

Lyndon Johnson declaró que no estaba intranquilo por la última conmoción política: «Actuaremos con fuerza, con gobierno estable o sin gobierno estable». El nuevo primer ministro contaba tan solo treinta y cuatro años. En 1954 había huido del Norte, se había formado como piloto en Francia, y luego había volado cientos de horas en aviones tanto de transporte como de combate; había participado en misiones de lanzamiento de agentes sobre Vietnam del Norte. Ky era un dandi de apariencia impecable, con un bigotito fino, que se complacía en llevar un traje de piloto negro, de sastrería, y lucir una procesión impresionante de esposas y novias. En público era un hombre afable, desenvuelto, que se expresaba con pasión sobre todo lo «americano» —salvo el gusto de la Coca-Cola, tan ajeno a los vietnamitas como pudiera serlo un marciano—. En junio de 1965 confiaba en que había obtenido el auténtico poder en Saigón, tras relegar a Thieu, no tan lúcido, a una función meramente ceremonial; pero el tiempo demostró lo contrario.

Chester Cooper describió la primera aparición de los nuevos primer ministro y jefe de Estado en una cena que la embajada estadounidense organizó en julio para Robert McNamara: «Ky hizo una entrada espectacular. Caminaba con aire despreocupado, vestido con un esmoquin estrecho, de color blanco; pantalones ajustados negros; zapatos de charol puntiagudos y calcetines rojos brillantes. En una selección de actores para Hollywood lo habrían elegido para el papel de saxofonista en un *nightclub* de segunda de Manila».[1] El secretario de Defensa pareció divertido por el encuentro, y más adelante mostró su desdén por Ky, al que consideraba un «"agente ejecutivo" de un directorado de generales».[2] Otro estadounidense que estudió a Ky le musitó a Cooper: «¡Al menos nadie podría confundirlo con el Tío Ho!». El presidente Thieu, que vestía más conservador, con un dos piezas, no parecía tener inconveniente en que el aviador acaparara todo el protagonismo, como en efecto deseaba.

Aquel 16 de julio, durante esta misma visita de McNamara, el secretario de Defensa recibió un cable que comunicaba que el presidente, en privado, había resuelto seguir adelante con el envío de los cuarenta y cuatro batallones que Westmoreland había solicitado. Este aumento radical se acompañó de las típicas riñas y episodios de celos entre las distintas fuerzas militares. Así, el almirante Sharp advirtió al general Greene que «el general Westmoreland y el embajador Taylor ... harán todo lo posible para impedir que el Cuerpo de Marines reciba el crédito debido a sus logros en Vietnam del Sur».[3]

Greene, de resultas de la guerra, presidió una expansión radical de su servicio armado; pero aun así recibió con asombro la noticia cuando McNamara informó a la Junta de jefes sobre los refuerzos, porque todavía no se contaba con el plan estratégico previsto. Harold Johnson, general de Tierra, admitió que la decisión de aumentar la participación sin reconocer en público su importancia era tan extraordinaria que le dejaba «sin palabras». Años más tarde dijo: «¿Cuál debería haber sido mi papel? Soy un simple soldado, a las órdenes de los civiles ... Podía dimitir y ¿qué soy? Un general a disgusto, durante cuarenta y ocho horas, y luego desaparezco, ¿verdad?».[4] Se trata, por descontado, de una explicación muy floja de su pusilanimidad. El 14 de julio Earle Wheeler le dijo a McNamara: «No

parece haber razón para que no podamos ganar, si esa es nuestra voluntad, y si esa voluntad se manifiesta en la estrategia y las operaciones tácticas». Wheeler quería decir, por supuesto, si se intensificaba la lucha, si se quitaba el freno a la generación de la violencia, algo que el presidente —por el temor a que golpear al Norte con demasiada fuerza provocara una intervención china como la que se había dado en Corea— se negaba a hacer.

Maxwell Taylor —que, sin duda, había perdido fe— cedió el puesto en la embajada de Saigón a Henry Cabot Lodge, que regresó para un curso. McNamara expuso a Lodge que había tres rumbos posibles: abandonar y aceptar la humillación; seguir con el curso actual y conformarse con un deterioro progresivo; optar por la escalada, «una buena oportunidad de lograr un resultado aceptable dentro de un plazo razonable». Lodge se decantó por el tercer camino, sabedor de que la decisión estaba tomada. El secretario de Defensa prefería ahora minar la bahía de Haiphong; bombardear mucho más intensamente la infraestructura del Norte; movilizar las reservas del ejército para permitir un despliegue masivo de tropas. Johnson se negó en redondo a lo último: llamar al servicio militar supondría proclamar ante el pueblo estadounidense que estaban en una gran guerra, y no tenía intención de admitirlo.

George Ball había entregado un nuevo memorándum. «Políticamente, VnS es una causa perdida. El país está desangrado, después de veinte años de guerra, y la gente está harta. El Vietcong —como ha demostrado el estudio de la Corporación RAND sobre su motivación y su moral— está sumamente comprometido. Hanói tiene un gobierno, un fin, una disciplina. El "gobierno" de Saigón es una farsa ... Vietnam del Sur es un país con ejército y sin gobierno.»[5] Ball afirmó que los argumentos expuestos por el general Matthew Ridgway en 1954 contra una intervención no habían perdido su validez una década después. Sin embargo, McGeorge Bundy rechazó categóricamente la afirmación de que Estados Unidos asumía el mismo papel indigno que la antigua potencia colonial, y escribió a su vez: «Estados Unidos, en 1965, está respondiendo al llamamiento de un pueblo

asaltado por los comunistas».[6] Pero ¿dónde estaban las pruebas de que ningún grupo popular estuviera haciendo tal llamamiento desde Vietnam del Sur?

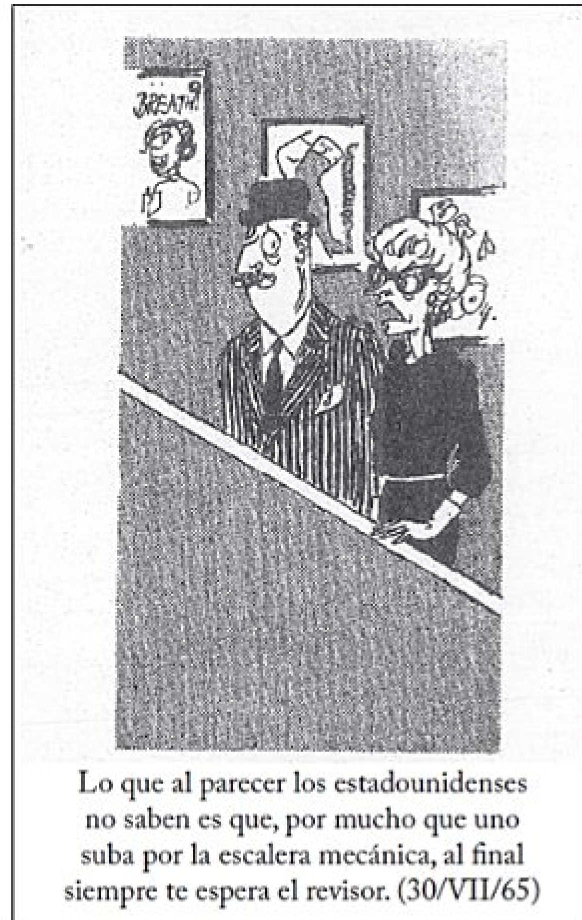
El 21 de julio, Ball estaba entre los participantes de una cumbre de la Casa Blanca, que supuestamente debía analizar todas las opciones. Pero los presentes sabían que se los había convocado para confirmar decisiones que ya eran inamovibles en el único lugar que importaba: la cabeza de Lyndon Johnson. La inseguridad y humildad que exhibió en las primeras semanas de su presidencia se habían desvanecido hacía mucho. Su consejero especial Harry Macpherson le escribió una nota privada advirtiéndole de que su personalidad era tan abrumadora que la opinión pública, si en algún momento llegaba a tener en cuenta a los asesores, «imagina dóciles terneros que corren donde toque ir a voluntad de un toro singular».[7] Aun así, para Johnson seguía siendo importante asegurarse de que el rebaño lo acompañaba, antes de emprender el que sería el viaje más trascendental de su presidencia. El 21 de julio uno de los «dóciles terneros», Carl Rown, jefe de la AIEU, expresó el temor que le causaba la debilidad del régimen de Saigón: «Salvo que apretemos las tuercas al gobierno de Ky, 175.000 hombres no servirán de nada». Henry Cabot Lodge replicó: «Creo que no debemos tomarnos a este gobierno en serio. Sencillamente, no hay nadie capaz de hacer nada. Tenemos que hacer lo que nos parezca bien, independientemente ... Ahora que avanzamos y entramos en una nueva fase, tenemos el derecho y el deber de hacer ciertas cosas, con la aprobación del gobierno o sin ella».

Fueron palabras de una arrogancia suprema, reflejo de una mentalidad que estuvo en el origen mismo de la catástrofe que cayó sobre la política estadounidense. En cierta ocasión, Ky afirmó haber dicho a los estadounidenses: «Lo que Vietnam necesita es un hombre como lo es Ho Chi Minh para los norvietnamitas, un auténtico líder para los survietnamitas, no un estadounidense. Pero nunca lo entienden».[8] Christopher Thorne, autor de un estudio clásico sobre la experiencia de los Aliados occidentales en Asia durante la segunda guerra mundial, comentó que, una generación después, en Indochina, Estados Unidos estaba tomando el mismo camino erróneo que ya había tomado antes en China: «Se basa en

suposiciones que, en buena medida, son la proyección de los valores, las experiencias y la imagen propia de Estados Unidos, a lo que se suma una incapacidad de apreciar la naturaleza de la cultura política y la civilización ... de la otra orilla del Pacífico, que eran muy distintas».[9]



¿Sabes, cielo? Mucho me temo que pronto *hará falta* saber qué diferencia hay entre Vietnam y Vietcong. (5/III/65)



Lo que al parecer los estadounidenses no saben es que, por mucho que uno suba por la escalera mecánica, al final siempre te espera el revisor. (30/VII/65)

La opinión pública mundial mostraba un escepticismo uniforme sobre la misión estadounidense, como se pudo ver en las viñetas de Osbert Lancaster que aparecieron en las portadas del *Daily Express* de Londres en la primavera y el otoño de 1965.

En la reunión del 21 de julio, George Ball reafirmó su propia convicción de que los soldados estadounidenses no podrían triunfar en la selva asiática. Probablemente Earle Wheeler sintió que debía defender el honor de sus chicos y refutar aquella ofensa, pues aseguró al presidente, con toda rotundidad, que la estrategia propuesta por Westmoreland, el «buscar y destruir», acabaría con el Vietcong. Ball declaró que estaría mucho menos preocupado si hubiera una perspectiva realista de victoria en el plazo de un año, pero que si la batalla iba a durar más (como temía que sucedería)

habría problemas en la opinión pública tanto nacional como internacional. Lodge se mofó del subsecretario con una burla habitual, pero bochornosamente barata: la comparación con los líderes británicos y franceses que negociaron ante Hitler en Múnich, en 1938.

El propio presidente se enfrentó a Ball:

> —Pero George, si hiciéramos lo que propones, ¿acaso todos estos países no dirían que el Tío Sam era un tigre de papel, no perderíamos la credibilidad, no quebrantaríamos la palabra de tres presidentes? Se entendería como un golpe irresponsable.
>
> —No, señor. El golpe más grave sería que la potencia más poderosa del mundo sea incapaz de derrotar a un puñado de guerrilleros.
>
> —Pero yo creo que los vietnamitas se están esforzando por luchar.
>
> —Thieu ... el otro día ... dijo que los comunistas ganarían [unas] elecciones.
>
> —Eso no me lo creo. ¿Alguien se cree eso?

Todos expresaron opiniones contrarias a Ball. El subsecretario expuso las cartas: «Señor presidente ... Si la decisión es seguir adelante, me sumo ... Ya he dicho lo que tenía que decir». Aunque Ball tuvo la sabiduría y el coraje de decir la verdad frente al poder, el afán por ocupar un cargo le impidió ampararse en sus principios y presentar la dimisión. Una de sus afirmaciones favorita era: «Nada cala más que la proximidad», en el sentido de que nada era comparable a hallarse cerca del poder. El presidente, con su intuición brillante para las debilidades humanas, toleraba a Ball porque no le cabía duda de que no se saltaría la cadena de mando. Más adelante, Johnson dijo sobre su vicepresidente: «Los huevos de Hubert los tengo aquí en el bolsillo, y de ahí no se van a mover». Lo mismo podía decirse del subsecretario de Estado.

Al día siguiente, Johnson se reunió con la Junta de jefes, que insistieron en apostarlo todo tanto al bombardeo como a la cantidad de tropas. Wallace Greene, de la infantería de Marina, dijo: «Cinco años más quinientos mil soldados. Creo que el pueblo estadounidense le apoyaría en eso». Johnson se hizo eco de lo que McNamara había afirmado unas semanas atrás: «La alternativa menos deseable es salir. La segunda peor es hacer lo que estamos haciendo. La mejor alternativa es entrar y cumplir con el trabajo pendiente».[10] Nadie dudaba de que la guerra sería larga y su coste, inmenso. Claramente a diferencia de lo que —por ejemplo— se hizo en 2002, cuando se decidió invadir Irak, en 1965 se previeron todas las dificultades. En

mitad de la conversación de Johnson con los jefes, de pronto aquel se descolgó con estas palabras: «Pero acordaos de que escribirán sobre esto, como hicieron sobre la bahía de Cochinos. Escribirán sobre mí y mis consejeros». El presidente planteó todas las preguntas que el escepticismo requería plantear; simplemente, no quiso prestar atención a las respuestas. La negativa a convocar las reservas para que no estallara una polémica nacional se ha destacado, en ocasiones, como un error grave. Desde dentro, algunos creían que McNamara dimitiría cuando Johnson rechazó su recomendación de seguir este camino; pero el secretario de Defensa no rechistó. Ahora bien, aunque la ausencia de movilización ciertamente contribuyó a la evidente decadencia en el rendimiento del ejército de Tierra estadounidense a finales de la década —en particular, al hundimiento de su cuerpo de suboficiales—, sin embargo se antoja bastante equivocado atribuir a este factor un peso especial en la derrota de Estados Unidos. Toda la estrategia se cimentaba en premisas falsas, ya fuera sobre la teoría del dominó o sobre la naturaleza del comunismo asiático. Entre los responsables de tomar las decisiones clave abundaban los que seguían heridos por la «pérdida» de China. El historiador Michael Howard ha identificado paralelos con la forma en que los líderes europeos se engañaron a sí mismos en 1914:

> La combinación del temor, la arrogancia nacional, los errores de percepción y la experiencia militar descaminada ... Al igual que los estadistas alemanes y austríacos de la era precedente, los de Estados Unidos entendían que un cambio local y menor en el equilibrio del poder podía provocar una transformación mayor, y siniestra, del orden mundial en su conjunto. [Creían que] Hanói podía causar tanto daño como Belgrado amenazaba con causar en 1912-1914 (o, para el caso, Egipto en 1956); por lo tanto había que contener a Hanói, y castigarla, antes de que la situación se escapara del todo de la mano. Por otro lado, en Estados Unidos ... la confianza en uno mismo y el orgullo eran enormes, a semejanza de Alemania, antes de 1914; había una conciencia de grandeza nacional que requería una salida, se buscaba un desafío proporcionado a su poder, no se aceptaba que hubiera problemas que uno fuera incapaz de resolver. Los estadistas que quizá podrían haber albergado dudas sabían que la opinión pública daba mucha importancia a esta cuestión.[11]

La experiencia de las dos guerras mundiales curó a la mayoría de los políticos europeos de la confianza en que los conflictos podían ser útiles como simple instrumento estratégico. Para la administración estadounidense de 1965, no obstante —cuando ninguna amenaza nuclear

acechaba sobre los campos de batalla—, la mera noción de entrar en combate apenas convocaba terrores. Sin acertar a definir los objetivos, Lyndon Johnson se limitó a ordenar a sus generales «matar a más VC». El almirante David McDonald, que dirigió las operaciones navales de 1963 a 1965, escribió, una década después: «Quizá todos nosotros, los militares, fuimos débiles. Quizá deberíamos habernos puesto en pie para dar un puñetazo en la mesa ... Yo también participé en aquello y en cierta manera yo también me avergüenzo. A veces me pregunto: "¿Por qué no me opuse a aquella clase de cosas?"».[12]

En una reunión privada en Camp David, en julio, Clark Clifford, el veterano asesor político del presidente, advirtió a Johnson: «Esto podría ser un atolladero ... Lo único que puedo ver es una catástrofe para mi país». McGeorge Bundy, que hasta aquella fecha se había mostrado decididamente del lado de los halcones, se alejó de McNamara y su propuesta de una intervención terrestre a gran escala. El 23 de julio Bundy aconsejó cautela: «Nuestras tropas carecen por completo de práctica en la clase de guerra que se proyecta ... Este programa es temerario hasta un extremo demencial»; McNamara «rehúye analizar el límite máximo de la responsabilidad de Estados Unidos». Los senadores Mike Mansfield y Richard Russell también instaron al presidente a cancelar el envío de tropas. El embajador saliente Max Taylor volvió a cambiar de opinión, una vez más, y se opuso a los refuerzos. No se hizo caso de nadie: se consideraba que el coste de retirarse era más gravoso que el de ahondar.

El 28 de julio, en una conferencia de prensa, Johnson anunció el envío de nuevas tropas, lo que aumentaría el total de soldados estadounidenses hasta 175.000. Tuvo la extraña ocurrencia de presentarlo como el fruto de la decisión de no ir a la guerra. A juicio de Dean Rusk: «Nunca hicimos ningún esfuerzo por crear una psicología de guerra ... Nos parecía que, en un mundo nuclear, es simplemente demasiado peligroso que todo un pueblo se enoje de más, con lo que le quitamos importancia a propósito. Intentamos hacer con sangre fría lo que quizá solo se puede hacer con pasión».[13] Resulta llamativo comparar la voluntad de Johnson de lidiar una guerra con discreción —para no alterar la tranquilidad anímica del pueblo

estadounidense— con los estridentes llamamientos al patriotismo, al socialismo, al sacrificio y a la unidad nacional que dominaron las vidas de todos los norvietnamitas durante la década siguiente.

El columnista conservador Joseph Alsop escribió en el *Washington Post*, el 29 de julio: «Hay un componente de genuino patetismo (y roguemos a Dios que el patetismo no se convierta en tragedia) en el espectáculo de este hombre extraordinario de la Casa Blanca que lidia con el problema vietnamita, que tan desagradable le resulta, y que al mismo tiempo y sin descanso claramente ansía volver a dedicarse a obrar milagros en nuestro país, labor de la que tanto disfruta». Una vez que se enviaron las primeras fuerzas terrestres —y que Estados Unidos subió enormemente la apuesta en materia de vidas y prestigio nacionales—, tanto los políticos y los militares como los ciudadanos en general quedaron sometidos a una presión ingente para que todos se «subieran al carro», para acallar las disensiones y apoyar un compromiso que se había tomado en nombre del pueblo estadounidense, aunque sin que así lo comprendiera ni hubiera asentido. Incluso George Ball pidió a Walter Lippmann y otros escépticos que silenciaran las críticas, alegando que la agitación antibélica envalentonaba a Hanói. En un cóctel, Dean Rusk se encaró con William Small, el jefe de la división de noticias de la CBS; le clavó el dedo en el pecho y le soltó, furioso: «Todos los periodistas de Estados Unidos quieren ganar premios Pulitzer por sus reportajes, pero algún día os preguntarán de qué bando estáis, y no sé cómo leches vais a responder».[14]

El presidente todavía se molestaba más con las críticas. Después de haber disfrutado de una luna de miel con la prensa durante el primer año de mandato, a partir de entonces se habían distanciado mucho; Johnson estaba convencido de que los que no compartían la excelente imagen que él tenía de sí mismo estaban a sueldo de Bobby Kennedy. Cuando el senador Frank Church criticó abiertamente la política de Vietnam, Johnson comentó con enojo: «La próxima vez que ese Frank quiera un dique por ahí por Idaho, ¡que se vaya a pedírselo a Walter Lippmann!».

Las operaciones militares generan su propio impulso. En abril de 1965 Johnson había enviado marines y la 82.ª división aerotransportada para impedir que los comunistas se adueñaran de la República Dominicana. En

un clima de crisis, el afán por «apoyar a nuestros chicos» permitió al presidente obtener del Congreso, en breve plazo, una asignación de setecientos millones de dólares para actuar en el Caribe... y en Vietnam.

Desde el 22 de noviembre de 1963, ¿Lyndon Johnson llegó a vacilar en realidad sobre la escalada, o simplemente lo fingió, por ejemplo en las angustiadas conversaciones telefónicas con el senador Richard Russell y otros? Pese a todas las horas que destinó a debatir con los asesores militares y civiles, es razonable concluir que nunca pensó seriamente en adoptar un curso que pudiera hacer que sus compatriotas lo acusaran de debilidad, de doblegarse a la derrota. Además, Corea había sentado un precedente importante, al llegarse a la conclusión de que un resultado militar sin victoria, sin embargo, podía derivar en un acuerdo de paz aceptable. ¿A quién debemos atribuir la culpa? H. R. McMaster ha escrito: «La Junta de jefes ... no acertó a encararse al presidente, planteándole sus objeciones a la forma de abordar la guerra de McNamara. En su lugar intentaron moverse dentro de aquella estrategia, para, con el tiempo, ir eliminando las restricciones a una intervención mayor. No recomendaron emplear la fuerza total que, a su juicio, acabaría necesitándose en Vietnam».[15] El teniente general Bruce Palmer fue otro de los militares que acusó al EMC de no haberle dicho al líder de la nación que aquella escalada progresiva estaba condenada a fracasar casi con toda certeza: «Fueron incapaces de presentarse con una afirmación tan negativa, o de parecer desleales».[16] No obstante, los líderes de las fuerzas uniformadas se enfrentan a un dilema que se repite a menudo: tienen el deber de hacer realidad los fines de sus señores políticos, y además la necesidad de justificar la costosísima existencia de los ejércitos. Si los soldados estadounidenses no tenían en su mano derrotar a una banda de guerrilleros variopintos, entonces ¿cuál era su utilidad? Pese a todas las limitaciones de Westmoreland, no es justo culparlo de la decisión de enviar a un vasto ejército estadounidense por el mero hecho de que lo pidió. Parafraseando los versos de Tennyson sobre la carga de la caballería ligera, a él no le correspondía razonar, sino solo enviar a morir y matar. Quienes tomaron las decisiones cruciales fueron Johnson y McNamara. El almirante Sharp, comandante en jefe del Pacífico, se quejó de que todas las reuniones a las que el secretario de Defensa asistía

terminaban llegando a la conclusión que este deseaba; McNamara dirigía su departamento como si él mismo fuera un comandante de campo, no un gestor político.

En cuanto a Lyndon Johnson, no es casualidad que el presidente de Estados Unidos luzca el título de comandante en jefe de las fuerzas armadas. ¿Qué alternativas se le planteaban en 1964-1965? Algunos críticos modernos de la decisión de la escalada se niegan a reconocer que ceder la victoria a los comunistas suponía condenar al pueblo vietnamita a un futuro de la Edad de Hielo bajo la tiranía colectivista de Le Duan, como en efecto acabó sucediendo después de 1975. Frances Fitzgerald escribió: «En esta guerra no había "otro bando" ... No solo estábamos en el bando equivocado: *creamos* el bando equivocado ... Quienes iniciaron la violencia no fueron los vietnamitas, sino nosotros, al entrar allí ... En Vietnam estábamos intentando impedir que un gobierno local ascendiera al poder».[17] Pero estas palabras pasan por alto el carácter netamente antidemocrático e inhumano del régimen norvietnamita. Se antoja mucho más acertada la perspectiva del senador Eugene McCarthy, que afirmó, mucho después: «La cuestión moral, según la veía yo, se acabó reduciendo a la pregunta de si había alguna proporción entre la destrucción y el bien que podía resultarse de ella ... Uno empezaba con la convicción ... de que el pueblo de Vietnam del Sur quería tener una sociedad libre. Pero el precio de conseguirlo era la destrucción de prácticamente una comunidad al completo. Uno hace una valoración pragmática ... no la persigue hasta la destrucción completa».[18]

Aunque en la actualidad es evidente, en todas las sociedades donde se ha puesto en práctica, que la colectivización es un fracaso, en el siglo XX probablemente era inevitable, desde el punto de vista histórico, que las sociedades rurales empobrecidas —de forma destacada, China y Vietnam— intentaran poner en práctica las teorías de Marx y Lenin hasta que descubrieron por sí mismas que no eran viables. El coste humano fue espantoso; pero también lo fue el del intento estadounidense de impedir ese experimento por la fuerza de las armas. Doug Ramsey apunta que el comunismo ofrecía a los vietnamitas —con sus relaciones claramente estructuradas entre persona y familia, y entre familia y sociedad— una visión más plausible que la del individualismo liberal occidental.[19] En

1965, apenas cabía culpar a quien considerara que la paz a cualquier precio era preferible a continuar con la batalla asesina. El error fatal de Estados Unidos fue emprender una intervención casi ilimitada en Vietnam del Sur, donde el interés estratégico nacional era ínfimo, cuando el Norte —el enemigo— estaba dispuesto a apostarlo todo y no tenía necesidad de obtener ni renovar el apoyo popular. Lo que es más: en 1964-1965, cuando Estados Unidos tomó el poder en el Sur —pues esto fue lo que ocurrió—, legitimó el comunismo vietnamita.

¿En qué se basaría, pues, una acusación histórica contra la decisión de Lyndon Johnson? En que tomó sus decisiones pensando en sus propios intereses y los de Estados Unidos, no los del pueblo vietnamita; no atendió a ninguna proporcionalidad, según la definió Eugene McCarthy; no prestó atención a los consejeros que, con acierto e insistencia, recalcaban que apenas cabía duda de que aquella guerra fracasaría; y por último, en que engañó al pueblo estadounidense. Daniel Ellsberg, asistente de John McNaughton en el Pentágono en 1965-1966, comentó en tono amargo más tarde, cuando él también se hubo convertido: «Todo lo que hicimos se mantuvo en secreto frente a la opinión pública, todas las mentiras, las acciones ilegales que se preparaban, las acciones agresivas contra Vietnam del Norte».[20] El 27 de julio de 1965, el senador Mike Mansfield informó al presidente sobre una reunión que había mantenido aquella tarde con Fulbright, Russell y otros miembros destacados del Comité de Relaciones Exteriores: «En general, imperaba la tranquilidad de que vuestro objetivo no era implicaros a fondo, que pretendíais hacer solo lo necesario, en el campo militar, hasta el mes de enero, mientras [el embajador en Naciones Unidas Arthur] Goldberg y Rusk se centraban en intentar sacarnos de allí».[21]

Dean Rusk admitió que el envío de tropas fue casi clandestino: «No queríamos que Moscú y Hanói se encontraran con una situación radicalmente nueva». Así pues, en lo que atañía a los movimientos de tropas destinadas a Vietnam, «una semana no difería mucho de la anterior». La administración evitó cuidadosamente la exhibición de desfiles y regimientos que marcharan por las calles hacia los puntos de embarque en los buques y aviones. Robert McNamara se organizaba para enviar a más

soldados. Como muchos hombres de apariencia imperativa, el secretario de Defensa aceptaba los dictados de quienes eran todavía más fuertes que él, como Lyndon Johnson. Si el presidente lo invitaba a su residencia mientras McNamara estaba preparando una barbacoa para la comida dominical de la familia, el secretario no vacilaba en echar agua al carbón y subirse al coche, por mucho que el acto fuera una ocurrencia meramente social.

La posteridad ha encadenado a estos dos hombres a la guerra, en tándem. Aun así, tenían poco en común: el exquisito McNamara odiaba la vulgaridad de conducta y lenguaje de Johnson. No obstante, sentía un temor reverencial ante el poder y la fuerza de voluntad del presidente. Por su parte, el jefe valoraba la inteligencia, el carácter implacable y, ante todo, la lealtad de McNamara. Algunos meses antes, cuando ya era obvio que la guerra estaba saliendo mal, los amigos del secretario lo animaron a dejar el cargo. La verdad es que era incapaz de renunciar. Existe una contradicción desagradable entre el hecho de que él era consciente —más que la mayoría— de la debilidad probablemente irremediable del régimen survietnamita, y el hecho paralelo de mostrar una actitud cada vez más cruel ante críticos como George Ball. Era un hombre en una posición decisiva que se jactaba de su racionalidad, pero desde mediados de 1965 se tornó obsesivo y algunas de sus decisiones rayaban en lo demencial. La reputación del secretario de Defensa fue la más perjudicada por la implicación en la guerra.

El senador Mike Mansfield dirigió al presidente, el 27 de julio de 1965, la siguiente nota clarividente: «Lo que más perplejidad causa ... es que, incluso si se obtiene una victoria total, aun así el resultado es malo. ¿Qué se ha conseguido?».[22] Entre sus colegas del Comité de Relaciones Exteriores del Senado —admitió—, «todos han estado de acuerdo en que ... estamos enredados de muy mala manera en un lugar en el que no deberíamos estar; que la situación se escapa rápidamente de nuestro control; y que deberíamos dirigir todo el esfuerzo a liberarnos». Lyndon Johnson no podría alegar nunca que no le habían advertido sobre las consecuencias probables del rumbo que había adoptado.

En cuanto al enemigo, un cuadro señalado del FLN escribió que la perspectiva de una intervención estadounidense a gran escala «nos hacía prever, con inquietud, que la guerra se prolongaría y sería mucho más brutal. No era que nos faltara resolución o confianza en que acabaríamos obteniendo la victoria ... Pero si los estadounidenses actuaban con todo su poder, la violencia subiría de forma exponencial».[23]

2. Nueva gente, nueva guerra

A partir de aquí, los estadounidenses desembarcaron en Vietnam por legiones. El sanitario David Rogers tuvo que comprarse él mismo el billete para Oakland (California), donde le correspondía embarcar: «Parecía que nos estuvieran sacando furtivamente del país». La chica del mostrador de la aerolínea le preguntó si no deseaba también un billete de regreso. El vuelo fue tan extraño y nuevo para Robert Daniels —un chico negro de una calle pobre del barrio de South Side, en Chicago— que, en el avión que atravesaba el Pacífico, «yo estaba muerto de miedo, pensaba que no llegaríamos».[24] Tras un vuelo de diecisiete horas, se dijo a los recién llegados, reventados como estaban: «Bien, todo el mundo a formar en la pista»,[25] y se los apiñó en autobuses que los llevaron hasta un edificio blanco, de tableros. Les cambiaron el dinero por CPM (certificados de pago militar) y les asignaron literas en un cuartel temporal.

Cuando el sargento Jimmie Spencer llegó allí, en diciembre de 1965, «me parecía que era como si Estados Unidos se hubiera adueñado del país».[26] Spencer había nacido en Mobile (Alabama) en 1944, hijo de una madre soltera «mucho antes de que serlo fuera habitual».[27] Al principio se presentó voluntario para un período de tres años, pero, tras la licencia, echó de menos el servicio y se reincorporó. En Vietnam, primero formó parte de una unidad de las fuerzas especiales; sabedor de que estaba rodeado de suboficiales veteranos de Corea y la segunda guerra mundial, hacía todo lo posible por mostrarse a su nivel. A cada recién llegado se le daba el mismo consejo sobre cómo tratar a los vietnamitas: «Los agarras por los huevos, y los “corazones y mentes” van detrás». Spencer dijo: «Me sentía como pez

en el agua. Todos eran voluntarios. Yo estaba muy orgulloso de mi servicio. Estábamos haciendo lo que la gente había hecho en la segunda guerra mundial: ir a ayudar a la gente que lo necesitaba».

El capitán Gordon Sullivan dijo: «En 1965 decidimos que habíamos venido a ganar la guerra y queríamos que los vietnamitas se apartaran mientras la ganábamos ... Los estadounidenses tenían muy mal concepto del pueblo vietnamita». El capitán Henry Gole describió cómo él mismo y sus camaradas de las fuerzas especiales les decían a sus aliados vietnamitas: «¡A un lado! El primer equipo está aquí para arreglar este caos».[28] Algunos de estos jóvenes sabían tan poco sobre otras regiones de su propio país como sobre el país al que los habían transportado. Un cabo de la costa este le preguntaba a un auxiliar médico de Marina, originario del estado de Oregón: «¿Y todavía hay indios, ahí de donde vienes?».[29] El capitán Joseph Fitzgerald se fijó en que «a algunos soldados les molaba pasearse por Saigón armados a lo Wyatt Earp, con una pistola en una funda descubierta». La primera vez que el soldado de primera Reg Edwards sufrió una conmoción no fue en acciones de desolación y muerte, sino al comprobar que hasta los niños más pequeños fumaban, lo que le parecía espantoso: «Las primeras palabras en vietnamita que aprendí fueron *Thuoc la co hai cho suc khoe*, “Los cigarrillos son malos para la salud”».[30] En aquellas «Quimbambas», muchos pensaban con temor en las serpientes y recibían con aprensión los chillidos de los gibones en los árboles. Las sanguijuelas, que estaban en todas partes, les resultaban odiosas.

A la infantería se le repartía un machete, una herramienta para atrincherarse, una mina Claymore con cable y detonador a distancia, un poncho y su manta complementaria, un casco con funda y pasamontañas, repelente de insectos, una toalla caqui, correaje y cartucheras, pilas para la radio y un fusil M-14 semiautomático. Los suboficiales arengaban así a sus hombres: «A cien metros apuntáis a la entrepierna y acertáis en la cavidad torácica. A trescientos metros apuntáis a la cabeza y acertáis en la cavidad torácica». Les decían que los dueños de las plantaciones de caucho francesas simpatizaban con el comunismo y pagaban impuestos al Vietcong. Más abajo, en el delta, el sargento Mike Sutton trocaba las armas incautadas por cualquier cosa que su equipo de asesores pudiera necesitar

—incluso motores fueraborda de la Johnson, de cuarenta caballos— en lo que se conocía como «mercado verde». La nueva instalación de Estados Unidos en My Tho recibió el nombre de «Base Whisky», hasta que un oficial de la AIEU, inquieto por la asociación, lo hizo cambiar por el más sonoro *Dong Tam*: «A una sola voz». A los vietnamitas se les entregaban volantes que explicaban que los visitantes quizá recibirían bien determinadas frases en inglés, con sentidos como «Quiero la paz», «¿Echa usted de menos a su mujer y sus hijos?», «Somos civiles» o «Esta ruta es peligrosa». Lo más probable, sin embargo, era que los niños dijeran: «¡Hola! ¡No Vietcong! ... Vietnam Número Uno».

Los campesinos se divertían con las bromas de los soldados de a pie (los *grunts*, en la jerga habitual de aquella nueva guerra), que se ataban a la propia cabeza banderas del FLN y gritaban a los aldeanos: «¡Vietcong Número Uno!».[31] Un *jeep* de la infantería de Marina recogió a un oficial recién llegado de Estados Unidos, que quiso saber de qué se trataba cuando vio unas columnas de humo negro en el horizonte. «¿Es fuego entrante?», preguntó. «Comandante, no, por Dios —le dijo un soldado de primera—, solo están quemando los cagaderos.»[32] Por detrás de las tropas viajaba un séquito tremendo de equipos, vehículos y maquinaria: además de helicópteros y aeroplanos, había *jeeps*, camiones de dos toneladas y media y contenedores de acero (conex); millones de sacos de arena y millones de kilómetros de alambre; cientos de miles de toneladas de hormigón; un arsenal armamentístico increíble; unos pocos millones de profilácticos, para que no faltaran; miles de millones de cigarrillos, en aquellos días en los que casi todos los soldados fumaban tabaco, como mínimo. En 1966, los estadounidenses terminaron cincuenta y nueve aeródromos; cada mes partían hacia Vietnam seiscientas mil toneladas de provisiones; se firmaban cheques por un valor próximo a los 2.000 millones de dólares. Cuarenta y dos compañías de construcción militar trabajaban doce horas al día, mientras contratistas civiles como RMK-BRJ y DMJM llevaron dragas con cañerías de treinta pulgadas, volquetes de treinta toneladas, trituradoras de roca que procesaban cuatrocientas toneladas por hora, cabrestantes colosales, buldóceres, incluidos buldóceres blindados de la compañía Rome Plow que consumían casi tres mil litros de diésel al día...

Cavaban zanjas, construían muros protectores, levantaban cabañas de contrachapado de diez por cinco metros, con techos galvanizados que tocaban una retreta insoportable con la lluvia. Empresas como Pacific Architects and Engineers, Vinnell Corp, Computer Sciences Corporation, Dynalectron y muchas otras engordaron gracias al sistema *cost-plus*, que se traducía en que cuanto más gastaban —por ejemplo, en el alojamiento de sus propios empleados—, más beneficios obtenían. Frank Scotton dijo: «Los vietnamitas lo sabían y esto dañó la imagen de los estadounidenses como socios de confianza».

Un oficial de la CIA escribió sobre un contratista típico, con el que habló largo y tendido en el Bar de Mimi, en Saigón: «De complexión rubicunda y cuello de toro, con una camisa a cuadros que dejaba entrever el panzón ... Aquí está, en toda su gloria, el colono estadounidense, el antiguo conductor de camión o capataz de fábrica que se queda, año tras año, a mangonear a las cuadrillas de mano o camineros. Es el señor de una servil esposa vietnamita, o varias amantes, y el que mantiene el complejo de superioridad de Estados Unidos».[33] Aunque tal clase de persona quizá habría replicado a esta imagen desdeñosa que él era un hombre duro porque solo un hombre duro podía hacer negocios en aquel lugar duro.

Todo lo que rodeaba la guerra era duro —vehículos, cañones, proyectiles, aviones, chalecos antibalas, munición, raciones enlatadas, contenedores, la voluntad del enemigo— salvo la carne humana y, en su mayoría, el suelo que se pisaba. Entre todo ello, soldados y civiles cubrían el país con una red de bases, carreteras nacionales y otras vías permanentes, y PX: los economatos militares. Cada día se distribuían, para cada militar estadounidense, unos cuarenta y cinco kilos de pertrechos y víveres, una carga casi insostenible para las instalaciones portuarias y aeronáuticas de un país asiático relativamente primitivo. El robo a escala industrial se tornó endémico. Los camiones daban saltos por carreteras maltrechas, a toda velocidad, obligando a apartarse a los campesinos y sus pesados búfalos de agua; los Huey, a baja altura, levantaban nubes de polvo sobre los incontables tendederos. En las zonas de montaña, la propaganda estadounidense «volvía blancos los bosques», según un oficial comunista;[34] en 1968, el MACV lanzaba cuatrocientos millones de panfletos al mes. Uno

que se tenía por especialmente efectivo se dirigía a las tropas que bajaban por la Ruta de Ho Chi Minh: «Poema de un soldado norvietnamita a su madre». En amplias zonas de Laos y Vietnam del Sur, la defoliación aérea hizo desaparecer los bosques, más aún, la vegetación al completo.

Cuando la enfermera del ejército Sharon Bystran salió de Oakland en julio, a bordo de un barco que transportaba a tres mil soldados, no le pasó por alto que —aun en aquella fecha temprana— un grupito de manifestantes hostiles enarbolaba banderas en la costa. Aquella mujer de Oregón, a sus veintitrés años, estaba exaltada por lo que preveía que sería una aventura: «Creo que es emocionante descubrir lo desconocido».[35] Cuando llegaron a puerto, en Qui Nhon, sin embargo, su primera sensación fue de repugnancia, por el hedor. Se unió al personal del 85.º Hospital de Evacuación y, durante el año siguiente, acumuló una experiencia equivalente a diez años de enfermería. Pero resultaba difícil ser una mujer en un entorno que era abrumadoramente masculino porque para muchos oficiales importantes, las enfermeras eran una fuente de discordias. El capitán que dirigía una cantina no quería ni verlas: «Me explicó que era mejor librar una guerra sin mujeres alrededor ... Me parece que tenía la voluntad de ser fiel a su esposa y no le gustaba la idea de que hubiera mujeres por allí, que le recordaban sin parar que las mujeres existían». Aprendieron a ducharse en grupo, con el tiempo que les correspondía: treinta segundos de agua a cada una. «Solíamos decir: “una en la ducha, una en la pila, una en el cubo”. La norma era no cerrarse en el lavabo salvo cuando tenías la regla. Entonces te dejaban un poco más de intimidad.»

Mientras tanto, los nuevos soldados empezaron a combatir, a «buscar y destruir». Phil Caputo escribió: «Eran patrullas y operaciones sin modelo. Sin frente, sin flancos y sin retaguardia, luchábamos en una guerra informe contra un enemigo informe que se evaporaba como la niebla matinal de las selvas, para materializarse de nuevo en algún lugar inesperado. La mayor parte del tiempo no pasaba nada; pero cuando pasaba algo, pasaba de golpe y sin aviso».[36] Westmoreland había invocado aquellos refuerzos extraordinarios partiendo de la convicción de que el Vietcong también intensificaba sus propias operaciones y planeaba asaltos a una escala que exigiría la presencia de batallones de maniobra estadounidenses. George

Ball, por el contrario, era escéptico: «No tenemos datos para suponer que el Vietcong librará la guerra a nuestro estilo ... Independientemente del número de soldados que enviemos, parece improbable que el [general Giap] tenga la amabilidad de adoptar nuestros métodos de combate preferidos».[37]

Los hechos dieron la razón a Ball: en muchos de los primeros enfrentamientos de los estadounidenses participaron solo grupos reducidos del Vietcong, pues un guerrillero típico normalmente entraba en combate un día de cada treinta. El empeño bélico comunista en el Sur se sostenía gracias a 380 toneladas diarias de víveres y municiones, nueve décimas partes de las cuales se generaban localmente. Desde el Norte solo hacía falta enviar treinta y cuatro toneladas diarias, el equivalente a la carga de siete camiones de dos toneladas y media, aunque de hecho se repartían ante todo con bicicletas y porteadores. El Estado Mayor Conjunto informó, en agosto de 1965, de que la cantidad de pertrechos que Hanói enviaba al Sur «queda esencialmente a su elección». La infantería estadounidense, nada más llegar, tuvo que despejar extensiones sucesivas de unas selvas casi impenetrables. En palabras de un suboficial: «Si llegaba a haber contacto, el enemigo no se quedaba a combatir; lo más habitual era que dejara atrás a su francotirador ocasional, atado en lo alto de un árbol ... En la jungla de la Meseta Central tenías suerte si podías ver algo a más de seis metros. A veces la vegetación era tan densa que el reabastecimiento era casi imposible».[38] En aquellos primeros días intentaban ascender las montañas con chaquetas antimetralla de casi diez kilos de peso, lo que provocó muchas bajas por deshidratación.

Aunque tanto el ejército de Tierra como el Cuerpo de Marines batallaban con algo más de eficacia que la mayoría de las formaciones del ERVn, sus jefes políticos, en Washington, habían errado al suponer que la mera aparición de los estadounidenses bastaría para abrir camino a la victoria. El capitán Andrew Comer fue oficial ejecutivo del 3.º Batallón del 3.º Regimiento de marines durante la operación Starlite, de agosto de 1965: un asalto anfibio contra la península de Batangán, cerca de Danang. Aunque sus superiores calificaron la acción de exitosa, para Comer la batalla fue caótica. El comandante de un carro blindado «abrió fuego con la ametralladora contra un chico de unos diez años, desde 70 metros».[39] El

capitán corrió hacia la zanja donde el niño se había refugiado, «vio que estaba ileso y desarmado y le dijo que se alejara de allí». Se acercó al tanque con la intención de protestar ante el tirador, pero el estruendo del motor era demasiado potente.

El conductor de un LVT* reaccionó con histeria a los morteros enemigos; dio marcha atrás y atropelló repetidamente a varios estadounidenses heridos, causando la muerte a cinco de ellos. Cuando Comer intentó detenerlo, el conductor «desbocado ... no me hizo ningún caso y estuvo a punto de arrollarme a mí también». El capitán no pudo evitar el asco al contemplar la cabeza de una de las víctimas, un hombre al que reconoció: la cabeza, todavía con el casco, quedaba a sus pies, mientras el resto del cuerpo estaba atrapado entre la oruga. Además, Comer se ofendió porque determinado soldado fuera condecorado con una Estrella de Plata: «La verdad es que se evacuó a sí mismo del campo de batalla, subiendo a un helicóptero que lo dejó en Chu Lai ... No puedo recordar que hiciera nada heroico». Nuestro oficial de marines escribió, ya en 1991: «He contenido la cólera por aquella acción del blindado en la Colina 30 durante veintiséis años, y siento que no puedo irme a la tumba sin revelar estos hechos ... Quiero que quede constancia de ellos».

Una directriz del Estado Mayor general de Vietnam del Norte, promulgada el 10 de junio de 1965, exigía a todas las unidades que emitieran informes detallados sobre los encuentros con fuerzas estadounidenses, para poder extraer conclusiones tácticas. Decretaba: «Mantengan al enemigo constantemente a la defensiva, en actitud de reacción. Oblíguenle a combatir en nuestras condiciones ... en un constante estado de tensión psicológica, para erosionar su fortaleza ... Embosquen y aniquilen a los grupos menores ... Realicen ataques con zapadores, aislados e independientes».[40] Se instaba a las unidades a buscar la ocasión de acometer a los grupos de rescate o socorro, así como crear tensiones entre los «narilargos» y las tropas del régimen de Saigón. La principal debilidad de los recién llegados —a juicio de la cúpula militar de Hanói— era la aversión a las bajas: «Si lográramos llevar a cabo algunas acciones a corto plazo en las que las unidades estadounidenses resultaran aniquiladas, eso les generaría confusión, tanto política como militar».

Aunque la mayoría de los batallones estadounidenses sufrieron bajas, ni de lejos fueron tan graves como las que se producirían uno o dos años más tarde. Entre marzo y agosto de 1965, el 1.º Batallón del 3.º Regimiento, por ejemplo, perdió al 10 % de sus hombres, con más de un centenar de muertos y heridos. Pero en las batallas de la primavera siguiente, una compañía podía perder a todos esos hombres en tan solo una hora. Los nuevos tenían un concepto muy profesional de sí mismos, en palabras de un oficial «orgulloso y seguro de sí»: habían adquirido todas las virtudes militares «a costa de reducir la capacidad de compasión».[41] El capitán Walt Boomer «estaba dispuesto a hacer lo que fuera para llegar a Vietnam, porque temía que la guerra me pasara de largo. Me creí completamente el cuento de que los comunistas se iban a apoderar del mundo y ese era el sitio de detenerlos. Ya entonces en los institutos los alumnos decían: "Para nosotros, esta guerra no tenía ningún sentido", pero yo los consideraba unos atontados».[42]

Jimmie Spencer contemplaba divertido la extravagancia de las comunidades rurales vietnamitas: «¡Ahí había gente que no sabía siquiera qué había al otro lado de la montaña en la que vivían!». Los soldados aprendieron a odiar a los habitantes de los poblados próximos a la localización de emboscadas que causaban muertes o mutilaciones, porque aquellos hombres y mujeres de rostro inexpresivo por fuerza tenían que conocer a los perpetradores, saber dónde se habían ocultado hasta las primeras horas de la mañana —uno de los horarios favoritos para asesinar a los estadounidenses—. En agosto de 1965, Doug Ramsey puso por escrito cómo deploraba «que los marines estadounidenses, en respuesta a unas pocas balas de algún francotirador, prendieran fuego a poblados enteros, de forma deliberada y unilateral».[43] Ramsey y John Vann también recopilaron un informe sobre la pacificación en la provincia de Hau Nghia que suponía una crítica feroz al régimen de Saigón: «Los actuales líderes, miembros del gobierno y funcionarios de la provincia y el distrito [no sintonizan con] la mayoría rural de la población: no proceden de ella, no piensan como ella, no saben gran cosa de ella ni responden a sus deseos».[44] La estructura social se había transformado por obra del programa asesino de los

comunistas: casi todos los terratenientes y las familias relativamente acomodadas habían muerto y huido, y en las aldeas y poblados solo quedaban campesinos pobres que sucumbían a la fuerza de los dos bandos.

El asesor estadounidense del jefe local situado por Saigón en Vinh Kim lo describió como un hombre «honrado, justo, dinámico, de obvia competencia militar. Paso a paso ha dado a los campesinos la sensación de que Vinh Kim está razonablemente protegida del acoso del Vietcong». En agosto de 1965, Marguerite Higgins, siempre optimista, escribió un reportaje sobre esta figura admirable, titulado «Ciudad vietnamita recobra la prosperidad».[45] Pero los lugareños odiaban al «Señor D.», como se lo conocía, al responsabilizarlo del aluvión de proyectiles y bombas que caía sobre ellos. A la postre fue sustituido por un oficial que, como logró frenar el bombardeo, se hizo enormemente popular.

Para muchos estadounidenses, las cabañas de bambú y paja, con interiores oscuros en los que apenas había unas cazuelas y jergones humildes, no eran hogares de personas reales que merecieran respeto. Los vietnamitas contemplaban con aparente indiferencia cómo los soldados y marines inspeccionaban las paredes y los pajares a bayonetazos. Phil Caputo escribió: «Yo sonreía con aire de estupidez y me ponía a arreglar lo estropeado con grandes aspavientos. Ve usted, señora, nosotros no somos como los franceses. Somos el soldado bueno, lo mejor de Estados Unidos. Le gustaremos, acostúmbrese».[46] Caputo quedó decepcionado al comprobar que no todos sus infantes de Marina —de los que tan orgulloso estaba— poseían una humanidad comparable a su talento combativo: «Algunos no eran tan buenos y decentes. Muchos reñían con mezquindad por celos, odios y prejuicios. Y el arraigado idealismo de los estadounidenses encajaba mal con su arrogancia».[47] Su sargento comentó que en Corea había visto a algunos hombres ajustar la mira de los fusiles disparando contra campesinos: «Antes de marcharse, señor, descubrirá usted que una de las cosas más brutales que hay en el mundo es un estadounidense cualquiera de diecinueve años».

Estaba pensando en hombres como el cabo primero Marion McGhee, jefe de un equipo de tiro del 3.º Batallón del 3.º Regimiento de marines, que el 12 de agosto de 1965 salió del perímetro de la unidad anunciando que iba

«a la caza de un VC». Dos hombres fueron en pos, y oyeron un disparo y un grito; acto seguido vieron que McGhee regresaba tranquilamente hacia ellos. Contó que había matado a un guerrillero y que volvería a por más. Luego se comprobó que había abierto a patadas la pared de una cabaña en la que una familia dormía, había apresado a una chica de catorce años y, cuando su padre intentó intervenir, lo abatió de un tiro. En el consejo de guerra posterior alegó locura —la excusa habitual en cientos de casos parecidos, durante los años siguientes— pero se le acabó condenando por asesinato no premeditado, por lo que pasó seis años en la cárcel.[48] La mayoría de los infantes de Marina y soldados de Tierra no eran como el cabo McGhee. Pero desde los primeros días de la intervención de 1965 quedó claro que sería muy difícil convencer al pueblo survietnamita de que la escalada respondía a sus intereses.

Es tanto lo que se debe contar sobre los que cometieron actos de maldad o crueldad, que también hay que hacer hincapié en que no faltaron los estadounidenses excelentes. David y Mai Elliott dejaron constancia de algunos en su crónica de las acciones del delta del Mekong. El comandante William Willcox, originario del Medio Oeste de Estados Unidos, «se entendía de maravilla con los vietnamitas y encarnaba todas las virtudes de su nación. Habría valido como modelo del asesor perfecto».[49] Cuando Willcox completó su período de servicio, David rogó al MACV que ampliaran su estancia; pero los procedimientos del ejército estadounidense eran inexorables y el comandante siguió su camino. Elliott lamentaba la situación porque «estaba cogiendo el tranquillo a cómo funcionan las cosas aquí, a moverse con soltura». Otro héroe, a criterio de los Elliott, fue el alférez de Marina Henry Klein, que cierto día se presentó en My Tho para organizar una operación fluvial y destacó por el entusiasmo con que se esforzaba por aprender sobre la población y las costumbres locales: «No contemplaba la misión como un trabajo de catálogo». A los pocos meses, recibieron con tristeza la noticia de que Klein había muerto: «Era un chico ideal, la flor de la juventud estadounidense, que había perdido la vida haciendo algo inútil». Durante un tiempo, se unió a Sid Berry el capitán Peter Dawkins, también exalumno de West Point, que el 8 de abril de 1966 fue la foto de portada de *Life*.

También iban llegando participantes de las naciones aliadas a las que Washington les reclamaba deudas y favores. Los surcoreanos enviaron un contingente que ascendió hasta dos divisiones de Tierra y una brigada de Marina; se los tenía en buen concepto, por su capacidad de combate, y a la postre más de quinientos de sus hombres perdieron la vida; al mismo tiempo, no obstante, se los responsabilizó de varias masacres de civiles, tristemente famosas. Filipinas envió una brigada. Estados Unidos contaba con un socio poderoso en Australia desde que Paul Hasluck asumió la cartera gubernamental de Exteriores, en 1964. Fue uno de los defensores más firmes de la teoría del dominó, en una fase en que las tropas australianas ya se estaban enfrentando a las indonesias en Borneo. Hasluck, como el primer ministro Robert Menzies, estaba convencido de que Australia tenía el deber de respaldar sin fisuras a los estadounidenses en el sudeste asiático, como había hecho antes en Corea. Menzies y Hasluck hicieron caso omiso de las advertencias de periodistas influyentes como Denis Warner, que en diciembre de 1964 escribió que Vietnam del Sur se había convertido en un «impaís». Arrastraron tras de sí al gobierno de Nueva Zelanda, que temía que la guerra no reportaría nada bueno pero se sentía obligado a seguir el liderazgo de un vecino mucho mayor.

El 28 de abril de 1965 los gobiernos de Sídney y Saigón llegaron a un acuerdo para el envío de tropas de combate; no tardó en ponerse en camino un batallón (reforzado con un contingente neozelandés) que acabó alcanzando dimensiones de brigada, con elementos de apoyo y fuerzas especiales. Uno de esos hombres —el teniente Neil Smith, de diecinueve años a la sazón— contemplaba el panorama boquiabierto, sorprendido en particular por los negros y latinos: «En aquellos días era raro verlos en Australia. Y nunca habíamos visto tanto equipo militar, en toda la vida: no sabíamos ni que existían tantos aviones y helicópteros». El primer ministro Menzies se enfrentó resueltamente a quienes criticaban la acción,[50] pero esta supuso un coste importante para sus sucesores: antes de que la década terminara, su valiente gesto de apoyo a Estados Unidos se convirtió en un tema dominante de la política australiana.

Desde aquel momento, aunque los estadounidenses consideraban que los grandes actores de aquella guerra eran ellos mismos, las muertes recaían abrumadoramente sobre los vietnamitas; simplemente, desde el punto de vista de Washington (y quizá también del mundo en general) eran mucho menos importantes que los hombres de Westmoreland. Doug Ramsey describió así la expansión de las fuerzas saigonesas: «Estábamos forjando, en vez de un ejército, una fachada cada vez mayor: una superestructura de acero, con M-113, carros de combate Patton y aviones de reacción, apoyada sobre los pies de una sociedad que no llegaban ni a ser de barro».[51] Los vietnamitas sufrieron la crueldad íntima de la lucha civil con una intensidad inconcebible para los extranjeros. Cierto piloto de helicóptero voló a Hue para recuperar la bolsa de un cadáver del ERVn y, por la etiqueta, descubrió que se trataba de su hermano. Tran Hoi, piloto de un Skyraider, dijo que antes de emprender el vuelo en la primera misión survietnamita contra el Norte, «mientras aceleraba el motor, rogué a nuestros antecesores que, si podían oírme, no permitieran que mi hermano estuviera aquel día bajo las bombas, entre los soldados enemigos».[52]

La esposa de Ly Van Quang (un coronel de la fuerza aerotransportada) mantuvo correspondencia durante toda la guerra con su hermano, que estaba en el Norte, y era un general famoso del ENv; las cartas pasaban por París. Un día Quan le gritó a su mujer, exasperado: «¿Intentas que me ejecuten, cruzando todas estas cartas con el enemigo?».[53] El enfado no la disuadió. Para ella, como para tantos vietnamitas, la lealtad familiar era superior a todas las demás. Cuando uno de sus nueve hijos falleció en el campo de batalla, a la postre pudo recibir noticias sobre la muerte gracias al hermano de Hanói.

Uno de los programas más imaginativos de la CIA consistió en crear una emisora de radio en Saigón, conocida como «Casa 7», desde la que mujeres vietnamitas leían por las ondas extractos de las cartas y diarios incautados a soldados del Norte en la Ruta de Ho Chi Minh. La emisora se llamaba a sí misma «Madre Vietnam», y estaba concebida para desmoralizar a los que se infiltraban, bombardeándolos con datos que hacían hincapié en la perdición inminente. Como tantas operaciones similares, sin embargo, la Casa 7 tuvo consecuencias inesperadas: una de

las locutoras quedó tan conmovida por las historias que leía en voz alta que abrazó la causa comunista. Los sucesivos jefes de la CIA se enamoraron de las bellas locutoras de la emisora y, sin apenas excepciones, acabaron trabando relaciones con alguna de ellas.

El estrépito de las palas de rotor se había convertido en la banda sonora de la batalla, tan familiar para los combatientes como el chasquido de amartillar un fusil o el silbido de la estática de la radio. Cuando los soldados del Sur pilotaban los Huey hacia la batalla, se dirigían las despedidas usuales, tirando a supersticiosas: «¡Que no sea a ti al que arranquen hoy la "tercera pierna"!». Los comunistas desplegaban el armamento automático cada vez con más eficacia contra los aparatos que volaban bajo. Un piloto vietnamita dijo: «Salvo que uno lo haya vivido, nadie sabe lo solitario que es volar de regreso de una misión habiendo perdido al que te hacía de ala».[54] Los helicópteros podían durar mucho, pero su supervivencia también dependía mucho de la suerte. Nguyen Van Uc pilotaba un CH-34 y se vio inmerso en un tiroteo temible en el que recibieron muchos impactos. Nadie sufrió siquiera un rasguño, pero al aterrizar, el jefe de la tripulación señaló hacia arriba y dijo: «Tendríamos que estar muertos».[55] La bala de una ametralladora pesada había atravesado una de las barras de control de los rotores; si la hubiera partido, la aeronave se habría estrellado.

La intervención estadounidense desconcertó a muchos cuadros del Vietcong que, en Año Nuevo de 1965, preveían que la victoria sería inminente. En las zonas controladas por las guerrillas hubo un nuevo impulso tanto de austeridad como de pureza ideológica; así, se prohibieron las radios personales para vetar el acceso a la propaganda saigonesa. Hubo una campaña de boicoteo de los productos estadounidenses, que apenas hizo mella. Los comunistas siempre subestimaron el atractivo de los bienes de consumo: se apreciaban en particular las camisas y pantalones de nailon. En el delta, cuando fallecía un guerrillero que vestía tales prendas de moda, desnudaban el cuerpo y sus ropas las lucía desde entonces el comandante de la sección. Un testigo civil afirmó: «¡Debo decir que la frialdad de corazón de los VC más acérrimos es admirable!».[56]

En su mayor parte, el Vietcong mostró más fortaleza, en los campos de batalla, que las fuerzas gubernamentales. Las manifestaciones de arrojo de los soldados del Sur parecen casi más conmovedoras porque apenas se las celebraba. El mundo nunca tuvo noticia del teniente de la infantería ligera que, al mando de una posición rodeada, solicitó un ataque aéreo contra su propia granada de humo rojo, lo que causó la muerte de él mismo y la mitad de su sección pero salvó la vida al resto de su compañía.[57] No hubo titulares para el chico de doce años que guio a lugar seguro al piloto de un F-101 de la fuerza aérea estadounidense, que se estrelló en una zona controlada por el Vietcong; unos helicópteros rescataron de su poblado a la familia de aquel niño antes de que los comunistas pudieran vengarse de ellos.[58] Un soldado de las FP —Nguyen Van Moi, de Duc Lang, en la provincia de Chuong Thien— recibió dos galardones a la bravura, que se diría fueron excepcionalmente merecidos, porque hablamos de un anciano de setenta años.

Giong Dinh era un puesto avanzado pequeño, situado unos cincuenta y cinco kilómetros al sur de Saigón, que a las 2.25 de la mañana del 3 de octubre de 1965 fue blanco del ataque de un grupo numeroso de VC. En el tiroteo inicial murieron dos de los cinco vigilantes de guardia; los cañones sin retroceso destruyeron dos búnkeres, y luego hubo una lluvia de proyectiles de mortero. Nguyen Van Thi —el comandante del puesto, de treinta y cinco años— se retiró con quince hombres al único búnker y la única atalaya supervivientes. Le dijo a Man, el operador de radio, que solicitara apoyo de la artillería, pero el aparato dejó de funcionar. A continuación hubo una hora de tensión con destellos esporádicos de fuego por ambos lados. Varios atacantes irrumpieron en el complejo y apresaron a dos hombres, cuatro mujeres y cuatro niños; luego obligaron a las mujeres a exigir la rendición de sus maridos, o de otro modo sacrificarían a los rehenes. Thi se negó y sus hombres lanzaron un aluvión de granadas.

Un defensor se arrastró hasta el búnker de las municiones, donde, tras un tiroteo, logró apoderarse de más granadas y regresar hasta la posición de Thi. El jefe del distrito había empezado a supervisar el ataque desde su cuartel general, a unos ocho kilómetros del lugar, y pidió que la artillería acometiera la posición asediada. Entre tanto, Man consiguió reparar la

radio. Su esposa, de diecinueve años, acuclillada a su lado, ajustó el fuego de apoyo a un radio de menos de veinticinco metros de su propio búnker. Al salir el sol, los cañones habían disparado 550 proyectiles. El Vietcong se retiró y dejó tras de sí a tres muertos de sus propias filas, otros dos heridos y doce armas. A las 9.30, una columna de apoyo de las Fuerzas Regionales alcanzó Giong Dinh, donde hallaron a doce muertos, entre miembros del destacamento y familiares; a diez, los comunistas los habían asesinado a sangre fría. Por esta clase de acción, los estadounidenses habrían premiado a Thi y sus camaradas con una gran cantidad de Estrellas de Plata, quizá incluso alguna Medalla de Honor. Para los vietnamitas, sin embargo, no hubo más recompensa que la demora de su ejecución, pues eran conscientes de que deberían abordar ordalías similares una y otra vez.

La idea de que los asesores estadounidenses eran indispensables para las tropas survietnamitas planteó una cuestión importante: si el FLN no disponía de una asistencia similar, ¿cómo podría librar su parte de la guerra? La respuesta era obvia: los comunistas estaban más motivados y se manejaban mejor. Uno de los golpes más astutos de la propaganda de Hanói fue que, aunque sus fuerzas dependían del armamento extranjero, el personal ruso y chino permanecía oculto en gran parte de las zonas del Norte y nunca acudía a las del Sur. En cambio, los estadounidenses erraron al no percibir qué daño causaba la presencia de sus propios oficiales codo con codo con toda autoridad vietnamita. El primer ministro survietnamita, Nguyen Cao Ky, escribió: «Era característico del modo de actuar estadounidense que no prestaran atención a las apariencias ... En Vietnam del Norte había cientos de miles de soldados chinos, más una importante presencia soviética, pero ni los chinos ni los soviéticos organizaban conferencias de prensa o emitían declaraciones. Eso se lo dejaban a los norvietnamitas».[59] Poco después de que Nikita Jrushchov cayera (lo que ocurrió en octubre de 1964), los rusos empezaron a proporcionar técnicos para formar a los norvietnamitas en materia de defensa aérea —y al principio, a veces, para disparar misiles—, pero tal generosidad no les evitó el desdén de sus anfitriones.

En 1965, ambos bandos sangraban con profusión. Doug Ramsey dejó constancia de un episodio en la provincia de Binh Dinh, en el que ataques aéreos masivos, combinados con el bombardeo de «formaciones militares sospechosas», causaron 1.100 bajas vietnamitas de las que, tras examinar los cadáveres, solo quince resultaron ser comunistas armados. Le enfurecía que los aviadores estadounidenses tendieran a suponer que si divisaban una hilera de figuras de negro es que habían detectado una formación militar, cuando era más probable que se tratara de campesinos labrando un campo. «Si esas figuras huían —un impulso muy humano y normal—, esto solía empeorar las cosas, porque algunos pilotos lo interpretaban como una confirmación de sus sospechas.»[60] Dan Hickman, piloto de un Huey, admitió que solían tomar por culpable a cualquiera que corriese: «Hice abatir a un tipo que resultó estar desarmado. Corría como si llevara una mochila, así que ordené que le disparasen, porque el enemigo estaba muy cerca. Resultó que solo llevaba un saco de pescado, aunque yo sigo creyendo que estaba reuniendo reservas para el Vietcong local».[61] Los comunistas aprendieron a sacar partido de estos prejuicios de los aviadores, e instaron a sus cuadros a no moverse cuando un avión los sobrevolaba, gesto que los pilotos consideraban de inocencia.[62]

Sin embargo, las privaciones y la artillería infligieron pérdidas terribles tanto en las formaciones norvietnamitas enviadas al Sur como en los Vietcong locales. En mayo de 1965 Le Duan había moderado mucho las expectativas. En una nueva carta para la OCVnS, reconoció que no podían contar con ningún acuerdo político inminente: «Todavía no ha llegado el momento de negociar y pactar», y admitió que había subestimado la fuerza de voluntad de los estadounidenses. Entre las fuerzas del Sur, en el mes que se inició el 19 de octubre, el 320.º Regimiento del ENv informó de la muerte de 166 hombres, más la baja de otros 199 heridos; el 33.º Regimiento tuvo 170 muertos y 232 heridos; el 66.º, 208 muertos y 146 heridos; y todas estas cifras, probablemente, fueron inferiores a las reales. Además, enfermedades crónicas como la malaria y el beriberi incapacitaron a la mitad de los soldados de algunas unidades del ENv en el Sur. Uno de sus oficiales escribió, más adelante, que la moral estaba decayendo;[63] era habitual que los soldados rompieran de pronto a llorar. Empezó a costar que

se cumpliera con la disciplina sanitaria; unos hombres seguros de que iban a morir pronto no se molestaban en lavarse. Los oficiales políticos encargados de censurar las cartas leyeron con consternación que bastantes soldados se consideraban condenados a morir: de hambre, si no por las bombas o las balas. En el campamento se oían cancioncillas lastimeras:

> Es más fácil marchar hasta la Meseta que hallar el camino de casa.
> Faltan el arroz y la sal, el corazón se entumece.
> Hay enfermos, pero no medicinas.
> ¿Para qué amarse unos a otros?
> El cangrejo está inmóvil sobre la tabla de cortar,
> sin que ya le importe cuándo caerá el cuchillo.

Los ataques del Vietcong contra las ciudades menores contribuyeron a socavar la confianza en el gobierno de Saigón, pero nunca terminaban con victoria. El 261.º Batallón emprendió un asalto nocturno al centro del distrito de Cai Be, en el delta, con blancos como la oficina de correos, la comisaría y el cuartel de la guardia civil; pero la respuesta, con fuego de artillería y acometidas de Skyraider, causó doscientas bajas entre los VC. Un testigo civil contó que, al amanecer, contempló la retirada de los supervivientes: «Se los veía tristes y cansados, con muchas ausencias entre sus filas; la mayoría llevaban los fusiles de dos o tres muertos».[64] Otro ataque contra una importante posición del gobierno en Phu My concluyó con un fracaso similar y la muerte de cuarenta y dos hombres, pertenecientes todos ellos a una compañía del 514.º Batallón del Vietcong.

El 17 de mayo de 1965, los responsables de seguridad de la OCVnS emitieron una directriz titulada «Operaciones de seguridad contra la policía títere», que pedía a los cuadros locales «aprovechar toda ocasión de matar a los líderes enemigos y los matones despiadados, intensificar los ataques políticos tendientes a sembrar el miedo y la confusión entre el enemigo y ... obtener apoyo entre los grados inferiores de la policía».[65] Un miembro del politburó de Hanói se jactó en cierta ocasión, ante la jefa de la base local del SIS británico, de contar con agentes en todos los ministerios y poblaciones del Sur. La espía —Daphne Park— respondió con tono

resuelto: «Si es así, ¿por qué les parece necesario ahorcar a los jefes de los poblados?». El vietnamita contestó: «Porque somos leninistas y Lenin creía en el terror revolucionario».[66]

La célula espía de los comunistas en Saigón disponía de una lista de objetivos con unas doscientes figuras del régimen meridional. Entre las víctimas más notables figuraba el presidente de la Asamblea Constituyente Nacional. Después de tres atentados frustrados, una mañana, cuatro agentes comunistas montados en motocicletas lograron adelantar al coche presidencial y dispararon cuatro tiros, uno de ellos letal. Para alegría de Hanói, las noticias de la BBC informaron de que había sido asesinado por el régimen de Saigón, supuestamente porque era un rival para el poder;[67] el presidente Thieu se vio obligado a negarlo en público. La misma célula comunista plantó una bomba en la trasera de un vehículo que entró en el cuartel general de la policía nacional y explotó en el interior, matando o hiriendo a diecisiete oficiales.

Como investigadora de campo de la RAND, Duong Van Mai quedó impresionada por la voluntad implacable de un destacado cuadro del Vietcong al que entrevistó como prisionero de guerra: «Ver las pruebas no te hace cambiar de opinión; pero sí te hace sentir más temor porque comprendes que quizá ganen».[68] Acabó adoptando un punto de vista muy habitual, aunque incoherente: «Odiaba la guerra y deseaba la paz, pero una paz tal que impidiera la victoria comunista».[69] Frank Scotton desarrolló sentimientos igualmente confusos: «De pronto me asaltó la idea de que venceríamos por el medio de invertir un caudal de recursos y aportar cientos de miles de soldados, pero que venceríamos de un modo erróneo ... cubriendo Vietnam con una avalancha de material y asolando los campos».[70] Por las calles de Estados Unidos, y en particular de Washington, las protestas contra la guerra habían comenzado a atraer a miles de personas, y no todos eran jóvenes reclutas en potencia. El 2 de noviembre de 1965, Norman Morrison (un cuáquero de Baltimore, de treinta y un años) emuló a los bonzos suicidas de Saigón y se quitó la vida ritualmente, prendiéndose fuego frente a la ventana del despacho de McNamara.

La primera gran batalla de la nueva guerra tuvo lugar en el valle de Ia Drang, en la Meseta Central, un escenario predilecto del ENv como zona de iniciación para las tropas que acababan de llegar del Norte. Los campamentos de las fuerzas especiales —de los que terminó habiendo un centenar por todo Vietnam— destacaban como blancos de singular atractivo, porque casi todos estaban situados fuera del alcance del apoyo artillado estadounidense. Harold Johnson, jefe del ejército estadounidense, se mostró «horrorizado» por la actuación de unas fuerzas especiales que, a su entender, consumían unos recursos desmesurados. Su personal —según la desdeñosa perspectiva de Johnson— estaba integrado por «fugitivos de la responsabilidad que ... han encontrado un refugio en el que sus actividades no se hallan sujetas a un examen demasiado riguroso».[71]

Mike Eiland —un oficial de las fuerzas especiales que dirigió a equipos de reconocimiento de la etnia jemer *krom*, que se adentraban en Laos y Camboya— compartía el escepticismo de Johnson. Más adelante afirmó: «La pregunta existencial es: "¿Qué hicimos de bueno?", y me temo que la respuesta es: "No mucho". La información con la que los equipos regresaban era de muy escasa calidad».[72] Cuando los comunistas atacaban algún campamento de las fuerzas especiales siempre causaban daño y, a veces, desastres menores. Después de que el 19 de octubre de 1965 la base de Plei Mei sufriera un asalto, Westmoreland ordenó a la 1.ª división de caballería «buscar y destruir» a las unidades enemigas responsables del valle de Ia Drang. A los comandantes norvietnamitas les pareció bien porque deseaban poner a prueba el valor del nuevo enemigo. El coronel Nguyen Huu An aseveró que la «operación "Bayoneta de Plata"», del MACV, «nos dio la oportunidad de empezar a matar estadounidenses».[73] En una reunión de la comandancia, que ocupó dos horas del 13 de noviembre y fue calificada de «histórica» por el coronel, expuso el objetivo: aprender a combatir contra el enemigo, abordándolo en una serie de acciones a escala de compañía y batallón: «Apalearíamos a los estadounidenses igual que habíamos derrotado a sus marionetas».

El 14 de noviembre sus hombres iniciaron un enfrentamiento salvaje y prolongado, después de que sus concentraciones en la «ZA Rayos X» fueran atacadas por el 1.º Batallón del 7.º Regimiento de caballería del

coronel Hal Moore, con el apoyo de B-52. Aquella mañana el coronel An se dispuso a recorrer a pie el embarrado y difícil camino de la montaña de Chu Pong, en compañía de su grupo de mando, de treinta hombres. Justo antes del mediodía, entre el fuego y las explosiones incesantes de los alrededores de Rayos X, estaba apoyado en su bastón, estudiando el terreno, cuando un oficial de su Estado Mayor lo agarró y lanzó al suelo justo antes de que las bombas de un Stratofortress abrieran varios cráteres sobre el terreno. An se puso en pie, se sacudió la tierra de encima y se encogió de hombros, diciendo que cuando tantos proyectiles volaban alrededor, solo el capricho de la providencia decidía si un hombre sobrevivía o no, estuviera en pie o postrado. Le dijo a su grupo de mando que se instalaran en los nuevos cráteres y encargó a un batallón que atacara a los estadounidenses justo antes del amanecer del día siguiente, el 15. An describió así lo que sucedió a continuación: «Durante unos quince minutos, el enemigo fue presa de la confusión, luego contraatacó con ferocidad». La batalla se prolongó durante todo el día y durante la noche sobrevolaron la zona C-130 lanzando bengalas; los cañones de 105 milímetros dispararon treinta y tres mil proyectiles. Cuando los comunistas retomaron el asalto, a primera hora del día siguiente, un batallón del ENv se perdió de camino al punto de salida, y los demás se hallaron inmersos en un desafío a ultranza. Un general estadounidense escribió, años más tarde: «Se produjeron algunos de los combates más feroces de la historia de Estados Unidos, casi todos dentro de la extensión de un campo de fútbol».

Para la caballería, la fase más letal de la batalla llegó el día 17. Al mediodía, uno de los batallones de An estaba tomando las raciones cuando los exploradores avisaron de que las tropas estadounidenses se acercaban. El ENv se desplegó con suma rapidez y emboscó al inexperto 2.º Batallón del 7.º Regimiento, cuyos hombres avanzaban en una fila larga entre las hierbas altas conocidas como «hierba de elefante». Durante las dos horas siguientes, grupos reducidos de estadounidenses libraron acciones confusas de cuerpo a cuerpo, tan próximas que era imposible convocar el apoyo aéreo o de la artillería. Para An, la situación no fue menos «tensa, complicada y difícil». Desde su perspectiva, los combates más duros se desarrollaron entre las 14.00 del día 17 y las 20.00 del 18.[74] Al final los

estadounidenses pudieron organizar ataques de la artillería y la aviación que causaron bajas especialmente graves entre los corredores y oficiales de enlace del Norte, hombres obligados a moverse sin descanso por el campo de batalla, que a menudo desaparecían sin dejar rastro. Se ensalzó la actuación del 66.º Regimiento, aunque su coronel se desvaneció misteriosamente al empezar los combates y no dio señales de vida hasta tres días después, cuando alegó que se había perdido; el mando recayó sobre el comisario político La Ngoc Chau.

Una avalancha de proyectiles, bombas y balas estadounidenses terminó obligando al ejército norvietnamita a interrumpir la acción. *A posteriori* aseguraron que enfrentarse a la infantería norteamericana no era tan terrible, aunque, en palabras del coronel An, «esto no significa que luchar con los estadounidenses fuera fácil, en contra de lo que han dicho algunos de los nuestros. Su potencia de fuego era devastadora. Tenían muchos aviones, muchas bombas, mucha artillería. Eran personas prácticas que aprendían con rapidez de la experiencia y su tecnología era impresionante ... Eran astutos e ingeniosos, y a veces lograban corregir por completo una situación táctica desfavorable».[75]

Tras las batallas de Ia Drang, los dos bandos se atribuyeron la victoria. La caballería calculó que había matado a más de diez comunistas por cada soldado propio caído. Algunos estadounidenses destacados apuntaron que el enemigo no podría soportar por mucho tiempo un castigo de aquel calado. Westmoreland defendió que Ia Drang —que terminó de hecho el 26 de noviembre— ponía de manifiesto la importancia del potencial aéreo y artillero en apoyo del «buscar y destruir». El MACV cifró en 3.561 los muertos del enemigo. Por parte de los estadounidenses, en el 2.º Batallón del 7.º Regimiento hubo 151 muertos, 305 en el total del batallón, con un número de heridos proporcional. Sin embargo, además de que los enemigos de los comunistas exageraron las bajas sufridas por estos, los comandantes norvietnamitas —de una forma tan implacable como constante— no se dejaron acobardar por las pérdidas. Así, después de Ia Drang, los comandantes celebraron una conferencia triunfalista en el cuartel general del Frente B3, que presidió el comandante de la Meseta Central, el general de brigada Chu Huy Man. El coronel An escribió: «No he visto casi ningún

campo de batalla en el que todos estuvieran tan felices y animados. Todo el mundo, amigos y extraños por igual, se daba la mano para felicitarse mutuamente por la victoria». Los comunistas, al igual que los estadounidenses, inflaron el resultado y aseguraron haber «aniquilado» (una de sus palabras favoritas) varios batallones estadounidenses.

Resulta fácil mostrarse cínico con los espectáculos anuales de Bob Hope en las Navidades vietnamitas, o con las visitas de otras estrellas de Hollywood a la zona de guerra; pero los hombres de servicio adoraban cada minuto de su estancia. Un equipo de asesores estadounidenses recibió con entusiasmo la aparición en el delta de James Garner, Robert Mitchum o Henry Fonda, y recibieron con especial alivio que Ann-Margret encajara bien el haber atrapado a dos suboficiales que, entre risas, espiaban el caseto mientras ella se desvestía.[76] El coronel Sid Berry y su equipo de asesores en My Tho organizaron una fiesta de Navidad fuera del cuartel general, en un antiguo seminario, que acogió a trescientos familiares del personal vietnamita, entre ellos «algunos de los niños más monos y preciosos que yo he visto nunca. Casi todos nosotros, los estadounidenses, paseábamos entre aquella muchedumbre de humanidad infantil empapándonos de amor y felicidad y ternura y alegría y compasión».[77] Los gigantescos visitantes extranjeros repartieron helados, pasteles y un regalo para cada niño, frente a una pantalla con dibujos animados. Con el infinito ingenio propio de los estadounidenses, aún crearon otro toque estacional: un controlador aéreo avanzado se acercó a lanzar un torrente de papelitos blancos con el texto: «Nieve. Por cortesía de la F[uerza] A[érea] de EUA y la sección G-3».

En la edición del 7 de enero de 1966 del programa de música *country* de la emisora estadounidense AFN Vietnam, Roger Miller cantó «Attaboy, girl, that’s a way to make me cry», luego sonaron Eddie Arnold, Carl Smith, Tennessee Ernie Ford. A Sid Berry le gustaron especialmente «I’m in love with the girl on the billboard on the highway who wears nothing but a smile» y «As I left , the window curtains waved goodbye».[78]

Para entonces había en Vietnam cuatro divisiones y un total de casi doscientos mil soldados, pero Robert McNamara transmitió a Harold Johnson que aún no era suficiente. Si los norvietnamitas no cesaban en su empeño, proponía duplicar los números del ejército de Westmoreland durante 1966, con un probable nuevo incremento hasta los seiscientos mil hombres en 1967: «Cabe esperar que los estadounidenses muertos en acción asciendan a un millar al mes», añadió aquel obseso de las estadísticas.[79] No obstante, haciendo gala de una confusión mental mayor aún que la de Duong Van Mai, el caudillo ejecutivo de las fuerzas armadas estadounidenses ya estaba advirtiendo, en privado, que quizá los chinos se sumarían a la guerra y que Estados Unidos, a lo sumo, podía confiar en una «retirada honrosa».[80] El 21 de enero de 1966, McNamara confesó a un grupo en el que figuraban Arthur Schlesinger y J. K. Galbraith que «la solución militar no le parecía viable ... Se le ve abrumado, preocupado por la posibilidad de que la escalada no tenga fin».[81] Schlesinger escribió, acabada aquella conversación: «Los militares están decididos y tienen la convicción de que pueden "ganar" la guerra». A los liberales informados no se les escapó la ironía de que, al mismo tiempo que McNamara perdía la confianza, en un giro asombroso Dean Rusk la adquiría: el secretario de Estado tomó la antorcha de manos del secretario de Defensa y la portó en alto durante todo 1968. Los íntimos de McNamara empezaban a tener claro que, casi dos años —e incontables cadáveres— antes de su tardía marcha, estaba acosado por la incertidumbre e incluso el pesimismo. Resulta extraordinario que, pese a albergar tanta inquietud, optara por seguir en el cargo.

En primera línea de fuego, se lamentaba el sargento Jimmie Spencer, «resultó que no eran los 100 metros lisos, sino una maratón».[82] Sid Berry escribió a su hogar diciendo: «No quisiera estar en ningún otro lugar ... Estoy convencido de que es justo e importante que estemos aquí. He llegado a sentir mucho respeto y afecto por los vietnamitas. Aunque las circunstancias son más difíciles de lo que nuestro país pueda llegar a imaginar, lo sobrellevan muy bien. Pero nos aguarda un camino muy largo. Espero que nuestro país y nuestros compatriotas tengan la madurez, el aguante, la paciencia, el coraje y la fe necesarios para seguir combatiendo

tanto tiempo como sea necesario».[83] La culminación de la escalada bélica, el punto más alto de la escalera mecánica, se divisaba a lo lejos. Lo que nadie podía ver, sin embargo, era que allí se encontrara el éxito, ni siquiera en apariencia.

12

«Como intentar agarrar humo»

1. COMBATIENTES Y ESQUIADORES

Nunca hubo una sola guerra de Vietnam, sino cincuenta guerras distintas, según donde cada cual luchara o —en el caso de nueve de cada diez infantes— hiciera alguna otra cosa. Andy Finlayson, comandante de una compañía, riñó en cierta ocasión a un cabo de ingeniería encargado de las posiciones porque sus hombres se negaban a cavar hoyos u ocuparlos. «Esa mierda no es cosa nuestra —dijo y repitió el suboficial, con terquedad—, eso es tarea de la infantería.»[1] Los hombres de la artillería —con la excepción de los observadores avanzados— estaban expuestos a un riesgo mucho menor que los soldados de a pie. El capitán Chuck Hood, un virginiano de treinta años que comandaba una batería de cañones pesados, halló que aunque sus hombres tenían que afanarse con dureza entre el polvo, el barro, la lluvia o el calor —con la carga máxima, los enormes 175 milímetros necesitaban cambiar el tubo cada trescientos proyectiles—, lo más complicado era aliviar el aburrimiento, «intentar inventarse cosas nuevas para que no abandonaran el estado de alerta y tenerlos alejados de los poblados locales y de beber todo el rato».[2]

Estaban allí durante solo un año, y los oficiales de infantería, en su mayoría, tan solo servían seis meses con una compañía antes de que los trasladaran a funciones de Estado Mayor. Westmoreland hizo hincapié en que los períodos tenían que ser más largos, pero la Casa Blanca no quiso atender la petición. El límite quizá fuera necesario desde un punto de vista político, pero desde la perspectiva de las operaciones resultaba corrosivo: entre los soldados de campo estadounidenses había pocos que realmente hubieran acumulado experiencia, con la salvedad de algunos *lifers*.[*] Quizá unos dos tercios de los hombres que regresaban a su patria llamándose veteranos —con derecho a lucir la medalla y hablar sobre sus problemas de estrés postraumático— no quedaron expuestos a más riesgo que a los de la propia imprudencia: contraer una enfermedad venérea o tomarse drogas «de mierda».

El personal de apoyo, técnico y logístico podía trabajar en algún gigantesco complejo de bases sin ver a más vietnamitas que las lavanderas y camareras, y siendo su problema más grave que las cabañas hedían a combustible JP-4 y cañería de urinarios. El paracaidista Gene Woodley contó que la bahía de Camranh representaba «la mayor sorpresa de mi vida. Había surfistas. Había coches grandes y tráfico. Había mujeres con ropa a la moda y hombres trajeados. Dije: "Oye, ¿esto qué es? ¡Pero si es mejor que estar en casa!"».[3] Dwyte Brown, operador de un radar de la Marina, era de la misma opinión: «La bahía de Camranh era el paraíso, tío. Vamos, que si juntabas un poco de dinero, era para quedarse a vivir. Me trataban como a un rey».[4] Brown ganaba cuarenta libras al día durante el «servicio en tiempo de guerra», con una alimentación a base de langostas y bistecs, y pasaba buena parte de las horas en la sala de control organizando cintas de música para un capitán que le devolvía el favor prestándole a Dwyte el *jeep*. A las afueras de An Khe, el 1.º de caballería creó su propio centro de ocio en la vecindad, una «Ciudad del Pecado». Un soldado podía ir a una tienda de suministros (Clase 6) y comprar dos medios galones de ginebra Gilbey por 1,65 dólares la botella;[**] una chica revisada por el personal médico le costaría de cinco a diez dólares.

Richard Ford, un negro de la infantería, dijo de otro campamento: «No me podía creer que Nha Trang fuera un trozo de Vietnam porque había cuarteles, agua caliente, cantinas con tres comidas calientes y aire acondicionado. Era como estar en una playa, en un centro turístico ... Ahí jugaban al fútbol y baloncesto. Los blancos. Eso me sacaba de quicio. Todo ese montón de blancos en la retaguardia».[5] Los boinas verdes de la isla de Phu Quoc hacían esquí acuático y surfeaban en una bahía cercana al delta del Mekong. Un visitante occidental escribió sobre los espectadores vietnamitas: «A los niños les parecía divertido chapotear en el agua y ver a aquellos gigantes rubios deslizarse agarrados de una cuerda, pero los viejos se quedaban atónitos y murmuraban entre ellos. Incluso en Vietnam del Sur, nunca me he sentido tan odiado por mi altura y mi color de piel».[6]

Quién iba a parar a cada destino era una cuestión casi del todo arbitraria. El asistente médico Charlie Shyab llegó al país haciéndose la ilusión de que continuaría con los mismos hombres con los que se había formado y con

los que ya había establecido una relación. Sin embargo, como casi todos los hombres de reemplazo, lo enviaron a enfrentarse a un peligro mortal entre extraños.[7] El teniente John Wright salió de la sala de asignación de Danang con la cara pálida, y a un amigo le dijo solo, lacónicamente: «Puta suerte»; lo enviaban al 1.º Batallón del 9.º Regimiento de marines, apodado «los muertos vivientes» porque el índice de bajas era espantoso. Cuando el auxiliar médico David Rogers completó el servicio con la infantería de campaña lo enviaron a un hospital de Cu Chi: «Los médicos y las enfermeras eran todos oficiales y comían juntos y ligaban entre sí. Yo había estado en la selva y de pronto me encontraba en un mundo de locos calcado al de *MASH*».[8]

El teniente Judd Kinne acompañó al sargento primero de la compañía a identificar cadáveres en el depósito de la división, una cabaña Quonset refrigerada en la que se sintió incómodo porque el personal escuchaba la AFN y se contaba chistes. El sargento inspeccionó la cuota de cadáveres del batallón, una parte de un total mucho mayor; todo estaba bien. «Era como un teatro a rebosar», dijo Kinne; y, con un escalofrío, pensó: «Yo no pienso volver a casa así».[9] Phil Caputo también estuvo ocupado en la morgue: «Si como jefe de una sección había sido un agente de la muerte, en aquel momento, como oficial del Estado Mayor, era el contable de la muerte».[10] Todos los muertos se parecían mucho —pensó—, daba igual si en vida habían sido blancos, negros o amarillos. La piel se convertía en sebo, de forma que los cadáveres se asemejaban a muñecos de cera, con «las pupilas de un gris apagado, las bocas abiertas como si la muerte los hubiera atrapado a medio gritar». Cuando un rostro resultaba irreconocible, se lo identificaba mediante los archivos dentales.

Entre los que acudieron a liberar Vietnam, unos pocos cayeron en la desesperación. Sid Berry se lamentaba de que su capellán caminara siempre aferrado a un arma y no se quitara la chaqueta antimetralla ni de día ni de noche. «Habla con la gente sobre lo horrible que es la guerra y cree que hay VC por todas partes. Pregunta en serio si creemos que la guerra se habrá acabado por Navidad ... No podemos permitirnos que un hombre de Dios vaya sembrando el miedo. Debería aportar certidumbre y la tranquilidad de la fe.»[11] Aquel capellán presa del pánico fue sustituido.

Otros vivían con peligro, pero con exotismo. El Equipo A de las fuerzas especiales de Ban Don, cerca de la frontera con Camboya, usaba elefantes para el abastecimiento y ponía banderas estadounidenses en el lomo de los animales para no atraer las bombas de sus propios compatriotas. George Bonville, que era dado al romanticismo, contemplaba las aguas del delta desde las inmediaciones de su cuartel, en un atardecer balsámico, y pensaba: «¿Por qué se ha entablado un combate por el control de este lugar? Es un paraíso agrícola en el que cualquier ser pensante puede vivir, trabajar y estar a gusto. Solo gente malvada puede hacer la guerra en un lugar como este... Aunque ¡jobar!, ¿yo no soy acaso parte de ellos? Solo que yo no empecé el desastre. Confiaba solo en ponerle fin».[12] Un comandante que estaba a punto de culminar el período de servicio y regresar a su país aconsejó a Bonville que no arriesgara la vida, porque la causa no lo valía. Estados Unidos —a juicio de aquel escéptico ya canoso — tenía que haber cortado las amarras en 1964. «Tú ten cuidado, chico. Aquí ya hemos perdido a demasiados oficiales buenos y jóvenes. Yo ascendí combatiendo en Corea. Allí era distinto, los coreanos eran duros y estaban decididos a detener a los rojos, y el terreno se prestaba a la defensa. Este sitio es como un colador, con Laos y Camboya. Tú no te expongas. Este sitio está perdido.»[13]

En cuanto al panorama en general, en una conferencia del Estado Mayor general del ENv, celebrada en la Corte del Dragón, se estuvo de acuerdo en que cuantas más tropas enviaran los estadounidenses, mayores serían sus dificultades.[14] Allí se confirmó la estrategia ya existente de Hanói: como blancos primarios siguieron figurando el ejército y las tropas populares de Saigón, porque si estos se derrumbaban, Estados Unidos ya no podría justificar su intervención. En 1966 Hanói se marcó unos objetivos colosales: eliminar a entre 250.000 y 300.000 hombres del ejército del Sur, y de 25.000 a 30.000 estadounidenses; destruir un millar de aviones y helicópteros; ocupar el 80-90 % de las zonas rurales. Pretendían reforzar a los combatientes comunistas en el Sur —el «Campo de batalla B»— hasta alcanzar los 400.000 guerrilleros, 90.000 lugareños y 200.000 soldados del ejército regular (ENv).

La historia bélica del propio Vietnam ha atestiguado que tales objetivos eran del todo inalcanzables: «El plan que se aprobó era simplista y no era

realista ... no reflejaba nuestra capacidad real ni prestaba la debida atención a [el impacto de] los ataques [aéreos] contra nuestras líneas de abastecimiento, que creaban unos problemas enormes».[15] La organización logística era «confusa y desorganizada ... Algunas unidades de las que se enviaron a combatir eran de escasa calidad». Los cronistas de Hanói también admitieron que habían subestimado la capacidad de combate de los estadounidenses e incluso del ERVn.

Las jefaturas del ejército norvietnamita, por un lado, y del Vietcong, por otro, persiguieron propósitos paralelos que a veces entraban en conflicto. Hubo tensiones entre los miembros del Sur y los camaradas del Norte, algunos apodados despectivamente por los VC «los comeespinacas» porque su dieta era tan deficiente que podía incluir hasta plantas acuáticas. Le Duan y sus partidarios en el politburó deseaban enfrentamientos grandiosos. Giap no quería manejar unidades extensas porque, a su juicio, con eso Westmoreland podía sacar el máximo partido a la superioridad de su artillería. El hecho de que, en 1966, se enviara al Sur a otros quince regimientos puso de relieve que en Hanói se estaban imponiendo los halcones y menguaba, por el contrario, la influencia del vencedor de Dienbienphu.

El comisario político del Vietcong de la provincia de Long An analizó las actividades de enero de 1966 de la 173.ª brigada aerotransportada con el mismo detalle con que el coronel An, del ENv, había examinado dos meses atrás la del 1.º de caballería. Para los guerrilleros, las primeras experiencias de ataques aéreos fueron terroríficas: «El aire se llenó de helicópteros que zumbaban como moscas, y a los pocos momentos el campo ... estaba repleto de soldados estadounidenses. En cuanto sonaba un disparo, aunque fuera solo uno, solicitaban que la aviación y la artillería lo arrasaran todo. Gastaban bombas y proyectiles como si el mañana no existiera. Nuestros combatientes llegaron a la conclusión de que las tropas estadounidenses eran lentas pero podían disponer de recursos ilimitados».[16] Los tanques y los transportes blindados «se arrastraban por los arrozales como cangrejos ... machacando los cultivos ... del pueblo».

El Vietcong de Long An había planeado lanzar un gran ataque frontal contra un batallón estadounidense durante la temporada de combates de

1966. Después de estudiar a los enemigos, sin embargo, se convencieron de que no eran lo bastante poderosos. Así pues, optaron por ganar tiempo, ir acumulando fuerza y mantener asaltos de la guerrilla, a una escala relativamente menor. Los VC consideraban que los soldados estadounidenses se movían con mucho descuido y a menudo no percibían a sus enemigos ni a pocos metros de distancia. Tenían un miedo evidente a las minas y las trampas explosivas, que había que aprovechar; los estadounidenses también eran vulnerables durante las paradas regulares.

Entre tanto, en Washington, John McNaughton y Bill Bundy crearon una lista de la compra para Robert McNamara cuyos objetivos de 1966 eran muy similares a los de Hanói. La primera meta era «desgastar» —así lo llamaban— al enemigo a un ritmo mayor que el de generación de sus refuerzos. Querían reducir entre el 10 y el 50% las bases seguras de los comunistas. Requerían un incremento de entre el 30 y el 50% en la accesibilidad segura por tren y carretera, y ampliar la población controlada por el gobierno en un 50-60%.[17] Más adelante, los críticos reprobaron este hincapié en las mediciones estadísticas de los avances, características de McNamara y sus protegidos, pero también de la Corte del Dragón, en Hanói.

En febrero, dos nuevas divisiones del Norte se desplazaron hasta la provincia costera de Quang Tri, del I Cuerpo. Esto despertó entre los comandantes aliados el temor a que el enemigo lograra aislar aquella punta del país y se hiciera con el control de todo lo que estaba situado por encima de la cadena montañosa que se levantaba al norte de Danang. El cuerpo de infantería de Marina de Estados Unidos pasó buena parte del resto del año —más aún: del resto de su participación en la guerra— intentando impedirlo. Hubo fuertes discusiones sobre si Westmoreland destinaba un exceso de tropas a las operaciones de «buscar y destruir» y descuidaba las de «limpiar y mantener», es decir, las de asegurar el control de territorios. El capitán Chuck Reindenlaugh —un asesor destinado en Xuan Loc, al este de Saigón— envió una carta a casa el 30 de enero de 1966 en la que describía el asombro que le causaba la enorme efectividad de un enemigo que manejaba tan solo armas pequeñas, morteros y valor: «Nuestra debilidad se explica porque no somos capaces de situar hombres en cada aldea, poblado o asentamiento ... Ellos atacan donde no hay fuerzas

destacadas ... Imagina un partido de fútbol [americano] en el que uno de los equipos viste los uniformes típicos y se atiene a las normas de juego dictadas por la Liga Nacional. El otro equipo, en cambio, no lleva uniforme, de hecho se viste a propósito para confundirse con los espectadores. Este equipo juega sin reglas, no respeta los límites del campo, no reconoce el silbido del árbitro y, cuando recibe la presión en su propia meta, el *quarterback* se esconde el balón debajo de la camisa y, como si nada, se marcha a las gradas y te reta a encontrarlo. Los menos espabilados responden aullando: "Matadlos, quemadlos, destrozad las aldeas que dan refugio a los VC". Eso es lo que el Vietcong espera que hagamos y frenarlo es muy difícil».[18]

Robert Komer —más conocido por el apodo de *Blowtorch* («Soplete»), el exmiembro de la CIA y el CSN, famoso por su dinamismo, que ocupó un cargo con el improbable nombre de «asistente especial del presidente en materia de pacificación» y en mayo de 1967 fue elegido jefe del programa CORDS (de «apoyo al desarrollo revolucionario y las operaciones civiles») en Saigón— siempre se mostró crítico con el «buscar y destruir», que a su entender perjudicaba el objetivo de conquistar los corazones y las mentes de los vietnamitas. No cabía duda, en todo caso, de que el pueblo survietnamita no comprendía las sutilezas de la táctica de Westmoreland, ni de la «guerra de una clase mejor» que los admiradores de su sucesor, Creighton Abrams, afirmaron luego que este puso en práctica. Muchos estadounidenses se sintieron también desconcertados: un teniente de la infantería de Marina, frustrado, le dijo a un periodista que los combates eran «como intentar agarrar humo: cuando abres el puño, no hay nada».[19] Para la cuestión del despliegue nunca podría haber una respuesta buena: nunca hubo —ni podía haber habido— un número suficiente de soldados estadounidenses para buscar al enemigo en su terreno y, al mismo tiempo, proteger las zonas pobladas de Vietnam del Sur.

Anochecido el 17 de enero, el Vietcong se atribuyó una presa destacada. Doug Ramsey, el jefe de la pacificación en aquella zona, viajaba en la cabina de un camión que transportaba ayuda civil a las inmediaciones de Cu Chi, pese a que la hija del jefe provincial local se lo había desaconsejado repetidamente. De pronto Lo, el conductor, gritó: cien metros más adelante se agachaban dos figuras armadas, con camisa azul y

pantalones negros; detrás de un terraplén se alzaba la cabeza de un tercer hombre.[20] Ramsey levantó su carabina, una AR-15, pero al no tener certeza de dónde estaban los VC, no abrió fuego de inmediato. Durante unos breves segundos creyó haber superado sano y salvo la emboscada —pues no de otra cosa se trataba—. Pero pronto las balas comunistas empezaron a atravesar los sacos de arroz de la caja y el vehículo se detuvo porque una bala había atravesado la pierna del conductor. Ramsey se volvió y apretó el gatillo en una docena de ocasiones. Lo, el conductor, comunicó que el motor estaba inutilizado. El estadounidense juró y maldijo, y más que lo habría hecho, de haber sabido que la máquina solo se había calado. Lo bajó del camión con las manos en alto y cayó de rodillas en posición de súplica. Otras balas del Vietcong perforaron una lata con unos veinte litros de combustible, a los pies de Ramsey, de la que un chorro salió despedido hacia la frente y los ojos del estadounidense.

Mientras se esforzaba por despejar la vista, oyó pasos detrás del camión. Gritó: «*Toi dau hang*!» («¡Me rindo!»), dejó el arma y salió de la cabina, también con los brazos en alto. Convencido de que iba a morir, y encogido por el miedo, musitó para sí mismo palabras poco originales: «¡Oh, mierda!». Pero los captores estaban tan emocionados con la presa que no pensaron en matar a nadie. Era jóvenes y estaban felices, en particular después de apoderarse de la carabina, el reloj de pulsera y la billetera de Ramsey. Devolvieron la libertad al conductor y, tras atar al estadounidense a una cuerda, se adentraron en la espesura. Ramsey inició aquí una cautividad que se prolongó durante siete espantosos años, algunos de ellos en una jaula de bambú; y aquí concluyeron a su vez las fantasías de ser el Lawrence de Indochina que él, como Vann, Scotton y más tarde Frank Snepp, se complacieron en abrigar.

2. FUEGO POCO AMIGO

En febrero de 1966, cuando Lyndon Johnson tuvo noticia de que el 1.º de caballería había lanzado una misión de búsqueda y destrucción bautizada con el expresivo nombre de operación Masher («Aplastador»),[*] el presidente intervino en persona para pedir que las claves fueran más eufemísticas. De Whitewing («Alablanca»), como se la conoció al final, se afirmó que había causado la muerte a 1.342 enemigos; en el transcurso del

año, la caballería calculó que mataba a una media de diez comunistas al día. En 1966, de hecho, el MACV atribuyó a cada unidad destinada al país la muerte de un VC diario. Pese a todo, no bastaba para compensar la acumulación de fuerzas de los comunistas. El 5 de febrero, el coronel John Chaisson, oficial del Estado Mayor de la infantería de Marina, escribió a su esposa Marguerite, a la casa familiar de Maine: «Cuanto más voy viendo de esta guerra con estas posiciones fortificadas, más pienso en las guerras de la frontera con los indios».[21] Chaisson lamentó el «ritmo lento y cansino con que se rescata al país de las garras del terror del Vietcong ... Podemos defender nuestras posiciones para siempre, pero esto no nos lleva a ningún lado». Dada la espesura de las selvas, una patrulla podía tardar toda una semana en recorrer cincuenta kilómetros de montaña.

El 9 de marzo hubo otra debacle vergonzosa en un campamento de fuerzas especiales, cuando el ejército norvietnamita atacó A Shau, unos cincuenta kilómetros al suroeste de Hue. Entre los 360 irregulares del campamento, muchos optaron —razonablemente, quizá— por asaltar los helicópteros que venían a rescatar a diecisiete asesores estadounidenses; estos abrieron fuego para repeler a sus propios compañeros. En la confusión derivada, cinco estadounidenses perdieron la vida y solo la mitad de los vietnamitas se reincorporaron en algún momento al servicio. El teniente coronel de la infantería de Marina Charles House, que encabezaba el escuadrón de rescate, recibió la Cruz Naval... y también una reprimenda formal por haber informado con sinceridad sobre el caos vivido a unos periodistas.

En abril, el general de división William DePuy, jefe de operaciones de Westmoreland, asumió el mando de la 1.ª división, que defendía Saigón de los ataques que venían por el noroeste, desde Camboya. Se convirtió en el comandante más fanático del país, y dirigió dos reinados del terror en paralelo, uno contra el Vietcong, el otro contra sus propios oficiales. Las operaciones Abilene, Lexington, Birmingham, El Paso y Amarillo barrieron las zonas rurales con el apoyo de un «fuego de acoso» nocturno, sin uso de observadores: artillería que lanzaba salvas esporádicas contra pistas que era probable que el enemigo usara o zonas en las que se lo podía privar de descanso. Entre tanto, el pequeño general iba prescindiendo de todos aquellos subordinados que le parecían débiles. Surgió una leyenda oscura sobre «el Chinook de medianoche» que se llevaba a los

comandantes de batallón caídos en desgracia, que recibían, según se decía, un «DePuyazo».

Su carácter implacable atrajo la atención crítica del general Harold Johnson, que le dijo irritado: «Yo creo que a un líder de verdad se lo conoce porque saca el mayor partido posible a los medios que tiene».[22] La réplica de DePuy fue inmoderada: si había despachado a un G-2 era porque se trataba de «un oficial gordo y desarreglado sin la más mínima cualidad militar»; un G-5 despedido era «un oficial del todo inadecuado, sin iniciativa, imaginación ni empuje; inútil». Sobre el comandante de un batallón del que también había prescindido, escribió: «La primera vez que vi a C., tuve la poderosa sospecha de que era débil ... perdió completamente el control de su batallón y sufrió una gran cantidad de bajas innecesarias sin causarle ni una al Vietcong».

Nadie ponía en duda la energía de DePuy, pero su forma de mandar contribuyó en muy poco a conquistar los corazones y las mentes, ya fuera de los vietnamitas o de los propios estadounidenses. Harold Johnson le escribió: «Es muy popular decir: "Enviemos una bala, no a uno de los chicos" ... [pero] creo que nos centramos demasiado en la potencia de fuego».[23] DePuy no modificó nada.

El asesor George Bonville se sentía agotado por las exigencias físicas de la vida diaria con una unidad del Sur: «Levantarse a las 3.30 de la mañana, un desayuno rápido, cargar camiones para My Tho, subir [a lanchas de desembarco] para un ataque anfibio al rayar el alba en algún punto del Mekong —o montarse en helicópteros Huey para un transporte al interior de la Llanura de los Juncos—, matar/apresar a unos pocos VC, luego salir. Por lo general esto supone retirarse de la zona de operaciones atravesando unos 10-15 kilómetros con un calor abrasador, atascándonos en los arrozales, vadeando canales embarrados entre los bosques de bambú y palmeras de los manglares para luego, si hay suerte, volver ya tarde a Cho Gao ... La monotonía del arroz con algo del pollo escuálido de la zona y las insípidas verduras de lata nos mataba el apetito. Las encías empezaban a hundírsenos ... Además tuvimos que emprender turnos de radio nocturnos —dos horas por hombre— porque nos dimos cuenta de que con el estruendo de nuestra propia artillería no oiríamos un ataque».[24]

El terror del Vietcong era incesante. Bonville describió un episodio típico en el que la señorita Anh, mecanógrafa del cuartel general del distrito vecino, fue asaltada durante la noche en la casa de sus padres. Le dieron un culatazo en la cabeza, con un fusil, y mataron a su hermano a puñaladas porque la joven se negó a colaborar con un ataque contra el complejo de los asesores estadounidenses. Bonville escribió: «Tendría como veinte años, era una cristiana devota, muy bonita, toda una dama. Mi equipo solía sentarse en el porche por la mañana y la contemplaba en el paseo de acceso al trabajo, con su largo *ao dai* al viento y un parasol a juego para proteger su piel de alabastro. Ella hacía caso omiso de las miradas y uno se quedaba dudando de si que aquellos diablos extranjeros admirasen su belleza le disgustaba, o quizá no».[25] El asesor Mike Sutton bajó de un Huey en un poblado del delta donde encontraron una figura inerte colgada de cuerdas amarradas a un árbol; era el jefe del pueblo, al que habían destripado durante la noche. A la esposa la habían asesinado sin tanto arte, al hijo lo habían castrado. «Pensé: "¡Qué bárbaros!". Pero luego vi que los estadounidenses también hacían algunas cosas terribles.»[26]

Mike Eiland era un californiano de familia humilde que logró acceder a West Point. Se casó con la hija de un general tres días después de graduarse, en parte porque en aquellos días un anillo de boda era la única forma en la que un joven podía tener relaciones sexuales de forma regular, «aunque debería haber una ley federal que prohibiera a los cadetes casarse durante todo un año desde que salen de la academia». Pasó tres años aburriéndose como oficial de artillería en Alemania, hasta que abandonó la carrera convencional para pasar al combate. Durante su entrenamiento como boina verde —«el sombrerito molaba»— su gran temor era que la guerra terminara antes de que lo destinaran allí.[27] En Fort Bragg leyeron *Street Without Joy* («La calle sin alegría»), de Bernard Fall, y adoptaron el lema oficioso de «*Poussez*!», porque era lo que todos decían en una película que contemplaron durante la instrucción, sobre un equipo de la OSS destinado en la Francia ocupada, en 1944.

El 1 de mayo de 1966, tras recibir una información muy parca, lo enviaron como capitán de un Equipo A de doce hombres a una base fluvial del extremo suroccidental del país, a pocos kilómetros de la frontera camboyana: «Simplemente nos dejaron en mitad de la nada». El

campamento del 5.º de las fuerzas especiales, situado en el margen de aquel bastión del Vietcong que era la Llanura de los Juncos, estaba abandonado desde que los comunistas lo habían asolado tres años antes. Eiland y sus hombres se alojaron en las residencias de en torno a un viejo molino azucarero francés, rodearon el lugar con una alambrada y se dispusieron a reclutar a combatientes. El proceso, según descubrieron pronto, requería entablar negociaciones tortuosas con los jefes locales. Formaron una compañía con hombres de la secta religiosa de los *hoa hao*; otra con desertores del ejército y casos de esta índole; una tercera mediante un líder de los jemeres *krom*, establecido en un templo de Saigón: «Podía enviar tropas ya formadas en la cantidad que quisieras; se trataba tan solo de determinar el precio, lo que podía ocupar todo el día».

Eiland tuvo la sensación de estar casi ahogándose entre la mezcla de sensaciones novedosas: el verdor de todo, la extrañeza de la cultura, el calor, el hedor. Su unidad, de unos cuatrocientos hombres, empezó a realizar patrullas de a cuatro, interrumpidas de vez en cuando por tiroteos que en ocasiones se prolongaban toda la noche. Al tratarse de una «zona de disparo libre», cuando se encontraban con civiles los llevaban en camión para ponerlos en custodia de los vietnamitas, con la etiqueta de «refugiados». El militar, desconcertado por esta orden, afirmó: «No eran refugiados hasta que los convertíamos en tales. En su mayoría lo que hacíamos era raptarlos, como parte de la medida de negar el terreno y la comida al enemigo».

En la noche del 12 de mayo —cuando el Equipo A llevaba menos de quince días actuando en la zona— un grupo de VC local atacó el campamento con gran fuerza y un efecto de sorpresa total. En una oscuridad casi impenetrable, los boinas verdes optaron por la defensa pasiva, disparando los M-14 y M-79 desde sus residencias, situadas detrás de una profunda zanja de drenaje que los asaltantes no intentaron cruzar. «Podíamos oír cómo se gritaban unos a otros: “¿Dónde están los americanos?”, y daban vueltas alrededor. Estaba claro que aquello se hundía.» La noche estuvo marcada por el fuego, pero ningún bando podía iluminar la zona y Eiland no tenía acceso a la artillería. Pocos vietnamitas se emplearon a fondo, y los que lo hicieron no tardaron en perder la vida. Les fue mejor a los que se tiraron al suelo sin levantar la cabeza, moverse

ni disparar. Con las primeras luces del día, los estadounidenses comprobaron que el enemigo se había marchado después de destrozar todos los vehículos y hundir las lanchas de desembarco ancladas en el río. Había figuras postradas por todas partes, en su mayoría de los defensores. Eiland estaba atónito: «Nunca había visto cadáveres, no desde luego hechos pedazos». Ante la ausencia de vehículos de evacuación, el auxiliar médico hizo lo que estaba en su mano por los heridos.

Eiland nunca había tenido mucha confianza en las fuerzas especiales del ERVn, con las que se suponía que debía colaborar, y la situación no mejoró cuando se puso de relieve que el hambre empujaba a amotinarse a los reclutas supervivientes: el capitán vietnamita les robaba la mayoría del arroz. Los estadounidenses resolvieron ocuparse ellos mismos de la distribución de raciones, ante lo que el capitán presentó una enojada protesta porque los norteamericanos interferían con las costumbres locales... y con sus propios ingresos. Eiland y su sargento fueron relevados sumariamente «por no exhibir la debida sensibilidad cultural».

Las vidas de los infantes carecían de los rasgos exóticos propios de la experiencia de los boinas verdes. Para Bob Nelson, lo mejor del servicio militar fue que —por primera vez, como negro estadounidense—, la raza carecía de importancia: «Nos cuidábamos los unos a los otros».[28] Un miembro de pleno derecho del Ku Klux Klan le dijo que su percepción de los negros había cambiado después de que un «hermano» cargara con él a través de un arrozal cuando se había quedado paralizado en un tiroteo. Nelson era hijo de una sirvienta y de un jornalero que había fallecido cuando el niño contaba solo seis años. Pasó el resto de la infancia con los abuelos, en una pequeña granja tabaquera de Carolina del Sur, donde la segregación racial era muy estricta.[29] Se unió al cuerpo de la infantería de Marina nada más salir del instituto porque necesitaba un trabajo, y la isla de Parris le pareció tan dura como a la mayoría de los reclutas, o quizá más aún, porque los instructores se dirigían a todos los negros con voces cargadas despectivamente, como *nigger*. Nunca olvidó el gran cartel que anunciaba, en el centro de instrucción de campaña de California: «Aprended a mirar a la muerte a la cara, porque iréis donde los hombres encuentran la muerte». La muerte de un marine —les dijo su sargento— era una «buena muerte».

Nelson no veía muy claro ese carácter positivo de la muerte, pero cuando se incorporó a un batallón en Phu Bai, en marzo de 1966, se alegró al comprobar qué fácil fue tener como colega a «Fred el granjero», de Minnesota; se llevaba bien con hombres de Wilmington, de Pittsburgh, de Chicago. En las interminables marchas por las zonas boscosas se animaban unos a otros para superar el umbral de agotamiento: «Venga, hombre, ¡vamos!, ¡vamos!». Este amante del baloncesto, aficionado también a las carreras de la milla y la media milla, se entrenaba con denuedo para estar siempre en forma y, por primera vez en su vida, sintió la autoestima al máximo. «Nos llenaba de orgullo seguir, seguir, seguir, no abandonar nunca.» Pero había otras cosas que no le resultaban tan fáciles: había crecido en una familia muy religiosa en la que no se pronunciaba la palabra «matar». En el nuevo entorno, en cambio, solo se hablaba de «liquidar a los [*Victor*] *Charlies*».

Estaban impresionados por el impacto de su propio armamento. Nelson contemplaba los ataques aéreos, la artillería, el fuego de las armas menores que devastaba una colina, los proyectiles de 20 milímetros de los helicópteros, que «se comían el suelo. Y pensábamos: "Tío, somos los reyes". ¡Nadie podía sobrevivir a todo aquel plomo!». Los generales tenían esa misma impresión, pero, aun así, siempre había amplias superficies intactas: incluso en mitad de una cortina de fuego, era asombroso cuántos soldados enemigos seguían con vida. El papeleo necesario para demostrar una muerte ante una autoridad superior podía resultar grotesco. Reg Edwards complació al sargento de su sección al abatir a un vietnamita que resultó tener una granada. «La hostia puta, ¡cómo me gusta esto!», repetía el suboficial una y otra vez.[30] Entonces se ordenó a Edwards que arrastrara el cuerpo hasta el campamento. Este contó: «Se le cayó el brazo. Así que tuve que volver y coger el brazo. Se lo tuve que meter en los pantalones. Era un trayecto largo. Y empecé a pensar ... Piensas en la niebla y en los olores que salen con la lluvia. Y de pronto me doy cuenta de que el tipo este es una persona, de que tiene una familia. Y de pronto ya no era como arrastrar a un puto comunista».

Frank Scotton escribió: «Por un silogismo peculiar —a personas como nosotros no nos gustan los animales; a los vietnamitas les gustan los animales vivos; así que ellos no son personas— era demasiado típico

considerar infrahumanos a los vietnamitas. Solo un caso raro de combatiente estadounidense reconoció la complejidad de la cultura vietnamita y su relación con el medio, y llegó a la conclusión: “No ellos: nosotros éramos los *gooks*”».[31] George Bonville se lamentaba de los excesos de algunos norteamericanos, como uno de su propio equipo de asesores: «A los viejos *papa-san* del lugar los mataban en emboscadas o patrullas, tan solo por levantarse en mitad de la noche y salir de la cabaña a cambiar el agua a los peces. Cuando un niño se ponía muy enfermo y la madre estaba muy preocupada, solía encender una antorcha e intentaba atravesar los arrozales hasta una clínica ... En una ocasión la tea se apagó y, sin saberlo, unos estadounidenses emboscados dispararon contra la familia, que salía de un poblado en disputa. La madre resultó herida, el niño murió. La verdad es que estuve metido en una guerra infernal».[32]

Los vietnamitas no eran las únicas víctimas del fuego amigo. En el pelotón de Bob Nelson había un ametrallador *cherokee*: «Tío, estaba enamorado del arma: la disparaba a la mínima ocasión».[33] Cierta noche, en una emboscada, apareció una figura entre las sombras que no acertó a proporcionar la contraseña con la debida celeridad. El artillero de la M-60 abrió fuego y solo se contuvo cuando las voces de enfrente gritaron: «¡Marines! ¡Marines!» y se identificaron como una patrulla de regreso, cuyo hombre de punta había recibido un disparo en la cadera. George Bonville se disgustaba cada vez que los meridionales a los que estaba adscrito lanzaban fuego «preparatorio» incluso cuando no había blancos identificables. Una mañana, durante un asalto, «proyectiles de mortero aterrizaban en los árboles que teníamos delante y explotaban en el aire dispersando metralla. Entonces abrieron fuego los 50 milímetros, perforando la selva, no tan densa, rasgando las copas sobre nuestras cabezas y rebotando en los duros troncos de los cocoteros. A nuestro alrededor sonaba el impacto de las balas gastadas; una trazadora doblada y caliente pasó silbando y cayó salpicando en el barro justo delante de mis narices». El fotógrafo alemán Horst Faas, que acompañaba a los miembros de la operación, estaba tirado en el suelo, maldiciendo la posibilidad de fallecer por el fuego amigo, e instó a Bonville a ordenarle al ERVn que se detuviera. «¡Mira que sois idiotas, los americanos, al meteros en esta mierda de guerra!», exclamó.[34] Aquella mañana ruidosa y violenta no se toparon con ningún enemigo, pero encontrarse con Faas alimentó el odio a

los medios de comunicación que ya sentían Bonville y muchos otros militares.

«Lo único que nos dijeron sobre el Vietcong era que eran tipo chinacos y había que matarlos —dijo Reg Edwards—. Nadie se sienta ahí contigo a explicarte sus circunstancias históricas y culturales. Son el enemigo. Matar, matar, matar.»[35] A las siete de la tarde del 23 de septiembre de 1966, una patrulla de emboscadas de la infantería de Marina partió de la Colina 22, al noroeste de Chu Lai. En teoría la capitaneaba el sargento Ronald Vogel, pero John Potter —un agresivo soldado de primera de veinte años, ya veterano en el combate— anunció que tomaba el mando y que la misión sería una «incursión». Se pidió a todos los hombres que se quitaran la insignia de la unidad y no usaran sus nombres para llamarse en voz alta. En un poblado cercano apresaron a un campesino, lo acusaron de ser guerrillero y empezaron a apalearlo. Otros cuatro hombres sacaron a rastras a la mujer de la cabaña, le quitaron el hijo de los brazos y la violaron. Luego la patrulla ejecutó al marido, al hijo, a la cuñada y al hijo de la cuñada. Potter lanzó una granada a los cadáveres «para que no se notara». Por último los marines fusilaron a la víctima violada y la dejaron por muerta.

La historia todavía se agravó más. Cuando los marines volvieron a la base y el comandante de la compañía ordenó investigar el supuesto «contacto con el enemigo», el oficial que acudió a la escena dirigió una intervención tendiente a ocultar la verdad. Durante el proceso apareció un niño muy malherido al que Potter mató a culatazos. Los hechos solo se descubrieron cuando la víctima de la violación, que los marines creían muerta, fue encontrada con vida por otros aldeanos que la llevaron a la base estadounidense para que la atendieran. Narró la historia al oficial médico, que se apresuró a ponerla en conocimiento de sus jefes. Potter pasó doce años en la cárcel por violación y asesinato premeditado. El responsable del intento de ocultación fue expulsado del cuerpo, pero apeló la sentencia y el veredicto se anuló. Solo otros dos miembros de aquella patrulla recibieron penas de cárcel significativas.[36]

Más adelante, Reg Edwards describió con pesar cómo había participado en actos arbitrarios de asesinato o incendio de los poblados. Extrañamente, se

mostró afectado en especial por haber matado a tiros a un lechón: «Te crees que lo tumbarás y caerá muerto. Pues no. Ahí está, con las tripillas colgando, dando vueltas como un loco y poniéndote de los nervios. Mira, a los animales hay que dispararles a la cabeza. No entienden que se supone que tienen que caer muertos y ya está».[37] En cierta ocasión, a Bob Nelson le ordenaron disparar una granada M-79 contra la entrada de un búnker. Cuando el humo se disipó, otro hombre se asomó al interior y gritó: «Solo hay una puta y dos críos», todos muertos. Más adelante, Nelson comentó con gran tristeza: «Esa imagen se me quedó grabada en la memoria, aunque te aseguro que me habría gustado que se borrara».[38] Emmanuel Holloman, de Baltimore, era un intérprete que pasó el primer período de servicio en Vietnam repartiendo compensaciones entre los civiles: 10 dólares estadounidenses (o 1.000 piastras vietnamitas) por la destrucción de una casa; 40 dólares por un cadáver, quizá 60 en un buen día. Holloman creía que los negros estadounidenses, como él mismo, se llevaban mejor con los lugareños que los blancos, porque compartían la sensación de ser víctimas.

Bob Nelson dijo: «A veces [la situación] era grave, luego a veces no era grave, entonces se volvía grave otra vez», casi siempre sin previo aviso.[39] Mike Sutton estaba avanzando por un poblado del delta, una mañana, con un equipo de asesores, cuando un VC solitario, con su ropa negra, apareció desde detrás de un árbol, disparó y alcanzó en la espalda a un joven tejano llamado Dave Hargraves, camarada y amigo de Sutton. Los soldados vietnamitas liquidaron al asesino antes de que Sutton pudiera levantar su propio fusil, pero la conmoción y el pesar fueron tanto mayores porque llevaban varios días sin toparse con enemigos y tampoco hubo más contactos durante los días posteriores.[40]

3. TRAMPAS Y POLVO EN LOS CAMINOS

Había trampas explosivas, trampas explosivas, trampas explosivas —lo que en el siglo XXI se ha dado en llamar «artefacto explosivo improvisado»—, ¡y cómo las odiaban todos! La mayoría se habían fabricado a partir de munición usada por los estadounidenses y recogida por el Vietcong: un proyectil de mortero de 60 milímetros te arrancaba el pie, mientras que con una bomba de 81 milímetros perdías una pierna y quizá algunos dedos y un codo. Un proyectil de 105 milímetros costaba las dos piernas y, a menudo,

un brazo. Uno de 105 volatilizaba a la víctima inmediata por debajo de la cintura y casi con certeza mataba a cualquiera en un radio de veinte metros. Era habitual plantar las minas en grupos, de forma que la primera lisiaba a un hombre y la segunda mutilaba al auxiliar médico que acudía a atenderlo. Los soldados de a pie se enzarzaban en debates macabros sobre qué miembro perderían primero: en su mayoría afirmaban preferir no perder nada por encima de las rodillas. En un período de dos meses, los integrantes de una sola compañía de marines perdieron en total cincuenta y siete piernas por efecto de las minas y las trampas explosivas; según la amarga cuenta de un oficial, esto equivalía a casi una pierna al día.[41]

Cuando un hombre divisaba un cable de activación, podía lanzar una granada hacia el extremo cargado, con la esperanza de detonarlo. Pero las minas enterradas siempre eran difíciles: incluso si un ingeniero seguía con vida después de cavar hasta desenterrar la cápsula explosiva y la espoleta, era necesario inhibirlas las dos con suma precisión, a menos de una pulgada (dos centímetros y medio) del fulminante; un descuido era fatal. Todo el mundo odiaba tener que enfrentarse a los iniciadores de tres puntas de las *Betty saltarinas*. El ingeniero de combate Harold Bryan estuvo trabajando durante una hora con un hombre del 1.º Batallón del 9.º Regimiento de caballería que había pisado una de esas minas, sin hacerla explotar aún. Pero las puntas se habían clavado sin remedio en los tacos de sus botas de montaña, y el movimiento más ligero resultaría letal. Bryan ató una cuerda a la cintura del hombre, hizo que su equipo agarrara el otro extremo desde una distancia segura de veinte metros, y entre todos tiraron con fuerza para hacerlo volar a cinco metros antes de que se produjera la explosión.[42]

Aquel afortunado perdió solo el tacón de su bota de montaña, pero pocos tuvieron tanta suerte; y después de tal explosión había ganas de encontrarse a cualquier oriental, a cualquier vietnamita accesible sobre el que ejercer la venganza. Cuando una mina detonó en mitad del pelotón de Bob Nelson, una vez que se evacuó a las bajas y la patrulla siguió su camino, «murieron inocentes», en palabras del marine; «nos volvimos agresivos».[43] Un general del ERVn afirmó: «El enemigo no se enfrenta a ti. Pero te hostiga noche tras noche para darte la impresión de que todos los que te rodean son hostiles. Todo el mundo se convierte en tu enemigo. Pero en realidad son solo los mismos cinco o seis hombres del Vietcong, que vuelven noche tras

noche. Y plantan las trampas de pinchos, las explosivas, las minas terrestres ... El Vietcong te pone nervioso hasta el extremo de que pierdes la paciencia y dices: “¡Quiero acabar con esto!”. Y has caído en la trampa y matas a los que no toca».[44]

Harold Hunt era uno de los cinco hijos de un trabajador negro del sector del automóvil. Se incorporó a filas el mismo día que acabó el instituto, en 1961, y desde entonces casi nunca lo lamentó. «La mayoría de los chavales que conocí no salieron de Detroit durante el resto de sus vidas, mientras que yo fui por todas partes.»[45] En su primer período de servicio en Vietnam manejó la artillería de la puerta de un helicóptero; en diciembre de 1965 volvió para capitanear un pelotón del 2.º Batallón del 27.º Regimiento de infantería. «Resultó feo desde el primer día —dijo—. Tuvimos que abrirnos paso al interior de Cu Chi, abrirnos paso luchando por el control de casi cada metro del terreno del que era responsable la 25.ª división.» Una mañana, en abril de 1966, Hunt lideraba una patrulla en una zona de hierbas altas, que se dirigía hacia el puesto avanzado Ann-Margret, cuando resultó ligeramente herido por una ráfaga. Los estadounidenses se lanzaron al suelo y empezaron a devolver el fuego, y Hunt se encontró agarrado a un cable: el cable de activación de una mina. Llevaba una radio a la espalda y cruzó unas palabras rápidas con Willie Somers, el responsable de la M-60: «Esto o no estalla o hay que liberar presión, ¿puedes verlo?». Somers podía ver una mina enemiga, artesanal, de tipo Claymore, pero no llegaba a tocarla. El tiroteo se extinguió y los VC desaparecieron. Hunt rodó con cuidado hacia la mina, se situó de espaldas hacia lo que suponía era el extremo del cable y lo soltó. La mina explotó y le magulló de gravedad el lado derecho de la cara, el cuerpo y las piernas; llevar la radio le salvó la vida, porque el aparato concentró la mayor parte de la metralla. Pasó los seis meses siguientes en un hospital del ejército, donde le reconstruyeron la cara y repararon las piernas, y lo sometieron a un largo programa de fisioterapia hasta declararlo apto para una serie limitada de tareas.

Vietnam también empezó a ir mal para Bob Nelson, de patrulla una mañana de junio, cuando una trampa explosiva estalló a su lado, repartiendo metralla que le causó múltiples abrasiones. Después de pasar por un hospital de campaña tuvo que quedarse una semana en la base. Siguieron una sucesión de tiroteos de diversa magnitud. Su Vietnam concluyó

definitivamente un día de octubre, cuando su equipo de reconocimiento oyó unas voces detrás de un seto y el líder del pelotón gritó: «¡Vietcong!». Vació la Thompson en su dirección y recibió a cambio una lluvia de granadas. Una de ellas explotó al lado de Nelson y activó un bote de humo de su correaje. Luchando contra aquellos humos que lo cegaban y ahogaban, agarró la pieza con la intención de quitársela de encima, pero el metal ardía y la mano se le quedó pegada. Entre gritos y maldiciones fue rodando por el arrozal mientras el tiroteo continuaba a su alrededor. Cuando el enfrentamiento se terminó por fin, lo evacuaron y enviaron de regreso a Estados Unidos.[46]

¿Quién ponía todas las trampas explosivas? Si por un lado los comandantes de Estados Unidos soñaban con «hacer saltar por los aires a Charlie Cong», un oficial del Vietcong escribió que visitaría el delta «en persona para dirigir la organización de la zona de matanza de los estadounidenses ... Las operaciones [de este ámbito] eran cada día más ricas, más creativas y más entusiastas».[47] El autor hacía hincapié en que a menudo las trampas las instalaba la gente del lugar, no los guerrilleros: «La gente no decidía automáticamente atacar a los estadounidenses, ni nadie los empujaba a hacerlo. Lo que determinaba la actitud del pueblo era lo que los propios soldados estadounidenses hacían. [Al principio] repartían caramelos y galletas, distribuían camisetas para los niños, reparaban y equipaban escuelas, realizaban exámenes médicos, daban medicinas gratuitas. Muy poco tiempo después, sin embargo, estas mismas unidades estadounidenses bombardeaban poblados, destruían los cultivos ... mataban a tiros a civiles inocentes. Autobuses cargados de pasajeros se caían a los canales y torrentes porque los camiones estadounidenses los sacaban de la carretera. Los soldados amenazaban por costumbre y apaleaban a los débiles e inocentes. Por eso los campesinos, por su propia iniciativa, plantaban minas y trampas explosivas. La guerra popular ... surgió por sí sola».[48] Hay cierto componente de verdad en esta explicación comunista, pero las unidades del Vietcong fomentaban la fabricación local de artefactos explosivos artesanales, pues organizaban la recolección de bombas y proyectiles sin explotar, que se transformaban en minas en pequeñas fábricas de los poblados; los recipientes favoritos eran latas de sardinas, vacías, rellenas de explosivos y conectadas a una espoleta.

Ted Fichtl, capitán de infantería de Estados Unidos, afirmó que a medida que fue adquiriendo experiencia de combate aprendió a escuchar a los suboficiales que mejor se conocían las calles —o quizá más propiamente: los arrozales—: «Es más fácil vivir con un teniente inexperto que con un sargento inexperto». Descubrió que era importante que sus hombres se atrincheraran donde y cuando se detuvieran, así como obligarles a dormir lo necesario: «Todos estábamos profundamente poseídos por el espíritu de macho: que éramos capaces de todo y más, que nos bastaba con una siesta aquí y allá. Pero comprobamos que no era así. La lógica se te confunde; la capacidad de distinguir la realidad que te rodea se descompone con enorme rapidez».

Aún era más importante un gran esfuerzo que a menudo se descuidaba: no entregar las horas de oscuridad al enemigo. Según Fichtl: «En los soldados de Estados Unidos, creo yo, hay un miedo fundamental a actuar de noche ... Yo mismo lo sufrí. [Pero] si no extiendes los ojos y oídos con labores de patrulla y puestos avanzados, te vuelves muy, pero que muy vulnerable».[49] El capitán Dan Campbell, que dirigía una compañía aerotransportada después de haber pasado por West Point, era de la misma opinión que Fichtl. Pensaba que su unidad no patrullaba por la noche tanto como debía, en parte porque al caer la noche estaban todos muy cansados. Por el contrario, Campbell estaba asombrado por la valentía —entusiasta incluso — con la que algunos de sus hombres arrostraban los terrores de explorar los túneles enemigos.

Unos pocos hombres gozaron de la experiencia de Vietnam. La compañía aerotransportada del teniente John Harrison incluía a un sargento formidable, llamado Manfred Fellman, que cuando era tan solo un niño, en 1945, ganó una Cruz de Hierro como integrante de la Wehrmacht que defendía Breslavia. Fellman solicitó que le permitieran llevar esa medalla en Vietnam, pero un oficial lo denegó, alegando: «Piense cómo se sentiría un superviviente de Auschwitz, si lo viera». «Fellman tenía algo especial —dijo Harrison, que admiraba la pericia combativa del alemán—, pero siempre lo trincaban por beber de más.»[50] El capitán Frank Hickey, piloto de helicópteros, dijo: «Disfrutábamos de lo que hacíamos ... Siempre ganábamos ... Para mí, siempre teníamos éxito. Solíamos decirnos unos a otros: “¡A por los *Charlies*!”».[51]

Carlos Norman Hathcock, originario de una granja de Arkansas, era un tirador excelente que afirmaba haber matado a noventa y tres comunistas.[52] Por lo general era un hombre callado y tímido, pero a la vez tendía a los estallidos de extrema violencia, uno de los cuales estuvo a punto de acarrearle la expulsión por pelearse con un oficial y alargar el permiso en demasía. En 1965 ganó el concurso de tiro más prestigioso de Estados Unidos, la Copa Wimbledon, cuyas dianas están a mil yardas de distancia (914 metros); en marzo del año siguiente fue a la guerra, primero como policía militar, luego como francotirador de la infantería de Marina. «Vietnam era ideal para mí», dijo más adelante. Nunca se pidió voluntariamente un período de ausencia o para las relaciones personales. Al licenciarse descubrió que no sabía hacer nada más. Se alistó de nuevo y volvió a la guerra, donde, cierta mañana, viajaba en un vehículo LVT que pisó una mina. Hathcock sufrió quemaduras en el 43 % del cuerpo y, al salir del hospital y regresar a Quantico, constató que ya no podía sostener la puntería. Continuó en la base de los marines, instruyendo a otros tiradores, pero siempre siguió mostrando problemas con la bebida y los accesos de cólera descontrolada.

Cuando Jonathan Polansky, recluta asignado al 101.º de tropas aerotransportadas, llegó a la nueva base de artillería, era un chaval flaco, de 50 kilos de peso, que se sintió desesperado: «Me llevaron ante el comandante de la compañía, un tipo grande y fornido, con barba de unos ochos días y el pelo rubio echado para atrás. El sargento de la sección era de esos negros grandes. Aquellos hombres, con su ropa sucia, me impresionaban. Yo vestía el uniformito verde, recién estrenado, con las botas aún relucientes. Parecía un niño de doce años, con la cabeza pelada y el casco demasiado holgado. Me echaron un vistazo y les entró la risa. Se me cayó el alma a los pies. No recuerdo haberme sentido nunca tan intimidado, tan débil, tan incapaz. Nadie quería a los novatos, los *cherries*, como nos llamaban».[53] Después de un día interminable de ascenso a una montaña, Polansky se presentó ante su capitán para pedir que lo trasladaran a otra unidad, porque «no puedo con esto». El oficial rompió a reír y le dijo que no se preocupara, que lo conseguiría. Al día siguiente la compañía ascendió a otra montaña aún más alta. «Al acabar el día me sentí fantástico. Sentí que iba a sobrevivir. Al tercer día de estar allí, supe que lo conseguiría. No sabía cómo, pero sabía que lo lograría.»[54]

Como hubo actos terribles, también es necesario hacer hincapié en los virtuosos. Shirley Purcell era una enfermera veterana, recuperada para el servicio activo en 1966. Pertenecía a una familia de campesinos sureños blancos, y su hermano la instó a no ir a Vietnam; pero ella estaba convencida de que era su deber y se empeñó en perder peso, con éxito, hasta cumplir las exigencias de las fuerzas armadas. En Bien Hoa, entre turnos, pasaba muchas horas trabajando en el hospital de un orfanato, donde enseñaba a las monjas vietnamitas de la sala de partos la importancia de emplear guantes de cirujano. Se encariñó de una niña de cinco años a la que apodaba *Scamp* («diablillo») hasta el punto de solicitar un segundo período de servicio en el país. Sentía un orgullo apasionado por su labor: «La verdad es que no me movía ningún compromiso político ... [sino que] allí había soldados estadounidenses que necesitaban ayuda».

Al decir esto pensaba, por ejemplo, en un infante que había activado una *Betty saltarina*: «Aquel hombre había quedado literalmente partido por la mitad: de las rodillas hasta arriba, desde justo debajo de las costillas hacia abajo. Era como carne picada. Los órganos internos estaban hechos picadillo, pero las piernas estaban perfectas, allí en la litera, y los brazos, la mano, el torso estaban perfectos, y su mente, muy despierta aún. Miraba hacia arriba, hacia nosotros. El sentimiento que se impuso en toda la unidad, con aquel joven en la sala de emergencias muriéndose porque no había absolutamente nada que pudiéramos hacer por él, no se parecía a nada que hubiéramos vivido nunca. Era sentir una inutilidad total, una desesperación total. Era el terror y la frustración en los ojos de los médicos, porque con toda la formación acumulada, con todo el saber y todo lo que podían dar, aun así no podíamos hacer nada por aquel hombre». A otro soldado le habían volado media cabeza. «Tendría unos diecinueve años, la herida era inoperable ... Recuerdo que intenté vendarle la cabeza para que el cerebro no cayera en la litera. Levantó la vista y me dijo: “Bueno, ¿cómo pinta la cosa?”. Le tuve que decir: “No pinta bien, pero no estarás solo”. La verdad es que no podíamos ofrecerle nada más que eso: que no estaría solo.» Shirley había sido abstemia toda la vida, pero en el club de oficiales de Chu Lai se aficionó al vodka con naranja y ¿quién podría culparla? Más adelante nunca pudo reunir el coraje de ver en televisión la serie *MASH*, porque los recuerdos eran incompatibles con la risa.

Los dos batallones australianos con sede en el rincón suroriental de Vietnam, por encima de Vung Tau, empezaron teniendo dificultades para cumplir su misión: el personal era relativamente escaso y la extensión que debían patrullar y despejar, por el contrario, era muy vasta. En las primeras semanas vieron poco al enemigo, pero un asalto nocturno contra el campamento —con morteros, a mediados de agosto de 1966— hirió a veinticuatro hombres y tuvo por consecuencia que el comandante enviara una fuerza a peinar la zona. En la tarde del 18 de agosto, con muy mal tiempo, un centenar de australianos chocaron con un grupo poderoso del Vietcong, cerca del pueblo abandonado de Long Tan. Su vida corría peligro. La artillería golpeó a los comunistas con intensidad, pero las armas menores se estaban quedando sin munición. Dos helicópteros de la Real Fuerza Aérea Australiana (RAAF, en sus siglas inglesas) desafiaron la lluvia y las nubes bajas para pilotar un reabastecimiento de emergencia; y cuando la infantería ya temía verse arrasada, llegaron TBP con ametralladoras de calibre .50 y una compañía de refuerzo. Los comunistas se retiraron, dejando tras de sí a 245 muertos. Entre los australianos, en cambio, solo murieron dieciocho. Se hicieron con la victoria, pero eran conscientes de que habían estado a punto de sucumbir desastrosamente, en parte porque el contingente carecía de la magnitud necesaria para enfrentarse a un enemigo potente en un territorio que los comunistas consideraban propio. Durante los meses y años posteriores, australianos y neozelandeses se forjaron la reputación de ser unos soldados de infantería formidables.

Junto a las misiones de búsqueda y destrucción, hubo un asalto aéreo todavía más decidido contra los montes en los que los comunistas se refugiaban. En 1961 se había iniciado la operación Trail Dust («Polvo de sendero»), que aspiraba a defoliar las rutas por las que los comunistas se infiltraban en el país. En julio de 1965 se lanzaron los primeros productos desforestadores en el corazón de Vietnam del Sur, donde el viento arrastró las nubes químicas hasta los huertos de las cercanías de Bien Hoa y Lai Thieu, con consecuencias desastrosas para las cosechas de mango, chirimoya, yaca y piña. Casi de la noche a la mañana, la fruta cayó; en cientos de árboles del caucho, las hojas se mustiaron. Primero los lugareños estaban confusos, no podían comprender la causa de aquel desastre, en apariencia natural. Cuando se supo la verdad, los agricultores no

terminaron de creerse que los efectos del Agente Naranja no durarían más de un año. Un coronel del Sur comentó que la cólera y la inquietud que la defoliación causaba en las zonas habitadas «anulaban con mucho cualquier posible ganancia militar».[55] Sin embargo, admitía que los defoliantes eran eficaces a la hora de entorpecer las rutas de comunicación selvática del enemigo, en particular en los manglares próximos al río Saigón.

El programa vivió su apogeo en 1968-1969; en total se lanzaron sobre el conjunto de Indochina unos noventa millones de litros de defoliantes, más de la mitad contaminados con dioxinas. Este sigue siendo uno de los aspectos de la guerra criticados con más encono desde la perspectiva de la posterioridad: es imposible no sentirse indignado con la destrucción sistemática del medio natural para fines tácticos. Apenas cabe duda de que numerosos vietnamitas, y quizá también estadounidenses, sufrieron efectos secundarios por el Agente Naranja. Sin embargo, es prudente manejar con cautela las afirmaciones extremas que Hanói (y algunos organismos estadounidenses) han planteado en el siglo XXI, según las cuales miles de personas de la generación de la guerra sufrieron daños duraderos: defectos de nacimiento, cáncer, otras enfermedades graves. En Hanói, la historia oficial de la guerra calcula dos millones de civiles afectados por el Agente Naranja. No obstante, para que una persona sufriera daños de gravedad debía estar expuesto a las dioxinas con una intensidad y duración que fueron relativamente infrecuentes. Un veterano del Sur ha reconocido en fecha reciente que él y sus camaradas manejaron defoliantes sin pausa, que se encargaban de rociar mediante bombas manuales, y no padecieron consecuencias negativas. Ha apuntado que es más probable que la salud de los agricultores vietnamitas se viera perjudicada por la sabida imprudencia con la que manejaban los insecticidas, antes que por el Agente Naranja.[56]

Sea como fuere, el juez australiano Philip Evatt dedicó dos años, en la década de 1980, a examinar los datos conocidos sobre los efectos del Naranja sobre los compatriotas que habían servido en Vietnam, y presentó un informe de nueve volúmenes y 2.760 páginas que declaraba «no culpable» a aquel producto. Uno de los asesores científicos de la Real Comisión afirmó, con la franqueza característica de los australianos: «La mayoría de los problemas que aquejaron a los veteranos después de la guerra de Vietnam no se debieron al Agente Naranja: se debieron

sencillamente a que fue una guerra asquerosamente dura».[57] Evatt sugirió que el tabaco, el alcohol y el estrés postraumático eran las causas más generales y convincentes de problemas para los veteranos. Un historiador no está obligado a dictar veredicto sobre el Agente Naranja cuando se topa con bibliotecas enfrentadas con pruebas contradictorias. Es innegable que el defoliante fue un instrumento odioso; pero esto no supone aceptar forzosamente las afirmaciones más extremas sobre los efectos que provocó en las personas expuestas a aquel.

En casi todas las semanas de 1966 se vieron acciones como la que se produjo una mañana de septiembre, un centenar de kilómetros al norte de Saigón. A las nueve de la mañana, el 2.º Batallón del 18.º Regimiento de infantería avanzó hacia el norte por la carretera nacional 13, entre Loc Ninh y la plantación de caucho de Michelin, donde se sabía que había una posición fuerte del Vietcong. Los estadounidenses iban en transportes blindados, con el apoyo de tanques. Ted Fichtl —el comandante de la Compañía C, a la sazón de veintisiete años— dijo: «Sabíamos que éramos el cebo ... Pero teníamos toda la confianza en que lo manejaríamos con habilidad y saldríamos con bien de la aventura ... Sabíamos que el resto del batallón, la brigada y la división estaba preparado, a la espera de que hubiera combate; y a fe que lo hubo».[58] Les cayó encima una avalancha, con emboscadas en ambos lados de la carretera, que disparaban armas menores, morteros y cañones sin retroceso: «Hubo una violencia extrema, y sumamente precisa y efectiva ... Perdimos un montón de orugas y hubo bajas a montones, allí mismo». La Compañía C de Fichtl, desmontada, contaba con el apoyo de lanzallamas y ametralladoras pesadas, pero se topó con dificultades mayores que las previstas por sus comandantes. La lucha se prolongó hora tras hora: los vehículos estadounidenses que no habían sufrido daños se retiraron de la zona de destrucción.

El comandante del batallón se adelantó a pie para reunirse con Fichtl, y le ordenó abandonar el enfrentamiento y desplazarse en apoyo de la Compañía A, que se hallaba en una situación desesperada. El capitán estaba agotado, emocionalmente, y protestó: él ya había perdido a la mitad de sus hombres, que otro se encargara de ese trabajo. «El coronel dijo: “Esa no es la cuestión. La cuestión es que la Compañía A necesita refuerzos. En marcha”.» Fichtl reflexionaba luego: «El coronel logró que lo hiciéramos

por la pura fuerza de su liderazgo». La acción se prolongó durante cinco horas más, en un frente de algo más de setecientos metros, con un tiroteo en el que los enemigos estaban a veces a menos de veinte metros de distancia: entre los muertos se contaron el oficial ejecutivo de Fichtl y el comandante de una sección. Los hombres de la Compañía C se animaron cuando vieron que el resto del batallón tomaba tierra cinco kilómetros por detrás del enemigo: «Fue genial ver los *helis* en acción ... En ese mismo momento ya sabías que la atención [del Vietcong] pasaba a repartirse entre lo que estaba pasando delante mismo de ellos y lo que podía estar pasando por detrás».

Los estadounidenses se vieron obligados a evacuar a los heridos en camiones, porque los helicópteros de rescate —los *dust-off*, como se los denominaba siempre—[*] no podían aterrizar por la intensidad del fuego. Cuando la batalla terminó por fin y el enemigo se retiró, hacia las 14.00, Fichtl constató que su compañía había quedado reducida a sesenta y seis efectivos; tardó varias semanas en recibir los reemplazos suficientes. Nunca pudo olvidar la impresión que le causó oír a un oficial del Estado Mayor de la división comunicar por radio un recuento de cadáveres del enemigo que triplicaba el que los participantes habían dado. En 1966 tuvieron lugar un centenar de batallas como la que libró el 2.º Batallón del 18.º. Aunque en la inmensa mayoría de los casos los comunistas perdieron a más hombres que los estadounidenses, apenas reconocieron derrota alguna. Este fue el año en que Westmoreland descubrió que los *Charlies* no abandonaban el combate casi nunca, si es que lo abandonaban alguna vez. Y con el mero hecho de seguir en el ring, parecía que estaban frustrando la voluntad de la nación más poderosa de la tierra.

13

Fraudes y aceite de menta

1. Robos

La corrupción era endémica en todo Vietnam del Sur. Las agencias de narcóticos de Estados Unidos perdieron la esperanza de contener el tráfico de heroína, cocaína y marihuana porque los líderes y clientes del régimen estaban involucrados hasta el cuello. En la vida tanto militar como civil, era casi imposible ascender por méritos. Algunos oficiales languidecían durante décadas como meros tenientes porque carecían de influencia o dinero. Los puestos de mando superiores no se distribuían según la competencia de los generales, sino a tenor de sus lealtades políticas. La aparición de un gran número de estadounidenses multiplicó los fraudes y sobornos. El Programa de Importación Comercial —la ayuda económica de Estados Unidos— alcanzó un máximo, en 1966, de 400 millones de dólares. Una parte del dinero se usó razonablemente; por ejemplo, para adquirir miles de máquinas de coser para fábricas de ropa. Una gran parte, sin embargo, se derivó sin más a los bolsillos de los empresarios, y de forma explícita a los partidarios del régimen, que importaban bienes de lujo que luego acababan en los mercados callejeros de Saigón. Duong Van Mai escribió: «La nueva clase acomodada incluía a muchos que robaban sin escrúpulos a los estadounidenses».[1] Los ancianos rezongaban diciendo que si en el pasado la jerarquía del mérito en el país situaba en primer lugar a los eruditos, luego a los campesinos, en tercer lugar a los artesanos y a los comerciantes en última posición, en aquel momento las camareras parecían tener el mando de una sociedad en la que las doncellas o los conductores de taxis (incluidos los de pedales) eran más apreciados que los trabajadores que se esforzaban con honradez.

«Para nosotros, “cultura occidental” significaba bares, burdeles, mercados negros y máquinas estrambóticas, en su mayoría destructivas», recordaba la campesina Phung Thi Le Ly.[2] Un informe de la USAID en la posguerra concluyó: «La corrupción ... fue un factor crucial en el deterioro de la moral nacional que, a la postre, condujo a la derrota». Un general del Sur escribió con pesimismo sobre las remodelaciones de ministerios y comandancias por parte del presidente Thieu: «Estos cambios no mejoraban el liderazgo ni hacían avanzar la causa nacional. Se hacían con los mismos viejos modelos de las intrigas de poder, sin basarse en el talento, la experiencia ni el mérito, sino en la lealtad personal y las relaciones de clan».[3] El general Vien lamentaba el caso típico de un hombre que se había conducido bien como oficial de un regimiento pero, cuando se lo nombró jefe de la provincia de Binh Dinh, vendió favores y puestos públicos a cambio de dinero y permitió que su esposa dirigiera una casa de juego.[4]

La tasa de cambio oficial de la piastra vietnamita se situó a un nivel artificialmente elevado para que las licencias de importación rentaran grandes beneficios. La venta de divisas en el mercado negro[5] enriqueció a miles de personas con acceso a dólares o a vales del ejército estadounidense. Quien estaba dispuesto a pagar podía comprar de todo, desde cemento y congeladores a vehículos, armas y munición; florecieron las redes de falsificación. Son azotes colaterales a todos los conflictos, pero la guerra fue tan prolongada que se acabaron institucionalizando. Según el primer ministro Nguyen Cao Ky —que intentó proyectar una imagen de cruzado contra la corrupción—, el policía responsable de la ley antivicio en Cholon pagó 130.000 dólares para hacerse con el puesto y, pasados dos años, ya obtenía beneficios.[6] A su vez, a cambio de una parte del pastel, el gobernador militar de Saigón desplegó soldados para proteger el gran casino de Cholon.

Según el juez supremo del ejército estadounidense, el mercado negro y las infracciones monetarias «[sobrepasaban] la capacidad de los organismos de seguridad».[7] El caso de tres desertores de la infantería de Marina fue típico: mientras se escondían en Danang, falsificaron órdenes para su propio traslado a Saigón, donde se unieron a una banda de cuarenta y siete desertores del ejército cuya mafia estafaba a gran escala con giros

bancarios. Con las ganancias alquilaban apartamentos en Saigón, enviaban dinero a las familias y sobornaban a la policía militar para que no incordiara. A la postre la banda cayó, y sus miembros fueron encarcelados, pero allí de donde procedían había muchos más gánsteres uniformados.[8] El aspecto más desconcertante de esta criminalidad no fue que los vietnamitas fueran incapaces de contenerla, sino la importante complicidad de elementos del gobierno estadounidense. Un contratista civil, Cornelius Hawkridge, se enojó tanto con las actividades de las que fue testigo en Saigón que siguió la pista de las ilegalidades y pasó un resumen formal a las autoridades estadounidenses... que hicieron caso omiso de la información. La pequeña cruzada solitaria de Hawkridge dio tema a un libro de 1971, *A Very Private War*, que atrajo menos atención de la que merecía. Los contratistas civiles —y aquí se incluyen algunas de las mayores corporaciones de Estados Unidos— estaban profundamente implicados en la delincuencia. Una investigación concluyó que el mercado negro de divisas estaba dominado por un sindicato de Madrás, y un subcomité del Senado calculó el valor anual de este tráfico en unos 250.000 millones de dólares.

El senador Karl Mundt, de Dakota del Sur, comentó acertadamente que el comercio no podía ser viable sin la complicidad de los bancos estadounidenses que manejaban los beneficios de aquel lavado; en particular, Irving Trust y Manufacturers Hanover. Frank Furci, hijo de un gánster de Florida, sirvió brevemente con el ejército estadounidense en Vietnam y, tras obtener la licencia, volvió al país con un amigo para dirigir estafas en asociación con suboficiales en activo, cuyos beneficios se enviaban al Banco de Crédito Internacional de Ginebra. Otra notable fuente ilegal de cambio de divisas fue la sección honkonesa de Deak & Co., fundada en 1939 por Nicholas Deak, un inmigrante húngaro que pasó los años de guerra en la OSS. En 1965, la revista *Time* lo calificó como «el James Bond del mundo del dinero». Los canallas que canalizaban el dinero por la empresa de Deak sabían que los organismos de seguridad no les perseguirían porque las corporaciones estadounidenses usaban el banco para sobornar a gobiernos extranjeros. En 1976, el *Washington Post* reveló

que Deak también realizaba enormes transacciones de mercado negro para la base saigonesa de la CIA, hasta el punto de duplicar el poder adquisitivo de su presupuesto.

Por deplorable que fuera el comportamiento de muchos vietnamitas en el poder, no podrían haber robado a su propio pueblo sin la complicidad —activa o pasiva— de miles de estadounidenses; algunos, relativamente exaltados. En 1972 el suboficial de mayor rango del ejército estadounidense, el «sargento mayor del ejército de Tierra» William Woolridge, fue condenado por participar en un fraude a gran escala que afectaba a clubes y economatos militares e implicaba a decenas de sargentos de abastecimiento. Hal Meinheit, joven oficial del programa CORDS, tuvo que firmar recibos por la adquisición de materiales que, según demostraba el más somero análisis, eran falsos. Se molestó al comprobar que el dinero iba a parar al bolsillo de un colega: «Había esperado corrupción entre los vietnamitas, pero no contaba con que un asesor estadounidense, bien pagado, se aprovechara así del sistema».[9]

2. Gobierno

Es un error considerar que la corrupción era un simple efecto secundario de la guerra. Era un bacilo tóxico que infectó al completo la intervención de Estados Unidos. Una sociedad en la que se veía prosperar el vicio mientras que la virtud no recibía recompensa quedaba herida de gravedad antes incluso de que el enemigo abriera fuego. ¿A quién podía sorprenderle que los jefes provinciales del Vietcong —vestidos con el percal negro de los campesinos y calzados con sandalias recortadas de neumáticos viejos— merecieran más respeto que los homólogos nombrados por Saigón, que circulaban en Mercedes y cubrían de joyas a sus esposas? Los apologetas de Estados Unidos se encogían de hombros, alegando que la corrupción era propia de todos los gobiernos asiáticos. Pero no todos participaban en una guerra a muerte con insurgentes comunistas.

Como primer ministro de Vietnam del Sur en 1965-1966, Nguyen Cao Ky descubrió que: «¡Todo lo que yo tocaba podía valer dinero! Destinar a un comandante a un puesto más cercano a su familia, o alejar al rival

romántico de alguien. Dar licencias de importación de bienes, permisos para abrir o cerrar una fábrica, para iniciar un negocio. Un contrato de construcción. Un trabajo sencillo para un familiar. Eximir del servicio militar o de participar en una unidad de combate. Una sentencia benévola para un criminal convicto».[10] Ky destruyó su propia reputación, ante la prensa de Saigón e igualmente ante los lectores internacionales, al elogiar repetidamente al líder del Tercer Reich, como en una entrevista de 1966 con un corresponsal alemán, al que le dijo: «Admiro a Hitler porque recompuso la unidad del país cuando estaba en una condición terrible, a principios de los años treinta. Aquí en Vietnam la situación es tan desesperada que necesitamos a cuatro o cinco Hítleres».[11] El politburó de Hanói exhibió un entusiasmo similar por Stalin y Mao Zedong —los otros dos principales asesinos en masa del siglo XX—, pero en la década de 1960 ninguno de ellos inspiraba tanta repugnancia entre los liberales occidentales como Hitler.

El primer ministro también resultó perjudicado por su forma de gestionar el caso de un comerciante chino-vietnamita de treinta y cinco años, cierto Ta Vinh. El primer paso de la campaña de Ky contra la corrupción fue condenar a Vinh por malversación, acaparamiento, especulación e intento de soborno. Al amanecer del 14 de marzo de 1966 se ejecutó una sentencia ejemplarizante, con pena de muerte, en el Mercado Central de Saigón. El pelotón de fusilamiento estaba integrado por diez paracaidistas; entre la numerosa multitud reunida estaban la apesadumbrada esposa de Vinh y siete de sus ocho hijos. Los fusileros hicieron una chapuza y un oficial tuvo que rematar al comerciante con la pistola. Nadie ponía en duda su culpa, pero parecía monstruosamente injusto matar a Vinh por acciones que varios miles de vietnamitas ricos practicaban sin castigo. Los comunistas asesinaban con métodos aún más bárbaros, pero tenían la prudencia de no invitar a las cámaras de la televisión mundial. La brutal torpeza de la intervención de Ky supuso que su prestigio internacional, nunca muy elevado, se hundiera todavía más.

En febrero el presidente Johnson se reunió con Ky y Thieu en Honolulu, y les advirtió con severidad: debían abordar cuestiones que enardecían al pueblo. Por ejemplo, se calculaba que unos dos millones de survietnamitas

habían perdido el hogar. Johnson comunicó a los invitados que la cuestión de los desplazados «quema más que una pistola en mi país. Si no quieren que levante la bandera blanca y me rinda, hay que hacer algo con eso». Añadió que si leían el *New York Times* y las actas de las últimas sesiones del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, comprenderían que la Casa Blanca estaba obligada a presentar pruebas de que en Saigón las cosas estaban mejorando. Max Taylor acababa de afirmar ante el comité, presidido por Fulbright, que Estados Unidos aspiraba a obtener un número tal de victorias en combate que obligara al enemigo a aceptar la existencia de un Vietnam independiente y no comunista. Dean Rusk dijo: «Para la paz es absolutamente esencial que seamos duros». El gran George Kennan, sin embargo, fue más aplaudido que ninguno de los comparecientes cuando dijo al comité que «ante la opinión pública mundial podía ganarse más respeto liquidando, con determinación y coraje, las posiciones irrazonables».

Pocos vietnamitas —y desde luego, Ky no estaba entre ellos— comprendían al menos en parte cómo funcionaba Estados Unidos. El primer ministro apenas leía la prensa norteamericana y más adelante escribió: «Si los estadounidenses, que vinieron a mi país por millones, nunca llegaron a entender Vietnam, lo cierto es que mi pueblo ... tampoco logró comprender América ... Yo no supe apreciar cuánto influyen los medios de comunicación en la opinión pública de ese país ... Pensaba que Estados Unidos era el presidente Johnson y sus embajadores, que cuando hablábamos con los congresistas, los ministros y los grandes generales, estábamos hablando con el país. Nos equivocábamos del todo».[12] Ky lamentaba no haber dedicado más atención a conquistar la opinión pública estadounidense, pese a que, si tenemos en cuenta su personalidad y la naturaleza de su gobierno, es difícil imaginar cómo podría haberlo conseguido.

El aislamiento y la ingenuidad de los generales de Saigón precipitaron una nueva crisis. Mientras los estadounidenses apostaban recursos sin precedentes a ganar la guerra, sus clientes vietnamitas empezaban a jugar a las carreras sin tener nada más en cuenta. La experiencia de sentarse en la mesa de una cumbre con el presidente de Estados Unidos hizo pensar a Ky

que debía empezar a ejercer su propia autoridad. Su primera jugada fue despedir al comandante del II Cuerpo, el general Nguyen Chanh Thi, que gobernaba las provincias septentrionales como un feudo personal, con centro en Hue.

La antigua capital, situada junto al río del Perfume, era la última gran ciudad del Sur que seguía poseyendo un carácter distintivamente vietnamita: sereno y pacífico, apenas tocado por la americanización. Las mujeres de Hue tenían fama de ser las mejores cocineras del país. Los estudiantes se sentaban a leer en la puerta de Ngo Mon y junto a los estanques de loto. En las murallas de la ciudadela aparecieron grafitos enigmáticos: «*Liberté, qu'est-ce que c'est*?», «*Amour*?». En el viejo club colonial, con la piscina medio vacía, el polvo se acumulaba sobre el piano y los ejemplares antiguos de *Le Monde* y *France Soir*. La ciudad también contaba con una presencia dominante —formidable incluso— de los budistas. Thi convenció a los bonzos de que compartían los mismos intereses. El 12 de marzo estallaron manifestaciones contra la expulsión del general Thi; primero se les sumaron los estudiantes, luego las protestas se extendieron a Danang y Saigón, y por último crecieron hasta convertirse en huelgas laborales. Un folleto del Grupo de Lucha Budista proclamaba: «Dos fuerzas nos oprimen: los comunistas y los estadounidenses. Debemos recuperar el derecho a la autodeterminación».

Por muchas ansias de gobierno que Ky tuviera, era simplemente la figura más visible de toda una junta militar. Cuando se desataron disturbios en el norte, entró en pánico. El embajador Lodge, desesperado, escribió a Lyndon Johnson: «Casi todo lo que [Ky] dice llega con como una semana de retraso. Aparte, cada vez que un vietnamita dice algo inteligente y verdadero, uno se pregunta siempre si está en su mano hacer algo de lo que dice». Aun así, el primer ministro convenció a los estadounidenses de que los budistas defendían los intereses comunistas y que el norte del país rondaba la secesión. El jefe del Estado Mayor del II Cuerpo le había dicho antes al MACV que «en el ejército se produce una subversión sistemática por parte de los sacerdotes budistas, que han dicho a las unidades que se preparen para deponer las armas porque la guerra se estaba librando en beneficio de Estados Unidos».[13] Lodge prestó aviones a Ky para transportar

dos batallones de la infantería de Marina vietnamita hasta Danang, en un gesto que agravó el sentimiento antiestadounidense. A Ky le temblaron las piernas y prometió celebrar elecciones en un plazo de tres a cinco meses, tras lo cual él dimitiría.

Con ello tranquilizó por breve tiempo a los budistas; entonces el presidente se envalentonó de nuevo, envió otro millar de soldados a Danang, sin avisar ni al presidente Thieu ni a los estadounidenses, y retiró la promesa de apartarse del cargo. Ky convocó a trece líderes de los monjes a una reunión en la que les dijo que se equivocaban si pensaban que él permitiría que lo derrocaran con tanta facilidad como Diem: «Antes de que os deje matarme me complaceré en pegaros yo mismo un tiro a cada uno».[14] Las manifestaciones se reanudaron y distrajeron casi del todo a los estadounidenses de las operaciones contra los comunistas, que asistían confusos como espectadores de un conflicto civil.

El gobierno estadounidense daba por sentado que tenía derecho a poner orden en la gobernanza de Vietnam del Sur. El 14 de mayo Averell Harriman dejó constancia de una conversación con McNamara: «Le pregunté por qué no hacíamos que el comité militar [de Saigón] pusiera a otro como primer ministro». McNamara respondió que esa acción debería posponerse hasta que los vietnamitas hubieran celebrado las elecciones parlamentarias, en septiembre. Aquel mismo día, los soldados de Ky desembarcaron en Danang; hubo combates durante todo el día, y catorce disidentes perdieron la vida. Entonces el primer ministro envió al jefe de su policía, el implacable coronel Nguyen Ngoc Loan, que restauró el control del gobierno en las ciudades septentrionales, matando a cientos de partidarios de Thi, aunque para ello debiera arrastrar a algunos fuera de los templos budistas en los que habían buscado refugio. Otros dieciocho monjes y monjas se inmolaron en público, ahora con un nuevo refinamiento: los compañeros vertían aceite de menta sobre el fuego, para disimular el olor a carne quemada ante los más aprensivos.

Loan fue eliminando a los demás insurgentes, paso a paso, y encarceló a varios cientos de acérrimos. Aplastó a los budistas, pero a costa de perjudicar todavía más la reputación internacional de Vietnam del Sur, frágil de por sí. James Reston escribió en el *New York Times* que el país se

había convertido en «una maraña de individuos, regiones, religiones y sectas en competencia, dominados por un grupo único de caudillos militares que representan diferentes regiones, un ejército sin un país que preside sobre un pueblo destrozado por la guerra y dominado y explotado ... durante generaciones».[15] El primer ministro Ky ascendió al mando del I Cuerpo a Hoang Xuan Lam, el comandante —de conocida ineptitud— de la 2.ª división. Lam mantuvo el puesto durante varios años, aun a pesar de las repetidas debacles en combate, a cuenta del único mérito que importaba: lealtad al régimen. Desde Washington, el general Earle Wheeler advirtió a Westmoreland de que el caos de Saigón estaba alimentando el fervor antibélico: «No se puede esperar que el pueblo estadounidense sufra indefinidamente la continuación de esta situación tan claramente perjudicial ... Creo que puedo sentir las primeras rachas de la tormenta». El gobierno estadounidense había «perdido irremediablemente el apoyo de algunos de sus propios ciudadanos ... Mucha gente ya no volverá a creer que el empeño y los sacrificios valen la pena». La Junta había especificado que necesitaría medio millón de soldados en Vietnam, y Westmoreland elevaba la petición a 700.000.

El Vietcong declaró junio de 1966 como «Mes del odio a Estados Unidos». Esto hizo que figuras destacadas de Estados Unidos en Saigón organizaran una velada de música popular a la que invitaron a Pham Duy, compositor y cantante que había prestado servicio con el Vietminh pero había desertado por disgusto con la represión cultural. Los norteamericanos, encabezados por Henry Cabot Lodge y Ed Lansdale, cantaron «Whiffenpoof Song» y «Wounded Soldier», a lo que siguió un éxito del año anterior de Pham Duy, «La lluvia en las hojas». El vietnamita, vestido con el tradicional ropaje negro de los campesinos, recitó su poema sinfónico «Madre Vietnam» y luego cantó tres viejos números del Vietminh: «La marcha de las guerrillas», «Invierno para el combatiente» y «Llevar arroz para los soldados». Por último, hizo hincapié en cuánto le conmovía «We Shall Overcome», el tema musical del movimiento pro derechos civiles de Estados Unidos. Duy —cuyo trabajo estuvo prohibido por los comunistas hasta 2000— no tardaría en quedar consternado: poco después, el movimiento antibelicista se apoderó de su balada favorita.

En septiembre se celebraron elecciones parlamentarias, con la notable restricción de que solo se permitió presentarse a los candidatos que el primer ministro Ky consideraba aceptables. Sin embargo, saltó la sorpresa: Nguyen Van Thieu pasó a ejercer una autoridad creciente. Se decía que la esposa de Thieu empujaba al primer plano a aquel militar taciturno, al igual que muchas otras esposas vietnamitas, de formidable ambición, estimulaban a sus maridos. Al año siguiente, cuando se convocaron elecciones presidenciales para implantar una nueva Constitución redactada en su mayoría en Washington, Ky accedió a aspirar tan solo a la vicepresidencia, creyendo no obstante que, por efecto de un pacto privado, mantendría el poder real. En cambio, quedó marginado: su rival gobernó hasta la caída de Vietnam del Sur. Una minoría relativamente destacada, que intentó dirigir un voto de protesta contra los militares apostando por un abogado sin especial atractivo, se encontró con que encarcelaron a su candidato.

Los políticos estadounidenses preguntaron, cada vez con más insistencia, por qué su país debía apoyar a gobiernos de Saigón formados por militares autocráticos; pero la CIA respondió que no podían contar con nadie mejor: «Entre las élites, son los que poseen más formación, más disciplina y más talento». Esto no era de extrañar, dado que la guerra había sido la actividad principal de su sociedad desde 1945. Sin embargo, el dominio de Ky, y luego de Thieu, imposibilitaba presentar Vietnam del Sur como una democracia creíble. Mucho después, un general del Sur escribió, sobre la falta de sintonía entre Estados Unidos y sus clientes de Saigón: «Los estadounidenses son activos, impacientes y racionalistas. Los vietnamitas son inactivos, pacientes y sentimentales».[16] La democracia representaba una novedad desconocida —comentó este militar—, y los pactos inestables por los que los survietnamitas mantuvieron muchas libertades —en particular la de expresión— situaron al régimen de Saigón en el peor de los mundos posibles: resultaba lo bastante opresor para merecer la censura de la opinión pública internacional, pero demasiado liberal para controlar con efectividad a su propio pueblo.

En octubre de 1966, Lyndon Johnson se convirtió en el primer presidente de Estados Unidos en activo que visitó Vietnam, donde instó a las tropas congregadas en la bahía de Camranh a «clavar la piel del

mapache en la pared», como trofeo de caza. Según dijo Robert Komer: «Estamos empezando a “ganar” la guerra». La tendencia parecía positiva. En público, Robert McNamara mantenía una posición de optimismo sin reservas, aunque en privado admitía albergar reservas y temores. La agitación política de 1966-1967 en Saigón, Hue, Danang y otras ciudades tuvo como consecuencia que el régimen de Thieu-Ky obtuvo una estabilidad que perduró hasta 1975, a cambio de transformarse en la criatura que más despreciaban los vietnamitas de cualquier color político: un simple instrumento de una potencia extranjera. En las elecciones locales de 1967, marcadas por una corrupción evidente, relativamente pocos aldeanos pudieron gozar del derecho a voto.

Si la política dejaba de ser relevante, tampoco podía pervivir el orgullo en un Estado por cuya supervivencia seguían muriendo muchos miles de personas. Los líderes de Vietnam del Sur fueron claramente incapaces de proporcionar a sus compatriotas la bendición del respeto propio. A finales de 1967, Thieu se mudó al palacio presidencial de Saigón. Desde entonces tuvo que aguantar que Ky aterrizara su helicóptero en el tejado del edificio, situado justo encima del dormitorio presidencial, a horas intempestivas. Sin embargo, dejó que su esposa se encargara de quejarse y él siguió coexistiendo, aunque fuera precariamente, con el aviador. A juicio de Neil Sheehan: «Thieu sabía jugar a aquel juego. Aunque era a todas luces un canalla, nunca supuso una amenaza para Estados Unidos. Los estadounidenses pensaban tolerar a cualquier líder vietnamita, por malo que fuese, a condición de que no pusiera en peligro sus objetivos».[17]

Cuando Duong Van Mai se incorporó al equipo de investigación de la RAND e hizo entrevistas con prisioneros pertenecientes al Vietcong, le surgieron dudas. Su anticomunismo era acérrimo, pero se preguntaba por qué el régimen de Saigón era incapaz de motivar a su pueblo, a diferencia de los comunistas, que hacían creer a los suyos en una «causa justa». Mai escribió: «Poco a poco fui comprendiendo que ... estábamos perdiendo por nosotros mismos, porque habíamos sido incapaces de dar con un sistema, una ideología, un liderazgo que insuflara estas mismas cualidades en su

pueblo, le sirviera de inspiración, lo uniera».[18] Estados Unidos hizo una aportación generosa para sostener los cuerpos vietnamitas, pero apenas ofreció nada para alimentar las almas del Sur.

3. Gurús

A medida que la lucha se intensificaba, también aumentaba la variedad de las propuestas para ganar la guerra —en su mayoría, fantásticas—. Entre las posibilidades de guerra psicológica que se sopesaron estuvo la operación Shotgun («Escopeta»), de mayo de 1966. Había que emprender una serie de fintas: amagar con ataques anfibios contra las playas de Vietnam del Norte para convencer a Hanói de que Estados Unidos estaba a punto de invadir el país. Earle Wheeler puso objeciones: si se daba crédito a la amenaza —dijo—, la opinión pública mundial quedaría horrorizada y el enemigo dispondría de un «material propagandístico excelente»;[19] por otro lado, si se hacía que todos contaran con una invasión que no llegaba a producirse, Estados Unidos daría una impresión lamentable. Entre las fantasías descontroladas del general Westmoreland figuraba un programa de urbanización obligatoria que trasladaría a los campesinos a las ciudades y, con ello, forzosamente los separaría del Vietcong; Bob Komer era de la misma opinión.

Por su parte, el secretario de Defensa defendió la propuesta de un científico de Harvard, el profesor Roger Fisher, que apoyaba también la división JASON del Instituto de Análisis de la Defensa (IDA, en sus siglas inglesas): se pretendía crear una barrera electrónica y explosiva que aislaría de Vietnam del Sur tanto la ZDm como la Ruta de Ho Chi Minh. La «Línea McNamara» habría requerido que la fuerza aérea lanzara 240 millones de minas Gravel, trescientos millones de «bombitas botón» desarrolladas por Piccatinny Arsenal, y 120.000 bombas de racimo Sadeye, 19.200 sensores acústicos, junto con el servicio de más de un centenar de aviones, para un coste anual de 800 millones de dólares. Se pusieron en práctica algunos elementos del plan: en la zona de la Ruta se lanzó una cantidad ingente de sensores, y se bombardeaba cuando se detectaba movimiento. Sin embargo, el proyecto general de la «Barrera» se abandonó, pues se consideró ridículo

incluso en el MACV. De hecho el proyecto acabó destacando como manifestación espectacular de la locura que se apoderó de la guerra de Vietnam.

Buena parte de las teorías extravagantes se referían al bombardeo aéreo, empleado en Vietnam del Sur, Laos y posteriormente Camboya con una intensidad sin precedentes en la historia bélica. El coronel An, del ejército norvietnamita, escribió en tono de cansancio: «Si las hojas de un árbol se marchitaran de pronto, si el agua de un torrente se enturbiara, si apareciera un camino donde no se veía camino en las fotografías tomadas el día anterior, el enemigo atacaría la posición con sus bombas y proyectiles».[20] Entre los espectadores y participantes razonables causó espanto —y repugnancia— el impacto de los ubicuos artefactos explosivos en la población civil. El 1 de julio de 1966, por ejemplo, las bombas de la fuerza aérea estadounidense alcanzaron un poblado calificado de amigo, matando a siete personas e hiriendo a cincuenta y una. El 9 de agosto varios F-100 crearon estragos en una comunidad del delta: mataron a sesenta y tres civiles e hirieron a otros ochenta y tres. Se trata tan solo de ejemplos llamativos de los accidentes cotidianos. El sargento Mike Sutton, que actuaba como asesor, afirmó con tristeza: «Matamos a una cantidad terrible de personas que no tenían nada que ver con la guerra».[21] Desde My Tho, David Elliott estaba de acuerdo: «Desde el punto de vista individual, el Vietcong podía ser brutal, pero la devastación estadounidense era fruto de una decisión política».[22] El corresponsal Neil Sheehan preguntó a Westmoreland si le inquietaban las bajas que el fuego amigo causaba entre los civiles. El general replicó: «Sí, Neil, eso es un problema, pero ¿verdad que priva de población al enemigo?».[23]

Los jefes de la fuerza aérea se alinearon con un gurú que aseveraba, en primer lugar, que el bombardeo funcionaba; y en segundo lugar —¡qué tranquilizador para sus propias rutinas de sueño!— que las víctimas civiles no culpaban a Estados Unidos. Hablamos de Leon Gouré, investigador de la RAND, que interpretó un papel influyente, y ciertamente siniestro, en la evolución de la política de bombardeo. En agosto de 1964, después de un mes de viaje de campaña en Vietnam, dijo a la USAF que, a su entender, el respetuoso estudio que sus colegas de RAND habían dedicado a la

motivación y la moral del enemigo resultaba derrotista. Así, prometió a los aviadores una visión más optimista de todas las buenas cosas que las bombas podían aportar al esfuerzo bélico.

Gouré había nacido en Moscú, en 1922, hijo de un revolucionario menchevique que al cabo de poco tuvo que huir a Berlín. Siendo adolescente se trasladó a París, y en 1940 tuvo la gran suerte —como judío— de poder refugiarse en Estados Unidos justo a tiempo. Acabado el servicio militar se dedicó al estudio académico, sumándose a la Guerra Fría con su odio implacable al comunismo; luego entró en la RAND como analista. A diferencia de la mayor parte de sus colegas le pareció bien que lo trasladaran a Saigón, con una financiación de 100.000 dólares aportada por la fuerza aérea. Asumió la responsabilidad sobre un estudio nuevo y ampliado sobre la motivación y la moral del Vietcong, en el que empezó a trabajar en diciembre de 1964. A continuación aportó un ejemplo modélico de cómo una investigación académica se puede distorsionar para servir a los fines de un bando concreto. Su trabajo contribuyó a que murieran muchos miles de vietnamitas.

Gouré catalogó las armas apresadas en los escondrijos del enemigo —subfusiles checos, proyectiles rusos, lanzacohetes rumanos, lanzallamas de la Alemania Oriental— y preguntó si con ello no quedaba claro que el Vietcong formaba parte de una ofensiva comunista mundial. Una vez alojado en la gran residencia de la RAND en el 176 de la calle Pasteur de Saigón, se esforzó por estrechar la mano de todo visitante de importancia en la ciudad e igualmente por desdeñar toda discrepancia de sus colegas. Su mensaje —para el que estuvo buscando prosélitos sin descanso durante más de dos años— fue que debían eliminarse todas las restricciones al uso del poder aéreo. Con la idea de que el enemigo temía a los aviones de Estados Unidos más que a cualquiera otra de sus armas, instó a seguir esta lógica y maximizar su uso. Las bombas podían someter a los poblados que no cooperaban y obligar a los habitantes a dejar las zonas controladas por el Vietcong, mudándose a otras «en las que se los podría seguir y administrar con más efectividad».[24] La lógica de Gouré era sin duda inhumana —incluso perturbada, cabría decir— y sus colegas más jóvenes retrocedieron

con disgusto e incredulidad. Los jefes de la RAND, en cambio, decidieron que la corporación consolidaba su posición gracias a la popularidad y los importantes contactos de su hombre en Washington.

En una de las ocasiones en que Gouré regresó a Saigón, se encontró, en la base de Tan Son Nhut, con Susan Morrell, cuyo esposo, David, había participado directamente en el primer estudio de la RAND sobre la moral del enemigo. Susan preguntó al experto qué confiaba en conseguir. «Llevo la respuesta aquí mismo —dijo Gouré, dando golpecitos en su maletín—. Cuando la fuerza aérea paga la factura, la respuesta es siempre: bombardear.»[25] Su enorme vanidad y ambición tenían su equivalente en la absoluta falta de interés por Vietnam, que solo le interesaba en tanto que escenario bélico en el que se escenificaba un acto de la Guerra Fría. En marzo de 1965 dio a conocer un primer informe provisional que pretendía mostrar que el poder estadounidense estaba obrando su magia y, por lo tanto, si se aplicaba aún más poderío, se obtendría aún más magia. Llegó a la conclusión de que, mientras que unos meses antes el 65 % de los desertores creían que los comunistas estaban ganando la guerra, tras un año de exposición a la artillería y los aviones estadounidenses, la proporción de optimistas en el enemigo se había reducido a tan solo el 20 %.

Gouré no percibía efectos negativos en la opinión pública civil, y aseveró que la cualidad de las tropas enemigas estaba menguando, y las deserciones, incrementándose. Propuso intensificar la destrucción de cultivos, para matar de hambre al enemigo. Corresponsales como Neil Sheehan tachaban al hombre de la RAND de ser un cantante melódico de la Guerra Fría, que entonaba serenatas para los halcones con las cadencias que a estos les gustaba tararear. Sin embargo, Gouré tenía admiradores entre los que tomaban las decisiones cruciales: en el Pentágono y la Casa Blanca se lo recibía con los brazos abiertos. Walt Rostow lo consideraba magnífico. McNamara, después de uno de los informes de Gouré, que este expuso con la brillante fluidez que lo caracterizaba, quiso saber a cuánto ascendían sus cálculos presupuestarios. Cuando supo que se trataba de 100.000 dólares, el secretario de Defensa añadió: «¿Qué puede hacer con un millón?». Algo mucho más grande, contestó el hombre de la RAND. «Pues entonces es suyo», dijo McNamara.[26]

Desde aquel momento, Gouré corrió orgullosamente de podio en podio, gozando de la celebridad. Cuando un colega disentía de su metodología y sus conclusiones, este experto les quitaba importancia: «Ah, ayer hablé con Bob McNamara ... le dije que estos bombardeos de los B-52 son realmente efectivos ... y si podemos hacerlo con un poco más de precisión, para no bombardear tantos poblados, podremos destruir su logística e impedir que tengan apoyo popular».[27] A lo largo de 1966, Gouré siguió siendo una voz influyente. Su equipo acabó produciendo unas treinta y cinco mil páginas de entrevistas, transcritas y traducidas, con presos y desertores, aunque a la postre incluso Westmoreland llegó a poner en duda el optimismo de las conclusiones que de ellas se extraían. Una revisión de los resultados de Gouré por parte de Konrad Kellen —otro emigrante judío que trabajaba para la RAND— infirió que había defectos de base graves, por la mentalidad de Guerra Fría y la interpretación voluntariamente forzada de los datos.

A Leon Gouré no se le puede responsabilizar por el extravagante uso del poder aéreo estadounidense, pero sí proporcionó una cobertura de respetabilidad intelectual para las políticas que (en cualquier caso) ya eran las preferidas por la administración de Johnson y muchos generales. Fue una justificación vívida de la inquietud de Michael Howard, a cuyo juicio la RAND se había aislado de los «roces, lo contingente, lo impredecible, todas las cosas que realmente importaban» para entender la guerra.[28] Un historiador autorizado de la fuerza aérea estadounidense ha escrito que el propio comandante de la Séptima Fuerza Aérea, el teniente general William Momyer, acabó sintiéndose «horrorizado por el increíble tonelaje de bombas que los B-52 estaban arrojando sobre la selva survietnamita con escasas pruebas de que surtiera mucho efecto material sobre el enemigo, por perturbadores que pudieran ser los explosivos desde el punto de vista psicológico».[29] Cuando Harry Rowen llegó a la presidencia de la RAND, en 1967, insistió en apartar a Gouré, convencido de que el trabajo de aquel hombre resultaba «perjudicial para el país», además de para la propia corporación. El apologeta del poder aéreo fue enviado primero a Danang, a estudiar la infiltración del enemigo, y luego se le despidió.

Pese a todo, es llamativo contrastar el entusiasmo con el que la mayor parte de las fuerzas armadas acogían los descubrimientos de Gouré, y la respuesta tibia que otros estudiosos de Santa Mónica encontraban al ofrecer datos que arrojaban dudas sobre la estrategia o la táctica estadounidenses. Por ejemplo, un informe que defendía que la destrucción química de los cultivos apenas dañaba al enemigo, pero causaba un infinito pesar a los campesinos, se descartó de entrada. Cuando su autor acudió en persona al MACV con la esperanza de comunicar los resultados a algunos oficiales destacados, lo enviaron a casa sin escucharlo. Bruce Griggs, asesor científico del general, dijo con desdén: «Esto es basura»;[30] desde Washington, el Estado Mayor Conjunto estuvo de acuerdo.

El 31 de diciembre de 1966 había en Vietnam 385.000 estadounidenses, y Robert McNamara anunció que llegarían muchos más. El general retirado John Waters publicó un artículo en *U. S. News & World Report* que reflejaba la perspectiva y las frustraciones de muchos de sus colegas en activo. Se titulaba: «Cómo puede ganar Estados Unidos», e instaba a avanzar con decisión, por tierra, en el interior de Laos y Camboya. «Hay que afirmar de forma clara, simple y digna que no toleraremos ninguna interferencia de los chinos, Laos y Camboya ... Estados Unidos debe elegir el camino difícil de los derechos, no la facilidad de los pactos. Debemos ... jugarnos el futuro, el todo por el todo ... Al final eso salvará a más hombres y ahorrará dinero y material. Hará realidad la misión de Estados Unidos con honor y con decisión y ganará la estima y el respeto del mundo libre.»

Quizá sí... Pero aunque el coste de la guerra para 1966 se había presupuestado en 2.000 millones de dólares, la factura final ascendió a más de 15.000, y al año siguiente subiría a los 17.000 millones de dólares: aproximadamente el 3 % del PNB de Estados Unidos. En enero de 1967, cuando el presidente Johnson pronunció su discurso sobre el estado de la Unión, anunció una subida fiscal del 6 %, sobre los ingresos y las corporaciones, para financiar Vietnam. En privado, temía cada vez más que los «voluntarios» chinos, de los que un millón había luchado en Corea, no tardaran en aparecer junto al ENv. Quedó conmocionado cuando el senador

Robert F. Kennedy —tan sumamente carismático— anunció que había dejado de creer en la posibilidad de ganar la guerra. Desde entonces Johnson tuvo una convicción enfermiza de que Kennedy, buen amigo de Robert McNamara, sobornaba a su secretario de Defensa.

Después de veintiocho meses en Vietnam, el general William Westmoreland dijo a un reportero de la revista *Life*: «Seremos mejores guerrilleros que las guerrillas, nos emboscaremos mejor que los emboscados. Y acabaremos sabiendo más de lo que ellos han sabido nunca, porque somos más listos y más móviles, tenemos más potencia de fuego, más resistencia y más por lo que luchar ... Y somos más valientes».[31] Estados Unidos, dijo Westmoreland, estaba librando una guerra de desgaste en la que, en 1966, habían perdido la vida más de seis mil estadounidenses. Cada vez estaba más convencido de que era el momento de dar todos los pasos necesarios para cortar la Ruta de Ho Chi Minh.

En Hanói, sin embargo, el primer ministro Pham Van Dong le preguntó cortésmente a Harrison Salisbury, del *New York Times*: «Y ustedes los estadounidenses, ¿cuánto tiempo quieren luchar, señor Salisbury? ... ¿Un año? ¿Dos años? ¿Tres años? ¿Cinco años? ¿Diez años? ¿Veinte años? Les complaceremos con gusto».

14

Operación Rolling Thunder

1. La edad de piedra, la edad de los misiles

El jefe de la fuerza aérea, Curtis LeMay, no consiguió librarse de una frase de sus memorias de 1965: «Mi solución ... sería ser franco con [los norvietnamitas] y decirles que tienen que contenerse y abandonar la agresividad o los bombardearemos hasta que vuelvan a la Edad de Piedra».[1] En el interior de la selva survietnamita, uno de los lectores de LeMay, Doug Ramsey, anhelaba encontrarse con el general para indicarle que «es difícil bombardear algo hasta devolverlo a la Edad de Piedra cuando en realidad nunca la ha abandonado».[2] Lyndon Johnson envió los aviones estadounidenses contra Vietnam del Norte porque estaba desesperado por romper el círculo en el que Washington parecía estar bailando siempre al ritmo que el enemigo marcaba. McGeorge Bundy le escribió, el 30 de junio de 1965: «Tenemos la capacidad de dirigir a Hanói una advertencia mucho más drástica ... Si el general Eisenhower acierta al creer que solo la perspectiva de un ataque nuclear provocó el armisticio de Corea, deberíamos como mínimo sopesar qué amenaza realista tenemos a nuestra disposición». Fred Weyand, uno de los militares más inteligentes de Estados Unidos —y posterior jefe del MACV— dio apoyo a la ofensiva de Lyndon Johnson, denominada operación «Rolling Thunder II» («Trueno retumbante II»), de bombardeo intensivo de Vietnam del Norte: «Si pretendíamos doblegar su voluntad, lo único que nos favorecía era [el poder aéreo]».[3]

Durante el siglo pasado, el poder aéreo ha ejercido un encanto vigoroso —y a menudo ilusorio— sobre los gobiernos que buscaban aprovechar su fuerza. Enviar aviones que lancen explosivos desde los cielos vírgenes parece menos sucio, menos feo, menos complicado desde el punto de vista político que mandar a los soldados a enfangarse en un cenagal —no solo

figuradamente—. Los aviadores, en su mayoría, se contentaban con la espuria absolución moral que se confiere a los que no entablan contacto visual con las personas a las que matan.

Los escépticos que han estudiado un poco de historia están al corriente de los límites del bombardeo. Es inevitable que hiera a cuantos coincide que están en el lugar. Puede ser efectivo —incluso decisivo— contra vehículos y tropas en movimiento, así como contra instalaciones sin blindaje. En cambio, a menudo falla contra las tropas atrincheradas y blancos complejos de la industria o las comunicaciones. Entre 1950 y 1953 la fuerza aérea estadounidense invirtió un esfuerzo descomunal en cortar las rutas de suministro entre China y Corea del Norte, pero la operación Strangle («Estrangulamiento») solo obtuvo resultados mediocres. En 1965, los barones del bombardeo dijeron: «El poder aéreo ha progresado: hoy la tecnología nos permite dirigir una bomba contra una simple moneda». Lyndon Johnson invitó a la Armada y la fuerza aérea de su país a infligir un castigo contenido contra los norvietnamitas. La operación Rolling Thunder debía liberar el poder estadounidense de una forma restringida —por ende, más humana—, renunciando a todo intento de imponer un cambio de régimen.

Esto exasperó a algunos aviadores, en particular a LeMay, que era partidario de una devastación general y en concreto de liquidar el puerto de Haiphong. A su modo de ver, un golpe moderado era una decisión inconcebible, quizá incluso «antiamericana»; creían que la guía que debían seguir era la conducta de los Aliados contra Alemania y Japón en 1944-1945. No obstante, aunque los jefes de la Armada y la fuerza aérea se enojaron con las restricciones políticas que entre 1965 y 1968 moderaron el bombardeo, ninguno objetó que esas medidas les imposibilitaran obtener resultados positivos. Entendían que la sociedad del enemigo era tan frágil —con su arquitectura de bambú y algodón— que incluso una dosis contenida de los explosivos de sus aviones destruiría tanto su voluntad como sus recursos. Solo mucho más tarde, cuando los comunistas demostraron su resiliencia, los comandantes vociferaron que la culpa del fracaso era de la autoridad política. Se negaron a ver el hecho de que, en una guerra elegida, Estados Unidos solo podía mantener el asentimiento de

su pueblo y sus aliados —no digamos de rivales como Rusia y China— si existía alguna proporcionalidad entre la fuerza empleada, las bajas civiles causadas y el objetivo en juego.

En febrero de 1965, la Casa Blanca ordenó bombardear no para hacer realidad unos objetivos militares definidos, sino como simple prueba de la determinación estadounidense. William Bundy dijo más adelante, de una forma bastante abstrusa: «En verdad, la política que nos guiaba se estaba haciendo a sí misma, de hecho, declarándose ella sola por medio de nuestras acciones. Así lo quería el presidente».[4] El 8 de marzo Maxwell Taylor envió un cable a Johnson desde Saigón, en el que exigía golpear con más fuerza: «Me temo que hasta el momento, a juicio de [los norvietnamitas] el "trueno retumbante" se ha quedado en algo de ruido y pocas nueces». Un piloto escribió, molesto: «Parecía que intentábamos comprobar cuántos explosivos podíamos llegar a lanzar sin dificultar la forma de vida del país».[5] John McCone, de la CIA, advirtió que Hanói estaba interpretando los escrúpulos de Estados Unidos como un ejemplo de debilidad. Desde entonces cada vez se amontonaron más bombas contra una serie de objetivos más amplia, de modo que en 1968 se habían arrojado sobre Vietnam del Norte 643.000 toneladas de explosivos.

Durante el mismo período, no obstante, sobre Vietnam del Sur cayeron 2,2 millones de toneladas de bombas: a los líderes de Estados Unidos les inquietaba mucho más matar civiles en el Norte hostil que en el país vecino, supuestamente amigo. La «gelatina infernal» —el napalm—, usada ubicuamente en el territorio de Saigón, nunca se autorizó en el de Hanói. Las discusiones sobre la legitimidad de golpear determinadas instalaciones y actividades se volvieron malhumoradas y difíciles de comprender. En mayo de 1965, el comandante de un ala expresó su confusión: «¿Qué es un convoy militar? ¿Qué número dado de vehículos tiene que cubrir qué trecho de carretera para ser un convoy? ¿Un vehículo que viaja en solitario es un blanco autorizado? ... ¿Hasta qué distancia de una ruta especificada estamos autorizados a seguir un camino auxiliar apto para camiones?».[6]

Los primeros objetivos de Rolling Thunder se decidieron durante los almuerzos de los lunes de Johnson con McNamara y Rusk. Mientras comían, el secretario de Defensa proponía un menú no gastronómico

acordado de antemano con el secretario de Estado. El presidente aprobaba algunos objetivos, rechazaba otros, guiándose ante todo por lo delicados que fueran, en materia de política, y por su proximidad a Hanói, donde en 1965-1966 no quería disgustos. Decretó que hubiera cincuenta kilómetros de protección a lo largo de la frontera china y alrededor de las ciudades, donde no debía haber ataques salvo que se produjera un consenso explícito contrario. Según el general Bruce Palmer: «durante la mayor parte de su presidencia, él siguió siendo el árbitro que decidía sobre los objetivos».[7] Como aquellas conversaciones se producían en un marco privado de la Casa Blanca —y hasta finales de 1967 no asistieron representantes de las fuerzas armadas—, las tres figuras podían hablarse con franqueza; pero como no se levantaba acta de las decisiones, luego podían surgir desacuerdos sobre qué se había convenido. En los primeros días, los puentes supusieron cuatro quintas partes de los blancos autorizados, pero el colosal puente de Paul Doumer, en Hanói, se libró de bombardeos durante dos años. La mejor probabilidad de lograr un impacto contra un rectángulo estrecho como el de un puente era arrojar una serie de bombas en diagonal a la estructura, pero se consideraba que la táctica era demasiado peligrosa para los civiles y, por lo tanto, los explosivos se lanzaban alineados, lo que causaba una elevada proporción de fallos.

A los pilotos que volaban a una velocidad de quinientos nudos se les pedía que distinguieran los camiones civiles de los militares desde una altura de tres mil pies. La planta de bicicletas de Hanói —componente destacado del sistema de transportes de Vietnam del Norte— se mantuvo como zona proscrita hasta bien entrada la guerra. Para apaciguar a los que protestaban, en 1967-1968 el Departamento de Estado, en algunas ocasiones, decretó cargas explosivas específicas. Un hombre del Estado Mayor comentó con cansancio, cuando veía que Rusk, su jefe, corría a una reunión en la Casa Blanca: «Si le dijeras que hay una forma infalible de derrotar al Vietcong y salir de Vietnam, se lamentaría de que estaba demasiado ocupado para meterse en esos temas: tenía que estudiar los blancos de los bombardeos de la semana entrante».[8]

Para los bombardeos se usaban cazabombarderos, antes que los B-52 *Stratofortress*, que solo actuaron en 141 misiones de la Rolling Thunder, inmediatamente al norte de la Zona Desmilitarizada. No obstante, al igual que la mayoría de los aviones de la Marina, los seiscientos F-4 *Phantom* («Fantasma») de la fuerza aérea estadounidense, más la fuerza equiparable de F-105 *Thunderchief* (más conocidos como «los *Thud*»), dependían del buen tiempo para volar. Durante los meses monzónicos, a finales de la primavera, cuando la capa de nubes apenas se levantaba de Vietnam del Norte, los aviadores no podían llegar a la mitad de los objetivos designados. Además, la defensa fue enérgica y se cobró un peaje cada vez más elevado. En 1965 los estadounidenses perdieron 171 aviones sobre el Norte; al año siguiente, 280; en 1967, 326. Los comunistas desplegaron un sinnúmero de cañones antiaéreos, además de modelos sucesivos de cazas MiG, y los rusos aportaron sistemas de intercepción de radar controlados desde tierra. A los pocos meses de la caída de Jrushschov, en noviembre de 1964, su sucesor Leonid Brézhnev empezó a enviar misiles SA-2 a Vietnam del Norte; dos años más tarde, había doscientas plataformas de lanzamiento. El coronel Jack Broughton, subcomandante de la 355.ª Ala de Cazas Tácticos, calificó el territorio enemigo de «centro del infierno, con Hanói como eje». Por último, aunque la precisión del lanzamiento era buena, para lo habitual en la época, las «bombas de hierro» —a diferencia de la munición de guía precisa, de la que solo se dispuso más adelante— eran instrumentos torpes.

Entre marzo de 1965 y julio del año siguiente, Washington amplió las NdC («Normas de Combate») para permitir que los aviones estadounidenses atacaran extensiones cada vez más amplias del Norte, aunque las ciudades siguieron quedando vetadas. Las plataformas de los misiles tierra-aire (MTA) que estaban en construcción no se vieron afectadas; el comandante de un escuadrón de F-4 del *Midway* sobrevoló repetidamente una base que con el tiempo entró en funcionamiento y lo derribó. Solo cuando se perdió el primer Phantom, el 24 de julio de 1965, el presidente autorizó —aun con reticencia— ataques contra unas pocas plataformas: tres días después, cincuenta y cuatro F-105 bombardearon dos supuestos grupos de lanzadoras. Antes de la guerra, la doctrina táctica de la fuerza aérea estadounidense decretaba que la amenaza clave no eran los

cañones ni los cazas, sino los misiles. Así pues, los aviones se acercaron a aquellos grupos a quinientos pies de altura, por debajo de la zona de operación de los misiles... y se toparon con un aluvión de antiaéreos. Los blancos eran, en realidad, señuelos muy bien protegidos. Las defensas terrestres habían preparado una emboscada y derribaron cuatro Thud; en aquella cadena montañosa cayeron tantos, que las tripulaciones la conocían como «la Sierra de los Thud». Otros dos F-105 chocaron entre sí en el vuelo de regreso, de modo que la incursión se convirtió en la más costosa del conflicto hasta el momento. Desde entonces, la fuerza aérea adoptó tácticas más sofisticadas y envió aparatos del modelo *Wild Weasel* («Comadreja Salvaje»), con misiles navales antirradares Shrike; las cabezas explosivas incluían fósforo para que las siguientes oleadas de atacantes pudieran apuntar al humo.

Pero entre un tercio y la mitad de todas las plataformas de lanzamiento de misiles del enemigo quedaron intactas por hallarse próximas a centros de población. Los norvietnamitas situaron MTA en el estadio de fútbol de Hanói, sabedores de que no sufrirían ningún daño. Con cierta frecuencia, sus propias municiones gastadas y los restos de sus propios antiaéreos caían en zonas civiles; del daño y las bajas, por descontado, se culpaba siempre a los estadounidenses. Los barcos de la bahía de Haiphong —algunos de ellos, chinos y rusos— disparaban con impunidad contra los aviones que pasaban. Aunque el faro de Haiphong se contaba entre los objetivos prohibidos, alguna que otra vez los pilotos abrieron fuego contra él para aliviar la presión emocional.

A lo largo de toda la campaña persistió una rivalidad feroz —y debilitadora— sobre la selección de los blancos, entre el Estado Mayor Conjunto, el comandante en jefe del Pacífico, la Marina y la Séptima Fuerza Aérea. Mark Clodfelter, autorizado historiador del bombardeo, ha escrito: «La ausencia de un comandante específico para las acciones aéreas generó caos».[9] El jefe de la Séptima, el general William Momyer, con sede en Saigón, creó un listado con unas cuatro mil posibilidades; el catálogo rival de la Agencia de Inteligencia de la Defensa (DIA, en sus siglas inglesas) llegaba hasta cinco mil. El comandante en jefe del Pacífico controlaba los B-52 desde Honolulu. Momyer ansiaba destruir los diques

del río Rojo para frustrar la producción de arroz en el delta, pero la Casa Blanca no quería saber nada de ataques que pudieran causar una hambruna general.

La primera fase de la guerra aérea se contó entre las más costosas, para los estadounidenses: en marzo de 1965, la Marina perdió entre quince y treinta aparatos por cada mil salidas, mientras que en otoño y a lo largo de 1966 la cifra se redujo a siete, luego a cuatro. Un 58 % de las pérdidas en combate de los aviones de la Armada se atribuyeron al fuego terrestre, frente a un 73 % de las pérdidas de la USAF, y un 64 % de la infantería de Marina: en total, los antiaéreos dieron cuenta de unos 1.600 derribos, del total de 2.300 aviones estadounidenses caídos. Los teóricos anteriores de la guerra habían acertado al predecir que los cañones no podían rastrear a atacantes que volaran a baja altura, pero subestimaron la eficacia de saturar todo un sector del espacio aéreo.

Las acciones aéreas de Estados Unidos se intensificaron en la parte final de 1965: las 2.879 salidas de agosto pasaron a 3.553 en septiembre. A finales de año, la Junta de jefes se mostró lo suficientemente realista para admitir que apenas se había causado daño a la capacidad bélica del enemigo. Pasaron a centrarse en el petróleo, como objetivo principal, aunque la Agencia de Inteligencia de la Defensa creía que Vietnam del Norte podía mantener la actividad esencial con tan solo treinta y dos toneladas métricas al año, cuando su capacidad de almacenaje era de 179.000. Los defensores de atacar el petróleo quizá deberían haber caído en la cuenta, de paso, de que los trenes de Hanói funcionaban con carbón o madera.

La autorización para atacar el petróleo la proporcionó el nuevo asesor de seguridad nacional, Walt Rostow, que en abril de 1966 sustituyó a un McGeorge Bundy tan exhausto como desanimado. Ante los colegas, Rostow ensalzó la valentía de Johnson y lo comparó con Lincoln, aseverando que «si LBJ fuera capaz de mantener el impulso militar, quedaría fuera de peligro en unos pocos meses».[10] El 29 de junio, aviones de la Marina atacaron el complejo de gasolina, petróleo y lubricantes de Haiphong. Tras un posterior vuelo de reconocimiento, el piloto dijo: «Parecía que hubiéramos borrado del mapa el abastecimiento mundial de

petróleo».[11] En aquella fecha, sin embargo, los vietnamitas ya habían dispersado las reservas en barriles y depósitos subterráneos. Avanzado el verano, Washington permitió que los B-52 bombardearan objetivos militares situados dentro de la ZDm y unos quince kilómetros más al norte, ya en territorio comunista. Cada uno de los aparatos decuplicaba la carga de bombas de un caza: los Stratofortress transformaron la zona en un paisaje lunar lleno de cráteres. Sin embargo, los movimientos de suministro del enemigo no parecieron menguar, pues ya bajaban por la Ruta de Ho Chi Minh en Laos. Las condiciones meteorológicas limitaron los bombardeos estadounidenses a finales de 1966, de modo que los blancos de la zona del delta del río Rojo solo podrían haber sido atacados por medio de B-52, con el previsible aumento de las bajas civiles, una posibilidad descartada por la Casa Blanca. Entre el 2 y el 5 de diciembre, no obstante, los cazabombarderos atacaron vías férreas, depósitos de camiones y almacenes de combustible próximos a Hanói.

Al acabar el año, la Agencia de Inteligencia de la Defensa calculó que habían destruido un total de 4.600 camiones norvietnamitas y dañado un número similar, habían hundido 4.700 lanchas de abastecimiento y dañado otras 8.700, y habían inutilizado ochocientos vagones y dieciséis locomotoras. La Séptima Fuerza Aérea contaba con tal cantidad de fotos de los objetivos que no disponía de bastantes intérpretes que las examinaran y dieran sentido a los descubrimientos. En abril de 1967, cuando se empezó a atacar también la red eléctrica de Vietnam del Norte, la inteligencia calculó cuántas centrales eléctricas destruía, pero no ofreció cálculos verosímiles de lo que de verdad importaba: cuántas seguían funcionando.

Entre los capitostes de las fuerzas armadas situados en posiciones decisivas, casi todos eran partidarios de bombardear y minar Haiphong, por donde circulaban la mayoría de las importaciones militares de Hanói. El presidente, sin embargo, no se atrevió a enfrentarse con Moscú por los cargueros soviéticos que descargaban allí. Por otro lado, el gobierno de Hanói seguía comunicándose sin obstáculos, porque había centralitas clave situadas cerca de la embajada soviética. En diciembre de 1966, el presidente planteó —a través de los polacos de la CIC— una propuesta absurda: no bombardearía un perímetro de quince kilómetros alrededor de Hanói si los

ataques comunistas respetaban un perímetro igual en torno de Saigón. Como la oferta no obtuvo respuesta, Estados Unidos decidió imponer unilateralmente un veto de quince kilómetros alrededor de la capital de Ho.

Entre el festival de ironías de la guerra, una de las principales fue que Rolling Thunder perjudicó incomparablemente más al gobierno de Lyndon Johnson que al de Le Duan. La opinión pública internacional, y en parte la estadounidense, miraba con recelo el mero hecho de los bombardeos, sin quedar impresionada por su contención. Y por el otro lado, Johnson tuvo que encajar críticas feroces de los halcones del Congreso, que exigían que golpeara al enemigo con más dureza: en la yugular. Cuando intentó exhibir humanidad estableciendo una pausa estacional de los bombardeos entre el 24 de diciembre de 1965 y el 31 de enero de 1966, la noticia fue recibida con el habitual silencio gélido de Hanói, las burlas de los aviadores y la indiferencia internacional. La escalada progresiva de los ataques aéreos proporcionó a los comunistas la oportunidad de ir aprendiendo al paso, lo que les permitió una mejora gradual de las defensas y el desarrollo de contramedidas entre una lluvia constante pero ligera de explosivos. La USAF y la Marina habrían deseado desatar un monzón, pero no fue así. En 1967, los vietnamitas habían desplegado veinticinco batallones de misiles tierra-aire, con seis lanzadoras cada uno, cerca de un millar de cañones antiaéreos y 125 cazas MiG. Aunque en los dominios de Ho Chi Minh no hubo producción industrial a gran escala, la guerra creó una actividad local tecnológicamente más compleja de lo que ningún vietnamita hubiera podido imaginar: la defensa aérea. Las pérdidas de los estadounidenses aumentaron a medida que atacaban más blancos en los alrededores de Haiphong y Hanói (o *Downtown*, «el Centro», según denominaban a la capital los pilotos norteamericanos). Hasta finales de 1966, las operaciones aéreas del sudeste asiático costaron a Estados Unidos una media de menos de un aparato por cada mil salidas. En los cielos de Vietnam del Norte, sin embargo, las pérdidas de la fuerza aérea se multiplicaron casi por veinticinco. Los aviones empezaron a bombardear desde alturas mayores: a menudo lanzaban los explosivos desde los siete mil pies, no los cuatro mil de antes. Esto redujo el efecto de la artillería enemiga, pero también redujo más la propia precisión. Los atacantes comenzaron a utilizar bombas de

racimo antipersonales, algunas rellenas de bombitas de detonación retardada, para obligar a los hombres de los misiles y cañones de defensa a acudir a los refugios.

Aunque los MiG comunistas derribaron un número relativamente escaso de aviones estadounidenses, a veces obligaron a los atacantes, en las maniobras de evasión, a deshacerse de las bombas e incluso de las barquillas de contramedidas electrónicas (CmE). En una conferencia celebrada en Filipinas, el general Momyer abordó el problema de los MiG con el coronel Robin Olds, un hombre grande y jactancioso, comandante de un ala de F-4. Entre los dos —que habían sido ases de los cazas durante la segunda guerra mundial— concibieron un plan ingenioso, la operación Bolo,* que se llevó a cabo el 2 de enero de 1967. Los cazas comunistas evitaban a los F-4 y se enfrentaban solo a los Thunderchief cargados de bombas. Así pues, algunos F-4 se disfrazaron de F-105, añadiendo barquillas de radar, y se dirigieron —en lo que parecía ser una gran incursión de bombardeo— contra la base de los MiG en Phuc Yen. A primera hora de la tarde, sobre una gruesa capa de nubes, el coronel Olds sobrevolaba la zona con más de cuarenta cazas. Los MiG tardaron en responder, pero cuando despegaron los misiles Sparrow y Sidewinder de los F-4 derribaron al menos cinco aviones enemigos en quince minutos, sin perder ninguno: el propio Olds se apuntó el primero de su total de cuatro «muertos». Pocos días más tarde se empleó una estratagema similar: dos F-4 entraron en el espacio aéreo enemigo tan cerca el uno del otro que el radar rival los identificó como un único aparato: cuando los MiG-21 salieron a por ellos, dos cayeron derribados.

En marzo se dirigieron casi trescientas salidas contra la fundición de Thai Nguyen, que acabó por enmudecer. Desde encima de la persistente capa nublada de primavera, la fuerza aérea emprendió bombardeos nocturnos mediante radar, con resultados inocuos: los explosivos solían aterrizar a un millar de metros de los objetivos, lo que suponía mejorar muy poco la precisión de la segunda guerra mundial. La Armada, a su vez, organizó casi un centenar de salidas contra las centrales eléctricas de Haiphong, que se vieron obligadas a suspender la generación a finales de mayo.

La USAF realizaba hasta doscientas salidas diarias, cuando el tiempo lo permitía: dos oleadas por la mañana, dos por la tarde. Aunque el enemigo no volvió a caer en trampas como la preparada por el coronel Olds, en mayo de 1967 los estadounidenses afirmaron haber derribado veintitrés MiG en combate, con la pérdida de tan solo tres aparatos propios; con ello eliminaron la mitad de la fuerza de pilotos de caza de Vietnam del Norte. El día 19, la Marina empezó a emplear bombas Walleye, guiadas por televisión, contra las instalaciones eléctricas de Hanói, tras convencer al presidente de que eran lo bastante precisas para reducir al mínimo los daños civiles. Resultó ser así, en efecto, pero los norvietnamitas tenían suficientes generadores para mantener el abastecimiento eléctrico vital. En julio se dirigieron ocho mil salidas mensuales contra la franja de territorio norvietnamita que se adentraba en el Sur, por debajo del paralelo 20, lo que paralizó el tráfico ferroviario. Más al norte, sin embargo, los comunistas mantuvieron abiertas las líneas cruciales que enlazaban China con Hanói.

En el círculo íntimo del presidente, a principios de 1967, seguían siendo partidarios de la guerra Walt Rostow y Dean Rusk, más dos buenos amigos de Johnson como Clark Clifford y Abe Fortas. En mayo, Averell Harriman le dijo al embajador ruso que Rostow era el halcón más peligroso de la Casa Blanca.[12] Otros miembros de la administración, sin embargo —incluso los que seguían teniendo plena confianza en la guerra— habían empezado a poner en duda que la utilidad militar de bombardear Vietnam del Norte justificara el elevado coste político. McNamara había renacido como escéptico, al igual que la mayoría de los miembros de un influyente grupo de discusión que se reunía cada jueves por la tarde en el despacho de Nicholas Katzenbach, el subsecretario de Estado. Se trataba de Cyrus Vance, William Bundy, a veces Rusk y Richard Helms, de la CIA, en alguna ocasión el propio secretario de Defensa. Se llamaban «el Comité Inexistente», porque negaban haberlo formado. Eran favorables a concentrar el poder aéreo contra las rutas de abastecimiento directo de los comunistas al interior de Vietnam del Sur.

Algunos recibieron con sumo descontento la actitud de la Casa Blanca cuando se hicieron propuestas de paz: por parte de Naciones Unidas; a través del primer ministro británico Harold Wilson, que coqueteó con los

rusos en febrero de 1967; y por medio de intelectuales franceses que admiraban a Ho Chi Minh y los buenos oficios de Henry Kissinger, profesor de Harvard. En público, Johnson apoyó las negociaciones con Hanói e incluso avanzó propuestas llamativas. Pero la jugada —que repitió a menudo— de acompañar tales palabras con una intensificación de los bombardeos ponía de relieve que, antes de hablar en serio, estaba resuelto a conseguir una situación militar ventajosa. Como Hanói tenía la misma intención, ninguna de las «iniciativas de paz» de 1967 tuvo expectativas reales de éxito.

Las fuerzas armadas estadounidenses resistieron el derrotismo que, en privado, acosaba a algunos políticos, en especial a McNamara. Estaban cansados del paso a paso, de su enfoque progresivo: era una cuestión del momento y querían resultados. Desde la primera línea, sobre todo los pilotos lamentaban que se restringieran los ataques contra algunos elementos de las defensas aéreas comunistas. El coronel Jack Broughton —un neoyorquino formado en West Point— había pilotado desde 1945 casi todos los tipos de aviones de combate. Cumplió dos períodos de servicio al mando de cazas en Corea, y luego ganó toda una serie de condecoraciones (la más destacada, la Cruz de la Fuerza Aérea) al realizar 102 misiones con F-105 sobre Vietnam del Norte. En el verano de 1967, Broughton no soportaba la forma en que sus jefes dirigían la guerra aérea: «Yo buscaba pelear», escribió en unas memorias posteriores.[13]

Encontró la batalla que buscaba el 2 de junio, como comandante en funciones del ala. Dos pilotos volvieron de una misión tras la cual uno informó de que había disparado contra lo que quizá era un barco ruso en el puerto de Haiphong —como, en efecto, había ocurrido—. Al día siguiente, Moscú transmitió una protesta formal por los impactos recibidos por su mercante *Turkestán*, que habían matado a un marino. El almirante Sharp, comandante en jefe del Pacífico, empezó por asegurar a Washington que la acusación soviética era infundada. Pero la fuerza aérea estadounidense inició una investigación en la que Broughton intervino: él destruyó en persona la película de la cámara incorporada al cañón, para evitar que lo culparan. Esto le costó la condena en un consejo de guerra y una multa de 40 dólares. Aunque el secretario de la fuerza aérea anuló la sanción, el

episodio supuso de hecho el fin de la carrera del duro neoyorquino. Permaneció enfadado el resto de sus días, como un combatiente moldeado según un patrón habitual: de incalculable valor cuando lidiaba con los enemigos de su país, pero incapaz de reconciliarse con una guerra limitada. Entre tanto, el 29 de junio de 1967 unos cazas de la Marina ametrallaron otro buque soviético, tras lo cual la administración impuso unas Normas de Combate todavía más estrictas en el entorno de Haiphong.

Por otro lado, un grupo de militares —entre los que se contaban el almirante Sharp y el general Wheeler— seguía presionando para que la guerra aérea se intensificara. El senador Richard Russell, que llevaba décadas apoyando la carrera del presidente, defendió que Estados Unidos debía empezar a combatir para ganar o, de lo contrario, abandonar Vietnam. A finales de agosto de 1967, el subcomité Stennis del Senado dio a conocer un informe que solicitaba la escalada aérea, para «asumir los riesgos que se deben asumir y aplicar la fuerza que sea necesaria para completar el trabajo». Las comparecencias ante este subcomité pusieron de manifiesto la profunda división surgida entre McNamara, el presidente y la Junta de jefes. Ya hacía dieciocho meses que el secretario de Defensa había dicho a unos corresponsales, en un encuentro privado, que «por mucho que se bombardee eso no puede acabar la guerra». Hacia fines de 1967, sus íntimos estaban preocupados y desconcertados por el hecho de que no antepusiera los principios y cesara en su cargo, sin esperar a la orden de expulsión que llegó algo más tarde: en noviembre, McNamara descubrió que lo trasladaban a la presidencia del Banco Mundial, una decisión adoptada por el presidente sin consultar con el seleccionado.

Entre tanto los halcones del aire, encabezados por Rostow, mantuvieron su ascendiente y Johnson fue autorizando listas cada vez más extensas de objetivos en Vietnam del Norte. Durante la mañana del 11 de agosto de 1967, los bombarderos rompieron por primera vez el puente de Doumer, en Hanói. Hubo ataques renovados e intensivos contra las líneas férreas de Yen Vien, aunque las bajas fueron notables: cinco F-4 cayeron por efecto de los cañones antiaéreos y los MiG, que de pronto reaparecieron con fuerza y atacaron desde la retaguardia por primera vez. A los pilotos se les advertía siempre que debían «vigilar las seis» (prestar atención a la posible presencia

del enemigo por detrás, a las seis del reloj), pero estaban tan acostumbrados a ver los MiG por delante que aquella nueva táctica inesperada les hizo daño. Robin Olds, que capitaneaba un asalto que perdió a dos pilotos de F-4, escribió más adelante, apesadumbrado: «Les oí gritar. Al girarme ya solo vi dos objetos ardientes».[14]

La «iniciativa de paz de Kissinger» fue un intento de acercamiento de otoño de 1967, con intermediarios franceses entre Hanói y Washington, que el académico de Harvard abordó personalmente aunque aprovechando sus influyentes conexiones en el gobierno. Tras el fracaso de la empresa, mediado el mes de octubre, Johnson aprobó los primeros ataques directos contra la base de los MiG en Phuc Yen. Sin embargo, siguieron produciéndose bajas. Durante una incursión del 17 de noviembre contra una instalación de defensa aérea de las afueras de Hanói, el F-105 del comandante Charles Cappelli fue destruido por un misil. Un camarada recordaba después con pesar que *Cappy* había quebrantado un tabú muy vigente entre los pilotos al afirmar, antes de despegar, que cuando regresara se ocuparía de cierta burocracia; el amigo dijo: «No está hecho. No se habla sobre volver».[15]

Durante la última fase de Rolling Thunder, que se inició en noviembre de 1967, los aviadores estadounidenses se encontraron unas condiciones meteorológicas peores que nunca hasta la fecha. En diciembre, los cazas enemigos, cada vez más competentes, obligaron a más del 10 % de los atacantes a deshacerse de sus cargas explosivas antes de alcanzar los blancos. El día 17 los aviadores afirmaron haber visto veinte MiG en el aire de forma simultánea; dos días más tarde, catorce. El 2 de diciembre cayeron derribados cinco aviones de la fuerza aérea y tres de la Marina, todos ellos (salvo tres) por el impacto de MTA. El bombardeo guiado por radar nunca alcanzó la precisión esperada. En 1968 hubo cien mil salidas contra Vietnam del Norte, pero después de que, en marzo, Lyndon Johnson vetara atacar por encima del paralelo 19, los vuelos se concentraban en una zona limitada en la que los comunistas lograron reunir 2.600 cañones antiaéreos. A veces, la campaña aérea parecía maldita: los intentos de obstaculizar el tráfico fluvial quedaron frustrados porque las minas magnéticas lanzadas por la aviación explotaban demasiado lejos de los barcos que pasaban. En

marzo de 1968 se sumó a la guerra el F-111, cuyas alas de geometría variable hicieron depositar en él grandes esperanzas; pero una serie de fallos técnicos causó varios accidentes y en sus primeras salidas el rendimiento fue pobre. El 11 de marzo, los comunistas organizaron una operación de un éxito devastador. Comandos de zapadores del 41.º Batallón del ENv asaltaron la Base 85 de la USAF, situada en la cumbre del monte de Pha Thi, en Laos: la base desde la que se controlaban muchas misiones de Rolling Thunder. Entre la plantilla estadounidense, murieron doce del total de dieciocho miembros, y la fuerza aérea se vio obligada a bombardear sus propias instalaciones, que no podían quedar en manos del enemigo por poseer equipos esenciales. Durante el resto de la presidencia de Johnson, los aviadores se encargaron ante todo de restringir el tráfico de los camiones comunistas hacia el sur.

La vacilante política de bombardeo que la Casa Blanca empezó a implantar en febrero de 1965 solo podría haber tenido éxito contra un enemigo de voluntad escasa —pero esta no faltaba en el politburó de Hanói — o contra una población que pudiera elegir entre propuestas alternativas —pero no era este el caso en Vietnam del Norte—. Lo que salió mal en la campaña de 1965-1968, en buena medida, reflejaba la incapacidad de la fuerza aérea de doblegar a una sociedad primitiva que, aunque sea contradictorio, estaba bien defendida, en condiciones meteorológicas difíciles y muy cambiantes, y con tecnologías de puntería imperfectas. Lyndon Johnson fue tan solo uno más de los numerosos líderes nacionales que, a lo largo del siglo pasado, descubrieron las limitaciones del poder aéreo.

2. «PASAR AL NORTE»

Cuando se puso en marcha la campaña aérea, los pilotos estadounidenses —de la fuerza aérea, la Armada o la infantería de Marina— tenían la moral alta. Solo unos pocos se echaron atrás cuando sus esposas les plantearon un ultimátum: «La guerra o yo: ¡elige!».[16] Como la mayoría de los jóvenes (y algunos veteranos a punto de entrar en los cuarenta) habían dedicado la carrera a formarse para el combate, les emocionaba gozar de la oportunidad

de combatir de verdad, de ponerse a prueba a sí mismos y sus fabulosas máquinas volantes en situaciones de genuino peligro —sin necesidad de que la nación les agradeciera el arrojo pagándoles la magnífica soldada de 2,16 dólares al día—. Tras completar una temporada de operaciones, los hombres de la fuerza aérea estadounidense se trasladaban a Bangkok; para el descanso del personal y el mantenimiento de las naves, los portaaviones se dirigían a Filipinas. En la costa, en el club de oficiales de Punta Cubi, en la base naval de la bahía de Súbic, se festejaba sin moderación: fiestas de karaoke, batallas de comida, batallas a puñetazos... El comandante John Nichols escribió: «Los dos o tres primeros días se emborrachan hasta que no se aguantan en pie, y luego se recuperan con el golf, la natación o la meditación».[17] Y un barco no tardaba en devolverlos al otro lado del mar de la China Meridional, de camino al enemigo.

La responsabilidad de atacar blancos en Vietnam del Norte no fue unitaria, sino que se crearon sectores que se distribuyeron entre la fuerza aérea, la Marina y el MACV. Los pilotos de los portaaviones atacaron los «Paquetes de Rutas» números 2, 3, 4 y 6B, que se extendían desde el paralelo 18 hacia el norte, hasta China; la fuerza aérea se encargaba de los PR 5 y 6A, que incluían Hanói y el ferrocarril del noroeste; el MACV tomó el relevo de la PR 1, antes al cargo de la USAF. La mayor parte de los aviones tácticos de la fuerza aérea estadounidense, junto con algunos B-52, se desplegaron en bases de Tailandia, un país en el que, en 1966, Estados Unidos contaba con treinta y cuatro mil militares. Más de dos tercios vestían el azul de la Aviación, y casi todos trabajaban por la guerra, sin descuidar del todo el placer: los dispensarios de las bases aéreas atendían al año hasta a un millar de pacientes con enfermedades venéreas. El gobierno de Bangkok, que se sentía incómodo con su propia complicidad en los bombardeos, hizo hincapié en un principio en que los aviones que despegaban de Tailandia no debían atacar objetivos situados en el territorio de Saigón, y que los aparatos que se dirigían al norte debían fingir que habían despegado del Sur, una ficción que no se abandonó hasta 1967.

Ninguno de los aviones disponibles en la Guerra Fría era adecuado para los ataques terrestres. El gran F-105 *Thud* de la fuerza aérea estadounidense podía resistir un castigo importante, pero tenía poca maniobrabilidad y

requería de un mantenimiento escrupuloso; al final se perdieron más de trescientos. El F-4 *Phantom*, concebido como interceptor, era magnífico en todos los aspectos, salvo en las operaciones a baja altura sobre Vietnam del Norte, donde la densa humareda negra de sus motores anunciaba su posición a los MiG en un radio de varios kilómetros a la redonda, y además era vulnerable al fuego terrestre. Cuando se iniciaron las misiones contra Vietnam del Norte la USAF poseía seiscientos F-105 y un número similar de Phantom. Pero mientras que las líneas de producción todavía generaban doscientos F-4 nuevos al año, en cambio los Thud habían dejado de fabricarse. Las misiones más peligrosas, por lo tanto, solían reservarse a los Thud, en parte porque el derribo acarreaba la pérdida de un solo aviador, mientras que los F-4 llevaban tripulaciones de dos; con acidez se bromeaba con la idea de que había que sentar a alguien en el asiento de atrás para que consultara las Normas de Combate sobre el territorio enemigo.

El mejor avión de la Marina era el A-4 *Skyhawk*, mucho más pequeño que el Phantom. Diseñado por Ed Heinemann, era un aparato sencillo, resistente y fácil de mantener; y esto no era un tema baladí, teniendo en cuenta la intensificación de las misiones de combate. Muchos escuadrones de A-4 mantuvieron la disponibilidad al cien por cien, algo infrecuente con modelos más inestables como el Vigilante de reconocimiento fotográfico: al final, los Skyhawk salieron en más misiones de combate que ningún otro avión de la Marina. El F-8 *Crusader*, más antiguo, tenía una configuración extraña, con el piloto sentado un metro ochenta por delante del tren de aterrizaje. Era un buen interceptor, con cañones como armamento principal; pero el radar era deficiente y la tasa de accidentes fue elevada. Los viejos y robustos Douglas *Skyraider*, con hélice, participaron en muchas de las misiones iniciales —por ejemplo, se anotaron dos de los diez primeros derribos de MiG—, pero su lentitud los relegó a tareas de contramedidas electrónicas y cobertura para rescates. Los pilotos tenían un dicho: «La velocidad es vida». Los aviones que volaban sobre el Norte estaban dirigidos desde la Base 85, en Laos, o desde un centro de control del Monte del Mono —código de radio «Motel»—, ubicado en Danang, a medio camino entre Saigón y Hanói; Udorn, en Tailandia, les prestaba apoyo. Sin embargo, ninguna de estas instalaciones podía ver qué estaba pasando sobre

el río Rojo con la precisión necesaria para guiar los ataques con efectividad. Así pues, los atacantes dependían sobre todo de sí mismos, o mejor dicho de los oficiales al mando, un coronel o un comandante, según el servicio. El tiempo era un factor importante tanto en la efectividad de las operaciones —muy inferior en la temporada monzónica— como en las pérdidas —muy superiores en esos mismos meses—. Una y otra vez, los pilotos tuvieron que arrostrar el espanto de llevar la guerra hasta las profundidades del territorio enemigo para, a última hora, tener que modificar la misión o abortarla y deshacerse de las bombas, porque el blanco estaba cubierto de nubes bajas.

La Marina atacó el Norte desde las plataformas que se iban moviendo por aguas de la «Base Yanqui» del golfo de Tonkín, a entre unas 60 y 150 millas de la costa. La flota de portaaviones de Estados Unidos era más numerosa que la suma de la del resto del mundo: dieciséis de ataque, diez antisubmarinos. Los buques de la clase Forrestal, de setenta y cinco toneladas, eran mucho más seguros que los antiguos Essex: sus dimensiones bastaban para darles estabilidad incluso con mala mar. Los dos portaban cerca de setenta aviones: dos escuadrones de cazas cada uno, dos o tres escuadrones de ataque a tierra, más las secciones de alerta rápida, reconocimiento fotográfico y helicópteros. En junio de 1965 llegó el *Independence*, cuya dotación de aviones incluía A-6A *Intruder*; se los solía comparar con renacuajos o con sartenes, y llevaban equipos DIANE (siglas inglesas de «equipo digital integrado de navegación y ataque») que les permitían salir en cualquier condición meteorológica. En noviembre, el *Kittyhawk* trajo consigo un segundo escuadrón de A-6A.

Cuando funcionaban al máximo nivel, los portaaviones eran un recurso bélico de primer nivel: cierto día de diciembre, el *Enterprise* manejó 165 salidas. En el primer año completo de campaña, la Marina organizó cincuenta y siete mil misiones y perdió algo más de cien aparatos y ochenta aviadores. Los comunistas tuvieron la prudencia de renunciar a atacar por aire los portaaviones estadounidenses; las patrullas de combate aéreo (PCA) que estaban de guardia a bordo les habrían hecho mucho daño. En cada uno de aquellos buques de las gigantescas cubiertas planas, cinco mil marinos y técnicos sostenían las actividades de ciento y pico aviadores. Cuando iban

en los barcos de escolta naval y bombardeo, lejos de la costa, los hombres llevaban una vida rutinaria, cómoda, sin apenas peligros; en cambio, la presión y los riesgos de las misiones de vuelo eran muy grandes, incluso antes de que el enemigo interviniera en la historia. Según las mediciones específicas del estrés, para los pilotos un apontaje nocturno resultaba mucho más alarmante que sobrevolar Hanói de día. La flota de arrastre rusa, para crear toda la confusión posible, solía pasar por delante de la proa de los portaaviones durante los despegues. Los MiG chinos de la isla de Hainán también intentaban alterar las misiones.

En las cubiertas de vuelo y de hangar, la actividad casi siempre era frenética. Se identificaba al personal mediante jerséis de distintos colores: amarillo para los directores de avión, azul para los asistentes y ascensoristas, verde para los operadores de las catapultas y los mecanismos de detención, marrón para los capitanes de avión, rojo para los responsables de explosivos y bomberos. Había una lucha constante por liberar espacio para toda la dotación de aeronaves: la sala de operaciones incorporaba un gráfico a escala que mostraba la posición de todos los aviones estacionados, que se desplazaban de acuerdo con las órdenes transmitidas por teléfono a los asistentes. Los conductores de los remolcadores, en su mayoría de dieciocho o diecinueve años, cargaban con una gran responsabilidad. También los pilotos de guardia, obligados a permanecer sentados durante dos o tres horas en los asientos eyectables, bajo un sol abrasador, dispuestos a lanzarse a volar de inmediato, con ayuda de las catapultas, que dejaban un rastro de vapor tras de sí.

Los accidentes —algunos, graves— eran inseparables de la acción de los portaaviones. En octubre de 1966, después de que dos tripulantes dados a las barrabasadas prendieran fuego bajo cubierta a una bengala con paracaídas, el *Oriskany* sufrió un incendio en el que perecieron cuarenta y cuatro hombres. El *Forrestal* organizó 150 salidas en cuatro días sin perder un solo avión, hasta que un F-4 situado en el extremo de popa de la cubierta de vuelo soltó un cohete Zuni que llegó a la zona de estacionamiento con consecuencias terribles: el depósito de combustible de otro Phantom se incendió y el viento propagó las llamas. A los pocos minutos hubo estallidos de munición y los camarotes situados por debajo de la

conflagración se convirtieron en una trampa mortal. Los barcos de escolta se situaron al costado y dirigieron las mangueras contra el fuego, pero algunos incendios secundarios de los niveles inferiores ardieron todavía doce horas más. Una bomba ya acariciada por las llamas explotó cuando se acercaba un suboficial, causándole la muerte a él y varios hombres más. Tales sucesos no impidieron actos de gran coraje: un joven teniente, pese a su constitución menuda, logró hacer rodar una bomba hasta tirarla por la borda. Cuando el incendio se extinguió por fin, había 134 muertos, veintiún aviones quedaron destruidos y otros cuarenta y tres, dañados; reparar el *Forrestal* costó 72 millones de dólares.

Los portaaviones acostumbraban lanzar tres ataques al día, con un intervalo de quizá una hora entre cada uno. Los Estados Mayores de las divisiones asignaban blancos; los despachos de operaciones transmitían las órdenes a las alas; los oficiales de inteligencia y de los grupos aéreos detallaban las rutas. Los primeros pilotos desayunaban a las 4.30, luego se preparaban y recibían el informe previo a la salida, prevista a las 6.00. Cuando era posible, a los nuevos pilotos les estipulaban blancos próximos a la costa, de forma que si el enemigo alcanzaba su aparato tenían más posibilidad de eyectarse sobre el mar. Los pilotos son supersticiosos, y muchos acariciaban una pata de conejo o un medio dólar de prestidigitador antes de embarcarse en el avión con los arneses y trajes antigravedad. Una vez a bordo, se quitaba el seguro a los explosivos, se armaban los asientos eyectables, se cerraban las cabinas, se extendían las alas. Los asistentes guiaban a los aviones en el despegue, entre el estruendo moderado de los motores: un A-4 pesaba tan solo nueve mil kilos con el combustible y las bombas, pero un cisterna KA-3 se acercaba a los treinta y tres mil. Gracias a las catapultas, en tres segundos pasaban de 0 a 160 nudos. El ruido era incesante; todos los participantes —ya fueran aviadores o marinos— debían ser muy competentes.

Una fuerza de ataque típica podía estar integrada por veinte bombarderos; por ejemplo dieciséis A-4 y cuatro F-8, con el apoyo de dos aparatos especializados en destruir antiaéreos («Mano de Hierro»). Los escoltas Crusader TarCAP (patrullas de combate aéreo, especializadas en proteger el asalto a un blanco) adoptaban posiciones fuera de la formación,

en el flanco donde era más probable encontrar MiG. Un avión de CmE se quedaba sobre el mar, al igual que un par de aviones cisterna. Dos helicópteros daban vueltas por la zona, dispuestos a recoger a cualquier aviador caído al mar o en un terreno a su alcance. Una vez en el aire, la formación pasaba sobre toda una sucesión de barcos pequeños, en su mayoría pesqueros y sampanes: atravesaban la costa sabiendo que el enemigo estaba preparado y a la espera. En 1944, una misión de combate de la Marina en el Pacífico duraba de promedio cuatro horas; veinte años después, la cifra se había reducido a noventa minutos. No obstante, sobrevolar Vietnam del Norte era mucho más peligroso de lo que habían sido las misiones de Corea del Norte.

Cuando se acercaban a la costa, a veinte mil pies, con el estruendo del motor velado por los cascos y auriculares, los pilotos activaban los interruptores para armar los cañones, las bombas y los cohetes. Empezaban un descenso lento, cuyo ritmo determinaba la distancia al objetivo de aquel día: los Skyhawk podían volar a 350 nudos, mientras que los Crusader, más rápidos, se contenían. Oían el tono agudo del radar enemigo de Fansong, que avisaba de MTA en camino. En adelante, no estaba prohibido romper el silencio de la radio, pero se charlaba lo menos posible. Se indicaba a los pilotos: «Si os dan, ¡salid de la frecuencia de ataque!». Los comandantes no querían que el canal operativo quedara saturado de hombres desesperados anunciando sus apuros. A veces los MiG empezaban a rondar alrededor de las formaciones, que oían el aviso radiofónico de combate que se ha hecho inolvidable, típico de los aviones no identificados: «¡*Bogies* a las nueve!» (o a las cuatro, etc.). El enemigo solía intentar atraer a los escoltas hacia las baterías de misiles tierra-aire; los pilotos, sin embargo, tenían instrucciones de permanecer en las inmediaciones de sus protegidos. Los pilotos encargados de atacar a tierra intentaban bajar en picado hacia los blancos con los depósitos de las alas ya vacíos, porque nadie quería llevar un tanque externo de combustible en la partida de dados con los antiaéreos. Se acercaban simultáneamente desde varios ángulos, para dividir el fuego enemigo.

Una vez que los norvietnamitas identificaron la clase de objetivos preferidos por los norteamericanos, concentraron sus cañones en torno de los puentes, cuarteles y similares. Los pilotos de más edad afirmaban que la defensa era más dura que la que habían conocido en los cielos de Alemania. Los comunistas desarrollaron una experiencia aterradora en las descargas cerradas de todo en un sector: «Podían llenar toda una columna de trece kilómetros cuadrados con antiaéreos letales, entre los 3.000 y 20.000», escribió el comandante John Nichols. «Era asombroso. Era espectacular, peligrosamente cercano a la belleza. Los cañones ligeros, de 23 y 37 milímetros, lanzaban chorros de humo blanco. Los proyectiles de 57 milímetros explotaban con un gris oscuro, los más pesados, de 85 y 100 milímetros, explotaban con nubes negras. Añádele los hilos aislados de las trazadoras de colores, cuyos arcos ascendían hasta quizá los 5.000 pies, y ahora te puedes imaginar que todas esas nubes multicolores estallan en algún lugar de aquel tramo de cielo cada segundo, durante varios minutos.»[18] Los comandantes desaconsejaban que los pilotos hicieran zigzags, porque no eran de utilidad para esquivar aquellas cortinas de fuego; les recomendaban centrarse en destruir el objetivo, y solo el azar decidiría su destino.

Los primeros MiG-17 aparecieron durante una incursión de cincuenta aviones, al sur de Hanói, el 3 de abril de 1965; el día siguiente, la fuerza aérea estadounidense perdió dos F-105. El 17 de junio los misiles Sparrow se apuntaron sus dos primeros derribos de MiG. Los pilotos hicieron experimentos tácticos. Durante un tiempo apostaron por acercarse a baja altura y gran velocidad, hasta que, en un punto elegido, variaban de rumbo y ganaban altura para lanzarse en picado sobre un blanco; era el método de la aparición inesperada. Tenía la limitación de exigir a unos aviadores que volaban a quinientos nudos que identificaran varios puntos de referencia; además hacía que los aparatos fueran vulnerables a los antiaéreos ligeros. En las barquillas de las alas llevaban una formidable diversidad de equipos de defensa electrónica. La Marina también desplegó EA-3B *Skywarrior* («Guerrero celeste») y EF-10B *Skyknight* («Caballero celeste») como

aparatos de contramedidas electrónicas. Los atacantes lanzaban *chaff* para despistar los radares comunistas* y disparaban misiles Shrike AGM-45A contra los aparatos de guía del enemigo.

Los dos bandos practicaban estratagemas para engañarse mutuamente. A veces los estadounidenses responsables de perturbar la comunicación del enemigo creían haber identificado la frecuencia de dirección de los cazas, para luego descubrir que en realidad se reproducían grabaciones de conversaciones entre pilotos, mientras que la comunicación real de los MiG se desarrollaba por otro canal. Los defensores también aprendieron a llevar los radares de seguimiento apagados hasta los últimos segundos antes de lanzar un misil, para no atraer a los Shrike en vuelo.

La amenaza de los cazas enemigos creció y decreció, pero no provocaba tanto temor como los antiaéreos. A los pilotos norvietnamitas se los controlaba estrechamente desde tierra, indicándoles incluso cuándo debían activar la poscombustión. Los MiG-17 poseían una agilidad maravillosa, los MiG-21 no tanto, en especial a baja velocidad. Por lo general solo atacaban si poseían una ventaja táctica clara, en particular de altura, disparaban los misiles Atoll —equivalentes a los Sidewinder estadounidenses— y luego se largaban, después de pasar una sola vez. El 21 de junio de 1966, el teniente neoyorquino Phil Vampatella guiaba un Crusader de un grupo de cuatro que protegían al piloto derribado de un RF-8 hasta la llegada de un helicóptero de rescate. De pronto el avión sufrió una sacudida; había sido alcanzado por antiaéreos. Sufrió una hemorragia de combustible y se alejó del grupo para buscar un avión cisterna. Por la radio sonó una advertencia: «¡Atención: MiG!»; los otros cazas habían sido atacados por MiG-17. Se dio la vuelta para acudir en su apoyo y se encontró al lado de un avión comunista que perseguía a uno estadounidense. Pidió a su compañero que virase a la derecha con urgencia, pero era demasiado tarde y el Crusader fue abatido.

Vampatella encontró otro MiG-17 que se le acercaba por la popa y descendió en picado, con el avión coleando inestable por la velocidad: seiscientos nudos. Enderezó la nave casi a la altura de los árboles, con la esperanza de haberse librado del enemigo. Aún tenía al MiG por detrás, pero se había dado la vuelta y, al parecer, regresaba a su base. Dados los daños que su propio aparato había experimentado, Vampatella, que se lanzó

en pos del MiG, asumió un riesgo colosal. Lanzó un Sidewinder, vio explotar el avión enemigo y halló un cisterna que le proporcionó el combustible preciso para recorrer el centenar de kilómetros que lo separaban del Hancock. La exhibición de coraje de Vampatella se ha ensalzado desde entonces en las academias, pero persistir en el combate a bordo de un avión dañado solía ser el camino más corto a que los familiares recibieran el temido telegrama con la nota: «Desaparecido».

Durante varios años, la Marina se mostró avergonzada por el hecho de que sus cazas derribaron bastantes menos aviones enemigos que la USAF, en parte por el fallo de muchos de sus misiles Sparrow, aire-aire. Los Sidewinder eran mucho más eficaces, pero aún eran mejores los cañones; y en el caso de la Marina, solo los llevaban sus F-8. Se demostró que los supuestos expertos que afirmaban que los misiles convertirían los cañones en redundantes se habían equivocado. El rendimiento en combate de los aviones de la Marina solo mejoró en la última fase de la guerra, cuando la academia de doctrina y táctica de Miramar (California) creó su propio curso de ases («Top Gun»), cuyos licenciados destacaron sobremanera en el derribo de MiG.

En el momento en que los aviones culminaban el ataque y emprendían el camino de regreso hacia el mar, en palabras de un piloto, «habían pasado unos tres minutos... y una o dos eternidades».[19] Mientras se acercaban al refugio de su portaaviones, la voz de un oficial de apontaje iba comentando la condición de la cubierta: «Pista ocupada ... ocupada ... ocupada, equipo dispuesto, Skyhawk. Pista ocupada ... ¡Pista despejada!».[20] La decisión de si el piloto de un avión dañado debía intentar el apontaje o eyectarse sobre el mar era delicada: un accidente podía no solo acarrear la muerte del aviador, sino crear el caos en la cubierta de vuelo. Los aviones intactos bajaban con agradecimiento; tras el último sobresalto, debido a la detención brusca mediante los cables de freno, habían terminado con éxito otro día de trabajo.

De promedio, los pilotos realizaban entre dieciséis y veintidós salidas de combate al mes, unos pocos llegaron a veintiocho, y un puñado acabó totalizando quinientas. En otoño de 1966, la multiplicidad de las operaciones generó una escasez de munición —en especial, bombas—, así

como de pertrechos y tripulantes. Entre estos últimos, era tristemente habitual que el período de servicio concluyera sin billete de vuelta. Jack Broughton escribió, sobre el día en que un MTA inadvertido eliminó a un miembro de su escuadrón de F-105: «El primer indicio de problemas fue una bola grande, de color óxido, que envolvió su aparato ... [que] parecía estar intacto, pero empezó un descenso estable con el ala izquierda ligeramente baja. Su único mensaje fue: "Tengo que saltar. Nos vemos, tíos". Con esto, tiró de la manecilla y vimos un paracaídas y oímos el pitido del localizador mientras bajaba a Hanói con ayuda del nailon».[21]

El comandante Fred Cherry, de la fuerza aérea estadounidense, procedía de una familia de campesinos negros, en el estado de Virginia. Llegó a la academia de aviación en 1951, por pura persistencia, dado que había sido rechazado en numerosas ocasiones. En Corea ya había realizado cincuenta y tres misiones. En la mañana del 25 de octubre de 1965, en la quinta salida, capitaneaba su escuadrón de F-105 cuando oyó un ruido fuerte y sordo, a pocos minutos del blanco. Desconectó la electricidad y la hidráulica, pero el aparato se llenó de humo. A baja altura eyectó el asiento y pronunció una oración; el Thud saltó por los aires y el panel de instrumentos le golpeó e hizo cortes en la cara. Estaba unos sesenta y cinco kilómetros al noreste de Hanói, a tan solo dos minutos de vuelo de la costa —y la seguridad—. Aterrizó entre una muchedumbre de guerrilleros y niños. «Temí que me despedazarían con las herramientas agrícolas, pero se quedaron quietos donde estaban, entre risitas.»[22] Le dijeron que levantara las manos, y él mostró que tenía el hombro izquierdo machacado y un tobillo roto. La multitud acompañó a Cherry —el trigésimo tercer aviador estadounidense que caía preso de los comunistas—, que, con paso vacilante, se dirigió hacia la carretera. Un soldado lo acusó de ser un criminal. Primero lo llevaron a la prisión de Hoa Lo, apodada «el Hilton de Hanói». Luego lo transfirieron a la cárcel que los prisioneros de guerra conocían como «el Zoo». Allí le tocó compartir celda con un marino de Carolina del Norte llamado Porter Halyburton, que al principio lo despreció porque le parecía imposible que un negro pudiera ser comandante de la USAF; por fuerza —pensaba este— tenía que ser un espía de Francia. Sin embargo, la intimidad y las privaciones compartidas generaron entre los dos hombres algo que iba más

allá del respeto y se aproximaba al amor. Después de que las heridas de Cherry se infectaran de gravedad, «Hally» lo cuidó con devoción. Cuando los carceleros se llevaron al sureño de la celda común, «nunca he odiado tanto, en toda mi vida, perder a alguien».[23]

Norm McDaniel, nacido en 1937, era hijo de un aparcero negro de Carolina del Norte. Él y sus siete hermanos crecieron marcados por el recuerdo familiar de la terrible experiencia de la Depresión, cuando el padre cosechaba algodón por un dólar al día. En su infancia, Norm se acostaba muchas veces sin cenar: «Si mi padre pasaba por la whiskería antes que por la verdulería, teníamos un problema».[24] Su madre, huérfana, depositó toda su fe en la educación y se ajustaba al mantra: «Saca el máximo partido a lo que tengas». No fue un logro menor que, en 1959, su hijo pasara del grado de ingeniería mecánica en la Universidad estatal de Agricultura y Técnica de Carolina del Norte —segregada— a un puesto como oficial de navegación en la USAF. La vida de la fuerza aérea le entusiasmaba y, durante varios años, voló con un ala de Stratofortress. Solo tuvo problemas por su raza cuando él y su esposa Jean-Carol se desplazaban fuera de la base: «En Misisipi e incluso en Utah, los hoteles y los restaurantes se negaban a atendernos».

En otoño de 1965, McDaniel abandonó el equipo de B-52 para unirse, en calidad de oficial de la guerra electrónica, a un escuadrón de EB-66C* que operaba desde Tailandia. «No me provocaba ningún temor ir allí. Tenía la clara sensación de que era lo que se suponía que debía hacer.» Sin embargo, sus aviones carecían de potencia y debían recorrer toda la pista para despegar, en especial en los días calurosos. McDaniel siempre entonaba una oración corta, «no para mí, sino para mi familia». Las misiones solían durar unas tres horas, de las que veinticinco minutos se destinaban a orbitar por la zona del objetivo a veinticinco mil pies, supervisando y obstaculizando las transmisiones de radar del enemigo. Cuando se detectaba una señal amenazadora, se indicaba a los pilotos de ataque: «Alerta roja, avión enemigo», «Misil detectado» o lo que conviniera, hasta que se confirmaba que la amenaza había pasado.

McDaniel era uno de los cuatro «cuervos» que controlaban la batería de miras del compartimento de guerra electrónica del B-66, una salita sin ventanas situada por detrás de la cabina.

La campaña se volvió rutinaria: para que lo enviaran de regreso a casa, un piloto debía «pasar al Norte» en cien ocasiones, por usar las palabras con que los tripulantes aludían a los vuelos que se adentraban en el territorio enemigo. De vuelta en la base, que era cómoda, McDaniel leía mucho, se entrenaba, jugaba al tenis de mesa. En el club de oficiales había un juego siempre en marcha, el «¡Bicho muerto!». Cada vez que un aviador pronunciaba estas palabras, todos debían golpear el suelo; el último en hacerlo pagaba una ronda de quizá sesenta bebidas, aunque el alcohol era tan barato que la multa apenas perjudicaba la billetera. La temporada de Takhli fue positiva para McDaniel, salvo por lo que echaba de menos a su familia, y lo que sabía que ellos lo echaban en falta a él. Dijo: «Nunca sentí mucho miedo. Suponíamos que aquel follón duraría varios años. Solo pensábamos en cerrar el círculo de nuestras cien misiones para, después de ocho o nueve meses, volver a casa». En el vigésimo primer vuelo, cerca de Hanói, detectaron la amenaza directa de un MTA-2 que les obligó a realizar una violenta acción evasiva. Solo después de lo que pareció una angustiosa eternidad, la tripulación oyó por la radio interna las palabras tranquilizadoras con que se les comunicaba que la maniobra había tenido éxito. Figuradamente, se secaron el sudor de la frente y volvieron a la base, a la cálida, pegajosa, cómoda Tailandia. McDaniel pensó: «Bueno, ¡ya he tenido mi susto gordo!».

Sin embargo, dos misiones más tarde, el 20 de julio de 1966, cuando se aproximaban a un blanco cercano a Hanói, el avión dio un salto tremendo, «como al topar de golpe con una gran bolsa de aire». La tripulación, asustada, corrió a formular preguntas explosivas, a las que el piloto Bill Means respondió tranquilizándolos: «Han fallado por poco, pero seguimos volando». No por mucho tiempo. A los pocos segundos, Means perdió el control y el avión empezó a caer en picado erráticamente. Cuando por fin se niveló, aguardaron en vano a recibir más noticias del piloto: las comunicaciones se habían estropeado, al igual que el oxígeno. El compartimento de guerra electrónica comenzó a llenarse de humo. Los

cuatro «cuervos» debían eyectarse en sucesión, y a McDaniel, por ir sentado en la posición delantera izquierda, le correspondía el primer turno. «No era momento de vacilar. Teníamos llamas y humo, y pensé: “Yo me largo de aquí”.» Siguió el procedimiento prescrito: bajó el visor de su casco, activó la botella de oxígeno personal, se colocó bien en el asiento, tiró de una palanca para abrir la compuerta, de una segunda para lanzarse al cielo.

Todo funcionó a la perfección hasta que, colgado del paracaídas, detectó un número creciente de agujeros en la tela: le estaban disparando. Nada más caer se halló rodeado de campesinos, soldados y guerrilleros que le quitaron todo lo que vestía, salvo los pantalones cortos y la camiseta. Eran las 8.30 de la mañana y se hallaba unos cincuenta kilómetros al noroeste de Hanói. Al principio intentaron lanzarlo a una fosa en la que, sin duda, planeaban ejecutarlo. Pero a la postre le vendaron los ojos y lo llevaron a un vehículo que lo condujo hasta el «Hilton de Hanói», donde llegó por la tarde.

Primero lo embargó la duda de si había sido el único miembro de la tripulación que había saltado y todos los demás estaban sanos y salvos en Takhli, burlándose de cómo él se había dejado llevar por el pánico. Pero pronto descubrió que todos sus compañeros —salvo uno que falleció al poco de ser capturado— eran también prisioneros de guerra, como él, y lo siguieron siendo hasta 1973. En la casa familiar, cuando tuvieron noticias de que había desaparecido y se desconocía con qué suerte, la madre de McDaniel le dijo a Jean-Carol: «Mac está bien. Le he visitado en un sueño. Estaba tendido en una habitación pequeña. Le he preguntado: “Mac, ¿estás bien?”, y me ha dicho: “Sí, mamá. No te preocupes por mí”». En cierto modo, el cuento de la madre de McDaniel se acercaba a la realidad. Pero muchas otras familias con desaparecidos tuvieron sus propias visiones sobrenaturales que resultaron ser falsas. Tuvieron que pasar dieciocho meses de suspense agónico hasta que los norvietnamitas se decidieron a comunicar por fin que el navegador había sido apresado.

En Hanói, a McDaniel le fue mejor que a muchos otros: «Aunque la comida era una basura, era una basura bastante saludable y total, de niño había pasado mucha hambre». Como la mayoría de sus camaradas, sufrió crueldades de forma periódica, en algunos casos torturas. Las fuentes tanto vietnamitas como rusas dan a entender que los comunistas obtuvieron datos

operativos importantes con el interrogatorio de los aviadores; pero aun así el primer objetivo era imponer un dominio ideológico, castigar a los únicos ejemplares accesibles de un enemigo al que odiaban. En Estados Unidos, las barbaridades que se infligieron a los presos —suficientemente reales— provocaron un escándalo público sostenido. Pero es preciso hacer hincapié en que los comunistas que caían en manos tanto de los estadounidenses como de los survietnamitas sufrían un acoso igual, si no peor, a menudo antes de que los mataran. Cuando *Decent Interval* —el revelador libro de Frank Snepp, de la CIA— se convirtió en un superventas, en 1977, el autor se asombró del hecho de que pocos lectores se inquietaran por la descripción de los «interrogatorios ampliados» y la tortura de prisioneros —una descripción cuya veracidad no se ha desacreditado—.[25] Doug Ramsey también mostró repugnancia por la «tolerancia» que sus compañeros mostraban «de vez en cuando con los abusos a los presos».[26] La indignación de los estadounidenses por las crueldades que Hanói infligía a sus cautivos solo podía justificarse dando por sentado que los capitalistas norteamericanos debían esperar un trato más humano, en manos del enemigo, que los comunistas vietnamitas en las manos propias.

Norm McDaniel, que en julio de 1966 era el huésped más reciente del «Hilton de Hanói», poseía un temperamento tranquilo y una alegría indestructible que le resultó de gran ayuda durante el período de encarcelamiento, de casi siete años. Mientras que algunos presos odiaban a sus captores norvietnamitas, a él le parecía contraproducente: «Me considero un eterno optimista. Sabíamos que los presos de Vietnam éramos una élite, en comparación con la forma en que se había tratado a los prisioneros de guerra en Corea. Había que agarrarse a algo externo. Yo tenía mi fe en Dios y en mi familia».

Una minoría destacada de pilotos de Estados Unidos eran veteranos con una inmensa experiencia. El comandante Richard Bengler, por ejemplo, contaba cuarenta y cuatro años. Había manejado B-17 y B-25 como piloto del ejército en la segunda guerra mundial; luego, cazas en Corea. En julio de 1966 sobrevivió a una eyección en el mar, después de que su F-8 fuera

derribado por un MiG-17. Cuatro meses más tarde logró devolver la jugada y se apuntó el primer MiG-21 abatido por la Marina, por medio de misiles Sidewinder. Al regresar al portaaviones exclamó, exultante: «He esperado veinte años a algo como esto. Ha sido tremendo». El capitán Jack Nolan, de Freeport (Long Island), había cumplido los treinta y seis cuando fue a la guerra. Era hijo de un abogado y, por un período breve, había estudiado la carrera de Medicina: «Había una chica de por medio. Y me casé con ella, ¡anda que si lo hice!». Pero su pasión era el vuelo: «Me fascinaban los aviones desde que, a los cinco años, me invitaron a subir a un Stinson». En 1952 Nolan se unió a la USAF, fue destinado a Corea y, cuando se firmó el armisticio, se hallaba en mitad del Pacífico. Después de una década como instructor, siendo padre de cinco hijos, a finales de 1966 fue enviado a un ala de Thud que (como los EB-66 de Norm McDaniel) tenía la base en Takhli, en Tailandia. «¿Que qué pensaba mi mujer sobre aquello...? Nunca se lo pregunté.»[27] La base era grande, y vivían en edificios cómodos, de bloques de hormigón, con dos camas por cuarto. Los veinte pilotos del escuadrón pilotaban el avión que se les asignara cada día; los aparatos carecían de nombres personalizados o ilustraciones específicas, solo el camuflaje verde y marrón en la cara superior y los costados, azul en la inferior. El F-105 era cómodo de pilotar y podía desarrollar velocidades supersónicas a baja altura. En las misiones contra Vietnam del Norte solían portar seis bombas de 750 libras [340 kilos], un deflector de radar como CmE, y misiles Sidewinder, aunque Jack Nolan no llegó a disparar ninguno.

En los días de misión se levantaban a una hora indeterminada entre las 2.30 de la madrugada y las 7.00 de la mañana, para desayunar y preparar el equipo, que era un proceso largo y laborioso. Un piloto veterano afirmó un día, cuando entraba en la sala de reuniones, antes de emprender otro viaje hacia la «Sierra de los Thud»: «Quienquiera que no esté completamente aterrorizado no comprende el problema».[28] Aquella misma mañana, en las letrinas, Jack Broughton oyó vomitar a un hombre y supo que era aviador como él. Broughton describió la larga espera y el rodar por la pista para despegar de una base tailandesa achicharrada por el sol y repleta de aviones: «El sudor era tan exagerado que a veces apenas podías ver nada. La línea de vuelo era una confusión organizada mientras un vuelo tras otro

apretaba el botón de encendido y llenaba el aire con la peste y el humo del cartucho iniciador de pólvora negra que animaba las primeras revoluciones del motor. El ruido era ensordecedor ... Pensé: “¿Hoy qué día tocará: día de MTA o día de MiG?”».[29]

Cuando Jack Nolan estaba en el aire, con la compañía habitual de quince naves y dos reservas, navegaban a 450 nudos en grupos de a cuatro, «a quince mil metros en cada puta misión». Antes de entrar en el espacio aéreo enemigo, se acercaban a uno de los dos aviones cisterna KC-135, para recargar durante diez minutos; y se separaban y organizaban en formación táctica para aproximarse al PI: «punto de inicio». Los supresores de antiaéreos de los F-4 aspiraban a alcanzar el blanco entre quince y treinta segundos antes que los bombarderos, atacando con cañones y cohetes Zuni cada boca que veían destellar en tierra, hasta que, una vez gastada la munición, desplazaban el regulador manual para encender los posquemadores. La poscombustión incrementaba la potencia y permitía al avión alejarse con rapidez a costa de un incremento extremo del consumo de combustible. Acto seguido atacaban los Thud, que se lanzaban en un picado de 45º antes de bombardear desde cinco mil pies, y «luego salían petados de allí»; técnicamente, sintiendo una fuerza de salida de entre cuatro y seis G.

Los blancos podían ser puentes, estaciones ferroviarias o aeródromos. Nunca faltaban los antiaéreos, que sumando las dos alas siempre causaban de promedio un derribo al día, más el rastro blanco de algún que otro misil tierra-aire, del que los pilotos hacían caso omiso salvo que se les advirtiera verbalmente de que estaba dirigido específicamente contra su aparato. «Vi caer a uno de los nuestros, vi cómo el piloto se lanzaba en paracaídas, pero nunca se supo más de él.» La mejor táctica de defensa contra un MTA era girar en redondo contra la trayectoria; al final el misil rompería el seguimiento fijado por el radar y explotaría. Nolan, como muchos pilotos, contemplaba su papel de forma desapasionada con la intercalación de accesos de miedo: «No le daba muchas vueltas a lo que había en tierra. Yo solo estaba haciendo un trabajo, intentaba seguir con vida y ascender a comandante... lo que por cierto no pasó». Admitían que buena parte de los explosivos fallaban la diana, en especial las bombas de 3.000 libras (unos

1.400 kilos) que lanzaban contra los puentes: «Era frustrante ver los pontones alineados en la orilla, listos para llenar el hueco si rompíamos una arcada». Un día, cuando el aparato de Nolan se lanzó en picado cerca de la frontera china, recibió una ráfaga de armas automáticas bajo el ala derecha, que le inutilizó la hidráulica y le impidió acoplarse a un cisterna para volver a casa. Dejó caer las bombas en el río y se esforzó por lograr que el gran avión llegara hasta Danang, escoltado por su líder. En la aproximación bajó el tren de aterrizaje manualmente y tomó tierra sano y salvo. Regresó a Tailandia a bordo de un C-123 y se dirigió al bar. Poco después lo trasladaron al Estado Mayor de operaciones de combate de la Séptima Fuerza Aérea, donde analizó los bombardeos: «Aquella experiencia reforzó mi convicción de que muchas bombas no alcanzaban el blanco, pero nadie le daba importancia».

El historial de combate de Nolan fue relativamente ordinario, pero otros aviadores vivieron dramas extraordinarios. El 20 de abril de 1967, el teniente comandante Mike Estocin, famoso por su valentía, dirigía una misión de tres aviones contra Haiphong; allí eliminaron tres plataformas de lanzamiento de MTA, pero su A-4 sufrió daños por la onda expansiva. Convencido de que podría continuar, lanzó el último Shrike contra un objetivo terrestre antes de darse la vuelta y retirarse. Como perdía mucho combustible, buscó un cisterna KA-3 (que regresaba al *Ticonderoga* con el pequeño Skyhawk aún a su lado), al que se pudo acoplar cuando solo le quedaba carburante para cinco minutos de vuelo. A tres kilómetros de la cubierta de vuelo se desacopló e hizo la aproximación con el combustible justo para un solo intento de apontaje. La nave descendió perfectamente, pero se incendió. Estocin abrió la cúpula mientras los bomberos lanzaban espuma, saltó a cubierta, le pasó el casco a un asistente y se alejó sin siquiera mirar atrás. Fue una ostentación prodigiosa de despreocupación, pero seis días después no tuvo tanta suerte.[30] Un MTA-2 alcanzó su avión mientras atacaba unos depósitos de petróleo en las inmediaciones de Haiphong y el avión cayó a tierra hecho pedazos. Póstumamente se lo condecoró con una Medalla de Honor.

Uno de los rasgos más dramático —y a menudo heroico— de la guerra aérea fue el empeño sostenido por rescatar a los aviadores de aparatos caídos. Cerca de un tercio de los tripulantes derribados lograban volver con sus tropas; un porcentaje menor caía preso de los comunistas; el resto fallecía. En el sector naval, las tripulaciones de rescate que actuaban en alta mar podían pasar semanas de aburrimiento, volando con los helicópteros HH3E, de blindaje potente, atendiendo a llamadas de socorro que eran infrecuentes pero, cuando por fin se producían, quedaban electrizados y arrebatados por el drama y el peligro. A menudo se producía una carrera entre «los Ángeles» y los pescadores que podían ganar un rescate muy sustancioso —equivalente a 200 dólares— si rescataban del mar a un estadounidense y lo entregaban a los comunistas.

El 27 de abril de 1966, después de que un A-6A fuera alcanzado por antiaéreos, el bombardero Brian Westin vio que el piloto Bill Westerman, que había resultado herido, se quedaba pálido, con el brazo izquierdo inerte, la máscara de oxígeno caída, el avión en un ascenso errático. Westin se desató el arnés y se acercó para coger la palanca de mando y guiar el avión hacia la costa a la vez que pedía ayuda por radio. Westerman se despertó lo suficiente para retomar el control, y regresaron al *Kittyhawk* con un rumbo errático, ayudados en lo posible por el oficial al mando del escuadrón, que volaba a su lado. No se atrevieron a intentar el apontaje, sino que se lanzaron al mar con los asientos eyectables. Uno de cada tres aviadores que adoptaban esta medida se ahogaban antes de que llegara la ayuda. Westin estaba a bordo de un helicóptero de rescate, bien sujeto, pero entonces vio que el piloto, por la sangre perdida, no tenía fuerzas para introducirse en la eslinga. El navegador saltó al agua una vez más, para ayudar a Westerman a ponerse a salvo. Con un gesto indicó al *Sea King* que se alejara para que el herido recibiera asistencia médica lo antes posible. A él lo salvó un segundo helicóptero cuando la sangre ya había atraído a los tiburones. Se lo condecoró con una Cruz Naval.

En cierta ocasión, un avión de reconocimiento fue abatido en la costa, y el piloto murió. El navegador se quedó solo en la playa, rodeado de lugareños, hasta que vio que se aproximaba un helicóptero de rescate, atraído por su localizador. Abrió el traje de vuelo, sacó una pistola, disparó

al guerrillero que lo custodiaba y se echó a nadar hasta que fue rescatado con éxito. En otra ocasión similar, un helicóptero Seasprite voló en la oscuridad desde un destructor para recoger a dos tripulantes de un F-4 que se ocultaban en la espesura, en terreno norvietnamita. Los artilleros del Seasprite mantuvieron a distancia a los enemigos, que disparaban sin tregua, y rescataron a los estadounidenses, hasta que por fin apontaron de nuevo cuando apenas les quedaba ya combustible. Otro piloto estuvo a la deriva durante varias horas; dos intentos de recuperarlo mediante helicópteros fracasaron por la intensidad del fuego enemigo, que hirió mortalmente a un tripulante. Desde lo alto, unos cazas se esforzaban por mantener a los norvietnamitas alejados del hombre caído al agua, hasta que, cuando ya anochecía, se acercó veloz otro helicóptero de rescate. Una voz gritó triunfante por las frecuencias de radio de todas las fuerzas de intervención: «¡Lo hemos sacado!». Otro aviador dejó escrito: «Para los pilotos que libraron aquella guerra demencial año tras año, aquella fue una victoria que nadie podía discutir». Tan solo en 1967, siete helicópteros de la Marina fueron abatidos mientras intentaban operaciones de rescate.[31]

La fuerza aérea también logró algunas hazañas extraordinarias. Cuando los soldados norvietnamitas se acercaban al piloto de un Crusader que había saltado en una zona de vegetación densa al suroeste de «Dodge City» —Hanói—, la tripulación de un helicóptero dejó caer un «penetraselvas», cuyo cable se terminó a tres metros de las manos estiradas del piloto. Bajo el fuego enemigo, y con un tripulante muerto, el pájaro descendió y usó los rotores para abrirse paso entre las espesas copas de los árboles hasta que el hombre de tierra pudo por fin agarrar la eslinga para que lo alzaran. El helicóptero quedó tan dañado que tuvo que realizar un aterrizaje forzoso a pocos kilómetros de allí, donde un *Jolly Green Giant* extrajo al grupo al completo.

El teniente Dieter Dengler, que había nacido en Alemania, pilotaba un Skyraider que se accidentó en Laos tras ser alcanzado por fuego terrestre. El Pathet Lao lo capturó y tuvo prisionero durante cuatro meses, hasta que logró escaparse en compañía de un piloto de la fuerza aérea, Duane Martin. Sobrevivieron durante cuatro días a base de frutas, bayas y un poco de arroz; llegaron a un río, construyeron una balsa y descendieron por la

corriente hasta llegar a una aldea abandonada donde encontraron algo de maíz. Dengler estaba enfermo de ictericia y malaria. Cuando alcanzaron otro poblado un hombre los atacó con un machete e hirió mortalmente a Martin. Dengler siguió adelante como pudo, solo, hasta que, veintidós días después de haber huido, sintió que no podía dar un paso más. Se dejó caer, aunque no sin haber formado antes, con ayuda de unas rocas, las letras SOS. Milagrosamente, un aviador de la USAF vio el mensaje e indicó la posición a un helicóptero que pudo recuperar al desesperado. Cuando lo recogieron Dengler solo pesaba cuarenta y cuatro kilos: había perdido veintisiete.

Aunque la fuerza aérea y la Marina clamaban contra las restricciones impuestas por los políticos, se vieron obligadas a aceptar que los ataques que emprendían, incluso contra los blancos autorizados, tenían sus deficiencias. Por ejemplo, entre marzo de 1965 y noviembre de 1968, hubo casi setecientas salidas contra el puente ferroviario de Thanh Hoa, situado unos ciento treinta kilómetros al sur de Hanói. En marzo de 1967 se produjeron tres impactos de bombas planeadoras Walleye, guiadas por televisión; pero el puente siguió abierto, con su conexión ferroviaria, desafiante. El Paul Doumer de Hanói estuvo cerrado durante seis meses, desde agosto de 1967, pero para ello tuvo que producirse una larga serie de asaltos fallidos.

Aquel año, un incremento potente en el rendimiento de los misiles enemigos hizo ascender las pérdidas estadounidenses. A cada salida estadounidense respondían con un aluvión de MTA: tan solo el 21 de agosto se dispararon ochenta. Un general ruso se lamentó de que los aliados norvietnamitas estaban disparando aquellos juguetes tan onerosos «como si fueran petardos de feria». En el mes de agosto, la Marina perdió dieciséis aviones. En los alrededores de Hanói se desplegaron casi seiscientos cañones antiaéreos y quince plataformas de MTA. El general Bruce Palmer escribió: «Últimamente el precio de admisión, para nuestras fuerzas de ataque, está siendo muy elevado: casi prohibitivo».[32] En 1967 la Marina afirmó haber destruido treinta bases de lanzamiento de MTA, 187 puestos

de antiaéreos y 955 puentes (aunque en esta última cifra se contaban ataques repetidos), más una gran cantidad de elementos ferroviarios. En total, se calculaba que el bombardeo había causado daños por valor de 300 millones de dólares en Vietnam del Norte, aunque a expensas de la destrucción de 322 aviones, lo que suponía triplicar de entrada esa cantidad. Las defensas terrestres estaban desplegando por entonces ochocientos cañones antiaéreos y doscientas lanzadoras de misiles. La capacidad eléctrica del Norte se había reducido en un 85 %, pero el país seguía funcionando mediante generadores portátiles. Los servicios de inteligencia seguían contando con datos insuficientes sobre las industrias e infraestructuras del enemigo. Casi nada parecía indicar que la ofensiva aérea estuviera obstaculizando la acción bélica de Vietnam del Norte.

Ante las pérdidas, y lo que se percibía como una falta de resultados, la moral de los aviadores declinó. Se referían desdeñosamente a sus planificadores y comandantes como «el Club Náutico de la bahía de Tonkín». Los aviadores siguieron volando, bombardeando y, en ocasiones, perdiendo la vida, pero cada vez les resultaba más difícil creer que el esfuerzo valía la pena, aunque sus mandos se resistían con terquedad a toda sugerencia de que Vietnam ponía de manifiesto las limitaciones del poder aéreo. La edición de 1984 del *Manual de doctrina básica* de la USAF continuaba insistiendo tozudamente en la aseveración: «Las fuerzas aeroespaciales son capaces de penetrar hasta el centro del poder del enemigo sin tener que derrotar primero minuciosamente a las fuerzas defensoras».[33] Esta capacidad —según los barones del bombardeo— permitía a los aviones atacantes asaltar «una serie seleccionada de objetivos vitales» que, si se destruían, hundirían los recursos y la voluntad de luchar del enemigo. En 1986, un entrevistador que preguntó al general Curtis LeMay si la guerra de Vietnam se podría haber ganado, recibió como respuesta: «En cualquier período de dos semanas, el que quiera, por medio de un programa de bombardeo ilimitado».[34] Así lo vieron tanto LeMay como el general William Momyer y el almirante Ulysses Grant Sharp, hasta el día de su muerte. Desde la perspectiva de la posteridad, sin embargo, se antoja una fantasía. Los ataques aéreos tácticos en el Sur —en particular los que afectaron a la Ruta de Ho Chi Minh— causaron enormes dificultades al

desempeño bélico comunista. Sin embargo, para Estados Unidos, el coste político de Rolling Thunder fue muy superior al daño causado a Vietnam del Norte. Apenas caben dudas de que esto habría sido así también si los jefes de los aviadores estadounidenses hubieran dispuesto del campo libre que solicitaban con tanto énfasis.

15

Aguantar el daño

1. LA MEJOR ÉPOCA, LA PEOR ÉPOCA

En enero de 1966, el viceministro de Exteriores de Polonia llegó a Hanói para transmitir que los estadounidenses deseaban negociar, pero el mensaje fue rechazado con desdén; en junio, un emisario canadiense recibió la misma respuesta. Un més más tarde, Jean Sainteny, representante de Francia en las negociaciones de marzo de 1946 con Ho Chi Minh, planteó nuevas propuestas. Instó a los norvietnamitas a convertir sus cartas ganadoras en un acuerdo de paz, afirmando que los estadounidenses solo aspiraban a salir de allí con dignidad. Pero mientras el francés estaba hablando con Pham Van Dong, entró en la sala Ho en persona. Le dijo al visitante que volviera a su país y comunicara a Washington que su pueblo no tenía ningún miedo y pensaba luchar hasta el fin «incluso si debemos sacrificarlo todo».[1] Los comunistas se negaban en redondo a cualquier pacto que prolongara la existencia del régimen de Saigón: su meta era la victoria, y era una meta irrenunciable.

Igual que el *Blitz* de la Luftwaffe contra Gran Bretaña permitió a Winston Churchill activar la resistencia de su pueblo, el bombardeo estadounidense también supuso un regalo divino para los líderes de Vietnam del Norte: les dio el poder de convocar a sus ciudadanos contra una amenaza visible en el cielo, y no solo por un simple objetivo político como el de la reunificación. Se repartieron fusiles viejos, para que los vecinos disparasen contra los aviones enemigos, lo que aportaba poco a la defensa aérea pero ayudaba a reforzar la moral de los tiradores. El músico Van Ky dijo: «Para nuestro pueblo, [el bombardeo] no fue nada inesperado ni extraño; psicológicamente estábamos preparados. El Tío Ho nos había dicho desde el principio: “La guerra puede ser muy larga, y nuestra capital Hanói quizá resulte destruida, pero no tenemos miedo”».[2] Un adolescente afirmó que su madre lo animó a abandonar los estudios de secundaria y unirse al ejército, en contra de lo que suelen hacer los progenitores, después de que una

bomba desviada cayera sobre un patio local y matara a varios niños, incluidos dos primos del joven.[3]

Una mujer que fue cuadro entregado del comunismo sintió siempre nostalgia por las emociones de los días de juventud en los que, siendo miembros del Partido, vivían el bombardeo estadounidense: «Teníamos un ideal, una aspiración, algo por lo que luchar. Competíamos con dedicación por cumplir todas las tareas y a veces recuerdo haberme echado a llorar cuando otros lo hacían mejor que yo. No hizo falta alistar a nadie por la fuerza; simplemente había ganas de servir. Y no había corrupción».[4]

La verdad no era exactamente así. Aunque es cierto que el pueblo de Vietnam del Norte destacó por su estoicismo, parece absurdo pretender que abrazaron con entusiasmo la ordalía de fuego. Un veterano que con el tiempo fue profesor de literatura en la universidad dijo en 2016: «Durante años, a los vietnamitas se les ha contado la historia de la guerra como si fuera una novela del Romanticismo. Algunos estamos cansados de esta forma de verlo».[5] Una profesora de secundaria se mostró de acuerdo: «Fue una época terrible. No había felicidad. Nos faltaba absolutamente de todo. Los hombres sabían que a todos les tocaba incorporarse a filas, pero nadie quería ir. Recuerdo a uno de mis alumnos, reclutado cuando ni siquiera había terminado de estudiar, que volvió justo antes de que lo enviaran al Sur y pidió que le dejaran sentarse una última vez en su viejo pupitre».[6]

Pham Hung, que vivía en una ciudad de la costa oriental, tenía un amigo llamado Huang, atractivo de apariencia y buen futbolista, que vivía solo porque en 1954 su padre y la mayoría de su familia habían huido hacia el sur. Durante varios años, desde que cumplió la edad militar, las fuerzas armadas lo rechazaron por los vínculos pasados de sus padres con los franceses. Al final las autoridades quedaron tan impresionadas por el entusiasmo que demostraba por la causa revolucionaria que lo enviaron con las tropas que bajaban por la Ruta. No obstante, aquel celo marcial era ficticio: solo buscaba reunirse con su padre. Lo encarcelaron después de que intentara desertar, y lo último que se supo de él fueron intentos de fuga frustrados: «Su historia fue una auténtica tragedia humana», dijo Hung.[7] Se desarrolló una secuencia de hechos similar cuando los reclutadores del ejército visitaron un poblado remoto en el que alistar a la cuota esperada, y

una familia le dijo al hijo mayor que se ocultara en la selva. Los funcionarios advirtieron que, si el joven no se presentaba en un plazo máximo de tres días, los padres perderían la cartilla de racionamiento. Fue al ejército como le exigían, pero a la primera oportunidad desertó y huyó al sur, con pleno respaldo de la familia.[8]

De niño, Hung estaba desconcertado por la obsesión de su padre por la educación de los dos hermanos: los azotaba y provocaba para que se asegurasen una plaza universitaria. Cierto día, Hung hizo campana para sumarse a una partida que saqueaba los restos de un caza de la Marina estadounidense, y la decisión le costó la paliza de su vida. Solo más adelante entendió la causa: los estudiantes universitarios —al igual que sucedía en Vietnam del Sur y Estados Unidos— no estaban obligados a incorporarse a las fuerzas armadas. El padre de Hung estaba desesperado por mantener a sus hijos en una carrera académica y, con ello, alejados de la guerra. Los vietnamitas recordaron para siempre dónde habían visto por primera vez un avión estadounidense. Hung, que en ese momento contaba diez años, estaba tan aterrorizado cuando vio un puente cercano volar por los aires que corrió a esconder su preciada cartera escolar y sus libros, ¡que no los destruyeran! Años más tarde se reía de sí mismo, de cómo se preocupó por conservar antes unas posesiones infantiles que la propia vida. Le resultó menos divertido unos años más tarde, cuando la esposa e hija de un coronel del ejército de Tierra, evacuadas de Hanói, fueron alojadas en la casita de sus padres. Se enamoró de la hija, que era adolescente, como él. Un día la esposa del coronel regresaba de la ciudad vecina cuando la mató una bomba dirigida contra un puente.[9] La familia de Hung vivía en una pequeña comunidad budista, que no distaba mucho de otra comunidad católica. Los niños de las dos ciudades libraban una guerra de religión en miniatura, lanzándose supuestas granadas, disparando fusiles fantásticos, cavando túneles. Algunos adultos contemplaban apenados que los juegos de los niños imitaran el campo de batalla, pero así sucede en todas las sociedades en guerra.

Había carteles enormes colgados en las calles de los pueblos que retrataban a Lyndon Johnson, y luego a Richard Nixon, como figuras grotescas con las lenguas fuera y representadas como una pista de aterrizaje de bombarderos. Por la mañana, en las escuelas, los alumnos hacían gimnasia en grupo

mientras cantaban los eslóganes prescritos. En su mayoría, los vietnamitas no recibían más noticias que las de la red de altavoces callejeros del gobierno. La propaganda afirmaba que en el Sur se vivían privaciones y el pueblo estaba esclavizado por los estadounidenses.

Los norteamericanos diseminaban *chaff* por los campos y tejados para confundir los radares. Incluso en las comunidades rurales, la gente pasaba incontables horas en refugios, y aprendió a seguir allí durante varios minutos, incluso después de que se cancelaran las alarmas, para dar tiempo a que cayeran del cielo los últimos proyectiles y restos. Fue habitual bautizar a los perros como *Johnson*, y luego su sucesor: «Se usaba el nombre de Nixon para asustar a los niños, como si fuera el monstruo de un cuento de hadas».[10] Como la mayoría de las incursiones se realizaban de día, los vietnamitas se acostumbraron a vivir, trabajar y comprar como criaturas de la noche. Los trenes podían llegar a Hanói desde la frontera china en las horas de oscuridad. Los conductores de camiones aprendieron a familiarizarse con tramos de carretera que así podían recorrer sin necesidad de encender los faros.

Los ingenieros desplegaron una energía e ingenio infinitos para reparar los puentes y las vías ferroviarias dañados. Seiscientos mil jornaleros —en su mayoría mujeres— trabajaron en un momento u otro en la reparación de los perjuicios del bombardeo: después de que los estadounidenses atacaran la estación de Kep —en la línea china, que era vital—, se reabrió al tráfico en menos de veinte horas. Otras 145.000 personas se ocupaban de las instalaciones de defensa aérea. Cuando tantos hombres estaban ausentes, cumpliendo el servicio militar, la carga física recaía en buena medida en las mujeres. El primer recuerdo del hijo de un campesino era escuchar que su madre se levantaba a las tres de la madrugada, durante las temporadas de plantación y cosecha del arroz, para realizar las tareas más agotadoras antes de que el sol llegara a lo más alto. Algunos días, por desgracia, aquella desafortunada iba tan exhausta que acababa por dormirse en mitad del arrozal.[11]

Acostumbrarse a los ataques no llevaba a despreciarlos, pero sí hacía menguar el miedo. En las ciudades vietnamitas, muchos habitantes aprovechaban los respiros que el gobierno estadounidense concedía en

ocasión de las fiestas nacionales para hacer una breve escapada campestre. Un diplomático ruso describió las carreras por regresar a la ciudad en las últimas horas de oscuridad antes de que concluyera una pausa de bombardeos: «Interminables columnas de camiones (algunos, cisterna) atascaban las carreteras estrechas y arruinadas en las que se habían parcheado los cráteres abiertos por las bombas. A medida que se acercaba la noche, la atmósfera de los alrededores de Hanói se tornaba tensa, con caravanas de tráfico que a menudo quedaban paralizadas. Yo tuve que salir del coche y despertar a un conductor vietnamita, muy joven, que se había quedado dormido al volante».[12]

Debido al racionamiento, nunca se dejaban de buscar posibles complementos a la dieta. En las zonas rurales se trataba entre otros de rata estofada con azafrán, rata asada con hojas de limón, langostas y saltamontes, escarabajos, larvas de gusanos de seda. No había mascota que estuviera segura. Cuando se dijo a un niño de once años que la familia volvía a casa, abrazó a un perro al que apreciaba mucho y que había que dejar atrás: «Unos extraños se lo llevaron por la mañana y comprendí que lo iban a matar».[13] Se decía que el perro sabía mejor si la carne se apaleaba y ablandaba antes de sacrificarlo.

Do Thi Thu y sus compañeros de estudios en la Universidad de Hanói pasaban casi tanta hambre como los compatriotas que bajaban por la Ruta de Ho Chi Minh. «Los chicos lo sentían más», pensaba aquella chica. Había poca carne y pocas verduras; a veces, a falta de arroz, se usaban patatas o maíz. Escaseaba incluso el agua de lavar. Al atardecer, en vez de películas o espectáculos había largas reuniones de la Unión Juvenil, donde se debatía sobre cómo convertirse en buen ciudadano; los debates podían generar discusiones agrias, como sucedió en especial cuando un estudiante dejó el reloj en los servicios y un mal ciudadano se lo robó. No se fumaba, no había alcohol, casi no había relaciones sexuales: «Éramos buenos niños. La gente no se quejaba mucho. Simplemente aceptábamos que las cosas eran así».[14]

Como adolescente en Hanói, Pham Phuong no odiaba a los estadounidenses.[15] Pero entonces empezó la campaña aérea. Con el diluvio de bombas llegó el terror: la primera explosión la hizo correr y esconderse

debajo de un árbol. Desde entonces se adoptaron contramedidas que cambiaron su vida. Phuong y su familia estuvieron entre los cientos de miles de evacuados de las ciudades al campo, donde la gente los acogía con amabilidad pero siempre faltaba comida. A las familias de refugiados se las separaba, y cada miembro era acogido en una casa distinta; los niños más pequeños, que no lo podían entender, corrían de un lado a otro sollozando y buscando a sus madres. Las cabañas solo se iluminaban con lámparas de queroseno, que ennegrecían la nariz de quienes se acercaban a ellas para poder leer.

Phuong —bella estudiante que entró a trabajar como contable en una oficina— vivió una austeridad inimaginable para la mayoría de los occidentales. Para llegar a la escuela tenía que caminar tres kilómetros; el instituto estaba a ocho; y siempre descalza, por descontado. Como adolescente, en vez de fantasear con historias de amor romántico, sus sueños más secretos eran de ropa bonita, en especial pantalones de seda, y antes que nada de comida: más y mejor. El padre le prohibió asistir a las sesiones de cine al aire libre de películas chinas y rusas, de temática en general bélica: las entradas eran prohibitivas. Al acabar la escuela, a veces tenía la alegría de visitar a su tío, con el que escuchaba los programas de una pequeña radio de fabricación china; la primera vez que vio un televisor, la guerra ya había acabado. Y pese a todo Phuong era hija de una familia relativamente privilegiada y orgullosa de su tradición erudita: el padre leía con fluidez en inglés, francés y ruso. Por su buen manejo de las comunicaciones siempre tuvo trabajo, pero a la hora de asistir a la universidad la rechazaron por ser de un origen «inadecuado», en tanto que hija de un «intelectual».[16]

Una sola mancha en el historial de una persona podía arruinar su carrera. Cuando Nguyen Dinh Kien recibió el aviso de alistamiento, los padres solicitaron una demora porque era el único hijo vivo, después de que su hermano mayor hubiera muerto combatiendo en Laos. En el archivo gubernamental constaba el hecho de que su padre había trabajado como guardia de seguridad para los franceses y se evaluaba que «no se ha esforzado por progresar como es debido en la ideología personal».[17] Kien escribió, un tiempo más tarde: «Estas palabras tan duras e implacables me causaron incontables problemas toda la vida». No lo aceptaron en el

Partido. Aunque había obtenido buenas notas, le vetaron el privilegio más codiciado: poder estudiar en el extranjero. Cuando se presentó voluntario a la formación como piloto, aunque aprobó todos los exámenes, consideraron que era «poco de fiar» y lo descartaron. Durante muchos años el ejército le impidió ascender a oficial.

Cuando un joven se vestía el uniforme militar, para todos sus seres queridos era como si se lo hubiera tragado un dragón; y figuradamente era así. Las familias sufrían terriblemente, sin noticias sobre la suerte que esposos e hijos corrían en el campo de batalla. Así, los parientes de Nguyen Hien, soldado del ENv que murió en 1965, tardaron cinco meses en saberlo. La madre salía corriendo cada vez que el cartero llegaba a su aldea remota, y este negaba cada vez con la cabeza. El primer indicio de la tragedia fue un saludo enviado por el regimiento en ocasión del Tet, como el que se enviaba a todos los familiares directos de las víctimas fatales, con el nombre de Hien mal escrito. La notificación formal de la muerte aún tardó tres semanas más en llegar.

Le Duan y sus colegas lograron un éxito extraordinario al movilizar Vietnam del Norte y sostener su voluntad de combatir. Pero en su programa —con el bombardeo estadounidense o sin él— no había lugar para la felicidad, la realización o la justicia personales.

2. AMIGOS

Al iniciarse Rolling Thunder, la embajada estadounidense en Moscú consideraba que era improbable que Rusia interviniera en tanto en cuanto nada amenazara la existencia de Vietnam del Norte como Estado socialista. Aunque en efecto fue así, el bombardeo invitó a soviéticos y chinos a enviar ayuda en una escala sin precedentes. La primera plataforma de lanzamiento de MTA-2 se estableció en el sudeste de Hanói en abril de 1965. Una batería típica constaba de entre cuatro y seis lanzadoras desplegadas a intervalos de casi cincuenta metros en torno de una camioneta de radar y comunicaciones. Cada misil, de más de diez metros de longitud, se asemejaba a un poste de teléfonos volador, con alitas cortas y gruesas; el cohete, de dos fases, subía hasta un techo de casi sesenta mil pies, perseguido por el rastro blanco que dejaban el queroseno y el combustible de ácido nítrico. Un primer acelerador quemaba durante cinco

segundos tras el lanzamiento, mientras que un segundo propulsor lo sostenía otros veinte. Los misiles solían lanzarse de dos en dos o de cuatro en cuatro, y su ojiva de 160 kilos era casi invariablemente letal si explotaba a menos de cien metros de un avión. En 1965 caía un avión por cada diecisiete MTA lanzados, pero cuando las contramedidas electrónicas se perfeccionaron, la relación mejoró a favor de los estadounidenses y quedó en un derribo por cada treinta y cinco misiles. Para 1972 se requerían de promedio sesenta misiles.

En Vietnam del Norte trabajaban varios cientos de técnicos y aviadores rusos en funciones de instrucción y asesoría; la mayoría disfrutaron de la experiencia. El coronel Yuri Kislitsyn, nacido en Kazajistán en 1934, acumulaba mucha veteranía en la dirección de los MTA-2 cuando lo enviaron al este. «Yo era muy entusiasta, muy romántico, ya me entiende.»[18] Piotr Zalipski, de Vinnitsa, un cabo de veintiún años, era el más joven del centenar de hombres que emprendieron un viaje, en apariencia interminable, a través de Rusia y China. Al llegar, se entregaba a todos los rusos un documento de identidad en lengua vernácula, que afirmaba que se trataba de un ciudadano soviético «que colabora con el pueblo vietnamita en su lucha contra los agresores estadounidenses, por lo que debe dársele cuanta ayuda necesite».

El teniente Valeri Miroshnichenko contaba veintiún años cuando fue a Vietnam, en un vuelo de veinticuatro horas que requirió cinco paradas de repostaje. Sus superiores le hicieron constar que su función era privilegiada. Para ocultar su condición militar, él y sus camaradas viajaban con ropa de civil, seleccionada de un gran armario moscovita de trajes cosidos en la Alemania oriental, «sumamente elegantes para la época».[19] En un hotel norvietnamita se inscribieron como «ingenieros, de visita». «Estábamos mirando esto y aquello, riéndonos, charlando sobre lo guapo e interesante que era todo, cuando de pronto: “¡Bang! ¡Bang!”, explosiones y fuego de cañones: dos Phantom que asaltaban un depósito de petróleo. Pasaron tres veces, atacados por los antiaéreos. A nosotros nos empujaron al suelo, ensuciando aquellos trajes tan bonitos y limpios. Cuando el tiroteo se detuvo y volvimos al autobús, no se oyeron más chistes.» Para llegar a la plataforma de misiles que se les había asignado debían tomar un

transbordador, y los cuarenta minutos de travesía fueron de temor, ante la idea de que los aviones estadounidenses los atraparan en mitad del río.

En 1966, el teniente Valeri Panov asumió el mando del centro de comunicaciones de Haiphong, que retransmitía las advertencias de los pesqueros soviéticos que espiaban a los portaaviones estadounidenses. El destacamento ruso llevaba uniformes vietnamitas sin marcas distintivas y vivía, de forma discreta e incómoda, en las ruinas sin techo de un viejo cuartel francés. Sufrían sarpullidos crónicos y, a causa de la escasez de agua, lavaban la mayoría de las cosas en el mar. En el transcurso de la guerra solo dieciocho rusos murieron por la acción de los aviones estadounidenses, pero en cierta ocasión Panov se hallaba tan cerca de la explosión de una bomba que pasó dos días conmocionado por unos escombros que golpearon en su casco. «Fue una época especial —dijo en tono sombrío—, en la que solo podías contar contigo mismo y el hombre que tuvieras al lado.»[20] Uno de los oficiales del comandante Viktor Malevani se refugió en el cráter recién abierto por una bomba, confiando en que el mismo punto nunca se ve afectado dos veces; pero la teoría no se cumplió y el oficial murió despedazado.

La mayor parte del millar de vietnamitas que formaban el regimiento entrenado por la unidad de Piotr Zalipski hablaban un poco de ruso; algunos componentes del equipo técnico habían estudiado en Rusia. Desde julio de 1965, su batería lanzó misiles cada dos días, a veces con más frecuencia: «La tensión era constante». Ante la situación de necesidad urgente, la instrucción se recortó de seis meses a tres, y los rusos se contagiaron de la intensidad con que los vietnamitas odiaban a los estadounidenses. El comandante Ilinyj, al mando del batallón, era un personaje popular y emotivo. Antes del primer lanzamiento arengó así a sus tres controladores: «Queridos chicos, ¡hacedme el favor de atrapar a esos bastardos y reventarlos! ¡Demostrad que somos patriotas soviéticos!». Los civiles vietnamitas del lugar, que contemplaban al oficial extranjero como su futuro salvador, saludaban cada aparición de «la cabra» —su vehículo KAZ-59— con gritos de «¡Ilinyj! ¡Ilinyj!».

Cuando los rusos cambiaban de población, los habitantes les regalaban piñas y bananas, y les ayudaban a cavar trincheras; como el suelo era

rocoso, era una labor muy ingrata. Según la leyenda popular, los aviadores estadounidenses derribados estaban seguros si caían en manos de los militares, pero quizá los harían trizas si los cogían primero civiles o guerrilleros, como les había sucedido en ocasiones a los aviadores aliados en la Alemania de la guerra. Valeri Panov afirmó, no sin cierto placer: «Los campesinos los mataban a golpes de azadón y los enterraban en el boquete de bomba más cercano».[21] En palabras de Valeri Miroshnichenko: «Todos estábamos locos por disparar contra los yanquis, demostrarles quién mandaba». Viktor Malevani, que durante la segunda guerra mundial era un niño en la Ucrania ocupada, dijo: «El odio de los vietnamitas a los estadounidenses era aún más intenso que el que nosotros habíamos sentido contra los alemanes».[22]

Un controlador de radar contemplaba el acercamiento de una formación estadounidense y se preguntaba hacia dónde debía apuntar su MTA-2.[23] Debido a las interferencias creadas por los norteamericanos, explicaba Piotr Zalipski, «en el monitor tan solo veíamos una línea horizontal, mientras la vertical destellaba. El avión de cabeza estaba lanzando *chaff* y confundía nuestra emisión. Había que intentar adivinar qué avión era el causante del ruido. Había dos grupos de quince aviones: F-4D y F-105. El instinto me pedía disparar contra el centro de la formación. Di las coordenadas al comandante Ilinyj. Dijo: “Bien, ¿lo probamos? Quizá acertemos algo entre esa masa de luz”». Dispararon y, como de costumbre, se apuntaron un impacto, aunque a menudo tales aciertos no eran más creíbles que el recuento de cadáveres del MACV.

Los regimientos de misiles vietnamitas llegaron a ser diez. Adoptaron el eslogan: «Moveos sin pausa o morid», porque la dura experiencia acumulada demostraba que permanecer en un lugar dado durante veinticuatro horas era invitar a los estadounidenses a la devastación. Podían desmontar las lanzadoras en menos de una hora, para trasladarse a una nueva ubicación que distaría quizá unos ocho o diez kilómetros. Aprendieron a activar los radares de rastreo tan solo entre cinco y siete segundos antes de lanzar un misil. «En la pantalla aparecían dos puntos brillantes, uno muy cerca del otro», contaba Nguyen Kien, que estaba en la furgoneta de guía, donde el calor era sofocante.[24] «Los tres operadores medían la velocidad del avión, gritaban simultáneamente: “¡Blanco!” ...

Entonces el batallón daba la orden: “Lancen dos misiles, alcance ...”.» Había un destello de luz, una nube blanca y una explosión atronadora. Se podía ver cómo la estela brillante del misil se aproximaba a toda velocidad hacia el avión enemigo, y la furgoneta oscilaba ligeramente. Seis segundos más tarde, un segundo MTA-2 salía disparado hacia la altura, y en adelante los operadores solo oían la voz del oficial de guía, que medía datos de alcance. Cuando las dos señales se encontraban en la pantalla surgía un punto brillante que envolvía la señal de retorno del blanco. Los tres responsables de la guía gritaban: «¡Ojiva detonada!». Sin embargo, era relativamente raro que acertaran. El batallón de misiles de Kien estuvo actuando durante dos años antes de poder confirmar un solo derribo.

En la guerra electrónica, a lo largo de Rolling Thunder, la ventaja se fue inclinando de un lado y otro de la balanza. Es difícil exagerar el efecto que causaba en la moral y la valentía de los equipos de defensa con misiles tener constancia de que se les acercaba un Shrike. Cuando el personal norvietnamita comprendió que activar el radar de seguimiento suponía asimismo invitar a la propia destrucción —a veces, al cabo de tan solo unos segundos—, hubo quien optó por disparar lo menos posible. Se amparaban en que no podían identificar ningún blanco, lo que provocaba la furia de los comandantes. Cierto día, cerca de Haiphong, en 1966, cuando le plantearon esta excusa para la inacción, un oficial que visitaba la furgoneta de control de una batería estalló: «¡Incluso mis ojos gastados pueden ver el objetivo en vuestra pantalla! ¡Lanzad los misiles, coño! ¡Están atacando la central eléctrica de Uong Bi!».[25] En diciembre de 1967, los defensores tuvieron que hacer frente a una crisis: los estadounidenses empezaron a interferir con éxito en el enlace de radio entre las furgonetas de control de los misiles y las lanzadoras de MTA asociadas. No obstante, la balanza se inclinó de nuevo del otro lado cuando el interrogatorio de un prisionero de guerra reveló detalles de la nueva bomba Walleye, guiada por televisión, junto con los objetivos a los que esta apuntaba. Dos meses más tarde, el día de San Valentín de 1968, un F-105 cayó —casi intacto— en manos comunistas, lo que permitió descubrir los secretos de su barquilla antirradar.

Para los rusos, el calor del verano vietnamita resultaba casi insoportable, aun con pantalones cortos y duchándose cada pocas horas. El azúcar se fundía. Los cigarrillos estaban racionados. Apenas recibían correo y las

radios no captaban emisoras locales. Los periódicos aparecían en atados, varias semanas después de la publicación. Cuando llegaba un paquete —que podía contener por ejemplo caviar, salami, pan integral, calendarios para los *apocos* a los que estaban «a poco» de concluir el período de servicio, vodka y champán ruso— era un motivo de celebración. Los oficiales recibían también brandy.

Los rusos procedían de una sociedad poco acomodada, pero quedaron impresionados por la miseria descalza de Vietnam del Norte y el azacaneo incesante de las mujeres. Los rusos —como los estadounidenses— quedaron fascinados por la belleza de las vietnamitas, pero la norma que impedía relacionarse con ellas se hacía respetar con firmeza. Las chicas de un poblado próximo se acercaban a charlar con la unidad de Piotr Zalipski «y quizá se dejaban dar unos besos, pero si ponías las manos donde no debías o intentabas arrinconar a una mujer, te soltaba un puñetazo; suave, pero suficiente. Eran muy fuertes».[26] Iván, un amigo de Zalipski, se enamoró de una admirable chica medio francesa que trabajaba en la cantina, y pidieron autorización para casarse. Lo que sucedió en realidad fue que la chica desapareció y a Iván lo enviaron prontamente a Rusia. Cuando Valeri Miroshnichenko vio unas mujeres que desplazaban rocas bajo vigilancia y preguntó quiénes eran, el intérprete dijo con frialdad: «Son convictas castigadas por haber tenido aventuras con extranjeros».

Al hijo de un ingeniero de radio norvietnamita, de diez años, lo habían educado para que nunca hablara con extraños; un joven ruso llamado Selyaguin destinado a trabajar con aquel ingeniero quedaba desolado porque cada vez que el «Tío Se» ofrecía un caramelo al pequeño, este chillaba sin mesura: «Me daba miedo su altura, el pelo tan espeso, los ojos grises».[27] Sin embargo, en su mayoría los rusos se sintieron bien recibidos. Uno encantaba a los niños del lugar con trucos de cartas. En una sociedad sin cámaras en manos privadas, otros se hacían populares fotografiando a grupos familiares y repartiendo copias. Pero los vietnamitas vigilaban todos los movimientos de sus invitados —incluso a las letrinas— y no sentían ningún deseo de que los supuestos aliados aprendieran su lengua.

Los rusos odiaban los mosquitos, «grandes como B-52», según los describió con asombro un soldado. Estaban fascinados por las vicisitudes

de la alimentación. Sus anfitriones les proporcionaban raciones mucho más generosas que las que daban a su propio pueblo, además de un suministro copioso de cerveza; pero la carne siempre escaseaba. La unidad de Piotr Zalipski utilizaba saltamontes como cebo para atrapar ranas gigantes: «deliciosas, con una carne blanca y agradable como el pollo ... Hasta el día de hoy, prefiero la rana al marisco».[28] Muchos aprendieron a disfrutar de las serpientes, que les parecían mejor que el cerdo local, que se comía con su pelo grueso y recio. Era habitual que las hormigas invadieran las cantinas, y casi nunca se encontraba leche. Valeri Panov daba las gracias porque, al estar en Haiphong, podía pescar en el mar e incluso, de vez en cuando, usar un cabo de arrastre para atrapar patos salvajes. Según Yury Kislitsyn: «En ese país se pasaba mucha hambre. Teníamos un dicho: los vietnamitas se comen todo lo que se arrastra, salvo los tanques; todo lo que nada, salvo los portaaviones; y todo lo que vuela, salvo los B-52». Un día estaba acariciando a su perro, *Kao-Kee*, y al día siguiente se lo comió. Le pareció aceptable.

El comandante Piotr Isáyev capitaneaba el grupo de asesores de aviación a finales de los años sesenta, cuando la defensa de Vietnam del Norte tenía como punta de lanza los MiG-21. Fue testigo de bastantes fiascos, como el del comandante vietnamita de un ala que aterrizó sobre la panza frente a una multitud de espectadores de categoría; no había sacado el tren de aterrizaje porque no recordaba cómo debía situarlo correctamente. El vietnamita, como es lógico, resultó humillado, y el ruso intentó consolarlo apelando a que: «en el negocio del aire puede pasar de todo».[29] Isáyev estaba más preocupado por la forma en que la ideología afectaba todos los detalles de la instrucción: un comité decretaba qué vietnamita cumpliría cada misión dada, pese a que la mitad de sus miembros carecían de cualquier rudimento de aviación. Cuando intentó cambiar aquellas prácticas e introducir análisis con posterioridad a las misiones, el comisario político del regimiento lo rechazó con severidad. El intérprete tradujo así la respuesta: «Camarada, usted ha venido aquí a ayudarnos en nuestra lucha contra los agresores de Estados Unidos. En lo demás no tiene absolutamente nada que decir».

Cuando las relaciones entre China y la Unión Soviética se tornaron más difíciles, hubo suspensiones —e incluso paralizaciones— de los envíos

ferroviarios rusos que atravesaban el territorio de Mao, aunque llevaran ataúdes. Desde entonces, el personal soviético que fallecía en Vietnam debía ser enterrado en el lugar de su muerte, de modo que Piotr Zalipski y sus camaradas bromeaban con las chicas locales diciéndoles que debían cumplir con las costumbres de Rusia «y visitar nuestras tumbas con vodka y pan negro».[30] Entre los técnicos y diplomáticos chinos y soviéticos se desarrolló una competición feroz para ver quién se apoderaba de la tecnología de los aviones estadounidenses derribados, mientras los vietnamitas tendían a engañarlos a los dos con respecto al paradero de los restos. El diplomático soviético Anatoli Záitsev recordaba una canción compuesta por un colega, sobre las carreras enloquecidas entre la selva y los arrozales para llegar antes que los chinos a las bombas no detonadas y los aviones caídos:

Veámonos, quedemos a las seis

de la tarde, acabada la guerra,

te esperaré en la plaza de Arbat

con una pieza de F-105 bajo el brazo.[31]

En los pueblos, los habitantes se apropiaban del aluminio, un metal precioso para los fines domésticos. «Por la mañana, después de un accidente —dijo admirado un ruso que estaba en el negocio de la reutilización—, no quedaba ni un resto. Los vietnamitas se lo habían llevado para hacer peines y anillos.»[32] La embajada soviética en Hanói se quejó con dureza a Moscú, en marzo de 1967: «Nuestros especialistas militares trabajan en un ambiente muy difícil ... agravado a menudo, sin necesidad, por nuestros camaradas vietnamitas ... [que] con varios pretextos ocultan los lugares de los accidentes y retrasan las visitas. En numerosas ocasiones los aviones derribados habían sido inspeccionados ya antes de que llegaran los especialistas soviéticos, por otros que resultaron ser chinos ... y se habían llevado todas las cosas de valor».[33]

En julio de 1966 los rusos comunicaron su enojo al gobierno norvietnamita, dando a entender que las demoras en la descarga de los buques en los

puertos respondían al deseo de retener a las naves soviéticas en Haiphong para disuadir a los estadounidenses de atacar la zona.[34] La embajada soviética informó a Moscú de que los vietnamitas no solo no estaban agradecidos por los equipos industriales que recibían, sino que en buena medida se limitaban a almacenarlos. Los receptores, a su vez, se quejaron con descortesía de la escasa calidad de los equipos rusos. En marzo de 1968 aprobaron una ley para «castigar la actividad contrarrevolucionaria» que incluía prohibir los viajes de los diplomáticos soviéticos y les vetaba toda conversación no autorizada con los lugareños. Al parecer, un miembro de la legación rusa fue expulsado por haber contactado con el bando de Giap, ya eclipsado.[35] El politburó de Hanói —lamentaba la embajada— consideraba la URSS como una simple «retaguardia» que debía proporcionar materiales para el esfuerzo bélico, y desdeñaba el afán por acordar una paz con los estadounidenses. Un general del ENv le dijo al encargado de negocios soviético: «Si nos hubieran derrotado, no tendríamos elección y habría que entablar conversaciones. Pero ahora que no dejamos de obtener victorias decisivas, ¿qué nos supondrían unas conversaciones? Perderlo todo, para empezar perder la amistad con China, que es del todo contraria a unas negociaciones».[36]

En los puntos de lanzamiento de misiles, en cambio, existía una relación de trabajo tolerable entre los asesores rusos y sus alumnos vietnamitas. Según el teniente Valeri Miroshnichenko: «Les decías que aprendieran algo y lo hacían, incluso si no entendían lo que habían aprendido. No tanto porque vivieran con temor como porque se guiaban por la disciplina, por cerrar los temas, por aspirar a la victoria. Estaban construyendo una sociedad comunista». Él y sus camaradas estaban fascinados por el gran rendimiento de los vietnamitas en comparación con la miseria de sus raciones: «Un par de puñados de arroz sin acompañamiento ... ¿De dónde sacaban la fuerza? Eran como hormigas, con la idea fija de cumplir lo que se les indicaba». Los comandantes norvietnamitas autorizaron —a disgusto— un ligero incremento en las raciones de los operadores de misiles, con la esperanza de mejorarles la vista.

En junio de 1965, en respuesta a una petición de Le Duan, China envió a Vietnam un contigente de expertos en logística e ingeniería militar.[37] Durante el año siguiente se envió asimismo a más de 170.000 soldados, en

su mayoría zapadores e ingenieros.[38] Entre 1965 y 1968 prestaron servicio allí un total de 310.011 chinos, más 346 asesores. El coronel Guilin Long, de cincuenta y siete años, era un experto en ferrocarriles que ya había prestado servicio durante la guerra civil y el conflicto de Corea. Cierto día de abril de 1965 lo convocaron al edificio del Estado Mayor general del Ejército Popular de Liberación (EPL), en Pekín, y le ordenaron incorporarse a un grupo de mando de diez hombres que volaba de inmediato hacia Vietnam.[39] Su función era dirigir la reparación de las vías férreas dañadas por las bombas estadounidenses, para acelear el flujo de armas y suministros que partía de China. Long, en concreto, sería responsable del cruce fronterizo de Huu Nghi Quan («Paso de la Amistad») y el sector de Hanói-Lao Cai, de unos 240 kilómetros. Al llegar a Vietnam del Norte, encabezados por un general destacado, fueron recibidos por Pham Van Dong y otros miembros del politburó. «La situación era extraordinariamente grave —escribió Long en sus memorias—. Si la red nacional de los ferrocarriles vietnamitas seguía deteriorándose, la guerra podía acabar siendo insostenible.»

El ingeniero pudo aprovechar la experiencia adquirida de 1950 a 1953 en Corea del Norte, donde ayudó a preservar el sistema ferroviario de los asaltos aéreos. La edad le pesaba, sin embargo, al tener que viajar sin descanso durante la fase más dura de la estación de los monzones. Con el calor del día, cuando la temperatura podía ascender hasta los 36 grados centígrados, «nos mareábamos y la ropa se empapaba de sudor. Cuando llovía, íbamos embarrados de la cabeza a los pies ... No vivíamos bien». En junio llegaron los primeros grupos de mano de obra: cinco regimientos del Cuerpo de Ferrocarriles del EPL, más un regimiento de artillería antiaérea. A Long se le asignó el título de director de ingenería del «Destacamento n.º 1 del Cuerpo Voluntario de Ingenieros del Pueblo Chino», aunque es improbable que se hubiera pedido la voluntariedad a ninguno de los que fueron enviados allí.

Long estableció un cuartel general en la provincia de Lang Son, con los trabajadores acampados en las inmediaciones de las vías. Los chinos quedaron consternados al saber que la radio de Saigón había informado sobre su llegada. Cuando los aviones de reconocimiento estadounidenses dieron vueltas por la zona, el 3 de julio, los vietnamitas los convencieron de

trasladar el cuartel. Esto no bastó para evitar el castigo, sin embargo, que infligió bajas de importancia. Long escribió: «Nos encontrábamos en el mismo apuro que vivimos en Corea doce años antes ... Era evidente que el enemigo conocía todas nuestras posiciones». Los cuadros vietnamitas apuntaron que la ropa de algodón azul que todos los chinos vestían revelaba su nacionalidad.

A medida que el verano avanzaba, aparte del dolor causado por los bombardeos estadounidenses, la temperatura llegó hasta los 49 grados, con una humedad del 85 %. Los hombres que trabajaban en las vías consumían quince litros de agua al día y, aun así, algunos se desmayaban. Las enfermedades se expandían y multiplicaban por las bacterias presentes en cada torrente y cada charco. Los trabajadores-soldados de China sufrieron insomnio y úlceras cutáneas crónicas. La comida escaseaba: los vietnamitas solo proporcionaban a sus aliados calabaza y agua de espinacas, más unas pocas bananas. Los regimientos de Long tenían que importar de China latas de comida y verdura desecada. Los soldados odiaban los bichos del lugar —ciempiés, sanguijuelas y mosquitos— tanto como sus homólogos de Estados Unidos, unos pocos cientos de kilómetros más al sur. Hallaron serpientes que atacaban los huevos apilados en las cocinas de las cantinas y se deslizaban al interior de los dormitorios; un hombre falleció por la mordedura de una víbora. La malaria costó miles de vidas. «Aunque los del Cuerpo de Ferrocarriles habían sufrido toda clase de dificultades en la [guerra civil] y en Corea, nunca nos vimos obligados a trabajar en un entorno tan hostil», escribió Long.

Entonces regresaron los bombardeos, que agravaron sus penalidades. Una incursión del 9 de julio de 1965 contra la línea occidental dañó tanto estaciones como puentes. El 23 de agosto, aviones estadounidenses golpearon la línea septentrional cuando había chinos trabajando en ella. Un gran ataque del 20 de septiembre contra el río de Thanh Hoa impactó en veinte ocasiones contra la estructura, que resultó muy dañada; todavía siguieron cinco incursiones más. Los chinos se enorgullecían del hecho de que sus hombres eran muy rápidos con las reparaciones: la conexión con China nunca estuvo cortada mucho tiempo. Más al sur, en cambio, varios puentes importantes de la provincia de Bac Giang, cerca de Hanói, recibieron golpes repetidos; un soldado chino subió a un camión en llamas

para alejarlo de una arcada que estaba siendo atacada, para que no explotara y provocara aún más destrozos. Se pidieron a Pekín más cañones antiaéreos; se cavaron trincheras profundas y búnkeres; se redujo mucho la extensión de los campamentos y se los dispersó. Los equipos de antiaéreos anunciaron éxitos espectaculares —como es típico de los artilleros— y afirmaron que habían abatido once aviones estadounidenses durante cuatro incursiones de octubre, y dañado otros diecisiete. Los chinos, al llegar a la zona, solo disponían de dos miembros de la inteligencia para espiar la actividad norteamericana. Durante los dos años siguientes, la red de defensa aérea se expandió hasta incluir treinta y una mesas de esquematización de incursiones y un complejo sistema de alerta telefónica. Para mejorar las condiciones físicas de los soldados, que eran extremas, el harapiento Ejército Popular de Liberación autorizó lujos sin precedentes: un conjunto de ropa de recambio para cada hombre, sandalias de plástico (en vez de zapatos de lienzo), repelente de mosquitos, curas para picaduras de serpiente, asesores médicos. No sin reticencia, los vietnamitas permitieron que sus invitados plantaran sus propias parcelas de verduras.

El peligro no remitió, sin embargo. En la tarde del 21 de agosto de 1966, Guilin Long viajaba en coche para inspeccionar un punto de construcción en la Nacional 1, cerca de la montaña de Yulong, cuando atacaron aviones estadounidenses. Con el ruido de su propio vehículo, el riesgo le pasó por alto hasta que vio unos soldados que corrían a refugiarse en una zona de jungla próxima. El conductor detuvo el coche y él y sus asistentes saltaron al exterior bajo un cañoneo intenso. La onda expansiva de una explosión lanzó a Long a una trinchera cercana. El jefe de operaciones falleció, al igual que el conductor; el intérprete vietnamita resultó herido. El escolta personal de Long, con una arteria del brazo cercenada, perdió el conocimiento cuando intentaba sacar de la trinchera a su jefe inconsciente. Cuando Long volvió en sí, se halló empapado por la sangre de aquel hombre. El coronel, que sufrió una conmoción y una lesión en la columna, regresó a su país. Fue uno de los 1.675 chinos que resultaron heridos —otros 771 perdieron la vida— durante la operación Rolling Thunder.

Hasta donde se ha podido saber, ningún aviador ruso o chino voló en combate contra los estadounidenses. No obstante, por un acuerdo de septiembre de 1966 entre Hanói y Pyongyang, Corea del Norte empezó

enviando diez pilotos de combate de MiG-17, que luego ascendieron a veinte.[40] Tenían la base en el aeródromo de Kep, al noreste de Hanói, y se los conocía como «Grupo Z». En total, ochenta y siete coreanos volaron para Vietnam del Norte entre principios de 1967 y su retirada, a finales de 1968. Catorce de ellos perdieron la vida y afirmaron haber derribado veintiséis aviones estadounidenses.

El 23 de diciembre de 1966, Harrison Salisbury —segundo en la dirección editorial del *New York Times*— llegó a Hanói para una visita que tuvo consecuencias enormes en materia de propaganda. Había sido seleccionado para recibir el visado, entre una multitud de solicitudes de medios de comunicación, porque él se oponía con firmeza al bombardeo estadounidense. A Salisbury le enseñaron lugares de Hanói donde le contaron que se habían destruido trescientos hogares y matado a diez personas, a ocho kilómetros de los blancos más cercanos entre los autorizados para el bombardeo de la fuerza aérea estadounidense. Le dijeron que habían arrasado un instituto de la Amistad Polaco-Vietnamita. Además lo llevaron a un centenar de kilómetros de Nam Dinh, que, según le explicaron, había sido alcanzada por las bombas en cincuenta y dos ocasiones, causando la muerte de ochenta y una personas y asolando más de una décima parte de los edificios de la ciudad. Salisbury informó de que los aviones estadounidenses estaban «lanzando explosivos de un peso tremendo sobre objetivos puramente civiles».[41]

Salisbury se topó con las dificultades habituales de todo visitante al que se le concede acceso privilegiado a un Estado totalitario. La experiencia fue emocionante y le hizo sentir empatía con un pueblo asiático pobre, bombardeado por la nación más poderosa de la Tierra apelando a una causa dudosa. Aun así, en sus reportajes y el libro posterior no dio el peso debido a su incapacidad de comprobar lo que sus anfitriones le contaban, de forma que concedió crédito a algunas afirmaciones norvietnamitas que, sencillamente, eran falsas; por ejemplo, que los estadounidenses habían estado bombardeando deliberadamente los diques del río Rojo y las fábricas textiles de Nam Dinh. El gobierno estadounidense intentó desacreditar parte de los descubrimientos de Salisbury haciendo hincapié en el hecho de que usaba estadísticas de bajas que también aparecían en panfletos de la propaganda comunista. Salisbury publicó una fotografía que

en teoría mostraba una catedral católica destruida que, según constató una investigación posterior, no había sufrido daño. Los artículos del periodista, vivaces y emotivos —como similares reportajes posteriores de visitantes de la izquierda occidental— pusieron de manifiesto una credulidad considerable.

No obstante, el gobierno de Estados Unidos fue incapaz de negar —de forma convincente— algunas verdades importantes e incómodas: en particular, el hecho de que una parte notable de los explosivos lanzados por sus aviones caían en lugares equivocados. Por ejemplo, durante unos ataques contra la central eléctrica de Nam Dinh, cayeron bombas en las fábricas textiles adyacentes. Los cazas de la Marina disparaban contra cañones situados en diques. Una vez, los aviones encargados de atacar una terminal ferroviaria bombardearon otra, próxima a Hanói. Uno de los principales cronistas del papel de la USAF en la guerra, Wayne Thompson, admite en su propia narración: «Incluso cuando un piloto identificaba correctamente un blanco, era fácil que la mayoría de sus bombas fallaran».[42] Según cálculos de la propia fuerza aérea, solo la mitad de los explosivos lanzados por los F-105 (que en general llevaban seis bombas de 750 libras) caían dentro de un radio de 150 metros del objetivo. Aunque se trataba de una precisión razonable, dejaba mucho margen para lo que más tarde se empezó a designar como «daños colaterales». Además, las bombas de las que había que desprenderse antes de hora, los depósitos de combustible, los misiles aire-tierra y la multitud de restos de los misiles y proyectiles norvietnamitas tenían que caer en alguna parte. Era innegable que se habían causado daños importantes a instalaciones y hogares no militares y que un número elevado de civiles había perdido la vida.

Salisbury transmitió al mundo —sus noticias llegaron a un público muy extenso, con un impacto muy superior a nada que el politburó pudiera haber imaginado— dos mensajes de importancia: primero, que el bombardeo estadounidense causaba daño a inocentes; segundo, que un pueblo humilde estaba respondiendo con determinación y coraje. La torpeza con la que Lyndon Johnson promovía una moderación humanitaria no servía de nada cuando Salisbury preguntaba por qué se atacaban tantos objetivos irrelevantes en las zonas rurales al tiempo que la central eléctrica de Hanói y el colosal puente de Paul Doumer seguían funcionando sin

problemas (en aquel momento). Pero el viaje de aquel hombre del *New York Times* no satisfizo las metas de nadie. Según una encuesta de febrero de 1967, aunque el 85 % de los estadounidenses admitía que se estaba matando a civiles, el 67 % seguía siendo favorable al bombardeo.[43] En los meses siguientes, la guerra aérea se intensificó claramente.

En los seis últimos meses de la segunda guerra mundial, bajo la dirección de Curtis LeMay, la fuerza aérea del ejército de Tierra estadounidense (USAAF) lanzó 147.000 toneladas de bombas sobre Japón, causando la muerte de 330.000 japoneses. La operación Rolling Thunder II supuso arrojar cuatro veces más explosivos y acabó matando a cincuenta y dos mil norvietnamitas (sobre una población total de dieciocho millones). La mitad de los habitantes de Haiphong huyeron; Hanói perdió un tercio de sus residentes. En 1966, la campaña aérea costó a Estados Unidos 6,60 dólares por cada dólar de valor de los daños causados; un año después eran casi 10 dólares.[44] En la primavera anterior, cuando los pilotos del comandante James Stockdale le preguntaron: «¿Por qué luchamos?», este respondió: «Porque a Estados Unidos le interesa que luchemos».[45] Sin embargo, cuanto más duraba la campaña de bombardeo y más aumentaban la pérdidas, más escépticos se volvían los que cumplían con la labor. El teniente Eliot Tozer, piloto de un A-4, escribió en su diario: «Hay frustración a todos los niveles. Volamos en aviones limitados, lanzamos explosivos limitados contra blancos raros y con el tiempo seriamente limitado. Y lo peor de todo: lo estamos haciendo todo en una guerra limitada y sumamente impopular».[46]

Las sensaciones de Tozer se compartían en lo alto de la cadena de mando. Al terminar una reunión informativa, en 1967, el general John McConnell, de la fuerza aérea estadounidense, estaba desesperado; se aguantaba la cabeza con las manos y se lamentaba: «No les puedo decir cómo me siento ... Estoy harto a más no poder y más frustrado de lo que lo he estado nunca en toda mi puñetera vida».[47] Rolling Thunder destruyó el 65 % de la capacidad de almacenamiento de petróleo de Hanói; el 59% de sus centrales eléctricas; el 55 % de los puentes principales; 9.821 vehículos y 1.966 vagones de ferrocarril. Pero Hanói supo sacar del bombardeo un provecho formidable, pues indujo a Moscú y Pekín a proporcionarle mucha

más ayuda que hasta entonces. En 1968 bajaban de China, cada día, mil toneladas de suministros por el ferrocarril del noreste. Vietnam del Norte había recibido un total de casi 600 millones de dólares en ayuda económica, y 1.000 millones en asistencia militar: sumas colosales para aquella nación asiática relativamente pequeña y primitiva.

En 1966, un estudio secreto del Pentágono —apodado JASON— supo leer con acierto las consecuencias no deseadas de Rolling Thunder: «Es evidente que el bombardeo ha reforzado el respaldo popular del régimen, generando entusiasmo patriótico y nacionalista». El estudio reconocía que «los que se han implicado más directamente en el bombardeo han sufrido angustia y problemas personales ... Probablemente, lo que más perjudicó la moral no fue el bombardeo directo sino sus efectos indirectos, como la evacuación de la población urbana y la división de las familias». Pese a todo, «un ataque directo y frontal contra una sociedad tiende a reforzar el tejido social de la nación, a incrementar el apoyo popular al gobierno en vigor, a consolidar el deseo de responder con las armas tanto por parte de los líderes como del pueblo».[48]

Oleg Hoeffding, analista de la RAND, planteó en diciembre de 1966: «La campaña de Estados Unidos quizá haya regalado al régimen [de Hanói] una combinación casi ideal de voluntad de moderación y derramamiento de sangre accidental».[49] Aunque Hoeffding se expresara en un tono frívolo, expuso una verdad fundamental: «Hanói ha cosechado grandes beneficios con su respuesta a lo que era una valoración exagerada de la amenaza ... En cuanto a los efectos sobre la moral pública y la eficacia del control gubernamental, una suposición prudente diría que han redundado en un beneficio neto para el régimen ... El bombardeo ha producido los suficientes daños accidentales y muertes de civiles para ayudar al gobierno a sostener la militancia antiestadounidense, y en cambio no los suficientes para provocar un desánimo o una desafección graves».[50]

Sin embargo, la Junta de jefes siguió solicitando con entusiasmo un refuerzo del bombardeo. En un memorándum del 16 de junio de 1967 —que hace pensar en la película *Dr. Strangelove* [en castellano, ¿*Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*]—, el general Earle Wheeler instó a reforzar los ataques contra Hanói-Haiphong, afirmando: «Existe alguna posibilidad

de que puedan resultar decisivos ... aunque no soy un experto en la opinión pública nacional o mundial, creo que una acción más vigorosa —y no menos— aportará un respaldo más firme, salvo de los comunistas, de quienes solo nos aportará más respeto. Por último, no creo que esto suponga un riesgo grave ... 123 salidas de ataque ... valen todo su coste humano con tal de que reduzcan las muertes de los aliados en V[iet]n[am del] S[ur], aunque sea solo una. Dicho de otra manera, la campaña aérea compensa el coste en vidas tan solo con que compense el 1,6 % de la diferencia entre la infiltración potencial y real [del Sur, por parte del ENv]; en dólares, si compensa el 2,1 % de la diferencia en la infiltración».[51]

Mucho antes de que se cerrara Rolling Thunder, en marzo de 1968, sus resultados tan escasos habían precipitado sin embargo una retractación, apostasía, conversión política extraordinaria: la de Robert McNamara. Antes de que abandonara el cargo definitivamente, el 29 de febrero, en un almuerzo privado sintió la necesidad de expresar emotivamente su inquietud por la «futilidad abrumadora» de los bombardeos. Había acabado por comprender, al igual que algunos jefes militares más razonables que Earle Wheeler, que una victoria por tales medios, si era realizable siquiera, exigiría una devastación de una escala incompatible del todo con los valores de Estados Unidos.

El deseo de Lyndon Johnson de exhibir poderío y resolución en Vietnam se vio frenado por sus propias incertidumbres: el miedo por el programa de la Gran Sociedad; el temor a provocar una intervención militar de China o la Unión Soviética; el afán de mantener el apoyo de los aliados (al menos, su asentimiento) a la guerra estadounidense; la esperanza de proteger tanto la base política nacional como la imagen global de Estados Unidos. El presidente no quiso admitir que es imposible bombardear a un enemigo con amabilidad y a la vez confiar en doblegar su voluntad. Por otro lado, las necesidades de abastecimiento de los comunistas eran tan reducidas que es improbable que se hubiera alcanzado ningún otro resultado, ni siquiera con la campaña aérea más intensa por la que el Estado Mayor Conjunto abogaba. En el contexto del enfrentamiento sino-soviético de finales de la década de 1960, es difícil imaginar un escenario en el que ninguna de las dos grandes potencias comunistas hubiera abandonado a su aliado, por

mucho que los aviadores estadounidenses hubieran reducido Vietnam del Norte a escombros... o, en este caso concreto, a astillas y paja.

16

«Hundidos en el gran barrizal»

1. Pacifistas

En 1967 se desarrollaron dos guerras de Vietnam en paralelo: la primera fue, por supuesto, la lucha de Estados Unidos en los campos de batalla asiáticos, cada vez más intensa; la segunda, la lucha contra aquella guerra en el propio Estados Unidos, cada vez más feroz. La cadena de televisión CBS empezó a emitir el programa *The Smothers Brothers Comedy Hour*, que se convirtió en el éxito inesperado de la temporada —y lanzó a Goldie Hawn al estrellato—. Aunque sus sátiras parecen blandas para lo habitual en el siglo XXI, estalló una discusión sobre si debía permitirse que se invitara al programa a Pete Seeger, el cantante folk contrario a la guerra. Seeger presentó un número conmovedor, cuyo estribillo rezaba: «Estábamos hundidos en el gran barrizal, / pero el muy loco insistía en avanzar». En teoría, la canción se situaba en 1941 y hablaba de una sección del ejército que estaba de maniobras en Luisiana; pero ni un solo espectador dudaría —y tal era la intención— de que en realidad se abordaba la guerra de Vietnam y el liderazgo de Lyndon Johnson.

Aquella primavera, la resistencia interior a que Estados Unidos participara de forma activa en la guerra creció exponencialmente, hasta convertirse en un movimiento de masas que se entrelazaba (sin limitarse a ello) con el movimiento *hippie* y con el acercamiento de la nueva generación metropolitana a las drogas y el sexo libre. Jerry Rubin, el melenudo caudillo hippie, dijo: «Hay una guerra en marcha entre los jóvenes y los viejos que dirigen este país». Una galaxia de estrellas y famosos tomaron la palabra contra Vietnam, encabezada por la mayoría de los Kennedy y amigos del círculo como J. K. Galbraith y Arthur Schlesinger, y con nombres como Joan Baez y Bob Dylan, Norman Mailer

y Jane Fonda, el pediatra Benjamin Spock, el filósofo británico Bertrand Russell, profesores universitarios e izquierdistas de ambos lados del Atlántico, más el movimiento por los derechos civiles de los negros. Martin Luther King proclamó, en agosto de 1967: «Las promesas de la Gran Sociedad se han estrellado contra los campos de batalla de Vietnam».

En abril, cuando el Senado confirmó oficialmente al veterano diplomático Ellsworth Bunker como sucesor de Henry Cabot Lodge, el recién elegido como embajador de Estados Unidos en Saigón reafirmó que la guerra tenía por objetivo un Vietnam del Sur fuerte, viable y libre. En aquella sesión, el senador Fulbright pidió saber «si el derecho de autodeterminación de quince millones de vietnamitas compensa el perjuicio que se está causando a nuestro propio país». Mes a mes, las manifestaciones fueron creciendo de tamaño hasta que, en octubre, cincuenta mil manifestantes se congregaron en Washington, frente a diez mil soldados desplegados para proteger el Pentágono. El senador Edward Kennedy declaró: «Ninguna gran nación puede afirmar por mucho tiempo que ha conquistado la libertad y la democracia para otro pueblo si ... ese empeño se ha caracterizado por destruir su país y su forma de vida».

Entre tanta polémica, los matices no tardaron en sucumbir. Los partidarios de la guerra se veían a sí mismos como patriotas y, al mismo tiempo, enemigos del comunismo. El *New York Times* reprodujo las palabras estridentes de un rabino reformista que, al poco de volver de Vietnam, afirmó que quienes atacaban a la administración «están ayudando a prolongar la guerra ... hacen realidad los deseos más codiciados por los "halcones" de Hanói» al retratar a Estados Unidos como «el agresor, y al Vietcong y Vietnam del Norte, como las víctimas inocentes».[1] Carl McIntire, fundador de la Iglesia Presbiteriana Bíblica, bendijo la guerra como «una causa justa y sagrada», mientras que el evangélico Billy James Hargis defendió que los estadounidenses estaban luchando por la «libertad ... seguridad y protección de Estados Unidos». El editorial de *Christianity Today*, un semanario evangélico, abogó por más bombardeos.

Entre tanto, en el otro extremo del espectro, el movimiento antibélico fue perdiendo la cordura. Muchos estadounidenses que tenían información sobre Vietnam deploraban la forma en que su nación dirigía la guerra; al

mismo tiempo, sin embargo, eran conscientes de la brutalidad de los comunistas y el carácter totalitario del régimen de Hanói. Por lo tanto retrocedían ante los manifestantes que daban el salto moral de reprobar la injusticia de su propio presidente —con cánticos como «Oh, oh, Lyndon-Jo, ¿a cuántos niños hoy mató?»— a sostener la bondad del enemigo. Cuando Frank Scotton charlaba con estudiantes, comprobó con disgusto que daban por sentada la legitimidad de la lucha emprendida en nombre de Ho Chi Minh: «Cuando se lo rebatía, no entendían dónde iba a parar; era como si les estuviera hablando de matemáticas especializadas».[2] El presidente de la Junta de jefes quedó horrorizado al oír que un manifestante antibelicista, cuando se le mostraron pruebas de que se torturaba a los prisioneros de guerra, declaraba que la culpa era de los propios aviadores estadounidenses que habían aceptado las misiones.

En cierta ocasión, Henry Kissinger se refirió con desdén al «inagotable masoquismo de los intelectuales estadounidenses, para los que era un símbolo de fe estar convencidos de que todas las dificultades de las relaciones [entre el Este y el Oeste] obedecían a que Estados Unidos era estúpido e intratable».[3] Fue una fase extravagante de la historia, en la que una parte destacada de la juventud de las democracias occidentales afirmaba admirar a Mao Zedong, Fidel Castro, Che Guevara y otros revolucionarios, sin dar importancia a la opresión que sus héroes promovían; ni dársela, en el caso de Mao, a la masacre que presidió, incomparablemente peor que cualquier horror moderno que pueda atribuirse a Estados Unidos.

Las consecuencias de este auge de la turbulencia interior fueron de mucho calado, en particular en los campus universitarios. Desde que la guerra había empezado, aunque en la campaña algunos soldados, marinos y aviadores habían cometido chapuzas, y muchos se habían mostrado insensibles, predominaba la concepción de estar comprometidos con un deber desagradable, pero necesario. A partir de 1968, no obstante, la situación cambió. Cuando los veteranos regresaron a su país, entre los reemplazos posteriores abundaron los infectados por un culto a la disconformidad, las drogas y la incredulidad. Cuando en una sesión informativa del MACV se comunicó que en los nuevos batallones había

algunos hombres con estudios universitarios, el general Creighton Abrams lo interpretó como una buena noticia. En cambio, uno de sus oficiales comentó sepulcralmente: «Más capaces de escribir a su congresista».[4]

Robert Holcombe era un neoyorquino negro que escapó del reclutamiento durante un año y acabó pronunciando el juramento militar esposado. Era hijo de maestros de escuela, un joven conocido por su rebeldía, que nunca se perdía una sentada de protesta o una asamblea crítica, devoraba *El libro rojo* de Mao y fue expulsado de la universidad de Tennessee por participar en una algarada. Más adelante afirmó: «Había leído cientos de libros, incluidas obras de Cuba, China, la propia Hanói. En realidad, solo se libran guerras por cuestiones de propiedad. A mi modo de ver, queríamos apoderarnos de un punto de apoyo en un pequeño país oriental con plantaciones de caucho, arroz, madera y posiblemente petróleo. Y su gente, una fuente barata de mano de obra».[5] Su prolongada huida de las autoridades, sin embargo, concluyó enviándolo a Vietnam a servir con el ejército estadounidense, quisiera o no.

Holcombe era un ejemplo extremo, que en 1967 todavía no se había acercado a la guerra; pero era una buena muestra de lo que vendría. Un estudio sobre los soldados que fueron a Vietnam aquel año mostró que uno de cada cinco ya consumía marihuana antes del servicio militar; tres años después, el porcentaje ascendería a la mitad. En cuanto al porcentaje de soldados que se sabía que fumaban hierba en Vietnam, pasó de una cuarta parte en 1967 a dos tercios en 1971. Una multitud de estadounidenses leía con incredulidad las noticias sobre la virulencia con la que se protestaba en su país, en la prensa nacional que llegaba a los arrozales y las extensiones de hierba de elefante. El teniente Andy Finlayson recuerda cómo su sargento se enojó cuando su unidad recogió unos panfletos que los comunistas habían publicado en inglés y citaban a Eugene McCarthy y Robert Kennedy en contra de la guerra. «Por desgracia, no pude darle una buena razón por la que aquellos líderes políticos estadounidenses pudieran decir tal clase de cosas», afirmó este marine de carrera.[6] Algunos combatientes estadounidenses acabaron pensando —y desde entonces, lo

repitieron una y otra vez— que no perdieron la guerra en el campo de batalla, sino que la debilidad moral de su país los había traicionado, les había asestado una «puñalada en la espalda».

El capitán John McNamara, originario de Texas, escribió desde Danang lamentando que él y la mayoría de los suyos se sentían «dolidos por las demostraciones de disensión civil [en Estados Unidos] ... [mientras que] el otro día vi un autobús de civiles reventado por las minas del Vietcong: mujeres, niños, animales hechos pedazos por todas partes».[7] Al mismo tiempo admitía su propia confusión: «Nosotros no hacemos cosas así. Pero hay una pregunta más general: yo, y mi gobierno, y con la interferencia de la civilización occidental, ¿hemos creado las condiciones que han engendrado al terrorista asiático?». En todo caso, los propios comunistas también estaban confundidos con los excesos del movimiento contrario a la guerra. El activista radical Tom Hayden —futuro marido de Jane Fonda— visitó Hanói y se convirtió en apasionado defensor del régimen. Uno de los pocos momentos cómicos de la cautividad de Doug Ramsey en la selva se produjo cuando el nombre de Hayden se mencionó durante un interrogatorio. El preso preguntó a sus captores qué opinión les merecía. Un cuadro respondió con frialdad: «Admiramos su ideología, pero lo despreciamos como persona. ¿Cómo puedes respetar a un hombre que traiciona a su propio país?».[8]

No hay consenso al respecto de hasta qué punto la oposición interior a la guerra, en Estados Unidos, respondía por un lado a los principios o por otro al reclutamiento obligatorio para el servicio militar, lo que daba a algunos jóvenes un motivo personal primordial para oponerse a un conflicto que podía costarles perder, en el mejor de los casos, dos años de juventud, y en el peor, la vida. Las estadísticas indican que relativamente pocos estadounidenses lucharon en contra de su voluntad.[9] De los veintisiete millones de hombres de la generación de la guerra con edad de ser llamados a filas, veinticinco no dispararon ni un tiro. De los que sí fueron, sin embargo —en total como una cuarta parte de los cerca de 2,15 millones de estadounidenses que sirvieron en Vietnam—, fallecieron 17.725. Según una

encuesta de Harris, la mayoría de los estadounidenses los consideraban «unos primos, que tenían que arriesgar la vida en la guerra equivocada, en el lugar equivocado y el momento equivocado».

Los partidarios del conflicto hacían hincapié en el hecho de que solo el 1 % de los estadounidenses reclutables no se presentaba, y un porcentaje similar, también diminuto, se negaba a alistarse. No obstante, esto pasa por alto que existía una variedad extraordinaria de exenciones legales a disposición de quienes tenían la inteligencia de aprovecharlas. Hasta 1966, los hombres casados evitaban el servicio militar, lo que motivó un ascenso del 10 % en las bodas de adolescentes. Otros esquivaban el reclutamiento por el mero hecho de estar estudiando, como eligieron hacer por ejemplo Bill Clinton y Donald Trump; Kingman Brewster, rector de la Universidad de Yale, se enfurecía con lo que a su juicio representaba «eludir el servicio con cinismo, corromper los objetivos de la educación, mancillar el espíritu nacional».[10]

El recluta Don Graham recordaba que en la generación de su padre se habían definido unos a otros según si habían ido o no a luchar en la segunda guerra mundial: «Mi padre nunca pudo olvidar que [el vicepresidente] Hubert Humphrey se había tenido que quedar en casa porque lo declararon “no apto”. Pero en Vietnam no me encontré a casi nadie que hubiera ido a la universidad ... Comprendí que en nuestra generación, los vencedores serían los que habían ido a la escuela de Derecho».[11] Mark Rudd, líder de Estudiantes por una Sociedad Democrática, solicitó una demora alegando que era un revolucionario profesional. Luego lo declararon no apto por razones físicas, aunque es probable que el consejo que tomó la decisión sopesara el impacto adverso que él tendría en el ejército si lo obligaban a vestirse el uniforme.

Los padres de uno de cada cuatro estudiantes universitarios invitaban a sus hijos a escapar del servicio militar. Algunos se libraron porque podían alegar su «dudosa catadura moral», por ejemplo por haber sido condenados por robar ganado, fumar hierba o matar un águila. Los homosexuales quedaban exentos. También los miembros de la Guardia Nacional: la vía preferida por George W. Bush, así como diez jugadores del equipo de fútbol americano de los Dallas Cowboys, cuya dirección logró que los asignaran a

todos a la misma unidad local de la Guardia. Según un jugador de los Eagles de Filadelfia, que escapó del reclutamiento con el mismo método: «Si nos hubieran llamado, la zona de *backfield* del equipo se habría quedado sin uno de sus hombres».[12] Algunos médicos inteligentes se unieron a un organismo federal, el Cuerpo de Servicios de la Salud,[*] convirtiéndose —según se hacían llamar ellos mismos, con sorna— en los «boinas amarillas»: entre ellos, asombrosamente, un total de nueve acabaron ganando el premio Nobel. Un examinador médico empático —o corrupto— podía lograr la exención de los hijos de los ricos, una avenida explorada asimismo por Donald Trump. Se podía, por ejemplo, fingir una úlcera gastroduodenal extrayendo medio litro de sangre y bebiéndoselo justo antes de hacer las pruebas. Algunos consejos de selección adquirieron fama de ser especialmente blandos, como los de Seattle (en Washington) y Butte (en Montana). En Berkeley (California), el ayuntamiento adoptó una resolución que impedía a la policía arrestar a los desertores.

Lawrence Baskir y William Strauss, autores de un estudio sobre el servicio militar obligatorio en los años de guerra, escribieron: «Los reclutas que combatieron y murieron en Vietnam fueron esencialmente los “perdedores” de la sociedad, los mismos hombres que se quedan atrás en la escuela, el trabajo y otras formas de competencia social».[13] Solo el 7 % de los procedentes de las familias con ingresos altos y medios participaron en combate; el 9 % de los licenciados universitarios, frente al 14 % de los que no habían acabado la secundaria. En 1965 un cuarto del total de reclutas muertos en combate eran negros; el Departamento de Defensa quedó tan avergonzado que en adelante se esforzó, mediante una selección de los destinos, por rebajar en todo lo posible el porcentaje. El general Westmoreland dijo más tarde que «quien asumió una carga» no fue en propiedad el pueblo estadounidense, pues «los únicos que ... pagaron un precio e hicieron un sacrificio fueron los que se hallaban en el campo de batalla, que eran ante todo hijos de pobres».[14]

Sin embargo, Conrad Crane, historiador del ejército estadounidense, ha vuelto a analizar las estadísticas del servicio militar en Vietnam y ha argumentado con solidez que es necesario matizar esa perspectiva.[15] Cita un estudio de 1992 que mostraba que, aunque el 30 % de los fallecidos en

combate procedían del tercio inferior del espectro de ingresos, el 26 % venía del tercio superior. Por otro lado, aunque el 12,5 % de todas las muertes en combate correspondían a negros, y el 5 % a hispanos, son cifras ligeramente inferiores a la proporción que esas minorías representaban entre los varones en edad de ser llamados a filas. En suma: los militantes negros que se convencieron —y convencieron a medio mundo— de que soportaban una carga injusta en una guerra de blancos estaban exagerando la realidad.

Algunos adolescentes optaron por oponerse al servicio militar por principios: las primeras quemas rituales de los carnets de reclutamiento se produjeron en 1964. Cincuenta mil objetores se dieron a la fuga, algunos con estrategias extravagantes. Uno huyó a las montañas y pasó seis años viviendo en una casa de árbol. Un insumiso de Minnesota fue detenido a más de 3.000 kilómetros de su hogar: en California, mientras trabajaba para unos grandes almacenes disfrazado de Santa Claus. Algunos se quedaron en Estados Unidos con identidades falsas. La Nueva Inglaterra rural fue apodada «la Pequeña Canadá» porque sus granjas y campus atrajeron a muchos fugitivos. México acogía con simpatía a los exiliados, pero no era fácil ganarse la vida. Algunos de los que buscaron amparo en Suecia —que competía con Canadá como primera opción de estos fugitivos— tuvieron que mendigar porque los servicios sociales les daban tan solo 15 dólares por semana; pero un gobierno sueco más empático duplicó el subsidio —provocando de paso la furia del Congreso estadounidense—.

Un desertor se pasó todos los años de Vietnam rodando en bicicleta por Canadá, viviendo de lo que le daban. Otro alegó: «No he huido del servicio militar: me he dado a la fuga porque soy un esclavo en el siglo XX». Un joven soldado identificado tan solo como «Bob» desertó a Canadá mientras disponía del permiso previo al embarque, y desde allí escribió a un amigo que ya estaba de servicio: «No soy pacifista, pero en el ejército me he dado cuenta de qué es esa guerra: una guerra racista realizada a beneficio de la colosal maquinaria bélica estadounidense ... Vosotros estáis en el lugar perfecto para contarle al pueblo de Estados Unidos qué mierda se está haciendo en su nombre». Más adelante, algunos insumisos quizá se preguntaron si su largo exilio había valido la pena, porque el sistema

judicial estadounidense trató caritativamente al más de medio millón de hombres que se saltaron el reclutamiento: solo se acusó a veinticinco mil y solo 3.250 entraron en prisión. Entre las figuras más conocidas de la insumisión, en 1967 se condenó a Muhammad Alí a cinco años de cárcel, aunque no llegó a ser internado. A este respecto, sin embargo, a los infractores negros les fue peor en general que a los blancos, que recibieron penas de menor duración. Los consejos de reclutamiento de Misisipi y Luisiana adquirieron la triste fama de usar la ley de alistamiento como arma contra los defensores de los derechos civiles. Entre los reclutas, solo uno de cada siete participó en combates. El 3 % nunca pudo regresar a su país; el 10 % de los que sí pudieron, lo hicieron tras haber sufrido alguna herida que precisó de hospitalización. Muchos volvieron acosados asimismo por recuerdos de vivencias que preferirían no haber experimentado.

Vale la pena destacar que una ingente cantidad de jóvenes patriotas que no sentían el más mínimo deseo de cumplir el servicio militar en Vietnam lo hicieron sin quejas ni escándalos, porque consideraban que era su deber. En una granja de Dakota del Sur, el *pa* de Larry Pressler les dijo a sus chicos que no intentaran eludir el reclutamiento: si tenían éxito, alguien más pobre tendría que ir en su lugar «y lo lamentaréis el resto de la vida».[16] Así que los dos hermanos Pressler fueron, lucharon y volvieron. David Rogers, que era hijo de un investigador químico de Nueva Jersey, cursaba estudios de Inglés e Historia en el Hamilton College. Este joven reflexivo, cuyo padre era un cuáquero totalmente contrario a la guerra, se presentó como objetor de conciencia, pero no se quedó tranquilo con la decisión de quedarse en casa: «Ninguna de las alternativas era buena. Yo venía de una ciudad pequeña. Me parecía que no era correcto dejar que otro fuera en mi lugar. Vi una foto de un auxiliar médico que estaba ayudando, y pensé: “Eso lo puedo hacer”».[17] De modo que desafió la cólera de su padre y prestó servicio como asistente médico de infantería. Aunque el caso de quienes rechazaron la llamada a filas recibió mucha publicidad, de hecho fueron mucho más numerosos los jóvenes estadounidenses que aceptaron alistarse. Aún hay que comentar otro punto del movimiento antibelicista: los estadounidenses lo pueden perdonar todo, salvo el fracaso. La guerra

sometió a una prueba extrema la paciencia de la mayor democracia del mundo. Muchos de sus ciudadanos se hartaron no porque la causa pareciera moralmente errónea, sino porque no parecía tener posibilidad de éxito.

2. Belicistas

En Vietnam, en la primavera de 1967, Frank Scotton se contaba entre los más deprimidos: «Era evidente que estábamos cometiendo un montón de errores y centrábamos la dirección de la guerra en someter a una destrucción terrible al pueblo que habíamos venido a proteger».[18] El 21 de febrero, Bernard Fall, el periodista francés siempre aventurero, perdió la vida al pisar una mina mientras acompañaba una operación de limpieza en las inmediaciones de Danang, en la «Calle sin alegría» que dio título a su libro *Street Without Joy*. Los escépticos habían pasado a ensalzar sus capacidades adivinatorias por la insistencia con que proclamaba que Estados Unidos estaba repitiendo todas las pifias ya cometidas por Francia en la década de 1950, solo que con más potencia de fuego. En aquel momento, las fuerzas del «mundo libre» ascendían a 1,3 millones de soldados survietnamitas y estadounidenses —una proporción de uno a 15, en comparación con el total de la población—, con dos mil aviones tácticos apoyados por los B-52 del Mando Aéreo Estratégico (MAE). Si el aeropuerto de O'Hare, en Chicago, presumía de realizar 690.000 operaciones de vuelo cada año, en 1968 Tan Son Nhut ponía la cifra en 804.000, Danang en 846.000 y Bien Hoa alcanzaba el récord con 857.000; y ello sin contar los helicópteros.

Scotton llegó a la conclusión, que mantuvo mucho tiempo, de que la única estrategia creíble pasaba por desplegar las fuerzas estadounidenses cerca de las fronteras de Laos y Camboya, para cerrar los puntos de acceso a Vietnam del Sur entre Quang Tri y el Mekong. «Si no lo hacemos así, estamos condenados a una guerra larga, de la clase de guerras que a los estadounidenses se les dan mal.» Sigue siendo muy dudoso que de tal forma se hubiera logrado clausurar la Ruta de Ho Chi Minh; por otro lado, incluso

tal éxito no habría bastado para curar la debilidad del régimen de Saigón. Pese a todo, el punto de vista de Scotton sigue siendo el más habitual entre los veteranos.

En el campo de batalla —mejor dicho, el centenar de campos de batalla repartidos por las montañas, los arrozales y las espesuras selváticas—, el ejército del Sur había quedado relegado al papel de espectador por decreto de Estados Unidos. Mientras tanto, las fuerzas norteamericanas lanzaban una serie de operaciones complicadas y sangrientas con la intención de situar, enfrentarse y destruir a las formaciones tanto del ejército norvietnamita como del Vietcong; en 1967-1968, todavía más Vietcong que ENv. Westmoreland apretaba a sus comandantes para que mantuvieran a los hombres en movimiento, para desconcertar al enemigo. Tras una batalla próxima a la frontera con Camboya, del 31 de marzo y 1 de abril de 1967 —en la que un regimiento del Vietcong atacó al 1.º Batallón del 26.º Regimiento de infantería del teniente coronel Alexander Haig, pero fue destrozado por este—, el caudillo del MACV «echó un broncón soberano» al comandante del cuerpo, Bruce Palmer, por no haber perseguido al enemigo en retirada.[19]

«Entre las penalidades que te tocaba pasar —dijo Fred Weyand, a la sazón al mando de la 25.ª división— era que enviabas una operación de limpieza ... que te costaba quizá la muerte de quince hombres. Acabada la operación, teníamos que retirarnos del lugar ... y cuando volvíamos, un mes más tarde, teníamos otra vez el mismo problema.»[20] Weyand se mostraba muy crítico con la confianza de Westmoreland en que el ejército estadounidense podría aplastar al enemigo a través del desgaste: «Sencillamente, parecía ridículo». Los estadounidenses no tenían ni de lejos la infantería suficiente para controlar nada situado más allá del alcance de los cañones de la red de bases de apoyo artillado que para entonces se habían excavado y fortificado a lo largo del país, en su mayoría en las cimas desforestadas de tierra rojiza. Los infantes se lanzaban en tropel, combatían y se marchaban a otro lugar, dejando tras de sí las latas gastadas de las raciones de campaña y municiones que a los guerrilleros del Vietcong, cuando volvían a la zona, les resultaban muy útiles.

Tanto los oficiales como la tropa aprendieron a temer las referencias al «recuento de cadáveres», pero en una guerra sin perspectiva de izar la bandera en la capital del enemigo, ¿con qué otra vara se podía contar para medir el éxito? En contra de cierto mito, no se trataba de un concepto original: todo ejército, en toda guerra, evalúa su progreso en parte a través del número de enemigos que mata o apresa. En Vietnam, no obstante, esto se convirtió en una obsesión, de modo que los comandantes hostigaban a los subordinados que no lograban aportar una cantidad suficiente de cadáveres. Tal actitud llevó —si no a algo peor— a quitar importancia al tema de cuántos de los muertos enumerados eran combatientes comunistas, y cuántos campesinos que habían tenido mala suerte.

El capitán Vince Felletter, de la 101.ª división aerotransportada, se quejó de que sus superiores se estaban «pasando un poco con la mierda esa del recuento de cadáveres».[21] Una vez, su compañía empezó a atrincherarse y se encontró en un cementerio del ENv: «El brigada quería que los desenterráramos a todos e informáramos de ellos como un recuento de cadáveres relacionado con un enfrentamiento anterior». La 9.ª división, en el delta, se hizo particularmente infame: en una pared de su cuartel general colgaba un gráfico que medía la «eficiencia» según los «enemigos eliminados por día de compañía en combate»: las Fuerzas Regionales y las Fuerzas Populares se apuntaban 0,30 cada una;[22] el ERVn, 0,75; y las tropas estadounidenses, 1,50. Un gráfico acabó mostrando cómo el supuesto recuento de muertos de la 9.ª ascendía de los 1.998 del segundo trimestre de 1967 a 2.671 en el mismo período de 1968 y 8.138 en el mismo trimestre de 1969.[23] Abrams deploró más adelante «la devoción a los gráficos ... Al final se llega a un punto en el que toda la guerra es eso: unos putos gráficos, y no las personas y las cosas reales».[24] John Vann expresó su desprecio por la forma en que se obtenían los números del recuento de cadáveres, y le habló a Frank Scotton de que la «9.ª división se ha desmandado vergonzosamente».[25] Las dos provincias en las que la formación actuaba promediaron quinientas bajas civiles al mes, mientras que sumando las otras doce provincias del IV Cuerpo solo se obtenían cuatrocientas. Vann dijo, sobre uno de los posteriores comandantes de la 9.ª, Julian Ewell, que «era capaz de matar a su propia abuela si la podía incluir en su recuento de

cadáveres». Ewell fue el gran modelo real del monstruoso general Lemming de la novela de Josiah Bunting *The Lionheads*, un ataque ficticio a la forma en que Estados Unidos dirigió la guerra, escrito por un exoficial de carrera de la 9.ª división.

Pero es un error etiquetar 1967-1968 como un período de fracaso táctico de los estadounidenses: cada vez que las tropas de Westmoreland lograban acorralar al enemigo, le infligían bajas de consideración. Los documentos de los que se incautaron pusieron de relieve que la moral de muchas unidades del Vietcong y el ENv había sufrido un retroceso fuerte. Uno hablaba del esfuerzo propagandístico de la 2.ª división comunista por contrarrestar «el temor a una guerra prolongada y la reticencia [a combatir] ... y por poner fin a las deserciones, rendiciones y suicidios».[26] Los comandantes comunistas se enfurecían cada vez que tenían noticia de que sus hombres emprendían la huida en caso de enfrentamiento. Robert Komer, como director de pacificación, escribió al presidente el 28 de febrero de 1967: «Se desperdicia mucho, y cuesta mucho dinero, pero aun así es indiscutible que estamos ganando la guerra en el Sur. Pocos programas nuestros —civiles o militares— resultan muy eficientes, pero estamos moliendo al enemigo por el simple peso acumulado».[27]

Tras una batalla de mediados de 1967, en la que fuerzas helitransportadas y fluviales asaltaron al 514.º Batallón del Vietcong en el delta, un superviviente comunista se quejaba de que, según la doctrina que les inculcaban, los «narilargos» eran malos combatientes, pero se habían encontrado con que «los estadounidenses luchan con ferocidad ... mucho mejor que el ERVn».[28] La Junta de jefes escribió a McNamara el 17 de octubre: «La estrategia y las acciones militares actuales están proporcionándonos un avance constante ... El enemigo, probablemente, se halla en una situación de dificultad claramente superior a lo que indican los datos de inteligencia y las actuales estadísticas de combate».[29] A tenor de las montañas de falsedades que dominan el paisaje documental de la época, a esta valoración no le faltaban puntos de apoyo.

En los debates del politburó de Hanói «se expresaban opiniones diversas sobre qué magnitud tendría la victoria que se podía obtener».[30] A finales de 1967, la Corte del Dragón calculaba que disponía de 232.000

combatientes en Vietnam del Sur —190 batallones—, frente a los 204.000 hombres del año anterior. Este incremento se logró enviando más unidades regulares del ENv sin prestar consideración alguna a las bajas sufridas. Según la historia de la guerra redactada en Hanói, sus jefes creían que se trataba de una época de obstáculos y frustraciones: «Aparte de los batallones estadounidenses que habíamos destruido en el valle de Ia Drang en noviembre de 1965, desde entonces no habíamos librado una sola batalla en la que lográsemos alcanzar los objetivos establecidos».[31] Salvo que se adoptara alguna iniciativa espectacular, los norvietnamitas temían que estaban condenados a seguir desgastándose en una guerra en situación de tablas; y, por mucho que dijeran lo contrario, su paciencia no era infinita. El plan estratégico de Hanói de julio de 1967 pedía «concentrar todo el esfuerzo posible en obtener una victoria decisiva por medio de un levantamiento-ofensiva general, cueste lo que cueste».[32] Este fue el origen de la ofensiva de 1968, un golpe originado en parte por unas esperanzas falsas, en parte también por la convicción de que era urgente presentar resultados al pueblo.

Sin embargo, los estadounidenses tenían que hacer frente a muchas dificultades propias. El movimiento contra la guerra estaba ganando más terreno en Estados Unidos que su ejército en el sudeste asiático. Los gestores políticos más reflexivos habían comprendido que era una debilidad, no una fortaleza, que Vietnam del Norte persiguiera metas infinitas, y Estados Unidos, en cambio, unos objetivos muy delimitados. Esto restringía los medios aceptables para hacer realidad tales fines y, sobre todo, excluía invadir el Norte. Earle Wheeler escribió, el 9 de agosto de 1967: «Nuestro gobierno ha manifestado de forma repetida ... que no actuamos para destruir el régimen de Hanói ... ni para devastar V[ietnam del] N[orte]. Sencillamente queremos que VN deje de dirigir y apoyar a los insurgentes del Vietcong en el Sur y retire sus tropas del país».[33]

Además, Estados Unidos nunca resolvió los problemas derivados del carácter caótico de la cadena de mando aliada. La inteligencia fallaba de forma crónica. En cierta ocasión en que Fred Weyand reprendía a Bill Colby quejándose de que la CIA no era capaz de predecir los movimientos de los comunistas, Colby respondió: «Si por mí fuera, ¿sabe?, cambiaría

todos los agentes que tenemos en el Sur por un solo agente en el Norte». Weyand no se lo podía creer: «Me quedé sencillamente asombrado de que este país nuestro, con todo el poder que tenemos, no dispusiera [de ningún agente en el Norte]. Que el sistema comunista sea capaz de mantenernos en la oscuridad de esa manera ya te dice algo sobre su poder. Todas las familias del Norte tenían que haber perdido a alguien, muerto o herido, o a alguna persona que conocieran; pero aquel gobierno era capaz de controlarlos, mientras que nosotros éramos incapaces de mantener el control sobre las calles de Nueva York».

Entre los estadounidenses y los survietnamitas había poca confianza; de hecho, escaseaba dentro de las propias fuerzas del régimen de Saigón, dada la extensa infiltración de los comunistas. El teniente general Bruce Palmer quedó sorprendido cuando un comandante de división del ERVn insistió en que, antes de hablar de temas serios, se alejaran de su propio personal; acto seguido el vietnamita le confesó que sospechaban que su propio oficial de inteligencia era un agente del enemigo.[34] Palmer fue uno de los muchos militares descontentos con el hecho de que el apoyo político en Washington estuviera menguando al tiempo que los hombres de un vasto ejército estadounidense seguían luchando y perdiendo la vida para hacer realidad los deseos expresos de su gobierno. El general escribió, después de una visita de McNamara, en junio de 1967: «Había quedado ... perfectamente clara la gran distancia abierta entre nuestros líderes civiles y militares».[35]

La constante acumulación estadounidense contaminó gravemente Vietnam. Un periodista describió así una escena característica en Danang: «En la calle principal, junto al paseo marítimo ... unos Alpes de municiones se enlazaban con unos Andes de enormes cajas y contenedores de comida enlatada, refrescos, botas de plástico, transistores, generadores de electricidad, climatizadores, piezas de artillería pesada, carros blindados, camiones, gorras de béisbol, dulces y revistas de lectura popular. Se diría que todas las compañías de Estados Unidos habían tirado aquí sus excedentes, que pronto se convertirían en basura».[36] El alambre de púas se amontonaba al lado de bloques de hormigón; había ancianas que buscaban amparo junto a las cajas de municiones; los niños gorroneaban cigarrillos de los guardias y practicaban un inglés rudimentario entre tales excesos de

abundancia que amenazaban con sepultar su sociedad. Además, muchos comandantes albergaban cada vez más dudas de que las comodidades con que se regalaba a las tropas estadounidenses —hubo unidades que, estando en campaña, recibían envíos de helados, por ejemplo— sirvieran para reforzar la moral, como se pretendía; quizá más bien corrompían el espíritu guerrero.

Los medios de comunicación del mundo, en su mayoría, ya no se creían una palabra de los militares. El 3 de septiembre de 1967, Richard Harwood, del *Washington Post* —que había estado con los marines en Iwo Jima— publicó un reportaje titulado «Con esta guerra, las cuentas no salen». Abordaba un único ejemplo de lo que calificaba de engaño oficial. El MACV, escribió Harwood, afirmaba que el rendimiento en combate del regimiento blindado survietnamita con sede en Saigón había «mejorado mucho». Pero ¿cómo compatibilizar esta afirmación con el hecho de que su 8.º escuadrón declaraba haber matado tan solo a un enemigo; el 5.º escuadrón, a doce; el 10.º, a veintitrés; el 9.º, a 148, y a la vez, todos esos escuadrones tan solo habían sufrido en total doce muertes? El chorro de números con el que el MACV intentaba demostrar una mejora solo se lo podían creer quienes mandaban cartas a Santa Claus con la esperanza de obtener una respuesta auténtica.

Pero el estado de ánimo de los manifestantes, de los insumisos y de Pete Seeger todavía no se había hecho extensivo a la mayoría de los estadounidenses del frente de combate. El infante de marina Walt Boomer estaba entusiasmado: «Si hubo una época perfecta para luchar en Vietnam, esa fue 1967. No había drogas, ni el problema racial. Pasara lo que pasase en Danang, en la primera línea no sabíamos nada al respecto».[37] Boomer —licenciado en la Universidad de Duke e hijo de un pequeño empresario de Carolina del Norte— se convirtió en uno de los combatientes más distinguidos de su país. Este oficial no le daba muchas vueltas a las cuestiones generales de la contienda; se limitaba a disfrutar cumpliendo el papel para el que se había formado, al mando de una compañía por cuyos miembros sentía todo el respeto, en tanto que «jóvenes valerosos. Actuábamos en una burbuja del Cuerpo. Yo no entendía qué estaba pasando en el mundo real». El capitán Jim Williams, hijo de un director de escuela

de Winona (Minnesota), estaba de acuerdo: «Fue una época de patriotismo real, con mucho sentimiento y muchos desfiles postsegunda guerra mundial». Williams pasó buena parte de 1967 al mando de una unidad de reconocimiento, cerca de la frontera con Laos, entre los miembros de una tribu que pastoreaba elefantes de carga hasta el mercado. Fue antes de que los norvietnamitas pusieran sitio a Khe Sanh; la zona era lo bastante tranquila para que él pudiera asistir, en la iglesia del poblado, a una misa celebrada por un sacerdote misionero estadounidense. «Si eres un tipo al estilo de *Terry y los piratas* —escribió a su casa el capitán John McNamara, oficial de carrera—, puedes aventurarte por el interior e intrigar cuanto quieras y hasta hacerte hermano de sangre de los *montagnards*. Si te gusta hacer maniobrar regimientos y batallones, puedes encontrar la oportunidad de hacerlo. Como campo de juego profesional, vaya, es excelente.»[38] Lo que inquietaba a este oficial tejano era el resto de la guerra, y qué opinión tenía de todo el pueblo vietnamita: «Creo que en este tema soy claramente menos optimista que la última vez que escribí».

3. PASAR INADVERTIDO

Si un soldado quería no correr riesgos, lo mejor era quedarse quieto por completo, a poder ser en un agujero: cada movimiento lo hacía más vulnerable. Pero la infantería está obligada a moverse. A sus hombres les correspondía pasar buena parte del tiempo de campaña agrupados en secciones, compañías o batallones en busca del enemigo. Para los cincuenta y pico mil estadounidenses que cumplieron esta función en algún momento dado de la guerra de Vietnam, la exótica naturaleza asiática se convirtió en la nueva normalidad: el verde brillante de los arrozales, el más oscuro de los palmerales, los chiquillos que guiaban búfalos de agua, los campesinos que labraban la tierra con la paciencia de siglos de ir detrás de un arado de madera tirado por bueyes. Al caer la noche, los soldados veían regresar a los búfalos, con los flancos rebozados de barro, casi como ellos mismos. Y en algún lugar, oculto entre todo aquel encanto rústico, estaba el enemigo.

Walt Boomer dijo: «Cada día buscábamos entablar batalla, a poder ser con nuestras condiciones. Pronto empecé a comprender: "Ese tipo de ahí, recostado, está vigilando. Llegará el momento en el que te descuides un poco y recibirás". Él conocía el terreno, y nosotros, no. Recuerdo un día que fue espantoso. Bajábamos por un valle muy estrecho, de arbustos diversos, y nos golpearon con bastante fuerza: emboscaron una sección y mataron a tres; yo perdí a un tío que tenía una Cruz Naval. Pensamos: "Tenemos artillería, tenemos apoyo aéreo, como se queden donde están, son nuestros". Pero no. Aquella operación no formaba parte de nada mayor, éramos tan solo yo y la compañía atravesando la zona para "despejarla", lo que sea que eso significara. ¿A cuántos de los suyos matamos nosotros? No lo sé. En el cuartel general estaban furiosos con nuestro índice de muertos».[39]

La primera prueba dura —antes incluso de que el enemigo entrara en juego— era portar una carga pesada por un terreno difícil y con un calor implacable. Cada hombre llevaba un arma; una lata de municiones vacía, de acero, para mantener seco el papel o cosas parecidas; al menos ocho cargadores y balas para rellenarlos; cuatro granadas de fragmentación y dos de humo; cuatro cantimploras, que por lo general no bastaban (en un sitio seco, parecería prudente dedicar al agua nueve o diez kilos). Algunos todavía añadían más elementos, quizá una pistola del .45. En cuanto a las raciones, para las patrullas de reconocimiento de cinco días de duración Andy Finlayson cogía una lata de alubias con salchichas, una de espaguetis con albóndigas, cuatro de fruta y tres latas pequeñas con tentempiés.[40] David Rogers subsistía a base de galletas con mermelada, mantequilla de cacahuete, fruta y pastel. No era de extrañar, pues, que la mayoría de los infantes perdiera peso, y no poco. Walt Boomer fue a Vietnam con 82 kilos, volvió con 70.

Cuando empezaban a caminar, el bosque iba quedando decorado con las municiones descartadas por los *cherries* a medida que aligeraban la carga. Aprendieron que solo los vaqueros se envolvían el cuerpo con cinturones de ametralladora M-60, porque las balas al descubierto se ensuciaban y luego tendían a encallarse. Con el tiempo, Jim Williams descubrió que la mejor manera de saber cómo le había ido la campaña a otro veterano era preguntarle si llevaba calzoncillos. El que aún los vestía no había estado en

los sitios peores, porque la ropa interior criaba hongos en la entrepierna, así que se prescindía de ella.[41] Según Phil Caputo: «Aquí todo se corrompía y pudría rápido: los cadáveres, el cuero de las botas, las telas de lienzo, el metal, el estado de ánimo».[42]

El capitán Chuck Reindenlaugh escribió a su esposa: «No hay lugar en toda la Tierra menos adecuado para la guerra convencional ... Marismas en las que uno se hunde hasta la rodilla; arbustos tan enmarañados con los árboles que por muchas partes es imposible que pase el cuerpo de un hombre; árboles gigantescos cuyas copas mantienen el terreno en una penumbra perpetua».[43] Los miopes marchaban con temor a perder las gafas entre la interminable sucesión de arbustos, ramas y enredaderas. El oficial británico Freddy Spencer tituló sus memorias —sobre la campaña de 1942 en Malasia— con un significativo «La selva es neutral», y lo mismo podía afirmarse de Vietnam, una generación después: a los chicos de campo les iba mejor, porque habían crecido sin temer la vida salvaje, en este caso el bosque con su triple dosel, las serpientes o los gibones con sus gritos. Muchos estadounidenses, no obstante, habían crecido en las ciudades, y les resultaba difícil caminar tranquilamente entre espesuras cuyos senderos, probablemente, estaban minados. Cuando la visibilidad se reducía a un metro o dos, cada hombre debía fijar la mirada en el compañero que le antecedía: los descuidados se perdían y desaparecían. La compañía de Walt Boomer perdió a un marine durante una operación de limpieza: «Tuvimos que interrumpir toda la operación para encontrarlo antes de que lo hicieran los norvietnamitas».

En su mayoría, los estadounidenses hacían demasiado ruido al moverse. «La forma más segura de morir —escribió Andy Finlayson— era simplemente hablar en un tono de voz normal ... Por lo general no veíamos al enemigo, pero una voz era como un imán para las balas.»[44] Una unidad que intentaba avanzar con rapidez armaba tanto jaleo como una manada de elefantes, pisoteando y rompiendo ramas y bambúes. En un terreno difícil y hostil, un punta prudente avanzaba quizá un solo paso cada cinco o seis segundos, diez pasos por minuto, no más de trescientos metros por hora. Una patrulla de largo alcance, cuyos mandamientos se resumían en ocultarse, podía tardar todo un día en avanzar kilómetro y medio, con un

hombre a la cola responsable de borrar los rastros. Las caminatas de una compañía se interrumpían cada hora con el canto de los operadores de radio, que informaban de la posición a través de las *Prick-Tens* —los equipos de radio portátiles PRC-10, sustituidos más adelante por los PRC-25—: «Todo tranquilo. Situación sin cambios». Casi todas las unidades estadounidenses se excedían en el uso de la radio, ajenas a la atención con que los comunistas los espiaban.

Aunque un oficial navegaba con ayuda de un mapa y una brújula Lensmatic, también se encargaba a uno de los reclutas que contara los pasos que se avanzaban. El hombre de cabeza —el «punta»— no se «abría paso», solo avanzaba en estado de máxima alerta, y los machetes los empuñaban los hombres de atrás. Cada unidad tenía su propia pequeña cuota de combatientes entregados. En la sección de Judde Kinne estaba el sargento Hayward Riley, famoso por su habilidad en el trato con la tropa, y el cabo primero Thompson Flute, nativo americano, originario de Oklahoma, en el que no se podía confiar si en la base lo encontrabas cerca de una bebida, pero que era magnífico en combate.[45] Walt Boomer siempre elegía como punta «al cazador más diestro, con un sexto sentido». Reg Edwards perdió el miedo a ir en cabeza cuando la experiencia le demostró que el punta solía sobrevivir a la conmoción del enfrentamiento, mientras que los que avanzaban justo por detrás tenían más probabilidades de que los machacaran.[46] El espacio —un mínimo de cinco metros de separación— era crucial, sobre todo en las áreas muy minadas: amontonarse significaba multiplicar las amputaciones y muertes. El centro de las columnas era una posición codiciada, porque la acción no solía empezar allí. Ir en la posición de cola requería tanta pericia en atravesar el bosque bajo como la exigía ir en punta: el hombre de la retaguardia debía atrapar a los enemigos que se acercaban furtivamente por detrás.

Tim O’Brien, uno de los cronistas más vivaces de la experiencia de la infantería, ha escrito: «Si no estabas saltando, estabas a la espera. Cavando trincheras. Matando mosquitos. El sol, el calor, los arrozales infinitos. Incluso en lo más hondo de la espesura, donde podías morir de mil maneras, la guerra resultaba manifiesta y agresivamente aburrida ... Podías estar sentado en lo alto de una colina, con las parcelas de arrozales extendiéndose

por debajo, y el día era cálido y estaba tranquilo y vacío por completo, y sentías que el aburrimiento se apoderaba de ti gota a gota, como un grifo mal cerrado ... Intentabas relajarte. Abrir los puños cerrados, dejar vagar el pensamiento. Bueno, quizá aquello no era tan terrible. Y de pronto oías disparos por detrás de ti y los huevos se te ponían por corbata y habías empezado a chillar como un cerdo».[47]

Algunos combates empezaban con el asalto aéreo de una ZA «caliente»: una zona de aterrizaje ocupada por un enemigo que abría fuego antes de que los infantes pudieran saltar, con toda su carga, desde los helicópteros. Phil Caputo escribió que tal clase de operación «crea presiones emocionales mucho más intensas que un asalto terrestre convencional. Es por el espacio cerrado, el ruido, la velocidad y, sobre todo, la sensación de estar del todo desamparado. La primera vez lo vives con cierta emoción, pero en adelante se trata de una de las experiencias más desagradables que la guerra moderna ofrece».[48] Pilotar el primer «pájaro» hasta la zona era angustioso, pero más lo era el segundo, porque solía ser el blanco elegido por el enemigo. Fred Childs iba sentado en los esquís de un Huey que planeaba sobre una ZA cuando dos hombres saltaron de pronto por el lado contrario y el helicóptero, descompensado, dio una sacudida. Childs se cayó del aparato y se golpeó la cabeza; conmocionado, no recordaba nada de la batalla posterior.[49]

Cierto día, en las inmediaciones de Chu Lai, un soldado negro llamado Davis —de notable estoicismo— recibió un balazo al tocar tierra, pero siguió disparando. Cuando otro herido, un tal Taylor, se quedó tirado sollozando, Davis se burló de él sin misericordia, provocándolo para que tomara el arma. «Estás llorando porque te estás preparando pa' diñarla. Te estás muriendo y lo sabes, que te estás muriendo. Pues más valdría que dieras un arreón y te llevaras contigo a alguno de esos chinos.» Taylor replicó enojado: «No me voy a morir», a lo que Davis le pinchó de nuevo: «Pues si no te vas a morir, ¿qué coño haces ahí sentado lloriqueando? Lloras porque eres un mariconazo».[50] Entonces tanto Davis como Taylor estuvieron disparando hasta que llegó un helicóptero de evacuación. Vince Felletter, a sus veintinueve años, estaba al mando de una compañía que perdió a seis hombres porque, aunque pudieron saltar de un Huey que había

recibido un impacto, el aparato se volcó y cayó encima de ellos, con los rotores en movimiento; los supervivientes tuvieron que emprender la horrenda tarea de reconstruir los cadáveres despedazados. A la noche siguiente, el batallón les envió un guisado de pavo —«supongo que se compadecían de nosotros»—, pero el gesto salió mal: toda la compañía sufrió una intoxicación alimentaria y, al amanecer, hubo que evacuar a catorce hombres con 40 grados de fiebre. Según Felleter: «Fueron los peores días de mi período de mando».[51]

Cuando se marchaba a pie, el olor podía ser tan letal como el ruido. Los dos lados valoraban mucho a sus exploradores, algunos con una percepción sensorial sumamente refinada. Un soldado comunista tenía el apodo de «el pastor alemán» porque, en palabras de un camarada, «su nariz es legendaria. Cada vez que dice que puede "oler" a estadounidenses, la acierta».[52] Algunos oficiales norteamericanos —en especial los que dirigían a las patrullas que se adentraban más en el territorio enemigo— prohibían fumar, con lo que los hombres optaban por mascar el tabaco. Los perros exploradores podían ser valiosos, pero resistían mal la deshidratación; más de un adiestrador acababa llevando a hombros al animal. En Camberra (Australia) se desató una tormenta de protestas animalistas cuando *Cassius*, uno de los rastreadores del contingente nacional, murió por efecto del calor incluso después de que los veterinarios del ejército estadounidense lo sumergieran en agua helada.[53] Los marines de Landen Thorne instaron a sus escoltas vietnamitas «Kit Carson»[*] a dar patadas a los infortunados perros de su sección, «para que aprendan la diferencia entre los buenos y los malos».[54] Además, por mucho que se adiestrara a los animales, a veces ladraban y delataban la posición de sus amos.

Es difícil exagerar la tensión acumulada en las operaciones de limpieza de una zona dada, en la que los días de simple incomodidad, suciedad, cansancio y temor podían acabar con el choque en cadena que suponía una emboscada enemiga. El capitán Julius Johnson contaba que su principal dificultad era «mantener a mis hombres en estado de alerta, después de una semana o dos sin toparnos con el enemigo; conservar la capacidad de reacción que les permitía recibir un primer tiro pero librarse del segundo».[55]

Tenían su propia variante chistosa del Salmo 23: «Aunque ande por este valle de muerte y oscuridad, nada temeré, porque tú estarás conmigo. Tu “arti” y tus B-52 me infundirán aliento».[56]

La humedad crónica oxidaba las latas, las armas, los pasadores de seguridad de las granadas, los circuitos eléctricos. La mejor manera de evitar las picaduras de los insectos era empapar en repelente la ropa y las botas, pero la loción no abundaba. No había profiláctico que protegiera de las sanguijuelas: los hombres se ceñían los bajos del pantalón con gomas con cierres de acero, pero los repulsivos chupasangres se colaban igualmente y sus cabezas taladraban la piel más de medio centímetro antes de que el dolor se empezara a notar. En la parada nocturna los eliminaban con un cigarrillo encendido.

Las trampas explosivas se detectaban mejor a primera hora, cuando los soldados estaban descansados. El sargento Mike Sutton estaba vadeando una marisma, con el agua hasta el muslo, cuando entre un montón de bambú cortado se dio cuenta de que había chocado con un cable detonador; nunca pudo olvidar los segundos de sudor frío en los que dio pasos atrás... y vivió para contarlo.[57] La hora más peligrosa era la de la caída de la noche, cuando los hombres iban sucios, hambrientos, hartos de picaduras, cansados de trepar montes y atravesar ciénagas. En tales momentos era conveniente cambiar al punta, para que la vigilancia no menguara. Una advertencia de peligro desaforada solía significar —por lo general, demasiado tarde— que un soldado había oído activarse una mina y el pelotón debía lanzarse a tierra en busca de refugio. Los enfrentamientos los iniciaba casi siempre el enemigo, con una ráfaga de disparos o una lluvia de *chicoms* —granadas—[*] que mataban a uno, dos, tres estadounidenses antes de que pudieran responder. El teniente Frank Boccia comparó lo que solía suceder a continuación no con un combate de boxeo, sino más bien con «un intercambio de golpes en una fosa de alquitrán, con los ojos vendados». En palabras de un infante de Marina: «Por cansado y aburrido que resultara combatir contra el agotamiento y el calor, basta con un grito, o alguien que se mueve demasiado deprisa, y de pronto nunca te has sentido tan alerta, tan vivo. La nariz, el oído, los ojos, de pronto todo funciona mejor que nunca. Es un puro subidón».[58]

La potencia de fuego de los estadounidenses era abrumadora, pero esto servía de poco a unos infantes que se enfrentaban a un enemigo casi invisible en paisajes con muy poca visibilidad. Según David Rogers: «Nos parecía una situación igualada. Los B-52 no resolverán el problema cuando estás inmovilizado; nunca me pareció que tuviéramos una superioridad inmensa. Su [lanzagranadas] RPG era mejor que nuestro AcL (anticarro ligero). Su AK-47 era mejor que nuestro M-16».[59] En todo pelotón, ocupaba un lugar central la «cerda»: la ametralladora M-60, un arma excelente que lanzaba una cortina de fuego terrible, a costa de ser muy pesada (30 libras, unos 14 kilos, incluida la cinta) y tener una alimentación aún más pesada. Algunos hombres llevaban M-79 (apodados *Thumper*, por el golpetazo que daban): lanzagranadas que parecían escopetas recortadas y disparaban proyectiles de 40 milímetros. Las M-79 y los cohetes AcL de 66 milímetros daban un apoyo inmediato y práctico. Rogers contaba que, en un tiroteo, «a veces disparábamos un AcL tan solo por el ruido»; el *pam* era tan intenso que reforzaba la moral. En ocasiones se utilizaban también granadas de gas lacrimógeno, para que el enemigo desalojara posiciones que se resistía a abandonar o para comprobar si había alguien dentro de un sistema de túneles recién descubierto.

Los soldados quedaban impresionados por sus propios ataques aéreos y el apoyo de los proyectiles de 105 milímetros. «Con tan solo decir unas pocas palabras por el *walkie*, hice auténticas proezas de destrucción», decía un oficial, maravillado.[60] Los artilleros, situados a quizá unos diez kilómetros de distancia, lanzaban un proyectil de humo para marcar el lugar al que apuntaban y esperaban a que el observador avanzado (OA) que acompañaba a una sección, o el comandante de la compañía, ajustaran el fuego. He aquí por qué los soldados podían disculpar muchas deficiencias de sus oficiales, pero nunca que leyeran mal los mapas, porque en tal caso el «fuego amigo» podía matarlos. Los OA dirigían a los aviones en una ruta que atravesaba el frente, porque si atacaban por detrás, un proyectil corto golpearía a los propios estadounidenses. Walt Boomer dijo: «El napalm nos encantaba. No sé lo eficaz que sería, pero sin duda te mejoraba el estado de ánimo». Desde el aire se lanzó un volumen ingente de explosivos contra territorios deshabitados. Cuando Andy Finlayson encabezó una patrulla que

un helicóptero había llevado a la jungla para investigar el impacto de un ataque con B-52, hallaron la devastación habitual, pero también pruebas de que muchos hombres habían atravesado la zona poco antes; sin embargo, los únicos charcos de sangre parecían pertenecer a un elefante o un búfalo.[61]

En un tiroteo, muchos infantes —si los fusiles les funcionaban— no podían resistirse a disparar contra la espesura como si fuera el Cuatro de Julio, en un *rock'n'roll* automático y desatado. El OA Bill Hardwick escribió: «La escasez de disciplina en el uso de las armas era endémica. A veces simplemente sentaba bien ... soltar unas pocas balas de más ... era el signo de un aficionado. El enemigo, por lo general, tenía una disciplina de fuego excelente».[62] Esto obedecía en parte a que los VC llevaban relativamente poca munición (a veces, no más de dos cargadores) y esto, en un tiroteo prolongado, podía acabar dando la ventaja a los estadounidenses o los survietnamitas. El capitán Joe Tenney se lamentaba de que en su propia compañía, muchos no se molestaban ni en fingir que apuntaban: «Una vez vi que un soldado enemigo pasaba por la zona letal de una emboscada sin resultar herido siquiera, a pesar de que había nueve hombres disparándole».[63] En cuanto al fuego entrante, Tim O'Brien describió «el golpe seco de una bala, como un puño; la forma en que quita el aire y te hace toser; el sonido del disparo, que te llegaba como diez años después; y el sentimiento de mareo, tu propio olor, las cosas que piensas y dices y haces justo después, la forma en que tus ojos enfocan un diminuto guijarro blanco o una brizna de hierba y empiezas a pensar: "Ay, tío, es lo último que veré, *ese* guijarro, *esa* brizna de hierba; y te entran ganas de llorar».

La frase menos unívoca del vocabulario de cualquier infante es la expresión «quedar inmovilizado». Puede significar que un pelotón, una sección, una compañía han quedado atrapados por un fuego enemigo tan intenso que avanzar sería un suicidio. Más a menudo, significa que aquel día nadie se siente lo bastante heroico para aspirar a una Medalla de Honor, y parece más inteligente quedarse echado y solicitar el apoyo del aire o la «arti»; por eso Vietnam fue, en buena medida, una guerra de operadores de radio. Los tiroteos eran, en su mayoría, breves: en uno que duró tan solo treinta segundos, perdieron la vida o cayeron heridos quince de los treinta y

cinco marines de una patrulla.[64] Con frecuencia, un puñado de Vietcong disparaba sus armas durante un minuto o dos y acto seguido se retiraban, antes de que la artillería pudiera atacarlos. Según Vince Felletter: «Ellos podían concluir un tiroteo con mucha más facilidad que nosotros».

A los líderes más jóvenes les resultaba difícil imponer el control en la espesura, donde los signos manuales no se veían y los gritos resultaban inaudibles entre la cacofonía de la explosión de granadas, los disparos automáticos y los chillidos de miedo y dolor. Algunos comandantes de batallón dirigían sus unidades desde Huey que sobrevolaban la zona, una práctica que no causaba buena impresión en la tropa. El coronel y el oficial de operaciones del capitán Ken Moorefield podían hallarse a mil pies de altura; el comandante de la brigada, a quince mil; el comandante de la división, a veinticinco mil; «y juro por Dios que una vez estuve en una batalla en la que el comandante de todas las fuerzas estadounidenses estaba a treinta y cinco mil pies ... Desde el punto de vista de los infantes que están ahí abajo sudando como puercos, enfrentados al plomo ardiente casi a quemarropa, resulta muy difícil respetar o identificarse con unos jefes que están sentados por encima de las nubes, con el uniforme almidonado».[65]

Los comandantes de las compañías se enfurecían cuando los oficiales superiores intentaban controlar todos los detalles de un tiroteo. Vince Felletter contaba: «Tuve algún que otro tira y afloja con el comandante de mi batallón, cuando le dije que no se volviera a meter en la puta red hasta que el enfrentamiento no acabara. Perdí los nervios un poco ... y eso trajo algunos problemas». Llama la atención cuántas novelas y memorias —entre las que sobresale *Matterhorn,* de Karl Marlantes— no solo no muestran respeto por los mandos superiores, sino puro desprecio, cuando no odio.

Durante un enfrentamiento podía suceder de todo. Así, los fusileros de la sección de Charlie Shyab dispararon algunas balas sobre las cabezas de los que se rezagaban y ocultaban a propósito, hombres «que simplemente no estaban por la labor».[66] En todas las secciones había alguien así. Uno de los auxiliares médicos de la unidad de Shyab se negó a adentrarse en la espesura otra vez y buscó trabajo en la base. Cuando la compañía lo pasó mal en el monte de Chu Moor, los supervivientes comprobaron,

consternados, que su sargento —que les había parecido un tipo decente— «se asustó tanto que nos dejó plantados»: el suboficial desapareció para siempre, mientras se llevaba a un hombre herido a la retaguardia.[67]

Entre la infantería, todo el mundo llamaba *doc* al sanitario, conscientes de que, si resultaban heridos, aquella figura sería lo más parecido a un médico que los atendería hasta que la providencia decidiera si vivían o morían. En las misiones de reconocimiento, David Rogers llevaba el equipo médico en una bolsa de explosivos C-4: tabletas de sal, vendas, morfina, dos latas de albúmina, un gotero intravenoso y granadas de humo para pedir la ayuda de los helicópteros. En los días de campaña corrientes, lo reforzaba con un chaleco de cargadores de AK-47 lleno de ampollas de morfina y otros materiales. También llevaba tijeras colgadas de una anilla. Contaba: «Las heridas, en su mayoría, tenían un agujero pequeño de entrada y uno grande de salida. Hubo un tipo al que no pude encontrarle una herida: se le había metido metralla, y yo no tenía ni idea de qué hacer. Vivía cuando lo subimos al helicóptero, pero murió antes de llegar a Cu Chi». Para Fred Hillyard, que venía de West Point, era demasiado frecuente que los ataques perdieran impulso por dar prioridad a la evacuación de los heridos, una prioridad que se desvanecía en caso de fallecimiento. Este joven de veintiséis años hablaba de «la atracción emocional que te une a un herido y cómo eso cambia cuando es un MC [muerto en combate]. La luz del interior de un cuerpo es tan importante que, cuando esa luz se extingue, tu atención emocional se transforma por completo ... y entonces pasa a ser una carga logística».[68] Jim Williams dijo que, cuando la tropa interrumpía un ataque para llevar a un herido, «en parte era solo una excusa para abandonar el enfrentamiento, y eso nos estaba matando —literalmente— porque cuando pierdes la superioridad de fuego, pasa al enemigo y te quedas inmovilizado». Así que le dijo a su propia compañía: «Me da igual si es vuestra madre la que ha caído: la dejáis donde está y seguís adelante».[69]

Un oficial comunista se mostró escéptico sobre los soldados estadounidenses, por las razones de costumbre: «Llevaban demasiados lujos, demasiado peso, eran demasiado lentos. Los veíamos venir con mucha antelación».[70] Pese a todo, la habilidad del ENv para moverse por el campo no siempre era superior: los emboscados estadounidenses podían

estar al tanto de que el enemigo se acercaba por la misma clase de ruidos que ellos generaban: metal contra metal, los sonidos de una cantimplora, charlas descuidadas. Durante un tiroteo que dejó momentáneamente desconcertados a los estadounidenses, estos se animaron de nuevo cuando uno de los hombres empezó a insultar a los comunistas: «Al cabo de poco, todos estábamos riéndonos y gritándole al enemigo que viniera si se atrevía ... No sé si fue por la brutalidad de la descarga que lanzamos, o las risas, o las granadas, pero fuera por lo que fuese, el enemigo se marchó».[71]

Después de un combate letal, los hombres intentaban reunirse para rezar alguna oración breve por los camaradas caídos, aunque donde las bajas eran numerosas había que prescindir de aquel lujo. La práctica de mutilar al enemigo muerto estaba muy extendida. Un episodio de octubre de 1967 hizo avergonzarse a los medios de comunicación: un cámara de la CBS entregó a un soldado un cuchillo para que cortara la oreja de un comunista muerto, a beneficio de los espectadores. El cámara y el periodista huyeron del país antes de testificar en el consejo de guerra que se formó al soldado. Pese a todo, era bien sabido que los hombres cogían esa clase de «recuerdos». Cierto día, el oficial médico del batallón de Walt Boomer se llevó al capitán a un lado para advertirle de que la tropa estaba coleccionando orejas. Boomer los reunió a todos y dijo: «Como volváis a hacerlo os mato. ¿Qué dirían de esto vuestras madres?». Creía que los excesos solo podían frenarse con un liderazgo firme: «Empiezas por cortar orejas y puedes acabar en unas atrocidades terribles. My Lai pasó por el fracaso de los oficiales». Algunos hombres se contentaban con dejar un as de espadas sobre los cadáveres de los VC.

John McNamara escribió una carta horrorizado por las referencias constantes a la necesidad de emplear técnicas terroristas contra los terroristas: «Hace unos pocos años, era una idea marginal. Si los jefes actuales [de las fuerzas armadas estadounidenses] llegan a tomar ese camino alguna vez, ¡buena nos espera! Gente muy decente se está frustrando ... ¡Cuidado con la ira de los centuriones!».[72] Don Graham, que estaba con las tropas aéreas de la 1.ª división de caballería, se sintió

«realmente orgulloso» cuando vio que un coronel despachaba *ipso facto* al comandante de una compañía cuyos hombres habían prendido fuego gratuitamente a casas de civiles.[73]

Aunque la fe religiosa escaseaba —menos de una quinta parte de los hombres asistían a misa regularmente, y dos tercios no iban nunca—, la mayoría rezaba mucho. Durante la operación Swift, de septiembre de 1967, el capellán Vincent Capodanno consoló a un herido diciéndole: «Tranquilo, marine. Pronto llegará alguien para ayudarte. Dios está aquí hoy, con todos nosotros». El herido declaró luego que la presencia de Capodanno le había transmitido una paz extraordinaria. El capellán perdió la vida poco después; se lo condecoró con una Medalla de Honor póstuma y la Iglesia católica lo declaró «servidor de Dios». La simple presencia de Capodanno en la primera línea le valió el respeto de su rebaño, pero también hubo exageraciones. James May dejó constancia de que el sacerdote de su unidad intentaba demostrar la hermandad con los soldados diciendo obscenidades como: «¡Por favor, Dios mío, haz que las bombas caigan directamente sobre esos hijos de puta amarillos!».[74] A un capellán se lo fotografió con fusil y granadas; otro disfrutaba haciendo turnos manejando los cañones desde la puerta de los helicópteros.

Una unidad destacada en campaña solía detenerse muy avanzada la tarde, a ser posible en un terreno alto, con vistas. Los hombres acababan el día cubiertos de tierra rojiza y bañados de sudor; era todo un placer fregarse con arena en el agua de un río, si había alguno cerca. Walt Boomer obligaba a sus hombres a afeitarse —«quería que pensaran con la astucia de los animales, pero no que se convirtieran en animales»—, pero era infrecuente que los oficiales se atrevieran a imponer tal disciplina, en particular cuando la guerra se fue enredando y ensuciando.

Casi todas las noches había que atrincherarse. Cavar siempre resultaba odioso pero a menudo suponía la diferencia entre vivir y morir. Las buenas unidades abrían hoyos para dos hombres cada uno, de un metro de profundidad. Por debajo de una capa fina de arcilla era fácil encontrar rocas y raíces que complicaban la tarea y eran recibidas con maldiciones. Cuando llovía —algo muy habitual— bajaban riadas bíblicas que hundían las trincheras y desmontaban los entoldados improvisados con los ponchos,

desatando también una orgía de obscenidades. Después de cavar se cocinaba, por lo general en un horno casero: una lata de ración de campaña agujereada, para el fuego piezas pequeñas de explosivo C-4, cuyas llamas silbaban y lanzaban destellos blancos. El reparto de la comida conllevaba mercadeos y quejas: a todo el mundo le gustaba la fruta enlatada y el bizcocho de cuatro cuartos, pero a nadie le atraían los frijoles con jamón (salvo a Walt Boomer). Las raciones de campaña eran menos apreciadas que las de las patrullas de reconocimiento a gran distancia, pero estas no solían llegar a manos de las unidades de infantería. Había quien refinaba las recetas, dentro de las posibilidades: por ejemplo, separaba los ingredientes de una lata de carne con patatas, machacaba estas con sucedáneo de nata en polvo y cocinaba la carne y la salsa en la taza de la cantimplora. Preparaban café o cacao instantáneo, decorado con galletas saladas a las que habían echado queso fundido, una pizca de estragón o trocitos de *chips* de cebolla.[75]

Después de dos semanas de ruta, todo sabía a lo mismo y, a veces, ya les parecía una suerte tener algo que echarse a la boca: cuando el tiempo se complicaba demasiado, los vuelos de reabastecimiento —que incluían también el correo y quizá cerveza— se cancelaban. Así, la mayoría de las unidades pasaron hambre en un momento u otro, aunque ni de lejos rabiosamente canina como la de sus enemigos. El peligro más temible (en particular para las patrullas que se adentraban en territorio plenamente hostil) era quedarse sin pilas para la radio. Sin comunicaciones tampoco había apoyo de la artillería, ni rescate, ni quizá supervivencia. Casi todos los soldados fumaban, y la lata de accesorios de las raciones de campaña incluía cigarrillos, además de caramelos, hojas de afeitar, pasta y cepillo de dientes, lápiz y papel para escribir. Había pastillas por todas partes: se chupaban pastillas de sal, por ejemplo, y se purificaba el agua con Halizone, que le daba gusto de yodo, pero aún así no evitaba las diarreas, para lo que tomaban dos píldoras de Lomotil cuatro veces al día. Cada día ingerían también pastillas para la malaria, bajo la supervisión del sanitario, porque algunos hombres ansiaban tener fiebre para poder escapar de la selva. En 1967-1968, aunque el uso de drogas se incrementó, los problemas

abundaban más en la retaguardia: los oficiales y suboficiales todavía tenían la influencia suficiente para lograr que, en campaña, los hombres fueran limpios.

Por la noche, en las hamacas —o tendidos sobre las cajas aplastadas de las raciones de campaña, si había sido día de reabastecimiento—, algunos hombres leían periódicos viejos. Andy Finlayson devoraba las noticias sobre cualquier patrulla de observación que se había alejado de su base de artillería. Se empapó de libros de historia, ciencias políticas o antropología, y autores como Conrad, Hardy, Hemingway, Updike y el clásico japonés *La historia de Genji*.[76] Sin embargo, las historietas eran más populares. A veces, a Harold Bryan no le quedaba más remedio que leer la Biblia que su madre le había enviado, «cuando no podía encontrar ningún *Playboy*».[77] Los que no sabían leer, charlaban. David Rogers contaba: «Te ponías a pensar en los de casa: "¿qué están haciendo ahora?". Yo tenía un amigo, un sargento, al que le gustaban los juegos de palabras. Habíamos vivido muchas cosas juntos y nos sentíamos muy próximos». Tarde o temprano, toda conversación pasaba por la obsesión universal: el DEROS, siglas de la «fecha estimada de regreso de ultramar», que todo el mundo llevaba grabada a fuego, en especial cuando uno era un *apoco* y la fecha ya estaba próxima. La 101.ª división aerotransportada siempre entonaba la «Boonie-rat song»,[*] que empezaba diciendo: «Aterricé en este país / para dar un año de vida. / Como amigo, tengo solo el arma; / en mis oraciones, solo pido vivir». Algunos *apocos* llevaban, en campaña, un bastón de travesía especial, grabado con cuidado, que se usaba para ir descontando los días; otros se limitaban a tomar nota en calendarios u objetos de la artesanía tradicional. Sin embargo, se consideraba de mal augurio preguntar a un veterano cuánto tiempo llevaba en el país; ya te lo dirían ellos cuando les pareciera bien.

John Del Vecchio entendía que: «para muchos soldados, Vietnam era la depresión, la desesperanza, un valle del terror. En buena medida la angustia no venía del ENv, ni de la selva ... venía de que te separaban de la esposa y los amigos y la familia y te encontrabas fuera de todo control».[78] Algunos hombres escribían cartas, otros grababan cintas. Unos pocos tuvieron el mal gusto de incluir los ruidos de sus vidas, como los morteros y los *10-5* (los

cañones de 105 milímetros).[**] Así las cintas eran vívidas, desde luego, pero hacían palidecer de miedo a los desafortunados que las recibían. Cuando no había ninguna tarea inmediata, muchos soldados hacían el payaso. Tim O'Brien escribió: «La edad media en nuestra sección era de diecinueve o veinte años, y en consecuencia no era raro que las cosas adoptaran un ambiente curiosamente juguetón, como un acto deportivo en algún reformatorio exótico. La competición podía resultar letal, pero siempre estaba rodeada de una exuberancia infantil, montones de bromas y gansadas».[79] Algunos, ya fuera a propósito o porque no daban para más, llevaban ese ánimo al campo de batalla... y lo pagaban. Cierto chaval estaba «siempre jugando por ahí» hasta la mañana en que se puso a hacerlo fuera del perímetro de seguridad, activó una mina y perdió una pierna.

Durante las horas de oscuridad, la mayoría debía interrumpir el sueño para hacer un turno de guardia o —con peor suerte— salir a patrullar: había que caminar de puntillas por el miedo a pisar algo letal, esforzándose por no tropezar con una raíz de manglar o caerse del dique de un arrozal. Todo el mundo odiaba las patrullas nocturnas, sabedores de que a la hora de desplazarse en silencio les faltaba mucha experiencia, en especial en la estación seca, cuando cada ramita y cada hoja crujían bajo los pies incluso de los más acostumbrados a «caminar como fantasmas». En la oscuridad, los comunistas entraban con libertad en las aldeas y los poblados, pues sabían que era improbable que hallaran tropas de Estados Unidos o del Sur. Según Walt Boomer: «De noche no estábamos allí, el Vietcong, sí».

Lo más habitual era que los comandantes se contentaran con organizar una emboscada a cierta distancia, entre un centenar y un millar de metros. El sargento Jerry Ledoux dijo: «Yo siempre me quedaba despierto, y me asombraba porque tenía a chicos que te los encontrabas roncando cuando se suponía que estaban de guardia. Hay gente que simplemente no se enteró de que, oye, esto no es un juego, es una cosa de vida o muerte».[80] El capitán Joe Tenney era de la misma opinión: «Había demasiada gente que se dormía en las guardias, sin que los oficiales ni suboficiales los vigilaran».[81] Incluso si un pelotón que formaba una emboscada permanecía despierto, cuando el enemigo aparecía en gran número no era fácil decidir entre abrir fuego o guardar silencio. En algunas de estas ocasiones, Wayne Millar pasaba tanto

frío, y era tanta la humedad y el abatimiento, que se orinaba encima; en parte, por el alivio que representaba el propio líquido caliente; en parte, porque era muy peligroso ponerse en pie y hacerlo en otro lugar: abundaron los casos de hombres heridos por las balas de compañeros nerviosos. En la docena de enfrentamientos que vivió Miller durante sus ocho meses de campaña, nunca llegó a saber si sus disparos habían alcanzado a alguien; pero una noche estaba vigilando una mina Claymore en una emboscada cuando pasaron por allí tres enemigos. Le habían ordenado no hacer nada hasta que alguien abriera fuego. Los primeros disparos hicieron que los vietnamitas desandaran el camino y se detuvieran, momentáneamente, delante del escondite de Miller. Este activó el detonador de la Claymore y observó, con una mezcla de horror y fascinación, cómo aquellos cuerpos humanos se desintegraban ante sus propios ojos.[82]

Walt Boomer, que en 1967 estuvo al mando de una compañía, dijo: «Me di cuenta de que solo empecé a ser eficaz pasados varios meses. Pero en cuanto pasaba tal cosa, te retiraban». En sus últimas semanas —hacia el norte del país, cerca de la ZDm—, «nuestra misión era encontrar norvietnamitas. Era una vida bastante embrutecida. Siempre estábamos en marcha; una vez, durante cuarenta y cinco días, sin ducharnos nunca. Vivíamos como animales, pero tampoco conseguíamos gran cosa. El enemigo o nos encontraba como le iba bien o, algunas veces, nosotros los encontrábamos a ellos, y como nos iba bien; pero el soldado norvietnamita sabía que si venía de frente iba a morir. En aquel momento no nos dimos cuenta de que daba igual a cuántos matáramos: nunca sería suficiente».

4. Fusiles

En la espesura, la superioridad de la artillería estadounidense servía de poco. Allí lo que contaba era el arma personal de cada infante, y esto provocó una crisis de confianza en el ejército de Westmoreland. La nación tecnológicamente más avanzada del planeta, en efecto, pertrechaba a sus infantes con un fusil inferior al que manejaban la mayoría de los soldados de Hanói. La afirmación debe matizarse: en un campo de tiro, el fusil estadounidense era mucho mejor. Pero en las «Quimbambas» vietnamitas,

no. La virtud suprema del AK comunista era que permitía que un campesino de escasa formación militar lanzara disparos automáticos después de haber pasado, él y el arma, por arena, barro o agua, y a pesar de un mantenimiento tan insuficiente que habría inutilizado la mayoría de los M-16.

El AK-47 —el número responde al año de invención del prototipo— fue desarrollado por diseñadores rusos encabezados por el sargento Mijaíl Kaláshnikov, un veterano que en 1941 sirvió con los carros blindados del Ejército Rojo y, desde entonces, trabajó como especialista en armas menores. El arma se inspiraba en un cartucho intermedio, de 7,62 x 39 milímetros, concebido por los alemanes para la media distancia: entre cincuenta y doscientos metros. Kaláshnikov y sus colaboradores cogieron esta bala, relativamente ligera, y le construyeron un fusil de asalto de una sencillez casi inimaginable, cuyo mecanismo de disparo era deudor, en parte, del M-1 estadounidense. Era tan fiable porque solo disponía de ocho grandes piezas móviles, ajustadas con tanto margen que el polvo no le afectaba. El revestimiento cromado del cañón, la cámara de gas y el pistón aumentaron la durabilidad del arma. Como vicios solo había una tendencia a disparar ligeramente a la izquierda y un fuerte *clac* cuando se desplazaba la palanca de selección del modo.

El AK-47 era impreciso, pero eso carecía de importancia; permitía a las guerrillas disparar con intensidad, por lo general en modo semiautomático o en ráfagas cortas. Desde 1947 se ha producido cerca de un millón de ejemplares, en fábricas repartidas por todo el mundo comunista. El Kaláshnikov ha demostrado ser el arma de fuego más importante de la historia, la elección de los revolucionarios de Angola a Filipinas, reconocible de inmediato por el cargador en forma de banana. En 1963 los chinos empezaron a suministrar a Vietnam del Norte su variante Norinco-56, que acabó siendo la responsable de matar o herir a más soldados estadounidenses o survietnamitas que ninguna otra arma usada en aquel escenario bélico.

En los años de Corea, el ejército estadounidense contemplaba el AK con desdén, como un simple subfusil. El Pentágono rechazó una propuesta británica, en 1953, de pertrechar a la OTAN con un fusil de asalto ligero

parecido, de calibre .280; los norteamericanos prefirieron el M-14: su propio fusil semiautomático de largo alcance, que medía más de 1,1 metros y pesaba casi 5,5 kilos. En octubre de 1962, sin embargo, McNamara le escribió a Cyrus Vance, el secretario responsable del ejército: «He visto algunas pruebas ... que parecen indicar que, con el fusil M-14, estamos equipando a nuestras fuerzas con un arma ciertamente inferior, en potencia de tiro y eficacia en combate, al fusil de asalto con el que los soviéticos han equipado a sus propias fuerzas, y las de sus satélites en todo el mundo, desde 1950».[83]

El ejército estadounidense no disponía de nada, en su reserva, con lo que responder a esta petición de una nueva arma. Así que se dirigió a Colt, fabricante de un fusil de pequeño calibre conocido como AR-15 (o ArmaLite). En origen se había creado en un taller del garaje que George Sullivan tenía en Hollywood. Este ingeniero aeronáutico, empleado en Lockheed y fascinado por las armas menores, contrató a Eugene Stoner, un antiguo marine con experiencia en explosivos, y lo situó en cabeza de un grupo de diseño. Fairchild Aviation compró su compañía, que produjo varias armas que nunca alcanzaron la producción masiva pero despertaron el interés de las fuerzas armadas. El AR-15 de Stoner se transformó en un arma práctica, de 5,56 milímetros, que pesaba 2,88 kilos descargada, medía 99 centímetros e iba recubierta de plástico negro. En 1959 Fairchild vendió ArmaLite a Colt, que empezó a promocionar el AR-15 que fabricaba en la planta de Hartford (Connecticut).

Las primeras pruebas del AR-15 en campaña, en Vietnam, generaron entusiasmo, en especial por su precisión y ligereza; pero había preocupación porque la bala de alta velocidad del ArmaLite tendía a hacerse añicos con el impacto, creando un efecto multiplicador, de bala expansiva, que posiblemente violaría el derecho internacional. Hubo experimentos secretos —y macabros— en los terrenos de pruebas del ejército en Aberdeen (Maryland), con gatos de angora vivos, cabezas humanas y miembros amputados traídos de la India. Concluyeron con la buena noticia de que el AR-15 causaba más daño craneal que el AK-47 o el M-14. En enero de 1963, Earle Wheeler informó de que la nueva arma era netamente superior al Kaláshnikov y, aunque admitió algunas reservas

sobre su fiabilidad, afirmó que se podrían «corregir con prontitud».[84] En diciembre, el Pentágono hizo una primera gran compra de 104.000 fusiles —ya con la designación de M-16—, aunque persistían dudas sobre su distribución general, ya que los marines querían un modelo distinto con el mismo origen: el Stoner 63.

En 1965, el M-16 seguía en pruebas y las reacciones no eran uniformes. El teniente coronel Hal Moore lo reseñó con entusiasmo después de que el 1.º Batallón del 7.º Regimiento lo usara en la batalla del valle de Ia Drang, y esto convenció a Westmoreland de su utilidad. Entre tanto, Colt cabildeó en el Capitolio, aprovechando informaciones según las cuales los soldados creían estar combatiendo en inferioridad de condiciones, al enfrentarse al AK-47 con los viejos M-14. El influyente senador Richard Russell telefoneó a McNamara el 7 de diciembre y dijo, con laconismo: «Compre 100.000 fusiles hoy o acudo a la prensa con esta historia». Se firmaron contratos. En 1963 Colt había anunciado números rojos, pero con el M-16 el negocio estuvo otra vez en auge: la nueva arma vendería ocho millones de ejemplares.

Pero el reparto general en campaña se inició justo cuando se constataba que había defectos de diseño graves. La insistencia del ejército en disponer de un fusil de largo alcance, eficaz a quinientos metros, exigía mucho a las partes activas de un arma automática ligera, en especial cuando el cartucho se llenaba con la pólvora conocida como Ball Powder, que causaba detonaciones superenérgicas que atascaban el cañón. *The Shooting Times*, una biblia de los civiles entusiastas de las armas, experimentó fallos repetidos con un M-16 de prueba; la valoración que publicó daba por sentado que se corregirían antes de distribuirlos entre las fuerzas armadas, pero no fue así. C. J. Chivers, historiador de las armas de fuego, ha escrito: «El ejército y Colt habían puesto un prototipo en producción masiva y lo empezaron a ajustar mientras fallaba en manos de las tropas».[85]

A lo largo de 1966, los soldados que combatían en Vietnam sufrieron problemas constantes con las nuevas armas, que en condiciones tropicales se corroían con rapidez. Era habitual que, después de disparar una bala, el cartucho vacío se encasquillara en la cámara. El soldado debía extraerlo insertando una vara por el cañón —si tenía la suerte de tenerla, y a veces

bajo el fuego enemigo—. Hubo una carestía crónica de equipos de limpieza, con lo cual muchos hombres tuvieron que recurrir a los cables de teléfono o a cuerdas de nailon. Hubo quien escribió a las familias para pedirles que se encargaran de comprar y enviar varillas de limpieza.[86] Los armeros pusieron a prueba dos mil unidades iniciales de los M-16 y 384 presentaron fallos de funcionamiento.

El auténtico escándalo del fusil empieza aquí. A puerta cerrada, el ejército de Estados Unidos sabía que se enfrentaba a una crisis: estaba pertrechando a sus infantes con una herramienta inadecuada para un combate letal. Durante varios meses, no obstante, intentó ocultarlo. Se culpó de los «problemas de rodaje» a los soldados, por limpiar las armas de forma chapucera. El coronel Richard Hallock, de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada del ejército, encabezó una campaña para ocultar las deficiencias del M-16, en particular ante el Congreso. La Agencia redactó un memorándum sobre el rifle, y Hallock le estampó el sello de «SECRETO. NO DIVULGAR». Se inició un encubrimiento institucional para asegurar que el despliegue del M-16 continuara sin interrupción. En febrero de 1967, los marines empezaron a recibir las armas en Vietnam. Cuando los usuarios protestaron por los encasquillamientos, los problemas se atribuyeron a la torpeza. En una conferencia de prensa celebrada en Danang, el teniente general Lew Walt insistió en que sus hombres estaban «felices al cien por cien» con el nuevo fusil. El MACV advirtió a sus oficiales de información que no debían admitir ningún error de funcionamiento de los M-16.

Sin embargo, los soldados y los marines comunicaban el enfado en las cartas que enviaban a casa. El 26 de marzo de 1967, el *Washington Daily News* fue el primero en recoger la noticia de que entre los infantes se extendía la convicción de que el viejo fusil de los comunistas era superior al nuevo de los estadounidenses. Empezaron a filtrarse noticias extraordinarias, de tiroteos en los que decenas de hombres tuvieron que ponerse a lidiar con sus propias armas encasquilladas. Un periódico local, el *Asbury Park Evening News*, citó a un marine que, después de un combate, había afirmado: «¿Sabes qué nos ha matado, a la mayoría? Nuestro propio fusil ... Prácticamente todos nuestros muertos aparecieron con el fusil al

lado, desmontado, porque habían estado intentando arreglarlo». Sin duda había aquí una parte de exageración, pero el Congreso comenzó a prestar atención al asunto. El 20 de mayo de 1967, un representante de Nueva Jersey envió el recorte del *Asbury Park* a McNamara, que en adelante no pudo afirmar que lo desconociera.

En esta época, los marines estaban librando las que se han dado en llamar «batallas de las Colinas», que costaron la vida a más de 150 estadounidenses; algunos, armados con fusiles que no disparaban. En julio, el 2.º Batallón del 3.º Regimiento de la infantería de Marina, que experimentaba dificultades continuas con los M-16, sufrió pérdidas terribles. El capitán Gerry Turley describió el cambio de armamento de su propio batallón como «un desastre ... Nos dijeron solo: “Poned los M-14 en ese montón, coged los M-16 de ese otro”. Las armas fallaban un 75 % más. Nos quejamos y se limitaron a encogerse de hombros: “Limpiadlas mejor”».[87] Cuando el batallón perdió a todos sus comandantes de compañía, cinco en total, algunos oficiales culparon directamente de la gran cantidad de bajas al nuevo fusil. Dijo Turley: «¿Te puedes imaginar el efecto sobre aquel batallón de infantería? El efecto moral fue absolutamente desastroso».

Michael Chernevak, un teniente de veintitrés años, escribió a casa para contar que, en un tiroteo, habían fallado cuarenta armas en la compañía en la que era oficial ejecutivo. Envió copias a su representante en el Congreso, a Bobby Kennedy y a varios periódicos; el *Washington Post* publicó la carta el 29 de octubre. El Cuerpo de Marines respondió sometiendo a una investigación no los problemas del fusil, sino la supuesta infracción del autor de la misiva: Chernevak fue reprendido formalmente. Sin embargo, un delegado de Colt en Asia, Kanemitsu Ito, escribió a su empleador para confirmar los defectos del producto. Ito había podido asistir en persona a una reunión con marines, que comparó con encontrarse con «una guarida de leones feroces e irritados». Para Ito, la mayoría de los hombres odiaban el nuevo fusil «y con razón». Colt respondió a esta comunicación privada, y a las acusaciones públicas, con un aluvión de mentiras. Se obstinaron en negarse a admitir que hubiera defecto alguno en el fusil. Avanzado 1967 un batallón de marines en campaña recibió los M-16 lanzados desde

helicópteros, sin ninguna clase de instrucción. Según Walt Boomer: «Aquello fue una pesadilla. En una emboscada fallaron la mitad de los fusiles. Siempre he sido un enamorado del Cuerpo de Marines, pero también le he tenido que atribuir estupideces».[88] Judd Kinne era de la misma opinión: «Siempre pensé que el M-14 era un arma mejor».[89]

El entusiasmo por el AK-47 de los rivales no era universal: un oficial survietnamita cuyos hombres probaron estas armas informó de que la mayoría terminó abandonándolas, alegando que era difícil cambiar los cargadores en movimiento, tendían a oxidarse y perdían eficacia rápidamente cuando se disparaba de forma repetida.[90] El ejército y los marines estadounidenses aprendieron a vivir con el M-16, y a luchar con él; se envió más material de limpieza. Al cabo de dos años se resolvieron algunas de las cuestiones identificadas en 1966: una versión modificada, con un nuevo amortiguador de retroceso y ánima cromada. Pero el hecho fundamental seguía siendo que mientras que el M-16 era un instrumento mucho más refinado que el Kaláshnikov, no era tan robusto. También es discutible si entregar a las tropas estadounidenses en Vietnam un fusil que exprimía un cartucho en tres segundos en el modo automático era lo más ventajoso para ellos. En aspectos significativos, la historia del M-16/AK-47 puede considerarse un paradigma de las dificultades militares que obstaculizaron el intento estadounidense de preservar Vietnam del Sur.

Como muchas personas poco sofisticadas, William Westmoreland disfrutó de recibir la atención pública, al menos hasta que el brillo de ese candelero destruyó su reputación. Un día en que el caudillo del MACV visitó la sección aérea de la 1.ª división de caballería, Don Graham viajó unas pocas horas con aquel gran hombre y sus tres asistentes. Le preguntó a uno de ellos: «Señor, exactamente, ¿qué hace para el general?». La respuesta fue: «Le llevo los uniformes bien planchados, para que no tenga mal aspecto cuando se encuentre con las tropas».[91] En noviembre de 1967, a petición de Lyndon Johnson, el general hizo una visita de máximo nivel para ayudar a tranquilizar los ánimos con respecto al futuro de la guerra.

En privado, la opinión de Westmoreland era muy distinta: exigía muchos, muchos más soldados. Pese a todo, cumplió con la tarea que su comandante en jefe deseaba. El *Washington Star* lo citaba literalmente en un reportaje del 7 de noviembre, titulado: «En el sentido militar, la guerra está prácticamente ganada». Bob Considine, del *Philadelphia Inquirer*, captó bien la intención del general cuando escribió: «Dejen de quejarse. Estamos ganando esta guerra asquerosa. No estamos, repito: *no estamos* en tablas».[92] El 21 de noviembre, en el National Press Club, Westmoreland dijo: «El enemigo no ha ganado ninguna batalla importante en más de un año ... Solo puede combatir con fuerzas numerosas en los márgenes de sus santuarios ... Su fuerza de guerrilleros está menguando a un ritmo constante. Sus hombres se están desmoralizando». Incluso James Reston, que se había mostrado escéptico durante mucho tiempo, creyó necesario tratar con respeto las frases de confianza de Westmoreland. Tras la aparición en el National Press Club, lealistas y patriotas de todo Estados Unidos manifestaron su apoyo al comandante en jefe y su general. Más que eso: denunciaron con una estridencia creciente a los críticos. En la convención de la federación sindical AFL-CIO, el 2 de diciembre, el secretario de Estado Dean Rusk comparó a los manifestantes contrarios a la guerra con las tropas de asalto de Hitler.

Pero el capitán John McNamara escribió en una carta: «Entre el Vietcong/ENv y yo existe un respeto sincero, mutuamente compartido ... Nos acercábamos a una situación alarmante, como la francesa: militarmente era indomable, [pero] la fragmentación política [también] era insoluble».[93] Don Graham se escribía con su madre, Kay, que era la propietaria del *Washington Post*. Más adelante dijo: «Entonces no veía claro qué había que hacer, y sigo sin verlo claro. Cuando volví a casa [en julio de 1968] di gracias a Dios por marcharme de allí, y no le habría recomendado a nadie que fuera a Vietnam. Podíamos pasar veinte años sin que se notara ninguna diferencia. El hecho central era que no podíamos encontrar al enemigo».[94] Graham contemplaba la guerra desde lo que podríamos calificar como un nivel privilegiadamente bajo, pero estaba en lo cierto.

Pham Phu Bang, oficial del ENv, quedó impresionado por los asaltos de los estadounidenses en la provincia de Tay Ninh, durante la operación Junction City, de agosto de 1967: «Venían una y otra vez, una y otra vez». Sus hombres se fueron quedando sin comida, suministros médicos, armas ni munición. Cuando se ordenó a la unidad de Bang que actuara como retaguardia en un bosque destrozado por los explosivos, mientras el resto de la división se retiraba, el norteño entendió que su última hora había llegado. Hora tras hora aguardaron allí, con las armas listas, esperando combatir y morir. Los estadounidenses, sin embargo, pasaron de largo. Poco a poco, sin atreverse a darle crédito, Bang y sus hombres se convencieron de que sobrevivirían para combatir otro día más; de hecho, muchos días más.[95]

Por mucho que los enemigos de los comunistas barrieran las zonas, las patrullaran o las asaltaran con bombardeos aéreos en operaciones de nombres cuidadosamente elegidos, la energía o el salvajismo de aquellos no pareció menguar gran cosa. En diciembre de 1967, tras ocupar la comunidad *montagnard* de Dak Son, en la Meseta Central, mataron a más de 250 de sus dos mil miembros para luego prender fuego al poblado.[96] Y en la Corte del Dragón, los generales de Vietnam del Norte hacían planes mucho más ambiciosos.

17

Los nuestros, los suyos: la guerra vietnamita

1. *SONG QUA NGAY*: CONTENTÉMONOS CON LLEGAR A MAÑANA

Doug Ramsey, antes de que lo capturaran, solía arriesgarse a dar una vuelta, en compañía de John Vann, en una camioneta descubierta de color amarillo brillante, llena de agujeros de bala, por el simple placer de contemplar el paisaje vietnamita. Escribió: «Cuando pasábamos un arrozal tras otro, fértiles y ya maduros, observábamos cómo los gruesos granos cambiaban de color —primero despacio, luego con rapidez— de la paja al azafrán del crepúsculo y el cobre bruñido de los arreboles. Habíamos gozado del aire fresco en movimiento, del panorama visual y auditivo, de los acres olores rurales, como si fuéramos chavalillos de ciudad de excursión en el campo por primera vez. De vez en cuando, nos deteníamos un minuto o dos en alguna aldea de tejas rojas o techados de paja, donde la gente se preparaba para la noche como habían estado haciendo, ellos y sus antecesores, durante cientos de años; por nuestra parte intentábamos olvidar por un rato los memorándums inertes y los cuerpos inertes y redescubrir qué cosa eran la cordura de la vida corriente, la cordura de la verdad y la belleza corrientes, la cordura de las personas corrientes».[1] Ramsey añadió, con pesar: «Sabía, por descontado, que todo aquello tendría que desaparecer del paisaje algún día —más pronto que tarde, probablemente—, sustituido por los accesorios del siglo XVIII, si no del XX. También sabía que mis imágenes románticas y melancólicas ocultaban la cruda realidad de un bregar extenuante, un deslomarse de por vida en condiciones casi de miseria, una superstición que frustraba los avances y una esperanza de vida muy corta en, probablemente, el 90 % de la población». Durante una década, la guerra duplicó el número de habitantes de las ciudades, hasta llegar al 40 % en 1970.

La vida es aquello a lo que uno se ha acostumbrado. Los jóvenes vietnamitas aceptaban el conflicto como su entorno natural, igual que los arrozales y palmerales. Nghien Khiem dijo sobre sus días de escuela: «Aprendimos a correr cuando oíamos un cohete y, por lo demás, a no preocuparnos gran cosa».[2] Pero la guerra determinó las trayectorias vitales de todos los vietnamitas, salvo los más privilegiados. Phan Tan Nguu deseaba aprovechar sus estudios universitarios de Química para trabajar en la industria farmacéutica. En el Vietnam del Sur de 1966, sin embargo, no vio más posibilidad que la de unirse a alguna rama de las fuerzas de seguridad, por lo que se incorporó a la sección de contraespionaje y antiterrorismo de la policía. En adelante siempre le quedó una sensación de pesar por la carrera perdida: «En el servicio me fue bien, pero los policías arrastran ese estigma...».[3] En cualquier lugar en el que las fuerzas armadas estadounidenses pudieran tener el control, los lugareños ganaban dólares, pero no sin pagar un precio: en noches sucesivas, los conductores de camiones de una unidad de artillería de campaña que corría hacia Qui Nhon mataron primero a una niña montañesa de seis años, luego golpearon a una anciana a las afueras de Kontum. Uno de los conductores se divirtió haciendo sonar su bocina ensordecedora detrás de un ciclista, que se desvió de la trayectoria y se enganchó un pie entre los radios, con consecuencias muy dolorosas. Otro conductor dijo más tarde, con la vergüenza de la madurez: «Así era como se portaban algunos estadounidenses».[4]

En las capitales enfrentadas se notaba la decadencia; en Hanói era muy marcada. A finales de la década de 1960, la austeridad de la vida comunista se agravó por la adopción del espíritu de la Revolución Cultural de Mao Zedong. Los niños asistían a guarderías estatales; se impuso una colectivización agrícola rigurosa; la propiedad privada se veía cada vez con peores ojos. Tales medidas se justificaban ante el pueblo de Ho Chi Minh apelando a los imperativos de la lucha por la unificación y a los crímenes de los imperialistas estadounidenses. A la Unión Soviética se le colocó la etiqueta explícita de «revisionista».

En Saigón, las condiciones reflejaban la inquietud por la guerra con la exclusión de casi todo lo demás, incluida la limpieza de las calles. En la década de 1930, el hipódromo saigonés de Phu Tho había sido casi tan

elegante como el parisino de Longchamps. A finales de los sesenta, no obstante, la tribuna roja y amarilla se derrumbaba; en el potrero mandaban las libélulas. De vez en cuando seguía celebrándose alguna sesión dominical, en la que yóqueis de treinta y cinco kilos montaban caballos a los que el calor les disgustaba tanto como a los infantes estadounidenses; pero facilitaban apuestas demenciales. En cambio habría sido apresurado apostar a qué bando de la guerra daba su apoyo incluso el espectador más ostentoso. Pensemos en el caso de Truong Nhu Tang, jefe de la Société Sucrière, que daba empleo a cinco mil personas. Se relacionaba con la sociedad de buen tono, poseía una residencia de playa en el Cap St. Jacques, pasaba las vacaciones en Dalat, jugaba al tenis y al juego de cartas de «los cuatro colores» en los mejores casinos... pero en secreto era uno de los cuadros principales del FLN.

Sobrevivió a una denuncia de 1965, y aún tuvo la fortuna de recuperar su gran despacho en la Société después de seis meses de cárcel. Sin embargo, dos años después lo traicionó Ba Tra, un cuadro que desertó, se asoció con el gobierno y luego fue asesinado por el Vietcong. Tang retrató con vivacidad la prisión de Saigón a la que lo enviaron: «La escena que se me presentó ... me causó un espanto y un temor tan terribles que me pareció que me había quedado sin alma. Tendidos por el suelo, en toda la longitud del pasillo, había personas engrilladas unas con otras por los tobillos. Muchos tenían la cara inflada y ensangrentada; aquí y allá se veían miembros que sobresalían en ángulos antinaturales. Algunos se retorcían agónicamente. Otros estaban tirados con la mirada perdida. La confusión de cuerpos emitía gemidos y voces de llanto. En el aire imperaba un lamento sordo y constante. El corazón latía desbocado. Un lado del pasillo estaba lleno de puertas que, al parecer, llevaban a las salas de interrogatorio. Desde detrás llegaban maldiciones y gritos de dolor espasmódicos».[5] Tang, que era un privilegiado desde el punto de vista de cualquiera de los bandos, y tenía acceso a mucho dinero, sufrió poco. Su esposa sobornó al interrogador principal con 6.000 dólares, para que no lo torturase. Más adelante pagó otros 5.000 dólares al presidente del tribunal que juzgó su causa —un

hombre que luego sería el asesor en jefe de Thieu en materia de seguridad —,[6] que lo condenó tan solo a dos años de cárcel; una vez cumplidos, Tang se reunió con sus camaradas del FLN, en la selva.

En la vida del Sur, los lazos familiares tenían tanta importancia, al menos, como la ideología. Frank Snepp, que tantos años trabajó para la CIA en Saigón, amaba y admiraba a los vietnamitas, pero no compartía la visión idealizada de Frances Fitzgerald: «Ella no escribía sobre el Vietnam con el que yo tenía que tratar. Yo no los veía vibrar con un intenso anticolonialismo. Parecían intensamente pragmáticos: Vietnam del Sur era una serie interminable de pactos». El jefe de la guerra psicológica del presidente Thieu alojaba en su casa a una cuñada que había dirigido una célula comunista en Hue. El jefe del Estado Mayor del ejército protegía a dos sobrinos de su esposa, cuyo padre era una figura comunista. Loan, hija de Tang, era buena amiga de Tuan-Anh, hija de Thieu: el presidente siguió recibiendo en su casa a la chica aun después de que se conociera que Tang era un traidor, e incluso —lo que habla bien de Thieu— acabó patrocinando los estudios de informática de Loan en Pensilvania.[7]

Aunque el país seguía conservando bellezas naturales sin igual, en buena parte estaba contaminado por la guerra, según demuestran por ejemplo los setenta y siete orfanatos y doscientos mil delincuentes infantiles. Algunos agricultores, hartos de ver cómo el paso de los vehículos militares destrozaba sus arrozales, abandonaron este cultivo e incrementaron el flujo migratorio a las ciudades. Sobre Saigón —y el extrarradio militar de Long Binh y Tan Son Nhut— colgaba siempre un manto químico. Casi todas las calles estaban llenas de baches, provocados por el descuido, los excesos del clima y el tráfico, que desde 1967 se incrementó por una inundación de ciclomotores Honda. Por todas partes había montones de escombros y cemento, tan omnipresentes como los obstáculos de seguridad, las alambradas y el humo negro vomitado por los camiones diésel.

A lo largo del río Saigón y los canales adyacentes habían crecido barrios de chabolas. Había artesanos por todos los lados, martilleando, atornillando y cosiendo en talleres al aire libre; todas las calles de la capital ofrecían su propia especialidad de productos diversos: una, artilugios de cocina; otra,

ventiladores eléctricos; aquí climatizadores; allá bicicletas, ropas, libros, cámaras, réplicas de uniformes militares para niños, salsa de pescado, sopas, verduras, frutos secos, naranjas, ranas y anguilas al ajillo, licor de arroz que se intentaba hacer pasar por whisky escocés o americano... También había chicas, en una cantidad prodigiosa, de una belleza considerable, con maquillajes excesivos y expresiones que iban de la absoluta falta de escrúpulos a la melancolía profunda. En Saigón quedaban algunas islas de romanticismo, pero predominaba la sordidez. Si uno la prefería a la monótona uniformidad del mundo socialista, ya era una cuestión de gusto ideológico.

La guerra se libraba en el campo. Los aldeanos solían transmitir a los combatientes del Vietcong mensajes como: «Para vosotros es fácil. Todo lo que tenéis son las armas y la mochila. Podéis ir a vivir donde queráis. Pero nosotros tenemos esposas, hijos, arroz, huertos y jardines que no podemos llevarnos a ninguna parte. Ya es bastante difícil conseguir que el búfalo nos siga. Así que tenemos que quedarnos aquí». Muchos adoptaron el lema fatalista *Song qua ngay*, que invitaba a contentarse con llegar al día de mañana. Un aspecto importante del éxito comunista fue el saber conectar con el núcleo de la sociedad rural, con más efectividad que el régimen de Saigón. Difundieron el rumor de que los programas de vacunación estadounidenses eran en realidad un castigo —por apoyar al Vietcong— que haría estériles a sus hijos. Un experto estadounidense en el control de plagas hizo caso omiso de la advertencia de que la venta de ratas para comer permitía a los campesinos completar los ingresos.

Una iniciativa estadounidense que pretendía mejorar las raciones de los soldados eliminó el *nuoc mam* —la salsa de pescado fermentado que enamora a los vietnamitas— y puso en su lugar soja importada de Corea —que les resultaba odiosa—. El «arroz milagroso» aumentó las cosechas, de modo que empezó siendo bien recibido por los agricultores; pronto, más de la mitad de la producción de Vietnam del Sur derivaba de esas variedades revolucionarias, que en broma se conocían como «arroz Honda» porque los beneficios permitían a los campesinos comprarse un ciclomotor. Por desgracia, los tipos «milagrosos» también exigían mucho fertilizante y

pesticida; más tarde, cuando la ayuda estadounidense menguó al tiempo que los precios del petróleo y los fertilizantes se disparaban, los arroceros survietnamitas lo pasaron mal.

Desde las zonas rurales, pocos consideraban al gobierno como una fuerza positiva; más bien lo veían como una entidad remota que les cobraba impuestos y se llevaba a los jóvenes. Los comunistas hacían lo mismo, pero eran más hábiles a la hora de presentar sus tributos bajo una luz benigna. Mientras que las tropas del ERVn saqueaban a voluntad la fruta y las aves de los campesinos, un preso estadounidense se admiraba por el respeto que el Vietcong mostraba con la propiedad comestible de los demás: «Nuestra ruta atravesaba un huerto de verduras. Pero como al parecer pertenecía a una unidad hermana, ninguno de los guardias cedió a la tentación de coger siquiera un puñado de hojas de col; y eso a pesar del hecho de que la mayoría no habían visto verduras frescas desde hacía más de un año».[8] El médico australiano Norman Wyndham escribió, cuando estaba en Vung Tau: «Los campesinos solo quieren una cosa: paz. No tienen nada que perder, así que no temen que ningún gobierno nuevo pueda quitarles nada».[9]

Creighton Abrams caracterizó a los jefes de distrito de Saigón como «tan incompetentes que asesinarlos sería contraproducente».[10] En el territorio rural de Vietnam del Sur, casi los únicos habitantes que tenían buena opinión de su gobierno eran una pequeña minoría que habían experimentado la vida en el Norte, como por ejemplo un anciano jefe de un poblado, Ngo Dinh Ho. En 1967 describió a un periodista británico como «el infierno en la Tierra» los diez años de juventud que pasó bajo el régimen comunista. Muchos de sus vecinos de la isla de Phu Quoc, en aguas del delta, eran también pescadores originarios del Estado comunista. «Esta tierra roja es muy buena —dijo Ho—. Tan solo con que pudiéramos librarnos del Vietcong, esto sería como el Paraíso, como un sueño de mujeres ... Me siento muy agradecido por la ayuda de los estadounidenses.»[11] Si hubiera habido más vietnamitas que hubiesen compartido las vivencias de Ho, quizá la guerra habría concluido de otro modo.

1967 fue un año duro para las fuerzas comunistas de Vietnam del Sur. Un soldado de la 3.ª división («Estrella amarilla») del ENv contaba cuán terribles eran las bajas que estaban sufriendo sus unidades: «Aunque iban al combate con fuerza y entusiasmo, cuando volvían, toda una compañía podía haber quedado reducida a entre cuatro y siete hombres sentados en torno de una única bandeja de arroz».[12] Después de recibir una paliza a manos de la sección aérea de la 1.ª división de caballería de Estados Unidos, «nuestros soldados no podían evitar sentirse asustados y confundidos». El mismo combatiente afirmó que, tras acabar una batalla, en el invierno de 1967, su propio batallón —«hecho trizas»— pasó de 240 hombres a treinta y ocho. Pero había que continuar con la lucha.

La presencia de las tropas estadounidenses, con su incremento radical, intensificó la presión que los guerrilleros sufrían en el delta del Mekong, donde el terreno, en general, era menos adecuado para las acciones del Vietcong que las colinas y la selva de más al norte; no se podían cavar túneles. El FLN se esforzaba por mantener el dominio, en parte retomando los asesinatos de los supuestos simpatizantes del gobierno, con actos que a veces se antojaban desesperados. Las patrullas navales y fluviales de los estadounidenses lograron cortar casi del todo el abastecimiento de los comunistas por vía marítima, con barcos venidos del Norte, un recurso que desde 1963 había tenido un papel crucial en la campaña.

Desde entonces, el norte y la Meseta Central, donde era más fácil acceder desde la Ruta de Ho Chi Minh, serían el emplazamiento preferido por los comunistas como grandes campos de batalla. Las extensiones deshabitadas de Vietnam eran tan vastas que, pese al refinamiento de la tecnología de vigilancia estadounidense, podían mantener campamentos base permanentes. Andy Finlayson describió uno que su patrulla de largo alcance encontró cerca de la frontera con Laos, oculto por un dosel arbóreo de treinta metros de altura, y protegido por una valla de bambú, zonas de estacas afiladas y búnkeres: «A cada extremo del poblado fortificado había una torre de guardia levantada sobre postes de tres metros. Conté ocho cabañas de buena construcción, lo bastante grandes para albergar un pelotón

de soldados enemigos. Había un corral grande, con cerdos; una cabaña usada como cocina; una tarima techada; y un edificio de dos plantas, muy grande, hecho de tablones industriales, bambú y paja, con un balcón. Quedamos asombrados por las dimensiones y la complejidad del campamento».[13]

En diversos lugares más o menos parecidos —entre 1966 y 1973, lo trasladaron de forma periódica—, Doug Ramsey y un puñado de presos estadounidenses disfrutaron de la infrecuente oportunidad de estudiar bien a los combatientes comunistas. Ramsey escribió: «Los mejores hombres del Vietcong y el ENv ... adolecían ante todo de los defectos de la exuberancia juvenil, la arrogancia doctrinaria y el desconocimiento absoluto de Occidente».[14] Los estadounidenses discernían la misma mezcla en todos los grupos humanos. «Había bellas personas, verdaderamente bellas, y sadomasoquistas pasados de rosca. Unos eran como ratones de biblioteca, altos y larguiruchos; otros eran la estrella de la universidad. Los había bocazas y los había tímidos; urbanitas refinados y paletos de campo; intelectuales esnobs y gente inteligente con interés por descubrir la verdad ... Me sentía más seguro en manos del Vietcong de lo que creo que me habría sentido en custodia de ciertos grupos hostiles de la izquierda radical. Se podría haber afirmado que nosotros éramos más violentos que los vietnamitas.»[15]

Sus captores mostraban una amabilidad admirable con los niños, una crueldad indecible con los animales: los visitantes occidentales del zoo de Saigón llamaron la atención sobre el entusiasmo con que el público alimentaba a las serpientes con patitos vivos. Ramsey, como muchos estadounidenses, veía diferencias en la actitud hacia el adoctrinamiento: los norteños se habían acostumbrado y lo recibían con buenos ojos, mientras que la mayoría de los meridionales se limitaban a los deseos de expulsar a los extranjeros y dar una vida mejor a los campesinos. Bob Destatte, interrogador de prisioneros de guerra, se mostró de acuerdo en que la ideología era muy secundaria, en comparación con el odio a la influencia extranjera: «Incluso muchos miembros del Partido se habían inscrito tan solo porque era lo más práctico». En su mayoría, los guerrilleros que Doug Ramsey conoció contaban entre veinticinco y cuarenta años; por lo tanto,

eran combatientes mucho más expertos que los soldados estadounidenses. Se encogían de hombros y afirmaban, en tono fatalista: *Thoi ke me no? Bao nhieu thi bao; cu danh giac hoai vay thoi*! («Diablos, y nosotros ¿¡qué podemos hacer!? Podemos hablar hasta ponernos morados, pero habrá que seguir luchando»).[16] Muchos ansiaban que se diera un paso decisivo —que hubiera un enfrentamiento a gran escala, por peligroso que fuera—, lo que no contribuye poco a explicar el entusiasmo con el que participaron en la ofensiva del Tet, en 1968.

El diario de una joven médica, que realizaba su labor en los montes de la provincia de Quang Ngai, nos permite acceder con vivacidad a la mente de una revolucionaria ferviente. A diferencia de muchas otras narraciones comunistas, esta ni se censuró en su momento ni se retocó *a posteriori*. Dang Thuy Tram, hija de un destacado cirujano de Hanói, contaba veinticuatro años en 1967, cuando emprendió una marcha de diez semanas para bajar hacia un hospital de campaña del Vietcong. Las dos pasiones rectoras de su vida fueron un amor no correspondido por un oficial del ENv, al que conocía desde la adolescencia, y el odio a los «bandidos» estadounidenses. Dejó constancia de su anhelo de ingresar en el Partido y la tristeza por el hecho de que su origen familiar supuestamente «intelectual» amenazaba con frustrar su ambición. «¿Por qué colman de pinchos y espinas el camino de un burgués? —se lamentaba—. No importa cuánto esfuerzo hayas demostrado con tus logros ... sigues estando por debajo de una persona de clase trabajadora que a duras penas empieza a comprender los ideales del Partido.»[17] Cuando por fin obtuvo la codiciada insignia, se sintió muy feliz.

Tram lloraba a menudo por las muertes de los VC a los que atendía: «Un camarada cae hoy, mañana otro. ¿Terminarán algún día estos padecimientos? Montones de carne y huesos siguen acumulándose en una montaña de odio que cada día se alza más alta en nuestro corazón ... ¿Cuándo podremos expulsar de nuestra madre patria a toda esa chusma sanguinaria? ... Si algún día terminamos viviendo entre las flores fragantes del socialismo, deberíamos recordar para siempre esta escena de hoy, recordar el sacrificio de todos los que han vertido sangre por la causa común».[18] Aunque tales frases parecen copiadas literalmente del repertorio

de tópicos de la propaganda, el alma de la joven las sentía en plenitud. Cuando un camarada le declaró su amor, ella respondió con severidad: «Mi corazón ha expulsado todos los sueños privados para centrarme en mis deberes».[19] «¿Acaso una podría sentirse más orgullosa que de formar parte de esta familia de revolucionarios?», se preguntaba otro día.[20] Uno de sus jóvenes camaradas, un tal Luc, era sensible a la belleza natural y se complacía en cantar en el campamento:

> «¡Qué hermosos, el monte y el río!
> Cuando la luna ilumina las colinas, las nubes vuelan por debajo de sus pies».

Pero al mismo tiempo Luc vestía una bufanda roja en la que había bordado: «Juro con toda firmeza sacrificarme por la supervivencia de la nación», y era la bufanda que llevaba cuando murió atacando el centro del distrito de Duc Pho.[21]

El fervor de revolucionarios tan comprometidos como Luc y Tram impresionó a algunos estadounidenses. Jack Langguth, un periodista que cubría la guerra para el *New York Times*, escribió en el libro subsiguiente: «Los líderes de Vietnam del Norte ... merecían ganar. Los líderes de Vietnam del Sur ... merecían perder».[22] Este punto de vista, extendido entre los corresponsales, se explicaba en parte por la vivencia diaria de las crueldades y pifias del régimen de Saigón y sus mentores estadounidenses; los comunistas también las cometían, pero las ocultaban. Es habitual que los ciudadanos de las democracias liberales modernas —un gran número de los cuales ejerce el privilegio de la libertad para preocuparse más por la suerte de un equipo deportivo que por la política— queden impresionados por los fanáticos de otras culturas. Pero los movimientos menos humanos de la historia han inspirado —y, por lo tanto, pervertido— a jóvenes hombres y mujeres a sacrificarlo todo en su nombre. No es de extrañar que, en Vietnam, los extranjeros comparasen favorablemente la entrega de los comunistas con la corrupción y el letargo del régimen de Saigón. Pero se trataba tan solo de la mitad de la historia.

El éxito de Hanói en la competición global de la propaganda se basó en parte en una política de *omertà*: silencio. Se censuró la opresión del propio pueblo y el fracaso de sus medidas económicas. No existían imágenes de

sus crímenes de guerra. Solo a los simpatizantes extranjeros con carnet comunista se les permitía echar un vistazo muy general del escenario. El escritor francés Jean Lacouture —uno de los principales apologetas coetáneos de Ho Chi Minh— admitió apesadumbrado a un periódico de Milán, en una entrevista muy posterior: «En lo que respecta a Vietnam, a veces me comporté más como un militante que como un periodista. Disimulé determinados aspectos del Norte en guerra ... porque creía que la causa ... era tan buena y justa que yo no debía divulgar sus errores. Me parecía inoportuno exponer la naturaleza estalinista del régimen norvietnamita».[23]

Por criterios de propaganda, las publicaciones y emisiones estatales norvietnamitas excluyeron todas las noticias que se consideraban favorables para la lucha nacional. Así, la locutora conocida como *Hanoi Hannah* («Ana de Hanói») no hizo ninguna referencia a la guerra de 1967 en el Próximo Oriente, ni a la invasión rusa de Checoslovaquia, en 1968, ni al aterrizaje de una nave estadounidense en la Luna, en 1969. El preso Doug Ramsey recordaba el disgusto que le causaba una historieta comunista de la serie «Auténticos héroes de guerra» que ensalzaba las virtudes de una terrorista suicida. Odiaba asimismo las incesantes canciones bélicas de Radio Hanói, «que daban miedo por su evidente simpatía y preferencia por las vías violentas, la estrechez de miras, sus estridencias y la tendencia a encontrar tan solo figuras heroicas o malvadas tanto en Washington como en Vietnam». La canción de marcha del FLN acabó por agotarlo:

> ¡Liberad el Sur!
> Estamos decididos a marchar como sea
> para matar a los imperialistas estadounidenses
> y aplastar y destruir a sus lacayos, que venden nuestro país.

Pero *El dolor de la guerra* —la excelente novela autobiográfica de Bao Ninh— ayuda a desmentir la idea de que los soldados comunistas eran autómatas a los que se les había lavado el cerebro. Ninh (de nombre real, Hoang Au Phuong) nació en 1952 y pasó cuatro años en el Sur como infante del ENv. Su relato, que es conmovedor, muestra a hombres impulsados por fuerzas muy similares a las de sus enemigos estadounidenses: camaradería, deseo de sobrevivir, pesar por la constante

pérdida de amigos, obsesión por una chica que ha quedado atrás... En un pasaje, el *alter ego* del autor, el joven oficial Kien, debe esforzarse por resistir los intentos de acercamiento de un joven camarada: «Odiaba toda confidencia ... Diablos, si todos los miembros del regimiento acudían a él con sus problemas personales, después de aquellos tiroteos horribles, se sentiría como si se estuviera arrojando por una catarata».

Kien da apoyo a la lucha del Norte, pero frunce las cejas con cinismo ante la realidad de que la carga principal la soportaban chavales del campo a los que no se daba voz alguna en las decisiones sobre su propia vida y muerte. Él mismo —un privilegiado, para lo común en su sociedad, pues había recibido una formación exquisita— amaba a aquellos «combatientes sencillos, campesinos amables cuyas cualidades extraordinarias habían creado una fuerza de combate casi invencible». Los infantes que, en el otro bando, fumaban hierba, también hallaron correspondencia entre los comunistas: Kien y sus hombres experimentaban secando y fumando las raíces y las flores blancas de la *Rosa canina* o escaramujo, que en la estación de las lluvias «perfumaban el aire, en especial de noche ... alimentando sueños eróticos obsesivos. Cuando nos despertábamos el perfume se había evaporado, pero nos quedaba una sensación de pasión latente, tan dolorosa como extática». Cuando fumaban las flores trituradas y las raíces mezcladas con tabaco, «después de unas caladas se sentían elevados, flotando en silencio como una voluta o el propio humo que el viento arrastra ... Podían decidir qué les gustaba soñar, o incluso fundir los sueños, como el que prepara un cóctel maravilloso. Las rosas se fumaban para olvidar el infierno diario de la vida de un soldado, el hambre, el sufrimiento; también para olvidar la muerte; y del todo, pero del todo, para olvidar el mañana».[24] La novela de Ninh se burla de las cansinas tandas de adoctrinamiento: «Política incesante. Política por la mañana, política por la tarde, política otra vez al caer la noche. “Nosotros ganábamos, el enemigo perdía. Estaba claro que el enemigo iba a perder. El Norte tendría ... una cosecha abundante. El pueblo se alzará y os dará la bienvenida. Los que no lo hagan, a esos sencillamente les falta conocimiento”».[25]

Los estadounidenses daban por sentado que recibían sus raciones cada día, pero los enemigos no. Los oficiales norvietnamitas bromeaban diciendo que «el mariscal de campo de nuestro ejército es el arroz». Uno de ellos, Pham Phu Bang, describió las conversaciones obsesivas que, en torno de la comida, mantenía con su buen amigo Thanh Giang. Mes tras mes, y con el tiempo, año tras año, también se contaban chistes —«sí: había chistes»— y se recitaban las supuestas aventuras de la vida amorosa pasada. Cuando Bang sufrió heridas terribles en un ataque aéreo, cerca de Tay Ninh, fue Giang quien lo llevó a rastras a la retaguardia, le cortó la ropa empapada de sangre, lo vistió con un traje de su propiedad. Solo más adelante Bang descubrió que era la ropa con la que su amigo se quería casar, un traje que había preservado inmaculado. Con el tiempo, Thanh Giang cobró fama como escritor, hasta el punto de que se lo calificó de «el Ernest Hemingway de Vietnam».[26]

El coronel Nguyen An era un cazador entusiasta, que abatía ciervos, si se cruzaban con alguno; de vez en cuando sus hombres se topaban con piezas mayores. «Cierta vez en que íbamos de marcha —escribió— corrió de pronto una noticia desde la cabeza de la columna: "¡Daos prisa! ¡Tenemos carne de elefante!".»[27] Todos los hombres apretaron el paso. Cuando An y su grupo llegaron al punto en el que se había dado muerte al elefante, descubrieron que los soldados habían hecho explotar una pequeña carga explosiva para abrirse paso en el cuarto trasero, porque la piel de aquella bestia era inmune a las cuchilladas. «Un hombre salía a rastras del vientre, llevando grandes tajadas de carne; los hombres se empujaban y golpeaban mutuamente mientras arrancaban carne de las costillas curvadas a la vez que otros se esforzaban por cortar filetes de la grupa. Las partes más deliciosas —el tronco y las cuatro patas— ya se las habían llevado. En tan solo unas horas solo quedaron piel y huesos.» Aquel hallazgo feliz quedó grabado en el recuerdo, e incluso en los mapas del ENv: con el nombre de «Campo del Elefante».

Pero hasta los norvietnamitas, a pesar del hambre, se negaban a comer según qué cosas. Bao Ninh cuenta la historia de su camarada Thinh «el Altivo», que un día abatió a un gran orangután y llamó al pelotón para que volvieran triunfalmente con él a la cabaña. «Pero ¡ay, Dios!, cuando lo

pelaron, el animal parecía una gorda de piel ulcerada, con los ojos entre blancos y grisáceos aún en movimiento. Todo el pelotón quedó horrorizado y se marchó de allí gritando, sin coger siquiera el equipo.»[28] No solo no se comieron al animal, sino que terminaron sepultándolo debajo de una lápida.

Por otro lado, el hambre no era la privación más grave de los comunistas. La naturaleza —con sus serpientes, escolopendras y otras criaturas venenosas— no amenazaba tan solo a los extranjeros, como a veces suponían los estadounidenses. En cuanto al clima, los vietnamitas tienen una cancioncilla triste, uno de cuyos versos reza: «La lluvia que cae del bananero, gota a gota, nos dice que ha llegado el otoño». Era increíble que los combatientes de uno u otro bando pudieran hallar reposo en la selva durante la estación húmeda, con la ropa siempre empapada y una cascada resbalándoles por la cara. «Pero —en palabras de Bang—, cuando habías recorrido treinta kilómetros aquel día, y probablemente otros treinta el día anterior, caías dormido en cuanto te parabas, con lluvia o sin ella.»[29]

Sufrían enfermedades para las que sus oficiales médicos tenían pocos remedios. Cierto día de 1967 un soldado raso del Norte se rindió a una unidad de Saigón. Sufría malaria aguda, de la que un médico norteño (por casualidad, un pariente) le había tratado en un campamento de Camboya. Este familiar le dijo que, si quería seguir con vida, debía unirse a los *chieu hoi* —es decir, desertar—, porque la estancia en la selva acabaría por matarlo. Fue admitido en un hospital de campaña norteamericano porque necesitaba una importante transfusión de sangre, que financiaban, con una generosa contribución de su propio bolsillo, veinte estadounidenses. Tras recobrar la salud, se unió a una compañía armada de propaganda gubernamental, y exclamó ante un amigo: «¡Larga vida a Thieu, Ky y los imperialistas de Estados Unidos!». Dijo que el único comunista que aún le entusiasmaba era el médico que le había aconsejado desertar.[30]

Las enfermedades crónicas —como la malaria y las derivadas de las avitaminosis— podían afectar también a los cuadros principales de la OCVnS. Truong Nhu Tang tuvo que estar dos meses tendido de espaldas, año tras año, de los seis que pasó en la selva, combatiendo la fiebre: «Casi todos los habitantes de la selva destacaban por la palidez ictérica y enfermiza». El ministro de Salud de Hanói se desplazó al sur para estudiar

formas de combatir la malaria y él mismo pereció a consecuencia de ella. Tanto en el Vietcong como en el ENv fueron incontables los que padecieron el debilitador sufrimiento de las hemorroides.

Si los infantes estadounidenses se sentían lejos de casa, para los soldados del Norte la experiencia era de un alejamiento casi absoluto: prácticamente no sabían nada de lo que ocurría en el mundo, más allá de su experiencia inmediata. Atravesar la Ruta de Ho Chi Minh siempre fue arriesgado, por mucho que en aquel momento ya hubiera tramos cubiertos por camiones. El coronel An, del ENv, describía así una escena, después de que lo llamaran de Hanói: «Cada noche, cientos de camiones y vehículos formaban una larga columna. Una vez, mientras conducíamos, toda la columna se detuvo de golpe y todos los vehículos apagaron las luces. Se oía el estruendo del paso de los aviones enemigos, y a cierta distancia, por delante de nosotros, veíamos bengalas en el cielo. Nos quedamos allí sentados, en espera, durante horas. Miré el reloj, preocupado, y vi que eran las cuatro de la madrugada; faltaba poco para el amanecer. Caminé hasta la punta de la columna, para ver qué estaba pasando. La noche estaba extrañamente silenciosa. Parecía que no había nada vivo en toda la zona y yo no oía nada más que el zumbido de los insectos nocturnos. Golpeé las puertas de las cabinas de varios camiones y pregunté en voz alta: “¿Hay alguien ahí?”, pero nadie me respondió. Escuché con atención un momento y oí roncar. Nuestro coche salió de la columna y adelantó la cabeza del convoy».[31] Poco después, An resultó herido de gravedad cuando un puente se hundió al paso de su vehículo, por lo que acabó llegando a Hanói vendado por todas partes. Otro coronel bromeó: «Después de tantos años en la Meseta Central, por fin te dan ocasión de ir a casa con tu esposa y los labios que planeabas usar para besarla están hinchados como globos. Y ahora ¿qué demonios vas a hacer?». A intervalos regulares, un cartero del ejército bajaba por la Ruta portando una saca de quizá cerca de veinte kilos de peso. Si alguna fracción sobrevivía a las bombas y el tiempo y llegaba a manos de los soldados, era casi un milagro. «Muy a menudo, la lluvia había hecho ilegibles las cartas —contaba un soldado, no sin añadir que, pese a todo, representaban una alegría—. En las buenas épocas, llegaba correo

quizá dos veces al año; con menos frecuencia cuando las cosas iban mal. Cuando alguien recibía una carta, nunca era personal: todo el pelotón se juntaba para escucharla leída en voz alta.»[32]

Las operaciones estadounidenses y survietnamitas obligaron a las unidades del ENv y el Vietcong a mudar de campamento a menudo y con rapidez. La joven doctora Dang Thuy Tram describió su pesar cuando la obligaron a abandonar su fortaleza de montaña. Con su intenso romanticismo, había aprendido a amar aquel hospital pequeño y primitivo: «Quizá nada es más triste que el espectáculo de una evacuación: las casas abandonadas, privadas de muebles, vacías de vida. Esta tarde, cuando vuelvo a la clínica desde el bosque, el enemigo no está lejos. Contemplo las casas encantadoras y el corazón se me colma de odio ... ¡Se ha puesto tanto sudor en colocar cada piedra y cada gavilla de paja! Si tenemos que marcharnos de este lugar, ¿cuándo podremos disfrutar otra vez de unas instalaciones de atención como estas?».[33] A primera hora del día siguiente, una larga columna de combatientes, porteadores y personal médico se puso en marcha, cargando a los enfermos y heridos en camillas, además de todos los suministros médicos que podían llevar. «Ascendemos el monte con dificultades, la cara empapada de sudor, sin atrevernos a detenernos a descansar. Estamos tan agotados que tengo que engatusar a algunos hombres para que vuelvan a buscar las tres últimas camillas. Kiem, un soldado herido con una pierna rota, va en la última de todas ... Llamo a una de las estudiantes, Ly —es muy joven— para que me ayude a llevarlo. Kiem es grande, pesa demasiado para nosotras dos, que solo ... podemos arrastrarlo un trecho corto.»[34] Encontró a dos guerrilleros que llevaron a Kiem hasta un escondite. Al día siguiente, Tram volvió la mirada hacia el otro lado de las montañas y sollozó: desde las ruinas del hospital se alzaba un humo espeso.

Durante toda la guerra, Estados Unidos y el régimen de Saigón dedicaron un esfuerzo ímprobo —y vano— a destruir el cuartel general del FLN, por lo general situado en algún grupo de cabañas a un lado u otro de la frontera con Camboya. Truong Nhu Tang, después de ser liberado de su encarcelamiento, describió una marcha de dos semanas a través del delta del Mekong, hasta llegar a la OCVnS, emplazada entonces en la plantación

de caucho de Mimot, que se extendía por ambos lados de la frontera, en una zona más conocida por el nombre de «el Anzuelo»: «El primer signo [de la OCVnS] era una barrera de madera, que cruzaba la senda, y un punto de control con un destacamento de unos diez guardias, desde el que se hacía venir a otros soldados en bicicleta para que condujeran a los recién llegados a una cabaña para invitados, una de las varias escondidas bajo la densa capa de las copas de los árboles».[35] El edificio del cuartel general también se asemejaba a una simple cabaña de campesinos: «Una vez allí veías el sistema de túneles y búnkeres que arrancaba del lugar. La OCVnS era —y siempre ha sido— personas antes que un lugar ... un grupo de líderes que ponía en práctica las directrices del politburó de Vietnam del Norte y coordinaba las operaciones del Partido y el FLN».

A las lumbreras urbanas del FLN —como el propio Tang— les resultó difícil adaptarse a vivir «como animales a los que se quiere cazar».[36] Sus posesiones se reducían a dos conjuntos de vestimenta negra, la ropa interior, una mosquitera y unos pocos metros cuadrados de plástico que servían de impermeable o para vivaquear. Los combatientes del Vietcong tenían las mismas propiedades, con la adición de las «tripas de elefante»: los largos tubos de algodón enrollado que, llenos de arroz, cargaban en bandolera cuando estaban de marcha. Contra el hambre incesante, plantaban verduras y mataban animales silvestres para suplementar su dieta insuficiente. Cuando se quedaban en un mismo lugar cierto tiempo, también criaban gallinas y cerdos, que cocinaban en los «hornos Hoang Cam», así bautizados por un comandante del Vietcong que ingenió una chimenea horizontal que evitaba las columnas de humo. En algún momento u otro, los jefes del FLN comieron elefante, tigre, perro salvaje o mono; Tang, criado con más delicadeza, no digería nada de esto con agrado. A diferencia del coronel An, Tang desdeñaba la carne de elefante, que calificó de «sustancia gomosa, dura como un zapato viejo».[37] Le gustaban más las grandes mariposas nocturnas de la selva, que apresaban revoloteando en torno de las luces y asaban a la barbacoa después de arrancarles las alas.

Tang estuvo entre los numerosos comunistas —y muchos infortunados campesinos de Vietnam, Camboya y Laos— cuya experiencia de la guerra quedó marcada por los repetidos ataques de los B-52 en el marco de la

operación Arc Light. La OCVnS y las unidades de la fuerza principal del ENv solían recibir aviso de su inminencia a través de los pesqueros de la inteligencia soviética que, desde las aguas de Guam y Okinawa, controlaban el despegue de los aviones estadounidenses; a su vez, el radar norvietnamita captaba las formaciones que se aproximaban desde Tailandia. Así pues, los cuadros principales tenían la oportunidad de coger un poco de arroz y algunas posesiones antes de huir, a pie o en bicicleta, de la zona seleccionada como blanco.

A veces, no obstante, los bombarderos —y el tormento de los explosivos— los atrapaban quisieran o no. Tang escribió: «Oías cómo el *bammmbammm-bammm*, que te conmocionaba, se iba acercando cada vez más, en línea directa hacia nuestras posiciones. Entonces, cuando el cataclismo estaba a punto de caernos encima, todo el mundo se abrazaba a la tierra; algunos lanzaban alaridos silenciosos, otros se esforzaban por suprimir los temblores violentos. A nuestro alrededor, el suelo experimentaba un terremoto que nos devoraba».[38] Pocos rezaban a Lenin o al «Tío Ho»; la mayoría dirigían sus oraciones a Buda.

«Desde una distancia de mil metros, el estampido sónico de la explosión destrozaba los tímpanos, dejaba a muchas víctimas sordas para siempre, algunos perdían el conocimiento por las ondas de choque. Una bomba a menos de quinientos metros hundía las paredes de un búnker reforzado y enterraba vivos a los que se refugiaban en su interior ... Las primeras veces que viví un ataque de B-52, las primeras de todas, me parecía estar atrapado en el Apocalipsis: el terror era absoluto. Uno perdía el control de las funciones corporales mientras la mente gritaba órdenes incomprensibles de salir del búnker.» En cierta ocasión hubo un bombardeo mientras una delegación soviética visitaba la OCVnS: los rusos se mostraron avergonzados porque se lo habían hecho todo encima. Tang escribió: «Nuestros invitados podían haberse ahorrado el sofocón: sus huéspedes estaban más que habituados a que les pasara lo mismo».

En ocasiones, cuando Tang y sus compañeros volvían a la OCVnS después de un ataque de la Arc Light, lo encontraban todo arrasado: «Era como si una guadaña colosal hubiera barrido la selva, segando como hierba las tecas y otros árboles enormes, que reducían a millones de astillas

dispersas. El complejo de cabañas estaba aniquilado: la comida, la ropa, los documentos, todo. De un modo asombroso, todo había dejado de existir ... los cráteres de las bombas eran gigantescos: de nueve o diez metros de diámetro y casi la misma profundidad. En la estación de las lluvias se llenaban de agua y entonces servían de estanque para los patos o los peces».

Sin embargo, este veterano de los cuadros comunistas observó también que, una vez que él y sus camaradas se acostumbraron a los bombardeos, el terror y la conmoción dejaron paso a «un fatalismo sumiso. De alguna manera, los B-52 situaban la vida en perspectiva. Muchos de los que sobrevivieron a un ataque hallaron que, desde aquel momento, lo veían todo desde una perspectiva más serena y filosófica. Esta lección no se olvidó y, en el futuro, en más de una ocasión, me ayudó a mí mismo a prepararme para la muerte».

3. Soldados de Saigón

Concluida la guerra, un general estadounidense escribió que el enigma principal era saber por qué «el enemigo parecía haber luchado mucho mejor que los survietnamitas».[39] Según Doug Ramsey: «Al comparar un oficial típico del ERVn con su homólogo del Vietcong —con una motivación muy pero que muy superior—, uno comprendía que el Sur tenía pocas probabilidades de éxito».[40] El Vietcong se mofaba afirmando que los únicos beneficiados por el régimen de Saigón eran los monjes, las putas, los estadounidenses y los generales.[41] Pese a todo, algunos survietnamitas creían apasionadamente en la causa, combatieron con dureza y apreciaban a los estadounidenses. El piloto Tran Hoi dijo: «Me asombraba su generosidad, en particular la de la fuerza aérea estadounidense. Nos daban todo lo que necesitábamos, hasta juguetes para nuestros hijos».[42]

Hoi voló en salidas de cobertura aérea y ataque a tierra, en un avión de hélice, un Douglas A-1 *Skyraider* armado con una combinación de cohetes de 2,75 pulgadas y bombas de 110 kilos, más un cañón de 20 milímetros. En los días de sol, la cabina y sus partes de metal ardían cuando era el momento de subir a bordo y encender el motor para despegar. En el aire, por el contrario, imperaba una frescura deliciosa: Hoi adoraba el simple

hecho de volar, a veces a muy baja altura (incluso cincuenta pies) durante muchas millas. Aseveraba que la labor cotidiana de bombardear no le inquietaba, porque tenía la seguridad de estar sirviendo en el bando correcto. Un día en que se le ordenó atacar un grupo de cabañas llamó a la base para comunicar que no veía enemigos, tan solo a un hombre paseando su perro. La radio le devolvió el mensaje de que los espías tenían la certeza de que los comunistas acababan de mudarse allí, y el controlador le instó a atacar sin más demora. Hoi lanzó el napalm con toda tranquilidad, pues «sabía que los comunistas eran muy arteros».[43]

Otro día se le ordenó, a él y su ala, atacar un gran junco que remontaba el estuario del Mekong. Identificaron el blanco con prontitud y detectaron que enarbolaba una bandera de Saigón. El controlador les indicó que no hicieran caso, que era una estratagema. Hoi viró, se lanzó en picado y disparó un par de cohetes que explotaron en el casco de la embarcación. De inmediato surgieron figuras vestidas de negro que empezaron a saltar por la borda. Hoi se volvió a lanzar en picado y disparó el cañón contra los supervivientes que chapoteaban por el agua marrón. El ala, sin embargo, pasó por el mismo lugar sin accionar el cañón. Era su primera misión de combate y exclamó, emocionado: «¡No puedo disparar! ¡Es demasiado cruel!». Hoi lo reprendió por radio mientras regresaban a la base: «Es nuestro trabajo. No lo hacemos por placer. Si no cambias de opinión, más te vale pedir que te trasladen». El joven compañero no vaciló más.

Como piloto de la fuerza aérea vietnamita, Tran Hoi era un privilegiado. La carga principal de la guerra, en efecto, recaía sobre los soldados, en su mayoría preocupados más que nada por la propia supervivencia. Cuando los asesores estadounidenses los exhortaban a mostrar más agresividad, los oficiales replicaban: «No, no posible. Mucho peligro».[44] El sargento Mike Sutton se encontró en una operación nocturna con un grupo de las Fuerzas Regionales cuyos hombres trasportaban gallinas vivas y cacharros que hacían ruido a cada paso. Cuando Sutton les pidió que prescindieran de los utensilios de cocina, el oficial adujo que necesitaban alimentos y útiles para prepararlos: «Por descontado, en realidad se trataba de hacer el ruido suficiente para asegurarse de que el Vietcong no se acercaba».[45] Preston Boyd, el sanitario de Sutton, era un siux armado con un subfusil K, de

fabricación sueca, que se complacía en manejar. Después de unos primeros enfrentamientos nocturnos en los que las Fuerzas Regionales se limitaron a soltar las armas y darse a la fuga, Boyd les dijo: «Como esta noche lo volváis a hacer, os disparo yo mismo».

Ahora bien, ¿a quién podía extrañar aquella conducta? Uno de los temas de la novela *Trampa 22*, de Joseph Heller, es que cada vez que un aviador cree que está a punto de concluir la tanda de misiones de combate que se le ha asignado, el oficial al mando, que está loco, aumenta la cuota. Los reclutas survietnamitas se enfrentaban a una variante peor: no había cuota; debían seguir combatiendo al lado de unos estadounidenses que por el contrario solo estaban obligados a cumplir doce meses. La máquina de instrucción saigonesa procesaba a 159.138 nuevos reclutas en 1966, pero 503.740 cuatro años después. La deserción era una constante y, como en todas las guerras, abundaba en particular entre quienes se enfrentaban a un peligro mayor: la infantería. Los desertores a los que se atrapaba de nuevo alegaban, en orden descendiente: añoranza del hogar, falta de voluntad de combatir, antipatía personal hacia un superior, imposibilidad de atender a la familia.[46] La soldada era infame, en todas las graduaciones: un soldado raso ganaba la mitad que un obrero civil; un solo proyectil de 105 milímetros costaba más que el sueldo mensual de un comandante. Entre 1964 y 1972, los precios de los productos de consumo se multiplicaron por nueve, y los del arroz, por doce; pero la soldada militar solo se duplicó. Según un teniente: «Nunca pensé en casarme, porque no podía saber cuándo me moriría y no quería hacer sufrir a mis seres queridos. Por esa misma razón, ninguna chica que pudiera elegir quería casarse con un militar».[47]

Los vietnamitas ricos podían cenar por ejemplo sopa de fideos con carne o cangrejo, pescado frito, bistec especiado, pato relleno y arroz, seguido de fruto de loto relleno de frutos secos. Los compatriotas menos privilegiados no solían morirse de hambre, pero quienes peor vivían eran los que servían al país en uniforme. Los soldados pasaban necesidad incluso en el cuartel, porque los oficiales robaban buena parte de sus raciones de arroz. Muchos reclutas hacían horas extraordinarias como taxistas, maestros u obreros de la construcción. Un asesor estadounidense descubrió que, cuando él estaba ausente, su chófer del ERVn alquilaba el todoterreno.

Tanto los soldados como los propios oficiales preguntaban: «¿Cómo vamos a luchar con el estómago vacío? ... Para poder practicar la “vía correcta” [es decir, ser honrados] es necesario tener antes qué comer».[48] Una ración de combate estadounidense, para una sola comida, proporcionaba 3.800 calorías, lo que representaba casi el doble que las calorías asignadas por día a un soldado del Sur, en el supuesto improbable de que recibiera de verdad lo asignado en teoría.

Un general habló de los tenientes que se llevaban a casa la mayor parte de las raciones que recibían para dar de comer a sus familias: «Vi a instructores de la escuela de infantería que, al empezar un largo ejercicio de campo, se echaban a la mochila un trozo de pan solo o una bola de arroz pegajoso. No podían permitirse más para el desayuno y la comida. Muchos [oficiales] contrajeron deudas onerosas tan solo para alimentar a sus familias».[49] En lo alto de la cúpula podían encontrarse objetos más jugosos: algunos generales vendieron al enemigo máquinas de escribir, cigarrillos, Hondas e incluso granadas y minas Claymore. En palabras de un cuadro del Frente de Liberación Nacional: «No pocos soldados estadounidenses murieron por minas que se habían comprado a sus camaradas del ERVn».[50] A los comunistas no les interesaban los fusiles M-16 —compartían el punto de vista estadounidense según el cual los AK-47 eran mejores—, pero adquirían todas las radios PRC-25 que se les ofrecían.

En cuanto a la salud de los soldados de Saigón, era más probable contraer el cólera o la malaria que fallecer en combate. La enfermera estadounidense Phyllis Breen, cierto día que estaba insertando un catéter a un soldado survietnamita, quedó horrorizada al ver emerger una enorme solitaria.[51] En 1966 el país contaba tan solo con un millar de médicos, y setecientos habían sido reclutados por las fuerzas armadas. Pero muchos soldados heridos preferían arrastrarse hasta sus casas antes que soportar las condiciones penosas de los hospitales militares. En el otro extremo, el centro de parapléjicos del ejército, quinientos soldados discapacitados prolongaban su estancia porque no tenían dónde ir. Los familiares de los fallecidos tenían que soportar penalidades incluso después del deceso de los suyos. Cuando Ngo Thi Bong viajó para recuperar el cuerpo de su hijo mayor, Van, que había muerto luchando con el ERVn, descubrió que una

bomba de mortero lo había hecho pedazos y ella misma tuvo que recoger aquellos pedazos en una bolsa de basura. Por mucho que se esforzaba, no lograba encontrar el brazo izquierdo. En tal caso, según las enseñanzas del budismo, el espíritu del joven Van vagaría sin descanso, lamentando eternamente la pérdida de la extremidad.[52]

El periodista británico Richard West escribió en 1967: «Cuando escuchas los resúmenes que proporcionan los estadounidenses, coreanos o australianos, y luego escuchas a los vietnamitas, te llama la atención una diferencia suprema. Los extranjeros son entusiastas y enérgicos. A los vietnamitas ha dejado de importarles gran cosa. Hace tanto tiempo que han estado sometidos a foráneos despóticos de toda índole que los vietnamitas están cansados de todos ellos».[53] Era cierto, sin lugar a dudas: en el Sur. Pero entre las filas del Norte también cabía hallar revolucionarios tan comprometidos como la doctora Dang Thuy Tram. Una tarde se hallaba sentada en un poblado desolado que los estadounidenses acababan de destruir. Vivaqueó con un aldeano que no tenía ni el combustible preciso para hervir el arroz. Pero la tenaz Tram escribió, pese a todo: «No estamos derrotados; el enemigo ha prendido fuego a esta casa, pero levantaremos otra. No es difícil. Basta con unas pocas hojas de palmera. Hace falta muy poco para vivir en guerra, cuando la vida consiste tan solo en luchar y trabajar. Solo nos hace falta una cazuela de arroz con algo de pescado en escabeche; una lámina de plástico que extender en el refugio antiaéreo; ropa y sal, preparada en unos cestos que nos echaremos al hombro cuando baje el enemigo».[54]

Dang Thuy Tram parecía exultar pese a las penalidades de su entorno; sus emociones —como las de tantos jóvenes en todas las guerras— se intensificaban por la experiencia compartida de las privaciones, los sacrificios, la camaradería y el peligro. La situación era muy dura, pero ¿podía negarse que también era romántica? Por otro lado, Tram estaba políticamente condicionada desde la cuna, de modo que aquella joven crédula no ponía en duda ningún aspecto de «su» revolución. Aun así, la faceta más inquietante del diario de Tram —si lo hubieran podido leer

Lyndon Johnson o William Westmoreland— era que habría sido muy difícil imaginar ningún survietnamita que dejara constancia repetida de unas convicciones ni remotamente tan firmes.

18

El Tet

1. Preludio

Nadie que estuviera allí, ni vietnamita ni estadounidense, pudo olvidar nunca aquel Año Nuevo chino: cuando se preguntaba: «¿Dónde estabas tú en el Tet?», solo podía ser en referencia al 30 de enero de 1968 y las semanas posteriores. Le Duan fue el responsable, en persona, de lanzar una ofensiva en Vietnam del Sur que concluyó con una derrota y pérdidas catastróficas. El líder septentrional preveía un levantamiento general en apoyo de la causa comunista, pero solo unos pocos cientos de meridionales respondieron a la llamada. En una sociedad abierta, tal fiasco habría comportado la caída de su arquitecto y la ruina de su credibilidad y reputación. En cambio, precipitó el hundimiento de la presidencia de Lyndon Johnson y de la voluntad del pueblo estadounidense de vencer en Vietnam. El Tet fue una manifestación extraordinaria de una verdad importante sobre las guerras modernas: el éxito o el fracaso no se pueden juzgar solamente —ni siquiera principalmente— a partir de los criterios militares. La imagen es crucial, y los hechos de febrero de 1968 fueron percibidos como un desastre para las fuerzas armadas estadounidenses. Se consideró que los comunistas habían ganado por el simple hecho de exhibir la fuerza para sumir Vietnam del Sur en la destrucción y la muerte, a pesar de que esta última recayó ante todo en sus propios combatientes y quienes tuvieron la desgracia de encontrarse en medio.

La historia del Tet empezó a principios del verano de 1967, con disputas feroces entre los miembros del comité militar central de Hanói. Desde el año anterior se había acordado que, cuando las circunstancias fueran favorables, debía iniciarse en el sur un «levantamiento-insurrección general». Le Duan, Le Duc Tho y Nguyen Chi Thanh —el jefe de la

OCVnS— creían que había llegado el momento y vociferaron en defensa de un golpe decisivo. Por su parte Giap, junto con otro general de primer nivel y un Ho Chi Minh desgastado, eran partidarios de mantener el ritmo de la insurgencia a la vez que abrían negociaciones con los estadounidenses. La cautela de Ho se explicaba por el temor a sufrir una derrota grave que debilitara la posición estratégica de los comunistas en la lucha prolongada que, a su entender, les aguardaba. En aquel momento había en Vietnam 492.000 soldados estadounidenses, junto con otros 61.000 miembros de los contingentes aliados, 342.000 hombres del ERVn y 284.000 milicianos de las Fuerzas Regionales y Fuerzas Populares; las últimas sufrieron más de la mitad de las bajas militares de la guerra. Además contaban con el apoyo de 2.600 aviones, 3.000 helicópteros y 3.500 vehículos blindados.

Pero en el Norte, los defensores de la «gran batalla» se animaron por un informe del ministro de Exteriores, que destacaba el clima de creciente oposición a la guerra dentro de Estados Unidos: los folletos del FLN recogían viñetas antibélicas tomadas de la prensa norteamericana. Él también apoyaba una estrategia doble, de «lucha-conversación». Le Duan no desdeñaba las negociaciones, pero posponía el inicio de tal proceso a haber realizado antes una demostración espectacular de los medios y la voluntad comunistas. Un miembro de la misión del FLN en Hanói le dijo a un diplomático ruso: «Las conversaciones empezarán cuando los estadounidenses nos hayan derrotado o nosotros los hayamos derrotado a ellos. Todo se resolverá en el campo de batalla».[1] El general Van Tien Dung, segundo de Giap durante quince años, era un soldado casi analfabeto, de orígenes campesinos, que había pasado la juventud trabajando en una fábrica textil. Harto de las arbitrariedades de su jefe, desafió a Giap sumándose al proyecto de Le Duan para el Tet, y desde entonces se ocupó de la mayor parte de la planificación, que resultó caótica.

En junio, el «partido de los adelantados» se impuso y hubo acuerdo para el «Plan 67-68». La Resolución 13 de la comisión militar decretó «actuar con todos los recursos ... para obtener una victoria decisiva». Tanto los rusos como los chinos desaconsejaron tal curso de acción, pero un oficial del ENv dijo más adelante: «Si uno quería la victoria, la lucha con guerrillas debía convertirse en una guerra convencional a gran escala».[2] Le

Duan predijo que «medio millón de personas tomarán las armas por nosotros». El 6 de julio, Thanh, el jefe de la OCVnS, sufrió un colapso y falleció en el Hospital Militar 108 de Hanói, casi con toda probabilidad por una insuficiencia cardíaca, después de una exuberante cena de despedida antes de la vuelta al Sur. Giap se marchó a Hungría poco después, para tratarse de piedras en el riñón, y el 5 de septiembre un maltrecho Ho Chi Minh voló a Pekín para «descansar». Nada indica que estas ausencias formaran parte de un engaño planeado; simplemente ponían de manifiesto el dominio de Le Duan. Cuando Ho regresó a su país, el 21 de diciembre, casi se había completado la planificación detallada de la ofensiva de «Quang Trung».

Durante el invierno de 1967, el Vietcong lanzó ataques de importancia para afilar las puntas de lanza y poner a prueba al enemigo antes de «la gran ofensiva». El 29 de octubre hubo un asalto sostenido contra Loc Ninh; poco después, otro contra Dak To. En la noche del 4 de noviembre, dos batallones con apoyo de morteros asaltaron el centro provincial de Cai Lay, en una acción que costó la vida a cincuenta y seis defensores militares y civiles, así como a treinta y seis comunistas. Los desertores avisaron a los interrogadores gubernamentales de que el Vietcong había intensificado mucho el reclutamiento en preparación de una ofensiva en la que «la gloria sonreirá al FLN».[3] Ba Me, un combatiente analfabeto de cuarenta y pocos años, le dijo a un campesino del delta que 1968 sería un año decisivo. Me era un personaje de mala fama, siempre problemático para sus jefes por embolsarse fondos y forzar a las mujeres de los poblados; si escapó al castigo fue solo por sus proezas en el campo de batalla. También es cierto que cabe perdonar a los oficiales de inteligencia que oyeron tal jactancia y no la consideraron más fiable que las promesas vanas que año tras año habían ido escuchando a los bocazas del Vietcong.

Los socios de Giap se fueron a la tumba convencidos de que si el general continuaba en Hungría era porque temía perder la libertad si volvía a su país:[4] en los últimos meses de 1967 hubo disturbios en Hanói que costaron el cargo a algunos de sus principales subordinados. Así, un coronel destacado, jefe del Estado Mayor personal de Giap, fue detenido; el director de las operaciones militares y el de inteligencia fueron despedidos junto con

otras treinta figuras relevantes, incluido el antiguo secretario personal de Ho Chi Minh y el viceministro de Defensa, acusados de los delitos de «revisionismo» y «complot contra el politburó». En 1967 hubo tres oleadas sucesivas de purgas, en julio, octubre y diciembre, que al parecer se debieron más a las discrepancias ideológicas —derivadas del distanciamiento entre chinos y soviéticos— que a las disputas sobre el Tet; en todo caso, concluyeron con el desplazamiento de la mayoría de los aliados de Giap. El propio general todavía conservó el escaño del politburó, pero con una influencia muy menguada. Lo mismo ocurrió con Ho Chi Minh, que a la sazón contaba ya setenta y siete años. El 28 de diciembre hubo una reunión específica sobre el Levantamiento, en un edificio adjunto a la casa de campo de Ho. Un testigo que contempló cómo el anciano regresaba a su casa con paso tambaleante comentó que parecía tan frágil como desdichado. Tres días después Ho volvió a Pekín, para ser atendido de nuevo por los médicos chinos; en consecuencia no participó en la cumbre previa a la ofensiva —celebrada en enero, a unos cincuenta kilómetros de Hanói— en la que Le Duan expuso el plan. La decisión de atacar en la festividad del Tet no se tomó definitivamente hasta el día 15; suponía quebrantar la tregua estacional que el FLN se había comprometido a respetar. La Corte del Dragón cometió un descuido notable: no cayó en la cuenta de que, según el último decreto revolucionario, había veinticuatro horas de diferencia entre el inicio del Año Nuevo en el Norte —el 29 de enero— y en el Sur: el 30. La confusión resultante hizo que algunos ataques empezaran temprano, otros tarde.

El 25 de enero de 1968, Giap viajó de Budapest a Pekín para consultar con Ho, aunque no hay constancia de qué se dijo. El general tomó un avión de regreso cinco días después, para recibir órdenes del nuevo director de las operaciones militares. Asintió a lo expuesto, aunque nunca asumió su eclipse.[5] Se imprimieron nuevas divisas del FLN y se enviaron hacia el sur, con el nombre en clave de «68 bienes». A Le Duc Tho le encomendaron actuar como vicesecretario del Partido en la OCVnS, un puesto que retuvo hasta mayo. También se envió a dos generales para dar instrucciones a las unidades del Vietcong.

El objetivo principal de la «insurrección general-ofensiva general del Tet»[6] era destruir de tres a cuatro divisiones del ERVn y, con ellas, la credibilidad del régimen de Saigón. El plan —más fantasioso que ninguno de los elaborados por el Pentágono o el MACV— preveía «aniquilar» a 300.000 «marionetas soldado» del ERVn y otros 150.000 estadounidenses, además de «liberar» a entre cinco y ocho millones de habitantes de las zonas urbanas del Sur. Las áreas rurales debían recibir ataques enérgicos, antes del Tet, para alejar de las ciudades a las fuerzas del ERVn y Estados Unidos. Se asignaron cuatro divisiones del ENv al sector norte del país, desde Khe Sanh, en el oeste, a Dong Ha, cerca de la costa, a las que se encargó «aniquilar» de veinte a treinta mil soldados enemigos, incluidos de cinco a siete batallones de la infantería estadounidense. Algunos oficiales hicieron hincapié en que tendrían muchas dificultades para contrarrestar la potencia de fuego estadounidense. El general Tran Van Tra afirmó, más adelante: «Los objetivos estratégicos que establecimos ... no eran realistas: subestimaban la capacidad y la reacción de Estados Unidos». Pero Le Duan se mostró implacable y no prestó atención alguna al riesgo de que los ataques quizá no precipitarían un alzamiento popular. A su entender, la experiencia se justificaría por sí sola: «Las fuerzas armadas del camarada Fidel Castro atacaron las ciudades [de Cuba] por tres veces antes de su triunfo final». Incluso si los insurgentes no lograban tomar las ciudades de Vietnam del Sur, «todo el campo y las selvas de montaña nos pertenecen».

William Westmoreland empezó 1968 con la certeza de que los comunistas planeaban algo grande, pero sin detalles claros sobre su naturaleza. Un cable del MACV advertía que el enemigo estaba exhibiendo «una energía muy inusitada» y que al parecer pretendía llevar a cabo «una ofensiva coordinada». Pero el problema era siempre el mismo: distinguir entre el aluvión conocido de la retórica revolucionaria y las intenciones reales de Hanói, y los estadounidenses no estaban al corriente de la marginación de Giap. Sin embargo el mes de noviembre anterior, Joseph Hovey, de la CIA —un veterano que llevaba casi tres años como analista en Saigón—, presentó una evaluación de una clarividencia brillante.[7] Estudió los datos de

los interrogatorios a los prisioneros de guerra, el incremento de los movimientos de suministro del enemigo y el reclutamiento de chicos de incluso catorce años para los ejércitos del Norte. También había indicios de que la inteligencia comunista se interesaba más por el ERVn, como demostraba el descubrimiento de una célula de siete VC infiltrados en una unidad de las Fuerzas Regionales. Los estadounidenses sabían que se habían producido grandes entregas de armas chinas —en este caso, regalos, no adquisiciones— y que existía un nuevo acuerdo de ayuda con Moscú, firmado el 23 de septiembre. Hovey sumó todos los indicios y llegó a la conclusión de que los comunistas mantendrían la presión de forma sostenida en las zonas fronterizas, para inmovilizar a las fuerzas aliadas y «aliviar la presión sobre las actividades de [los hombres del] Vietcong/V[ietnam del] N[orte] en las zonas pobladas». El auténtico objetivo, sin embargo —escribió el agente de la CIA— era lanzar «el "levantamiento general" tantas veces prometido. A tal fin, [los hombres del] Vietcong/V[ietnam del] N[orte] se han impuesto la tarea de ocupar y defender algunos centros urbanos de Vietnam del Sur y aislar otros muchos ... esto quebrantará la "voluntad de atacar" de los estadounidenses y les obligará a retirarse de Vietnam del Sur». Hovey admitía que los objetivos de los comunistas adolecían de falta de realismo, pero eso no significaba, dijo, que no fueran a intentar hacerlos realidad. Sugirió que incluso si tal ofensiva fracasaba militarmente, al tratarse de un año de elecciones en Estados Unidos, podía causar un daño político tal que dinamitara el esfuerzo militar aliado.

El 17 de noviembre, el FLN propuso una tregua de siete días, con ocasión del Tet; Saigón interpretó que buscaban disponer de cierto margen para organizar la logística del Vietcong antes de emprender otra gran acción. En diciembre, se detectó que unos seis mil camiones recorrieron el sector norte de la Ruta de Ho Chi Minh, lo que suponía duplicar la cifra del mes anterior. Un cuadro del Vietcong afirmó, más adelante, que en diciembre y enero los comunistas, con su «campaña para matar tiranos y espías, eliminaron a trescientas personas»: funcionarios o partidarios del gobierno de Vietnam del Sur.[8] El día 19, James Meacham, analista del MACV, escribió: «Corre el rumor de que el Vietcong emprenderá un asalto

terrorista a gran escala contra los estadounidenses de Saigón, desde ahora, durante todo el Tet. Nuestros homólogos del ERVn están realmente preocupados; es la primera vez, que yo recuerde, que lo están. Es una mala señal, porque conocen al Vietcong infinitamente mejor que nosotros».[9] La alarma de los survietnamitas se intensificó por la incautación de un documento que revelaba que el Vietcong conocía en detalle no tan solo la inteligencia del departamento de Saigón, sino de la distribución interior de su cuartel general; desde el agosto anterior, los agentes comunistas (muchos de ellos, mujeres) habían estado trabajando para reunir información sobre las instalaciones principales.

El 1 de enero de 1968, Radio Hanói emitió un poema de Ho Chi Minh: «Esta primavera brilla mucho más que las anteriores. / Llegan nuevas felices de triunfos por todo el país. / ¡Adelante! La victoria total será nuestra». El día 5, el MACV dio a conocer un documento del que se habían apoderado en noviembre, que aseveraba: «Ha llegado la hora de una ofensiva general y tenemos a nuestro alcance la oportunidad de un levantamiento general ... Usen ataques militares de máxima potencia, en coordinación con alzamientos de la población local, para hacerse con el poder de las ciudades de primer y segundo orden». Aquel mismo día, tropas estadounidenses se apoderaron de órdenes relativas al ataque del Tet en la provincia de Pleiku. El 22 de enero, Westmoreland avisó a la Casa Blanca de que los comunistas podían intentar hacer una exhibición de fuerza antes del Tet. El día 23, los norcoreanos atraparon a la tripulación de un barco de vigilancia electrónica de la Armada estadounidense, el *Pueblo*, que actuaba en sus aguas nacionales; esto precipitó una crisis que distrajo la atención de Washington. Se sigue debatiendo sobre si el bando comunista orquestó esta distracción a propósito, lo que resulta plausible: no cabe duda, al menos, de que Pekín animó a Pyongyang a provocar al gobierno estadounidense.

Un preso estadounidense que estaba siendo escoltado hacia el norte por la Ruta de Ho Chi Minh encontró unidades del ENv que bajaban para sumarse a la ofensiva, provistas de los nuevos uniformes verdes y zapatillas deportillas, en vez de las habituales sandalias de caucho de neumático: «Se los veía frescos, sanos, tranquilos y confiados». Uno de aquellos soldados, que llevaba las ruedas de un obús de 75 milímetros, afirmó ser un veterano

de Dienbienphu. Reconoció que a él los montes le estaban resultando más escarpados que en 1954, pero comentó con orgullo que algunos jóvenes acarreaban cargas de más de cuarenta kilos, y añadió que esto superaba lo que los porteadores del Vietminh habían logrado en la campaña contra los franceses. El estadounidense preguntó a aquel hombre del ENv qué opinión tenía de los norteamericanos, como enemigos. El soldado respondió que parecían empezar las cosas con mucha energía, pero no tenían capacidad de resistencia. Los marines le impresionaban, pero consideraba que ningún estadounidense podía superar la motivación y experiencia del ENv. Cuando obligaron al prisionero a retomar la marcha, este se asombró por la ausencia de hostilidad personal, contra él mismo. Si los B-52 atacaban, quizá la situación cambiaría, pensó.[10]

Cuando un contingente de la infantería de Marina llegó para reforzar el destacamento de una gran base de artillería estadounidense próxima a la frontera con Laos, el cafetal que lindaba con un costado del perímetro estaba cargado de frutos maduros. Los recién llegados saludaron a un fusilero que caminaba cerca de la pista de aterrizaje, hecha de planchas perforadas. «Eh, tío, ¿cómo se llama este sitio?» El marine respondió: «Esto es Khe Sanh, y nunca lo olvidaréis».[11] El primer acontecimiento importante de 1968 fue una acumulación de fuerzas comunistas en torno de aquel claro de tierra roja, «como una herida en carne viva en mitad de la selva».[12] El destacamento estaba allí por orden personal de Westmoreland, pese a que los comandantes de la infantería de Marina, que era la que controlaba la zona, lo habían desaconsejado expresamente.

Aunque la guerra llevaba mucho tiempo en marcha, cuando la 304.ª división del ENv se desplazó hacia el sur, en noviembre de 1967, para compartir el destino con aquellos estadounidenses, pocos oficiales y soldados contaban mucha experiencia en combate. En la noche del 2 de enero, el grupo de mando del 9.º Regimiento emprendió un reconocimiento extraordinariamente peligroso: con uniformes estadounidenses, avanzaron hacia los puestos avanzados de Khe Sanh, situados en una vieja carretera lateral francesa, la Nacional 9, de Laos a la costa. Charlaban ruidosamente,

un camarada cantaba. Llevaban las armas colgadas. Cerca del río Tchepone, los estadounidenses les dieron la orden de alto e identificación, en inglés. Como no hubo respuesta, abrieron fuego y mataron al jefe del Estado Mayor de un regimiento del ENv y al subcomandante de un batallón de zapadores.[13] El oficial al mando del regimiento desapareció sin dejar huella; lo encontraron más tarde, herido de gravedad, en una zona de arbustos: había pisado una mina.

Más al este, la Nacional 9 era testigo frecuente de enfrentamientos, porque los comunistas emboscaban los convoyes de Estados Unidos o el ERVn u hostigaban la serie de bases de artillería que se encontraban a lo largo de la ruta: Khe Sanh acabó dependiendo del abastecimiento aéreo. Las dos divisiones del ENv enviadas a la zona tenían la intención de atraer las fuerzas estadounidenses de más al este, en particular de reducir su poderío en los alrededores de Hue, un objetivo crucial de la inminente ofensiva, porque se trataba de un símbolo del nacionalismo vietnamita. Otras dos divisiones del Norte se desplegaron en el sector de Cua Viet-Dong Ha, cerca de la costa. Por vez primera, la Corte del Dragón envió asimismo tanques en apoyo de estas formaciones. El plan original preveía atacar hacia finales de febrero. Los comandantes comunistas quedaron desconcertados por el hecho de que se les ordenara desplazarse un mes antes: no contaban con el arroz ni las municiones suficientes, ni de lejos.

Las dos divisiones del ENv que actuaban en las cercanías de Khe Sanh sometieron al destacamento de la infantería de Marina —integrado al final por seis mil hombres— a un bombardeo intermitente que dificultaba utilizar la pista de aterrizaje.[14] A lo largo de enero y febrero, los noticieros internacionales se hicieron eco repetidamente del acoso a la base. Westmoreland sugirió que Giap pretendía convertir la zona en un nuevo Dienbienphu, y la comparación hizo furor en los medios, aunque el general añadió que, sin lugar a dudas, los comunistas no podrían repetir el triunfo del Vietminh. Día tras día, el campamento fue bombardeado por el fuego comunista. En las imágenes de las televisiones, los periodistas hablaban ante la cámara con chaquetas antibalas, mientras los marines descargaban los aviones entre estallidos de proyectiles. Antes, durante y después del Tet, los B-52 dirigidos por la operación Combat Skyspot, guiada por radar,

realizaron 2.548 misiones y lanzaron sesenta mil toneladas de bombas, algunas a menos de mil metros de las posiciones de la infantería de Marina. La base fue escenario de dramas repetidos, como el que se produjo cuando el suboficial mayor Henry Wildfang tomó tierra con un C-130 dañado por la artillería comunista; con las alas en llamas, logró maniobrar con éxito para evitar los aviones parados en la pista. Por su hazaña, Wildfang fue condecorado con su quinta Cruz de Vuelo Distinguido; hubo muchas exhibiciones de valor similares.

El MACV terminó obsesionado por Khe Sanh; es famosa la anécdota de que Lyndon Johnson hizo instalar un fotomural de la zona en la Casa Blanca. Pero aunque hubo choques feroces en las posiciones de los montes de los alrededores —designados según su altura: 950, 881, 861 y 558—, el perímetro principal no recibió ataques de consideración. Se ha dicho, en consecuencia, que Westmoreland cayó en la trampa de un engaño ejecutado con brillantez del enemigo. Aunque, como de costumbre, hubo muchos más muertos entre los comunistas que entre los estadounidenses, James Wirtz ha defendido que en Khe Sanh fueron capaces «de generar el ruido suficiente para tapar las señales conocidas de que se preparaba una ofensiva urbana inminente».[15] Un coronel del Sur escribió: «La probabilidad de que Khe Sanh se convirtiera en un objeto en disputa de carácter decisivo, como Dienbienphu, era la principal entre nuestros analistas de inteligencia. No se prestaba nada de atención, o muy poca, a las ciudades como objetivos probables ... Todos [nuestros expertos] estaban convencidos, por prejuicios y orgullo, de que el enemigo no era capaz de tal ataque».[16]

Westmoreland otorgó a Khe Sanh una importancia que el lugar no merecía: como Dienbienphu, probablemente no debería haberse enviado nunca un destacamento allí. Peor aún, Westmoreland permitió que el mundo supiera dónde había fijado la mirada, lo cual lo dejó en muy mal lugar —más aún, ayudó a destruir su reputación— cuando el enemigo atacó por otro lado. Aun así, parece un error imaginar que los norvietnamitas desplegaron dos divisiones con fines meramente engañosos. Caben pocas dudas de que habrían intentado tomar el emplazamiento si no se lo hubieran impedido la

artillería y, sobre todo, la aviación estadounidenses. Más adelante, los oficiales comunistas lamentaron el hecho de que las dos formaciones no se hubieran desplegado más al este, de preferencia en Hue.

Los miembros del MACV no fueron los únicos que compararon la situación con la de Dienbienphu. Los veteranos del Norte hablaron sobre la batalla de 1954 y vieron que, por desgracia para sus intereses, los estadounidenses no habían cometido el mismo error que los franceses. Ellos sí habían ocupado el terreno más elevado; las defensas estadounidenses, por lo tanto, eran mucho más impresionantes, y sus recursos aéreos, casi ilimitados. El hecho de que los comunistas se concentraran en la frontera laosiana causó más perjuicio a su propia estrategia que la respuesta de Westmoreland a la causa estadounidense; pero los errores de cálculo de Hanói no llenaron los titulares, a diferencia de los del MACV. Westmoreland y sus asistentes, convencidos de que se trataba de una guerra contra Estados Unidos, olvidaron la posibilidad de que los comunistas seleccionaran como blanco principal a las fuerzas survietnamitas.

Por su parte, hay que atribuir a Washington una parte de responsabilidad, por la mala decisión —en el contexto de la cuantiosa información disponible sobre las actividades del enemigo— de no cancelar la tregua del Tet. La administración de Johnson, criticada desde diversos flancos, se tragó las sugerencias de que Hanói estaba a punto de sentarse a la mesa de negociación. En consecuencia, insistió en respetar la tregua y dio varios días de permiso a numerosos soldados del ERVn. Más aún: pese a que Westmoreland admitía que era probable que los comunistas organizaran algo grande, se negó a cancelar los planes de su propia ofensiva y protestó cuando Washington no quiso autorizar el acceso a Laos y Camboya. Su Estado Mayor hizo caso omiso del descubrimiento de alijos de armas del enemigo, recién salidas de fábrica, incluso uno importante en las inmediaciones de Saigón; tampoco prestó atención a las pruebas de que los zapadores del Vietcong habían estado reconociendo la zona de la base aérea de Tan Son Nhut.

A menudo se ha destacado que el teniente general Fred Weyand —el californiano, de hablar característicamente pausado, que estaba al mando de la II Fuerza de Campaña— fue el único oficial superior que se preparó para

lo que venía, desplazó unidades a Saigón y canceló las operaciones que había previsto. Ciertamente, si cuando los comunistas atacaron había veintisiete batallones de maniobra estadounidenses cerca de Saigón, fue gracias a Weyand, que no en vano había sido antes oficial de inteligencia. Sin embargo, sus temores se centraban en esa zona y no previó un ataque nacional.

Westmoreland y sus subordinados principales tenían razón al afirmar, después del Tet, que habían previsto problemas; pero no mostraron haber comprendido la escala. Por otro lado, desde el verano anterior, muchas unidades habían estado en alerta máxima durante al menos la mitad del tiempo. En esta ocasión no se les dijo nada especial, nada que sugiriera la inminencia de un cataclismo. Los comandantes estadounidenses cometieron el error más viejo de los manuales militares: prescindieron de la interpretación que, de las intenciones de Le Duan, hicieron Joseph Hovey y otros que pensaban como él, por la simple razón de que no coincidía con la lógica del MACV.

2. Fuga

Se tiende a pensar que los terroristas suicidas, que hacen estallar los explosivos que portan, son un fenómeno del siglo XXI. Pero la ofensiva de Le Duan logró sus propósitos con brillantez porque los guerrilleros del Vietcong, reforzados por tropas regulares del Norte, se mostraron dispuestos a asumir una muerte casi inevitable para cumplir con los cometidos que se les asignaron en el Tet. Los comunistas lanzaron a unos sesenta y siete mil combatientes en asaltos contra treinta y seis de las cuarenta y cuatro capitales de provincia del país, y sesenta y cuatro de las 245 capitales de distrito; al mismo tiempo continuaron combatiendo en zonas deshabitadas como Khe Sanh y otras. Al exhibir el poder de coordinar operaciones a tal escala, al motivar a tantos hombres y mujeres para que intentaran hacer realidad objetivos que parecían inalcanzables incluso para la mayoría de los comandantes norvietnamitas, lograron que el mundo no viera la brutalidad de un liderazgo capaz de desatar tales horrores que, en su mayoría, recayeron sobre los civiles de Vietnam del Sur.

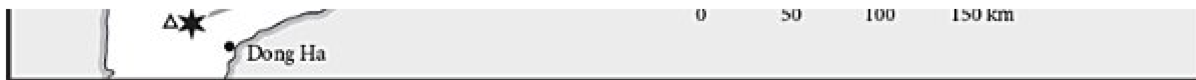
En la mañana del 27 de enero, tropas del ERVn se incautaron de cintas de audio que el FLN transmitiría por las emisoras de radio que pensaba tomar, anunciando la captura de Saigón, Danang y Hue. Con ello, los comunistas perdieron un importante elemento de sorpresa. Por otro lado, los ataques estuvieron mal preparados y escasamente coordinados, porque se había dado prioridad al secretismo, antes que a comunicar las órdenes a los propios combatientes. El 28, algunos cuadros señeros del Sur se hallaban en «la Oficina Roja», un refugio situado en medio de un enorme pantano, que denominaban «el océano Atlántico», adyacente a la Llanura de los Juncos. Vivían con relativa comodidad, disponían de cigarrillos y licor, que les enviaban desde Saigón, y comían pescado fresco. Dos comandantes de la Junta de jefes del Vietcong, Vo Van Kiet y Tran Bach Dang, estaban en cuclillas sobre un tatami, con los palillos en la mano, cuando llegó un mensajero en moto. Les entregó una carta marcada como: «MÁXIMA URGENCIA, MÁXIMO SECRETO», que decía: «A7 a A404: Día D. Empiecen la batalla entre el primer y segundo día del Año Nuevo Lunar-Tet. Hora H: 12.00 medianoche. Así lo decide el Tío Huong»;[17] «Tío Huong» era el nombre en clave del politburó.

Quedaron sorprendidos y preocupados, porque esperaban que la Hora H sería cinco días más tarde.[18] Así pues, tan solo les quedaban tres días con sus noches para llegar a la posición de salida, a las afueras de Saigón. Dang —un veterano de cuarenta y dos años, nacido en el delta— recordaba con pesar: «De golpe perdimos todos el hambre y la sed». Levantaron el campamento y se pusieron en camino de inmediato, vestidos con uniformes, pero con un equipaje de ropas de civil, metálico y carnets de identidad falsificados en Saigón por policías que simpatizaban con el comunismo. Algunos combatientes prendieron fuego a sus cabañas, con un gesto simbólico pensado para hacer hincapié en su compromiso: o victoria o muerte. Pronto un millar de hombres seguían a Kiet y Dang en una de las docenas de columnas similares que convergían sobre los objetivos urbanos: «Todo el sector norte de la Llanura de los Juncos estaba lleno de grupos en movimiento». Como se hallaban en la estación seca, el contingente del delta se vio obligado a portear en muchos casos las barcas cargadas con armas y municiones.

El grupo de mando debía reunirse con guerrilleros locales en las inmediaciones de Saigón. El calor era intenso, con lo que avanzaban despacio, asombrados por la buena suerte de que los aviones que oían pasar a lo lejos no los descubrían. Por la noche la columna avanzaba aún más despacio, mientras Dang y Kiet consultaban el mapa en voz baja, a la luz de una linterna. Imperaba un estado de ánimo muy exaltado, compartido al igual por los líderes, los viejos barbados y los reclutas más novatos: en su mayoría, estos hombres tenían una fe ciega en su causa. Antes del amanecer del 29, hicieron un alto y se escondieron en las cabañas de unos cuarteles de distrito del Partido, donde tomaron pasteles del Tet. Las horas siguientes fueron duras, sometidos a las bombas y cohetes de helicópteros y aviones. Kiet y Dang, que observaban el vuelo bajo de los Huey —tan bajo que podían distinguir la cara de los artilleros enemigos— insistieron en que nadie abriera fuego en respuesta. Al mediodía se restauró la calma: los estadounidenses habían visto movimiento y acertado al identificar a enemigos, pero calcularon mal cuántos eran. Por intensos que fueran el ruido y la furia, los ataques aéreos solo perforaron algunos sampanes.

Aquella noche del 29 al 30, se produjeron los primeros ataques de la ofensiva, adelantados por la confusión con las fechas. Danang, la ciudad costera de Nha Trang y otros centros de la zona septentrional vivieron escenas de combates feroces. Las unidades del Vietcong que seguían marchando hacia Saigón recibieron con desconcierto un anuncio del gobierno por la radio, a las 9.45 de la mañana del martes 30, que cancelaba la tregua del Tet a consecuencia de los asaltos nocturnos. Un cuadro destacado de la provincia de Long An describió así la desorientación: «Nadie podía entender cómo había pasado tal cosa. ¿Había que entender que nuestros preparativos habían sido un engaño refinado? ¿Podía acaso lograrse alguna clase de ventaja militar por empezar así la ofensiva?».[19] Quedaron expectantes, a la espera de mensajes de radio que dieran respuesta a aquellas preguntas, pero no recibieron ninguna. Hacia primera hora de aquella mañana, Kiet y Dang llegaron, sin aviso previo, al punto de encuentro próximo a Saigón, a la cabeza de su propia columna. Allí notificaron de forma abrupta a los camaradas congregados: «La situación es sumamente crítica. ¡Hay que atacar Saigón esta noche!».[20]


La ofensiva del Tet, 1968
Batallas principales
Ciudades y capitales de provincia
Instalaciones militares
Ciudad/instalaciones militares
N
VIETNAM DEL NORTE
ZDm
Cua Viet
Khe Sanh
Carr. Nac. 9
Quang Tri
Lang Vei
Hue
Lang Vei
Phu Loc
Phu Bai
Ashau
LAOS
Río Mekong
Danang
Hoi An
Carr. Nacional 14
Tam Ky
Chu Lai
Kham Duc
TAILANDIA
Quang Ngai
Carr. Nacional 1
Dak To
Kontum
Pleiku
An Khe
Carr. Nacional 19
Qui Nhon
Hau Bon
Tuy Hoa
CAMBOYA
Ban Me Thuot
Ninh Hoa
Nha Trang
Dalat
Camranh
Río Mekong
Loc Ninh
Carr. Nac. 13
An Loc
Phan Rang
VIETNAM DEL SUR
Carr. Nacional 1
Tay Ninh
Phu Cuong
Bien Hoa
Long Binh
Phan Thiet
Tan Son Nhut
Xuan Loc
Saigón
Moc Hoa
Chau Doc
Phuoc La
Mar de la China Meridional
My Tho
Cai Lay
Sa Dec
Vinh Long
Ben Tre
Vung Tau
Can Tho
Rach Gia
Phu Vinh
Khanh Hung
Vinh Loi
Ca Mau
0
50
100 millas



Un cuadro se lamentaba, en tono casi desesperado: «¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!». Su Estado Mayor se disponía a dedicar las apenas veinte horas disponibles para organizar el despliegue de diez batallones dispersos por el campo, con mala comunicación y algunos oficiales ausentes por los permisos del Tet. Había que entregar raciones y municiones, asignar guías. Dang los arengó con energía, antes de la batalla, y terminó levantando el puño y gritando las consignas: «¡Decisión! ¡Al ataque! ¡Al ataque!».[21] Según sus palabras posteriores, tres mil voces devolvieron los gritos al unísono. Este fue el momento de mayor inspiración de su guerra —dijo—, pues estaban plenamente esperanzados. Pero otro oficial se exasperó con la exuberancia de Dang, que, a su juicio, no bastaba para compensar una planificación muy poco realista.

La marcha del último día fue una agonía de retrasos e impaciencia ferviente. Vadearon canales, atravesaron arrozales a toda prisa, escucharon las noticias de la radio saigonesa sobre los combates de más al norte, se admiraron de que los aviones que los sobrevolaban siguieran sin hacerles caso. Al caer la noche, la población civil los esperaba fuera de las casas, contemplando el paso de las columnas de hombres armados. Algunos dijeron: «¿Por qué no celebrar la fiesta aquí?». Les dieron pasteles del Tet, col en conserva, carne para ir mascando mientras avanzaban hacia la batalla.

A las 21.00 se encontraron con un batallón del Vietcong que vivaqueaba. Dang observó con disgusto que el cuadro jefe estaba postrado en una plancha, borrado. El hombre se levantó, se puso firme y saludó: «¡Señor! ¡Soy el subcomandante!». Dang, furioso, exigió saber dónde estaban el oficial al mando y el comisario político: «¡Señor! ¡El comandante del batallón se ha marchado para casarse, y el comisario está invitado a la boda!». «¿No habéis recibido las órdenes?» «¡Todavía no, señor!» Sobre la marcha, se encargó al batallón que atacara el cuartel general de la policía nacional en Saigón. Pero aquella misma noche ya se habían sufrido derrotas aplastantes en algunos ataques de más al norte: en Nha Trang habían perdido la vida 377 VC y otros setenta y siete habían sido apresados. En la

defensa de la ciudad habían muerto ochenta y ocho soldados del gobierno y treinta y dos civiles. Además se habían destruido seiscientas casas, anticipo de la destrucción que pronto barrería el país.

El general Tran Do, que ejercía el mando político de las operaciones del Vietcong en el Tet, afirmó más adelante que el obstáculo principal de su esfuerzo bélico fue un exceso de teorización ideológica y un déficit de planificación militar realista.[22] Un oficial destacado de la principal operación del sector norte de la ofensiva recordaba, años más tarde, con qué consternación recibieron los jefes la orden escueta de Hanói: «Organicen un levantamiento y ofensiva general para liberar Hue».[23] Aseveró que aquello le hizo pensar directamente en la frase de Lenin: «La revolución no es un juego». Para tener alguna posibilidad de éxito, a entender de este cuadro, el Vietcong local necesitaría el apoyo de dos regimientos del Norte y dos batallones de artillería con cuatrocientas toneladas de munición. Aunque los guerrilleros recibieron de hecho algunos refuerzos del ENv, cuando marcharon hacia Hue no habían reunido ni de lejos aquel orden de batalla.

La que por tamaño era la tercera ciudad de Vietnam —con 140.000 habitantes— ofrecía una ventaja clara como objetivo: desde los santuarios locales, el reconocimiento exigía a los guerrilleros tan solo una marcha nocturna. Habían excavado búnkeres de observación y almacenado un millar de toneladas de arroz en las inmediaciones. Durante la tarde del 30 de enero, las columnas empezaron a avanzar en dirección a la ciudad.[24] La versión narrada por los comunistas afirma que un hombre que fue arrastrado por el río al intentar cruzarlo no abrió la boca para no distraer a los camaradas de la misión; los cínicos preferirán creer que no pudo pedir ayuda por tener la boca llena de agua. Pero otra columna fue avistada en el río de Duong Hoa por tropas del ERVn que solicitaron fuego de artillería, con la que causaron treinta y dos bajas. Algunas unidades del Vietcong se perdieron y llegaron tarde a los puntos de salida.

Las comunicaciones militares de los estadounidenses estaban saturadas, de forma que incluso los mensajes prioritarios tardaban en llegar a sus destinatarios. Aquel día, el 30 de enero, los interceptores de Phu Bai captaron señales norvietnamitas sobre el inminente ataque contra Hue, pero cuando completaron el recorrido por la cadena de mando, el complejo

estadounidense de la ciudad ya estaba sometido al fuego enemigo, y sus cuatrocientos ocupantes luchaban por sobrevivir. Pese a que más adelante el MACV afirmó que los comandantes estadounidenses no recibieron el asalto con sorpresa —como prueba citaron la alerta que Fred Weyand había decretado en su propia zona a las 20.37 del día 29—, la actuación de muchos estadounidenses no transmite conciencia de la crisis inmediata. Así, en la noche del 30, el jefe de inteligencia de Westmoreland, el general de brigada Phil Davidson, se retiró a su alojamiento. Un humilde soldado llamado Louis Pumphrey, que venía de Panesville (Ohio), estaba en su litera en Di An, cerca de Tay Ninh. Como entusiasta de las cintas de casete, antes de dormirse grabó una para su familia que incluía los chillidos de *Charlie*, su mono araña: «Me iré a dormir pronto, en cuanto termine el informe nocturno. Esperan un ataque por el Tet. No pasa nada. Probablemente no pasará nada».[25] Entonces empezaron a caer cohetes sobre la base.

En las primeras horas del 31 de enero, los habitantes de Hue se despertaron con el sonido y la vista de las columnas del Vietcong, acompañadas por dos batallones del ENv con sus relucientes trajes de factura china. Atravesaban las calles de la ciudad hacia el norte, entre una niebla húmeda y ligera, hacia la puerta de la ciudadela, levantada en 1802. La 1.ª división del ERVn, cuyo cuartel estaba en su esquina nororiental, estaba en alerta desde hacía dos horas, desde que una patrulla había avisado de que el enemigo se acercaba. Las bengalas lanzadas por los aviones pronto atravesaron el cielo de la ciudad, con los arcos enfrentados de las trazadoras verdes y rojas. Aun así, los atacantes no hallaron una resistencia significativa. Bob Kelly, colega de Frank Scotton en la AIEU, anotó con laconismo: «Charlie ha entrado en la ciudad ... ¡Sin oposición! ENv, con escolta de los Vietcong locales. Los lugareños llevaban brazaletes blancos; la fuerza principal, rojos; el ENv, amarillos».[26]

Ngo Thi Bong y su familia estaban durmiendo en su casa, en el 103 de la calle de Tran Hung Dao, cuando se inició el asalto comunista. Se habían acostumbrado tanto al sonido de los disparos que no se preocuparon mucho hasta que esta mujer de mediana edad y sus hijos bajaron a la planta baja y divisaron, a través de las contraventanas, a unos veinte VC muy jóvenes. Bong, que había perdido al marido en las guerras Francesas y a un hijo en

1966, en las filas del ERVn, dijo: «Sabía que lo íbamos a pasar mal».[27] En la batalla que empezó de forma intermitente en las primeras horas del miércoles 31 de enero, los comunistas ocuparon buena parte de la ciudad de Hue, la enorme ciudadela y los palacios del interior. Fracasaron en una cuestión clave: no lograron tomar el puesto de mando de la 1.ª división, en el sector de Mang Ca, ni el complejo de los asesores estadounidenses, situado al otro lado del río Huong, como un kilómetro y medio más al sur. Muchos soldados del Sur huyeron o buscaron dónde esconderse, lo que permitió a los atacantes apoderarse de grandes reservas de armas y municiones, una parte de lo cual se distribuyó entre los cientos de VC liberados de las cárceles de la ciudad. Los zapadores dinamitaron un parque de blindados en la vecina Tam Thai y el ENv instaló una poderosa posición de bloqueo al norte de la ciudad.

El teniente Tran Ngoc Hue, de veintiséis años, oyó los disparos de la ciudad de Hue desde su casa, situada dentro de las murallas de la ciudadela.[28] Guio a sus padres, esposa e hija al búnker familiar —todos los survietnamitas prudentes habían cavado uno— y luego cogió la bicicleta para atravesar la oscuridad vestido de civil y reunirse con sus hombres. Hue dirigía la Hac Bao («Panteras Negras»), la fuerza de reacción rápida de la 1.ª división, cuyos miembros estaban dispersos por la ciudad. De pronto se encontró pasando entre una columna del ENv, demasiado ocupada con sus propios asuntos para hacerle caso. Se reunió con su menguada compañía en el pequeño aeródromo del interior de la ciudadela y, por radio, se le comunicó que debían acudir de inmediato al cuartel general de la 1.ª división. La compañía alcanzó el puesto de mando muy poco antes de que las tropas norvietnamitas lo asaltaran, sin éxito. Uno de los comandantes de la sección de Hue, desplegada en la prisión provincial, al sur del río, envió un último mensaje justo cuando estaban a punto de caer derrotados; perdió la vida rogándole a Hue que cuidara de su esposa y sus siete hijos.

Durante todo aquel día, el 31 de enero, hubo combates de intensidad variable en torno del puesto de mando y el complejo estadounidense; los comunistas atacaban con morteros y cohetes de 122 milímetros, los defensores respondían con anticarros ligeros (AcL). En cierto momento, las tropas comunistas se adentraron en el perímetro survietnamita, del que no

fueron expulsados hasta que los defensores solicitaron apoyo de la artillería contra sus propios búnkeres. La posición survietnamita siguió resistiendo durante los días siguientes, aunque los comunistas establecieron un cuartel general en la sala del trono del vecino Palacio de la Paz Perfecta, y los cuadros recorrían la ciudad en los *jeeps* tomados a su enemigo y deteniendo a aquellas personas de cualquier edad y sexo que, a su entender, se habían asociado con el régimen o los estadounidenses.

Cerca de un 20 % de los hombres del 2.º Batallón del 3.º Regimiento de infantería del comandante Pham Van Dinh, situado en el exterior de Hue, estaban de permiso por el Tet cuando se produjo el ataque. El capitán Joe Bolt, asesor estadounidense, no estuvo en condiciones de solicitar apoyo aéreo o de la artillería. Al mediodía del 31, se ordenó a Dinh entrar en la ciudad. Él y sus 260 hombres llegaron al río Perfume a media tarde, y quedaron detenidos en un enfrentamiento por un mercado, en el que diez hombres perecieron y muchos más resultaron heridos. Los soldados de Dinh, en su mayoría, se sentían extraordinariamente inquietos, porque sus familias vivían en una zona tomada por los comunistas; el propio Dinh no averiguó hasta mucho después que su esposa y sus hijos habían huido entre los refugiados. Hacia primera hora de la mañana siguiente algunos hombres de Dinh escalaron las enormes murallas de la ciudad, pero fueron abatidos por los comunistas. Durante los combates callejeros posteriores, Joe Bolt logró llegar al complejo estadounidense, del que regresó con un todoterreno cargado de munición y raciones. También consiguió dos cañones sin retroceso de 106 milímetros, que resultaron de suma utilidad para reventar las posiciones de los francotiradores. Todos los intentos del ERVn de abrirse paso al interior de la ciudadela fracasaron, sin embargo. Los comunistas y los survietnamitas se cruzaban insultos por las frecuencias de radio compartidas. Los estadounidenses que más adelante criticaron el rendimiento de las tropas de Saigón en Hue tenían razón al censurar su falta de eficacia, pero las cifras de bajas indican que no todos actuaron con cobardía. Frente a la puerta delantera de Ngo Thi Bang había caído un soldado gubernamental al que nadie se atrevía a ayudar. A la postre un comunista se acercó hasta el hombre, que se desangraba, y lo remató de un tiro. Poco después, el enemigo entró en la casa de Bang. Los VC no

amenazaban; se limitaron a afirmar con crudeza que, como estaban ganando, lo más prudente sería que los ayudaran. Durante las horas y días posteriores, los guerrilleros usaron la casa de la mujer para dormir y comer, distribuir folletos de propaganda y cantar canciones del Partido. Algunos lugareños de extracción humilde —como los hombres que tiraban de los *rickshaws*, por ejemplo— colaboraron cargando armas y municiones, pero las familias de clase media, como los Ngo, evitaban ayudar en la medida de lo posible. Los ocupantes, de expresión seria y adusta, parecían desconcertados por el hecho de que aquellos budistas, que sabían que estaban descontentos con el régimen de Saigón, tampoco mostraban entusiasmo alguno por la causa rival. Las posteriores narraciones comunistas reconocieron que «si queríamos que las masas se levantaran, era esencial desplegar una fuerza militar tan poderosa que prometiera la victoria».[29] En otras palabras: el fervor revolucionario no era suficiente; la gente necesitaría la seguridad de que los soldados de Hanói iban a triunfar y, a criterio de la mayoría de los ciudadanos de Hue, todavía no transmitían esa impresión. Había multitudes de refugiados aterrorizados apiñados en las iglesias, los edificios universitarios y, pronto, el complejo del MACV, tan sumamente saturado que, a falta de agua, los ocupantes tuvieron que beber gaseosa hasta que les resultó odiosa. Durante todo el mes de febrero, la batalla —que destruyó la mitad de la antigua capital y costó la vida a miles de civiles— tuvo como tema central la lucha denodada de los comunistas por mantener el terreno conquistado durante la primera noche y el día siguiente, mientras las fuerzas estadounidenses y del Sur lo recuperaban con una lentitud agónica. La primera columna de socorro de Estados Unidos, enviada hacia el complejo del MACV desde el «Destacamento Especial Rayos X» (situado más al sur, en Phu Bai), tropezó con una potente unidad norvietnamita y recibió un vapuleo. Desde entonces, los estadounidenses, que estaban sitiados, fueron recibiendo un goteo de refuerzos, en su mayoría por transporte fluvial. Una y otra vez, no obstante, los oficiales superiores siguieron dictando órdenes inviables, como la que llegó al oficial al mando del 1.º de marines, el teniente coronel Ernie Cheatham, de parte del comandante de su regimiento, el sábado 3 de febrero: «¡Quiero que ataquen por toda la ciudad hasta expulsar al ENv!».

Un primer intento suicida de cargar hacia el norte y entrar en la ciudadela cruzando el puente de Truong Tien causó diez muertes y cincuenta y seis heridos entre el total de cien infantes de Marina. No estaban formados en los combates callejeros, que requieren de una técnica especializada. Hasta que, durante las semanas posteriores, aprendieron lo necesario por las malas, sufrieron bajas constantes porque se exponían sin cuidado a los francotiradores y las armas automáticas, avanzando de frente por calles cuyos edificios (y pronto, escombros) ofrecían abundancia de escondites al enemigo. Por encima del rango de coronel, ningún militar estadounidense comprendió la particularidad de la batalla: los generales seguían impartiendo directrices inviables ya fuera desde Camp Evans, al norte, o Phu Bai, al sur.

Durante los primeros diez días, el respeto al patrimonio cultural vetó que los ataques aéreos y de la artillería se dirigieran contra la ciudadela en la que se concentraba el ENv. En las calles residenciales situadas al sur del río, por el contrario, se desplegó una multitud de cañones sin retroceso de 106 milímetros, seguidos de proyectiles de gas lacrimógeno y granadas. Dentro de las zonas ocupadas, los comunistas «mataron a los tiranos y eliminaron a los malhechores», por decirlo en la jerga con la que se referían a miles de asesinatos. La electricidad y el agua faltaron, y la emisora de radio de la ciudad quedó en silencio. De día y de noche, los habitantes estuvieron sometidos sin piedad a la visión y los ruidos de la guerra.

Durante la mayor parte de febrero, Westmoreland subestimó gravemente la escala de la ofensiva enemiga en Hue y los alrededores, en parte por su obsesión con Khe Sanh, y en parte por la descomposición de la maquinaria de control y mando de Estados Unidos, en especial de la inteligencia. Los comandantes de Tierra y la infantería de Marina estaban seguros de que los comunistas no habían desplegado allí a más de dos mil hombres, cuando su fuerza real era cinco veces mayor. Así, los estadounidenses enviaron a la batalla a una sucesión de fuerzas relativamente débiles, lo que permitió a los comunistas enfrentarse a ellas y aplastarlas poco a poco. Buena parte del éxito propagandístico de la jugada de Hanói por el Tet derivó de la duración de la batalla por Hue. Y una parte no menor de la angustia de los soldados y marines estadounidenses procedía

de tener que luchar en las condiciones que dictaba el enemigo localmente. Durante muchos días, el MACV se engañó creyendo que Hue representaba uno más de los múltiples fracasos de los comunistas por el Tet. En realidad fue, con diferencia, el mayor de sus éxitos. El ENv y el Vietcong lograron forjar allí una leyenda comparable a la defensa estadounidense de Corregidor, en 1942: condenada a la derrota, pero heroica.

El capitán Charles Krohn, oficial de inteligencia del 2.º Batallón del 12.º Regimiento de caballería, comparó el destino de su propia unidad —que se tuvo la despreocupación de enviar al sur, hacia Hue, el cuarto día— con la de la Caballería Ligera en la guerra de Crimea: «Solo teníamos que avanzar unos doscientos metros, pero tanto nosotros como la Caballería Ligera ofrecíamos un blanco de tipo ola humana, que no causaba peligro a los defensores ... No había ninguna razón satisfactoria ni urgente por la que un batallón estadounidense debiera asaltar a campo abierto una fuerza fortificada del Ejército Norvietnamita».[30] Sobre el enfrentamiento que se produjo el 4 de febrero en una aldea, unos 6,5 kilómetros al norte de Hue, Kohn escribió: «Unos cuatrocientos nos levantamos para cargar. Varios no pudieron avanzar más de un paso. Cuando llegamos al otro lado del claro, había nueve muertos y cuarenta y ocho heridos ... Solo matamos a ocho [hombres del] ENv (en el mejor de los casos) e hicimos cuatro prisioneros ... A la brigada le comunicamos cifras más altas, porque la ilusión nos hacía sentir mejor. Pero en privado sabíamos que al enemigo apenas le habíamos hecho un rasguño».[31]

Krohn contempló cómo un helicóptero de rescate evacuaba a un sanitario llamado Johnny Lau: «Habíamos hablado antes del ataque, y me contó que era de Sacramento, en California. Él y su familia tenían un negocio de verduras. Interrumpimos la conversación sobre la mejor forma de preparar el rosbif con jengibre cuando empezó el ataque, pero nos prometimos volver sobre el tema», algo que ya no pudo ser.[32] En seis semanas, la fuerza atrincherada del batallón cayó de quinientos hombres a menos de doscientos. Krohn se lamentaba: «El ENv contaba con altos mandos mejores que los nuestros».[33] Su castigado batallón se sintió afortunado cuando pudo retirarse a lamerse las heridas.

Las batallas del Tet fueron expandiéndose hacia el sur del país, hasta que la mayoría de los batallones de Westmoreland tuvieron que tomar las armas. Cuando todo comenzó, el teniente John Harrison, comandante de una sección aerotransportada, encabezaba una patrulla en las inmediaciones de Nha Trang, ligeramente disfrazada como una partida de «caza de ciervos» para no infringir abiertamente la tregua del Tet. De pronto llegó una advertencia por radio: «Peligro. Repito, peligro. ¿Me oyen?».[34] La sección se dio la vuelta con rapidez y regresó a la BOA (Base de Operaciones Avanzada) Betty, desde donde se les ordenó salir de nuevo, para limpiar la zona de Vietcong. Allí mismo, en las cercanías, sorprendieron a un grupo de guerrilleros que se concentraba para atacar. Un hombre salió corriendo hacia los estadounidenses, disparando una pistola. El punta de Harrison quedó tan sorprendido por aquella salida patética y desesperada que no respondió. El teniente le metió dieciséis balazos hasta que por fin cayó, y de sus heridas pareció salir más tierra que sangre.

Bob Destatte, el interrogador de prisioneros de guerra, montaba en un *jeep* con dos tenientes, por la carretera que discurre al sur de la ciudad de Tuy Hoa. La primera noticia del Tet fue una hilera numerosa de vietnamitas, vestidos con harapos —algunos, solo con pantalones cortos—, que cruzaban por delante de ellos. Algunos empezaron a gritar y Destatte, enojado, pensó: «Por Dios Santo, ¡si siguen así, van a matar a alguien!». Entonces se dio cuenta de que «los malos estaban en la ciudad». Los tres estadounidenses abandonaron el vehículo y se pusieron a cubierto, atemorizados, hasta que pasaron algunos refugiados que huían de la ciudad. Destatte se dirigió a un grupo y les dijo, en vietnamita: «Cuando veáis tropas del gobierno, decidles por favor que aquí abajo hay unos “narilargos” en problemas». Algo después apareció una sección de las Fuerzas Regionales y dijo: «¿Sois vosotros los narilargos que necesitan ayuda?».[35] Los estadounidenses salieron ilesos de la aventura, dando gracias por su buena suerte.

Un piloto de un portaaviones de la Marina, que se había visto obligado a aterrizar de emergencia en Danang, estaba agotado, tendido en el suelo de la sala de control local, cuando le despertó un coronel, en tono histérico: «¿El avión de ahí fuera es tuyo? Tienes que quitarlo de ahí. Aquí no estamos

protegidos, si lo bombardean. Tienes que sacarlo de ahí». El piloto respondió con obscenidades y acabó afirmando: «Si quiere que lo quiten, quítelo usted mismo». El coronel se exaltó todavía más y gritó que si hacía falta arrastraría el avión con un buldózer. Más adelante, el piloto escribió: «Comprendí que estaba tratando con un loco. Se había trastocado».[36] Antes que contemplar cómo un buldózer destrozaba su «hermoso caza», se puso en pie como pudo, se vistió el traje y despegó en la oscuridad, para aterrizar, dos horas más tarde, en Filipinas.

A las 21.00 del 30 de enero, se apresó en Saigón a un VC armado, que reveló que, seis horas después, se asaltarían múltiples objetivos en la ciudad y los alrededores. Media hora más tarde se capturó a otro guerrillero que llevaba dos AK-47 de culata plegable. No se estaba a tiempo de hacer cambios de importancia en el despliegue de los defensores, pero la mayoría de las unidades estaban en alerta cuando los ataques se iniciaron. Muchos guerrilleros que no habían puesto nunca un pie en un núcleo urbano se extraviaron en el laberinto de las calles saigonesas: la población local entregó a la policía a un combatiente —un campesino, en la adolescencia— al que encontraron sentado en un bordillo, llorando porque había perdido a sus camaradas.

Tran Bach Dang, furioso y frustrado por la lentitud de sus batallones, recorrió casi a la carrera los últimos kilómetros que, en la oscuridad, separaban a sus hombres de Saigón. Dispuso los mapas en el templo de un pueblo del extrarradio al tiempo que en el centro de la ciudad se escuchaban las primeras ráfagas. El comandante de un batallón comunicó que se le había ordenado atacar los depósitos de combustible de Nha Be, pero que no tenía ni idea de dónde estaban y que sus hombres estaban agotados. Sin embargo, cuando Dang sintonizó las redes radiofónicas de Saigón y el ERVn, y halló las dos en silencio, disfrutó de un breve arrebato de júbilo al suponer que las emisoras ya estaban en manos comunistas. Una hilera de residentes locales se acercaron al templo para regalar melones, petardos, té, medicamentos, pasteles del Tet. Hasta ahí, bien.

3. Una humillación simbólica

A la 1.30 del 31 de enero, los elementos de cabeza de una fuerza total de cuatro mil VC —el ENv se mantuvo fuera de la capital— asaltaron múltiples objetivos de Saigón, el primero de ellos el palacio presidencial, que estaba vacío, porque el presidente Nguyen Van Thieu estaba de vacaciones en My Tho. Los atacantes de la residencia real, trece hombres y una mujer, no tardaron en ser repelidos; se refugiaron en un edificio de apartamentos cercano, donde fueron cayendo por un tiroteo que se prolongó durante quince horas. Otros guerrilleros se apoderaron de la emisora de radio nacional, con la ayuda de un empleado simpatizante que les proporcionó las llaves. Solo conservaron el edificio seis horas y no pudieron ejecutar el plan de emitir propaganda, porque los cables fueron saboteados. También hubo acometidas contra el puente de Newport, en el suburbio de Cholon, de habitantes de etnia china, y contra las bases exteriores de Long Binh, Bien Hoa y Tan Son Nhut. El vicepresidente Nguyen Cao Ky proclamó un toque de queda general, para todos los civiles, de modo que a cualquier persona avistada en las calles de Saigón se la trataría como a un enemigo.

Los vietnamitas habían desarrollado tal grado de cinismo que, cuando la radio de Hanói anunció la caída del régimen, algunos intepretaron que Ky había dado un golpe de Estado contra Thieu. David y Mai Elliott, que pasaban la noche en el complejo de la RAND en la *rue* Pasteur, se despertaron por un inmenso estallido. Encendieron la luz y un coronel de la infantería de Marina les chilló: «¡Apagadla! ¡Nos atacan!». Los Elliott también supusieron que se trataba de otro golpe y, al entender que era un asunto exclusivamente vietnamita, volvieron a la cama. En realidad la explosión había sido provocada por zapadores del Vietcong que abrieron un boquete en el muro exterior del cercano complejo de la embajada estadounidense y precipitaron con ello uno de los episodios más dramáticos de la guerra.

Diecinueve comandos del batallón comunista C-10 se acercaron al lugar en un taxi y un pequeño camión Peugeot, tras haber pasado algunos días ocultos en un taller mecánico próximo. Bajaron de los vehículos y abrieron fuego contra dos policías militares estadounidenses, que respondieron con una presencia de ánimo admirable: cerraron la puerta de la embajada y

abatieron al líder de la sección VC y su asistente. A las 2.47 se emitió por radio el código de aviso de ataque enemigo: «¡Señal 300!». Un estadounidense añadió: «¡Están entrando, están entrando! ¡Ayuda, ayuda!», antes de que lo mataran. Cuando la guardia del ERVn destinada en la embajada se dio a la fuga, los demás asaltantes se colaron por la brecha abierta por la carga explosiva de siete kilos. Una vez dentro del complejo, no obstante, los comandos titubearon. Dispararon dos cohetes contra el edificio de la cancillería, que tuvieron por resultado arrancar de la pared el sello nacional de Estados Unidos, herir a un marine y aterrar al puñado de personas que ocupaban aquella sede; pero no mataron a nadie. Después se escondieron detrás de los muretes de hormigón de algunos parterres grandes, y durante las horas inmediatamente siguientes cruzaron fuego esporádico con unos pocos marines y policías militares de los edificios de la zona.

Allan Wendt, un especialista en economía, de treinta y tres años, que en ese momento era el oficial al mando de la sede diplomática, se despertó con la explosión atronadora. Su primera reacción fue refugiarse debajo de la cama; la segunda, llamar por teléfono a un marine de la planta inferior, que le informó del ataque. Luego se produjo un episodio esperpéntico. En el edificio de la embajada no había más armas que las que tenían los tres guardias, uno de los cuales cayó herido con rapidez. Wendt contaba, pues, con la inmediata irrupción de los asaltantes: «Pensé que estaba viviendo mis últimos momentos».[37] Se refugió en la sala de codificación, que estaba blindada, y realizó una primera llamada telefónica al MACV. Los asistentes de Westmoreland le aseguraron que pronto recibiría ayuda, pero al mismo tiempo advirtieron —como esos mensajes enlatados de los contestadores corporativos que aseveran que la atención al cliente es primordial para la empresa— que debían responder a la multitud de ataques que la zona de Saigón estaba sufriendo. Wendt protestó, exaltado, pero no sin razón: «Este lugar es el gran símbolo del poder de Estados Unidos en Vietnam». Un oficial del MACV le aseguró que habían enviado una columna blindada, aunque no era cierto. El diplomático también recibió llamadas del centro de

operaciones del Departamento de Estado y la sala de crisis de la Casa Blanca, a los que les sostuvo el auricular en alto, para que oyeran los disparos.

La respuesta inicial de Saigón fue aún menos disciplinada que la mayoría de los ataques del Vietcong. Se ordenó al 716.º Batallón de la policía militar —la única unidad estadounidense destacada en el centro de la ciudad— que socorriera la embajada. Los oficiales se negaron a moverse hasta disponer de blindaje y helicópteros y se mostraron reticentes a participar en un tiroteo nocturno. Uno se encogió de hombros y dijo: «Los VC están dentro del complejo, así que no se irán a ninguna parte». La mayoría de los estadounidenses —marines y policías militares— que fueron eliminando poco a poco a los comandos durante las horas posteriores actuaron por iniciativa propia, más que por orden ajena. También mataron a cuatro chóferes de la embajada, survietnamitas; es probable, sin embargo, que uno de ellos estuviera ayudando a los asaltantes.

El héroe de la defensa fue Ron Harper, sargento de la infantería de Marina, de veinte años: el guardia que cerró y bloqueó las pesadas puertas de teca de la cancillería justo antes de que los VC se dirigieran a este edificio. Durante el prolongado tiroteo posterior, decenas de periodistas de prensa y televisión se acercaron a la zona para describir el drama irresistible que se estaba desarrollando a pocos cientos de metros de sus hoteles. El general de brigada John Chaisson, director del Centro de Operaciones de Combate de Westmoreland, se hallaba cerca de la guardia del exterior de su cuartel, a tan solo una manzana de distancia, y veía y escuchaba desde allí: «Hay algo extraño en el combate callejero. Todo parece moverse en todas direcciones y las oscilaciones de los edificios multiplican el estruendo».

Con la primera luz del día, los Huey, por fin, llevaron en socorro de la embajada a una sección del 502.º Regimiento aerotransportado. El capitán Jack Speedy describió las vistas desde el helicóptero: «La mañana, a medida que el sol se alzaba en el cielo, era de una belleza espectacular. Sobre el río se iba deshaciendo la neblina. Desde muchas casas de la zona baja se levantaba el humo de los fuegos de las cocinas. Los reflejos dorados del amanecer destacaban el brillo verde de la vegetación».[38] Al dirigir la mirada hacia la embajada, las calles aparecían desiertas. Pero pronto

empezaron a recibir disparos de enemigos invisibles —los comandos del Vietcong— que hirieron al artillero de una puerta, que cayó hacia adentro chorreando sangre. Con una pusilanimidad increíble, el piloto no se atrevió a posarse en el terrado de la embajada, sino que se alejó hacia Long Binh, donde, a las 6.30, cuando se acercaban, explotó una parte de su arsenal de municiones: otro éxito para los zapadores comunistas suicidas. Steve Howard, testigo de lo ocurrido, valoraba: «Era como si alguien hubiera introducido armas nucleares en Vietnam».[39] Los paracaidistas bajaron a tierra en un clima de pánico evidente: «Aquella cosa del Tet, obviamente, se estaba multiplicando».

Cuando se evacuó al artillero herido, los paracaidistas corrieron hacia otro Huey, volaron de vuelta a la embajada y aterrizaron en lo alto del edificio. Habían pasado más de seis horas desde que el primer atacante había entrado en el complejo. Mientras saltaban a tierra, un guardia de la infantería de Marina y un hombre de comunicaciones del ejército de Tierra aprovecharon la ocasión para subir al aparato y desaparecer. Los recién llegados corrieron escaleras abajo, se encontraron a un miembro de la plantilla civil —probablemente, Wendt—, «que nos miraba como si fuéramos lo mejor de todo el planeta». Otros *slicks* (helicópteros de transporte de tropas) llevaron a más paracaidistas. Se apresó a dos atacantes heridos y se los entregó a los survietnamitas.

El coronel George Jacobson era un oficial retirado que ocupaba una residencia del complejo con el cargo de «coordinador de la misión»: un consejero civil del embajador. La noche anterior, Jacobson había celebrado una fiesta en su jardín, en ocasión del Tet, con fuegos artificiales; pasó las horas siguientes escondido y aferrado a una granada, la única arma de la que disponía: al vivir dentro del complejo de una embajada fortificada, parecía ridículo guardar una pistola bajo la almohada. Con las primeras luces se desarrolló un drama propio de un wéstern de Hollywood: oyó que abajo había un VC —el último comando aún en libertad— y llamó por la ventana, en voz baja, a un marine que vio en el exterior, para pedirle un arma. El hombre le lanzó una pistola que, pocos instantes después, a las 6.45, Jacobson vació contra el combatiente enemigo, que había entrado en el dormitorio disparando su AK-47.

A las 9.15 se declaró la embajada lugar seguro. Jack Speedy dijo: «Los cadáveres de los comunistas muertos aún no estaban fríos cuando una horda mongola de periodistas irrumpió en el complejo ... ¡De pronto tuve que centrar mi atención en la prensa!». Un paracaidista contó a los reporteros que los atacantes habían logrado acceder al edificio de la cancillería. Este suceso sensacional —aunque falso— se transmitió en los noticiarios de todo el mundo, empeorando una situación mala de por sí. Alguien comentó que las armas que los comunistas habían empleado para asestar un golpe tan espectacular al prestigio de Estados Unidos habían costado una fracción diminuta de los 4.000 dólares que, como mínimo, costaba acceder al satélite del Pacífico que televisaba la historia para todo el mundo, con un impacto muy superior al de cualquier bala.

El general William Westmoreland había sido alertado de los primeros ataques a las 3.00, pero no abandonó el cuartel hasta coger un coche directo a la embajada, justo después de la liberación total. Lo que afirmó entonces manchó para siempre su reputación. Primero ofendió a sus propios soldados: reprochó a Speedy y sus hombres que no estuvieran bien afeitados y les ordenó no presentarse ante él hasta que no se hubieran adecentado; «luego se zafó de las preguntas e impuso su presencia a algunos otros pobres diablos ... Había demasiados Westmoreland y gente como él, como para que muchos de nosotros odiáramos a una parte de nuestro propio bando». Allan Wendt, el diplomático que había soportado la noche de terror, quedó aún menos impresionado. Nadie ofreció disculpas por las seis horas de retraso hasta la llegada de la caballería, figuradamente hablando. En vez de eso, al contemplar los escombros y cadáveres del exterior, el general expresó su disgusto por aquel desorden impropio: «Le sugiero que haga recoger este lugar —le dijo al oficial al mando— y que la gente vuelva al trabajo al mediodía».[40] Westmoreland dijo a la prensa que el enemigo había sufrido una gran derrota. Con la expresión de un sacerdote que deplora que hayan robado el cepillo, dijo: «El enemigo, muy traicioneramente, se ha aprovechado de la tregua del Tet para causar una consternación máxima». Más adelante sugirió que el ataque a la capital era una «distracción» frente al «objetivo central» de los comunistas, que se

hallaba al norte, en la provincia de Quang Tri. Peter Braestrup, del *Washington Post*, inquirió en tono desdeñoso: «¿Cómo puede ser que un asalto contra ... el centro de Saigón represente una “distracción”?».[41]

19

La fuerza de los carretes

1. CONTRAATAQUES

El asalto a la embajada estadounidense fue solo el enfrentamiento más llamativo entre los varios choques violentos que estallaron en las primeras horas del 31 de enero. Tran Tan era un estudiante de secundaria, que vivía con sus padres y nueve hermanos en una casita con techado de paja de las afueras de Saigón, donde su madre le despertó diciendo: «Hay mucho ruido fuera y no parecen petardos».[1] Tan se vistió a toda prisa mientras su padre, que había sido soldado con los franceses, fue a investigar. Volvió y avisó: «Hay VC por todas partes, vale más que os larguéis». Tan montó a su hermano pequeño en la parte de atrás de la Honda familiar y tomó varios callejones para refugiarse en la casa de un tío; los dos chicos eran los únicos que, por edad, estaban en peligro de interesar a los comunistas. Sus padres y vecinos buscaron amparo en una escuela cercana que se convirtió en su hogar durante los seis meses siguientes, hasta que los desplazaron a un campo de refugiados. Los combates del Tet destruyeron la mayor parte de la zona y la casita de los Tran fue pasto de las llamas. Se quedaron sin nada.

Más abajo, en el delta, un estudiante invitó a su casa a tomar té a un cuadro que había entrado en la ciudad de Cai Lay con guerrilleros del Vietcong. El comunista afirmó que no había tiempo para tales cosas: «Por ahora, contentémos con dar la bienvenida a la paz. Confío en que tú contribuirás a hacerla realidad», [2] dijo, y animó al joven a apuntar los nombres y direcciones de todo aquel conocido que fuera miembro del gobierno, la policía o el ejército. Así lo hizo, omitiendo solo a los amigos más próximos. A continuación se produjeron dos semanas de intensos combates, en los que la población civil tenía miedo a salir de sus casas. A la postre, los asaltantes fueron expulsados del complejo gubernamental principal.

En Saigón, Huynh Cong Than, el comandante del Vietcong, escribió: «Los sucesos del primer día de batalla han sido del todo distintos a lo esperado. Los batallones de vanguardia no lograron avanzar con rapidez porque contaban solo con armas pequeñas y una munición insuficiente, mientras que las fuerzas enemigas eran numerosas y aprovechaban la confusión de calles y callejones para ofrecer una resistencia denodada. Los civiles acogieron bien a nuestros hombres, pero no estábamos ... apoyando un levantamiento popular».[3] Se cortó la comunicación entre los batallones que se abrían paso por la ciudad y el cuartel general, en el exterior, que se vio obligado a contentarse con la información de la radio de Saigón, que no tardó en volver a emitir. En la región actuaron treinta y cinco batallones del Vietcong, once de ellos en el interior de la ciudad. Las deficiencias de reconocimiento frustraron los planes de un asalto a un centro de blindados survietnamitas, por combatientes acompañados de conductores instruidos para utilizar el armamento pesado del que se querían apoderar: los tanques se habían marchado y los obuses de 105 milímetros carecían de culata. Se lanzó un ataque de importancia contra el cuartel militar de Tan Son Nhut. El vicepresidente Ky, que estaba en la base, armó a su esposa y tres hijos mayores con fusiles y pistolas. El teniente coronel Glen Otis destacó como uno de los héroes estadounidenses de la batalla, por la forma en que dirigió a su 3.º Batallón del 5.º Regimiento de caballería, acudiendo desde Cu Chi en una misión de socorro nocturna que golpeó a los comunistas por la retaguardia. Su propia unidad recibió una paliza considerable mientras él volaba por delante de ellos en un Huey, identificando emboscadas y ordenando acciones de distracción; pero aun así la caballería contribuyó de forma notable a frenar el asalto a Tan Son Nhut.

En una casa próxima, el estudiante adolescente Tran Van De echó un vistazo prudente por una rendija de la puerta y vio a un soldado con el inconfundible casco de salacot del Vietcong, que gritaba por la calle: «¡Salid todos! ¡El ejército revolucionario ha venido a liberaros!». De y su familia no se movieron, sin embargo, porque como buenos católicos los habían formado desde la cuna en el odio y el temor a los comunistas. Poco después oyó disparos muy cerca, y se arrastró de nuevo donde su madre y cuatro hermanos menores se acurrucaban con temor. Se llevó el índice a los labios e hizo un gesto para pedirles que se metieran debajo de la gran cama de la sala. Las horas siguientes fueron terroríficas: algunas balas entraron

volando por su puerta delantera y oyeron helicópteros que lanzaban cohetes, uno de los cuales incendió la casa de al lado. A la postre, toda la familia huyó a una parcela de campo, a unos pocos cientos de metros, y pasó los tres días posteriores encogida en una zanja. Cada amanecer, De volvió para comprobar el estado de la casa, que sobrevivió. La tercera mañana se encontró delante del fusil levantado de un soldado estadounidense colosal. «*I am a student*», dijo De, en inglés.[4] El hombre bajó el arma pero el vietnamita se dio cuenta de que el soldado seguía dudando, sin acabar de decidir si era en verdad un estudiante u otro VC.

Los generales se sienten especialmente cómodos cuando pueden manejar fuerzas numerosas en batallas coherentes. Fred Weyand se enorgullecía de haber asegurado unas comunicaciones resistentes, lo que le permitió aportar con rapidez unidades de su II Fuerza de Campaña a las batallas de los alrededores de Saigón. En cambio, el resto de la cúpula del MACV parecía amedrentado por el caos que se apoderó del país. El enlace entre los estadounidenses y los survietnamitas era deficiente. Muchos comandantes locales tuvieron que recurrir a su propia iniciativa. Durante las primeras horas en Saigón, la policía militar estadounidense sufrió bajas de importancia porque (como era de esperar, por otra parte) estaban mal preparados para luchar como infantería. Así, dieciséis policías militares perdieron la vida y veintiuno resultaron heridos; muchos, a bordo de un camión que saltó por los aires durante un enfrentamiento en una calle. En Cholon, los combates intensos duraron varias semanas. Un puñado de australianos repelió un ataque del Vietcong contra su alojamiento. Un cocinero, el soldado *Pop* Clement, mató a un artillero enemigo que manejaba un lanzacohetes. Se expresó con la gracia característica de su nación: «En cuanto le vi que levantaba esa cañería supe que aquel tipo no era el fontanero».[5] En el panorama general, las fuerzas del gobierno conservaban la mayor parte de su terreno, y causaban al enemigo bajas mucho más graves que las que recibían, en un clima de confusión nacional.

Buena parte de la ocupación diaria habitual del 3.º Hospital de Campaña de Estados Unidos en una zona de extrarradio de Saigón era arreglar la dentadura de los civiles —en un estado terrible— y proporcionarles los placebos multicolor que tanto les gustaban. De golpe, la instalación se vio atrapada en un torbellino. Unos cirujanos estadounidenses estaban

operando a un VC herido cuando un enfermero sacó la cabeza por la puerta y dijo: «Acaban de atacar la embajada». «Sí, claro», le replicaron con incredulidad. «Olvidad este caso —dijo el enfermero, con seriedad—. Tenemos que ocuparnos de muchos otros.» Según William Drummond: «En ese momento empezó una maratón ... Trabajamos sin descanso durante, qué sé yo, cuarenta horas».[6]

Hubo que tomar algunas decisiones difíciles y, por la necesidad de priorizar el uso de los recursos, abandonar los casos más inciertos. A los heridos que podían caminar se los montaba en autobuses que se dirigían a Tan Son Nhut, desde donde se los evacuaba a Hawái. No todo el personal pudo resistir la tensión. Drummond describió el colapso de un jefe de cirugía: «Estaba abrumado. Simplemente, no parecía la persona adecuada, no parecía capaz de soportarlo». Él mismo tuvo que salir para atender un camión de dos toneladas y media cargado de cadáveres de estadounidenses, quizá una docena. Con los cuarteles de los oficiales de menor graduación se improvisó un depósito que, en cierto momento, estuvo ocupado por seiscientos cadáveres de vietnamitas y estadounidenses. El hospital contaba con ciento cincuenta camas, pero, en la fase culminante del Tet, acogió a quinientos pacientes. Dentro de aquel edificio sin ventanas «estabas en una tumba»: a veces los sanitarios salían al exterior para averiguar al menos si era de día o de noche.

Para Drummond, lo más duro era asistir a los «expectantes»: los que no se salvarían. «Era realmente duro ver a alguien que podría haber sido mi hermano, de mi misma edad, que estaba hablando conmigo y sabíamos que se iba a morir». La jefa de enfermería del hospital y su auxiliar eran mujeres maternales, de cincuenta y pocos años. Una de ellas vio a un marine que bajaba del camión con el hueso del codo al descubierto; por debajo no le quedaba nada. La enfermera se compadeció: «Pobrecillo, has perdido el brazo». El hombre respondió: «Eso no es nada, cielo: ¡también me han disparado en los huevos!». El ritmo no bajó hasta el tercer día, cuando el hospital había agotado el material esterilizado.

En Estados Unidos, la población estaba anonada y, a menudo, mal informada. Chet Huntley, pilar de la NBC, contó a sus espectadores que unos francotiradores del Vietcong habían entrado en el edificio de la

embajada estadounidense y disparaban desde el terrado contra los rescatadores del patio. Sarah McClendon dijo en *Capital Tieline*, programa de noticias de Washington: «La situación es muy, muy mala, y creo que la gente lo tiene que saber».[7] Con más moderación, Tom Buckley, del *New York Times*, expresó su asombro porque «después de años de combates y con decenas de miles de bajas, el Vietcong todavía pueda encontrar a miles de hombres que están dispuestos no solo a atacar por la noche y desaparecer, sino a emprender misiones que solo pueden acabar en la muerte».[8] Mike Wallace, de la CBS, dijo que los ataques «destruyen el mito de que los aliados poseen el control militar de Vietnam del Sur». El senador John Stennis, de Misisipi, dijo a los periodistas que aunque el enemigo había sufrido bajas muy cuantiosas, los ataques representaban una humillación personal para Lyndon Johnson. El presidente quedó, en efecto, conmocionado. Nunca recuperó la fe en los militares, en particular en Westmoreland.

Y la batalla proseguía. En Saigón, a las 6.00 del 1 de febrero, el comandante Dang y su Estado Mayor del Vietcong subieron a bordo de grandes sampanes que enarbolaban banderas del FLN, remontaron el río y atracaron en la ciudad. Bajo un fuego intermitente caminaron hasta el puente de Ba Tang por calles en las que muchas casas hacían ondear sus banderas. Dang era un veterano del Vietminh que ya había conocido Saigón en 1945-1946. Se detuvo en la casa de cierta señora Chin, que había albergado el cuartel general del comité del Partido en aquellos días remotos. Un guerrillero comentó que era tan maravilloso estar en la capital que prefería quitarse las sandalias para sentir mejor las calles.

Entrada la noche, en el MACV, el general de brigada John Chaisson escribió, en tono de admiración, aun a su pesar: «La campaña es realmente fantástica. El enemigo ha atacado simultáneamente casi todos los aeropuertos y las capitales de provincia del país. Hasta ahora nos ha causado un daño considerable, no demasiadas bajas; pero a cambio ha pagado un precio extraordinario. Si conseguimos mantener esto controlado (y lo conseguiremos), no creo que le quede ya mucho en reserva. O sale ganador de esta o nos ha acortado la guerra».[9]

En el cuartel general de campaña de los insurgentes, el ánimo decaía. Los cuadros informaban de que todos los comandos del Vietcong del centro de la ciudad habían muerto. Dang instaló un nuevo puesto de mando en una pagoda cercana al puente de Binh Tien y envió «equipos de ocupación» por las calles, que pedían a todos los ciudadanos que se sumaran al levantamiento; en gran medida, en vano. Recibió la noticia de que una bomba había caído en la casa de la señora Chin, su amiga, matando a sus ocupantes. Durante las noches y días posteriores no hubo posibilidad de dormir, ni ayudó a ello la digestión difícil de la sucesión ininterrumpida de malas noticias, en su mayoría portadas por mensajeras que se atrevían a circular entre los tiroteos. Las fuerzas aliadas avanzaban, intensificaban la potencia de fuego y reducían los perímetros comunistas. Los helicópteros sobrevolaban la zona sin descanso, iluminándola con bengalas en las horas de oscuridad. Los radiogoniómetros estadounidenses localizaron las emisiones de radio de Dang, hostigadas desde entonces por los proyectiles. No paraban de llegar heridos por los que se podía hacer muy poco. Los guerrilleros subsistían con una dieta de pato y huevos de pato, repetida hasta el hartazgo. Dang solicitó refuerzos una y otra vez, desesperado, pero no los recibió.

Entre tanto, a lo largo del país, casi todas las unidades de combate de Estados Unidos se hallaron en acción en algún punto y de algún modo. El capitán Myron Harrington —un hombre de treinta años, originario de Augusta (Georgia)— asumió el mando de una compañía del 1.º Batallón del 5.º Regimiento de marines cinco días antes del Tet, con la vergonzosa sensación de que hasta entonces había servido ocho años sin entrar nunca en acción. «Yo tenía muy clara mi bisoñez.»[10] Pocas horas antes de que la ofensiva empezara, lo enviaron, con su compañía, a despejar los márgenes de la vieja línea costera del ferrocarril, al sur de Hue; no tardaron en chocar con hombres del ENv y entablar un tiroteo peliagudo en un poblado abandonado. Después de una noche en que sus posiciones fueron bombardeadas con morteros de forma intermitente, al amanecer se ordenó a Harrington que se pusiera a la cabeza de dos secciones para atravesar los campos hasta unirse al resto del batallón, que estaba a dieciocho kilómetros de allí. Fue un ejemplo clásico de la confusión y el titubeo de los jefes: resultaba absurdo enviar a un grupo tan reducido en una travesía tan peligrosa. Harrington preguntó al batallón: «¿Qué encontraré entre vosotros

y yo?». Nada, le dijeron. Pero a su Compañía Delta le bastó con moverse unos cientos de metros para hallarse bajo el fuego enemigo. Tardaron cuatro horas en retirarse y evacuar a ocho heridos, protegidos por el cañoneo de fuerzas navales. Harrington podía ver cómo el ENv se estaba concentrando en gran número, con movimientos dirigidos mediante señas y silbatos: «Comprendí que la situación se complicaba». Tuvieron que pasar otras treinta y seis horas para que pudieran moverse, protegidos por la oscuridad, y reunirse con el batallón en la medianoche del 2 de febrero.

A la compañía aerotransportada del teniente John Harrison, desplegada a las afueras de Nha Trang, se le encomendó cruzar unos arrozales hacia dos casas y un cementerio donde en teoría los aguardaba el Vietcong. Harrison dijo: «De pronto teníamos a un montón de VC por detrás, disparando cohetes y morteros, ¡bam, bam, bam!».[11] Con otros tres hombres buscaron refugio en un humilde caseto, pero las balas atravesaban las paredes. Combatieron todo el día, con el resto de la compañía inmovilizado a un kilómetro de distancia. «Fue a cara de perro: a ver quién era el mejor. En la mayoría de los enfrentamientos, si perdías a alguien era en los primeros treinta segundos; pero esto no paraba, no paraba.» Su punta murió en el porche de una cabaña adyacente. Harrison pidió ataques aéreos tan cerca de su posición que las explosiones hicieron saltar por los aires el techo de su propio caseto y sufrió hemorragias por la nariz y los oídos. En cierto momento había seis F-4 por encima de ellos, lanzándose en picado en sucesión.

Pero el Vietcong seguía disparando. Una niña salió de una cabaña, recogió un arma caída en el suelo y volvió al interior a toda prisa. El oficial le dijo al artillero de la M-60: «Si lo vuelve a hacer, dispara». Aunque justo antes del anochecer llegó otra compañía para socorrerlos, perdieron a otros tres hombres mientras evacuaban una baja. Había sido un día duro y difícil. En palabras de Harrison: «Fue la primera vez, en Vietnam, que no pude lograr la superioridad de fuego. Manejábamos un buen número de ametralladoras M-60, pero no logramos reducir sus disparos. Al enemigo apenas lo veíamos, solo algún que otro destello de sus AK». Los paracaidistas se retiraron justo antes del crepúsculo, y luego el teniente encabezó una patrulla que volvió al campo de batalla a recoger a los muertos. De regreso

se perdieron y tuvieron que solicitar por radio que los guiaran, con trazadoras, desde el perímetro aerotransportado.

Las memorias de los VC que participaron en el Tet —textos vivaces y, en ocasiones, conmovedores— destacan por la omisión de las múltiples atrocidades que cometieron en las zonas ocupadas. Se contaba que el cuadro Nguyen Van Lem apresó a un oficial del ERVn y su familia, y él mismo cortó en persona la garganta del teniente coronel Nguyen Tuan, su esposa, sus seis hijos y la madre, de ochenta y ocho años. Poco después, el 1 de febrero, Lem cayó en manos de la infantería ligera del ERVn. Cuando lo llevaron en presencia del jefe de la policía de Saigón, el general de brigada Nguyen Ngoc Loan, este se limitó a sacar una pistola Smith & Wesson y le pegó un tiro en la cabeza. Eddie Adams fotografió a Loan disparando al preso, lo que valió a aquel hombre de la AP un premio Pulitzer; pero a la vez la imagen causó un daño devastador a la causa estadounidense y survietnamita, un efecto que el fotógrafo lamentaba así: «No le di la más mínima importancia. Él le disparó, ¿no? ... Y coincidió que en aquel momento yo estaba allí». Adams lamentaba no haber sido capaz de obtener una foto «de aquel VC cargándose a la familia [Tuan]».[12] El historiador Ed Moise se ha mostrado convencido de que toda la historia según la cual Lem asesinó a la familia Tuan fue un invento posterior a la guerra. La verdad nunca se sabrá, pero el vicepresidente Ky escribió, en tono de pesar: «Con el simple clic de una cámara, nuestra lucha por la independencia y la autodeterminación se transformó en la imagen de una ejecución brutal y aparentemente gratuita».[13]

El MACV instó a los medios de comunicación a tener en cuenta las incontables atrocidades perpetradas por el otro bando, pero fue incapaz de ofrecer imágenes al respecto que ni remotamente fueran tan gráficas y expresivas. Más adelante ocurrió lo mismo en el campo de batalla, cuando la prensa publicó fotos de AP de un infante de la Marina vietnamita que ejecutaba a un prisionero de guerra. Se citaron palabras de un asesor estadounidense que habría dicho: «Por lo general matamos a los VC heridos de gravedad por dos razones. Una es que los hospitales están tan llenos de nuestros propios soldados y de civiles que no hay sitio para el enemigo. La otra es que cuando has visto a niñas de cinco años con los ojos vendados, los brazos atados a la espalda y una bala en el cerebro, quieres

venganza. Ayer mismo vi a dos niñas muertas de esa manera. Hace una hora ejecuté a un VC».

La ordalía de informar a los periodistas —«esa panda de buitres»—[14] por parte del MACV recayó sobre el general de brigada John Chaisson. La información de Tierra llegaba varias horas después de sucedidos los hechos, de forma que en la mañana del 1 de febrero, el Estado Mayor de Westmoreland comunicó tan solo, con respecto a Hue, que una compañía del Vietcong había atacado un puente y una rampa de carga, sin éxito. Aquella tarde, la nota de prensa del MACV recogió únicamente la caída de dos proyectiles de mortero en un arsenal de municiones de Phu Bai, unos quince kilómetros al sur de Hue, en un momento en el que buena parte de la ciudad estaba en manos comunistas. Con el intento de aportar buenas noticias, los portavoces hicieron hincapié en que muchos soldados del ERVn habían vuelto de sus permisos voluntariamente, así como en el hecho de que pocos civiles se estaban sumando al llamado comunista. El propio Chaisson dijo a los periodistas, el 3 de febrero, que despejar Hue era «tan solo una cuestión de tiempo», un proceso que se completaría «a lo largo de mañana, algo así». En realidad, la batalla por la ciudad se prolongó durante tres semanas.

El *Christian Science Monitor* de aquel día afirmó que Estados Unidos se enfrentaba a la posibilidad de una derrota militar. El editorial del *Wall Street Journal* comentaba que algo iba «terriblemente mal. El gobierno survietnamita, con la ingente ayuda de Estados Unidos, ha demostrado ser incapaz de proporcionar seguridad a la gran mayoría de los habitantes del campo y la ciudad».[15] El columnista satírico Art Buchwald escribió: «Little Bighorn (Dakota), 27 de junio de 1876: "El general George Armstrong Custer ha dicho hoy, en entrevista exclusiva con su corresponsal, que en la batalla de Little Bighorn se ha dejado atrás lo peor y él ya puede ver la luz al final del túnel»».[16]

Algunos oficiales señeros del ERVn se condujeron como era debido, pero otros sucumbieron al pánico. Westmoreland dijo al Pentágono que el comandante del IV Cuerpo se había refugiado en su mansión, detrás de una hilera de carros blindados; otro oficial destacado se había acostumbrado a vestir ropa de civil por debajo del uniforme.[17] El teniente general

Creighton Abrams se quejó al jefe del Estado Mayor del ERVn de que, en Hue, tres batallones de la infantería de Marina vietnamita habían avanzado menos de una manzana en tres días: «En esta hora de especial necesidad ... si la infantería de Marina no puede [estar a la altura] ... han perdido el derecho a formar parte de vuestras fuerzas armadas».[18] David Brannigan, de la NBC, denunció que el ERVn se dedicaba más a saquear que a combatir. Fred Weyand dijo más adelante sobre los soldados de Saigón: «Algunos actuaron muy bien —tan bien como podríamos haberlo hecho nosotros— y otros fueron simplemente pésimos ... En demasiados casos, cuando les parecía estar en peligro de perder una batalla, huían en desbandada».[19]

El quinto día de combates en Saigón, el 4 de febrero, el comandante regional del Vietcong propuso una retirada general, que fue rechazada *ipso facto* por el secretario del Partido. Varios cuadros destacados criticaron la supuesta falta de determinación de algunos jefes militares, aunque el reproche, sin duda, pretendía ante todo desviar la atención de su propia responsabilidad por haber iniciado una ofensiva basándose en numerosos errores de cálculo. Aquel mismo 4 de febrero, después de celebrar formalmente el trigésimo octavo aniversario de la fundación del Partido Comunista de Vietnam, Dang trasladó el puesto de mando. Él y su Estado Mayor fueron en bicicleta hasta un transbordador que los llevó a la otra orilla del río Saigón. El bombardeo estadounidense se intensificó y las bajas crecieron; el 5 de febrero, renunciaron. La OCVnS ordenó que las unidades que se retiraban del centro urbano siguieran combatiendo en los márgenes, pero un comandante de batallón solo pudo exclamar: «El extrarradio es una picadora de carne: si nos quedamos ahí perderemos a un montón de hombres».[20] Un lento goteo de supervivientes emprendió el camino —largo y con desánimo— hacia el santuario de la Llanura de los Juncos.

John Chaisson escribió a casa, el 6 de febrero: «El general Westmoreland aguanta bastante bien, pero la prensa lo está apaleando». El caudillo del MACV seguía obsesionado con el noroeste. El 8 de febrero envió un cable al Pentágono: «Aunque creo que podemos conservar Khe Sanh, cabe la posibilidad de que no tengamos esa suerte. Si lo perdemos, será esencial reconquistarlo y por eso he desplegado en la zona a la 1.ª división de

caballería ... Lo más prudente es hacer planes pensando en la contingencia peor».[21] El día 10 todavía envió un mensaje al almirante Sharp convencido de que Vietnam del Norte «pretende convertir Khe Sanh en otro Dienbienphu».[22]

Los medios de comunicación se atuvieron a las prioridades del general. En febrero y marzo, la base de la Nacional 9 centró el 38 % de todas las noticias de AP sobre Vietnam (descontadas las de la capital) y una quinta parte de todas las fotos de guerra publicadas por el *New York Times* y el *Washington Post*. Los canales de televisión emitieron imágenes repetidas de las bajas y los daños del interior del perímetro de los marines —en la CBS, la mitad de la cobertura nocturna de la guerra se ocupó del asedio—, pero no pudo mostrar nada de la carnicería, mucho más grave, que estaba sufriendo el ENv. El 16 de febrero, Murray Fromson, periodista de la CBS, afirmó con pesimismo: «Aquí los norvietnamitas deciden quién vive y quién muere ... y más pronto o más tarde harán la jugada que sellará el destino de Khe Sanh». Aunque decenas de aviones estadounidenses despegaron y aterrizaron sin problema, la televisión prestó especial atención a tres C-123 y un C-130 accidentados en la pista. Se cuenta que Walter Cronkite, de la CBS, al visitar Vietnam, afirmó que eran pocos los que ponían en duda que los comunistas podrían tomar Khe Sanh, si de verdad se lo proponían.

En esta situación de crisis agravada, los analistas de la CIA actualizaron el cálculo del total de la fuerza comunista desplegada en Vietnam del Sur, que elevaron de 515.000 a 580.000, aunque la cantidad real probablemente fuera próxima a los 300.000. Los temores del MACV contagiaron a la Casa Blanca: ¿cómo explicar, si no, que el presidente dijera a Earle Wheeler, el 3 de febrero, que aunque no deseaba lanzar una bomba atómica en Khe Sanh, quizá el enemigo le obligaría a decidirlo así? Westmoreland garantizó al presidente que esa medida no sería necesaria, en una de las escasísimas conversaciones telefónicas directas de los dos, que se produjo durante el Tet. Pero el propio general afirmó que si el ENv emprendía una invasión a gran escala del Sur, Estados Unidos debería recurrir a cualquier medio necesario para detenerlos, incluidas las armas químicas o nucleares.[23]

El 5 de febrero, un asistente de William Fulbright recibió una llamada anónima invitando al senador a preguntar por qué uno de los grandes expertos de Estados Unidos en el armamento nuclear táctico, el profesor Richard Garwin, acababa de visitar Vietnam del Sur. Esta pista despertó unas conjeturas tan intensas como alarmantes: el 8 de febrero Eugene McCarthy —en ese momento, aspirante a encabezar al Partido Demócrata en las elecciones presidenciales de 1968, en competencia con Lyndon Johnson— aseveró que las fuerzas armadas habían solicitado acceder a las armas nucleares tácticas. La Casa Blanca y el Pentágono se apresuraron a calificar de conjetura infundada el comentario de McCarthy; y en efecto, lo era. No obstante, en una conferencia de prensa Earle Wheeler se negó a descartar la posibilidad de utilizar armamento nuclear si se corría el riesgo de perder Khe Sanh; por su parte Johnson sopesó brevemente invadir Vietnam del Norte. La persistencia de estos debates enfervorizados se reflejó en una noticia que el *New York Times* dedicó al presidente el 17 de febrero, titulada: «Johnson niega estar sopesando utililizar armas atómicas en Vietnam». El tema horrorizó a los aliados de Estados Unidos. El primer ministro británico Harold Wilson dijo en *Face the Nation*, de la CBS, que recurrir a las nucleares sería «una locura ... una auténtica locura». En realidad nadie estuvo cerca de hacer realidad tal pesadilla; los comentarios obtusos de los generales reflejaban el deseo de mantener a Hanói en la incertidumbre, no una intención real. El 12 de febrero el almirante Sharp intentó cerrar el tema ordenando a Westmoreland que abandonara la planificación de contingencias nucleares. Pero la confianza internacional ya había quedado dañada y el perjuicio demostró ser irrevocable.

Los comunistas desplegaron a sesenta mil hombres en los campos de batalla del sector septentrional. A primera hora del 7 de febrero un batallón de la 304.ª división, con apoyo ineficaz de carros blindados, asaltó un campamento de las fuerzas especiales estadounidenses en Lang Vei, unos ocho kilómetros al oeste de Khe Sanh, al otro lado de unas montañas. El primer tanque PT-76 del ENv fue alcanzado pronto, y se incendió; pero la infantería abrió una brecha en el perímetro. El ejército pidió a los marines de Khe Sanh que enviaran una columna de socorro, propuesta que se acertó a rechazar: el ENv se había situado precisamente para destruir ese movimiento, y que los militares lo plantearan solo refleja el pánico que se había apoderado de la cúpula. En Lang Vei, los atacantes golpearon algunos

búnkeres de los defensores con cohetes B-40, lanzaron petróleo en uno que se resistía antes de prenderle fuego, y acabaron levantando la bandera a expensas de un 30 % de bajas. Los supervivientes estadounidenses fueron evacuados en helicóptero antes de abandonar el campamento, cuya defensa era inviable.

Aunque los comunistas alardearon de un éxito, estaban sufriendo bajas espantosas en toda la región. Las enfermedades pasaron una factura constante antes incluso de la irrupción de los B-52: uno de cada cinco hombres padecía malaria, más aún, en la estación de las lluvias.[24] En un asalto fallido, un regimiento perdió a una cuarta parte de sus hombres; en un ataque a la Colina 832, otro regresó sin el 20 % de las fuerzas. El 9.º Regimiento del ENv sufrió las penalidades típicas: en la tarde del 6 de febrero, sus hombres vivaqueaban junto a un arrollo, a kilómetro y medio de la Nacional 9. A la mañana siguiente, cuando las tropas emprendieron de nuevo la marcha, fueron sorprendidos por seis B-52 que sembraron la devastación: la mitad del regimiento se halló directamente debajo de sus atronadoras columnas de bombas.

Mientras los hombres se apuraban para socorrer a los heridos entre la multitud de cadáveres, fueron atacados por una segunda y una tercera oleada de bombarderos. Cuando los últimos B-52 desaparecieron en la distancia, había cadáveres destrozados por todas partes, entre los restos de los árboles y el agua sanguinolenta. El regimiento había perdido a casi trescientos hombres —el 15 % de su contingente— antes de disparar ni una sola vez en combate.[25] El comandante de una compañía sufrió un colapso nervioso. La historia de la división admite que la moral se hundió. En la Ruta de Ho Chi Minh, casi doscientas toneladas de municiones, transportadas hacia el sur mediante un esfuerzo hercúleo, quedaron igualmente destruidas por los ataques aéreos.

Tras las primeras semanas de asedio de Khe Sanh, los cerros verdes que rodeaban la base quedaron convertidos en páramos rojos, cubiertos de polvo y humo. A cada ataque aéreo seguía un frenesí de los comunistas, cavando para rescatar a los hombres enterrados. Una bomba estalló cerca de un búnker de mando y mató a cinco recién llegados que acababan de completar la escuela secundaria.[26] Los francotiradores de ambos lados

entablaron duelos prolongados, pero los comunistas centraron el esfuerzo en ir acercando las trincheras cada vez más al perímetro estadounidense. La urgencia de sus excavaciones procedía del hecho de saber que solo si luchaban cuerpo a cuerpo con los defensores podrían obtener algún respiro de los ataques aéreos. En marzo, algunas compañías del ENv habían disminuido hasta contar tan solo con una treintena de hombres. Los estadounidenses que defendieron aquellas posiciones nunca olvidaron la experiencia. El cabo primero Orville Fulkerson contó una anécdota curiosa: en la Colina 881, una mezcolanza de cadáveres estadounidenses y del ENv «daba sacudidas como gelatina» cada vez que recibía el impacto sucesivo de las armas menores de uno y otro bando.[27] Jeff Anthony, que se contaba entre los defensores de la Colina 861, nunca creyó que los norvietnamitas pudieran capturar Khe Sanh, porque las posiciones de su propia compañía les estaban asestando palizas, ataque tras ataque. En la oscuridad, una y otra vez, los marines atisbaban figuras borrosas que se acercaban a sesenta metros, a cuarenta, a treinta: más cerca de lo que la mayoría de los estadounidenses los habían encontrado en toda su experiencia de Vietnam. Pero gracias a la iluminación mediante bengalas, los defensores barrían fácilmente al ENv, vaciando un cargador tras otro, una cinta tras otra, «aunque sus morteros nos causaron muchas bajas».[28] Después de un enfrentamiento, en la mañana del 25 de febrero, el ENv intentó una vieja estratagema psicológica, empleada ya en Dienbienphu: invitó a los estadounidenses a retirar a sus muertos bajo una bandera blanca. La imagen habría resultado de un valor incalculable para la propaganda, y los marines hicieron caso omiso de la propuesta.

Los comandantes comunistas disponían de una *troupe* de entretenimiento para aliviar el aburrimiento, el agotamiento y el terror que aquejaba a los sitiadores. Un dramaturgo llamado Chu Nghi creó una obra titulada *En la alambrada del perímetro de Ta Con*, que se interpretó según lo previsto. Sin embargo, no ayudó a insuflar moral a las tropas el hecho de que el propio autor muriera en uno de los ataques aéreos, que también hirió a un actor y una actriz.[29] Las historias escritas en Hanói mencionan estadísticas increíbles sobre las bajas sufridas por los estadounidenses, incluido un supuesto recuento de 3.055 cadáveres (correspondiente en realidad a quinientos) y la pretensión de haber derribado 279 aviones norteamericanos.[30] Un pelotón comunicó que había matado a cuarenta

enemigos por cada hombre caído entre los suyos: «Los estadounidenses, altos, lentos y pesados, perecían en gran número».[31] Ahora bien, en privado, ningún soldado comunista se creía aquel absurdo. La historia de la 304.ª división admite que sus unidades sufrieron «un desgaste considerable durante aquella prueba tan exigente», lo que causó «problemas ... en el pensamiento y la ideología de los cuadros y las tropas reclutadas de la división».[32] Crecieron las deserciones y las bajas por heridas autoinfligidas. Se adoptó la extraordinaria cantidad de 399 acciones disciplinarias —de las que 186 se aplicaron a miembros del Partido, y ochenta y cinco a cuadros— por delitos como «falta de espíritu ofensivo».[33]

El ENv afirmó que el 45 % de sus bajas fueron debidas a los ataques aéreos, un porcentaje similar a la artillería y menos del 10 % a las armas menores. Cuando las batallas del Tet llegaron a su fin, los comunistas del sector septentrional debían hacer frente a doce mil bajas, a las que había que sumar, según admitieron, seis mil muertos y otros quince mil heridos en combate. El sitio de Khe Sanh se fue extinguiendo durante la primavera. Desde un punto de vista objetivo, fue una gran derrota para el ENv, que perdió como mínimo a diez hombres por cada estadounidense que mató. Pero Westmoreland, y los medios de comunicación, se quedaron con la derrota psicológica: se consideró que el MACV había sido víctima de un engaño brillante de los comunistas. En buena medida, eso fue verdad.

En Hue, por la noche del 4 al 5 de febrero, los atacantes contaban ya más de un millar de muertos y otros cuatro mil heridos, y se enfrentaban a una escasez de municiones y comida. Pero cuando los comandantes del ENv solicitaron permiso para retirarse, se les denegó. Les dijeron que pronto los abastecerían por vía aérea, para lo cual debían preparar hogueras para marcar sus posiciones; que el 18 de febrero se iniciaría una nueva oleada de ataques por todo el país; que había refuerzos cerca. Más adelante, un cuadro protestó por estas mentiras: con la propagación deliberada de falsas esperanzas habían traicionado la confianza de muchos hombres.[34] Pocos comunistas en puestos de liderazgo se atrevieron a admitir abiertamente las malas noticias. En palabras del coronel An, del ENv: «Todo el mundo tenía

miedo a hablar, por si lo acusaban de cobardía o de alguna falta ideológica».[35]

Cuando se trasladó al vicepresidente Ky que los estadounidenses vacilaban a la hora de bombardear los templos y el palacio de Hue, donde los comunistas habían acabado por concentrarse, este replicó con la falta de escrúpulos que lo caracterizaba: «Son cosas hechas por los hombres. Los hombres las pueden reconstruir. ¡Atacad!».[36] Cada vez que el constante mal tiempo lo permitió, se golpeó la ciudadela con proyectiles y ataques aéreos. Aun así, la ciudad se reconquistó con una lentitud agónica, y cada día se tomaban tan solo unos cientos de metros de escombros. Los marines terminaron despreciando a sus aliados survietnamitas. Un estadounidense que trepó a un carro blindado del ERVn para disparar la ametralladora de su torreta llamó en vano al interior para solicitar más munición, pero nadie abrió la escotilla: los tripulantes se habían encerrado a buen recaudo.[37]

Desde una trinchera, al norte de Hue, el teniente Andy Westin le escribió a su esposa Mimi: «Querida: por primera vez desde que llegué aquí, anoche, lloré. No fui el único. Desde el oficial al mando hasta la tropa, nuestros hombres lloraban ... El batallón entero cayó en una trampa de los *gooks* ... ¡Fue una matanza! Todos nuestros jefazos pensaban que esos chinacos se habían largado, así que entramos tan frescos en el bosque ... Nunca había visto nada parecido, y espero no volver a verlo nunca más».[38] A medida que las bajas aumentaban, los estadounidenses se interesaban menos por las penalidades de los civiles que se cruzaban con sus proyectiles, bombas o balas. Sabedores de que sus perspectivas eran sombrías, desarrollaron un desprecio cruel por la propiedad ajena: hubo mucha destrucción gratuita. Se necesitaron cuatro días de combates feroces, machacando al enemigo con el fuego de los blindados, lanzallamas y cañones sin retroceso de 106 milímetros, para controlar una franja de kilómetro y medio de extensión, en el sur de la ciudad, entre el complejo del MACV y el canal de Phu Can. Entre tanto, al otro lado del río, el esfuerzo del ERVn por reconquistar la ciudadela aún avanzaba solo con suma lentitud.

El 11 de febrero, se envió a Hue al batallón de marines de Myron Harrington, que debía subir por la Nacional 1, aunque «nadie sabía qué estaba pasando».[39] Recibió una instrucción muy superficial sobre las

tácticas de combate callejero, «de las que no tenía ni idea». El día 13, la Compañía Alfa del batallón lo pasó muy mal en el intento de entrar en la ciudadela. Al día siguiente, la Delta de Harrington, desconcertada, remontó el río en juncos y lanchas de desembarco, bajo el fuego enemigo. Aquella tarde le dijeron a Harrington, como si nada: «Por cierto, mañana iréis a tomar la puerta de Dong Ba», algo que «me hizo temer por mi vida». Pasó la noche sin dormir, en parte por la angustia, en parte por el retumbo incesante de la artillería. En la mañana del 15 de febrero se encontró en cabeza de un centenar de hombres que remontaban con dificultad una zanja, hacia el sur, para adentrarse en las murallas de la ciudadela, dando gracias por la multitud de escombros, que los protegían. «De golpe todo quedó en silencio, como aquellas playas japonesas del Pacífico que, en la segunda guerra mundial, parecían estar en calma.» Entonces los comunistas rompieron el fuego; el ordenanza de Harrington fue de los primeros en caer herido. «El fuego era tan intenso que era como estar en el campo de tiro de 300 metros de Quantico. Ni siquiera me oía a mí mismo. Vi al comandante de una sección tendido en un balcón, herido por un [lanzagranadas] RPG, con la radio rota. Envié a varios ayudantes, pero los hirieron a todos.» Harrington ordenó al sargento Maury Whitmar que trepara a la muralla con un pelotón: «Primero me miró con incredulidad... luego lo hizo».

Los marines empezaron a abrirse paso hacia la base de la torre que tenían como objetivo, a medio camino del lateral occidental. Un tanque se adelantó ruidosamente, al mando de un joven teniente llamado Morris, que empezó a disparar en su apoyo: «Estuvo soberbio». Un infante negro se acercó corriendo hasta Harrington y exclamó, en tono de falsa alegría: «¡Me acabo de ganar mi tercer Corazón Púrpura!». El capitán examinó la herida: «Era solo una mella en el pecho, así que lo tomé por ordenanza, y se encargó de llevar munición a los chicos que estaban luchando sobre la muralla. Seguía sin saber cómo se llamaban la mayoría de mis hombres, vivos o muertos. Todo era ordenarles que fueran hacia su muerte. El hedor a muerte era espantoso y estaba por todas partes. Cuando te tomabas las raciones era como comer muerte».

En mitad de la carnicería hubo un momento extraño: un joven teniente llamado Joe Allen se acercó corriendo hasta Harrington, bajo el fuego

enemigo, se presentó como uno de los reemplazos, y soltó: «Capitán, la semana pasada vi a su mujer y su hija». Entre las detonaciones y las ráfagas de las armas menores, contaba Harrington, «me quedé sin aliento. Me habían obligado a pensar en el mundo exterior a la batalla, y eso es una mala idea». Era ya por la tarde cuando más hombres lograron ascender a lo alto de la elevada muralla de la ciudadela, encabezados por el cabo Bob Thoms, un guerrero formidable con el uniforme hecho trizas. A las 16.30 el área quedó asegurada; a cambio los ciento y poco marines con los que el capitán había comenzado el día habían perdido seis vidas y cuarenta hombres estaban heridos. A las 4.00 de la mañana del día siguiente, el 16, el ENv contraatacó. Hubo más tiroteos enconados antes de asegurar de nuevo el control de la torre; en sus ruinas se hallaron veinticuatro cadáveres del enemigo.

A Harrington le quedaban treinta y nueve hombres, destinados de inmediato a la penosa, lenta y angustiosa labor de ir despejando edificios. «El enemigo había tenido dos semanas para preparar sus posiciones. Llegamos a un punto en el que éramos casi ineficaces, cuando ya no te importa vivir o morir. Mentalmente estábamos exhaustos. Nadie tenía una idea clara de lo que estaba pasando. Desde el cuartel superior seguían preguntando: “¿Por qué tardáis tanto en noquear a unos pocos norvietnamitas?”.» El oficial que les mandaba, el comandante Bob Thompson, enfureció a Creighton Abrams por la lentitud con que su unidad ganaba terreno; de hecho lo despacharon antes de que un jefe superior cancelara tal orden. Harrington se sintió abrumado al recibir la noticia de que lo condecoraban con la Cruz Naval: «Me parecía que no era digno de ella». A otros les pareció que sí.

A las 6.30 del 22 de febrero, los últimos soldados norvietnamitas atrapados en la ciudadela emprendieron una salida suicida. Algunos survietnamitas se dieron a la fuga, por mucho que su teniente los amenazara con fusilarlos. Los Panteras Negras (*Hac Bao*) alzaron por fin su propia bandera en el Palacio Imperial, arriando la del FLN, a las 5.00 del día 23. En aquel momento, una figura casi desnuda emergió del lago ornamental: un soldado survietnamita que había permanecido oculto veinte días, y solo salía de noche para saquear; resultó ser el hermano mayor del capitán Pham Van Dinh. En Hue murieron 458 soldados del ERVn, y más de un millar

cayeron heridos; es obvio que al menos algunos lucharon con dignidad. En el ejército de Tierra estadounidense hubo setenta y cuatro muertos y 507 heridos; en el Cuerpo de Infantería de Marina, 142 muertos y 857 heridos. Se calcula que perecieron también unos seis mil civiles, en buena medida por efecto del «fuego amigo».

Un día después de recuperar la ciudadela, Bob Kelly, de la AIEU, escribió a Frank Scotton: «Al sur del río, todas las casas están reventadas. Las calles están repletas de árboles, tanques y coches incendiados. Hay por todas partes agujeros de los [proyectiles de] ocho [pulgadas] y los cohetes ... *Todas* las casas y las tiendas de los alrededores del gran mercado, donde se paraban siempre los sampanes, están destruidas. El napalm, el [gas lacrimógeno] CS, los ocho pulgadas y las [bombas de] quinientas libras se usan cada día. Esos cabrones de Saigón no tienen ni idea de la magnitud del problema ... Lo que más me cabrea son esos putos generales nuestros que van diciendo: "Sabíamos lo que se avecinaba", como si hubieran permitido que pasara. Y ahora, con una derrota asombrosa en las manos, cuentan cadáveres para afirmar que han ganado». La cólera de Kelly aumentó por haber sido testigo de la fuga de muchos oficiales survietnamitas, además de la de los soldados.

Un periodista describió el estado de la zona residencial y comercial de Hue de tal forma que recuerda a un cuadro de Goya: «Había calles enteras en ruinas. Era imposible caminar por las aceras, repletas de escombros; había cráteres en el asfalto, y las carcasas ennegrecidas de los coches calcinados. Un camión se había empotrado en una pared. El hedor de los muertos era sofocante ... Aquel día Hue no era ya la ciudad que yo había conocido y amado, igual que el amigo tendido en la calle, carbonizado y hecho trizas por una bomba, ya no es el ser humano con el que uno había hablado o hecho el amor. Entre los comunistas y el alto mando estadounidense han matado la flor de las ciudades vietnamitas». Un transeúnte local señaló un montón de escombros: «Al hombre que vivía aquí lo abatió el Vietcong. Ahora su casa la han destruido los estadounidenses. Curioso, ¿verdad?».[40] Ratas y perros se daban un banquete con los cadáveres.

Los comunistas perdieron a entre 2.500 y 5.000 hombres —nunca han dado a conocer cifras verosímiles—, pero en los últimos días de febrero los

supervivientes se retiraron hacia el oeste sin oposición, en lo que fue otra prueba de la desorganización de los estadounidenses y el ERVn. La batalla había sido menor, si se compara con lo habitual de 1939 a 1945, pero se convirtió en la acción más sangrienta de la segunda guerra de Indochina. El 26 de febrero se descubrió en Hue la primera de varias fosas comunes: durante el breve gobierno del FLN, sus cuadros habían asesinado sistemáticamente a todos aquellos a los que identificaron como funcionarios o partidarios del gobierno, intelectuales, burgueses y «enemigos del pueblo» en general, además de a sus familiares. Aunque en una escala menor, estos asesinatos se reprodujeron en otros muchos lugares. Un comunista intentó justificar estas atrocidades: «La gente odiaba tanto a esos déspotas que los trataban como habrían hecho con serpientes venenosas, a las que había que eliminar para evitar que les mordieran de nuevo».

Entre las víctimas se contó Nguyen Tat Thong, de cincuenta y tres años. Era el director de servicios sociales del gobierno y había acudido a celebrar la fiesta con la familia; mataron asimismo a seis familiares, incluidos dos hermanos aún adolescentes. También se asesinó a una viuda de cuarenta y ocho años, Nguyen Thi Lao, que vendía cigarrillos en la calle;[41] y a sacerdotes católicos y civiles estadounidenses. Se quitó la vida a cientos de personas cuyo único delito era figurar en una lista de supuestos simpatizantes del gobierno. A la postre se hallaron cerca de 2.810 cadáveres, aunque en realidad el total de las víctimas fue sin duda más elevado. El capitán Denis Campbell, asesor australiano, escribió: «Se puede comprender el odio que lleva [a los comunistas] a estrangular a militares con un alambre y decorar las paredes con los cadáveres; pero enterrar vivas a familias enteras, incluidos los niños, con la mera excusa de que se negaban a tomar las armas, eso resulta inconcebible. Siempre he admirado —con reparos— al Vietcong ... pero ahora eso ha desaparecido».[42]

Estas barbaridades dejan en ridículo la pretensión de los comunistas de Vietnam, que afirmaban representar una fuerza moralmente superior al régimen de Saigón. Los medios de comunicación, no obstante, recogieron con especial lentitud estas noticias, en parte porque el MACV no anunció el descubrimiento de las fosas comunes hasta el 9 de marzo, una fecha en la que su propia credibilidad estaba completamente en entredicho. En la

esfera privada, Westmoreland criticó a la infantería de Marina, a la que reprochaba el caos de la batalla de Hue. Ciertamente la batalla fue caótica, pero la culpa recae sobre la dirección militar, y se extiende desde los oficiales principales hasta el propio jefe del MACV, por exigir que sus hombres cumplieran tareas tácticamente imposibles. Durante varias semanes, todo el mando estadounidense evaluó mal la situación y le destinó recursos del todo inadecuados.

En los últimos días de febrero y primeros de marzo, se fueron eliminando las bolsas de resistencia comunista de las ciudades de Vietnam del Sur. Por entonces, en aquel país traumatizado había 636 corresponsales acreditados, para los que el Tet supuso un festín. Algunos periodistas enviaron sus noticias y transmisiones en un tono cercano a la histeria. Otros exhibieron un valor importante y escribieron algunas de las prosas más emocionantes de la guerra. En general se expresaba la gran impresión causada por los logros de los comunistas y se prestaba poca atención a lo que, para las fuerzas armadas, era la realidad principal: que el enemigo había perdido. El análisis de los medios de comunicación en la historia oficial de la guerra del ejército de Tierra estadounidense, obra de William Hammond, es un modelo de ecuanimidad; aun así el autor afirmó: «Se plegaron con demasiada facilidad a las presiones de su profesión. Al competir entre sí por cada mínima noticia, con la tensión de los titulares en sus medios, optaron por el color en detrimento de la profundidad y la reflexión y crearon noticias donde no había ninguna».[43]

Pero Hammond también comenta, en un pasaje devastador que casi desmiente las consideraciones de la cita pasada: «Es innegable ... que la información de la prensa fue, pese a todo, más fidedigna que las declaraciones públicas de la administración».[44] Quizá estuviera pensando en las noticias que Gene Roberts escribió para el *New York Times* durante el Tet. A lo largo de buena parte de febrero, este periodista, recién llegado al país, supo evaluar la condición de las fuerzas armadas estadounidenses en Hue mejor que ninguno de los grandes comandantes del área de batalla septentrional. Sus palabras no solo compensaron en buena parte otras deficiencias de los medios, sino que pusieron de manifiesto los errores de los líderes de la infantería de Marina y el ejército estadounidenses.

2. LA RENDICIÓN DE UN PRESIDENTE

Pasado el Tet, la moral del ENv y el Vietcong estaba por los suelos. Eran conscientes de su derrota militar, en la que unos veinte mil hombres habían perdido la vida. La historia oficial de Hanói concede que «el campo de batalla se había vuelto a favor del enemigo, de forma temporal ... Nuestra posición y fortaleza habían quedado gravemente debilitadas».[45] Según los cálculos de los propios comunistas, la exposición al fuego estadounidense había costado a algunas unidades de guerrilleros el 60-70 % de sus fuerzas. El comandante del Vietcong en Long An escribió: «No ha habido una fase, en toda mi carrera militar, en la que me sintiera más confundido e ineficaz que durante este período ... Hoy todavía no logro explicarme bien lo que pasó».[46] Lo cierto es que la historia muestra que los levantamientos ciudadanos siempre fallan —pensemos en Varsovia, en 1944; Budapest, en 1956; Praga, en 1968— salvo que el régimen gobernante y sus fuerzas viva un hundimiento de la voluntad. Como afirmó un coronel del ENv: «Aprendimos que debíamos olvidarnos de la insurrección general».[47] Algunos survietnamitas, en efecto, quizá se hubieran unido a la causa de los insurgentes si estos hubieran transmitido una imagen de vencedores, pero nunca fue así. El coronel describió la penetración inicial en la embajada estadounidense y varios centros urbanos como «una victoria tremenda»; pero luego —reconoció— se cometió el error de querer conservar esas posiciones: «Habría sido mejor retirarse para consolidar el dominio del campo». Algunos oficiales estadounidenses se alegraron de aquella decisión, porque luchar frente a frente con fuerzas numerosas convenía al MACV mucho más que combatir contra guerrillas. El comandante de una división dijo, unos meses más tarde: «Lo único que nos ha salvado es que [el cuartel general de los comunistas en el Sur] es una panda de oficiales de Tierra de un militarismo brutal, que pretenden ganar la guerra en grandes batallas».[48]

Los supervivientes comunistas, abatidos, regresaron a las bases donde habían dejado los efectos personales, que en su mayoría no se reclamaron ni entonces ni nunca. No se les escapó que la planificación de la ofensiva había sido deplorable. Tran Do, líder del Vietcong, dijo: «El Tet transformó claramente la naturaleza conjunta de la guerra ... Era un ataque de “jugarse el todo por el todo”. Nos impusimos objetivos inadecuados e inalcanzables

... La palabra “aniquilar” sonaba maravillosa. Pasamos a un período de dificultades tremendas, en 1969, 1970, 1971. Cuando se nos preguntaba qué porcentaje de la población controlábamos, respondíamos: “la mayoría”, pero en realidad lo habíamos perdido prácticamente todo».[49] Do albergó un resentimiento duradero contra la OCVnS y Hanói por el cinismo con que se habían aprovechado de la voluntad de sacrificio de sus adeptos más devotos.

El coronel An, del ENv, escribió: «Muchos de los nuestros quedaron descorazonados ... convencidos de que la ventaja correspondía entonces al enemigo».[50] Las pérdidas del Vietcong todavía se agravaron más —hasta llegar a unos cincuenta mil muertos— durante un segundo y tercer «mini-Tet», en mayo y agosto de 1968, que fueron un fracaso espectacular. Las fuerzas armadas del FLN quedaron reducidas a su antigua condición de grupos de guerrilleros locales; desde entonces, la carga de la guerra recayó en muy gran medida sobre el ENv.

En todo el país, el Tet costó la vida a unos cuatro mil estadounidenses, y cerca de seis mil hombres del ERVn; pero el resultado —una reducción muy notable de la violencia en el ámbito rural— insufló optimismo en los militares de Estados Unidos. A juicio de Fred Weyand: «Fue todo un adelanto. La gente conducía de noche. Los asesinatos eran raros».[51] Creighton Abrams se mofó del enemigo: «Mira Khe Sanh. ¡Qué pena, el viejo de Giap! —lo digo *muy en serio*—, ¡pero qué *penita*, el viejo de Giap! Ha seguido emperrado con lo mismo, ahí *emperrado*, y ha estado machucando esas divisiones hasta que no ha quedado nada de nada. Y si fuera el brillante comandante táctico que dice la prensa de Estados Unidos —y ese gran estratega—, si hubiera pasado a la costa una o dos de esas divisiones, ¡entonces sí que no sé cómo leches las habríamos podido sacar de allí!».[52] Para el marine Jeff Anthony, del destacamento de Khe Sanh: «Después del Tet, nos parecía que los podríamos aplastar sin dejar ni a uno».[53]

Robert McNamara, en sus últimos días en el Pentágono, apuntó como conclusión obvia que, desde aquel momento, las tropas de Vietnam del Sur debían luchar a las órdenes directas del mando estadounidense. Westmoreland, razonablemente, vetó la propuesta, alegando que sería un

regalo para la propaganda comunista. El general dijo a Washington que se habían abierto oportunidades excelentes: Earle Wheeler, el presidente de la Junta de jefes, lo había animado a pedir un refuerzo masivo de su mando. El 10 de marzo, el *New York Times* reveló que las fuerzas armadas pedían otros 206.000 hombres, lo que obligaría a llamar a reservistas. Más adelante se calificó esta filtración como la más dañina de la presidencia de Johnson; el oprobio —incluso el ridículo— recayó sobre Westmoreland. Aquel mismo mes le comunicaron que sería reemplazado por Creighton Abrams, y tres meses más tarde lo enviaron a casa con un ascenso como jefe del Estado Mayor del ejército de Tierra. Su eclipse se debió en parte a lo que se interpretaron como errores en la dirección bélica, pero sobre todo al hundimiento de su credibilidad. Mientras que en público había predicho una victoria inminente, a la postre se creía que había estado a punto —aunque en realidad no fuera así— de sufrir una derrota.

El Tet provocó una devastación espantosa. Destruyó cuarenta y ocho mil hogares vietnamitas y creó casi un millón de nuevos refugiados. Hoy se considera que la famosa cita que, en aquellos días, un periodista atribuyó a un oficial estadounidense anónimo —«para salvar la ciudad, se ha hecho necesario destruirla»— fue de hecho un invento; aun así, la frase parecía reflejar con precisión las terribles contradicciones de la guerra que Estados Unidos libraba «para preservar la libertad survietnamita». Ante Abrams, Weyand se refirió con orgullo a la «exitosa defensa» de la capital, pero cuando aquel se alejó volando del cuartel general de este, vio «las columnas de humo que ascendían de Saigón, las llamas disparadas al aire. Calculo que podemos defender exitosamente Saigón unas siete veces más, aunque luego habrá que hacer frente al problema de que no quedará nada de la ciudad».[54]

Las batallas hicieron que muchos nacionales se hartaran, también entre los más acérrimos defensores de la guerra. El *Wall Street Journal* dijo: «El pueblo estadounidense debe prepararse para aceptar —si no lo ha hecho ya— que el proyecto entero de Vietnam quizá esté condenado al fracaso». Un experto de la NBC declaró: «Debemos decidir si hay justificación en destruir Vietnam para salvarlo».[55] En el campo de batalla, muchos norteamericanos estaban tan horrorizados por la carnicería como los espectadores de sus televisiones nacionales. Jerry Dodson, del programa

CORDS, escribió a Frank Scotton el 20 de febrero: «El juego se ha acabado y quizá va siendo hora de tirar la toalla. Hace un par de días estuve en Kontum y Ban Me Thuot. En Kontum se ha destruido el 20 %; en BMT, el 55 %, después de que se pidiera apoyo aéreo y de la artillería para expulsar al Vietcong. La destrucción es general en el I Cuerpo y el delta. Para los que aman Vietnam, no hay más solución que la retirada».[56] A entender de Scotton: «A un gran coste, el Norte había demostrado que no pensaba abandonar nunca».[57] En el Senado, el comité Fulbright vino a decir que se había engañado al Congreso y al pueblo estadounidense y, con las premisas falsas de la Resolución del Golfo de Tonkín, lo habían metido en la guerra; engaño hubo, desde luego. La primera acción de Clark Clifford, cuando sustituyó a McNamara en la secretaría de Defensa, fue prácticamente ordenar a los militares que no volvieran a predecir ninguna victoria inminente.

La CBS emitió una intervención devastadora de Walter Cronkite, un veterano de la segunda guerra mundial que era como el «tío preferido» de toda la nación. En febrero Cronkite visitó Hue, y luego le confió a Fred Weyand: «He visto esos miles de cadáveres, y he decidido que ... haré todo lo que esté en mi mano para acabar esta guerra». Para el general, esto «era particularmente grave ... porque el pueblo estadounidense profesaba un respeto increíble por Walter».[58] A Weyand le disgustó que Cronkite hablara como si los causantes de las masacres de Hue hubieran sido los estadounidenses y survietnamitas: «Puedo entender que una persona diga: "Bueno, esta guerra es tan terrible que hay que acabar con ella." Pero de ahí a darle la vuelta y hacer que parezca que se debe permitir la victoria de los norvietnamitas, eso es superior a mí».

A Weyand no le faltaba razón, pero el 27 de febrero Cronkite se expresaba así ante sus millones de espectadores: «Decir que hoy estamos más cerca de la victoria es creer, a la luz de las pruebas ... a optimistas que se han equivocado ... La única conclusión realista, aunque no sea satisfactoria, es que estamos empatados sin remedio ... Cada vez es más obvio, a juicio de este reportero, que la única salida racional pasa por negociar; no como víctimas, sino como un pueblo honorable que ha estado a la altura de su compromiso con la victoria y la democracia y ha hecho todo lo que ha podido». Las palabras de Cronkite eran sabias, y entre su vasta audiencia

nadie quedó más impresionado por ellas que Lyndon Johnson. No hay consenso al respecto de si el presidente formuló de verdad la respuesta que *a posteriori* se le atribuyó a menudo: «Si he perdido a Walter, he perdido a la mitad del país»; en todo caso la frase reflejaba a la perfección el desánimo que se abatió sobre la Casa Blanca.

En la estela inmediata del Tet, los estadounidenses se congregaron en torno de su bandera. Una encuesta de Louis Harris mostró que el apoyo a la finalización del bombardeo *cayó*, pasando del 26 % en octubre a tan solo el 15 % en febrero. Cerca del 74 % de los encuestados no había perdido la confianza. Solo el 3 % pensaba que Estados Unidos perdería en Vietnam, mientras el 39 % optaban por las tablas y el 43 % creía aún en la victoria estadounidense.[59] Sin embargo, por debajo de esta capa de firmeza, incluso los patriotas se estaban cansando de una aventura exterior tan ingrata. En Washington, los gestores más reflexivos iban admitiendo que en Indochina no había correspondencia entre los comunistas —dispuestos a arriesgarlo todo, incluso la vida de los compatriotas en número ilimitado— y Estados Unidos, cuyo verdadero interés nacional en la zona parecía menguar día tras día. El 1 de marzo, el infante Gary Young recibió una carta de sus padres que reflejaba un sentimiento muy general en su país: «Hijo mío, no insistas en decirnos que no nos preocupemos, somos humanos, qué le vamos a hacer, y me doy cuenta de qué está pasando ahí ... Cathy está muy emocionada porque mañana por la noche irá al instituto, al baile de la Floración del Algodón ... Aquí en nuestro país la gente está harta de las bobadas que nos cuentan sobre Vietnam. Nos parece perder vidas para nada. Mejor que no empiece con el tema o no pararé. Ten cuidado —si es posible—, todos te enviamos nuestro amor y la esperanza de que todos nuestros chicos estarán pronto en casa. Te queremos: Mamá, papá y tus hermanas».[60]

El 5 de marzo, Myron Harrington y los supervivientes del 1.º Batallón del 5.º Regimiento de la infantería de Marina que habían combatido en Hue pasaron a la reserva, en un campamento que tenía una ducha. Cuando le llegó por fin el turno al capitán, la ducha se había roto, así que se lanzó agradecido a las aguas próximas del mar de la China Meridional. Poco después le ordenaron proseguir con la guerra. Joe Allen, el joven teniente que se había sumado a la Compañía Delta en mitad de la batalla de Hue,

demostró ser un oficial excelente —y estaba saliendo con Perrin, cuñada de Harrington—. Harrington dijo más adelante, con tristeza: «Debería haber pedido que lo trasladaran a otro mando». Cierta noche de mayo, envió a la sección de Allen a una emboscada. Una fuerza comunista topó con la compañía vecina, retrocedió y dio de pleno con la posición de Allen, que se vio superada. El teniente falleció. Según admitió el capitán, «desde entonces, la relación con mi cuñada nunca fue igual». El propio Harrington sufrió una emoción tan intensa, y lloró tanto, que estuvo a punto de ser relevado de su puesto. Cuando abandonó Vietnam, a los pocos meses: «Me sentí aliviado por quitarme de encima, de golpe, aquella responsabilidad tan pesada; pero también me sentía muy culpable».

Era evidente que ni el pueblo ni el Congreso de Estados Unidos darían apoyo al enorme incremento de fuerzas que los militares solicitaban. El 12 de marzo, Eugene McCarthy completó las primarias presidenciales de Nuevo Hampshire con tan solo 350 votos menos, demócratas y republicanos, que los obtenidos por el presidente titular. A las pocas semanas de ocupar la mesa de McNamara en el Pentágono, Clark Clifford, buen amigo de Johnson y antiguo partidario de la guerra, ya se había sumado a las filas de los escépticos. El 25 de marzo, los «Sabios ancianos» —incluidos George Ball y Henry Cabot Lodge, así como los generales Ridgway, Taylor y Bradley— se reunieron por invitación del presidente, para recibir la información más reciente, y luego plantearon sus propias recomendaciones. Dean Acheson se encargó de comunicar el cambio de opinión en nombre del grupo: en su mayoría, ya no creían que la guerra se pudiera ganar. Solo Abe Fortas, Max Taylor y Omar Bradley defendían seguir luchando.

El 31 de marzo, Lyndon Johnson se dirigió a la nación con un discurso televisado que empezaba diciendo: «Buenas noches, compatriotas de Estados Unidos. Esta noche quiero hablaros de paz en Vietnam ... el tema que más preocupa a nuestro pueblo». Anunció un cese unilateral de los bombardeos, pasado el paralelo 20, y su firme voluntad de entablar negociaciones. Algo antes, cuando el autor del discurso, Harry Macpherson, vio al presidente revisando el borrador, le preguntó a un colega de la Casa Blanca: «¿Piensa decir *sayonara*?». Sí, era su intención.

Johnson concluyó el discurso televisivo afirmando: «No buscaré, ni aceptaré, ser nominado por mi partido para otro mandato como presidente».

Muchos espectadores habían desarrollado un profundo cinismo sobre el jefe de su ejecutivo. Escucharon en silencio, asombrados. Algunos interpretaron que era un truco, un amago, una jugada, una finta. No lo era. Aquella noche, Johnson admitió que su presidencia se había derrumbado; que en su país había completado muchos logros, pero se había hundido en el Gran Barrizal del sudeste asiático. Sus enemigos —por ejemplo íntimos de Kennedy como Arthur Schlesinger— calificaron su decisión de «cobardía política».[61] Entendían que Johnson estaba convencido —como le ocurrió a Harry Truman en 1952, también después de las primarias de Nuevo Hampshire, en tiempos de la guerra de Corea— de que iba a sufrir una derrota, el día de las elecciones presidenciales. Más adelante, Schlesinger citó la explicación que Bill Moyers, exsecretario de prensa de la Casa Blanca, había dado para la «obsesión con Vietnam» de Johnson: «Un matrimonio atroz de ego y nacionalismo, de forma que el propio Johnson se veía a sí mismo como Estados Unidos envuelto en una especie de desafío a su masculinidad».[62] El presidente Eisenhower escribió desdeñosamente en su diario personal: «Me parece evidente que el presidente está en guerra consigo mismo, y que a la vez que intenta defender las acciones y decisiones que ha realizado en el pasado, y que insta a la nación a perseguir esos fines sin tener en cuenta los costes, quiere que lo excusen de la carga de su puesto».[63]

Mucha gente relacionó el anuncio de la abdicación presidencial con las humillaciones derivadas de la ofensiva del Tet. En realidad, hacía varios meses que el presidente contemplaba la retirada. Sin embargo, es indiscutible que Vietnam lo doblegó. Johnson se había convertido en un objeto popular de odio y de befa, en particular entre los jóvenes, debido a los engaños, fracasos y matanzas de las que la mayoría lo responsabilizaban a él, no a los enemigos de la nación. Esto fue una victoria de Hanói; este resultado permitió a Le Duan trepar a lo alto de la nueva montaña de cadáveres creada por su iniciativa —que militarmente era demencial— para ensalzar el Tet como «un golpetazo letal». Nadie parecía tomar en consideración el heroísmo de los estadounidenses que finalmente derrotó a los asaltantes del Tet, las quince Medallas de Honor otorgadas a los que

habían repelido a quienes pretendían ocupar Saigón y perpetraron matanzas colectivas en Hue. Dean Rusk tuvo que reconocer, a su pesar: «[Los comunistas] obtuvieron una victoria política brillante aquí, en Estados Unidos».[64]

Tran Bach Dang, del FLN, dijo que la ofensiva del Tet había sido decisiva a la hora de forzar la marcha atrás de la escalada bélica estadounidense; «esta es la única conclusión posible».[65] Desde entonces, la autoridad de Le Duan, y su reputación histórica, quedaron aseguradas en el seno de su sociedad. El 5 de abril de 1968, el ministro de Exteriores de Vietnam del Norte dijo a Charles Collingwood, que lo entrevistaba para la CBS —Walter Cronkite había declinado un visado de Hanói, con el razonamiento certero de que aceptarlo supondría armar la propaganda para que asestara un golpe al otro bando—, que su país estaba dispuesto a hablar. El presidente eligió a Averell Harriman como jefe de los negociadores estadounidenses. Aunque a la guerra todavía le quedaban otros siete años —¡siete años!— de recorrido, ya no cabía contar con la viabilidad de un resultado: la derrota de Vietnam del Norte.

20

Repetición continua

1. Morir

Acabado el Tet, las fuerzas comunistas parecían hallarse en una fase negativa. Una y otra vez, los estadounidenses y el ERVn atacaron a las unidades del Vietcong, ya castigadas. Cierta mañana, en el delta, un grupo de mando de los guerrilleros entró en el poblado de My Loc, donde chocó con una misión de limpieza estadounidense. Los proyectiles mataron a un chico de diecisiete años, llamado Khang, hijo de un cuadro del Vietcong que escribió: «Estaba sentado junto al cadáver, con el corazón roto, y le hablaba como si aún estuviera vivo: “Descansa en paz, hijo mío, has cumplido con tu deber por la revolución”».[1] En años posteriores, los dos hijos menores también se incorporaron al Vietcong. La madre se encogió de hombros, con la reflexión de que si no luchaban por un bando, el otro los reclutaría y sería peor, porque se encontrarían disparándole a su padre. El cuadro escribió: «No puedo contar la cantidad de mujeres que perdieron a tres, cuatro, incluso siete u ocho hijos e hijas como mártires de nuestra causa».

En mayo de 1968, la OCVnS dio órdenes de lanzar nuevos ataques contra los núcleos urbanos, que fueron acogidas con poco entusiasmo. Los cuadros se quejaron de que no les ofrecían ni refuerzos ni nuevas armas, solo los apremiaban a retomar las misiones de febrero en las que se había sacrificado tanta sangre de los camaradas. A los grupos que atacaban Saigón se los instó a «llevar las llamas de la guerra hasta la misma guarida del enemigo»,[2] pero según el recuerdo de Huynh Cong Than: «Emprendimos la segunda oleada de asaltos del Tet con la sensación de que éramos pelotones suicidas».[3] En la noche del 5 de mayo, las fuerzas del Vietcong que avanzaban desde el norte y el este no pudieron pasar de las

afueras de la capital, donde los estadounidenses y el ERVn las contuvieron; las del este y el sur quedaron atrapadas en combates callejeros que no tardaron en perder. Al séptimo día, dijo Than, «tuvimos que admitir que la situación era sumamente desfavorable ... Todavía no comprendo por qué atacamos las ciudades otra vez, con un equilibrio de fuerzas que se había descompensado tanto en contra de nosotros ... ¿Qué hizo pensar a nuestros líderes que había millones de personas con un fervor revolucionario tal que las predisponía a sacrificarlo ¡todo!? Comprobamos que no era así. Las masas odiaban Estados Unidos y el régimen títere ... pero la cólera no había llegado aún al punto de ebullición».[4] Con el eclipse del Vietcong, el campo de batalla, por parte de los comunistas, pasó a quedar casi exclusivamente en manos del ENv.

Pero los estadounidenses y el ERVn nunca tuvieron una sensación clara de éxito, de que la guerra estaba resultando más fácil. El 20 de junio, el gobierno de Thieu decretó una movilización general. La confianza mutua de los aliados era escasa: a partir de los ataques de mayo, entre los survietnamitas corrió el rumor —difundido por varios cuarteles— de que los estadounidenses se habían apartado a propósito para que las tropas de Saigón estuvieran obligadas a combatir. En palabras de un oficial vietnamita, ya en 2012: «[La gente] decía que la red de inteligencia electrónica de Estados Unidos, tan refinada ... tenía que haberse desconectado para que el enemigo se pudiera infiltrar en la capital con tanta facilidad. Algunos contaban incluso que los helicópteros estadounidenses repartían comida entre los soldados comunistas ... que los camiones de Tierra estadounidenses estaban llevando a las tropas comunistas. Aunque no todos los vietnamitas dieron crédito a aquellos rumores, todavía hay muchos que se los creen».[5]

Cientos de miles de muertes en combate, a partir de 1968, cabe considerarlas como especialmente trágicas porque se produjeron cuando Estados Unidos ya había abandonado la esperanza de vencer y solo combatía para evitar una derrota explícita. A cuantos recordaban la segunda guerra mundial, el relato de Vietnam les desconcertaba. Aunque implicaba movimiento, en su mayoría era circular. No se percibían avances geográficos como pasar de Sicilia a la bota italiana o de Iwo Jima a

Okinawa. El despliegue de poder era espectacular, pero tanto como su aparente impotencia. Pensemos en el 11.º Regimiento blindado de la caballería, desplegado al norte de Saigón. Con sus ingenieros de apoyo, su personal de servicio, de abastecimiento y médico, la policía militar, las operaciones químicas, psicológicas, de transporte, de señales, de inteligencia, de seguridad radiofónica, los equipos de enlace con la fuerza aérea estadounidense, congregaron a un total de 4.600 hombres. El regimiento disponía de cincuenta helicópteros —Huey, Cobra y los aparatos ligeros de observación OH-6A— más cuatrocientos vehículos oruga: carros blindados M-48A2, obuses de 155 milímetros y transportes de personal. Uno de sus oficiales describió el 11.º como «un instrumento magnífico por su organización, equipo e instrucción. Para la segunda guerra mundial».[6]

Creighton Abrams lamentó que tales monstruos fueran incapaces de impedir —por ejemplo— que el Vietcong raptara a veinte campesinos que se negaban a levantar una barricada en la carretera: «No deja de ser triste. Que la gente intente plantar cara un poco ... [y] no seamos capaces de darles seguridad. Siempre me acordaré de un jefe de distrito que dijo: “Nunca deberías recibir abiertamente información de un civil, salvo que seas capaz de garantizar su seguridad”. La norma es buena ... Pero este problema de que nadie puede ver ni oír nada ... es un desastre: solo [VC] que van por ahí cobrando impuestos, llevándose a alguien en silencio ... y pegándole un tiro».[7] Fue un conflicto al estilo del «Día de la Marmota», en el que los enfrentamientos por una porción de hierba de elefante, de selva o de arrozal se repetían no ya mes tras mes, sino año tras año, sin una Andie MacDowell como premio en el último fotograma. Lo único que cambiaba eran los nombres y números de los que sudaban, temían, combatían, morían. El soldado de primera Jeff Anthony dijo: «Te encuentras haciendo lo mismo una y otra vez, en el mismo sitio, con la conciencia clara de que no está sirviendo de nada. Hubo algunos momentos de auténtica tristeza, cuando uno intentaba averiguar qué leches estábamos haciendo ahí».[8] Algo parecido sentía el sargento Jim Stevens: «A veces atacabas una ZA en la que te habías lanzado dos semanas antes: aún veías el rastro que dejaste. Y decías: ¿Por qué no libramos esta guerra como tiene que ser, les damos a esta gente con todo... o nos marchamos?».[9]

En 1968, la presencia militar de los comunistas era especialmente llamativa en las tres provincias survietnamitas más próximas a la Zona Desmilitarizada. La carga principal de combatir contra las cuatro divisiones del ENv allí desplegadas recayó sobre el Cuerpo de la Infantería de Marina de Estados Unidos. En los primeros días de mayo se produjo una batalla que apenas atrajo la atención, pero destruyó uno de los batallones, que sufrió pérdidas más graves que en los tristemente famosos choques de la Colina de la Hamburguesa, un año después. Las fuerzas armadas de Estados Unidos estaban casi al máximo —totalizaban 543.000 hombres—, pero en un rincón septentrional de Vietnam, en un campo de batalla de apenas cinco kilómetros cuadrados, que comprendía un grupo de poblados abandonados, el ENv fue capaz de sacar partido con más eficacia a la violencia. Vale la pena referir en detalle la historia de Daido, como modelo de cientos de batallas similares, más sangrientas que ninguna de las transcurridas en Irak o Afganistán en el siglo XXI, y probablemente más fútiles.

El equipo de desembarco del 2.º Batallón del 4.º Regimiento de marines había emprendido varias acciones notables durante los meses precedentes, a un coste elevado. La unidad contaba con un sector de bravos y valientes —incluso algunos héroes—, pero también con otro de inútiles, parte de los «100.000 de McNamara»: hombres alistados después de que el secretario de Defensa rebajara los requisitos mentales y educativos del alistamiento, para alimentar la demanda insaciable de infantes.[10] El cabo primero James Lashley, artillero de una M-60 que llevaba ocho meses en el monte, pensaba que «lo hacíamos todo sin pararnos a pensar en cómo».[11] Su propia sección, cuando se movía de noche, «sonaba como un rebaño de búfalos de agua con latas en el lomo». La esposa del capellán había pasado a hacer campaña contra la guerra, fervorosamente, y solicitó el divorcio cuando su marido aceptó prestar servicio en Vietnam.

Cuando el capitán Jim Williams llegó para asumir el mando de una de las compañías del 2.º/4.º, encontró que no tenía chaqueta antibalas. Un sargento de suministros le señaló un montón que se levantaba fuera del depósito de cadáveres: «Ahí quizá encuentre una sin sangre».[12] Williams

encontró la nueva unidad «en una condición terrible; habían perdido a muchísimas personas». El movimiento era tan acelerado, entre las rotaciones y las bajas, que los oficiales no podían identificar a todos sus marines: Williams sabía que a su conductor lo apodaban «el Toro», pero no llegó a saber su nombre real antes de que lo mataran. En una acción del 11 de septiembre de 1967, el batallón contabilizó dieciséis muertos y 118 heridos; el 14 de octubre hubo veintiún muertos y veintitrés heridos; en noviembre y diciembre cayeron seis hombres y otros setenta y ocho acabaron en el hospital. Entrada la tarde del 12 de marzo de 1968, una emboscada mató a dieciocho hombres de la Compañía Foxtrot. Al día siguiente otros cinco marines fueron abatidos mientras intentaban recobrar a los muertos, y un cadáver cayó de un helicóptero mientras lo trasladaban a la retaguardia.

Un joven cabo escribió una carta a su familia, en un tono casi histérico, denunciando que a su alrededor estaba muriendo todo el mundo. El padre del chico, preocupado, como era lógico, describió las penalidades de su hijo a su representante en el Capitolio, que solicitó una *Congressional*: una consulta formal del Congreso al Cuerpo de Marines. Bill Weise, el oficial al mando, tuvo que levantarse del catre a las tres de la madrugada para atender una llamada de radio de su división, que le daba dos horas para presentar una respuesta apropiada. Weise hizo venir al encargado de escribir las cartas, que no tardó en romper a llorar y lamentarse: «Lo siento, coronel». En marzo de 1968 el batallón sufrió cincuenta y nueve muertes y hubo 360 heridos, y se atribuyó la muerte de 474 hombres del ENv. Esta última cifra era fantasmagórica, pero Weise había aprendido que, si deseaba mantener el trabajo, se esperaba de él que inflara el recuento de cadáveres.

El comandante del batallón contaba treinta y nueve años, y era hijo de un obrero de un barrio difícil de Filadelfia. Le tocó la fase final de la guerra de Corea, y en adelante se convirtió en *ranger* cualificado, submarinista y maestro de paracaidistas. Había asumido el mando del batallón seis meses antes, cuando su predecesor resultó herido, y desde entonces se había esforzado mucho por recuperar la disciplina y mejorar el estado de ánimo. Dijo: «Había muchas cosas que no funcionaban. A mis hombres les habían dado una instrucción insuficiente: eran descuidados. Cuando pedí un plan

de apoyo de la artillería, el oficial de operaciones no sabía ni cómo ponerse».[13] Weise no era el tipo de militar destinado a dirigir ejércitos, sino un oficial valeroso, decente y consciente, que fumaba cigarros baratos en cadena porque a diferencia de los cigarrillos no brillaban de noche, y vivía algo inquieto por la posibilidad de que su esposa Ethel no estuviera esperándole al regresar, porque se había disgustado mucho cuando él pidió que lo enviaran a Vietnam.

Cuando enviaron a la unidad al norte del río Cua Viet, cerca de la ZDm, los marines quedaron sorprendidos por la rapidez con la que el enemigo tuvo noticia del movimiento, probablemente a través de la interceptación de radio. Hanoi Hannah, la locutora que emitía la propaganda norvietnamita en inglés, anunció que el 2.º Batallón del 4.º Regimiento había subido a la zona, a las órdenes de Bill Weise. Tuvieron la presencia de ánimo necesaria para no inquietarse de más cuando Hannah añadió: «Marines, ¡vais a morir todos!».[14] En la noche del 27 de abril, la mitad del batallón de Weise debía emprender una operación de limpieza contra una unidad del ENv, que se sabía que estaba en las inmediaciones.[15] La Compañía G estaba encabezada por el capitán Robert Mastrion, un hombre originario de Nueva York, bajo y de piel oscura, con gafas, que había ascendido desde las graduaciones de tropa. Contaba veintiocho años, pero solo llevaba un mes con el batallón, y despertaba poco aprecio o confianza entre sus hombres. Un marine afirmó: «Estábamos agotados, pero entonces se presentó este capullo con ganas de "apuntarse unos tantos"».[16] La Compañía Golf descubrió que estaba en problemas cuando una granada explotó a los pies de un hombre. Alguien soltó una exclamación y, a los pocos segundos, un fuego devastador eliminó a ocho hombres del pelotón de cabeza. El sargento de artillería Billy Armer, con fragmentos en la cara y el pecho, repetía en murmullos: «Hijos de puta, me han dado... Hijos de puta, me han dado». Se habían topado con una columna del ENv que cruzaba por el frente: las trazadoras verdes del enemigo chocaban con las propias, de color rojo, entre un caos de gritos y sombras. Mastrion solicitó refuerzos, pero Weise respondió: «Estáis solos», con el temor de que si enviaba a más hombres en medio de aquella oscuridad, los estadounidenses acabarían disparándose unos a otros.

Un auxiliar médico le dijo a Matrion que tenía a un herido en la cabeza que, si no se evacuaba, moriría. A la 1.30, un CH-34 *Sea Horse* llegó con estrépito desde el buque de asalto *Iwo Jima*. Los marines comunicaron por radio que el ENv estaba a cuatrocientos metros de distancia. Se arriesgaron a prender una luz estroboscópica para guiar al helicóptero, pero resultó ser una mala decisión: el enemigo estaba mucho más cerca, y cuando el Sea Horse se posó y empezó a cargar heridos, hubo una explosión atronadora.[17] Un RPG-7 destruyó el parabrisas y el piloto perdió el ojo izquierdo. El helicóptero levantó el vuelo, viró hacia el sur y recorrió unos trescientos metros con dificultad, antes de tomar tierra de emergencia. El copiloto asumió el control y, de algún modo, logró llegar al *Iwo Jima*. Pero el marine herido en la cabeza se quedó en tierra, lanzando gritos incoherentes. Sus compañeros ansiaban que un sanitario le administrara una sobredosis de morfina, pero en su lugar el capitán Mastrion y un pelotón le acompañaron durante las cinco horas que tardó en morir, mientras el resto de la compañía se retiraba.

Al amanecer, el batallón estaba a salvo, pero traumatizado. El cabo Peter Schlesiona, operador de radio, escribió a su familia: «Esta ha sido, sin lugar a dudas, la noche más espeluznante que he pasado aquí en Nam».[18] A Mastrion lo evacuaron con un dolor de espalda insoportable. El mando pasó al capitán Jay Vargas, un estadounidense de familia mexicana, de Arizona, de veintinueve años, al que la Compañía G conocía y apreciaba. Después de experiencias tan intensas, podría haberse perdonado a los hombres de Weise que confiaran en haber cumplido con su cuota de acción, durante un tiempo. Por desgracia, la guerra no abunda en descansos. La división identificó dos batallones del ENv, que se movían por la zona del 2.º/4.º, justo al norte de un afluente del Bo Dieu; este río se usaba para transportar suministros en los once últimos kilómetros que separaban el mar de la gran base logística estadounidense de Dong Ha, levantada en la orilla meridional. El coronel Milton Hull, comandante del regimiento al que Bill Weise pertenecía, sentía un temor enfermizo a que el enemigo atacara Dong Ha. Así pues, diseminó las fuerzas disponibles a lo largo de las orillas del Cua Viet y el Bo Dieu,

creando líneas peligrosamente frágiles. El espionaje suponía que el enemigo podría emprender ese movimiento de ataque coincidiendo con el Uno de Mayo, una festividad señera en los calendarios comunistas.

En realidad, el ENv no era tan ambicioso como para asaltar Dong Ha: aspiraba tan solo a dificultar el tráfico fluvial con cohetes y ametralladoras. El 6.º Batallón de su 52.º Regimiento tenía acceso —lo que no era habitual— al fuego de apoyo de dos cañones pesados situados más allá de la ZDm. Terminaron de cavar los búnkeres —y tender las líneas del teléfono de campaña entre los poblados adyacentes de Daido, An Lac y Dong Huan— a las 5.00 del 29 de abril, veinticuatro horas antes de que el 2.º/4.º de la infantería de Marina estadounidense entrara en sus vidas.[19] El propósito explícito del ENv era provocar el ataque de los norteamericanos, porque entendían que las condiciones los favorecían a ellos.

A primeras horas del 30 de abril, de acuerdo con las órdenes del coronel Hull, las cuatro compañías del batallón de Weise se dispersaron por una gran extensión, a una distancia de hasta once kilómetros, al norte y al este de las posiciones de los comunistas (que, por el momento, aún no habían podido determinar). Desde el tejado de una casa abandonada en las inmediaciones del río, el capitán Jim Williams contemplaba, con unos prismáticos, el enfrentamiento de unas lanchas de la Marina estadounidense con el enemigo de los poblados, en su propia orilla. Hubo una explosión contra el casco de una lancha de desembarco: desde unos quinientos metros, el proyectil de un cañón sin retroceso de 57 milímetros impactó en la barca, mató a un marino e hirió a otros dos. Mientras las patrulleras abrían fuego contra la costa, el convoy dio la vuelta y regresó hacia el oeste, a Dong Ha; la Marina declaró cerrado el Bo Dieu hasta que se hubiera expulsado de allí al ENv.

A las 8.18, el cabo James O’Neill, un francotirador que acompañaba una patrulla de la Compañía H de Williams, avistó movimiento a quinientos metros de distancia, y dijo: «Señor, creo que tenemos a un buen montón de *gooks* ahí delante». El teniente respondió: «Pégale un tiro a uno».[20] Entre las brumas del calor, O’Neill no podía ver con claridad a través de la mira telescópica de su Remington 700; pero después de disparar por dos veces observó una figura sentada en el borde de una trinchera, a la que le faltaba

la mitad de la cabeza. Entonces Williams recibió órdenes de Weise (cuyo código de radio era *Dixie Diner 6*): su Compañía H debía asaltar el poblado de Dong Huan desde el norte, mientras la vecina F atacaba Daido, a unos dos kilómetros por su derecha. En este estadio, el regimiento solo permitía a Weise utilizar estas dos compañías, menos una sección. Aquí tenemos la primera pifia: al enviar a las fuerzas estadounidenses tan divididas y menguadas, el enemigo gozó de superioridad numérica.

F y H reunían a menos de un centenar de hombres cada una, por efecto de las bajas en combate, las enfermedades y los permisos y períodos de descanso. En la orilla, Weise y sus hombres subieron a bordo de una lancha de vigilancia blindada, de poco calado, desde la que podían observar la evolución de las cosas, avanzando despacio río arriba al mismo paso que la infantería por la ribera. Como de costumbre, no había trabajo previo de inteligencia: quizá se encontraban a dos comunistas con un cañón sin retroceso, o quizá a doscientos, o dos mil. La artillería estadounidense de 105 y 155 milímetros empezó a apalear los blancos con proyectiles de humo y de gran poder explosivo. Hacia las 13.30, las secciones de cabeza de H se hallaban cerca de Dong Huan, donde recibieron un fuego muy intenso desde una pantalla de árboles. Cuando Weise informó al regimiento de que el enemigo, a todas luces, tenía una posición poderosa, obtuvo el respaldo adicional de dos carros blindados M-48 y de las naves de Marina. En un grupo de reconocimiento, un hombre disparó una única bala de un M-16 y se quedó pasmado —«¡Por Diosssss Santo!»— cuando vio que su objetivo se desintegraba; no se había dado cuenta del disparo simultáneo de un proyectil de 90 milímetros por parte de un tanque. Los infantes continuaron a rastras hasta las inmediaciones del pueblo, donde se pusieron en pie, formaron una línea con cinco metros de distancia y avanzaron disparando sin pensar.

Algunos comunistas saltaron de los hoyos en los que se ocultaban y echaron a correr, pero otros siguieron disparando. Los marines empezaron a correr, pero Williams —a sus treinta años, este hombre de Minnesota era conocido por su valor— los atrapó e hizo que redujeran el ritmo, pues corrían el riesgo de rebasar sus propias descargas. Entre la cacofonía, por el rabillo del ojo, vio que un enemigo se levantaba de un hoyo próximo y les

lanzaba una granada. Rebotó antes de explotar, derribó al comandante de la compañía y le perforó las piernas y nalgas con multitud de fragmentos. Con un dolor insufrible, incapaz de sostenerse en pie, y entre el estruendo ensordecedor de las armas menores y las explosiones, le dijo a su operador de radio que trajera al suboficial de mayor graduación. El hombre se apresuró, encogido para evitar el fuego, y regresó para comunicar que el sargento se negaba a ir: «¡Está en una trinchera y no piensa salir!». Williams insistió: si el cobarde no abandonaba su escondrijo de inmediato el capitán le pegaría un tiro. Otro oficial intervino en defensa del sargento: «Ese chico ha visto mucha acción y ya andaba medroso incluso antes de esto». El mando de la Compañía H pasó a manos del teniente Alex *Scotty* Prescott.

El tiroteo continuó: un sargento derribado por la onda expansiva logró ponerse en pie y, al echarse a correr hacia delante otra vez, estalló una segunda granada que le arrancó de las manos la escopeta, y de la muñeca, el reloj de submarinismo. Cuando se puso en pie y se notó mareado, le pidió a un sanitario que le diera un bofetón; por fortuna funcionó. Los restos de la compañía tardaron quince minutos en abrirse paso a través de Dong Huan, a expensas de sufrir bajas casi a cada paso, por los soldados enemigos que saltaban de los hoyos que dejaban atrás sin detectar. «Joder, había *gooks* muertos por todas partes», dijo el sargento Joe Jones, un negro colosal que asumió el mando de una sección cuando el teniente resultó herido. «Y marines heridos ... Para entonces todo el mundo estaba mezclado, los distintos pelotones de las distintas secciones mezclados por todo el puto pueblo.»[21] El teniente Carl Gibson, que iba un metro por detrás de Prescott cuando llegaron al extremo sur del poblado, cayó muerto de un balazo en la cabeza. Hacía un mes que se había casado y llevaba diez días en Vietnam.

Los supervivientes formaron un perímetro en mitad de una confusión total. Un sanitario lloraba histéricamente sobre un amigo malherido; un sargento palidecía por la gran cantidad de sangre perdida, mientras otro sanitario gritaba: «¡Hay que sacarlo de aquí! ¡Se muere, se muere!». Ningún helicóptero podía tomar tierra; en su lugar acudieron, a las 15.30, unas barcas pequeñas (de tipo *skimmer*) que se detuvieron junto a la orilla algunos cientos de metros al sur del campo de batalla, para aportar

municiones y evacuar a treinta heridos. El coronel Hull apareció de pronto y empezó a interrogar a *Scotty* Prescott. El comandante del regimiento —un hombre pomposo, de una dureza extrema— creía que Weise y sus hombres no exhibían la agresividad debida. Instó al oficial al mando a «pegarse más» al enemigo, ante lo cual el oficial de operaciones protestó: «Estábamos ya tan cerca que el ENv podía abrirle a Weise la panza con un cuchillo».[22] A Williams lo evacuaron en un bote en el que una cantimplora olvidada flotaba en sangre; en parte, la suya propia. A un sanitario de Marina le comunicó una inquietud común a muchos hombres heridos: «Estoy tan atontado que no siento nada. ¿Puedes comprobar si aún tengo las pelotas?»; dentro de su mismo batallón, *Big John* Malnar había perdido un testículo en Corea. El hombre examinó la zona delicada y respondió: «Tienen buen aspecto, creo yo, señor». La conversación resultaría cómica, de no ser terrible.

Los heridos fueron trasladados por aire hasta el *Iwo Jima*, donde las sucesivas oleadas de helicópteros se anunciaban por los altavoces: «Llegada de *eva-medis* ... Llegada de *eva-medis*». Un marine entró en la enfermería del barco, que estaba repleta, y anunció que el 2.º/4.º estaba en problemas y que quien estuviera en condiciones de empuñar un arma debía volver a tierra. Varias figuras vendadas caminaron con rigidez hasta la cubierta del hangar, repleta de materiales y chaquetas antibalas ensangrentadas; se pertrecharon de lo esencial y volaron de regreso, aunque no a la batalla. Aunque los sanitarios que actuaban en campaña tenían buena reputación, esto no se hacía extensivo a toda la cadena médica: entre los infantes corrían noticias de posesiones birladas. A bordo del *Iwo Jima*, cuando a Jim Williams se lo invitó a entregar la pistola, la aferró con fuerza —pese al intenso dolor— y gruñó: «¡Un puto marino no me va a quitar el arma!».[23] Más tarde, sí le entregó el .45 a un marine. Por delante le aguardaban varios meses, hasta que pudo volver a sentarse con comodidad, y todo un año hasta ser de nuevo apto para el servicio.

Al mismo tiempo que Hotel —la Compañía H— se desgastaba para tomar Dong Huan, dos mil metros más al oeste, y ya muy tarde, a las 13.50, la Compañía Foxtrot se acercaba a Daido, dos kilómetros al oeste. Venían del norte, montados en orugas anfibias, sin ninguna idea de qué fuerzas les

aguardaban. Un cohete les alcanzó y explotó contra un vehículo que transportaba a cinco operadores de radio, uno de los cuales cayó a tierra, herido y gritando. Mientras desmontaban y avanzaban, vacilantes, explotaron más RPG. En su mayoría, la compañía se lanzó a tierra a unos cien metros del objetivo; la sección del flanco derecho se quedó en las inmediaciones de un pequeño cementerio.

El comandante de la compañía, el capitán James Butler, que era hijo de un general, contaba veinticinco años y procedía de Texas. Dirigió un ataque con napalm —las latas caían dando vueltas hasta que estallaban y formaban nubes de fuego que de golpe se tornaban negras— a menos de cuarenta metros de uno de los tenientes de F. Este avisó por radio: «Por Dios, ¡qué calor hace aquí! ¡No os acerquéis más!». Después de cuatro horas de tiroteo, Butler informó a Weise de que tan solo le quedaban veintiséis efectivos, y solicitó permiso para retirarse. Weise asintió, pero el grupo todavía tardó dos horas en poder alejarse de la zona, con la cobertura de Phantom y de las ametralladoras de calibre .50 de los anfibios. Estaban muy desalentados. Si el ENv hubiera salido tras ellos, dijo Butler, «era la ocasión perfecta para dejarnos tiesos»; pero no los persiguió.[24]

A las 17.00, la Compañía Bravo del 1.º de marines pasó el río para reforzar al 2.º Batallón del 4.º Regimiento. No se trataba de una unidad feliz: Bravo había sufrido problemas de disciplina, con peleas entre los propios suboficiales, y la demencia de un radiooperador que los había amenazado con una granada.[25] Las orugas anfibias que los transportaban tocaron la orilla junto al poblado de An Lac. Los pasajeros entendían que se dirigían tan solo a apoyar al batallón de Weise, inmerso en la lucha por Daido. Sin embargo, a los pocos segundos de poner el pie en la arena, se hallaron bajo una descarga enemiga a muy corta distancia que mató al comandante, un teniente, un sargento y siete hombres de la tropa, e hirió de gravedad a otros catorce. «Fue un caos total —contaba el cabo primero Doug Urban—. A todo el mundo le dio un pasmo. Dejamos de ser una compañía: éramos solo un grupo de gente tirados en el suelo.»[26]

Norman Doucette, soldado de carrera y veterano de Corea, le dijo a un sargento: «Hay que llegar hasta esos árboles, ¡hay que tomar esos putos árboles de ahí!». El suboficial se negó a moverse. Entonces, cuando

Doucette se inclinaba hacia un lado para inspeccionar un compañero muerto, él mismo cayó herido en la cara y perdió buena parte de la lengua y los dientes. Pasó un rato a solas, convencido de que se desangraba sin remedio, y pensando, con angustia: «A alguien le ha dado por dejarnos tirados aquí para que nos masacren».[27] Un corajudo sanitario filipino se acercó corriendo y lo vendó. Los supervivientes de Bravo acabaron tomando la mitad occidental de An Lac, donde Robert Robinson —un negro de voz profunda, sargento de una sección— se hizo merecedor de una Estrella de Plata por seguir disparando pese a una herida en el hombro, que selló con barro. Su estado era pésimo, sin embargo: solo les quedaba un oficial, un teniente que, aturdido, se quedó paralizado donde se había encogido para protegerse.

Por el volumen del fuego enemigo, Weise calculó que se enfrentaban por lo menos a un regimiento. En realidad, en esa fase solo participaba un batallón del ENv (el 6.º del 52.º Regimiento), cuyos oficiales también sobrestimaron la fortaleza de los estadounidenses y comunicaron que luchaban contra dos batallones de marines con el apoyo de doce tanques.[28] Los comunistas maldijeron la artillería estadounidense, que cortó repetidamente las líneas del teléfono de campaña, aunque causó poco daño a los ocupantes de los búnkeres profundos. En el río, desde su embarcación, Weise estaba disparando un mortero de 81 milímetros mientras *Big John* Malnar —su sargento mayor, un fabuloso veterano de cuarenta y un años, que había participado en la guerra del Pacífico y luego en las batallas de Corea— manejaba una ametralladora de calibre .50. Malnar nunca se casó: el Cuerpo de Marines era su vida. Vieron dos sampanes a cierta distancia de la costa, que quizá fueran de pescadores; pero como parecía más probable que estuvieran espiando para los comunistas, los estadounidenses los sacaron del agua con su artillería.

Cuando la luz desaparecía, Weise transmitió al coronel Hull que a su entender el alto mando no había comprendido la gravedad de la situación: «Sufrimos más de lo que se puede decir. Aquí los malos son incontables y los buenos no somos tantos como ellos».[29] Le dijeron que no era el único que estaba en problemas: unos diez kilómetros al oeste otro batallón libraba un enfrentamiento muy duro y ya había sufrido 144 bajas. El oficial de

operaciones, el comandante *Fritz* Warren, escribió más adelante: «Bill Weise estaba pillado por la mierda por los dos lados».[30] El oficial al mando del batallón obtuvo una aprobación reticente a hacer avanzar su propia Compañía Golf, que a la sazón se hallaba unos tres kilómetros al noroeste. Dos secciones subieron a unos *Sea Knight*, según se les pedía, pero una vez en el aire vieron que su ZA estaba siendo batida por proyectiles y trazadoras norvietnamitas, con lo que Jay Vargas abortó el desplazamiento. Tras tomar tierra de nuevo en la base de la patrulla, le dijo a sus hombres: «Hoy no nos llevan: toca caminar». Para la caminata de tres kilómetros cogieron solo los pertrechos de combate. Entre la oscuridad creciente, los suboficiales tuvieron que gritar para que algunos hombres, exhaustos, siguieran moviéndose. Los comunistas detectaron las largas columnas y, pronto, empezaron a caer en las inmediaciones proyectiles y bombas de mortero. Según el teniente Jim Ferland: «Las tropas estaban a punto de sucumbir al pánico, pero el capitán Vargas mantuvo bien el control».[31]

Aunque el tiroteo menguó durante la noche, tampoco hubo tranquilidad. De vuelta en Dong Huan, el cabo Richard Tyrell tiró de un pie que emergía de un montón de paja; por la sandalia, suponía que se trataba de un cadáver, pero de pronto un soldado del ENv se puso en pie y salió corriendo. Tyrell pudo disparar el M-16 una vez, antes de que se encasquillara, y entonces tomó una pistola de un compañero y la vació contra la figura que huía. Un reemplazo recién llegado orinó en la boca abierta de un comunista muerto, hasta que un colega disgustado lo apartó de un empujón. Weise estalló contra James Butler al descubrir que la Compañía F todavía podía disponer de cincuenta y cinco marines, y no los veintiséis que el oficial había comunicado en apoyo de su petición de retirarse. Weise dijo, más adelante: «En ese punto comprendí que Butler había perdido el control». Otro oficial calificó al tejano con desdén como «un simple Clark Kent agradable, decente, de buenas maneras, que nunca se convirtió en Superman».

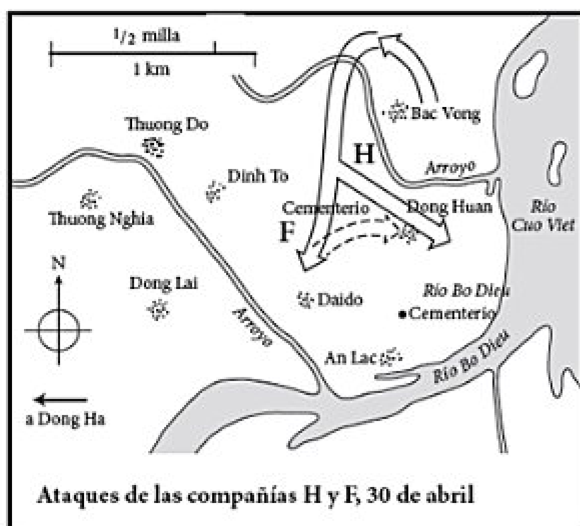
Hubo alarmas nocturnas cuando los soldados del ENv que habían quedado atrapados intentaban huir del perímetro estadounidense. En el vecino poblado costero de An Lac, Bravo encontró que el enemigo le interfería la radio. Weise bajó a la costa para imponer un cambio de frecuencia y una astilla de mortero se le clavó en el muslo. Por encima de

Daido estallaban iluminantes estadounidenses que, por desgracia para ellos, revelaban la posición de los marines a los comunistas, más que a la inversa. Una explosión lanzó a Jay Vargas a un arroyo, y desde entonces marchó y combatió con astillas en la rodilla y la pantorrilla. En el puesto de mando del batallón, se indicó al capitán que las lanchas de desembarco llevarían a los hombres de Golf río arriba, los últimos cientos de metros; pero las embarcaciones no aparecieron porque el comandante se negó a correr el riesgo de una travesía nocturna expuesto al fuego enemigo. Vargas dio una cabezada de media hora y, a la 1.00 del 1 de mayo, dio a sus comandantes de sección la orden de renovar el asalto a Daido.

Al amanecer, una patrulla encontró que el ENv había abandonado el bastión de An Lac, que Bravo tomó, pero a expensas de otras cinco bajas. Dos horas después, los estadounidenses quedaron desconcertados al observar un grupo numeroso de enemigos que se desplazaban por su frente sin orden ni concierto. Batieron la zona con intensidad y Weise afirmó, satisfecho: «Aquello fue como tirar al plato». El ánimo mejoró aún más gracias a los ataques con napalm de dos F-4. El observador de un avión de reconocimiento L-19 *Bird Dog* advirtió a los Phantom por radio: «¡Os disparan! ¡Os disparan!», ante lo que el piloto de un F-4 replicó con sarcasmo: «Bueno, bueno... Me parece justo». En la orilla, la Compañía Bravo comunicó que no estaba en condiciones de avanzar más y, en efecto, aquel día o el siguiente apenas ganó terreno; los supervivientes, traumatizados, no sentían ningún impulso heroico.

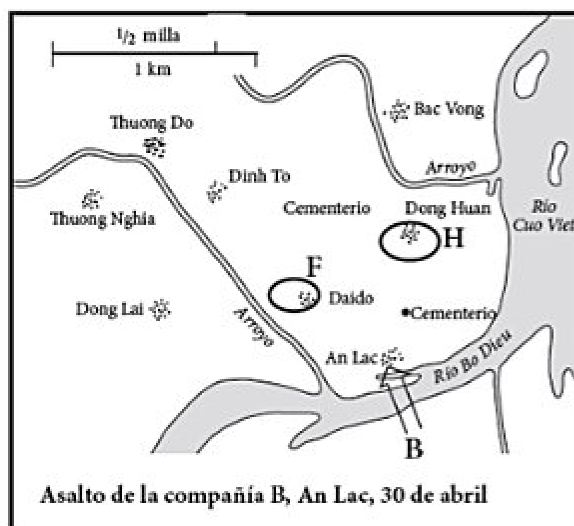
Weise subió de nuevo a la barca y realizó el breve trayecto río abajo para reunirse con la Compañía G. Su nuevo asalto a Daido, con el apoyo de dos tanques, empezó tras un ataque preparatorio de un Skyhawk, a las 12.53. A continuación se desarrolló un acto épico de valor y sacrificio: un ataque frontal que nunca debería haberse producido, a través de más de seiscientos metros de campo abierto. Los comunistas disparaban desde búnkeres construidos sobre pesadas estructuras de bambú, en forma de A, reforzadas con capas de tierra y esteras de arroz. Durante la noche, el 6.º/52.º del ENv había recibido refuerzos: una compañía del 48.º Regimiento, que informó de que la estaban atacando tres batallones de la infantería de Marina con el respaldo de catorce tanques.

Aquel asalto fue una locura, a juicio de muchos estadounidenses, como el cabo Jim Lashley, al que solo le faltaban diecisiete días para terminar su período de servicio y volver a su país: «Tío, esta mierda es demasiado para un *apoco*». El cabo primero James Parkins, de Golf, se encogió de hombros: «Había mucho cabreo, pero no podías decir: "Esto es una estupidez y no lo voy a hacer", porque si no estabas ahí y se cargaban a tu colega, ibas a pensar: "Joder" ... Te callabas lo que pensabas, como mucho murmurabas mientras ibas para adelante».[32] Varios marines habían montado varillas de limpieza, uniendo sus tres partes, y las habían sujetado con cinta a las culatas plásticas de sus M-16, para despejar el cañón cuando se encasquillaran, como en efecto hicieron aquel día. Los estadounidenses habían avanzado unos doscientos metros, entre hierbas secas que les llegaban hasta el muslo, cuando empezaron a recibir los disparos de armas menores; el campo estaba repleto de hoyos con enemigos ocultos en su interior. Lashley recibió un balazo en el brazo izquierdo que le hizo añicos el codo. Durante unos segundos aguantó en pie, pero el dolor lo hizo tambalearse y lo derribó, un dolor que persistió incluso con dos dosis de morfina.



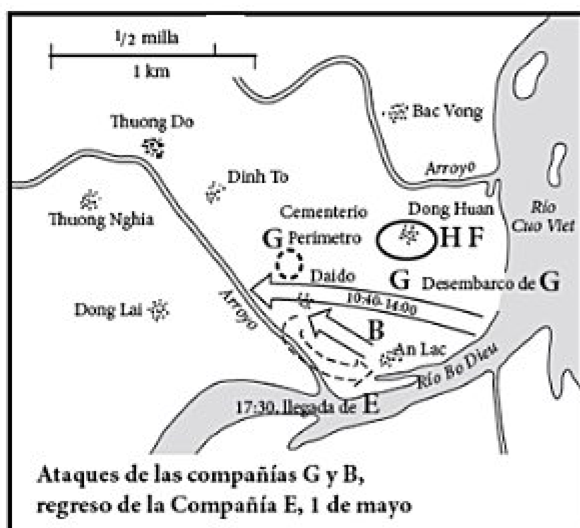
Ataques de las compañías H y F, 30 de abril

Fig. 1



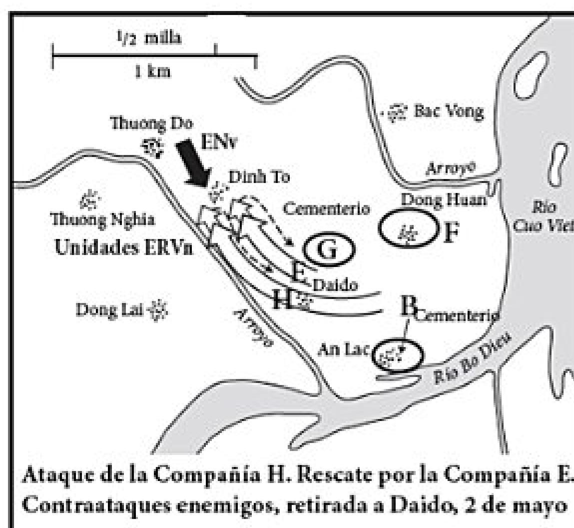
Asalto de la compañía B, An Lac, 30 de abril

Fig. 2



Ataques de las compañías G y B,
regreso de la Compañía E, 1 de mayo

Fig. 3



Ataque de la Compañía H. Rescate por la Compañía E.
Contraataques enemigos, retirada a Daido, 2 de mayo

Fig. 4

La sección del teniente Ferland se paró y se lanzó a tierra. Jay Vargas corrió hacia atrás e instó a los hombres a ponerse en pie y seguir adelante, aunque uno de los pelotones de Ferland contabilizó pronto a dos muertos y seis heridos. La Compañía Bravo, que se demoraba en An Lac, informó por radio de que podían ver a un centenar de soldados del ENv por el flanco izquierdo de Golf. Uno de los carros blindados de apoyo empezó a disparar en esa dirección, dirigido por un marine alzado sobre el vehículo hasta que una explosión lo tiró al suelo. El comandante del tanque se atemorizó y empezó a retirarse. Jay Vargas corrió hasta el vehículo, tomó el teléfono y gritó al comandante del interior que le formaría un consejo de guerra, como

no se quedara. «¡Váyase al infierno!», contestó el tanquista, que pese a todo se quedó el tiempo suficiente para cargar a varios heridos sobre el casco y, entonces sí, se llevó el M-48 del campo de batalla.

El otro carro blindado agotó los sesenta y siete proyectiles de 90 milímetros y también empezó a retirarse. Cuando Vargas protestó por radio, el tanquista replicó que no podía hacer nada más. El marine insistió en que sin lugar a dudas sí que podía hacer más: el efecto moral de un monstruo de hierro en el arrozal es tremendo, tanto para los compañeros como para los enemigos. Weise, que estaba al tanto de las comunicaciones, zanjó la cuestión: el tanque se quedaba. La artillería del ENv cambió de golpe de objetivo, y batió las posiciones de Foxtrot, en vez de las de Golf, hiriendo a ocho hombres. El teniente Ferland, que odiaba su M-16, optó en su lugar por un AK-47 descartado. Algunos marines se habían quedado inmóviles entre la hierba, con la esperanza de que ningún bando los viera.

Golf permaneció en Daido, bajo el fuego de los morteros, durante dos horas, con un constante goteo de bajas. En un momento macabro, un marine se dirigió a la retaguardia cargando a hombros el cuerpo descabezado de un compañero. Entonces los norvietnamitas contraatacaron. Llegaron los ataques aéreos, contra todo lo que los pilotos podían distinguir, por lo que Vargas señaló su posición con humo verde. A las 16.25, sus supervivientes empezaron a retirarse. Tres hombres heridos cojeaban juntos, mientras él y su controlador aéreo avanzado cubrían la retirada disparando sin tregua. G había empezado el día con 150 hombres; en aquel momento, cuarenta y cinco supervivientes se refugiaron en una zanja de drenaje. El ENv afirmó, en tono de triunfo, que había contado trescientos cadáveres de estadounidenses.[33]

A las 17.00, Weise decidió que Bravo entrara en acción. Pero si el ánimo de aquella compañía ya era escaso, empeoró más aún cuando les ordenaron alejarse del camión de las raciones para subir a unas orugas anfibias que se pusieron en marcha antes de que pudieran comer. A unos trescientos metros de Daido, los marines empezaron a recibir fuego y saltaron de los transportes a tierra. El nuevo comandante de la compañía y su operador de radio encabezaron un intento de retomar el avance, hasta que descubrieron que nadie les seguía. Un RPG explotó e hirió de gravedad al

capitán en el hombro. Así pues, Bravo se quedó, como único oficial, con un comandante de sección que era novato y se puso a gritar por la radio, histéricamente: «¡Tenéis que ayudarme! ¡Estamos rodeados, aquí! ¡Están por todas partes! ¡Nos van a matar a todos!». Jay Vargas le respondió con tranquilidad: «Escúchame, Bravo, tómatelo con calma, yo estoy aquí mismo. Estáis bien; encoge las líneas, habla con tu gente y deja de chillar».

Era evidente que, aquel día, la Compañía B no volvería a interpretar ningún otro papel activo. Pese a todo, su breve movimiento distrajo la atención del ENv el tiempo suficiente para que Vargas y el resto de sus hombres se retirasen otros doscientos metros más al este, donde pudieron aprovechar la cobertura de unos túmulos funerarios para reabastecerse de municiones. En el transcurso de la noche siguiente, con la ayuda de la artillería y la iluminación, repelieron varios asaltos del ENv. El propio capitán remató a un soldado enemigo que seguía lanzando granadas aun después de haber resultado herido varias veces.

Poco después de que Bravo se detuviera, la cuarta compañía de fusileros de Weise llegó al campo de batalla; el coronel Hull había permitido por fin su asistencia. Echo estaba liderada por Jim Livingston, un guerrero vocacional, originario de McCrae (Georgia), que no tenía paciencia con los necios, los pusilánimes, los débiles ni los fumadores de hierba, y que solía encabezar carreras de entrenamiento que sus hombres emprendían con la sobrecarga de chaquetas antibalas. «Tuve una madre muy fuerte —contaba Livingston, con placer—. Pobre de mí que no cumpliera con lo que me mandaba. Yo era un tipo muy duro, de verdad. Andaba loco por meterme en la pelea.»[34] El soldado de primera Michael Helms dijo: «Culpábamos al jefe de nuestras penas porque parecía que siempre nos ofrecía como voluntarios. Muchos pensábamos que ganaría la Medalla de Honor o moriría intentándolo. Solíamos gruñir y rezongar entre nosotros que nos iba a matar a todos por el camino, pero desde luego que tenía nuestro respeto».[35] En palabras de Weise, Livingston «amaba con dureza» a sus hombres y era sumamente «inteligente en combate».

El fuego enemigo derribó a varios hombres de la compañía de Livingston durante los tres kilómetros de caminata hacia el sudeste; entre ellos, un sargento al que todos odiaban y se alegraron de perder de vista.

Llegaron a An Lac después de vadear un arroyo profundo formando una cadena con los marines más altos, cuyos brazos entrelazados ayudaban a atravesar la corriente a los hombres más bajos. Livingston, según Weise, «se moría de ganas de ponerse manos a la obra». El georgiano completó pronto su primera misión: cubrir la extracción de los restos de la Compañía Bravo, de la que afirmó: «Aquellos chicos ... de la puta paliza, estaban más muertos que vivos».[36]

Así pues, al caer la noche del 1 de mayo, el 2.º Batallón del 4.º Regimiento de la infantería de Marina estaba inmovilizado ante una unidad comunista de aproximadamente la misma fuerza. El ENv disfrutaba de la ventaja de luchar desde posiciones sólidas, preparadas de antemano. Los estadounidenses, por su parte, contaban con apoyo aéreo y mucha más artillería, pero empleaban tácticas que maximizaban las oportunidades de los comunistas. No se comprende que los mandos superiores permitieran —por no hablar de cuando insistieron en hacerlo— retomar ataques que ya habían costado pérdidas terribles. Nunca hubo ningún signo de que los comunistas pretendieran atravesar el río Bo Dieu hacia Dong Ha. Pero al batallón le ordenaron seguir apretando y los oficiales instaban a mantener la presión.

¿Presión sobre qué, sin embargo? Hoy resulta tan difícil como entonces ver cuál era la ventaja de sostener los asaltos. Aquella tarde del 1 de mayo, en los dos campamentos hubo una discusión intensa y exhausta sobre el día siguiente. El ENv sopesó retirarse, porque era evidente que los marines volverían. Ahora bien, su objetivo era matar estadounidenses, y la situación parecía propicia para tal fin. El 6.º/52.º de la infantería había sufrido mucho, pero el 3.º/48.º estaba casi intacto. A la conclusión de la conferencia del comité del Partido en el campo de batalla, se estableció un nuevo cuartel general conjunto para dirigir los combates del día siguiente, encabezados por el segundo oficial al mando del 52.º Regimiento y el vicecomisario político del 48.º Regimiento.

Weise desembarcó con su grupo de mando y le dijo a Livingston que por la mañana debía reconquistar Daido con su propia compañía, la E, y los restos de la G. Los dos blindados ya no estaban disponibles, pero al batallón se le prometió prioridad en el apoyo aéreo. El 2 de mayo se desarrolló otro

acto épico que le valió a Livingston la Medalla de Honor que ambicionaba e iba a compañar a sus Estrellas de Plata y Bronce. Dio a sus hombres una de las órdenes más raras de la guerra moderna: que montaran las bayonetas. Entonces las dos compañías que él y Vargas encabezaban se pusieron en marcha. A las 7.15, cuando la Compañía E estaba a menos de doscientos metros del poblado, el ENv abrió fuego. Dos secciones de Echo quedaron detenidas, pero la tercera se abrió paso a través de los norvietnamitas, atravesó el poblado y siguió adelante, bajo el fuego incesante del enemigo.

Un marine se avanzó por delante de su línea y recibió, por accidente, un disparo en la espalda de sus propios camaradas, tras lo cual las balas de su bandolera se sobrecalentaron y estallaron. Una chaqueta antibalas le salvó la vida, pero cuando además una AK-47 le rasguñó la barriga echó a correr hacia la retaguardia. Otro marine lanzado cayó de cabeza después de recibir tres balazos en la pierna. El soldado de primera Marshall Serna —un consumidor inveterado de marihuana y cocaína, que obtenía morfina de forma regular por medio de los sanitarios— ganó una Estrella de Plata. Algunos hombres exhibieron valor, pero no todos: a un sanitario que ayudó a un herido a volver a la retaguardia no se lo volvió a ver. Mientras el sargento de artillería Jim Eggleston cargaba a un marine moribundo, pidió ayuda a varios de los hombres refugiados detrás de los túmulos. Nadie se movió; uno se limitó a gritar: «¡Nos están disparando!». Fue una mañana espantosa: después de que un marine quedara atrapado en la zona de estallido de un RPG, sus camaradas vieron cómo una pierna salía volando por los aires.

A las 9.14, Livingston informó de que Daido estaba controlado, a expensas de diez muertos y sesenta heridos: «Echo ha recibido mucho». El ENv había empezado a batir con morteros las nuevas posiciones de Estados Unidos cuando el coronel Hull llegó a bordo de una embarcación. El batallón debía «mantener el impulso», exigió el comandante del regimiento, con severidad, y atacar el siguiente poblado, Dinh To, antes de una hora. Una unidad mecanizada del ERVn, por la izquierda, organizará un ataque simultáneo para asegurar el flanco. Weise sugirió otro plan: asignar una fuerza estadounidense fresca más al norte y obligar al ENv a retirarse hacia Daido, controlado por los marines; en otras palabras, obligar a los

comunistas a salir a campo abierto. Hull desdeñó la propuesta: el ataque recaería sobre la Compañía H. Los setenta y cinco hombres de *Scotty* Prescott salieron a las 9.55, con quinientos metros de terreno descubierto por delante. El teniente Vic Taylor escribió, más adelante: «El día estaba en calma, el calor era intenso. Habíamos engullido tanta agua como nos cabía ... Ahora sudábamos a manta, teníamos los uniformes empapados. Del arrozal seco se levantaban nubecillas de polvo a cada paso. El metal de las armas ardía. El tiroteo había parado. Quizá aquello sería más fácil de lo que yo pensaba».[37]

Pero cuando se vieron rodeados de bananos y una vegetación verde y exuberante, parecía haber enemigos en todas partes, que disparaban desde posiciones protegidas. En un pelotón todos los M-16 se encasquillaron, con lo que optaron por lanzar granadas. Entre una confusión cada vez peor, los hombres intentaron ponerse a cubierto. El ENv estaba tan cerca que Prescott no podía pedir el apoyo del aire o la artillería; a las 12.00 informó a Weise de que Hotel sería derrotado si no recibían refuerzos. Él mismo cayó herido, con la espalda y las piernas inmovilizadas. Se arrastró hasta una cabaña, traumatizado por la idea de pasar el resto de la vida en una silla de ruedas. Taylor asumió el mando y comunicó por radio a Weise que la munición escaseaba y había bajas por todos los lados. Aguantad —le dijeron—, que viene Echo. Después de ser evacuado, Prescott tuvo el enorme alivio de recuperar la sensibilidad de las piernas. Una bala había impactado en la cantimplora, rebotado contra un remache del cinto y destrozado la segunda cantimplora; pero salvo la conmoción y unos moratones de órdago, no había pasado nada peor.

Livingston corrió hacia delante con su «pistola de grasa» —el subfusil M-3 de calibre .45—, en cabeza de Echo. El coronel Hull habló por la red del regimiento para reclamar, en actitud imperiosa, cómo iba el ataque. Ordenó a Weise: «¡Aprovechad la ventaja, aprovechad la ventaja! ¡No os frenéis! ¡Aprovechad que estáis ganando!». A las 13.40, los comunistas contraatacaron en Dinh To, lo cual se tradujo en una refriega letal, casi cuerpo a cuerpo. El arma de Livingston se encasquilló y este la arrojó y la cambió por un fusil. Algunos hombres con las M-16 inutilizadas empezaron a disparar con pistola. Incluso el comandante de Echo, el guerrero

infatigable, se vio obligado a transmitir a Weise: «No podemos seguir aquí y que maten a todos nuestros niños». Empezaron a retirarse, con el ENv presionando con fuerza por detrás. Livingston estaba en todas partes al mismo tiempo hasta que, a las 14.30, cayó herido, con una bala de ametralladora en la pierna y fragmentos de granada en el muslo. Sus hombres quedaron espantados al ver caer incluso a su líder acorazado: «Sangraba mucho y les pedí que me dejaran. Pero dos negros me llevaron a rastras».[38] La caída del capitán precipitó el pánico: él solo se había bastado para mantener la cohesión de los marines, aunque algunos lo maldijeran por la ordalía. Según dijo el cabo Phil Cornwell: «Nos dejaron secos. Quedábamos tan pocos que no parecía real. Los chicos estaban cabreados, corría el rumor de que al capitán le había disparado uno de los nuestros, por habernos conducido a una matanza. Me alegro de que le dieran. Que fuera uno de los nuestros o un *gook*, eso me da igual».[39] La Compañía E estaba en efecto destrozada.

Weise avisó al comandante de su regimiento: «Coronel, se acabó la energía». Pero Hull siguió mostrándose implacable: «Weise, hay que seguir apretando. Hay que mantener la presión». Insistió en que el ataque prometido de la unidad mecanizada del ERVn, por su izquierda, distraería la atención del enemigo. Hull ordenó que el 2.º/4.º —a pesar de que el batallón estaba en ruinas— organizara un nuevo asalto contra Dinh To. Se encargaría de ello la Compañía Golf, con el apoyo de Foxtrot. En total eran cincuenta y cuatro hombres, y no pocos iban armados con AK-47 porque los M-16 habían fallado. En un gesto extraordinario, nacido quizá de la desesperación, Bill Weise eligió encabezar en persona aquella nueva ofensiva. Entre sus integrantes, casi todos llevaban tres noches sin dormir. Entre el hambre y el agotamiento, la mayoría estaban profundamente desanimados.

El movimiento empezó con tranquilidad, pero de pronto los marines recibieron fuego desde la izquierda, el flanco supuestamente protegido por la acometida survietnamita. El operador de radio de Weise se comunicó con el asesor estadounidense, para exhortarlos a vigilar contra quién disparaban. Pero John Malmar exclamó: «Oiga, coronel, no es el ERVn, es el ENv». El ataque survietnamita no llegó a producirse, por razones que nunca se dieron

a conocer, pero por desgracia demasiado habituales en aquella guerra: un fallo de enlace, en el mejor de los casos, en el peor, de voluntad. Así, los estadounidenses recibían fuego desde todos los lados. A las 15.05 iniciaron una breve carga, entre alaridos. Foxtrot, por el flanco oriental, comunicó que estaba inmovilizada y sufriendo muchas bajas. Se suponía que James Butler debía seguir a la Compañía G y atravesar la zona, pero no lo hizo. Luego alegó que estaba cumpliendo órdenes, pero Weise le reprochó que las había entendido mal, ya fuera a propósito o no. El posterior informe del coronel terminó con la carrera de Butler en el Cuerpo de Marines.

A las 16.45, dos compañías del ENv contraatacaron a los supervivientes de Golf; los estadounidenses, inferiores en número, se dieron a la huida, presas del pánico. Un marine dio un codazo a un oficial que vigilaba su frente, para advertirle: «Señor, ¡se largan todos!». Weise y *Big John* Malnar tuvieron que enfrentarse a quemarropa con los enemigos que les iban en pos. Según un marine: «Empezó a desatarse el caos y la gente gritaba: “¡Retirada! ¡Retirada!”». Los hombres que había a los dos lados de Jay Vargas murieron. Un RPG alcanzó a Malnar mientras cubría la retaguardia con una escopeta de corredera, y acabó con esta leyenda solitaria, que había sobrevivido a lo peor que habían podido hacer sus enemigos japoneses, norcoreanos y chinos. Un AK-47 derribó también a Weise, al que dos marines llevaron a lugar seguro. El teniente Judson Hilton abandonó el papel de controlador aéreo y disparó un lanzagranadas M-79 *Thumper* mientras se metía en una trinchera. A un marine lo vieron huyendo desnudo, salvo por las botas de montaña. Jay Vargas resultó herido tres veces, pero siguió ejerciendo el mando durante toda la operación de retirada, por lo que fue condecorado con una Medalla de Honor. En Dinh To, el batallón dejó tras de sí a cuarenta y un muertos.

Durante la noche, el ENv se retiró de Daido, que ocupó entonces otro batallón de la infantería de Marina. Los estadounidenses hicieron balance de los tres días de combate. Según sus cálculos, habían matado a 537 enemigos, por las acciones de la infantería, y otros 268, por la intervención de la artillería y el aire. Los barcos de guerra habían disparado 2.383 proyectiles en apoyo del 2.º/4.º; la artillería, 5.272 proyectiles y 1.147 bombas de mortero; se habían emprendido veintisiete ataques aéreos. El

batallón había perdido a ochenta y un hombres, fallecidos; 297, malheridos y un centenar de heridos leves: la mitad de las bajas se produjeron el último día, el 2 de mayo. Un comandante de sección, que inició la misión con cuarenta y ocho marines, la concluyó con tres. El 30 de abril el batallón disponía de 650 efectivos, más el refuerzo posterior de otros doscientos; solo quedaron 150 marines en condiciones de luchar, dirigidos por *Fritz* Warren, prácticamente el único oficial ileso.

Los comunistas nunca han hecho públicas las cifras de bajas de Daido. La pretensión estadounidense es inverosímil, pero no cabe duda de que en el ENv hubo muchos más muertos que en el 2.º/4.º. En las historias oficiales comunistas hay alguna referencia velada al estado de sus tropas el 2 de mayo: «Nosotros también habíamos sufrido bajas ... La capacidad de combate de nuestra infantería había quedado muy menguada ... [Al 6.º/52.º] le quedaban pocos hombres».[40] Pese a todo, la resiliencia del ENv pone de manifiesto las limitaciones del potencial aéreo y artillado estadounidense frente a las tropas atrincheradas. Jim Livingston estaba impresionado: «No se rendían. Esos cabroncillos sabían ponerse a cubierto. Si los ponías en un búnker, luchaban hasta la muerte».[41] La debilidad fundamental de los estadounidenses en Daido —y muchas otras batallas— consistió en dejarse ver, en mostrarse como blancos vulnerables. El enemigo casi nunca lo hacía.

El ENv se atribuyó la victoria y repartió medallas con la misma prodigalidad que los estadounidenses. Afirmaron haber luchado, el 2 de mayo, contra tres batallones de marines «y una parte importante de la 73.ª brigada aérea de la caballería de Estados Unidos», una fuerza inexistente. Su narración concluye: «Todo el batallón estadounidense, que estaba muy agrupado, se desintegró en completo desorden, con muertos y heridos por montones ... En tan solo treinta minutos, el batallón entero resultó hecho pedazos y más de doscientos cadáveres quedaron en el campo de batalla ... La sangre de los agresores estadounidenses tiñó de rojo el agua del Cua Viet ...[42] En una sola tarde casi quinientos estadounidenses pagaron sus crímenes con la vida».[43] De los diez supervivientes del batallón —aseveraba el historiador comunista—, dos «perdieron la cordura de puro terror». Este relato merece citarse tan solo para ejemplificar cómo el Vietnam del siglo

XXI narra la experiencia de la guerra. Pero las palabras de un infante como Bao Ninh hacen hincapié en un factor compartido por sus camaradas, los *grunts* estadounidenses y los soldados del ERVn: «Algunos son valientes, otros no lo son tanto». A su entender, los soldados norvietnamitas sentían un profundo respeto por la potencia de fuego de Estados Unidos, «por mucho que los estadounidenses no entendieran a la gente».

Transcurrido medio siglo desde entonces, es difícil contemplar Daido si no es como un acto de locura sostenida. Muchos supervivientes del 2.º/4.º fueron de la misma opinión. Un sanitario de veintidós años, *Doc* Pittman, dijo: «Fue absolutamente —*absolutamente*— ridículo, y siempre he sido de la opinión de que habría que haber colgado a alguien».[44] El instinto inmediato de los marines fue culpar a Weise, aunque él mismo pasó tres semanas sin poder caminar y no pudo reincorporarse al servicio hasta un año más tarde. ¿Cómo se lo tomó su esposa Ethel? «Fue amable, más amable de lo que pensaba.» Parece de justicia, en cambio, culpar de lo sucedido al coronel Milton Hull y el general de división Rathvon McClure Tompkins, de la 3.ª división de marines. Es comprensible que, el 30 de abril, estos dos oficiales enviaran a dos compañías a despejar la costa del Bo Dieu, cuando no sabían casi nada de cuántos enemigos había en la zona. Pero resulta extraordinario que, durante todo el 1 y el 2 de mayo, insistieran en sostener continuos asaltos frontales. A juicio de Weise: «No creo que Tompkins llegara a darse cuenta de lo que estaba pasando. Parecía paralizado. El tercer día, cuando nos pidió que siguiéramos, le dije: “Es una estupidez”».[45]

El general Creighton Abrams le dijo en cierta ocasión a su Estado Mayor: «Me pregunto si podríamos organizar el trueque de un par de comandantes de división [con el ENv]: coger a dos de los suyos y darles a dos de los nuestros».[46] La causa aliada no perdería con el cambio, dijo, pensando quizá en Tompkins. Más adelante, Hull afirmó que en Daido los estadounidenses habían combatido contra dos regimientos del ENv. Describió la situación del 2 de mayo con palabras que suponen una parodia de la realidad: «Después de tres contraataques muy potentes, el 2.º Batallón del 4.º Regimiento de marines había sufrido algunas bajas, pero sus tropas

todavía estaban muy bien organizadas, con plena motivación y el deseo de proseguir con el ataque y repeler al enemigo. Sin embargo yo ... creí llegado el momento de dar al batallón un poco de descanso».[47]

La batalla de Daido apenas recibe atención en las historias de la guerra. Weise dijo: «Tiendo a pensar que el Cuerpo de Marines disimuló lo sucedido».[48] Quizá esté en lo cierto. Una parte —mejor dicho: la mayor parte— de lo que salió mal en Vietnam quizá pueda atribuirse con justicia a los políticos que iniciaron el conflicto y lo mantuvieron en marcha. Pero pocos comandantes estadounidenses se cubrieron de gloria y algunos exhibieron una imprudencia de proporciones crimeas; por ejemplo, en Daido.

2. CONVERSAR

Una semana después de que concluyera la acción de Daido, el 10 de mayo de 1968, en el hotel Majestic de París, un equipo estadounidense encabezado por Averell Harriman se reunió con una delegación norvietnamita presidida por un cuadro de nivel meramente intermedio, Xuan Thuy. La elección del enviado comunista debería haber bastado para contener el estallido de euforia que recorrió la comunidad internacional, con la ilusión de que se alcanzaría un acuerdo de paz en unas semanas, en el peor de los casos en unos meses. Aunque Le Duc Tho, el socio más destacado de Le Duan, también estuvo presente, quien encabezó la delegación fue Xuan Thuy. Se constató que los norvietnamitas querían que los vieran conversando, pero sin ninguna urgencia por ningún resultado. Esto confundió al electorado estadounidense, a la vez que, en el campo de batalla, los comunistas seguían procurando erosionar la fuerza y la voluntad de Estados Unidos y Vietnam del Sur: era la política de doble vía, del «conversar/combatir». Una semana tras otra, y luego un mes tras otro, las dos delegaciones se repitieron mutuamente el sonsonete. En París, los estadounidenses no dejaron de insistir en que las tropas norvietnamitas debían abandonar el Sur como parte de una retirada general de todas las fuerzas «extranjeras»; Hanói insistió repetidamente en que debía concederse un papel al Vietcong en un nuevo gobierno saigonés de

coalición. Como ninguna de las propuestas era aceptable para el bando contrario, el resultado fueron tres años de esterilidad diplomática. El hecho de que Lyndon Johnson hubiera anunciado su renuncia a la carrera electoral cercenó las posibilidades de la diplomacia estadounidense, porque potenció el triunfalismo de Vietnam del Norte: la convicción de que, a pesar de la desastrosa condición del Vietcong, la victoria estaba a su alcance. En Washington, el embajador soviético Anatoli Dobrynin tuvo noticia, por medio de su homólogo polaco, de que el primer ministro Pham Van Dong era partidario de que Vietnam del Sur adquiriese la condición de Estado neutral, para poner fin a la devastación. Podía resultar cierto, sin lugar a dudas,[49] pero chocaba de frente con la postura inflexible de Le Duan y Le Duc Tho. Los rusos, ansiosos por ahorrarse la factura del empeño militar del Norte, pidieron a Hanói que suavizara la posición; en vano. Dobrynin escribió: «En Moscú no había menos consternación que en Washington ... En privado ... muchos miembros del politburó [soviético] maldecían a estadounidenses, chinos y vietnamitas por su falta de voluntad de llegar a un acuerdo. Una vez, Brézhnev me dijo, enojado, que no tenía ningunas ganas "de hundirse en las ciénagas de Vietnam"».[50]

La administración estadounidense seguía confiando en que Rusia podría concluir la guerra, si se lo proponía, en particular cuando China se sumergió tanto en los horrores nacionales de la Revolución Cultural de Mao que, en 1969, retiraron de Vietnam a casi todo su personal. Washington instó a Moscú, en múltiples ocasiones, a aceptar un papel como intermediario. Los soviéticos replicaban con cansancio que se trataba de un asunto bilateral, de Estados Unidos con los norvietnamitas. Los estadounidenses eran incapaces de entender —escribió Dobrynin— que por mucho que Rusia deseara la paz, en un contexto en el que China defendía su propia candidatura a liderar el mundo socialista, no podían retirar el apoyo a sus clientes revolucionarios más notables. Moscú estaba tan convencido de que una victoria electoral de Hubert Humphrey acabaría con la guerra, que sus legados suplicaron —sin éxito— a Le Duan que concediera al candidato demócrata una tregua diplomática. El espectro de Richard Nixon llevó a los rusos incluso más allá: en secreto, ofrecieron su apoyo económico a la campaña de Humphrey (una idea que se rechazó educadamente).[51]

En aquel turbulento y ensangrentado año electoral, Estados Unidos estaba dividido como nunca desde la guerra civil. Lyndon Johnson se arrepintió de su abdicación hasta el punto de albergar la esperanza de que, aun con retraso, lo seleccionaran como candidato demócrata. La amargura con la que concebía su propia situación intensificó el desdén —si no directamente desprecio— que sentía por Humphrey, su vicepresidente. Por todo el país, la hostilidad a las fuerzas armadas se convirtió en un fenómeno general y sin precedentes: el comandante de Marina Jim Koltes, que era oficial del Estado Mayor en el Pentágono, prefirió dejar de vestir el uniforme por las calles de Washington, al igual que la mayoría de sus colegas: «Era fácil que te metieras en una pelea».[52] Pero ni siquiera entonces, ninguno de los candidatos presidenciales serios —tampoco Eugene McCarthy o Robert Kennedy— se atrevieron a abogar por una retirada incondicional de Vietnam, es decir: un reconocimiento explícito de la derrota de Estados Unidos. Por otro lado, siguió habiendo algunos partidarios irredentos de la escalada militar, que propugnaban declarar la guerra formalmente a Vietnam del Norte, aunque el Congreso nunca hubiera aprobado tal proposición.

En 1968 los estadounidenses estaban rodeados por la muerte: el martirio de Kennedy y Martin Luther King, e igualmente los disturbios raciales en las ciudades. En lo relativo a Vietnam, el 28 de mayo Michael Minehan, un joven artillero destinado a la provincia de Quang Tri, escribió a su casa: «Estamos en nuestro noveno día de campaña, y no hay mucho que contar porque lo único que hacemos es recorrer las montañas buscando vietnamitas ... Me ha parecido oportuno enviaros unas líneas para deciros que todo va bien».[53] Cinco días después, nada fue bien. En Marlborough (Massachusetts), los padres de Minehan recibieron el siguiente telegrama: «Del comandante del Cuerpo de Marines. Lamento profundamente confirmarles que su hijo ... falleció el 2 de junio de 1968 ... Resultó herido por los fragmentos de un bombardeo aéreo amigo que falló el blanco elegido ... Sus restos serán preparados, envueltos y enviados sin coste para ustedes, en compañía de una escolta, ora a la funeraria ora al cementerio nacional de su elección. Además se les reembolsarán, hasta un máximo de

quinientos dólares, los gastos de funeral y sepelio. Por favor envíen sus deseos al respecto, mediante telegrama a cobro revertido, al cuartel general del Cuerpo de Marines».

Al terminar 1968, tales telegramas habían llamado a la puerta de 16.899 hogares de todo el país —más de trescientos por semana— y los estadounidenses se estaban cansando. El MACV echaba humo porque nadie daba a los comandantes el crédito que los militares creían merecer por haber aplastado primero el Tet, luego el mini-Tet. Robert Komer, el jefe de pacificación, dijo durante una reunión semanal de actualización de los datos de inteligencia, el 29 de junio: «Hemos ganado una campaña y nadie lo sabe».[54] El nuevo caudillo del MACV, el general Creighton Abrams, se mostró de acuerdo y, con el léxico del béisbol, se lamentó de que los medios de comunicación «te eliminan de la carrera antes de que la pelota llegue a la base. El árbitro está ahí fuera, es el jefe del despacho [de prensa], que te envía a la calle y, joder, el jardinero izquierdo todavía no ha lanzado la pelota ... Tenemos a todos los árbitros en contra».

Uno de los oficiales principales del Estado Mayor de Abrams se quejaba igualmente: «Me parece que en París, nuestras maniobras nos han dejado en una mala posición ... Si algo le sale bien al enemigo y es capaz de organizar [una buena] ofensiva, entonces los titulares lo ensalzan por su poder y demás, como hizo en el Tet. Y por otro lado, si por nuestro esfuerzo aquí logramos anticiparnos e impedir la ofensiva, entonces lo ensalzan por renunciar a la escalada».[55] Abrams asintió.

En agosto, los jefes provinciales del FLN y el Vietcong recibieron por radio órdenes de la OCVnS que, con laconismo y arbitrariedad, decretaban que debía producirse una «tercera oleada» del Tet. Las instrucciones tácticas eran, a veces, del todo absurdas: se pedía a los combatientes que —en mitad de Saigón— se ocultaran en túneles y búnkeres, ocultando las excavaciones con tapas de madera que llevarían a tal fin. La orden se canceló con retraso, y se cambió por el recurso a simples ataques de comandos locales. En el resto de la región, varios grupos iniciaron bombardeos esporádicos de las bases estadounidenses, con los cohetes que

habían quedado de los arsenales de febrero. Los ataques de agosto se concentraron en la provincia de Tay Ninh y, en su mayoría, se los rechazó sin complicaciones.

Fueron días malos para el Vietcong. Por todo el delta del Mekong, el intenso patrullaje de las lanchas estadounidenses y survietnamitas, de noche con ayuda de focos, cortó u obstaculizó las comunicaciones de los guerrilleros por ríos y canales. Los guerrilleros carecían de medios para encararse con las nuevas misiones de limpieza. De pronto, los santuarios tradicionales dejaron de ser invulnerables. Muchas unidades tuvieron que dispersarse y, en su mayoría, se retiraron hacia Camboya. Sus bases de ayuda sufrieron ataques repetidos. Se envió a Saigón al mejor comandante de batallones del Vietcong en el delta, Muoi Xuong, para que averiguara el destino de una unidad con la que se había roto el contacto; él mismo halló la muerte al cabo de poco, después de que tropas estadounidenses descubrieran su escondite subterráneo. La deserción se convirtió en un problema endémico en las unidades del Vietcong.

El 31 de agosto, cuando los comandantes del MACV consideraban que estaban teniendo un gran éxito, *Blowtorch* Komer expresó su alarma ante la posibilidad de que Hanói propusiera un alto el fuego incondicional antes de las elecciones estadounidenses: «Los dos candidatos le darían apoyo: "¿Cómo puede estar usted en contra de una tregua? ¡Si es como la maternidad!"».[56] [*] Earle Wheeler le dijo al presidente en octubre: «La valoración de Abrams es sumamente positiva. Si aún no hemos ganado la guerra militarmente, estamos casi a punto de conseguirlo».[57] El jefe del Estado Mayor de la tristemente famosa 9.ª división estadounidense, en el delta, detalló las matemáticas de sus logros de 1968: «La vía idónea era ... la concepción minorista de los resultados operativos —esto es, una gran cantidad de aniquilaciones menores del enemigo—, frente al concepto mayorista. Por ejemplo, tan solo con que cada una de las treinta y nueve compañías [de fusilería] eliminara a un VC al día, el total ascendería a 1.170 mensuales».[58] He aquí un ejemplo vívido de la demencia estadística, el cúmulo de galimatías que se hacía pasar por estrategia.

Pero los hombres que combatieron en Daido; los que vieron cómo se perdían más de cien helicópteros al mes; los que sabían que, en 1968, los comunistas organizaron 1.500 ataques terrestres y el Vietcong, pese a estar deshecho, perpetró 9.400 atentados terroristas que costaron la vida a 5.400 civiles; los conscientes de que, en Navidad, las deserciones del ERVn llegaron a la cifra récord de 139.670; aquellos hombres no pensaban que la guerra se estuviera ganando ni, de hecho, que se pudiera llegar a ganar.[59] El comandante William Haponski escribió: «Mis experiencias son importantes, creo, como reflejo de toda la guerra, ejemplos de lo que aparentaban ser éxitos de Estados Unidos ... Labrábamos lo que parecían ser tierras nuevas, con la esperanza de obtener una buena cosecha; pero en realidad los campos estaban arrasados casi del todo por lo que había pasado antes y en ellos apenas podía crecer nada».[60]

En la compañía de infantería del soldado de primera John Hall, un hombre anunció de pronto: «No pienso volver al combate». Sus camaradas le rogaron y suplicaron que se lo pensara, para no ser expulsado con deshonor; pero él se mantuvo en sus trece: «Me importa una mierda. No quiero morir».[61] Como era de esperar, lo enviaron a la retaguardia para abrirle un proceso disciplinario, pero su caso no fue excepcional, vendrían muchos más. Después de las peleas que se vivieron en las calles de Chicago durante la convención nacional del Partido Demócrata, en agosto de 1968, era difícil convencer a los reclutas de que merecía la pena volar a Saigón a arriesgar la vida en aquella guerra.

La confusión en la que se sumieron los estadounidenses de toda confesión política se reflejó en una carta publicada en el *New York Times* el 2 de septiembre, de un profesor de historia de una zona de interior. Afirmó que, aunque llevaba veinticuatro años inscrito como votante del Partido Demócrata, en las presidenciales de noviembre se proponía abstenerse, porque: «Me parece que un electorado capaz de votar por Hubert Humphrey merece acabar teniendo a Richard Nixon». El candidato presidencial republicano era consciente de que sus posibilidades de victoria pasaban porque una mayoría de los votantes creyera que solo él podía poner fin a la guerra sin exponer a Estados Unidos a una humillación. Permitió que se creyera —aunque la historia surgió de un periodista mal informado, no del

propio Nixon— que contaban con un plan de paz secreto que se desvelaría cuando asumiera el cargo. Tal plan no existía; en realidad solo pensaba aprovechar el temor de los comunistas a que él, el implacable paladín de la Guerra Fría, no dudaría en recurrir a la violencia más extrema si el enemigo se negaba a alcanzar un acuerdo. El 25 de octubre intentó torpedear la intención de Lyndon Johnson de detener los bombardeos, por medio de maniobras secretas y arteras concebidas para frustrar cualquier pacto previo al día de las elecciones; en particular exhortó a Thieu, el presidente survietnamita —a través de *madame* Claire Chennault, la viuda del legendario jefe de la fuerza aérea de China durante la segunda guerra mundial—, que boicoteara las conversaciones de París.

Una semana más tarde, el día 31, en un contragolpe tardío pensado para derribar al candidato republicano, Lyndon Johnson pronunció un discurso televisado para anunciar el cese de todos los bombardeos estadounidenses de Vietnam del Norte. Es improbable que nada de todo esto alterase el resultado de las elecciones, pero es innegable que en enero de 1969, tras superar a Humphrey por menos de un 1 % en el recuento del voto popular, Richard Nixon ascendió a la presidencia de Estados Unidos. Desde aquel momento, la guerra de Johnson pasó a ser la guerra de Nixon. Según escribió en sus memorias, sin embargo: «Ya no se trataba de si [yo] retiraría a nuestras tropas, sino de cómo se marcharían y qué dejarían tras de sí».[62]

21

La herencia de Nixon

1. Un ejército se desmorona

Una tarde, en diciembre de 1968, Frank Scotton entró en el hotel Continental Palace, en Saigón, y observó cómo tres infantes de Estados Unidos, borrachos, insultaban a un grupo de vietnamitas distinguidos. Scotton convenció a sus compatriotas de que abandonaran el lugar, pero uno de los vietnamitas —un senador— preguntaba angustiado: «¿Qué está pasando aquí? ¿Qué está pasando aquí?».[1] El estadounidense respondió que era un síntoma de un país incapaz de defenderse a sí mismo. La joven médica comunista Dang Thuy Tram celebró el Tet de 1969 en compañía de una unidad del ENv que pasó por la zona de su hospital. Su llegada, en el tercer año nuevo que ella pasaba sirviendo en el Sur, le causó un acceso de melancolía, por lo que decidió caminar a solas hacia su cuartel, hacia primera hora de la tarde: «Corre el suspiro de una brisa fresca ... Me paro, con una inmensa tristeza y añoranza. En vez de haberme habituado a la soledad de vivir en un país desconocido, en vez de sentirme alegre por la calidez y amistad de los pueblos ... siento como si fuera mi primer día aquí. Lo único que deseo de verdad es vivir con mamá y papá en nuestro agradable nido familiar ... aún una niña pequeña con ganas de que la mimen».[2] A pocos kilómetros de distancia, miles de sus contemporáneos de ideario capitalista podrían haber sucumbido a estallidos similares de sentimentalismo.

El ascenso de un nuevo presidente estadounidense y el cambio de los comandantes del MACV no se tradujo en cambios directos en las circunstancias del campo de batalla, a juicio tanto de los vietnamitas como de los norteamericanos. El presidente Nixon quería un acuerdo, pero no si se interpretaba como una rendición: en su discurso inaugural de enero ni

siquiera mencionó Vietnam. El doctor Henry Kissinger, que lo asesoraba en materia de seguridad nacional, escribió más adelante: «La cuestión fundamental era mantener la palabra dada a las decenas de millones de personas que, fiándose de las garantías de Estados Unidos, habían ligado su destino al nuestro»;[3] aunque habría sido más preciso que Kissinger escribiera: «que pareciera que manteníamos la palabra...». La guerra siguió costando 2.500 millones de dólares mensuales y más de doscientas vidas de estadounidenses por semana; un tercio menos que en 1968, pero aun así más que en 1967. A lo largo de 1969, las fuerzas norteamericanas consumieron un promedio de 128.400 toneladas de municiones mensuales. En junio, Dan Bullock (de Brooklyn, Nueva York) se convirtió en el estadounidense más joven fallecido en aquella guerra. Tras haber mentido sobre su edad en el reclutamiento, este chaval negro, de catorce años, escribió a su hermana: «Creo que me he unido a los marines en el momento equivocado. Reza por mí, porque no volveré a casa». A los veintiún días de haber aterrizado en Danang, en efecto, el chico perdió la vida cuando los comunistas lanzaron una carga explosiva en el interior de su búnker.

El general Creighton Abrams era un oso despeinado, en comparación con la figura enjuta, de raya perfecta, de Westmoreland. Antigua estrella del fútbol americano en la liga secundaria de Springfield (Massachusetts), y general de brigada con los blindados de Patton durante la segunda guerra mundial, este veterano de cincuenta y cuatro años fue recibido con entusiasmo por los medios de comunicación estadounidenses, como una aportación fresca. No obstante, aunque en teoría el «buscar y destruir» se convirtió en un «despejar y conservar», la llegada de Abrams no se tradujo en ningún cambio de estrategia significativo. El sucesor de Westmoreland comprendió que, si en su país la guerra contaba cada vez con menos partidarios, todo debía hacerse con rapidez. Muchas unidades del ENv y el Vietcong aspiraban a evitar los choques directos con las tropas estadounidenses, por lo cual el enérgico Abrams hizo hincapié en la necesidad de sacar el máximo partido a cada ocasión. Impuso la norma de que todo oficial estadounidense al mando de una compañía (o unidad superior) que perdiera el contacto con el enemigo debía explicar por qué.[4]

Clamó contra Washington, por su exigencia de reducir las bajas civiles: en 1968 el ritmo mensual de salidas de los B-52 contra objetivos de Vietnam del Sur y Laos ascendió a casi el doble que anteriormente —quince mil vuelos— y, en marzo de 1969, los gigantescos aviones lanzaron 130.000 toneladas de bombas. El MACV seguía sufriendo una carestía crónica de inteligencia táctica: según admitió Fred Weyand, las «fuerzas aliadas no disponían de una base de información entre la población local».[5] Ello no obstante, en abril de 1969 Abrams dijo a un periodista: «Cuando hemos mantenido la iniciativa ... nuestra proporción de muertes resulta espectacular».

El más agresivo de sus subordinados —que mostró una indiferencia especialmente infame a los intereses de los vietnamitas— fue el general de división Julian Ewell, un tigre que en la segunda guerra mundial estuvo con las fuerzas aerotransportadas. En 1968-1969 Ewell dirigía la 9.ª división, en el delta del Mekong; luego asumió el mando de la II Fuerza de Campaña. Escribió: «Podemos dejar atrás la idea de conquistar "las mentes y los corazones". En el delta, la única manera de superar el control y el terror del Vietcong es la fuerza bruta».[6] Ewell desmentía los hallazgos del inspector general del MACV, que concluyó que durante los seis meses en los que la formación de Ewell había desarrollado la operación Speedy Express, siete mil civiles habían perdido la vida. En abril de 1969, la extracción ilícita de combustible desde el oleoducto del ejército, al norte de Phu Cat, llegó hasta los 2.750.000 litros al mes; las pérdidas nacionales ascendieron a más de veinte millones de litros. En la conferencia de mando semanal del MACV se estudió cómo castigar ejemplarmente a algunos ladrones. Un oficial protestó: «¡No se puede ejecutar a nadie por un simple robo!».

Ewell replicó: «Chooorrraaadasss».[7] Abrams se mostró incómodo con la posibilidad de una masacre indiferenciada. Ewell alegó: «No estoy de acuerdo con usted, general. Si pillas a una unidad de zapadores minando una carretera y matas a dos o tres, lo dejan. Esa gente puede marcar la diferencia. Y además, que cuando se los pones en fila [los cadáveres], se les corta de raíz el entusiasmo. Así es como abrimos la Nacional 4: matándolos, sin más». Abrams provocó las risas de la mesa al afirmar: «De acuerdo, lo estudiaremos». Aun así hizo hincapié en tener cuidado con los

civiles: «No queremos que los índices de terrorismo de Estados Unidos sean más altos que los del Vietcong». Ewell continuó a la suya, como si nada. El piloto de un Huey artillado estuvo subordinado a uno de los generales de brigada de la 9.ª división, John Geraci, apodado «el Mal Hombre»: «Sus órdenes eran: matad todo lo que se mueva».[8] Geraci utilizaba un bastón de mando con el que gustaba de golpear a los oficiales en el pecho mientras insistía: «¡Quiero muertos!». La 9.ª división perfeccionó una técnica: sellaba una zona con la infantería y luego reventaba el interior con el aire y la artillería. El recuento de cadáveres era espectacular, desde luego, pero ni de lejos se acompañaba de un número similar de armas requisadas, que habría sido el indicador más fiable de que se estaba matando al enemigo real.

El 12 de noviembre de 1969, unos telegramas de Associated Press transmitieron el primer reportaje de un reportero independiente, Seymour Hersh, que indicaban que la 23.ª división había perpetrado una masacre de civiles en My Lai, una población situada a unos pocos kilómetros del mar, en la provincia de Quang Ngai; y que los responsables tendrían que comparecer ante consejos de guerra. Durante los meses y años posteriores se fue sabiendo que, el 16 de marzo de 1968, al menos 504 campesinos de todas las edades y ambos sexos habían sido asesinados —sin provocación— por la Compañía C del 1.º Batallón del 20.º Regimiento de infantería; en su mayoría, en «My Lai 4», un poblado cuyo nombre real era Tu Cong. Se cree que la matanza no provocada de My Lai —conocida por algunos infantes como Pinkville («Villarrosada»)— fue la mayor entre las muchas que la guerra vio, aunque se ha afirmado que las tropas surcoreanas todavía se excedieron más. El capitán Ernest Medina, al mando de la Compañía C, ya había ordenado antes fusilar a sangre fría a dos pescadores apresados en el mar; los hombres de la unidad habían asesinado a otros civiles sin incurrir en la censura de su superior. Violar no merecía ni una corrección disciplinaria. El día antes de la masacre, el capellán Carl Creswell había asistido a una sesión informativa de la división, en la que un comandante dictó de entrada el tono de la obra que iban a interpretar: «Nos metemos ahí y como disparen una sola bala, lo arrasamos todo». Creswell expuso sus

escrúpulos: «Bueno, yo diría que esa no es nuestra forma de hacer la guerra». El comandante se encogió de hombros: «Esta es una guerra dura, capellán».[9]

Esta fue la perspectiva adoptada por todos los oficiales que ostentaban el mando en la región: durante los meses posteriores a My Lai, más incomprensible aún que la masacre fue el encubrimiento institucional. Los comandantes hicieron caso omiso de una información vívida e inmediata, comunicada por un suboficial, el piloto de helicóptero Hugh Thompson, que tuvo la valentía de protestar a viva voz por lo que había visto y siguió haciéndolo *a posteriori*. El teniente coronel Frank Barker, comandante del destacamento especial, quitó hierro al malestar causado por la declaración del 1.º/20.º, que afirmaba haber matado a 128 enemigos pero no había tomado ni una sola arma: «La muerte de esas mujeres y niños resulta trágica pero se produjo en una situación de combate». En marzo de 1969, Ronald Ridenhour, artillero de puerta de un helicóptero, escribió a treinta miembros del Congreso refiriendo atrocidades que le habían contado los compañeros; la misiva provocó un oleaje muy ligero que solo mucho después cobró proporciones de tormenta. En este contexto, el comandante de la 23.ª división Colin Powell —quien con el tiempo sería secretario de Estado— redactó un memorándum para el jefe de la administración militar que encubría completamente los hechos, afirmando que «las relaciones entre los soldados de la Americal [apelativo corriente de la 23.ª división] y el pueblo vietnamita son excelentes». Powell no acertó a entrevistarse con el soldado Tom Glen, un joven de veintiún años, de Tucson, que había escrito a Creighton Abrams una valerosa carta de denuncia sobre las atrocidades de la Americal.

La investigación del asunto de My Lai desenterró pruebas de otros crímenes de guerra cometidos durante el mismo período por la Compañía Bravo del 4.º Batallón del 3.º Regimiento de infantería, por las que nunca se condenó a nadie. Cuando el teniente general William Peers fiscalizó por fin la cuestión —para lo que hubo que esperar hasta noviembre de 1969—, sus conclusiones nombraban a veintiocho oficiales, incluidos dos generales y cuatro coroneles, a los que acusaba de 224 delitos militares graves, que iban desde el falso testimonio y la ausencia de notificación de crímenes de

guerra a conspirar para suprimir información y la participación en los propios crímenes de guerra (o la incapacidad de impedir que se produjeran). Se averiguó que más de cuarenta hombres de los 103 de la Compañía C habían participado en la masacre —sin que un solo infante intentara detenerla— o crímenes paralelos como las violaciones en grupo. Aunque el comandante de la 23.ª división, el general de división Samuel Koster, acabó siendo degradado a general de brigada, el consejo de guerra no emitió ninguna condena por delitos graves, salvo la del comandante de la 1.ª sección, el teniente William Calley, el 29 de marzo de 1971. Y aunque Calley recibió una pena de cárcel, el presidente intervino de inmediato para conmutar la sentencia por un «confinamiento en el cuartel».

Cuando el capitán Medina fue absuelto, el juez le deseó un feliz cumpleaños. De los cinco mil telegramas enviados a la Casa Blanca sobre la condena del achaparrado teniente Calley, la proporción de los que le apoyaban era de cien contra uno. A su vez, el comandante nacional de la asociación de Veteranos de las Guerras Extranjeras se lamentó: «Por primera vez en nuestra historia hemos juzgado a un soldado por cumplir con su deber». Cuando la prensa llevó a los titulares las noticias de My Lai, en noviembre de 1969, Nixon exclamó repetidamente ante un auxiliar de la Casa Blanca: «Esa panda mugrienta de judíos de Nueva York es la que está detrás de todo esto». Durante las marchas, en Fort Benning, los reclutas cantaban: «Calley, Calley, es de los nuestros». La emisora de la AFN en Saigón emitió una y otra vez una canción compuesta por un grupo vocal de Alabama que se hacía llamar «La Compañía C»: «Me llamo William Calley y soy un buen militar / que he jurado cumplir mi deber hasta ganar. / Pero ahora necesitan una cabeza de turco / y sin saber por qué ahora me toca a mí pagar». El MACV acabó ordenando a la radio militar que prescindiera de aquel disco —que vendió 200.000 copias—, pero no pudo impedir que los *grunts* pintarrajearan las paredes de Saigón con un: «Mata a un *gook* por Calley». En septiembre de 1974, un juez federal decretó la libertad condicional de Calley, alegando que el juicio se había visto condicionado por una prensa adversa; así pues, recobró la libertad después de estar confinado tan solo cuarenta y dos meses en el cuartel.

La masacre de My Lai ha terminado por simbolizar lo peor de la dirección de la guerra por parte de los estadounidenses. Al «grupo de presión patriótica» de Estados Unidos no le faltaba razón al afirmar que Calley era un chivo expiatorio. El teniente faltaba a la verdad cuando afirmó que «simplemente cumplía órdenes», pero no habría mentido de haber aseverado que la carnicería reflejaba una cultura de asesinatos arbitrarios y desprecio racial por los vietnamitas, extendida en muchas unidades estadounidenses —y sus comandantes—. La justicia habría requerido enviar a la cárcel a varios altos mandos señalados por el informe de Peers, y en particular a Koster.

Por otro lado, no parece razonable culpar a Abrams —no más que a sus predecesores del MACV— de la incapacidad de ganar una guerra que apenas tenía posibilidades de ganar. Se le encomendó triunfar en el campo de batalla con unas fuerzas que pronto empezaron a menguar. Cumplió con lo que se esperaba de un militar —matar al enemigo—, pero carecía de poder para arreglar una realidad en apariencia incorregible e intratable: la falta de conexión del gobierno survietnamita con su propio pueblo. Con una frontera superior a los 1.500 kilómetros, tras la cual los comunistas contaban con múltiples santuarios, Abrams, al igual que Westmoreland, habría deseado que Washington los autorizara por fin a adentrarse en los territorios de Camboya y Laos. La compañía de camiones de Hak Ly, en Camboya —dirigida por el ENv, con una provechosa participación para el gobierno de Nom Pen—, transportaba catorce mil toneladas anuales de suministros desde el puerto camboyano de Sihanoukville hasta las bases norvietnamitas del este del país.

Abrams se enfurecía al respecto: «Es criminal dejar que estas unidades enemigas engorden aquí al lado ... con viajes gratuitos».[10] Pero cuando sugirió al teniente general Andrew Goodpaster que algún que otro vuelo de los B-52 de la operación Arc Light pasara la frontera —accidentalmente—, el segundo de Goodpaster respondió con firmeza que eso requeriría de la aprobación expresa de Washington. Abrams se enojó todavía más cuando un estudio de la CIA sugirió que una acción militar contra los santuarios

daría pocos frutos. Greg Daddis ha comentado que el cambio en el mando del MACV representaba más una variación retórica que una modificación estratégica.[11] En tiempos de Abrams, las operaciones de la 101.ª división aerotransportada, o los asaltos de mayo de 1969 contra la Colina 937, en el monte de A Shau —que se dio en llamar Colina de la Hamburguesa, a apenas kilómetro y medio de la frontera con Laos—, fueron indistinguibles de muchas batallas libradas durante el mando de Westmoreland.

Otro episodio similar logró notoriedad con *Matterhorn*, la ficcionalización de Karl Marlantes de una parte de su propia biografía. El teniente Landen Thorne —que también era comandante de una sección, como Marlantes, en la Compañía C del 1.º Batallón del 4.º Regimiento de la infantería de Marina— fue uno de los relativamente pocos estadounidenses de clase alta que aceptó servir en Vietnam sin objeciones. Su abuelo había sido marine de carrera; su padre, oficial de radar en el portaaviones *Hornet*, durante la guerra; y Thorne quería descubrir por sí mismo si podría estar a su altura. En los últimos meses de estudio universitario en Yale, este neoyorquino de veinticinco años vio cómo sus compañeros de clase se debatían sobre si ir a la guerra o no, y la mayoría decidían que no: «A medida que iba sabiendo más cosas, me iba preocupando más. Me iba llegando: "Oye, ¿has sabido lo de Charles? Lo acaban de matar". Pero hubo quien tergiversó la vida para evitar el servicio y algunos tardaron muchísimo en sacudirse el sentimiento de culpa».[12] En San Francisco, donde se iba a embarcar, Thorne viajó a la estación de autobús desde el punto de encuentro más elegante de la ciudad, el restaurante Top of the Mark, acompañado por su hermana Julia. Ella se marchó luego a terminar los estudios en Europa, donde acabó haciendo campaña con fervor en contra de la guerra.

En Danang, Thorne y los demás novatos fueron recibidos por una multitud de veteranos cuyo período de servicio había expirado, que dijeron con desaliento: «Bienvenidos al barrizal más verde de la tierra. Lo lamentaréis». Aguardó dos días a que un helicóptero de transporte CH-46 los llevara hasta la Base Auxiliar de Artillería Argonne —una BAA que, combinada con hechos sucedidos en la ZA Mack, dio origen a la Matterhorn ficticia de Marlantes—, donde encontró que la compañía

observaba fijamente al ENv, establecido en una colina a un tiro de piedra de la frontera laosiana. Los norvietnamitas atacaron aquella primera noche: «Se oía el bammm, bammm, bammm de los morteros que iban explorando nuestras posiciones». Thorne se dio cuenta de que se había incorporado a una unidad descontenta: «El oficial al mando intentaba conseguir objetivos irrealizables. Si tienes a tu lado a marines jóvenes, puedes lograr cosas fantásticas. Pero si el liderazgo es pobre, todo resulta mucho más difícil». Desde entonces pasaron varias semanas despejando un cerro próximo, conocido como Neville, en el que Thorne sirvió como observador avanzado de tres cañones de 105 milímetros. Estaba en la posición —defendida tan solo por dos secciones— cuando, en la madrugada del 25 de febrero, doscientos soldados del ENv, pertrechados con sandalias y uniformes verdes, lanzaron un ataque sorpresa a través de la selva, que ascendió hasta su misma alambrada. «Perdimos por tres veces, nos quedamos sin Claymore, no podíamos recibir más suministros por aire, nos batían con morteros de 60 y 82 milímetros.» A los hombres de los puestos de escucha se les decía: «Tumbados y en silencio», con la esperanza de que el enemigo no los descubriera. Estallaron incendios, alimentados por las bolsas de pólvora próximas a los pozos de los cañones, uno de los cuales cayó por breve tiempo en manos del enemigo.

Los zapadores del ENv fueron expulsados tras una batalla de tres horas, en la que a veces se combatió no ya con fusiles y granadas, sino con las propias herramientas de atrincheramiento; pero habían muerto doce marines y dos sanitarios de Marina, y muchos supervivientes sufrieron daños auditivos por las repetidas explosiones a corta distancia. El enemigo siguió hostigando el menguado perímetro de Neville durante varios días, en los que los helicópteros no podían llegar y la munición lanzada en paracaídas cayó demasiado lejos. Thorne estaba tan asustado que perdió el hambre: «La adrenalina era impresionante. Te habías quedado desestabilizado, emocionalmente, porque habías aceptado la muerte. Si luego vives, te has convertido en una persona distinta. En la segunda noche, el problema principal fue la disciplina de fuego, porque todo el mundo estaba muy susceptible. Había tendencia a apretar el fusil o detonar la Claymore. En cuanto oímos movimiento, yo llamé a la artillería». Al tercer día, después

de un doloroso estreñimiento, sintió la necesidad de vaciar los intestinos y, nada más acuclillarse sobre una caja de munición, empezó de nuevo la temida alarma. «Pero en ese momento, si no cago, sí que la palmo de verdad.»

Los ataques fueron amainando. El tiempo seguía siendo demasiado malo para los helicópteros, pero se esforzaron por cerrar los boquetes de la alambrada. Les enviaron una compañía de apoyo, que tuvo que recorrer todo el camino a pie, durante una semana. Solo entonces pudieron llegar los *Sea Knight*. Los sanitarios limpiaron los gusanos de los muertos estadounidenses y lanzaron los cuerpos enemigos por la pendiente: «El ENv se empeñó en que Kart y la Compañía C pasaran sus peores días». A Thorne lo llamaron desde Dong Ha, donde serviría como observador aéreo. Su primer pensamiento fue: «¿Cómo voy a dejaros aquí, chicos?»; el segundo: «¿Qué coño se les ha pasado por la cabeza, en el cuartel general, como para mandarnos aquí?». Las penalidades posteriores del 1.º/4.º —que Marlantes describió tan expresivamente— reflejan la facilidad, no por temeraria menos habitual, de algunos comandantes que no vacilaban en exponer a fuerzas relativamente menores a aprietos que concedían ventaja al enemigo. Los combates de la zona no se extinguieron hasta abril: el coronel del 1.º/4.º, uno de los responsables de sus pesares, se contó entre sus víctimas: pereció por una bomba de mortero. Aunque como de costumbre las pérdidas del ENv fueron muy superiores a las estadounidenses, fueron estos los que concluyeron la acción con sensación de derrota.

Hay una contradicción evidente con el hecho de que los comunistas, más adelante, reconocieron que 1969 había sido su peor año de guerra, medido en bajas y estado anímico. En los montes de la provincia de Quang Ngai, en junio, incluso una persona tan entregada a la revolución como la joven doctora Dang Thuy Tram confesó que tanto ella como sus camaradas estaban agotados y desmoralizados; muchos, sin fuerzas siquiera para comer: «Día y noche nos ensordecen las explosiones de bombas, el estruendo de los reactores y los helicópteros artillados y de evacuación que nos sobrevuelan. El bosque está lleno de cráteres y quemaduras, los árboles

que quedan en pie amarillean por las sustancias químicas tóxicas. Nosotros tampoco estamos bien. Todos los cuadros estamos exhaustos a más no poder».[13]

Bao Ninh, soldado del ENv, describió la «Selva de las almas que claman», una zona en la que se había borrado del mapa a casi todo un batallón: «Por la noche, la selva era un sinfín de susurros y sollozos, de alaridos llevados por el viento ... Se oía a los pájaros gritar como seres humanos. No volaban nunca, solo gritaban entre las ramas. Y en ningún otro sitio de esta Meseta Central podían encontrarse brotes de bambú de un color tan horrible ... En cuanto a las luciérnagas, eran colosales. Aquí, cuando es de noche, los árboles y las plantas gimen con una armonía espantosa. Cuando empieza esa música fantasmal, el alma se desencaja y el bosque parece todo igual, estés donde estés. No es lugar para timoratos. Quien vive aquí puede acabar loco o morir aterrorizado».[14] Los soldados comunistas de la zona levantaron en secreto un altar budista ante el cual rezaban por sus camaradas muertos.

Pero su agotamiento no se acompañó de una sensación de alivio paralela entre los aliados. El general de brigada Phil Davidson, como jefe del espionaje, se quejó con amargura de que Estados Unidos era el campo de batalla «donde el enemigo había obtenido su mayor victoria de 1968».[15] El 15 de marzo informó a Abrams de que el tráfico de camiones por la Ruta de Ho Chi Minh se había reducido. El general amenazó, medio en broma: «Cuidado que no vayamos a ver en esto una nota de esperanza», a lo que Davidson contestó: «Oh, no, señor. Yo he perdido la esperanza *por completo*, señor».[16] Abrams estalló: «*Nosotros* tenemos que defender nuestras bases y las ciudades y las zonas más pobladas. Digamos que *el enemigo* tenía que defender lo que tiene: sus bases, sus zonas, su población. ¡Íbamos a ganar la guerra en un mes! ¡Lo íbamos a echar al mar de una patada en el culo!».[17]

La Directriz 55 de la OCVnS, promulgada en abril, adoptó un enfoque más pragmático e instó a los comandantes comunistas a no poner en juego todas sus fuerzas en una operación dada, «sino preservar el potencial de combate para una futura acción sostenida». Las Directrices 81 y 88, emitidas poco después, identificaron como objetivos del FLB «obligar al

enemigo a aceptar negociaciones con nosotros, retirar las tropas ... aceptar un gobierno de coalición». Las fuerzas comunistas mostraron la energía y agresividad suficientes para generar un flujo constante de bajas entre los estadounidenses y el ERVn, pero mientras que en octubre de 1965 el ENv representaba tan solo una cuarta parte de las fuerzas de combate activas en el Sur, en aquel momento su participación ascendía al 70% y no dejaba de crecer.

En la capital survietnamita, los medios de comunicación habían perdido la confianza de una forma irremediable. Peter Braestrup, que actuó durante cuatro años como director del *Washington Post*, escribió en su escéptico estudio sobre la labor de los corresponsales —en especial en 1968— que la mayoría eran «aventureros y, hasta cierto punto, *voyeurs*. Los mejores también poseían una aguda capacidad de observación e interrogatorio y perspicacia para narrar sus historias», pero se centraban en dramas llamativos como los de Khe Sanh, Saigón o Hue, a expensas de un examen más general, y «cometieron graves pecados de omisión ... En su mayoría, los análisis eran la reacción apresurada de quienes no contaban con toda la información».[18] Tras la saturación informativa del Tet —dijo Braestrup—, el interés de los medios de comunicación globales por Vietnam declinó abruptamente. Aunque cada vez estaba más claro que Hanói había sufrido una derrota importante, esta nueva evaluación apenas tuvo eco. «En el Tet, la prensa gritaba que el paciente se estaba muriendo; unas semanas después empezó a susurrar que al parecer se estaba recuperando, pero estos susurros no encontraron quién los oyera entre la clamorosa reacción nacional a los gritos iniciales.»[19]

Aunque Braestrup estaba estrictamente en lo cierto, ningún logro militar podía dejar atrás el problema de que, aunque muchos survietnamitas odiaban a los comunistas, no por ello amaban a su propio gobierno. La falta de humanidad de Le Duan invita a la repulsa de la posteridad, pero Hanói mantuvo en pie una maquinaria bélica más efectiva —pese a que sus recursos materiales eran de una inferioridad incomparable— que Saigón. Los líderes de Vietnam del Norte, sabedores de que el pueblo estadounidense había perdido la paciencia, estaban preparados para soportar más años de dolor a cambio de una victoria final que, en aquel momento,

parecía asegurada. De hecho, habían causado tantas penalidades a su propio pueblo que no podían permitirse un resultado inferior. Entre tanto, en el otro bando, en la época en que Frank Snepp se incorporó a la base de la CIA en Saigón, en verano de 1969: «No nos preocupaba perder o ganar, sino cómo plantear la última partida».

Había otra cuestión crucial. Independientemente de las victorias tácticas que pudieran lograr las fuerzas de Abrams, el ejército estadounidense se estaba derrumbando por dentro, en un proceso lento, inexorable y letal, que llegó a su punto más bajo en 1973. Lo impulsaban tres factores relacionados, que se reforzaban mutuamente: el abuso de las drogas; las disputas raciales, con la poderosa influencia, en Estados Unidos, del movimiento del «Poder Negro»; y una decadencia de la disciplina y la voluntad de luchar. Según afirmó más adelante un general estadounidense: «Fuimos a Corea con un ejército podrido y salimos de allí con uno excelente; fuimos a Vietnam con un ejército espléndido y terminamos con uno terrible».[*]

A finales de 1968, cuando el capitán Linwood Burney asumió el mando de una compañía aerotransportada, se sintió obligado a instaurar procedimientos de registro, para frenar el consumo de drogas.[20] La policía militar hizo once mil detenciones por esta cuestión, durante el año siguiente; pero el uso de los canutos siguió creciendo, hasta extenderse, en 1971, al 60 % de los infantes. Muchos usaban la variedad extrafuerte que las camareras designaban como «hierba de Buda»: un paquete de porros costaba un dólar. En 1969, solo el 2 % del personal había probado la heroína; al cabo de dos años la cifra se elevó hasta un increíble 22 %, con setecientos adictos registrados. La droga se importaba de la vecina Laos, a través de las compañías aéreas Royal Air Laos y Air Vietnam, y se distribuía por el país en camiones del ERVn. Entre los norteamericanos que se ofrecieron voluntarios para retomar el servicio en Vietnam una segunda o tercera vez, algunos lo hicieron para mantener el acceso a los narcóticos. En 1969 se produjeron dieciséis muertes por sobredosis; en los primeros dieciocho días de 1970, ¡treinta y cinco! Abrams reconoció que no se atrevía a «repartir hostias» —perseguir con especial dureza a los consumidores—, pero sí se esforzó por castigar a los traficantes.[21]

El comandante Don Hudson, al mando de una compañía, conservaba una confianza apasionada en sus soldados y atribuía la mayoría de los problemas a las deficiencias de los oficiales: «Aquí teníamos algunos chavales excelentes, y los jefes, eso pienso yo, los jefes es lo que se los cargó [a algunos, porque] no cuidaban de ellos».[22] Describió problemas con la paga, con las promociones, o el correo, pues a veces pasaba todo un mes sin que llegara una carta: «Era criminal. [El] problema de las drogas no me dejaba dormir ... A la que se mandaban suministros, yo me encontré cápsulas de heroína envueltas en plástico y metidas en las garrafas de agua». Hudson lamentaba que la institución fuera indulgente con la droga, como demostraba un caso en el que atrapó a un soldado con quinientas cápsulas de heroína pura, pero la acusación se desestimó «por falta de pruebas»: «Yo diría que había unos cinco cabecillas que se habían pasado de verdad al lado de los criminales». Una vez se encontró con que un pelotón encargado de una emboscada había pasado tres días en la selva, a tope de maría, «dirigidos por un jefe de equipo lamentable ... Los malos habían empezado a tomar el control. Cuando eliminé a los consumidores empedernidos [y] a los que ganaban dinero con la distribución», las cosas mejoraron.

Los que traficaban replicaron primero amenazando a Hudson, luego intentando desacreditarlo, acusándolo de emborracharse mientras estaba de servicio. Aun así se negó a ceder: «Según lo veo yo, cuando quieren *fraguear* un oficial, lo *fraguean*. No te van a contar cómo. A los soldados les van los ganadores; puedes ser tan duro como quieras, pero si no abundan las bajas, si los cuidas como tiene que ser ... no te preocupes por si les gustas o no». En los últimos años de la guerra, muchos oficiales estadounidenses siguieron mostrando valor frente al enemigo, pero relativamente pocos mostraron el coraje del comandante Hudson a la hora de controlar a sus propios hombres. En el equipo de reconocimiento del soldado Richard Ford —formado exclusivamente por negros— corría una broma privada, según la cual eran Caballeros de la Mesa Redonda. Una noche cierto soldado Taylor, mientras le daba a un porro, empezó a insistir en que un árbol solitario era en realidad la Estatua de la Libertad: «¡Señor Ford! ¡Señor Ford! Ahí está esa zorra, ¿no? Porque el mundo se mueve, ¿o

no? Pues ahora andaremos cerca de Nueva York, porque yo estoy viendo a esa zorra».[23] Sus compañeros tuvieron que sedarlo. La toxicomanía era un problema limitado, en su inmensa mayoría, a los reclutas; pero algunos oficiales y suboficiales padecían un problema similar con la bebida: una minoría notable acabó alcoholizada.

En materia de disciplina, el capitán David Johnson fue asignado a una compañía de infantería en octubre de 1968, y quedó horrorizado al encontrarse con hombres que se negaban a salir al frente, una conducta que no había vivido durante su anterior período de servicio.[24] Después de una operación, unos soldados «se tiraron por el suelo» y se negaron a limpiar las armas y los pertrechos. Los sargentos de sección eran incapaces de dirigir el fuego de los morteros o la artillería, y el capitán no podía confiar en lo que sus hombres harían, o dejarían de hacer, bajo el fuego enemigo: «Muchos dudábamos de si debíamos estar allí. Los soldados se preguntaban sin parar: "¿Aguantaré? ¿Sobreviviré a toda la temporada?". Hablo de mis propios sentimientos y los de la tropa ... La gente hacía cosas raras, de locos. Tuve a un soldado [que] se comió C-4, el explosivo plástico, y se murió ... se cayó en dos metros de agua y se ahogó. En la moral influía mucho ... el hecho de que topábamos con muchas trampas explosivas y apenas con el enemigo. Yo tuve veinte bajas en sesenta días, diecisiete por las trampas, contándome a mí mismo».

En otro lugar, dos pilotos se mataron mutuamente jugando a ver quién desenfundaba el primero la pistola. La fuerza aérea interpretó que se trató de un momento de locura único, hasta que, a los pocos meses, la historia se repitió (en este caso, con un solo piloto muerto). El general que informó del accidente se preguntaba, asombrado: «¿Cómo se le puede ocurrir a alguien hacer eso?».[25] El 20 de julio de 1969, una joven y hermosa cantante australiana —Catherine Anne Warnes, de veinte años— cayó muerta de golpe en el escenario, mientras actuaba para la USO en una base de la infantería de Marina. Fue víctima de un único disparo de una automática de calibre .22, silenciada. Se condenó a un sargento de veintiocho años, James Killen, que habría matado a la chica en un momento de embriaguez,

probablemente con la intención de asesinar en realidad al comandante de su compañía. Killen pasó menos de dos años en la cárcel, hasta que fue absuelto en un nuevo juicio.[26]

El 5 de febrero de 1970 se lanzaron dos granadas al interior del Andy's Pub, un local de reclutas, mientras cantaba un grupo de tres muchachas australianas, las Chiffons. Una explotó, mató a un cabo e hirió a otros sesenta y dos hombres. Luego se supo que algo antes, aquel mismo día, más de veinte marines negros se habían encontrado en la cancha de baloncesto del campamento para abordar supuestos agravios. Un cabo prometió: «Esta noche nos cargaremos a algunos animales [= blancos]». A los negros se los exhortó a no acudir al espectáculo de las Chiffons. En el juicio posterior, la fiscalía dijo: «Esto ha sido un intento deliberado y cuidadosamente planeado de matar a un montonazo de gente ... estrictamente a consecuencia de problemas raciales».[27] Pese a todo, los dos sospechosos principales fueron absueltos, lo que abortó el juicio de un tercero. Nunca se condenó a nadie por las granadas arrojadas a aquel pub.

En todas las guerras ha habido oficiales que, por su impopularidad, morían a manos de sus propios hombres; a menudo en combate, con la excusa de un tiroteo. En Vietnam, sin embargo, se desarrolló una nueva variante de ataques a sangre fría, por lo general por medio de granadas de fragmentación. Precisamente por la técnica, la agresión recibió el nombre de «fraguear» al oficial (*fragging*). La historia de la sección legal del Cuerpo de Marines constata que los ataques «nunca habían sido tan numerosos ni la acción, tan despiadada».[28] Esta narración identificó más de cien incidentes de esta clase,[29] mientras que el ejército de Tierra, entre 1969 y 1971, documentó más de seiscientos *fragueos* que concluyeron con ochenta y dos muertos y 651 heridos. Un psiquiatra que estudió veintiocho casos concluyó que los responsables solían pertenecer al personal de apoyo y que el 87,2 % había actuado borracho o drogado. Después pocos mostraron arrepentimiento.

La carestía crónica de oficiales y suboficiales jóvenes y competentes se agravó con la salida de los oficiales de carrera que abandonaron el servicio por desesperación: 148 de los 596 licenciados en West Point en 1965 renunciaron a sus puestos en 1970. El comandante Michael Barry, un

médico reclutado en contra de su voluntad, que trabajaba en el 95.º Hospital de Evacuación de Danang, describió la depresión que le causaba tratar a víctimas del *fragueo*, una tras otra. Además él no creía en la causa: «Estamos apoyando a la gente equivocada». Las drogas representaban un «problema muy grave ... tomaban una heroína demasiado pura, como del 80%, en comparación con lo que les vendían en Estados [Unidos], que era del 5 %». Un día, seis sanitarios negros trajeron a un compañero muerto. Según Barry: «Habían estado celebrando una fiesta de la heroína. Estaban tan flipados que nadie se dio cuenta de que [aquel otro] había dejado de respirar».[30]

En Navidad, el general al mando de la 101.ª división aerotransportada felicitó las fiestas a un soldado negro que rechazó la mano tendida. La sección que Landen Thorne heredó era «un caos total y absoluto. Eran buenos chicos, pero se habían separado en tres grupos según la raza: todos los negros en uno, los sureños blancos en otro, los chavales de ciudad en el tercero. Yo los mezclé otra vez. Fue una época peligrosa —días en los que bien te podían *fraguear*—, pero el sargento de la sección lo resolvió. Esas secciones y compañías se convirtieron casi en bandas callejeras, muy unidas. Los nuevos eran vulnerables, sobre todo los tenientes».[31] Los negros, que suponían el 13 % de la infantería de Marina, fueron los acusados en la mitad de los consejos de guerra de Vietnam. No hay razón para suponer que esta desproporción era fruto de una victimización racial; más bien reflejaba la gravedad de la alienación de los negros.[32] Los índices de deserción fueron los más elevados de la historia moderna: el doble que en Corea, casi el cuádruple que en la segunda guerra mundial. En 1969 había unos 2.500 militares absentistas desperdigados por el país, en su mayoría dedicados a la delincuencia. El historiador de los letrados del ejército describe el peso extraordinario que fue adquiriendo su función: «Los auditores de guerra ... lidiaron con ... una población militar acosada por la toxicomanía, los conflictos raciales y la tendencia al amotinamiento».[33]

En febrero de 1969, el sargento de artillería Joseph Lopez regresó a Vietnam para prestar servicio por tercera vez, y quedó horrorizado por la indisciplina imperante: «Le dices a un hombre que ponga bien la manta y el

tipo te mira como si te fuera a matar ... Nunca había visto a nadie dirigirle a un suboficial superior la mirada que estos jóvenes nos están dirigiendo hoy».[34] Entre abril y septiembre de aquel año, el comité de vigilancia de la tensión racial anotó un promedio de un «disturbio grave» al mes en la zona de operaciones del Cuerpo de Marines, y un número mucho mayor de incidentes menores.[35]

El sargento Harold Hunt —el soldado negro de Detroit herido de gravedad cerca de Cu Chi en 1966— había insistido en continuar en la infantería y en mayo de 1969 lo enviaron de nuevo a Vietnam. Las viejas heridas le molestaban de vez en cuando, pero su condición física era fuera de lo común y se ejercitaba con dureza. De vuelta al país, le sorprendió lo mucho que había cambiado todo: «Los soldados eran distintos. En mi sección había un 50 % de reclutas. Tenías el conflicto racial, la droga, la indisciplina. Era difícil liderarlos: dar a la gente una orden y que la cumplieran sin más».[36]

Hunt no podía ser más distinto de la mayoría de los soldados negros de aquel momento y lugar, porque su lealtad se dirigía, de forma inequívoca, al ejército, no a ningún hermano del alma. Después de decirles, con todo rigor, que no pensaba tolerar ninguna tontería —y en especial, nada de porros en campaña—, un día se encontró una nota en la puerta de su caseto: «A LOS HIJOPUTAS COMO TÚ LOS FRAGUEAMOS». De un modo u otro, Hunt no murió en el intento, pues convenció a los hombres de que tendrían más probabilidades de sobrevivir si le hacían caso. «Pero ya no me preocupaba lo mismo que los otros años. No estaba allí para defender la libertad de Vietnam del Sur, sino para seguir con vida, yo y mis hombres.» El marine de carrera Walt Boomer afirmó: «La cuestión racial estuvo a punto de destruir la integridad del ejército de Tierra y el Cuerpo de Marines. Fue algo feo, feo, muy feo: podía hacer pedazos una unidad. Siempre decíamos: un marine es un marine. Pero de pronto los marines negros no solo estaban descontentos, sino cabreadísimos por estar en Vietnam».[37]

Andrew Freemantle, que era oficial de las fuerzas especiales australianas, creía que los mejores estadounidenses eran «buenos de verdad», pero como muchos otros contempló con horror la indisciplina de la que fue testigo en 1970-1971: «Incluso en algunos campamentos de las

fuerzas especiales veías a la gente fumando hierba y colas de mujeres en la puerta».[38] El teniente Tim Rohweller dirigía una compañía del 3.º Batallón del 9.º Regimiento de la infantería de Marina. Resuelto a reforzar la disciplina, se mostró muy impaciente con los hombres que buscaban excusas para quedarse en la base y no participar en las misiones. El soldado Reginald Smith y otros negros llegaron a la conclusión injustificada de que el teniente era culpable de un número innecesario de muertes en combate. Entrada la noche del 20 de abril de 1969, mientras Smith y sus colegas fumaban maría en su caseto, el marine anunció que «pensaba liquidar a ese hijodeputa en cuanto caiga [dormido]». A las 2.10 de la madrugada, una granada de fragmentación estalló bajo el catre de Rohweller, que sufrió múltiples heridas que al día siguiente le costaron la vida. Uno de los compañeros de Smith declaró más adelante que el marine había regresado al caseto exhibiendo el pasador y diciendo: «Me he cargado a ese hijodeputa. Ahora no podrá joder a nadie más». Smith fue condenado a cadena perpetua y murió en la cárcel, después de haber pasado allí trece años.[39]

Un día, un capitán blanco le preguntó a un soldado negro, apellidado Davis, qué clase de coche pensaba comprarse cuando volviera a Estados Unidos. Davis respondió: «Yo es que no pienso tener coche, señor. Lo que tendré es una gasolinera Exxon para regalarles gasolina a mis hermanos... ¡y que acaben de incendiar lo que queda!».[40] Tanto blancos como negros se desternillaron de risa con el chiste, que, si pensamos en el trasfondo de la amenaza real, no tenía nada de divertido: a dos comandantes blancos les pegaron un tiro por ordenar a negros que bajaran la música.

El maltrato racial iba en las dos direcciones. Los blancos describían a los negros como *maumaus*, por la rebelión keniata, los animalizaban como *caribús* o *mapaches*, los cosificaban como *brownies*, usaban el viejo despectivo *spook*, aplicado también a un espectro. Un cirujano lucía, para provocar, una camiseta identificada con los valores sureños: la de los Ole Miss Rebels, de la Universidad de Misisipi.[41] Por su parte, John Hall, de los Apalaches —al que su sección apodaba *Hillbilly*—,[*] estaba molesto con su sargento negro, que a su juicio no tenía tiempo para los chicos blancos del Sur. Aquel mismo suboficial se quedaba siempre en la retaguardia cuando se adentraban en la espesura, y una vez Hall le replicó con dureza: «¡No me

vengas con memeces, negrata! ¡Toda una vida en el ejército, pero no eres lo bastante hombre para ponerte en primera línea!». Hall añadió una idea común a la mayoría de las unidades de combate: en las misiones, la hostilidad racial quedaba en suspenso: «Cuando la sección salía de la alambrada, entonces actuábamos en equipo».[42]

El marine negro Jeff Anthony estableció una buena amistad con un colega tejano, *Bojo* Tyler, que le enseñó a disfrutar de la música *country*. En una de sus cartas, Tyler les habló a sus padres de su nuevo amigo. Ellos le respondieron: «¡Ni se te ocurra ir trayéndote negratas cuando vuelvas a casa!». Anthony reconoció que «por mucho que apreciara a este tío, de ningún modo iba a llevarlo a mi casa».[43] El coronel Sid Berry reflexionó sobre la suerte de un compañero, oficial como él, herido de gravedad en combate. Tras describirlo, con un término considerado ofensivo, como un negro de Carolina del Norte, Berry se lamentó: «Me pregunto si algunos blancos, fanáticos y engreídos, han protestado porque los hijos del negro iban a clase con los suyos mientras el capitán Williams resultaba herido en combate por su país... y el de esos blancos».[44]

Cierto día de 1969, una compañía de infantería volvió a su base de artillería desde «las Quimbambas», con la promesa de un espectáculo de entretenimiento de la USO.[45] En aquella unidad, la tensión racial era tan elevada como en la mayoría. Aquella tarde, frente a un escenario improvisado, los soldados se quedaron mudos al contemplar cómo subía a la tarima Georgie Jessel, a sus setenta y un años, para hacer una farsa de negros —un cantante blanco con la cara pintada— al estilo de Al Jolson en los años veinte. Un soldado expresó su temor a que se desatara una algarada: «No me podía creer lo que estaba oyendo: aquel viejo artista judío y blanco cantando el “Mammy Mine”. Pero lo verdaderamente raro fue ¡que no nos importó!». Blancos y negros estaban simplemente agradecidos por la distracción: «Venía de fuera».

El soldado negro Arthur *Gene* Woodley regresó a casa de Baltimore amargado tras haber prestado servicio, en 1969, con las fuerzas especiales: «Este país nos ha sucedido [*sic*] una gran atrocidad. Mintió. Nos hizo creer, a los negratas ingenuos, jóvenes, atontados, que era una guerra por la democracia y la independencia. Se luchó por dinero. Todas esas grandes

corporaciones ganaron miles de millones con la guerra y luego Estados Unidos se largó».[46] El punto de vista de Woodley fue habitual entre los soldados negros que participaron en los últimos años de la guerra. Pese a los ataques con granadas, el empeoramiento de la tensión racial y la drogadicción, muchos soldados de Tierra e infantes de Marina, tanto blancos como negros, siguieron cumpliendo con su deber, luchando por su rincón en la serie, en apariencia interminable, de los campos de batalla de Vietnam. Pero todos los testigos presenciales tenían claro que, desde 1968 hasta el final de la guerra, la efectividad de las fuerzas del MACV fue menguando sin tregua. Mientras que el enemigo seguía estando allí, cada vez resultaba más difícil convencer a los hombres de Abrams de igualar el compromiso y la pericia bélica de los comunistas, ni siquiera para garantizar la propia supervivencia.

2. *AUSSIES* Y *KIWIS*[*]

Cuando, pasado el tiempo, un historiador sugirió al teniente australiano Neil Smith que, en 1969, al empezar su período de servicio, la guerra estaba sumida en el caos, el exinfante respondió con genuino asombro: «¡Donde yo estuve no había confusión!».[47] Aunque los tres batallones de infantería que sirvieron en el sudeste de Vietnam con armas de apoyo, fuerzas especiales y un contingente de Nueva Zelanda representaron una parte ínfima de las fuerzas aliadas —con un máximo de ocho mil australianos mediado 1969, más 543 neozelandeses—, alcanzaron una reputación notable. Creighton Abrams los consideraba «verdaderamente de primera clase»;[48] más aún, los tenía por las únicas unidades extranjeras competentes: «Para el resto el Tío Sam es cosa de pitorreo».[49] El teniente estadounidense John Harrison hablaba casi con admiración del SAS (fuerzas especiales del servicio aéreo australiano) que mandaba a una compañía de *montagnards*: «Eran increíbles. Guiados por sus suboficiales. No le temían a nada».[50] En el transcurso de la guerra el SAS se atribuyó unas quinientas muertes del enemigo, mientras que, en el transcurso de las operaciones, solo sufrió siete fallecimientos propios; y hablamos de estadísticas creíbles. Eran especialmente hábiles en el movimiento sigiloso;

según afirmó un oficial del SAS, con una mueca de satisfacción: «Siempre los oíamos a ellos —dijo, en referencia al enemigo— antes de que ellos nos oyeran a nosotros».[51]

Un oficial del ERVn escribió que los vietnamitas preferían a los australianos entre todos los aliados, porque eran los más disciplinados en el uso del fuego: «La batalla de Long Tan, de 1966 —en la que los australianos mataron a 257 comunistas y solo perdieron a 18 de sus hombres— demostró que había por lo menos una forma de librar la guerra con éxito».[52] El mismo comandante afirmó que australianos y tailandeses fueron los únicos militares extranjeros de los que nunca tuvo noticia de que los hubieran denunciado por disparar gratuitamente.[53] El teniente australiano Rob Franklin dijo: «Es verdad que la posibilidad de matar a civiles me preocupaba. Una noche, va un grupo de leñadores y pasa justo por donde estamos emboscados. Gracias a Dios, los chicos no dispararon; me hicieron sentir muy orgulloso».[54]

Pero la partipación bélica del país dividió Australia más profundamente que ninguna otra cuestión de su historia moderna —en ocasiones, creó una escisión tan dolorosa como la que asoló Estados Unidos—. Robert Menzies, primer ministro hasta enero de 1966, desatendió el consejo de sus funcionarios y la oposición del Partido Laborista y envió un contigente modesto porque, como Washington, estaba convencido de que era necesario intervenir allí para detener «el empuje de la China comunista entre los océanos Índico y Pacífico».[55] Se llamó a filas y, poco después de que un segundo batallón australiano llegara a Vietnam, el primer recluta murió; pero no se reveló que el soldado Errol Noack había sido víctima del fuego amigo. Desde el principio, la oposición nacional hizo oír su voz con gran intensidad. Cada año cien mil australianos cumplían los veinte y un sorteo elegía a una décima parte para el servicio militar. Hubo un movimiento de madres contra el reclutamiento, de siglas expresivas: SOS (*Save Our Sons*, «salvemos a nuestros hijos»). Jim Cairos, futuro ministro del gabinete laborista, publicó un libro influyente, *Living with Asia*, que defendía que el país aprendiera a convivir con las revoluciones y los revolucionarios del continente asiático, en vez de luchar contra todo ello. Cuando el 1.º Real Regimiento Australiano (1.º RAR) desfiló por Sídney, entre multitudes de

más de 300.000 personas, una mujer del grupo de protesta se empapó de pintura roja y se lanzó contra el coronel y todos los hombres a los que pudo manchar.

Después de que, en 1967, Gran Bretaña decidiera retirar sus fuerzas armadas al este de Suez, un gobierno australiano traumatizado llegó a la conclusión de que debía reforzar más que nunca los lazos con Estados Unidos. Harold Holt, que sucedió a Menzies como primer ministro, visitó Washington y abrazó materialmente a Lyndon Johnson; también atacó al líder británico Harold Wilson por haber criticado los bombardeos estadounidenses. Aquel mismo año, algo más tarde, Camberra —no sin reticencia— accedió a la solicitud de Washington de que enviara más tropas, y despachó a un tercer batallón de infantería y varios tanques. En cuanto al gobierno de la vecina Nueva Zelanda siempre se sintió incómodo con el asunto de Vietnam. No obstante, cuando Australia decidió participar, los *kiwis* se sintieron obligados a imitarlos. Se les asignó la provincia de Phuoc Tuy, al sudeste de Saigón. La población de la zona, unas cien mil personas, era en su mayoría neutral o partidaria del comunismo; hasta que llegó el ENv, el ANZAC se enfrentó a un batallón móvil provincial del Vietcong, el D445, más dos regimientos regulares. Los anzacs establecieron una base en Nui Dat —lo más lejos posible de cualquier ciudad—, con helicópteros y logística en las cercanías del puerto de Vung Tau.

En Melbourne y Sídney, la oposición llegó a extremos muy notables. Aunque en las ciudades menores y las zonas rurales hubo menos agitación, el sindicato de marinos de Australia se negó a trabajar en los barcos destinados a la zona de guerra. Tras la misteriosa muerte de Harold Holt —que se ahogó en diciembre de 1967— hubo quien sugirió que se había suicidado a consecuencia del estrés que Vietnam le provocaba. Las manifestaciones fueron adquiriendo un carácter violento. La Nueva Izquierda obtuvo un apoyo inesperado entre los jóvenes de un país de tradición conservadora. El Club Laborista de la Universidad de Monash recaudó fondos para el FLN; los Maoístas de Melbourne aplaudieron la Revolución Cultural china; los estudiantes cantaban: «Un bando, bien; un bando, mal: ¡el Vietcong ganará!». Durante un tiempo, los trabajadores de Correos se negaron a procesar las cartas dirigidas a los soldados

australianos. En agosto de 1969, las encuestas predijeron, por primera vez, que una mayoría de los votantes quería que sus hombres abandonaran Vietnam; después de las elecciones nacionales de octubre se retiró a un batallón.

Hasta el último estadio de la guerra, no obstante, los australianos en campaña en Vietnam se vieron poco afectados por los disturbios que se producían en su país; de hecho, apenas los tenían en cuenta. El teniente Neil Smith, hijo adoptado de un jornalero de Perth, dijo más adelante: «No me habría perdido la experiencia por nada del mundo. Es lo que todo profesional ansía. Te quieres poner a prueba. Supongo que todo forma parte de la estupidez de los jóvenes».[56] Los australianos tuvieron que librar algunas batallas muy enconadas: el 12 de mayo de 1968, el 1.º RAR, recién llegado, se desplegó en la BAA Coral, junto con una batería de apoyo, de la artillería neozelandesa. En su primera noche, el batallón tuvo que responder a un ataque sorpresa del ENv, que sus hombres estaban mal preparados para afrontar. Repelieron a los comunistas con morteros y cañones sin miras ópticas; cincuenta y dos hombres del ENv perdieron la vida, por once australianos fallecidos y veintiocho heridos. Tres noches más tarde, los comunistas retomaron el asalto, causaron veinticuatro bajas y perdieron a treinta y cuatro de sus hombres. Los australianos emergieron del enfrentamiento impresionados por el ENv, al que describieron como «una raza distinta» al Vietcong local, con el que solían batirse más al sur. Después de varios años en los que el ejército de Tierra australiano se había enorgullecido de su habilidad para reducir la contrinsurgencia —afinada en Malasia y Borneo, donde casi todo se desarrollaba en el nivel de las compañías—, de pronto sus hombres comprendieron que estaban envueltos en una guerra mayor y cada vez más convencional.

Los *aussies* y los *kiwis* hacían las cosas a su manera: llevaban sombreros chambergos en vez de cascos y un fusil semiautomático de 7,62 milímetros (que preferían al M-16 porque su bala, más pesada, tenía más poder de contención). Algunos hombres hicieron que sus familias les enviaran podaderas, que les resultaban más útiles que los machetes típicos del ejército, a la hora de abrirse paso por la selva. Mientras que en todas las bases estadounidenses se daba trabajo a una hueste de lugareños, para las

labores de cocina, limpieza y lavandería, los australianos no permitían trabajadores vietnamitas en el interior de la alambrada; por razones de seguridad, su propio personal se encargaba de todas las tareas, incluidas las más sucias. Desde su punto de vista, los estadounidenses eran muy descuidados en sus movimientos: en especial, hacían un ruido suicida. Neil Smith, tras pasar la noche en una base de artillería estadounidense, quedó sorprendido al descubrir que los oficiales dormían separados de la tropa, y más asombrado aún por el estruendo: «En una posición australiana, de noche, oirías caer una aguja».[57]

El capitán estadounidense Arthur Carey, que trabajó con los australianos en 1968, admiraba la disciplina con la que manejaban la radio. Si la mayoría de las unidades norteamericanas informaban de la situación cada pocos minutos, «en la radio de mando [australiana] no era infrecuente —valoraba Carey— que pasaran dos o tres horas sin oírse una voz. [Eran] muy tranquilos, por la radio. No recuerdo que dijeran “recuento de cadáveres” ni una sola vez, en todo el tiempo que pasé con ellos».[58] Esta última fue una de las razones por las que, mientras que jóvenes estadounidenses como Carey tenían buena opinión de los australianos, algunos altos mandos no la compartían. Westmoreland lamentaba que sus cifras de muertes eran modestas y creía errónea la práctica de hacer rotaciones de las unidades por el escenario bélico, en vez de ir compensando las bajas con reemplazos individuales. El 7.º RAR recibió una visita del teniente general Julian Ewell, que criticó a la unidad por «patrullar sin descanso ... Hizo hincapié en la importancia de las estadísticas y del recuento de cadáveres. El ambiente de su conversación con [el oficial al mando del batallón australiano] fue frío, autoritario y de desacuerdo. Aquella visita no se recordó con respeto ni afecto».[59] Los australianos concluyeron que Ewell no estaba acostumbrado a los debates francos e informales: buscaba una obediencia incondicional que su nación no era amiga de ofrecer, menos aún en los campos de batalla.

Los éxitos de las fuerzas australianas no obedecieron a exhibiciones de valor suicida, sino a la elección de los momentos idóneos por parte de sus mandos intermedios. En mitad de un tiroteo frente a un sistema de búnkeres del Vietcong, Andrew Freemantle, jefe de una patrulla del SAS, hizo la

siguiente reflexión: «Pensé: si nos ponemos en pie y avanzamos, si hacemos una carga a lo banzái, mucha gente morirá y ¿vale realmente la pena?».[60] Concluyó que era preferible retirarse. Aquella noche, uno de los hombres se acercó al caseto de Freemantle y le dijo: «Jefe, pensábamos que quizá te sientes mal por lo que has hecho. Tienes que saber que lo apreciamos un montón. No estaríamos ahora aquí, si no hubieras dado esa orden». El joven oficial se sintió mejor consigo mismo, aunque esta era la clase de decisiones tácticas que llevaban a algunos generales estadounidenses a calificar de pusilánimes a los *aussies*.

A menudo, los altos mandos australianos gozaban de una imagen menos imponente —entre sus propios compatriotas, al igual que entre los estadounidenses— que los mandos intermedios y la tropa (los *diggers*, como se conoce popularmente a los soldados rasos del país).[61] El general de brigada Stuart Weir, que dirigió la fuerza expedicionaria de Australia en 1969-1970, era una figura tristemente famosa por su dureza y agresividad; sus estallidos de cólera, a juicio del historiador del papel de su país en la guerra de Vietnam, «hicieron que algunos oficiales destacados se cuestionaran su idoneidad». Las operaciones del ANZAC se vieron perjudicadas por una grave metedura de pata de uno de los predecesores de Weir. En enero de 1967, un hombre poco apreciado, el general de brigada Stuart Graham, ordenó pasar de la cautela del acordona e inspecciona a la agresividad del «buscar y destruir», lo que aumentó considerablemente las bajas. A los comunistas les resultaba relativamente fácil eludir las operaciones de búsqueda y destrucción, como hicieron durante la operación Paddington, de julio de 1967, en la que nueve batallones de estadounidenses, australianos y survietnamitas intentaron atrapar a un regimiento del Vietcong. Durante la primavera siguiente, otra gran operación, la Pinnaroo, fue un éxito en la demolición de sistemas de búnkeres y la incautación de armas, pero los australianos sufrieron mucho de resultas de las trampas explosivas. El contingente no reunía el número necesario para despejar el área conocida como «Zona Secreta del monte de Minh Dam», en las sierras de Long Hai, que siguieron siendo un santuario comunista hasta el final de la guerra.

Un australiano describió una operación con palabras que a todo estadounidense le habrían resultado familiares: «Era siempre el mismo patrullaje monótono y agotador, cargar con mucho peso por sendas espinosas, perder el sombrero por quinta vez, perder la cuenta de los pasos, no tener nunca tiempo para hacerte un té, inspeccionar sin descanso lo que los dioses de la infantería calificaban de zonas “de interés” y estar siempre empapado por vadear torrentes y marismas las veinticuatro horas del día».[62]

El general Graham dio una respuesta fatídica a su escasez de tropas: recurrir a la tecnología para separar al enemigo del pueblo y su arroz: una barrera, de trece kilómetros de longitud, que bajaba de los montes a la costa. En la franja de cien metros comprendida entre dos alambradas paralelas los ingenieros pusieron 22.600 minas. Graham ordenó que los australianos patrullaran por un lado, los soldados vietnamitas por otro. Durante unos meses, resultó efectivo: algunas unidades comunistas, sin acceso a otros alimentos, tuvieron que conformarse con las raíces y hojas de la selva. Pero luego se dieron cuenta de que el campo de minas estaba mal vigilado. Los guerrilleros se adentraron en el campo y, con su ingenio habitual, extrajeron varios cientos, que fueron colocando por otros lugares. Durante los años posteriores, los anzacs sufrieron un goteo de bajas por esta causa; se calcula que una de cada diez del total. Un solo batallón experimentó sesenta y cuatro incidentes con minas, de los que cuarenta y ocho se debieron a sus propios explosivos.[63] Vinieron más problemas cuando se dieron cuenta de los fallos del campo de minas e intentaron limpiarlo: los tanques y los ingenieros padecieron tanto que se vieron obligados a abandonar. Por si el desastre era poco, los medios de comunicación de su país lo trataron como un escándalo en sus titulares. Los políticos de la oposición denunciaron que era «un ejemplo trágico de la necedad y futilidad de la participación de Australia en la guerra».[64]

«Extraño lugar, Vietnam —meditaba el teniente Rob Franklin, de Brisbane, que era hijo de un camionero—. En la primera guerra mundial te subías a lo alto de la montaña y sabías que el enemigo estaba allí. Pero en la selva nunca lo sabías. Podías andar semanas sin oír un solo disparo. Era muy difícil mantener el nivel de alerta. Y de golpe se desataba el infierno.»[65] Casi en el primer día de Franklin, una misión de artillería falló

de un modo que podría haber resultado catastrófico: los morteros de 82 milímetros de los que él era responsable cayeron a menos de quince metros de una compañía de fusileros neozelandeses adjunta al batallón. Al teniente, al comprender la gravedad de su pifia, le pareció que envejecía diez años de pronto. «No creo que pueda soportarlo», pensó. Después de una noche de inquietud, le entraron todos los temblores cuando le ordenaron que se presentara ante el comandante de la compañía *kiwi*: «Pero estuvo fantástico, me dijo solo: “Ten cuidado”». Y en adelante, Franklin fue muy cuidadoso.

Aunque su batallón se había preparado intensamente antes de partir de la base australiana, situada en Townsville, entre la espesura vietnamita cambiaron de táctica: «En la instrucción, cuando te disparaban, la ametralladora rompía a la derecha, los fusiles, a la izquierda. Pero después de unos pocos enfrentamientos pasamos a hacerlo muy distinto: los chicos tenían que desplegarse en un frente lo más amplio posible, con las tres ametralladoras de las secciones disparando cien balas cada una tan rápido como podían, como fuego de supresión. Aprendías a bivaquear entre la vegetación más densa que encontraras. Te ibas volviendo más listo y más duro». Algunos acogieron el destino con entusiasmo: uno de los artilleros de mortero de Franklin eligió pasar a una sección de fusilería porque deseaba más acción. Murió al cabo de poco, en un tiroteo, dejando en Australia a una novia embarazada.

A los pocos días de llegar a Vietnam en 1969, cuando contaba diecinueve años, Neil Smith, de Australia Occidental, y otros tres novatos salieron a patrullar con el batallón saliente, para ir conociéndose. Cuando el grupo vivió un breve enfrentamiento, el teniente quedó avergonzado: fue el único que se tiró al suelo del arrozal. En una emboscada nocturna, Smith y sus tres compañeros noveles fueron asignados a la retaguardia, como grupo aparte, sin comunicación con los veteranos de la sección delantera. En medio de la oscuridad, el joven teniente, petrificado, avistó una hilera de ocho soldados enemigos. Se dio cuenta de que había colocado las Claymore tan cerca que ellos mismos quedarían hechos trizas por la onda expansiva, si provocaba la explosión. Por lo tanto, optó por quedarse inmóvil al paso del enemigo, rogando que sus compañeros no roncaran en sueños. Durante

el resto de una larga carrera en el ejército le inquietó el recuerdo de la confusión de aquella noche, una experiencia muy común a miles de jóvenes en ambos bandos.[66]

Smith quedó fascinado por el exotismo de las vistas nocturnas de Vietnam: a lo lejos, los destellos de bengalas o armas de fuego; por todas partes, las luciérnagas. Cuando se tumbaban a dormir, le desconcertaba la diversidad de criaturas que emergían de la tierra. Una vez, mientras estaba cavando, sin camisa, se enjugó el sudor del pecho y soltó un alarido, porque había un escorpión en el pañuelo, que le picó en el pezón izquierdo. En aquel mismo momento se inició un tiroteo, y los sanitarios, con impaciencia, «me pidieron amablemente que *me la tragara*» (un sinónimo, en la jerga australiana, de «calmarse»), porque iba de un lado a otro chillando de dolor. En una carta enviada a sus padres el 31 de diciembre de 1969, describió la tregua de Año Nuevo como «una memez colosal. Para nosotros no hay ninguna diferencia; pero a los *nogs* [vietnamitas] les da libertad para reorganizarse ... En estos momentos me siento bastante triste y solo. Combatir así es una putada. Durante días no pasa nada, pero a la vez sabes que nadie está a salvo de verdad».[67] Añadió que el hedor a gangrena permitió que su unidad localizara a un grupo del Vietcong: «A un pobre diablo le habían volado media cara y se lo estaban comiendo los gusanos».

Aunque tradicionalmente existe cierta tensión entre Australia, el país grande y postinero, y la modesta Nueva Zelanda, a cierta distancia, en campaña los soldados de las dos naciones hicieron causa común, como siempre han hecho. Se contaba que los vietnamitas estaban especialmente aterrados por los soldados maoríes, pues los tenían por caníbales. Las unidades australianas incorporaban a muchos oficiales y suboficiales que habían servido ya en la segunda guerra mundial, Corea o Malasia. También había algunos extranjeros. Neil Smith recuerda el disgusto que le provocaba un sargento mayor, veterano de las Juventudes Hitlerianas, que disfrutaba cualquier oportunidad de liquidar a vietnamitas de cualquier tipo: «Era realmente una mala persona».[68] Si los escuadrones de la RAAF dieron la bienvenida a un grupo de pilotos británicos, por su parte el SAS incluía a un exmiembro de los Alpini italianos y algunos veteranos del ejército británico, entre ellos el teniente Andrew Freemantle, al que ya conocemos.

Tras completar un curso de guerra en la selva, Freemantle estaba impaciente por combatir, en una época en la que sus propias fuerzas armadas no le ofrecían ningún lugar más exótico que Irlanda del Norte: «Escribí a las fuerzas especiales de Sudáfrica, Rodesia y Australia, diciendo: “Soy un experto en matar, ¿tienen trabajo para mí?”».[69] Las tres respondieron positivamente, pero los australianos decantaron la balanza de su lado al ofrecerle un billete de avión de primera clase. Freemantle pasó tres años con el SAS oceánico, uno de ellos en Vietnam, y le encantó: «Era un entorno realmente emocionante para un profesional». Aunque sus camaradas le hicieron sudar la estancia —como es común en la relación de australianos y británicos—, en la selva la relación era buena. Un suboficial enorme apodado *Oddjob* le dijo, para tranquilizarlo: «Ya sabemos que serás el primero en sacar la cabeza y que cuando la caguemos tú tendrás la culpa».

Para Neil Smith no había una diferencia clara en el rendimiento de los voluntarios y los reclutas, en parte porque entre los últimos, pocos fueron a Vietnam sin haberlo pedido: «Si un tipo realmente no quería ir, habría sido una estupidez llevarlo».[70] Algunos veteranos actuaban como pilares de acero, hombres como el sargento primero Hepplewaite, jefe de una compañía del 8.º RAR, que estaba defecando cuando estalló un enfrentamiento. Smith contaba, en tono de admiración: «Antes que subirse los pantalones, se había puesto en pie a dirigir el fuego. Era fantástico, una imagen de dignidad total». Los australianos eran unos entusiastas del patrullaje y, en consecuencia, no comprendieron que, desde 1969, algunas unidades estadounidenses se negaran a salir de sus perímetros alambrados. El número de integrantes de una patrulla era variable: el SAS australiano solía incluir cinco, con la idea de que si un hombre resultaba herido, harían falta dos para llevarlo y otros dos para cubrirlos a todos. Si se daba la ocasión, era habitual acompañar las misiones de algún vietnamita que proporcionara información, ya fuera un desertor (*chieu hoi*) o un lugareño: «Si nos lo decían mal, salían los primeros a hacer ejercicio».[71] En palabras de otro veterano: «Nuestro lema era: paciencia».[72] Pero los australianos, como todos los demás contigentes, tuvieron dificultades por la escasez de

inteligencia local. Los campesinos, según escribió resignado un oficial, no eran capaces de depositar la confianza en extranjeros que no tardarían en marcharse.[73]

Andrew Freemantle sentía un respeto inmenso por el enemigo, en particular desde que topó con una de sus redes de túneles: «Nos sentamos a escuchar —siempre es bueno hacerlo, cuando vas de patrulla— y divisamos una cañería que sobresalía. Lanzamos una granada de humo, la tapamos con un sombrero, y al cabo de un minuto o así vimos salir nubecillas entre unos arbustos, a pocos metros de allí».[74] Bajó a explorar con un colega; por suerte, no se encontraron con nadie, pero los túneles se extendían por quinientos metros. Freemantle pensó: «Ostras, el que es capaz de hacer esto, algo vale». Para destruir el sistema hicieron falta dos toneladas de explosivo C-4. Mientras vigilaba un campamento del Vietcong, el SAS quedó fascinado por la forma en que los soldados enemigos manipulaban las bombas que no habían estallado para emplear el explosivo en granadas y trampas. A Freemantle le llamó la atención que las armas y los pertrechos de un ENv muerto solían mostrar un buen mantenimiento. En cierta ocasión en que el exsoldado británico contempló por los prismáticos el avance de una unidad enemiga, el oficial junto al operador de radio, en cabeza de una formación de punta de flecha, pensó que «bien podrían ser nuestros hombres [haciendo la instrucción] en la Llanura de Salisbury».

En los últimos días de la guerra, el contigente australiano padeció algunos problemas de disciplina, similares a los de los estadounidenses, aunque debidos al alcohol, más que a las drogas. En palabras de Rob Franklin: «Éramos de darle a la bebida, no a la hierba». En la cantina había una limitación oficial de dos latas de cerveza diarias por persona, pero como la cantidad era acumulativa, tras una operación de veinte días podían solicitar cuarenta latas. Entre los australianos, los consejos de guerra fueron relativamente raros. Uno afectó a un teniente que golpeó a un soldado con su pistola durante una pelea alcoholizada. El día de Navidad de 1970, un soldado borracho vació el fusil contra el comedor de los sargentos, en Nui Dat, matando a dos suboficiales e hiriendo de gravedad a un tercero. Antes se habían producido *fragueos* fatales, que habían costado la vida a dos oficiales.[75] Muy poco después de llegar, Neil Smith dormía con un

compañero en una tienda adyacente a la del teniente Bob Convery. Una explosión atronadora les hizo lanzarse al suelo, ante el temor de ser objeto de ataques con mortero. Como no se produjeron más estallidos, se levantaron a explorar y descubrieron que un soldado resentido había lanzado una granada al catre de Convery, que murió en el acto.[76] El *fragueo* era un problema mucho menos grave entre los australianos que entre los norteamericanos, pero existió.

Los australianos tenían un centro de descanso y recuperación en la propia Vietnam, en Vung Tau. Corría la broma de que el enemigo usaba el puerto para el mismo fin: «Uno de cada dos tipos que ves por aquí es un VC de permiso, igualito que tú. Así que a las dos partes ya les va bien que aquí no haya tiroteos».[77] Los oficiales se sentían atraídos por el Hotel Grand, propiedad de una mujer medio francesa que no disimulaba la convicción de que el bando de sus huéspedes estaba perdiendo la guerra: siempre tenía las maletas preparadas para marcharse a Europa. Por su parte los reclutas hacían amistad con las muchachas y la bebida y, en ocasiones, escenificaban combates impresionantes. Por todo Vietnam era asombrosamente habitual que, cuando un cuerpo salía volando por la ventana de un bar, el lanzado o el lanzador resultaran ser australianos.

En su país de origen, la violencia de las pasiones contrarias a la guerra seguía en aumento. Cuando un infante perdió la vida, unos manifestantes llamaron por teléfono a la casa de sus padres para decir: «Ha tenido lo que se merecía».[78] Avanzado 1970, la infantería australiana tuvo que retirarse de una operación en los montes de Long Hai, después de sufrir una sucesión de bajas por efecto de las minas; la sensibilidad nacional había llegado a un nivel demasiado alto. Hacia el final de aquel año, una unidad estaba a punto de regresar a Australia y el responsable del grupo exigió a los oficiales: «Controlad a vuestros hombres. No quiero que ninguno de nuestros *diggers* se ponga a repartir culatazos» a los civiles que se burlaran de ellos o los criticaran. Uno de los hombres que lo escuchó dijo que, al regresar al país y contemplar la furia del grupo de presión contra la guerra, «nos quedamos con la boca abierta. No lo podíamos comprender. Pensábamos que lo correcto era ir allí, que lo correcto era hacer lo que habíamos hecho».[79] En 1972, entre los puntos cruciales de la exitosa campaña electoral del líder

laborista Gough Whitlam figuraban poner fin al reclutamiento y traer de vuelta a los soldados de Vietnam; y efectivamente, al terminar aquel año los últimos *aussies* y *kiwis* ya se habían marchado. En total, en Vietnam prestaron servicio sesenta mil australianos, de los que 521 perecieron; también cayeron 37 de los 3.890 neozelandeses allí destinados.

Entre los modernos historiadores de las Antípodas impera el consenso de que la promesa original de Robert Menzies supuso una grave imprudencia: un acto reflejo, como gesto propio de la Guerra Fría, del que quienes lo sucedieron en la jefatura del Estado lamentaron no poder retractarse. Aun así, el autor australiano Peter Edwards ha defendido la decisión que tomó su gobierno en 1965: «Vietnam no fue un ejemplo de librar "guerras ajenas"; desde el punto de vista de Menzies y sus principales asesores, se trataba de conseguir que Estados Unidos librara una guerra por la seguridad de Australia».[80] Añade que, a consecuencia, la posición estratégica de Australia, Tailandia, Malasia e Indonesia frente a la amenaza comunista era mucho más fuerte en 1975 de lo que había sido una década atrás. En todos esos países ha habido personas reflexivas que consideraban que el esfuerzo bélico de los aliados contribuyó de forma clara a esa estabilización de la política. Desde Singapur, Lee Kuan Yew dijo a menudo a los estadounidenses: «Si no hubiérais luchado, hoy nosotros no estaríamos aquí».

Los anzac combatieron con distinción en Vietnam, pero parece equivocado sugerir, como han hecho algunos admiradores, que la guerra habría concluido con otro resultado si todos los demás hubieran actuado como ellos. El enemigo, en efecto, mantuvo una presencia armada tan vigorosa en la zona de operaciones australiana como en todas las demás, aunque el privilegio le costara no poca sangre. Por otro lado, entre los temas centrales de este libro se incluye la idea de que el gran desafío que aguardaba a los aliados no era imponerse en los tiroteos, sino asociarse con un orden vietnamita, social y político, que resultara creíble. El doctor Norman Wyndham, un cirujando australiano que encabezó un equipo de voluntarios médicos en un hospital de Vung Tau, era un cristiano devoto que aprendió a hablar vietnamita con fluidez. En 1967 escribió sobre la población local: «La mayoría desea un Vietnam unido, pero no controlado

por los comunistas ... [Sin embargo] está creciendo la sensación ... de que cualquier cosa sería mejor que la vida que tienen hoy».[81] Dos años más tarde, aquel sentimiento se había consolidado por todo el Sur.

3. DIOSES

Desde la perspectiva de la historia —y ciertamente según la mirada de Hollywood—, la guerra se definió por el helicóptero Huey. Sin duda, también estuvieron los *Sea Knight* y los *Jolly Green Giant*, los *Chinook*, los «plátanos volantes», las grúas volantes Tarhe, los *Jet Ranger* de la CIA y muchos otros; pero la imagen dominante es la del Huey. Se trata de una de las grandes máquinas voladoras de todos los tiempos, desarrollada por Bell en la década de 1950 como *Iroquois*, y designada primero como HU-1, luego como UH-1. Se convirtió en un símbolo del fabuloso poder de Estados Unidos, en apariencia invencible; luego también, de un modo u otro, en símbolo de su debilitamiento. La variante D (la más común entre las muchas sucesivas) fue una bestia de cuatro toneladas que levantó el vuelo en Vietnam por vez primera en 1963, propulsada por su motor Lycoming a una velocidad máxima de 210 km/h. En su función de *slick* —como transporte de tropas— podía trasladar a nueve hombres con todo su armamento; como *dust-off* de los servicios de evacuación médica, cargaba seis camillas; como helicóptero artillado, muchas combinaciones de cohetes, ametralladoras *minigun* y otras armas automáticas. Al final se fabricaron dieciséis mil; en las épocas peores se perdía un millar al año, por el fuego enemigo, los fallos mecánicos o los excesos de los pilotos. Incluso quienes odiaban la guerra amaban los Huey; el aire fresco que corría mientras estaban sentados en la puerta abierta, con los pies sobre los esquís, era divino; desde allí, quizá rodeando una barra con un brazo despreocupado, miraban el sudeste asiático de la mejor manera posible: todos aquellos rojos y marrones apagados, los verdes brillantes, desde unos dos mil pies de altura, por lo general sin las mariconadas de los cinturones.

El teniente Brian Walrath, asesor de la CORDS, escribió: «Sentados sobre el duro suelo del helicóptero, el ruido es abrumador. El motor vibra por detrás de nosotros; la caja de marchas chirría mientras transfiere energía

a los rotores principal y de cola; los rotores nos hacen avanzar a golpes; el viento pasa silbando por los oídos. Estamos en manos del piloto, indefensos en esta fina cáscara de aluminio contra cualquier enemigo que quiera dispararnos. Por debajo la alocada colcha de arrozales y campos va destellando y, pronto, a medida que nos acercamos hacia las montañas del oeste, cede el paso a una vegetación más densa».[82]

Desde la superficie, los pilotos parecían magos; a menudo fueron los salvadores. El teniente Mel Stephens, de la Marina estadounidense, nunca olvidó la experiencia de una evacuación nocturna de la lancha fluvial de asalto en la que había resultado herido, ni la sensación de poderosa admiración y gratitud por la tripulación que lo sacó de allí: «Aquellos pilotos nos parecían dioses».[83] La impersonalidad reforzaba esta impresión; las viseras de los cascos ocultaban sus rasgos. «Nunca vi los ojos de un piloto», dijo Brian Walrath, que solo conocía a los aviadores desde la perspectiva del compartimento de carga: espaldas rectas, que emergían sobre los asientos blindados, verdes, angulares, manos con guantes que accionaban interruptores y palancas.

En su mayoría, los pilotos eran jóvenes gallardos, hábiles, impasibles, que no parecían temer por la vida propia ni las ajenas. El cabo australiano Roy Savage estaba un día de pie sobre los esquís de un Huey estadounidense, tras haber ayudado a subir al último miembro del pelotón, cuando el aparato echó a volar. Momentáneamente aterrorizado mientras la tierra desaparecía bajo sus pies, por suerte un gigantesco artillero negro lo agarró del correaje y lo alzó hasta el compartimento de la carga. El piloto le echó un vistazo por encima del hombro y gritó desenfadado: «Chico, ¡por poco te dejo abajo, esta vez!».[84] A veces, el corresponsal Neil Sheehan rogaba a sus chóferes aéreos que no se acercaran tanto a las palmeras con cuyas copas les encantaba jugar. Algunos de los que usaron los rotores —cuyas palas se extendían casi quince metros— para forzar un paso a través de la triple capa de la vegetación selvática pagaron el riesgo con su vida, pero un número asombroso logró culminar la operación.[85]

Nos ocuparemos aquí de un piloto de Huey, que tendrá que valer como ejemplo de muchos miles. Dan Hickman manejó su primer helicóptero en 1967, cuando contaba veinte años, y se enamoró de estos aparatos para

siempre. Procedía de una granja tabaquera de Carolina del Norte «donde mi padre me llevó a la escuela de *rangers*».[86] En el primer día en la academia de helicópteros de Fort Wolters (Texas), el coronel al mando se dirigió a los doscientos cadetes, diciendo: «De todos vosotros, la mitad suspenderá. Uno estrellará su aparato aquí mismo. Los otros noventa y nueve iréis a Vietnam». Pasaron cinco meses en Wolters, y cada uno cumplió 120 horas en los pequeños Hugues de instrucción, antes de pasar al aeródromo de Savannah (Georgia) con los Huey de 1.300 caballos de potencia. Según Hickman: «Era grande y potente, se veía enorme, después del Hughes; era tremendo. Aprender a pilotar un helicóptero es como aprender a montar en bici: hay un período de incertidumbre hasta que, de pronto, funciona». Comprendía que había algunos peligros: «No era tan ágil como el LOH (u OH-6). Si virabas a baja altura con viento de cola, no había que virar hacia la izquierda o era probable que acabaras contra el suelo. Si perdías potencia, a quinientos pies tenías ocho segundos para salvarte». Pasó cuatro meses en Savannah antes de iniciar el cursillo táctico, de un mes de duración, que les daba a conocer la letal colección de armas de los helicópteros.

En todo el paso por las academias contempló con terror la posibilidad de que Vietnam se acabara antes de que lo destinaran al país. No fue el caso, por descontado. Hickman llegó a Vietnam en septiembre de 1968 y lo enviaron a Di An, cerca de Tay Ninh. Tuvo la alegría de encontrarse entre personas que obviamente sabían lo que hacían, pero lo pasó mal por la brusquedad con que lo lanzaron en combate. Un comandante de vuelo le dijo: «Puedes dormir en este catre de aquí. ¿Quieres una misión para mañaña?». Hickman asintió. «Serás copiloto en un *Cobra* de rescate.» A la mañana siguiente, cuando salió a la pista con sus nuevos camaradas, uno preguntó a otro compañero: «¿Mataste a alguien ayer?» «Sí, a tres.» «Estos tíos están locos», pensó Hickman.

Desde aquel momento, voló incluso trece horas al día: «Siempre tenías sobrecarga, y el problema era aterrizar, porque en los últimos pies se levantaba una polvareda marrón que no te dejaba ver el terreno. Tenías que mirar por el plexiglás de debajo de los pies hasta que aparecía un agujero». En cualquier caso, volar siempre le pareció fabuloso, porque no había tendidos eléctricos ni grandes restricciones. Mucho después, en 2004,

cuando siendo general de brigada llevó una unidad de la Guardia Nacional a Irak, constató con desagrado que el ejército había pasado a evitar todos los riesgos: «Le habían quitado a la guerra todo lo que tenía de divertido».

En su unidad de caballería contaban con diez helicópteros ligeros de observación OH-6, armados con ametralladoras *minigun*; seis aparatos de transporte con ametralladoras M-60 montadas en las puertas, que vomitaban 550 balas por minuto; diez Cobra de ataque y una sección de infantería aerotransportada. Volaban o bien a 1.500 pies de altura o al nivel mínimo por encima de los árboles y las casas. «Dependíamos de los reflejos; yo me negaba a tomar cualquier clase de medicación.» Un depósito de combustible JP-4 podía mantener a un Huey en el aire durante 150 minutos, y luego por lo general repostaban en marcha, rotando sobre otros quince conectados por mangueras a unos enormes tanques flexibles: durante las batallas, era infrecuente apagar los motores. Hickman descubrió que el mantenimiento era mucho más cuidadoso en Vietnam que en la academia de pilotaje: los filtros de los motores, que tendían a atascarse por el polvo, se revisaban cada día; los aparatos recibían una inspección intermedia cada veinticinco horas de vuelo, y cada cien, una exhaustiva, que se tardaba ocho horas en completar.

Se alimentaban de huevo en polvo, ternera en conserva, leche en polvo y un pan muy humilde; si estaba a su alcance, por la noche tomaban licor. Durante las horas nocturnas, Hickman le escribía a una chica que había dejado en Savannah, llamada Carol. Como suboficial le pagaban 500 dólares al mes; en la estancia de descanso en Hong Kong se gastó 1.700 dolares en cuatro días, en parte comprando seis trajes, seis pares de zapatos y un equipo de música estéreo. Las duchas eran de agua fría; le resultaba odiosa la peste matinal de quemar la mierda: cada día se prendía fuego, con combustible de aviación, a los barriles de las letrinas del día anterior. Los hombres echaban de menos la comida estadounidense y, cuando les contaron que en un lugar de Saigón hacían hamburguesas de verdad, un puñado de ellos corrió el riesgo demencial de recorrer cincuenta kilómetros en un *jeep* solitario para conseguirlas. Lo pagaron al día siguiente, con vómitos y diarreas explosivas que les hicieron pasar horas sentados en una plancha de la letrina: Hickman pensaba que se moría.

Aparte de los soldados de infantería, nadie estaba más cerca de la acción que los hombres de los Huey. «Uno mataba a lo loco», dijo Hickman, perplejo. De sus compañeros de la academia de vuelo, un buen porcentaje murió o resultó herido; en total, cuatro mil tripulantes de helicóptero perecieron en Vietnam. Una vez, el casco del jefe de la tripulación de Hickman saltó hecho pedazos por el fuego enemigo; el piloto supuso que era el fin, pero la bala solo le hizo un rasguño en el cráneo. En otra misión, Hickman estaba colgado tan cerca del suelo que pudo lanzar una granada desde la ventana de la cabina a un caseto situado a dos o tres metros de distancia. Un infante ayudaba a cargar a las bajas en el helicóptero pese a que cojeaba, herido él también. En un momento de descuido, el jefe de su tripulación abrió un agujero en el helicóptero con su propia arma de calibre .45: como escolares traviesos, cogieron un martillo para deformar el metal hacia el interior, de modo que pareciera el efecto de una bala enemiga.

«Mis mejores amigos eran Jim Newman y Elmore Jordan, un chico negro de Washington, D. C. Siempre nos gastábamos la broma de que si uno de nosotros se daba cuenta de que no podría volver, tiraría la billetera para los otros.» Un día, Hickman oyó que Jordan comunicaba por radio que su aparato se había incendiado y, mientras intentaba regresar, avisó de nuevo: «Me he quedado sin hidráulica». El jefe de la tripulación estaba en la cabina, apiñado con los pilotos, y el Huey dejaba un rastro de humo negro. Por último Jordan transmitió: «Ha fallado el motor». Hickman pensó, entristecido: «Vaya, parece que a Elmore le toca tirar la billetera». Vieron una columna de humo negro que se alzaba por detrás de unos árboles; el Huey se había estrellado a pocos cientos de metros de la pista. Milagrosamente, no obstante, Jordan sobrevivió: el jefe de la tripulación saltó cuando el helicóptero golpeaba en tierra y corrió a rescatar a los dos pilotos del aparato en llamas. En otra ocasión Jim Newman recibió un balazo en el cuello. De algún modo, él tampoco se vio obligado a lanzar la billetera para siempre.

«Un día Jim me derribó. Íbamos a una ZA cuando empezaron a dispararnos. Pedí a los Cobra: “Disparad unos cohetes por aquí cerca”. Se oyó un estruendo y la metralla de Jim atravesó nuestra consola. Logramos llegar hasta un campito antes de estrellarnos. Le dije: “Ahora solo te faltan

cuatro para ser un as... del enemigo”.» El mejor piloto de la unidad era Harley Goff, pero toda su habilidad no le sirvió para salvarse de un fallo de transmisión y el posterior impacto devastador. Pudo salir del aparato, pero irreconocible: se había roto tres de las cuatro extremidades y había perdido todos los dientes. En la guerra, quedó claro, la suerte siempre tiene mucho que decir.

En cada Huey, el jefe de la tripulación manejaba la ametralladora de una puerta, y un infante, la de la segunda. «Eran tus ojos», dijo Hickman. Las M-60 se encasquillaban, salvo que se mantuviera una limpieza muy escrupulosa; el hombre del lado de babor debía vigilar que las ráfagas de viento no diseminaran la munición de la cinta por todo el paisaje. Por el efecto psicológico, Hickman hacía que sus artilleros cargaran solo trazadoras, frente a lo establecido en las normas, que solo permitían una por cada cinco balas. «La trazadora fundía los cañones muy rápido, pero en un asalto te interesaba que el enemigo mantuviera la cabeza gacha.» En cualquier caso era consciente de que solo raramente un artillero de puerta acertaba el blanco deseado desde una plataforma que se movía en todas las direcciones al mismo tiempo.

Aunque el peso total con carga de los Cobra y los Huey era el mismo —4.300 kilos—, los Huey funcionaban con más silencio y suavidad en el modo de helicóptero artillado, en el que cargaban sesenta y dos cohetes y cuatro balas de ametralladora *minigun*. Nunca en la historia se habían desplegado tantos helicópteros tácticos, ni se volverían a desplegar. «Hubo momentos en los que había más de un centenar volando sobre la batalla», dijo Hickman. «Cuando veías una formación de diez aparatos en misión de asalto, con cuatro artillados de apoyo y uno de humo, era sencillamente fabuloso.» El calor pegajoso de Vietnam nunca inquietó a nuestro piloto, que había crecido en Carolina del Norte sin aire acondicionado. En una noche de lanzamiento de bengalas, no obstante, el contraste entre la calidez del despegue y el frío helado a seis mil pies de altura te hacía estremecer. Por otro lado, las bengalas Mk-24, de un millón de bujías de intensidad luminosa, eran pasajeros comprometidos. «Odiaba aquellas misiones», dijo Hickman. Varios aparatos se perdieron porque las bengalas se encendieron en el compartimento de la carga.

Tras una fase de relativa calma, durante el invierno de 1968, en la que no era fácil encontrar al enemigo, «para enero la guerra se había reactivado». En ocasiones Hickman volaba en misiones de tres días, hasta la frontera camboyana; para los aterrizajes nocturnos lo guiaban con barriles en llamas, llenos de arena y petróleo, y dormía en el suelo junto al aparato. Siempre parecía haber algún VC aislado que lanzaba unas pocas trazadoras al aire, pero no una oposición temible. De golpe la situación en el aire se complicó y vivieron, una vez más, lo que denominaban «sofocos». Una noche los enviaron a rescatar a los supervivientes de un equipo de reconocimiento de larga distancia, hostigado de cerca por el enemigo. Se comunicaron con un *Scoopy* vietnamita, que daba vueltas por la zona, para que acudiera con fuego de supresión, pero el avión de ataque de la fuerza aérea vietnamita se negó a acercarse más. Podía contar con el apoyo de dos Cobra, pero como incluso en buenas manos sus armas tenían un margen de error de unos veinte metros, no podían arriesgarse a disparar en la oscuridad. Así, Hickman pasó una hora trazando círculos y esforzándose por coordinar el rescate. Al final, los hombres sitiados encendieron una luz estroboscópica dentro de un casco, para guiar a los Huey a una abertura de la vegetación. Pese a que era muy estrecha, las tripulaciones de Hickman lograron sacar a los *infantes*. Otra noche, hundieron veintitrés sampanes que venían de Camboya: «Los marcamos con trazadoras y los Cobra bajaron y los destruyeron con cohetes. En las sesiones informativas nos decían que estábamos matando a más enemigos que el resto de la 9.ª división».

De los trescientos hombres de la unidad, las misiones las pilotaron unos cuarenta aviadores. El mando nunca dependía directamente de la graduación: «Entre nosotros había muy pocos “señores”; la mayoría éramos jóvenes de veintiún años intentando hacer lo correcto ajenos a la supervisión de los adultos». Cierto oficial al mando de una unidad no deseaba operar por debajo de los dos mil pies, mientras que su sucesor «era valiente, pero no sabía volar muy bien». Hickman llevaba sobre todo misiones diurnas con Huey y nocturnas con Cobra. En cierta ocasión se le encargó pilotar un transporte en la oscuridad para extraer a un equipo de reconocimiento extraviado, y Hickman preguntó a su comandante de vuelo: «¿Por qué yo?». La respuesta le hizo sentir bien: «Porque eres el que más

probabilidades tiene de volver con vida». De hecho perdieron varios aparatos por chocar con árboles, «la clase de cosa que ocurre con jóvenes impetuosos». Los Cobra fueron los menos accidentados, los más, los helicópteros ligeros de observación: «Estos libraban la guerra a veinte pies de altura».

Aunque la unidad sufrió unos pocos casos de heridas autoinfligidas o pilotos que solicitaban pasar a realizar labores en tierra, «la mayoría se espabilan y hacen lo que tienen que hacer». Hickman siempre estuvo convencido de que en Vietnam deberían haber ganado: «En 1969 era evidente que o entrábamos en Vietnam del Norte o lo dejábamos correr. Me sentí decepcionado por el movimiento contra la guerra. Eran una panda de universitarios que no sabían nada. Yo creía en el ejército. Allí había un montón de personas intentando hacer lo correcto».

4. «VIETNAMIZACIÓN»

En los primeros meses de la presidencia de Nixon, él y sus asesores buscaron a tientas nuevas soluciones para poner fin a la guerra. El secretario de Defensa Melvin Laird, excongresista por la circunscripción de Wisconsin, le dijo a Creighton Abrams, tras visitar Saigón en marzo de 1969, que el cambio de administración les había dado algo de margen temporal: «Creo que tenemos un poco de tiempo y ... [t]enemos que desarrollar una política nacional con la que podamos ir al pueblo estadounidense».[87] Se requería un programa «para reducir la contribución de Estados Unidos, no solo en el número de hombres, sino en bajas, material y dólares ... Me van a preguntar mucho por el uso de los B-52». Abrams, alarmado, defendió sin pensárselo la suprema eficacia de aquellos aviones: «No hay nada que pueda igualar su capacidad de respuesta ... Basta con un par de horas para cambiar todo el *peso* y ponerlo donde uno quiera y en la cantidad que uno quiera».[88]

El papel del asesor de seguridad nacional adquirió una importancia sin precedentes que, al principio, pasó por alto tanto a los medios de comunicación como a la clase dirigente de Washington. Hasta las elecciones, el doctor Henry Kissinger estaba en el equipo de Nelson

Rockefeller, el rival republicano de Nixon. Pero después se convirtió en el instrumento principal de la política exterior del presidente. Como exponente del concepto histórico —y tan cínico como pudiera hacer falta— de *realpolitik*, elaborado inicialmente por Ludwig von Rochau a mediados del siglo XIX, Kissinger nunca contó con la posibilidad de ganar en Vietnam. Compartía con Nixon la convicción de que, fueran cuales fuesen los méritos de la causa aliada, la guerra recibía un exceso injustificable de atención política, recursos materiales y autoridad moral que Estados Unidos debía aplicar a otros intereses vitales. Esta figura brillante y carismática superó los prejuicios de su empleador contra los judíos y los intelectuales mostrando primero su lealtad y luego una falta de escrúpulos tan implacable como la del propio presidente. Aunque en lo esencial se trataba de un ser gélido, sabía fingir hábilmente afabilidad y simpatía. En aquellos primeros días de Nixon, Arthur Schlesinger escribió: «Henry me gusta mucho, y siento respeto por él, pero no puedo librarme del temor de que me esté diciendo una cosa a mí y otras bien distintas a pongamos [un ideólogo del conservadurismo como] Bill Buckley».[89]

H. R. Haldeman, jefe de gabinete de la Casa Blanca, comentó una vez: «Henry destacó que el gran potencial del presidente era una impredecibilidad brutal».[90] Este fue el concepto de la mentalidad de Nixon que, desde buen principio, Kissinger pretendió dejar claro en Hanói. Creía que los norvietnamitas solo aceptarían un acuerdo «si tenían que hacer frente a obstáculos insuperables sobre el terreno».[91] Un primer paso fue lanzar bombardeos masivos, pero secretos, de los B-52 contra santuarios comunistas. En la tarde del domingo 16 de marzo, Haldeman apuntó —sin ironía aunque pueda parecer lo contrario— que después de asistir a misa Nixon autorizó el bombardeo de Camboya: «Día histórico. “Operación Desayuno” de K[issinger] iniciada 2.00 pm hora nuestra. K tan emocionado como [el] P[residente]». Durante los tres meses posteriores, la USAF lanzó 108.823 toneladas de bombas contra el desventurado país de Sihanouk. Cuando una tripulación de un B-52 cometió un error que precipitó la aniquilación casi total de un pueblo camboyano, el embajador estadounidense visitó la zona y entregó 100 dólares a cada superviviente. Al aviador que había equivocado los cálculos se lo multó con 700 dólares.

La Casa Blanca se encolerizó cuando, en el Tet de 1969, los comunistas volvieron a exhibir agresividad y emprendieron asaltos de escasa entidad contra un centenar de ciudades survietnamitas. Nixon se lo tomó casi como un insulto personal: un gesto de Hanói destinado a mostrar que pensaban tratarlo igual que habían tratado a Lyndon Johnson. Así pues, los bombardeos quedaron integrados en lo que Kissinger denominaba «diplomacia coercitiva». Con el mismo fin, el Consejo de Seguridad Nacional defendió la necesidad de emprender la operación Duck Hook,[*] un *blitz* de cuatro días contra Vietnam del Norte, de tanta intensidad que no excluía siquiera el uso de armas nucleares tácticas. Kissinger informó al embajador soviético Anatoli Dobrynin sobre el concepto de la operación y, en julio, Nixon envió una carta personal a Ho Chi Minh que amenazaba con «medidas extremas por su fuerza y consecuencias» si Hanói se negaba a negociar. El 13 de octubre de 1969 puso en marcha una alerta nuclear que afectaba a las fuerzas de Estados Unidos en todo el mundo, con la intención de convencer al bloque comunista de que era un comandante en jefe que, si se enojaba, no vacilaría en apretar el gatillo fueran cuales fuesen los riesgos. Pero los rusos apenas se fijaron en la alerta y todo el postureo presidencial tampoco pareció impresionar al enemigo. No tenían a Nixon por un loco, sino por un político racional desesperado por hallar una manera no ya de evitar la derrota de su país, sino de admitirla de forma expresa.

Se ha hablado tanto de la «genialidad» de Kissinger que vale la pena hacer hincapié en que tanto él como Nixon cometieron un error importante al suponer que el camino de la paz pasaba por Moscú. En su primer otoño en el cargo, el presidente le dijo a Dobrynin: «Quiero que comprenda que la Unión Soviética me tendrá enfrente, lo quiera o no, durante los próximos tres años y tres meses ... No nos quedaremos quietos mientras en Vietnam el tiempo pasa entre jugueteos letales».[92] Pero para los soviéticos había supuesto un motivo de frustración crónica el hecho de que, aun aportando unos 500 millones de dólares en ayudas anuales, apenas tenían influencia en Hanói. Antes de que Pham Van Dong volara a Moscú en 1970, el embajador soviético en Hanói recalcó que Rusia deseaba que la delegación del Norte se mostrara «más constructiva ... y más sincera» en las conversaciones de paz de París.[93] Malgastó el tiempo.

Mientras la Casa Blanca buscaba palancas que obligaran a los comunistas a moverse, topó con un imperativo nacional incompatible: reducir la presencia de tropas de Estados Unidos. Ante el Consejo de Seguridad Nacional, Kissinger se esforzó por convencer a su público —y quizá también a sí mismo— de que tal rumbo no contradecía el resto de la política de su administración. Imponer una reducción «que haga más sostenible la presencia de Estados Unidos podría ser otra forma de presión». Era absurdo, aunque Kissinger estaba en lo cierto al afirmar que Estados Unidos tampoco podía marcharse sin más de Vietnam del Sur «como el que cambia un canal de televisión».[94]

Aunque tanto Nixon como su asesor de seguridad nacional trataban con escaso respeto al secretario de Defensa, fue Melvin Laird quien articuló el cambio decisivo —radical incluso— de la dirección estadounidense, y lo bautizó con un nombre que hizo fortuna, pese a que a los vietnamitas les resultaba odioso: «la vietnamización». El gobierno renunciaba a la estrategia que había seguido desde 1965, cuando se delegó en los estadounidenses todas las batallas de importancia. En adelante el MACV se limitaría a apoyar al ERVn en su propia lucha. El 14 de mayo de 1969 Nixon se dirigió a la nación a través de las pantallas para reafirmar el compromiso de Estados Unidos con la libertad del pueblo vietnamita para elegir su propio destino. A tal fin, y para garantizar la paz, era necesario que todas las fuerzas extranjeras —en referencia tanto al ENv como a los propios estadounidenses— se marcharan del Sur.

El primer fruto de la vietnamización debía ser la retirada de entre cincuenta y setenta mil soldados estadounidenses. La Casa Blanca decretó la necesidad de reducir de inmediato las bajas nacionales, aunque mayo de 1969 fue testigo de un sinsentido extraordinario: la operación Apache Snow («nieve apache») —con sus asaltos sucesivos al monte Ap Bia, la «Colina de la Hamburguesa», en los que perdieron la vida setenta y dos miembros de la 101.ª división aerotransportada, con otros 372 heridos y las bajas adicionales del ERVn—, que de hecho solo pretendía afirmar la determinación inquebrantable de la comandancia estadounidense. La consecuencia principal de esta operación fue agravar la fiebre antibélica; el senador Edward Kennedy tildó de «locura» aquella batalla.

La vietnamización se inauguró oficialmente el 8 de junio, con una reunión en mitad del Pacífico, en el atolón de Midway, entre los dos presidentes, Nixon y Thieu. Se acordó retirar inicialmente, en agosto, a veinticinco mil soldados estadounidenses. El columnista conservador Joseph Alsop comparó la decisión con el acto de cinismo de aquella mujer rusa que lanzaba a sus propios hijos del trineo para entretener a los lobos que la perseguían.[95] Creighton Abrams expresó su desazón en una reunión del Consejo de Seguridad Nacional, en septiembre de 1969, a la que Nixon asistió: «Si en Vietnam del Sur estamos donde estamos es gracias a la aplicación cruda del poder ... Si el poder se desconecta, el juego va a cambiar por completo».[96] Abrams ya vio en 1969 lo que el historiador Ken Hughes observó mucho más tarde: «La vietnamización no fue una estrategia que Nixon desarrollara con seriedad; lo que hizo fue perpetrar un fraude».[97] El 19 de noviembre, Melvin Laird declaró ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado que antes de introducir la nueva orientación política se había consultado al gobierno de Saigón. Dijo una mentira, al igual que Kissinger cuando se le preguntó por la cuestión: a Thieu solo se le informó, una vez adoptada la decisión.

El 4 de agosto, en París, Kissinger empezó una ronda de negociaciones secretas, en apariencia interminable, con los norvietnamitas. Averell Harriman, que todavía dirigía las conversaciones formales, había perdido la esperanza de obtener un resultado positivo mientras las sucesivas administraciones insistieran en sostener tanto al régimen de Thieu como la presencia del ejército estadounidense en el Sur. Kissinger apenas tenía cartas en la mano. Se había opuesto a una reducción unilateral de tropas porque sabía que en tal caso los comunistas serían menos dados a hacer concesiones. Pero el asesor —al menos en aquella etapa— no era responsable de la trayectoria política nacional de su administración y, por lo tanto, no se hizo caso de su punto de vista.

Con la muerte de Ho Chi Minh, el 2 de septiembre, Kissinger albergó la esperanza pasajera de que esto sacudiera la confianza, estabilidad y estado de ánimo de Vietnam del Norte. Pero aunque hubo un duelo apasionado por el fallecimiento del fundador del país, hacía ya mucho tiempo que Ho había dejado de regir el destino de Vietnam del Norte. La grandeza del anciano —

si se mide por su influencia en los grandes acontecimientos— parece indiscutible. A este poder contribuyó su encanto personal, una gracia y una dignidad con las que convenció a buena parte del mundo de su benignidad. En realidad, no obstante, como ocurre con todos los revolucionarios de éxito, Ho era absolutamente implacable, y su capacidad compasiva, más que dudosa, dado que el sistema que había presidido desde 1954 se caracterizó por la crueldad, las privaciones y la negación de la libertad personal.

Le Duan controlaba el poder sin rival. Tras el desorden del Tet, ya no confiaba en obtener la victoria militar plena antes de la retirada estadounidense. Pero seguía estando seguro de que la voluntad de su pueblo era más firme que la de los norteamericanos, más aún después de que, el 15 de octubre, se produjeran en todo Estados Unidos manifestaciones gigantescas en defensa de la «Moratoria de Vietnam»; la cita culminante, la del parque del Common de Boston, congregó a más de cien mil personas. En las mesas de negociación de París, los hombres de Nixon solo consiguieron un alivio mínimo: los norvietnamitas dejaron de torturar premeditamente a los presos estadounidenses encarcelados en Hanói (que, sin embargo, siguieron sufriendo toda clase de privaciones). Desde entonces, como era obvio que la suerte de los prisioneros de guerra sería un tema clave de toda negociación, se consideró oportuno concederles unas condiciones de bienestar mínimas. Según una directriz del 10 de junio, el FLN adoptó el nuevo nombre de Gobierno Revolucionario Provisional (GRP), integrado por un séquito de ministros sin cartera ocultos en la espesura, en la frontera con Camboya. A los cuadros se les comunicó que, una vez que Estados Unidos hubiera firmado el tratado, «la guerra continuará». En suma, como siempre, para los comunistas la victoria seguía siendo un objetivo irrenunciable.

Abrams dijo: «[El enemigo] está ... destinando *más* recursos, y nosotros en cambio los *retiramos* ... Tan solo por este hecho básico podemos contar con que a ellos les irá mejor y a nosotros, peor».[98] El teniente Landen Thorne, que en aquel período volaba como observador de artillería en un

avión de reconocimiento L-19, recibió la noticia de que le reducían la munición asignada. Pensó: «En una guerra que se supone que debes de ganar, te dan todo lo que necesitas».[99] Exactamente.

22

Perder a plazos

1. EL «ANZUELO» Y EL «PICO DE LORO»

Allá por marzo de 1969, en el cuartel general del MACV, Creighton Abrams y su jefe de inteligencia mantuvieron una de sus múltiples conversaciones sobre la eventualidad —poco probable— de que se les permitiera atacar los santuarios comunistas de Camboya. El general de brigada Phil Davidson rumiaba: «Chico, si las “palomas” se han atacado como han atacado al viejo Johnson, hasta expulsarlo del cargo, ¡imagina qué harían con Nixon si entrara en Laos y Camboya!».[1] Un año después, no obstante, Kissinger necesitaba con urgencia obtener cartas mejores para las negociaciones secretas de París. «Tenemos que ser duros», dijo.[2] El 29 de abril de 1970, las fuerzas aliadas —hasta un máximo de 19.300 estadounidenses y unos veintinueve mil vietnamitas— lanzaron una serie de asaltos contra zonas fronterizas de Camboya conocidas, por su forma geográfica, como el «Pico de Loro» y el «Anzuelo». Abrams tuvo que admitir que sus hombres estaban poco entusiasmados con la operación: «No ha sido fácil predisponer a la ofensiva a los soldados estadounidenses».[3] Al mismo tiempo se dio inicio a otra oleada de bombardeos contra Vietnam del Norte.

Las incursiones de Camboya las precipitó un golpe de Estado: el 18 de marzo, el ejército, encabezado por el general Lon Nol, se hizo con el poder en Nom Pen, con una junta de oficiales. Mientras tanto, el príncipe Norodom Sihanouk estaba de camino a Pekín; irónicamente, confiaba en lograr que los chinos forzaran a los norvietnamitas a restringir sus operaciones en la Camboya oriental, que parecían considerar un feudo propio. En la práctica, el comportamiento de Hanói carecía de justificación moral tanto como el de Washington: los dos bandos se mostraron

indiferentes a los intereses del pueblo camboyano, por el que los vietnamitas sentían desprecio. No se conocen pruebas de una implicación directa de Estados Unidos en el golpe, y hacía varios años que el errático y excéntrico gobierno de Sihanouk sobre aquel pequeño país errático y excéntrico era precario. Un occidental describió cómo el presidente denunciaba, en una emisión de radio, a un supuesto calumniador vietnamita; denunciaba las injurias con un falsete tan agudo que sonaba «menos como un jefe de Estado que procura una distensión diplomática que como un jugador de hockey infantil que le reprocha a otro una falta».[4]

Lon Nol y los otros conjurados respondían a un disgusto genuino, a la exasperación derivada de la ocupación norvietnamita y los bombardeos estadounidenses, además de a inquietudes más mundanas: se entendía que la familia Sihanouk se aprovechaba en exceso de los beneficios del poder, sin distribuirlos entre los generales. Si Washington hubiera explicitado a los usurpadores que no los respaldaría, es improbable que se hubieran atrevido a derrocar al príncipe. Tran Bach Dang, el destacado cuadro del Vietcong, llegaba por casualidad a Nom Pen desde la OCVnS, justo después de que se produjera el golpe, y quedó conmocionado al comprobar que él y los suyos, que durante años se habían movido con plena libertad, eran de pronto hombres perseguidos. Sin más posesiones que una camiseta y unos pantalones cortos, buscó refugio en la embajada cubana, de donde lo devolvieron con celeridad a Hanói, vía Shanghái. Llegó a tiempo de gozar de un macabro privilegio: contemplar cómo los técnicos soviéticos descongelaban el cadáver de Ho Chi Minh para embalsamarlo.[5]

Los nuevos gobernantes de Camboya pidieron ayuda a Estados Unidos. Washington aportó armas y dinero suficiente para sostener el régimen de Lon Nol durante los cinco años siguientes, pero ni de lejos para aplastar a los comunistas locales, los Jemeres Rojos, que casi de la noche a la mañana se convirtieron en una fuerza militar de importancia. El ruinoso ejército camboyano, que contaba tan solo con veinte cirujanos, recibió un vapuleo cruel. Para otoño, los jemeres amenazaban Nom Pen, donde habían acudido dos millones de indigentes, expulsados por los bombardeos estadounidenses y el terror comunista. Tras una conferencia celebrada el 24-25 de abril en la frontera de Vietnam con Laos, Vietnam del Norte, el Pathet Lao y los

Jemeres Rojos proclamaron una lucha común. Sihanouk, aun a pesar de todas sus limitaciones, gozaba de un inmenso prestigio entre su pueblo. Cuando quedó a disposición de los comunistas, una vez derrocado, su figura les resultó de utilidad.

Estados Unidos y Vietnam del Norte compartían la responsabilidad por la tragedia en la que Camboya se sumió durante las décadas posteriores, con una lucha implacable incluso en comparación con lo vivido en Indochina desde 1945. El periodista Jon Swain describió un encuentro con dos soldados norvietnamitas heridos, apresados por el ejército camboyano cerca de Kompong Cham: «Sus bastos uniformes oliváceos estaban cubiertos por una mezcla de sangre y barro. Habían sufrido una mutilación terrible y agonizaban gimoteando como animales en una trampa. De golpe, al caer en la cuenta de la presencia de un extranjero, abrieron los ojos y, entre la luz escasa, me dirigieron una mirada [de] intenso odio».[6] Swain preguntó a un comandante camboyano si podía llevar a aquellos hombres a un hospital. El militar, por el contrario, les dio bastonazos en las heridas y dijo: «Que se mueran. No les habíamos invitado a venir a nuestro país». Uno era un miembro del ENv, el teniente Dao An Tuat. Swain hojeó el cuaderno de este oficial, y se fijó en una fotografía descolorida de Ho Chi Minh, donde el propietario había garabateado, en su propia lengua:

> Vivir es entregarse a la patria,
> entregarse a la tierra, las montañas y los ríos;
> apretar los dientes frente al enemigo.
> Vivir es mantener el coraje en tiempos de pesar,
> reírse en tiempos de ira ...
> ¡Bebamos a conciencia de la sangre del enemigo!

Tuat —que expiró en la cabaña apestosa, como se había decretado— era a todas luces un cuadro comprometido con su causa. Los camboyanos empaparon de petróleo su cuerpo y el de su camarada, les prendieron fuego y lanzaron los restos al Mekong. Si la suerte de la guerra hubiera caído del otro lado, es probable que aquellos norvietnamitas hubieran hecho lo mismo con los prisioneros de guerra inconvenientes; e indudable en el caso de los Jemeres Rojos, cuya brutalidad llegó a extremos inefables.

En cuanto a las incursiones de Estados Unidos y el ERVn, aunque algunos militares estadounidenses acogieron con entusiasmo una iniciativa por la que llevaban varios años abogando, las encuestas indicaban que el 60 % de sus compatriotas se oponían a la misión, al igual que el secretario de Estado William Rogers. Se apoderaron de depósitos cuantiosos de municiones y alimentos: un representante del MACV informó a Abrams, el 12 de mayo, de que los invasores se habían incautado hasta entonces del arroz equivalente al «consumo anual de 6.500 hombres». Pero el general estaba incómodo: «Las armas que vi por ahí eran un montón de *basura* ... Lo que estáis forjando es un *gran engaño*, y con *esas mismas* palabras os lo dirán ... Es muy indignante estar sentado aquí y contemplar el hecho de que hemos estado hablando de humo».[7] Como muy a menudo, el espionaje previo había sido deficiente; para preservar el secreto, los survietnamitas no habían participado de la planificación. Aunque el ENv sufrió bajas de consideración, el grueso de las fuerzas enemigas se retiró hacia el oeste evitando los choques contra los invasores.

Doug Ramsey, preso de los comunistas, comentó más adelante que la incursión de Estados Unidos parecía representar «o bien un salto a ciegas a un bendito país de Jauja, o bien el intento cínico y oportunista no de ganar la guerra de Vietnam, sino sencillamente de contribuir a retrasar la derrota ... a expensas de Camboya, que tuvo que pagar un precio inadmisible».[8] Para Ramsey, la intervención habría podido ser una jugada racional cuatro o cinco años antes, pero no en 1970: «Estábamos sacrificando el interés vital a largo plazo de un país remoto y diminuto, que siempre había intentado no involucrarse en el conflicto de Indochina, por el interés periférico y efímero de una o dos generaciones de nuestros gestores políticos ... Nos habíamos arrogado una prerrogativa especial que nunca habríamos aceptado que otros se arrogaran».[9]

La administración aseveró, al principio, que la operación camboyana estaba limitada en el tiempo y el espacio: los invasores no se adentrarían a más de treinta kilómetros de la frontera y no permanecerían en el país más allá de junio. En un discurso a la nación, Nixon dijo ante las cámaras: «Esta noche, unidades estadounidenses y survietnamitas atacarán el cuartel general de toda la operación militar de los comunistas en Vietnam del Sur».

Pero la OCVnS resultó albergar tan solo a un grupo de personas sin mayor responsabilidad, y no era el complejo de edificios que el presidente parecía imaginar: a los jefes del GRP les bastó pasar de aquella serie de cabañas a otra situada fuera de los límites que Estados Unidos se había impuesto. Un apesadumbrado Phil Davidson admitió ante Abrams, el 19 de mayo: «Creo que todo el mundo puede ver que la OCVnS se había mudado antes de que cruzáramos la frontera».[10] En efecto había sido así: casi dos meses antes, los líderes comunistas, en previsión del asalto, se desplazaron al interior de Camboya. Los cuadros se apresuraron a recorrer las rutas de escape conocidas de antemano y protegidas por la 7.ª división del ENv. La huida encontró dos dificultades: el hostigamiento de los aviones estadounidenses y las lluvias torrenciales. Según escribió un ministro del GRP: «Nuestro esfuerzo estaba impulsado no solo por la desesperación de unos hombres que se evaden de las garras de un enemigo sin piedad, sino también por el temor a que nuestra lucha misma no pudiera sobrevivir».[11] Otra líder del GRP, la doctora Duong Quynh Hoa, estaba embarazada de siete meses, y la tensión de la huida, con el acompañamiento de la artillería y las armas menores, le hizo dar a luz por el camino. El bebé nació bien, pero la malaria lo mató a los pocos meses. Los jefes llegaron a la pequeña ciudad camboyana de Kratie sin sufrir bajas, aunque Truong Nhu Tang reconoció que «toda aquella cuestión resultó aterradora, por no hablar de las penalidades físicas».[12]

Para Tang, la aventura camboyana de Nixon fue «un gran regalo para la revolución de Vietnam ... [porque] ayudó a separar a los líderes de Estados Unidos de su base nacional e insufló en muchos estadounidenses un escepticismo perdurable sobre la guía moral de su gobierno».[13] La operación tuvo su peso en la «diplomacia coercitiva» de Kissinger, pero ni mucho menos causó el suficiente perjuicio estratégico al enemigo para compensar el daño político que Nixon sufrió en su propio país: en un clima de intensificación radical de las protestas contra la guerra, el 4 de mayo de 1970, en la universidad estatal de Kent, en Ohio, la Guardia Nacional abrió fuego, mató a dos estudiantes desarmados (dos de los cuales se limitaban a pasar por allí) e hirió a otros nueve. En la universidad estatal de Jackson, en Misisipi, la policía mató a otros dos estudiantes e hirió a doce.

Tras la última ronda de agitación en Indochina, un representante del MACV catalogó los conflictos de la región, interrelacionados, pero a la vez independientes: guerra civil en el norte de Laos; lucha del ENv por mantener los lazos logísticos en el sur de Laos y Camboya; guerra civil en Camboya; escenario bélico fronterizo de la OCVnS en Vietnam del Sur; batalla por el delta; guerra en los sectores central y septentrional.[14] Desde el Sur, Dang Thuy Tram, la doctora del Vietcong, escribió: «Nixon, ese perro rabioso, ha tenido la imprudencia de agrandar la guerra ... ¡Ay! ¿Por qué existe esta clase de gente tan terrible y cruel, que quiere regar sus propios árboles de oro con nuestra sangre? ... ¡Ay, mi país! ... ¿Hay alguien en la Tierra que haya sufrido tanto? ¿Algún pueblo ha luchado con tal valor, denuedo y constancia como nosotros? ... Yo sigo siendo soldado en esta guerra. Sigo sonriendo ... incluso cuando sus aeronaves artilladas me lanzan cohetes a la cabeza ... Recuerdo las palabras de Lenin: "Los revolucionarios tienen un corazón muy afable". Así soy yo».[15] En la mañana del 22 de junio, una patrulla del 4.º Batallón del 21.º Regimiento de infantería de Estados Unidos oyó voces y el sonido de una radio que emitía música vietnamita. Otros miembros de la misma unidad, alertados, encontraron luego a cuatro personas que avanzaban hacia ellos por un sendero de la selva. Era una zona de disparo libre, en la que todo movimiento humano se consideraba hostil de entrada: dos comunistas escaparon de las ráfagas de un M-16, pero otros dos cayeron. Entre ellos, vestida con uniforme negro y sandalias de Ho Chi Minh, estaba Tram. Entre las escasas posesiones de la joven de veintisiete años se encontraron una radio Sony, un cuaderno médico, botellas de procaína, una fotografía de su amado capitán del ENv, poemas escritos por este y el diario de la doctora.

Las incursiones estadounidenses, sumadas a la operación Menú —los bombardeos secretos de los B-52—, causaron graves problemas logísticos al ENv. Sin embargo, no lograron invertir la tortilla, como pretendían Nixon y Kissinger. El asesor, encolerizado, se quejó de que la USAF no fuera capaz de bloquear la Ruta de Ho Chi Minh. Al principio, el Congreso había mostrado una gran deferencia a la Casa Blanca de Nixon, y acogió con agrado la resolución con la que el presidente quería evitar la imagen de una derrota. «Una gran nación —declaró Nixon sonoramente— no puede

renegar de sus juramentos.» Repitió una vez más la posición ya sabida del gobierno estadounidense: abandonar a los survietnamitas haría que todo el mundo se planteara dudas sobre Washington, tanto los amigos como los enemigos. Melvin Laird resumió los objetivos de la administración: convertir la vietnamización en un éxito, minimizar las bajas de estadounidenses, seguir retirando las tropas y favorecer el desarrollo de negociaciones útiles.

En el transcurso de aquel año, no obstante, bajo la influencia adicional del ambiguo resultado de la embestida camboyana, cada vez más estadounidenses empezaron a anhelar huir de Indochina en cualesquiera condiciones, o incluso sin condiciones. Los senadores demócratas Mark Hatfield, de Oregón, y George McGovern, de Dakota del Sur, encabezaron una carga contra la aportación de más fondos para la guerra. El embajador estadounidense Ellsworth Bunker estuvo en Estados Unidos y, al volver a Saigón, le dijo a Abrams: «Lo más preocupante, me ha parecido a mí, es que algunos de los partidarios más firmes —Bunker mencionó aquí el ejemplo de Dean Acheson— dicen ahora: "Bueno, si esto es partir el país en dos, no vale la pena"».[16] En tal contexto, no resulta sorprendente que los soldados estadounidenses estuvieran cada vez menos dispuestos a arriesgar la vida; lo asombroso es más bien que algunos todavía quisieran hacerlo.

Nixon y Kissinger quizá se hubieran animado algún tanto de haber sabido más sobre las dificultades del otro bando. Si tenemos en cuenta la magnitud del aparato de espionaje estadounidense, resulta extraordinario cuán poco llegó Washington a comprender Vietnam del Norte y, en particular, el politburó de Hanói. La inteligencia militar de la CIA se basaba casi en exclusiva en la base del SIS británico en su consulado general de Hanói, dirigida a la sazón por la formidable Daphne Park, que cada dos meses volaba a Saigón para informar a «los primos». Los británicos no eran capaces de mantener agentes, enviar cables codificados o emitir por radio. Sin embargo, gozaban de libertad para hablar con los diplomáticos de la Europa del Este, en especial con el embajador soviético, pues Park hablaba ruso con fluidez, además de francés. Cuando los estadounidenses pidieron al SIS que gestionaran un lugar secreto de intercambio de documentos, este se negó en redondo: el personal del consulado estaba sometido a una

vigilancia demasiado estrecha.[17] No tenían apenas acceso a las figuras norvietnamitas, aunque una vez un miembro del politburó llegó sin anunciarse y estuvo conversando en su balcón durante seis horas.

Cierto día, en un aeropuerto de Bangkok, un profesor universitario británico se encontró con Park, que regresaba de un breve permiso. La describió sentada sobre una montaña de bolsas de la compra, «tan inconfundiblemente inglesa como la *Miss* Marple de Agatha Christie». Le preguntó si había comprado cosas para el SIS. «Uy, no —respondió en tono alegre—, todo esto es para los enviados de Europa del Este, que no quieren comer la comida vietnamita.»[18] En su informe de despedida, en octubre de 1970, Park describió cómo ella y su único colega recorrían kilómetros por Hanói, de día y de noche, perseguidos por niños que gritaban «*Lien Xo*!» («¡Rusos!») y los diablillos los dejaban morados a pellizcos.[19] Los espías británicos observaban a los vietnamitas «reunidos en la calle, en torno del brasero familiar, tomándose el arroz o ya dormidos. En los meses de más calor, mayores y jóvenes, como fardos de ropa abandonados, dormían en los escalones del Ministerio de Comercio, en las aceras, los portales, donde fuera pero lejos de los patios sofocantes y las casas en las que vivían apiñados, una familia por habitación. Las ratas corrían por encima de ellos mientras dormían, peleándose por pizcas de basura, y a veces se ahogaban en el agua que llenaba los boquetes abiertos en el hormigón como refugios ... Hay ratas incluso en el cine».

Julian Harston, otro oficial del SIS, habló de cómo intentaban calcular la magnitud del último reclutamiento del ejército contando las jeringas tiradas en los cubos de basura del hospital militar, después de la vacunación. Cuando los empleados locales del consulado se atrevían a aceptar pequeños regalos, su pobreza era tal que elegían equipos de reparación de bicicletas, hojas de afeitar, aspirinas... incluso botellas vacías.[20] No era una base sólida como para formarse una idea clara de la situación, aunque resulta interesante destacar que, en 1970, Daphne Park era de las que pensaban que el régimen estaba en problemas.

El hecho de que los chinos retiraran a su personal —aun sin cancelar el envío de materiales— dañó el prestigio de Le Duan y Le Duc Tho, fervientes maoístas. En el Pleno del Comité Central del Partido del 18 de

enero se aprobó una resolución que afirmaba que el país «debía responder a los ataques enemigos no solo con la resistencia armada y la actividad política, sino también con la diplomacia». Esta observación opaca no representaba un cisma en la cúpula —en Hanói ninguna paloma osaba atraer la atención sobre su vuelo—, pero en todo caso evidenciaba que muchos norvietnamitas anhelaban la paz. Entre el politburó y los comunistas del Sur la tensión aumentó. Algunos ministros del GRP, como Truong Nhu Tang y Nguyen Van Kiet, tuvieron que aguantar que los «proletarios» de Hanói los desdeñaran por sus orígenes burgueses. Tang, dolido, escribió: «Muchos de nosotros procedíamos de familias acomodadas y habíamos disfrutado de la buena vida antes de alistarnos. Los motivos eran diversos, pero a nuestro modo de ver importaba que no solo habíamos sacrificado mucho por nuestra nación, sino que estábamos dispuestos a sacrificarlo todo».[21] Tang afirmó que nunca se había considerado comunista, pero reconocía que «allá por 1920, el nacionalismo vietnamita había contado con un único aliado: la Comintern. Ho Chi Minh aceptó su respaldo con el entusiasmo del que se está ahogando».[22] En todo caso, Tang estaba cada vez más incómodo con la rigidez ideológica de Le Duan y sus camaradas, que, a su juicio, «habían sacrificado la conciencia y el pragmatismo por las certezas de religión política. Su arrogancia férrea no dejaba lugar alguno a los acuerdos».[23]

El ejército de Vietnam del Norte estaba sufriendo una crisis por falta de personal, cuyos efectos se extendían a toda la sociedad: la policía de seguridad escenificó una de sus campañas periódicas contra las expresiones contrarias a la guerra. La escasez de reclutas del ENv era tan marcada que acabó aceptando en sus filas a hombres como Nguyen Hai Dinh, de treinta y tres años ya, y marginado varias décadas por ser hijo de un terrateniente. La única ambición militar de Dinh, sin embargo, era desertar: «En el Norte, yo no tenía nada».[24] Albergaba la ilusión de, en algún momento, emigrar a Estados Unidos. Sufrió las privaciones habituales de quienes recorrían la Ruta, en su caso con el 28.º Batallón del ENv, y se estudió tan bien la doctrina que fue nombrado comisario político en funciones: «Lo tenía todo en la cabeza, no en el corazón. En una sociedad comunista, todo el que piensa por sí mismo pero quiere sobrevivir se convierte en un buen actor».

Dinh sufrió una perforación de tímpano en un ataque de B-52, antes de que el caos de Camboya le diera ocasión de escabullirse de su unidad y ocultarse en una escuela. El 23 de mayo salió con precaución, ondeando una bandera blanca, y se rindió a la 25.ª división estadounidense. Llevaba dos días sin comer, pero cuando le pusieron delante arroz y una lata de carne, no se lo pudo tragar. Lo enviaron al centro de los *chieu hoi* en Saigón, donde no se encontraba cómodo, entre una mayoría de campesinos: «Algunos eran anticomunistas de verdad, pero muchos simplemente se habían hartado de combatir».[25] Tras todo un año de reeducación, les concedieron seis meses de libertad; después debían unirse al ERVn. Dinh no tenía ningún interés en seguir batallando, tampoco para el Sur. Como no tenía posibilidad de emigrar a América, utilizó un remoto vínculo familiar para que un seminario católico local lo aceptara en su seno. Allí pasó los cuatro años siguientes, como acólito y, en teoría, formándose para el sacerdocio. Era un tipo con sentido del humor que, mientras leía la Biblia, que llegó a conocer muy bien, se reía pensando que el seminario estaba situado exactamente por detrás de la casa de Bill Colby, el jefe de la CORDS. Lo más importante era que «por vez primera desde 1954, no me faltaba la comida». De hecho se engordó más de veinticinco kilos, lo que lo convirtió, quizá, en uno de los pocos beneficiarios de la aventura camboyana de Nixon.

2. CONTRATERRORISMO

Más de 200.000 excombatientes del ENv y Vietcong habían *chieu-hoyado* en 1972, en su mayoría por la misma razón que Dinh: porque querían salir de la guerra, no por proximidad al régimen de Saigón. Una tarde, Frank Snepp, de la CIA, y un intérprete llevaron a un bar de Saigón a un desertor cuya confianza querían ganarse. Tras pasar un rato allí, entre la muchedumbre habitual de camareras y soldados estadounidenses borrachos, el comunista musitó unas palabras. Con cierta reticencia, el intérprete tradujo: «Mi decisión ha sido un error. Yo no soy de aquí». Snepp no volvió

a cometer el error de embarcarse en otra juerga nocturna: «No quería vino, mujeres y canciones. La experiencia lo convenció tan solo de que en nuestro bando no encontraría lo que necesitaba».[26]

A la hora de socavar el nexo de los comunistas con el Sur, una fuerza más potente fue Phoenix, concebido por William Colby como un programa de inteligencia/acción que daba a los survietnamitas el poder de apresar o matar a cuadros esenciales. Entre 1969 y 1972, sus jefes afirmaron haber neutralizado a ochenta mil cuadros; una cuarta parte, muertos. Las que se dio en llamar Unidades de Reconocimiento Provincial (URP) del programa Phoenix estaban integradas por vietnamitas financiados por la CIA, con un salario que triplicaba el del ERVn. Algunos estadounidenses han afirmado que si los aliados se hubieran embarcado antes en un programa similar —como el que practicaba el Vietcong, con su terrorismo contra blancos seleccionados—, tal vez el resultado de la guerra habría sido otro. Al capitán de la infantería de Marina Andy Finlayson le entusiasmó el tiempo que pasó trabajando con una URP, cuya sede estaba en una residencia de la CIA en Tay Ninh, donde la comida y las condiciones de vida eran palaciegas: «Me parecía estar viviendo una novela de Graham Greene».[27] Los equipos «reunían datos de interés en el nivel local de un modo desconocido hasta entonces» y aprovechaban la información para destruir las células del FLN. Frank Scotton se mostró de acuerdo en que Phoenix fue efectivo, «aunque yo habría preferido un enfoque menos letal».[28] Las URP adquirieron una reputación de crueldad excepcional: Andrew Freemantle, el oficial australiano del SAS, los calificó de «auténticos salvajes ... Una vez los vi usar una podadera para cortarle a un hombre el dedo anular».[29]

Lo que es indudable es que, cuando se conocieron públicamente los excesos de Phoenix, añadieron otro clavo al ataúd del apoyo de los estadounidenses a la guerra. Frente a un comité del Senado, en febrero de 1970, Colby negó que Phoenix fuera un programa de contraterrorismo, pero casi nadie le creyó. Frank Snepp coincidía en que «hizo daño de verdad a los comunistas», pero «Colby mintió a lo grande cuando declaró que Phoenix se centraba en apresar a vietnamitas. Siempre fue un programa de asesinato». Es de justicia afirmar que el Vietcong hizo cosas peores: el

investigador estadounidense Guenter Lewy ha aseverado que el Ban-an-ninh del FLN —su brazo «de seguridad» o terrorista— asesinó a 36.725 vietnamitas y raptó a 58.499, con cifras que resultan creíbles. Pero los estadounidenses ansiaban creer que su propio bando actuaba mejor que el enemigo. Tal fue el caso del teniente Bob Kerrey, por ejemplo.

Kerrey, de Nebraska, que había sido una estrella del fútbol americano universitario, se sintió lógicamente orgulloso cuando se licenció como miembro del equipo de élite de la Marina estadounidense, los SEAL, en el verano de 1968. Confiaba, no obstante, en que Vietnam acabaría antes de que él tuviera que participar en la guerra: «Mis razones eran personales, no geopolíticas ... Simplemente prefería perderme esta sin tener que negarme a ir ... Mi ilusión romántica en realidad era comandar un destructor».[30] Aun así, aceptó su deber «dispuesto a prestar servicio con entusiasmo». Kerrey contaba veinticinco años cuando desembarcó en la bahía de Camranh, con su sección, a principios de 1969. El oficial al mando no tenía claro qué hacer con los SEAL. El joven teniente tan solo comprendía que se esperaba de él que ayudara al gobierno de Saigón a derrotar a los comunistas al estilo que Phoenix estaba poniendo de moda: matando a alguien. Por propia iniciativa, Kerrey lanzó un programa de desembarco de lanchas rápidas en las playas de la costa este, desde donde patrullaron y se emboscaron por aguas interiores. Cuando no se produjeron enfrentamientos optaron por desplazarse al delta del Mekong, donde planeaban patrullar desde Cat Lo a una zona de la provincia de Kien Hoa (en nuestros días, Ben Tre) controlada por el Vietcong. Según el servicio de espionaje, en cierta fecha los cuadros comunistas se reunirían en Thanh Phong, unos 120 kilómetros al sudeste de Saigón, en un punto identificado como zona de desembarco del Vietcong. Kerrey y su equipo solo llevaban cinco semanas en el país. Mike Ambrose, un recluta con experiencia tras un período de servicio previo, desaconsejó emprender la operación porque el intérprete y explorador vietnamita estaba de permiso. Kerrey decidió continuar adelante; en unas memorias posteriores precisó que un jefe del distrito local le había asegurado que Thanh Phong se hallaba en una zona de disparo libre.

En la noche del 25 de febrero de 1969, una lancha rápida trasladó a los SEAL por un canal que remontaron hasta un punto de desembarco situado a un kilómetro del poblado. Al llegar a la primera casa: «No tuve que dar la orden de iniciar la matanza, pero podía haberla interrumpido y no lo hice. La verdad es que recuerdo muy poco de lo que pasó allí, no de una forma clara y fiable». Tras eliminar a los ocupantes de un caseto «estábamos seguros de que había cuadros armados en el pueblo, ya en estado de alerta total. Teníamos dos posibilidades: retirarnos o seguir inspeccionando las casas en la oscuridad. Antes de que pudiéramos decidir, alguien nos disparó desde la dirección de las mujeres y los niños, atrapándolos en el fuego cruzado. Respondimos con una descarga tremenda y empezamos a retirarnos. Vi cómo las mujeres y los niños que teníamos delante caían heridos y despedazados. Mientras nos retirábamos oía sus gritos y otras voces en la oscuridad». Los estadounidenses abordaron las lanchas y antes de una hora se hallaban de vuelta en Cat Lo. Kerrey escribió más adelante: «Nuestras acciones no se consideraron extraordinarias para una guerra de guerrillas, en la que el número de bajas civiles es muy elevado».[31] Admitió: «Sentí angustia por lo que habíamos hecho», pero en un informe oficial de la Marina sobre la acción comunicó que él y sus hombres habían matado a veintiún VC, una hazaña que se le recompensó con una Estrella de Bronce.

Una semana después, los SEAL tuvieron noticia de que un desertor del Vietcong estaba dispuesto a conducir a los estadounidenses al campamento de un grupo de zapadores que vivaqueaba en la isla de Hon Tam, en aguas de Nha Trang. El desembarco, entre las tinieblas del 14 de marzo de 1969, y el ascenso posterior a un cerro de un centenar de metros de altura, fue según lo previsto. El guía llevó a los estadounidenses hasta una agrupación de zapadores que dormían a pierna suelta. Kerrey dejó vigilando a cuatro hombres de los siete que lo acompañaban, y encabezó a los otros tres en la búsqueda de más VC, que sabían que no estaban lejos. Se encontraron con el enemigo a los pocos minutos; Kerrey disparó una sola ráfaga antes de caer derribado por la explosión de una granada. Comprendió que lo habían herido de gravedad. Con un dolor atroz, se tanteó la pierna derecha y descubrió que el pie estaba casi amputado. El sanitario de Kerrey, con un ojo herido por fragmentos, no podía ayudarle.

El teniente se ligó un torniquete por encima de la rodilla, entre el intenso fuego y las explosiones, y luego, con mucha dificultad, se puso en pie para dirigir la respuesta de sus hombres. Cuando la acción escampó definitivamente, se inyectó un tubo de morfina en la pierna; un compañero del SEAL le puso un Camel entre los labios. El operador de radio solicitó un *eva-medi*, al que aguardaron en un silencio interrumpido tan solo por el ruido urbano de Nha Trang, en la orilla de enfrente. Cuando el helicóptero llegó por fin, el jefe de su tripulación bajó una eslinga con la que izaron a Kerrey. Al amanecer tomó tierra en un estado semiconsciente, sin terminar de comprender que su guerra, y su breve carrera como SEAL, habían llegado a su fin a los cincuenta días.

Transcurrido más de un año desde entonces, una mañana, el lacónico nebraskense figuraba entre los doce veteranos que recibieron la Medalla de Honor de manos de Richard Nixon. Escribió que se sintió incómodo cuando el presidente dijo que eran héroes, porque para entonces la guerra le parecía un gran error. Aun así decidió que algo de heroico sí que había en los «estadounidenses dispuestos a viajar a aquel país extraño y luchar por la libertad de un pueblo que ni conocían ni entendían».[32]

Hasta aquí la versión de Kerrey, publicada cuando había adquirido ya mucha fama, como exgobernador de Nebraska, miembro del Senado de Estados Unidos y amante de la estrella cinematográfica Debra Winger, a la que ensalzó diciendo que desde que la vio, fue no dar pie con bola. Este héroe de trato agradable y especial atractivo había cobrado relevancia entre los que hacían campaña en contra de la guerra. Solo mucho más tarde se supo hasta qué punto había perdido Kerrey la memoria. En abril de 2001, el *New York Times* publicó (junto con CBS TV) una investigación del episodio de Thanh Phong que contrastaba mucho con lo afirmado por el SEAL en su momento. En primer lugar mostraron que había mentido al afirmar que carecían de información sobre el poblado que él y su equipo habían asaltado: los SEAL habían reconocido el lugar diez días antes.[33] Después parece ser que se produjo una masacre sistemática en la que nadie se esforzó por distinguir entre las víctimas. Según dijo Kerrey al *New York Times*: «El "procedimiento operativo estándar" era eliminar a las personas con las que establecíamos contacto». Sus hombres mataron a los ocupantes

de la primera cabaña con cuchillos, con la intención de no romper el silencio. Cuando llegaron al poblado propiamente dicho, un miembro de la patrulla (Gerhard Klann, de origen alemán) declaró que los SEAL se apiñaron y ejecutaron a otros quince habitantes, en su mayoría mujeres y niños. El último en morir fue un bebé que chillaba. En palabras de Klann: «Había sangre y tripas por todas partes». Otro SEAL, William Tucker, dijo al *New York Times* que en la lancha de regreso se había dirigido a Kerrey para transmitirle su insatisfacción: «Este tipo de cosas no me gusta», a lo que Kerrey respondió: «A mí tampoco».[34]

Otros miembros de la patrulla pusieron en duda la afirmación del periódico de que se había masacrado a los vietnamitas sin que mediara provocación, alegando que habían oído disparos antes de empezar la matanza. Sea cual sea la verdad, también se desveló la existencia de un informe del 27 de febrero de 1969 en el que un anciano vietnamita se había presentado ante oficiales del ejército de Tierra estadounidense para exigir compensaciones por una atrocidad supuestamente cometida en Thanh Phong, en la que unos estadounidenses desconocidos habían matado a veinticuatro personas, de las que trece eran mujeres y niños. El mismo documento del ejército afirmaba que se tenía constancia de la actuación de los SEAL en la zona. Después de enfrentarse a estas pruebas, Kerrey dijo: «Es mucho más que la culpa. Es la vergüenza. Es algo de lo que nunca, nunca te podrás librar. Pensaba que lo peor que te podía llegar a pasar era morir por tu país, pero no. *Matar* por tu país puede ser mucho peor». Durante la carrera política de Kerrey, los colegas del Capitolio quedaron desconcertados con frecuencia por enigmas sobre él a los que no sabían dar respuesta. Treinta años después de aquellos acontecimientos de Vietnam, quizá había una explicación.

Los detalles exactos de lo que ocurrió en Thanh Phong siguen siendo motivo de disputa, pero la esencia parece clara. Un grupo de comandos asaltó un punto de desembarco del Vietcong en una zona de la que sabían poco y en la que gozaban de licencia para matar, una autorización de la que no es infrecuente que las fuerzas especiales abusen, sea cual sea la nacionalidad o la guerra. En este caso la usaron para matar a civiles y mintieron sobre lo que habían hecho. La Marina estadounidense, como

institución, sale de lo ocurrido peor parada que quienes atacaron el poblado. Dio a los SEAL el poder de actuar como hicieron y luego repartió condecoraciones como si lo principal fuera identificar héroes nacionales, no que estos se comprometieran con una forma responsable o al menos civilizada de actuar contra el enemigo.

Lo que es más, operaciones como la de Thanh Phong —y hubo muchas— tenían un alto coste político y moral. El Vietcong aprovechó sus propias redes de espionaje local, que eran excelentes, para eliminar a enemigos; a menudo, con especial sadismo. Pero ninguno de los aldeanos obligados a contemplar las decapitaciones y los entierros con vida dudaban de por qué se mataba a las víctimas: porque se las consideraba contrarias a la revolución. En cambio, cuando los estadounidenses o el ERVn mataban a civiles, aunque algunos eran activistas del comunismo, o simpatizaban con este —sin duda así ocurrió en Thanh Phong—, otros no lo eran. La naturaleza indiscriminada del terror dirigido por los estadounidenses, debida a que ignoraban la identidad —por no hablar de la lealtad— de muchos de los que hallaban la muerte a manos de sus guerreros, causó tanto daño a los objetivos estratégicos de Estados Unidos como a la legitimidad moral de su empeño bélico.

Las operaciones del equipo SEAL de Kerrey estaban supervisadas por el capitán Roy Hoffman, de la Marina de Estados Unidos, que en la pared de su despacho tenía un cuadro estadístico sobre las muertes en combate del enemigo. En palabras de Kerrey, «necesitaban cadáveres»: la Armada quería incrementar su cuota de mercado en la guerra —y en cualquier gloria disponible—.[35] Afirma que estuvo a punto de rechazar la Medalla de Honor: «Nuestra historia se hizo pública justo después de la Estatal de Kent, y fue un auténtico regalo para la Marina estadounidense».[36] Entiende que las precisiones periodísticas de 2001 sobre Thanh Phong le difamaban injustamente, pero añade: «No pido la simpatía de nadie. Sobreviví».[37] También destaca que, hiciera lo que hiciese su unidad SEAL en Thanh Phong, las patrulleras estadounidenses recorrían los canales de las zonas de disparo libre del delta matando a voluntad, al igual que hacían los aviones estadounidenses desde el aire. Implícitamente, estos comentarios dan a entender que no es justo denunciar los excesos que él y sus hombres

cometieron cuando se encontraron de cara con el enemigo, mientras la vasta maquinaria bélica de Estados Unidos se apuntaba muertes por cientos, sin exigir responsabilidades a los que estaban al timón de las lanchas o los mandos de los aviones, a diferencia de lo que, muchos años después, intentaban hacer quienes lo acusaban.

Cuando Andy Finlayson interrogó a un personaje destacado del ENv, apresado en Camboya, el hombre describió la situación de los comunistas como grave, en parte, por el efecto de Phoenix. El estadounidense preguntó si eso equivalía a decir que las fuerzas de Hanói caerían derrotadas. El oficial sonrió, negó con la cabeza y respondió: «Vosotros estáis lejos de casa y no comprendéis las realidades estratégicas de este país. Vuestra gente se cansará cuando vea morir a cada vez más estadounidenses sin nada que mostrar a cambio. Vuestro presidente ya ha dicho que os marcháis. Esperaremos a que os hayáis marchado y entonces atacaremos, atacaremos, atacaremos hasta que el régimen títere de Saigón caiga por su propio peso. Nuestra victoria es inevitable».[38] Frank Snepp, de la CIA, dijo: «Los [comunistas] que interrogué me fascinaron. Un hombre en particular me pareció el ser humano más disciplinado que yo haya visto jamás. Me desconcertaba lo mucho que nos odiaba. Los estadounidenses no están acostumbrados a eso. Estaba mirando a alguien dispuesto a hacer lo que hiciera falta para lograr sus objetivos. Me causó una impresión extraordinaria».

En noviembre de 1970, Fred Weyand asistió a la cesión al ERVn de su antiguo cuartel general de la 25.ª división, y confesó su gran incomodidad: «Nosotros nos íbamos, ellos no estaban listos para tomar el control. Cuando empezamos la retirada, simplemente dejamos de tener ninguna influencia sobre el Norte».[39] Los irregulares de las Fuerzas Regionales y Fuerzas Populares estaban sufriendo pérdidas más graves que sus hermanos del ejército regular: en 1970 murieron 15.783 de sus hombres, por los 5.602 del ERVn, y la proporción fue aún más desequilibrada al año siguiente. Las

fuerzas armadas de Vietnam del Sur eran las cuartas del mundo, por cantidad de efectivos; pero seguían teniendo muchos problemas de voluntad y pericia.

A cada paso, los estadounidenses parecían condenados a tener la suerte en contra. Nixon estaba desesperado por exhibir cuánto le preocupaban los prisioneros de guerra encerrados en el Norte, un tema que cada vez despertaba más pasiones en el panorama nacional; temía que las familias de algunos prisioneros hicieran causa común con el movimiento antibelicista. Así pues, en noviembre de 1970 autorizó una incursión contra Son Tay, unos treinta kilómetros al norte de Hanói, con la esperanza de liberar a algunos compatriotas que se decía que estaban allí. Tres días antes de la misión, el reconocimiento aéreo mostró que el complejo estaba vacío y se habían llevado a los presos a otra parte. Pese a todo Washington ordenó que los helicópteros transportaran a las tropas y estas ejecutaran la misión en la noche del 20-21 de noviembre. Regresaron con las manos vacías.

Los admiradores del general Creighton Abrams afirman que, a finales de 1970, la lucha estaba favoreciendo a Estados Unidos; que solo el hundimiento de la voluntad política nacional impidió que el MACV sacara partido a su recién adquirido dominio del terreno. El historiador Lewis Sorley, el paladín más señero del caudillo del MACV, ha escrito: «La batalla no se había acabado, pero la guerra se había vencido».[40] Incluso en la primera línea del frente, algunos no habían perdido la fe. El teniente Mel Stephens abandonó Vietnam a finales de 1969, tras haber ganado una Estrella de Plata, una Estrella de Bronce, dos Corazones Púrpura y varias distinciones por su participación en las operaciones fluviales de la Marina estadounidense; luego fue asistente personal del almirante Bud Zumwalt, como jefe de las operaciones navales. Dejó la Armada y se sumó a John Kerry y algunos otros veteranos en el respaldo público a la guerra en Vietnam; de hecho declaró a tal efecto ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado. «Para mí, era la guerra adecuada —dijo—. Allí viví experiencias extraordinarias, y mis experiencias de combate me abrieron unas puertas extraordinarias. Yo creía que la vietnamización funcionaría y que todo estaba a punto de encajar.»[41]

Lo que quizá sea cierto es que con un Vietcong radicalmente mermado por Phoenix y por el desgaste del campo de batalla, Vietnam del Sur tal vez se habría podido estabilizar bajo el control de un régimen no comunista —aunque fuera poco apreciado—, de no haber sido por la intervención continua de los norvietnamitas, sumada al desencanto del pueblo estadounidense. Por desgracia para la administración de Nixon, no obstante, Le Duan y el ENv eran realidades tan inmutables como los monzones o los escorpiones. Abrams, rememorando las vivencias personales de 1944-1945, se lamentaba de que los norvietnamitas eran «iguales que los alemanes: les das treinta y seis horas y ¡maldita sea!, tienes que volver a empezar la guerra desde el principio».[42] Al concluir 1970 estaba persiguiendo el mismo fin con un ejército muy inferior al que había tenido al empezar: 140.000 soldados se habían marchado a casa. En París, Kissinger renunció a exigir una retirada paralela del ENv. Había dejado de creer en Santa Claus.

3. Lam Son 719

Resulta extraño que, siendo Vietnam del Norte una sociedad totalitaria con una disciplina implacable, estuviera gobernada por civiles. Por su parte Vietnam del Sur, que pretendía ser una democracia, estaba regida por generales con escaso talento para la política —y para los asuntos militares—. Lewis Sorley, en su biografía de Creighton Abrams, incluye una afirmación llamativa: asevera que de Nguyen Van Thieu «se podría decir que fue un hombre más honrado y decente que Lyndon Johnson, y —dadas las diferencias en las circunstancias respectivas— probablemente también un presidente más efectivo».[43] También compara favorablemente al jefe del Estado Mayor del ERVn de 1965 a 1975, el general Cao Van Vien, con Earle Wheeler; a su entender, el primero fue «probablemente menos irrelevante». Sin embargo, Thieu exhibió más habilidad para mantener la confianza y buena voluntad de los estadounidenses —básicamente, satisfaciendo todos sus deseos— que la de su propio pueblo. Vien, sin ser sublime, era un oficial competente, pero poco podía hacer cuando el presidente insistía en nombrar a los comandantes según la lealtad que le mostraban a él, no según su idoneidad para la dirección de las tropas.

La vietnamización supuso trasladar una gran carga a estos dos hombres y su círculo inmediato de subordinados, porque de pronto se les invitaba a gobernar su propio país y dirigir su propia guerra, en vez de consentir cuanto los estadounidenses hacían. No obstante, se daba la contradicción de que, en París, los norvietnamitas y un estadounidense, Henry Kissinger, estaban debatiendo sobre la pervivencia del régimen de Thieu sin conceder audiencia seria a ningún representante de Saigón: apenas cabe considerar injusto que los comunistas calificaran a Thieu y sus socios de «marionetas de Estados Unidos». Por otro lado, independientemente del concepto que cada cual tuviera del politburó de Hanói, ya nadie —fuera de la Casa Blanca y los medios de comunicación conservadores de Estados Unidos— etiquetaba a Le Duan y sus camaradas como simples secuaces de los chinos o los soviéticos.

Como era de esperar en este contexto, la decisión de lanzar al ERVn a una gran batalla para poner a prueba la vietnamización no se tomó en la capital survietnamita, sino en Washington. Pese a los magros dividendos de la incursión camboyana de 1970, persistía el imperativo de mantener la presión militar sobre los norvietnamitas, salvo que se renunciara a toda esperanza de extraerles concesiones en París. Kissinger le dijo a Arthur Schlesinger: «He estado pensando mucho en dimitir»;[44] pero añadió que estaba participando en algo de lo que no podía hablar y que debía mantener hasta el final. Schlesinger acertó al suponer que se trataba de negociaciones secretas. Sobre la persona de Nixon, Kissinger dijo: «Es un hombre tímido, que necesita compasión». Añadió que, a medida que se aproximaban las elecciones de 1972, en el clima de protestas furiosas por la situación de Vietnam, «[Nixon] tiene el apoyo suficiente para ganar, pero no el suficiente para gobernar».

Una nueva acción del Congreso —la enmienda de Cooper-Church, de diciembre de 1970— prohibió a la administración enviar tropas terrestres más allá de la frontera de Vietnam del Sur. Pero así quedaba por resolver el enorme problema de contener el flujo de hombres y suministros que bajaba por la Ruta de Ho Chi Minh. En 1970 los norvietnamitas recibieron un abastecimiento acelerado de material ruso y chino, que se calcula ascendió a dos millones y medio de toneladas, incluidos quinientos camiones al mes.

El MACV informó: «La guerra logística del sur de Laos y el noreste de Camboya destaca ahora como el conflicto crucial para el Vietcong/ENv».[45] A principios de 1971, el general Lucius Clay, comandante de la Séptima Fuerza Aérea, describió así las instrucciones recibidas de Creighton Abrams: «Quiere que dejemos esa Ruta de Ho Chi Minh en tal condición que un cuervo, si quiere sobrevolarla, tenga que traerse las raciones». El Estado Mayor de Clay identificó cuatro «cuellos de botella»: los pases de Mu Gia, Ban Karai y Ban Raving, más otra ubicación al oeste mismo de la ZDm. Se instalaron nuevos sensores de movimiento, controlados por drones de vigilancia. Se determinó que cada cuello de botella sería objeto, durante sesenta días, de al menos veintisiete vuelos de B-52 y 125 de aviones tácticos. Los bombardeos y las lluvias, de hecho, hicieron que diversos tramos de la Ruta resultaran impracticables para los vehículos durante varias semanas, pero de un modo u otro las fuerzas del ENv en el Sur siguieron recibiendo los suministros y municiones suficientes para no tener que interrumpir la lucha.

Entre tanto, el Congreso mostraba cada vez menos predisposición a financiar la vietnamización, y las salidas de la fuerza aérea estadounidense se restringían cada vez más: las catorce mil mensuales autorizadas en ese momento representaban menos de la mitad de la cuota de 1969. Avanzado 1970, Nixon y Melvin Laird se enfrentaban a la perspectiva de financiar la guerra, todo el año siguiente, con tan solo 11.000 millones de dólares, frente a los 30.000 de 1969. En este contexto, se decidió asumir un riesgo en el campo de batalla: enviar a Laos, contra el ENv, una gran fuerza survietnamita respaldada por los medios de artillería y aéreos de Estados Unidos. En diciembre de 1970, se encomendó al asistente militar de Kissinger —el general de brigada Alexander Haig, de influencia creciente— que explicara la propuesta a Abrams, en Saigón. No hay consenso al respecto de quién originó la operación, bautizada con el nombre algo torpe de Lam Son 719: Lewis Sorley, el gran defensor de Abrams, afirma que fue Haig; Haig alegó más adelante que procedía de Nixon y Kissinger.

El jefe de Abrams y comandante en jefe del Pacífico —el almirante John McCain, cuyo compromiso personal con la guerra se había intensificado desde que su hijo, piloto de la Armada, estaba cautivo en

Hanói— había sido partidario de la incursión camboyana y ahora abogaba por entrar en Laos. Sin embargo, admitió ante Abrams: «Reconozco que la opinión pública puede presentar muchos problemas».[46] El general se marchó a informar a Thieu, que accedió a mandar al ERVn a una misión cuyo objetivo último era la ciudad laosiana de Tchepone. El 10 de diciembre, el almirante Thomas Moorer, sucesor de Earle Wheeler en la presidencia de la Junta de jefes, transmitió a Abrams la orden presidencial para poner en marcha la operación. Según Moorer, con ella se potenciaría la vietnamización: «Al enemigo le faltará movilidad y eso debe permitirnos aislar el campo de batalla y asegurar la victoria survietnamita». Los estadounidenses creían que si el ERVn hacía estragos en las rutas de abastecimiento del ENv, ellos mismos podrían gozar de un año de tranquilidad. Abrams no veía claro que los vietnamitas fueran capaces de ejecutar la operación y advirtió de que en Laos «se puede esperar que el enemigo defenderá su zona de base y sus centros logísticos», a diferencia de lo que había hecho en Camboya. Ahora bien, no intentó vetar el proyecto y, de hecho, aceptó la responsabilidad general. Así pues, debe atribuirse a Abrams buena parte de la culpa de lo ocurrido.

En un encuentro de embajadores de la región en Saigón, el día 17, Ted Shackley, jefe de la base de la CIA, informó de que los comunistas contaban con que los aliados atacarían de nuevo sus santuarios. El ENv desplegó fuerzas importantes en el sur de Laos; entre la densa selva de la zona, había pocos espacios aptos como ZA. El 26 de enero de 1971 la Agencia recibió también un mensaje interceptado y descodificado donde el enemigo no solo preveía un asalto, sino que expresaba la siguiente conclusión: «Prepárense para movilizarse y golpear con dureza. Estén alerta».[47] Un estudio de posguerra realizado en Hanói reconocía con franqueza que, en aquel momento, la posición de los comunistas en Vietnam del Sur era de especial debilidad: «Nuestra capacidad ofensiva estaba mermada» y las operaciones de la guerrilla habían menguado mucho. En Laos, por el contrario —allí al lado—, imperaba la confianza: «Poseíamos la iniciativa estratégica y éramos más fuertes que el enemigo».[48] Hanói, que casi con toda certeza contó con el aviso de un informante del ERVn, previó que Saigón emprendería una operación con

entre quince y veinte batallones. El politburó decretó: «Esta será una batalla de una importancia estratégica decisiva». La Corte del Dragón identificó la zona de Ban Dong-Tchepone como un campo de batalla favorable a sus propias tropas: estaba cerca de Vietnam del Norte y la selva ofrecía una buena protección superior contra los aviones.

Los planificadores comunistas establecieron las metas de matar a doce mil soldados del ERVn y destruir trescientos aviones y helicópteros. En Saigón, a medida que se acercaba el asalto previsto para febrero de 1971, Abrams se sentía cada vez más inquieto por el ERVn: «Los estamos apretando demasiado ... vamos demasiado lejos demasiado rápido». El 29 de enero avisó a Moorer de que los comunistas estarían a la espera, pero siguió sin pedir la cancelación. El error más grave —del que fue cómplice toda la cúpula de Estados Unidos— fue no reconocer que los riesgos de Lam Son 719 eran muy superiores a cualquier posible beneficio. Si los comunistas derrotaban un asalto de aquella magnitud —y a muchos oficiales del MACV les parecía probable—, toda la fachada de la vietnamización se resentiría. Esto coincidía con un deterioro del clima político en Estados Unidos: en enero Nixon había firmado la Ley de ventas al extranjero, a la que se adjuntó la abrogación de la Resolución del Golfo de Tonkín; aun así la Casa Blanca negaba que esto impusiera nuevos límites a su autoridad para seguir combatiendo en Vietnam.

En la zona de alcance de la ofensiva prevista para el ERVn, el ejército norvietnamita podía pedir la ayuda de unos sesenta mil hombres, con ocho batallones de zapadores, abundancia de artillería e incluso algunos tanques. Los survietnamitas debían asaltar por aire y llevar los blindados hacia nueve objetivos inmediatos, situados entre treinta y sesenta y cinco kilómetros al oeste de Khe Sanh. El mando general se confió a un oficial de obvia incompetencia, Hoang Xuan Lam, comandante del I Cuerpo del ERVn. El teniente general *Jock* Sutherland, al mando del XXIV Cuerpo estadounidense, controlaba a las tropas de su país que respaldarían la operación, junto con cincuenta y tres helicópteros Chinook, quinientos Huey, dieciocho obuses de 155 milímetros, dieciséis cañones de 175 milímetros y ocho obuses de 8 pulgadas. A menos de cien metros de la frontera laosiana había un cartel: «ATENCIÓN: PROHIBIDO EL PASO

AL PERSONAL ESTADOUNIDENSE». Al comandante Tran Ngoc Hue, que había liderado a los «Panteras Negras» en la batalla de 1968 por Hue, la aventura de Laos le generaba malas sensaciones: antes de encabezar en combate al 2.º del 2.º Regimiento de infantería, habló seriamente con Dave Wiseman, el asesor del batallón, que se quedaría atrás, para pedirle que adoptara a sus hijos.

Lam Son 719 se puso en marcha el 8 de febrero de 1971. Una columna blindada de sesenta y dos tanques y 162 transportes M-113 se dirigió hacia el oeste por la Nacional 9, protegida en el flanco septentrional por tropas aerotransportadas y la infantería ligera y en el flanco sur por la 1.ª división de infantería. El ERVn emprendió asaltos aéreos en Huey tripulados tanto por estadounidenses como por vietnamitas. Los comunistas estaban tan seguros del ataque de las fuerzas del Sur que habían preparado pistas alrededor del que esperaban que sería el campo de batalla, depositado municiones de reserva y fortificado algunos montes y puentes. Emprendieron un reconocimiento cuidadoso del terreno; algunas unidades incluso hicieron ejercicios en el propio terreno.[49] Pese a todo, los survietnamitas gozaron de una sorpresa táctica temporal: los comunistas, asombrados por la magnitud de la armada de helicópteros que les vino encima, respondieron con lentitud. Pocos oficiales del ENv tenían experiencia en batallas grandes con la participación de todas las ramas del ejército; por otro lado, la escasez de radios provocó fallos de mando y control.

Durante los primeros días, los atacantes no sufrieron ningún percance terrible. Las condiciones meteorológicas eran terribles, pero los tanques de Saigón pudieron enlazar con un batallón aerotransportado en Ban Dong (A Luoi, en los mapas estadounidenses), situado ya en el interior de Laos, a casi veinte kilómetros de la frontera con Vietnam. La infantería creó bases de artillería y se atrincheró. Más adelante, Hanói admitió que algunos de sus comandantes se movieron con el pie cambiado: «No teníamos una comprensión suficiente de todas las actividades [del enemigo] ... Muchas unidades se desplegaron para el combate de forma prematura». El día 13, el general Vien comunicó a Abrams que el presidente Thieu había decretado que sus fuerzas no avanzaran más hacia el oeste. Un rumor —que no se ha

confirmado— sostenía que Thieu también ordenó, en secreto, abortar la operación en el caso de que las fuerzas survietnamitas sufrieran más de tres mil bajas, o cuando alcanzaran esa cifra.

En Laos, el balance del campo de batalla se fue inclinando en contra del Sur, de forma lenta pero inexorable, a medida que los comunistas concentraban fuerzas cada vez más poderosas contra los dieciséis batallones de los invasores. Abrams instó a los vietnamitas —en vano— a seguir en movimiento, porque si se limitaban a quedarse donde estaban el enemigo podría ir destrozándolos poco a poco y a placer. En la noche del 18 de febrero, dos batallones del ENv atacaron al 39.º Batallón de la infantería ligera vietnamita, que no tardó en emprender la retirada. Los norvietnamitas machacaron las bases de artillería del ERVn con proyectiles constantes; una se abandonó después de que todos sus cañones quedaran fuera de combate. Más al sur, a cerca de quinientos kilómetros de Lam Son, el general Do Cao Tri falleció en un accidente de helicóptero, el 23 de febrero. Era una figura muy respetada, y su muerte tuvo consecuencias en el campo de batalla porque se rumoreaba que lo enviarían en sustitución del general Lam, cuya penosa incompetencia había quedado manifiesta.

Una semana más tarde, un Sutherland descompuesto transmitió al MACV, a través de una línea de teléfono segura: «El enemigo está por toda esta maldita zona y parece que se está consolidando ... La pelea ahí arriba está siendo encarnizada».[50] Abrams se enfureció con Sutherland, al que acusó de no saber controlar una situación que se deterioraba. Por primera vez en aquella guerra, había blindados batiéndose contra blindados. El apoyo aéreo tenía un efecto limitado porque no había CAA estadounidenses sobre el terreno; pocos oficiales del Sur sabían el inglés necesario para comunicarse eficientemente con los pilotos de Estados Unidos y los antiaéreos causaban un desgaste alarmante y creciente; a todo ello se sumó aún un factor inesperado y sonrojante: la disponibilidad de los helicópteros sufrió un descenso pronunciado; de todos los Huey artillados, solo una cuarta parte estaban en condiciones de volar. El teniente general Fred Weyand exclamó: «Ahí arriba tenemos a un comandante de cuerpo, que se supone que está al tanto de todos y cada uno de los putos pájaros. Ahí hay

algo que va mal ... El tío es que no tiene ni idea de lo que está pasando».[51] Abrams también se mostró muy enojado con Sutherland: «¡Aquí nos estamos jugando el concepto estratégico nacional al completo!».

La Casa Blanca se alarmó cada vez más. Kissinger dijo, a finales de febrero: «No entiendo qué está haciendo Abrams». El general Bruce Palmer, subjefe del Estado Mayor del ejército de Tierra, puso por escrito su disgusto: «Kissinger asumió tan a gusto el papel de mariscal de campo cuando las cosas iban bien, pero como no comprendía la naturaleza de la guerra y sus incertidumbres traicioneras, se irritó y se enfadó cuando Lam Son 719 se quedó estancado».[52] El jefe del MACV no quiso caer en la desesperación: «Estamos en una batalla realmente dura. Tendremos que echarlo todo hasta ganar ... No es la primera vez que sufrimos una avalancha de los profetas de la perdición».[53] El 9 de marzo, Abrams seguía sintiéndose optimista. Estaba «cada vez más convencido de que lo que tienes aquí es quizá la única batalla decisiva de la guerra», y que podrían ganarla por la superioridad de su potencia de fuego.[54] Una dificultad principal de los comandantes de Estados Unidos fue que no podían ver qué estaba pasando sobre el terreno ni enviar a testigos en cuya palabra confiaran.

El jefe del MACV hizo una solicitud personal a Thieu, el único hombre con autoridad para modificar la formación de los ejércitos. El estadounidense le dio a entender que si no enviaba la 2.ª división, la batalla se perdería. El presidente lo condicionó al despliegue paralelo de una unidad estadounidense. Mientras los combates proseguían, los generales survietnamitas pidieron a Thieu salir de Laos. Alexander Haig, por el contrario, llegó el 18 de marzo para decirle a Sutherland que la Casa Blanca quería que el ERVn se mantuviera en combate durante todo el mes de abril. En Washington se recibieron con buen ánimo informes según los cuales el poder aéreo de Estados Unidos estaba dañando a los comunistas. Cada ocho minutos, un C-130 aterrizaba en Khe Sanh con munición y suministros; en las horas de oscuridad siempre sobrevolaban el campo de batalla tres aeronaves de bengalas y tres artilladas. En el transcurso de la batalla, los aviones tácticos estadounidenses realizaron ocho mil salidas —casi 150 por día—, y los B-52, otras 1.280. El coronel An, del ENv, describió así los

alrededores de su puesto de mando, cerca del río de Sa Mu: «Los juncos y las hierbas altas de los montes habían ardido completamente por efecto del napalm. Nuestro bosque se había convertido en una islita aislada en medio de un océano de desolación ennegrecida».[55]

Las tropas del Sur, sin embargo, ya habían sufrido 5.500 bajas. El general de brigada Haig cambió de opinión bruscamente y consideró llegado el momento de dar por concluida la operación. El 18 de marzo, el ENv atacó con decisión, con la intención de rodear algunas unidades survietnamitas que habían quedado expuestas. Uno de los hombres de An, un jefe de pelotón, que procedía de Hanói, escribió: «Aquella noche, la luna brillaba con intensidad. Nos pusimos en camino en cuanto cayó la noche. El enemigo caminó realizando descargas de artillería desde la carretera, colina arriba, hacia nuestra posición fortificada, y luego colina abajo, una vez y otra. Dos de nuestros hombres cayeron heridos, solo quedaron siete en condiciones de luchar. Cada hombre excavó una posición de tiro con la mayor rapidez posible; algunos aprovecharon cráteres de bombas u hoyos antiguos abiertos por el enemigo. Yo me estiré, me tapé con la hamaca por encima del estómago y dormí como un tronco. Me levanté justo antes del alba. La lluvia me había empapado la ropa. Tenía tanto frío que los dientes me castañeteaban sin que yo pudiera hacer nada. Y cuanto más frío tenía, más hambre me entraba ... La fuerza de la bola de arroz, algo mayor que un puño, que me había tomado la tarde anterior, se había gastado con la carrera a través de la descarga».[56] Uno de sus hombres había salido en busca de algo que comer y regresó con un casco lleno de arroz, encontrado en una posición abandonada del ERVn: «¡Estaba tan contento como si hubiéramos ganado la batalla!».

De hecho, había ganado: los comunistas estaban aislando posiciones sucesivas del Sur, que luego batían con la artillería hasta asolarlas, por medio de cañones de 122 milímetros, con un alcance de veintidós kilómetros, y 130 milímetros, que llegaban hasta los veintisiete kilómetros; parecían indiferentes a las propias bajas. El ENv empleaba la radio a fondo, tanto para bloquear las comunicaciones del enemigo como para emitir propaganda propia; entre ambos ejércitos los hombres se intercambiaban insultos en la lengua común; a los infantes de marina survietnamitas les

desconcertó oír órdenes de batalla emitidas por una voz femenina. Un soldado del ENv hizo que su pelotón buscara M-79 *Thumper* abandonados en el campo de batalla y luego organizó una práctica rápida: «Cogimos bastante precisión». Al cabo de una hora pasaron a la acción real, lanzando proyectiles de 40 milímetros contra un convoy del ERVn.[57] El campo de batalla cayó en silencio tras la retirada survietnamita. Los comunistas avanzaron con cautela por la carretera, contando cadáveres del enemigo, entre cañones abandonados con los motores aún en marcha.

Tran Ngoc Hue fue ascendido a coronel al mismo tiempo que el ENv bombardeaba las posiciones de su batallón en la Colina 660. Tras resultar herido por fragmentos de mortero, cuando los supervivientes acabaron por retirarse les pidió que lo dejaran atrás; solo un capitán y sesenta reclutas lograron huir. Los comunistas lo apresaron y Hue tuvo que remontar como pudo la Ruta de Ho Chi Minh: perdió varios dedos y tenía insectos y gusanos alimentándose de sus heridas. Al llegar a Hanói contaba veintinueve años; pasó los trece años siguientes en cautividad, como muchos otros que participaron en Lam Son. Por razones de prestigio personal, Thieu decidió insistir en que el ERVn alcanzara el objetivo previsto de Tchepone, para lo que se lanzó un nuevo asalto aéreo el 3 de marzo. Tras una lucha brutal, las puntas de lanza survietnamitas llegaron a la ciudad, pero no tardaron en perder la posición.

Mientras los soldados de Vietnam del Sur luchaban por sus vidas, sus generales exhibían la inepcia y la petulancia habituales. Lam, el comandante del cuerpo, parecía paralizado, y el mando superior de las tropas aerotransportadas optó por no analizar la operación con él; el jefe de la infantería de Marina, por su parte, se negó a salir de Saigón. Lam Son —escribió el coronel Nguyen Duy Hinh— «sufrió una epidemia de disensiones, casi insubordinaciones, entre varios comandantes de campo del ERVn. El presidente Thieu y el general Vien, probablemente, estaban al tanto de la discordia pero no hicieron nada para remediarlo ... quizá [porque] se consideraba a esos generales pilares del régimen». En el campo de batalla, cinco de los nueve comandantes de los batallones aerotransportados cayeron muertos o heridos; pero uno que estaba ileso se abrió paso a la fuerza hasta un *eva-medi*. El 27 de marzo, Fred Weyand dijo,

en una reunión de mando del MACV, que parecía oportuno enfrentarse al hecho de que el mundo contemplaba Lam Son 719 como un fracaso: «Tenemos un problema de relaciones públicas o un problema psicológico ... muy, pero que muy grave».[58] Abrams se encolerizó por la forma en que la prensa había comentado la batalla; se centró en particular en Gloria Emerson, del *New York Times* —«esa mujer es caballo y de los gordos»—[59] y mostró un gran pesimismo por la relación de Estados Unidos con Vietnam: «Hay un abismo cultural muy grande y, a algunos estadounidenses, les resulta simplemente imposible atravesarlo».[60]

Las primeras retiradas survietnamitas de Laos se produjeron el 3 de marzo; durante todo el mes, entre un caos cada vez peor, la retirada continuó. Menos de la mitad de los tanques de Saigón, y poco más de un tercio de los TBP, sobrevivieron a la batalla: el resto se estropeó, se quedó sin combustible o fue destruido por la artillería comunista. Los norteamericanos perdieron más de un centenar de helicópteros, y otros 544 resultaron dañados. Según las palabras de un informador del MACV que se quedó notablemente corto en su valoración: «El concepto de la movilidad aérea pasó una prueba complicada durante esta operación».[61] A medida que el ENv reforzaba la presión sobre los evacuados, el pánico se apoderó de muchos soldados de Thieu, con lo que la imagen perdurable de Lam Son 719 fue la colección de fotografías de helicópteros asaltados por turbas de fugitivos, algunos de los cuales despegaban con personas colgadas de los esquís. Cuando la operación llegó a su final —entre el desgaste y la confusión—, los survietnamitas llevaban cuarenta y dos días luchando en Laos, y habían perdido a casi la mitad de los participantes: unos ocho mil hombres, muchos de ellos prisioneros.

Aunque el MACV calculó que trece mil soldados del ENv habían perdido la vida, parece una cifra muy inflada. Después de la guerra, Vietnam del Norte admitió un total de 2.163 muertos en combate y 6.176 heridos, que resulta verosímil y supone un 13 % de las fuerzas asignadas a Lam Son. La historia comunista atribuyó la mitad de las bajas a la artillería y los morteros; más de un tercio, a los ataques aéreos —incluido un 2 % por el napalm que tanto impresionaba a los soldados estadounidenses y vietnamitas, lo que es un número sorprendentemente bajo—; el resto, a las

armas menores. Este texto afirma que casi la mitad de las pérdidas ocurrieron por detrás del frente, en alusión, probablemente, al fuego estadounidense, no del ERVn. Reconocieron una destrucción material elevada: 670 cañones antiaéreos, seiscientos camiones, uno de cada cinco morteros, ochenta y ocho carros blindados.

Merle Pribbenow, que era oficial de la CIA, había trabado amistad con dos soldados de las fuerzas aerotransportadas vietnamitas, que visitaban su apartamento cada vez que estaban en Saigón. Después de Lam Son, uno de ellos se presentó sin anunciarse, visiblemente afectado: en Laos había perdido a su amigo y la mayor parte de la unidad. Pribbenow pensó: si tal es el aspecto y el sentimiento de un integrante de una formación de élite, «el resto del ERVn las debe de estar pasando canutas de verdad».[62] Bob Destatte, el veterano interrogador de los prisioneros de guerra que hablaban vietnamita, no se mordió la lengua: «Si hubo criminales en Lam Son 719, desde luego no fueron los soldados corrientes, que lucharon con todo su corazón, sino la gente que los metió allí».[63] El coronel Nguyen Duy Hinh escribió entristecido: «Las fuerzas del ERVn tuvieron que dejar atrás en Laos un número sustancial de sus muertos y heridos. Esto representó un trauma horrendo para las familias desafortunadas que —según su devoción tradicional al culto de los muertos como seres unidos a los vivos— estaban condenados a vivir en la duda y el pesar perpetuos. Esto era una violación de las creencias y de la piedad familiar que los vietnamitas nunca olvidarían ni perdonarían». Según Frank Snepp, de la CIA: «Con Lam Son 719 averiguamos todo lo que necesitábamos saber sobre hasta dónde había llegado la vietnamización... y Hanói averiguó lo mismo».

La debacle precipitó la furia en la Casa Blanca, aunque Nixon estaba obligado a poner buena cara y, en un programa televisado, el 7 de abril, afirmó: «Los survietnamitas han demostrado que, sin asesores estadounidenses, sabían luchar con eficacia contra las mejores tropas que Vietnam del Norte podía desplegar».[64] En realidad, sin embargo, el resultado de la operación fue el contrario del deseado: debilitó, en vez de reforzar, la posición de Estados Unidos en las negociaciones de París. Mientras que por un lado el contexto político nacional seguía exigiendo que

Estados Unidos continuara con la retirada de sus tropas, la credibilidad del régimen de Thieu, y la del ERVn como fuerza de combate, había recibido un golpe devastador.

La administración estadounidense eligió culpar en parte a los vietnamitas —donde Kissinger focalizó su cólera— pero sobre todo a los militares de su propio país. En palabras de Alexander Haig: «El presidente Nixon y los miembros de la Casa Blanca que intervinimos en la planificación quedamos horrorizados por la forma en que el Departamento de Defensa condujo la operación».[65] Como reacción inicial, Nixon tuvo la tentación de despachar a Abrams y sustituirlo por el primer oficial que encontrara. Le dijo al propio Haig: «Coja el primer avión disponible y vuele a Saigón. Tomará el mando». Haig alegó más adelante que convenció al presidente de mantener la calma y respirar hondo durante veinticuatro horas antes de tomar esta decisión; y que después, lógicamente, Nixon se aplacó.[66] Kissinger discute la versión de Haig, pero resulta verosímil. El asesor de seguridad nacional dijo que no se volvería a creer nada de lo que Abrams dijera.

La campaña presidencial, cada vez más próxima, aumentaba su influencia en los cálculos de la Casa Blanca. El 19 de marzo de 1971 Kissinger dijo: «No podemos permitirnos que arrollen [Vietnam del Sur] —brutalmente, por decirlo brutalmente— antes de las elecciones».[67] Nixon asintió. Kissinger afirmó que si veían al presidente ceder en el asunto de Vietnam antes de que los estadounidenses votaran, no lo reelegirían; «lo popular» era traer de vuelta a todas las tropas aquel mismo año, pero no era aconsejable. No parece que Nixon, Kissinger y Haldeman analizaran si mantener la guerra más allá del día de las elecciones de 1972 aportaría nada de utilidad al pueblo de Vietnam. La Casa Blanca se había resignado a sacrificarlos. La dificultad estaba en aguantar hasta el momento idóneo.

El tema de los casi seiscientos presos estadounidenses en manos de los comunistas dominaba cada vez más el debate nacional: sus compatriotas compraron cincuenta millones de adhesivos y 135 millones de sellos postales en apoyo de los prisioneros de guerra. La administración insistió repetidamente para que el Congreso financiara un último esfuerzo bélico, lo único que podía dar más entidad a la posición negociadora de Estados

Unidos en París. Pero después de un informe de Hill, antes de que el presidente se dirigiera a la nación el 7 de abril, un senador quiso saber por qué si medio millón de soldados no habían logrado hasta la fecha convencer a Hanói de intercambiar prisioneros, mantener ahora a cincuenta mil en Vietnam iba a ayudar a nadie. Al día siguiente Nixon le dijo a Kissinger: «Está claro que no le podía decir: "Mira, cuando bajemos hasta cincuenta mil, haré un trueque: '¡Cincuenta mil por los prisioneros de guerra!'", y lo harán en un minuto porque andan locos porque nos larguemos de allí». «Claro está», dijo Kissinger. Nixon se rio: «¿Verdad? ¡Por Dios!».[68]

John Paul Vann, recién nombrado jefe de pacificación y responsable principal de los estadounidenses en la Meseta Central, con una posición civil equivalente a la de un general de dos estrellas, afirmó después de Lam Son: «La guerra se está desplazando progresivamente a [las zonas de] los dos cuerpos septentrionales y convirtiéndose en un enfrentamiento más convencional entre Vietnam del Norte y del Sur».[69] Era inexacto. El 7 de abril, el reconocimiento aéreo mostró que el tráfico de camiones por la Ruta de Ho Chi Minh, en Laos, había recuperado la densidad anterior a Lam Son 719.

Entre las masacres hubo también inmersiones repentinas en la farsa. Se informó a Abrams, con toda solemnidad, del despliegue en la bahía de Camranh de cinco delfines mulares de la Marina estadounidense, entrenados para atacar a los saboteadores que se acercaban nadando hasta los barcos. «Hemos inducido al enemigo —dijo el ponente— a creer que el delfín está entrenado para atacar los genitales de los nadadores varones. Según nuestra última información, el enemigo planea contrarrestarlo empleando en el futuro a nadadoras.» También se comunicó al general que uno de los delfines había desertado.[70] En otro suceso inverosímil, en un campamento de las fuerzas especiales en Bu Prang la moral se derrumbó. Se constató que esto obedecía a tensiones surgidas entre los *montagnards* y los camboyanos que prestaban servicio allí. Los *montagnards* veneraban una pitón que vivía en una selva próxima, a la que ofrendaban sacrificios regularmente, hasta que un día los camboyanos la mataron y se la comieron. Los asesores estadounidenses mediaron para conseguir una frágil paz, tras acordarse que para restaurar la armonía era preciso sacrificar un búfalo de

agua blanco. Los oficiales de las fuerzas especiales peinaron la región hasta que pudieron hallar un animal adecuado, adquirirlo y trasladarlo al campo bajo un helicóptero de transporte C-7. Por desgracia, la eslinga se enredó en los testículos del animal hasta el punto de estrangularlo durante el vuelo, con lo que llegó muerto y no se lo pudo sacrificar. Después de otra ronda de complejas negociaciones los *montagnards* aceptaron que doscientas gallinas representarían un sustituto razonable, y por lo tanto hubo que llevar todas estas aves a Bu Prang, donde las sacrificaron y se las comieron.[71]

Un día, no mucho después de la debacle de Laos, Abrams asistió a una ceremonia conmemorativa en el cementerio nacional de Vietnam, a las afueras de Saigón. El helicóptero no acertó a regresar antes de que el acto concluyera y, en consecuencia, se vio obligado a demorarse mientras se iban marchando los dignatarios, los militares, las bandas. A la postre, solo quedó allí el general, irritado e impaciente, junto con su escolta personal. Al poco vio acercarse al cementerio, a pie, a un sargento del ERVn, su esposa y sus hijos. «Ella estaba embarazada. Y tenían tres niños pequeños. Él llevaba a uno ... Bueno, el camino era largo. Y luego había un chiquillo, como de unos nueve años. Llevaba una bolsa grande, de plástico; una bolsa de mano. Y por encima sobresalía la vara larga de uno de esos pebetes de quemar, y supongo que dentro habría algo de comer. Iban a ... supongo, vaya, a algún pariente».[72] Abrams, como muchos militares, tendía a los estallidos de sentimentalidad intensa. En esos momentos experimentó uno poderoso: «Toda esta historia de que “los asiáticos ... no valoran la vida” y todo eso, creo que no es más que un mito. Creo que tienen sentimientos sobre todas estas cosas, muy parecidos a los que tenemos nosotros».

23

Daños colaterales

1. Mary ann

En el transcurso de 1971 muchas unidades de Tierra y el Cuerpo de Marines se atrofiaron, entre las tensiones creadas por la desafección, la raza, las drogas y la competición por no ser el último estadounidense en perder la vida en una causa que la mayoría entendía que había quedado desacreditada. Se extendió la convicción de que un soldado tenía derecho a cesar del combate si tal era su deseo. En marzo, cincuenta y tres marines se negaron a entrar en acción cerca de Khe Sanh, pero no se los juzgó disciplinariamente; los soldados de la BAA Pace se negaron a cumplir las órdenes de patrullar. La noticia de tales gestos se extendía e infectaba a otras unidades. Una manifestación extrema fue el desastre que se desarrolló en la Base de Artillería Mary Ann en la noche del 27-28 de marzo de 1971, en la que murieron treinta residentes —el nombre de *defensores* les convenía a pocos— y otros ochenta y dos cayeron heridos. Mary Ann (así llamada por la hermana del primer oficial al mando) era la típica ciudad de chabolas, de contenedores de acero y sacos de arena, rodeada por una alambrada y adornada por un bosque de antenas. Se levantaba sobre una sierra árida, en mitad de la provincia de Quang Tin, a unos cincuenta kilómetros de la frontera con Laos. Tenía como destacamento a la Compañía C del 1.º Batallón del 46.º Regimiento de infantería, parte de la 23.ª división Americal, cuya reputación estaba por los suelos por su papel en la masacre de My Lai, en 1968, por la que se acababa de condenar al teniente William Calley. Los hombres de la Compañía C no se tomaban su papel muy en serio porque ya estaba previsto que, al cabo de unas semanas, Mary Ann pasaría a manos del ERVn, que de hecho ya manejaba la artillería de la posición.

El soldado de primera Ed Voros dijo: «La guerra ya no tenía sentido. Todos pensábamos que era una estupidez ... Estábamos ahí, solo eso, pero todo se reducía a seguir con vida y mantener con vida a los colegas».[1] El soldado de primera James Creaven asintió: «No éramos tontos. Sabíamos que nos estábamos retirando y sabíamos que el ERVn no tenía ningún afán por librar su propia guerra. ¿Por qué arriesgar la vida por gente que ni siquiera agradecía que estuvieras allí? Los únicos que querían estar allí eran los oficiales de carrera. Cualquiera que mostrara entusiasmo y ganas de matar *gooks* resultaba increíblemente sospechoso». Cuando estaban emboscados, a Creaven y los suyos les parecía bien dejar que el enemigo se moviera con libertad: «A ver, ¡que a mí esa gente no me había hecho nada!».[2]

En el 1.º/46.º, la disciplina era algo peor —tampoco una inmensidad— que en muchas otras unidades. Hubo repetidas negativas a combatir, incluida una de toda una compañía. El teniente Brian Magrath, asesor de una unidad vietnamita próxima, oyó conversaciones de radio referidas al destacamento de Mary Ann «en que las patrullas se negaban a entrar en ciertas zonas que parecían especialmente peligrosas».[3] Uno de los hombres del batallón había muerto, y otros tres estuvieron a punto, después de levantar la tapa de una Claymore y comerse el explosivo plástico C-4, porque les había llegado el rumor de que los colocaría. El capitán Paul Spilberg, en una carta a su familia, habló de un integrante del 1.º/46.º: «Esta compañía es realmente un desastre ... La tropa se sienta por ahí a leer periódicos, jugar a las cartas ... La mayor parte del tiempo ni siquiera llevan las armas».[4] El autor de la carta era reconocido como un profesional entregado y resuelto, pero uno de sus jefes de sección dijo: «Spilberg solía meterse con nosotros, los tenientes, por ser blandos con las tropas; pero si yo hubiera ido con la actitud de que yo era el teniente y "tú vas a hacer lo que yo diga", quizá me habrían *fragueado*».[5]

Los altos oficiales habrían dicho —y de hecho lo dijeron, después de la debacle— que lo ocurrido en Mary Ann se debía a un fallo de liderazgo. Pero el teniente coronel Bill Doyle, de treinta y nueve años, que estaba al mando del batallón —un estadounidense de origen irlandés, bajo y fornido—, era no ya valeroso, sino incluso imprudente. Disparó repetidas veces su

arma personal contra el enemigo porque creía en liderar con el ejemplo. Fuera de su centro de operaciones había un cartel: «FORT COURAGE [«Fuerte Coraje»]. MATEN PROFESIONALMENTE», coronado por el cráneo y los cuernos de un búfalo de agua. Tenía fama de darlo todo en el combate y en la fiesta, aunque los críticos le despreciaban: «Se le va toda la fuerza por la boca».

Los oficiales y suboficiales de Doyle eran una mezcla heterogénea: algunos eran competentes, otros, mucho menos. En febrero, durante un tiroteo, un teniente ajustó la artillería de forma que cayó sobre su propia sección, matando a un hombre. Todos los comandantes se enfrentaban a un dilema fundamental: ¿cuánto se atrevían a exigir a sus hombres sin que intentaran *fraguearlos*, en el peor de los casos, sin topar con una negativa colectiva a combatir: un motín, aunque el ejército no se atreviera a usar esa palabra? Cada día se negociaba qué operaciones estaban dispuestos o no a emprender los hombres; para todo buen oficial, resultaba humillante. En cierta ocasión, la Compañía D del 1.º/46.º se negó a despejar una zona si no les proporcionaban antes perros exploradores, helicópteros artillados Cobra y un Huey de *eva-medi* que sobrevolara el área. Solo se pusieron en marcha, no sin rezongar, después de una arenga del teniente coronel Doyle. Un mes después de aquel incidente, en la noche de luna nueva del 27 de marzo, el comandante del batallón dormitaba en el centro de operaciones de Mary Ann, y el capitán Spilberg, en otro caseto. La defensa estaba en manos del comandante de la Compañía C, el capitán Richard Knight, un joven de veinticuatro años, con gafas, que había abandonado la universidad para sumarse al ejército; su padre era el propietario de un restaurante de Florida. Knight era un oficial entusiasta que, tras resultar gravemente herido en 1968, desarrollaba su segundo período de servicio. Pero carecía o de la voluntad o de la autoridad personal para convencer a sus hombres —responsables de un perímetro de algo menos de quinientos metros de longitud por doscientos de anchura— de que debían ocupar todos los búnkeres, un total de veintidós. O reactivar las bengalas de alerta y las Claymore. O revisar la integridad de la alambrada. O no dormirse de guardia. O abstenerse de consumir alcohol y marihuana... El surtido de

oficiales, operadores de radio, equipos de morteros, artilleros, fusileros, cocineros y otros cuerpos de la base de artillería comprendía un personal total de 231 estadounidenses y veintiún hombres del ERVn.

Se suponía que uno de cada cuatro estaría de guardia. Sin embargo, como si el hecho de que Mary Ann nunca hubiera sido atacada hasta entonces desmintiera el hecho obvio de que estaban en guerra, la mayoría de los supuestos vigilantes del perímetro de Mary Ann estaban durmiendo, jugando a las cartas, bebidos o flipados —no cabe duda de que el consumo de alcohol era abundante, pero la prevalencia de las drogas se ha puesto en cuestión—. Knight confió la supervisión a sus jefes de sección y suboficiales, que al parecer la confiaron a su vez a la desidia. A las 2.00, un foco de veintitrés pulgadas, montado sobre un *jeep*, barrió el terreno despejado de detrás de la alambrada de la base, según solían hacer sus hombres cada noche. Al no ver nada extraño, después de veinte minutos lo desconectaron, apagaron el generador y se retiraron a sus casetos.

Cierto día, hacia esa misma hora, en otra base de artillería, un zapador que había pertenecido al ENv hizo una «manifestación» ante los oficiales de Estados Unidos, entre las extensiones de alambrada que protegían el perímetro de una base de artillería. Según dijo Creighton Abrams: «Al parecer la experiencia fue toda una conmoción. Vieron a aquel personajillo salir de la nada y atravesar la cosa aquella como si la condenada ni siquiera estuviera allí, ¡y sin que se oyera nada!».[6] Esto fue lo que sucedió a gran escala en Mary Ann a las 2.40 el 28 de marzo: unos cincuenta zapadores, vestidos tan solo con pantalones cortos verdes, y con el resto del cuerpo oscurecido con grasa y carbón, lanzaron un ataque planeado con meticulosidad. Vinieron desde el suroeste, deslizándose hasta cortar cuatro grandes boquetes en la doble alambrada exterior, y luego en las dos barreras interiores, de mantenimiento deficiente. Aguardaron cierto tiempo delante mismo de los búnkeres, a la espera de una descarga de mortero que sería la señal para atacar. La primera noticia de aquellas apariciones aterradoras fue una tormenta de cargas explosivas, granadas, gases lacrimógenos y balas de AK-47 entre la oscuridad, que generaron pánico y parálisis. El capitán Knight perdió la vida de forma ignominiosa dentro de su búnker, junto con su sargento de comunicaciones. El ENv cargó a través de la base,

disparando y bombardeando con fría eficiencia, lanzando explosivos caseto tras caseto, mientras dos equipos de demolición corrían hacia las posiciones de artillería de la cumbre.

Los atacantes procedían del 409.º Batallón de zapadores del ENv y llevaban dos meses vigilando Mary Ann, la posición que ellos llamaban Xa Doc, por el poblado cercano.[7] Emprendieron incursiones nocturnas en el perímetro, para preparar vías de entrada por la alambrada. Organizaron sesiones de preparación con una maqueta del terreno, y cada líder estudiaba sus objetivos desde un puesto de observación. Durante la tarde del asalto, la repentina aparición de helicópteros y un avión de reconocimiento L-19, unida a la noticia de que había en las inmediaciones una patrulla de las fuerzas especiales estadounidenses, hizo temer a los zapadores que habían descubierto su operación. Incluso cuando se supo que la alarma carecía de fundamento, pasada la medianoche, la iluminación repentina del foco de Mary Ann derivó en varios minutos con el corazón en vilo, en los que ocho «grupos de vanguardia» de los comunistas se quedaron inmóviles entre la alambrada. Algunos, sin duda, pensaron en que tenían el estómago vacío: hacía varios días que las raciones escaseaban y antes del ataque solo habían cenado raíces de mandioca.

El destacamento respondió a la orgía de explosiones apiñándose en silencio en los búnkeres, ya fuese por miedo o porque algunos hombres creían que se enfrentaban solo a una descarga de morteros. En contra de las órdenes vigentes en su brigada, el teniente coronel Doyle no había apostado guardas en el exterior de su centro de operaciones. Quedó pues sorprendido por la detonación repentina de una bolsa explosiva que lo tiró al suelo e hirió ligeramente en una pierna. El capitán Spilberg apareció con una pistola en la mano y jadeando: «¡Señor, están usando CS [gas lacrimógeno]!». El coronel exclamó: «¡No! ¡Qué mierda!». Los norvietnamitas habían incluido gas en algunas de sus bombas de mortero y de los explosivos que fabricaban, lo que aumentó la confusión de los estadounidenses, ansiosos por ponerse las máscaras.

Los zapadores corrían por toda la base sabiendo con exactitud —a diferencia del destacamento— qué debían hacer. Los defensores abandonaron el centro de comunicaciones cuando la instalación se llenó de

humo amarillo. Casi todos los canales de radio quedaron mudos, aunque un operador, en una frecuencia residual de la artillería, solicitó iluminación. Sin embargo, como no informó de que Mary Ann estaba siendo atacada por tierra, el cuartel superior recibió la petición con desconcierto. Una carga hizo explotar una caja de granadas de fósforo blanco, lo que a su vez incendió el búnker de operaciones. Doyle estaba consciente, pero había sufrido una conmoción —quizá solo emocional—. Durante los treinta minutos siguientes, la mayoría de los hombres de Mary Ann se quedaron escondidos, rezando por escapar a las atenciones del enemigo. Pocos llegaron a tomar sus fusiles, así que estaban inermes o, con suerte, armados con simples pistolas. Los zapadores disparaban ráfagas de los AK-47 dondequiera que divisaban a algún estadounidense. Algunos defensores oyeron cómo los enemigos charlaban entre sí y los vieron lanzar granadas (de tipo lata de coca-cola) antes de cerrar las puertas de los búnkeres para contener la onda expansiva.

Varios ENv arrebataron los relojes de las muñecas de los estadounidenses tendidos en el suelo, muertos o que fingían estarlo. Uno se inclinó para preguntar a un herido, en inglés: *Are you okay, GI? Are you dead, GI*? («¿Estás bien, soldado? ¿Estás muerto, soldado?»), antes de darle una patada desdeñosa.[8] El soldado aguantó el aliento y no se movió mientras le birlaban la billetera y el reloj. El teniente Jerry Sams llevaba un mes al mando de su sección y todavía no había oído un disparo. En aquel momento, cuando intentaba ponerse las botas, la explosión de una granada le cegó un ojo para siempre y los fragmentos le infligieron múltiples heridas. Quedó a solas con su dolor en un módulo, y mientras tanto: «¡Podía oír cómo mataban a mi gente!».[9] En un extremo de la posición había una batería de obuses del ERVn, que no se llegó a disparar ni una vez. En el viejo comedor, envueltos en nubes de gas lacrimógeno, los cocineros chillaban presas de un pánico agravado por una lluvia de granadas.

Solo unos pocos hombres respondieron combatiendo. Se dijo que el teniente Barry McGee —un exalumno de West Point, poco apreciado por sus hombres, que había competido como boxeador aficionado en la Golden Gloves— mató a un zapador con sus propias manos antes de caer abatido. Tony Jorgensen usó una pistola para disparar a un atacante que le estaba

pateando, pero luego resultó herido por la granada de este hombre y quedó salpicado de sangre estadounidense y vietnamita por igual. Dos encargados de suministros, Louis Meads y William Meek, quedaron aturdidos por la explosión de una granada; pero levantaron la cabeza entre los escombros lo justo para ver a dos atacantes que murmuraban entre sí, y les pegaron un tiro. Según Meek: «Me sentó genial saber que aquel hijo de puta ya no me iba a dar».[10] Según la relación del ENv, hubo un forcejeo entre un soldado suyo, cierto Trung, un hombre pequeño, y un estadounidense corpulento que intentó estrangularlo; el incidente terminó cuando el atacante hizo estallar una granada que mató al norteamericano. También se refiere allí que un zapador rompió la crisma de un defensor con una sección de tubo de un torpedo de Bangalore.

El capitán Spilberg describió cómo el teniente coronel Doyle y otros dos hombres lidiaban con las radios inutilizadas entre las llamas del búnker de mando. Un oficial herido, Ed McKay, gritaba con histeria: «¡Vamos a morir todos!». El coronel lo abofeteó y bramó: «¡Cállese esa puta boca, teniente!». Cuando el calor del búnker se hizo intolerable, los ocupantes lograron escabullirse inadvertidamente hasta un puesto de socorro cercano, que estaba vacío.

En el cuartel superior todavía no tenían idea de lo que estaba ocurriendo en Mary Ann. La iluminación mediante bengalas reveló poco, porque la base de artillería estaba envuelta en el humo de los explosivos y los casetos en llamas. Cuando Spilberg sugirió a Doyle que buscaran refugio, el coronel, traumatizado, se mostró disconforme y dijo al capitán: «Paul, vamos a morir *aquí*». Pero en aquel momento había silencio en torno de aquel lugar, en la cara sur de la base. Los oficiales solo oían disparos continuados en el extremo norte, donde el enemigo estaba ocupado destruyendo dos cañones de 155 milímetros y abatiendo a los artilleros a medida que salían de un dormitorio. Uno de los artilleros declaró más adelante, en la investigación oficial del ejército, al respecto de sus camaradas: «Estaban tan perturbados y asustados que solo salieron corriendo en todas las direcciones». Dos sanitarios estuvieron a punto de tropezar con un sargento de suministros al que le habían hecho trizas las dos piernas.

Los norvietnamitas interrumpieron el ataque a las 3.25, cuarenta y cinco minutos después de haberlo iniciado, cuando el primer helicóptero artillado estadounidense —un Huey *Night Hawk* pertrechado con infrarrojos— apareció en el espacio aéreo de Mary Ann; sus focos y trazadoras atraparon a algunos atacantes que se retiraban por la alambrada. Poco después tomó tierra un *eva-medi*. El sargento John Calhoun, uno de los primeros evacuados, había recibido cinco heridas. Contaba: «Yo soy de campo, y teníamos costumbre de matar jabalíes. Cuando destripas un jabalí sale un olor particular, y yo podía olerlo en el *heli*, por las heridas intestinales. Era un olor vomitivo y la gente se quejaba y gemía y rogaba».

En la base de artillería, poco a poco, se fue restaurando el orden. El teniente coronel Doyle, con la pierna vendada, pasó cojeando entre los heridos, tanteando alguna broma sobre la suerte que tenían al resultar heridos como para volver a casa, pero no para preocuparse, lo que en la jerga se llamaba «herida del millón de dólares». Las llamas todavía no se habían extinguido, y el destello esporádico de algún explosivo rompía de pronto la oscuridad. Las turbulencias del rotor avivaron las llamas cuando un helicóptero trajo al comandante de la brigada, que estaba conmocionado. El piloto de un *eva-medi* preguntó si se necesitaban bolsas para cadáveres. «Tantas como puedas conseguir», le respondió un soldado. Algunos cuerpos de estadounidenses habían quedado carbonizados. Cinco cadáveres de comunistas, con mutilaciones de gravedad, fueron quemados en el vertedero; los oficiales responsables tuvieron que responder a un juicio por crímenes de guerra.

Los atacantes se retiraron victoriosos, pero eso no puso fin a sus privaciones. Como no disponían de arroz, los cuatro días siguientes se alimentaron de plantas de la selva. Admitieron que habían perdido a catorce hombres y cargaban con veintiún heridos; esto demuestra que al menos una pequeña minoría de estadounidenses resistió con efectividad. Tras la evacuación de Doyle se nombró un nuevo oficial al mando resuelto a imponer de nuevo la disciplina en la base. El segundo día de su estancia en Mary Ann, el teniente coronel Clyde Tate encontró whisky en el centro de operaciones e hizo pedazos la botella. Muchos supervivientes, traumatizados y resentidos, estaban convencidos de que los habían

traicionado «desde dentro»: que los hombres del ERVn, cuyo cuartel había quedado indemne, habían proporcionado información —y quizá acceso— a los zapadores. La acusación carecía de fundamento pero reflejaba la falta de confianza generalizada entre los estadounidenses y «sus» vietnamitas.

El informe del inspector general de la 23.ª división contiene un relato deprimente: los hombres asignados a labores de vigilancia estaban durmiendo; la mayoría, en vez de plantar cara al enemigo, habían buscado refugio. El texto afirma con brutalidad que muchas bajas fueron «víctimas de su propia incapacidad de hacer lo que se les decía». También reconocía el coraje y la profesionalidad de los atacantes. Entre las fuerzas armadas estadounidenses, dijo, «existe ... una reticencia comprensible a admitir que, en determinadas circunstancias, el Vietcong/ENv podría hacer un trabajo sencillamente mejor que el nuestro ... [E]n su mayoría, los soldados del Vietcong/ENv parecen creer en la justicia de su causa ... No podía decirse lo mismo sobre el soldado estadounidense típico destinado en Vietnam en la primavera de 1971». El general de división James Baldwin, como responsable de la división, decidió no retirar a Doyle el mando del 1.º/46.º; pero en Saigón, Abrams lo desautorizó y despachó al propio Baldwin, además de al comandante de la brigada.

El informe del MACV, presentado en julio, determinó que el difunto capitán Knight era culpable de «incumplimiento del deber» y calificó de «ineficaces» a varios otros hombres de posiciones cruciales. Doyle tuvo suerte al no ser sometido a un consejo de guerra. Cuando los hechos de Mary Ann se filtraron, la prensa hizo su agosto. Sin embargo, en la estela del juicio de Calley, el ejército estadounidense no tenía intención de exponer más ropa sucia. Westmoreland escribió desde Washington: «El secretario [de Tierra] y yo mismo queremos hacer cuanto esté en nuestra mano para reducir el número de heridas autoinfligidas que se están produciendo en el ejército».[11] Doyle pudo mantener el uniforme y la graduación, aunque sin puestos operativos. Tanto él como Baldwin —con la vida destrozada los dos— murieron relativamente jóvenes. Más adelante hubo apologistas que denunciaron que los habían usado como cabezas de turco. Esto es cierto en la medida en que la tragedia refleja una dolencia

institucional: a los comandantes, en cualquier nivel, les resultaba por entonces muy difícil imponer su autoridad y obtener de sus hombres siquiera el mínimo exigible a la conducta de un soldado.

Ningún otro episodio demostró tan a las claras que era una necedad pretender abandonar la guerra unilateralmente con el enemigo a tan corta distancia. Resulta casi increíble que los oficiales consintieran la indolencia —o decadencia incluso— que imperaba en Mary Ann. *A posteriori*, mucha gente se compadeció del destacamento, por la magnitud de las bajas sufridas. Pero casi todos los hombres, del teniente coronel Doyle hacia abajo, contribuyeron a su propia destrucción.

Por mucho que las fuerzas survietnamitas, los aviones estadounidenses y algunas unidades del ejército siguieran haciendo alguna cosa, el grueso de las fuerzas terrestres de Estados Unidos carecía a todas luces de una motivación y disciplina comparables a las de sus enemigos comunistas; y en consecuencia, también carecía de su efectividad. El teniente Brian Walrath, un asesor estadounidense que trabajaba cerca de Mary Ann, escribió un tiempo más tarde: «Dudo de que las tropas [de aquella BAA] fueran muy distintas a la mayoría ... en aquella fase».[12] Hubo un episodio semejante el 21 de mayo, cuando otra BAA fue atacada por cohetes de 122 milímetros que mataron a treinta y tres estadounidenses e hirieron a otros veintiuno, en buena medida porque estaban todos en un comedor cuando el ataque empezó y corrieron a refugiarse en un único búnker que recibió un impacto directo.

Abrams estaba furioso porque la unidad había recibido un aviso de ataque inminente. Dijo: «No deberíais hacer el tonto con estas cosas [las alertas de la inteligencia]. Lo que estáis haciendo es jugar con las vidas de los hombres».[13] Lo mismo sucedió de nuevo en la ZA English, donde los hombres, cuando el enemigo atacó, estaban jugando al voleibol y reuniéndose para ver una película. Abrams gritó frustrado: «Ha sido un fallo, un fallo de los mandos. Tenían la información secreta ... ¡No sé en qué leches están pensando!». Estaban pensando en irse a casa: un mes después del ataque contra Mary Ann, los estadounidenses abandonaron la colina

para siempre. El día de Navidad de 1971, Bob Hope fue recibido con abucheos en el espectáculo anual para los soldados que aún prestaban servicio en Vietnam.

2. «El chivo»

Los jefes militares de Estados Unidos reconocían que, aunque siguiera habiendo alguna batalla terrestre, las formaciones de combate de su país ya no interpretarían ningún papel relevante. Según dijo Fred Weyand en mayo de 1971: «El aglutinante que mantendrá unido todo esto será nuestro aire ... Si no fuera por ese aire, que está poniéndolo de los nervios [al enemigo], estaríamos en muy malas condiciones; y aun así los de Washington siguen insistiendo en recortar eso también».[14] Hacía referencia a la presión política constante —que se traducía, en el Congreso, en una rebaja de la financiación— por reducir no solo la presencia de las fuerzas terrestres en Vietnam, sino también de las aéreas. A medida que las tropas estadounidenses regresaban a casa, Nixon y Kissinger se quedaron con el poder aéreo como arma principal. Entre marzo de 1969 y mayo de 1970, el presidente había ordenado en persona emprender 4.308 salidas de los B-52 contra objetivos de Camboya, que no se revelaron siquiera al jefe de la USAF, el general John Ryan. Antes de emprender el vuelo sobre Camboya y Laos, los navegadores debían firmar un acuerdo de confidencialidad. Por lo demás, como Hanói negaba la presencia de tropas propias en esos países, sus líderes difícilmente podían aprovechar propagandísticamente las campañas ilegales de Estados Unidos en esa zona. El Mando Aéreo Estratégico mantuvo dos series de informes relativos a las misiones: la primera serie —de circulación muy limitada— identificaba los blancos reales; la segunda apuntaba ataques ficticios en territorio de Vietnam del Sur.

Otro engaño similar, sin embargo, es menos conocido; y arroja una luz extraordinaria sobre la forma en que Estados Unidos libraba la guerra en aquella fase. A partir de 1969, Nixon instó a los comandantes aéreos a golpear a los norvietnamitas con tanta fuerza como pudieran y dondequiera que pudieran.[15] Se había formado una mala opinión de los militares y se

quejaba a menudo de su supuesta pusilanimidad. Por razones de política interior, sin embargo, la administración no deseaba ajustar al alza las Normas de Combate (NdC), lo cual atraería la atención indeseada del Congreso y los medios de comunicación.

En los últimos meses de 1971, el presidente autorizó en persona ataques repetidos contra concentraciones de vehículos y blindados al norte de la ZDm. Eran medidas plenamente racionales contra un enemigo que acumulaba fuerzas para una ofensiva de primavera, pero quebrantaban las NdC vigentes. En noviembre, el almirante Thomas Moorer, presidente de la Junta de jefes, dijo al teniente general Jack Lavelle, al mando de la Séptima Fuerza Aérea en Saigón, que enviara vuelos de reconocimiento contra la base aérea de Dong Hoi, en Vietnam del Norte, porque sin duda los comunistas abrirían fuego contra ellos y de esta forma se podría justificar un bombardeo. Aquí encontramos un tema que sería central en lo que se dio en llamar «Escándalo de Lavelle». Las NdC en vigor desde 1968 permitían que los aviones estadounidenses atacaran las posiciones de misiles y cañones del Norte solo si estas habían abierto fuego antes contra ellos; y contra las instalaciones de radar, solo si estas ya estaban sectorizando los cazas MiG-21 hacia los aparatos estadounidenses. Desde un punto de vista racional estas restricciones pueden parecer absurdas, pero muchos congresistas estadounidenses las trataban como si de las Escrituras Sagradas se tratara, porque estaban resueltos a utilizar hasta el último gramo de su poder para cancelar la guerra.

Las NdC permitían cierta licencia en la interpretación; por ejemplo, autorizaban a atacar aquellas bases de radar que se sabía que habían señalado como blanco los aviones de Estados Unidos antes de que las lanzaderas de misiles vinculadas pudieran disparar. Pero en diciembre de 1971 los comunistas empezaron a disparar los MTA de forma instantánea, con fijación de radar. Los pilotos y comandantes empezaron a no tener claro hasta dónde podían llegar a la hora de emprender ataques no provocados contra las lanzaderas enemigas que quizá podían derribar los aviones estadounidenses. En la Casa Blanca sonaba una música ambiental nada ambigua: Nixon quería hacer daño a los comunistas. Se lamentó a menudo de que la fuerza aérea no estaba haciendo cuanto podía, en parte porque a

menudo la nubosidad privaba de efectividad al bombardeo. En diciembre de 1971, el general Ryan visitó la base de Udorn, en Tailandia, y dijo a los tripulantes que estaba muy decepcionado por su «penoso rendimiento». Pero cuando el secretario de Defensa Melvin Laird visitó Saigón y el teniente general Lavelle solicitó aumentar la latitud de las NdC, Laird rehusó. En su lugar —dijo el secretario de Defensa—, el jefe de la Séptima debía «hacer un uso máximo de la autoridad de la que gozábamos, y él nos daría su apoyo en Washington».[16] No obstante, un mes más tarde, Laird, que no formaba parte del círculo más privado de la Casa Blanca, hizo una afirmación contradictoria: solo debía atacarse aquellas instalaciones de radar que estuvieran controlando MiG que ya hubieran «echado a volar con intención hostil».

El 2 de febrero de 1972, el almirante Moorer comunicó a Nixon que había dado a Creighton Abrams —en su calidad de superior de Lavelle— instrucciones «de aumentar el reconocimiento de aeródromos y asegurarse de que esos aviones de reconocimiento cuentan con un apoyo sólido de aviones de bombardeo; y si disparan contra nuestros aviones —como siempre ocurre—, deberá atacar el aeródromo; y ya hemos estado haciendo una serie de operaciones de esta clase, señor».[17] El presidente respondió: «Solo quiero asegurarme de que se da [a las NdC] una interpretación muy, pero que muy laxa». Al día siguiente le dijo al embajador Ellsworth Bunker, que estaba de visita en Washington, que debía transmitirle a Abrams que «puede atacar las bases de MTA, punto. Pero este incremento no se puede hacer público ... Y, si se llega a saber ... que diga que es un “ataque como reacción protectora”».

No obstante, tales operaciones precipitaron una pelea descomunal. En enero, Lavelle, que en la segunda guerra mundial había sido un as de los cazas, había ordenado en efecto varios ataques «como reacción protectora». Cuando las tripulaciones asaltantes le dijeron luego que el enemigo no había respondido, el general instó a los hombres a no admitirlo así en los informes computerizados OPREP-4, preceptivos después de una misión. En febrero, un especialista de inteligencia de la base aérea de Udorn, el sargento Lonnie Franks, reveló al senador Harold Hughes, contrario a la guerra, que los tripulantes estadounidenses estaban falseando los informes

posmisión para justificar sus bombardeos. Desde este momento, la historia se desarrolló en público. El general Ryan, con el que Lavelle había tenido una larga serie de encontronazos, envió a Saigón a Louis Wilson, inspector general de la fuerza aérea, a investigar estas acusaciones. Wilson llegó a la conclusión de que el comandante de la Séptima había ordenado misiones que violaban a todas luces las NdC vigentes. En consecuencia, Lavelle tuvo que presentarse en Washington y se retiró de la USAF por «motivos de salud», con la graduación de general de división, con la pérdida de dos estrellas.

En esta fase, el presidente Nixon no sabía nada. Pero mantuvo un encuentro personal con el teniente general John Vogt —recién nombrado comandante sustituto de la Séptima Fuerza Aérea— en cuyo transcurso, acompañado por Kissinger, pidió a Vogt que sus tripulaciones fueran mucho más agresivas. Más adelante, el aviador describió al Nixon de aquel día como un hombre «de expresión salvaje».[18] En ese momento aparecieron en los titulares las filtraciones sobre la expulsión de Lavelle. Se editorializó en contra del general por haber emprendido una «guerra aérea privada», en contra de sus superiores, un fin para el cual había involucrado «en una extensa conspiración» a los pilotos y los comandantes subordinados. En una reunión con Kissinger y el secretario de Estado Rogers, el 14 de junio, Nixon se interesó por vez primera por el general caído en desgracia: «¿De qué leches trata todo esto?», quiso saber. «¿Quién es Lavelle? ¿Le ha tocado ser el chivo? En tal caso ... no es bueno.» Kissinger y Rogers explicaron la carta del sargento Franks y lo que había sucedido a continuación. En otra reunión posterior, aquel mismo día, Kissinger dijo: «Lo que ha pasado con Lavelle es que tenía razones para creer que queríamos que fuera más agresivo». Nixon respondió: «Eso es, eso es». Kissinger: «Y de golpe Laird le cayó encima como una tonelada de ladrillos». Nixon: «No quiero que se persiga a un hombre por hacer lo que le parecía lo correcto». Kissinger rezongó sobre los militares: «Se vuelven los unos contra los otros, como ratas», a lo que Nixon asintió, y luego preguntó: «¿Podemos hacer algo para detener esta maldita historia?». En este punto se impuso la política implacable, pues Kissinger dijo: «Creo que esto desaparecerá solo. Creo que deberíamos decir que... bueno, que hemos

tomado medidas para corregirlo». Nixon dejó caer otro suspiro ritual sobre la tumba de la carrera de Lavelle: «Es una mierda de vergüenza que sea así. Y para él es una señora paliza, Henry». Aquel fue el fin del aviador.

Kissinger acertaba en su comparación con las ratas que se vuelven unas contra otras. Moorer declaró ante una comisión del Senado, en septiembre de 1972, que nunca había exhortado a atacar el Norte «como reacción protectora» —mintió—. Abrams dijo ante la misma comisión: «[Lavelle] actuó en contra de las Normas y yo pienso que las Normas son algo distinto a las decisiones políticas».[19] Las evasivas de Abrams ponen de manifiesto que la guerra se había convertido en una intrincada madeja de engaños. La expulsión de Lavelle por haber hecho realidad los deseos expresados a menudo por su comandante en jefe proyectó una imagen deplorable sobre sus superiores Moorer y Ryan, que en efecto lo usaron como «chivo», por recuperar la expresión de Nixon. Las NdC a las que se exigía que la fuerza aérea estadounidense se atuviera eran hipócritas y ridículas. Solo había una decisión racional: o los estadounidenses emprendían una guerra aérea contra el Norte o no lo hacían. Pero en el mundo cada vez más trastornado de la gestión política estadounidense no tenían cabida la honradez ni la racionalidad.

3. «Vámonos a casa»

Creighton Abrams se había convertido en una sombra de lo que había sido, castigado por úlceras, neumonía, hipertensión y abuso del alcohol. Solo por esto, independientemente de que la Casa Blanca le hubiera retirado la confianza, es llamativo que conservara el puesto. Una de las conversaciones más vívidas entre Nixon y Kissinger se produjo en la mañana del 29 de mayo de 1971, justo antes de que el asesor de seguridad nacional se embarcara en una nueva ronda de negociaciones secretas. Resumió sus planes para llegar a un acuerdo antes de las siguientes elecciones presidenciales: «Con eso cerramos el 72. Se lo digo con pleno cinismo, señor presidente».[20]

—Sí —respondió el presidente.

—Si podemos, en octubre del 72, vamos por todo el país diciendo que hemos acabado la guerra y que los demócratas querían entregarlo a los comunistas...

—Muy bien.

—Con eso estaremos en plena forma.

Kissinger habló con franqueza sobre el destino probable de Saigón.

—Si tiene que pasar a los comunistas mejor hacer que pase en los seis primeros meses del nuevo mandato, que no que se alargue y se alargue.

—Desde luego.

—Lo miro con toda la sangre fría.

—Sé perfectamente qué estamos haciendo.

El 13 de junio, el *New York Times* empezó a publicar lo que se conocieron como «Documentos del Pentágono», el informe de alto secreto encargado cinco años antes por Robert McNamara que constataba, con una franqueza gélida, los engaños y errores de juicio por los que Estados Unidos se había acabado involucrando en Vietnam. Aunque al principio la administración centró su furia en Daniel Ellsberg, el funcionario que los había filtrado, la exposición reforzó la convicción cada vez más asentada en el pueblo estadounidense de que nunca deberían haber estado en Vietnam y en aquel punto era urgente abandonar aquel lugar de perdición con la mayor celeridad posible.

Para Alexander Haig, en aquel momento era evidente que Estados Unidos debía aceptar un gobierno de coalición en Saigón, con representación comunista incluida. Para Hanói, sin embargo, esto ni por asomo era suficiente: insistieron en derrocar al presidente Nguyen Van Thieu con una terquedad que prolongó el estancamiento de las negociaciones. El Departamento de Estado, con una inversión absoluta de la orientación política de toda una década, exhortó al presidente de Vietnam del Sur a tender la mano a los comunistas. Nixon le dijo a Kissinger en julio: «Saben que nos tienen cogidos por los huevos». A finales de 1971, tanto el presidente como su asesor estaban dispuestos a aceptar un alto el fuego *in situ*, es decir, renunciando a exigir que el ENv se retirase del Sur.

Probablemente el logro más importante, y sin duda el más imaginativo de la presidencia de Richard Nixon —a veces se olvida que hubo logros—, fue la disensión con China. Desde el siglo XXI resulta difícil rememorar la inmensidad de la distancia política, moral y estratégica que tuvo que

recorrer un gobierno estadounidense para buscar una reconciliación pragmática con un régimen que los conservadores del país, durante casi un cuarto de siglo, habían denunciado como la cuna del mal: Mao Zedong, a su entender, era el arquitecto de una humillación histórica de Estados Unidos, la «pérdida de China». Al principio, al concebir el acercamiento a Pekín, que se consiguió a través de intermediarios de la Europa del Este, Nixon y Kissinger tenían dos objetivos. El primero era iniciar un diálogo que profundizaría las divisiones en el campo comunista y el aislamiento de la Unión Soviética. El segundo factor, aún más importante, era avanzar en un acuerdo de paz para Vietnam. La administración todavía creía que si China y la Unión Soviética le retiraban su apoyo, Hanói no podría seguir sosteniendo la guerra.

En un sentido estricto, desde luego, estaban en lo cierto. Pero seguían subestimando la extrema presión ideológica que llevaba a Moscú a seguir respaldando a Vietnam del Norte. A los ojos de los socialistas del mundo, la credibilidad soviética se haría pedazos si la URSS abandonaba a los heroicos revolucionarios de Le Duan en el momento de más urgencia; de hecho nunca fue plausible que llegara a ocurrir. Kissinger, en particular, estaba bajando mucho el listón de un tratado de paz aceptable. En el cuaderno de notas escrito en el vuelo a Pekín para su primera reunión secreta con el primer ministro Zhou Enlai, en julio de 1971, se lee: «Queremos un intervalo decente». Se refería a que Estados Unidos pudiera retirarse con dignidad antes de que Vietnam cayera en manos comunistas. El mensaje se repitió en el segundo encuentro: en octubre, en esta ocasión público, lo que asombró al mundo y sembró la alarma en Hanói. Desde aquel momento, todos los vietnamitas, del Norte o del Sur, se vieron en nuevo aprieto, creado por el hecho de que los gobernantes de China y Estados Unidos tenían mucho más interés por desarrollar la relación bilateral de sus dos naciones gigantescas que por el destino de Hanói o de Saigón. Esto no llevó la paz antes a Vietnam, pero se convirtió en un factor crítico en los procesos diplomáticas que la rodeaban.

Cuando Vietnam del Sur celebró las que acabarían siendo sus últimas elecciones presidenciales, en octubre de 1971, una circunstancia avergonzó al gobierno de Estados Unidos a la vez que despertó burlas en el resto del

mundo: Nguyen Van Thieu se presentó sin oposición. Sus dos rivales, el vicepresidente Ky y «el Gran Minh», retiraron a sus candidatos, lo que reducía aún más la supuesta justificación de que la guerra era una cruzada por la democracia. Aun así, los gestores políticos se negaron a aceptar la derrota absoluta: la expulsión de sus tropas de Vietnam. Según dijo Neil Sheehan: «A los estadounidenses no les entraba en la cabeza que se tenían que marchar».[21] Cuando Tom Polgar estaba a punto de volar a Saigón como jefe de la base de la CIA, le dijo a Melvin Laird que estaba intranquilo por la seguridad de su familia en la capital survietnamita. «Ah, no te preocupes —respondió el secretario de Defensa—, tendremos una fuerza residual en Vietnam durante treinta años, lo mismo que se hizo en Alemania.»[22] Pero la retirada de las tropas estadounidenses siguió avanzando a buen ritmo, al igual que sus consecuencias. Cuando la 173.ª brigada aerotransportada abandonó la provincia de Binh Dinh, la pacificación se derrumbó y los comunistas se hicieron con el dominio político. En julio Bill Colby —el cerebro de CORDS y Phoenix— salió de Vietnam. Al terminar el año, aunque todavía quedaban 175.000 estadounidenses en escena, la mayoría desarrollaban funciones de apoyo: solo quedaban dos divisiones de combate y una de ellas, desactivada.

Incluso en un contingente relativamente firme como el australiano, durante sus últimos meses de servicio en 1971 Rob Franklin pensó: «Yo casi que ya he tenido bastante de esto».[23] Había desarrollado un profundo respeto por los comunistas —«unos soldados realmente de primera»— en paralelo a un intenso deseo personal de no morir en aquel punto de la guerra. «Las misiones podían seguir llamándose de “buscar y destruir”, pero en aquel momento para mí era más bien: “buscar y eludir”. Se notaba que la historia se había terminado.» Un día Franklin encabezaba una sección de fusileros que se topó con un par de VC a los que persiguieron hasta entrar en una plantación de caucho. Empezaba a caer la noche y Franklin ordenó que la sección se detuviera. «¿Para qué nos paramos, jefe?», quiso saber su sargento, Arthur Francis. «*Franger* —respondió el teniente, llamando a Francis por su apodo—, esta gente ha llegado hasta aquí. Dejemos que se vayan. Vámonos a casa.»

24

Las mayores batallas

1. LE DUAN FUERZA EL RITMO

Muchas historias de la guerra contemplan todo lo que pasó después del Tet de 1968 como una consecuencia de este, porque desde aquel momento se decretó la retirada de las fuerzas estadounidenses y, de esta forma, quedó sellada la condena de Vietnam del Sur. La última frase bien puede ser cierta, pero no debemos olvidar una realidad imponente: en 1972 se dieron las mayores batallas de todo el conflicto, choques de todos los servicios, en una escala y con una intensidad que eclipsaban las de 1968, con bajas colosales en los dos bandos. Entre tanto, aquel mismo año, las principales naciones del mundo realizaban cumbres históricas; las negociaciones de París languidecían, hasta que empezó un torturador escarceo con un resultado; Richard Nixon obtuvo la reelección.

Le Duan reflexionó con dedicación bien en el centro turístico costero de Do Son, bien en la hostería de Quang Ba, en Hanói. En otoño de 1971 pasó en efecto cierto tiempo en los dos lugares, antes de tomar una decisión de especial calado: el ENv lanzaría una ofensiva convencional para que todo el mundo contemplara el fracaso de la vietnamización. Pasó por alto las objeciones de algunos camaradas que creían que el poder aéreo de Estados Unidos resultaría fatal para tal ambición. Implacable como siempre, no obstante, Le Duan entendía que su país libraba una batalla de voluntades con Estados Unidos, y que si ponía de relieve la debilidad del régimen de Saigón reforzaría las cartas de Hanói y quizá incluso precipitaría la caída de Thieu. Era indiferente a la idea de que decenas de miles de compatriotas tuvieran que morir en un momento en que la retirada estadounidense ya estaba asegurada. Si los líderes estadounidenses hicieron numerosos alardes de inhumanidad, los de Vietnam del Norte los igualaron, crueldad por crueldad.

Como no se podían ocultar los preparativos de una ofensiva de diez divisiones como la que los comunistas querían emprender —su nombre en clave, en el Norte, fue Nguyen Hue, en homenaje de un gobernante

vietnamita del siglo XVIII que derrotó a los chinos—, los estadounidenses contaron con advertencias inusualmente explícitas. Tras una reunión informativa, el 22 de diciembre de 1971, Creighton Abrams concluyó que el enemigo, obviamente, estaba «preparando algo. Hay signos por todas partes ... No me gusta el *aspecto* que esto va tomando».[1] Diez días después, en otro encuentro, resumió así la situación: «No sabemos *cuándo* o *dónde* ... Lo único que sabemos es que [el enemigo] ha decidido ... que en un momento apropiado ... está dispuesto a echar al fuego toda la maldita leña», en referencia al total de las formaciones norvietnamitas, salvo dos regulares.[2] El 20 de enero de 1972, un informador del MACV notificó a los comandantes: «No cabe duda de que será una campaña importante. Se espera que el ataque principal se dirigirá contra [la Meseta Central y el norte de la provincia de Quang Tri]».[3] Dos días más tarde añadió: «Por vez primera desde 1965 nos enfrentamos a una situación en la que una gran ofensiva del enemigo deberá ser derrotada en buena medida con los recursos [survietnamitas]». Y concluyó: «Nadie tendrá todos los activos que le gustaría».[4] Esto despertó unas carcajadas irónicas y aprensivas.

El 2 de febrero, el propio Abrams dijo: «¡El espectáculo *ha empezado*! Se ha corrido el telón y salimos en la obra».[5] En una sesión informativa para una delegación de Corea del Sur tuvo la corazonada premonitoria de que el objetivo comunista pasaría «por ir contra lo más débil de todo este conjunto: la voluntad del pueblo estadounidense ... Si pueden capturar Ben Het o la ciudad de Kontum durante una semana ... y amenazar Quang Tri, la prensa dirá que la vietnamización ha fracasado. Y los pocos congresistas estadounidenses que apoyarían continuar con la ayuda económica habrán perdido la confianza».[6] El comentario anterior hace aún más extraño que, cuando los norvietnamitas atacaron, lograran un importante efecto de sorpresa. Ello obedeció en parte a que Abrams esperaba el movimiento durante el Tet; cuando no ocurrió así, los medios se burlaron de él por haber dado una falsa alarma. Por otro lado, en Washington nadie deseaba escuchar las advertencias. El asesor de seguridad nacional, en particular, parecía tener la tranquilidad de estar manejando con éxito a los comunistas en París, y por lo tanto dedicaba la atención a otras cuestiones geoestratégicas.

El 21 de febrero, el presidente inició su histórica visita a China, que representó un triunfo para él mismo y para su agente de viajes: Kissinger ocupó la portada de la revista *Time*, aunque el inspirador de la iniciativa hubiera sido Nixon. Los dos bandos hablaron con notable franqueza y con la premisa de que no habría acuerdo sobre Taiwán. El presidente dejó clara la voluntad de salir de Vietnam del Sur y la indiferencia por lo que pasara después, a condición de que antes de que los comunistas tomaran el poder pasara un «intervalo de tiempo», «intervalo razonable», «intervalo suficiente», por decirlo en palabras que Kissinger dirigió varias veces a Zhou Enlai.[7] Los chinos expresaron el deseo —que se demostró que era sincero— de poner fin a su aislamiento; se establecería una nueva relación de trabajo con Estados Unidos, para lo cual estaban dispuestos a hacer sacrificios políticos. Sin embargo, no cancelarían la ayuda que daban a Hanói; fue ingenuo que los dos estadounidenses fantasearan con esta posibilidad. Aunque la visita proporcionó a Nixon unos titulares magníficos, había volado a China con la esperanza de obtener la paz en Vietnam, y no lo consiguió.

Pese a todo, regresó a su país con la confianza de que podría actuar como quisiera contra el norte: el espectro de toda una década —el temor a una intervención china— se había desvanecido. En adelante, lo único que limitaría la intervención en Indochina sería el pueblo estadounidense, representado por el Congreso, y no China, ni tampoco la Unión Soviética. En Hanói, Le Duan y sus camaradas captaron este giro en el equilibrio estratégico y se enfurecieron por lo que interpretaron como una traición de Mao; si Mao hubiera advertido al presidente estadounidense, cabía la posibilidad de que ellos se hubieran ahorrado una nueva oleada de bombardeos. Un cuadro destacado se quejó de que recibir a Nixon, como había hecho el presidente chino, era «lanzar un salvavidas a un pirata que se está ahogando». Una nueva avalancha de ayuda militar china no mitigó el sentimiento de agravio en Hanói.

Desde 1968 se venían realizando en París conversaciones formales, pero vacuas, entre Vietnam del Norte y Estados Unidos, dirigidas por esta parte sucesivamente por Averell Harriman, Henry Cabot Lodge y David Bruce. Fred Weyand, que durante cierto tiempo actuó como consejero militar de la delegación estadounidense, rememoraba con disgusto: «Los comunistas,

como enemigos, fueron simplemente implacables. Nunca cedían en nada de nada. Cuando [la señora Nguyen Thai Binh] estaba sentada a aquella mesa, se percibía que allí había alguien lleno de odio».[8] Las únicas reuniones de importancia, no obstante, fueron las sesiones secretas e intermitentes, celebradas en una residencia de estuco blanco propiedad del Partido Comunista Francés, entre Kissinger y, por parte de Vietnam del Norte, Le Duc Tho. Este canal se estancó porque Hanói insistía en expulsar al presidente Thieu y Estados Unidos en que el ENv se retirase del sur (aunque desde el verano de 1971 los estadounidenses eran conscientes de que, a lo sumo, a este respecto tan solo conseguirían algunos gestos). En el año de la campaña de reelección presidencial, Nixon estaba resuelto a que no lo vieran rindiéndose, por lo que afirmó repetidamente: «No podemos perder esta guerra». Pero en origen pretendía devolver a Estados Unidos a todo el personal de las fuerzas armadas bastante antes del día de la votación, y solo Kissinger le persuadió de que algunas tropas debían permanecer en Vietnam incluso después de la fecha electoral. Resulta interesante que, a lo largo de muchas de las charlas de Nixon y Kissinger recogidas en las Cintas de la Casa Blanca, el asesor de seguridad nacional hace hincapié —con más insistencia aún que el propio candidato— en que las elecciones presidenciales de 1972 resultan cruciales, y alaga la vanidad de su amo de una manera que habría terminado por cansar incluso al rey Luis XIV. «Probablemente soy el tipo más duro que ha ocupado este despacho, desde Theodore Roosevelt, probablemente», afirmó el presidente. «Sin lugar a dudas», asintió Kissinger.[9]

Para Nixon, el bombardeo aéreo era una forma de ejercer presión sobre el Norte que para los votantes estadounidenses —a la luz de las encuestas, que estudiaba asiduamente— resultaba no solo aceptable, sino, curiosamente, loable (a diferencia de las tropas terrestres). Avanzado 1972, se convertiría en motivo de debate hasta qué punto la escalada presidencial del bombardeo obedecía a imperativos diplomáticos o bien a una determinación personal, de carácter maníaco, de imponer la imagen de triunfador. Los expertos siguen polemizando con ferocidad sobre los matices y fechas de los cambios de posición de Estados Unidos durante el proceso de paz de Vietnam. No parece necesario elegir entre las concepciones opuestas. Las realidades esenciales habían quedado claras, y lo único que se demoró fue la aceptación: el pueblo estadounidense estaba

resuelto a escapar de Vietnam; en aquel momento su inquietud se reducía casi por completo a la suerte de los prisioneros de guerra en manos comunistas, un tema al que se dedicó mucha verborrea; una verborrea gratuita, por cierto, pues era evidente que Hanói entregaría a los prisioneros una vez que las últimas fuerzas estadounidenses se hubieran marchado. Jack Cortel, que era artillero de un B-52, escribió: «Nos parecía que la única razón de seguir actuando era recuperar a nuestros prisioneros de guerra».[10]

Entre tanto, la voluntad de combatir de los survietnamitas y el entusiasmo de sus soldados por el régimen de Saigón habían menguado mucho. El comandante del ERVn Nguyen Cong Luan analizó a los más de cien generales de su país en compañía de otros oficiales, y llegaron a la conclusión de que si unos veinte eran competentes y honrados, diez eran de una corrupción monstruosa y una incompetencia incorregible.[11] En mitad de una conversación con los estadounidenses sobre cómo podría mejorarse la moral del ERVn, el general Ngo Dzu propuso reintroducir el sistema del ejército francés: los burdeles móviles de campaña.[12] Un joven oficial vietnamita escribió a un corresponsal británico congratulándose de que él y su mejor amigo estaban en ramas no combatientes del ejército de Saigón: «Así no estamos obligados a matar a nadie, y eso es toda una alegría».[13]

Una vez que los estadounidenses se marcharan, era extraordinariamente improbable que Vietnam del Sur pudiera sobrevivir, y ni Kissinger ni Nixon se llamaron a engaño al respecto. Solo les interesaba mantener, durante un intervalo de entre dieciocho meses y dos años, la ficción de estar comprometidos con el futuro del país. Kissinger, en particular, fue mucho más sincero con China y Rusia —rivales de Estados Unidos— que con sus propios amigos. Los apologistas del asesor y el presidente alegan que les pesaba la responsabilidad de liberar a Estados Unidos de una guerra heredada y que jugaron sus cartas perdedoras tan hábilmente como pudieron. Al menos la primera de estas afirmaciones es cierta. La acusación histórica que pesa sobre ellos es que presidieron varios años de carnicerías gratuitas con el mero fin de ocultar al electorado estadounidense, por razones partidistas, el hecho de que era inevitable salir humillado de Indochina.

A principios de 1972, el comandante Walt Boomer prestaba servicio en la base de artillería Sarge, en la provincia de Quang Tri, como asesor de un batallón de la infantería de Marina vietnamita. En Bethesda (Maryland), antes de que despegara, su esposa Adele le había dicho, con cansancio y desconcierto: «No puedo entender por qué haces esto». Boomer replicó: «Es lo que hago. Es lo que soy».[14] Al llegar a Danang, sin embargo, le impresionó la desolación, con la ausencia de tantos estadounidenses, y unas instalaciones cavernosas y en mal estado. Descubrió que su predecesor, por sus modos chulescos, había despertado odio entre los vietnamitas, y tardó un tiempo en crear más comprensión. A Boomer le preocupaba el abismo que separaba a los oficiales de la tropa: «El comandante repartía disciplina a bastonazos. Noté que, si la situación se complicaba, esto podía pasarnos factura. Yo estaba solo: leía mucho, trabajaba mucho. No me sentía cómodo con ellos. No tenían interés en combatir, estaban como quemados». En los días anteriores al asalto norvietnamita, el estadounidense instó a patrullar con decisión; pero después de que una de estas misiones se metiera en un tiroteo, el comandante se negó a enviar a los hombres otra vez. En palabras de Boomer: «Tenemos que impedirles acumular fuerzas». Los vietnamitas se encogieron de hombros: «No estamos en condiciones de hacerlo». Los norteamericanos no los consideraban cobardes, «pero estaban con la mentalidad de no asumir ningún riesgo que no fuera imprescindible». En aquel momento, sin embargo, el millón de hombres de las fuerzas armadas survietnamitas tuvo que enfrentarse a un peligro real y actual, poderoso e ineludible.

2. LA TORMENTA SE DESATA

El teniente coronel Gerry Turley, que estaba en Quang Tri para familiarizarse con el cuartel general de la 3.ª división, tenía previsto volar de regreso a Saigón el 29 de marzo de 1972, pero su helicóptero sufrió un retraso. A mediodía del día siguiente, «el mundo saltó en pedazos».[15] Los comunistas lograron sorprender al pisotear los últimos vestigios de los Acuerdos de Ginebra de 1954, enviando carros blindados al sur de la Zona Desmilitarizada a la vez que atacaban desde el oeste. El enemigo había dirigido cañones pesados contra las bases de artillería de la zona septentrional, que pronto se tambalearon. Iniciada la ofensiva, el jefe del Estado Mayor del ENv, el general Van Tien Dung, también lanzó ataques

de importancia en la Meseta Central y contra una ciudad clave: An Loc, a tan solo un centenar de kilómetros al norte de Saigón; por su parte el Vietcong y el ENv también hicieron estragos en el delta del Mekong. Estadounidenses y survietnamitas quedaron conmocionados no solo por la magnitud de los asaltos, sino por las nuevas armas chinas y soviéticas: seiscientos tanques ligeros y pesados; misiles antiaéreos de última tecnología: los SA-7 *Strela*, con lanzadores portátiles; misiles anticarro como el *Sagger*, guiado por radio, para cuyo uso miles de soldados del ENv habían recibido instrucción en el extranjero (la mayoría, en la Europa del Este).

En el norte del país, la estación resultó desastrosa. El egregio Hoang Xuan Lam, al mando del I Cuerpo, se negó a reconocer el poderío del avance enemigo. «Lam se negaba a comunicar malas noticias», dijo el general Vien en Tan Son Nhut.[16] Ellsworth Bunker, el embajador estadounidense, se había marchado del país por Pascua, al igual que Creighton Abrams. El jefe del MACV estaba en Bangkok con su esposa, en proceso de convertirse al catolicismo, de forma que Fred Weyand, su segundo, había quedado temporalmente al mando. Weyand intentó contener las expresiones de pánico pero «en este caso, daba igual cómo lo describieras: eran ataques de avalancha humana, porque era un montonazo de gente que se te metía en la alambrada».[17] Los comunistas habían ajustado el asalto a la estación monzónica de Quang Tri; especialmente en los primeros días, las nubes bajas frenaron mucho la respuesta aérea de Estados Unidos.

En la mañana del 2 de abril —Domingo de Pascua— se vieron carros blindados comunistas que se dirigían hacia el sur, hacia el puente de Dong Ha, que salvaba el río Cua Viet. A las 9.15, Gerry Turley, que estaba sitiado, fue nombrado asesor en jefe de una 3.ª división que se estaba derrumbando, después de que su superior estadounidense se diera a la fuga junto con el comandante vietnamita de la división. Turley describió así la escena: «Los oficiales del Estado Mayor del ERVn y sus reclutas se pusieron en pie, cogieron los trastos personales y, sin más, se marcharon del búnker. Los oficiales más destacados iban primero. Las radios siguieron encendidas, sencillamente abandonadas; los mapas y los materiales clasificados se quedaron donde se habían usado por última vez. El orden dio paso al caos cuando unos hombres asustados —que habían dejado de

ser soldados— echaron a correr hacia el vehículo más próximo. Los soldados estadounidenses, asustados, con las radios y los equipos estéreos, se escabulleron hacia la ZA con la desesperación en sus rostros. Fue un día negro, trágico».

Turley se vio obligado a dar a un oficial estadounidense que pretendía huir la orden directa de que permaneciera en su lugar; luego aún tuvo que repetir la orden dos veces más. Él mismo pensó: tenemos el tiempo en contra; la infantería del ERVn está desapareciendo; la artillería no responde; los tanques vienen directos hacia nosotros. Quedó tan asombrado por la instrucción de tomar el mando que, como prueba de autenticidad, pidió el número de la seguridad social al coronel que la emitió; fue una precaución afortunada porque, cuando Abrams regresó a Saigón y recibió los alarmantes informes sobre la zona norte, no se lo creyó.[18] Al general le dijeron: «Un teniente coronel de la infantería de Marina, asesor en la base de combate de Quang Tri, dice que allí la situación es desesperada»;[19] se trataba de Turley. Pero en aquel momento el superior de Turley —el general de división Fred Kroesen, en Danang— afirmaba que Turley se equivocaba y había sucumbido al pánico.

Abrams estaba furioso: «Tengo la impresión de que se está fumando marihuana a mansalva ... No sé todas las jugadas que habrá que hacer para detener esta basura pero ... ¡Exijo que esta mierda se acabe!». Pero la responsabilidad de la «mierda» recaía sobre los norvietnamitas, y en realidad acababa de empezar. En el norte del país, los líderes del ERVn se vinieron abajo. Para Turley: «Lo esencial es siempre: ¿quién manda? Después de seis años, todavía no lo habíamos resuelto. No había una unidad de mando. En el norte, después de retirar a setenta mil estadounidenses, los survietnamitas no eran capaces de llenar los vacíos».[20]

Hubo una agria discusión entre los oficiales estadounidenses que estaban sobre el terreno y la USAF cuando la radio de un piloto sonó dentro de la ZDm después de que abatieran su EB-66. Se organizó una gran misión para rescatarlo y, mientras tanto, la fuerza aérea impuso un veto a la artillería que se extendía en un radio de veinticinco kilómetros en torno de la posición comunicada por el piloto derribado; esto incluía un pasillo por el que varias unidades del ENv estaban pasando al sur. El comandante David

Brookbank, asesor en materia de apoyo aéreo, escribió un informe posterior en tono de evidente enojo: «Esto ha dado al enemigo una oportunidad, sin precedentes en los anales de la guerra, de avanzar a capricho».[21] El piloto perdido acabó siendo rescatado el 12 de abril por SEAL survietnamitas y su asesor de la Marina estadounidense, después de que los misiles comunistas acabaran con dos aviones de búsqueda y un helicóptero Jolly Green Giant. Aunque por entonces seguía habiendo en Vietnam setenta mil estadounidenses, solo seis mil eran tropas de combate: las batallas que se habían iniciado las decidirían el ERVn y sus asesores, y, por encima de todo, el poder aéreo.

A menudo se ha dicho que los tripulantes de los helicópteros formaron el único elemento institucional del ejército de Tierra y el Cuerpo de Marines de Estados Unidos en Vietnam cuyo coraje y compromiso nunca flaqueó. Entre los héroes más señeros de las batallas de 1972 hubo pilotos estadounidenses que asumieron riesgos increíbles para rescatar a asesores atrapados en la vía de la masacre del ENv. Un Huey voló con una escolta de dos Cobra para rescatar a un equipo de cinco hombres —observadores avanzados— del búnker Alpha 2, situado justo por debajo de la ZDm. Aterrizó bajo el fuego de la artillería y el teniente Joel Eisenstein se precipitó corriendo hasta el búnker, a unos treinta metros. Allí encontró al teniente Dave Bruggeman con una herida terrible en la cabeza, efecto de la metralla; el joven había dado su casco a un espantado infante de la Marina vietnamita, al que le habían robado el suyo. Eisenstein arrastró al oficial hasta el pájaro, subió a bordo a varios heridos del ERVn, y despegó cuando un vietnamita, enfurecido porque no había sitio para él, los apuntó con un *Thumper*. El estadounidense sintió un ataque de terror: «Por la cabeza me pasó la idea: ese hijo de puta nos va a volar en pedazos. Si él no se va, no dejará tampoco que nadie se vaya». El vietnamita no disparó, pero Bruggeman murió en el aire, en brazos de Eisenstein. Más adelante, cuando extrajeron a más estadounidenses de la gran base de Ai Tu, el oficial en jefe del ERVn en la zona se abrió paso a bordo el primero, a codazos.

En el centro de operaciones de Quang Tri, el controlador aéreo táctico de la fuerza aérea vietnamita había desaparecido junto con muchos otros. Turley dijo a Danang que el puente de Dong Ha debía destruirse antes de que lo cruzaran los blindados del enemigo; pero los oficiales superiores de

Estados Unidos lo prohibieron, porque se necesitaría para un contraataque. El marine instó entonces a los vietnamitas a reforzar con celeridad la defensa del puente. El jefe del Estado Mayor de la división se negó. Turley acudió entonces al comandante de la brigada, rogándole que actuara por propia iniciativa. Tras una pausa larga e inexpresiva, el vietnamita miró el mapa, miró a Turley, pestañeó y dijo que no: no sin la aprobación de su comandante en Saigón.[22] El estadounidense, desesperado, suplicó e imploró al vietnamita, que «al final dijo, en un inglés exquisito: "I will give the battalion commander the order to hold Dong Ha" ["Ordenaré al comandante del batallón que conserve Dong Ha"]». Turley gritó: «¡Dios, quizá después de todo hay una oportunidad!».

El ERVn desplegó tres equipos con anticarros ligeros (AcL) en la cara sur del puente. Contemplaron cómo el ENv izaba la bandera en una de sus vigas de acero, cuando todavía lo estaban cruzando refugiados y rezagados. En contra de lo ordenado, Turley mandó al capitán John Ripley, que era asesor de la infantería: «De un modo u otro, dinamitad el puente de Dong Ha».[23] Pocos días antes, Ripley estaba aliviando el aburrimiento crónico con el montaje de un puzle de mil piezas con la imagen de King Kong. En ese momento, en cambio, se subió a un tanque M-48 que atravesaba la ciudad de Dong Ha hacia el este, por carreteras ya cubiertas de escombros y vehículos destrozados por los proyectiles comunistas. En la orilla norte del río —donde, cuatro años antes, el capitán Jim Livingston y su compañía de marines se habían desplegado antes de la batalla de Daido— se veía una columna enemiga con veinte carros blindados. Algunos de los soldados vietnamitas que huían hacia la retaguardia se apropiaron del *jeep* de los asesores estadounidenses, cuya comunicación era segura. Según el cuaderno del cuartel general: «El 57.º Regimiento se ha descompuesto y está en plena desbandada». Un comandante de la infantería de Marina vietnamita saltó de un tanque y atrapó a un soldado fugitivo, gritando: «¿Dónde vas?». El hombre chillaba: «¡Es inútil, es inútil!». El oficial sacó la pistola y ejecutó a su compatriota, pero como disuasión, el acto no sirvió de nada: cientos de soldados de Saigón —pronto, miles— se dieron a la fuga.

Algunos se quedaron en su posición y, no solo eso, también lucharon con valentía. En el puente de Dong Ha, un suboficial llamado Luom disparó un

AcL contra el tanque comunista de cabeza, que falló; pero un segundo lanzamiento estalló por debajo de la torreta y obligó al blindado a retirarse con rapidez. Luom perdió la vida a las pocas semanas. El ENv desvió la infantería a un viejo puente próximo, de ferrocarril, de construcción francesa; una arcada había saltado por los aires en 1967, pero la ruina seguía siendo practicable a pie. John Ripley pidió el apoyo de la artillería naval estadounidense, que puso en jaque a la infantería y además destruyó cuatro carros blindados enemigos. Desde la orilla meridional, los blindados del ERVn empezaron a disparar contra los tanques comunistas de la ribera norte.

En ese punto, Ripley y un comandante de Tierra, Jim Smock, se propusieron destruir el puente del tráfico rodado, donde encontraron a cinco ingenieros del ERVn, que miraban desconsolados una pila de cajas de explosivo plástico. Más adelante Ripley dijo: «Parecían estar preguntándose si nos enviaban a matarlos o si era preferible que nos ahorraran la molestia y ellos mismos se quitaran la vida. Nunca he visto a nadie ... con un aspecto más impotente o desesperado».[24] Mientras los estadounidenses buscaban en vano los detonadores, los hombres del ERVn desaparecieron. Entre el puente y los explosivos había una gran valla alambrada. Ripley la cruzó y Smock fue pasándole veinticinco cajas, una por una, pese a las heridas que la alambrada causaba en los dos.

El marine trepó a las vigas y empezó a colocar las cargas, bajo la atenta mirada del enemigo, desde la orilla septentrional. Empezaron a disparar contra Smock, pero no contra Ripley, curiosamente, aunque un tanque T-54 sí acabó lanzando algunos proyectiles en esa dirección. Después de tres horas de un esfuerzo lacerante, agotador y angustioso —durante el cual aquel devoto de treinta y tres años fue murmurando repetidamente para sí: «Jesús, María, ayudadme a acabar»—, el puente quedó listo. Hallaron una caja de detonadores eléctricos, corrieron con los cables de regreso a las líneas del ERVn, extrajeron la batería de un *jeep* destruido con los neumáticos en llamas, e improvisaron una «caja de los truenos». Activaron el resorte y no sucedió nada. Lo activaron una y otra vez, desesperadamente, hasta que por fin se produjo una explosión colosal y la arcada sur cayó al río. Ripley indicó por radio a Gerry Turley: «El puente de Dong Ha ha caído. Repito ... El puente ha caído. Corto». Turley dejó

constancia del mensaje a las 16.30. Walt Boomer, que se enfrentaba a problemas propios más al oeste, expresó posteriormente su profunda gratitud: «Ripley nos salvó la vida». En Saigón, un informador comunicó a Abrams que el marine había dinamitado el puente «mientras esperaba la autorización», lo que provocó una carcajada de alivio entre el grupo de mando. Ripley fue condecorado con una Cruz Naval y su hazaña contribuyó crucialmente a demorar el avance del ENv hacia el sur.

Más al oeste, en Camp Carroll, el coronel Pham Van Dinh —cabeza de un regimiento del ERVn, que en 1968 había dirigido un batallón en Hue— afirmaba haber recibido una amenaza directa de su homólogo del ENv: «Rendíos o morid». Solicitó una tregua para debatir la exigencia con sus oficiales, trece de los cuales se reunieron en el centro de operaciones a las 15.00 del 2 de abril. Allí les dijo: «Si seguimos luchando, mucha gente morirá. E incluso si morimos o caemos heridos y obtenemos la victoria, nadie se preocupará por nosotros. Nos tendremos que ocupar nosotros mismos».[25] Solo un comandante exhortó a seguir en la brecha; los demás guardaron silencio. Tras obtener el voto favorable a la rendición, Dinh se acercó a los asesores estadounidenses, el teniente William Camper y el comandante Joe Brown. Camper ya contemplaba el regimiento, en el que abundaban los antiguos desertores, como «un desastre a la espera de producirse». Había conocido a Dinh siete años atrás, e incluso antes de la debacle presente quedó espantado por la transformación que había experimentado: ahora el vietnamita era «un gordinflón apático».[26]

El propio Dinh admitió más adelante que tenía «algunos problemas en la cabeza».[27] Sus hombres se negaban a seguir luchando, dijo a los asesores, y sugirió que quizá aceptarían quitarse la vida «para evitarnos el sonrojo». Camper respondió: «Los estadounidenses no lo hacen así» y sopesó brevemente la posibilidad de ejecutar a los vietnamitas. Luego llamó por radio a Turley y anunció, enigmáticamente, que dejaba su puesto «por razones que no podía explicar».[28] Turley, que no estaba al corriente de las novedades, lo rechazó: «No, coronel: ¡quédese donde está y haga su trabajo, joder!». Pero cuando los estadounidenses pusieron de manifiesto sus circunstancias desesperadas, un helicóptero atravesó una cortina de fuego comunista, que le dañó las líneas hidráulicas, y, protegido por cinco Cobra artillados, rescató a los asesores, que a la postre llegaron a Quang

Tri. En Carroll, los comunistas hicieron mil ochocientos prisioneros y se apoderaron de cinco baterías de artillería; el ENv recompensó a Dinh con un puesto de oficial.

Cuando Turley transmitió las noticias al MACV, le respondieron con furia: «Coronel, usted está loco. [El Estado Mayor del Cuerpo del ERVn] no sabe nada de ninguna rendición. Camp Carroll dispone de veintidós cañones, dos mil soldados del ERVn ... ¡Ha perdido la chaveta, coronel!». Poco después se ordenó a Turley que dejara el puesto en el acto, volara a Saigón e informara personalmente a Abrams. Recibió un rapapolvo brutal y si se libró de la acción disciplinaria fue solo porque podía enseñar las órdenes por escrito. En una etapa en la que todo el mundo —desde la propia Casa Blanca para abajo— andaba a la caza de chivos expiatorios, el marine tuvo la mala suerte de ser el mensajero de las primeras malas noticias.

El asalto comunista a la BAA Sarge, al oeste de Carroll, empezó con una tormenta de cohetes. La cumbre próxima cayó enseguida y los defensores se desvanecieron. Walt Boomer, que se sentía muy solitario, no confiaba en volver a ver a su amigo asesor Ray Smith; de hecho no confiaba siquiera en volver él mismo a casa. La lluvia de proyectiles sobre Sarge se intensificó y las bajas aumentaron, incluida la muerte de dos jóvenes estadounidenses, técnicos de espionaje electrónico. Cuando el búnker del marine recibió un impacto directo, se evidenció que la posición no podría conservarse, con lo que Boomer exhortó a retirarse al oficial al mando de los vietnamitas. Al final el comandante asintió: «Nos vamos ahora». Se pusieron en marcha en la oscuridad, en compañía de los heridos que podían caminar, y pasaron dos días en la selva, durante los cuales no se encontraron con ningún enemigo, pero los oyeron a menudo. Cuando salieron a campo abierto los vieron unos soldados del ENv, que fueron a por ellos.

Los compañeros vietnamitas de Boomer echaron a correr en todas las direcciones. El estadounidense les gritó —en inglés, una lengua que no comprendían— que se pararan, no huyeran, no dejaran a los heridos. Tuvo la tentación de ejecutar a su propio operador de radio, un vietnamita, al descubrir que el hombre había tirado un equipo que era el salvavidas de Boomer. Sobre otros fugitivos, Boomer dijo: «Recuerdo con claridad, mientras pasaban corriendo a mi lado, la mirada aterrorizada en sus ojos ...

En aquel momento era un sálvese quien pueda». El grupito que formaban siguió andando —tambaleándose, más bien, en el mismo borde del agotamiento físico y emocional— hasta que llegaron a otra base de artillería, todavía en manos amigas. Para asombro de Boomer apareció también Ray Smith, que había cargado con un oficial herido del ERVn, con la ayuda de tan solo un vietnamita; los otros sesenta y ocho supervivientes del batallón se negaron a colaborar. Sabían que tenían que seguir en marcha, por delante de la marea comunista, pero Boomer se hallaba demasiado exhausto para recorrer ni un kilómetro más. Smith ató una cuerda a la muñeca de su colega y la anudó igualmente a su propio cinturón; así unidos, los dos continuaron avanzando entre la oscuridad como buenamente pudieron. Al amanecer se hallaban cerca de Quang Tri. Smith, que aún tenía una radio, contactó con estadounidenses que quedaron asombrados —lo habían dado por muerto— y enviaron un Huey. La mitad del batallón, sin embargo, había perecido o caído prisionero. Y los comunistas apenas acababan de empezar.

El 3 de abril, el ENv actuó por vez primera en la Meseta Central, contra la BAA Delta. En las semanas posteriores, la figura clave en la defensa de la región fue John Paul Vann —quien había presidido el desastre de Ap Bac en enero de 1963—. En los años intermedios había sufrido una transformación que pocos de sus antiguos admiradores consideraban benigna. En lugar de la figura escéptica y astuta, del antiautoritario imprudente, se había convertido en un guerrero obsesivo. En palabras de David Elliott: «Vann había perdido la cabeza. En los últimos años decía cosas que el viejo Vann habría rechazado de plano».[29] Tras forjar una alianza improbable con el comandante del II Cuerpo —el corpulento e indolente general Ngo Dzu—, Vann había sido seleccionado como su estadounidense de más confianza, un civil con graduación de dos estrellas que defendía al caudillo local. Aunque Abrams sentía desagrado por Vann, el compromiso mesiánico había valido a aquel hombre de escasa altura la admiración de Richard Nixon, Fred Weyand e incluso el ERVn, que le llamaba «Señor B-52» por su extraordinaria habilidad para sacar ataques aéreos de la chistera en las situaciones desesperadas.

En la Meseta Central, durante lo que resultaron ser sus dos últimos meses de vida salvaje, Vann hizo un despliegue sensacional de energía y furia para

contener a los norvietnamitas. Realizó vuelos de reabastecimiento, dirigió apoyo aéreo, provocó a los comandantes del ERVn y atravesó tiroteos de un modo que acabó destrozando los nervios de quien hacía años que era su piloto favorito: Bob Richards. En adelante, ni las copiosas infusiones de whisky convencieron al aviador de hacer de chófer de un hombre indiferente a las balas. Vann trataba Vietnam como si la guerra fuera de su propiedad personal, de forma que a muchos estadounidenses les resultaba imposible imaginar a Vann sin la guerra ni la guerra sin Vann. Su arrojo era casi demencial, pero en su locura poseía la inteligencia suficiente para saber quizá, en el fondo, que aspiraba a derrotar el destino.

El cansancio —de años de guerra, más que de los últimos días o semanas— abatía a muchos soldados del ERVn en su despliegue por la Meseta. Mientras su unidad remontaba la Nacional 14 hacia Kontum, el capitán Doan Phuong Hai, oficial de operaciones aerotransportadas, recordaba cómo había sido herido en una acción en la misma carretera en 1967. Luego lo cuidó, en una iglesia católica local, un sacerdote francés muy apreciado, el «Padre Joe»; pero pasados los años Hai encontró el chapitel caído y la estructura reducida a escombros.[30] Su batallón —el 11.º aerotransportado— se desplegaba en defensa de la base de artillería Charlie, unos diez kilómetros al suroeste de Tan Canh. Su comandante, el teniente coronel Nguyen Dinh Bao, al que sus oficiales denominaban «Hermano Cinco», estaba muy descontento con las órdenes recibidas: a menudo se pedía al ERVn que conservara una posición fija dejando la iniciativa al enemigo. Las patrullas no tardaron en encontrar fuerzas poderosas del ENv, que cavaban búnkeres y emplazamientos de cañones a una distancia relativamente corta.

Los dos bandos empezaron a batirse mutuamente con la artillería. El 6 de abril, el ENv inició un importante asalto terrestre contra la BAA Delta, al sur de Charlie, que se mantuvo durante toda la noche. Los atacantes irrumpieron en el perímetro de Delta y tomaron la mitad de sus posiciones. Al amanecer los habían logrado expulsar, con pérdidas cuantiosas; pero los hombres del 11.º Batallón sabían que luego les tocaba el turno a ellos mismos. Bao, un oficial muy respetado, indicó a sus dos subordinados de más confianza, el comandante Le Van Me y el capitán Hai, que ocuparan búnkeres a cierta distancia del suyo, para que uno de ellos pudiera tomar el

mando si él moría. Pidió parquedad en el uso de las municiones, hizo plantar todas las Claymore disponibles y desplazó los puestos de vigilancia a posiciones más exteriores. Hai escribió: «El batallón se preparó para un tiempo terrible».[31]

Por la noche, mientras el enemigo continuaba acumulando fuerzas, vieron caravanas de camiones Moltova que bajaban libremente por la Ruta de Ho Chi Minh, con las luces encendidas. «Nuestros cañones carecían del alcance necesario. Solicitamos ataques aéreos, pero no estaban disponibles. Pedimos B-52 a [el asesor estadounidense de la unidad, el comandante John] Duffy, pero no sucedió nada.» Bao había asistido a un curso de guerra en la selva, en una academia de Malasia, donde adquirió una chaqueta de paracaidista, con estampado de camuflaje, que le encantaba llevar. Sus soldados supersticiosos, no obstante, interpretaron que la pieza era de mal augurio, y le rogaron que se la quitara, aunque Bao se mantuvo inmune a los ruegos.

En los días posteriores, cayó sobre Charlie un diluvio de artillería, al que siguió, el 9 de abril, el primer ataque de infantería. Fue repelido, con bajas de importancia, pero los cañones enemigos de 130 milímetros estaban castigando mucho a los defensores. El día 10, tras otro bombardeo pulverizador, la 320.ª división enemiga lanzó una sucesión de asaltos. Avanzada la noche, los oficiales de «Hermano Cinco» volvieron a rogarle que prescindiera de la chaqueta. Él replicó desdeñosamente: «Muy bien, mañana lo pensaré; o sea, dentro de una media hora. Mira que me lo ponéis difícil, si no es que os queréis quedar con mi chaqueta. ¡Coño, que la ropa no tiene nada que ver con la suerte!».[32]

Entonces llegaron los B-52, convocados por John Duffy. Hai escribió: «De pronto la tierra tembló y se alzaron llamas hasta el cielo ... Costaba respirar. Me quedé abrazado contra la pared de la trinchera de comunicación, tapándome las orejas con las manos, y con la boca abierta, para contrarrestar la conmoción; pero aun así sentía como si mi sangre estuviera a punto de salir disparada del pecho ... Tierra, rocas, ramas chocaban contra mi casco. Al día siguiente el enemigo no atacó por tierra y la artillería solo lanzó algún proyectil esporádico». Sin embargo, los antiaéreos enemigos conservaban la fuerza suficiente para ahuyentar a los helicópteros de

evacuación; uno intentó aterrizar, fue alcanzado y se alejó sangrando humo. «Hermano Cinco» consultó con sus oficiales, que suplicaron abandonar la posición. Las nieblas de primera hora y la oscuridad que cayó a las 16.00 limitaron seriamente el apoyo aéreo, a pesar de que había aviones disponibles. Hai argumentó: «Si nos quedamos aquí a la espera de que nos apaleen, estamos muertos». El oficial al mando respondió: «Eso ya se lo he dicho al cuartel, pero nadie quiere escuchar. Estoy tan harto como vosotros del: "¡Aguantad hasta el último hombre!"».[33]

La moral se derrumbó, a lo que no contribuían los gemidos y gritos de los heridos, para los que casi se habían agotado los suministros médicos. En las primeras horas del 12 de abril, Hai volvió a suplicar a «Hermano Cinco» que se cambiara la chaqueta. El coronel accedió, ya cansado: «Chicos, vosotros leéis todos esos malditos libros de astrología y acabáis con toda clase de ideas estúpidas. Me vuelvo al búnker a escribir una carta; llamadme si pasa algo».[34] Al marcharse ordenó también que se recogieran las armas y municiones de los muertos, porque no habría más reabastecimiento. Entonces empezaron a caer de nuevo los proyectiles y cohetes del enemigo, que reventaban la cumbre. Más adelante, John Duffy dijo: «El observador avanzado que el ENv tenía por encima de Charlie era bueno. En diez minutos se cargó tres de los cuatro búnkeres».[35] El del coronel sufrió un impacto directo y sus asistentes sacaron a rastras el cuerpo, vestido aún con la chaqueta de paracaidista británico.

A finales de la tarde, los proyectiles habían matado o herido de gravedad a treinta hombres, y herido levemente a otro centenar. La posición estaba cubierta de humo cuando la artillería paró de golpe y el ERVn vio que la infantería enemiga se ponía en pie y, línea tras línea, avanzaba sobre Charlie, habiendo adornado con camuflaje de hojas sus cascos de papel prensado y guerreras caquis. La artillería y el napalm lanzado desde el aire los derribaron por ringleras; en total, durante las dos semanas de batalla, Duffy dirigió 188 ataques de Cobra y aviones, aunque dos de estos fueron alcanzados y uno, abatido. Al final, los comunistas supervivientes se retiraron, entre hedor a carne quemada.

Pero con la munición menguando y la cantidad de defensores muy reducida, el comandante del ERVn y Duffy decidieron que la posición era

insostenible. Nuevos ataques de B-52 dieron tiempo a los supervivientes a retirarse tras el crepúsculo del 14 de abril. En total, bajaron la colina, en hileras titubeantes y poco numerosas, 167 hombres debilitados por el agotamiento, las heridas y el hambre (las raciones se habían terminado dos días antes). Al día siguiente estaban a la espera de los helicópteros de evacuación cuando estalló un tiroteo poderoso: el enemigo atacaba la retaguardia. Dos Cobra pasaron a baja altura, disparando balas y cohetes, alejando al ENv mientras un Huey cargaba a un grupo de soldados. Otras tres tandas escaparon indemnes, hasta que tan solo quedaron un puñado de vietnamitas y Duffy. Otros dos Cobra volvieron al ataque y obligaron a los comunistas a retirarse otra vez. Entonces bajó a tierra otro Huey. Los hombres, exhaustos, se apiñaron a bordo con gratitud, pero el fuego enemigo atravesó el frágil casco e hirió al copiloto. Mientras izaban el vuelo, con Duffy aún aferrado a los esquís, los AK-47 alcanzaron a Hai por dos veces en la pierna y el pequeño capitán cayó del aparato. El asesor pudo agarrarlo por el correaje y tirar de él hasta dejarlo a bordo. El Huey se alejó ruidosamente mientras Duffy atendía al jefe de la tripulación, herido en el pecho; el estadounidense falleció pocos días más tarde, cuando solo le faltaba un día para abandonar Vietnam.

Solo treinta y siete de los 471 hombres destinados en Charlie escaparon por aire. Las BAA Delta y Metro cayeron al mismo tiempo, y el 24 de abril se perdió Tan Canh. Duffy, un oficial de las fuerzas especiales, recibió más adelante una Cruz de Servicio Distinguido. Se ha escrito tanto sobre las tensiones existentes en la relación de los soldados estadounidenses y vietnamitas que vale la pena destacar la saga del 11.º Batallón aerotransportado, con el papel excelente que interpretó su asesor. La defensa de la BAA Charlie sigue recordándose con orgullo entre los veteranos del Sur y puede contraponerse a desgracias como la rendición de Camp Carroll.

Entre tanto, al norte de Quang Tri hubo enfrentamientos feroces entre fuerzas de tanques rivales. Cuando los M-48 dejaron fuera de combate el primer blindado de una columna de T-54 comunistas, los infantes survietnamitas, exultantes, se pusieron en pie, aplaudieron y gritaron: «¡Ha sido como en las películas! ¡Se ha acabado!».[36] No se había acabado, claro. Un oficial escribió: «Un rincón del horizonte estaba repleto de llamas,

humo, el hedor acre de la carne quemada mezclado con el de la cordita». El arsenal de municiones de Ai Tu se incendió y la artillería comunista empezó a batir la ciudad de Quang Tri. Según Abrams: «Lo que Giap tiene aquí es lo que en baloncesto llaman "presión en toda la cancha". ¡*Joder*, es que nos ha enviado *todo* lo que tiene!».[37]

Y Hanói lo había hecho contra el deseo explícito de los rusos. El 20 de abril, en Moscú, al mismo tiempo que se combatía con furor en Indochina, Kissinger se reunió con el líder soviético Leonid Brézhnev, al que encontró ansioso por acordar una cumbre con Nixon. Un tema predominante de aquel año fue que, mientras que los soviéticos seguían vociferando contra la acción de Estados Unidos en Vietnam, y enviando arsenales al Norte, en privado hacían constar su indiferencia: como en el caso de los chinos, su prioridad fundamental era la disensión, alcanzar pactos en temas como la limitación de las armas estratégicas. Al igual que el gobierno estadounidense mantenía el apoyo a Saigón, en grandísima medida, por razones de política interior, lo mismo hacían China y la Unión Soviética con Hanói: para calmar los ánimos dentro de sus propias circunscripciones ideológicas.

John Vann había jurado que la BAA Delta y la ciudad de Tan Canh podrían aguantar el ataque de dos divisiones del ENv y, durante un tiempo, hizo realidad lo prometido. Tras la caída de Delta, no obstante, la 22.ª división del ERVn, al cargo de Tan Canh, se hundió de forma ignominiosa. Los defensores quedaron impresionados al ver sus tanques destruidos por misiles *Sagger*, uno de los cuales alcanzó el búnker de mando. Vann interpretó un papel destacado en la evacuación de los asesores estadounidenses supervivientes, que tuvieron que disparar casi a quemarropa contra el avance del ENv, incluso mientras saltaban a bordo de los helicópteros. Además de actos de coraje, los hubo de vergüenza: mientras que los pilotos estadounidenses de los *dust-off* cobraron fama por arriesgar la vida para rescatar a todas las bajas, algunos pilotos del ERVn vendieron asientos de Huey a fugitivos ilesos. Entre las Fuerzas Regionales y Populares, muchos hombres huyeron en desbandada. El general Dzu sufrió un colapso nervioso y enfadó a Vann al intentar convencer al presidente Thieu de abandonar la Meseta Central al completo.

La región —y en especial la capital provincial de Kontum, una ciudad de unas veinticinco mil personas, situada en la Nacional 14— se salvó porque el ENv, después de tomar Tan Canh, hizo una pausa de reagrupamiento. Esto concedió tres semanas muy valiosas en las que los survietnamitas se reforzaron y los estadounidenses desplegaron dos aeronaves artilladas provistas con misiles anticarro TOW, que resultaron de enorme utilidad contra los T-54. Algunos generales del ERVn tenían sistemas extraños de arengar a los subordinados. Así, el comandante de un cuerpo exhortó al responsable de la defensa de Kontum diciendo: «Ba, ¡haga lo que pueda y no salga corriendo!».[38] El coronel Ly Tong Ba era el oficial vietnamita que, casi una década atrás, había incurrido en el desdén de John Vann en Ap Bac. En aquel momento, por el contrario, los dos hombres forjaron una sociedad de notable éxito en el campo de batalla.

Entre las tropas comunistas que combatían en el sector norte, en Quang Tri, figuraba el artillero Pham Than Hung, un joven de diecisiete años, que vivía su primera batalla. Desde el momento en que una bala rebotó en su casco, Hung quedó convencido de que estaba más destinado a ser un poeta que un héroe: «Estaba aterrorizado, el sudor me caía a chorro por la espalda».[39] Era un hombre poco común en aquel ejército, pues se atrevía a pensar por sí mismo. El padre de Hung había luchado mucho tiempo por mantener a su hijo alejado de la guerra, y tal vez lo habría logrado de no haber faltado tanto personal en el Norte. Al acabar el primer año del adolescente en la Universidad de Hanói, se informó de pronto a los estudiantes de que, aunque no se los reclutaba a la fuerza, debían «presentarse voluntarios» para el servicio militar. La noche antes del examen médico, Hung y un amigo pasaron varias horas en el tejado de su dormitorio, fantaseando con la posibilidad de huir de aquella perspectiva odiosa tomando café mezclado con tabaco, que alguien les había dicho que les dispararía la presión. La hipótesis no llegó a ponerse a prueba, en parte porque ninguno de los dos sabía dónde obtener tabaco con urgencia; además cayeron dormidos mientras charlaban y, cuando se despertaron, el sol había salido y el tribunal médico ya actuaba. Pocas semanas más tarde, todo el curso se congregó en el gran salón de la universidad, para escuchar un discurso del rector. En mitad de sus palabras, la tarima se hundió. Buena parte del auditorio rompió a llorar, convencida de que era un augurio terrible: «Realmente pensamos que significaba que todos íbamos a morir».

Los estudiantes representaban la élite intelectual de Vietnam del Norte. Tenían una concepción tan ingenua de la experiencia que les aguardaba que algunos se presentaron al reclutamiento con guitarras y libros; las novelas inglesas estaban de moda, aunque, como Shakespeare, sus lectores eran considerados ideológicamente sospechosos. Las chicas del curso les dijeron que, sin duda, todos regresarían a casa como coroneles. Los chicos bromeaban nerviosamente: «O la hierba será verde o tu pecho, rojo», con el sentido de que obtendrían o una tumba o la cuota de medallas de los héroes.

En la provincia de Quang Tri, la unidad de Hung vivaqueaba en un territorio recién ocupado por el ENv: durante diversas noches seguidas, murieron hombres pese a que no había ninguna unidad enemiga en un espacio de varios kilómetros a la redonda. La asesina resultó ser una anciana del lugar, de setenta años, que pretendía vengarse de la muerte de dos hijos reclutados por el ERVn. La ejecutaron con prontitud, para incomodidad de Hung. Era cierto —pensó el joven— que la mujer estaba ayudando al enemigo, pero ¿no era acaso, a su manera, una especie de heroína nacional? Era una reflexión peligrosa para un soldado del ejército de Hanói; pero no fue la única. Él y sus camaradas de una batería antiaérea de 37 milímetros veían con disgusto a los oficiales que «solo querían convertirse en héroes». Recibieron una mención por haber derribado (supuestamente) seis aviones estadounidenses, pero el artillero dijo: «Era todo propaganda, nada más. No recuerdo que derribáramos nada».[40]

El 21 de abril, un devastador ataque aéreo de los estadounidenses golpeó la batería, mató a un tercio de los artilleros, dejó herido a otro tercio y destruyó los cañones. Los hombres se lamentaban: «¿Por qué los oficiales tienen que abrir fuego y alborotar con eso un avispero?». El desastre socavó la moral del grupo. Algunos supervivientes pidieron la baja por enfermedad. El jefe de un pelotón se disparó en la pierna; mientras Hung lo ayudaba a llegar al puesto de socorro, el hombre rogó al adolescente que corroborara ante los médicos que se había tratado de una bala enemiga; aun así lo acusaron y detuvieron. Entre la desolación de su unidad, Hung observó con disgusto que, al pasar, varios soldados saqueaban las mochilas de los camaradas muertos, alegando que los propietarios ya no las necesitaban, «pero nosotros sí». Después de ser transferido a una batería de 130 milímetros, Hung descubrió que la mayoría de sus componentes eran

antiguos desertores que habían preferido esta ocupación alternativa antes que la cárcel. Pero esta unidad también sufrió un ataque aéreo devastador que mató a decenas de soldados y, temporalmente, enterró a Hung en una zanja. Le ordenaron tomar un cubo e ir recogiendo restos humanos: «Me sentí tan aterrorizado que decidí que yo no era apto no solo para ser un héroe, sino tampoco para ser poeta».

La moraleja del relato de Hung no es que los hombres del ENv fueran malvados y cobardes, sino más bien que representaban la misma combinación humana que se encuentra en las filas de todos los ejércitos. Según Bao Ninh: «Nadie en su sano juicio quería estar allí ... Pero teníamos un deber».[41] Sus líderes, su disciplina y su formación, en conjunto, fueron superiores a las del ERVn. Pero en el ENv, el alto mando de la campaña de 1972 fue poco más impresionante de cuanto lo había sido en 1968 con la ofensiva del Tet; fue, por lo tanto, marginalmente mejor que la de Vietnam del Sur.

Dos bases de artillería del noroeste, Bastogne y Checkmate, cayeron en manos comunistas solo después de una defensa prolongada; pero en los últimos días de abril la «línea de Dong Ha» cedió y luego se rompió. Aunque el ENv estaba muy castigado por los ataques aéreos, aquí eran mucho menos efectivos que más al sur, porque en la provincia de Quang Tri los estadounidenses habían traspasado a los vietnamitas la responsabilidad del control aéreo avanzado. Por otro lado, los comunistas tenían su defensa con misiles más poderosa por debajo de la ZDm: se calcula que, durante la campaña, se dispararon un millar de MTA-2 contra los aviones de las fuerzas aéreas de Estados Unidos y Vietnam del Sur.

Cuando las columnas del Norte bajaron y atravesaron en tropel el puente de Cam Lo, quedó de relieve que Quang Tri ya no resultaba defendible. Los últimos vietnamitas y sus asesores estadounidenses se retiraron el 1 de mayo; al día siguiente, los comunistas ocuparon la ciudad. Se produjeron escenas increíbles cuando algunos vietnamitas huyeron medio desnudos, tras haber hecho pedazos el uniforme. Lam, el comandante del I Cuerpo, fue despedido con retraso; lo sustituyó el teniente general Ngo Quang Truong, que según Abrams era «el oficial más profesional y cualificado de todo el ERVn».[42] El infortunado comandante de la división en Quang Tri

fue seleccionado oficialmente como cabeza de turco del desastre y, en un acto de grave injusticia, fue condenado a cinco años de cárcel por «desertar delante del enemigo».

El 1 de mayo, en París, Kissinger se reunió otra vez con Le Duc Tho. El comunista sometió al asesor de seguridad nacional a un monólogo propagandístico. A esas alturas era evidente que Estados Unidos podía confiar en obtener, como mejores condiciones posibles, un alto el fuego *in situ*; aun así Kissinger siguió exigiendo la retirada de las fuerzas del ENv que participaban en la ofensiva en marcha. Los comandantes de campo comunistas se disgustaron cuando Le Duc Tho estableció una conexión de radio directa de París al campo de batalla del Sur, evitando la Corte del Dragón y, en ocasiones, dando órdenes directas; estas se traducían siempre en exigir más ataques. «¡Increíble! —dijo más adelante un oficial—. El Estado Mayor no estaba de acuerdo con esa forma de proceder, pero no teníamos ni idea de a quién le podíamos protestar.»[43] En los estadios finales de la ofensiva de 1972, los ataques comunistas no confiaban en ganar terreno, sino en conquistar los titulares de todo el mundo para actuar sobre la opinión pública estadounidense y mantener la presión sobre Kissinger en París. En tales objetivos políticos, Le Duc Tho tuvo un éxito notable.

En la tarde del 2 de mayo, por debajo del río My Chanh, al sur de Quang Tri, los survietnamitas y sus asesores fueron testigos de la destrucción de una división de infantería, cuatro grupos de infantería ligera, una brigada blindada, dos escuadrones de caballería y una brigada de la infantería de Marina, más tropas de apoyo y de las Fuerzas Regionales y Populares. Tanto entre los oficiales como entre la tropa, pocos se distinguieron. Los supervivientes recordaban la historia de Dinh Thi Thach, esposa de un sargento mayor: después de que tomaran su poblado, en las inmediaciones de Quang Tri, alojó a una docena de fugitivos en su sótano —poniendo en riesgo la vida durante varias semanas— y luego los guio a lugar seguro, hasta reunirse con las líneas survietnamitas.

La retirada fue aún más caótica. Un oficial de blindados escribió: «Por Dios, ¿cómo se podría describir la tragedia que vivimos al llegar a la Autopista 1? Los hombres carecían de orden; la carretera de delante estaba

bloqueada por el enemigo, cuyas fuerzas también se amontonaban en nuestra retaguardia y nos abrumaban con su fuego».[44] Algunos conductores desesperados apretaron a fondo el acelerador para hundir los M-48 en las aguas del río Thach Han. Otros lanzaron granadas de iluminación por las escotillas, para prender fuego a sus blindados antes de sumarse a la marea de fugitivos que vadeaba corrientes y se abría camino por los campos inundados en dirección a la ciudad de Hue.

En Saigón, Abrams se encolerizó al saber que los survietnamitas se quejaban de que les habían faltado armas y pertrechos: «El ERVn no ha perdido los tanques porque los tanques enemigos los hayan dejado fuera de combate. El ERVn ha perdido los tanques, ¡*maldita sea*!, los han abandonado. ¡*Mierda*!, es que llegan a tener el [tanque] *Josef Stalin 3*, ¡y tampoco habría sido nada mejor!».[45] Arengó igualmente al presidente Thieu y a Vien, el jefe del Estado Mayor de Saigón: «Lo que necesitáis no es *equipo*, necesitáis hombres que quieran *luchar*. Y necesitáis *oficiales* que quieran luchar y quieran liderar ... Ya tenéis todo el equipo que necesitáis ... Habéis perdido la mayor parte de la artillería porque se ha *abandonado*». La mayoría de los medios de comunicación occidentales predijeron que los últimos desastres del campo de batalla darían la puntilla a Vietnam del Sur.

A los últimos trescientos pacientes militares del hospital de Quang Tri se los montó en un convoy de carretera que se quedó parado en la Nacional 1 sur, entre una multitud de refugiados y vehículos destruidos.[46] La artillería comunista acabó haciendo pedazos las ambulancias. El doctor Pham Viet Tu, sanitario de las tropas aerotransportadas, escribió sobre el destino de los civiles: «Había cientos de coches, camiones, bicicletas y motocicletas, perforadas por las balas y los fragmentos de proyectil de los comunistas, algunos reducidos a cenizas. Había esqueletos humanos diseminados por la cuneta ... La imagen que me hizo sentir una fuerte punzada de compasión fue la del esqueleto de un niño de unos dos años, dentro de una gran pila de aluminio. Junto a los restos de su madre había un par de sandalias diminutas».[47]

Abrams y los survietnamitas quedaron pasmados cuando los comunistas, después de tomar Quang Tri, no corrieron hacia el sur para capturar Hue, que había quedado a su alcance. Según escribió un oficial del ERVn: «Hue

parecía una ciudad sin ley; los pocos policías y policías militares no podían controlar una masa de refugiados y soldados. Hubo robos, saqueos, incautaciones de coches. Junto a las calles principales, muchos niños perdidos, desde los más pequeños a los que ya habían entrado en la adolescencia, lloraban y observaban el paso de la gente. Vi un chico de unos doce años que sostenía a su hermano, de unos tres, apoyado en un árbol, junto a la carretera. El mayor mostraba una hoja de tipo papel de carta en la que había garabateado: "Somos los hijos del señor Xuan de Quang Tri. No podemos encontrar a nuestros padres. Ayúdennos, por favor"».[48]

Cientos de mensajes breves se apuntaron en las paredes con tiza o carbón, o se escribieron en papeles pegados a los troncos de los árboles con montoncitos de arroz: «Al soldado de primera Nguyen Van Ba, 1.º bat./57.º reg. Los niños y yo vamos a casa de la tía, en Danang», o: «Cabo Bay, 3.º/2.º infant., a esposa: Estoy vivo y combatiendo. Que Buda os bendiga a ti y a los niños». Uno decía: «Esposa Hoa a marido sgt. Truong R. F. (Quang Tri). Mortero del VC mató a nuestra hijita ayer. El niño está a salvo conmigo. No te preocupes y no desertes».[49] La señora Bong —el ama de casa que sufrió experiencias terroríficas durante la ofensiva del Tet, en 1968— escribió en ese momento a un amigo: «El único hijo que me queda con vida se ha marchado de casa. Estoy sola con mi hija y mi nietecita. Es mucha soledad. Si mi querido hijo muriera, no sé qué haría yo. Ahora parece que esta guerra terrible no va a acabar nunca ... Mis pobres niños».[50]

El comandante Nguyen Cong Luan se encontró con un joven capitán que conducía a su batallón al combate y parecía desanimado. Cuando el hombre se quejó de que en aquella fase los estadounidenses solo atendían la mitad de sus peticiones de apoyo aéreo, Luan sugirió que el factor decisivo, a la hora de influir en la respuesta de los norteamericanos, sería que el ERVn exhibiera voluntad de luchar por sí mismo.[51] De las pérdidas materiales del Sur en 1972 —doscientos tanques, 275 TBP, 634 camiones y trescientos cañones—, la mitad se habían abandonado o destruido en la zona norte. El régimen de Saigón tuvo la suerte de que los avances del ENv en el norte y la Meseta Central perdieron impulso después de capturar Quang Tri y Tan Canh. Los comunistas habían sufrido bajas descomunales —en su mayoría,

por los ataques aéreos— y carecían del apoyo logístico preciso para seguir adelante. Durante el mes de mayo, el ERVn formó una línea defensiva que detuvo el avance enemigo, cada vez más vacilante. Luego, durante el verano, se inició una contraofensiva larga y lenta con el fin de recobrar Quang Tri.

Algunos de los combates más feroces de mayo se centraron en Kontum, una capital provincial situada en un valle del norte de la Meseta Central, rodeada por tres lados por un río. Era un lugar relativamente próspero, que podía presumir de nueve iglesias católicas. Estaba defendido por la 23.ª división con el respaldo de algunos carros blindados, artillería y Fuerzas Populares. Los comunistas cortaron la Nacional 14 al sur de la ciudad, antes de enviar elementos de tres divisiones a un asalto desde el norte y el noroeste, que empezó el 13 de mayo. El general de brigada Ba escribió más tarde: «Fue un infierno en la tierra: cada día, tan malo como el anterior, proyectiles durante cuarenta días».[52] John Vann estaba en todas partes: trayendo municiones, dirigiendo trescientos ataques de B-52 en tres semanas, exhortando a los comandantes que flaqueaban.

Cuando el búnker de Ba recibió un impacto directo, los sanitarios tuvieron que vendar y distribuir a los heridos, y sacar a los muertos, al mismo tiempo que alrededor los oficiales del Estado Mayor continuaban dirigiendo la batalla. La noche del 18 de mayo estuvo entre las peores: los norvietnamitas se apoderaron temporalmente de la mitad de la ciudad. Los ataques aéreos atraparon repetidamente tanques del ENv al descubierto. Hubo combates feroces en tres cementerios del extrarradio. A las 9.00 de la mañana del 26 de mayo, un oficial comunista admitió que el asalto se había quedado sin energía. Dos de los blindados que le quedaban toparon con minas del ERVn y los dos últimos fueron destruidos por helicópteros artillados. Según reconoce la historia militar de la propia Hanói: «Nuestros ataques empezaron a ralentizarse y fueron tornándose cada vez menos efectivos ... Entre tanto el enemigo había traído refuerzos, consolidado las defensas y contraatacado. En la noche del 5-6 de junio, el cuartel general del Frente ordenó retirarse de Kontum y clausuró la campaña del norte de la Meseta Central».[53]

A posteriori, tanto estadounidenses como survietnamitas estuvieron de acuerdo en que, sin John Vann, Kontum habría caído. Sobrevivió a incontables roces con el desastre; una vez tuvo que alejar a culatazos a unos fugitivos vietnamitas que intentaban asaltar su *Jet Ranger* cuando despegaba. Ba escribió, en un tono cargado de sentimiento: «La victoria pertenecía, más que a nadie, a este hombre cuyo único objetivo era permitir que el ERVn derrotara a los agresores comunistas. A menudo me preguntaba a mí mismo: "¿Por qué un estadounidense debería dar la vida por esta lucha? ¿Por qué debería haber aceptado los riesgos de Ap Bac, y ahora los de la Meseta Central?"».[54] Para Ba, Vann era un mártir que merecía la gratitud de todos los vietnamitas.

El propio Vann se convenció de que era invencible; pero como suele ocurrirles a tales figuras salvajes, se demostró que no era así. El 9 de junio, al volar con un piloto inexperto a una hora crepuscular, su helicóptero se estrelló y Vann perdió la vida. Contaba cuarenta y siete años y dejaba tras de sí los restos de esposas, amantes e hijos a los que no acertaba a mantener bien, tanto estadounidenses como vietnamitas. Neil Sheehan, autor de la biografía de Vann —*A Bright Shining Lie* [«Una mentira brillante y luminosa»], uno de los grandes libros sobre Vietnam—, comentó que aunque Vann salvó Kontum, lo hizo de un modo que negó sus propios objetivos: mostró que sin norteamericanos, como él mismo, al mando del poder aéreo de Estados Unidos, los survietnamitas no podían resistir. Así pues, todas las batallas y muertes posteriores solo sirvieron para posponer un resultado previsto.

Abrams dijo, en mitad de la campaña de 1972: «El nivel de violencia y el nivel de brutalidad ... llega a una escala nunca antes alcanzada». Incluso mientras se libraban las batallas de Quang Tri y Kontum, más al sur, tres divisiones comunistas salían de Camboya y tomaban Loc Ninh antes de acercarse a An Loc, capital de la provincia de Binh Long. Se trataba de una plaza fuerte con unos diez mil habitantes, situada entre dos ríos en una meseta un centenar de kilómetros al norte de Saigón. En la tarde del 5 de abril, los zapadores enemigos capturaron el aeródromo próximo, cuyos defensores salieron huyendo nada más ver los tanques comunistas. El ENv también cortó la carretera más al sur, de forma que An Loc dependió, en adelante, del abastecimiento aéreo.

Mientras el 3.º grupo de la infantería ligera vietnamita era aerotransportado a la ciudad, el 7 de abril, su jefe, el comandante Nguyen Van Biet (apodado *Anh Hai*, «Hermano mayor») advirtió por radio que el aeródromo estaba siendo batido por proyectiles. Cuando los helicópteros tocaron tierra y los hombres salieron de los aparatos, descubrieron que el Estado Mayor del cuartel del grupo ya había sufrido bajas de consideración. El jefe de la 5.ª división del ERVn, el coronel Le Van Hung, dijo al comandante Biet: «Chicos, habéis llegado justo a tiempo»; en efecto, sus hombres vacilaban y un regimiento ya había sido derrotado.[55]

Siguió una breve pausa antes de la arremetida comunista, durante la cual un oficial de la infantería ligera contemplaba a los residentes de la ciudad proseguir con sus asuntos cotidianos mientras camiones del gobierno patrullaban las calles con altavoces, pidiendo calma, prometiendo la llegada de refuerzos y solicitando que informaran de inmediato cuando detectaran comunistas infiltrados.[56] Cuando los norvietnamitas iniciaron el bombardeo, lo hicieron sin fingir que respetarían a la población civil: en todos los barrios de la ciudad llovieron cohetes de 122 milímetros y proyectiles de 155 de los cañones apresados en Loc Ninh. Un oficial del Sur escribió: «La tragedia se trasladaba en gritos de agonía, en cadáveres y restos humanos destrozados por todas partes, incluso colgando de ramas y techos. Muchos civiles buscaron refugio en los búnkeres del ejército».[57] Cada día caían sobre An Loc hasta doscientos proyectiles de artillería y balas de mortero.

Una tarde, la infantería ligera quedó consternada cuando, sin explicación, sus asesores estadounidenses corrieron hasta un helicóptero que desapareció por el cielo del este. ¿Qué significaba aquello? ¿Estaban abandonando al destacamento? El misterio no se resolvió hasta el amanecer del día siguiente, cuando llegó un nuevo equipo de asesores. El comandante pidió disculpas por el cambio repentino, y alegó que se había hecho sin previo aviso por razones de seguridad. Prometió que An Loc recibiría el apoyo aéreo de Estados Unidos en toda su potencia; cuando la promesa se hizo realidad, la moral lo acusó positivamente.

A las 2.30 del 13 de abril, los comunistas lanzaron el primer gran ataque terrestre. La vanguardia de los carros blindados causó una gran impresión,

al principio; según un defensor, «nuestros soldados estaban aterrados».[58] Pero entonces, una unidad de las Fuerzas Regionales destruyó un tanque con un AcL. El destacamento empezó a comprender que los monstruos oruga eran sumamente vulnerables en el entorno urbano y fue dejando fuera de combate un tanque tras otro, con la participación de los aviones estadounidenses. Las tripulaciones de los blindados del Norte exhibieron una inepcia lamentable: en la oscuridad de las primeras horas, un T-54 se precipitó en el cráter de una bomba.[59] Sus compañeros cometieron un error táctico desastroso: se adentraron uno por uno en la ciudad, donde fueron cayendo presa de los cohetes AcL y los ataques aéreos. A las 8.30, cuando el ENv había perdido siete blindados, los supervivientes dieron la vuelta.

Un asesor estadounidense, el capitán Hal Moffett, dijo más adelante: «[Los comunistas] no usaron los tanques como debían, ¡y gracias a Dios que fue así! Si hubieran coordinado bien el ataque, nada los habría podido detener; pero estaban completamente desorganizados y hasta el día de hoy no comprendo qué intentaban hacer con los tanques, enviándolos en grupos de cuatro o cinco».[60] Las tropas del Sur habían empezado a recibir recompensas en metálico por cada carro blindado destruido: los soldados empobrecidos se mostraron más dispuestos a arriesgarlo todo por dinero que por su país. Algunos infantes armados con AcL, dijo Moffett, «dejaban que los tanques se acercaran a menos de diez, de treinta metros de ellos y entonces disparaban». En el puente principal que venía del este, «aquellos hombrecillos se sentaban allí y esperaban a que el tanque estuviera justo en mitad del puente, y entonces le reventaban las tripas». El resto de la columna blindada comunista se dio la vuelta e intentó vadear la corriente más abajo, pero allí fue víctima de la USAF.

La lucha de la infantería siguió siendo feroz y sangrienta; los defensores perdieron terreno y un batallón de la infantería ligera quedó destruido casi por completo. Las comunicaciones por radio se interrumpían con frecuencia por voces comunistas que pedían elegir: «¡Rendíos y viviréis! ¡O resistid y moriréis!». Los norvietnamitas se hicieron con el control de algunos distritos del noreste y solo se replegaron cuando, en mitad de un aguacero, un avión artillado estadounidense, un *Spooky*, lanzó su fuego automático con una precisión extraordinaria. Un oficial del Sur exclamaba por radio, exultante: «¡En el centro mismo de la diana! ¡Adelante,

seguid!».[61] Cuando los búnkeres enemigos se vinieron abajo, el mismo hombre informó: «Unos pocos soldados enemigos han salido aterrorizados, respirando con dificultad y con aspecto de estar medio ahogados por la lluvia».

A las 4.30 del día 15, los sitiadores lanzaron otra descarga que inició varios incendios en áreas residenciales. Media hora después, cuando aún era de noche, comenzó otro asalto a gran escala. De los tanques del Norte, uno perdió una oruga y a otro se le paró el motor por falta de aceite, de modo que solo siete acompañaron el avance de la infantería. Al amanecer los comunistas habían tomado zonas del exterior, pero repitieron el mismo error cometido dos días antes: enviaron a los tanques sin apoyo. Los AcL del Sur liquidaron más T-54; el ataque perdió el impulso y los comunistas se retiraron. La ciudad recibió refuerzos: otros dos batallones aerotransportados y un grupo de infantería ligera. Aunque durante la semana siguiente se perdieron algunas posiciones exteriores, los comunistas no lograron acceder al centro de An Loc.

Si los ataques estaban mal dirigidos —acarrearon la expulsión de un comandante de división del Norte—, la defensa no fue precisamente magistral. El coronel William Miller, el principal asesor estadounidense, transmitió en tono de cansancio que Hung, el comandante de la 5.ª división, pecaba de «cansancio, inestabilidad, irracionalidad, irritabilidad, imprudencia e inaccesibilidad». Entre el 22 de abril y el 10 de mayo, sitiados y sitiadores continuaron golpeándose con nerviosismo. Por la noche el cielo estaba iluminado por las bengalas que lanzaban los C-47. Los ataques aéreos martilleaban las líneas comunistas. El destacamento —que para entonces contaba con 6.200 soldados vietnamitas y veinticinco asesores estadounidenses— lanzó contraataques que obligaron a retroceder a los norvietnamitas, cuyo estado de ánimo, según admiten los propios historiadores comunistas, se derrumbó.[62] El 10 de mayo, en Saigón, el presidente Thieu declaró el estado de emergencia en toda la nación. Afirmó estar orgulloso de que, ante la crisis, más de cincuenta y tres mil survietnamitas se hubieran presentado voluntarios para el servicio militar: el hecho de que la victoria comunista pareciera inminente llevó a muchos a actuar en consecuencia. También vale la pena destacar, desde el punto de vista histórico, que aunque decenas de miles de soldados de Saigón

desertaron del ejército de Thieu, solo unos pocos lo hicieron para sumarse a las filas comunistas; lo único que deseaban era volver a sus casas.

En An Loc, sin embargo, los líderes comunistas se mostraron implacables y se negaron a admitir el fracaso de las tropas que habían enviado. El 11 de mayo, con el refuerzo de otros treinta y cinco nuevos tanques, lanzaron otro ataque, de cinco regimientos que avanzaban por cuatro ejes. Desde el búnker del cuartel general, los survietnamitas podían oír los motores de los tanques del ENv, mientras el humo y el polvo se filtraban por las aberturas. Un asesor estadounidense advirtió a su intérprete vietnamita: «Escúchame bien: quizá no podamos resistir, así que si quieres salvar el pellejo, no me pierdas de vista y estate preparado para salir».[63] En An Loc, como en otros lugares, la fuerza decisiva fue el poder aéreo, que reventaba un ataque tras otro, como atestiguó Hal Moffett: «Una "arrasamargaritas" [bomba de gran tamaño] paró a un batallón. Los líderes de una unidad [comunista] vociferaban para que [sus hombres] se pusieran en pie y atacaran. "¡A la carga!", gritaban. Los oíamos. Pero la gente no se movía. Ahí aniquilamos el avance nororiental. Les vi correr. Podríamos haber ganado la batalla aquel día, el [ENv] se había echado a correr. Pero todo se detuvo durante tres horas».

Las bajas del Norte eran colosales y los comunistas habían agotado casi todos sus recursos. Moffett narró con vivacidad los combates. Algunos hombres del Sur, dijo, habían luchado como tigres: «Las tropas aerotransportadas estuvieron simplemente fantásticas ... siempre en la brecha».[64] No fue el caso de todos; un grupo de la infantería ligera «cedió todo el perímetro delante de unos seis [soldados enemigos]. Se negaban a devolver los disparos y se retiraron lanzando granadas. Alegaban que disparar las armas habría revelado su posición ... [Su] coronel me vino desesperado ... quiero decir llorando como un bebé, a lágrima viva, pidiendo saber por qué no recibían apoyo aéreo».

Moffett se exasperó por la pasividad de algunos defensores que permitían que los atacantes instalaran los morteros a la vista de todos. Pero se enfrentaron a una de las descargas comunistas más intensas de toda la guerra, la cual devastó el complejo hospitalario de An Loc: «Yo diría que mataron a entre trescientas y quinientas personas: mujeres, niños, chicos,

soldados, todo el tinglado. Simplemente bombardearon hasta arrasarlo todo». Entre tanto los Cobra se vieron obligados a disparar desde quinientos pies de altura, para escapar a la temible novedad de los misiles tierra-aire. Los aviones de ataque tuvieron que actuar por detrás de las posiciones del ERVn, sin atravesarlas, para reducir la exposición al fuego enemigo.

Al mismo tiempo que se combatía en las calles, una división del ERVn intentó abrirse paso hacia el norte, por la Nacional 13, con la intención de romper el sitio. No lo consiguió, pero el movimiento sirvió para monopolizar la atención de la formación comunista que le bloqueaba el paso. La aviación estadounidense hizo un esfuerzo colosal para abastecer al destacamento sitiado: lanzó con paracaídas 2.693 toneladas de munición y raciones. El 11 de mayo, los B-52 lanzaron cargas pulverizadoras casi cada hora, añadidas al promedio de casi trescientos ataques tácticos por día. El general de división James Hollingsworth, asesor en jefe, dijo al MACV: «De no haber sido por los asesores tendríais a [los comunistas] ... en Saigón, creo».[65] Pero ello no fue por virtud de su «asesoramiento», sino por su papel como controladores aéreos avanzados. En este último *hurra* del ejército de Tierra estadounidense y el Cuerpo de Marines en Vietnam, después de tantos reveses y fracasos, muchos oficiales y suboficiales de los equipos de asesoría exhibieron mucho valor, entrega y pericia profesional, que resultaron decisivos para frenar la ofensiva comunista. Moffett y su grupo pasaron cincuenta y tres días en An Loc: «Al marcharnos tuvimos que apartar a los vietnamitas del helicóptero, no queríamos llevarnos a ningún herido porque en cuanto te llevas a uno te los tienes que llevar a todos ... Yo mismo tiré del aparato a cuatro vietnamitas, simplemente los saqué de allí para poder subir yo». Según reconoció el intérprete Tran Van De: «Mucha gente intentó desertar o apeló a sus heridas para salir de allí».[66]

El miembro del ejército que entrevistó a De, en una conversación inmediatamente posterior a la extracción, preguntó si An Loc podría sobrevivir a otro ataque tan poderoso como el del 10 de mayo. «No, señor ... Hay demasiados agujeros en la línea, y ellos están demasiado débiles. Si [los comunistas] vinieran como han venido esta última vez ... En mi opinión se tendrán que calzar bien calzados ... No creo que [los soldados

del Sur] aguantaran en su puesto.» El estadounidense estaba muy enojado con algunos oficiales vietnamitas que no se atrevían a salir de sus búnkeres. También vio a mandos que enviaban a sus hombres bajo el fuego enemigo a buscarles cigarrillos, o un trapo húmedo para limpiarse el sudor, «mientras que el soldado parecía que no se había bañado desde que estaba en la ciudad ... A nadie parecía importarle una mierda el soldadito que hacía la guerra». He aquí una deficiencia habitual e institucionalizada en el ejército survietnamita.

Aunque los comunistas mantuvieron el asedio de An Loc hasta el 8 de junio, a mediados de mayo la amenaza estaba disminuyendo. La historia del Estado Mayor general del ENv valora: «No habíamos luchado bien».[67] La defensa de la ciudad costó a los survietnamitas 12.500 bajas. Las pérdidas de los atacantes fueron probablemente de cerca de veinticinco mil, más treinta y seis tanques de enorme valor.

Mientras el ejército de Thieu batallaba con dureza en el Sur, el presidente Nixon desató sobre el Norte el bombardeo aéreo más intenso de la guerra, para castigar a Hanói por su exceso de ambición. Entre el 1 de mayo y el 30 de junio los aviones de la fuerza aérea y la Marina de Estados Unidos emprendieron dieciocho mil salidas, en las que perdieron veintinueve aparatos. El 8 de mayo, en un discurso televisado, Nixon comunicó al pueblo de Estados Unidos que había adoptado «una medida decisiva para acabar con la guerra»: el asalto contra la logística y las comunicaciones del Norte —conocido con el nombre en clave de *Linebacker* [«Defensa (del fútbol americano)»]—, con 330 salidas y el minado, por vez primera, de los accesos al puerto de Haiphong. Además, en la fase culminante de los combates de 1972, la Marina estadounidense —con cinco grupos de portaaviones, tres cruceros de bombardeo y treinta y ocho destructores— proporcionó respaldo naval a los survietnamitas. Esta respuesta dramática a la imponente ofensa de la agresión comunista fue acogida por el electorado con auténtico entusiasmo: si los estadounidenses nunca habían aplaudido enfrentarse al enemigo en sus propias marismas y selvas, hacerlo por aire les parecía encomiable.

Durante los meses de abril y mayo, se enviaron al escenario bélico unos refuerzos aéreos descomunales: a la postre operaban desde Guam y

Tailandia 210 B-52 y 374 F-4. Se había centrado la atención en las comunicaciones, incluido el nudo ferroviario de Yen Vien y el puente de Paul Doumer, en Hanói, derribado mediante veintinueve bombas de guía óptico-eléctrica y por láser. Entre abril y octubre, cayeron sobre el Norte 155.548 toneladas de bombas. Las importaciones norvietnamitas por tierra se redujeron de 160.000 toneladas mensuales a tan solo treinta mil; las marítimas pasaron de 250.000 toneladas a nada. Los chinos suspendieron los envíos y cerraron sus vías férreas. Linebacker destruyó casi todas las reservas de petróleo de Vietnam del Norte y el 70 % de su capacidad de generación eléctrica. Desde la perspectiva estadounidense, la operación distó de ser gratuita: muchos de los aviadores participantes eran relativamente inexpertos, y así se puso de manifiesto en junio, cuando unos MiG comunistas abatieron siete cazas estadounidenses, a cambio de perder tan solo dos. En total Linebacker costó la pérdida de cuarenta y cuatro aviones. En todo caso, aunque el poder aéreo táctico tuvo un impacto devastador —y casi con toda certeza, decisivo— en las batallas del Sur, la infraestructura del Norte era tan escasa y poco relevante que el bombardeo solo tuvo un efecto marginal en su acción bélica.

Nixon, sin embargo, se negó a reconocer este último hecho. Cuando Creighton Abrams se opuso a Linebacker y recomendó en cambio concentrar los recursos aéreos en el Sur, al presidente se le acabó definitivamente la paciencia con el jefe del MACV. Kissinger, con su instinto de costumbre para las yugulares, dijo: «No da para más. Mira: es gordo, bebe demasiado, es incapaz de resolver el trabajo». En junio, Abrams volvió a Estados Unidos; la jefatura del MACV, en los últimos meses de existencia del cuartel general de las fuerzas estadounidenses en Vietnam, recayó sobre Fred Weyand. Abrams no perdió el trabajo, sino que subió de escalón: sucedió a Westmoreland como jefe del Estado Mayor del ejército. Era un oficial honrado y competente, de un perfil adecuado para una guerra convencional en Europa. Su deterioro progresivo durante los años de Saigón, en particular en los últimos meses, se podría atribuir a haberse enfrentado a presiones políticas y militares que parece probable que hubieran abrumado también a cualquier otro comandante. Cuando un colega afirmó que a Abrams se le había pedido «construir una guerra con cimientos de gelatina» no exageraba gran cosa.

El 22 de mayo, Nixon se convirtió en el primer presidente de Estados Unidos en visitar Moscú, donde inició una semana de conversaciones con el líder soviético Leonid Brézhnev. Los dos bandos estaban molestos por la dificultad de debatir sobre los temas que les resultaban cruciales —los relativos a la cuestión nuclear— mientras el fantasma indochino sobrevolaba la mesa. Según escribió más adelante el intérprete de Brézhnev: «Si Vietnam se mencionaba de vez en cuando, era con el único fin de "marcar la casilla" para poder informar luego a los vietnamitas y nuestros aliados de cuán poderosa e inflexible era la postura de la jefatura de Estado de la URSS».[68] El primer ministro soviético Alekséi Kosyguin advirtió que si la escalada estadounidense se acentuaba, Hanói se vería obligado a buscar la asistencia de las fuerzas chinas. «Nixon escuchó estas palabras con los dientes apretados. Luego rechazó, con calma pero con firmeza, lo que consideraba una acusación infundada e hizo hincapié en su intención de acabar con el derramamiento de sangre. Atribuyó la falta de avances a la intransigencia vietnamita y apeló a nosotros para que influyéramos en nuestros amigos y aliados.»[69] Aunque la respuesta rusa empleaba palabras duras, el tono fue considerablemente moderado.

Los rusos temían a Nixon y ardían en deseos de impedir que Vietnam frustrara un acuerdo con él. En varias ocasiones, durante la cumbre, Rusia replicó a la insistencia de los estadounidenses —que les pedían convencer a los vietnamitas de que negociaran en serio— acusando a Estados Unidos de no acertar a contener los excesos de Israel contra los palestinos. Esta pelota iba pasando de un lado a otro de la red. Los estadounidenses dijeron: Israel es un Estado independiente con el que tenemos una buena relación, pero no le podemos obligar a modificar sus decisiones. Los rusos contestaron: lo mismo se puede decir de nosotros y Vietnam del Norte. La cumbre de Moscú culminó con el tratado ABM (sobre los misiles antibalísticos) y el acuerdo SALT I (de limitación de las armas estratégicas), que, desde el punto de vista de los dos bandos, eran de una importancia vastamente superior a la de Indochina.

3. UNA VICTORIA VACÍA

En Vietnam del Sur, desde junio hasta finales de otoño, los aviones de Estados Unidos castigaron a las fuerzas del Norte hasta obligarlas a

retirarse, de modo que las tropas de Saigón, aunque poco a poco, fueron recobrando algún territorio perdido. Las pérdidas comunistas llegaron a un nivel que ningún otro líder nacional —solo el implacable Le Duan— las habría tolerado. El jefe de la 308.ª división envió un mensaje personal a Giap, para solicitar que la ofensiva se abandonara. Se quejaba de que los oficiales políticos calificaban de cobarde a cualquiera que defendiera la retirada, «pero esto es lo que yo recomiendo. En nuestra situación actual nos sería difícil plantar cara a una simple sección enemiga». A las afueras de Quang Tri, en junio, los ingenieros comunistas se azacanearon con infinito denuedo para desplazar veintidós secciones de pontón a un vado; pero un ataque aéreo las destruyó, después de eliminar también la unidad antiaérea que los protegía.[70] Una brigada de artillería quedó aniquilada igualmente antes de llegar al campo de batalla. Aun así la infantería retomó los asaltos, pero en palabras del general Phi Long: «Al concluir los combates de aquella semana habíamos consumido casi todos nuestros recursos. Cada batallón había quedado reducido a treinta o cuarenta hombres». Hubo que reemplazar a varios oficiales destacados después de caer rendidos por varias clases de agotamiento. Los norvietnamitas debieron aprender una lección brutal: si el poder aéreo topaba con muchas limitaciones al aplicarse contra las guerrillas y las vías de abastecimiento selváticas, en cambio tenía un impacto devastador sobre las fuerzas convencionales y, en particular, sobre los blindados que encontraba en movimiento. El descuido de la logística —contra el consejo de Giap, cuyo papel en esta campaña parece haber sido más administrativo y honorífico que operativo— causó muchas dificultades innecesarias.[71]

El 11 de julio, un asalto helitransportado survietnamita dio la señal de salida de la larga lucha por la recuperación de Quang Tri. Cuando los comunistas tuvieron que retirarse, en contra de su voluntad, se envió al veterano coronel An con la misión de sumarse a la batalla por el control de la ciudad. An, que llegó bajo una lluvia torrencial, encontró que a la mayoría de las compañías de infantería solo les quedaban un 20 % de sus fuerzas, y que los supervivientes padecían desánimo y mala salud; escribió: «El enemigo nos estaba machacando y abrumando».[72] El coronel también era partidario de poner fin a las operaciones, como otro oficial señero, que afirmó: «Es evidente que el enemigo se ha hecho con la iniciativa ... Sé que

los otros cuadros de la división están de acuerdo en esto, pero nadie se atreve a decirlo en voz alta».[73]

An escribió: «Quizá porque el lema: "¡La Revolución solo ataca!" estaba grabado a hierro en nuestra mentalidad, era fácil que a quienquiera que sugiriese adoptar una posición defensiva se lo acusara de "negativismo ideológico"»,[74] y añadió: «La temporada de lluvias estaba causando incontables dificultades. Las trincheras ya no se vaciaban de agua y barro. Incluso cuando baldeábamos los búnkeres, a las pocas horas volvían a estar inundados ... Por mucho que el personal de transporte se esforzara, el abastecimiento nunca era suficiente. Nuestros soldados ... pasaban hambre y frío, estaban mugrientos y enfermos».[75]

Pham Hung, de la 308.ª división, celebró su dieciocho cumpleaños en Quang Tri, el 26 de agosto, bajo los proyectiles del ERVn. Decidió hacer un poco de fiesta, para lo que atrapó unos pescados en una alberca próxima, mediante una técnica típica de los soldados: durante una pausa, saltó de la trinchera y corrió a vaciar el AK-47 contra los ocupantes de la alberca. Recogió los cuerpos que flotaban y se apresuró a volver a cubierto, aunque no lo bastante rápido para huir a un diluvio de bombas estadounidenses. Una explosión lo aturdió y quedó en tierra, reflexionando en estado de semiconciencia: «Me muero, pero sin honor. No soy un héroe, solo agarro un puñado de peces muertos. Nunca he hecho el amor con una chica».[76]

Se sentía muy infeliz, pero después de un tiempo comprendió que no se estaba muriendo, aunque sí muy ensangrentado. Intentó pedir ayuda, pero no oía nada. El sanitario de la compañía había muerto, pero logró atraer la atención de su sustituto —un estudiante de veterinaria—, que le vendó las heridas del brazo y la cabeza. Se encargó a dos hombres que lo llevaran al puesto de socorro, pero ante un nuevo ataque aéreo, lo dejaron caer de forma brusca y dolorosa y corrieron en busca de refugio. Cuando el bombardeo se detuvo y los camaradas volvieron, les pidió: «Dejad que me arrastre. Es menos doloroso que el que te tiren». Al llegar a la enfermería, sus compañeros le felicitaron por su buena suerte: estaba vivo y volvería a casa, mientras que ellos seguirían sufriendo.

A Hung el comentario le resultó extraño, más aún con lo ensangrentado que estaba. Una semana después del impacto, se sumó a una columna de heridos que remontó la Ruta en un camino largo, lento y penoso: «Dábamos una impresión terrible: la de un ejército derrotado. Íbamos cantando mientras andábamos, pero canciones muy tristes. En aquel momento sentíamos que la guerra duraría para siempre y que sería imposible ganar. Mientras tanto, nos cruzábamos con grupos de soldados recién reclutados, que iban en dirección contraria, y sentíamos aún más pena por ellos. Nos decíamos: "Si esos chicos supieran hacia qué se dirigen, se darían la vuelta y correrían a sus casas"».

Aun así, cuando se encontraron de nuevo en el norte, el ánimo de aquellos hombres apaleados experimentó una mejora asombrosa. En las inmediaciones del río Kien Giang, alguien gritó: «¡Allí mismo, en la otra orilla, es donde nació Giap!». Según Hung: «Pensamos: "Mientras Giap esté con nosotros, podemos ganar". Fue como regar un árbol sediento. De pronto yo mismo sentí también que podíamos imponernos; que debía volver y combatir otra vez». A la postre no pudo hacerlo, por la gravedad de sus heridas; pero optó por permanecer uniformado dos años más, para evitar que reclutaran a su hermano como sustituto. Cuando finalmente lo licenciaron, en mayo de 1974, se sintió molesto porque no le reconocían el sacrificio: abandonó el ejército con discapacidades auditivas y mentales que persistieron durante años, le obligaron a pagar en metálico por varios pertrechos perdidos y aún tuvo que recorrer quince kilómetros a pie para coger un autobús hacia su casa.

En el Sur, en el otoño de 1972, el comandante de un regimiento de artillería del Norte admitió: «Nuestros hombres ya no aguantaban más». Bao Ninh destacó el desánimo: «Las pérdidas habían sido peores que en 1968».[77] Tras regresar a su casa de Hanói, la maestra Do Thi Thu sollozaba al saber que tres antiguos alumnos de su clase habían perdido la vida en Quang Tri. Debido a la inversión de las fortunas, el ERVn recuperó algo de moral, por breve tiempo. En la casa de Saigón del coronel de las fuerzas aerotransportadas Ly Van Quang, este y otros oficiales pasaron toda una noche bebiendo *ruou de* (alcohol de arroz) y contándose mutuamente las experiencias. Estallaron en carcajadas al charlar de las locuras cometidas en An Loc por los comandantes de los blindados comunistas. En palabras de

un familiar que fue testigo de la celebración: «Estaban muy orgullosos: era la primera vez que el ERVn había hecho algo realmente importante por sí mismo».[78] Truong Nhu Tang, el destacado cuadro del GRP, reconoció que los survietnamitas y sus patrocinadores estadounidenses habían vuelto a vencer, «igual que habían hecho durante el Tet, en Camboya y en muchas de las batallas campales en las que se habían enfrentado con el Vietcong y las fuerzas principales del ejército norvietnamita. Nuestras pérdidas habían sido prodigiosas».[79] Pero como él mismo añadió: «La paradoja fue que, aun a pesar de eso, la ofensiva de verano representó un triunfo decisivo para nosotros ... Estados Unidos y Vietnam del Sur ya habían perdido la guerra; y lo mismo podía decirse del Vietcong, aunque ojalá lo hubiéramos sabido entonces».[80] Tang quería decir que los vencedores del Norte acabarían imponiendo una nueva opresión sobre todos los habitantes del Sur, independientemente de a quién hubieran sido leales en el pasado.

Kissinger advirtió al presidente Thieu que debía recobrar todo el terreno posible antes de que se firmara un acuerdo de paz, porque todo lo que los comunistas controlasen para entonces se lo iban a quedar. Aunque la infantería de Marina vietnamita se apuntó una victoria de prestigio al ocupar de nuevo la ciudadela de Quang Tri —el 16 de septiembre, después de combatir con ferocidad y sufrir cinco mil bajas—, quedaron tan agotados que no pudieron seguir avanzando y reconquistar las bases de artillería perdidas a lo largo de la Nacional 9 y al sur de la ZDm. Dong Ha, que antaño había sido una base de Estados Unidos, funcionó durante los últimos tres años de la guerra como un puerto desde el que los comunistas enviaban por el río Cua Viet suministros recibidos por mar. La mitad del territorio de las cuatro provincias septentrionales de Vietnam del Sur —una décima parte del total del país— quedó bajo el dominio permanente de los comunistas, al igual que las zonas fronterizas occidentales adyacentes a Laos y Camboya.

Al mismo tiempo que los soldados de Thieu se batían desesperadamente, durante los seis primeros meses de 1972, 135.000 estadounidenses se marcharon a casa; en Vietnam solo quedaron cuarenta y nueve mil. Un oficial survietnamita describió la inquietante experiencia de conducir entre campamentos y cuarteles abandonados, por Phu Bai, Dong Tam o Qui Nhon; en las inmediaciones veía ciudades de chabolas, ahora desiertas y

medio arruinadas, que anteriormente habían funcionado como bares, clubes nocturnos o burdeles.[81] En el delta del Mekong, donde en fases precedentes de la guerra el ENv nunca se aventuraba, Hanói había desplegado entonces ocho mil soldados de la tropa regular. Un asesor estadounidense de My Tho hizo constar con pesimismo: «Por aquí hay soldados norvietnamitas para dar y vender».[82] Otro asesor, en la ciudad deltaica de Vinh Kim, informó de que quinientos comunistas acababan de saquear el complejo estadounidense: «Se ponen en pie y combaten. Llamamos a los B-52 pero luego siguen ahí. Esta gente no se echa atrás. Está siendo un juego muy distinto al que estamos acostumbrados por estas partes».[83] En el contexto de una hemorragia de tropas del Sur enviadas a librar las grandes batallas de más al norte, el gobierno se retiró de posiciones locales y permitió a los comunistas apoderarse de distritos enteros. Por otro lado, los comunistas mostraron mucha más sensibilidad que las tropas de Saigón a la hora de gestionar las relaciones con la población local, que no tardó en ofrecerles comida. El Vietcong resurgió y emprendió una nueva oleada de asesinatos de quienes ayudaban al régimen de Saigón.

Las grandes batallas de 1972 tuvieron como resultado una victoria táctica del Sur, a expensas de la muerte de once mil hombres y una cifra total de bajas rayana quizá en las cincuenta mil. De los trescientos estadounidenses que perdieron la vida aquel año, la mayoría falleció durante la ofensiva de primavera. Las bajas del Norte, probablemente, superaron las cien mil. Perdieron la mitad de sus blindados —un mínimo de 250 tanques— y la mayor parte de la artillería pesada. Además perecieron veinticinco mil civiles, un «daño colateral» impresionante incluso para lo habitual en Vietnam. Los chinos criticaron con dureza a Hanói por haberse excedido en el intento. «Nuestros militares dijeron que habían perdido Quang Tri porque Le Duan había ordenado tomar Hue», dijo un cuadro destacado.

En el bando estadounidense, solo unos pocos optimistas redomados como Creighton Abrams saludaron la victoria obtenida por el Sur, afirmando: «Con *todas* las pifias que se han visto *y todas* las acciones deficientes que se han visto ... no estaríamos donde estamos ... si al menos una parte ... no hubiera decidido plantar cara y combatir»,[84] a lo que luego añadió: «Por Dios, no lo parecía, ¡pero los survietnamitas lo pueden hacer!».[85] Fue una

opinión muy minoritaria. Merle Pribbenow, de la CIA, que por entonces estaba en Saigón, dijo: «Quedó de manifiesto que sin el apoyo aéreo de Estados Unidos, que fue masivo, el país habría caído».[86] Entre sus compatriotas informados, la mayoría eran de la misma opinión; aun así, abundaban los congresistas que agitaban sin descanso para reducir la financiación de las operaciones aéreas.

El politburó norvietnamita quedó muy satisfecho con el resultado de su campaña. Las fuerzas armadas de Saigón habían ofrecido resistencia por última vez; en adelante, por el agotamiento anímico, la mayoría de sus hombres apenas flirtearon con la guerra. El comandante David Johnson estuvo entre los numerosos asesores estadounidenses desazonados por las experiencias de 1972: «Intenté hacer mi trabajo, pero faltó ponerle el alma».[87] A medida que los estadounidenses iban partiendo para embarcarse en las bases aéreas, dejaban tras de sí un país que, en su mayor parte, parecía un vertedero de mercaderías y pertrechos militares rotos o gastados. Todos los dólares, toda la guerra, habían sido inútiles para dotar a los gobernantes de Vietnam del Sur, y sus partidarios, de tres elementos vitales: dignidad, autoestima y la empatía suficiente para alcanzar un pacto con su propio pueblo. En ausencia de tales cosas, el triunfo en el campo de batalla servía de poco.

25

Tíos grandes, gordos y feos

1. «Borrará del mapa, del todo y por completo, a McGovern»

Henry Kissinger alcanzó una condición de superestrella por su papel en la negociación del acuerdo que prometía librar a Estados Unidos de su pantanal. En octubre de 1972, tanto el pueblo estadounidense como el asesor de seguridad nacional estaban convencidos de que la brillante diplomacia de Kissinger había dejado las conversaciones de París a un paso de la meta. En realidad, sin embargo, Estados Unidos acabó aceptando las condiciones que Hanói quería: las tropas del Norte siguieron en el Sur, las estadounidenses se marcharon a casa. En cuanto al resto de los términos de los Acuerdos finales, los dos bandos daban por sentado que no se respetarían. El único cambio en la posición comunista —la maniobra que salvaba las apariencias y permitía acceder a Washington— fue que Hanói desistió de expulsar a Nguyen Van Thieu de la presidencia del Sur.

Aquí intervinieron dos factores. Durante el verano, en el Norte se reconoció que Nixon tenía la reelección asegurada; no solo no podían confiar en negociar con un gobierno estadounidense distinto y menos distante, sino que una vez recontados los votos, quizá la Casa Blanca exhibiría más dureza. Por otro lado, Hanói optó por el pragmatismo: el único objetivo esencial era librarse de los estadounidenses porque, cuando los «imperialistas» hubieran abandonado Indochina, destruir a sus clientes saigoneses no resultaría ni difícil ni excesivamente largo. El gobierno de Vietnam del Sur era de la misma opinión.

Las conversaciones que Nixon y Kissinger mantuvieron en la Casa Blanca al respecto de Vietnam se conocen con un detallismo incontrovertible, sin precedentes en la historia, porque se conservan grabadas. Los dos hombres se hacían pocas ilusiones sobre sus actos, pero

se empeñaron en que el pueblo estadounidense sí las albergara. Kissinger quiso plantear el cambio de posición de Hanói sobre Thieu como una victoria diplomática que preparaba el camino para disponer de un «intervalo decente». El 3 de agosto le dijo a Nixon: «Si dentro de un año o dos Vietnam del Norte se zampa Vietnam del Sur, podemos contar con una política exterior viable si parece que ha sido el fruto de la incompetencia survietnamita. Si ahora liquidamos el tema de manera que, pongamos, en un plazo de tres a cuatro meses hemos empujado al límite al presidente Thieu», en tal caso pensaba que incluso los chinos protestarían por la torpeza y el cinismo de los estadounidenses.[1] En las negociaciones posteriores, todo giró en torno del calendario: cuándo debían pasar las cosas para dar una imagen adecuada.

En París, el 26-27 de septiembre, Le Duc Tho y Kissinger estaban cerca de acordar lo que, sobre el papel, era una «comisión electoral» con tres integrantes, o una «Comisión de Reconciliación Nacional» para Vietnam del Sur, prima hermana de la exigencia del Norte: un gobierno de coalición tripartito. Kissinger se lo explicó a Nixon el 29 de septiembre: «Bueno, señor presidente, todo esto son chorradas, porque la consecuencia práctica de nuestra propuesta, como la de su propuesta, es un alto el fuego. Nunca habrá elecciones». Nixon preguntó: «Y entonces, ¿qué pasa? Que... Que simplemente retoman la guerra luego, ¿no? Pero ya nos habremos ido». «Pues sí», asintió Kissinger.[2]

Durante los días posteriores, Nixon mostró estallidos de cólera contra el Norte; quizá en el fondo fueran ataques de culpabilidad por el abandono del Sur que su emisario estaba gestando. Habló de una nueva campaña de bombardeo intensivo: «He decidido que no pienso quedarme aquí sentado mientras más de 55.000 estadounidenses mueren por una derrota». Pero la mañana del 6 de octubre, Kissinger planteó a su superior una elección difícil: el asesor estaba a punto de volar a París, donde Le Duc Tho le presentaría una serie de propuestas encabezadas por el cese de las hostilidades *in situ* y el resto de las condiciones vacuas ya convenidas. ¿El presidente autorizaría a su emisario a recibirlas favorablemente? Siguió una conversación larga y dura en la que Nixon vaciló. Temía que el presidente de Vietnam del Sur, a menos de un mes de las elecciones estadounidenses,

denunciara públicamente el acuerdo como una claudicación. Kissinger admitió: «Thieu está en lo cierto, nuestras condiciones acabarán por destruirlo».[3] Los dos hombres sopesaron la posibilidad de organizar un golpe de Estado en Saigón para cambiar el gobierno de Vietnam del Sur. Al final rechazaron la posibilidad y resolvieron que debía ser Thieu quien presidiera la caída en el olvido —prácticamente garantizada— de su país.

Kissinger alivió la incomodidad del presidente alegando que haría prometer a los comunistas que se retirarían de Laos y Camboya y abandonarían la Ruta de Ho Chi Minh. «Busca su compromiso, pero sin darle más importancia, porque en ningún caso se van a retirar de ahí», dijo Nixon. Kissinger asintió: «Así es, pero haré que lo pongan por escrito».[4] Como despedida ofreció a su empleador otro consuelo, recordando el ejemplo de De Gaulle, que había sacado a Francia de Argelia en 1962, pero «todo el mundo lo considera un gran hombre». Afirmó que Hanói había expresado el deseo de que los respectivos ministros de Exteriores firmaran el futuro acuerdo, y añadió: «Yo no quiero firmar la cosa esta. Deberías firmarla tú». Nixon objetó: «No creo que debamos dignificarla con mi firma».[5] Al final el presidente de Estados Unidos autorizó a Kissinger a aceptar las propuestas de Le Duc Tho.

A las cuatro de la tarde del 8 de octubre de 1972, en la residencia familiar de Gif-sur-Yvette, a las afueras de París, Le Duc Tho abrió una carpeta verde y estableció las condiciones del Norte. El borrador se ajustaba a lo esperado y cumplió los requisitos de Kissinger, que eran ciertamente escasos: liberar a los prisioneros de guerra, imponer un cese de hostilidades *in situ* para las fuerzas tanto norvietnamitas como survietnamitas, a cambio de la retirada total de los estadounidenses. Hanói insistió en el principio de equiparar la renovación de armas: si los estadounidenses seguían proporcionando armamento al ERVn, el Norte haría lo mismo con las fuerzas que tenía desplegadas en el Sur, aun declarando un «respeto absoluto» por la soberanía de Laos y Camboya. Propuso que Estados Unidos pagara a Vietnam del Norte compensaciones por los daños causados durante la guerra.

Kissinger salió exultante de la reunión, y se exasperó cuando, desde su posición en el Departamento de Estado, John Negroponte predijo que Saigón se enfurecería al conocer los términos. El asesor le gritó: «¡Tú no lo entiendes! Quiero ajustarme a sus condiciones ... Quiero acabar esta guerra antes de las elecciones».[6] El 12 de octubre volvió a Washington entusiasmado: los comunistas estaban dispuestos a firmar y todavía falta casi un mes para los comicios presidenciales. Le dijo a Nixon: «El pacto que tenemos, señor presidente, es mucho mejor que todo lo que habíamos imaginado. Quiero decir que borrará del mapa, del todo y por completo, a McGovern».[7] Richard Nixon tuvo la buena fortuna de que su oponente demócrata de 1972, el senador George McGovern, de Dakota del Sur, fue uno de los aspirantes presidenciales menos imponentes de los tiempos modernos. Si el candidato republicano hubiera tenido que enfrentarse al senador Edward Kennedy —para quien el escándalo de Chappaquiddick había resultado letal— parece probable que aún hubiera ganado, pero la política de Vietnam habría sido sometida a un escrutinio mucho más riguroso. Kennedy denunció que la vietnamización era una pantomima previa a la revelación de un pacto con los comunistas, que se suscribiría en vísperas de las elecciones. Estaba en lo cierto: en el gobierno, el debate privado se centró tan solo en la duración de una pausa políticamente aceptable antes de que los comunistas se apoderasen de Saigón. A juicio de Kissinger, bastaría con dieciocho meses: en agosto le había dicho a Nixon: «Si lo firmamos, pongamos, este octubre, para enero del 74 no le importará a nadie lo más mínimo».

En aquel momento, al analizar el acuerdo con Nixon, Kissinger consideró que la propuesta de las compensaciones era «nuestra mejor garantía de que cumplirán el tratado». El presupuesto total de Estados Unidos en materia de ayuda internacional era de tan solo 2.000 millones de dólares, pero el presidente se mostró indulgente: «Dales 10.000 millones».[8] Durante la comida, con Haldeman y Haig, Nixon ordenó que se sirviera Château Lafite Rothschild de 1957 para todos. Este gesto munificente contradecía su práctica habitual de limitar los reservas más exquisitos de la Casa Blanca para su propia copa, y dar un simple tinto californiano a los subordinados. Nixon se molestó en poner por escrito una nota para

Kissinger, que afirmaba que el calendario electoral no debía tener ninguna influencia en nada de lo que se dijera o hiciera a los norvietnamitas o los survietnamitas; esta instrucción quizá habría causado buena impresión a los historiadores, de no haberse demostrado que chocaba con todo lo que pensó al respecto en la Casa Blanca.

De vuelta en París, el 17 de octubre, hubo un tira y afloja con los norvietnamitas a cuenta de los prisioneros: además del intercambio de los prisioneros de guerra militares, Le Duc Tho quería que se liberara a treinta mil civiles que Saigón había detenido por considerarlos sospechosos de ser cuadros comunistas. Kissinger lo desaconsejó, porque era probable que la propuesta fuera del todo inaceptable para Thieu; ahora el asesor de seguridad nacional tenía ante sí la hercúlea tarea de convencer al vietnamita de que suscribiera un acuerdo en cuya redacción no había participado pero que determinaría el destino de su asediado país. Nixon le dijo a Kissinger: «Básicamente, tendrás que tratarlo con brutalidad».[9] Cuando el emisario del presidente estadounidense aterrizó en Saigón, la recepción fue gélida: el servicio secreto de Thieu le había avisado de la inminencia del acuerdo de París mucho antes de que los norteamericanos considerasen oportuno decir nada al respecto. El capitán Phan Tan Nguu, oficial de la seguridad nacional, envió un documento formal, basado en informaciones de un agente doble comunista conocido como «Fuente de Tay Ninh», según el cual los cuadros estaban de acuerdo en la proximidad del pacto —un pacto que Thieu era consciente de que acabaría acarreando la caída de su régimen—.[10] Aun así, Kissinger aseguró al presidente que los soldados comunistas irían abandonando el país de forma progresiva: «Nuestros militares son de la opinión de que las actuales fuerzas norvietnamitas, como no recibirán refuerzos, acabarán por tener que retirarse».[11] Prometió que, antes de que el tratado entrara en vigor, una avalancha de nuevas armas estadounidenses consolidaría las defensas de Vietnam del Sur. Kissinger llevaba un año prometiendo a los comunistas que, si se les daba un intervalo decente, Estados Unidos no volvería a intervenir en el Sur después de que el acuerdo se hubiera firmado y que las últimas tropas estadounidenses se hubieran marchado. Pero para obtener el consentimiento de Thieu hizo una promesa completamente contradictoria, la acción militar inmediata de Estados

Unidos si Hanói quebrantaba las condiciones: «Es inconcebible que el presidente Nixon se quedara cruzado de brazos si Vietnam del Norte atacara de nuevo».

Creighton Abrams, que acababa de tomar posesión de la jefatura del Estado Mayor del ejército de Tierra, se sumó al asesor de seguridad nacional y garantizó a Thieu que los estadounidenses eran hombres de palabra. Kissinger dijo a los vietnamitas: «Tenéis que confiar en mí», a lo que el presidente replicó que no veía razón para hacer tal cosa. El visitante mintió al afirmar que no disponía de ninguna versión vietnamita del borrador del acuerdo. Pero Thieu ya había leído un resumen que le había proporcionado la «Fuente de Tay Ninh» después de que circulara hasta llegar a los distritos comunistas.[12]

En una reunión del 21 de octubre, el ministro de Exteriores de Thieu presentó una lista con veintitrés exigencias de cambios al borrador del acuerdo de París, entre las que destacaba, por encima de las demás, que todas las tropas del Norte se retirasen del Sur. «Creo que no hay la más mínima posibilidad de lograr que accedan a esto», respondió Kissinger.[13] Tras poner al corriente a Nixon, este indicó al asesor que apretara a Thieu al máximo, aunque sin «obligarle a romper públicamente con nosotros antes del 7 de noviembre». A la mañana siguiente, el 22, Kissinger combinó amenazas y lisonjas antes de emprender el corto vuelo a Nom Pen, para informar al presidente camboyano, Lon Nol.

Una vez que el emisario estadounidense regresó a Saigón, ya por la noche, Thieu denunció que el acuerdo era una farsa. La comisión electoral que se había propuesto, dijo, no era más que un gobierno de coalición mal disimulado: «Estados Unidos se ha confabulado con los soviéticos y China. Ahora que reconocen la presencia de los norvietnamitas aquí, los survietnamitas tendrán que entender que Estados Unidos nos ha vendido y que Vietnam del Norte ha ganado la guerra». Durante la reunión, el presidente lloró en varias ocasiones. «Me ofende sobremanera —no puedo decir otra cosa— que nos acuse de confabularnos con los soviéticos y los chinos», se lamentó Kissinger. Entre las objeciones de Thieu destacaba que, al ceder territorio por toda la extensión de Vietnam del Sur, Estados Unidos accedía a crear una entidad política «de piel de leopardo» cuya viabilidad

no tardaría en ponerse en duda; además, en la comisión electoral que se planeaba, los comunistas gozaban de la misma posición que los anticomunistas. Kissinger comunicó a la Casa Blanca que la terquedad de Thieu estaba creando una nueva crisis. También envió un telegrama a Hanói, enojado por el hecho de que el primer ministro Pham Van Dong hubiera revelado buena parte de los términos propuestos a un entrevistador de *Newsweek*, lo que había agravado la agitación saigonesa.

Al regresar a Washington, Kissinger se apresuró a seguir «confabulando»: lo primero que hizo fue llamar a Dobrynin, el embajador soviético. Rusia debía hacer entender a Hanói que, a dos semanas de las elecciones estadounidenses, la administración estaba obligada a hablar y actuar en público de forma que se evitara una ruptura directa con Saigón. También rogó que Vietnam del Norte realizara una retirada simbólica de tropas, y dijo al embajador: «[Hanói] quizá piense que estamos retrasando deliberadamente [el acuerdo] más allá del 7 de noviembre de forma que entonces podamos bombardearlos o algo así. Le transmito la solemne palabra del presidente de que no será así».[14] Al mismo tiempo que se producía esta conversación, algo más allá, en el Despacho Oval, Nixon le estaba diciendo a Alexander Haig: «Después de las elecciones sabrán lo que es bueno. Aunque no pienso decírselo a Henry, los vamos a bombardear a base de bien».

Los actores de la Casa Blanca se esforzaron por convencerse mutuamente de que traicionar a Saigón no era una traición porque, para empezar, el régimen de Saigón nunca había sido un gobierno sólido. Haig le dijo a Nixon: «Si [Thieu] no es capaz de conseguirlo con un millón de hombres y todo ese equipo, ¡maldita sea!, entonces no valía la pena salvarlo». Y Kissinger le dijo a Nixon: «He acabado por pensar, señor presidente —y se me parte el corazón al decirlo—, que el sistema de Vietnam del Sur se aguanta por una guerra que sostenemos nosotros, mientras que esos tíos no se pueden imaginar cómo sería la paz. Y que lo que les da pavor no son los comunistas. Les da pavor la... la paz».[15]

Cuando Nixon y Kissinger analizaron el riesgo de que el régimen de Saigón cayera de forma precipitada, el asesor dijo: «Creo que nuestro honor está... está intacto. No se derrumbarán tan rápido». El 24 de octubre dijo al

embajador chino, con el tono irónicamente autocrítico que le caracterizaba: «He logrado la unidad de los vietnamitas, ¡ahora me odian los dos!». El hombre de Mao, mientras esperaba su coche, preguntó al asesor si había alguna esperanza de firmar el acuerdo antes de las elecciones. Le respondieron que la demora interesaba a los comunistas: si se rompía con Saigón antes del 7 de noviembre, el presidente estaría obligado a ponerse de su lado contra Hanói; después de las elecciones ocurriría lo contrario.[16] La administración reconoció ante Moscú y Pekín que, en realidad, no confiaba en que los norvietnamitas respetaran los términos del acuerdo; lo único que le pedían era un autógrafo en el papeleo.

Muchos líderes de muchas naciones han mantenido conversaciones sobre los asuntos de Estado similares a las que sostuvieron Nixon y Kissinger; pero hasta entonces nunca habíamos dispuesto de grabaciones de lo hablado que desnudaran su cinismo. Para la posteridad solo hay una pregunta importante: realmente, ¿podían haber hecho otra cosa? Apenas cabe duda de que, antes de que Nixon accediera a la Casa Blanca, la guerra ya no se podía ganar. El presidente Thieu y sus socios habían hecho muy poco por servir los intereses de la sociedad que gobernaban, y solo el tiempo demostraría que los comunistas iban a hacer aún menos. El crimen de Nixon, si hubo tal crimen, con Kissinger como instrumento, fue sacrificar veintiuna mil vidas estadounidenses, y una cantidad enormemente superior de vidas vietnamitas, en el transcurso de una serie de maniobras militares y diplomáticas pensadas no para beneficiar al pueblo de Indochina (ya fuera del Sur o del Norte), sino los intereses del presidente en materia de política interior.

Hasta cierto punto, podría hablarse de complicidad del electorado estadounidense: incluso en los últimos años de la guerra, muchos votantes todavía deseaban un resultado que no explicitara una frustración de la voluntad nacional. Nixon y Kissinger intentaron dar respuesta a este sentimiento no con la pericia de los estadistas sólidos, sino con un prodigio de carpintería escénica: levantaron un escenario lo suficientemente persuasivo para poder llevar a cabo una serie limitada de representaciones, antes y después de las elecciones de 1972. La habilidad táctica con la que lograron tal resultado merece todo el respeto, pero no se puede afirmar lo

mismo de su moralidad. Kissinger demostró que era el maestro más consumado de la *realpolitik* que tanto apreciaba. El 23 de octubre no tuvo reparos en decirle a Thieu, cara cara: «Estados Unidos nunca sacrificará a un amigo de confianza». Al volver a Washington, dos días después, le dijo a Pete Peterson, el secretario de Comercio: «Solo deseo una cosa: soltar a los vietnamitas unos contra otros con la esperanza de que queden cuantos menos, mejor».

El día 26, los norvietnamitas revelaron al mundo la propuesta de acuerdo, y pidieron que Estados Unidos firmara el 31, según se había hablado previamente entre Le Duc Tho y Kissinger. El anuncio de Hanói causó sensación en Norteamérica y llevó a Nixon a enviar a su asesor a la primera de sus incontables apariciones como estrella de los noticiarios de televisión; hasta entonces apenas había hablado en público. Se le notó la falta de experiencia; pero su autoridad, ingenio, aparente franqueza y condición apolítica le granjearon el éxito. «Señoras y caballeros —dijo en una conferencia de prensa en la Casa Blanca, repleta hasta los topes—, es evidente que una guerra que lleva diez años sembrando la destrucción está en vías de resolverse.» Hanói —dijo— había abandonado la exigencia de un gobierno de coalición en el Sur; entre tanto, como era de esperar, Saigón había presentado objeciones. ABC TV se hizo eco de las palabras de Kissinger con el titular «La paz, al alcance de la mano». Dos semanas antes de las elecciones, el asesor entregó a Nixon una promesa de victoria. Aquella misma noche, por teléfono, el presidente le dijo: «¿Han entendido que traes la paz?». «Sí.» «Pues si eso es lo que piensan, ya está bien. Dejemos que lo piensen.» El asesor de seguridad nacional recibió elogios desde todos los puntos del espectro político. El senador James Buckley —hermano del periodista conservador William F. Buckley— llamó para felicitarlo y pedirle una garantía simbólica: «¿Acierto al suponer que lo que se ha hecho no dejará desatendido a ningún régimen?». «Por supuesto, por descontado, al cien por cien.» «Estupendo.» James Reston, del *New York Times*, dijo: «El país te debe mucho, Henry». El candidato demócrata George McGovern cometió otra larga serie de pifias de campaña, y

denunció que Nixon se negara a prescindir de Thieu, sin saber que, en aquel mismo momento, su oponente estaba marinando al líder survietnamita para ofrecerlo como plato principal de una barbacoa comunista.

Durante unos días, Saigón continuó eludiendo la ruptura directa con Washington: Thieu afirmó, como un oráculo de Delfos, que el Sur nunca aceptaría un acuerdo que fuera en contra de los intereses de su pueblo, pero sin añadir que esa y no otra era la condición del pacto de Kissinger. Al día siguiente dijo ante la Asamblea Nacional que su «exigencia mínima» era la retirada de las tropas norvietnamitas; el *New York Times* le reprochó su obstinación. El 27 de octubre, *Los Angeles Times* tituló: «Estados Unidos insiste en que Hanói retire sus tropas: exige avanzar en la retirada de 145.000 hombres antes de firmar». No había verdad en tal titular, pero las reverberaciones nacionales de la noticia reforzaron la fama de dureza de Kissinger e hicieron pasar a segundo plano novedades importantes del creciente escándalo del Watergate: miembros destacados del equipo de campaña de Nixon habían cometido diversos actos ilícitos.

En aquellos días, casi toda la opinión estadounidense mostró un deseo tan general como desesperado por ver al doctor Henry Kissinger como el salvador de la nación. El anhelo de los estadounidenses de toda orientación política, que ansiaban escapar de Vietnam y creer que se podía alcanzar una paz mínimamente digna, anuló la inquietud de una minoría por el destino del pueblo de Thieu. Muchos concluyeron que un futuro sin bombas, balas ni napalm sería preferible a más de lo mismo. ¿Quién podría calificar de innoble tal perspectiva?

Anteriormente, Kissinger se había opuesto a retomar los ataques aéreos contra el Norte después de las elecciones. En aquel momento, sin embargo, enfurecido tanto por la intransigencia de Saigón como por los desaires arrogantes de Hanói, había cambiado de opinión. El 31 de octubre le dijo a Nixon: «Creo que deberíamos empezar a desplazar los B-52 más al norte». El presidente asintió: «Por descontado». Kissinger continuó: «Porque es lo único que esos hijos de puta [¿entienden?] ... Si en una semana no responden, deberíamos empezar a bombardear otra vez». Al día siguiente, Thieu denunció explícitamente el borrador de acuerdo como una «rendición a los comunistas». George McGovern atacó tanto a Nixon como a los

survietnamitas por no suscribir el tratado; acusó al presidente de planear otros cuatro años de guerra para mantener a Thieu en el poder —como distorsión de la realidad, no podía ser más ridícula—.

Theodore White, cronista de la sucesión de elecciones presidenciales, se admiraba de un fenómeno: después de varias décadas en las que el candidato republicano había sido uno de los políticos peor considerados de Estados Unidos, en los últimos días de la campaña de 1972 las multitudes declaraban su amor por Richard Nixon. Una de las últimas emisiones del Partido Republicano antes de los comicios animaba: «Esta vez votad como si vuestro mundo al completo dependiera de ello». El 7 de noviembre, Nixon obtuvo una victoria abrumadora, histórica, con el 60,7 % de los votos frente al 37,5 % de McGovern.

La historia de la diplomacia de Vietnam, durante los meses siguientes, estuvo dominada por el esfuerzo constante de la administración estadounidense de modificar la postura de Saigón y convencer a Thieu de que aceptara la propuesta de acuerdo convenida en París. De vuelta en Gif-sur-Yvette, el 20 de noviembre, Kissinger presentó a Le Duc Tho una lista de sesenta y nueve propuestas de revisión, planteadas por el gobierno de Thieu, entre las que destacaba la retirada total de las fuerzas del Norte —unas tropas que Hanói ni siquiera reconocía que estuvieran en el Sur—. Lo más probable es que el negociador estadounidense estuviera intentando hacer hincapié en los obstáculos que él mismo estaba encontrando a la hora de someter al gobierno del Sur. Al día siguiente, Le Duc Tho fue explícito al respecto de los cambios: «Nunca los aceptaremos». Hanói no comprendía, sinceramente, que Estados Unidos no fuera capaz de hacer bailar a sus marionetas al son que ellos tocaban. Tho renovó su propia exigencia de que se pusiera en libertad a los treinta mil presos civiles. En ese punto, Kissinger dio a conocer una nota del presidente estadounidense, que daba instrucciones de interrumpir la negociación.

La contradicción inherente a lo que sucedió entonces fue que la administración de Nixon centró el enfado público en Hanói, pero en privado desplegó una batería de promesas y amenazas para obligar a Saigón a dar su

brazo a torcer. Cuando Nixon se reunió con un emisario survietnamita en la Casa Blanca, el 29 de noviembre, recurrió a una franqueza brutal y amenazó con cortar todo el apoyo: «Sin ayuda, no podéis sobrevivir. ¿Te enteras?».[17] Pero ni con esas quiso Thieu aceptar el acuerdo de París. Le Duc Tho retiró la reivindicación de libertad para los treinta mil civiles presos, pero el 12 de diciembre afirmó que debía volver a Hanói, para consultas.

A continuación se produjo uno de los giros más grotescos de la guerra. El presidente Nixon ordenó emprender una nueva campaña de bombardeo intenso, supuestamente en respuesta a la terquedad de los comunistas, y de forma expresa por no haber devuelto a los prisioneros de guerra estadounidenses. Ahora bien, la postura de Le Duc Tho en diciembre no había cambiado, en lo fundamental, con relación a la de octubre. La única diferencia era que Vietnam del Sur se había negado a aprobar el acuerdo que se le había propuesto. La explicación más plausible de lo que se dio en llamar la «campaña de bombardeo de Navidad» de Nixon —la operación Linebacker II— es que se concibió como una demostración de fuerza para convencer a Saigón y al pueblo estadounidense de que Estados Unidos estaba de parte de Vietnam del Sur, con todo su poder y determinación, y al mismo tiempo para castigar al Norte por haberse resistido durante cuatro años a la voluntad de Richard Nixon. La devastación no tuvo ningún efecto diplomático de importancia; tan solo representó el último acto de importancia militar de la intervención de Estados Unidos en Vietnam.

2. «LOS VAMOS A BOMBARDEAR A BASE DE BIEN»

A las 11.00 del lunes 18 de diciembre de 1972, en la sala de reuniones de los tripulantes de B-52 en la base aérea de Andersen (en Guam), el coronel James McCarthy, de Tennessee, apartó un telón que dejó ver el mapa de carreteras y proclamó teatralmente: «Caballeros, esta noche su objetivo es... ¡Hanói!». «Estoy seguro de que esperaba vítores ... pero las tripulaciones se quedaron sentadas donde estaban, con cara de absoluta seriedad y gritando mentalmente: "¡Oh! ¡Mierda!"», dijo el aviador Vince Osborne.[18] El capitán Ed Petersen apenas se podía creer que los enviaban a todos «al

Centro»: «Al principio pensé más bien que era una broma».[19] Los aviadores ansiaban creer que, para los estadounidenses, la guerra se había terminado. Pero durante los once días siguientes, 729 salidas de los B-52 lanzaron 15.237 toneladas de bombas sobre Vietnam del Norte, mientras los aviones tácticos arrojaban otras cinco mil. Linebacker II fue la intervención de B-52 más intensa de la guerra, con 155 bombarderos apiñados en un aparcamiento de ocho kilómetros, que consumían unos nueve millones de litros de combustible al día. Todo el mundo odiaba Andersen, y una parte de los residentes en la base se denominaban a sí mismos con un despectivo *aviacas* o, jugando con las siglas de los prisioneros de guerra, PeG: «prisioneros en Guam». Los vehículos de la base llevaban adhesivos que imitaban burlonamente los que estaban de moda en Estados Unidos sobre los prisioneros de guerra: «¡PEG LIBERTAD!». Doce mil personas se apelotonaban en un espacio previsto para alojar la cuarta parte; cuando una tripulación caía, los camaradas corrían a apropiarse de sus muebles. Tal fue el clímax de la vasta campaña aérea librada con intermitencia desde 1965.

En todas las guerras, los aviadores viven en un universo paralelo al de quienes luchan en tierra. En vez de casetos y hamacas colgadas de los árboles selváticos, los hombres de los B-52 vivían en alojamientos con aire acondicionado instalados en desiertos de hormigón donde no se oían tiros ni explosiones. La mayoría de los días, se duchaban y desayunaban al estilo de Estados Unidos antes de emprender el vuelo hacia el territorio enemigo. Mucho después tomaban tierra de nuevo, hacían rodar los monstruos de motor quejumbroso hacia la zona de protección y se marchaban a tomar un cóctel en el club de oficiales. Esto no quiere decir que su guerra fuera un chollo. Se creaba una tensión psicológica enorme al pasar repetidamente de las monótonas rutinas de Guam a los cielos de Vietnam del Norte, surcados por misiles.

Cuando el mundo piensa en el bombardeo de Indochina, se centra ante todo en el contexto de las víctimas, como es justo que sea. Pero los que volaban en los aviones prestaban poca importancia a las personas que había en tierra, invisibles, mucho más abajo; la atención se centraba en los peligros a los que ellos mismos se enfrentaban. Algunos «locos de los cazas» disfrutaban de su papel, como ocurre con cada generación sucesiva

de jóvenes pilotos, que goza las emociones de volar a gran velocidad, combatir e incluso destruir. Pero muchos sentían temor, nunca más acentuado que durante los bombardeos de la Navidad de 1972. John Nichols, comandante de la Marina, escribió: «Nadie quería ser el último en morir en una guerra imposible de ganar».[20] Muchos pasaron a evitar el peligro sin avergonzarse. Cuando se encomendaba a alguien una misión temible, el hombre quizá protestara: «Oye, espera un momento. Ayer me tocó destruir antiaéreos. Hoy no me toca».[21] Algunos detectaban fallos técnicos para no despegar o volver antes de lo previsto. Corría el feo rumor de que los comunistas habían decidido no hacer más prisioneros porque ya los tenían en número suficiente.

Los aviadores de los portaaviones, al igual que los B-52 y los cazas de la fuerza aérea estadounidense que operaban desde U-Tapao («U-T»), en Tailandia, realizaban recorridos circulares de tan solo tres o cuatro horas. Los B-52 con base en Guam, por el contrario, se hallaban mucho más al este: a unos 4.700 kilómetros de los blancos norvietnamitas. La mayoría de estas tripulaciones lanzaban las bombas después de un trayecto de nueve horas, y habían recorrido más de trece mil kilómetros antes de aterrizar de nuevo en «la Roca», habiéndose citado al menos una vez con los aviones cisterna que se estacionaban en Okinawa. Aunque había alguna posibilidad de dormitar con el piloto automático, incluso antes de encontrarse con el enemigo manejar un B-52 era una tarea sumamente exigente. Según escribió Jim McCarthy: «A diferencia de los cazas de alto rendimiento o los modelos más recientes de B-52, el B-52D carece de controles mecanizados. Así, para las maniobras o volar en una formación precisa, se necesita mucha energía a la vieja usanza: mucho músculo».[22] Manejar la serie D, escribió el piloto, «se ha comparado con conducir un camión de 18 ruedas, sin dirección asistida, frenos de aire comprimido o transmisión automática por el centro de Washington y en hora punta».

Cada misión enviaba una flota de aviones de muchos tipos y funciones. Por delante de los Stratofortress, los cazas golpeaban los cañones y las lanzaderas de misiles del enemigo. Los aparatos de contramedidas electrónicas intentaban interferir en las señales de radar y los canales de comunicación comunistas. Los F-4 *Phantom* diseminaban *chaff*. En paralelo

a los bombarderos, más Phantom proporcionaban cobertura inmediata contra los MiG. Las tripulaciones de los B-52 eran de seis hombres: dos pilotos; un «equipo defensivo» de otros dos hombres, integrado por un oficial de guerra electrónica y un artillero, con la mirada en las pantallas y esferas, en asientos vueltos hacia la cola, a muy pocos metros por detrás de la cabina; y un «equipo ofensivo» de navegador y navegador de radar (este último, correspondiente a lo que anteriormente se denominaba «bombardero») en un compartimento inferior. Las cuatro ametralladoras de calibre .50 situadas en la cola del avión eran un vestigio de la segunda guerra mundial, y a casi diez mil metros de altura era raro que causaran mucho daño al enemigo; pero se atribuyeron dos derribos de MiG durante Linebacker II.

En Guam había un gran equipo de mantenimiento de los B-52, con sede en el «Taller de bicicletas» y formado por cinco mil trabajadores. Para el personal de tierra, suponía una labor colosal conservar un modelo que, diseñado en 1949, voló por vez primera cuatro años después; algunos de los aviones que bombardearon Hanói contaban diecisiete años. El Stratofortress tenía diez sistemas hidráulicos independientes y cuatro grandes generadores, impulsados por turbinas de aire caliente, que obtenían aire comprimido de unos motores en los que la temperatura alcanzaba los 250 grados. Una fuga podía resultar desastrosa, porque los conductos corrían junto a cables de control, tanques de combustible y conducciones de oxígeno.

Cuando Andersen o U-T funcionaban con la máxima presión, un bombardero podía cargarse de combustible y explosivos en tan solo cuatro horas —la mitad del tiempo habitual en Estados Unidos— y las revisiones importantes se completaban en ocho horas. La carga interna plena consistía en cuarenta y ocho bombas de quinientas libras (unos 225 kilos) en celdas preembaladas. Mover explosivos con temperaturas que podían rondar los cuarenta grados y la interrupción periódica de las tormentas tropicales era una tarea de una exigencia enorme. El personal de tierra, en ocasiones, mostraba una entrega heroica: cuando un avión cargado de explosivos

reventó un neumático en la aceleración del despegue, el cambio de rueda —que normalmente requería dos horas y media— se hizo en tan solo quince, sin apagar los motores.

Antes de cada misión, los planificadores pasaban horas debatiendo sobre los blancos, la compensación de los puntos de referencia terrestres y los jefes de ataque óptimos, entre el mosaico de lanzaderas de MTA e instalaciones de radar marcados sobre los mapas y las fotografías aéreas tomadas a gran altura por los aviones de reconocimiento SR-71. Dos «células» —formadas por tres B-52 que portaban hasta treinta toneladas de explosivos cada uno, cuando se llenaban también los bastidores de las alas— podían eliminar casi cualquier elemento con vida de una «caja»: un rectángulo de terreno, de un kilómetro de anchura por tres de longitud; se trataba del perfeccionamiento más espeluznante del bombardeo de saturación. A partir de los últimos datos de inteligencia y la selección de objetivos, las tripulaciones recibían *frags*: órdenes fragmentarias. Los blancos se clasificaban en dos categorías: zonas muy amenazadoras (cuando la densidad de las defensas terrestres era elevada) o poco amenazadoras. Un objetivo prioritario se designaba con un aviso especial, «INELUDIBLE», que obligaba a las tripulaciones a completarlo en todo caso, sin tomar en cuenta ni la intensidad de la oposición que encontraran ni los posibles fallos en los sistemas de sus aparatos.

Después de la sesión informativa, los capellanes ofrecían las honras fúnebres a los católicos; a algunos les resultaba de ayuda, a otros les daba grima. Los tripulantes se dirigían a los aviones cargados con los aparatosos chalecos salvavidas, armas auxiliares, cajas de raciones y carpetas de gran tamaño repletas de los manuales técnicos de los aviones, tablas de cálculo para los bombardeos, datos de navegación astronómica e información clasificada. También llevaban pertrechos para el frío, redundantes si el sistema calefactor del avión funcionaba, pero indispensables si fallaba: la temperatura de la cabina descendía a menos 56 grados.

Los pilotos llamaban a los B-52 «BUFF», siglas inglesas de lo que podríamos traducir como «tíos grandes, gordos y feos», donde «tío» se hacía sonar como una palabrota. El Mando Aéreo Estratégico (MAE) prefería un sintagma más digno, «desfile de elefantes», para describir una

columna de los enormes bombarderos avanzando por la pista para despegar. Los lanzamientos operativos atraían una multitud de espectadores, personal de tierra y aviadores fuera de servicio, que se agrupaban en las plataformas de carga, el exterior de las oficinas, los balcones. Uno por uno, los Buff aceleraban para despegar mientras los tubos de escape de los motores eructaban humo negro, al tiempo que el agua inyectada incrementaba el impulso.

Tras ganar altura pasaban sobre el pesquero ruso que los vigilaba aguas adentro y contaba cabezas. Las tripulaciones buscaban distracción para el largo trayecto hacia el oeste: los dos navegadores podían, por ejemplo, jugar al ajedrez o escribir cartas. Un aviador resolvía los problemas de un manual de estudio de álgebra; otros seguían cursos por correspondencia (como uno de odontología). Cuando querían ser indiscretos, contarse chistes o criticar un procedimiento, se pasaban notas por escrito para escapar al examen de los inspectores del MAE, que supervisaban las grabaciones de voz de la cabina. Al sobrevolar el mar, era habitual que toda una tripulación durmiera. Era prudente salir sintiéndose sano y en buen estado de salud, porque volar a gran altura con un resfriado fuerte, las orejas tapadas o sinusitis era muy doloroso y se corría el peligro de sufrir una infección grave. Un tiempo imprevisto podía provocar problemas: el viento en contra incrementaba el consumo de combustible hasta el punto de necesitar, en ocasiones, un repostaje extra en vuelo.

Nadie dormía, en cambio, cuando un bombardero se aproximaba a sus objetivos. En diciembre de 1972 Vietnam del Norte poseía unas defensas formidables, con MiG, antiaéreos y misiles. Los operadores de los MTA-2 empezaban a lanzar salvas contra el cielo desde el mismo momento en que los aparatos estadounidenses accedían a la zona de alcance. Las reacciones de las cabinas eran diversas. El piloto Robert Clark, que encabezó la tercera oleada de bombarderos del 18 de diciembre, contaba: «Yo estaba listo para hacerlo; mi *nave* estaba aterrorizado a más no poder; mi artillero era un halcón; mi oficial de guerra electrónica tenía una necesidad espantosa de averiguar si su equipo funcionaría o no; estaba emocionado pero asustado».[23] Les Dyer no se preocupaba: «Era joven, invulnerable, a prueba de balas». Bruce Woody se describía a sí mismo como «muerto de

miedo».[24] Jerry Wickline dijo: «Me pasé el rato pensando que un segundo después habría muerto ... Varias veces me cegó la detonación próxima de un misil o el brillo reluciente de las estelas al paso de los cohetes. El B-52 que iba justo por detrás de mí lo derribaron».[25] Añadió: «En aquella misión descubrí que no soy cobarde. Recé por tener una excusa para dar la vuelta a aquel avión y no atravesar aquellos misiles, pero me daba más miedo que me tildaran de cobarde que morir».

Un bombardeo preciso requería cuatro minutos de vuelto recto y estable, en la fase de aproximación al blanco, aunque vinieran misiles. Las células volaban en formación cerrada para confundir los radares enemigos: si un bombardero se desviaba o los nervios hacían maniobrar a un piloto, la protección se debilitaba. Las tripulaciones podían escuchar avisos aterradores del oficial de guerra electrónica: «¡MTA ascendente!». Un piloto quizá preguntara: «¿A qué distancia estamos del blanco, Radar?». «A diez segundos. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. ¡BOMBAS FUERA! Empiece el turno, piloto.»[26]

Este ataque inicial de la campaña empezó a las 19.45 del 18 de diciembre, cuando se liberaron las primeras de una larga serie de bombas. Se produjo una ligera sacudida cuando treinta toneladas de explosivos cayeron de cada avión. Un viraje brusco podía apagar temporalmente las emisiones de radar, enmascarando las defensas de un avión durante unos segundos que podían resultar letales. El coronel Hendsley Conner, que volaba como comandante de misión, describió la experiencia vivida después de que su piloto virase el enorme bombardero en una noche de luna: «¡CA...BUMMM! Nos habían dado. Parecía que estuviéramos en mitad de un trueno. El ruido era ensordecedor. Todo brilló con intensidad por unos instantes, luego quedó oscuro de nuevo. Podía oler el ozono de la pólvora quemada y había sentido un ligero espasmo en el hombro derecho».[27] Se comunicó por el interfono con Cliff Ashley, el piloto, que respondió: «Yo estoy bien, pero el avión está muy tocado».

El misil enemigo había explotado por el lado de babor del B-52, eliminando dos motores y la puntera del ala. Este extremo estaba en llamas, y la cabina había perdido la presurización y la mayoría de los instrumentos. Aunque venían de Guam, pusieron rumbo a Tailandia y solicitaron dos

escoltas, a lo que dos F-4 replicaron casi al instante: «Estamos aquí, colega». Empezaron un descenso rápido desde treinta mil pies, intentando por todos los medios no tener que saltar sobre Vietnam del Norte o Laos: «Sabíamos que en Laos no hacían muchos prisioneros». A los treinta minutos, tuvieron el alivio de entrar en el espacio aéreo tailandés y empezaron a pensar que quizá lograrían tomar tierra. Pero uno de los pilotos de la escolta de F-4 les advirtió que el incendio se agravaba y toda el ala izquierda estaba en llamas: «No creo que lleguéis». Cada miembro regular de la tripulación disponía de su propio asiento eyector y, a los pocos segundos, se encendió la luz roja con el aviso *ABANDONAR*. ¡Bam! El navegador desapareció. Conner, sin asiento propio, trepó por los restos hasta el agujero por el que se había desvanecido el último hombre y contempló la tierra, mucho más abajo. Entonces saltó y, a los pocos segundos, tiró del cable de apertura del paracaídas. Levantó la mirada y vio que el aparato caía envuelto en llamas. El coronel se posó en mitad de un grupo de aldeanos tailandeses que le ofrecieron agua. Veinte minutos más tarde fue rescatado por el mismo helicóptero de la Marina que ya había auxiliado a los seis tripulantes del B-52.

Durante la primera noche de Linebacker II, Richard Jones contó que se habían disparado cincuenta y seis MTA contra su formación;[28] John Filmore Graham vio treinta durante un ataque contra el aeródromo de Phuc Yen, en Hanói. El comandante Don Aldridge, que volaba como sustituto del controlador aéreo, garabateó sus impresiones de lo que veía en el cielo nocturno: «Empecé a ver [antiaéreos] ... en su mayoría hacia los 20-25.000 pies, pero bastante potentes. Actividad de MiG al oeste de Hanói, respondida por F-4. Empiezo a ver disparos de MTA ... algunos cohetes no guiados de 122 milímetros ... Informe del artillero ... La célula se mueve como un solo avión. Densidad de MTA, pero la mayoría fallan por casi un millar de metros ... 120 segundos para el blanco; los dos MTA a la 1.00 van muy desviados, han explotado como a ochocientos metros en horizontal ... MTA sobre el avión, puedo ver el escape, los dos han explotado por arriba ... ahora rumbo y altura fijos, aproximación final para el bombardeo ... 31 MTA lanzados contra Célula Verde».[29]

Después de que un misil estallara cerca de su B-52, que sufrió daños graves —con dos motores muertos y otros dos con dificultades—, el capitán John Alward dirigió la aeronave hacia el sur, atravesando la ZDm hacia Danang. Esta base estaba cerca, pero la pista era tremendamente corta para un bombardero grande y en problemas. Las condiciones meteorológicas dificultaban la operación y resultó que la base estaba siendo atacada por morteros y cohetes comunistas. Alward, un piloto relativamente inexperto, debatió con la tripulación si sería preferible eyectarse sobre el mar. Acordaron intentar el aterrizaje, pero entraron demasiado rápido. Cuando el copiloto tiró de la palanca que activaba el paracaídas de frenado, sin embargo, no pasó nada: el cable estaba cortado. Corriendo sobre la pista hacia un campo minado, Alward agarró los mandos y levantó de nuevo el colosal aparato. Trazaron un círculo en el aire, se aproximaron de nuevo y, milagrosamente, aterrizaron bien.

Los estadounidenses distinguían modelos claros de competencia, o falta de esta, entre los equipos de antiaéreo y MTA del enemigo. A un batallón de misiles vietnamita se lo apodó con sorna «F Troop», como los soldados de la serie cómica de televisión, por su bajo nivel de aciertos. Al suroeste de Hanói había otro, por el contrario, que era temible: el «Punto Negro VN-549», que en consecuencia fue blanco de numerosos intentos de destrucción. Los cazas MiG de Vietnam del Norte solían situarse en paralelo a los B-52, a una distancia segura: los estadounidenses comprendieron que estaban «haciendo de policías de tráfico para los MTA», es decir, situándose a la altura de los bombarderos para permitir que los operadores de misiles en tierra disparasen incluso sin un objetivo claro en el radar. Para muchos pilotos, los antiaéreos eran más aterradores que los misiles, porque la tripulación no podía ver los proyectiles hasta que explotaban; los cañones norvietnamitas de 100 milímetros eran efectivos por encima de los treinta mil pies.

Ocho mil metros más abajo, un asesor ruso experto en antiaéreos, el teniente Valeri Miroshnichenko, de veintiún años, dijo: «Mirábamos *Liberación*, una película sobre la segunda guerra mundial que habían traído con el cine móvil. Un minuto había tanques disparando en la pantalla; al minuto siguiente empezaron también las explosiones fuera. Nos

preguntábamos si era una tormenta. Levantamos la vista y vimos B-52: vimos caer un avión, en llamas, como una antorcha».[30] En la actualidad los norvietnamitas se refieren a los bombardeos de diciembre de 1972 como «el Dienbienphu del aire», dando a entender que infligieron una derrota decisiva a la USAF. La campaña se desarrolló a continuación de una mala temporada en la que los fallos de las baterías de misiles causaron un hundimiento de la moral. Un hombre escribió: «Había quien susurraba que éramos unos incapaces y estábamos impotentes» ante la intensificación de las contramedidas electrónicas estadounidenses.[31]

Un día de aquel otoño, el teniente Nguyen Kien acababa de lanzar dos MTA contra un avión estadounidense que distaba unos diez kilómetros de su posición «cuando oí que alguien gritaba: "¡Vigila, viene un Shrike!"». Instaron al comandante del batallón a reducir el poder de su radar de rastreo, para rebajar el perfil y, con ello, la vulnerabilidad, pero este rechazó la sugerencia. Kien escribió: «Dos o tres segundos después, una fortísima explosión me lanzó contra mi pantalla. Cuando me di la vuelta vi que la puerta de la furgoneta había saltado por los aires y todo estaba lleno de polvo y humo. Casi todos los hombres de nuestra furgoneta de guía estaban heridos, y el material, destrozado».[32] En el camión generador de la base de lanzamiento, Kien encontró a un camarada inerte sobre los controles. «Le llamé pero no me respondió. Tenía el cuerpo sin tensión, con unas pocas gotas de sangre en el pecho. Un pequeño fragmento de metal del Shrike le había perforado el corazón.» Era la primera vez, en seis años de servicio, que Kien veía morir a alguien, y quedó conmocionado; también sintió remordimiento, con la sensación de que su equipo había fallado.

El verdadero objetivo de los ataques estadounidenses de Navidad no era material, sino moral: los planificadores eligieron atacar de noche para causar la máxima angustia a la población; y lo consiguieron. Avanzado el 18 de diciembre, Kien se dejó caer en su estera «confiando en tener unos minutos de descanso para recuperar fuerzas» después de haberse enfrentado a dos oleadas de B-52.[33] Apenas había cerrado los ojos cuando se produjo una nueva alerta, en este caso por la aparición de F-111. Cuando estos pasaron, Kien se tendió una vez más, con cansancio, pero justo antes de las 4.00 del día 19 se acercó una tercera oleada de B-52, cuyas interferencias

bloqueaban las pantallas norvietnamitas. A la hora en que llegó por fin un gélido amanecer, los operadores, exhaustos, desayunaron sin consuelo: su regimiento de misiles había respondido a seis oleadas de aviones estadounidenses sin acertar a derribar ni un solo aparato (aunque otras unidades afirmaron haber derribado tres B-52). A primera hora del 21 de diciembre «habíamos soportado cuatro o cinco alertas de combate y todos estábamos agotados por la falta de sueño y la tensión. Cada vez que oíamos el gong todo el mundo se quitaba la manta, se calzaba los zapatos y corría a su puesto a pesar del helor».[34] Pocos días más tarde, un F-4 lanzó bombas de racimo que borraron del mapa su batería.

En el «Hilton de Hanói», los prisioneros de guerra estadounidenses acogieron con un júbilo extraordinario los estallidos de las bombas. Los presos saltaban, se acuclillaban, aplaudían, ante lo que un guardia confundido preguntó al coronel Robinson Risner: «¡Pero si estos aviones intentan mataros!». El interno replicó desafiante: «¡Ni hablar de eso: intentan mataros *a vosotros*!».

En cuanto a los civiles, la joven Nguyen Thanh Binh vivía a muchos kilómetros al este de Hanói, pero durante Linebacker acostumbraba contemplar, en compañía de otros muchos, el horizonte lejano, que les recordaba «un volcán en erupción» mientras las sucesivas oleadas descargaban sus explosivos.[35] La joven dijo: «Había tantos B-52 en el cielo que ocultaban la luna»,[36] una descripción sin duda figurada, porque los aviones volaban a tal altura que no podían resultar visibles a quienes los miraban desde tierra, ya fuera en pie o acurrucados en sus refugios apenas iluminados. Lo único innegable es que el bombardeo despertó miedo y resentimiento entre varios millones de las personas que Le Duan gobernaba.

A varios kilómetros de altura, los oficiales de guerra electrónica y los navegadores de radar, desde sus «agujeros negros», no percibían nada de las ciudades y pueblos, los complejos carcelarios, las bases de lanzamiento de MTA. Habitaban un mundo extraño cuya vista se limitaba al campo de acción de los radares. Según el navegador Phil Blaufuss, el fuego enemigo era «un peligro que había que ignorar ... cuando estás ... metido en la panza de un avión sin ventanas para ver qué infierno se estaba desatando, sin cañones con los que disparar, sin equipo de CmE con el que interferir

comunicaciones, sin columna de controles ni palancas con las que maniobrar».[37] Sin embargo, para un oficial de guerra electrónica era una experiencia terrible contemplar cómo un MTA, posible destructor de su aparato, se iba acercando como un punto en la pantalla. Uno de estos oficiales, el comandante Allen Johnson, solo tuvo tiempo de gritar: «¡Nos van a dar!», antes de que una violenta explosión dañara sin remedio el avión y lo matara.[38]

Todos los jóvenes que vuelan sobre territorio enemigo se alimentan de su formación y disciplina, y se consuelan mutuamente con bravatas. El navegador de radar Dick Parrish recordaba una noche en la que su piloto divisó una sucesión de MTA, al igual que una bola de fuego que sin duda se debía a la destrucción de un B-52. Como el artillero detectó dos trazadoras de misiles en su radar, emprendieron una drástica maniobra de evasión. Justo cuando empezaban a sentirse más tranquilos, cerca de Laos, en el camino de regreso a U-Tapao, desde la cabina vieron otra gran explosión en tierra; casi con toda certeza, una nave estadounidense. Parrish dijo, más adelante: «Todos los avistamientos que hizo el piloto, más lo que habíamos vivido nosotros mismos, nos preocupó, creo. Cuando nos dirigíamos hacia la costa y el agua intenté romper el hielo con una broma tonta. Dick Enkler, nuestro OGE [oficial de guerra electrónica], había estado contemplando la salvajada en su pantalla ... Corrió a meterse conmigo por intentar fingir alegría ... Y yo me puse a pensar: “¡Qué leches! Hemos cumplido con nuestro trabajo y hemos salido de una pieza. A mí me parece que sobran las razones para estar contento”».[39]

Cuando John Allen y su tripulación volvían a Andersen solían cantar al hilo del «Listen to the Music» de los Doobie Brothers, reproducida por el intercomunicador: «Lo que la gente necesita / es una forma de que los hagas reír...», para celebrar el alivio de hallarse sobre el Pacífico, camino del este. Pero ninguna misión se terminaba hasta que se había terminado de verdad. El piloto de Ken Simpson, un navegador, lo envió a investigar una luz de advertencia que indicaba que una bomba no había llegado a soltarse, justo antes de que les correspondiera tomar tierra de regreso en la base. Al encontrar la bodega despejada, se arrastró hasta el alojamiento del tren de aterrizaje, conectó el intercomunicador y transmitió la buena noticia. El

piloto, que no sabía dónde estaba Simpson, bajó el tren y este —que no llevaba paracaídas— se encontró aterrorizado, contemplando el brillo del sol de primera hora sobre el golfo de Tailandia, bastante más abajo. De algún modo logró aferrarse a la rueda hasta que se logró que el piloto levantara de nuevo el tren y el aviador, conmocionado, pudo recobrar su asiento.[40]

De vuelta en sus bases, tras aquella primera operación de la campaña, casi todas las tripulaciones afirmaron haber alcanzado sus blancos. Se habían perdido tres B-52 y otros dos habían recibido daños de gravedad. Los hombres recibieron con consternación la noticia de que muchos deberían operar de nuevo la noche siguiente y, una vez más, deberían seguir una única ruta, decretada desde Estados Unidos por los comandantes del cuartel general del MAE en Omaha. El general de división Pete Sianis, subjefe del Estado Mayor de operaciones, había escuchado cómo sus oficiales le proponían atacar Hanói y Haiphong empleando múltiples rutas de acceso. Pero él afirmó con decisión: «¡Así no lo vamos a hacer!». Desplazó las cintas de colores del mapa y ordenó: «¡Una vía de acceso, una vía de salida!». La táctica pareció un acierto en la noche del 19 de diciembre, cuando de los noventa y tres B-52 que salieron al ataque, dos resultaron dañados, pero no se produjo ningún derribo.

Cuando los bombarderos estadounidenses se acercaron a Hanói la noche siguiente, la del día 20, la mayoría de las baterías defensivas de MTA de la ciudad recibieron instrucciones de reducir los lanzamientos de tres a dos, porque los misiles empezaban a escasear y los ataques estadounidenses impedían el reabastecimiento; los MTA, además, se destinarían en exclusiva a los B-52. Pese a estos inconvenientes, el rigor de la planificación de vuelos del MAE les facilitó mucho la labor. En las incursiones del 20 de diciembre, se abatió a seis B-52 de los noventa y nueve que bombardearon. En palabras de un oficial vietnamita: «La fuerza aérea estadounidense había revelado completo su modelo de operaciones [y] ... rutas de vuelo desde el oeste-noreste ... el sector de aproximación del enemigo, la estructura horaria y la formación de vuelo aún no habían cambiado».[41] Entre los aviadores enfadados, John Filmore Graham dijo: «¡Éramos como patos de feria!».[42] El 26 de diciembre, a regañadientes y tarde, el MAE aceptó variar la táctica:

120 B-52 se acercaron a Hanói y Haiphong por diez ejes distintos y todos bombardearon en el mismo lapso de quince minutos. Se perdieron dos aviones.

El teniente coronel Bill Conlee, oficial de guerra electrónica a bordo de uno de los aviones de aquella noche, describió cómo pasó a la cautividad después de que diez MTA explotaran alrededor de su célula en los últimos segundos antes de llegar al momento de soltar las bombas. Su avión quedó encasillado entre dos misiles que iniciaron un fuego en el ala izquierda e hirieron a cinco tripulantes. La presurización de la cabina se vino abajo y se perdió la energía eléctrica; se encendió la luz de alarma y la tripulación se eyectó. Mientras Conlee descendía con el paracaídas, vivió la inquietante experiencia de ver dos MTA pasar a toda velocidad. Sangraba con profusión, por las múltiples abrasiones. Al impactar contra el suelo fue recibido con disparos de pistola. Una multitud de vietnamitas se abalanzó sobre él, lo apresó y lo dejó en ropa interior. Los lugareños le golpearon repetidamente con bastones y herramientas de granja mientras marchaba hacia una carretera, le rompieron varias costillas e hirieron en la rodilla derecha. Lo ataron de espaldas, sobre el suelo de un camión que recorrió una hora de camino hasta Hanói; allí lo arrojaron al asfalto, dislocándole el hombro. Dos soldados lo arrastraron al patio de lo que resultó ser el «Hilton de Hanói», donde quedó confinado en solitario.[43]

De regreso en la base, entre misiones, la frustración, el cansancio y el estrés surgían en los modos habituales. El segundo día de Linebacker —contaba Robert Clark—, nada más entrar en el club de oficiales de Andersen «se podía oler el miedo. Los hombres estaban pegados unos a otros, revalidando el simple hecho de seguir con vida».[44] Se bebió mucho y estallaron algunas peleas; se lanzaron a la piscina árboles de Navidad y tinte de rescate marítimo; se dispararon bengalas en el campo de golf; un bote salvavidas explotó de tanto inflarlo en la pista de baile. Jon Bisher dijo: «Si eres un prisionero en el Corredor de la Muerte, tienes mucha libertad para hacer lo que quieras ... La actitud era de “no te pueden hacer nada, no te van a enviar a casa”».[45] Mark Clodfelter ha escrito que un factor clave en el hundimiento de la moral fue que «los líderes políticos y militares de Estados Unidos no lograron proporcionar lo que las tripulaciones

necesitaban de verdad para tener éxito ... No veían que las misiones que tripulaban fueran a tener final». Las noticias de bajas no siempre se procesaban con sensibilidad. Cuando le dijeron que su esposo no volvería a casa, Katie Turner estaba en la piscina del club de oficiales de Andersen.[46] Algunas viudas que recibieron telegramas sobre la «desaparición» de sus maridos pasaron años sin recibir más noticias; es probable que los comandantes erraran al mantenerles la esperanza de que siguieran con vida. Las «viudas navales», en las bases aéreas de la Marina en California, también vivieron años de incertidumbre agónica. Tanto la Fuerza Aérea como la Marina se enfadaron con la administración de Nixon, que entendían no exigía a Hanói lo suficiente, en lo relativo a informar sobre los desaparecidos; al mismo tiempo es muy probable que los propios comunistas no supieran nada sobre la identidad de algunos cadáveres carbonizados, no digamos ya volatilizados.

Cuando Linebacker II se prolongó en el tiempo fue necesario recortar los períodos de descanso de las tripulaciones. Más de una docena de hombres se refugiaron en la enfermería después de las dos primeras misiones, para no tener que soportar otra. Hacia el final el total rondaba las cuarenta personas: aproximadamente una décima parte de los tripulantes que salían en cada operación. Dos amigos y camaradas de Paul Munninghoff «se declararon en huelga, y me hablaron de varios otros que hicieron lo mismo».[47] También el piloto Ted Hanchett «[podía] atestiguar que hubo deserciones entre los tripulantes ... Seguíamos arriesgando la vida cuando podíamos concluir el asunto rápido, si nuestros líderes querían». Los comandantes de las alas no eran duros con quienes se negaban a servir: evitaban las acciones disciplinarias. Tanto los aviadores como los defensores acusaban el progresivo aumento de la tensión y el cansancio. Algunos pilotos de B-52 hicieron caso omiso de la orden de acercarse al blanco sin variar rumbo ni altura y adoptaron maniobras evasivas drásticas. En total, durante aquellas once noches se dispararon alrededor de un millar de MTA, a veces en descargas que demostraron una gran eficacia.

Antes de que Washington ordenase parar Linebacker II, el 29 de diciembre, se habían perdido quince B-52. Los aviadores no tenían forma de saber si les pedirían bombardear otra vez. El 3 de enero de 1974, el

general John Meyer, como comandante del MAE, emprendió un viaje a Andersen que pretendía elevar el ánimo de las tripulaciones; pero resultó desastroso. Este combatiente distinguido en la segunda guerra mundial había visitado antes Guam en compañía de su familia, lo que molestó a unos hombres dolidos por sus propias separaciones. También generó incomodidad que condecorara con una Cruz de la Fuerza Aérea al coronel McCarthy, el comandante del ala, que solo había volado en dos misiones de Linebacker II y como pasajero. Durante una posterior sesión de preguntas con las tripulaciones, un aviador se quejó por el peso que aquellas operaciones tan intensas cargaban sobre las relaciones personales. Al general solo se le ocurrió reírse: «Algunos matrimonios no están hechos para durar». Luego Meyer no solamente arengó a las tripulaciones sobre la importancia de preservar la formación de célula en el acercamiento a los blancos, sino que añadió la amenaza de someter a consejos de guerra a quienes no respetaran esa disciplina. Esto motivó escenas asombrosas —quizá incluso sin precedentes— entre unos aviadores y un general de la USAF: algunos hombres abandonaron la sala enojados, otros silbaron y abuchearon; se lanzaron sillas, latas y libros contra la tarima, que golpearon varias veces a Meyer. Un grupo de oficiales mayores formó una barrera y sacó de allí al vigilante. Su coche se alejó bajo una lluvia de grava de los pilotos enfurecidos. Fue uno de los episodios más extraordinarios de la historia del Mando Aéreo Estratégico.[48]

Algunos aviadores se sintieron avergonzados por ese comportamiento, pero muchos entendían que Meyer se había buscado la humillación. En palabras de James Rash: «La mayoría de aquellas tripulaciones habían pasado demasiadas horas en el aire en un entorno hostil ... Y muchos de nosotros teníamos amigos con los que lo compartíamos todo hacía tan solo unos días y ahora estaban muertos».

En cuanto a la respuesta del mundo al bombardeo de Navidad, tanto en Estados Unidos como en el ámbito internacional, fue abrumadoramente desfavorable. Hanói manejaba la propaganda con una fría brillantez y mostró películas de muertos, niños chillando, un hospital destruido. Los

blancos de la USAF habían sido ante todo núcleos ferroviarios y plantas de generación eléctrica: la capacidad cayó de 115.000 kilowatios a 29.000 y se destruyeron una cuarta parte de las reservas de combustible del país. Pero el alcalde de Hanói anunció que las incursiones habían matado a 1.318 civiles, y se habló de otros 305 muertos en Haiphong. El *Washington Post* denunció los ataques como «el acto de guerra más salvaje y absurdo jamás cometido ... por un pueblo soberano contra otro».[49] El comentario de Tom Wicker en el *New York Times* tenía por titular: «Vergüenza mundial».[50] En Londres, *The Times* opinó que el bombardeo «no [es] propio de un hombre que desea la paz con fervor», mientras que el *Daily Mirror* titulaba: «Diluvio de muerte de Nixon por Navidad». En Hamburgo *Die Zeit* escribió: «Incluso los aliados deben calificar esto de crimen contra la humanidad». El senador Edward Kennedy dijo que los ataques «deberían ofender la conciencia de todos los estadounidenses». En Camberra, el nuevo gobierno laborista de Gough Whitlam se distanció de Estados Unidos y denunció Linebacker II. Uno de los ministros, Tom Uren, condenó la «mentalidad matonesca» de Nixon y Kissinger; otro valoró la campaña aérea como «el acto más monstruoso de la historia humana, propio de unos locos».

Este lenguaje tan inmoderado obedeció a la combinación de las grandes pasiones generadas durante más de una década con la ola de odio liberal a Nixon, que crecía casi cada día por influencia de las revelaciones del Watergate. Muchos conservadores estadounidenses mantuvieron la confianza en el presidente y sus políticas; aceptaron la afirmación de que el bombardeo era necesario para convencer a los comunistas de que liberasen a los prisioneros de guerra de su país. Globalmente, por el contrario, Linebacker II reforzó la imagen de los norvietnamitas como víctimas desdichadas de la violencia desatada de Estados Unidos. La retórica empleada para denunciar el bombardeo fue hiperbólica, pero transcurrido casi medio siglo desde entonces, las pruebas indican que Linebacker II carecía de toda justificación militar o política, salvo la de servir a los fines partidistas del presidente de Estados Unidos.

La prensa de Hanói sostuvo que, desde el principio de la campaña, sus fuerzas habían abatido 3.500 aviones estadounidenses; en realidad, Estados Unidos solo había perdido en el Norte —desde 1964— un total de 944

aviones y diez helicópteros. El general William Momyer, de la Séptima Fuerza Aérea, escribió mucho más adelante a un compañero del Aire: «Lo que lamento es que no ganamos la guerra. Teníamos la fuerza, el saber y la inteligencia, pero nuestros superiores civiles nos ataron de manos. Sin duda nuestra fuerza aérea ha cumplido con todas las expectativas ... Si cabe sacar una lección de todo esto tiene que ser la reafirmación del axioma: “No busques guerra si no estás dispuesto a hacer todo lo necesario para ganarla”». Después de la segunda guerra mundial, tal comentario entra dentro del analfabetismo estratégico.[51] No hay razón para suponer que la fuerza aérea podría haber cambiado el resultado de la guerra de Vietnam, salvo que se hubiera permitido a Momyer y los suyos recurrir a las bombas nucleares; y de hecho hubo quien lo pidió.

El bombardeo de Navidad apenas cambió un ápice del paisaje diplomático, con respecto al de octubre. Solo habría acuerdo cuando se convenciera al régimen de Saigón de que se lo tenía que tragar. Hanói tenía la confianza de que en la mesa de negociaciones conseguiría la mayoría de lo que deseaba, con una compensación económica como pago final.

26

Un beso antes de morir

1. El preso

Pocos hombres estaban más atentos al resultado de las negociaciones de París que los casi seiscientos estadounidenses presos de los comunistas. En su mayoría eran aviadores y estaban internos en Hanói o los alrededores. En cambio, unos veinte o treinta capturados en el Sur —la cifra varió entre 1965 y 1973— estaban dispersos por campos de la selva, en las proximidades de la frontera camboyana. Entre ellos destacaba el funcionario del servicio exterior Doug Ramsey, en manos del Vietcong desde enero de 1966. Durante buena parte del primer período de cautividad ocupó una jaula de bambú que era más corta que su propio, y mal alimentado, cuerpo y estaba infestada de hormigas, escorpiones, termitas y mosquitos. Solo se le permitía afeitarse, dolorosamente, una vez al mes. Recibió cartas de la familia dos veces en siete años; una vez pasó siete semanas sin ocasión de lavarse. Durante un tiempo compartió el alojamiento con una serpiente de un metro y medio —un búngaro de franjas negras y amarillas— que encontró en su cama. Cuando la serpiente se deslizó a otra parte, los guardias la vieron y la mataron.

Al principio, Ramsey intentó convencer a sus captores de que era un civil sin importancia. A estos, sin embargo, no les pasó por alto que portaba una carabina AR-15 y granadas en la cabina del camión. En cuanto a su supuesta insignificancia, los comunistas descubrieron que el *Washington Post* lo había descrito como «el preso más importante capturado hasta la fecha», con graduación de teniente coronel. Para Associated Press era «uno de los mayores expertos civiles de la misión estadounidense». Era un hombre de amplia formación cultural, cuyo concepto de la guerra derivaba de Tucídides y Sun Tzu.[1] Su padre, ya retirado, había sido funcionario del

gobierno estadounidense, un partidario del New Deal que había conocido bien la dureza de la Depresión; Doug había heredado el cinismo de su padre con respecto a los nombramientos políticos en el servicio público, incomparables, a su modo de ver, con la integridad de los profesionales de carrera. Tras licenciarse en Harvard —donde entre otros tuvo como maestro a *Mac* Bundy— pasó dos años con el servicio de espionaje de la fuerza aérea estadounidense en Japón y Okinawa. Tras un período en el despacho del Departamento de Estado en el Líbano, rechazó una oferta para pasar a la CIA porque siempre había tenido una pobre opinión de James Bond. Pero sus captores dieron por sentado que era un oficial de inteligencia.

Ramsey y otros prisioneros internados con él de forma intermitente no sufrieron la tortura a la que se sometió a los de Hanói hasta 1969, pero sus privaciones fueron peores. Nunca sabían si los iban a matar, o cuándo, como les había ocurrido a algunos otros presos en manos del Vietcong. A Ramsey le contaron que dos militares estadounidenses, el sargento Ken Roraback y el capitán Humbert Versace, habían sido ejecutados poco antes de que lo capturasen a él; los habían llevado a una mesa en la que parecía celebrarse un banquete y les habían disparado en la nuca.[2] Rogó que, si él tenía que morir de la misma manera, le dejaran quince minutos para escribir una carta para sus padres. Durante los dos primeros años, los captores lo mantuvieron en un estado de terror que le provocaba insomnio y pesadillas sobre su ejecución: «No sé cómo aguanté psicológicamente».

Debía pedir el permiso de los guardias para sentarse, estirarse o lavarse los dientes; cuando le ordenaban algo, lo reforzaban con toques de silbato. El Vietcong fusilaba a los estadounidenses que se negaban en redondo a comunicarse. Con la ayuda de su dominio del vietnamita, Ramsey mantuvo muchas conversaciones con sus captores. Por ejemplo, les dijo —con sinceridad— que le gustaría que en los pueblos de su país hubiera socialismo. Cuando acabó firmando una declaración de propaganda a tal efecto, los cuadros discutieron mucho entre ellos sobre si la formulación era lo bastante humilde. A Ramsey se le preguntó de forma repetida, entre otras cosas, cuántos soldados podría enviar Estados Unidos para una invasión del Norte; calculó que entre 400.000 y 700.000, a lo que un cuadro replicó en tono de aprobación: «Ahora estás en el buen camino para vivir».[3] Pero lo

normal siguió siendo pasar un hambre canina. Algunos prisioneros fallecieron porque no soportaban la dieta, unos remilgos letales que los cautivos en Corea del Norte habían bautizado como la *darse-por-venciditis*. El comandante de la infantería de Marina Don Cook, en cambio, se obligaba a comerse sus propios vómitos.

Ramsey sufrió una variedad de enfermedades impresionante: anquilostomiasis, fiebre tifoidea, escorbuto, hepatitis, beriberi. La malaria atacaba a los dos bandos sin distinción, y el vicecomandante de su campamento estuvo entre los que pereció por ella;[4] él mismo sufrió 123 ataques. También había, naturalmente, disentería y su variante amebiática. El mínimo corte se infectaba. Ramsey describió más adelante la condición en que estaban él y los demás presos: «Todos habíamos quedado reducidos a una parodia encogida y avergonzada del yo físico anterior ... tan débiles que, en un momento u otro, había que llevarnos a la letrina; con frecuencia, demasiado tarde. Hasta que uno se acostumbra a estar preso en un campo, pocas cosas tenderán a resultar más humillantes para un hombre adulto —en especial en un grupo con entusiastas del combate como los infantes de Marina y machos como los oficiales de las fuerzas especiales—. Peor aún, no obstante, es la humillación de despertarse después de yacer en los propios excrementos durante horas o días porque te han engrilletado o encerrado e incomunicado».[5] Un preso llegó a defecar ochenta y cuatro veces en un solo día.

Ramsey describió un ataque de malaria acompañado de rampas, temblores violentos y pérdida del control intestinal. Bajo un aguacero «logré avanzar a rastras, muy despacio, hasta el final de mi cadena, excavar un agujero diminuto, chorrear un torrente diarreico y deshacer el camino como pude; y todo sin desmayarme, aunque solo gracias a cierto número de árboles y postes con los que logré sujetarme».[6] Pero no logró subir a la hamaca y se cayó en quince centímetros de agua fangosa, donde se quedó sentado diez minutos, «tan débil que ni sudar podía». Tuvo fiebre alta durante cuatro días en los que no pudo comer nada; la fase aguda duró una quincena. Un compañero, el soldado Charlie Crafts, de Maine, describió así las sensaciones: «Te sientes como si te hubieran metido por el culo el tubo

de la aspiradora y te lo hubieran chupado todo». En cierta fase del ataque, Ramsey sufrió tales convulsiones que los demás prisioneros creyeron que lo perdían sin remedio.

Llevaban la misma ropa negra que los guardias y pasaban largos períodos atados a los árboles, «con una cadena pesada que te rozaba el tobillo y un gran candado que daba golpes contra el hueso». El trabajo físico resultaba duro para aquellos hombres debilitados; cuando a Ramsey le ordenaban cortar leña, sufría mareos. En el invierno de 1969 los prisioneros se vieron obligados a construir un campo nuevo para ellos mismos, labor que requirió cinco semanas. Los prisioneros de guerra discutían agriamente sobre quién cumplía y quién no con su parte; como a los VC no podían gritarles, se insultaban mutuamente por roncar o eructar. Pero Ramsey no guarda rencor a los compañeros de internamiento que se portaron mal, incluidos dos contratistas civiles: «La mayoría de los prisioneros de guerra que han padecido penalidades extremas tienden a no juzgar demasiado a los demás, tampoco a los que no soportaron la presión».[7]

En cierto momento, la OCVnS decretó la liberación de Charlie Crafts. Los guardias argumentaron en contra: debían soltar a Don Cook, que ya llevaba dos años allí. El propio Cook, sin embargo, alegó con éxito que el gran afortunado tenía que ser Crafts, porque el cuerpo del soldado no podría soportar más encierro, se estaba derrumbando. Un par de años después, un cuadro destacado que visitó el campo le dijo a Ramsey que se había decidido mantenerlo con vida, siempre que no intentara escapar. Cuando Cook le contó a aquel vietnamita frío e impresionante que él era católico, el cuadro respondió: *Pax hominibus bonae voluntatis*, «Paz a los hombres de buena voluntad».[8] Ramsey y Cook departieron largamente sobre la doctrina católica, cuando se les permitía conversar.

En siete años de internamiento, Ramsey solo pudo acceder, y aun brevemente, a cinco libros: *Tom Sawyer*; la novela cómica *Tres hombres en una barca*, de Jerome K. Jerome; *David Copperfield* y dos obras de Wilfred Burchett, un comunista australiano. La Biblia estaba expresamente prohibida, lo que causaba mucha desazón a algunos prisioneros. En cierta ocasión, Ramsey y Cook oyeron un pasaje de una emisión de la BBC, con

un concierto de Bach: «Nos pusimos a llorar como bebés». En su quinto año de internamiento, Ramsey se hizo con un mazo de cartas con el que jugaba constantemente al solitario. Cuando se dejaba llevar por los sueños, «a veces me imaginaba con un traje a medida de 600 dólares, un Brooks Brothers de tela *sharkskin*, y un par de [zapatos] Florsheim Imperial, posando descuidadamente en compañía de una corista de cuerpo generoso, que me abrazaba sobre el capó de un Mercedes 600, frente al complejo hotelero más grande de todo el Strip de Las Vegas; luego enviaba una fotografía a todo color y bien ampliada a un guardia del Vietcong cuyos gustos, me parecía a mí, tendían claramente hacia tales cosas. Pero estas imágenes no me parecían tan importantes, ni mucho menos, como el sol de Van Gogh brillando sobre un campo de Van Gogh; o un baño caliente, una coca-cola, conversación y música clásica de la buena a 90 decibelios».[9]

Ramsey reflexionó mucho sobre materias como filosofía y mecánica cuántica: «Como no podía controlar el entorno en mi propio rincón del mundo, me parecía razonable pensar, por el contrario, en el universo. Era masturbación mental».[10] Hubo pocos momentos de humor en aquellos largos años; cuando saltaba la risa era por anécdotas idiotas, como ver que una gallina se caía en una letrina, salía aleteando y se sacudía las plumas sobre un cuadro que no caía bien a nadie. Cierta vez que un prisionero estaba ausente, enfermo de gravedad, se sirvió a los otros carne de mono. Un estadounidense cogió una extremidad de primate de su plato y la examinó teatralmente, afirmando que quería estar seguro de que no se comía a su compañero de celda. De vez en cuando, las enfermedades mataban a algún preso, lo que siempre se acusaba anímicamente. Cook, al que Ramsey describió como «el prisionero de guerra más impresionante que encontré nunca; le necesitaba tanto para mantenerme a raya como para imitar su buen ánimo»,[11] falleció de malaria en 1967. Ramsey cuenta que un asesor, el comandante John Schumann, pereció por un fallo renal, pero el militar todavía figura hoy, oficialmente, en la lista de desaparecidos.

Por fortuna para el estado mental de Ramsey, no supo, hasta mucho después, que de haberlo querido Washington se habría ahorrado los últimos dieciocho meses de su ordalía. En diciembre de 1970 Nguyen Tai se convirtió en uno de los cuadros más señeros en caer en manos de Saigón:

durante seis años había estado dirigiendo las operaciones de espionaje y terrorismo en el Sur. En octubre de 1971 el GRP propuso un intercambio: darían a Doug Ramsey a cambio de Tai y otro comunista destacado. Ni los hombres de Thieu ni la CIA aprobaban tal acuerdo. En particular, dijeron, Tai era demasiado importante, y así siguió preso hasta la caída de Saigón. La suerte de Ramsey debía aguardar aún el resultado de las conversaciones de París.

2. «Paz»

A principios de 1973, mientras un portaaviones de la clase Essex salía de San Francisco para lo que resultó ser su último despliegue en la «Base Yanqui» del golfo de Tonkín, los aviadores y los marinos contemplaban incrédulos y desazonados los embotellamientos de tráfico a uno y otro lado de un Golden Gate desierto. La policía había cerrado el puente antes de su paso ante la posibilidad de que los manifestantes contra la guerra lanzaran rocas —o quién sabía si explosivos— contra el barco, pues la agitación nacional había llegado hasta ese punto. En aquel momento, los estadounidenses —al menos ellos— se acercaban a un punto de salida, a diferencia del desafortunado pueblo de Vietnam, que no tendría acceso a la misma puerta. En 2013, Henry Kissinger resumió los cambios que, según él, los bombardeos de Navidad habían permitido introducir en el borrador de acuerdo de París de octubre de 1972: el derecho de Estados Unidos a seguir proporcionando municiones y equipos a Vietnam del Sur, sin restricciones; la retirada comunista de Laos y Camboya; la consolidación de la maquinaria de control interno —«Todo esto son pavadas, para ser sincero», había admitido Kissinger ante Nixon en privado, el 12 de octubre de 1972, «pero dará buena impresión a los blandos de corazón, los blandos de mente»—;[12] y algunos ajustes técnicos menores.

El primer punto se había cerrado hacía cuatro meses.[13] Las otras condiciones, cuando no eran triviales, era improbable que los comunistas las respetaran. Kissinger también ha hecho hincapié en que —supuestamente a consecuencia de los bombardeos— en enero de 1973 su interlocutor Le Duc Tho se apresuró a aceptar el pacto que ha pasado a la

historia con el nombre de «Acuerdos de París». Pero el mes de octubre anterior, los norvietnamitas se habían enfurecido porque los estadounidenses no habían acabado por firmar un tratado que, en todo lo esencial, era el mismo. Según comentó con amargura John Negroponte: «Bombardeamos a los norvietnamitas para obligarles a aceptar nuestras concesiones».

El cambio decisivo de enero se produjo no en Hanói, sino en Saigón. Sometido a la presión de dos conocidos halcones, los senadores Barry Goldwater y John Stennis, el presidente Thieu terminó por plegarse. El 23 de enero el Despacho Oval anunció que había acuerdo: el presidente Nixon dijo al pueblo de Estados Unidos que primero habría un alto el fuego general y luego los prisioneros de guerra volverían a casa en un plazo de sesenta días. Pidió un respeto escrupuloso a las condiciones de París. «Estados Unidos —dijo— seguirá reconociendo al gobierno de la República de Vietnam como el único gobierno legítimo de Vietnam del Sur. Seguiremos ayudando a Vietnam del Sur dentro de las condiciones del acuerdo y apoyaremos el empeño del pueblo de Vietnam del Sur de resolver sus problemas pacíficamente.»

Se mostró estudiadamente vago sobre las consecuencias de las violaciones: «Haremos todo lo que el acuerdo requiere de nosotros y esperamos que las otras partes hagan todo cuanto de ellas se requiera». Los estadounidenses, en su mayoría, creían que la dureza de Nixon —que veían reflejada en la campaña de bombardeo de Navidad— había forzado la paz que durante tanto tiempo había eludido a las sucesivas administraciones. Así, la tasa de aprobación personal del presidente se encumbró hasta un 68 %. El 27 de enero, el secretario de Estado William Rogers suscribió el tratado de París: los últimos veintisiete mil soldados y asesores estadounidenses empezaron a regresar a su país, en un proceso que se completó el 29 de marzo. Desde que Nixon había asumido la presidencia —supuestamente, provisto de un plan de paz— veintiún mil estadounidenses habían perdido la vida en Vietnam. Los presos comunistas, mientras eran repatriados, rasgaban la ropa que les había entregado el gobierno de Saigón y la arrojaban desde los camiones que atravesaban la ZDm para llevarlos al

Norte, en un gesto simbólico similar al de los prisioneros de guerra norcoreanos que volvieron a su país tras el armisticio de 1953. En Hanói hubo un gigantesco castillo de fuegos artificiales.

Kissinger le dijo a su superior que le aterrorizaba la idea de que los norvietnamitas se apresurasen a lanzar una gran ofensiva para completar la reunificación, ya en otoño, lo que situaría a la administración estadounidense ante un dilema terrible. Aquel mismo día, el 14 de marzo, Nixon le dijo a Haldeman: «Bueno, Henry tiene toda la razón. Tenemos que hacer todo lo que podamos para lograr que [el acuerdo de París] se mantenga un tiempo, pero en cuanto hayan pasado un par de años desde ahora, a nadie le importará un pimiento lo que pase en Vietnam». Luego el presidente se mostró inquieto sobre las elecciones de mitad de mandato, sin saber que el Watergate lo expulsaría de la Casa Blanca en agosto de 1974, antes de que se volviera a votar.[14]

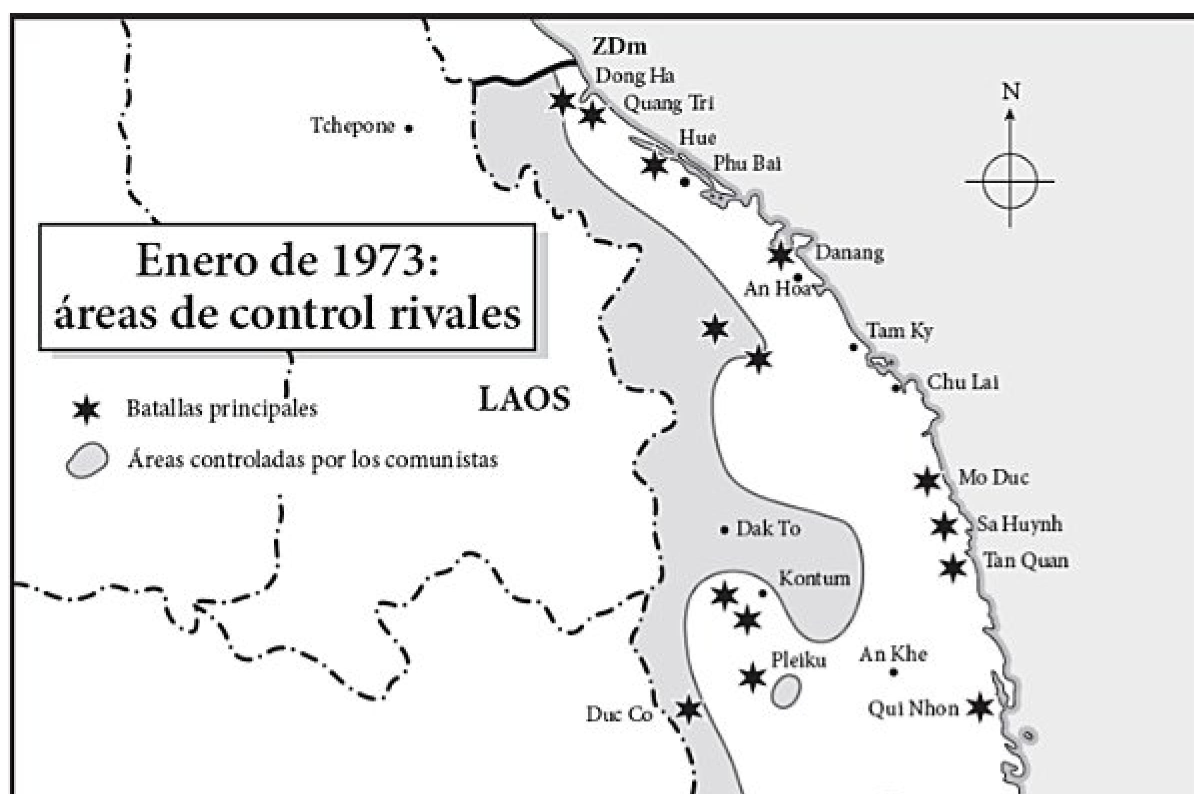
En cumplimiento de los Acuerdos, Vietnam del Sur liberó a 26.508 prisioneros de guerra comunistas, mientras que el Norte devolvió la libertad a 4.608 soldados del ERVn, 588 estadounidenses y nueve ciudadanos de otras naciones. El regreso de los prisioneros estadounidenses —cuyos vuelos partieron casi todos de Hanói— provocó escenas sumamente emotivas en su país, más aún cuando se reveló cuánto habían sufrido en cautividad. Desde que los militares se habían marchado habían cambiado muchas cosas. El coronel Fred Cherry, que como vimos era piloto de cazas, llevaba ausente casi ocho años;[15] al volver, su esposa tenía un hijo con otro hombre, dos de sus propios hijos habían abandonado el instituto sin acabarlo y la señora Cherry se había fundido los ahorros de la familia.[16] El capitán Norm McDaniel, que era profundamente religioso, sufrió un choque cultural: se sentía abrumado con el carácter explícito del sexo en las películas, la homosexualidad sin tapujos, los hombres vestidos con pantalones de colores vistosos y cinturones anchos, los precios tan altos en las tiendas, que resultaban increíbles. «Volví con el marco mental de 1966. Sabíamos muy poco de disturbios y asesinatos. Tuve muchos problemas con los recuerdos. Aprendí a elegir, a escoger en qué centrarme.»

McDaniel buscó un manto protector en la fuerza aérea: permanecer en el servicio activo le proporcionó una cómoda familiaridad. Por otro lado, tenía la suficiente generosidad de espíritu para compadecerse de los norvietnamitas que había dejado atrás: «Yo volvía a un sitio mejor. Ellos solo tenían más de lo mismo». En aquel momento contaba treinta y cinco años, pero la carestía de vitaminas había dejado su estructura ósea como la de una persona de sesenta. «A los prisioneros de guerra, Estados Unidos nos trató mucho mejor que a los simples veteranos. Muchos infantes necesitaban poner punto y final, pero no pudieron.»[17] Algunos exprisioneros completaron una plena recuperación física y psicológica y pudieron desarrollar carreras de éxito fuera de las fuerzas armadas; el caso más conocido quizá sea el del senador John McCain. Otros no lograron deshacerse nunca del dolor y los recuerdos.

Antes de liberar a Doug Ramsey y otros estadounidenses prisioneros en el Sur, el comandante del campo se dirigió a ellos. Tras la liberación sería inevitable que hubiera un período de amargura —en cierta medida, merecido, les dijo—.[18] Aunque las circunstancias de la guerra habían provocado privaciones irremediables, otras quizá podían atribuirse a errores en el comportamiento de los VC. Pese a todo el comandante confiaba en que, como individuos maduros, los estadounidenses comprenderían que habían tenido la suerte de seguir con vida, cuando lo más cómodo habría sido fusilarlos. Confiaba asimismo en que los prisioneros convencerían a sus compatriotas de que no debían repetir la intervención de Vietnam en ningún otro lugar. Después de haber compartido la vida de los pobres, tal vez entenderían mejor los aprietos de los obligados a existir sin esperanza de salir de la pobreza. La respuesta inmediata de la mayoría del público estadounidense fue cínica, más aún, desdeñosa: ninguno de ellos pensaba volver a casa y «luchar por la libertad» al estilo de los comunistas. Aun así, más adelante Ramsey llegó a la conclusión de que aquellas palabras del comandante tenían algunos ingredientes de verdad, «e incluso de profunda sabiduría».

Les dieron la libertad —a un total de veintisiete hombres— el 12 de febrero de 1973, en Loc Ninh, donde les devolvieron también sus posesiones. Jim Rollins no recuperó su Rolex de oro, sino que le dieron a

cambio un Seiko barato; un cuadro alegó que el reloj se había perdido «por las exigencias de la guerra». «¡Vaya trola! —estalló Rollins—. ¡Hace dos semanas pude ver ese Rolex en la muñeca de tu primo!» Un coronel comunista que asistió a la entrega de los prisioneros a sus compatriotas —entre los que estaba un viejo camarada de Ramsey: Frank Scotton— pidió inspeccionar la cabina del gran helicóptero estadounidense. Dijo que confiaba en que, algún día, su hijo pudiera estudiar en Estados Unidos; a los norteamericanos les pareció un comentario revelador de que los norvietnamitas eran conscientes de los límites de su propia sociedad. Los presos se horrorizaron al saber, justo antes de que les dieran la libertad, que en la familia de uno de sus guardias, un hijo había muerto y otro había perdido un brazo en el bombardeo navideño de Haiphong. Aun así, el guardia les estrechó la mano, les deseó lo mejor y les regaló su ración de tabaco. Para Ramsey, fue el gesto más impresionante que nadie podía haber hecho por su causa: «A la mayoría de los estadounidenses, en tales circunstancias, habría que haberlos sujetado para que no agarrasen un AK-47 y emprendieran una masacre de prisioneros de guerra al estilo de My Lai».[19]





Hasta nuestros días, algunos halcones creen que si Nixon hubiera permanecido en la Casa Blanca, habría utilizado el poder aéreo de Estados Unidos para salvar al régimen de Saigón cuando el Norte lanzó su ofensiva final. Pero en febrero y marzo de 1973, el presidente dejó claro —en cierta ocasión, ante un exprisionero de guerra— que por razones políticas sería imposible retomar la acción militar.[20] El 29 de junio, Gerald Ford, como líder de la oposición, asombró al Congreso al anunciar que el presidente firmaría una propuesta de ley que prohibía toda actividad de combate en los cuatro integrantes de Indochina; tan solo dos días antes, había vetado una ley que proscribía el bombardeo estadounidense de Camboya. La propuesta se aprobó —por 278 votos contra 124 en el Congreso, 64 a 26 en el Senado— después de que Ford hablara por teléfono con Nixon en San Clemente para asegurarse de que comprendía correctamente la intención del

comandante en jefe. Aunque más adelante Nixon culpó al Congreso de haber permitido el hundimiento de Vietnam del Sur, la documentación indica que fue una decisión voluntaria. El motivo resulta más que obvio: si la ofensiva final norvietnamita se hacía realidad —dicho con más realismo, ya que se contaba con ella: *cuando se hiciera realidad*—, Nixon no quería encontrarse ante el dilema de si lanzar o no una nueva intervención.

Aunque no hay cintas de las conversaciones que Nixon mantuvo en San Clemente, sí consta que el 29 de marzo, en Washington, le dijo a Kissinger: «Sobre Camboya, tenemos que bombardear ese maldito país hasta que el Congreso nos quite la autorización [y entonces (?)] los podremos culpar de que todo se haya ido al carajo».[21] En junio abdicó de toda responsabilidad sobre Indochina. Con o sin Watergate, se trató de una decisión sabia. La guerra había roto en dos Estados Unidos y su pueblo, y los Acuerdos de París eran un primer paso para coser las heridas. El 4 de agosto, Nixon aprobó formalmente la ley que él mismo había puesto en marcha, que vetaba toda nueva actividad de combate de Estados Unidos. En un gesto digno de Pilatos, a continuación escribió a los líderes del Congreso para advertirles de que si, a consecuencia de la ley, los comunistas se apoderaban de Indochina, la culpa recaería sobre el Capitolio.

Más de dos años antes, el 18 de febrero de 1971, Kissinger había dicho a Nixon que pretendía decirle a Le Duc Tho: «Mira, estamos dispuestos a señalar un plazo concreto de retirada total a cambio de la liberación de todos los prisioneros y un alto el fuego».[22] Ante el presidente añadió: «Lo que podemos decirles entonces a los vietnamitas es: tienen un año sin guerra para prepararse». Durante las cinco décadas posteriores, Kissinger ha afirmado con frecuencia que él había conseguido un tratado decente, que arruinaron el Watergate, la perfidia de los comunistas y la pusilanimidad del Congreso. Pero hay pruebas —como las establecidas por estudiosos como Jeffrey Kimball y Ken Hughes a partir de las Cintas de la Casa Blanca— de que tanto Kissinger como Nixon siempre reconocieron que la situación de Vietnam del Sur era insalvable. El Watergate no cambió nada. Una vez más, lo que cabe reprochar a estos dos hombres no es que fracasaran en el intento de preservar el régimen de Saigón —la tarea era prácticamente imposible

—, sino que se empeñaran en convencer al pueblo estadounidense en su momento, y a las futuras generaciones, de que lo habían intentado creyendo sinceramente en sus posibilidades de éxito.

Seis meses después de que Nixon dimitiera, Kissinger habló del presidente con Arthur Schlesinger: «Era a la vez peor y mejor de lo que la gente suponía».[23] El secretario de Estado —Kissinger ocupaba este cargo desde diciembre de 1973— lo describió como de una pereza asombrosa, hasta el punto de que a menudo dejaba de leer documentos importantes. «Sus hábitos de trabajo —dijo el instrumento principal de Nixon— se parecían mucho a los de Hitler, según cuenta Speer ... Todo era extraño en aquella atmósfera sitiada, y ligeramente homosexual, de la Casa Blanca ... No te podías creer ni una palabra de lo que te dijera.» He aquí a un Kissinger memorable, capaz de distanciarse tanto de sí mismo que, al final, se diría que en sus años de la Casa Blanca había sido tan solo un astrónomo curioso que contemplaba las acciones del presidente, a la sazón caído en desgracia, a través de un telescopio lunar.

Kissinger merece la gratitud del pueblo estadounidense por haberlo librado de su larga pesadilla con cierta apariencia de dignidad. Pero no la merece en ningún caso por parte del pueblo vietnamita: su reputación siempre estará manchada por haber compartido un premio Nobel de la Paz que su vanidad le llevó a aceptar, mientras Le Duc Tho lo declinaba prudentemente. Los exiliados survietnamitas, en su mayoría, siguen odiando a Kissinger por lo que perciben como una traición. El historiador survietnamita Nguyen Ky Phong llega a un veredicto inusualmente moderado: «Su trabajo era hacer todo lo que conviniera para sacar a los estadounidenses de Vietnam, y eso es lo que hizo».[24]

3. La «guerra de las banderas»

Cuando una delegación militar norvietnamita aterrizó en Tan Son Nhut, a finales de enero de 1973, para establecer una oficina de enlace, hubo un conflicto en la pista: los recién llegados se negaban a cumplir con los procedimientos de inmigración porque hubieran implicado reconocer la legitimidad de Vietnam del Sur. Algunos espectadores estadounidenses

disfrutaron viendo que sus antiguos enemigos lo pasaban mal, pero al final se prescindió de las formalidades. El teniente Nghien Khiem, que aquel día comandaba el destacamento de seguridad de la fuerza aérea vietnamita, dijo que los comunistas «andaban y hablaban como quien sabe que tiene la sartén por el mango».[25] Entre su propia compañía hubo quien quiso saber: «Teniente, ¿cómo puede ser que sean todos generales?». Los uniformes del ENv llevaban estrellas de oro en todas las graduaciones, lo que desconcertaba a los del Sur.

En el bando comunista, el estado de ánimo era exultante. Según el jefe de un pelotón del ENv, «la moral estaba por los aires porque estábamos absolutamente convencidos de estar al borde de la victoria».[26] Su unidad lo celebró por todo lo alto «porque pensábamos que eso significaba que todos viviríamos para volver a casa». Cuando Estados Unidos dejó de bombardear la Ruta de Ho Chi Minh, la logística de los soldados de Hanói —y en particular las raciones— notó una mejora. El veterano coronel An escribió: «Era como si alguien hubiera apretado el botón de *off* en un radiocasete: todo el ruido desapareció de golpe».[27] Los soldados comunistas estaban felices por poder dormir durante toda la noche, comer a cielo abierto, contemplar el cielo sin necesidad de buscar aviones hostiles. Desde el Norte se enviaron compañías de teatro para entretener a los soldados; a veces, sus antiguos (y futuros) enemigos del ERVn miraban las representaciones desde una distancia de seguridad. La unidad de Bao Ninh empezó a recibir pequeñas comodidades, entre ellas algunos libros, «aunque todos eran propaganda ilegible».[28]

Hubo cierta fraternización. Tri, que había sido estudiante en la Universidad de Hanói, se encontró cotilleando con un joven saigonés que también había tenido que interrumpir los estudios. Ambos se mostraron de acuerdo en que un soldado debía cumplir con su deber, independientemente de en qué bando estuviera; y que la culpa —si la había— debía atribuirse a los capitostes del país. La propaganda experimentó un crecimiento vertiginoso: por todo el país los rivales plantaron vallas con sus mensajes, como la siguiente, entre los juncos del límite de una zona controlada por el Vietcong: «Soldados, olvidémonos de la venganza. Ahora necesitamos

reconstrucción y amistad».[29] Mai Elliott dijo: «Hubo un breve acceso de optimismo. La gente no ponía en duda que los comunistas acabarían ganando, pero creían que tardarían mucho».[30]

En Saigón, Merle Pribbenow, de la CIA, quedó asombrado al hallar algunos colegas del Departamento de Estado convencidos de que el Sur podría sobrevivir. El jefe de operaciones de la CIA en Vietnam voló desde el cuartel general de la organización, en Langley (Virginia), hasta la ciudad survietnamita para consultar los puntos de vista del personal más joven: «Prácticamente todos creíamos que Hanói no cedería —dijo Pribbenow—, que habría otra ofensiva colosal. Pero la perspectiva oficial de Langley era que se podría controlar; que el Norte había quedado muy perjudicado por los combates de 1972 y ahora necesitaba la ayuda económica de Estados Unidos».[31]

Los optimistas no erraban del todo. En las primeras semanas tras los Acuerdos de París, en Hanói se alzaron algunas voces —incluida la de Giap — a favor de respetar lo pactado. El viejo general entendía que un período de estabilización, sumado al dinero prometido por Estados Unidos, sería una recompensa excelente para un país exhausto. Como siempre, sin embargo, Le Duan rechazó hasta un acomodo temporal. Este hombre de hierro, tan orgulloso de subordinar la fragilidad humana a la revolución, dijo ante una asamblea ampliada del politburó de Hanói, el 27 de marzo de 1973, que sus objetivos serían reforzarse sobre el terreno y asegurarse de que el oprobio de haber quebrantado la tregua recayera sobre el otro bando. La decisión fundamental de Hanói fue: la guerra debe continuar. Aunque la Unión Soviética y China habían reducido la ayuda, el ENv disponía de un gran arsenal que ya no iban a desgastar los ataques aéreos de Estados Unidos. En el transcurso de 1973, se enviaron hacia el sur veintisiete mil toneladas de armas y municiones, cuarenta mil toneladas de arroz y seis mil toneladas de combustible, cifras que cuadruplicaban el volumen expedido el año anterior. Cien mil soldados de refresco bajaron por la Ruta, multiplicando la presencia de soldados comunistas por debajo de la Zona Desmilitarizada hasta los 400.000 hombres. Kissinger instó a actuar

militarmente para frenar este tráfico, pero antes incluso del veto del Congreso, Nixon, zarandeado por la tormenta creciente del Watergate, no tenía ganas de retomar el bombardeo.

Por otro lado, los norvietnamitas no fueron los únicos que no querían cumplir las condiciones de París. Por razones comprensibles, al presidente Nguyen Van Thieu le resultaba intolerable que los comunistas retuvieran en sus manos amplias extensiones del país. Algunos historiadores escriben como si los Acuerdos de París hubieran sido una solución sostenible, de haberse atenido las partes a lo previsto. Pero no es muy racional suponer que una nación representada a la sazón en el mapa por un mosaico de comunidades —con abundantes enclaves comunistas, resultantes del alto el fuego *in situ*, y delineados pronto sobre el terreno mediante diez mil banderas del país rival— fuera una entidad viable desde los puntos de vista económico y político. Además Thieu, que había cumplido cincuenta años, se encontraba en una situación difícil y desconcertante. Su carrera se había basado en cumplir con los deseos estadounidenses, pero desde la tregua, el deseo más ferviente de muchos compatriotas de Nixon era que desapareciera en un agujero. Clark Clifford, antiguo secretario de Defensa con Lyndon Johnson, calificó en público al presidente vietnamita de obstáculo para la paz; a su juicio, si dimitía, «se podría formar en Saigón un gobierno verdaderamente neutral y representativo que negociara de buena fe con la otra parte».

Era absurdo: incluso si Thieu cesaba en su puesto, a los comunistas solo les interesaba dominar en exclusiva un Vietnam unificado. Los comentarios de Clifford reflejaban el deseo —comprensible pero poco edificante— de borrar de su conciencia toda huella de un Vietnam condenable y probablemente condenado. Durante los dos últimos años de existencia de su nación dividida, Thieu no podía presumir de ningún logro relevante; pero no es plausible que ninguno de sus compatriotas hubiera podido ser más efectivo. Continuó la guerra en parte porque Le Duan le obligó, pero también en parte porque —según observó Kissinger no sin crueldad— la guerra se había convertido en la única justificación de su inestable régimen. Thieu no intentó reformar el ERVn —por ejemplo, confiar los puestos de mando a oficiales competentes, en lugar de adláteres políticos—, pese a la

nueva realidad de que el torso de la nación seguramente no volvería a contar con el chaleco de acero estadounidense. Fue lo bastante temerario para confiar en que Estados Unidos cumpliría su palabra —según se la dio repetidamente Kissinger— de que si Vietnam del Sur sufría otra agresión comunista, el país norteamericano respondería de nuevo con su potencial de aire y fuego; y ello pese a que cualquier washingtoniano mínimamente enterado habría podido decirle al presidente survietnamita que los B-52 no retornarían al país, fueran cuales fuesen las circunstancias.

A partir del alto el fuego, los asesores estadounidenses se despidieron de las unidades survietnamitas para las que habían actuado como mentores y —mucho más importante— como vía de acceso a la potencia de fuego norteamericana. El teniente coronel Gerry Turley le dijo a su homólogo de la infantería de Marina vietnamita que la Armada estadounidense no volvería a prestarle el apoyo de su artillería. El coronel respondió: «Hoy me ha cortado usted el brazo derecho». Turley, que vio cómo muchos poblados izaban las banderas de Vietnam del Norte y el Vietcong, tenía claro que el coronel estaba en lo cierto y «los survietnamitas estaban perdidos». Edward Brady, asesor del servicio de inteligencia, dijo: «Los vietnamitas nunca sintieron que los habíamos vendido hasta ... los Acuerdos. Antes pensaban que éramos tontos, pero que estábamos con ellos».[32] El comandante de Marina Nguyen Tri usó un lenguaje que desde entonces han adoptado muchos de sus excompatriotas: «Los comunistas no ganaron. Simplemente, los estadounidenses decidieron marcharse a casa y dejar que Vietnam perdiera».[33]

Tres años antes, Creighton Abrams había expresado su desdén y hartazgo para con los aliados vietnamitas, diciendo a los suyos: «Sé que esta gente lleva veinte años luchando con esta guerra *de los huevos*. Porque, a ver, desde luego no es que haya habido mucha paz por aquí. Y están cansados y todo eso. *Pero* ... si *de verdad* quieren salir con bien de esta, ¡*leches*!, aún se tienen que sacrificar y tienen que sacrificar muchas cosas. Porque *la alternativa* ... es que dentro de cinco o seis años, ¡*leches*!, ya sean comunistas».[34] He aquí una expresión manifiesta de la impaciencia que sentían muchos estadounidenses, y en 1973 era aún más intensa que en

1970: desde entonces quedaba en manos del pueblo survietnamita, y en particular de sus fuerzas armadas, determinar si escapaban de la sumisión a una tiranía comunista.

Saigón no dispuso de ningún margen temporal, el «año sin guerra» al que en cierta fase Kissinger había aspirado. El secretario de Estado voló a Hanói a mediados de febrero, para tantear unas posibles conversaciones, pero concluyó que no existía base para una relación de trabajo. En la «guerra de las banderas» que se fue extendiendo con vacilaciones por el Sur, los dos bandos libraron batallas locales cada vez más enconadas para ganar o defender territorios. Los comandantes del Sur desplazaban a las unidades fuera de las zonas donde se consideraba que se mostraban demasiado amistosas con sus enemigos. Un soldado del ENv apareció una mañana en el punto de encuentro donde solía trocar fruta con los del Sur, y estuvo a punto de perder la vida por una mina plantada por los reemplazos recién llegados. El 29 de marzo, el MACV se dio por cerrado oficialmente: la mayoría de sus miembros recogió las tiendas o, para ser más preciso, abandonó sus cuarteles climatizados. La oficina del agregado de Defensa, que asumió las funciones residuales del MACV, daba empleo a 2.500 civiles estadounidenses, trabajadores de contrata, más otros cuatrocientos civiles locales; pero solo a cincuenta oficiales estadounidenses de servicio.

El vicepresidente Ky se quejó, más adelante, de que cuando los estadounidenses se marcharon, señalaron con orgullo la magnitud de las fuerzas armadas que habían creado en Vietnam del Sur; pero «nunca se atrevieron a admitir, ni siquiera para sí mismos, que un millón de hombres armados habían quedado al mando de un grupo de aduladores venales, empezando por Thieu, que era el prototipo».[35] Esto era cierto, y lo habría sido más si el aviador hubiera reconocido que él mismo había salido del mismo molde. Un capitán del Sur dijo, sobre el tratado de París: «Para nosotros era la pena de muerte».[36] John Vann dijo ante un público estadounidense, poco antes de morir: «La abrumadora mayoría de la población —algo así como el 95 %— prefiere el gobierno de Vietnam a un gobierno comunista».[37] Lo cierto es que, aunque solo una minoría de survietnamitas acogía con agrado la perspectiva de una victoria de Hanói,

los contrarios al comunismo apreciaban demasiado poco su propio Estado nacional, y ansiaban demasiado la paz, para seguir luchando por más tiempo y con convicción.

La culpa de la progresiva destrucción del alto el fuego correspondió a las dos partes. El 3 de marzo de 1973 el ERVn lanzó una gran ofensiva que pretendía clausurar las vías de acceso a los bastiones que el enemigo tenía en el bosque de U Minh, en la provincia deltaica de Chuong Thien. La iniciativa topó con una resistencia feroz que no se doblegó. Años más tarde, Giap afirmó que tal clase de acciones de los survietnamitas le llevó a renunciar a pedir que se respetaran las condiciones de París. Pero nunca fue plausible que ningún bando se contuviera: el Norte, porque veía la victoria demasiado cerca; el Sur, porque la dispensa otorgada por los estadounidenses no era sostenible.

Un general del ERVn escribió que la guerra «había llevado [a Vietnam del Sur] al borde de la bancarrota moral y material».[38] La mayor parte de su pueblo, a su entender, había agotado la capacidad de sacrificio; ahora escuchaban con afán los cantos de sirena de Trinh Cong Son, un famoso cantante de Saigón, contrario a la guerra. Según un capitán: «Entre nuestros soldados corrientes, el grueso no tenía razón para odiar al enemigo porque no habían visto qué podía hacer el comunismo».[39] El teniente Nguyen Quoc Si se lamentaba: «Daba igual quién hubiera en el gobierno de Saigón: los hilos siempre los movían los estadounidenses. Lucharon en la guerra mientras les pareció que les interesaba, luego se marcharon y nos dejaron». Sobre su propia experiencia de combate, después de París, dijo: «La gente no quería morir porque sabían que la guerra casi había terminado». En 1970-1972 las tropas del Sur afirmaban haber matado a cinco enemigos por cada hombre caído entre sus propias filas. Tanto si la estadística era auténtica como si no, en 1973 se redujo a dos por uno; al año siguiente, a poco más que una igualdad. Por entonces, como la carestía de municiones afectaba a las formaciones de combate, se instaba a los soldados a disparar de bala en bala, no en el modo de *rock and roll* automático.

En otoño de 1973, un periodista visitó el cementerio militar survietnamita de Bien Hoa, donde se había sepultado a más de doce mil soldados —una fracción ínfima del total de bajas nacional—. Con la

dispensa de la nueva «paz», cada día se enterraba a diez soldados más: en los tres primeros meses posteriores a los Acuerdos de París, perdieron la vida 6.600 meridionales. El visitante escribió: «El aire estaba cargado de los lamentos de las viudas y los llantos de los niños, y entre los sollozos se podía oír el ruido sordo de las palas que iban abriendo nuevas tumbas para los cadáveres del día siguiente».[40] Además de las penalidades de la guerra, el Estado de Thieu sucumbió a problemas económicos. Durante una década, aparte de los arrozales, la actividad más provechosa del país había consistido en dar servicio a legiones de extranjeros —visitantes, mecenas, ocupantes— de incalculable riqueza. En aquel momento, en cambio, dos millones de survietnamitas residentes en las ciudades —un tercio de la fuerza de trabajo— estaban desempleados. Un vendedor de coches de Saigón se quejaba de que solo vendía un vehículo al mes, cuando el agosto anterior había dado salida a un centenar. Las tiendas dejaron de tener televisores, escúteres, cigarrillos de importación. El precio del arroz se duplicó. En octubre de 1973, la guerra en Oriente Próximo disparó el coste del petróleo y los fertilizantes; resultó desastrosa para el «arroz milagroso», cuya cosecha dejó de compensar. En diciembre un ataque de zapadores comunistas destruyó la mitad de los depósitos de petróleo de Saigón. La inflación se disparó al 30 %, 40 %.

Un joven oficial del Sur le dijo a un amigo periodista, Gavin Young: «El argumento contra el comunismo tiene que ser material o moral, ¿no es verdad, Gavin? Pero las condiciones que se dan aquí ahora son desempleo, precios crecientes y corrupción, *n'est-ce pas*? Así que no existe ningún argumento moral o material; quiero decir que en Saigón no hay un patriotismo verdadero. ¿Cómo podemos resistir entonces? Y, sin embargo, queremos resistir —bueno, la mayoría lo queremos—, y no podemos. ¿No te parece trágico, Gavin?».[41]

En efecto, lo era. En 1970, Saigón había adoptado un programa de reforma de la propiedad rural, llamado «La tierra para quien la cultiva». Tres años más tarde, con un coste de casi 500.000 millones de dólares, 1,2 millones de familias habían adquirido los derechos de posesión por los que llevaban varias décadas suspirando; la tenencia absentista había desaparecido casi por completo. Pero esta medida radical había llegado

demasiado tarde, al igual que las primeras prospecciones petrolíferas en aguas del país, que a la postre permitirían extraer 1.500 millones de barriles y, en el plazo de una década, transformarían las finanzas de Vietnam. Fue como si a un enfermo terminal se le dijera, con retraso, que se le había legado una fortuna que recibiría... en caso de que viviera lo suficiente.

El régimen de Thieu padecía una falta de efectividad crónica, y la moral de su ejército estaba minada por una carestía cada vez peor de material y municiones. Ello no era tanto reflejo de la parquedad de la financiación del Congreso estadounidense como del hecho de que los estadounidenses habían creado una maquinaria militar vietnamita a su imagen y semejanza, que dependía por lo tanto de una tecnología onerosa —en 1974 todavía consumía cincuenta y seis toneladas de municiones por cada tonelada gastada por los comunistas—, pero menos práctica que el modelo, más sencillo, de sus enemigos. Por otro lado, seguía habiendo una corrupción institucionalizada: Jacques Leslie, de *Los Angeles Times*, descubrió una estafa por la que los comandantes del Sur habían estado vendiendo carcasas de proyectil —en las fabricadas antes de 1968 se podía aprovechar el latón — en Singapur, por precios fabulosos; por esta clase de razones David Elliott estaba convencido de que «cualquier ayuda adicional, en 1973-1975, solo habría beneficiado a aquellos generales».[42] Hal Meinheit, responsable de política exterior en la embajada estadounidense, dijo: «Era una sociedad dividida sin una percepción común de hacia dónde quería ir su pueblo».[43] Según escribió un comandante del ERVn: «Muchas voces neutrales predijeron la victoria comunista ... Saigón perdió aceleradamente el apoyo popular. Muchas personas que habían estado del lado del gobierno empezaron a apoyar a los comunistas».[44]

El presidente Thieu —escribió el mismo oficial, con desprecio, pero no con injusticia— «no era lo bastante fuerte para ser un dictador ... ¿Había algún otro país en guerra que permitiera una crítica tan feroz contra su gobierno? ¿Cuántos países del tercer mundo consentían que los periodistas denunciaran en público la corrupción de ministros y generales y censurasen al presidente?».[45] La traición estaba muy arraigada en la sociedad survietnamita. Sam Adams, de la CIA, escribió un informe devastador que concluía que la infraestructura del régimen era como un queso suizo:

calculaba que había doce mil informantes del enemigo prestando servicio en el gobierno o las fuerzas armadas.[46] Cuando se encomendó al capitán Phan Tan Nguu dirigir las operaciones de inteligencia de la Sección Especial de la policía en Tay Ninh, se dio cuenta de que su chófer, cuando no estaba trabajando, desaparecía siempre en dirección a la frontera camboyana. Lo espiaron y descubrieron que se encontraba con oficiales comunistas; al interrogarlo supieron que le habían encargado matar a Nguu. Antes de que lo encerraran en una celda el chófer tuvo la ocurrencia de excusarse: «Lo siento mucho».[47]

A principios de 1974, los analistas del servicio secreto del Departamento de Estado redactaron un informe sobre la perspectiva que probablemente aguardaba a Vietnam del Sur, a partir de fuentes «piratas» de la misión saigonesa: empleados cuyos puntos de vista eran tan pesimistas que el embajador estadounidense Graham Martin —que ocupaba el puesto de Ellsworth Bunker desde julio del año precedente— no permitiría que se telegrafiara a Washington. Según dijo Hal Meinheit, uno de los autores: «Llegamos a la conclusión de que salvo que Estados Unidos mantuviera una ayuda muy cuantiosa, el régimen difícilmente sobreviviría».[48] Desde Langley, William Colby, como nuevo director de la CIA, se mostró en desacuerdo, e irónicamente alegó que con ese pesimismo el Departamento de Estado tan solo pretendía justificar las elevadas exigencias económicas del embajador. Mientras los combates se intensificaban, el 4 de enero de 1974 el presidente Thieu pronunció un discurso en Can Tho, su ciudad de origen, en el que declaró: «No podemos quedarnos cruzados de brazos. Debemos tomar las medidas adecuadas para castigar las agresiones de los comunistas. La guerra ha empezado otra vez». Washington no quería oír hablar ni del intento de Saigón por ampliar su territorio ni del de los comunistas por reducírselo, porque uno y otro amenazaban por igual el *statu quo*.

En marzo y abril de 1974, Hanói celebró dos grandes conferencias estratégicas en la sala de conferencias de la planta superior de la Corte del Dragón. Los oficiales estuvieron de acuerdo en que había una noticia positiva de importancia: la Ruta de Ho Chi Minh —que en aquel momento estaba dominada por los camiones, no por los porteadores— funcionaba

mejor que en ninguna fase anterior. Se había tendido una conducción asombrosamente larga —con más de un millar y medio de kilómetros— para los petróleos, aceites y lubricantes que impulsaban los vehículos del ENv en el Sur. Como aspecto negativo, el Vietcong seguía muy debilitado; de hecho, nunca se recuperó del Tet de 1968; así pues, la presencia comunista en las ciudades era escasa. Buena parte de los blindados y la artillería pesada del Norte estaba en malas condiciones. Y por encima de todo, persistía la peligrosa incertidumbre de si Estados Unidos intervendría si Hanói desataba una gran ofensiva.

En etapas anteriores de la guerra, los comunistas habían prestado poca atención a la política interior estadounidense. En aquel momento, por el contrario, Hanói y su Gobierno Provisional del Sur, que había establecido una «capital» temporal en Loc Ninh, analizaban los acontecimientos de Washington —por medio de la BBC y la VOA (Voz de América)— «con una curiosidad casi obsesiva», en palabras de un ministro del GRP.[49] El examen de estas fuentes generó conclusiones alentadoras para su propia causa. En enero de 1974 los chinos dieron un golpe de Estado naval para tomar y anexionarse las islas Paracel, que estaban en posesión de Vietnam del Sur, sin que Estados Unidos replicara con contundencia. En los primeros dieciocho meses posteriores a los Acuerdos de París, veintiséis mil soldados survietnamitas perdieron la vida en el campo de batalla, pero el Congreso estadounidense siguió recortando la ayuda militar. En 1974 Saigón recibió la mitad de fondos que el año anterior, pasándose de 2.100 millones de dólares a 1.100, reducidos luego de nuevo a 1.000.

La primera decisión estratégica importante de Hanói en 1974 fue seguir combatiendo durante la temporada de lluvias, en primavera, que tradicionalmente se destinaba a labores de reagrupamiento y suministro. En marzo hubo combates intensos al oeste de Saigón, que, iniciados por los norvietnamitas, se encontraron con la última gran contraofensiva del ERVn. Los comunistas sufrieron, pero la voluntad de batalla del ejército survietnamita también se erosionó. Dos meses más tarde se produjo un fenómeno similar cuando la 9.ª división del Norte atacó con fuerza al oeste de Ben Cat, en el Triángulo de Hierro, que llevaba mucho tiempo en disputa; los dos bandos desplegaron blindados. Durante los meses

posteriores, de batallas enconadas, los contraataques del Sur recuperaron terreno perdido e impidieron que los comunistas se abrieran paso, pero con un coste elevado: la 18.ª división saigonesa sumó 275 muertos y un millar de heridos. El comandante del cuerpo local quedó consternado cuando, tras solicitar 150.000 balas para la artillería, tuvo que contentarse con un tercio de esa cantidad. Cuando las batallas de la Nacional 7 se apagaron, en el mes de noviembre, algunos batallones de la infantería survietnamita habían perdido una cuarta parte de sus fuerzas. El ENv también había sufrido mucho pero, como de costumbre, se le daba menos importancia. Los escépticos del politburó de Hanói rezongaron: «El hermano Ba [Le Duan] ya está quemándonos las tropas otra vez, como hizo en 1968 y 1972»;[50] pero el líder de Vietnam del Norte siguió mostrándose implacable. Hacia el extremo sur, en el delta del Mekong, las fuerzas comunistas mantuvieron una presión constante que también contribuyó a debilitar al ERVn y las unidades irregulares locales.

Es una injusticia, para las decenas de miles de vietnamitas que perdieron la vida, que los historiadores refieran poca información detallada sobre las batallas de 1973-1974, que resultaron letales. En parte esto obecede a que disponemos de pocos datos fiables al respecto: las versiones publicadas por uno y otro bando se antojan fantasiosas. En parte, los soldados de ambos bandos interpretaban su papel convencidos de que era prácticamente inevitable que la victoria final correspondiera a los comunistas. Las fuerzas survietnamitas contaron 25.473 muertos en 1973, casi treinta mil en los años siguientes. El teniente Nguyen Quoc Si, de veinte años —que era hijo de un destacado policía de Saigón—, fue asignado a una unidad de las Fuerzas Populares, en el sudeste, cerca de Vung Tau.[51] Anteriormente esta había sido una zona de descanso en la que el Vietcong no tenía problema en vivir y dejar vivir. En este momento, sin embargo, con la reavivación de la guerra, Si tuvo que encararse con el enemigo en su primer día en campaña. Su sección casi nunca reunía a más de dieciocho hombres con unos pocos M-16; el resto iban armados en su mayoría con viejos fusiles Garand M-1, pese a que «con eso no puedes derrotar a un AK-47. Estás muerto».

La munición siempre escaseaba; en un enfrentamiento, para responder al Vietcong, tan solo le quedaba una granada. Tampoco podían contar con helicópteros de evacuación; a los heridos había que trasladarlos hasta una carretera (si tenían la suerte de vivir tanto). Los hombres de Si eran «una panda heterogénea»: mientras que algunos eran apasionadamente anticomunistas, porque sus familias habían sufrido a manos del enemigo, otros tan solo tenían ganas de evitar problemas para que el otro bando no los considerase irremediablemente comprometidos. A veces la población local acompañaba sus patrullas, con una esperanza de viajar con seguridad que no siempre se hacía realidad. Un día, una mujer embarazada siguió a los soldados de Si, que de pronto oyeron una explosión violenta en la retaguardia. La chica se había apartado un metro de la estela y había pisado una trampa explosiva. «Aquella señora se desvaneció, arrojada por la selva. Toda la parte inferior de su cuerpo había desaparecido. Era increíblemente horrible; el bebé había salido —dijo el joven oficial, y añadió reflexivamente—: La de cosas que uno ve...»

El cabo Vu Quang Hien, zapador del ENv, resultó herido en el muslo en una de las batallas de aquel período, y su unidad se retiró sin llevárselo. Una lugareña diminuta le ayudó a buscar refugio, tambaleante, entre un denso grupo de arbustos, por detrás de un estanque. Hien le dijo: «Ahora déjeme aquí y, si oye un tiro en las próximas horas, sabrá que he muerto. Si no, vuelva al caer la noche y sáqueme de aquí». Al anochecer regresó, en efecto, en compañía de su marido, porque Hien era un hombre corpulento. «No era partidaria de ningún bando —dijo—, es solo que le resultaba odioso verme ahí tirado, sin poderme valer.»[52]

El 18 de julio de 1974, Giap, después de estudiar el informe del Estado Mayor general titulado «Líneas maestras de una campaña para ganar la guerra en el Sur», ordenó preparar una ofensiva concebida para hacerse con la victoria final a finales de 1976. Empezaría con un asalto en la Meseta Central; el calendario posterior dependería del desarrollo de las batallas. El plan se completó el 26 de agosto y el politburó lo aprobó en una sesión de octubre. Aunque sigue habiendo controversia sobre el papel que interpretó Giap, hay consenso al respecto de que, después de haber vuelto al país en enero de 1974 —en Moscú lo habían tratado de unos cálculos biliares que

parecía que podrían ser mortales—, el viejo general dirigió en efecto la ofensiva final, volviendo al frente después de muchos años. La explicación más plausible de esta reincorporación temporal al mando operativo es que, tras los fracasos del comunismo en 1968 y 1972, Le Duan reconoció, aun a regañadientes, que el prestigio y la brillantez de Giap eran indispensables para aquella apuesta crucial en el campo de batalla. En la decisión de Hanói también influyó el cambio en la presidencia de Estados Unidos. A los comunistas les resultaba imposible creer que Gerald Ford, el sucesor de Nixon —por mucho que tuviera a Henry Kissinger en la secretaría de Estado—, sometiera a su frágil nueva administración, así como al pueblo estadounidense, a la angustia de una nueva intervención en Vietnam.

El 10 de agosto de 1974, Ford escribió en persona a Saigón para asegurar a Thieu que respetaría los compromisos adoptados por Nixon; pero tales promesas parecían hueras cuando el Congreso se esforzaba por reducir la asignación de ayuda de 1.000 millones de dólares a 700.000, como en efecto hizo. En una etapa en la que la inflación había elevado el precio de la munición y muchos otros materiales, la reducción tuvo un gran impacto en el ERVn. El 13 de septiembre Kissinger exclamó, exasperado, que le parecía inconcebible que Estados Unidos estuviera dando 1.000 millones de dólares a Israel —como de hecho ocurría— pero negara una suma parecida a Vietnam, donde tantos estadounidenses habían perdido la vida.

Antes hemos dedicado mucho espacio a hablar del pragmatismo del secretario de Estado. Pero aquí Kissinger comprendió una cuestión de importancia moral, material y política que el Congreso, y la mayor parte del pueblo estadounidense, prefirieron no ver. Que Estados Unidos retirase el apoyo militar directo era un hecho tan inevitable como correcto. Sin embargo, ¿cómo defender que la asamblea legislativa estadounidense mermara tanto el respaldo que otorgaba a Saigón, mientras los rusos y chinos seguían ayudando a Hanói como antes? En aquel estadio, es muy improbable que el simple dinero pudiera haber cambiado el resultado: la debilidad de las fuerzas armadas de Saigón imposibilitaba que resistieran el embate comunista. Pero haber mantenido una ayuda generosa quizá habría contribuido a preservar el honor de Estados Unidos en esta fase final de la guerra; haberla retirado, en cambio, manchó su reputación. La

responsabilidad de este acto indigno recae en concreto sobre el Congreso, por muchos errores y traiciones anteriores que sea correcto atribuir a la Casa Blanca.

En el recuento final, Saigón recibió 945 millones de dólares en 1974, pero esto no era suficiente, ni de lejos, para mantener a un ejército de un millón de hombres bien instruido, organizado, pertrechado y adicto a combatir según el modelo de Estados Unidos. La fuerza aérea vietnamita tuvo que dejar en tierra 224 aeronaves, incluidos sesenta y cinco helicópteros; las horas operativas del resto se redujeron casi a la mitad. El 50 % de los camiones del ejército pasaron a la reserva por falta de combustible; la escasez de baterías para las radios dificultó las comunicaciones. En enero de 1975, y de nuevo en abril, el Congreso estadounidense rechazó peticiones desesperadas —apoyadas por la Junta de jefes— de fondos que permitieran a los survietnamitas comprar más munición, combustible y piezas de recambio. Muchos de los soldados de Thieu vivían y luchaban en un estado de hambre crónica; la inflación encogió todavía más unas raciones de por sí miserables.

Al contemplar el estado de Saigón, avanzado 1974, Merle Pribbenow, de la CIA, dijo: «Estaba convencido de que aquello no iba a durar mucho».[53] Su esposa vietnamita Thuy quería comprarle a su madre cierto terreno al norte de Bien Hoa, y la familia tomó un coche hacia allí. Al acercarse a la zona observaron con consternación que en ninguno de los poblados del lugar ondeaba la bandera del gobierno. Se dieron la vuelta y regresaron a Saigón sin adquirir la tierra y con una conciencia repentina de que el régimen de Thieu estaba perdiendo la «guerra de las banderas». En noviembre, Doug Ramsey acudió a Saigón como invitado de su gobierno, para lo que demostró ser la última vez que el presidente Thieu pudo celebrar la fiesta nacional de su país. A Ramsey le resultó tan divertido como inquietante comprobar que su guía era partidario de la causa de Hanói: «Sabía cosas sobre dialéctica comunista que solo puedes saber si eres uno de ellos».[54]

Nghien Khiem, oficial de la fuerza aérea vietnamita, dijo: «Sabíamos que la situación no estaba bien. Seguíamos aferrándonos a la esperanza, pero después de perder batalla tras batalla, perdimos la fe».[55] En una cena

en la embajada estadounidense, Frank Scotton predijo que el régimen no podría sobrevivir pasado 1976. Entre los veteranos de campo de la misión diplomática, la mayoría estaba de acuerdo en que Hanói vencería en aquel año o en 1977, «lo único que estaba en cuestión es si el final llegaría por el paso a una coalición [política] o el hundimiento en el campo de batalla».[56] El jefe del servicio de espionaje de la Marina vietnamita le dijo a Bob Destatte, en enero de 1975: «Los comunistas no vencerán este año, pero quizá lo hagan el que viene, y sin duda lo habrán hecho el siguiente».[57] Destatte se topó con un sargento de la infantería ligera vietnamita, un hombre ya viejo y canoso, que amenazó con matarlo por ser estadounidense; el hombre le reprochaba que acababa de venir de una batalla en la frontera camboyana, en la que su unidad había sufrido pérdidas muy graves y se había quedado sin munición por la «traición» de Estados Unidos. Un taxista comentó al estadounidense que estaba cansado de la guerra y solo deseaba ver el país sin guerra, al coste que fuera; este fue un sentimiento predominante entre las capas inferiores de la sociedad vietnamita.

Thieu estaba tan desesperado que sopesó realizar retiradas estratégicas de aquellos territorios cuya defensa resultaba más complicada por la falta relativa de efectivos, entre ellos todo el norte de Vietnam del Sur. El presidente, hostigado y amargado, se aferraba a la esperanza de que, aunque sus dominios siguieran menguando, quizá podría mantener aún algunos fragmentos. Por desgracia para tales esperanzas, en Hanói se consideraba cada vez más urgente emprender una acción decisiva. Los líderes norvietnamitas veían que Estados Unidos, después del Watergate, estaba desorganizado; que tanto el Congreso como la opinión pública mundial miraban Saigón con neta antipatía. La economía del Sur atravesaba una etapa casi tan difícil como la del Norte, a la vez que carecía de la efectividad implacable de su maquinaria de control. Hanói observó la creciente agitación de las calles, con protestas contra la corrupción, encabezadas por sacerdotes católicos. Una parte del ejército del Sur seguía combatiendo con eficacia, pero muchos soldados de Thieu sentían una desafección visible. Entre agosto y diciembre hubo combates enconados en los que el ENv conquistó terrenos altos al oeste de Danang y frustró los

contraataques de dos formaciones de Saigón. En seis semanas de lucha brutal por la Colina 1.062, la División Aerotransportada, de élite, sufrió 2.500 bajas.

Así, los acontecimientos que se desarrollaban en Vietnam del Sur convencieron a la Corte del Dragón de que, en aquel momento, una batalla frente a frente se decantaría de su lado. Sus formaciones se prepararon para atacar desde salientes que se adentraban profundamente en el territorio de Thieu; algunos soldados comunistas, de hecho, estaban a menos de cincuenta kilómetros de Saigón. Le Duan y sus camaradas —por una vez, de acuerdo con Giap— llegaron a la conclusión de que no habría un momento mejor para atacar. Se ha dicho que siete de los once miembros del politburó de Hanói aprobaron la propuesta de lanzar en 1975 una nueva «insurrección y ofensiva general» con el fin de completar la unificación de Vietnam.

27

El último acto

1. Invasión

En las colinas septentrionales de Vietnam del Sur, a principios de marzo de 1975, el general de división Nguyen Huu An, veterano del Vietminh, se encontró contemplando escenas que le recordaban experiencias de juventud en Dienbienphu: «Había barro, barro y más barro».[1] La infantería y los ingenieros tuvieron dificultades para arrastrar —bajo un aguacero— los obuses de 105 milímetros capturados en 1972 hasta las posiciones elevadas desde las que podrían hostigar las bases de artillería del Sur. An había sido nombrado comandante de un cuerpo para el gran ataque de Le Duan, que pondría en movimiento una fuerza abrumadora para completar la unificación de Vietnam: medio millón de hombres, entre los que había quince divisiones de infantería más diecisiete batallones de zapadores, diez de blindados y cincuenta de artillería. La primera fase, con el nombre en clave de «K-175», estaba prevista para marzo-mayo; si las condiciones parecían propicias habría una segunda ofensiva en julio y agosto. Al cuerpo de An se le encomendó tomar Hue y Danang, en operaciones animadas por lemas como «La velocidad es poder» o «Avanzad como el rayo». Pero An admitió que, en privado, algunos camaradas que habían vivido las terribles decepciones de 1968 y 1972 eran escépticos sobre si K-175 tendría mejor suerte. El Norte disfrutaba de la gran ventaja de poder escoger dónde concentraría sus recursos, pero el Sur seguía contando con una clara superioridad en la movilidad, la potencia de fuego y el apoyo aéreo.

El plan había pasado por ocho borradores. El imponderable crucial no era: «¿Qué hará Saigón?», sino: «¿Cómo reaccionará Washington?». Los comunistas sabían que ni China ni Rusia levantarían un solo dedo en contra de una intervención estadounidense; todo dependía, en cambio, de cuál

entendiera la administración republicana que era la voluntad de su pueblo. Kissinger seguía siendo secretario de Estado, y no se caracterizaba precisamente por su contención: daba clases de política exterior a su comandante en jefe, que era un hombre poco dado a pensar; ordenaba espiar al personal supuestamente indiscreto, y sus relaciones con los medios; dominaba las reuniones con monólogos. Su visión grandiosa de la historia ¿qué le haría aconsejar ahora al presidente Gerald Ford? La buena noticia, desde el punto de vista de Hanói, era que desde octubre de 1973, la guerra del Yom Kippur y la consiguiente crisis del petróleo centraba la atención de Kissinger en el Próximo Oriente; Vietnam solo representaba un resto.

Entre el 13 de diciembre de 1974 y el 6 de enero de 1975, las tropas del Norte asaltaron la provincia de Phuoc Long (a algo más de ciento cincuenta kilómetros al noreste de Saigón) con dos divisiones. Hanói estaba muy atento a cómo respondería Estados Unidos a una expansión territorial indiscutible y no provocada. Washington sopesó enviar aviones del grupo de portaaviones *Enterprise*, pero a la postre no hizo nada, al igual que miró con pasividad cómo las fuerzas de los Jemeres Rojos cerraban el círculo sobre Nom Pen, la capital camboyana. El 21 de enero, en una conferencia de prensa televisada, el presidente Ford afirmó que no preveía la posibilidad de enviar de nuevo fuerzas estadounidenses a Indochina. Dos semanas después, el Congreso rechazó nuevas solicitudes de ayuda. Pham Van Dong, el primer ministro de Vietnam del Norte, afirmó confiado ante los camaradas del politburó que «los estadounidenses no volverían ni aunque les ofrecieran caramelos». Aun así, nadie podía estar seguro del todo. Mientras el general de división An y sus colegas veían sudar a los porteadores que transportaban municiones para las posiciones de artillería de la Nacional 14, pensaban en la amenaza de los B-52 de Guam. Giap aún preveía que la victoria requeriría también una campaña de conclusión, al año siguiente.

El plan estratégico de 1975 fue el más imaginativo del Norte en toda la guerra. El objetivo principal de la primera fase era Ban Me Thuot, la capital de la Meseta Central, con unos cien mil habitantes. Rodeada por plantaciones de café que ofrecían zonas de útil cobertura, estaba a caballo de una encrucijada de la Nacional 14 norte-sur, entre Kontum y Saigón, a

unos cincuenta kilómetros de la frontera con Camboya. Tran Van Tra, el ambicioso y engreído jefe militar de la OCVnS, estaba marcado por su papel en los fracasos tácticos del Tet de 1968; ahora ansiaba la gloria para recuperarse de aquella derrota. *A posteriori*, Tra se atribuyó el mérito de haber propuesto que la ofensiva de 1975 atravesara la Meseta Central, aunque el teniente general Hoang Minh Thao instó a hacer lo mismo y se le asignó la dirección local.

En vez de lanzar las tropas de inmediato en un asalto directo contra Ban Me Thuot, los comunistas aislaron primero la ciudad, cortando las carreteras en torno de Pleiku, unos ciento cincuenta kilómetros más al norte, en una serie de acometidas coordinadas que se iniciaron a primera hora de la mañana del 4 de marzo. El general Van Tien Dung, jefe del Estado Mayor del ENv, asumió el mando general de las operaciones de la Meseta Central, en las que cuatro divisiones tenían la misión de golpear donde las fuerzas del Sur eran relativamente débiles. El éxito daría a Hanói una buena ocasión de partir en dos Vietnam del Sur y, con ello, dejar aisladas las formaciones poderosas que Saigón tenía más al norte.

El régimen de Thieu recibió avisos claros del servicio secreto sobre la amenaza que se cernía sobre Ban Me Thuot, para empezar de prisioneros del ENv. Como de costumbre, no obstante, había mucho «ruido» (según denominan los oficiales de inteligencia a los indicadores múltiples en conflicto) que enmascaraba la «señal», el propósito real de Hanói. Las formaciones atacantes del ENv mantuvieron la radio en silencio y, por el contrario, generaron un tráfico de radio engañoso en la zona de Pleiku. El 8 de marzo cortaron la Nacional 14 al norte de Ban Me Thuot, luego la Nacional 21 que iba hacia la costa. Los comunistas completaron la confusión del infortunado Thieu lanzando de forma simultánea nuevos ataques contra el norte y el este de Saigón, en el delta, y en las provincias de Thua Thien y Quang Tri, donde estaban preparadas las formaciones del general An.

A las 5.45 del 8 de marzo, los cañones de An empezaron a disparar contra las bases de artillería próximas; luego se produjo un asalto de la infantería. Filas de soldados de la 324.ª división, con rostro expectante y sombrío, avanzaron por un paisaje cubierto por la niebla matinal. Aquellas

primeras acciones no derivaron en un triunfo fácil de los comunistas. El mando y control de los septentrionales —que siempre había sido una debilidad— fue tan lioso como siempre: algunas unidades se perdieron, otras quedaron asoladas por la artillería y los morteros del ERVn. Al día siguiente, el 9, los survietnamitas contraatacaron con éxito. La pelea por una posición clave, la Colina 224, persistió durante una semana sin que ningún bando cediera; los cañones del Sur disparaban 4.600 balas por día. An, con una franqueza inesperada, escribió sobre sus propios hombres: «La eficiencia en combate del cuerpo, durante esta fase, fue baja». Después de ocho días de combate, el Norte no se abrió paso; es preciso hacer hincapié en esto, porque está generalizada la creencia de que el ejército de Vietnam del Sur se derrumbó desde el principio.

Pero incluso mientras las batallas tenían lugar —e incrementaban la confusión sobre las intenciones de Hanói—, en la Meseta Central se desarrolló una saga terrible, que primero cumplió con lo previsto en el guion de la Corte del Dragón y luego superó de forma radical sus expectativas. El 9 de marzo, la infantería del ENv, apoyada tan solo por dos cañones de 105 milímetros con cincuenta balas, se apoderó de Duc Lap, unos ochenta kilómetros al suroeste de Ban Me Thuot.[2] Se produjeron los primeros hundimientos vergonzosos de unidades: de tres batallones de Saigón. Los atacantes se hicieron con catorce cañones y veinte vehículos blindados antes de enfilar hacia el norte, a Ban Me Thuot, donde algunos zapadores y grupos reducidos de infantes se habían infiltrado ya en la ciudad. Estas vanguardias se dirigieron a los aeródromos y el cuartel general del ERVn cuando empezó el asalto general, a primera hora del 10 de marzo, formado por doce regimientos encabezados por sesenta y cuatro tanques y TBP. El infante Bao Ninh contemplaba con emoción y asombro aquella concentración de poder, de una escala que pocos soldados comunistas habían visto antes: «Casi todo nuestro combate había sido como guerrilleros, en grupos no mayores que una compañía».[3] La moral era elevada porque, aunque no sabían que la victoria llegaría con suma rapidez, nadie dudaba de que era inevitable: «Sabíamos que sin los estadounidenses, los del Sur eran la mitad de lo que habían sido».

El comandante del cuerpo local era Pham Van Phu, de cuarenta y siete años, un veterano de Dienbienphu que demostró ser poco adecuado para dirigir la defensa contra un asalto comunista complejo. Phu estaba convencido de que el objetivo principal del enemigo era Pleiku y distribuyó las fuerzas en consecuencia. La intensidad de los antiaéreos mantuvo alejados los aviones de la fuerza aérea vietnamita y, después de treinta y dos horas de lucha, el general Dung pudo comunicar a Hanói la captura del cuartel general de la 23.ª división y un enorme arsenal de municiones, a expensas de bajas menores. Por el contrario, las tropas del Sur defendieron con ahínco la base alambrada y fortificada del 53.º Regimiento, en un aeródromo, a cinco kilómetros al este de la ciudad.[4] Los norvietnamitas, envalentonados por los éxitos anteriores, se arriesgaron a emplear los blindados en ataques nocturnos, el 14 de marzo, que resultaron grotescos. Un tanque destrozó el cañón al chocar contra un árbol, y otro cayó en una zanja. La infantería comunista fue rechazada, con pérdidas de gravedad (algunos hombres fueron abatidos encima de los blindados). El comandante de la base, el teniente coronel Nguyen Vo An, demostró ser un oficial resuelto y efectivo, cuya resistencia a la cabeza de quinientos hombres merece recordarse.

Los comunistas retomaron el ataque en la tarde del 16 de marzo, cuando los zapadores sacrificaron a muchos hombres a cambio de instalar torpedos de Bangalore que reventaron el perímetro alambrado. Siguieron nueve horas de combate en las que los asaltantes avanzaron poco. Sin embargo, a las 5.00 del día 17 cuatro tanques lograron acceder al interior y la base cayó tres horas después. El teniente coronel Vo An y algunos supervivientes pudieron huir; el oficial llegó a la costa el día 24, a la cabeza de treinta hombres. El Norte aceptó que algunas de sus unidades —en particular los comandantes de los blindados— mostraban una inepcia similar a la que fue habitual en 1972. Pero la realidad era terca e innegable: los comunistas estaban venciendo. En los hospitales de Ban Me Thuot quedaron abandonados cuatrocientos heridos survietnamitas.

El jefe del Estado Mayor de Saigón, el general Cao Van Vien, dijo sobre la caída de la ciudad: «Fue la encrucijada más crítica de toda la guerra ... A nuestras fuerzas armadas les aguardaba un enfrentamiento con un

adversario que no cesaba de subir la apuesta».[5] El presidente Thieu sucumbió al pánico, lo que le llevó a tomar una serie de decisiones desastrosas. Primero eliminó una pieza clave en la defensa del sector norte, al ordenar que la División Aerotransportada de élite abandonara las posiciones para unirse al destacamento de Saigón. Luego exigió un contraataque al este de Ban Me Thuot, que fracasó miserablemente. Después de que los comunistas abrieran la brecha, se consideró que Kontum y Pleiku eran indefendibles; se ordenó que las tropas se retiraran por una vieja carretera francesa en mal estado, la Nacional 7b. Vien advirtió a Thieu de cuáles podían ser las consecuencias: no se podía olvidar el desastre que el Vietminh infligió en 1954 al Groupe Mobile 100 de Francia, en la misma región y circunstancias similares.

El presidente no consultó con los oficiales estadounidenses la decisión de abandonar la Meseta Central —que anunció a sus propios mandos en una reunión de crisis, el 14 de marzo, en la bahía de Camranh— ni les informó siquiera de que la había tomado. A juicio de Frank Snepp, el presidente «estaba simplemente aterrado por la posibilidad de que los estadounidenses se enfadaran y le retirasen el apoyo».[6] La orden de Thieu distaba de ser impulsiva; era reflejo, antes bien, de la evolución de su pensamiento a lo largo del año anterior. Acariciaba la idea de acortar el perímetro defensivo —de una longitud insostenible, dada la forma geográfica de Vietnam del Sur— de modo que sus fuerzas pudieran preservar con éxito el rico abultamiento del extremo sur. No solo era improbable; peor aún fue su insistencia de que, en el plazo de unos pocos días, veinticinco mil hombres cubrieran una retirada de 250 kilómetros, atravesando terreno montañoso hasta llegar a la costa. Pasó por alto el tema crucial de las familias de los soldados, alojadas en la Meseta Central, por no hablar de la población civil. Se dice que el general Phu rompió a llorar en el vuelo de regreso de la bahía de Camranh a Pleiku, afirmando que ya no había futuro ni para él ni para Vietnam del Sur.[7] Él mismo se retiró hacia el este en helicóptero, y dejó a un general de brigada como supervisor del triste desplazamiento de su cuerpo, con su extraordinaria variedad de hombres, vehículos, municiones y equipos, a través de una carretera larga y dura y con varios pasos angostos.

Fred Anderson, que era piloto de Air America, dijo más adelante: «Nunca olvidaré la vista de la carretera de salida de Pleiku. Era una masa sólida de cuerpos que caminaban portando cuanto tenían. Comprendías al momento que habría miles muriéndose».[8] Los aviones de Air America que evacuaban al personal estadounidense fueron objeto de ataques esporádicos de survietnamitas enfurecidos y atemorizados. Según otro piloto: «En buena medida era por frustración. La gente se pone nerviosa; quieren escapar y no piensan. Era la pura anarquía, el hombre reducido a su nivel más bajo». Los dos primeros días de la retirada, el 16-17 de marzo, pasaron sin grandes incidentes, salvo la hilera de refugiados que marchaban justo por detrás de las tropas. Los problemas empezaron en la pequeña ciudad de Cheo Reo, unos ochenta kilómetros más al sur, donde novecientos vehículos atascaron una vía estrecha. Estallaron episodios de anarquía, con saqueos, pillaje y disparos de soldados renegados. Luego las tropas comunistas se apresuraron a bloquear el paso más adelante. Las fuerzas del Sur atacaron de noche, con torpeza, y no lograron su objetivo; el 18 de marzo la infantería ligera se pudo abrir paso, pero fue víctima de un ataque aéreo amigo, que por error mató al coronel e hizo una escabechina entre las filas. Cuando el ENv empezó a lanzar proyectiles sobre la masa de humanidad y vehículos atrapada en Cheo Reo, algunos tanques y camiones buscaron vías de escape a campo traviesa. Un batallón de la infantería ligera fue de los pocos que mantuvieron la cohesión, superó varias posiciones de bloqueo de los comunistas y llegó a Tuy Hoa a las 21.00 del 27 de marzo, habiendo perdido la mitad de las fuerzas. De los veinticinco mil soldados de la Meseta Central, uno de cada cuatro acabó llegando hasta la costa, junto con unos cinco mil dependientes y civiles. Según cálculos del general Vien, tres cuartas partes de la capacidad de combate del II Cuerpo —la zona central de Vietnam del Sur— habían quedado destruidas en diez días.[9] Los comunistas admitieron más tarde la muerte de novecientos soldados en la campaña de la Meseta Central; la mayoría, probablemente, pereció durante los primeros días.

Los acontecimientos posteriores a la caída de Ban Me Thuot crearon la primera de lo que fue una serie de tragedias humanas que afectaron a millones de personas. A juicio del general Vien la retirada fue

«ignominiosa», el reflejo de un liderazgo deficiente a todos los niveles.[10] En la carretera hacia el este, según escribió el periodista saigonés Nguyen Tu, había refugiados «a los que ya no les queda más que la ropa sudada y polvorienta que llevan puesta. Tienen los pies inflados, los ojos sin vida ni esperanza. Por detrás ... se arrastran los niños pequeños».[11] En la campaña cada vez fueron más habituales las deserciones masivas de soldados desesperados por proteger a sus propias familias; también el fenómeno de las multitudes de civiles con sus vehículos, que obstruían las carreteras de modo que los civiles no podían pasar ni siquiera antes de que el enemigo interviniera. El fuego de la caldera de caos y miseria en la que la región se vio sumida fue avivado también por el disparo ocasional de los morteros y cañones comunistas.

El 18 de marzo, en Hanói, Giap informó al politburó de que había llegado el momento crítico: debían aprovechar los éxitos locales del Norte, que estaban siendo asombrosos, para lanzar una ofensiva general. A esas alturas era evidente, por un lado, que los estadounidenses no utilizarían su poder aéreo; por otro, que muchos de los soldados de Thieu ya no tenían voluntad de luchar. *A posteriori* se escribió mucho sobre la escasez de municiones que aquejaba a Vietnam del Sur, pero no hay razón para creer que los acontecimientos de principios de primavera habrían tenido otro desarrollo de haberse podido disponer de más armas. Nguyen Ky Phong, el historiador survietnamita en el exilio, ha apuntado que el régimen disponía aún de material para un año, según demuestran las grandes cantidades que luego cayeron en manos del ENv: dieciocho mil toneladas tan solo en la Meseta Central.[12] El hecho de que buena parte de los pertrechos y la munición estuvieran en lugares erróneos porque la logística de Vietnam del Sur pagaba los efectos de la ineficiencia y la corrupción no puede achacarse a Estados Unidos.

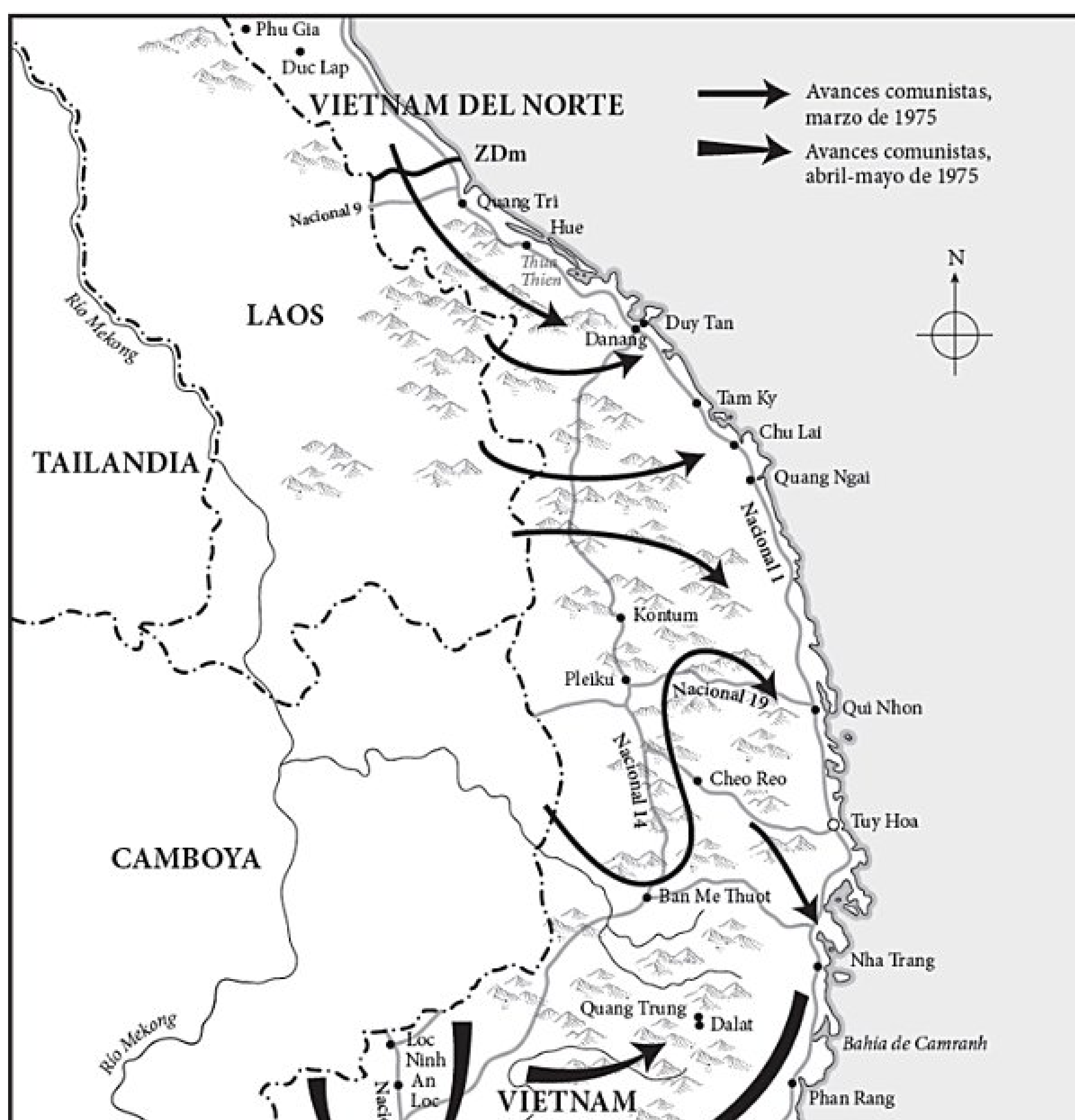
El embajador Graham Martin, que visitó Washington en marzo, solicitó en persona un nuevo paquete de ayudas a varias figuras del Congreso; pero se encontró con una muralla. Martin no destacaba por su habilidad retórica, pero en aquel momento era improbable que incluso un Cicerón hubiera podido inducir a la asamblea a socorrer al gobierno de Saigón. La mayoría de los congresistas y senadores entendían que la voluntad de sus electores

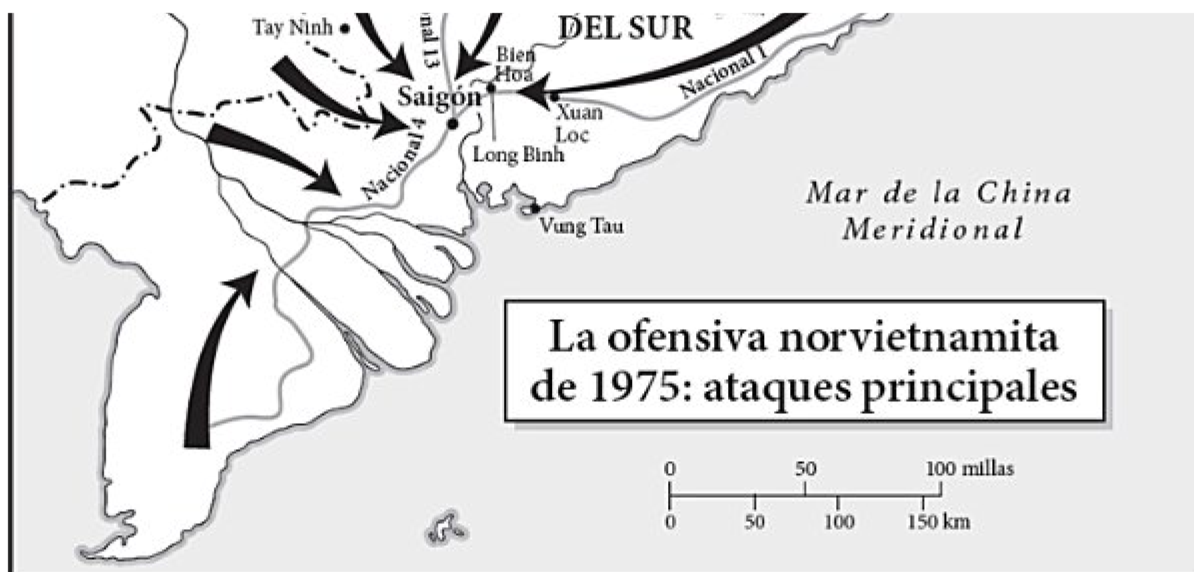
pasaba por desconectar la máquina que mantenía con vida Vietnam del Sur. Sin embargo, esto no impidió al embajador redactar una carta para el presidente Thieu, de una mendacidad deplorable, que llegó a Saigón el 15 de marzo y afirmaba: «Puedo asegurarle de una forma absolutamente categórica que el presidente y los secretarios de Estado y Defensa están resueltos a que, cuando la batalla de Washington haya concluido, tengan ustedes los recursos que necesitan».

Luego Martin se retiró por diez días a su granja de Carolina del Norte, para recuperarse de una cirugía dental. Es improbable que nada de lo que pudiera haber dicho o hecho hubiera alterado los acontecimientos, pero su conducta fue innoble, al igual que la del Congreso. Denegar el simple envío de dinero a quien llevaba mucho tiempo siendo cliente de la nación norteamericana —y también su víctima, cabría decir— envió una señal inconfundible a los dos bandos en guerra: el pueblo estadounidense ansiaba pasar página y había endurecido el corazón; en palabras de Frank Snepp, había «mostrado un desinterés increíble por el destino de los vietnamitas».[13] El impacto moral del recorte de la ayuda fue superior al material. A casi ningún militar estadounidense, desde los soldados rasos hasta los generales, se le pasó por alto que el régimen saigonés había sido repudiado por su patrón; ¿cómo creer, entonces, que valía la pena seguir sacrificándose por una causa condenada? En las mentes survietnamitas surgió una leyenda perdurable: Estados Unidos los había «apuñalado por la espalda». El hundimiento de la Meseta Central representó tan solo un desastre inmediato para las formaciones de Thieu, que ya albergaban pocas dudas sobre su futuro. Lo único que podría haber modificado el resultado era el poder aéreo de Estados Unidos, pero en Washington un presidente débil no se atrevió a enfrentarse a la oposición del Congreso a tal acción.

El politburó emitió entonces una directriz radical, que ordenaba a sus fuerzas culminar la conquista de Vietnam del Sur durante el mes de mayo. «La situación cambiaba a un ritmo vertiginoso», dijo el general de división An.[14] En el sector norte, el 20 de marzo, su artillería se desplegó de nuevo en dirección a una carretera vital, la Nacional 1, de recorrido norte-sur; a las pocas horas de haber abierto fuego, los proyectiles la cerraron al tráfico entre Hue y Danang; una multitud de vehículos que intentaba escapar hacia

el sur se vio obligada a dar la vuelta. Un mando del Vietcong local interrumpió una conferencia del cuerpo para informar de que miles de desertores del enemigo se daban a la fuga a través de su poblado. Quería ayuda para acabar con ellos, y en efecto le asignaron algunos hombres, aunque solo para recoger las armas; era mejor que los fugitivos corrieran en libertad porque, si los apresaban, solo representarían una carga.[15] «Me di cuenta de que las formaciones enemigas se estaban derrumbando», dijo An. Las unidades del Sur dejaron de codificar los mensajes de radio; a veces se lanzaban mutuamente por el éter simples obscenidades.





Durante aquellos últimos meses, las fuerzas de Saigón actuaron entre la niebla creada por la falta de noticias sobre los movimientos e intenciones de sus enemigos. Hanói, por el contrario, recibía información completa de traidores a Saigón —en particular, un sargento empleado en el despacho del jefe del Estado Mayor del ERVn— sobre casi todos los detalles de las acciones del enemigo, incluida la decisión estratégica de Thieu de abandonar franjas enteras del territorio. El gran miedo de Giap era que las fuerzas survietnamitas se retirasen a enclaves en los que quizá costaría desalojarlos, en los alrededores de ciudades como Hue y Danang; eso incrementó la sensación de que era urgente obstaculizar la redistribución organizada de las fuerzas del Sur. En el sector norte, su estrategia pasó por golpear con rapidez hacia el este, por varios ejes, cortando varias arterias de comunicación; la Nacional 1, la más destacada.

En la primera semana de combates, el comandante del I Cuerpo del Sur, Ngo Quang Truong, consideró que sus fuerzas habían defendido bien el terreno; An, su homólogo en el ejército comunista, estaba de acuerdo. Algunas unidades de Fuerzas Regionales exhibieron coraje y determinación, mientras que la infantería de Marina contraatacó con efectividad. En aquel momento, sin embargo, la defensa se desarrolló a una velocidad aterradora por una cadena de acontecimientos precipitada por la respuesta de Thieu al hundimiento de la Meseta Central. La orden de retirar la División Aerotransportada asestó a Truong un fuerte golpe tanto moral

como táctico; el general habría quedado aún más consternado de haber sabido que el presidente también quería quitarle la división de infantería de Marina. En 1972 aquellos mismos infantes navales habían sangrado con profusión para reconquistar Quang Tri; ahora, cuando se retiraron hacia el sur, la ciudad cayó en solo un día, lo que provocó otro éxodo de masas.

Como en la Meseta Central, las carreteras se colapsaron por la presencia de civiles a pie y vehículos de toda clase. En las regiones septentrionales, tanto los uniformados como la población civil iba comprendiendo que debían hacer frente a un abandono; que su propio gobierno consideraba indefendible aquel extremo de Vietnam del Sur. Aunque en algunos lugares el ERVn resistió con tenacidad, en una docena de puntos clave, desde el norte de Hue al sur de Danang, las fuerzas comunistas avanzaron con decisión hacia la costa; Truong y su cuerpo perdían el control mientras la región menguaba en torno de sus cabezas. Thieu vacilaba; si un momento exigía defender Hue hasta el final, al momento siguiente proponía ceder la ciudad. Después de dos semanas de combates —en los que el I Cuerpo sufrió dos mil bajas y afirmó haber disparado doscientos mil proyectiles de artillería—, el 21 de marzo el ENv derrotó a la infantería ligera que defendía unos cerros cruciales sobre la Nacional 1. A partir de aquí, los comunistas empezaron a atacar hacia el norte, en dirección a Hue. A las 13.00 del 25 de marzo, un soldado llamado Nguyen Van Phuong izó la bandera norvietnamita en la antigua capital. An encontró conductores para cincuenta tanques y TBP abandonados que se sumaron al avance hacia el sur. Por las calles se apiñaban muchedumbres de soldados confusos y desarmados; se apresó a cientos de oficiales.

Durante las evacuaciones desde la costa septentrional, la disciplina de la división de la infantería de Marina, sometida a una prueba muy dura, se vino abajo. Un agregado de defensa estadounidense había advertido el año anterior del peligro de que una ofensiva enemiga en el norte precipitara «un Dunkerque sin barcos», como en efecto se produjo: un sinfín de embarcaciones, terriblemente inadecuadas y en desorden, intentó salvar a una ingente cantidad de soldados y civiles desesperados. Las bolsas de

resistencia local causaron menos dificultades al ENv del general An que llevar arroz a sus unidades dispersas, porque todas las pistas de su línea de abastecimiento, más al oeste, estaban muy embarradas.

Decenas de miles de soldados y civiles que huyeron de Hue en barcos de guerra o embarcaciones menores fueron desalojados más al sur, en Danang, después de unas pocas horas de travesía, y se movieron en tropel expandiendo por las calles una epidemia de pánico. En la distancia se estaba oyendo ya la artillería, porque la resistencia de Phu Gia, al norte de la ciudad, contuvo brevemente a los batallones de An. En los últimos días de marzo se calcula que un millón de refugiados se apelotonaba en las calles de Danang. En el patio del consulado estadounidense se levantaba una columna de humo denso y negro mientras el personal y la guardia de Marina prendían fuego a los archivos. Las columnas norvietnamitas se dirigían a la ciudad con premura y exultación, vitoreadas por civiles que comprendían que se estaba produciendo una transferencia de poder histórica.

El comandante Nguyen Tri, responsable de las embarcaciones menores de la Marina vietnamita en Danang, solicitó órdenes de forma repetida, pero el almirante no salió de su silencio. El 28 de marzo visitó el cuartel general del ERVn, que se había retirado al interior de la base naval, y lo halló repleto de oficiales cargados con sacos de arena repletos de sus posesiones personales. Los helicópteros se llevaron a aquellos fugitivos privilegiados a lugar seguro, dejando desorden a su estela. Tri embarcó a las familias, tanto la propia como la de los tripulantes de su flotilla, y soltó amarras para bajar por la costa con celeridad. En Qui Nhon, por desgracia, encontraron las mismas imágenes, porque la autoridad también se había derrumbado.

El general Truong escribió más adelante, sobre los últimos días de su mando del I Cuerpo, que los soldados que intentaban desplegarse «quedaban engullidos por la masa humana que ahogaba la Nacional 1 y los terrenos intermedios. La confusión, la frustración y al final el pánico empezaron a apoderarse de algunas unidades de combate».[16] Un testigo estadounidense, Wayne Lennin, piloto de Air America, dijo sobre Danang: «No cayó: se descompuso ... Los soldados perdieron la cabeza. Corrían por las calles ametrallando a los civiles ... arrancando las joyas de los cadáveres

y violando muchachas».[17] En el aeropuerto se produjeron escenas espantosas, pues multitudes histéricas asaltaban los pocos aviones que levantaban el vuelo, convencidos de que cada uno iba a ser el último; algunos hombres se ocultaron en los huecos del tren de aterrizaje y fallecieron aplastados cuando los pilotos los recogieron al despegar. Los intentos de evacuar a los heridos militares fracasaron ante la acumulación de soldados y refugiados; en el Hospital General de Duy Tan se abandonó a cinco mil personas, entre pacientes y personal médico. En la costa, los soldados metían los tanques y camiones en el mar para asaltar las barcazas. «Había infantería ligera, infantería de Marina, tanques —contaba un testigo vietnamita—. Llegó un barco primero y los infantes de Marina dispararon contra todos los que no querían que subieran al barco, y la infantería ligera se enfadó tanto que abrió fuego contra la de Marina y al final el barco se fue a pique.»

El 29 de marzo, fuerzas del Norte entraron en Danang después de tomar grandes extensiones de terreno a expensas, se calcula, de menos de tres mil bajas. Los regimientos de An se reorganizaron aprovechando una incautación de cuantiosos transportes, incluidos 487 camiones estadounidenses GMC. También se hicieron con radios PRC-25, de un valor extraordinario para un ejército que, por vez primera, pudo distribuirlas hasta el nivel de las compañías. Cada pelotón de infantería pasó a disponer de dos lanzagranadas M-79 *Thumper*. Una de cada tres piezas de artillería de An había pertenecido al enemigo.

El siguiente desafío fue desplazar esta fuerza prodigiosa un millar de kilómetros más al sur, con la incorporación de otras dos divisiones que corrieron desde Vietnam del Norte a sumarse al asalto a Saigón. La «Columna de la Costa», como se la conoció, quedó asignada en su conjunto al mando del general Le Trong Tan; comprendía 2.276 vehículos. Cuando el general An siguió su camino, el 7 de abril, en ocasiones se sintió abrumado: «Era la primera vez en mi carrera que controlaba una columna tan y tan larga, con tantos especialistas de las distintas ramas».[18] Encontraron multitudes que los vitoreaban junto a la carretera, entre ellas soldados gubernamentales que se habían rendido y mendigaban por comida. Fue preciso hacer altos frecuentes para improvisar reparaciones en los puentes

rotos o dinamitados; entre Danang y Xuan Loc se cruzaron con 569 pasos. An envió grupos de vanguardia para asegurar el acceso a los depósitos de combustible de Qui Nhon, Nha Trang y la bahía de Camranh. Durante casi quince embriagadores días, el cuerpo avanzó un promedio de cien kilómetros en las veinte horas de conducción diurna y nocturna.

Las penalidades de Vietnam del Sur captaron la atención de decenas de millones de estadounidenses. Sin embargo, ninguna de las imágenes de sufrimiento de las masas sirvió para modificar el estado de ánimo nacional, que seguía siendo claramente contrario a intervenir de nuevo. El Congreso halló una justificación en la recesión económica nacional. Otra la aportó el representante demócrata californiano Henry Waxman: «No podemos fomentar la paz aportando recursos para la guerra ... Proporcionar más ayuda militar a Saigón solo incrementa la resistencia a negociaciones de sustancia».[19] Los líderes estadounidenses que se portaron peor fueron los que prometieron ayuda a los survietnamitas sabiendo que no la recibirían: el senador Hubert Humphrey ofreció gestos de apoyo, pero luego votó en contra de la propuesta de ayuda. Thieu le dijo a Ford con franqueza que sin una intervención de Estados Unidos —explícitamente: sin los B-52— el país probablemente estaba perdido. El 22 de marzo, el presidente estadounidense respondió ofreciendo respaldo pero manteniendo una vaguedad estudiada sobre la forma que adoptaría. Thieu le recordó las promesas explícitas que Nixon y Kissinger habían formulado tras los Acuerdos de París. Ford, sin embargo, resolvió no correr el riesgo de ordenar un ataque aéreo y provocar una crisis constitucional. El 25 de marzo se excusó: «Lamento no tener la autoridad para hacer algunas de las cosas que el presidente Nixon podía hacer».

A lo largo de aquellos días, el secretario de Estado exhibió la clarividencia que los caracterizaba, admitiendo que la diplomacia resultaba inútil para frenar el asalto comunista. «Estoy convencido —dijo Henry Kissinger— de que Vietnam del Norte no hará nada de nada salvo si se lo somete a presión militar.» Hubo una propuesta de utilizar la Marina estadounidense para ayudar a las evacuaciones de Hue y Danang, pero la

Casa Blanca se echó atrás cuando los comandantes dijeron que las tropas tendrían que desembarcar. En su lugar, se ordenó al Mando de Transporte Marítimo Militar fletar mercantes que rescataron a miles de fugitivos en circunstancias dramáticas y, en ocasiones, violentas. El 28 de marzo Kissinger informó a Ford: «No creo que Vietnam del Sur sobreviva ... Con esto Estados Unidos ha sufrido un colapso moral».[20] Al día siguiente dijo ante una reunión de su propia plantilla: «Es nuestra desgracia». Y cuando un miembro de su personal le propuso que pidiera a Moscú que interviniese, Kissinger replicó: «No podemos pedir a los soviéticos que, por el espíritu de la distensión, nos salven de nosotros mismos».

En Hanói, Giap se preparaba para el último estadio de lo que él estaba resuelto a que se reconociera como un triunfo personal: trasladó la cama a la Corte del Dragón y se quedó allí a todas horas hasta la caída de Saigón, con la única salvedad de un breve viaje al Sur para encontrarse con comandantes de campo. Desde entonces, no hubo una hora en que no inculcara a los generales la necesidad de avanzar con rapidez, rapidez, rapidez: había que tomar Saigón antes de que llegara lo peor de la temporada de lluvias o de que los estadounidenses cambiaran de idea y empezaran a bombardear. A las siete en punto de cada tarde, se informaba a Le Duan: las narraciones comunistas de la posguerra hacen hincapié en su papel de «comandante supremo *de facto*», borrando poco a poco la leyenda de Giap; aun así apenas cabe duda de que la campaña fue reflejo de la breve restauración del viejo general a la posición de liderazgo estratégico.

Entre el 10 y el 31 de marzo, cuatro divisiones del ENv, con el apoyo de guerrilleros del Vietcong, atacaron al norte y al este de Saigón; los survietnamitas contuvieron el avance, pero los invasores quedaron situados a unos sesenta kilómetros de la capital. En los últimos días del mes, Le Duan instó a Dung, en la Meseta Central, a lanzar una ofensiva definitiva. El general tuvo la valentía y entereza necesarias para objetar: antes era necesario completar la destrucción del II Cuerpo del ERVn. El 31 de marzo sus fuerzas derrotaron a la brigada aerotransportada que defendía el paso clave de M’Drak. Tomaron la ciudad portuaria de Qui Nhon y, al día siguiente, los blindados del ENv entraron en Tuy Hoa, más al sur. El consulado estadounidense de Nha Trang fue evacuado entre escenas tan

terribles como turbulentas. Se desintegraron unidades enteras del Sur y se perdió la bahía de Camranh. El 2 de abril el general Phu, con el Cuerpo destrozado, huyó a Saigón.

Todos los pasos de importancia de la Nacional 1 estaban entonces en manos de los comunistas. Frank Snepp afirma, sobre algunos revisionistas del siglo XXI que pretenden dar a entender que Vietnam del Sur organizó una defensa nacional coherente: «No estuvieron allí para ver el caos. Resulta absurdo plantear el relato del ERVn como si hubiera gozado de claridad».[21] Ciertamente, tal fue el caso con la estrategia real de Thieu, que supuso un fracaso miserable. Pese a todo, algunas tropas survietnamitas lucharon con un valor digno de un líder nacional mejor.

Le Duan afirmó, en un largo mensaje del 1 de abril a sus comandantes, que hasta aquel momento en las operaciones del Norte «ha habido pocas bajas militares»; controlaban buena parte de Vietnam del Sur con pérdidas muy inferiores a las de 1972. Por vez primera en la guerra, Hanói envió cámaras y periodistas para acompañar al ENv en su camino victorioso. Entre ellos se contaba Phung Ba Tho, que acababa de volver a su país después de pasar veinte años en Europa, donde se había convertido en un cineasta de éxito. El ejército proporcionó a Tho un uniforme y una cámara y lo envió hacia el sur para que fuera testigo del triunfo de la revolución. «Era de lo más apasionante», dijo, emocionado.[22] Al principio, él y sus camaradas de los medios de comunicación comunistas pasaron mucho miedo entre la agitación de las ciudades del Sur recién conquistadas, «pero entonces vimos que todo iba a salir bien». Las multitudes que dejaban atrás, tanto militares como civiles, no tenían intención de hacerles daño; de hecho, uno de los espectáculos estrafalarios que se convirtió en habitual fue el de los soldados del Sur que se quedaban en pantalones cortos después de haberse quitado el uniforme.

Para Jim Livingston, los hechos de aquellos días fueron especialmente angustiosos. Este estadounidense, condecorado con una Medalla de Honor en Daido siete años antes, era por entonces oficial de operaciones de la brigada anfibia de Marina del buque de mando *Blue Ridge*, que navegaba cerca de la costa. Al desembarcar brevemente en Danang, lo que vio lo «puso enfermo». Un coronel de la división survietnamita Gato Negro

intentó subir a bordo del buque en aguas de la bahía de Camranh; Livingston, disgustado al verlo abandonar a sus hombres, le negó el paso: «¡Volveré contigo para combatir a tu lado, hijo de la gran puta!», oferta histriónica que el vietnamita declinó.[23] Otros adoptaron otros caminos: se produjeron los primeros suicidios. En Qui Nhon, el oficial al mando del 42.º Regimiento dirigió un gesto de despedida a sus hombres, que estaban subiendo a bordo de unos barcos, y desapareció en una casa en la que se pegó un tiro.[24]

Dos mensajes cruciales

Arriba: Extracto de un cable secreto de la CIA, con fecha del 8 de abril de 1975, que, a partir de informaciones de la «Fuente de Tay Ninh», advierte que Hanói no tiene interés en un acuerdo político: « ... (*Clasificación*) SECRETO ... DIVULGACIÓN CONTROLADA ... MISIONES COMUNISTAS DE ESTE AÑO ... DERROTAR ANTE TODO LA PACIFICACIÓN RURAL. OBTENER GRANDES VICTORIAS CONTRA EL GOB[IERNO] Y CREAR LAS CONDICIONES QUE AYUDEN A LOGRAR LA VICTORIA TOTAL EN 1976. SIN EMBARGO, HA LLEGADO EL MOMENTO MÁS OPORTUNO PARA EL BANDO COMUNISTA Y LAS FUERZAS COMUNISTAS TIENEN QUE SEGUIR AVANZANDO. EL V[IET]C[ONG] NO ESPERARÁ A 1976, ES DECIR, DESDE «AHORA» HASTA FINALES DE 1975, PASE LO QUE PASE, LAS FUERZAS COMUNISTAS SEGUIRÁN GOLPEANDO CON DUREZA AL GOB PARA DERROTAR DEL TODO LA PACIFICACIÓN Y USURPACIÓN DEL GOB Y HACERSE CON LA VICTORIA TOTAL. LAS ARMAS APRESADAS Y MATERIALES DE GUERRA, AÑADIDOS A LOS PROPIOS RECURSOS DE LOS COMUNISTAS, DAN AL VC LA FUERZA SUFICIENTE PARA LIBERAR TODO ...».
Abajo: Cable norvietnamita, del 7 de abril de 1975, donde «Van» (Giap) exige «celeridad, cada vez más celeridad; atrevimiento, cada vez más atrevimiento; aprovéchese cada hora, cada minuto; cárguese con fuerza en la batalla; aspírese con determinación a la victoria total».

Al principio, Giap había albergado la esperanza de que las formaciones de vanguardia del Norte tomaran Saigón «a la carrera», aprovechando el impulso de las semanas anteriores, sin aguardar a que la «Columna de la Costa» llegara desde el sector norte. Ordenó que las tropas del general Tra aislaran la capital frente al delta del Mekong, pero estos ataques se toparon con una resistencia mayor que la experimentada por el ENv en la Meseta Central. Hubo choques violentos con las patrulleras fluviales survietnamitas; a mediados de abril se asaltó Can Tho sin éxito; las fuerzas irregulares de Long An, Fuerzas Regionales y Fuerzas Populares, frenaron a la 5.ª división del Norte durante cuatro días.

La batalla más importante que los comunistas se vieron obligados a librar se desarrolló a sesenta kilómetros al noreste de Saigón.[25] La ciudad de Xuan Loc, capital de la provincia de Long Khanh, estaba situada en un importante cruce de carreteras de la Nacional 1 y rodeada de plantaciones

de caucho y bananas. La acción que se inició allí el 9 de abril permitió al ejército de Vietnam del Sur, por última vez en su historia, exhibir arrojo y determinaciones con todo en contra, aunque no fuera suficiente para desviar el curso de los acontecimientos, ya irresistible.

Al mando de la 18.ª división estaba el general de brigada Le Minh Dao, cuyos rasgos apenas solían ser visibles salvo detrás de unas gafas de sol enormes y algo siniestras. Era más famoso como *playboy* que como militar; a menudo le pedían que tocara la guitarra para cantar con él. Sin embargo, él y sus oficiales se prepararon bien para enfrentarse al inminente asalto comunista. Enviaron a buena parte de las familias de los soldados a Long Binh, y dirigieron los cañones contra las vías de acceso que los comunistas habían empleado en el Tet de 1968, con la previsión —acertada— de que vendrían por el mismo camino. Dao también envió tropas a ocupar terrenos elevados que el enemigo podría utilizar para la observación de la artillería; protegió en búnkeres sus propios treinta y seis cañones; acumuló munición y espió los canales de radio del ENv.

Casi el primer proyectil del bombardeo que empezó a las 5.40 del 9 de abril destruyó el cuartel del propio Dao, cerca de la iglesia católica. En los días siguientes, la artillería comunista redujo a escombros buena parte de Xuan Loc, pero sin causar mucho daño a los defensores, que estaban atrincherados en las afueras. A las 6.40, dos bengalas rojas dieron la señal de avance a los blindados y la infantería. En el flanco oriental, la 7.ª división de los invasores no tardó en quedar frenada por las alambradas, las minas y la respuesta de la fuerza aérea vietnamita. El 341.º, que atacaba desde el noreste, logró entrar en la ciudad, pero el fuego del Sur obligó a retirarse a sus infantes, que eran adolescentes sin experiencia. El único triunfo importante de los comunistas lo consiguió la 6.ª división, que avanzó desde el sur hasta cortar la Nacional 1 entre Xuan Loc y Saigón. Desde entonces, la ciudad quedó aislada.

Durante los dos días posteriores, los hombres de Dao contraatacaron con cierto éxito y repelieron los nuevos asaltos del enemigo. En la última gran operación de helicópteros de la guerra, un centenar de Huey reforzaron el destacamento con una brigada aerotransportada. La artillería comunista castigó con dureza las vidas de los civiles de la ciudad, pero los mandos de

Hanói comprendieron que se habían cometido varios errores. En primer lugar, el general Tra no había cumplido la orden de impedir los despegues desde Bien Hoa para que Xuan Loc no recibiera apoyo aéreo; el Norte solo empezó a hacer realidad este fin el 15 de abril, mediante cohetes y proyectiles. Entre tanto, después de varias semanas de combates, la 7.ª división atacante estaba cansada. Parece ser que en esta ocasión los survietnamitas lo hicieron todo como debían, y los comunistas pagaron el exceso de confianza de lanzar un asalto frontal contra posiciones bien fortificadas. También sufrieron considerablemente por los efectos de bombas «arrasamargaritas» BLU-82, de casi siete mil kilos, que la fuerza aérea vietnamita empleó aquí por primera vez, junto con una letal bomba de racimo: la sofocante CBU-55.

Xuan Loc pervivió como bastión entre un frente que se derrumbaba. La resistencia del general de brigada Dao hizo que Hanói pospusiera el asalto a Saigón, previsto en origen para el 15 de abril, y aguardara hasta la llegada del resto del ejército. Los medios occidentales volaron a Xuan Loc para aplaudir la defensa, aunque el efecto quedó empañado cuando una multitud de habitantes, desesperados por huir, asaltaron los helicópteros que se llevaban a los periodistas. Los defensores, cansados, cayeron en la pasividad; por otro lado, no podían hacer nada para impedir que el Norte acumulara fuerzas al oeste de la ciudad. El 20 de abril se evacuó Xuan Loc: el destacamento se retiró a pie, hacia el sur, a través de plantaciones de caucho, con la 1.ª brigada aerotransportada como retaguardia. Dao —«con la cara demacrada de quien no ha dormido mucho», en palabras de un soldado— tomó la honrosa decisión de acompañarlos en la marcha, en vez de huir con un Huey. Xuan Loc fue el último choque de la guerra con una multiplicidad de formaciones. Hanói nunca ha publicado cifras creíbles sobre sus propias bajas, pero parece razonable estimarlas en unas tres o cuatro mil. La decisión de atacar fue una necedad: los comandantes del ENv podrían haberse limitado a bloquear la ciudad y seguir avanzando, hasta que Dao y sus hombres se rindieran. En todo caso, los soldados survietnamitas supervivientes recuerdan Xuan Loc como una gesta brillante en medio de un relato general de humillación.

Al mismo tiempo que se libraba aquella batalla, había enfrentamientos en Phan Rang, una ciudad costera de la Nacional 1, al sur de la bahía de Camranh, situada a unos trescientos cuarenta kilómetros al noreste de Saigón. Durante unos pocos días, las tropas del Sur se aferraron a la base aérea. El 3 de abril, algunos barcos de la Marina estadounidense empezaron a proporcionar ayuda humanitaria a los refugiados, pero sus comandantes se negaron a utilizar también la artillería. Los aviones vietnamitas castigaron el avance de los comunistas; una dramática operación con helicópteros recuperó a ochocientos supervivientes de la brigada aerotransportada que había defendido el paso de M'Drak y que se incorporó, como refuerzo, a la defensa de Saigón.

El 16 de abril, elementos de vanguardia de la «Columna de la Costa» del Norte se hicieron cargo del asalto a Phan Rang. La ciudad y el puerto cayeron con rapidez, la base aérea aguantó un poco más. Los artilleros del general An cruzaron su fuego con el de buques de guerra survietnamitas. La gran diversidad de vehículos apresados conducidos por comunistas provocó accidentes, a menudo debidos a que el Vietcong llevaba décadas dando por sentado que todo aquel que ocupara un vehículo era por fuerza un enemigo. Así, el comandante de una división de defensa aérea del Norte resultó faltamente herido por un cohete B-40 que impactó en su camión; los tanques comunistas recibían fuego amigo. El general An se emocionó al hacerse con un *jeep* flamante abandonado en el cuartel general de un cuerpo survietnamita, pero en la noche del 16 de abril la alegría quedó empañada porque unos guerrilleros lo atacaron; tuvo suerte de poder escapar con los neumáticos pinchados.

Entre los prisioneros de los combates de la costa figuraron el teniente general Nguyen Vinh Nghi, comandante de un cuerpo, y James Lewis, de la CIA; ambos fueron trasladados a Hanói por vía aérea. Un oficial de propaganda del Norte preguntó al general preso: «¿Cómo debemos formular el llamamiento a los soldados títeres, para que depongan las armas?». La réplica de Nghi sonó desesperada: «¿Qué necesidad hay de ningún llamamiento? El ejército se ha derrumbado sin remedio». Los survietnamitas destinados a Washington intentaron aprovechar la evidencia de Xuan Loc para convencer a los legisladores estadounidenses de que su

ejército aún tenía voluntad de luchar, solo necesitaba el respaldo de Estados Unidos. Pero los senadores no cedieron un ápice. Vietnam del Sur estaba abrumado, seguro de que la derrota era inapelable, más aún cuando cayó también la vecina Camboya. El presidente Lon Nol había huido de allí el 1 de abril. Los victoriosos Jemeres Rojos —una creación de los norvietnamitas, aunque luego renegaran de ellos— entraron en Nom Pem el día 17 y pronto pusieron en marcha el genocidio contra el pueblo camboyano.

2. «¡AH, MI PAÍS, MI POBRE PAÍS!»

Por todos los sectores rurales, durante buena parte de abril, hubo enfrentamientos armados y estampidas de gente aterrorizada; la posteridad lo tiene poco presente, porque todo ocurrió fuera de la vista de los medios de comunicación mundiales. Miles de cuadros partieron de Vietnam del Norte con la misión de asumir el control de lo que se calificaba —de forma peyorativa, según acabaron pensando los del Sur— de «territorios liberados». El 2 de abril, Le Duc Tho acompañó al general Dung —al que por entonces se le había encomendado dirigir el asalto a Saigón— a instalar el cuartel general junto a la base de la OCVnS en Loc Ninh. Que Dung hubiera insistido en completar la destrucción del II Cuerpo antes de redirigir las fuerzas desde la Meseta Central hacia el sur demostró ser una decisión razonable. El pánico en la costa y la desintegración de las tropas confirmó al mundo —y en particular al pueblo estadounidense y survietnamita— que el régimen de Saigón y sus fuerzas armadas se hallaban en situación terminal. De hecho no es tan llamativo que muchas formaciones del ERVn se derrumbaran como que algunas organizaran una resistencia de última trinchera frente a una marea enemiga irresistible.

En la capital persistía una extraña irrealidad. Por muy poderosa que fuera la evidencia del inminente triunfo comunista, a muchos de sus habitantes, tanto vietnamitas como estadounidenses, les resultaba imposible admitir que todo lo habitual en sus vidas, para bien o para mal, estaba a punto de desaparecer. En este negacionismo destacaba Graham Martin. En febrero, una delegación del Congreso visitó el país en compañía de Frank

Scotton, furioso al saber que Frank Snepp —quien era más probable que dijera la verdad sobre la gravedad de la situación— había sido excluido por el embajador del grupo de informadores. Scotton se aseguró por tanto de que el analista de la CIA pudiera hablar en privado con los representantes del Congreso.[26]

El 8 de abril, la CIA envió un cable basado en las confidencias, acreditadas y de confianza, de la «Fuente de Tay Ninh», sobre la determinación de Hanói de obtener una victoria rápida y absoluta: «Pase lo que pase ... [h] ay que excluir toda posibilidad de negociaciones o de un gobierno tripartito. Las fuerzas comunistas atacarán Saigón». Sin embargo, con una terquedad casi enfermiza, el embajador Martin siguió contradiciendo a sus asesores e insistiendo en que se llegaría a algún acuerdo con Hanói que preservaría los últimos vestigios de Vietnam del Sur. La consecuencia más importante fue que se negó a favorecer la evacuación de decenas de miles de los vietnamitas más expuestos a la venganza de los comunistas, una operación que por lo tanto empezó tarde y de manera insuficiente. La actitud del embajador, al igual que los despachos optimistas enviados con anterioridad a Washington, enojaron al personal ansioso por garantizar la seguridad de los amigos y compañeros survietnamitas. Hasta la semana del 21 de abril, los transportes de la fuerza aérea estadounidense —304 en total— no empezaron a salir de Tan Son Nhut para evacuar a un total de casi cuarenta y tres mil estadounidenses y vietnamitas.

Durante las últimas semanas de Saigón como capital de Thieu, muchos vietnamitas sin contactos con la alfombra mágica se esforzaron por encontrar maneras de abandonar el país, pese al coste emocional que el exilio representaba para personas atadas a una cultura de familia y pertenencia. Entre tanto, los miembros de la comunidad francesa, y en primera línea su embajador, se burlaban con crueldad de los infortunados estadounidenses. Tenían la confianza —merecidamente infundada, según se demostraría— de que una relación especial con Hanói garantizaría un lugar a Francia en un Vietnam comunista.

El valor de la piastra se desplomó, de modo que los extranjeros con dólares podían festejar prácticamente como quisieran: un piloto de Air America calculó que el precio convertido de la camarera más bella de Saigón era de sesenta y seis céntimos por un rato, 1,11 dólares por una noche. Hubo algunas orgías báquicas en bares y hoteles, de frenesí explicable por el terror que atenazaba a los participantes. Los estadounidenses instaron en vano al gobierno de Thieu a admitir la realidad ante su pueblo, al menos en parte. Por el contrario, entre las vacuidades y mentiras de los portavoces oficiales, dominaron los rumores y abundaron los sonámbulos: en la academia militar survietnamita en Long Binh, los cursos continuaron hasta el 28 de abril. Los estudiantes que aspiraban a ser oficiales pasaron horas debatiendo escenarios bélicos con la convicción general de que los estadounidenses no abandonarían una nación por la cual habían sacrificado las vidas de cincuenta y ocho mil hombres.[27]

Mientras algunos vietnamitas acomodados vendían todas sus posesiones para obtener metálico con el que escapar, otros volvían a sus casas. Nguyen Thi Chinh, la adolescente que en 1954 había huido de Hanói y había acabado por convertirse en la principal estrella del cine y la televisión survietnamitas, estaba rodando una película en Singapur, pero sintió la urgencia de regresar a Saigón: «La razón me decía que no, pero el corazón, que sí».[28] El 1 de abril, el comandante Nguyen Cong Luan, veterano del Sur con veinte años de experiencia, que acababa de completar una formación en Fort Benning, subió a bordo de un avión en San Francisco, con tres camaradas. En Tan San Nhut, la chica que supervisaba la lista de llegadas de los pasajeros, les preguntó desconcertada: «¿Por qué han vuelto? Dalat cayó anoche».

Aunque los australianos habían interpretado un papel destacado en la defensa de Vietnam del Sur, el gabinete laborista del país decretó entonces que los aviones de la fuerza aérea nacional que evacuaban a los últimos miembros de su personal no dieran cabida a refugiados. El primer ministro Gough Whitlam insistió en aceptar la palabra de Hanói, que en público afirmaba que los survietnamitas no tenían nada que temer del futuro gobierno comunista. De las 3.667 personas que solicitaron un visado australiano aquellos días, solo se aprobaron 342 solicitudes y solo setenta y

seis personas llegaron a viajar de hecho; no se amparó siquiera al personal vietnamita de la propia embajada. Entre tanto, algunos filántropos tontamente sentimentales organizaron vuelos para vaciar los orfanatos de Saigón de sus hermosos pequeñines. Ninguna persona en su sano juicio podía suponer que los comunistas celebrarían la victoria asesinando criaturas. Los barrigudos oficiales del ERVn, los antipáticos burócratas y policías se enfrentaban a un peligro mortal, pero carecían de amigos en el extranjero.

Según dijo el teniente Nghien Khiem: «Entendimos que estábamos perdiendo, pero no acertábamos a saber qué hacer. Ni siquiera hablábamos mucho unos con otros, para no desatar el pánico. Mentíamos a nuestros hombres para tranquilizarlos».[29] Como hijo de un comerciante próspero, Khiem tenía contactos en Europa que no dejaban de llamarle por teléfono, e insistir: «¡Sal de ahí! ¡Sal de ahí!». «Ellos sabían más que nosotros. Pero ¿cómo huir?», explicaba Khiem. Ngo Thi Bong, la matriarca que había sobrevivido a los horrores de Hue durante el Tet de 1968, escribió desde Saigón a su amigo inglés Gavin Young: «Ahora todo está perdido. Mi queridísimo hijo, mi único hijo, Minh, estaba en Danang ... ¿Puede ser que aún esté vivo? ¿O ya ha muerto? Es muy, muy triste, inimaginable para una pobre madre. No puedo expresar lo que siento porque vivimos de minuto a minuto ... Ya no me quedan lágrimas para llorar a mi pequeño Minh ni a mis nietos. ¡Ah, mi país, mi pobre país!».[30]

Casi tres millones de veteranos estadounidenses contemplaban con una fascinación especial el drama que se desarrollaba al otro lado del Pacífico. El excapitán de la Marina estadounidense Hays Parks se lamentaba: «Si los survietnamitas hubieran sabido qué les deparaba el futuro, habrían batallado con más energía».[31] El teniente general Bruce Palmer decía enojado: «Nada puede borrar la dura realidad de que, cuando Vietnam del Sur, en el momento de la agonía, nos pidió ayuda con desesperación, Estados Unidos miró hacia otro lado ... Nuestros amigos survietnamitas no podrán olvidar nunca la trágica pesadilla de aquellas últimas escenas».[32] Phyllis Breen, la enfermera del ejército, estaba de acuerdo: «Me sentí fatal por todos los vietnamitas que habían confiado en nosotros».[33]

El periodista británico Richard West, que conocía muy bien Indochina y en cierta fase había sido apasionadamente antiestadounidense, escribía con remordimiento desde Saigón: «No se ajusta a la verdad describir Vietnam del Sur como un régimen fascista derrocado por un movimiento revolucionario. Incluso en estas horas de máxima tensión, los movimientos opositores gozan de ciertos derechos de protesta y la prensa de Saigón es menos tímida que la londinense a la hora de censurar las granujadas del poder. El Vietcong, o sea los comunistas del propio Sur, interpreta ahora un papel minúsculo en la guerra; el proletariado de Saigón, que ya hizo caso omiso de dos llamados a la rebelión en 1968, parece apático ... Lo que empezó como una guerra revolucionaria se ha convertido en una invasión convencional, a la antigua usanza: el Norte ha invadido el Sur ... Resulta desagradable, aquí en Saigón, leer el tono malicioso con que alguna prensa extranjera aborda el destino de los anticomunistas».[34] Este último comentario trae a colación el triunfo de la propaganda de Vietnam: cientos de millones de personas de todo el mundo —entre ellas, no pocos estadounidenses— creían que la inmediata victoria de los norvietnamitas representaba un resultado justo.

Fuera de Saigón, en la zona de trabajo de Estados Unidos en Tan Son Nhut, miles de vietnamitas aterrorizados hacían cola fuera de la bolera, apiñados en sus pistas de tenis, a la espera de los vuelos para refugiados. En la tarde del 23 de abril, Le Thi Thu Van —una mujer de cuarenta y cinco años, viuda del político survietnamita Nguyen Van Bong, que había muerto asesinado— se encontró con un amigo, un anciano profesor de literatura francesa, que de pronto lanzó una exclamación desolada.[35] Una maleta con 2.000 dólares, todo el dinero del que podía disponer, había desaparecido de su lado; obviamente, robada. El anciano comunicó que se negaba a entrar en Estados Unidos en condiciones de mendicidad, por lo que regresaría a su casa de la ciudad. Su primo, el viceministro de Educación, le acompañó. Tal decisión impulsiva los condenó a ambos a varios años de internamiento en los campos de reeducación comunistas.

Una vez a bordo de un C-130, Van, de cuarenta y cinco años, y sus niños ocuparon cuatro asientos de lona. Un civil estadounidense, joven y alto, se abrió camino a través de la abarrotada bodega de la mano de una

mujer vietnamita, e hizo un gesto a la viuda y sus hijos, para que les dejaran el sitio. Cuando Van se negó, el hombre, encolerizado, dejó caer sobre sus pies una bolsa que pesaba como el plomo. «Eh, tía —le dijo, mientras él y su compañera se acuclillaban en el suelo—, ¿sabes de qué vas a trabajar en mi país? De lavandera.» Thu Van escribió: «Así que me marché de mi país con el corazón encogido y los pies aplastados».[36]

La familia de Tran Hoi, que había sido piloto de cazas con la fuerza aérea vietnamita, escapó a bordo de un vuelo de World Airways organizado por amigos que estaban en deuda con él. Cuando su suegra se negó a acompañarles, él le entregó solemnemente la escritura de su casa y los documentos de propiedad de dos coches, y la consoló: «No se preocupe, mamá, esto es algo temporal. En cuanto la situación se calme, tus nietos volverán».[37] Luego Hoi voló a Guam en un transporte *Starlifter* de la USAF; las preciadas posesiones que había dejado pasaron a manos de los vencedores. Eva Kim, secretaria de Graham Martin, le dijo a Merle Pribbenow: «Usted tiene una familia vietnamita; le puedo conseguir unas plazas en un vuelo “negro”». Así lo hizo, en efecto: le dio la dirección de un refugio desde el que su suegra y su sobrina se pudieron poner a salvo; su mujer y su hijo ya habían huido. Kim, una mujer de una amabilidad ejemplar, ayudó del mismo modo a muchas otras personas.

Para algunos niños, como Bong —que entonces contaba nueve años—, toda la evacuación fue «como una gran aventura, ir a sitios nuevos y emocionantes». El chico no lograba entender por qué los mayores pasaban tanto tiempo llorando. Su madre, como casi todos los fugitivos, había guardado en secreto los planes de huida; pero en la bolera de Tan Son Nhut se encontraron con amigos y compañeros de trabajo o de clase, con los que compartían sentimientos de vergüenza y pesar que preferían no expresar abiertamente. Aguardaron allí dos largos días con sus noches, hasta que por fin subieron a un C-130. El momento de despegar fue de pánico: ¿y si los comunistas, que ya estaban tan cerca, abrían fuego contra el avión? Una vez a salvo sobre el mar, se dispusieron a soportar la pesadez e incomodidad del vuelo hasta Filipinas.[38] Un aspecto deplorable de la evacuación fue que algunos estadounidenses y vietnamitas con autoridad para incluir a pasajeros en las listas oficiales vendieron plazas, de las que se beneficiaron

cientos de camareras que disponían de «billetes verdes» (dólares estadounidenses). A su vez, los estadounidenses pagaron a los militares y policías vietnamitas de Tan Son Nhut más de 50.000 dólares en concepto de soborno, para que la evacuación de sus compatriotas pudiera proceder sin obstáculos.

En cuanto al líder de Vietnam, su cabeza visible, su presidente: ¿qué debió de pensar Nguyen Van Thieu, sentado casi a solas en el gran y resonante Palacio de la Independencia, mientras el gobierno se deshacía a su alrededor? «Thieu habría destacado entre los jugadores de póker de Las Vegas —dijo Frank Scotton—, era completamente opaco.»[39] Por su parte Frank Snepp destacó: «En cuanto dejamos de controlar a un líder vietnamita, lo repudiamos. Thieu fue una figura trágica».[40] Un destacado oficial de la fuerza aérea dio a entender que el presidente daba mucha importancia al recuerdo de Diem y temía que, si desafiaba la voluntad de Estados Unidos, le sucedería lo mismo que a aquel; «por eso, cuando los estadounidenses miraban a Thieu veían a una figura sin ninguna talla».[41] Truong Nhu Tang, ministro del GRP y el futuro gobierno, atribuía a Thieu la ingenuidad de suponer que los estadounidenses sentían por él una lealtad casi de sangre. «Simplemente no se llegó a creer nunca que, en una situación tan extrema, lo abandonarían.»[42]

Esta última conjetura es verosímil, pero indemostrable, porque en el exilio Thieu mantuvo un silencio ininterrumpido. Durante las semanas finales de su poder —sería más preciso decir: de su impotencia— exhibió la misma insensibilidad política que había caracterizado sus ocho años en el cargo. A mediados de marzo hizo caso omiso de las peticiones de dimisión que le dirigieron opositores como el padre Tran Huu Thanh y el exvicepresidente Ky (que se había refugiado en una granja después de abandonar la carrera presidencial en 1971). Diez personas fueron encarceladas por, supuestamente, conjurar contra el gobierno. El Senado saigonés votó a favor de su expulsión, pero Thieu hizo oídos sordos con desdén. El 4 de abril emprendió una más que tardía remodelación ministerial, aunque, como siempre, en realidad la supervivencia en el cargo dependía de la lealtad de los generales. La «Fuente de Tay Ninh», el agente «Hackle», informó de que Hanói no tenía ningún interés en llegar a

acuerdos con ningún bando del Sur. En un momento en que el Norte se hallaba al borde del triunfo militar, ¿qué interés podía tener en unas negociaciones? Solo el embajador Martin y un puñado de mediadores vietnamitas se aferraban a la ilusión de que aún podría forzarse un resultado distinto al pleno dominio comunista.

A los ojos de la posteridad, Thieu es una figura antipática, que no supo acercarse al conjunto de sus propios compatriotas y gobernó gracias a un puñado de caudillos militares más o menos corruptos. No conocemos anécdotas que permitan atisbar humanidad en aquel hombre de una frialdad antinatural. Lo mejor que tal vez pueda decirse es que no figuró entre los autócratas más crueles del mundo. Cesó de la presidencia demasiado tarde, el 21 de abril, y se marchó para siempre del país cuatro noches después, en compañía del antiguo primer ministro Tran Thien Khiem. Frank Snepp fue el chófer de Thieu en el breve viaje desde su residencia privada en el interior de la base de Tan Son Nhut hasta un C-118 de la fuerza aérea estadounidense, que le esperaba. El presidente estrechó la mano del oficial de la CIA y le dio las gracias con laconismo mientras intentaba contener las lágrimas.[43] Un grupo de espías, diplomáticos y guardias estadounidenses, vestidos todos de civil, bromeaban con cierto nerviosismo por la artillería que sonaba en la distancia.

El embajador estadounidense charló brevemente con Thieu al pie de las escaleras del avión. «Solo le dije adiós —afirmó Martin más adelante—. Nada histórico. Solo adiós.» Cuando los motores del avión ya rugían, se produjo un momento absurdo: el enviado, con gesto de esfuerzo, se puso a arrastrar él solo las escaleras lejos del aparato, hasta que Snepp gritó: «¡Señor embajador! ¿Me permite que lo haga yo?». Durante los años venideros corrió el rumor de que Thieu llevaba en su equipaje las reservas de oro de Vietnam del Sur, pero en el exilio ni él ni su familia exhibieron cantidades excesivas de metálico; en 2016, en el condado de Orange, la viuda compró un espacio en el cementerio gracias a la generosidad de los amigos.[44] El epitafio más idóneo para Thieu diría que, cuando los estadounidenses retiraron la mano del guante, el títere cayó inerte.

Tran Van Huong, que había sido maestro de escuela y contaba por entonces setenta y un años, asumió la presidencia durante unos pocos días de desgracia, mientras el teniente general Nguyen Van Toan se aprestaba a dirigir la defensa de Saigón. Contaba con sesenta mil soldados del ejército regular y un número similar de las Fuerzas Regionales y Fuerzas Populares. No eran suficientes para rodear toda la ciudad; por lo tanto, se optó por desproteger los caminos que venían del sur. Nadie suponía, en ninguno de los bandos, que los survietnamitas pudieran resistir por mucho tiempo contra las masas del Norte, pero algunos oficiales y políticos se aferraban a la esperanza de combatir hasta poder negociar las condiciones de la rendición, sin una capitulación vergonzosa. La Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos interceptó un mensaje de radio del enemigo que ordenaba que la artillería abriera fuego si los estadounidenses no se habían marchado antes de que las columnas de Dung llegaran al centro de la ciudad. No se sabe con certeza si se trataba o no de un farol; pero los miembros más destacados del personal estadounidense planearon la salida en consecuencia, por delante de las vanguardias comunistas.

Dung contaba con más de 250.000 soldados agrupados en cinco cuerpos, catorce divisiones, diez brigadas y regimientos independientes, más un batallón de misiles MTA-2 de defensa aérea, consignado desde el Norte. Unos pocos pilotos se habían formado a toda prisa para pasar de los MiG17 a los A-37, de modo que pudieran tomar los mandos de los aviones incautados; Hanói prefería no usar los cazas propios, de fabricación rusa, por temor a provocar con eso una respuesta de Estados Unidos. El asalto de Dung, de múltiples ejes, se centraba en los grandes cuarteles generales y los símbolos del poder político y militar, incluidos Tan Son Nhut y el Palacio de la Independencia. Había catorce puentes entre las líneas de salida de los comunistas y el centro de la ciudad; los zapadores tenían el encargo de tomarlos por delante de las columnas blindadas. El objetivo general era inmovilizar y destruir a las fuerzas survietnamitas en la periferia, evitando una batalla destructiva en el centro de la ciudad.

El 25 de abril, Le Duc Tho envió un largo telegrama a sus camaradas del politburó de Hanói, intentando calmar el temor a que la demora de la partida final pudiera resultar arriesgada y que, incluso después de perder la

capital, las fuerzas de Saigón se retirasen al delta sin entregar las armas. Tho recomendó calma y aseguró que todo iría bien. Saigón caería y el régimen moriría cuando se tomara la capital.

En la última fase en Tan Son Nhut, los hombres de un destacamento de seguridad de la fuerza aérea vietnamita preguntaron a su comandante: «Muy bien, teniente, ¿y ahora qué?». El teniente Nghien Khiem guardó silencio varios minutos, porque no podía responder nada constructivo, y a la postre dijo: «Marchaos a casa. Lo mejor que podéis hacer es cuidar de vosotros mismos». En aquellos días, tal clase de conversación se repitió diez mil veces entre los survietnamitas, con uniforme o sin él. El propio Khiem se subió a un ciclomotor y se marchó a la casa familiar. Justo fuera de la base, en mitad de la carretera, se topó con una vista patética: dos figuras pequeñas y solitarias, la de un niño de unos diez años y su hermana de quizá seis, sentados en lo alto de un montón de equipaje y posesiones. Khiem giró y se acercó a preguntarles qué hacían allí.

—Nuestros padres nos han dicho que nos quedemos aquí a esperarlos —dijo el chiquillo.
—Y eso, ¿cuándo ha sido?
—A primera hora...

Se hallaban ya mediada la tarde. Khiem hizo lo único que se le ocurrió en aquellas circunstancias: se acercó a un puesto próximo y compró unos zumos para los niños. «Será mejor que dejéis el equipaje y os marchéis a casa a esperarlos allí.» Asintieron, indecisos, y él continuó su camino, dejando a la triste pareja donde estaban.[45]

Los norvietnamitas planearon el ataque final sobre Saigón, distribuido entre seis columnas, para el 27 de abril; pero a la «Columna de la Costa» se le dio permiso para ponerse en marcha un día antes porque debía cruzar dos ríos. A primera hora del 26, veinte batallones de artillería abrieron fuego desde el este, poco antes de que echaran a andar también los tanques y la infantería. Al día siguiente, la 18.ª división del ERVn —héroes de Xuan Loc— recibió un vapuleo a manos del 4.º Cuerpo del Norte, y se vio obligada a retirarse,

mientras que el 2.º Cuerpo de An acometió a las fuerzas del Sur que defendían la única conexión terrestre entre Saigón y el mar. Según escribió An: «Los combates fueron cada vez más intensos a cada minuto que pasaba, oscilando adelante y atrás mientras las tropas luchaban por el control de cada pared derrumbada, cada búnker, cada árbol del caucho, blindado contra blindado, obús contra obús».[46] Las Fuerzas Regionales, durante un tiempo, pudieron mantener la ciudad de Long Thanh; los restos de la Aerotransportada conservaron la posición hasta que los superaron por el flanco, y entonces se retiraron hacia el puerto de Vung Tau.

En la tarde del 28, cinco A-37 pilotados por aviadores comunistas bombardearon Tan Son Nhut, destruyendo varios aparatos y traumatizando a los defensores. Diez horas después la base se vio sometida a un bombardeo de cohetes y cañones que mataron a dos guardias de la Marina estadounidense. Los zapadores comunistas tomaron (y pudieron defender durante unas horas) el puente de Newport, próximo al centro de la ciudad, desatando un tiroteo que fue observado con macabra fascinación por decenas de periodistas y cámaras de los medios de comunicación occidentales. Se dice que la infantería de Marina vietnamita resistió de un modo impresionante más al norte, pero esto no resultó de ninguna utilidad a los defensores porque las tropas comunistas que avanzaban en tropel hacia la capital no tardaron en abrir una veintena de brechas en las líneas survietnamitas.

La 10.ª división del Norte, que había combatido más que ninguna otra desde el principio de la campaña, recorrió los últimos kilómetros de la Nacional 1 encabezada por tanques cuyas estructuras iban repletas de infantes. Las columnas que pasaron con celeridad por Cu Chi —que había sido una base que, simbólicamente, tenía a sus pies un intrincado complejo de túneles del Vietcong— estaban formadas por una combinación de blindados propios, los T-54 y K-63, en su mayoría al límite de la vida de los motores, y M-41 y M-48 de fabricación estadounidense, perdidos por el enemigo. Espoleados sin descanso por sus comandantes, se indicó a los conductores que se abrieran paso prescindiendo de la oposición que encontraran, en vez de perder las horas necesarias para que la infantería se desplegara en los campos próximos y se organizaran ataques estáticos.[47] A

las 6.00 del día 29, los zapadores y la infantería controlaban el puente de Sang. Este se hundió con rapidez, incapaz de soportar el peso de dos tanques; además los atacantes encontraron una «resistencia denodada» en Dong Du. Otros blindados quedaron empantanados en una corriente de donde los ingenieros tuvieron que rescatarlos; luego chocaron con blindados del Sur y hallaron que su camino —la Nacional 4— estaba bloqueado por camiones. Bajo una lluvia intensa, los survietnamitas lograron resistir casi toda la mañana en la fábrica textil de Vinatexco y el puente de Tham Luong. En Tan Son Nhut se produjo una explosión espectacular en un arsenal de bombas, antes de que, muy avanzada la tarde, los tanques del Norte comenzaran a disparar contra los aviones aparcados dentro de la base. Con las últimas luces se pararon, a la espera de retomar el asalto al amanecer.

Por su parte, en el centro de Saigón, los habitantes de la ciudad se vieron obligados, definitivamente, a reconocer la inminencia de la erupción volcánica que iba a sepultar su sociedad. Cao Van Vien, jefe del Estado Mayor del ERVn, había presentado la dimisión para correr a refugiarse en un portaaviones estadounidense, el 28, como hicieron al día siguiente el general Toan y otros oficiales. El exvicepresidente Ky pronunció un discurso pretencioso en el que pedía a sus compatriotas que convirtieran Saigón en un segundo Stalingrado, antes de tomar los mandos de un Huey para dirigirse al portaaviones *Midway*. Para evitar la humillación de que los marinos estadounidenses lo desarmaran, él y sus compañeros lanzaron al mar las armas menores, incluida una pistola que John Wayne había regalado en persona a Ky. El capitán del barco lo saludó y, señalando una condecoración de su pecho, dijo: «Usted me la dio». Ky escribió: «No pude contener las lágrimas, el cuerpo entero me temblaba por los sollozos. El capitán se retiró, cerró en silencio la puerta de la cabina y me dejó a solas con mi llanto».[48] Pese a la fama de venalidad, cuando Ky empezó una nueva vida en California lo hizo sin apenas dinero.

El sonido de los helicópteros era incesante, primero en la evacuación de Tan Son Nhut, luego, el 29 de abril, del complejo de la embajada estadounidense y un puñado de edificios de la misión, que se convirtieron en los últimos enclaves norteamericanos. Aquella tarde, el teniente Khiem

llegó a la casa de sus padres en Saigón y encontró llorando a su anciano abuelo y otros miembros de la familia —aquel día corrieron ríos de lágrimas—. Según era habitual en el país, Khiem solicitó el consentimiento formal de su suegro para llevar a su esposa Lien a la embajada, desde donde huiría a refugiarse con la Séptima Flota. La subió al ciclomotor, la llevó al complejo, que distaba tan solo unas manzanas y estaba protegido por marines estadounidenses de la multitud que, cada vez más nerviosa, se agolpaba fuera de los muros. También vino el suegro, con otras dos hijas, en una Lambretta. Se reunieron con el hermano de Khiem y luego este se abrió paso hasta las puertas.

Por los contactos privilegiados de Khiem, al ver su identificación los marines dejaron pasar al grupo entero. Sin embargo, aún faltaba el hermano menor, un estudiante de Derecho, de veintitrés años. Khiem regresó a la casa familiar, donde el joven apareció al poco tiempo. Una vez más, Khiem batalló con la muchedumbre para abrirse paso hasta las puertas y, después de entregar 100 dólares al hermano, le hizo saltar el acceso por la fuerza bruta y volvió a la casa.

Tran Tan contaba veinticinco años y, al igual que Khiem, tenía vínculos directos con los estadounidenses, pues había trabajado como operador nocturno de la centralita de la USAID. Sus jefes le habían pedido quedarse como parte de la «plantilla esencial», lo que le otorgaba el derecho de acceder a un vuelo de evacuación. Llamó a sus padres —otra ventaja del trabajo era que en su casa disponían de un teléfono doméstico estadounidense— y pidió que su hermano Hung, de quince años, le llevara ropa y comida a la oficina de la USAID. Cuando el chico llegó, Tan le pidió que no se marchara y preguntó a los norteamericanos si sus otros dos hermanos, cuyos detalles ya les había dado, podían acompañarles. La respuesta fue una negativa rotunda: ambos eran soldados y el presidente Thieu había decretado que el personal militar no debía abandonar el país. Más adelante, Tan dijo: «Fui un idiota... Cuando llegué a Guam y vi allí a todos aquellos hombres del ERVn, comprendí que si hubiéramos encontrado unos pocos dólares que darle a alguien mis hermanos podrían haber venido conmigo».[49] Su padre se negó a marcharse: «Soy demasiado viejo para preocuparme por si vivo o muero». Cuando Tan y Hung subieron

a un helicóptero que se alejó de la embajada estadounidense a las seis de la tarde del 29 de abril, la separación abrió un abismo en la familia —como en tantas otras— que no se pudo cerrar durante muchos años. Tan acabó agradeciendo que sus hermanos fueran simples reclutas: su condición ordinaria les evitó los horrores de los campos comunistas que aguardaban a los exoficiales.

En aquel último día de la evacuación, los oficiales de la CIA escucharon avergonzados los agudos sonidos de las numerosas radios sin respuesta del centro de operaciones. De todo Vietnam y por todos los canales, entre los crujidos de la estática, llegaban peticiones de socorro: «Soy el señor Han, el traductor...».[50] Para Frank Snepp, aquellas voces angustiadas eran una pesadilla; «pesavocillas», las denominó. Nunca fue creíble que los estadounidenses pudieran emprender la extracción ordenada de todos los vietnamitas asociados con su país, ni siquiera si el embajador hubiera mostrado una mayor previsión. Solo unos pocos afortunados hallaron refugio por medio de aviones o helicópteros. La gran mayoría, presa del pánico, trató de huir en navíos y embarcaciones menores de toda clase y tamaño, que fueron muy habituales en las aguas de Vietnam del Sur durante las semanas posteriores.

Durante la última noche en la embajada, un auxiliar de Martin, Ken Moorefield, estuvo charlando con el jefe de la base de la CIA, un húngaro calvo, bajo y fornido, que «sin duda sufría y lo pasaba mal».[51] Polgar había compartido hasta el último momento la falsa ilusión del embajador de llegar a un acuerdo político; aquella noche se lamentaba, en tono desesperado: «¡Ojalá no les hubiéramos cortado el suministro!». Moorefield describió la escena que vivió en el complejo antes de partir: «Se había impuesto una calma que ponía los pelos de punta. Apenas se oía ningún ruido. No se oían disparos. Nada daba a entender lo que estaba a punto de pasar». En los vuelos finales desde Saigón, los helicópteros de la infantería de Marina hicieron 682 salidas para evacuar a 1.373 estadounidenses y 5.595 personas de otras nacionalidades —en su inmensa mayoría, vietnamitas— a buques de guerra de la Séptima Flota. El embajador Martin salió a las 4.58 del 30 de abril, cuando el buque de mando recibió un mensaje con el código acordado: «Tigre, tigre, tigre». Varios cientos de vietnamitas quedaron

abandonados a su suerte en el complejo porque Washington insistió en concluir la evacuación de forma que los últimos marines pudieran abandonar el lugar a las 7.53.

Al mismo tiempo que los últimos estadounidenses eran aerotransportados, los soldados del Sur plantaban cara en la base de instrucción de Quang Trung, donde dejaron fuera de combate cuatro carros blindados del Norte y resistieron durante toda la noche. Los comunistas retomaron el asalto a las 5.30 del día 30, y aún toparon con resistencia: un tanque fue alcanzado a un tiempo por un cohete M-72 y el proyectil de un tanque del ERVn, que un T-54 comunista embistió, obligando a sus tripulantes a darse a la fuga. Una unidad del Norte que se había perdido convenció a un joven espectador de que se subiera a un blindado y les indicara el camino. Cuando la columna fue atacada, no obstante, el joven saltó del casco y huyó, tras lo cual los blindados equivocaron de nuevo el camino. Las narraciones comunistas hablan de «una resistencia cada vez más enconada».[52] El primer tanque del ENv que se acercó a la puerta principal de Tan Son Nhut fue pasto de las llamas: «La infantería había quedado inmovilizada, el elemento de cabeza ... estaba tan debilitado que no pudo proseguir con el ataque». Los oficiales se apresuraron a examinar la situación y enviaron refuerzos.

La intervención de aviones de la fuerza aérea vietnamita —una de las últimas de la guerra— puso fuera de combate otros dos tanques. A las 10.15, con bajas crecientes entre los blindados, «la situación se estaba complicando sobremanera». Pero llegados a ese punto la infantería se abrió paso y tomó los búnkeres situados al oeste de la puerta principal. Una columna de tanques y transportes se lanzó hacia delante, y se diseminó por el perímetro, en abanico, disparando al paso. Los defensores empezaron a salir en grupos que hacían gestos de rendición. Hacia primera hora de la tarde se había barrido toda la resistencia de la base.

Huynh Cong Than, el veterano líder del Vietcong, encabezaba una fuerza numerosa como una división, que entraba en Saigón desde el sur. Se dio cuenta de que, aunque en el panorama general el ERVn se estaba

hundiendo, sus unidades tuvieron que librar una serie de batallas menores, pero feroces, que iban causando bajas sin tregua. Un ataque contra el cuartel general de un distrito militar fracasó; el Vietcong optó por rodear el complejo y atravesó el río de Can Giuoc. Than recordaba con vivacidad que, en el Tet de 1968, habían seguido la misma ruta, aunque con consecuencias mucho menos favorables. Su guerra concluyó tras ocupar los cuarteles generales de la policía militar y la Marina, en el centro de la ciudad. «Nuestros soldados sonreían muy satisfechos por la victoria», escribió. La culminación simbólica del día 30 se produjo cuando uno de los tanques que abrían paso a la 304.ª división del general de división An reventó las puertas del Palacio de la Independencia, la residencia de Thieu, ya abandonada.

El expresidente Duong Van Minh («el Gran Minh»), cuyo hermano menor era un oficial destacado del ENv, había vuelto a ocupar nominalmente la presidencia del Estado, tres días antes. Albergaba la vana esperanza de negociar un alto el fuego, pero los comunistas no tenían intención de reconocer el gobierno de Minh ni de ningún otro meridional. En aquella mañana del 30 de abril, el general hizo su única aportación útil al proclamar la capitulación, con una declaración que se emitió por radio repetidamente, de modo que salvó muchas vidas, porque los soldados del ERVn depusieron las armas. Al caer la noche no quedaban combates de importancia.

Decenas de miles de vietnamitas siguieron huyendo de Saigón aquel día y, de hecho, durante las semanas posteriores. El teniente Khiem llegó agotado a su casa, para reunirse con sus padres y su abuelo: «No había tiempo para llorar, yo solo me preguntaba cómo podríamos sobrevivir». En la mañana del 30, la familia tuvo noticia de que —a cambio de una cantidad de dinero— quizá podrían subir a un barco desde el río. Khiem rogó a su madre que los acompañara, pero esta insistió en quedarse para que alguien cuidara del abuelo. El padre lo llevó al muelle, en uno de los camiones de la empresa familiar, y se despidió del hijo con tanta emoción como premura. El joven oficial saltó a bordo de un barco que ya transportaba unas dos mil personas, y cayó encima de una multitud; como en las inmediaciones estallaban cohetes comunistas, instó a unos marinos a cortar las amarras, lo

que en efecto hicieron. Aquella mañana, una caravana de barcos de la Marina bajó por el río Saigón hacia el mar baqueteada por la artillería comunista. Cuando ya estaban en mar abierto, las radios portátiles les trajeron la noticia de que Vietnam del Sur se había rendido formalmente, lo que desató una nueva oleada de lágrimas... y oraciones.

Nguyen Hai Dinh, el desertor del ENv que llevaba cuatro años en un seminario de Saigón como si se estuviera formando para ser sacerdote católico, sabía que su futuro sería breve si esperaba a los vencedores. El 30 de abril batalló para abrirse paso entre una multitud creciente y desconcertada, para unirse a quince soldados de unidades aerotransportadas; abandonaron el puerto de Saigón en un barco pesquero diminuto, desde donde pasaron, ya en aguas abiertas, a un transporte que llevaba a otros cuatro mil fugitivos. Entre los horrores y penalidades que siguieron a un fallo de los motores, Dinh lanzó a la basura su carnet de identidad survietnamita y el certificado como *chieu hoi*. Al final desembarcaron en Hong Kong, donde pasó nueve meses. Si toda su vida había acariciado el deseo de vivir en Estados Unidos, al marcharse de Saigón cambió de idea: como muchos compatriotas ahora entendía que los estadounidenses los habían traicionado y optó por instalarse en Gran Bretaña.[53]

En aguas del mar de la China Meridional, mientras el Estado de Vietnam del Sur quedaba relegado a la historia, una multitud de personas emocionalmente agotadas contemplaba con admiración la vasta flota de buques de guerra de todos los tamaños, transportes, petroleros y embarcaciones menores que se apiñaban entre el oleaje, en una escena que reflejaba la humillación más grave de la historia de Estados Unidos —aunque el padecimiento recayó ante todo sobre el pueblo de Vietnam del Sur—.

Cuando las fuerzas comunistas se aproximaron a Vung Tau, muchos soldados de Saigón se pusieron de pronto brazaletes rojos, para proclamar la nueva lealtad a los vencedores. El teniente Nguyen Quoc Si había rechazado las oportunidades de huir «porque amaba Vietnam y no tenía el más mínimo deseo de vivir en Estados Unidos».[54] Fue testigo de escenas

terribles durante las últimas horas antes de que el puerto cayera: «Hubo paracaidistas que resistieron hasta el último hombre. Algunos se quitaron la vida, a sí mismos y a sus familias». Un bote cargado de fugitivos sufrió un impacto directo de la artillería comunista cuando ya estaba en el mar. Entonces Si y otros oficiales del Sur vieron cómo las tropas de la 3.ª división del Norte, la «Estrella Amarilla», entraban en la ciudad. Su primer sentimiento fue de vergüenza, por la extrema juventud del enemigo: «Muchos tenían quizá trece, catorce, quince años. Nos decíamos unos a otros: "¿Cómo podemos haber perdido la guerra delante de unos niños? ¡Seguro que podríamos haberles ganado!". Estábamos muy tristes; mucho. Los comunistas no tenían ni idea de qué hacer con nosotros. Cuando le entregué mi Colt .45 a uno de los chicos, empezó a jugar con él como si fuera un juguete. Tuve que cogérselo otra vez para quitarle las balas o se habría pegado un tiro». A los oficiales que se rindieron se les ordenó, antes que nada, enterrar los cuerpos hediondos que las últimas batallas de la guerra habían sembrado por las zonas rurales, incluidos los detritos de las carnicerías del área de Xuan Loc.

La flotilla del comandante Tri estaba fondeada en el puerto de Vung Tau desde el 6 de abril, y la tropa y los oficiales discutían exasperadamente sobre la conveniencia de huir o no. Cerca de la mitad optaron por desembarcar. «De haber sabido cómo se iban a portar los comunistas, todos habrían escapado», dijo escuetamente Tri.[55] Los que se decantaron por el exilio pusieron rumbo a la bahía de Súbic. Iban en una nave de desembarco, que transportó a mil quinientas personas en una navegación tranquila y casi cómoda, en comparación con la dura prueba que vivieron cientos de miles de compatriotas. En cambio, dos viejas lanchas de desembarco de Can Tho, donde se habían apiñado numerosos vietnamitas y un puñado de trabajadores del consulado estadounidense, soportaron una ordalía de lluvia, hambre, sed y mareos antes de que los recogiera el *Pioneer Contender*, un viejo carguero de la clase Liberty. Los pasajeros estadounidenses, agotados y resentidos, se habían sentido abandonados por los suyos. El estado de ánimo no mejoró cuando una figura que los observaba desde la barandilla

de popa de aquel buque —un oficial de la CIA que había huido confortablemente en helicóptero— les gritó en tono indolente: «¡Eh! ¿Así que os ha tocado mojaros?».[56]

En Tay Ninh, nadie tenía más razones para temer la llegada de los comunistas que el teniente coronel de las fuerzas especiales Phan Tan Nguu, cuya esposa Nguyet también había trabajado en el mismo departamento. Su asesor de la CIA les había ofrecido plazas en un Huey, pero las rechazaron porque tenían a los dos niños fuera, en casa de los abuelos. El 30 de abril, después de prender fuego a los archivos, Nguu cogió una Honda con su mujer para intentar reunirse con la familia, pero encontró la carretera bloqueada por el ENv. Buscaron refugio en un templo, pero aquella misma noche cayeron prisioneros.[57] La comandante Nguyen Thuy, de treinta y dos años, sabía qué destino le aguardaba si los comunistas la capturaban, al ser un miembro notable de la policía de Saigón; pero ella tampoco se decidió a huir porque su hijo menor —«lo que yo más amaba»— estaba con sus padres en My Tho. Pasó los trece años siguientes en un campo de reeducación, mientras que su esposo, oficial del ERVn, cumplió seis. Todas las propiedades de la pareja, incluida la casa familiar y la de sus padres, fueron confiscadas.[58]

Justo antes de que los comunistas ocuparan Saigón, el comandante Nguyen Cong Luan se bebió media botella de *bourbon* —más que nunca en toda su vida de sobriedad—, sin llegar a emborracharse, y se apuntó con una pistola a la cabeza. Sin embargo su chófer le dijo: «¡No lo haga, se lo ruego! Si usted decide terminar la vida para descender a los infiernos, déjeme ir con usted, que seguiré siendo su chófer». A Luan se le escapó la risa y abandonó la idea del suicidio.[59] Otros tomaron otros caminos. Unas pocas puertas más abajo de la casa de Luan vivía otro comandante del ejército que tomó una opípara comida en compañía de su esposa y sus siete hijos, para luego darles un somnífero, irlos matando uno por uno y quitarse la vida al final él mismo. Dejó una nota: «Queridos vecinos, mi familia no puede vivir bajo el régimen comunista. Por favor, perdónennos y ayuden a mis parientes a enterrarnos. En la caja fuerte hay un poco de dinero. Por favor destínenlo a los gastos de nuestro sepelio. ¡Gracias y adiós!».[60]

A las cinco de la tarde del 30 de abril, el pueblo norvietnamita oyó, resonando por medio de los incontables altavoces de las calles, la conocida melodía «Matad a los fascistas» que precedía a las noticias de La Voz de Vietnam. Luego se anunció: «Compatriotas, se os invita a escuchar una proclamación especial de la victoria», y sonó la canción: «Ojalá el Tío Ho pudiera estar con nosotros y compartir este día de felicidad».

En Saigón, los soldados del Norte quedaron asombrados por la abundancia de productos de las tiendas. Un joven teniente se apresuró a entrar en la librería La Ilustración, de Khai Tri, donde destinó sus escasas reservas de dinero para comprar dos diccionarios vietnamita-inglés, uno para sí mismo y otro para su hermana: «Yo quería volver a la universidad y en Hanói no se conseguían tales cosas».[61] Bao Ninh tuvo la impresión de que muchos meridionales estaban simplemente contentos porque la guerra había acabado; y sin duda acertaba al suponer que la primera reacción de millones de los antiguos súbditos de Thieu había sido de alivio y, durante un tiempo, pudo más que el temor al futuro.

Los libros de historia de los comunistas solo ofrecen estadísticas fragmentarias sobre la campaña final de la guerra. Indican que hubo más de doce mil bajas durante los combates de Xuan Loc, Phan Rang y los accesos a Saigón por el oeste, más el asalto definitivo a la capital. Un destacado oficial del ENv dijo secamente: «La marcha de la victoria no transcurrió sobre una alfombra roja que nos había tendido el enemigo, en contra de lo que mucha gente supone».[62] Las batallas de 1975 costaron a Vietnam del Norte, probablemente, unos diez mil muertos; ciertamente eran pocos en comparación con la montaña de cadáveres de compatriotas a la que Le Duan ya había ascendido para obtener la reunificación de Vietnam.

Henry Kissinger quedó conmocionado por la inmensa tragedia humana que se desarrolló durante los días que precedieron y siguieron al triunfo comunista. Pero cuando Graham Martin se comunicó por fin con él en Washington, acabada la ordalía, el secretario de Estado dedicó al exembajador uno de sus típicos chistes de humor negro: «Bueno, más vale que vaya saliendo de allí, porque según esa teoría de la historia que todo lo achaca a un culpable... ¡necesitamos precisamente alguien al que culpar!».

28

Después

1. Venganza

Cuando los cañones dejaron de tronar, el regreso de los veteranos comunistas —la vuelta a casa de los vencedores— no fue menos desazonador que el de sus antiguos enemigos estadounidenses. Chau Phat, que era del Sur, dijo con sarcasmo: «Para los del Norte, ganar no fue la fiesta que esperaban».[1] En su novela autobiográfica *El dolor de la guerra*, Bao Ninh describe el regreso a Hanói tras la campaña de 1975, en el que se dio en llamar «Tren de la Unificación», repleto de soldados heridos y desmovilizados: «Las mochilas estaban apiñadas en los estantes del equipaje y en todos los rincones. Había hamacas colgadas en vertical y en horizontal, con lo que los compartimentos recordaban un poco las bases de descanso en la selva. No había habido trompetas para los soldados victoriosos, ni tambores, ni música. A la población en general, no les importaban. Tampoco a sus propios líderes».[2] Comparó las estaciones ruidosas por las que pasaban con mercados vespertinos, y se cansó de que los soldados tuvieran que sufrir inspecciones repetidas por si llevaban botín: «Los altavoces atronaban, reventaban los oídos de los heridos, enfermos, ciegos, de los palúdicos de ojos blancos y labios grises. Sus oídos no descansaban del torrente infinito de mensajes a cuál más irónico, mensajes que los invitaban a prescindir del espíritu de la reconciliación, a despreciar la calidez y humanidad presente en las ruinas de la sibarita y derrotada sociedad del Sur. En especial denunciaban la idea de que su gente pudiera haber luchado con valentía o merecer respeto por cualquier otra causa». Ninh y la mayoría de sus camaradas estaban en contra de aquel «aluvión de absurdos». Entre los descontentos figuraba Truong Nhu Tang, el antiguo cuadro secreto y ministro de Justicia con el GRP. Más que descontento,

estaba enojado por la forma en que se había hecho realidad la «liberación» de Vietnam del Sur: «El Partido Comunista de Hanói concentró el poder en manos de burócratas corruptos e incompetentes y organizaciones de seguridad brutales. Lucharon unos contra otros por confiscar las mejores casas, las plantaciones más ricas y los productos del mercado negro».[3] Tang no olvidó nunca la asamblea del partido en la que los del Norte afirmaron su voluntad de gobernar pasando por alto las peticiones de los veteranos del FLN, el propio Tang incluido: «Todavía no se han publicado fotos de [la reunión en] la sala del baile del Rex, escena de la humillación definitiva de la revolución del Sur, el 18 de julio de 1975». Algunos amigos fueron muy críticos con él: «Al menos con Diem y Thieu había honor entre los ladrones. Pero esta gente del partido engulle todo lo que está a la vista. ¿Ha sido de verdad tan buena idea expulsar a los estadounidenses?».[4] Los oficiales del ejército y los cuadros del Norte, «tras estar sometidos durante años a los rigores de la vida militar, de pronto se encontraban [en Saigón] con lo que parecían riquezas de cuento de hadas, puestas a su disposición. Era como si una plaga de langostas hubiera caído sobre la ciudad».

Por su parte, los estadounidenses volvieron a casa con la vergüenza de que, entre el caos de la evacuación, se había abandonado a muchos aliados que sufrirían las represalias de los comunistas. En una charla en el Instituto del Servicio Exterior de Washington, en 1975, Frank Snepp dijo: «Dejamos atrás, en el asfalto o fuera de los muros de la embajada, a entre cuatrocientos y quinientos policías de la fuerza especial de Saigón, a los que nosotros mismos habíamos entrenado ... unos doce mil miembros de la organización central de inteligencia de Saigón ... y treinta mil cuadros de nuestro programa antiterrorista Phoenix».[5] Puso de relieve un fallo grave y general: no se habían destruido los archivos que contenían los nombres de decenas de miles de vietnamitas que habían prestado servicio con los estadounidenses o con el régimen; según los cálculos de Snepp, entre los más vulnerables solo un tercio había podido escapar. El público, procedente de los sectores dominantes de la clase política, le escuchaba en silencio y atónito; sus oyentes deploraban no cómo habían actuado (o dejado de actuar) los estadounidenses, sino el hecho de que Snepp lo revelara. Tras publicar en 1977 un libro de tono enojado, *Decent Interval* («Un intervalo

decente»), el gobierno de Estados Unidos lo llevó a juicio y confiscó sus ingresos; en adelante la comunidad de los servicios secretos tuvo al autor como un paria.

En cuanto a los fugitivos que huyeron de Vietnam en aquellas circunstancias terribles, lo hicieron en un número abrumadoramente superior a la capacidad de las embarcaciones estadounidenses accesibles. Cuando el bote de refugiados del teniente Nghien Khiem halló un buque de guerra estadounidense en el mar de la China Meridional, los tripulantes norteamericanos recalcaron su negativa a acogerlos salpicando las olas con ráfagas de advertencia de sus armas automáticas, un gesto que algunos viajeros entendieron como simbólico. Después de guiarse por las estrellas, y tras muchas privaciones y aventuras extraordinarias, llegaron a Singapur. En Saigón, el padre de Khiem perdió el negocio y, de hecho, todas sus posesiones. La madre abrió un puesto de cafés para apoyar a la familia hasta que se les permitió marcharse, siete años después, con los bolsillos tan vacíos como cuando habían abandonado Saigón allá en 1954. «Tuvimos que partir de cero por segunda vez», se lamentaba Khiem.

Nguyen Thi Chinh escapó de la capital en avión, gracias al pasaporte diplomático que tenía el privilegio de poseer al ser la estrella más señera de las pantallas de Vietnam del Sur. Sin embargo, cuando llegó a Singapur, donde poco antes había estado grabando, la detuvieron: con el hundimiento del régimen de Thieu, las credenciales que llevaba eran la simple tarjeta de visita de los perdedores. A los dos días la deportaron, y emprendió un recorrido por medio mundo gracias a billetes comprados por amigos. Fue una odisea solitaria: en París vio brevemente a su hermana a través de la pared de cristal de la sala de inmigración antes de que las autoridades la obligaran a seguir camino hacia Londres, donde tampoco la aceptaron. Atravesó el Atlántico, pero en el aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York la rechazaron de nuevo. El 2 de mayo, la admitieron por fin en Toronto: «Me convertí en la primera refugiada vietnamita de Canadá».[6] Hacía tan solo unos días era una mujer relativamente rica; pero todo lo que poseía se había quedado en Saigón, fuera de su alcance para siempre. Los servicios sociales canadienses le entregaron un abrigo y 75 dólares, y le impusieron la condición de buscar empleo de inmediato. En un giro

narrativo que se habría tenido por increíble en una película de ficción, se convirtió en limpiadora en una granja de pollos donde le pagaban 2 dólares por sostener una manguera de presión.

Desesperada, cogió lo único a lo que podía recurrir, una agenda, e hizo llamadas de teléfono —de un coste lacerante para ella— a varias estrellas de Hollywood con las que había trabajado o a las que había llegado a conocer. Primero lo intentó con William Holden, que resultó estar en Europa. El mayordomo de Glenn Ford lamentaba comunicarle que el gran hombre no la recordaba. En la oficina de Burt Reynolds le repitieron, como único mensaje, que el señor Reynolds no estaba disponible. Por último, cuando apenas le quedaban monedas, llamó a una mujer con la que solo se había encontrado una vez: Tippi Hedren. «Yo me estaba ahogando. Lloré por teléfono... y ella también lloró.» Hedren le pidió calma y apuntó los datos de Chinh. En tan solo tres días, la antigua estrella de Hitchcock le permitió escapar de su pesadilla avícola, la pertrechó con un billete de avión y un visado para Estados Unidos, y la invitó a su casa, donde abrió para aquella huésped en la indigencia las puertas de su propio armario. Cuando Bill Holden regresó de su excursión cinegética, le envió el ramo de rosas más inmenso que Chinh hubiera visto nunca, con una nota: «Bienvenida a Estados Unidos. Que este país se convierta en tu casa». La actriz fue una persona más entre los tres cuartos de millón de survietnamitas que hicieron eso en 1975 y los años posteriores. Desde entonces apareció en casi un centenar de películas más, con el nombre artístico de Kieu Chinh.

En los días embriagadores que siguieron a la caída de Saigón, un oficial del ENv hizo un guiño a los nuevos camaradas del Sur, apuntando a la reconciliación: «Los únicos derrotados son los estadounidenses». Pero la familia de Kim Thanh, una estudiante de historia de veinte años, se quedó varios días escondida en el sótano de la casa del tío abuelo, en las cercanías de Tan Son Nhut. El anciano, como los padres de la chica, había emigrado del Norte en 1954: «Conocían a los comunistas y sabían qué iban a hacer».[7] Cuando la familia volvió a salir, vieron las primeras manifestaciones de la victoria del Norte: cadáveres tirados por las calles, víctimas de ejecuciones

espontáneas. Para no ser injustos con Hanói, cabe precisar que la mayoría del número no cuantificado de asesinatos que se produjo en el verano de 1975 —unos miles, probablemente— fueron iniciativas locales de cuadros y VC vengativos, que no respondían a órdenes del politburó. Tales estallidos de odio son habituales al final de todas las guerras parecidas: en la Francia de 1944-1945, en la fase de *l'épuration*,[*] antiguos miembros de la Resistencia asesinaron o ejecutaron sumariamente a compatriotas que entendían que habían colaborado con los nazis. Algunos vietnamitas se suicidaron para escapar a un destino ineludible de otro modo, como por ejemplo Vo Van Ba, informador clave del Vietcong que trabajaba con Phan Tan Nguu, oficial de la seguridad nacional en Tay Ninh. Ba le dijo a Nguu, poco antes del final: «Conozco tan bien a los comunistas que sé cómo será la vida con ellos en el poder».[8]

A medida que los nuevos gobernantes intensificaban el control, el pueblo de Vietnam del Sur fue comprendiendo el significado de «comunismo», que hasta el momento había sido una simple arma verbal que unos blandían y otros esquivaban. Le Duc Tho había asegurado a los extranjeros, durante las negociaciones de París: «No tenemos ningún deseo de imponerle al Sur el comunismo». No obstante, en palabras de Michael Howard, el país pasó a quedar cubierto por «un manto de gris totalitarismo».[9] Un médico de Hanói inspeccionó los equipos de un gran hospital de Saigón y dijo: «Aquí tienen demasiadas cosas. Nosotros curamos muchas enfermedades sin todo esto».[10] En consecuencia, muchos de los recursos médicos se desmontaron y enviaron al Norte en camiones, como muchas otras cosas. Algunos cuadros expulsaron en masa del hospital militar de Cong Hoa a un millar de heridos del ERVn. También vandalizaron el principal cementerio militar de Saigón y colocaron en la puerta un cartel: «Aquí yacen las marionetas bélicas de los estadounidenses, que han pagado por sus crímenes».

Durante varios meses, aun acabada la guerra, se instó a los septentrionales destacados en el Sur a no prescindir de las armas ni de la vigilancia, para que pudieran defenderse de los ataques de los descontentos, partidarios del régimen derrocado; en realidad apenas se produjeron incidentes de esta clase. Un exsargento del Sur contemplaba con

pesimismo, pero cierto humor, la reacción de los soldados del ENv ante las riquezas de Saigón, que dejó de ser capital y recibió otro nombre, Ciudad Ho Chi Minh: «Se les abrieron los ojos: vieron qué teníamos nosotros y ellos no». Nam Ly, una comunista de toda la vida, que estaba en Hanói desde 1955 por un «reagrupamiento» —pese a que el resto de la familia se quedó en el Sur—, viajó cargada de regalos para la madre con la que no se había comunicado desde hacía veinte años: doce boles de arroz, dos kilos de azúcar, dos latas de leche condensada. Sin lugar a dudas, Ly se había tragado las afirmaciones del Partido, cuando aseguraba que el pueblo del Sur vivía privaciones mucho más penosas que ellos mismos.[11]

Pasados dos meses, se permitió a Kim Thanh retomar los estudios en la universidad de Saigón, donde constató que el currículum de historia se había modificado radicalmente: «Algunos emperadores que nos habían dicho que habían sido malos, entonces resultaban ser buenos y a la inversa».[12] Su padre, exsargento mayor del ejército, ya retirado, poseía una pequeña explotación agrícola que fue confiscada para distribuirla en el marco de la colectivización. Emisiones descompensadas de la nueva moneda destruyeron los ahorros de decenas de miles de familias. A finales de 1975, muchos habitantes del Sur tenían dificultades para subsistir; a los pocos meses hubo una hambruna grave. «No había forma de conseguir arroz. Comíamos maíz, boniatos, mandioca... un montón de cosas que antes apenas habíamos visto.»[13] Los padecimientos de los survietnamitas en años posteriores, con el fracaso de la política económica de Hanói y el saqueo de los vencidos a satisfacción de los vencedores, fueron en efecto crueles. Los comunistas de cualquier graduación se metían en las casas y se llevaban lo que se les antojaba. Los del Norte trataban a los del Sur —en particular a los que se podía tildar de lacayos del antiguo régimen— como vacas lecheras, productoras de botín. Los soviéticos también se llevaron una cuota en especie, aunque más modesta: diez mil fusiles M-16 y diez millones de balas, que según aseguró a Giap Yuri Andrópov, el jefe del KGB: «Se usarán en la lucha contra el impío y para satisfacer las necesidades de los movimientos de liberación nacional».

En el año siguiente a la «liberación», se detuvo a unos trescientos mil survietnamitas. Todos los que habían mantenido alguna asociación con el gobierno caído, por ligera que fuese, estaban señalados y manchados de por vida: por ejemplo, el cajero del hotel Majestic de Saigón no fue encarcelado, pero no obtuvo más puestos de trabajo y se lo interrogó repetidamente por haber aceptado el pago de muchas facturas de estadounidenses. Aproximadamente dos tercios de los detenidos —incluidos todos los exoficiales— fueron enviados a campos de reeducación donde estuvieron internados entre tres y diecisiete años. Un historial como opositor al régimen de Thieu no garantizaba inmunidad: entre los confinados estuvo el monje budista Tri Quang, que tantos problemas había causado a los generales saigoneses.

La famosa poeta Nha Ca había escrito el guion de una película que los gobernantes anteriores habían prohibido, tildándola de alegato del pacifismo. Sin embargo, en 1968, estaba en Hue, donde fue testigo de las masacres de los comunistas,[14] y publicó una emotiva elegía: «Cinta de duelo por Hue».[*] La redacción le costó que la enviaran a un campo; el texto del poema se exhibió en el Museo de Crímenes de Guerra de Hanói como ejemplo de «mentiras de los títeres». El internamiento no tenía una duración predeterminada, sino que la establecía el Partido a su capricho. Le Minh Dao, que había dirigido la 18.ª división del Sur en Xuan Loc, estuvo detrás de una alambrada hasta 1991: mucho más de lo que Stalin había mantenido presos a los generales nazis una vez acabada la segunda guerra mundial.

Miles de exoficiales del ERVn fueron enviados a campos del Norte, donde cierto grupo que se azacanaba bajo vigilancia tuvo que escuchar el reproche colérico de un anciano del poblado: «Desde 1954 hemos estado esperando a que nos liberáseis. Y ahora, tanto tiempo después, ¡venís aquí como prisioneros! ¡Dais vergüenza! Y es porque no habéis luchado con la debida energía, habéis tolerado la corrupción, os habéis entregado más al placer. Nos habéis traicionado».[15] Entre los oyentes, el comandante Luan escribió: «Nos tragamos aquellas palabras hirientes en silencio, como un castigo que merecíamos». Él pasó siete años preso, luego sobrevivió en Saigón otros nueve, con bastantes dificultades, hasta que por fin logró

escapar a Estados Unidos. El sargento de la guardia le dijo, cuando le dieron la libertad: «Ahora dejas esta cárcel pequeña y empezarás a vivir en la grande, conmigo y con nuestros setenta millones de compatriotas».

Al exteniente Nguyen Quoc Si lo enviaron a un campo de trabajo, en la frontera camboyana, en condiciones poco mejores que las que imperaban en los recintos japoneses de la segunda guerra mundial. Él y sus camaradas pasaron incontables horas escribiendo confesiones de supuestos crímenes. Les dijeron que no los liberarían hasta que les parecieran aptos para integrarse en la «nueva sociedad». La incertidumbre hizo enloquecer a más de uno: «Un día, un médico del ejército se cortó las venas... y al día siguiente su nombre aparecía en la lista de los que pondrían en libertad».[16] Como solo disponían de aspirinas, y ningún otro medicamento, prácticamente cualquier enfermedad era letal. El padre de Si, que había sido policía en Saigón, pereció cuando contaba cincuenta y nueve años, en los primeros meses de encarcelamiento, probablemente por sus problemas crónicos de riñón (aunque la familia nunca tuvo información al respecto). Uno de los presos compañeros de Si murió de asma. Otro, sin conocimientos agrícolas, resultó fatalmente herido por un bambú irregular que saltó hacia atrás y le golpeó mientras intentaba talarlo. La disentería era endémica.

El hambre se usaba como arma psicológica. Ly Van Quy, que había sido oficial médico, se enfureció por la conducta de otro miembro de su equipo de ocho prisioneros: cuando se distribuía la ración diaria de arroz del grupo, cuya fuente era una vieja lata de municiones, aquel hombre siempre se quedaba más. Un día Quy se hartó y se puso en pie, dispuesto a matar al ladrón. Acto seguido se produjo un anticlímax: la debilidad le hizo caer y desmayarse antes de poder asestar el golpe. «Aquella noche me sentí tan avergonzado... Pensé: “Esto es justo lo que los comunistas quieren que nos hagamos los unos a los otros. Estoy jugando a su juego”. Nunca más volví a comportarme así.»[17] En el primer campo en el que lo internaron, Quy trabajó con una cuadrilla en un cementerio. Tres años después, al volver por casualidad al mismo recinto, encontró que la necrópolis había crecido mucho.

La vida en los campos empezaba siempre a las cinco de la mañana, cuando se daba a cada preso una bola de arroz como sustento para todo el día y se los enviaba a los campos a trabajar. De cada brigada de ocho hombres, uno tenía permiso para buscar elementos silvestres comestibles mientras los otros cumplían con la cuota de inanición; este pequeño complemento servía para que no murieran literalmente de hambre. Volvían a las cabañas a las seis de la tarde; las horas posteriores se destinaban al adoctrinamiento. La mayoría no tardaba en decir o en aceptar lo que hiciera falta a cambio de la libertad. Según Si: «Si me hubieran dicho que si lloraba lo suficiente me darían la libertad, me habría convertido en el mejor llorador del campo. A un hombre el pelo se le volvió cano con solo veintidós años».

Algunos prisioneros de mediana edad o incluso mayores habían vivido siempre en la ciudad y se adaptaban mal a una vida primitiva sin apenas condiciones sanitarias en la que el paludismo era crónico. Nadie sabe con certeza cuántos perdieron la vida, pero si pensamos en una tasa de mortalidad del 5 % —que es un cálculo conservador— hablaríamos de por lo menos diez mil. La liberación no les devolvía los derechos civiles. En su mayoría los enviaban a «Nuevas Zonas Económicas», áreas de selva virgen donde se esperaba que crearan comunidades, aunque las privaciones eran poco menos duras que en los campos. Algunos acabaron por recibir visados de salida, si cedían todas sus posesiones. Nguyen Thi Minh-Ha abandonó el país en 1980, en situación de indigencia: la viuda tan solo pudo llevarse las cenizas de su marido, que había fallecido en un campo; a la postre las arrojó al mar en aguas de Gran Bretaña.[18]

Su hermano Si, liberado en 1978, pudo visitar brevemente su vieja casa saigonesa antes de exiliarse en una Nueva Zona Económica. Durante el año siguiente, con la ayuda de amigos en el extranjero y la entrega de la casa familiar, le autorizaron a abandonar Vietnam con 20 dólares. Se había casado en secreto con Kim Thanh, a la que conocía desde la escuela y que entonces trabajaba como maestra; no se le permitió reunirse con él en Gran Bretaña hasta 1984. Cientos de miles de vietnamitas sin medios para hacerse con visados de salida se convirtieron en «lancheros»: subieron a

cualquier lancha o bote disponible y se lanzaron al mar, pasando penalidades y peligros espantosos, para huir de lo que se había convertido en una prisión nacional.

Algunos meridionales de posición acomodada habían acogido con alegría el final de la guerra, aunque el resultado no fuera el de su preferencia. Entre ellos estaba la esposa de Ly Van Quang, coronel de las fuerzas aerotransportadas del Sur, ya retirado, que tenía tres hijos militares; otro había muerto en Lam Son 719. Además era hermana de Thien Le, general del Ejército Norvietnamita, un vínculo que la llevó a la temeridad de confiar en que la familia no sería perseguida. En realidad, sus tres hijos —sobrinos de Thien Le— pasaron varios años en los campos.[19]

La familia recibió con desconcierto que se dejara a su padre en paz. La anomalía solo se explicó mucho más tarde: durante veinte años como oficial, el coronel Quang había contado con el servicio devoto de un edecán llamado Thong. Este hombre se integró tanto en la vida familiar de Quang que los hijos de este lo llamaban «tío Thong». Por recomendación del coronel, Thong fue ascendido a oficial, con el grado de capitán. Un año después de la caída de Saigón, reapareció en la casa familiar con uniforme de oficial comunista y reveló que llevaba más de diez años espiando para el enemigo. Aseguró a la familia que no sufrirían daño porque tenía al coronel por un hombre bueno y decente. Lejos de expresar gratitud, el viejo veterano se encolerizó hasta el punto de lanzarle una silla y gritarle: «¡Lárgate de mi casa, desgraciado traidor!». Según su hijo, «para mi padre, todo era blanco o negro».[20]

Nguyen Cong Hoan, un survietnamita contrario a la guerra, que participó durante dos fases en la Asamblea Nacional posterior a 1975 antes de huir en un bote de refugiados, dijo seis años después: «Lamento mucho no haber entendido antes a los comunistas. Los comunistas siempre hablan con términos grandilocuentes que apelan a lo mejor de cada uno. Luego los utilizan para fines trágicos. Yo les creí; me equivoqué».[21] Hai Thuan, un veterano que combatió con el Vietminh y luego vivió en el Norte durante la guerra, volvió a Saigón para trabajar en su nuevo Ministerio de Justicia. Quedó horrorizado al saber que su propio hijo, exoficial del Sur, había sido castigado a un campo; protestó apasionadamente, pero el politburó no le

hizo caso. Una bonita mañana, Thuan se tiró desde el tejado de un edificio alto de la calle Le Loi. Dejó dos cartas: una dirigida a los líderes del Partrido, denunciando su brutalidad y mendacidad; otra para su esposa y su hijo, pidiéndoles perdón.

Truong Nhu Tang, el ministro de Justicia del GRP, constató que, como cualquier otro habitante del Sur, no podía obtener información sobre sus dos hermanos, detenidos en Long Thanh. Al final obtuvo permiso para visitar el campo, a condición de que no se comunicara directamente con ellos. Después de verlos brevemente, escribió: «Todavía ahora el recuerdo de sus caras me persigue: pálidos, enjutos, asustados, con la mirada fija y helada. No puedo ni imaginar qué debieron pensar al verme en el asiento de atrás de un coche del gobierno que se paseaba por aquel lugar».[22] Pasado un tiempo logró la libertad de un hermano, pero el otro tuvo que pasar más de una década en otro campo del Norte porque se había relacionado con la antigua Asamblea Nacional de Saigón.

Tang se había unido al movimiento de resistencia «creyendo que Ho Chi Minh, Pham Van Dong y el Partido Comunista de Vietnam eran patriotas que situarían el interés nacional por encima de los objetivos personales e ideológicos. Por amor por mi país abandoné a mi familia, lo abandoné todo por este sueño. No quise escuchar a mi padre cuando me advirtió: “A cambio de tus servicios, los comunistas no te darán ni siquiera una parte de lo que tienes ahora; peor aún, te traicionarán y perseguirán toda tu vida”». Así ocurrió, en efecto. «La verdadera política del politburó —escribió Tang, decepcionado— era cruel y acababa por resultar destructiva para la nación.»

El capitán Phan Tan Nguu, del cuerpo de seguridad nacional de la policía, evitó la ejecución —a diferencia de varios colegas— pero pasó diecisiete años encarcelado. Su esposa estuvo internada cinco años hasta que, en el cuarto intento de fuga en una embarcación, pudo llegar a Estados Unidos con sus hijos. La familia se reagrupó en 1996, después de más de veinte años de separación, cuando por fin autorizaron la salida de Nguu. Allí descubrió que sus hijos, de los que no le habían dejado saber nada, cursaban estudios en la facultad de Medicina de la Universidad Johns Hopkins; los dos se convirtieron en cirujanos de prestigio.[23]

Phan Phuong, hija de otro oficial de la seguridad nacional, contaba quince años cuando Saigón cayó y la alejaron de su padre adorado, que estuvo encarcelado ocho años. Al principio, ella y sus ocho hermanos y hermanas pudieron seguir asistiendo a la escuela. La madre comerciaba con algunas cosas en el mercado —la familia tenía vetados los empleos fijos— y poco a poco fue vendiendo sus escasas posesiones. Entonces la madre fue también a la cárcel, durante un año, y Phuong pasó a ser la única de la familia que ingresaba algo con la preparación y venta de helados de banana. Se puso a mendigar comida para los hermanos, en un nuevo universo desesperado en el que tan solo aspiraba a sobrevivir: un día, al ver un vecino con una bolsa de boniatos, le rogó que le diera uno, solo uno, para la familia; el hombre se negó. «Cada noche rezaba para que se produjera un milagro, hasta que mi madre volvió por fin. ¡Yo estaba tan feliz!»[24] La familia logró huir de Vietnam ya en 1991. Para Doug Ramsey, la crueldad de los comunistas no supuso ninguna sorpresa: «Si acaso, me sorprendió que no fueran aún más implacables; recuérdese el principio chino de imponer la venganza a lo largo de al menos tres generaciones, a veces siete».[25] Bao Ninh, veterano del ENv, afirma que después del triunfo de Hanói, «era demasiado pedir que los vencedores no aprovecharan la oportunidad de obligar a los perdedores a aceptar su forma de pensar. Pero los campos duraron demasiado tiempo, demasiado de verdad».[26]

En su novela superventas de 2016, *El simpatizante*, Nguyen Viet Than menciona un intento de los exiliados de organizar una campaña guerrillera contra el régimen de Hanói. Tal proyecto se llevó a cabo de hecho en 1977: la comunidad survietnamita exiliada en Estados Unidos recaudó una cantidad extraordinaria para costear la creación de un campo de instrucción en el norte de Tailandia. Pocos años después se encomendó a Frank Scotton, que por entonces trabajaba en la embajada de Estados Unidos en Bangkok, que dispersara a los contrarrevolucionarios engañados. Les dijo que deberían avergonzarse por arriesgarse a matar a gente por nada.[27] Pero persistieron en el intento hasta finales de la década de 1980, procurando infiltrar guerrilleros a través de Laos: varios cientos de «combatientes de la

Resistencia» perdieron la vida —incluido su líder, un antiguo oficial de la Marina survietnamita— en el transcurso de operaciones que solo cabe calificar de trágicas, porque fueron en vano.

El final de la guerra supuso una desagradable conmoción para los líderes de Vietnam: las superpotencias tanto del Este como del Oeste relegaron al país —que llevaba dos décadas con una importancia muy superior a la esperable por sus dimensiones o poderío— a un lugar marginal. China se fue distanciando cada vez más. A finales de los años setenta, los funcionarios de Pekín se referían desdeñosamente a un miembro del politburó de Hanói como «el mendigo», por la frecuencia con la que solicitaba ayuda. En 1979 China y Vietnam escenificaron una guerra fronteriza tan breve como sangrienta.[28] La ayuda de Rusia menguó radicalmente y, con el hundimiento de la Unión Soviética, desapareció por completo. Para 1980 Vietnam, pese a la riqueza de sus recursos, se había convertido en uno de los países más pobres del planeta.

Durante la década siguiente, su pueblo experimentó sufrimientos terribles, pero sus ancianos líderes se negaron a abandonar la colectivización o tratar siquiera con el mundo no comunista, por temor a contaminar la pureza ideológica de Vietnam. El politburó de Hanói no empezó a modificar algunas políticas, a regañadientes, hasta después del Sexto Congreso del Partido, celebrado en 1986: permitió a los meridionales un tímido acceso al comercio, una rama que entendían mucho mejor que sus compatriotas del norte. En 1988 una hambruna sacudió amplias partes del norte, imponiendo padecimientos espantosos a más de nueve millones de personas; se desconoce la cifra de muertos. Aun así los ideólogos de Hanói, junto con algunos hombres de las fuerzas armadas y, en particular, los miembros del poderoso servicio secreto, tuvieron dificultades para empezar a entenderse con la racionalidad económica. Todavía en septiembre de 1989, en un discurso pronunciado ante el Instituto de Formación Ideológica del Partido, Nguyen Van Linh todavía andaba diciendo: «No cabe duda de que el capitalismo cederá su lugar al socialismo, porque tal es la ley de la historia humana y nadie puede negarla». Le Duc Tho escribió un poema, poco antes de morir, en 1990, glorificando los gozos perdidos del sufrimiento y la pobreza compartidos:

En el pasado ¡cuánto nos emocionaba
compartir la vida y la muerte, compartir
un bol de arroz y una camisa!
Pero ahora la gente entiende que el dinero y la individualidad
son la medida de la emoción y de los sentimientos.
La camaradería que nos unía se ha desvanecido.

Le Duan falleció en 1986, pero los sucesores de Tho y él mismo no han mostrado ninguna tendencia ni a tolerar la libertad personal ni a sacrificar ni una pizca del poder del Partido: en los institutos de secundaria sigue enseñándose el marxismo-leninismo. La gerontocracia de Hanói se ha limitado a reconocer la necesidad de permitir que las personas ganen dinero y generen riqueza; algunos lo han hecho con notable éxito. En cuanto a los vecinos y aliados, la mayoría de los soldados de Hanói se marcharon de Laos en 1988 y abandonaron Camboya al año siguiente. En 1995 se reanudaron las relaciones diplomáticas con Estados Unidos. Aquel mismo año Vietnam se incorporó a la organización política y comercial ASEAN, y doce años después, a la Organización Mundial del Comercio. Los procedimientos de los líderes de Hanói siguen desarrollándose en secreto. Es aun así evidente que una alianza de hombres antiguos, afines al excepcionalismo ideológico vietnamita, y nuevos hombres y mujeres cuyas familias han obtenido poder dentro del Partido siguen bloqueando la liberalización. Muchos de ellos se han beneficiado de las ganancias económicas del país hasta adquirir fortunas espectaculares.

En cuanto a la comunidad del exilio —enorme y aún creciente—, la «Ley de asistencia a los refugiados y a la migración de Indochina», aprobada por el Congreso estadounidense en 1975, representó una primera respuesta progresista a la crisis humanitaria. Pese a todo, Chau Phat dice: «Nadie tenía razones para estar contento con el resultado de la guerra, pero los que fueron considerados perdedores vivían con más dificultades que aquellos a los que calificó de ganadores».[29] Muchos de los que empezaron una nueva vida en el extranjero pasaron apuros en los primeros años: «Llevaban demasiado tiempo mal informados. Suponían que los estadounidenses habían ido a Vietnam a ayudarles. En realidad solo habían

ido a utilizar el país como plataforma en la que desafiar al comunismo internacional». El propio Phat se ha convertido en un empresario de éxito y un filántropo; ahora se lo conoce como Frank Jao.

Nghien Khiem, el exoficial de la fuerza aérea, también inició una nueva vida; en su caso, en el sur de California, donde trabajó a 2,50 dólares la hora hasta que pudo formarse como técnico de ordenadores. Cierto día, al poco de llegar, un hombre se asomó por la ventana de la cabina de su camión y le gritó: «¡Vuelve a tu país!». «Aquello me dolió —se lamentaba Khiem, que sin embargo añadió—: pero desde entonces he encontrado a mucha buena gente.» Como un número asombroso de estadounidenses de origen vietnamita, su nueva vida ha acabado por ser un éxito. Don Graham contrató a treinta refugiados para trabajar en el periódico de su familia, el *Washington Post*: «Demostraron ser los más leales y esforzados que hemos tenido nunca». Nguyen Tri, que en tiempos fuera el comandante más joven de la Marina vietnamita, está satisfecho como ciudadano del condado de Orange. Dice: «Hoy estoy sencillamente orgulloso de ser estadounidense. Quiero vivir para el futuro, no en el pasado. Solo lamento que cuando los comunistas conquistaron Vietnam del Sur, no fueron tan generosos como lo fue aquí en Estados Unidos el Norte después de ganar la guerra civil».[30]

2. Pasar cuentas

El volumen final de la historia de la guerra de Vietnam en ocho volúmenes, titulado *Victoria total*, apunta algunas cifras de bajas: casi dos millones de civiles perdieron la vida; otros dos millones quedaron lisiados o discapacitados; otros dos millones, expuestos a productos químicos venenosos. En el campo de batalla Hanói calcula que hubo 1,4 millones de muertos y desaparecidos, más seiscientos mil heridos.[31] Las cifras civiles se antojan exageradas, pero las estadísticas militares son de una magnitud correcta; aunque nunca podremos saberlo con certeza. Vale la pena indicar que los veteranos del ERVn, en particular los discapacitados, siguen sin ser reconocidos como personas desde el punto de vista de los gobernantes de Vietnam. Los autores concluyen su perorata afirmando: «Todo nuestro Partido, el ejército y la población de las dos mitades de Vietnam ha

desarrollado con éxito el concepto estratégico planteado por nuestro querido Tío Ho en sus “Saludos del Tet” de 1969: “Luchar para obligar a los estadounidenses a volver a su país, luchar para derribar a los títeres”. Nuestro país estaba unido ... El pueblo vietnamita había derrotado una campaña de agresión neocolonialista que se convirtió en la lucha mayor, más intensa y más prolongada desde la segunda guerra mundial».[32] En cierta ocasión, Robert McNamara preguntó a Giap quién era el mejor general de aquella guerra, a lo que el vietnamita replicó con una corrección ideológica irrefutable: «El pueblo».[33]

En cambio, Ronald Reagan afirmó, una década después de la caída de Saigón: «Va siendo hora de reconocer que la nuestra, ciertamente, fue una causa noble». Igualmente, aunque el autor conservador estadounidense Michael Lind admite que la contienda fue «una debacle espantosa ... librada con métodos que a menudo fueron contraproducentes y a veces quizá inmorales», tanto él como sus allegados políticos coinciden hoy en que se trató tan solo de «una campaña fallida en una guerra mundial exitosa ... [que] debía lucharse para preservar la credibilidad diplomática y militar de Estados Unidos».[34]

La posteridad seguirá debatiendo si el logro de Ho Chi Minh y sus seguidores, que puede calificarse de loable, al expulsar de Indochina al colonialismo francés, justificó la tragedia social y económica que luego infligieron al pueblo vietnamita, primero en el Norte y luego en toda la nación. Muchos meridionales que abrazaron la causa comunista hasta 1975 dejaron de hacerlo después de vivir cómo se hizo realidad la ideología de Hanói.

La intervención de Estados Unidos ¿podría haber generado un resultado distinto? Muchos estadounidenses —pensemos en Frank Scotton, Doug Ramsey, Sid Berry— fueron a Vietnam inspirados por ideales de servicio encomiables. Scotton recuerda un comentario de su antiguo compañero John Paul Vann: «John dijo que habíamos ayudado a los vietnamitas a elevarse por los cielos con una máquina más pesada que el aire y debíamos ayudarlos ahora a tomar tierra con la mayor suavidad posible, sin accidente». Scotton quiso saber en qué diferencias estaba pensando, a lo que Vann replicó: «De esa forma hay más supervivientes».[35] En cierta

ocasión, los dos hombres hicieron aterrizar un diminuto helicóptero ligero de observación en un puesto avanzado de las Fuerzas Regionales que había sido derrotado durante la noche. De algún modo, consiguieron encajar en la cabina a un soldado malherido y luego se apresuraron a poner rumbo a Pleiku. El hombre sangró profusamente en el regazo de Scotton y murió durante el vuelo. Al descender, Vann se puso a dar puñetazos furiosos contra el plexiglás, exclamando una y otra vez: «¡Por veinte minutos! ¡Veinte minutos! ¡Veinte minutos más y lo teníamos!». Scotton pensó: «Es un tipo al que John no conocía de nada, pero se preocupa tremendamente por él porque es de los nuestros».

La anécdota es conmovedora, pero la intervención estadounidense adolecía de un defecto fundacional: no se basaba en los intereses del pueblo vietnamita, sino en lo que Estados Unidos entendía que eran las exigencias de su política exterior e interior, por encima de todo: contener a China. El hecho de que las sucesivas administraciones optaran de forma repetida por la escalada militar se observa con asombro desde la posteridad, porque varios agentes de primer nivel admitían que el régimen de Saigón —que debía proporcionar la fachada nativa para el edificio estadounidense— era inadecuado para ese papel. En 1965 la Junta de jefes había advertido a McNamara sobre la «ausencia de una estructura político-económica viable ... y de estabilidad en el gobierno central; el desánimo imperante entre los líderes, y la escasa instrucción del funcionariado civil ... Dar solución —en primera instancia, política— a estos problemas resulta crítico si se desea acabar poniendo fin a la insurgencia».[36] Ello no obstante, los líderes estadounidenses se engañaron con la idea de resolver todos estos desafíos complejos mediante la aplicación de un poder militar abrumador, como si fuera razonable usar un lanzallamas para limpiar de malas hierbas un parterre.

Dado que esta es la causa básica del fracaso de la política estadounidense en Vietnam, parece inapropiado acumular culpas sobre los generales, por mucho que su rendimiento distara a veces de ser impresionante. En 1964, William Westmoreland se alegraba por haber obtenido el mando de campaña más importante asignado a ningún militar estadounidense desde el armisticio de Corea. Cuando regresó a su país,

cuatro años más tarde, había pasado a ser el cabeza de turco para una humillación nacional. David Elliott ha afirmado con justicia: «Nunca hubo una forma inteligente de librar la guerra».[37] El general James Gavin estuvo entre los que advirtió desde el principio: «Si se lucha por un poblado cinco o seis veces, muchos civiles morirán. El modelo de vida se verá afectado en su totalidad ... Mientras la guerra continúa arrastrándose, nosotros mismos destruimos el objetivo por el que luchamos».[38]

Antes incluso de sopesar las posibles consecuencias cinéticas, los responsables estadounidenses no acertaron a reconocer el impacto económico y cultural que un ejército extranjero descomunal tendría sobre una sociedad campesina asiática. Un secretario vietnamita de la agencia de desarrollo internacional USAID ganaba más que un coronel del ERVn. Las excavadoras y los contenedores, las antenas y los vehículos blindados, las torres de vigilancia, los sacos de arena y las alambradas asolaban el medio antes de que los cañones abrieran fuego, los helicópteros sobrevolaran la zona y unos soldados enormes comprasen las atenciones sexuales de mujeres diminutas. No fue una maldición exclusiva de Vietnam, sino que afecta a todas las intervenciones militares de Occidente en lugares remotos, por buenas que puedan ser sus intenciones.

Los comunistas disfrutaron de una ventaja crucial para la propaganda: resultaban casi invisibles para la mayoría de las personas, la mayor parte del tiempo. La huella de los comunistas sobre el terreno era muy ligera, en comparación con la de los estadounidenses, cuyos pasos podrían asemejarse —como en efecto hicieron algunos vietnamitas cultos— a los de un gigante de película de ciencia ficción, que se mueve con pesadez y torpeza, destruyendo la tranquilidad y arrasando con las frágiles estructuras que encuentra. En el siglo XXI, los comandantes militares occidentales todavía no han comprendido cuán demencial resulta enviar a los soldados a librar «guerras entre el pueblo» provistos de gafas de sol, cascos y blindajes corporales que les dan la apariencia de robots preparados para matar, a los que resulta imposible amar o siquiera reconocer como seres humanos como los demás.

Tanto en el Norte como en el Sur, allí donde alcanzaba el poder de los comunistas, propagaron el terror y se incautaron de la libertad personal. Por mucho que en Occidente la izquierda amontonara elogios sobre Ho Chi Minh y Le Duan, presidieron un régimen totalitario de fundamentos inhumanos. Aun así, su mandato parecía más creíble que el de sus enemigos. En la mayoría de las sociedades, incluido el moderno Estados Unidos, los habitantes rurales sienten una desconfianza instintiva hacia las élites metropolitanas. Era especialmente intensa en Vietnam del Sur, donde se veía Saigón como la encarnación de una cultura colonial francesa, más que de la indígena. Aunque pocas personas se interesaban de veras por la teoría marxistaleninista, muchos quedaron impresionados por la promesa de una reforma agraria que acabaría con el yugo de los terratenientes y los prestamistas, confiaría el gobierno a los vietnamitas y expulsaría a los extranjeros. A juicio de Chau Phat, que era del Sur: «Los comunistas podían recordarnos sin descanso lo humillante que era la ocupación». Su padre, que había venido del Norte, afirmó sobre un estadio anterior de la guerra: «No hay esperanza: vamos a perder». Según Phat, su padre «sabía leer lo que los demás pensaban y comprendió que el otro bando tenía el monopolio del patriotismo».[39]

Truong Nhu Tang, del FLN, se refirió con desdén a la facilidad con que los comunistas manipulaban a los medios de comunicación occidentales: «No buscábamos partidarios, en realidad, sino más bien gente contraria a los regímenes de Estados Unidos y Saigón ... Los comunistas no mintieron solo a la opinión pública survietnamita y estadounidense ... Los que vivíamos en la selva y nos sacrificábamos y combatíamos ... también fuimos víctimas de ellos».[40]

Los norvietnamitas dependían del dinero y las armas de la Unión Soviética y China, pero el pueblo del Sur no se topó nunca con esos extranjeros que actuaban como mecenas militares: lo único que veían eran a sus compatriotas comunistas, cuya escasez material era conspicua y contrastaba llamativamente con la ostentación de los servidores de Saigón, que acumulaban despojos. Al campesino más humilde del país le resultaba evidente que los hombres que gobernaban el Sur, ya fuera con uniforme o con esmoquin, eran incapaces de poner un pie fuera de la cama sin

preguntar a sus señores «narilargos» por qué lado tenían que bajar. Pocos estadounidenses comprendieron que su dominio era tan llamativo que perjudicaba sobremanera su propio esfuerzo bélico. La victoria comunista se puede atribuir menos a las proezas militares del ENv y el Vietcong que al hecho de que eran vietnamitas. Hanói contó muchas mentiras sobre muchos temas, pero dijo la verdad cuando afirmaba que los jefes del régimen de Saigón eran marionetas.

A veces se dice que no hay paralelos entre Vietnam y las batallas de Occidente en el siglo XXI, en Irak y Afganistán. Pero hay uno evidente: que Estados Unidos y sus aliados viven dificultades crónicas para traducir las victorias del campo de batalla en entidades políticas sostenibles. El teniente general H. R. McMaster, que fuera un excelente oficial, describió en cierta ocasión* las experiencias y logros dirigiendo un regimiento de caballería blindada en 2004-2005 en Irak. Llegó a la triste conclusión de que «el problema era que no teníamos nada a lo que sumarnos». Y Neil Sheehan constata: «En Vietnam del Sur tampoco había nada a lo que sumarse». En ausencia de una gobernanza local creíble, ganar un tiroteo carece de utilidad, y nunca la tendrá. En Vietnam, los comunistas fueron los únicos beligerantes que emprendieron una batalla política y militar integrada.

Ahora bien, aunque la guerra no se pudiera haber ganado en el campo de batalla, Estados Unidos podría haberse esforzado porque sus fuerzas armadas no cometieran los excesos que tanto daño causaron en su estatura como portaestandarte de los valores civilizados. Impera la ilusión de que los jóvenes occidentales que luchan en el extranjero siguen siendo, por debajo de los uniformes, los chavales decentes que conocíamos en casa. Algunos, sí; otros, no. Con su instrucción, los soldados se forman para matar. Las circunstancias del combate les obligan a vivir una existencia semianimal que embrutece la sensibilidad. Muchos combatientes pasan a quitar importancia a la vida de los desconocidos que, sin participar activamente en la guerra, se cruzan en su camino, en particular cuando ellos mismos sufren un número elevado de bajas. En Vietnam, los soldados de a pie recibían con frustración las Normas de Combate, concebidas para limitar los daños entre

la población civil. Uno le protestó a Michael Herr: «En esto se está convirtiendo esta guerra de mierda ... Quiero decir, si no podemos disparar contra esa gente, ¿qué estamos haciendo aquí?».[41]

Es difícil ajustar el comportamiento de jóvenes que poseen armas letales al mismo tiempo que —como la mayoría de los soldados en todas las épocas— pasan frío o calor, hambre o sed, están sucios, sufren estreñimiento o diarrea, se sienten solos, cansados, mal informados, con los nervios y el gatillo siempre a punto porque esa es la única esperanza de sobrevivir. Los precedentes soviético y nazi dan a entender que un ocupante implacable puede sofocar la resistencia mediante la fuerza. En Vietnam, el ejército estadounidense logró irrumpir con tanta fuerza y mostrar tanto desprecio racial —y en ocasiones, perpetrar masacres— para hacerse merecedor de la hostilidad de la población; pero no fue lo bastante salvaje para impedir que muchos campesinos respaldaran a los comunistas. Estados Unidos prendió fuego a un número de poblados suficiente para atraer sobre sí la censura del mundo e insuficiente para impedir que los lugareños dieran cobijo a las guerrillas.

Provoca casi la misma consternación la facilidad con que los compatriotas de los soldados estadounidenses se encogían de hombros ante My Lai y horrores similares: en 1969, una encuesta de *Time* concluyó que el 69 % de los estadounidenses pensaban: «Son cosas que pasan en tiempos de guerra». Una medida justa de toda sociedad es, no si sus soldados cometen alguna atrocidad intermitente, sino si sus instituciones las evalúan como aceptables, según ocurrió con el ejército de Hitler y el ruso y japonés de la segunda guerra mundial —en ninguno de los casos, ejemplos valiosos de una democracia occidental moderna—. Los excesos de las fuerzas estadounidenses en Vietnam, sin ser universales, fueron lo bastante frecuente para demostrar que muchos norteamericanos de uniforme consideraban a los «ojos rasgados» como seres inferiores, de vida menos valiosa que la propia de los «ojos redondos». En agosto de 1967, la operación Benton —de la que casi nadie ha oído hablar— consistió en que una agrupación equivalente a una brigada debía «buscar y destruir» un regimiento del ENv. En el transcurso de la misión, unos diez mil vietnamitas de la provincia de Quang Tin, al sur de Danang, se quedaron sin

hogar. En una superficie de diez kilómetros por veinte, se lanzaron 282 toneladas de bombas y 116 de napalm; se dispararon un millar de cohetes, 132.820 balas de 20 milímetros, 119.350 cartuchos de 7,62 milímetros y 8.488 proyectiles. Se anunció que habían muerto 397 enemigos; se evacuó a campos de refugiados a 640 civiles. Este trabajo, de dos semanas de duración, puede considerarse representativo. Además fue un terrible error simbólico permitir que los vietnamitas sacaran brillo a los zapatos y limpiaran los casetos hasta del más humilde de los soldados estadounidenses.

Los comandantes estadounidenses destinaron una energía considerable a los programas de acción cívica. Sin embargo, como profesionales de las fuerzas armadas, estaban condicionados a contemplar la batalla como su ocupación principal. La mayoría sentían, en lo más íntimo, que si sus tropas no estaban combatiendo no se estaban ganando la soldada. Por otro lado, de los oficiales de carrera se esperaba que fueran ambiciosos y buscaran el ascenso aunque les supusiera quemar la reputación y las credenciales. Era improbable que lograran ascender informando sobre la apertura de escuelas y las visitas del Programa de Acción Médica para los Civiles: no se ganaban medallas de honor repartiendo caramelos en orfanatos. La vara de medir tenía que ser la cantidad de enemigos a los que uno se enfrentaba y mataba. Toda nación necesita soldados para defender sus intereses, pero si les da rienda suelta en mitad de sociedades civiles, es a su cuenta y riesgo. Russ Zajtchuk, médico del ejército de Tierra estadounidense, llegó a odiar las visitas del PAMedCi: «Cuando te encuentras con un poblado bombardeado, con la gente quemada, y luego vas tú con sopa y cuatro vitaminas, yo nunca me sentí nada cómodo con esa historia. De hecho me sentía como un hipócrita».

En los estadios finales del conflicto, la guerra de guerrillas cedió el terreno a un enfrentamiento armado convencional en el que cabe la posibilidad de que las fuerzas de Estados Unidos hubieran podido derrotar a las comunistas, de no faltar ya por entonces la voluntad popular en la potencia norteamericana. Ahora bien, incluso si la potencia de fuego hubiera decantado el conflicto, resulta difícil imaginar para qué buen fin. El régimen de Saigón contaba con un apoyo popular casi inexistente: seguía

sin haber «nada a lo que sumarse». Se diría que el pueblo de Vietnam tenía que experimentar el modelo comunista —como en efecto hicieron, con un coste terrible, a partir de 1975— antes de estar en condiciones de rechazarlo.

La guerra costó a Estados Unidos 150.000 millones de dólares, mucho menos que Irak, dos generaciones después. Pero se pagó un precio real que no se limitaba al dinero, ni tampoco a las cincuenta y ocho mil vidas de estadounidenses perdidas —como porcentaje de la población, inferior a lo que la nación pagó en Corea—, sino que supuso un auténtico trauma. Neil Sheehan ha observado que la experiencia histórica anterior había mostrado a los estadounidenses que las guerras exteriores eran positivas: «Ganabas; en tu país te recibían favorablemente. Entonces vino Vietnam. Mucha gente murió por nada. Todos los otros monumentos nacionales a las guerras de Estados Unidos honran victorias. El de Vietnam solo conmemora tristeza y desolación». El ejército y el Cuerpo de Marines de Estados Unidos tardaron quince años en recuperarse de la decadencia —con unidades próximas a una chusma rebelde— y destacar otra vez como fuerzas de combate.

El pueblo estadounidense creía en su propia rectitud moral y la invencibilidad de sus fuerzas armadas, por efecto de la segunda guerra mundial y un éxito económico tan apabullante que parecía más que lógico creer que todo ello reflejaba la voluntad de un Ser Superior. Pero tal creencia sufrió un daño devastador. Según el general Walt Boomer: «La guerra de Vietnam contribuyó más a transformar este país que ningún otro factor de nuestra historia reciente. Creó una sospecha y una desconfianza que no hemos sido capaces de superar».[42]

Aunque los fanáticos más jóvenes del movimiento antibélico proclamaron a los cuatro vientos su ingenuidad al ensalzar las virtudes de Ho, Mao Zedong o Che Guevara, no es menos cierto que sus adeptos acertaron al identificar Vietnam como una catástrofe. Cuando se preguntó a Daniel Ellsberg cómo podía justificar la revelación devastadora de las siete mil páginas de secretos de los Documentos del Pentágono, respondió a quien le interrogaba: «Me pregunto si se le ha ocurrido a usted preguntar a cualquiera de los otros oficiales [que participaron en la dirección de la guerra] cómo se justifican ellos por no haber hecho lo que yo hice. ¿Qué les

hizo pensar que tenían derecho a guardar silencio sobre las mentiras que se han contado ... los crímenes que se han cometido, las ilegalidades, el engaño a la opinión pública estadounidense?».[43] La observación de Ellsberg era muy acertada, más aún: concluyente. Walt Boomer, que dirigiría la Fuerza Expedicionaria del Cuerpo de Marines en la primera guerra del Golfo, en 1991, afirmó que con Vietnam había aprendido una lección inolvidable: «Di la verdad».

Un exnavegador de la USAF escribió, sobre su experiencia en Vietnam: «Aunque estoy orgulloso de haber prestado servicio como tripulante de un B-52, he pasado los últimos cuarenta y tantos años intentando olvidar aquella guerra maldita ... aquel desperdicio inútil de tiempo, dinero y capital humano. Y al final ... nuestros líderes políticos encogieron la cola y huyeron abandonando al pueblo al que tanto le habíamos prometido».[44] A juicio de Frank Scotton, en el Estados Unidos actual conviven dos relatos enfrentados: «Cuando muchos veteranos estadounidenses se encuentran, hablan de lo fatal que los survietnamitas lo hicieron. Y cuando se reúnen los exiliados survietnamitas, hablan de cómo lo hicieron los estadounidenses».[45] Después de la guerra, él mismo sintió «que la parte más importante de mi vida había terminado. No pensaba volver a arriesgar la vida por ninguna causa». En el sur de California acabó rindiéndose a Kim Vui —su amante durante muchos años, a quien había abandonado en Dalat en 1966— y contrajeron matrimonio en noviembre de 2015. «Dice que le debo cincuenta años.» Por su parte, tras cierto tiempo, Doug Ramsey se mudó a la vieja casa de sus padres en Boulder City, Nevada: «Parecía un buen lugar para recuperar tanta sensación de normalidad como pueda, aunque hoy me doy cuenta de que debería haberme quedado por la zona de Washington, donde la asistencia es mucho mejor».[46] Al sufrir una discapacidad casi completa, y tener que sobrevivir con la ayuda insuficiente del programa Medicare y una indemnización laboral, confesaba: «Comparto con los veteranos vietnamitas la convicción de que nuestros respectivos gobiernos nos habían jodido». Ramsey falleció en febrero de 2018.

Nghien Khiem, el exoficial de la fuerza aérea, afirma que todavía procura evitar todo contacto con los norvietnamitas: «Somos el mismo pueblo pero hubo familiares míos, amigos, hombres a los que dirigía que

murieron a sus manos».[47] Hoy ya no es un hombre enfadado, pero no puede olvidar. Tampoco olvida el soldado del ENv Pham Than Hung, que sufrió heridas terribles en Quang Tri, en 1972: «A veces aún tengo pesadillas, las de que estamos sufriendo un ataque aéreo o, peor aún, las de que me vuelven a llamar al ejército para luchar en una nueva guerra. Yo, como otros de mi generación, me siento de alguna manera estafado por lo que nos sucedió».[48]

El comandante Don Hudson, que en 1970 dirigó una compañía de infantería, dijo sobre la desilusión de los veteranos estadounidenses: «Pensaban que volverían a casa con los uniformes puestos y las medallitas y que todo el mundo estaría loco de contento de verlos. Y descubrieron que no era así».[49] David Rogers está entre los que aún miran hacia el pasado con una emoción profunda: «La experiencia fue enorme. No es que yo tenga ideas magníficas; hay mucho de personal. Intenté escribir un libro, pero me faltaban los conocimientos para acabarlo. Me costó mucho volver a casa e ir a la iglesia. No podía confesarme. Me sentía sucio. Había estado entre los que mataban». Algunos contemporáneos se apartaron de él por el mero hecho de estar asociado con la guerra: «Por ejemplo una chica que se había marchado a Canadá con su novio, fue muy visceral». El único recuerdo que aún le importa a Rogers —como a millones de sus excamaradas— es el de su propia sección: «El poder decir que, como sanitario, estuve allí para ellos». Cerca de un tercio de «los suyos» perdieron la vida o resultaron heridos. Como vive cerca de Washington, a veces visita el «Muro» de los veteranos, a las cinco o las seis de la mañana. «No quiero ir cuando haya más gente por allí. Para mí, [el Muro] es una gran lápida. Estoy contento de tenerla. Tengo como unos diez nombres: a Tony, de Chicago; Jerry Johnson, de Minnesota; Sam, y muchos otros. Recuerdo momentos. Al ver un grupo de árboles por detrás de los lagos salados de Martha’s Vineyard, pensé: “esto es como Vietnam”, allí las vistas más bonitas eran las de los helicópteros por encima de los árboles. Cuando leo a autores como Neil Sheehan me cabreo mucho con la gente que mandaba en Estados Unidos. Ellos sabían lo que estaba pasando. Nosotros no. Conté los pasos y es lo que me daba.» Según el sargento mayor Jimmie Spencer: «La gente se lo está pensando otra vez. Al menos ahora podemos

separar la guerra de los que la hicieron. A estos los culparon por algo que no habían empezado ellos. Nunca más permitiremos que un grupo de veteranos le dé la espalda a otro».[50]

Ha transcurrido tanto tiempo que quizá también sea posible ampliar el perdón a algunas de las «grandes personas» que tomaron decisiones desastrosas que dañaron su reputación de cara a la historia, por mucho que luego se arrepintieran. Avanzada una tarde de 1967, en su enorme despacho del Pentágono, Robert McNamara estaba evaluando solicitudes de municiones con un miembro de su personal, William Brehm. «Veamos. Eso serían dos mil balas por cada infiltrado del enemigo. Eso debería ser suficiente.»[51] En ese punto Brehm se dio cuenta de que el secretario de Defensa temblaba; tenía la mirada en alto, hacia el retrato de su predecesor, James Forrestal, y lloraba. Sabía que el cargo había destruido a Forrestal.

El exgeneral de la infantería de Marina Al Gray afirma que se niega a visitar Vietnam «hasta que esté seguro de que todos los nuestros han salido de sus cárceles».[52] Estados Unidos se ha visto sacudido durante años por rumores, acusaciones y supuestos escándalos sobre el destino de los desaparecidos. Pero en toda guerra hay víctimas de las que no se puede dar cuenta, incluida una gran cantidad de vietnamitas: por todo el Sur hay muchas lápidas del ENv con la sola inscripción: Liet Sy Vo Danh, «un mártir desconocido». No hay pruebas verosímiles de que Hanói retuviera a presos estadounidenses en contra de su voluntad.[*] Bob Destatte, que pasó veintitrés años estudiando casos de desaparecidos en combate y prisioneros de guerra para la Agencia de Inteligencia de la Defensa, asegura que nadie cayó en el olvido: «No nos dejamos a nadie».[53] Se trata de un hombre inteligente, cuya experiencia personal de Vietnam es amplísima; no hay razones para poner en duda su conclusión.

Formular hipótesis a partir de realidades que no existieron suele ser muy poco provechoso tanto para los historiadores como para los lectores; pero quizá podemos prestar atención a dos supuestos. En primer lugar, los norvietnamitas nunca trasladaron su lucha a Occidente (y de forma explícita, al continente americano) por medio del terrorismo, a diferencia de lo que hace hoy la moderna insurgencia musulmana. Probablemente a Hanói ni siquiera se le pasó por alto hacerlo, en aquellos días anteriores a la

globalización. En todo caso esta contención fue muy útil para los comunistas, porque los estadounidenses no pudieron apelar a ninguna causa visible e inmediata para considerar a los norvietnamitas como enemigos propios, como una amenaza a su propio sistema de gobierno.

También tiene interés conjeturar sobre las consecuencias que se habrían derivado si los norvietnamitas no hubieran patrocinado la lucha armada en el Sur. Cabe pensar que se podría haber derrotado al Frente de Liberación Nacional indígena. En muchos otros países asiáticos, entre 1960 y 1990, el gobierno militar autoritario dio paso a la democracia. En ausencia de guerra, la energía y el ingenio de los vietnamitas podría haber permitido la prosperidad económica del Sur. El régimen de Hanói, por el contrario, habría tenido dificultades para capear el temporal de cambios políticos y económicos que barrió el mundo en las últimas décadas del siglo XX, desacreditando el marxismo.

El éxito lo justifica todo: salvo Pyongyang, hoy nadie pone en duda la legitimidad estatal de Corea del Sur, porque es una democracia funcional con una economía dinámica. En cambio, su antiguo adversario, Corea del Norte, es un ejemplo modélico del fracaso del comunismo totalitario. Sin embargo, durante varias décadas, tras el armisticio de 1953, el Sur fue gobernado por una dictadura casi tan represiva como la del Norte. El régimen de Seúl tuvo la suerte de preservar el apoyo económico y militar de Estados Unidos, junto con una aceptación popular discreta pero no insuficiente para sobrevivir a su experiencia y pasar a posibilidades mejores. Vietnam del Sur no era un Estado independiente menos ni más creíble que su homólogo coreano. De haber disfrutado de las mismas oportunidades, quizá también habría seguido existiendo hasta prosperar; pero nunca lo sabremos.

Entre tanto, solo la «lucha de liberación» que acabó con el triunfo militar de Hanói confirió al viejo régimen del Norte el prestigio y la legitimidad que le han permitido conservar el poder hasta el día de hoy, aferrado a las hojas de parra de los símbolos externos de la revolución. El catedrático de Oxford Archie Brown, que no profesa simpatía por el comunismo —«como forma alternativa de organizar la sociedad humana [ha sido] ... un fracaso espantoso»—,[54] comenta sin embargo que el mero

hecho de tener éxito en la guerra por la reunificación ha empoderado desde entonces a los viejos responsables de Hanói: «Pese a la crudeza del régimen ... no ha sido difícil proyectar una imagen de Estados Unidos como el “enemigo” o evocar los terribles recuerdos de la guerra y cierta gratitud a los gobernantes de Hanói en los años de paz, por reconstruir el país». En consecuencia, el conflicto sigue definiendo Vietnam, con la misma intensidad con que la segunda guerra mundial define aún a Rusia; las victorias en las respectivas contiendas han sido los éxitos más vistosos del Partido Comunista desde 1917.

En 1993, David Rogers volvió a Vietnam como periodista, y lo llevaron a una zona próxima a Tay Ninh, donde su unidad había combatido. Los antiguos cuadros del Vietcong lo trataron a cuerpo de rey: «Les habían ordenado que fueran sumamente amables con los estadounidenses porque necesitaban que el Congreso aprobara un acuerdo comercial». Se encontró pensando, con sorna: «A ver, chicos, si todo lo que queríais era un McDonald’s, ¿verdad que podríamos haberlo resuelto hace mucho?». Muchos turistas estadounidenses quedan desarmados por la calidez con que se los recibe en Vietnam, por parte de personas que, en su mayoría, no habían nacido cuando se libró la guerra. Es así porque una mayoría abrumadora reconoce hoy las virtudes de la democracia liberal y las limitaciones de la alternativa. El presidente Barack Obama fue acogido con entusiasmo cuando visitó Vietnam en 2015; un año más tarde, cuando se trataba del presidente chino Xi Jinping, la actitud fue mucho más tibia.

A los visitantes impresionados por las ostentosas torres de Saigón o la belleza natural de los paisajes les suele pasar por alto la cruda miseria de las zonas rurales o la ausencia de libertad de expresión. Los gobernantes del Vietnam del siglo XXI han concedido a su pueblo cierto margen para ganar dinero, pero ninguno para expresar opiniones políticas ni para debatir con franqueza sobre el pasado. Muchas obras de historia escritas por estadounidenses adolecen del defecto de tratar la guerra como si fuera la consecuencia única de las acciones de un bando, el norteamericano; en parte esto obedece a que se dispone de un corpus de pruebas amplísimo sobre sus acciones, no así de información sobre los procedimientos de Vietnam del Norte durante la guerra, que se sirve con tanta mezquindad

como los tropezones en una sopa boba. Mucho se ha hablado, en las páginas precedentes, sobre la «brecha de la credibilidad» del MACV; pero en Hanói la mentira sigue siendo institucional.

El siglo pasado nos ha enseñado una lección clara: al determinar el resultado de una guerra, las fuerzas económicas son al menos tan importantes como las militares. Los revolucionarios del Norte que perdieron la vida en el conflicto se asquearían al contemplar el espectáculo de la moderna Saigón (el nombre de «Ciudad de Ho Chi Minh» está perdiendo popularidad y, probablemente, acabará perdiéndose con el tiempo, del mismo modo en que Leningrado se ha convertido otra vez en San Petersburgo). Sus tiendas relucientes, que son todas ellas templos al consumismo, desbordan de marcas comerciales, joyas y ropa de diseñadores. Podría defenderse que, aunque Estados Unidos perdió la guerra militar, hace casi medio siglo, desde entonces su influencia económica y cultural ha dado la vuelta a este resultado. Allí donde las fuerzas armadas fracasaron con los B-52, los defoliantes y los helicópteros artillados *Spooky*, en cambio YouTube y Johnny Depp han demostrado ser irresistibles.

Si combatir la guerra se convirtió en el argumento principal para la existencia del difunto régimen saigonés, lo mismo cabe afirmar del de Hanói. A los pocos años de la caída de Saigón, los veteranos comunistas desarrollaron nostalgia por lo que se les presentaba como virtudes de la lucha. En la misma medida en que las otras medidas fracasaban, con más fervor se santificaba en el Norte la batalla por la unificación. David Elliott ha comentado que una generación ya mayor contempla aquel pasado como «una etapa de sencillez, convicción, concentración e igualdad de la pobreza. La gente se ayudaba. Tenían la impresión de estar compartiendo una misión».[55] Bao Ninh concluye su novela sobre la guerra evocando la nostalgia de su yo ficticio, Kien, habitual entre los veteranos de todo conflicto: «Regresa una y otra vez a su amor, amistad, camaradería, aquellos lazos humanos que nos habían ayudado a superar los mil padecimientos de la guerra».[56] Kien envidiaba su propio yo perdido, con su inspiración y optimismo: «Eran días de cuidar a los otros, cuando sabíamos

para qué vivíamos y para qué moríamos, y por qué se necesitaba que sufriéramos y nos sacrificáramos. Los días en los que todos nosotros éramos muy jóvenes, muy puros y muy sinceros».

Pero en la actualidad el propio autor rechaza tal sentimentalidad: «La visión de humanidad y solidaridad se ha exagerado mucho, se ha convertido de hecho en un mito. El lazo de unión entre los distintos soldados era real, desde luego, pero en el Norte también abundaba la injusticia social. Los pobres iban a luchar mientras otros con privilegios políticos podían enviar a sus hijos a estudiar al extranjero, y algunos, gozar de vidas de lujo. Fueron tiempos de una brutalidad increíble: la guerra duró demasiado, sin lugar a dudas, y la gente sufrió un cansancio terrible. ¡Y se destruyeron tantas cosas! No solo edificios sino instituciones, el pacto social».[57] Bao Ninh comenta que el pueblo británico tuvo la suerte de que, en 1945, dispuso de libertad para expulsar del poder, en unas elecciones nacionales, al gran líder de la guerra, Winston Churchill, «mientras que en Vietnam los generales se han aferrado al poder».

Truong Huy San era un niño de trece años, que jugaba a luchar con un amigo, en un monte de Vietnam del Norte, el día de 1975 que los altavoces de su pueblo anunciaron en tono triunfal la «liberación» de Saigón. «Según lo que nos habían estado enseñando en la escuela —escribió mucho más tarde en su libro titulado *El bando vencedor*—, aquello sería el fin de dos décadas de penalidades para Vietnam del Sur. Yo pensé: “Debemos correr a educar a sus niños, que están confundidos”.»[58] Pero en 2012, aquel mismo chico joven observaba: «Muchas personas que han analizado el pasado con atención ... quedan asombradas al comprobar que el bando que realmente quedó liberado, se diría, fue el Norte».[59] Vietnam del Sur, a su juicio, ha demostrado ser el vencedor histórico porque sus valores cada vez dominan con más claridad en todo el país.

«¿Que qué fue de todo aquello? —reflexiona Walt Boomer—. Me preocupa que no aprendimos gran cosa. Si lo hubiéramos hecho, no habríamos invadido Irak.»[60]

Agradecimientos

Durante el proceso de investigación para este libro he viajado por muchos lugares de Estados Unidos y Vietnam, entrevistando a una gran cantidad de testigos de la época, que han sido muy generosos con su tiempo y su comprensión. He encontrado un tesoro abundante en los archivos del Centro de Educación y Patrimonio del Ejército de Estados Unidos, en Carlisle Barracks (Pensilvania), y del Cuerpo de Marines de Estados Unidos en Quantico (Virginia); quiero dar las gracias a Con Crane y su plantilla, en Carlisle, y al equipo de Jim Ginther en Quantico. También he consultado el Archivo de Historia Oral Vietnamita en el campus Irvine de la Universidad de California. Erik Villard, del Centro de Historia del Ejército de Tierra de Estados Unidos, me presentó a varias figuras de gran interés, en particular a Merle Pribbenow. Merle, que prestó servicio en la base de la CIA en Saigón desde 1970 hasta la evacuación final, ha aportado una contribución única a mi estudio al proporcionarme la traducción de documentos, memorias y obras históricas vietnamitas, en cantidad de cientos de miles de palabras, un auténtico tesoro por el que ha declinado aceptar ninguna clase de recompensa. Como retribución le basta la obra en sí, afirma. Mi deuda para con él se extiende al placer de su compañía y las numerosas correcciones del texto que ha realizado.

Doug Ramsey no solo conversó conmigo durante varias horas en su casa de Boulder City (Nevada), sino que me confió el manuscrito inédito de sus memorias, donde describe sus experiencias, terribles y fascinantes. Gu Renquan ha traducido material chino. Mi colaboradora la doctora Liuba Vinográdovna, investigadora y traductora del ruso sin igual, tuvo la fructífera idea de que en Ucrania podemos acceder a veteranos soviéticos que libraron la guerra en las unidades de defensa aérea de Vietnam del Norte: las entrevistas subsiguientes han aportado algunos puntos de vista fascinantes. El difunto coronel John Cameron-Hayes, vecino mío en el

campo, me relató con vivacidad sus experiencias, como uno de los primeros británicos que tomó tierra en Saigón en 1945. Doy las gracias al profesor Edwin Moise por haberme señalado varios errores del borrador y los mapas.

El profesor Pham Quang Minh, de la Universidad de Hanói, me presentó también a colaboradores de un gran valor. Mi intérprete en la capital, Le Hoang Giang, es un joven que sin lugar a dudas posee grandes cualidades, y le deseo que goce de oportunidades para desarrollarlas en plenitud. Max Egremont me prestó las memorias inéditas de los años de Vietnam de un familiar australiano, el cirujano Norman Wyndham. En 1978, Michael Charlton y Anthony Moncrieff, de la BBC, entrevistaron a una multitud de estadounidenses —y en aquel momento, la mayoría de las figuras clave seguían con vida— sobre las decisiones adoptadas por Estados Unidos entre 1945 y 1975. Parte del material se emitió en documentales radiofónicos y las transcripciones se recogieron al completo en un libro que, sorprendentemente, ha sido muy poco utilizado por los historiadores. A mi juicio es una obra muy valiosa, porque Charlton formuló muchas de las preguntas que yo mismo habría planteado de haber podido estar en su lugar. Entre la vasta bibliografía sobre la guerra, he utilizado con profusión las obras de David y Mai Elliott, en particular el monumental estudio del primero sobre la vida en el delta del Mekong, así como las memorias de la segunda. Dos magníficos libros de Fred Logevall, *The Embers of War* y *Choosing War*, han tenido una influencia poderosa en mi propia narración, al igual que los excelentes estudios de Greg Daddis sobre las campañas. El profesor Mark Clodfelter, historiador autorizado de la guerra aérea, ha tenido la amabilidad de leer y comentar mis capítulos sobre el bombardeo. El gran Tim O’Brien (con el que compartí paso por el Macalester College de Minnesota) revisó la sección titulada «Pasar inadvertido». Mi viejo amigo el doctor Williamson Murray aportó correcciones de valor inestimable a todo el manuscrito, al igual que Con Crane y David Elliott. Margaret MacMillan hizo algunos comentarios autorizados sobre Nixon en China. El profesor Peter Edwards leyó las páginas sobre el papel interpretado por Australia. He tenido encuentros con todos estos autores, que han sido muy provechosos. Mi viejo y apreciado amigo el profesor sir

Michael Howard (Orden del Mérito, Orden de los Compañeros de Honor, Cruz Militar) leyó el manuscrito inicial e hizo comentarios que mejoraron —y abreviaron considerablemente— el texto final.

Hace treinta y cinco años que mis agentes en Londres y Nueva York, Michael Sissons y Peter Matson, interpretan un papel indispensable en mi vida. Los editores Arabella Pike y Robert Lacey, en Londres, y Jonathan Jao, en Nueva York, poseen los mejores rasgos que su oficio puede ofrecer, pero solo raramente ofrece: empatía, apoyo y sabiduría. Mi secretaria Rachel Lawrence lleva recogiendo la porcelana que rompo desde 1986, y para este libro ha organizado también los complejos preparativos de mis viajes. Un amigo me dijo hace poco que están sopesando canonizar a mi esposa Penny; esto aún no bastaría para reconocer adecuadamente su extraordinaria aportación a mi vida y a mi obra, y a la felicidad de todos aquellos que la conocen.

Bibliografía

La bibliografía de la guerra de Vietnam es inmensa. Aquí enumeraré tan solo los títulos que han tenido una influencia directa en mi narración, aunque esta pueda haber sido modesta o incluso negativa. La ausencia de títulos —incluidas algunas obras muy conocidas— no debe entenderse como una falta de respeto hacia sus autores; solo significa que hay libros excelentes que no han tenido una relevancia directa sobre mi propio trabajo. El material vietnamita ha sido traducido al inglés por Merle Pribbenow, salvo que se indique lo contrario.

Artículos y fuentes en línea

Ahern, Thomas, «CIA and the Generals: Covert Support to the Military Government in South Vietnam», web FOIA CIA.

Andrew, Rod, «The First Fight: US Marines in Operation Starlite», Quantico, 2015.

Association for Diplomatic Studies and Training, proyecto Oral History, archivo en línea, entrevista con el embajador Allan Wendt, 20 de mayo de 1998.

Clemis, Martin, «The Control War: Communist Revolutionary Warfare, Pacification and the Struggle for South Vietnam, 1968-1975», tesis doctoral, Temple University, Proquest, 2015.

Clodfelter, Mark, «Violating Reality: The Lavelle Affair, Nixon and Parsing the Truth», NWC [= National War College], 2016.

—, «Fifty Shades of Friction: Combat Climate, B-52 Crews and the Vietnam War», NWC, 2016.

Combat Operations Department [Cục Tác Chiến, «Departamento de Operaciones de Combate»], *History of the Combat Operations Department 1945-2000* [*Lịch Sử Cục Tác Chiến 1945-2000*, «Historia del Departamento de Operaciones de Combate 1945-2000»], 2005, publicado en línea en http://www.quansuvn.net/

Daddis, Gregory, «On Lewis Sorley's *Westmoreland: The General Who Lost Vietnam*», artículo de reseña, *Parameters*, otoño de 2011.

Dang, Tran Bach, «Tet 68: A Strategic Exercise», *Military History* [*Tạp Chí Lịch Sử Quân Sự*, «Revista de Historia Militar»], número 2/26, 1988.

Elliott, David P. y Mai, *Documents of an Elite Viet Cong Delta Unit: The Demolition Platoon of the 514th Battalion*, RAND Corporation 1969, disponible en línea.

Fall, Bernard, «The Political-Religious Sects of Vietnam», *Pacific Affairs* 28, n.º 3, septiembre de 1955.

Finlayson, Andrew R., «Vietnam Strategies», Marine *Corps Gazette*, agosto de 1988, pp. 90-94.

—, «The Tay Ninh PRU and its Role in the Phoenix Programme 1969», web CIA, *Studies in Intelligence*, vol. 15, n.º 2.

Grossheim, Martin, «The Democratic Republic of Vietnam Before the Second Indochina War», *Journal of Vietnamese Studies*, vol. 8, n.º 1 (otoño de 2012), pp. 80-129.
Hanyok, Robert, «Skunks, Bogies, Silent Hounds, and the Flying Fish: The Gulf of Tonkin Mystery 2-4 August 1964», *Cryptologic Quarterly*, primavera de 2005.
Harkins, Michael, «Medals of Honor at Dai Do», revista *Vietnam*, verano de 1989, pp. 42-59.
Haun, Phil, y Jackson, Colin, «Breaker of Armies: Air Power in the Easter Offensive», *International Security*, vol. 40, n.º 3, invierno de 2015-2016, pp. 139-178.
Hồ Đê, general, «Victory was Not Achieved Down a Red Carpet», *People's Army* [*Quân đội Nhân dân*, «Ejército popular»], periódico, 29 de abril de 2006.
Hoàng Đan *et al*., *The Spring-Summer 1968 Route 9-Khe Sanh Offensive* [*Chiến dịch tiến công Đường 9-Khe Sanh Xuân Hè 1968*, «La ofensiva por la Nacional 9-Khe Sanh de primavera-verano de 1968»], Military History Institute of Vietnam [Instituto de Historia Militar de Vietnam], 1987.
Hoang Van Tai, «A Few Strategic Issues in the Spring 1968 Tet Offensive» [*Mấy Vấn Đề về Chiến Lược trong Cuộc Tiến Công và Nổi Dậy Xuân 1968*, «Algunas cuestiones estratégicas en la ofensiva del Tet de la primavera de 1968»], discurso ante la conferencia de la Ciudad de Ho Chi Minh, en marzo de 1986, reproducido en *Military History* [*Tạp Chí Lịch Sử Quân Sự*, «Revista de Historia Militar»], número 2/26, 1988.
Hoeffding, Oleg, «Bombing North Vietnam: An Appraisal of the Economic and Political Effects», RAND Corporation, publicación RM5213, disponible en línea.
Hoffman, George, «The Path to War: US Marine Corps Operations 1961-65», Quantico, 2014.
Howard, Michael, «"Many Reasons" for Vietnam», *Encounter*, mayo de 1979.
Howse, Hamilton, «Vietnam: An Epilogue», Association of the US Army, julio de 1975, pp. 1-2.
Kaiser, Robert, «The Disaster of Richard Nixon», *New York Review of Books*, 21 de abril de 2016.
Lâm Chương, «Battles Not Described in Military Histories» [*Những Trận Đánh Không Tên Trong Quân Sử*, «Batallas no descritas en las historias militares»], *Vietnam Monthly* [*Nguyệt San Việt Nam*, «Revista mensual de Vietnam»], Vancouver, 2003, pp. 95-111.
Lavalle, A. J. C. (ed.), *Air Power and the 1972 Spring Invasion*, monografías del USAF SE Asia, vol. II, Mono. 3.
Le Duc Tho«Comrade Le Duc Tho Discusses Issues Relating to the War» [*Đồng chí Lê Đức Thọ nói về một số vấn đề tổng kết chiến tranh và biên soạn lịch sư quân sự*, «El camarada Le Duc Tho aborda cuestiones relacionadas con la guerra...»], *Military History* [*Tạp Chí Lịch Sử Quân Sự*, «Revista de Historia Militar»], número 2/26, 1988.
Logevall, Fredrik, «Bernard Fall: The Man Who Knew the War», *NYT*, 21 de febrero de 2017.
—, «Rethinking "McNamara's War"», *NYT*, 29 de noviembre de 2017.
Long, Joseph, «Hill of Angels: US Marines and the Battle for Con Thien», Departamento de Defensa, Washington, 2016.
McCarthy, James, «Linebacker II: A View from the Rock», Air University, 1976.
Marshall, Jonathan, «Dirty Wars: French and American Piaster Profiteering in Indochina 1945-75», *Asia-Pacific Journal*, vol. 12, número 32/2, 11 de agosto de 2014.
Military Region 5 Headquarters [Bộ Tư Lệnh Quân Khu 5, «Cuartel general de la 5.ª Región Militar»] y Tran Quy Cat [Trần Quý Cát], *History of Military Region 5 Sapper Troops 1952-1975* [*Lịch Sử Bộ Đội Đặc Công Quân Khu 5*, «Historia de los zapadores de la 5.ª Región Militar»], People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 1998, distribución interna.
Ngọc An, «Rocket Battalion 224» [*Tiểu Đoàn Hỏa Tiễn 224*, «Batallón de cohetes 224»] *Military History* [*Tạp Chí Lịch Sử Quân Sự*, «Revista de Historia Militar»], número 4, 1997.

Nguyễn Quốc Khuê, «3rd Ranger Group and the Battle of An Loc/Binh Long» [*LĐ3/BĐQ Với Trận Chiến An Lộc/Bình Long*, «El 3.º Grupo de la infantería ligera y la batalla de An Loc/Binh Long»], *Ranger Magazine* [*Tạp san Biệt Động Quân*, «Revista de la infantería ligera»], número del Tet de 2003, p. 77.

Pace, Eric, «Harrison E. Salisbury, 84, Author and Reporter, Dies», *NYT*, 7 de julio de 1993.

Palmer, Bruce, «U.S. Intelligence and Vietnam», *Studies in Intelligence*, vol. 28 (número especial), 1984.

People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular] (Hanói), *History of the Combat Operations Department 1945-2000*, web quansuvn [www.quansuvn.net], 2005.

People's Public Security (periódico), 2 de septiembre de 2005, «Seven Revolutionary Warriors Who Returned to Vietnam by British Aircraft in 1942» [*7 Chiến Sĩ Cách Mạng Được Máy Bay Anh Đưa Về Việt Nam Năm 1942*, «7 combatientes revolucionarios que volvieron a Vietnam en aviones británicos en 1942»], consultado en línea el 16 de septiembre de 2005.

—, «Senior Colonel Tran Hieu, First Director of the DRV's Intelligence Department», consultado en línea el 21 de abril de 2014.

Phan Khắc Hy, Maj. general, carta sobre la participación de aviadores norcoreanos en la guerra, publicada en el periódico *Tuổi Trẻ*, 28 de agosto de 2007.

Phương Quang, «New Unit and Historic Battles» [*Đơn Vị Mới và Những Trận Đánh Lịch Sử*, «Nuevas unidades y batallas históricas»], en *Ky Binh*, n.º 5, junio de 2006, Portland (Oregón).

Pribbenow, Merle L., «North Vietnam's Final Offensive: Strategic Endgame Nonpareil», *Parameters*, invierno de 1999-2000, pp. 58-71.

—, «General Vo Nguyen Giap and the Mysterious Evolution of the Plan for the 1968 Tet Offensive», *Journal of Vietnamese Studies*, vol. 3, número 2, 2008, pp. 1-33.

—, «The Man in the Snow White Cell», *Center for the Study of Intelligence Publications*, vol. 48, n.º 1.

—, «The Most Famous Unknown Spies of the Vietnam War», Texas Tech.

—, «The –ology War: Technology and Ideology in the Vietnamese Defense of Hanoi 1967», *Journal of Military History*, vol. 67, n.º 1, enero de 2003, pp. 175-200.

—, «Drugs, Corruption, and Justice in Vietnam and Afghanistan: A Cautionary Tale», *Washington Decoded*, 11 de noviembre de 2009.

—, «Soviet-Vietnamese Intelligence Co-operation», conferencia del Centro Woodrow Wilson, diciembre de 2014.

—, *1963: Laying the Military Foundation for the Communist Decision to Seek a «Decisive Victory»*, National Archive y Texas Tech, octubre de 2013.

Ramsey, Doug, manuscrito inédito sobre su experiencia en Vietnam, confiado al autor.

Taylor, K. W., *Voices from the Second Republic of South Vietnam (1967-1975)*, Cornell, 2014.

Tống Hồ Trinh, «The 1968 Tet Offensive in the Tri-Thien-Hue Theatre» [*Hướng tiến công và nổi dậy Tết Mậu Tân ở Tri-Tiên Huế (năm 1968)*], Ministerio de Defensa de Hanói, 1986 (traducción inglesa de Bob Destatte y Merle Pribbenow para el Centro de Historia Militar del Ejército de Tierra de Estados Unidos).

Trần Bạch Đằng, «Tet 68: A Strategic Exercise» [*Cuộc Tổng Diễn Tập Chiến Lược*, «Ejercicio estratégico»,] *Military History* [*Tạp Chí Lịch Sử Quân Sự*, «Revista de Historia Militar»], núm. 2/26, 1988.

Trần Độ, grabación de sonido sobre la ofensiva del Tet, transcrita en las actas de la Conferencia de Hanói de marzo de 1986, *Military History* [*Tạp Chí Lịch Sử Quân Sự*, «Revista de Historia Militar»], núm. 2/26, 1988.

Trần Quỳnh, «Memories of Le Duan» [*Những Kỷ Niệm Về Lê Duẩn*, «Memorias de Le Duan»], http://vanhoavn.blogspot.com/2012/09/blog-post_7386.html.

Trần Văn Quang, «Hue: 25 Days and Nights» [*Huế: 25 ngày đêm*, «Hue: 25 días y noches»], discurso ante la Conferencia de Hanói de marzo de 1988, *Military History* [*Tạp Chí Lịch Sử Quân Sự*, «Revista de Historia Militar»], núm. 2/26, 1988.

Trục Lâm, «The Fate of a Mole» [*Số phận một nội gián*] (traducción inglesa de Merle Pribbenow), *People's Army* [*Quân đội Nhân dân*, «Ejército popular»], periódico, Hanói, 22 de julio de 1995, p. 7.

USMC, «Battle of Dai Do: Seven Days in May», en *The Fighting Third*, Quantico, 1969.

Veith, George J., y Pribbenow, Merle L., «"Fighting is an Art": The Army of the Republic of Vietnam's Defense of Xuan Loc 9-21 April 1975», *Journal of Military History*, vol. 68, n.º 1, enero de 2004, pp. 163-213.

Vo Nhan Tri, «Vietnam's Economic Policy Since 1975».

Walrath, Brian, MS inédito confiado al autor, sobre la experiencia en un equipo de acción móvil en Vietnam.

Westad, Odd Arne *et al*., «77 Conversations between Chinese and Foreign Leaders on the Wars in Indochina 1964-77», *Wilson Center Working Paper* 22, en línea.

Wyndham, Norman, «Through Vietnamese Eyes», memorándum de 1968, de circulación privada, en posesión de lord Egremont.

Xuan Ba [Xuân Ba], serie de artículos y entrevistas con la segunda esposa de Le Duan, publicada en el periódico *Tien Phong* [Tiền Phong] el 25 de junio de 2006 y en semanas posteriores.

Libros

Adams, Sam, *War of Numbers: An Intelligence Memoir*, Steerforth, 1994.

Andrade, Dale, *Ashes to Ashes: The Phoenix Program and the Vietnam War*, Lexington, 1990.

Andrews, William, *The Village War*, University of Missouri Press, 1973.

Appy, Christian G., *Patriots: The Vietnam War Remembered from All Sides*, Viking, 2003.

Arbatov, Georgi [=Gueorgui Arbátov], *The System: An Insider's Life in Soviet Politics*, Times Books, 1992.

Armor Command (*Bộ Tư Lệnh Tiết Giáp*, «Mando Blindado»), *Some Battles Fought by Our Armored Troops*, vol. IV, General Staff Printing [Imprenta del Estado Mayor General], Hanói, 1983.

Asselin, Pierre, *Hanoi's Road to the Vietnam War 1954-1965*, University of California Press, 2013.

Atkinson, Rick, *The Long Gray Line*, Houghton Mifflin, 1989.

Autry, Jerry, *Gun-Totin' Chaplain*, Airborne Press, 2006.

Baskir, Lawrence M., y Strauss, William A., *Chance and Circumstance: The Draft, the War and the Vietnam Generation*, Knopf, 1978.

Beckwith, Charlie, y Knox, Donald, *Delta Force*, Harcourt Brace, 1983.

Beech, Keyes, *Not Without the Americans*, Doubleday, 1971.

Berman, Larry, *Planning a Tragedy: The Americanization of the War in Vietnam*, Norton, 1982.

—, *No Peace, No Honor: Nixon, Kissinger, and Betrayal in Vietnam*, Free Press, 2001.

Biggs, David, *Quagmire: Nation-Building and Nature in the Mekong Delta*, University of Washington Press, 2010.

Bilton, Michael, y Sim, Kevin, *Four Hours in My Lai*, Viking, 1992.

Bonds, Ray (ed.), *The Vietnam War: The Illustrated History*, Salamander, 1979.

Bong-Wright, Jackie, *Autumn Cloud: From Vietnamese War Widow to American Activist*, Capital Books, 2001.

Bonville, George, *You Ain't Nothing But a Swamp Rat*, Professional Press, 2016.
Boot, Max, *The Road Not Taken: Edward Lansdale and the American Tragedy in Vietnam*, Norton, 2017.
Borch, Frederic, *Judge Advocates in Vietnam: Army Lawyers in Southeast Asia 1959-75*, US Army Command and General Staff College Press, 2003.
Botkin, Richard, *Ride the Thunder*, WND Books, 2009.
Bowden, Mark, *Hue 1968*, Grove Atlantic, 2017.
Bradley, Mark Philip, *Vietnam at War*, Oxford University Press, 2009.
Braestrup, Peter, *Big Story: How the American Press and Television Reported and Interpreted the Crisis of Tet 1968*, Anchor, 1978.
Brigham, Robert K., *ARVN: Life and Death in the South Vietnamese Army*, Kansas University Press, 2006.
Brodie, Bernard, *War and Politics*, Macmillan, 1973.
Broughton, Jack, *Thud Ridge*, Lippincott, 1969.
Brown, Archie, *The Rise and Fall of Communism*, Bodley Head, 2009.
Browne, Malcolm, *The New Face of War*, Bobbs-Merrill, 1965.
Bunting, Josiah, *The Lionheads*, Braziller, 1972.
Burkett, B. G., y Whitley, Glenna, *Stolen Valor: How the Vietnam Generation was Robbed of its Heroes and its History*, Verity Press, 1998.
Burleigh, Michael, *Small Wars, Faraway Places*, Macmillan, 2013.
Burr, William, y Kimball, Jeffrey P., *Nixon's Nuclear Specter: The Secret Alert of 1969, Madman Diplomacy and the Vietnam War*, Kansas, 2015.
Busch, Peter, *All the Way With JFK?: Britain, the U. S. and the Vietnam War*, Oxford University Press, 2003.
Buttinger, Joseph, *Vietnam: A Dragon Embattled*, Pall Mall Press, 1967.
Caputo, Philip, *A Rumor of War Holt*, Rinehart & Winston, 1977.
Charlton, Michael, y Moncrieff, Anthony (eds.), *Many Reasons Why: The American Involvement in Vietnam*, Scolar, 1978.
Chau, Tran Ngoc, *Vietnam Labyrinth*, Texas Tech, 2012.
Chien Viet Nam 1954-75 [=*Hai Muoi Mot Nam Chien Tran cua Binh Chung Tuy Quan Luc hien Viet Nam (1954-1975)*] («The Vietnamese Marine Corps' Twenty-One Years of Warfare, 1954-75»), Vietnamese Marine Association in the US, Santa Ana (California), 2005.
Chivers, C. J., *The Gun*, Simon & Schuster, 2010.
Chung, Pham Van *et al*., *Hai Muoi Nam Chien cua Binh Chung Thuy Quan Luc*.
Cloake, John, *Templer: Tiger of Malaya*, Harrap, 1985.
Clodfelter, Mark, *The Limits of Air Power*, Free Press, 1989.
—, *Beneficial Bombing*, University of Nebraska Press, 2010.
Colby, William, *Lost Victory*, McGraw-Hill, 1989.
Conboy, Kenneth, y Andrade, Dale, *Spies and Commandos: How America Lost the Secret War in North Vietnam*, Kansas University Press, 2000.
Cooper, Chester, *The Lost Crusade*, Dodd Mead, 1970.
Corn, David, *Blond Ghost: Ted Shackley and the CIA's Crusades*, Simon & Schuster, 1994.
Daddis, Greg, *No Sure Victory*, Oxford University Press, 2011.
—, *Westmoreland's War: Reassessing American Strategy in Vietnam*, Oxford University Press, 2014.
—, *Withdrawal*, Oxford University Press, 2017.
Dan, Nguyen Huy Toan, y Pham Quang Dinh, *The 304th Division*, People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 1990.

Dang, Tran Bach, *Life and Memories*, Tre Publishing House, Ciudad de Ho Chi Minh, 2006.
Davidson, Philip B., *Vietnam at War 1946-1975*, Sidgwick & Jackson, 1988.
Del Vecchio, John M., *The 13th Valley*, Sphere, 1983.
Dietrich, Erik Jurgen-Karl, *The Kraut*, edición personal, 2015.
Doan, Phuong Hai, *Goc bien chan troi* («The Sea on the Horizon») [«El mar en el horizonte»], Dong Van Publishing, San José (California), 2000.
Dobrynin, Anatoly [=Anatoli], *In Confidence: Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents*, Times Books, 1995.
Don, Tran Van, *Our Endless War*, Presidio, 1978.
Doyle, Michael W., *Ways of War and Peace*, Norton, 1997.
Duc, Huy, *The Victors* [*Ben thang cuoc*], vol. II: *Power* [*Giai Phong*], Osinbook, Los Ángeles, 2012.
Duc, Pham Gia, *The 325th Division*, 2 vols., People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 1986.
Edwards, Peter, *Australia and the Vietnam War*, Australian War Memorial, 2014.
Elliott, David W. P., *The Vietnamese War: Revolution and Social Change in the Mekong Delta 1930-1975*, 2 vols., M. E. Sharpe, 2003.
—, *Changing Worlds: Vietnam's Transition from Cold War to Globalization*, Oxford University Press, 2012.
Elliott, Duong Van Mai, *The Sacred Willow: Four Generations in the Life of a Vietnamese Family*, Oxford University Press, 1999.
—, *RAND in South-East Asia: A History of the Vietnam War Era*, RAND, 2010.
—, *Hell is a Very Small Place*, Lippincott, 1966.
Fall, Bernard, *Street Without Joy*, Stackpole, 1967.
Fallabella, Robert, *Vietnam Memoirs*, Pageant Press, 1971.
Finlayson, Andrew, *Killer Kane*, McFarland (Carolina del Norte), 2013.
—, *Rice Paddy Recon*, McFarland (Carolina del Norte), 2014.
Fitzgerald, Frances, *Fire in the Lake*, Vintage, 1972.
French, David, *The British Way in Counter-Insurgency 1945-67*, Oxford University Press, 2011.
Fulton, William B., *Vietnam Studies: Riverine Operations 1966-1969*, Turner Publishing, 1997.
Gaiduk, Ilya V. [=Iliá], *The Soviet Union and the Vietnam War*, Ivan R. Dee, 1996.
Gavin, James, *Crisis Now*, Random House, 1968.
Giles, Frank, *The Locust Years*, Secker & Warburg, 1991.
Glazunov *et al*. (eds.), *Voina Vo Vietname–Kak Eto Bylo* [«La guerra en Vietnam: Cómo fue»], Moscú, 2005.
Gole, Henry G., *General William DePuy: Preparing the Army for Modern War*, Kentucky, 2004.
—, *Soldiering*, Potomac Books, 2005.
Goscha, Christopher, *The Penguin History of Modern Vietnam*, Allen Lane, 2016.
Greene, Graham, *The Quiet American*, Heinemann, 1955. [En castellano véase *El americano tranquilo*, trad. Fernando Galván, Madrid: Cátedra, 2013, 3.ª ed.; la obra es quizá más conocida con el título de *El americano impasible*, en trad. de J. R. Wilcock, por ejemplo en Barcelona: Seix Barral, 1985.]
Greene, Wallace, *The Greene Papers: General Wallace M. Greene Jnr and the Escalation of the Vietnam War*, ed. Nicholas Schlosser, USMC, Quantico, 2015.
Ha, Mai, *Viet Blood and Steel: Armor During the Vietnam War*, autoedición, Sugarland (Texas), 2005.
Hackforth, David, *Steel My Soldiers' Hearts*, Touchstone, 2002.

Haig, Alexander, y McCarry, Charles, *Inner Circles: How America Changed the World*, Grand Central, 1994.
Halberstam, David, *The Best and the Brightest*, Random House, 1972.
Haldeman, H. R., *The Haldeman Diaries*, Berkley Books, 1994.
Ham, Paul, *Vietnam: The Australian War*, HarperCollins, 2007.
Hamilton-Paterson, James, *A Very Personal War: The Story of Cornelius Hawkridge*, Faber & Faber, 1971.
Haponski, William, *An Idea, and Bullets*, Combatant Books, 2016.
Hayes, Paddy, *Queen of Spies*, Duckworth, 2015.
Hayslip, Le Ly, y Wurts, Jay, *When Heaven and Earth Changed Places*, Doubleday, 1989.
Herr, Michael, *Dispatches*, Picador, 1978.
Hersh, Seymour, *The Dark Side of Camelot*, Little, Brown, 1997.
Hiep, Cor. Gen. Dang Vu, *Highland Memories*, People's Army Publishing, Hanói, 2000.
Higgins, Marguerite, *Our Vietnam Nightmare*, Harper & Row, 1971.
Ho, Van Ky Thoai, *Can Truong Chien Bai*, autoedición, Virginia, 2010.
Hodges, Michael, *AK47: The People's Gun*, Sceptre, 2007.
Howard, Michael, *Captain Professor*, Continuum, 2006.
Hughes, Ken, *Fatal Politics: The Nixon Tapes, the Vietnam War and the Casualties of Reelection*, University of Virginia Press, 2015.
Hunt, Harold, *A Soldier's Journal*, Hunt Enterprises, 1991.
Hunt, Ira A., *Losing Vietnam*, Kentucky University Press, 2013.
—, *The 9th Infantry Division in Vietnam*, Kentucky University Press, 2010.
Hunt, Richard A., *Melvin Laird and the Foundation of the Post-Vietnam Military 1968-71*, Historical Office of the Secretary of Defense, 2015.
Huy, Nguyen Duc, *A Soldier's Life* (con Nguyen Thong Nhat), People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 2011.
Isaacs, Arnold, *Without Honor: Defeat in Vietnam and Cambodia*, Johns Hopkins, 1983.
Jones, Howard, *My Lai: Vietnam 1968 and the Descent into Darkness*, Oxford University Press, 2017.
Karnow, Stanley, *Vietnam: A History*, Century, 1983.
Kerrey, Bob, *When I Was a Young Man*, Harcourt, 2002.
Khan, Hoang Nghia, *The Road to the General Headquarters*, Staff People's Army Publishing, Hanói, 2008.
Kimball, Jeffrey, *Nixon's Vietnam War*, University of Kansas Press, 1998.
—, *The Vietnam War Files: Uncovering the Secret History of Nixon-Era Strategy*, University of Kansas Press, 2004.
Kissinger, Henry, *The White House Years*, Simon & Schuster, 1979.
—, *Ending the Vietnam War Era*, Simon & Schuster, 2003.
Krohn, Charles A., *The Lost Battalion of Tet*, Naval Institute Press, 2008.
Kurlantzick, Joshua, *A Great Place to Have a War: Laos and the Militarization of the CIA*, Simon & Schuster, 2017.
Ky, Nguyen Cao, *Buddha's Child: My Fight to Save Vietnam*, St. Martin's Press, 2002.
Laidig, Scott, *Al Gray*, Marine, Potomac, 2012.
Langguth, A. J., *Our Vietnam*, Simon & Schuster, 2000.
Larteguy, Jean, *Les Centurions*, Presses de la Cité, París, 1960.
LeMay, Curtis, con MacKinlay Kantor, *Mission with LeMay*, Doubleday, 1965.
Leslie, Jacques, *The Mark: A War Correspondent's Memoir of Vietnam and Cambodia*, Four Walls, 1995.

Lewis, Norman, *A Dragon Apparent*, Jonathan Cape, 1951.
Lind, Michael, *Vietnam: The Necessary War*, Free Press, 1999.
Livingston, James E., con Colin D. Heaton y Anne-Marie Lewis, *Noble Warrior*, Zenith Press, 2010.
Logevall, Fredrik, *Choosing War*, University of California Press, 1999.
—, *The Embers of War*, Random House, 2012.
Long, Guilin, *Memoirs*, Pekín, 1995.
Luan, Nguyen Cong, *Nationalists in the Vietnam Wars*, Indiana University Press, 2012.
Lunn, Hugh, *A Reporter's War*, University of Queensland Press, 1985.
Ly, gen. Tong Ba, *Hoi Ky 25 Nam Khoi Lau; Cam Nghi Cua Mot Tuong Cam Quan Tai Mat Tran* («Memoir of 25 Years of War: Thoughts of a General Who Commanded Troops on the Battlefield») [«Memorias de 25 años de guerra: pensamientos de un general que dirigió a las tropas en el campo de batalla»], autoedición, San Marcos, 1999.
McCoy, Alfred, *The Politics of Heroin in South-East Asia*, Harper & Row, 1972.
Macdonald, Peter, *Giap: The Victor in Vietnam*, Norton, 1992.
Maclear, Michael, *Vietnam: The Ten Thousand Day War*, Thames Methuen, 1981.
McMaster, H. R., *Dereliction of Duty: Lyndon Johnson, Robert McNamara, the Joint Chiefs of Staff and the Lies that Led to Vietnam*, HarperCollins, 1997.
Marlantes, Karl, *Matterhorn*, Atlantic Monthly Press, 2010. [Hay traducción española de Enrique G. de la G.: *Matterhorn: una novela sobre la Guerra de Vietnam*, México, D. F.: Océano, 2015.]
Mau, Nguyen Xuan, *Defending the Skies: A Memoir*, Hanói, 1982.
Memmi, Albert, *The Colonizer and the Colonized*, Souvenir, 2016.
Michel, Marshall, *Clashes: Air Combat Over Vietnam 1965-72*, US Naval Institute Press, 1997.
—, *The 11 Days of Christmas: America's Last Vietnam Battle*, Encounter, 2001.
Millie, David, *Team 19 in Vietnam: An Australian Soldier at War*, Kentucky University Press, 2013.
Minh, Nguyen Quoc *et al*., *History of the Sapper Forces*, vol. I, People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 1987.
Moise, Edwin, *The Tonkin Gulf Incident and the Escalation of the Vietnam War*, University of North Carolina Press, 1996.
Nghi, Huynh; Noi Huynh Van, y Sinh Nguyen Hung, *The Route 9-Southern Laos Counteroffensive Campaign 1971*, Military History Institute of Vietnam, 1987.
Nguyen, An, *New Battlefield* (según se le contó a Nguyen Tu Duong), People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 2002.
Nguyen, Dinh Kien, *Nguoi linh voi bau troi Ha Noi* [«Un soldado y los cielos sobre Hanói»], People's Army Publishing, Hanói, 2013.
Nguyen, Duong, *Vietnam: The Other Side (Challenging All Odds)*, edición personal, 2015.
Nguyen, Hung Linh, y Mac, Hoang, *Anti-Reactionary Forces: Chronology of Events 1954-75*, Ministerio de Interior, Departamento de Seguridad Política III, Seguridad Pública.
Nguyen, Lien-Hang T., *Hanoi's War: An international History*, University of North Carolina Press, 2012.
Nguyen, Nathalie Huynh Chau, *South Vietnamese Soldiers*, Praeger, 2016.
Nguyen, Viet Thanh, *The Sympathizer*, Atlantic Monthly Press, 2015.
Nguyễn Tiến Đích, *[3rd] Division Memories* [*Ký Ức Sư Đoàn*, «Memorias de la [3.ª] división»], People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 1995.
Nhien, Nguyen Van, y Huu, Nguyen Thanh, *History of Chemical Troops 1958-2008*, People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 2008.
Nichols, John B., y Tillman, Barrett, *On Yankee Station*, Bantam, 1988.

Ninh, Bao, *The Sorrow of War*, Vintage, 1998. [Hay traducción española de María José Díez y Diego Friera, a partir de la edición inglesa: *El dolor de la guerra*, Barcelona: Ediciones B, 2005.]

Nixon, Richard, *No More Vietnams*, Arbor House, 1985. [Hay traducción española de Julio F. Yánez: *No más Vietnams*, Barcelona: Planeta, 1986.]

Nolan, Keith William, *Sappers in the Wire: The Life and Death of Firebase Mary Ann*, Texas A & M UP, 2007.

—, *The Magnificent Bastards*, Presidio, 2007.

Nolting, Frederick, *From Trust to Tragedy*, Praeger, 1988.

Oberdorfer, Don, *Tet!: The Turning Point in the Vietnam War*, Johns Hopkins, 2001.

O'Brien, Michael, *Conscripts and Regulars: With the Seventh Battalion in Vietnam*, Allen & Unwin, 1995.

O'Brien, Tim, *The Things They Carried*, Flamingo, 1990.

—, *If I Die in a Combat Zone*, Dell, 1973.

—, *Going After Cacciato*, Delacorte, 1978.

Palmer, Bruce, *The 25-Year War: America's Military Role in Vietnam*, Touchstone, 1984.

Payne, Kenneth, *The Psychology of Strategy: Exploring Rationality in the Vietnam War*, Hurst, 2015.

Pham, Dai Gia, *The Last Prisoners*, Prototech, 2016.

Pham Van Chung *et al*. (eds.), *Hai Muoi Mot Nam Chien Tran cua Binh Chung Thuy Quan Luc Chien Viet Nam (1954-1975)* («The Vietnamese Marine Corps' Twenty-One Years of Warfare»), vol. II, Vietnamese Marine Association of the US, Santa Ana (California), 2005.

Phan, Nhat Nam, *Dau ninh lua 1963-73: But ky chien Hien Dai* [The Mark of a Warrior], Hien Dai Publishers, Saigón, 1973.

Phap, Nguyen Van *et al*., *History of the Air Defence Service*, Hanói, 1991.

Phuong, Bui Vinh (ed.), *Military Encyclopedia of Vietnam*, People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 2004.

Pike, Douglas, *Viet Cong: The Organization and Techniques of the National Liberation Front of South Vietnam*, MIT, 1966.

Polmar, Norman, y Mersky, Peter, *The Naval Air War in Vietnam*, Zebra, 1981.

Porter, Gareth, y Loory, Stuart, *Vietnam: The Definitive Documentation of Human Decisions*, 2 vols., Heyden, 1979.

Pouget, J., *Nous Etions à Dien Bien Phu*, Presses de la Cité, París, 1965, y Publishing House, Hanói, 1997 (solo circulación interna).

Prados, John, *Vietnam: The History of an Unwinnable War 1945-75*, Kansas University Press, 2009.

Raskin, Marcus G., y Fall, Bernard B. (eds.), *The Vietnam Reader*, Vintage Books, 1967.

Robbins, Christopher, *The Invisible Air Force: The Story of the CIA's Secret Airline*, Macmillan, 1979.

—, *The Ravens Crown*, 1987.

Robinson, Anthony (ed.), *Weapons of the Vietnam War*, Gallery, 1983.

Rocolle, Pierre, *Pourquoi Dien Bien Phu*?, Flammarion, 1968.

Salisbury, Harrison, *Behind the Lines: Hanoi*, Harper & Row, 1967.

Samuels, Charlie, *Machinery and Weapons of the Vietnam War*, Gareth Steven, 2013.

Santoli, Al, *To Bear Any Burden: The Vietnamese War and its Aftermath*, Sphere, 1986.

Schlesinger, Arthur, *Journals 1956-2002*, Penguin, 2007.

—, *Robert Kennedy and His Times*, Nueva York, 1978.

Scotton, Frank, *Uphill Battle*, Texas Tech, 2014.

Shapley, Deborah, *Promise and Power: The Life and Times of Robert McNamara*, Little, Brown, 1993.
Shaw, Geoffrey, *The Lost Mandate of Heaven*, Ignatius, 2015.
Shawcross, William, *Sideshow: Kissinger, Nixon and the Destruction of Cambodia*, André Deutsch, 1979.
Sheehan, Neil, *A Bright Shining Lie: John Paul Vann and America in Vietnam*, Random House, 1988.
Shepherd, Jack, y Wren, Christopher (eds.), *Quotations from Chairman LBJ*, Simon & Schuster, 1968.
Siemon-Netto, Uwe, *Duc: A Reporter's Love for the Wounded People of Vietnam*, CreateSpace, 2013.
Simpson, Howard R., *Tiger in the Barbed Wire*, Kodansha International, 1992.
Smith, Ralph, *Vietnam and the West*, Ithaca, 1971.
—, *An International History of the Vietnam War*, Macmillan, 1985.
Snepp, Frank, *Decent Interval*, Random House, 1977.
—, *Irreparable Harm*, Random House, 1999.
Solis, Gary D., Marines *and Military Law in Vietnam: Trial by Fire*, US Marine Corps, 1989.
Sorley, Lewis (ed.), *The Vietnam War: An Assessment by South Vietnam's Generals*, Texas Tech, 2010.
—, *The Abrams Tapes 1968-72* (ed.), Texas Tech, 2004.
—, *A Better War: The Unexamined Victories and Final Tragedy of America's Last Years in Vietnam*, Harvest, 1999.
Sukhodrev, Victor [=Víktor Sujodrev], *Yazyk moi-drug moi* [«Mi lengua es mi amiga»], Moscú, 2008.
Suri, Jeremi, *Henry Kissinger and the American Century*, Harvard University Press, 2007.
Swain, Jon, *River of Time*, Heinemann, 1995.
Tai, Nguyen, *Doi Mat Voi CIA* [«Cara a cara con la CIA»], Writers' Association, Hanói, 1999.
Tang, Truong Nhu, *A Vietcong Memoir*, Vintage, 1986.
Taylor, Maxwell, *Swords and Plowshares*, Norton, 1972.
Terry, Wallace, *Bloods: Black Veterans of the Vietnam War*, Presidio, 2006.
Thach, M.-G. Pham Van, *History of the Resistance War Against the Americans to Save the Nation 1954-75*, 8 vols., Military History Institute of Vietnam, Hanói, 2008.
Than, general de división Huynh Cong, *On the Long An Battlefield: A Memoir* (según se le contó a Nguyen Huu Nguyen), People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 1994.
Thompson, Robert, *Defeating Communist Insurgency*, Chatto & Windus, 1966.
—, *Make for the Hills*, Pen & Sword, 1989.
Thompson, Wayne, *To Hanoi and Back: The United States Air Force and North Vietnam 1966-1973*, USAF, Washington, 2000.
Thorne, Christopher, *Allies of a Kind*, Hamish Hamilton, 1978.
Thuong, Pham Huy *et al.*, *The Lowlands Division [Central Highlands Corps]*, vol. III, People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 1984.
Tin, Thanh, *Their True Colors: The Political Memoirs of Bui Tin*, Turpin Press, 1994.
Tougas, Shelley, *Weapons, Gear and Uniforms of the Vietnam War*, Capstone, 2012.
Tourison, Sedgwick, *Secret Army, Secret War*, Naval Institute Press, 1995.
Trach, Gam, *Ben Li Cuoc Chien*, Viet Tide, 2015.
Tram, Dang Thuy, *Last Night I Dreamed of Peace*, Harmony, 2007.
Tran, Hoy, *A Vietnamese Fighter Pilot in an American War*, XLibris, 2014.

Tran, Trong Trung, *Supreme Commander Vo Nguyen Giap During the Years of American Imperialist Escalation of the War (1965-1969)* [*Tổng Tư Lệnh Võ Nguyên Giáp Trong Những Năm Đế Quốc Mỹ Leo Tang Chiến Tranh (1965-1969)*, «El comandante supremo Vo Nguyen Giap durante los años de la escalada bélica imperialista de Estados Unidos (1965-1969)»], National Political-Truth Publishing House [Editora Nacional de la Verdad Política], Hanói, 2015.

Tran, Van Nhut (con Christian Arevian), *An Loc: The Unfinished War*, Texas Tech, 2009.

Trullinger, James W., *Village at War: An Account of Revolution in Vietnam*, Longman, 1980.

Tuan, Tran Quoc *et al*., *History of the General Staff During the Resistance War Against the Americans to Save the Nation 1954-75*, People's Army Publishing House [Editora del Ejército Popular], Hanói, 2010.

Tucker, Spencer C. (ed.), *Encyclopedia of the Vietnam War*, ABC-Clio, 1998.

Turley, Gerald H., *The Easter Off ensive: The Last American Advisors in Vietnam 1972*, Naval Institute Press, 1985.

US Army Center of Military History (VV. AA.) [=Centro de Historia Militar del Ejército de Tierra de Estados Unidos], *The US Army in Vietnam*.

—, John D. Bergen, *A Test for Technology*, 1986.

—, Jeffrey J. Clarke, *Advice and Support: The Final Years*, 1992.

—, William M. Hammond, *The Military and the Media*, 1990.

—, Ronald H. Spector, *Advice and Support: The Early Years*, 1985.

Veith, George J., *Black April: The Fall of South Vietnam 1973-75*, Encounter, 2012.

Weinberger, Sharon, *The Imagineers of War*, Penguin Random House, 2017.

West, Richard, *War and Peace in Vietnam*, Sinclair Stevenson, 1995.

—, *Victory in Vietnam*, Private Eye, 1974.

Westad, Odd Arne, *The Cold War: A World History*, Allen Lane, 2017.

Westmoreland, William, *A Soldier Reports*, Doubleday, 1976.

White, Theodore, *The Making of the President 1964*, Athenaeum, 1965.

—, *The Making of the President 1968*, Jonathan Cape, 1969.

—, *The Making of the President 1972*, Jonathan Cape, 1973.

Whitt, Jacqueline E., *Bringing God to Men: American Military Chaplains and the Vietnam War*, University of North Carolina Press, 2014.

Wiest, Andrew, *Vietnam's Forgotten Army: Heroism and Betrayal in the ARVN*, NYU Press, 2008.

Windrow, Martin, *The Last Valley*, Weidenfeld & Nicolson, 2004.

Wirtz, James J., *The Tet Offensive: Intelligence Failure in War*, Cornell, 1991.

Woods, Randall, *Shadow Warrior: William Egan Colby and the CIA*, Basic Books, 2013.

Young, Gavin, *A Wavering Grace*, Viking, 1997.

Záitsev, Anatoli, *Na Gromykovskikh Kovrakh* (= *On Gromyko's Carpet*) [«En las alfombras de Gromyko»], Moscú, 2001.





Tonkín, 1896: entrada a la pagoda del Gran Buda.



La mission civilisatrice. Tonkín, 1908. Oficiales franceses con la cabeza de vietnamitas sospechosos de haber envenenado a soldados franceses.



1945: víctimas de la hambruna catastrófica que asoló la zona norte de Vietnam.



Oficiales de la OSS con líderes del Vietminh. Giap está sentado al frente, a la izquierda; Ho, tres puestos a la derecha.



La sale guerre. Tropas francesas con un sospechoso del Vietminh.



Unos soldados franceses, agotados, transportan una baja.



Dienbienphu, noviembre de 1953: paracaidistas.





Comandantes: (desde la izquierda) Giap y Ho; Cogny, De Castries y Navarre con unos subordinados.



El enemigo implacable y victorioso: tras el alto el fuego de julio de 1954, unos oficiales franceses escoltan a una unidad del Vietminh al interior de las propias líneas.



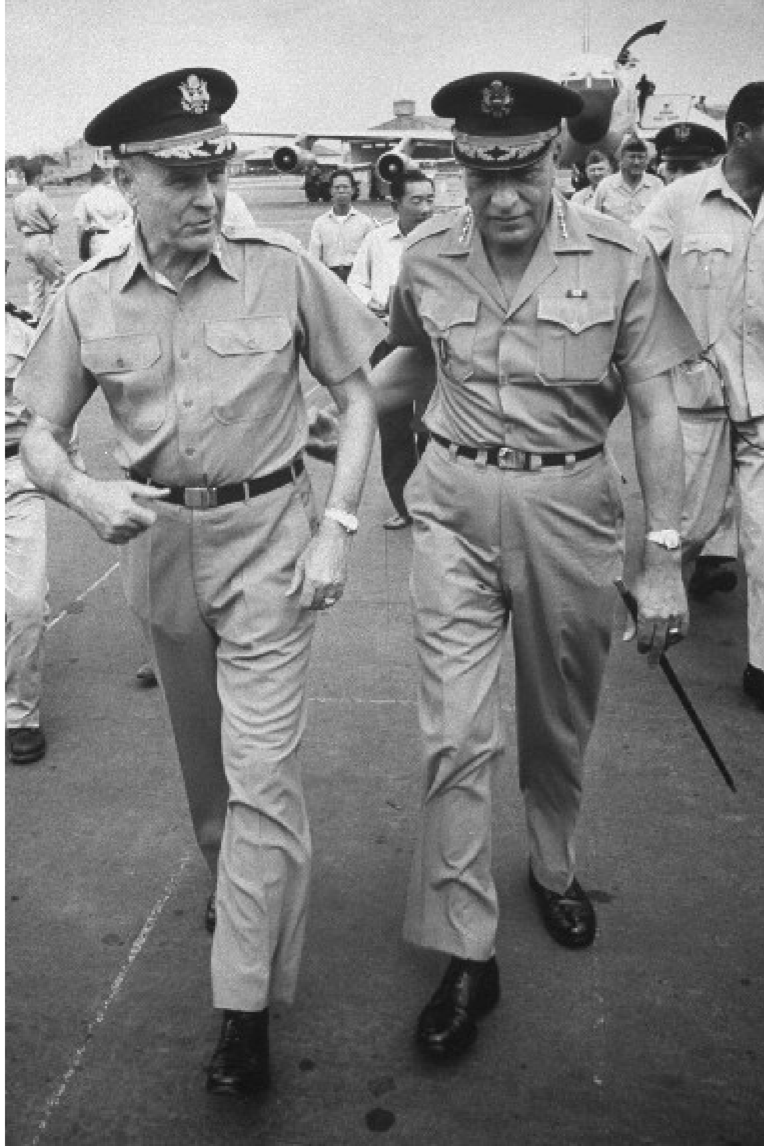


Un titiritero y el títere que se negó a bailar al paso que le dictaban: Lodge y Diem.



Nguyen Thuy Nga con su esposo, Le Duan, en el bosque de U Minh, en 1950.







Mao Zedong estrecha la mano de Le Duc Tho; Maxwell Taylor y Paul Harkins en Saigón; Lou Conein, el espía para todas las ocasiones.




La Ruta.

Helicópteros Huey: una imagen clásica de la variante de transporte de tropas (el *slick*).







Un campamento de las fuerzas especiales en Plei Me, asaltado por el Vietcong en 1965.











Estadounidenses y aliados: Walt Boomer; Tim O’Brien; la guerra de un radiooperador: 1.ª división Caball. Aire en An Thi, en 1966; el soldado australiano Tom Blackhurst refresca al perro rastreador Justin; John Paul Vann (segundo por la izquierda) con Doug Ramsey (en primer plano) en 1965.



Mike Eiland en el campamento de las fuerzas especiales en Long Thanh, con reclutas jemeres, en 1972.



Una imagen clásica de los combates tomada por Don McCullin, uno de los grandes fotógrafos de la guerra de Vietnam.





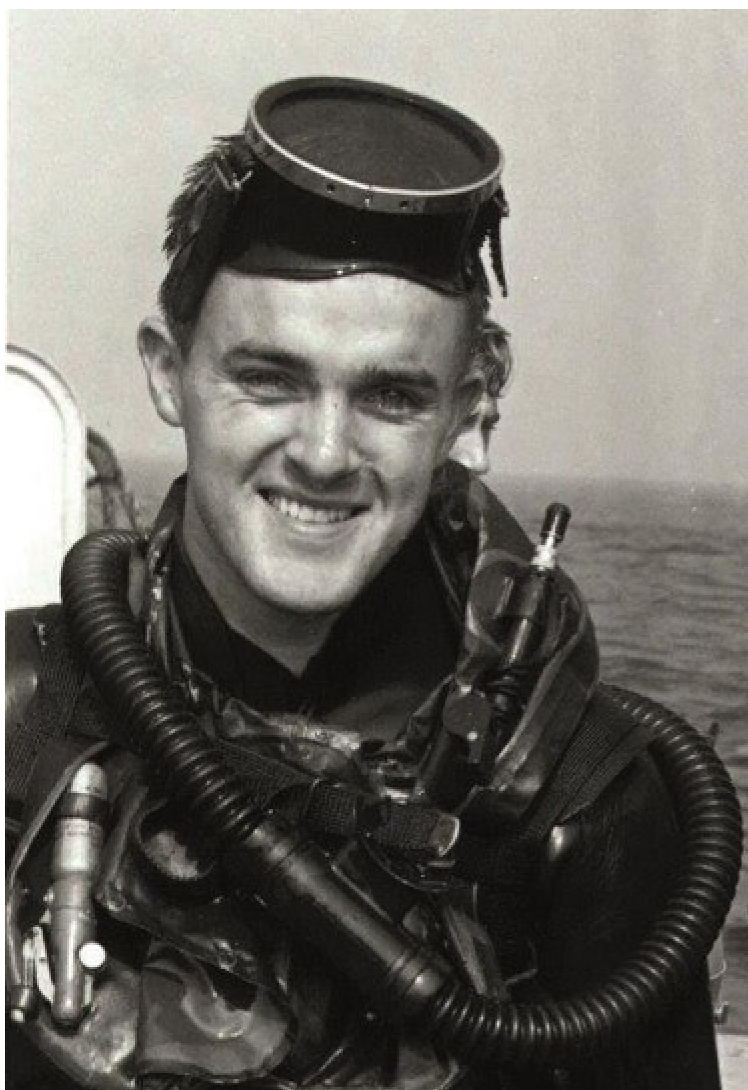




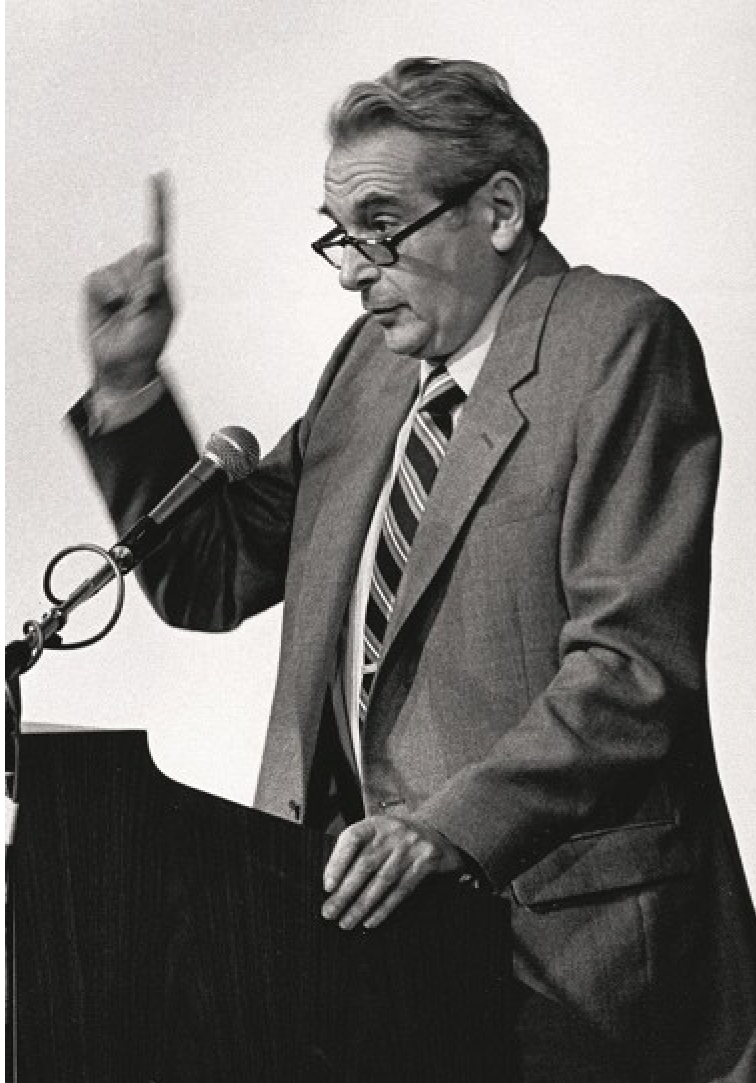




Algunos vietnamitas que narraron sus historias: (de arriba abajo) Doan Phuong Hai (izquierda de la imagen); Bao Ninh; Nguyen Cong Luan; Truong Nhu Tang.



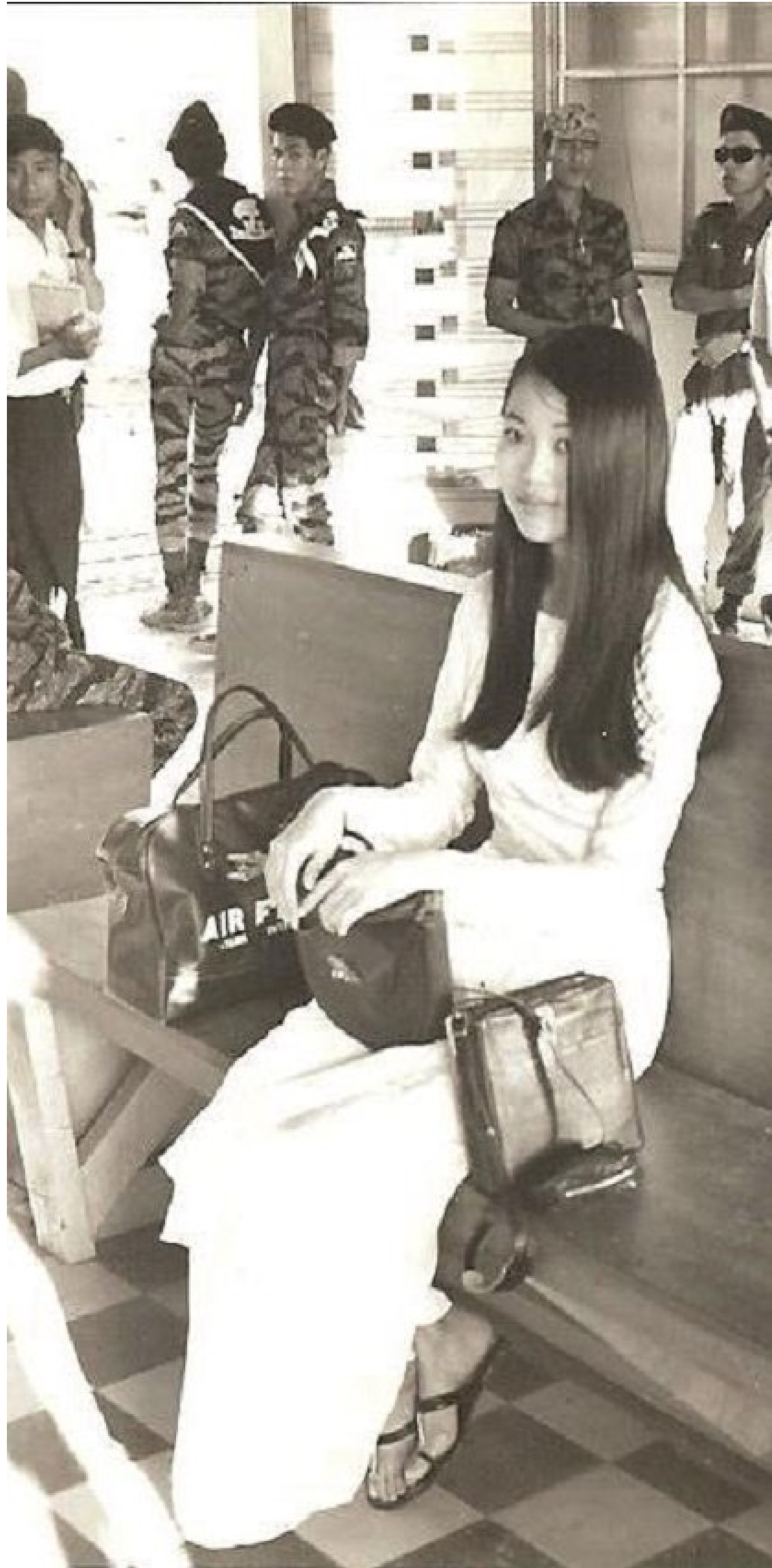
El SEAL Bob Kerrey, un «puro estadounidense».



Leon Gouré, el influyente defensor de los bombardeos, de la Corporación RAND.



El general Maxwell Taylor (izquierda), en funciones de embajador, con el general William Westmoreland (derecha).


AIR



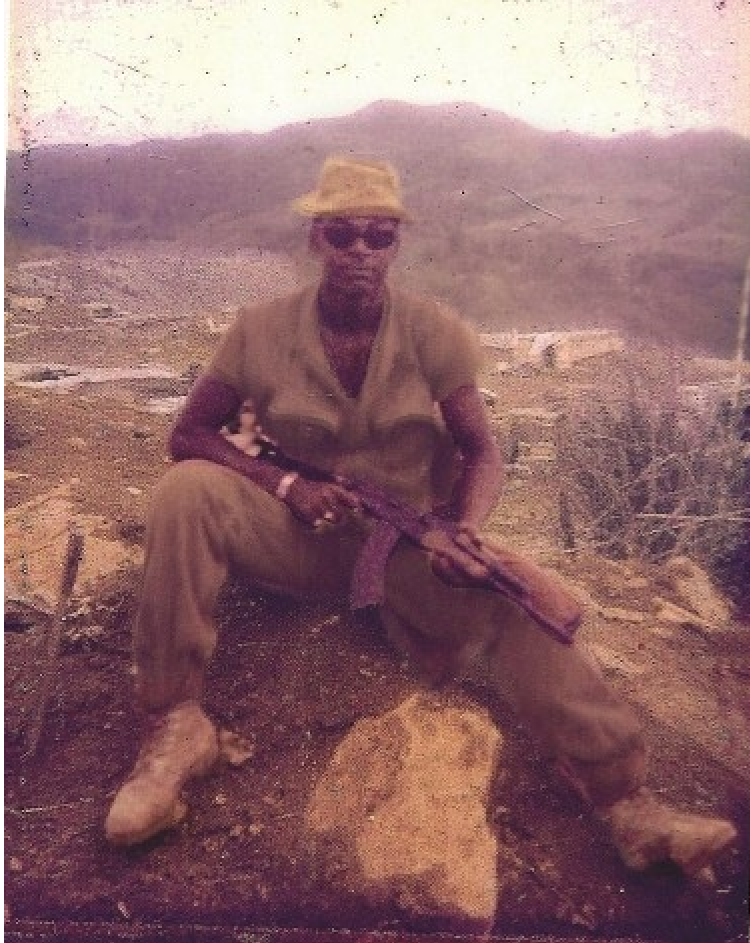


Por qué tantos extranjeros se enamoraron de mujeres vietnamitas (en el sentido de las agujas del reloj, desde la izquierda): Duong Van Mai, en sus días como investigadora de la RAND; Nguyen Thi Chinh, que se convertiría en la estrella de cine Kieu; la doctora del Vietcong Dang Thuy Tram.





Dan Hickman.



Jeff Anthony.



Recuento de cadáveres.



Bob Nelson.



David Rogers.



Que los estadounidenses mostraran compasión no bastó para impedir que muchos vietnamitas culparan de su condición a sus supuestos salvadores.



Hue, 1968: el oficial del Cuerpo de Marines Myron Harrington (arriba) con el fotógrafo Don McCullin.



Creighton Abrams.







Tres imágenes que hicieron mucho daño a la causa estadounidense en Vietnam: Un bonzo se inmola en una calle de Saigón, en 1965; el general de brigada Nguyen Ngoc Loan, jefe de la policía survietnamita, ejecuta a un prisionero del Vietcong durante el Tet de 1968; varios niños huyen de las consecuencias de un ataque con napalm, en 1972.



«Y ustedes los estadounidenses, ¿cuánto tiempo quieren luchar, señor Salisbury? ... ¿Un año? ... ¿Veinte años? Les complaceremos con gusto.» Harrison Salisbury, corresponsal del *New York Times*, en Hanói con el primer ministro Pham Van Dong, en 1966.



Esperanzas abatidas: varios norvietnamitas aprovechan los restos útiles de un avión estadounidense derribado.







Líderes: Dean Rusk, John F. Kennedy y Robert McNamara.


Lyndon Johnson arenga a periodistas en la sala de reuniones del gabinete de la Casa Blanca, en enero de 1968; el autor está sentado a la derecha.


(En el sentido de las agujas del reloj) Henry Kissinger, Nguyen Cao Ky, Ellsworth Bunker, Nguyen Van Thieu y Richard Nixon en 1969.



Daido, en mayo de 1968: (en el sentido de las agujas del reloj, desde el extremo inferior izquierda) ataque de los marines; Bill Weise, herido, con su puro omnipresente; Jim Livingston, el guerrero infatigable que fue galardonado con una Medalla de Honor.









Imagen comunista escenificada para la ocasión, pero que representa con vivacidad los campos de batalla de los humedales de Vietnam, que ambos bandos conocían bien.





Ho Chi Minh, hacia el final de su vida, con Le Duan.



Frank Snepp.



Una víctima inocente: Catherine Anne Warnes, de veinte años, abatida mientras cantaba en Danang, en 1969, por un soldado estadounidense que se cree que apuntaba contra uno de sus propios oficiales.


El general Van Tien Dung, jefe del Estado Mayor del ENv, que dirigió el asalto final contra Saigón.



Los últimos actos: Doug Ramsey, liberado en 1973 después de siete años terribles en manos del Vietcong, con Frank Scotton a la derecha.



Fugitivos desesperados, durante el hundimiento del ejército survietnamita, en abril de 1975, y la evacuación del norte por vía marítima.



Soldados del ERVn, defensores de Saigón, en 1975.



Soldados del ENv se acercan a Saigón en lo alto de un tanque, en el avance definitivo hacia el triunfo.





El precio de la derrota: cautivos del ERVn asisten a una sesión de readoctrinamiento en uno de los vastos campos de concentración que los vencedores comunistas instalaron y mantuvieron durante décadas por todo el país.





«Lancheros» intentando huir.

Notas y referencias

Como esta obra se dirige al lector general, me he limitado a indicar aquí las fuentes de las citas usadas en el texto que proceden de artículos y libros publicados o de mi propia investigación original. No lo hago cuando se trata de citas o hechos históricos que son referencia habitual en muchas obras ya existentes. Cuando en la bibliografía se recoge un solo libro de un autor dado, en las notas que siguen indico solo su nombre; cuando las posibilidades son varias, preciso también los títulos.

USAHEC se corresponde con el Centro de Educación y Patrimonio del Ejército de Estados Unidos de Carlisle Barracks (Pensilvania). USMCA es el archivo histórico del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, en Quantico (Virginia). UKNA se refiere a los Archivos Nacionales del Reino Unido. «Entrevista del autor» se refiere a las realizadas por mí mismo o bien por mis colaboradores rusos y chinos. Las entrevistas de MP las hizo Merle Pribbenow en Hanói en 2007. Las Cintas Abrams constituyen una fuente extraordinaria, sin precedentes en los anales de la guerra, pues recogen las sesiones de mando de Creighton Abrams durante los años en que dirigió el MACV, de 1968 a 1972: Lewis Sorley ha editado transcripciones de los originales, que se custodian en Carlisle. Algunas de las referencias a material vietnamita en línea son necesariamente imprecisas.

* Que se han descrito, junto con otras experiencias en conflictos, en las memorias del autor *Going to the Wars* (2000).

* Unas páginas más adelante, el lector encontrará un glosario con los términos y las siglas más recurrentes. (*N. del t.*)

* La traducción castellana regresa al sistema métrico. En el original, el autor precisa también que «cuando el contexto lo requiere, utilizo formas estadounidenses, no británicas». (*N. del t.*)

1. Doan, Phuong Hai, *The Sea on the Horizon*, Dong Van Publishing, San José (CA), 2000, p. 35.

2. *Sea on the Horizon*, p. 40.

3. Karnow, Stanley, *Vietnam: A History*, Century, 1983, p. 85.

4. West, Richard, *War and Peace in Vietnam*, Sinclair-Stevenson, 1965, p. 3.

5. Young, Gavin, *A Wavering Grace*, Viking, 1997, p. 18.

6. Lewis, Norman, *A Dragon Apparent*, Jonathan Cape, 1951, p. 99.

7. Entrevista de MP con Luu Doan Huynh.

8. Wyndham, MS, p. 14.

9. Entrevista del autor con Duong, 10 de noviembre de 2016.

10. Lewis, p. 19.

11. *Ibid.*, p. 24.

12. *Ibid.*, p. 27.

13. Elliott, David W. P., *Mekong Delta 1930-1975*, vol. I, M. E. Sharpe, 2003, p. 34.

14. Andelman, David, *Shattered Peace*, Wiley, 2008, p. 128.

15. Karnow, p. 123.

16. Tang, Truong Nhu, *A Vietcong Memoir*, Vintage, 1986, p. 11.

17. Entrevista de MP con Trang Trong Trung.

18. Entrevista del autor con Tran, 9 de julio de 2016.

19. Luan, Nguyen Cong, *Nationalist in the Vietnam Wars*, Indiana University Press, 2012, p. 25.

20. Entrevista de MP con Van Ky.

21. Elliott, Duong Van Mai, *The Sacred Willow: Four Generations in the Life of a Vietnamese Family*, Oxford, 1999, p. 105.

22. Entrevista de MP con Trung.

23. *People's Public Security Newspaper*, 21 de abril de 2014.

24. Lacouture, Jean y Devillers, Philippe, *End of a War*, Pall Mall, 1969, p. 138.

25. Documentos de la RDV.

26. Trullinger, James W., *Village at War: An Account of Revolution in Vietnam*, Longman, 1980, p. 43.

27. Charlton, Michael y Moncrieff, Anthony (eds.), *Many Reasons Why: The American Involvement in Vietnam*, Scolar, 1978, p. 12.

28. Ky, Nguyen Cao, *Buddha's Child: My Fight to Save Vietnam*, St. Martin's, 2002, p. 19.

29. Luan, p. 35.

30. Entrevista del autor con John Cameron-Hayes, 14 de abril de 2016.

31. Entrevista del autor con Bang, 7 de octubre de 2016.

32. Girardet, Raoul, *L'Idée Coloniale en France*, Table Ronde, 1972, p. 281.

33. Logevall, Fredrik, *The Embers of War*, Random House, 2012, p. 106.

34. Tang, p. 12.

35. Entrevista del autor con Hoi, 14 de septiembre de 2016.

1. Rocolle, Pierre, *Pourquoi Dien Bien Phu*?, Flammarion, 1968, p. 95.

2. Elliott, *Sacred Willow*, p. 201.

3. Luan, p. 116.

4. *Ibid*., p. 81.

5. Lewis, p. 18.

6. Goscha, Christopher, *The Penguin History of Modern Vietnam*, Allen Lane, 2016, p. 244.

7. Fall, Bernard, «The Political-Religious Sects of Vietnam», *Pacific Affairs*, 28, n.º 3, septiembre de 1955, p. 246.

8. Lewis, p. 177.

9. Elliott, *Sacred Willow*, p. 148.

10. *Sacred Willow*, p. 152.

11. Simpson, Howard R., *Tiger in the Barbed Wire*, Kodansha International, 1992, p. 92.

12. Goscha, p. 242.

13. Xuan Ba, serie de artículos y entrevistas con la segunda esposa de Le Duan, publicados en el periódico *Tien Phong* el 25 de junio de 2006 y en semanas posteriores.

14. Luan, pp. 4, 67.

15. Cloake, John, *Templer: Tiger of Malaya*, Harrap, 1985, p. 263.

16. Entrevista del autor con Bang, 7 de octubre de 2016.

17. Greene, Graham, *The Quiet American*, Heinemann, 1955, pp. 72, 214. [En castellano véase *El americano tranquilo*, trad. Fernando Galván, Madrid: Cátedra, 2013, 3.ª ed.; la obra es quizá más conocida con el título de *El americano impasible*, en trad. de J. R. Wilcock, por ejemplo en Barcelona: Seix Barral, 1985.]

18. Lind, Michael, *Vietnam: The Necessary War*, Free Press, 1999, p. 1.

19. Charlton y Moncrieff, p. 50.

20. Citado por Karnow, p. 178.

21. UKNA, FO371/103518, 23 de agosto de 1953.

22. Luan, p. 114.

23. Entrevista del autor con Vu Anh Tram, 16 de octubre de 2016.

24. Entrevista con Vu Anh Tram, 8 de octubre de 2016.

25. Entrevista del autor con Binh, 5 de octubre de 2016.

26. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 123.

27. Lewis, p. 309.

28. Windrow, Martin, *The Last Valley*, Weidenfeld & Nicolson, 2004, p. 161.

29. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 92.

30. Luan, p. 94.

31. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 83.

32. Entrevista del autor con Binh, 5 de octubre de 2016.

33. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 144.

34. Le Thi Anh en Santoli, Al, *To Bear Any Burden: The Vietnamese War and its Aftermath*, Sphere, 1986, p. 35.

35. Entrevista de MP con Van Ky.

36. Entrevista con Van Ky.

37. Trullinger, p. 43.

38. Nguyen, Duc Huy, *A Soldier’s Life* (con Nguyen Thong Nhat), People’s Army Publishing House, Hanói, 2011, p. 35.

39. MP, entrevista de historia oral, 2007.

40. Ky, p. 19.

* Véase, más adelante, el capítulo «La herencia de Nixon». (*N. del t.*)

* El apodo, que literalmente significa algo como «Miguel de Hierro», es de hecho habitual en las fuerzas armadas de Estados Unidos y ni siquiera presupone que la persona se llame Michael; este general, por ejemplo, se llamaba John W. (Wilson). (*N. del t*.)

1. Rocolle, p. 57, 13 de noviembre de 1953.

2. *Ibid.*, p. 47.

3. *Ibid.*, p. 251.

4. *Ibid*., p. 329.

5. *Ibid.*, p. 327.

6. *Ibid.*, p. 70.

7. *Ibid.*, p. 335.

8. Luan, p. 63.

9. Rocolle, p. 275.

10. *Ibid.*, p. 352.

11. *Ibid*., p. 371, carta del 21 de marzo de 1954.

12. *Ibid*., p. 411.

13. *Ibid.*, p. 307.

14. *Ibid.*, p. 37.

15. *Ibid.*, p. 407.

16. Vo Nguyen Giap, *Collected Writings*, Saigon Cultural Publishing House, 2009, p. 132.

17. Rocolle, p. 324.

18. Fall, Bernard, *Hell is a Very Small Place*, p. 162.

19. Rocolle, p. 390.

20. *Ibid.*, p. 404.

21. *Ibid*., p. 296, en cita de Bigeard.

22. *Ibid.*, p. 372.

23. Giap, p. 130.

* En Estados Unidos se denomina así al titular de la cartera de Exteriores. (*N. del t.*)

1. *U. S. News & World Report*, 9 de abril de 1954.

2. Logevall, *Embers*, p. 475.

3. *Embers*, p. 479.

4. Rocolle, p. 480.

5. *Spectator*, 30 de abril de 1954.

6. UKNA, FO371/112057.

7. Cable, James, *The Geneva Conference of 1954*, Macmillan, 1986, p. 65.

8. Logevall, *Embers*, p. 508.

9. Fall, Bernard, *Street Without Joy*, Stackpole, 1967, p. 260.

10. Rocolle, p. 489.

11. *Ibid.*, p. 513.

12. Capt. E. J. Pouget, *Nous Etions à Dien Bien Phu*, Presses de la Cité, París, 1964, pp. 329-330.

13. Rocolle, p. 538, en cita del comandante Grauwin.

14. Pouget, p. 328.

15. Entrevista de MP con Van Ky.

16. *Ibid*., Trung, 2007.

17. Windrow, p. 644.

18. Rocolle, p. 568.

19. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

20. *NY Herald Tribune*, 29 de abril de 1954.

21. Logevall, *Embers*, p. 597.

22. Hai, p. 37.

23. Simpson, p. 136.

24. *Ibid.*, p. 139.

25. Simpson, p. 142.

26. Lewis, p. 316.

27. Trullinger, p. 72.

* Chequers es la residencia campestre de los primeros ministros británicos. (*N. del t.*)

1. Entrevista del autor con Duong, 10 de noviembre de 2016.

2. Entrevista del autor con Kieu Chinh, 17 de septiembre de 2016.

3. Entrevista del autor con Dinh, 9 de julio de 2016.

4. Fall, *Street Without Joy*, p. 278.

5. Asselin, Pierre, *Hanoi’s Road to the Vietnam War 1954-1965*, University of California Press, 2013, p. 24.

6. *Hanoi’s Road*, p. 26.

7. Elliott, *Sacred Willow*, p. 354.

8. Giap, p. 107.

9. Elliott, *Sacred Willow*, p. 231.

10. Hai, p. 38.

11. Entrevista de MP con Toan.

12. Tang, p. 299.

13. Linh y Mac, p. 54.

14. *Ibid*., p. 105.

15. Entrevista del autor con Kieu Chinh, 16 de septiembre de 2016.

16. Santoli, p. 40.

17. Tran, Quynh, *Memories of Le Duan*, http://vanhoavn.blogspot.com/2012/09/blog-post_7386.html.

18. Asselin, p. 46.

19. Muoi Thap en Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 169.

20. Ba, Xuan, serie de artículos y entrevistas con la segunda esposa de Le Duan, publicados en el periódico *Tien Phong* el 25 de junio de 2006 y en semanas posteriores.

21. Entrevista del autor con Nguyen Quoc Si, 21 de mayo de 2016.

22. Nguyen Duc Cuong, nacido en 1941, citado en Taylor, Maxwell, *Swords and Plowshares*, Norton, 1972, p. 93.

23. Hayslip, Le Ly y Wurts, Jay, *When Heaven and Earth Changed Places*, Doubleday, 1989, p. 146.

24. Entrevista del autor con Scotton, 11 de septiembre de 2016.

25. Entrevista con Scotton.

26. UKNA, FO371/123388.

27. Revista *Life*, 16 de mayo de 1955.

28. Fitzgerald, Frances, *Fire in the Lake*, Vintage, 1972, p. 139.

29. Logevall, *Embers*, p. 647.

30. Greene, p. 5.

31. Tang, pp. 1, 3, 4.

32. Entrevista del autor con Kieu Chinh, 14 de septiembre de 2016.

33. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 167.

34. *New York Times*, 7 de mayo de 1957; *Globe*, 6 de mayo de 1957.

35. *Life*, 13 de mayo de 1957.

36. Higgins, Marguerite, *Our Vietnam Nightmare*, Harper & Row, 1971, p. 168.

37. *Vietnam: A Television History*, PBS, 1983, prog. 2.

38. Elliott, *Sacred Willow*, p. 250.

39. Entrevista del autor con Sheehan, 5 de marzo de 2016.

40. Trullinger, p. 76.

41. Logevall, *Embers*, p. XIX.

42. Buttinger, Joseph, *Vietnam*, Nueva York, 1971.

43. Santoli, p. 59.

44. Trullinger, p. 79.

45. Huy Duc, p. 145.

46. *Ibid*., p. 146.

47. Tang, p. 127.

48. Xuan, Ba, serie de artículos y entrevistas con Nguyen Thuy Nga, publicados en el periódico *Tien Phong*.

49. Asselin, p. 56.

50. Entrevista de MP con Tran Trong Trung.

51. Asselin, p. 83.

52. *BNA Vietnam Annual Report*, 1959, p. 13.

53. Asselin, p. 83.

54. Fitzgerald, p. 153.

55. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 227.

56. *Ibid*., p. 255.

57. *Ibid.*, p. 306.

58. *Ibid*., p. 250.

59. Asselin, p. 70.

60. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 217.

61. 23 de diciembre de 1960, *House Committee on Armed Services hearings on Vietnam*, pp. 1.353-1.355.

62. Tang, p. 71.

* En referencia a un avión espía estadounidense derribado en territorio soviético, cuyo piloto fue objeto de un intercambio entre Washington y Moscú. Aparte de su conclusión, el caso, como dirá más adelante el propio autor, empezó por «dinamit[ar] la distensión Este-Oeste». (*N. del t.*)

1. Schlesinger, Arthur, *Journals 1956-2002*, Penguin, 2007, 31 de marzo de 1962, p. 150.

2. Kurlantzick, Joshua, *A Great Place to Have a War*, Simon & Schuster, 2017, p. 15.

3. Quynh, *Memories of Le Duan*.

4. UKNA, FO371/159715.

5. Entrevista del autor con Eiland, 14 de noviembre de 2016.

6. Halberstam, David, *The Best and the Brightest*, Random House, 1972, p. 135.

7. Memorándum de Lansdale a Taylor, 23 de octubre de 1961, en *FRUS 1961-63*, vol. I, doc. 185, pp. 418-419.

8. Elliott, Duong Van Mai, *RAND in South-East Asia: A History of the Vietnam War Era*, RAND, 2010, p. 31.

9. Simpson, p. 193.

10. Elliott, *Sacred Willow*, p. 286.

11. Entrevista del autor con David Elliott, 23 de septiembre de 2016.

12. Entrevista del autor con Scotton, 11 de septiembre de 2016.

13. Entrevista con Scotton.

14. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

15. Entrevista del autor con Destatte, 12 de septiembre de 2016.

16. Scotton, Frank, *Uphill Battle*, Texas Tech, 2014, p. 53.

17. Charlton y Moncrieff, p. 76.

18. Entrevista del autor con Gray, 14 de noviembre de 2016.

19. Scotton, p. 48.

20. *Ibid*., p. 61.

21. Daddis, Greg, *Westmoreland's War: Reassessing American Strategy in Vietnam*, Oxford, 2014, p. 14.

22. Santoli, p. 118.

23. Luan, p. 154.

24. *Ibid.*, p. 99.

25. Schlesinger, Arthur, *Robert Kennedy and His Times*, p. 469.

26. Entrevista con Hilsman, de 1969, citada en Daddis, *Westmoreland's War*, p. 23.

27. Colby, William, *Lost Victory*, Chicago, 1989, p. 34.

28. Dobrynin, Anatoli, *In Confidence: Moscow’s Ambassador to America’s Six Cold War Presidents*, Times Books, 1995, p. 51.

29. Charlton y Moncrieff, p. 82.

30. Halberstam, p. 41.

31. Luan, p. 235, en referencia a la visita de McNamara, de septiembre de 1963.

32. Howard, Michael, *Capt. Professor*, Continuum, 2006, pp. 172-173; la visita tuvo lugar en 1960.

33. Mai Elliott, *RAND*, p. 25.

34. UKNA, FO371/170133, acta de Interior del 7 de abril de 1963.

35. Thompson, *Make for the Hills*, p. 121. Rahman habló en 1961.

36. 3 de enero de 1962, UKNA, FO371/166698.

37. Warner, en *Sydney Morning Herald*, 12 de mayo de 1962.

38. Shapley, p. 132.

39. *Ibid*.

40. Sheehan, Neil, *A Bright Shining Lie: John Paul Vann and America in Vietnam*, Random House, 1988, p. 291.

41. *Saturday Evening Post*, 9 de marzo de 1963.

42. *New York Times*, 22 de abril de 1966.

43. Entrevista del autor con Sullivan, 12 de marzo de 2016.

44. Scotton, p. 19.

45. Entrevista del autor con Nguu, 20 de septiembre de 2016.

46. Entrevista del autor con Mai Elliott, 23 de septiembre de 2016.

47. Dinh Duc Thien, en Quynh, *Memories*.

48. *Ibid*.

49. Asselin, p. 94.

50. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 601.

51. Andrews, William, *Village War*, 1973, pp. 57-58.

52. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 377.

53. *Mekong Delta*, p. 381.

54. Scotton, p. 85.

55. Browne, Malcolm, *The New Face of War*, Bobbs-Merrill, 1965, p. 103.

56. Ramsey, Doug, manuscrito inédito sobre su experiencia en Vietnam, confiado al autor, MS II C19.

* Como en el caso de la secretaría de Estado estadounidense o la secretaría de Exteriores británica, se trata de una cartera ministerial. (*N. del t.*)

* Donovan, que había sido jefe de Colby en la OSS, también fue militar y embajador, además de abogado; el apodo lo obtuvo por su labor como oficial durante la primera Gran Guerra. (*N. del t.*)

* En Estados Unidos, este cargo equivale aproximadamente al de ministro de Justicia. (*N. del t.*)

1. Entrevista del autor con Sheehan, 5 de marzo de 2016.

2. USAHEC, *The US Army in Vietnam*, de William M. Hammond, *The Military and the Media*, 1990, p. 77, *Indianapolis News*, 28 de marzo de 1964.

3. *Ibid.*, p. 16.

4. *New York Times*, 21 de octubre de 1962.

5. *New York Times*, 25 de julio de 1962.

6. *Newsweek*, 20 de agosto de 1962.

7. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 399.

8. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 402.

9. Teniente Nguyen Van Go, en Brigham, Robert K., *ARVN: Life and Death in the South Vietnamese Army*, Kansas University Press, 2006, p. 41.

10. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 392.

11. Sheehan, *Lie*, p. 223.

12. Ha, Mai Viet, *Blood and Steel: Armor During the Vietnam War*, autoedición, Sugarland (Texas), 2005, pp. 246-250.

13. Sheehan, *Lie*, p. 222.

14. *Lie*, p. 274.

15. Fitzgerald, p. 163.

16. *Ibid*., p. 164.

17. Luan, p. 221.

18. Ha Mai Viet, pp. 246-250.

19. Wyndham, MS, p. 12.

20. Fitzgerald, p. 590.

21. Burleigh, Michael, *Small Wars, Faraway Places*, Macmillan, 2013, p. 485.

22. Entrevista del autor con Scotton, 18 de septiembre de 2016.

23. Higgins, pp. 28-29.

24. Luan, p. 237.

25. *New York Times*, 10 de junio de 1963 y, más adelante, 14, 16 y 22 de junio de 1963.

26. *Nieman Reports*, 26 (marzo de 1972), p. 8.

27. Schlesinger, *Journals*, 11 de octubre de 1961, p. 138.

28. *Pentagon Papers* 2:46.

29. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 410.

30. Scotton, p. 71.

31. Hersh, Seymour, *The Dark Side of Camelot*, Little, Brown, 1997, p. 418.

32. Logevall, Fredrik, *Choosing War*, University of California Press, 1999, p. 47.

33. *New York Herald Tribune*, 3 de septiembre de 1963.

34. Logevall, *Choosing War*, p. 49.

35. Colby, p. 133.

36. Entrevista del autor con Scotton, 11 de septiembre de 2016.

37. Charlton y Moncrieff, p. 91.

38. Luan, p. 188.

39. Hoang Van Thai, «A Few Strategic Issues in the Spring 1968 Tet Offensive», ponencia de marzo de 1986 en la conferencia de Ciudad de Ho Chi Minh, publicada en la revista vietnamita titulada «Revista de Historia Militar», n.º 2, 1988, p. 21.

40. Entrevista del autor con Sheehan, 5 de marzo de 2016.

41. Entrevista del autor con Uc, 11 de septiembre de 2016.

42. Entrevista del autor con Nguyen Tri, 16 de septiembre de 2016.

43. Entrevista del autor con Scotton, 11 de septiembre de 2016.

44. Scotton, p. 75.

45. Entrevista del autor con Elliott, 23 de septiembre de 2016.

46. Wyndham, MS, p. 8.

47. Jones, Howard, *Death of a Generation*, OUP, 2003, p. 436.

48. *The Times*, 23 de noviembre de 1963.

49. Schlesinger, *Journals*, 11 de marzo de 1964.

50. Shapley, p. 263.

51. Galbraith en el *Vietnam Hindsight* de NBC TV, 1971, citado por Berman, *Planning a Tragedy*, p. 23.

52. Rufus Phillips, citado por Santoli, p. 3.

53. Entrevista del autor con Johnson, 8 de marzo de 2016.

1. Entrevista del autor con Snider, 9 de marzo de 2016.

2. Entrevista del autor con Scotton, 18 de septiembre de 2016.

3. Dietrich, Erik Jurgen-Karl, *The Kraut*, edición personal, 2015, p. 127.

4. Ramsey, MS II D9.

5. *Ibid.*, III A21.

6. Entrevista del autor con Ramsey, 21 de septiembre de 2016.

7. *Ibid.*, III E4.

8. *Ibid*., III A23.

9. Snepp, *Irreparable Harm*, p. XIV.

10. Entrevista del autor con Snepp, 10 de septiembre de 2016.

11. Simpson, p. 187.

12. USAHEC, documentos Berry, caja 39, carta del 14 de noviembre de 1965.

13. *Ibid*., 15 de noviembre de 1965.

14. Entrevista del autor con Scotton, 18 de septiembre de 2016.

15. Entrevista del autor con Uc, 11 de septiembre de 2016.

16. Nam, p. 41.

17. *Ibid*., p. 44.

18. USAHEC, documentos Sidney Berry, caja 38.

19. Young, p. 193.

20. Santoli, p. 125.

21. Ky, p. 334.

22. Huy Duc, p. 147.

23. Elliott, *Mekong Delta*, vol. II, p. 677.

24. *Mekong Delta*, II, p. 656.

25. *Ibid.*, p. 830.

26. *Ibid*., p. 745; este episodio tuvo lugar en enero de 1965.

27. *Ibid*., p. 754.

28. Kearns, *Doris Johnson and the American Dream*, 1976, p. 263.

29. Schlesinger, *Journals*, 4 de abril de 1968, p. 286.

30. Logevall, *Choosing War*, p. 77.

31. Karnow, pp. 336-337.

32. UKNA, FO371/175468.

33. Taylor, p. 12.

34. Hai, pp. 58 y 61.

35. Palmer, Bruce, *The Twenty-Five-Year War: America's Military Role in Vietnam*, Touchstone, 1984, p. 20.

36. *Twenty-Five-Year War*, p. 27.

37. Greene, Wallace, *The Greene Papers: General Wallace M. Greene Jnr and the Escalation of the Vietnam War*, ed. Nicholas Schlosser, USMC, Quantico, 2015, p. 12.

38. *Ibid*., p. 15.

39. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

40. McMaster, H. R., *Dereliction of Duty: Lyndon Johnson, Robert McNamara, the Joint Chiefs of Staff and the Lies that Led to Vietnam*, HarperCollins, 1997, p. 94.

41. Shapley, p. 199.

42. Logevall, *Choosing War*, p. 112.

43. *Ibid*., p. 166; en junio de 1964.

44. Halberstam, p. 368.

45. Memorándum del 25 de marzo de 1965, en Herring, George C. (ed.), *The Pentagon Papers*, McGraw-Hill, 1993, p. 115.

46. Gole, Henry G., *DePuy*, p. 145.

47. Santoli, p. 87.

48. *Ibid*., p. 86.

49. Documentos de Greene, p. 27.

50. Dobrynin, p. 120.

51. Charlton y Moncrieff, p. 175.

52. Documentos de Greene, p. 59.

53. Gole, *DePuy*, p. 145.

54. White, Theodore, *The Making of the President 1964*, Athenaeum, 1965, p. 254.

55. Charlton y Moncrieff, p. 135.

56. Dr. Williamson Murray al autor.

57. USMCA, cartas de Chaisson, JA/A/5/6.

58. Charlton y Moncrieff, p. 134.

59. Simpson, p. 186.

60. Scotton, p. 181.

61. Charlton y Moncrieff, p. 102.

62. Gole, *DePuy*, p. 146.

63. *FRUS 1964-68*, vol. I, pp. 412-422.

64. Gole, *DePuy*, p. 55.

65. *Ibid*., p. 146.

66. Documentos de Greene, p. 157.

* El cuento moral de este niño ficticio —un héroe que con su iniciativa «salvó» Haarlem de una inundación—, originario de Mary Mapes Dodge, se hizo popular en la literatura infantil estadounidense desde el último tercio del siglo XIX. (*N. del t.*)

1. Tourison, Sedgwick, *Secret Army*, p. 55.

2. *Secret Army*, p. 100.

3. *Ibid.*, p. 125.

4. Entrevista del autor con Nguyen Tri, 16 de septiembre de 2016.

5. Entrevista con Nguyen Tri.

6. Hanyok, Robert, «Skunks, Bogies, Silent Hounds, and the Flying Fish: The Gulf of Tonkin Mystery 2-4 August 1964», *Cryptologic Quarterly*, primavera de 2005, pp. 5-6.

7. Cor. Hoang Nghia Khanh, *The Road to the General Headquarters Staff*, Hanói, 2008, p. 111.

8. Entrevista del autor con Williams, 21 de enero de 2016.

9. Memorias de Khanh, p. 111.

10. USAHEC, colección de documentos de la guerra de Vietnam, caja 2, carpeta 7.

11. Asselin, p. 191.

12. Charlton y Moncrieff, p. 163.

13. UKNA, FO371/175481.

14. Nguyen, Dinh Kien, *Nguoi linh voi bau troi Ha Noi* [«Un soldado y los cielos sobre Hanói»], People's Army Publishing, Hanói, 2013, p. 36.

15. Van Tien Dung en Huy Duc, p. 149.

16. Tin, Thanh, *Their True Colors: The Political Memoirs of Bui Tin*, Turpin Press, 1994, p. 192.

17. Westad, Odd Arne *et al*. (eds.), *77 Conversations between Chinese and Foreign Leaders on the Wars in Indochina 1964-77* = *Wilson Centre Working Paper* 22, documento en línea, pp. 74-77.

18. White, p. 274.

19. Young, p. 20.

20. Phan, Nhat Nam, *Mark of a Warrior 1963-1973: War Notes*, Hien Dai Publishing, Saigón, 1973, p. 49.

21. *Mark of a Warrior*, p. 50.

22. *Ibid*., p. 52.

23. Ramsey, MS I, p. 17.

24. Documentos de Greene, p. 197.

25. *Ibid*., 5 de octubre de 1964.

26. *Ibid.*, p. 222.

27. Scotton, p. 129.

28. Shapley, p. 313.

29. Halberstam, p. 432.

30. 21 de diciembre de 1964, jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea, en los Documentos de Greene, p. 278.

31. *Ibid*., p. 289.

32. *Ibid*., p. 286.

33. UKNA, PREM13/104.

34. Logevall, *Choosing War*, p. 373.

35. *Ibid*., p. 133.

36. Ky, p. 112.

37. Luan, p. 260.

38. Nam, p. 53.

39. *Ibid.*, p. 54.

* Hora local del golfo de Tonkín. (*N. del a*.)

1. Nguyen Huu An, *New Battlefield* (según se le contó a Nguyen Tu Duong), People's Army Publishing House, Hanói, 2002, p. 28.

2. Tomo la historia de *New Battlefield*, capítulo 1.

3. Pham Gia Duc, *The 325th Division* (2 vols.), People’s Army Publishing House, Hanói, 1986, vol. II, p. 44.

4. Entrevista del autor con Ninh, 7 de octubre de 2016.

5. Luan, p. 253.

6. *Ibid.*, p. 259.

7. Hayslip, p. 366.

8. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 591.

9. Entrevista del autor con Elliott, 23 de septiembre de 2016.

10. Hayslip, p. 115.

11. Elliott, *Mekong Delta*, vol. II, p. 908.

12. Mai Elliott, *RAND*, p. 58.

13. *Ibid*., p. 63.

14. *Ibid*., p. 65.

15. Tang, p. 59.

16. Gole, *DePuy*, p. 143, carta del 18 de enero de 1965.

17. 3 de marzo de 1965, Documentos de Greene, p. 349.

18. *New York Times*, 9 de febrero de 1965.

19. Shapley, p. 314.

20. UKNA, FO371/180542.

21. McMaster, p. 323.

22. Bundy, carta privada a sir Michael Howard, 20 de marzo de 1979.

23. Charlton y Moncrieff, p. 121.

24. UKNA, PREM11/692.

25. Taylor, p. 338.

26. Documentos de Greene, p. 314.

27. Entrevista del autor con Koltes, 11 de octubre de 2016.

28. Caputo, Philip, *A Rumor of War*, Holt, Rinehart & Winston, 1977, p. 58.

29. *Rumor of War*, pp. 82 y 27.

30. SUMA, documentos de Sidney Berry, caja 38, operación del 24 de septiembre de 1965.

31. Charlton y Moncrieff, p. 130.

32. Elliott, *Sacred Willow*, p. 312.

33. Scotton, p. 145.

34. Nguyen Van Thanh, en Brigham, p. 43.

35. Palmer p. 26.

36. Ramsey, MS III B1.

37. Ramsey, carta del 6 de junio de 1965.

38. Hai, p. 174.

39. *Ibid.*, p. 177.

40. *Ibid.*, p. 186.

41. *Ibid*., p. 197.

42. 3 de julio de 1965, memorándum, biblioteca Johnson, citado por Gaiduk, Ilya V., *The Soviet Union and the Vietnam War*, Ivan R. Dee, 1996, p. 50.

43. *Vietnam: The Definitive Documents*, p. 374.

44. Katzenbach, memorándum del 10 de junio de 1965, *ibid*., p. 375.

45. Clodfelter, *Limits of Air Power*, p. 77.

46. *Ibid*., p. 84.

* Denominación alternativa, sobre todo en el extranjero, de la Agencia de Información de Estados Unidos. (*N. del t.*)

1. Cooper, Chester, *The Lost Crusade*, Dodd Mead, 1970, p. 281.

2. *Vietnam: The Definitive Documents*, p. 386, memorándum a Lyndon B. Johnson, 20 de julio de 1965.

3. Greene, memorándum para dejar constancia, 28 de junio de 1965, en los Documentos de Greene.

4. Harold Johnson, transcripción de historia oral, Biblioteca Lyndon B. Johnson, pp. 6, 12-13, citado por McMaster, p. 318.

5. Ball, 28 de junio de 1965.

6. Memorándum del 23 de julio de 1965.

7. 13 de julio de 1965, citado por Berman, *Planning a Tragedy*, p. 5.

8. Charlton y Moncrieff, p. 220.

9. Thorne, Christopher, *Allies of a Kind*, Hamish Hamilton, 1978, p. 694.

10. Valenti, Jack, *A Very Human President*, Norton, 1975, p. 317.

11. Howard, Michael, «“Many Reasons” for Vietnam», *Encounter*, mayo de 1979, p. 21.

12. McDonald, *The Reminiscences of Admiral David Lamar McDonald*, US Naval Institute, 1976, pp. 390, 393.

13. Charlton y Moncrieff, p. 115.

14. *Ibid*., p. 154.

15. McMaster, p. 328.

16. Palmer, p. 46.

17. Charlton y Moncrieff, p. 159.

18. *Ibid*., p. 166.

19. Ramsey, MS II B9.

20. Charlton y Moncrieff, p. 174.

21. *Vietnam Documents*, p. 391.

22. *Vietnam Documents*, p. 392.

23. Tang, Truong Nhu, p. 58.

24. Terry, Wallace, *Bloods: Black Veterans of the Vietnam War*, Presidio, 2006, p. 229.

25. Del Vecchio, John M., *The 13th Valley*, Sphere, 1983, p. 3.

26. Entrevista del autor con Spencer, 12 de marzo de 2016.

27. *Ibid*., 10 de marzo de 2016.

28. Gole, *Soldiering*, p. 141.

29. USMCA, Finch, MS colección 1527.

30. Terry, p. 6.

31. Elliott, *Mekong Delta*, vol. II, p. 1.005.

32. Entrevista del autor con Kinne, 2 de octubre de 2016.

33. Snepp, *Irreparable Harm*, p. 21.

34. Cor. Gen./Cor. Dang Vu Hiep, *Highland Memories*, People's Army Publishing, Hanói, 2000, p. 86.

35. USAHEC, historias orales del personal médico, Bystran.

36. Caputo, p. 107.

37. Ball a Lyndon B. Johnson, 1 de julio de 1965, *Vietnam Documents*.

38. Entrevista del autor con Spencer, 11 de marzo de 2016.

39. USMCA, A/30/B/5/2.

40. Tran Quoc Tuan *et al*., *History of the General Staff During the Resistance War Against the Americans to Save the Nation 1954-75*, People's Army Publishing House, Hanói, 2010, vol. III, p. 22.

41. Caputo, p. 32.

42. Entrevista del autor con Boomer, 3 de marzo de 2016.

43. Ramsey, MS III C2.

44. *Ibid*., III C1.

45. Elliott, *Mekong Delta*, vol. II, p. 873; reportaje de Higgins en *Star*, 10 de agosto de 1965.

46. Caputo, p. 100.

47. *Ibid.*, p. 150.

48. Solis, Gary D., *Marines and Military Law in Vietnam: Trial by Fire*, US Marine Corps, 1989, p. 33.

49. Entrevista del autor con Elliott, 23 de septiembre de 2016.

50. Edwards, *Australia and the Vietnam War*, p. 184.

51. Ramsey, MS II B37.

52. Entrevista del autor con Hoi, 14 de septiembre de 2016.

53. Entrevista del autor con Ly Van Quang, 15 de septiembre de 2016.

54. Entrevista del autor con Tran Hoi, 16 de septiembre de 2016.

55. Entrevista del autor con Uc, 11 de septiembre de 2016.

56. Elliott, *Mekong Delta*, vol. II, p. 786.

57. Luan, p. 291. El incidente tuvo lugar en septiembre de 1965.

58. *Ibid*., p. 290.

59. Ky, p. 296.

60. Ramsey, MS, p. 32.

61. Entrevista del autor con Hickman, 22 de febrero de 2016.

62. Ramsey, MS, p. 32.

63. Hiep, p. 87.

64. Elliott, *Mekong Delta*, vol. I, p. 641, ataque de 1964.

65. Nguyen Hung Linh y Hoang Mac, *Anti-Reactionary Forces: Chronology of Events 1954-75*, Ministerio de Interior, Departamento de Seguridad Política III, Seguridad Pública, p. 228.

66. *Guardian*, obituario de Park, 28 de marzo de 2010.

67. Linh y Mac, p. 234; la matanza tuvo lugar el 7 de enero de 1966.

68. Malcolm Gladwell, entrevista en el podcast *Revisionist History*, junio de 2016.

69. Mai Elliott, *Sacred Willow*, p. 324.

70. Scotton, p. 156.

71. Clarke, Jeffrey J., *Advice and Support: The Final Years*, pp. 198-199.

72. Entrevista del autor con Eiland, 14 de noviembre de 2016.

73. Memorias de An, p. 30.

74. *Ibid.*, p. 37.

75. *Ibid*., p. 40.

76. Entrevista del autor con Sutton, 12 de noviembre de 2016.

77. USAHEC, documentos de Sidney Berry, caja 38.

78. USAHEC, cartas de Berry, caja 40.

79. Robert McNamara, memorándum del 30 de noviembre de 1965, ed. Porter, *Vietnam Documents*, pp. 400-401.

80. Shapley, p. 361.

81. Schlesinger, *Journals*, 21 de enero de 1966, p. 243.

82. Entrevista del autor con Spencer, 16 de marzo de 2016.

83. El 2 de enero de 1966, USAHEC, cartas de Berry, caja 40.

* Siglas de «Landing Vehicle Tracked», un vehículo de desembarco de tracción por orugas también conocido como «amphtrac» (contracción de *amphibious tractor*, «remolcador anfibio») o «alligator». (*N. del t*.)

1. Finlayson, Andrew, *Rice Paddy Recon*, McFarland (Carolina del Norte), 2014, p. 127.

2. USAHEC, historias orales de comandantes de compañías, caja 7, archivo 3, Hood.

3. Terry, p. 238.

4. *Ibid*., p. 258.

5. *Ibid*., p. 36.

6. West, p. 51.

7. Entrevista del autor con Shyab, 11 de noviembre de 2016.

8. Entrevista del autor con Rogers, 6 de marzo de 2016.

9. Entrevista del autor con Kinne, 2 de octubre de 2016.

10. Caputo, pp. 184-185.

11. USAHEC, documentos de Berry, caja 38.

12. Bonville, George, *You Ain’t Nothing But a Swamp Rat*, Professional Press, 2016, p. 139.

13. Bonville, p. 98.

14. El 7 de septiembre de 1965, Tuan, vol. III, p. 24.

15. *Ibid*., p. 65.

16. General de división Huynh Cong Than, *On the Long An Battlefield: A Memoir*, según se le refirió a Nguyen Huu Nguyen, People’s Army Publishing House, 1994, p. 113.

17. Sharp y Westmoreland, *Report on the War in Vietnam*, Gobierno de Estados Unidos, 1969, pp. 113-114.

18. USAHEC, documentos de la guerra de Vietnam, caja 2, carpeta 15.

19. West, p. 31.

20. Ramsey, MS I B 7-11.

21. USMCA, cartas de Chaisson, JA/A/5/6.

22. Gole, *DePuy*, p. 173.

23. *Ibid.*, p. 195.

24. Bonville, p. 153.

25. *Ibid*., p. 167.

26. Entrevista del autor con Sutton.

27. Entrevista del autor con Eiland, 14 de noviembre de 2016.

28. Terry, p. 23.

29. Entrevista del autor con Nelson, 12 de noviembre de 2016.

30. Terry, p. 8.

31. Scotton, p. 73.

32. Bonville, p. 384.

33. Entrevista del autor con Nelson, 12 de noviembre de 2016.

34. Bonville, p. 175.

35. Terry, p. 4.

36. Solis, pp. 53-54.

37. Terry, p. 15.

38. Entrevista del autor con Nelson, 12 de noviembre de 2016.

39. *Ibid*.

40. Entrevista del autor con Sutton, 12 de noviembre de 2016.

41. Compañía M del 3.º Batallón del 7.º Regimiento, entre el 15 de noviembre de 1968 y el 15 de enero de 1969. USMCA, Hardwick, MS A/30/J/5/1.

42. Terry, p. 20.

43. Entrevista del autor con Nelson, 12 de noviembre de 2016.

44. Lu Mong Lan, en Santoli, p. 155.

45. Entrevista del autor con Hunt, 13 de noviembre de 2016.

46. Entrevista del autor con Nelson, 12 de noviembre de 2016.

47. Than, p. 120.

48. *Ibid*., p. 116.

49. USAHEC, historias orales de comandantes de compañías, caja 6, carpeta 1, Dan Campbell.

50. Entrevista del autor con Harrison, 11 de marzo de 2016.

51. Hickey, en *Vietnam: A Television History*, de PBS.

52. Revista del *Washington Post*, 18 de enero de 1987.

53. Santoli, p. 128.

54. USAHEC, historias orales del personal médico, Purcell, Shirley.

55. Hoang Ngoc Lung, p. 124.

56. Luan, p. 205.

57. Edwards, p. 402.

58. USAHEC, historias orales de comandantes de compañías, Fichtl, Theodore.

* Soldado que hace carrera en las fuerzas armadas, y en general aquella persona que permanece toda la vida en un mismo lugar de trabajo, con el matiz adicional de una acepción que a veces establece juegos de sentido: «criminal condenado de por vida». (*N. del t.*)

** Unos 4,5 litros en total; una botella de medio galón contiene 2,27 litros. (*N. del t*.)

* «Aplastador», «prensador», típicamente en referencia al utensilio de cocina con el que se machacan por ejemplo las patatas hervidas para hacer puré. (*N. del t.*)

* Este nombre tuvo un sentido específico como acrónimo del apoyo a las fuerzas de combate, pero también hace referencia, de forma indirecta, al polvo que esta clase de aparatos levanta. (*N. del t.*)

1. Mai Elliott, *Sacred Willow*, p. 314.

2. Hayslip, p. XIII.

3. Dong Van Khuyen.

4. Vien, en Sorley, *Generals*, p. 311.

5. En buena medida, la narración que sigue deriva de Marshall, Jonathan, «Dirty Wars: French and American Piaster Profiteering in Indochina 1945-75», *Asia-Pacific Journal*, vol. XII, 32/2, 11 de agosto de 2014, y del conocimiento contemporáneo del autor.

6. Ky, p. 162.

7. George S. Prugh, en *Harvard Journal of Law and Public Policy*, 4 (1980), pp. 1-93.

8. Solis, p. 161.

9. Meinheit, MS confiado al autor.

10. Ky, p. 167.

11. Siemon-Netto, Uwe, *Duc: A Reporter's Love for the Wounded People of Vietnam*, 2013, p. 121.

12. Ky, p. 249.

13. USAHEC, historia de Westmoreland, libro 6, tabs. G-4, B-2, B-1.

14. Memorias de Ky, p. 212.

15. *New York Times*, 3 de abril de 1966.

16. Nguyen Duy Hinh, en Sorley, Generals, p. 741.

17. Entrevista del autor con Sheehan, 5 de marzo de 2016.

18. Mai Elliott, *Sacred Willow*, p. 317.

19. USAHEC, documentos de Wheeler, caja 2.

20. Memorias de An, p. 55.

21. Entrevista del autor con Sutton, 12 de noviembre de 2016.

22. Entrevista del autor con Elliott, 23 de septiembre de 2016.

23. Agosto de 1966, en Sheehan, *Lie*, p. 621.

24. Mai Elliott, *RAND*, p. 83, en cita del *South-East Asia Trip Report*, p. 18.

25. *Ibid*., p. 88.

26. *Ibid*., p. 103.

27. *Ibid*., p. 133.

28. Howard, *Captain Professor*, p. 173.

29. Thompson, p. 15.

30. Mai Elliott, *RAND*, p. 180.

31. *Life*, 11 de noviembre de 1966.

1. LeMay, Curtis, con MacKinlay Kantor, *Mission with LeMay*, Doubleday, 1965, p. 565.

2. Ramsey, MS IV A5.

3. USAHEC, transcripciones de historia oral, Weyand.

4. Entrevista de historia oral, Bundy, citado por Clodfelter, *Limits*, p. 63.

5. Nichols, John B. y Tillman, Barrett, *On Yankee Station*, Bantam, 1988, p. 16.

6. Citado por Clodfelter, *Limits*, p. 121.

7. Palmer, p. 37.

8. Cooper, p. 420.

9. Clodfelter, *Limits*, p. 128.

10. Schlesinger, *Journals*, 28 de julio de 1966, p. 251.

11. Mersky, Peter y Polmar, Norman, *The Naval Air War in Vietnam*, Annapolis, 1981, p. 121.

12. Dobrynin, p. 141.

13. Broughton, Jack, *Thud Ridge*, Lippincott, 1969.

14. Thompson, p. 86.

15. *Ibid*., p. 93.

16. Nichols y Tillman, p. 35.

17. *Ibid.*, p. 48.

18. *Ibid*., p. 52.

19. *Ibid.*, p. 110.

20. *Ibid*., p. 111.

21. Broughton, p. 93.

22. Terry, p. 271.

23. *Ibid.*, p. 280.

24. Entrevista del autor con McDaniel, 14 de noviembre de 2016.

25. Entrevista del autor con Snepp, 10 de septiembre de 2016.

26. Ramsey, MS II B42.

27. Entrevista del autor con Nolan, 12 de marzo de 2016.

28. Broughton, p. 65.

29. *Ibid*., p. 67.

30. Nichols y Tillman, p. 64.

31. *Ibid.*, p. 119.

32. Palmer, p. 33.

33. Manual 9AF, 2-6 y 3-2, citado por Clodfelter, *Beneficial Bombing*, pp. 243-244.

34. *USA Today*, 27 de julio de 1986.

* En referencia a un machete filipino, un «cuchillo grande, de hoja larga, empleado como arma, para cortar ramas o como instrumento de labranza», según lo define la Academia. (*N. del t.*)

* El nombre, que literalmente significa «paja», alude a elementos metalizados (filamentos, tiras finas, etc.) que crean confusión en los radares. (*N. del t.*)

* Como se verá, se trata de una variante del Douglas B-66 *Destroyer*; la E inicial, que no siempre se escribe, se añade a los modelos adaptados específicamente para aplicar contramedidas electrónicas; la C final, que alude a una serie de fabricación, tampoco se escribe siempre. (*N. del t.*)

1. Huy Duc, p. 152.

2. Entrevista de MP con Ky.

3. Entrevista del autor con Nguyen Van Hien, 5 de octubre de 2016.

4. Entrevista del autor con Nguyen Thanh Binh, 14 de octubre de 2016.

5. Entrevista del autor con Pham Thanh Hung, 8 de octubre de 2016.

6. Entrevista del autor con Do Thi Thu, 7 de octubre de 2016.

7. Entrevista del autor con Pham Thanh Hung, 8 de octubre de 2016.

8. Entrevista del autor con Pham Dai, 17 de septiembre de 2016.

9. Entrevista del autor con Hung, 8 de octubre de 2016.

10. *Voina Vo Vietname... Kak Eto Bylo* [«La guerra en Vietnam: Cómo fue»], Glazunov *et al*. (eds.), Moscú, 2005.

11. Memorias de Kien, p. 15.

12. Záitsev, Anatoli, *Na gromykovskikh kovrakh* [«En las alfombras de Gromyko»], Moscú, 2001.

13. Memorias de Kuin Hiong.

14. Entrevista del autor con Do Thi Thu, 7 de octubre de 2016.

15. Entrevista del autor con Pham Thi Khanh Phuong, 6 de octubre de 2016.

16. Entrevista del autor con Phuong, 6 de octubre de 2016.

17. Memorias de Kien, p. 52.

18. Entrevista del autor con Kislitsyn, 27 de febrero de 2016.

19. Entrevista del autor con Miroshnichenko, 12 de febrero de 2016.

20. Entrevista del autor con Panov, 21 de febrero de 2016.

21. Entrevista con Panov.

22. Entrevista del autor con Malevani, 22 de febrero de 2016.

23. Entrevista del autor con Zalipski, 3 de febrero de 2016.

24. Memorias de Kien, p. 107.

25. Pribbenow, Merle L., «The –ology War: Technology and Ideology in the Vietnamese Defense of Hanoi 1967», *Journal of Military History*, vol. LXVII, n.º 1 (enero de 2003, pp. 175-200), p. 178.

26. Entrevista del autor con Zalipski, 3 de febrero de 2016.

27. Memorias de Kuin Hiong.

28. Entrevista del autor con Zalipski, 3 de febrero de 2016.

29. Isaev, Petr [= Isáyev, Piotr], en Glazunov *et al*.

30. Entrevista del autor con Zalipski, 3 de febrero de 2016.

31. Záitsev.

32. Entrevista del autor con Miroshnichenko, 14 de febrero de 2016.

33. *Kommesant Vlast*, semanario n.º 19, 26 de mayo de 1998, p. 79.

34. Gaiduk, p. 71.

35. Cor. Le Ngoc Bon *et al*., en *Glorious History of the Heroic People's Security Forces*, Hanói, 2006, p. 34, traducción de MP.

36. Conversación del 23 de agosto de 1966, citada por Gaiduk, p. 80.

37. Han Nian Long (ed.), *Contemporary China's Diplomacy* [«La diplomacia en la China contemporánea»], China Social Science Publishing House, 1988, p. 34; Wang Taiping (ed.), *Diplomatic History of the People's Republic of China* [«Historia diplomática de la República Popular China»] (2), World Knowledge Publishing House, 1998, p. 35.

38. Han Huanzhi (ed.), *Contemporary China: Military Work of the Chinese Army* [«China contemporánea: obras militares del ejército chino»] (2), China Social Science Publishing House, 1989, p. 514; Historical Research Department of Academy of Military Sciences PLA China (ed.), *Chinese People's Liberation Army Sixty-Year Event Record* [«Historial de acontecimientos de los sesenta años del Ejército Popular de Liberación de China»], Pekín: Military Science Publishing, 1988, p. 616.

39. Esta narración procede de las memorias de Guilin Long, Pekín, 1996, pp. 176-177.

40. Cor. Nguyen Van Minh, general de división Pham Van, *History of the Resistance War Against the Americans to Save the Nation 1954-75*, 8 vols., Military History Institute of Vietnam, Hanói, 2008 (vol. V, p. 271, Hanói, 2001); y carta al periódico *Tuoi Tre*, 17 de agosto de 2007.

41. El autor vivió una experiencia similar en 1971: durante una visita a China como reportero para la televisión de la BBC también lo intentaron engañar así.

42. Thompson, p. 45.

43. Lou Harris, *Washington Post*, 12 de febrero de 1967.

44. *Pentagon Papers*, edición Gravel, IV, p. 136.

45. Citado en Ulysses S. Sharp, *Strategy for Defeat*, Presidio Press, 1978, p. 99.

46. Citado en Mersky y Polmar, pp. 180-181.

47. Halberstam, pp. 138-139.

48. Institute for Defense Analyses, estudio JASON, 29 de agosto de 1966, en *Pentagon Papers*, p. 505.

49. Hoeffding, Oleg, *Bombing North Vietnam: An Appraisal of the Economic and Political Effects*, RAND Corporation, publicación RM5213, disponible en línea, p. 22.

50. *Ibid.*, p. v.

51. USAHEC, documentos de Wheeler, caja 2.

1. *New York Times*, 7 de mayo de 1967.

2. Entrevista del autor con Scotton, 18 de septiembre de 2016; habló en septiembre de 1967.

3. Kissinger, Henry, *The White House Years*, Boston y Nueva York, 1979, p. 112.

4. Sorley, Lewis (ed.), *The Abrams Tapes 1968-72*, Texas Tech, 2004, p. 36.

5. Terry, p. 202.

6. Finlayson, *Rice Paddy Recon*, p. 66.

7. McNamara, carta privada a Michael Sissons, 23 de marzo de 1967.

8. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

9. Buena parte de los datos que siguen proceden de Baskir, Lawrence M. y Strauss, William A., *Chance and Circumstance: The Draft, the War and the Vietnam Generation*, Knopf, 1978.

10. Baskir y Strauss, p. 7.

11. Entrevista del autor con Graham, 6 de marzo de 2016.

12. Baskir y Strauss, p. 49.

13. *Ibid*., p. 9.

14. Charlton y Moncrieff, p. 137.

15. Comunicado al autor, 6 de noviembre de 2017.

16. Entrevista del autor con el senador Larry Pressler, 21 de enero de 2017.

17. Entrevista del autor con Rogers, 6 de marzo de 2016.

18. Entrevista del autor con Scotton, 11 de septiembre de 2016.

19. Palmer, p. 60.

20. USAHEC, transcripción de historias orales.

21. USAHEC, transcripción de historias orales, Felletter, Vincent.

22. Hunt, 9.ª Division, p. 93, mayo de 1968.

23. *Ibid*., p. 97.

24. *Abrams Tapes*, 18 de abril de 1970, p. 407.

25. Scotton, p. 240.

26. Wirtz, James J., *The Tet Offensive: Intelligence Failure in War*, Cornell, 1991, p. 34.

27. *Pentagon Papers*, edición New York Times, p. 558.

28. Elliott, David P. y Mai, *Platoon of the 514th Battalion*, RAND Corporation, 1969, disponible en línea, p. 1.030.

29. USAHEC, documentos de Wheeler, caja 2.

30. Tuan, vol. III, p. 287.

31. *Ibid*., p. 282.

32. *Ibid*., p. 284.

33. USAHEC, documentos de Wheeler, caja 2.

34. Palmer, p. 57.

35. *Ibid*., p. 74.

36. West, p. 25.

37. Entrevista del autor con Boomer, 2 de marzo de 2016.

38. McNamara a Sissons, 23 de marzo de 1967.

39. Entrevista del autor con Boomer, 2 de marzo de 2016.

40. Finlayson, Andrew, *Killer Kane*, McFarland (Carolina del Norte), 2013, p. 114.

41. Entrevista del autor con Williams, 16 de septiembre de 2016.

42. Caputo, p. 247.

43. USAHEC, documentos de la guerra de Vietnam, caja 2, carpeta 15.

44. Finlayson, *Rice Paddy Recon*, p. 115.

45. Entrevista del autor con Kinne, 2 de octubre de 2016.

46. Terry, p. 7.

47. O'Brien, Tim, *The Things They Carried*, Flamingo, 1990, p. 33.

48. Caputo, p. 315.

49. Entrevista del autor con Shyab, 11 de noviembre de 2016.

50. Terry, p. 41.

51. USAHEC, historias orales de comandantes de compañías, caja 6, archivo 4.

52. Memorias de An, p. 49.

53. O’Brien, Michael, *Conscripts and Regulars: With the Seventh Battalion in Vietnam*, Allen & Unwin, 1995, p. 39.

54. Entrevista del autor con Thorne, 7 de febrero de 2016.

55. USAHEC, historias orales de comandantes de compañías, caja 18, carpeta 10.

56. Del Vecchio, p. 503.

57. Entrevista del autor con Sutton, 12 de noviembre de 2016.

58. USMCA, Hardwick, MS, A/30/J/5/1.

59. Entrevista del autor con Rogers, 6 de marzo de 2016.

60. Caputo, p. 13.

61. Finlayson, *Killer Kane*, p. 185.

62. USMCA, Hardwick, MS, A/30/J/5/1.

63. USMCA, Tenney, MS, A/25/B/5/1.

64. Caputo, p. 243, patrulla de septiembre de 1965.

65. Santoli, p. 190.

66. Entrevista del autor con Shyab, 11 de noviembre de 2016.

67. Entrevista con Shyab.

68. USAHEC, historias orales de comandantes de compañías, caja 18, carpeta 2.

69. Nolan, *Bastards*, p. 53.

70. Entrevista del autor con Pham Phu Bang, 7 de octubre de 2016.

71. Finlayson, *Killer Kane*, p. 134.

72. Carta de McNamara a Sissons, 23 de marzo de 1967.

73. Entrevista del autor con Graham, 6 de marzo de 2016.

74. Whitt, Jacqueline E., *Bringing God to Men: American Military Chaplains and the Vietnam War*, University of North Carolina Press, 2014, p. 171.

75. Del Vecchio, p. 199.

76. Finlayson, *Killer Kane*, p. 197.

77. Terry, p. 30.

78. Del Vecchio, p. 106.

79. O’Brien, Tim, *Things*, p. 35.

80. Nolan, *Sappers*, p. 93.

81. USMCA, Tenney, MS, A/25/B/5/1.

82. Entrevista del autor con Miller, 13 de noviembre de 2016.

83. Chivers, p. 272 y ss. La narración que sigue se toma, en lo esencial, de Chivers.

84. *Ibid*., p. 290.

85. *Ibid.*, p. 316.

86. Entrevista del autor con Spencer, 12 de febrero de 2016.

87. Entrevista del autor con Turley, 2 de marzo de 2016.

88. Entrevista del autor con Boomer, 2 de marzo de 2016.

89. Entrevista del autor con Kinne, 2 de octubre de 2016.

90. Luan, p. 267.

91. Entrevista del autor con Graham, 6 de marzo de 2016.

92. *Philadelphia Inquirer*, 17 de septiembre de 1967.

93. McNamara a Sissons, 23 de marzo de 1967.

94. Entrevista del autor con Graham, 6 de marzo de 2016.

95. Entrevista del autor con Bang, 7 de octubre de 2016.

96. Luan, p. 362.

* Este organismo nacional («federal»), entre otras funciones, desplaza a médicos para ofrecer asistencia sanitaria en zonas desfavorecidas del país, sea por dificultades económicas o por tratarse de lugares remotos. (*N. del t.*)

* Estos escoltas prestaban servicio con las fuerzas estadounidenses después de haber desertado del Vietcong. (*N. del t.*)

* Esta abreviatura despectiva de «chino comunista» pasó pronto a designar también las armas y los explosivos que se fabricaban en su país. (*N. del t.*)

* *Boonie rats* («ratas de las Quimbambas», o sea de Vietnam) eran, en la jerga, los soldados de infantería. (*N. del t*.)

** La designación popular original de este cañón —en inglés, *dime-nickel*, no *10-5*— juega con los nombres coloquiales de las monedas de diez y cinco centavos, como si dijéramos, salvando las distancias, un «perra gorda-perra chica». (*N. del t.*)

1. Ramsey, MS, p. I A40.

2. Entrevista del autor con Khiem, 13 de septiembre de 2016.

3. Entrevista del autor con Nguu, 20 de septiembre de 2016.

4. Entrevista del autor con Johnny Underwood, 11 de octubre de 2016.

5. Tang, p. 110.

6. *Ibid.*, p. 101.

7. *Ibid.*, p. 261.

8. Ramsey, MS IV F10.

9. Wyndham, MS, p. 17.

10. *Abrams Tapes*, 23 de agosto de 1969, p. 252.

11. West, p. 52.

12. Than, p. 124.

13. Finlayson, *Killer Kane*, p. 140.

14. Ramsey, MS IV A65.

15. *Ibid*. IV B14.

16. Elliott, *Mekong Delta*, vol. II, p. 868.

17. Dang Thuy Tram, *Last Night I Dreamed of Peace*, Harmony, 2007, 20 de agosto de 1968, p. 46.

18. *Ibid*., 22 de abril de 1968, p. 12, y 31 de mayo de 1968, p. 23.

19. *Ibid.*, 11 de octubre de 1968, p. 59.

20. *Ibid*., 20 de octubre de 1968, p. 61.

21. *Ibid*., 19 de marzo de 1969, p. 101.

22. Langguth, A. J., *Our Vietnam*, Simon & Schuster, 2000, p. 668.

23. Citado por Lind, p. 178.

24. Bao Ninh, *The Sorrow of War*, Vintage, 1998, p. 9.

25. *Ibid*., p. 5.

26. Entrevista del autor con Bang, 7 de octubre de 2016.

27. Memorias de An, p. 62.

28. Ninh, p. 5.

29. Entrevista del autor con Pham Phu Bang, 7 de octubre de 2016.

30. Nguyen Van Tanh, citado en Luan, p. 308.

31. Memorias de An, p. 95.

32. Entrevista del autor con Bang, 7 de octubre de 2016.

33. Tram, 27 de abril de 1969, p. 111.

34. *Ibid*., p. 112.

35. Tang, p. 128.

36. *Ibid.*, p. 157.

37. *Ibid*., p. 159.

38. *Ibid*., pp. 167, 168 y 177.

39. Howse, Hamilton, *Vietnam: An Epilogue*, Association of the US Army, julio de 1975, pp. 1-2.

40. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

41. Tran Bach Dang, conferencia de reseña de la Ofensiva del Tet, *Military History*, n.º 2, 1988, p. 59.

42. Entrevista del autor con Hoi, 18 de septiembre de 2016.

43. *Ibid*., 17 de septiembre de 2016.

44. Bonville, p. 336.

45. Entrevista del autor con Sutton, 12 de noviembre de 2016.

46. Sorley, Lewis (ed.), *The Vietnam War: An Assessment by South Vietnam's Generals*, Texas Tech, 2010, p. 32.

47. Entrevista del autor con Si, 21 de mayo de 2016.

48. Sorley, Vietnam's Generals, p. 53.

49. Dong Van Khuyen, *ibid*., p. 61.

50. Tang, p. 160.

51. Entrevista del autor con Breen, 7 de marzo de 2016.

52. Young, p. 30.

53. West, p. 37.

54. Tram, 24 de julio de 1969.

1. Truong Cong Dong, citado por Gaiduk, p. 142.

2. Entrevista de MP con Tran Tong Trung.

3. Elliott, *Mekong Delta*, vol. II, p. 1083.

4. Huy Duc, p. 156.

5. *Ibid.*, p. 159.

6. Pribbenow, Merle, «General Vo Nguyen Giap and the Mysterious Evolution of the Plan for the 1968 Tet Offensive», *Journal of Vietnamese Studies*, vol. III, n.º 2, 2008 pp. 1-33.

7. Véase Wirtz, *passim*.

8. Tong Ho Trinh, *The 1968 Tet Offensive in the Tri-Thien-Hue Theatre*, Ministerio de Defensa, Hanói, 1986 (trad. Bob Destatte y Merle Pribbenow para el Centro de Historia Militar del Ejército de Tierra de Estados Unidos), p. 21.

9. Wirtz, p. 183.

10. Ramsey, MS IV F9.

11. USMCA, Fulkerson, MS, A/30/7/5/1.

12. West, p. 56.

13. Huy, p. 57.

14. Esta narración se basa en parte en Nguyen Huy Toan y Pham Quang Dinh, *The 304th Division*, vol. II, capítulo 2, People’s Army Publishing House, Hanói, 1990.

15. Wirtz, p. 81.

16. Hoang Ngoc Lung, pp. 354-355.

17. Dang, Tran Bach, *Life and Memories*, Tre Publishing House, Ciudad de Ho Chi Minh, 2006, p. 158.

18. *Ibid*., p. 158.

19. Than, p. 130.

20. *Ibid*., p. 131.

21. Memorias de Dang, p. 165.

22. Gen. Tran Do, 1968, conferencia de reseña de la Ofensiva del Tet, *Military History*, n.º 2, 1988, p. 56.

23. Gen. Tran Van Quang, «Hue: 25 días y noches», discurso en la conferencia de aniversario de Hanói, según se recoge en *Military History*, n.º 2, Hanói, 1988, p. 26.

24. Me baso en lo referido por un cuadro del VC, Tong Ho Trinh, p. 30.

25. USAHEC, colección de documentos de Vietnam, caja 2, carpeta 13.

26. Scotton, p. 226.

27. Young, pp. 35-37.

28. Narración de Wiest, Andrew, *Vietnam’s Forgotten Army: Heroism and Betrayal in the ARVN*, NYU Press, 2008, p. 101 y ss.

29. Trinh, p. 67.

30. Krohn, Charles A., *The Lost Battalion of Tet*, Naval Institute Press, 2008, pp. 3, 5.

31. Krohn, p. 66.

32. *Ibid.*, p. 69.

33. *Ibid*., p. 51.

34. Entrevista del autor con Harrison, 14 de marzo de 2016.

35. Entrevista del autor con Destatte, 12 de septiembre de 2016.

36. Nichols y Tillman, p. 40.

37. Entrevista del autor con Wendt, 14 de noviembre de 2016.

38. USAHEC, documentos de la guerra de Vietnam, caja 3, carpeta 5, relato de Speedy.

39. Terry, p. 122.

40. Entrevista del autor con Wendt, 14 de noviembre de 2016.

41. Braestrup, Peter, *Big Story: How the American Press and Television Reported and Interpreted the Crisis of Tet 1968*, Anchor, 1978, p. 118.

1. Entrevista del autor con Tan, 21 de septiembre de 2016.

2. Elliott, *Mekong Delta*, vol. II, p. 1.098.

3. Than, p. 133.

4. Entrevista del autor con De, 9 de julio de 2016.

5. O’Brien, Michael, p. 124.

6. USAHEC, historias orales del personal médico.

7. Hammond, p. 345.

8. *New York Times*, 2 de febrero de 1968.

9. USMCA, documentos de Chaisson.

10. Entrevista del autor con Harrington, 4 de marzo de 2016.

11. Entrevista del autor con Harrison, 3 de marzo de 2016.

12. Santoli, p. 185.

13. Ky, p. 265.

14. USMCA, Chaisson, carta del 2 de febrero de 1968.

15. *Wall Street Journal*, 6 de febrero de 1968.

16. *Washington Post*, 6 de febrero de 1968.

17. USAHEC, documentos de Wheeler, Westmoreland, MAC 1614, mensaje para Wheeler, 4 de febrero de 1968.

18. USAHEC, Abrams, copia de carta del 23 de febrero de 1968, documentos de Westmoreland.

19. USAHEC, Weyand, entrevista de historia oral.

20. Than, p. 146.

21. USAHEC, documentos de Westmoreland, caja 3.

22. *Ibid*., MAC 1901.

23. Westmoreland, William, *A Soldier Reports*, p. 338.

24. *Rear Services Operations during the Route 9-Khe Sanh Campaign*, Hanói, 1988, p. 281.

25. Memorias de Huy Duc, p. 62.

26. *Ibid.*, p. 74.

27. USMCA, Fulkerson, MS, A/30/7/5/1.

28. Entrevista del autor con Anthony, 13 de noviembre de 2016.

29. Toan y Dinh, p. 115.

30. Toan y Dinh, p. 100.

31. *Ibid.*, p. 94.

32. *Ibid*., p. 96.

33. *Ibid*., p. 122.

34. Gen. Tran Van Quang, discurso en la conferencia de aniversario del Tet, según se recoge en *Military History*, n.º 2, Hanói, 1988, p. 30, y discurso de Hai en la conferencia de 1986, p. 24.

35. Memorias de An, p. 88.

36. *Abrams Tapes*, 2 de enero de 1971, p. 516.

37. Bowden, Mark, *Hue 1968*, Grove Atlantic, 2017, p. 143.

38. Bowden, p. 353.

39. Entrevista del autor con Harrington, 4 de marzo de 2016.

40. Young, p. 39.

41. Oberdorfer, Don, *Tet! The Turning Point in the Vietnam War*, Johns Hopkins, 2001, p. 229.

42. McNeill, Ian, *The Team: Australian Advisers in Vietnam*, Hippocrene, 1984, p. 152.

43. Hammond, p. 387.

44. *Ibid.*, p. 388.

45. Tuan, vol. IV (1969-72), p. 18.

46. Huynh Cong Than, p. 157.

47. Entrevista de MP con Tran Trong Trung.

48. Julian Ewell, en *Abrams Tapes*, p. 208, 12 de junio de 1969.

49. Cinta transcrita en las actas de la Conferencia de Hanói, 1986, p. 47.

50. Memorias de An, p. 91.

51. USAHEC, Weyand, historias orales.

52. *Abrams Tapes*, p. 33.

53. Entrevista del autor con Anthony, 13 de noviembre de 2016.

54. Sorley, Lewis (ed.), *A Better War: The Unexamined Victories and Final Tragedy of America's Last Years in Vietnam*, Harvest, 1999, p. 29.

55. NBC, 3 de marzo de 1968.

56. Scotton, p. 226.

57. Entrevista del autor con Scotton, 18 de septiembre de 2016.

58. USAHEC, Weyand, transcripción de historias orales.

59. Hammond, p. 372.

60. USAHEC, colección de documentos de la guerra de Vietnam, caja 3, carpeta 15.

61. Schlesinger, *Journals*, 3 de abril de 1968, p. 286.

62. *Ibid*., 11 de noviembre de 1971, p. 144.

63. Berman, *Tragedy*, p. 153.

64. Charlton y Moncrieff, p. 121.

65. Tran Bach Dang, discurso ante la conferencia de aniversario, según se recoge en *Military History*, n.º 2, 1988, p. 58.

1. Than, p. 136.

2. *Ibid.*, p. 137.

3. *Ibid.*, p. 139.

4. *Ibid*., pp. 141-142.

5. Luan, p. 328.

6. Haponski, William, *An Idea, and Bullets*, Combatant Books, 2016, p. 330.

7. *Abrams Tapes*, 6 de julio de 1968, pp. 15 y 17.

8. Entrevista del autor con Anthony, 13 de noviembre de 2016.

9. Entrevista del autor con Stevens, 9 de noviembre de 2016.

10. La narración que sigue procede de entrevistas del autor con militares participantes: el general de brigada Bill Weise, el general de división James Livingston y el coronel Jim Williams; el libro de Keith Nolan, de 1994, *The Magnificent Bastards*; un documental del Cuerpo de Marines de Estados Unidos, de 2014, que narra la batalla; los archivos del USMC del 1.º Batallón Anfibio, PR/F/4/2; e historias vietnamitas que se detallan más adelante.

11. Nolan, *Magnificent Bastards*, p. 11.

12. Entrevista del autor con Williams, 16 de septiembre de 2016.

13. Entrevista del autor con Weise, 5 de marzo de 2016.

14. Entrevista del autor con Williams, 16 de septiembre de 2016.

15. Nolan, *Magnificent Bastards*, p. 12 y ss.

16. Nolan.

17. *Ibid.*, p. 16.

18. *Ibid.*, p. 21.

19. *Battles of Vietnamese Artillery during the War of Liberation*, vol. II, Hanói, 1990, p. 8 y ss.

20. Nolan, *Bastards*, p. 42.

21. Nolan, p. 59.

22. Livingston, James E., con Colin D. Heaton y Anne-Marie Lewis, *Noble Warrior*, Zenith Press, 2010, p. 47.

23. Entrevista del autor con Williams, 16 de septiembre de 2016.

24. Nolan, *Bastards*, p. 87.

25. Nolan, p. 80.

26. *Ibid*., p. 82.

27. *Ibid*., p. 84.

28. *History of the 320th Lowland Division*, Hanói, 1984, p. 75 y ss.

29. Nolan, *Bastards*, p. 77.

30. Nolan, p. 133.

31. *Ibid*., p. 92.

32. *Ibid*., p. 104.

33. *History of the 320th Division*, p. 76.

34. Entrevista del autor con Livingston, 3 de marzo de 2016.

35. Nolan, *Bastards*, p. 146.

36. Nolan, p. 136.

37. *Ibid.*, p. 169.

38. Entrevista del autor con Livingston, 3 de marzo de 2016.

39. Nolan, *Bastards*, p. 195.

40. *Battles of the Vietnamese Artillery*, vol. II, p. 16.

41. Entrevista del autor con Livingston, 3 de marzo de 2016.

42. *History of the 320th Division*, p. 81.

43. *History of the 320th Division*, p. 84.

44. Nolan, *Bastards*, p. 305.

45. Entrevista del autor con Weise, 5 de marzo de 2016.

46. *Abrams Tapes*, 2 de agosto de 1969, p. 238.

47. USMCA, 1.º Batallón Anfibio, PR/F/4/2.

48. Entrevista del autor con Weise, 5 de marzo de 2016.

49. Dobrynin, p. 170.

50. Dobrynin, p. 143.

51. *Ibid.*, p. 175.

52. Entrevista del autor con Koltes, 11 de octubre de 2016.

53. USMCA, cartas de Minehan, A/5/L/3/5.

54. *Abrams Tapes*, 29 de junio de 1968, p. 8.

55. *Abrams Tapes*, 17 de agosto de 1968, p. 29.

56. *Ibid*., p. 40.

57. *FRUS 1964-68*, VII, p. 189.

58. Hunt, *9th Division*, p. 106.

59. *Abrams Tapes*, 27 de septiembre de 1969, p. 27.

60. Haponski, p. 328.

61. Entrevista del autor con Hall, 12 de noviembre de 2016.

62. Nixon, Richard, *No More Vietnams*, p. 96.

* Frase típica de Estados Unidos, que alude a lo que se consideran los valores fundamentales del país, o bien valores universales indiscutibles. Su formulación habitual suele ser bimembre: «¡Es como la maternidad y la tarta de manzana!». (*N. del t*.)

1. Scotton, p. 235.

2. Tram, 14 de febrero de 1969, p. 91.

3. Kissinger, Henry, *Ending the Vietnam War*, Simon & Schuster, 2003, p. 8.

4. Daddis, Greg, *Withdrawal*, Oxford, 2017, p. 41.

5. Daddis, p. 33.

6. En abril de 1969.

7. *Abrams Tapes*, p. 213.

8. Entrevista del autor con Hickman, 5 de febrero de 2016.

9. Whitt, p. 98.

10. *Abrams Tapes*, 11 de noviembre de 1968, p. 77.

11. Daddis, *Withdrawal*, p. 19.

12. Entrevista del autor con Thorne, 3 de marzo de 2016.

13. Tram, 11 de junio de 1969, p. 125.

14. Ninh, p. 4.

15. *Abrams Tapes*, p. 79.

16. *Abrams Tapes*, p. 154.

17. *Ibid*., p. 139, 5 de marzo de 1969.

18. Braestrup, p. 515.

19. Braestrup, p. 517.

20. USAHEC, historias orales de compañías, caja 5, carpeta 7.

21. Sorley, *Better War*, p. 294.

22. USAHEC, historias orales de comandantes de compañías, caja 18.

23. Terry, p. 48.

24. USAHEC, historias orales de comandantes de compañías, caja 18, carpeta 9.

25. *Abrams Tapes*, 21 de febrero de 1970, p. 379.

26. Solis, pp. 129-131.

27. Solis, p. 193.

28. *Ibid.*, p. 110.

29. *Ibid.*, pp. 110-112.

30. USAHEC, archivo de historias orales del personal médico.

31. Entrevista del autor con Thorne, 3 de marzo de 2016.

32. Solis, p. 171.

33. Borch, Frederic L., *Judge Advocates in Vietnam: Army Lawyers in Southeast Asia 1959-75*, Combat Studies Institute, 2003, p. 112.

34. USMCA, historias orales, cinta 4749, 1970.

35. Solis, p. 130.

36. Entrevista del autor con Hunt, 13 de noviembre de 2016.

37. Entrevista del autor con Boomer, 2 de marzo de 2016.

38. Entrevista del autor con Freemantle, 6 de febrero de 2017.

39. Solis, pp. 136-138.

40. Terry, p. 39.

41. USAHEC, historias orales del personal médico, Mary Ellen Smith.

42. Entrevista del autor con Hall, 12 de noviembre de 2016.

43. Entrevista del autor con Anthony, 13 de noviembre de 2016.

44. SUMA, documentos de Sidney Berry, caja 38, 3 de octubre de 1965.

45. Entrevista del autor con Rogers, 6 de marzo de 2016.

46. Terry, p. 256.

47. Entrevista del autor con Smith, 6 de septiembre de 2016.

48. *Abrams Tapes*, 5 de agosto de 1969, p. 245.

49. *Abrams Tapes*, 15 de enero de 1970, p. 339.

50. Entrevista del autor con Harrison, 11 de marzo de 2016.

51. Entrevista del autor con Freemantle, 6 de febrero de 2017.

52. Luan, p. 427.

53. Luan, p. 363.

54. Entrevista del autor con Franklin, 16 de abril de 2017.

55. Aquí la narración debe mucho a la autorizada obra de Peter Edwards *Australia and the Vietnam War*, de 2014.

56. Entrevista del autor con Smith, 6 de septiembre de 2016.

57. Entrevista con Smith.

58. USAHEC, historias orales de comandantes de compañías, caja 6, carpeta 2.

59. O’Brien, Michael, pp. 166-167.

60. Entrevista del autor con Freemantle, 6 de febrero de 2017.

61. Edwards, p. 327.

62. O’Brien, Michael, p. 54.

63. O’Brien, p. 242.

64. Edwards, p. 261.

65. Entrevista del autor con Franklin, 16 de febrero de 2016.

66. Entrevista del autor con Smith, 6 de septiembre de 2016.

67. Archivo del Museo Australiano de la Guerra (Australian War Memorial), PR87/157.

68. Entrevista del autor con Smith, 6 de septiembre de 2016.

69. Entrevista del autor con Freemantle, 6 de febrero de 2017.

70. Entrevista del autor con Smith, 6 de septiembre de 2016.

71. Entrevista del autor con Freemantle, 6 de febrero de 2017.

72. O’Brien, Michael, p. 252.

73. O’Brien, p. 202.

74. Entrevista del autor con Freemantle, 6 de enero de 2017.

75. Edwards, p. 332.

76. Entrevista del autor con Smith, 6 de septiembre de 2016.

77. Entrevista con Smith.

78. O’Brien, Michael, p. 116.

79. Entrevista del autor con Smith, 6 de septiembre de 2016.

80. Edwards, p. 410.

81. Wyndham, MS, p. 17.

82. Walrath, Brian, MS inédito confiado al autor, sobre la experiencia en un equipo de acción móvil en Vietnam.

83. Entrevista del autor con Stephens, 17 de mayo de 2016.

84. O’Brien, Michael, p. 39.

85. Entrevista del autor con Sheehan, 5 de marzo de 2016.

86. Entrevista del autor con Hickman, 6 de febrero de 2016.

87. *Abrams Tapes*, 10 de marzo de 1969, p. 140.

88. *Abrams Tapes*, p. 142.

89. Schlesinger, *Journals*, 14 de diciembre de 1969.

90. Haldeman, H. R., *The Haldeman Diaries*, Berkley Books, 1994, p. 557, 18 de diciembre de 1972.

91. Kissinger, *White House Years*, p. 436.

92. Memorias de Nixon, conversación del 20 de octubre de 1969, p. 399.

93. Gaiduk, p. 220.

94. Suri, *Kissinger and the American Century*, p. 213.

95. *LA Times*, 12 de junio de 1969.

96. *FRUS 1969-76*, VI, p. 400.

97. Hughes, Ken, *Fatal Politics: The Nixon Tapes, the Vietnam War and the Casualties of Reelection*, University of Virginia, 2015, p. 180.

98. *Abrams Tapes*, 9 de febrero de 1970, p. 364.

99. Entrevista del autor con Thorne, 6 de febrero de 2016.

* En diálogo con el autor, en 1985. (*N. del a.*)

* Este adjetivo se aplica a las personas de campo, de gran sencillez, y en origen se identificaba precisamente con los oriundos de los Apalaches. Nótese por otro lado que este párrafo castellano se ha adaptado, frente al original, para introducir algunos datos culturales que permitan comprender mejor las referencias del autor. (*N. del t.*)

* *Aussie* y *kiwi* son los gentilicios coloquiales usados para designar a los habitantes de Australia y Nueva Zelanda, respectivamente. (*N. de la e.*)

* En el golf, tipo de lanzamiento muy defectuoso, que apenas coge altura y se desvía lateralmente e incluso hacia atrás. (*N. del t.*)

1. *Abrams Tapes*, 5 de marzo de 1969, p. 151.

2. Langguth, p. 565.

3. Abrams a Moorer, citado por Sorley, *Better War*, p. 206.

4. West, p. 5.

5. Tran Bach Dang, memorias, pp. 197-202.

6. Swain, Jon, *River of Time*, Heinemann, 1995, p. 41.

7. *Abrams Tapes*, 10 de mayo de 1970, p. 414, y 6 de mayo de 1970, p. 415.

8. Ramsey, MS IV 34.

9. Ramsey, V 38.

10. *Abrams Tapes*, 19 de mayo de 1970, p. 417.

11. Tang, p. 180.

12. Tang, p. 183.

13. *Ibid*., p. 213.

14. *Abrams Tapes*, 7 de noviembre de 1970, p. 506.

15. Tram, 5 de mayo de 1970, p. 210, y 19 de mayo de 1970, p. 212.

16. *Abrams Tapes*, 23 de mayo de 1970, p. 425.

17. Hayes, Paddy, *Queen of Spies*, Duckworth, 2015, p. 232.

18. Sir Michael Howard al autor, 9 de mayo de 2017.

19. Hayes, p. 222.

20. Hayes, p. 224.

21. Tang, p. 187.

22. Tang, p. 190.

23. *Ibid.*, p. 225.

24. Entrevista del autor con Dinh, 9 de julio de 2016.

25. Entrevista con Dinh.

26. Entrevista del autor con Snepp, 10 de septiembre de 2016.

27. Entrevista del autor con Finlayson, 20 de enero de 2017.

28. Entrevista del autor con Scotton, 18 de septiembre de 2016.

29. Entrevista del autor con Freemantle, 6 de febrero de 2017.

30. Kerrey, Bob, *When I Was a Young Man*, Harcourt, 2002, p. 150.

31. Kerrey, p. 185.

32. *Ibid*., p. 255.

33. Gregory Vistica, *New York Times*, 25 de abril de 2001.

34. *Ibid*.

35. Entrevista del autor con Kerrey, 15 de noviembre de 2016.

36. Entrevista con Kerrey.

37. *Ibid*.

38. Finlayson, *Rice Paddy Recon*, p. 265.

39. USAHEC, Weyand, transcripción de historias orales.

40. Sorley, *Better War*, p. 217.

41. Entrevista del autor con Stephens, 14 de junio de 2016.

42. *Abrams Tapes*, 6 de mayo de 1070, p. 412.

43. Sorley, *Better War*, p. 186.

44. Schlesinger, *Journals*, 22 de mayo de 1970, p. 325.

45. MAC 14841, citado por Sorley, *Better War*, p. 232.

46. Sorley, p. 233.

47. *Ibid.*, p. 241.

48. Nghi Huynh *et al.*, *The Route 9-Southern Laos Counteroffensive Campaign 1971*, Military History Institute of Vietnam, 1987, p. 5.

49. *Ibid*., pp. 37-38; Memorias de An, pp. 105-106; Toan y Dinh, pp. 156-158.

50. Sorley, *Better War*, p. 250.

51. Sorley, p. 251.

52. Palmer, p. 115.

53. *Abrams Tapes*, 27 de febrero de 1971, p. 549.

54. *Abrams Tapes*, 9 de marzo de 1971, p. 558.

55. Memorias de An, p. 110.

56. Tran Van Thom, *ibid.*, p. 131.

57. *Ibid.*, p. 135.

58. *Abrams Tapes*, 27 de marzo de 1971, p. 578.

59. *Abrams Tapes*, 15 de abril de 1971, p. 592.

60. *Ibid*., 20 de mayo de 1971, p. 624.

61. *Ibid*., 26 de abril de 1971, p. 608.

62. Entrevista del autor con Pribbenow, 9 de noviembre de 2016.

63. Entrevista del autor con Destatte, 12 de septiembre de 2016.

64. Entrevista del autor con Snepp, 10 de septiembre de 2016.

65. Sorley, entrevista con Haig, 29 de noviembre de 1988, citado en *Better War*, p. 263.

66. Haig, Alexander, *Inner Circles*, p. 276.

67. Cintas de la Casa Blanca, citado por Hughes, p. 8.

68. Hughes, p. 9.

69. Mensaje de Vann a Potts, mayo de 1971, citado por Sorley, *Better War*, p. 273.

70. *Abrams Tapes*, 2 de enero de 1971, p. 519.

71. *Abrams Tapes*, 28 de febrero de 1970, p. 383.

72. *Ibid*., 20 de junio de 1971, p. 641.

1. Keith Nolan, p. 16. Buena parte de la narración que sigue, sobre la experiencia estadounidense en Mary Ann, procede de entrevistas que Nolan realizó para su libro *Sappers in the Wire: The Life and Death of Firebase Mary Ann*, Texas A & M UP, 2007.

2. Nolan, pp. 16-17.

3. Walrath, MS.

4. Nolan, *Sappers*, p. 25.

5. Nolan, p. 39.

6. *Abrams Tapes*, 29 de enero de 1972, p. 774.

7. Para la versión comunista de los acontecimientos de aquella noche parto de *History of MR5 Sapper Troops*, p. 258 y ss.; *History of the Sapper Forces*, vol. I, p. 261; *History of Chemical Troops 1958-2008*, p. 286, y *Vietnam Military Encyclopedia*, p. 1.113, todo ello publicado en Hanói.

8. Nolan, *Sappers*, p. 145.

9. Nolan, p. 147.

10. p. 162.

11. USAHEC, documentos de Abrams, 23 de julio de 1971, ARV2479, para McCaffery.

12. Walrath, MS.

13. *Abrams Tapes*, 22 de mayo de 1971, p. 628.

14. *Abrams Tapes*, 5 de mayo de 1971, p. 613.

15. La narración que sigue debe mucho a un estudio de Mark Clodfelter: *Violating Reality: The Lavelle Affair, Nixon and Parsing the Truth*, National War College, 2016.

16. Clodfelter, p. 16.

17. Encuentro de Nixon con el CSN, 2 de febrero de 1972.

18. Clodfelter, *Violating*, p. 40.

19. Comité de Relaciones Exteriores del Senado, 13 de septiembre de 1972, p. 79.

20. Cintas de la Casa Blanca, 29 de mayo de 1971, citado por Hughes, p. 29.

21. Entrevista del autor con Sheehan, 5 de marzo de 2016.

22. Polgar, citado en Kim Willenson, *The Bad War*, p. 102.

23. Entrevista del autor con Franklin, 16 de febrero de 2016.

1. *Abrams Tapes*, 22 de diciembre de 1971, p. 724.

2. *Abrams Tapes*, 31 de diciembre de 1971, p. 734.

3. *Ibid*., p. 753.

4. *Ibid*., p. 758.

5. *Ibid.*, p. 775.

6. *Ibid*., 10 de febrero de 1972, p. 778.

7. Hughes, p. 175.

8. USAHEC, Weyand, entrevista de historia oral.

9. Cintas de la Casa Blanca, conversación 532-011, 30 de junio de 1971, citado por Hughes, p. 29.

10. Clodfelter, *Friction*, p. 33.

11. Luan, p. 395.

12. Scotton, p. 288.

13. Young, p. 53.

14. Entrevista del autor con Boomer, 2 de marzo de 2016.

15. Entrevista del autor con Turley, 2 de marzo de 2016.

16. Vien en Sorley, *Generals*, p. 306.

17. USAHEC, Weyand, transcripción de historia oral.

18. Turley, Gerald H., *The Easter Offensive: The Last American Advisors in Vietnam 1972*, Naval Institute Press, 1985, p. 139.

19. *Abrams Tapes*, 2 de abril de 1972, p. 805.

20. Entrevista del autor con Turley, 4 de febrero de 2016.

21. Turley, p. 202.

22. *Ibid.*, p. 146.

23. Botkin, Richard, *Ride the Thunder*, WND Books, 2009, p. 235.

24. Turley, p. 177.

25. Wiest, p. 259.

26. Wiest, p. 241.

27. *Ibid*., p. 242.

28. Turley, p. 165.

29. Entrevista del autor con Elliott, 23 de septiembre de 2016.

30. Hai, p. 73.

31. Hai, p. 78.

32. *Ibid*., p. 82.

33. *Ibid.*, p. 84.

34. *Ibid*., p. 85.

35. John Duffy, al autor, 1 de noviembre de 2016.

36. Phuong Quang, en *Cavalry*, junio de 2006, p. 101.

37. *Abrams Tapes*, 7 de abril de 1972, p. 813.

38. Memorias de Ly Tong Ba, p. 176.

39. Entrevista del autor con Hung, 8 de octubre de 2016.

40. Entrevista con Hung.

41. Entrevista del autor con Ninh, 7 de octubre de 2016.

42. *Abrams Tapes*, 12 de junio de 1971, p. 639.

43. Phi Long, citado en Huy Duc, p. 431.

44. Phuong Quang, p. 103.

45. *Abrams Tapes*, 12 de mayo de 1972, p. 841.

46. Khuyen, p. 57.

47. Khuyen, p. 70.

48. Luan, p. 401.

49. Luan, p. 402.

50. Young, p. 53.

51. Young, p. 407.

52. Memorias de Ly Tong Ba, p. 170.

53. Tuan, vol. IV, p. 383.

54. Memorias de Ba, p. 177.

55. Este relato procede ante todo de Nguyen, Quoc Khue, «3rd Ranger Group and the Battle of An Loc/Binh Long», *Ranger Magazine*, número del Tet de 2003, pp. 77 y ss.

56. «3rd Ranger Group», p. 87.

57. *Ibid*., p. 88.

58. *Ibid*., p. 96.

59. Armor Command (Bo Tu Lenh Thiet Giap, «Mando Blindado»), *Some Battles Fought by Our Armored Troops*, vol. IV, General Staff Printing, Hanói, 1983, p. 42.

60. USAHEC, historias orales de asesores, caja 2, carpeta 6.

61. Khue, p. 102.

62. Armor Command, p. 52.

63. Entrevista del autor con Tran, 9 de julio de 2016.

64. USAHEC, historias orales, caja 2, carpeta 6.

65. *Abrams Tapes*, 9 de mayo de 1972, p. 847.

66. Entrevista del autor con De, 9 de julio de 2016.

67. Tuan, vol. IV, p. 397.

68. Sukhodrev, Victor [=Víktor Sujodrev], *Yazyk moi-drug moi* («Mi lengua es mi amiga»), Moscú, 2008, p. 112.

69. Sukhodrev, p. 114.

70. Huy Duc, p. 429.

71. *History of the Combat Operations Department 1945-2000*, People's Army Publishing House, Hanói, 2005, disponible en línea en *Quansuvn* [www.quansuvn.net].

72. Memorias de An, p. 171.

73. *Ibid*., p. 173.

74. *Ibid.*, p. 179.

75. *Ibid*., p. 180.

76. Entrevista del autor con Hung, 11 de octubre de 2016.

77. Entrevista del autor con Ninh, 7 de octubre de 2016.

78. Entrevista del autor con Ly, 15 de septiembre de 2016.

79. Tang, p. 211.

80. Tang, p. 205.

81. Luan, p. 389.

82. Elliott, *Mekong Delta*, vol. II, p. 1.314.

83. Elliott, p. 1315.

84. *Abrams Tapes*, 22 de abril de 1972, p. 826.

85. Palmer, p. 122.

86. Entrevista del autor con Pribbenow, 9 de noviembre de 2016.

87. USAHEC, historias orales de asesores, caja 18, carpeta 9.

1. Hughes, p. 85. Esta narración se basa en su mayor parte en pasajes de las Cintas de la Casa Blanca, transcritas y revisadas por Ken Hughes para su *Fatal Politics*, University of Virginia Press, 2015.

2. Hughes, p. 87.

3. *Ibid.*, p. 91.

4. *Ibid*., p. 94.

5. *Ibid*., p. 97.

6. Hersh, Seymour, *The Price of Power*, Summit Books, 1985, p. 584.

7. Hughes, p. 104.

8. Hughes, p. 105.

9. *Ibid*.

10. Entrevista del autor con Nguu, 20 de septiembre de 2016.

11. Hughes, p. 113.

12. Ahern, Thomas, *CIA and the Generals: Covert Support to the Military Government in South Vietnam*, https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/1.

13. Hughes, p. 116.

14. Hughes, p. 120.

15. *Ibid*., p. 123, 23 de octubre de 1972.

16. *Ibid*., p. 126.

17. *Ibid*., p. 149.

18. Buena parte de la narración y las citas que siguen se toman del estudio de Mark Clodfelter *Fifty Shades of Friction: Combat Climate, B-52 Crews, and the Vietnam War*, National War College, 2016.

19. *History of 307th Strategic Wing*, citado por Clodfelter, *Limits*, p. 186.

20. Nichols y Tillman, p. 42.

21. Nichols y Tillman, p. 43.

22. McCarthy, James, *Linebacker II: A View From the Rock*, Air University, 1976, p. 158.

23. Clodfelter, *Friction*, p. 25.

24. Clodfelter, p. 18.

25. *Ibid*., p. 20.

26. McCarthy, p. 61.

27. McCarthy, pp. 62-63.

28. Clodfelter, *Friction*, p. 17.

29. McCarthy, p. 152.

30. Entrevista del autor con Miroshinchenko, 14 de marzo de 2016.

31. Memorias de Kien, p. 184.

32. *Ibid*., p. 212.

33. *Ibid*., p. 234.

34. *Ibid*., p. 246.

35. Entrevista del autor con Binh, 5 de octubre de 2016.

36. Entrevista del autor con Phuong, 6 de octubre de 2016.

37. Narración de Blaufuss, 3 de septiembre de 1977, McCarthy, p. 140.

38. McCarthy, p. 152.

39. Narrado oralmente al coronel Allison, USAF, 24 de octubre de 1977.

40. Clodfelter, *Friction*, p. 8.

41. Memorias de Kien, p. 243.

42. Clodfelter, *Friction*, p. 19.

43. Narrado por Conlee a McCarthy, 12 de julio de 1977.

44. Clodfelter, *Friction*, p. 19.

45. Clodfelter, p. 29.

46. *Ibid*., p. 26.

47. *Ibid.*, p. 27.

48. *Ibid*., p. 30.

49. *Washington Post*, 28 de diciembre de 1972.

50. *New York Times*, 26 de diciembre de 1972.

51. Documentos del general John P. McConnell, citado por Clodfelter, *Limits*, p. 145.

1. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

2. Ramsey, MS IV C56.

3. Ramsey IV C18.

4. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

5. Ramsey, MS IA 43.

6. Ramsey IV C65.

7. *Ibid*. IV D7.

8. *Ibid*. IV D5.

9. *Ibid.*, p. 31.

10. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

11. Ramsey, MS IV F11.

12. Cintas de la Casa Blanca, conversación 366-006, citada por Hughes.

13. Henry Kissinger, *The Complete Memoirs* (edición electrónica completa), 2013.

14. Hughes, *Fatal Politics*, p. 160, 14 de marzo de 1973.

15. Snepp, *Interval*, pp. 43-49, y Ahern, pp. 105-106.

16. Terry, p. 280.

17. Entrevista del autor con McDaniel, 14 de noviembre de 2016.

18. Ramsey, MS VII A31.

19. Entrevista del autor con Ramsey, 16 de septiembre de 2016.

20. Hughes, *Fatal Politics*, p. 162.

21. Hughes, p. 167.

22. *Ibid*., p. 187.

23. Schlesinger, *Journals*, 27 de enero de 1975.

24. Entrevista del autor con Phong, 22 de enero de 2017.

25. Entrevista del autor con Khiem, 13 de septiembre de 2016.

26. Entrevista del autor con Ngo Dang Tri, 5 de octubre de 2016.

27. Memorias de An, p. 184.

28. Entrevista del autor con Ninh, 7 de octubre de 2016.

29. Young, p. 63.

30. Entrevista del autor con Mai Elliott, 23 de septiembre de 2016.

31. Entrevista del autor con Pribbenow, 9 de noviembre de 2016.

32. Santoli, p. 205.

33. Entrevista del autor con Tri, 16 de septiembre de 2016.

34. *Abrams Tapes*, 17 de enero de 1970, p. 345.

35. Ky, p. 332.

36. Dao Truong, PBS, *Vietnam: A Television History*.

37. Vann, en un discurso de enero de 1972 en Kentucky, documentos de Vann, citado por Sorley, *Better War*, p. 348.

38. Nguyen Duy Hinh en Sorley, *Generals*, pp. 742, 734.

39. Entrevista del autor con Trach Gam, 15 de septiembre de 2016.

40. Swain, p. 80.

41. Young, p. 55.

42. Entrevista del autor con Elliott, 23 de septiembre de 2016, y Leslie, Jacques, *The Mark: A War Correspondent's Memoir of Vietnam and Cambodia*, Four Walls, 1995, p. 194 y ss.

43. Entrevista del autor con Meinheit, 21 de enero de 2017.

44. Luan, p. 425.

45. Luan, p. 394.

46. Para el papel más general de Adams a la hora de negar los errores del MACV y las falsedades de este sobre la fuerza de los comunistas, véase su libro póstumo *War of Numbers: An Intelligence Memoir*, Steerforth, 1994.

47. Entrevista del autor con Nguu, 20 de septiembre de 2016.

48. Entrevista del autor con Meinheit, 21 de enero de 2017.

49. Tang, p. 229.

50. Memorias de Quynh.

51. Entrevista del autor con Si, 21 de mayo de 2016.

52. Entrevista del autor con Hien, 5 de octubre de 2016.

53. Entrevista del autor con Pribbenow, 9 de noviembre de 2016.

54. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

55. Entrevista del autor con Nghiem Khiem, 13 de septiembre de 2016.

56. Scotton, p. 419.

57. Entrevista del autor con Destatte, 12 de septiembre de 2016.

1. Memorias de An, p. 195.

2. Este pasaje se basa muy directamente en Pribbenow, Merle L., «North Vietnam’s Final Offensive: Strategic Endgame Nonpareil», *Parameters*, invierno de 1999-2000, pp. 58-71, y Veith, George J., *Black April: The Fall of South Vietnam 1973-75*, Encounter, 2012, *passim*.

3. Entrevista del autor con Ninh, 7 de octubre de 2016.

4. Tomo esta narración de Armor Command (Bo Tu Lenh Thiet Giap).

5. Vien en Sorley, *Generals*, p. 804.

6. Entrevista del autor con Snepp, 10 de septiembre de 2016.

7. Veith, p. 178.

8. Robbins, *Air America*, p. 266.

9. Vien en Sorley, *Generals*, p. 809.

10. Sorley, p. 307.

11. Veith, p. 231.

12. Entrevista del autor con Phong, 22 de enero de 2017.

13. Entrevista del autor con Snepp, 10 de septiembre de 2016.

14. Memorias de An, p. 208.

15. *Ibid*., p. 214.

16. Veith, p. 329.

17. Robbins, *Air America*, pp. 266-267.

18. Memorias de An, p. 233.

19. *Congressional Quarterly*, 15 de febrero de 1975.

20. *US Policy*, Pt. II, #1552.

21. Entrevista del autor con Snepp, 10 de septiembre de 2016.

22. Entrevista del autor con Tho, 11 de octubre de 2016.

23. Entrevista del autor con Livingston, 3 de marzo de 2016.

24. Veith, p. 347.

25. Veith, George J. y Pribbenow, Merle L., «“Fighting is an Art”: The Army of the Republic of Vietnam’s Defense of Xuan Loc 9-21 April 1975», *Journal of Military History*, vol. LXVIII, n.º I, enero de 2004, pp. 163-213.

26. Entrevista del autor con Scotton, 11 de septiembre de 2016.

27. Entrevista del autor con Nguyen Van Uc, 11 de septiembre de 2016.

28. Entrevista del autor con Kieu Chinh, 14 de septiembre de 2016.

29. Entrevista del autor con Khiem, 13 de septiembre de 2016.

30. Young, p. 69.

31. Entrevista del autor con Parks, 13 de marzo de 2016.

32. Palmer, p. 150.

33. Entrevista del autor con Breen, 7 de marzo de 2016.

34. West, p. 179.

35. Bong-Wright, Jackie, *Autumn Cloud: From Vietnamese War Widow to American Activist*, Capital Books, 2001, p. 200.

36. Bong-Wright, p. 201.

37. Hoi Tran, memorias, edición electrónica, ubic. 411.

38. Entrevista del autor con Tom y Danh Quach, 21 de septiembre de 2016.

39. Entrevista del autor con Scotton, 11 de septiembre de 2016.

40. Entrevista del autor con Snepp, 10 de septiembre de 2016.

41. Entrevista del autor con Nguyen Van Uc, 13 de septiembre de 2016.

42. Tang, p. 137.

43. Snepp, *Interval*, p. 344.

44. Información personal para el autor, 16 de septiembre de 2016.

45. Entrevista del autor con Khiem, 13 de septiembre de 2016.

46. Memorias de An, p. 253.

47. Narración tomada de Armor Command (Bo Tu Lenh Thiet Giap), vol. IV.

48. Ky, p. 344.

49. Entrevista del autor con Tran, 21 de septiembre de 2016.

50. Snepp, *Irreparable Harm*, p. 29.

51. Santoli, p. 237.

52. Armor Command, p. 22.

53. Entrevista del autor con Dinh, 9 de julio de 2016.

54. Entrevista del autor con Si, 21 de mayo de 2016.

55. Entrevista del autor con Nguyen Tri, 16 de septiembre de 2016.

56. Santoli, p. 17.

57. Entrevista del autor con Nguu, 20 de septiembre de 2016.

58. Entrevista del autor con Thuy, 13 de septiembre de 2016.

59. Luan, p. 456.

60. Luan, p. 458.

61. Entrevista del autor con Nguyen Chieu, 7 de octubre de 2016.

62. Ho De en el *People’s Army newspaper*, 29 de abril de 2006.

1. Entrevista del autor con Phat, 11 de septiembre de 2016.

2. Ninh, pp. 72-73.

3. Tang, p. 206.

4. Tang, p. 288.

5. Snepp, *Irreparable Harm*, p. 23.

6. Entrevista del autor con Kieu Chinh, 14 de septiembre de 2016.

7. Entrevista del autor con Thanh, 14 de julio de 2016.

8. Entrevista del autor con Nguu, 20 de septiembre de 2016.

9. *Encounter*, mayo de 1979, p. 25.

10. Entrevista del autor con Tran, 9 de julio de 2016.

11. Bong-Wright, p. 45.

12. Entrevista del autor con Thanh, 21 de mayo de 2016.

13. Comité para la Seguridad del Estado (Unión Soviética), documento n.º 3240-A, 31 de diciembre de 1975.

14. Goscha, p. 371.

15. Luan, p. 512.

16. Entrevista del autor con Si, 16 de julio de 2016.

17. Entrevista del autor con Ly Van Quy, 15 de septiembre de 2016.

18. Entrevista del autor con Minh-Ha, 6 de julio de 2016.

19. Entrevista del autor con Ly Van Quy, 15 de septiembre de 2016.

20. Entrevista con Ly Van Quy.

21. Santoli, p. 333.

22. Tang, p. 279.

23. Entrevista del autor con Nguu, 20 de septiembre de 2016.

24. Entrevista del autor con Phuong, 22 de enero de 2017.

25. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

26. Entrevista del autor con Ninh, 7 de octubre de 2016.

27. Entrevista del autor con Scotton, 18 de septiembre de 2016.

28. Elliott, David W. P., *Changing Worlds: Vietnam's Transition from Cold War To Globalization*, Oxford, 2012, p. 241, donde me baso para lo que sigue.

29. Entrevista del autor con Phat, 11 de septiembre de 2016.

30. Entrevista del autor con Tri, 16 de septiembre de 2016.

31. Thach (ed.), vol. VIII, p. 463.

32. *Ibid*.

33. Entrevista de MP con el coronel Tran Trong Trung.

34. Lind, pp. 282 y 284.

35. Entrevista del autor con Scotton, 11 de septiembre de 2016.

36. *Pentagon Papers* IV, pp. 294-295.

37. Entrevista del autor con Elliott, 23 de septiembre de 2016.

38. Gavin, James, *Crisis Now*, Random House, 1968, p. 62.

39. Entrevista del autor con Phat, 11 de septiembre de 2016.

40. Entrevista del autor con Sheehan, 5 de marzo de 2016.

41. Herr, Michael, *Dispatches*, Picador, 1979, p. 31.

42. Entrevista del autor con Boomer, 2 de marzo de 2016.

43. Charlton y Moncrieff, p. 179.

44. Clodfelter, *Friction*, p. 34.

45. Entrevista del autor con Scotton, 18 de septiembre de 2016.

46. Entrevista del autor con Ramsey, 22 de septiembre de 2016.

47. Entrevista del autor con Khiem, 13 de septiembre de 2016.

48. Entrevista del autor con Hung, 8 de octubre de 2016.

49. USAHEC, historias orales de comandantes de compañías, caja 18.

50. Entrevista del autor con Spencer, 8 de marzo de 2016.

51. Shapley, p. 415.

52. Entrevista del autor con Gray, 10 de septiembre de 2016.

53. Entrevista del autor con Destatte, 12 de septiembre de 2016.

54. Brown, Archie, *The Rise and Fall of Communism*, Bodley Head, 2009, p. 609.

55. Entrevista del autor con Elliott, 23 de septiembre de 2016.

56. Ninh, p. 217.

57. Entrevista del autor con Ninh, 7 de octubre de 2016.

58. Huy Duc, p. XI.

59. Huy Duc, p. XII.

60. Entrevista del autor con Boomer, 2 de marzo de 2016.

* «Depuración» o «purificación», con un matiz habitual de «purga» (el mismo concepto se aplica por ejemplo a la *épuration etnique*, lo que en castellano suele llamarse «limpieza étnica»). (*N. del t.*)

* En Vietnam, la vestimenta de duelo, de color blanco, se complementa habitualmente con una cinta de cabeza del mismo color. (*N. del t*.)

* En conversación con el autor, en 2006. (*N. del a*.)

* El cabo primero Robert Garwood eligió quedarse en el Norte hasta 1979, cuando regresó a Estados Unidos; aquí fue juzgado por un consejo de guerra. (*N. del a*.)

Primera edición: mayo de 2019

La guerra de Vietnam. Una tragedia épica, 1945-1975

Max Hastings

Título original: *Vietnam: An Epic Tragedy: 1945-1975*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.ed-critica.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-9199-119-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com